Escritos de la Sierva de Dios
Sor María del Socorro Astorga Liceras
(1769-1814)

Manuel Garrido Pérez, Rvdo. Marcos Antonio Blanco Moyano,
María Gracia Gutiérrez Sevilla y Sor María Francisca Valdelomar.

Fotografías e ilustraciones del interior: © Comunidad de Monjas Mínimas de San Francisco de Paula, Convento de Jesús María del Socorro de Archidona. © Archivo Histórico Diocesano de la Santa Iglesia Catedral Basílica de Málaga.

Imagen de la Portada: © Reimpresión del grabado de Sor María del Socorro Astorga, grabador J. de la Vega (Siglos XVIII-XIX). La plancha original se conserva en la Biblioteca Pública Municipal de Archidona "Dr. Ricardo Conejo Ramilo".

Imagen de la contraportada: © Escudo que posee la imagen de San Francisco de Paula del Convento de Jesús María del Socorro de Archidona.

Edita: © Monjas Mínimas de San Francisco de Paula, Convento de Jesús María del Socorro de Archidona.

Todos los derechos reservados, © Comunidad de Monjas Mínimas de San Francisco de Paula, Convento de Jesús María del Socorro de Archidona.

Autores: Manuel Garrido Pérez, Rvdo. Marcos Antonio Blanco Moyano, María Gracia Gutiérrez Sevilla y Sor María Francisca Valdelomar.

Prólogo: Reverendo Padre José María Prunés Castella.

Diseño y maquetación: Marta Moliz.

Impresión y encuadernación: Impresionarte Soluciones Gráficas.

Depósito Legal:

ISBN:

Queda terminante prohibido, sin la autorización escrita de las titulares de copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y el tratamiento fotográfico.

Impreso en España – Printed in Spain.

ÍNDICE

9 Introducción
15 Prólogo
19 Escritos de la madre sor María del Socorro Astorga
19 Con Dios todo se puede
21 Con los nombres de Jesús, María y José, sentía consuelo
23 Los fervores y los deseos de ser religiosa
24 Te quiero para esposa de mi Hijo
26 Mi madre murió cuando yo tenía quince años
28 He tenido cruz pero ha sido con paz
29 Como religiosa en mi casa
32 Mi consuelo en las aflicciones era la oración
35 Primeros trabajos espirituales
35 Aumentó mi sufrimiento con las enfermedades
36 Hice el voto perpetuo
37 Primera vez que quedé sin sentido en la oración
39 Primer año de noviciado
41 Temores de las grandes inspiraciones
41 Tres años de enfermera
42 No salió el caldo tan blanco
43 En todas las enfermas miraba a mi Señor
45 Los tres años siguientes fui portera
46 Sentí la guerra mis propias pasiones
47 Segundo año
49 Empecé a tener la oración con dos extremos
51 A los veintisiete años de edad, se me quitaron los males
52 Tuve que ir a los baños
55 Padre, ya llegó el momento de que le deje a usted por Dios
57 Te has puesto buena para ser religiosa
58 El escudo de Charitas en mi corazón
61 Víspera del día de tomar el hábito
63 Primer año de noviciado
65 Cuando iban a morir algunos enfermos, lo conocía yo sin saber porqué
68 Mi profesión
70 Primer año de profesa
72 El Padre Basilio
74 A mí es a quien vas a cuidar
77 Mi sobrenombre de Socorro
78 Quiso asombrarme el enemigo
79 Pecados que cometí en estos tres años
81 Te entristeces con la cruz que te doy
84 Tres años de enfermera
85 Tenía que huir
89 Ejercicios anuales
90 Portera
92 Diez días de ejercicios
94 El sentimiento de amor propio
95 Ejercicios
98 Evangelio de la samaritana
101 Quejas de las enfermas
102 Salida del convento
104 Suplemento
105 Los franceses
106 Mi padre quizás moriría
107 Nueva entrada al convento
108 Tiempo que estoy con V.R
109 Las tentaciones
111 Veía en mi alma a la Santísima Trinidad
116 Me hiere el corazón como una saeta
118 Las noches las pasaba en coloquios con mi amado Esposo
119 La Nochebuena
120 Vi a mi amado Esposo en forma de pastor
121 Un árbol infructífero
125 Mi amado Esposo estaba enojado
125 Pastor Divino
128 Día de los Dolores de mi dulce Madre
130 Segunda persona de la Santísima Trinidad
132 Viendo a mi Amado a los pies de Judas
135 Aprende de mi corazón la humildad y la obediencia
141 Viernes Santo
142 Sábado Santo
142 Una flecha que me hería

143 *Cuando pido a mi amado Esposo*
144 *Emaús*
145 *Muerte de mi Anica*
147 *Yo cuido de tu padre y hermanos*
148 *Ver yo qué quiere mi amado Esposo*
156 *Me viene una luz al entendimiento*
157 *Te lo manda por boca de su ministro*
162 *Por el bien espiritual de esta Comunidad*
167 *Me vino un fuerte golpe de amor*
169 *Estuve combatida por temores*
171 *Mostrad que sois mi madre*
174 *Misterio de la Trinidad*
176 *Lo he dicho con temores*
178 *Ester y el rey Asuero*
179 *En el sagrario está Dios y Hombre*
181 *La madre que deja andar a un niño solo*
186 *Volví a tener algunas tentaciones*
189 *¡Oh! Dichosa el alma que lo gusta*
192 *Deseaba hablar a los ministros de mi Señor*
193 *Coloquios con mi dulce Madre*
200 *No encuentro términos para explicarme*
202 *Viendo su Santísima humanidad*
206 *Pobres que pedían limosna*
207 *El mundo no merecía sus misericordias*
213 *Por todas ha muerto en una cruz*
217 *Los reyes daban indultos*
219 *Contemplación de la Divinidad*
220 *El pecho se quemaba*
221 *En los más favorecidos es mayor la ingratitud*
222 *Mi falta de humildad*
227 *Temores de que no es verdad lo que le digo a V.R*
230 *En el Cenáculo*
232 *Sentir el peso de los trabajos*
232 *Quitar las comuniones*
235 *Tocar a misa*
237 *Dios arrebataba mi alma*
240 *Un favor a un esclavo*
240 *Los gatos*
241 *Despertador Eucarístico*
242 *Quejas nacidas del amor propio*
245 *Jaculatorias a mi Dios*
248 *Cuando un señor llama a algún pobre*
254 *Los Santos Ángeles*
255 *Preguntaba a mi alma: si lo amaba*
260 *Un gran deseo de que mi Dios purificara mi alma*
264 *En Dios lo hallamos todo*
265 *Un Dios en esencia y trino en las personas*
268 *Hoy acudí a santa Teresa*
269 *Me vino un toque de amor*
271 *No para mí, que soy un jumento*
271 *San Juan recostado sobre el pecho de mi Señor*
274 *Mi amado Esposo ponía en mi cabeza la corona de espinas*
278 *Falta de conformidad*
280 *La Redención*
282 *Este recogimiento porque tengo la presencia de mi Dios más viva*
285 *La obediencia hace escribir a las piedras*
289 *Todas las había recibido yo*
292 *Flechas de amor*
294 *Una fuente de agua*
301 *Tengo olvidos*
338 *Vaya yo a aquella ciudad santa de la gloria*
341 *Quiere que me haga fuerte*
344 *La esposa ha de asemejarse al Esposo*
346 *Al Padre Rector, le había sucedido una desgracia*
347 *Estar como una hija*
348 *Una religiosa dijera a otra una cosa*
349 *Buscaría otro camino*
354 *Día de nuestra Reina*
355 *Ya no puedo más, Esposo mío*
358 *He aborrecido el torno*
360 *Ocasión muy buena para ganar méritos*
362 *El fuego del amor de Dios en el alma*
363 *Quiere la felicidad eterna de sus hijos*
368 *Como un hijo*
371 *Sin cumplir el propósito de escribir*
372 *¡Por fin lo pude hacer!*
374 *Que Dios está conmigo*
375 *Voto de castidad perpetuo*
378 *Las potencias se quedaron en su Dios*
386 *No volver a escribir*
386 *Primer día de ejercicios*
388 *Déjeme V. que haga penitencia*
392 *Son unas flechas encendidas*
392 *Mi Amado se había escondido*

395 *Trajeron un libro*
396 *Meditando en la Pasión*
398 *Sin acudir*
401 *Temo que lo escrito no sea así*
407 *Me fatigué con los pobres; no podía remediarlos*
408 *Como una hormiguilla despreciable*
411 *Entrar en muchas almas*
413 *Me dejé llevar un poco*
415 *Agradece estos beneficios que mi amor te hace*
417 *Que entraran los franceses*
419 *Deme V.R. licencia para no escribir más*
422 *Hermano, no tengo nada que darle*
427 *Este día fue todo de recogimiento*
429 *La imaginación estaba tan inquieta*
430 *Me vino un dolor de cabeza tan grande*
433 *Desdichado el árbol que da el fruto a palos*
435 *Muchos pobres*
437 *Si yo quería como esposa, participar de sus dolores*
439 *Como si se echara en el mar una poca de agua*
440 *Buscar mi morada en su Sagrado Corazón*
442 *Ha llamado a la puerta dos o tres veces*
442 *Una candela oculta*
444 *Me fatigaron algunas cosillas*
445 *Tal criatura estaba muy engañada*
446 *Haciéndome fuerte para disimular*
448 *Aquella paz dulce*
449 *He experimentado mucho más*
452 *Su Dios, a quien tenía presente*
453 *Quizá el enemigo habría querido engañarme*
454 *Trabaja por mi amor*
462 *Coplas que me sacó María Teresa*
462 *Para no dejar que se vaya a las cosas de la tierra*
465 *Una fuente que tiene algún estorbo*
467 *¿Qué haré sin ti, Señor mío?*
470 *Darme el nombre de hija y esposa*
471 *Me andaba una hormiguilla por la mano*
473 *No eran locuras de mi cabeza*
474 *Se me figuraba un monte*
479 *Me he quedado toda en mi Dios*
480 *Mi Señora y Madre es el depósito de todos los dones y gracias*
482 *El verdadero agradecimiento está en las obras*
484 *Como si hirieran de pronto a una criatura*
485 *Cuando yo tenía unos cinco o seis años*
490 *Este Dios poderosísimo que atendía a estos gusanillos de la tierra*
492 *Antes quisiera padecer mil muertes*
493 *Mi Señor haría u obraría milagros*
495 *Me dejé llevar algo por la pereza*
498 *Queriendo decir mucho, no digo nada*
500 *Algunas faltas de mis prójimos*
502 *Sentir la carga, y no querer llevarla*
503 *Dios da a mi alma conocimiento de su grandeza*
505 *Aquel árbol*
506 *Un francés quiso entrar en la clausura*
510 *Hablé algunas palabras*
511 *Verdadero Dios y verdadero Hombre*
513 *La adornaba con un vestido muy blanco*
515 *Mi Dios, que como un sol que despide muchos rayos*
517 *Pedir misericordia para todo, y no castigos*
519 *El alma está a la vista de su amado Padre*
522 *Me asía y sujetaba con dos manos a mi Dios*
523 *No pudo hacerse más el sordo a mis clamores*
526 *A Dios no se le da honor, contando aprensiones*
528 *Que se sirva de mí*
530 *Que sea mi intercesora y abogada*
531 *Lo que sí me quitó, fue la fuerza para hablar*
534 *No pensé primero, lo que debía hablar*
535 *La Santísima Trinidad llenaba mi alma*
536 *Quebranté en el propósito de sufrir en silencio*
537 *Parece que estoy diciendo tonterías*
540 *Le voy a explicar algo*

540 Mi Señor me la diera por madre en la cruz
542 Lo que Dios quería que yo conociera
547 Trabajar le sirve de consuelo
551 Como mi Dios me ama de verdad
554 Si habré abusado de los dones de Dios
558 Me habéis escogido como una de vuestras esposas, a mí
560 Mi Dios soplaba este fuego
561 Quiere usar de su misericordia, regalando mi alma
562 Como la piedra imán levanta el acero
563 Que a los pobres no los despachara sin limosna
565 ¡Ay qué torno! ¡Ay qué torno!
566 Deseé decirle algo
568 Temo haber caído en un exceso de celo
569 Purificaciones
572 Mi Dios hacía conocer al alma su más íntima unión
575 Estos deseos míos son poco firmes
576 Hay nubes claras y pequeñas en el cielo
577 Experimentaron alivio
578 Le pegó a una de las sirvientas
579 Había puesto sus divinos ojos en mí
580 Oí que cada día iba más caída la religión
584 Uno de los doce lo había de vender
585 Si vos pedís, alcanzaréis, y si rogáis, seréis oída
586 Ocultar los frutos del árbol
587 Por eso le grita o llora
590 Parecía que me iba a volver loca
592 Le agrada más, la pronta voluntad de obedecer
594 No consiste en lo mucho ni en lo grande
596 Eran tan grandes los incendios de amor
597 No es triste ni amarga
597 Haber sido la causa de que una criatura se mortificara
600 Es una luz que mi Dios da al alma
605 Una pequeña candela
606 Llegada la hora, no fueron así
607 Estas mortificaciones caseras
609 Tanta luz como recibo
612 Dios aclara este velo a las almas
613 Frecuentes visiones imaginarias
614 Salía de una gran borrasca
615 Algunas palabras de los salmos
616 Empezó a clarear la aurora
618 Una enferma llevada de la tentación
619 Volvió el enemigo a armar otra

621 Cartas al Padre Joaquín Tendero
621 30 de mayo de 1810
623 Noviembre 20 de 1811
625 Diciembre 7 de 1811
628 Enero 6 de 1812
629 Enero 18 de 1812
630 Febrero 10 de 1812
632 Febrero 12 de 1812
635 Abril 23 de 1812
636 Mayo 16 de 1812
637 Padre mío…

INTRODUCCIÓN

La idea de dar a conocer los escritos de la Sierva de Dios Sor María del Socorro Astorga Liceras (1769-1814), monja de la Orden de los Mínimos, surge de manera casi casual entre las personas que hemos llevado a cabo este proyecto durante algo más de dos años. Es necesario explicar cómo acontecen los hechos, pues hay quien diría que son casuales, mientras que otras personas podrían atribuirlos a la providencia divina.

En las primeras horas de la madrugada del sábado día 23 de marzo de 2013, falleció Sor Ángeles Rodríguez Utrilla, a la edad de 96 años, en el Convento de Jesús María del Socorro de Archidona. Aquel mismo día, por la tarde, y bajo una fuerte lluvia, era enterrada en el cementerio que la comunidad de religiosas Mínimas tiene en el convento. Este acontecimiento, a simple vista es natural, pero no lo es. Dos días más tarde, en el Archivo Histórico Municipal de Archidona, nos encontrábamos investigando Dª. María Gracia Gutiérrez Sevilla, el Rvdo. Marcos Antonio Blanco Moyano y D. Manuel Garrido Pérez. Mientras cada cual realizaba sus indagaciones en el legajo que trabajaba, el padre Marcos comentó: que en la tarde del sábado pasado, había asistido a las exequias de Sor Ángeles. El Sr. Garrido Pérez, que había investigado sobre el alarife archidonés Francisco de Astorga Frías, padre de la Sierva de Dios, preguntó al Rvdo.: dónde se había realizado el entierro, si en una cripta o en el cementerio de la comunidad. También le preguntó: si había visto alguna lápida o algo significativo que indicara la tumba de alguna religiosa fallecida en olor de santidad. El Rvdo. D. Marcos, expresó: que recordaba una lápida distinta pero que no se había fijado.

Al día siguiente, en el mismo lugar, el Archivo Histórico Municipal de Archidona, el padre Marcos, comentó que tras oficiar la misa, aquella mañana en el convento, hablando con la madre correctora, Sor María Francisca Valdelomar, le había comentado la vida de santidad que había llevado la Sierva de Dios Sor María del Socorro Astorga Liceras. La correctora no le contó toda la historia, pues la comunidad nunca había leído totalmente los escritos espirituales de Sor María del Socorro, porque la letra de principios del siglo XIX, les suponía una dificultad.

En los días posteriores, se gestó la idea de conmemorar el doscientos aniversario de la muerte de la Sierva de Dios, aprovechando que el Rvdo. Blanco Moyano es el vicario capellán del convento, y contando con el beneplácito de la Comunidad de Monjas Mínimas de Archidona, y de su correctora, se pensó hacer primero un artículo, y posteriormente sacar a la luz los escritos que se conservan de Sor María del Socorro Astorga Liceras, a la cual se le había abierto un proceso de beatificación once años después de su fallecimiento.

Antes de empezar a trabajar, durante una de las reuniones previas, en un locutorio del convento de Archidona, descubrimos algunas “casualidades” más

que conectaban la muerte de Sor Ángeles Rodríguez Utrilla con la Sierva de Dios Sor María del Socorro Astorga. Supimos: que Sor Ángeles fue una de las cuatro religiosas que permaneció en el convento cuando estaba prácticamente arruinado en la década de los años cuarenta del pasado siglo XX; conocimos que Sor Ángeles se había encargado de dar a conocer la espiritualidad de Sor María del Socorro en la comunidad, especialmente entre las novicias. Sor Ángeles era especialmente devota de una Virgen de los Dolores, a la que Sor María del Socorro siempre llamaba "Mi Dulce Madre". Todos los días, Sor Ángeles subía al coro alto para rezar ante la imagen de la "Dulce Madre"; acto de devoción que mantuvo durante toda su vida, incluso cuando ya era muy anciana, subía despacito, uno a uno, los escalones que la llevaban al coro.

En los días siguientes comenzamos nuestro trabajo. En un primer momento, fotografiamos los escritos de Sor María del Socorro, siempre en uno de los locutorios, pues nunca salieron del convento. Durante el proceso, supimos que junto a los manuscritos originales, que están conservados en un "cajoncito" de madera, además existía una copia literal realizada en el siglo XIX, encuadernada en un grueso legajo.

Los documentos originales están escritos en papel tamaño folio, sueltos, numerados a lápiz con una letra distinta y doblado por la mitad, quedando tamaño cuartilla.

Una vez digitalizada toda la documentación, comenzó el proceso de transcripción, que nos llevó un tiempo. Tras ello, se comenzó una primera fase de corrección ortográfica, que se compaginó con la corrección gramatical. Llegados a este punto tenemos que explicar que nunca hemos modificado el contenido del texto, pues de otra forma no serían los escritos de Sor María del Socorro. Al original se le han colocado tildes, puntos, comas, etc., pues carecía totalmente de ellos. Pero nunca, y volvemos a insistir en ello, se ha modificado el contenido del texto original.

A la vez, se fueron añadiendo diversas notas a pie de página, para permitir al lector comprender mejor el contenido, y en un futuro tal vez no muy lejano, facilitar la traducción a otros idiomas. En esas notas, también se explica en qué fecha exacta, día, mes, año, festividad… acontecieron las experiencias que narra la Sierva de Dios, pues gran parte de sus escritos está a modo de diario. Toda esta parte del trabajo ha sido la más laboriosa por el tiempo invertido, dos años; añadiendo la atención, la dedicación, el cuidado y el gran cariño que se le ha prestado.

En los inicios de estas fases, visitó el Convento de Jesús María del Socorro de Archidona, la M. Rvda. M. Sor Magdalena López, Presidenta de la Federación de Monjas Mínimas, que animó para que el proyecto se llevara a cabo.

Desde el primer momento de nuestro trabajo, nos dimos cuenta de varias cosas:

- La primera: que en el inicio de los folios y cada vez que la Sierva de Dios se sentaba a escribir, comenzaba con una cruz y los nombres de "Jesús, María y José". Esto presentaba un problema a la hora de adaptar el texto a una lectura más fluida,

pues en el cambio de folio a veces, la idea quedaba partida e incomprensible para el lector, lo que nos obligaría a poner demasiadas notas a pie de página, indicando el inicio de un nuevo folio. Se tomó la decisión de mantener lo que había en el primer folio y suprimirlo en el resto.

- La segunda: observamos que faltaban partes de texto tanto en el original como en la copia, y que en los folios finales de ambos, había algunos fragmentos que no tenían conexión, y pertenecían por la fecha y el contenido a otros lugares del texto. Se decidió recomponer el orden e investigar y colocar cada pieza en el lugar que le correspondía. Esta labor supuso una ardua tarea. Aunque se consiguió colocar la mayor parte en su lugar, aún quedó algún fragmento que nos resultó imposible encajarlo, por lo que se decidió dejarlo donde estaba.

- La tercera: que entre el texto de Sor María del Socorro, se conservan varias cartas a su director espiritual y confesor, el padre Joaquín Tendero de Santo Tomás de Aquino, Rector del Colegio de las Escuelas Pías de Archidona. Las encontramos repartidas sin orden de fecha, a lo largo de los escritos. Se tomó la decisión de reagruparlas y colocarlas en la parte final del libro. Estas cartas fueron escritas cuando el escolapio se encontraba convaleciente tras fracturarse una pierna, y le eran entregadas por mano del padre de la Sierva de Dios, el maestro alarife Francisco de Astorga Frías.

- La cuarta: entre el texto aparecen fragmentos que Sor María del Socorro Astorga llama "Suplemento". El suplemento es una narración que explica su vida en "el siglo", es decir antes de su entrada como novicia y posterior monja profesa en el convento de Archidona. Durante la narración se puede leer: "Suplemento" o "sigo ahora con el suplemento", de ahí que algunos hechos se repitan. Pensamos en extraer los diferentes suplementos y agruparlos juntos al comienzo de los escritos, pero nos dimos cuenta de que en este caso no sucedía como con las cartas y los folios mezclados; en este caso no sólo se perdía el sentido del texto y la narración, sino que además sería una manipulación de los escritos de la Sierva de Dios, ya que algunas partes del "Suplemento" tenían relación temporal con lo acontecido en el momento de su redacción.

- La quinta y última cuestión, es la división en capítulos o partes del texto, puesto que los escritos no presentan dicha división, lo que hace más difícil su lectura. Finalmente se tomó la decisión de hacer lo mismo que en otras publicaciones similares: separar el texto de Sor María del Socorro, pero utilizando sus propias frases a modo de título, que indicaran la temática que aparecerá en los párrafos siguientes. Se han puesto en negrita y entrecomilladas para diferenciarlas del resto de los escritos.

Al mismo tiempo, en el convento de Archidona, la correctora, Sor María Francisca Valdelomar indagaba entre los documentos que la comunidad aún conserva. La intención era conocer más datos sobre Sor María del Socorro Astorga y su último

año de vida, porque sus escritos se interrumpen un año antes de su muerte sin que sepamos qué importantes hechos ocurrieron durante ese tiempo. Desgraciadamente, la crónica general del convento de Archidona se perdió durante la Guerra Civil.

¿Qué importancia tienen los escritos de Sor María del Socorro?

El legado que dejó escrito es importante por varias razones:

- En primer lugar forman parte del legado espiritual de la Orden Mínima y del pueblo de Archidona.

- Algunas de las experiencias místicas de Sor María del Socorro se adelantan, en casi un siglo, a otras experiencias místicas de personas que hoy son santas; y muchísimas otras más son similares a grandes santos místicos que le precedieron.

- Son una importante fuente de información histórica, tanto del convento como del pueblo de Archidona; a través de ellos podemos conocer aspectos cotidianos y desconocidos, hasta el momento, de Archidona a finales del XVIII y principios del XIX.

- Nos muestran una estrecha relación entre los Escolapios de Archidona y el convento de religiosas Mínimas. Dos rectores del colegio archidonés fueron confesores de Sor María del Socorro Astorga Liceras, el primero el padre Basilio de la Visitación y el segundo el padre Joaquín Tendero de Santo Tomás de Aquino, que fue su director espiritual, y quien la obligó a que dejara por escrito toda su vida espiritual, tanto antes de ser religiosa como siendo monja profesa, a modo de una *Confessio Laudis*, en el más puro estilo de las "Confesiones" agustinianas[1].

- Los originales pueden ser una fuente de estudio para estudiosos de la espiritualidad y mística mínima en la España de comienzos del XIX.

Sería recomendable que antes, durante o después de leer los escritos espirituales de esta Sierva de Dios, también se leyera el artículo que publicamos en la revista

[1] "Recibid, Señor, el sacrificio de mis confesiones que os ofrece mi lengua, que vos mismo habéis formado y movido para que confiese y bendiga vuestro santo nombre... El que os refiere y confiesa lo que pasa en su interior, no os dice cosa alguna que no sepáis, pues por muy cerrado que esté el corazón humano, no impide que le penetren vuestros ojos; ni la dureza de los hombres puede resistir la fuerza de vuestra mano, antes bien cuando queréis, ya usando de misericordia, ya de justicia, deshacéis enteramente su dureza, ni hay criatura alguna que se esconda de vuestro calor: Que os alabe mi alma, Señor, de modo que os ame y os confiese vuestra misericordia, de modo que os alabe. Todas vuestras criaturas no cesan de tributaros alabanzas... para que nuestra alma suba a descansar en vos, apoyándose en estas cosas para llegar a vos, que sois el que las ha hecho de manera maravillosa, en quien tienen su seguro descanso, su propio sustento y su verdadera fortaleza. (S. Agustín. Confesiones. Lib. 5, c. 1).

Rayya[2], donde hemos realizado un trabajo paralelo de investigación, para encajar cada etapa en su contexto histórico e identificar a las personas mencionadas.

Se han incluido en un cuadernillo, imágenes para ilustrar, facilitar y situar cada hecho en su contexto físico. Una de ellas es la pila donde, según tradición oral, acudía sor María del Socorro rápidamente a sumergir las manos, tras recibir el intenso fuego de amor de Dios en su corazón.

Sirva esta humilde publicación, y nuestro desinteresado trabajo, para dar a conocer la espiritualidad, devoción, etc., de Sor María del Socorro Astorga Liceras, muy ilustre, y poco conocida, hija de San Francisco de Paula, probablemente tan desconocida como otras religiosas que haya podido tener este Convento de Jesús María del Socorro de Archidona, pues como bien dijo de él el Beato Fray Diego José de Cádiz:

> *Padre Síndico vengo lleno de asombro, pues no es un convento de religiosas el que he visto, es un relicario que encierra preciosas joyas de virtud.*

Los autores.

[2] Garrido Pérez, Manuel; Blanco Moyano, Marcos Antonio; Valdelomar, Sor María Francisca; Gutiérrez Sevilla, María Gracia. «Una monja archidonesa fallecida en olor de santidad: Sor María del Socorro Astorga Liceras (1769-1814)». *Rayya. Revista de investigación histórica de la Comarca Norte de Málaga* (Archidona), 10 (2014), pp. 179-223.

PRÓLOGO

La publicación de estos escritos es un proyecto que viene de lejos. Primero fue por la fama de santidad de su autora, la Sierva de Dios Sor María del Socorro Astorga (1769-1814), monja del monasterio de mínimas de Archidona. En 1825 los mínimos españoles reunidos en Capítulo General resolvieron que el gobierno de la Provincia monástica de Granada incoara la información jurídica correspondiente. Entre 1828 y 1829 se recogieron y cotejaron los escritos de Sor María del Socorro como cabeza del expediente que se pretendía formar. No sabemos a qué punto de tramitación llegó esta información jurídica. La exclaustración de 1835 y los avatares por los que pasaron los religiosos exclaustrados comportaron la pérdida o dispersión de la mayor parte de la documentación provincial, así que quedaron suspendidos los buenos deseos en cuanto a que la fama de vida y milagros de Sor María del Socorro alcanzase el reconocimiento público de la beatificación y canonización. Afortunadamente, sus escritos se conservaron en el monasterio. Un siglo después, en 1935, el mínimo Padre José Anguera, sin duda inducido por las monjas de Archidona, redescubría el valor de estos Escritos y lanzaba la propuesta de publicarlos y la petición de limosnas que contribuyeran a financiar este objetivo en el marco del quinto centenario de la fundación de la Orden. El Padre Anguera *desapareció*, como tantos otros eclesiásticos, en octubre de 1936, y, por ello, los Escritos de la Sierva de Dios siguieron guardados en su "cajoncito" del archivo del monasterio de las mínimas. Dos siglos después de la muerte de Sor María del Socorro Astorga, su figura ha sido reencontrada. Gracias al empeño y colaboración valiosísima de algunos amigos del monasterio y al deseo de la comunidad religiosa, los Escritos han sido transcritos en ortografía actualizada y ven ahora por fin la luz. Ya en 2014 un artículo en la revista *Rayya*[1] nos ofrecía una semblanza biográfica de la Madre Astorga y un primer examen de su obra.

En honor a la verdad, hay que recordar que Sor María del Socorro no escribió estas páginas para que fueran publicadas. Lo que escribe tiene como destinatario a su director espiritual (el escolapio Padre Joaquín Tendero) y es escrito por mandato expreso de éste. Incluso hay que admitir que la autora no quería que de ningún modo lo escrito fuera conocido, pero por obediencia, termina aceptando que si se dieran a conocer para bien de otras personas, que no se mencionara su nombre. Empezó su redacción a finales de 1809 o principios de 1810 y concluye en febrero de 1813. Las primeras páginas constituyen una especie de apuntes autobiográficos no siempre ordenados, para después pasar a relatar experiencias espirituales relativamente recientes y continuar como un verdadero diario espiritual; se completa con un suplemento de aclaraciones. La disciplinada intención es no dejar en el tintero nada relevante, escribir "todo, aunque sean tonterías". La publicación se remata con una decena de cartas escritas al Director espiritual.

Sor María del Socorro da a conocer datos de su niñez, de su ambiente familiar, de su decidida -pero trabajada- vocación religiosa, su noviciado, sus primeros oficios

[1] Una Monja Archidonesa fallecida en olor de santidad: Sor María del Socorro Astorga Liceras (1769-1814). *Rayya* Año 10/2014 nº 10, p. 179-223.

en el monasterio, las dificultades de la vida fraterna, sus enfermedades, sus votos especiales, etc. Nos pone al corriente sobre detalles de la vida conventual de la época, como las representaciones que se hacían en recreación en días señalados. Trabamos conocimiento de íntimas devociones propias de un alma consagrada del siglo XIX, como vivir la Navidad ofreciendo a María "el corazón para pesebre"...

Pero el núcleo de estos Escritos, aquello que reflejan página tras página, línea a línea, es un doble amor en la vida de su autora: el amor esponsal a Jesús y el amor filial a María Dulce Madre. Este amor, vivido en alternancias de fervor, recogimiento y sequedad, es lo que, con una delicadeza de conciencia que no puede dejar de asombrarnos, esta monja mínima humildemente nos transmite. Advertimos así que su día a día se convierte en el ejercicio continuado de buscar y encontrar causas para amar "más y más" a Dios. La alabanza y la acción de gracias al Señor y a la Dulce Madre son como la respiración continuada que marca el ritmo de estas páginas. El Padre Anguera señaló como cualidades sobresalientes en Socorro Astorga su vida eucarística, su devoción a la Pasión, su contemplación trinitaria. Llevado por el entusiasmo del tesoro desvelado, expresaba su convicción de que la fama de los escritos y virtudes de esta monja "correrá de boca en boca entre los hijos y los devotos de San Francisco de Paula, quienes, llenos de admiración, darán gracias al Señor que tales frutos de santidad ha cultivado en el jardín minimita".

Es cierto que en la Madre Astorga se advierte aquella extraordinaria vida espiritual que suscita admiración a quien le es dado adentrarse en ella. Sus fenómenos místicos (el corazón herido por el amor a Dios, la vista y unión con la Santísima Trinidad en el alma, ese ver y oír con el alma en su relación continuada con el Esposo, etc.) impelen a vislumbrar en ella una santidad excepcional, forjada por la gracia a golpes de amor. Y, sin embargo, estamos convencidos de que no se trata de un ejemplar aislado y único, de una flor o fruto insólito. Más bien pensamos en la imagen del iceberg, en aquella masa que aflora en la superficie, pero que lleva debajo, incógnito y poderoso, un volumen mayor, desmesurado, colosal. A quienes hayan tenido ocasión de conocer un poco a las mínimas no les costará entenderme. Madre Astorga escribió y sus escritos se conservaron. Pero centenares de almas no han escrito ni escriben, o, en algunos casos, si lo han hecho, se han ocupado de "dar a la candela", a la discreción de la destrucción, sus papeles. Madre Astorga nos cuenta lo que vivió: el desafío de la santidad. Lo han vivido centenares de hermanas suyas a lo largo de cinco siglos. Lo siguen viviendo hoy, desde Andújar a Filipinas, con una fidelidad desconcertante para el mundo, las hermanas de la Orden de los Mínimos de fray Francisco de Paula. Ellas comprenderán mejor que nadie el contenido de las páginas que siguen. Para los demás, asomarnos a ellas, aunque no necesariamente nos sea fácil su lectura, puede ser un auténtico beneficio. Si las leemos tirando por la borda nuestros prejuicios, hallaremos en ellas el convencimiento, propio de su autora, propio de cada una de estas mujeres de hábito oscuro y alegría luminosa, de que una vida dedicada a algo tan sencillo y a la vez tan complejo como ayunar, orar y amar, es una vida que vale la pena.

Josep M. Prunés, O.M.

"Sea todo para gloria de mi Dios y Esposo de mi alma,
a quien deseo que todas las criaturas conozcan,
amen y alaben eternamente. Amén".

Sor María del Socorro Astorga Liceras

ESCRITOS DE LA MADRE SOR MARÍA DEL SOCORRO ASTORGA, RELIGIOSA MÍNIMA, EN EL CONVENTO DE JESÚS MARÍA DE ARCHIDONA.

Jesús, María[1]

"Con Dios todo se puede"

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias[2] y sentidos, y el fuego de su divino amor habite en mi alma, para que a gloria de Dios, y en honor de mi dulce madre, María Santísima, escriba lo que me manda la obediencia, a pesar de mi insignificancia. Con Dios todo se puede.

Padre mío:

Nací el día 30 de octubre de 1769; fueron mis padres Francisco de Astorga Frías y María Rosa Liceras y Cuevas. Recibí el santo sacramento del Bautismo el día primero de noviembre del mismo año, y me pusieron por nombre María Claudia Josefa.

De mi niñez no sé nada, porque me faltó mi madre cuando tenía solo tres años y medio, y los padres no reparan tanto en las cosas como las madres. Mis buenos padres tuvieron mucho cuidado con mi crianza. Fue voluntad de Dios que no conociera a mi madre, por lo que no me acuerdo nada de ella, pero me llena de consuelo oír hablar de sus virtudes y de la educación que empezaba a darme.

Gracias a mi Dios, que tan generoso ha sido con esta miserable.

A los cuatro años de edad, celebró mi padre segundas nupcias; Dios me dio otra segunda madre, tan buena para mí que ciertamente, el Señor me hizo un gran beneficio, pues me quitó las muchas *gachas*[3] que me daban mi padre y mis tías. Empezó con entereza a hacerme dura, por lo que me quedé tan acobardada que parecía tonta; por tal me tenían, y así me nombraban todos menos mi padre, que siempre me defendía y no quería que me dieran ese título, que será una honra para mí hasta el fin de mi vida, y le tengo amor, porque me ha ahorrado tener vanidad, y no me ha estorbado para conocer a mi Dios.

Esta tontería me la causaba, además del temor tan grande que yo le tenía a mi madre, el gran temor que le tenía a los pecados.

Desde la edad de seis años, sin saber lo que era malo, a todo le temía, y no tenía otro consuelo que ir delante de la imagen de mi madre la Santísima Virgen, a pedirle: que cuando yo hiciera alguna cosa mala, me salieran manchas en las manos para que

[1] Jesús, María, y más adelante también José, los pone, al empezar cada folio, junto con una cruz. Los siguientes los suprimimos para darle más uniformidad.

[2] Memoria, entendimiento y voluntad.

[3] Mimos.

yo conociera que era pecado y no volviera a hacerlo. Me parecía[4] que los pecados se hacían sin conocer que lo eran, porque sabiéndolo, tenía por imposible que nadie los hiciera. Estos temores no me nacían del amor a Dios, sino del temor al castigo.

Así estuve hasta la edad de diez años, que desperté un poco de aquel encogimiento que tenía. Desde entonces, mis temores y aborrecimiento de las culpas, solo han sido porque eran ofensa a un Dios tan bueno y digno de ser amado; aunque ya desde la primera comunión, que fue a los ocho años y medio de edad, empecé a tener más luz.

La señora que me llevaba a confesar, avisaba al padre cura de mi poca edad y simpleza, pero el padre cura se mantuvo firme en que me hallaba capaz. Yo confieso que, aunque sabía muy bien la doctrina, era como el papagayo, y no tenía la inteligencia interior que necesitaba. Mi amado Dios, cuando entró en mi alma, la empezó a iluminar tanto con las luces de la fe, que quedé hambrienta de este sacrosanto pan, y empecé a gustar de sus dulzuras, que fueron cada vez a más, hasta llegar a la edad ya dicha. Desde entonces, deseaba que llegara el día de ir a comulgar, pues me llevaban todos los meses. Mis confesiones en este tiempo, eran de las faltas de obediencia a mis padres. Por la misericordia de Dios, no me acuerdo de haber faltado en toda mi vida más que en no levantarme temprano, cuando mi madre me llamaba. Era tan dormilona, que al instante me volvía a quedar dormida. Así lo estuve haciendo, hasta que a los nueve años, un día me castigó mi madre; quedé enmendada para siempre, porque conocí que había ofendido a Dios.

Hasta entonces no había tenido escrúpulo alguno, aunque me confesaba de ello, porque me lo decían, pero ni tenía dolor ni propósito, pues hasta ese día no tenía por pecado quedarme en la cama. Después de que me confesé con toda claridad de todo esto, no conozco haber cometido otro pecado con aquella edad, por la misericordia de Dios y por el mucho cuidado de mis padres, que no me dejaban un instante, teniéndome siempre ocupada, ya con el libro, ya con la labor de punto de media. Solo un rato por las tardes me dejaban ir a jugar con unas parientas, a las que Dios había dado tan buenas inclinaciones que les gustaba más que les leyera, que jugar. De la lectura sacábamos deseos de ser santas, y éstas eran nuestras conversaciones y deseos, de modo que tenían que reñirnos para que soltáramos el libro. El beneficio que me hizo Dios fue que me enseñaran a leer tan temprano, que con seis años ya sabía.

Gracias a Dios, no me ha faltado nunca su ayuda, y por eso siento que son tan grandes mis ingratitudes.

Mi amado Esposo y Señor tenga misericordia de mí.

Mi amado Esposo mi Señor Jesucristo y mi dulce Madre María Santísima[5], que con su santísima vida me han dado ejemplos de la más perfecta obediencia, me asistan con su gracia para cumplir este mandato que voy a empezar, para gloria de Dios, honor de mi dulce Madre y confusión mía.

[4] "Me Parecía", lo repite continuamente; no asegura nada; duda de sí misma.

[5] Dulce Madre: así llama a la Virgen en la advocación de los Dolores.

El primero de los favores que yo recuerdo, de los muchos que ha hecho mi amada Madre a mi alma, fue que a la edad de cinco años, estando yo afligida por haberse casado por segunda vez mi padre, y encontrarme con una madre política, como tenía pocos años, no la recibí bien, y le costó trabajo convencerme para que la llamara madre. Afligida, como he dicho, me quedé dormida, y en el sueño vi a una señora hermosísima vestida como se acostumbra vestir a las vírgenes de pasión, y me dijo: que no me afligiera, que era mi madre que estaba en el Cielo, y que estaría conmigo.

Aunque fue un sueño, lo digo porque de él me vino la devoción que he tenido siempre a la Señora, particularmente bajo el título de sus Dolores. Desde entonces la reverencio como madre.

A los pocos días, experimenté otro beneficio: vino una niña mayor que yo a jugar conmigo, e ideó un juego indecente, en el que yo iba a jugar, aunque sin malicia ¡Bendita la misericordia de mi Dios y de mi Madre Santísima! Cuando iba a empezar, oí que me llamaban y pensando que era mi madre al instante fui. Me dijo que no me había llamado, con lo que empecé a pensar si sería aquel juego pecado, y no quise jugar. Aunque entonces no conocí el beneficio, después lo he conocido, y lo he tenido por un favor de mi dulce Madre; le estaré agradecida toda mi vida por haberme librado de caer en algunos pecados, incluso antes de que supiera que lo eran.

A los seis años me llevaron a la *miga*[6]. Un día, vi que tenía una de las otras niñas un pedazo de rosa seca, y al tiempo de salir se la quité, pero ¡Bendito sea mi Dios! No hice más que salir a la calle con mi hurto, cuando puse la vista en una imagen de mi dulce Madre, y me dio tan gran escrúpulo, que me hizo entrar a devolvérsela a su dueña con gran arrepentimiento. Quedé tan escarmentada, que un alfiler que me encontrara no lo cogía, porque me parecía que era pecado.

Bendito sea este Dios de infinita misericordia que tanta ha usado conmigo, y que yo tan ingratamente le he correspondido.

“con los nombres de Jesús, María y José, sentía consuelo en mi alma”

Las devociones que tuve en estos tiempos de poca edad, fueron las mismas que tenían mis padres: el Santo Rosario, que lo rezábamos todos los días, a mi padre y señor san José, y a la Sagrada Familia. Pero con quien yo he tenido más fervor, porque me salía del interior como si me la hubieran infundido, ha sido a mi dulce Madre y a mi señor san José. Con solo oír los dulces nombres de Jesús María y José, sentía consuelo en mi alma. Desde la edad en que tuve el sueño con mi Madre Santísima, tomé la devoción de rezar siete avemarías en memoria de sus siete mayores dolores, pidiéndole un verdadero dolor de mis culpas y la gracia de acertar en todo para hacer la voluntad de Dios, que siempre he deseado mucho. Rezaba otro Padrenuestro al señor san José, otro al santo Ángel Custodio y otro a san Juan Evangelista.

Estas son las devociones que he seguido desde pequeña, y pocas he aumentado después, porque he sido poco rezadora.

[6] “Escuela amiga”. En Archidona se llamó” Escuela de Cristo” y era gratuita. La de niñas, estaba próxima a su casa, en lo que hoy es calle Don Carlos, y en esa época, calle de la Plaza.

A todos los santos siempre me he encomendado, desde que tuve uso de razón, pidiéndoles: que sean ellos mis padrinos, ya que tuve la dicha de recibir el santo Bautismo en el día de Todos los Santos.

La oración la empecé a hacer sin saber lo que era. Desde que supe leer, como por lo regular eran lecturas de la Pasión o compendios de las virtudes de algunos santos, me fui aficionando a querer ser santa. Con estos deseos acudí a mi dulce Madre a pedirle aquellas virtudes que yo había leído, que me gustaban mucho y las quería tener. En estas peticiones sentía tanta paz interior que me iba aficionando cada día más.

Para poder estar más tiempo con la Señora, estaba deseando que mi madre necesitara salir, porque me dejaba encerrada con mis hermanitos y me quedaba a mis anchas para estar con mi dulce Madre y hacerle mis peticiones. En todas ellas pedía lo que ya he dicho: que conociera lo que era pecado para no hacerlo.

Cuando estaba mi madre en casa, andaba siempre pidiéndole unas florecitas del huerto, pues no tenía valor para cogerlas si mi madre no me las daba, y cuando me las daba, me iba al instante con mi Madre y Señora, y la iba venerando con aquellas flores; por cada flor a medida que Dios me inspiraba le pedía una virtud porque allí recibía luz. Este fue el principio de mi oración.

A este principio le siguió la primera comunión, con la que tuve mayor conocimiento de mi Dios.

Cuando me quedaba sola me postraba en tierra y lo adoraba. Si desde el sitio donde estaba se veía la iglesia, lo adoraba en el Santísimo Sacramento. Me ocurría muy a menudo, pues mi casa estaba enfrente de la iglesia. Tenía tanto consuelo con esto, que le daba gracias a Dios, porque me había hecho su vecina.

Siempre quería que me mandaran a cerrar o abrir las puertas o las ventanas para dar vista a la iglesia. Una vez me salió *cascado*[7]; fui a cerrar las ventanas, y al hacer lo que acostumbraba de postrarme en tierra para adorar a mi Dios sacramentado, me di tan recio golpe con un *traste*[8] que había allí, que por poco me salto un ojo. Se lo ofrecí a mi Dios, pero lo más penoso de pasar para mí, fue que mi madre empezó a examinar dónde me había hecho aquello. Yo se lo dije, y como no podía haber sido sin haberme caído, me encontré en un aprieto; no quería decir la verdad ni mentir. Con esto quedaba como tonta y mortificaba a mi madre.

Dios le habrá premiado lo mucho que tuvo que sufrir con mis simplezas, porque de estas cosas tuve muchas.

Las mortificaciones hasta los diez años no fueron nada, porque las hacía con gusto, las deseaba y no sabía hacerlo de otra manera. Cuando podía, guardaba el desayuno, si venía un pobre, como yo era la que daba la limosna, le daba lo que tenía guardado, y aquel día ayunaba; me gustaba mucho hacerlo y estaba muy contenta el día que lo podía hacer.

[7] Salió mal.

[8] Mueble.

“los fervores y los deseos de ser religiosa”

Vamos, en el nombre del Señor, a pasar desde los diez hasta los dieciséis años. Desde esta edad se aumentaron los fervores y los deseos de ser religiosa para entregarme del todo a Dios ¡Con qué pena lo digo, al ver lo mal que he correspondido a mi Dios en el estado religioso! Con estos deseos, empecé a buscar mortificaciones: más ayunos, dormir en el suelo, y como no tenía cilicios, me ponía una soga con nudos y muchas veces una *pleita*[9] apretada en la cintura que me hacía llagas.

Estudiaba cuanto podía para buscar cosas de mortificación, porque causaban tanta impresión en mi alma las consideraciones[10] de la Pasión, que me encendía en deseos de padecer por mi Dios.

Con estas mortificaciones hacía lo que podía, pero sin que se conociera; todo sacado de mi cabeza y sin pedir consejo a nadie, porque hasta los doce años el confesor cada día era distinto. Uno de ellos me aconsejó que me confesara siempre con el mismo. Así lo hice, y le dije: que quería confesar siempre con él, y no le di más explicaciones de nada; sólo le pedí licencia para confesar más a menudo, y me la dio para quince días. Al poco tiempo volví a pedirle licencia, y me la dio para ocho días.

Me daba muy buenos consejos, pero yo no manifestaba[11] nada, porque no pensaba que fuera menester decir más que los pecados, que en este tiempo solo fueron algunas impaciencias con mis hermanos, y gracias a la misericordia infinita de Dios eran muy leves, porque mi Dios me asistía con grandes auxilios[12] para huir de todo lo malo, y la poderosa protección de mi dulce Madre me concedió tanto aborrecimiento a todas las cosas del mundo, que no tenía gusto más que de las cosas de Dios; en lo demás encontraba amargura.

Hasta la edad de doce años, algunas veces en tiempo de Pascua, me llevaban convidada a casa de mis abuelos, donde solía haber algunas diversiones. Era tanto mi disgusto interior, que nada de aquellas cosas me gustaba. Una de estas ocasiones me fue más amarga: había otras mocitas, que solían tener conversaciones de novios, y siendo yo tan chica empecé a reprenderlas; se burlaron de mí, y yo me enfadé tanto que me eché a llorar. Acudí a mi dulce Madre pidiéndole: que me librara de tener esas conversaciones; tanta repugnancia me daban las cosas del mundo.

Gracias a Dios, esta fue la última vez que salí de casa de mis padres, ya que a mi padre nunca le gustó que yo saliera de casa. Después de esto, ni porque se empeñaran mis abuelos ni mi madre ni por nada quiso mi padre volver a dar licencia para que yo saliera; y yo me quedé tan contenta.

Cuando *grande*[13] he dado muchas gracias a mi Dios que tan misericordioso ha sido conmigo.

---

[9] Tejido hecho con esparto.

[10] Reflexión o examen detenido sobre algo, lo usa con el significado de meditación.

[11] Decir, explicar, comunicar.

[12] Ayuda.

[13] Fui mayor.

A los diez años, tuve nuevos fervores[14], porque hacía en mi alma mucha impresión la Pasión de mi amado Esposo y Señor; principalmente un día que me clavaron sin poderlo remediar unas tijeras en la palma de la mano; fue tan grande el dolor, que me quedé sin sentido. Cuando volví en mí, me hallé con que mi mano tenía todos los dedos hechos garabatos[15] y sentía grandes dolores. Lo primero que oí fue el rezo del rosario a mi dulce Madre de los Dolores que me trajo a la memoria los dolores de los clavos que había sufrido mi amado Esposo y Señor. Me causó tan gran consuelo en el alma, que daba gracias a mi Dios que me había dado la ocasión de que yo padeciera ese tormento. Me duró poco, porque una tía de mi madre, muy devota de mi dulce Madre con el título de sus Dolores, acudió a pedirle a la Señora que no me quedara manca, que eso mismo pensaban todos los que estaban presentes.

Después de su súplica, me aplicó un paño con aguardiente, exhortándome a la devoción de mi dulce Madre. Me decía que me encomendara a la Señora y quedaría sana, y así fue; al instante empecé a mover los dedos y amanecí con la mano buena; solo un dedo me quedó algo encogido, que sin estorbarme para nada, me servía para acordarme del beneficio recibido.

Empecé a ocupar más tiempo en la meditación de la sagrada Pasión, leyendo antes algún libro que tratara de ella; las más de las veces cuando menos lo esperaba sentía una llamada en mi interior, con unas consideraciones[16] tan vivas, que tenía que retirarme porque se me saltaban las lágrimas. Cuando mejor podía darme a este santo ejercicio era de noche. Antes de acostarme, tenía un rato de oración hasta que me daba mucho sueño; entonces le pedía a mi dulce Madre que me despertara a medianoche para alabar a mi amado Esposo y Señor. Me sucedía que me despertaba algunas noches oyendo muy claro mi nombre. No sé si me engañaba mi pensamiento o sería una ilusión del sueño, pero puedo asegurar, que me despertaba al oír:

-María, levántate que ya es hora.

Viendo cuántas veces sucedía esto, pensé que era mi dulce Madre, y le daba las gracias. Hacía mi oración muy fervorosa, hasta que venía el sueño otra vez, y me volvía a acostar hasta por la mañana.

Después de componer la casa, iba a misa y volvía a tener otro rato de oración; salía tan fervorosa que sentía nuevos deseos de consagrarme a Dios en el estado de religiosa, pero sin manifestarlo a nadie, pues lo callé hasta que tuve catorce años.

"Te quiero […] para esposa de mi Hijo"

A pesar de lo mucho que huía de ciertas cosas vinieron sobre mí temprano; me escribieron un papel pretendiéndome para el estado del matrimonio. Esto fue una cosa para mí muy grande, porque no sabía cómo tenía que responder sin que mi madre lo supiera. No quería hablar con nadie de aquello, y no sabía qué escribir. Con todas estas confusiones acudí a mi dulce Madre, mi consuelo en todo, y con lágrimas le pedía: que me diera luz para hacer la voluntad de mi Dios; que bien sabía

[14] Sentimientos religiosos intensos.

[15] Con forma de garfios.

[16] Reflexionar, meditar con atención y cuidado para formar una opinión.

la repugnancia que yo tenía al estado del matrimonio, pues sólo quería ser toda de mi Dios y cumplir su santísima voluntad, aunque fuera en lo que más me repugnara, y que no me iría de allí sin que por su misericordia me diera luz para conocer la voluntad de mi Dios. Estando en estas peticiones, oí una voz clara que me decía:

-No te quiero para ese estado, sino para esposa de mi Hijo.

Quedé tan sorprendida y tan llena de consuelo que no lo puedo explicar.

A partir de aquí, se aumentaron mis deseos con la nueva luz que mi amado Esposo le daba a mi alma. Toda aquella noche se me fue dando gracias a mi Dios y a mi dulce Madre por aquel beneficio que me hacían, solo por su misericordia.

Al otro día, si mi madre me daba licencia, pues no era el día señalado para ir a confesar, me dispuse para darle cuenta al confesor de lo que me pasaba, y que me dijera lo que tenía que hacer y el modo de responder sin que tuviera que hablar mucho con nadie, porque me fatigaba[17] solo pensar que tenía que hablar de esto, aunque fuera para decir que no.

Quiso Dios que mi madre no me diera licencia para ir aquel día. Pasé un día muy penoso, porque quería salir pronto de aquello, y mientras, hacía actos de conformidad con la voluntad de Dios.

Al otro día, me dijo mi madre que fuera a confesar; fui, pero solo dije lo de la pretensión: que yo solo quería ser religiosa, pues esos eran mis deseos desde mis primeros años, y que me hiciera la caridad de decirme cómo tenía que responder. Me dijo lo que le pareció conveniente en cuanto a ser monja: que en todos los estados se servía a Dios, y que si era santa en el siglo, sería más santa, que si lo fuera en religión; que no pensara en eso por el momento; que aún era muy niña y no conocía lo que hacía. A lo que respondí: que me parecía que no me arrepentiría nunca, aunque en este mismo día tomara el hábito. El confesor me aconsejaba conforme a lo natural, y no conforme a la gracia que mi Señor y Esposo de mi alma me daba por su misericordia. De este modo me expliqué, aunque sin manifestar la luz que tenía en mi interior.

Con esto quedé convencida de no hablarle por entonces de ser monja, hasta que llegara a la mocedad, y seguí con mis ejercicios y mis retiros.

Los días de fiesta me vestía con más decencia, por obedecer a mi madre. El día que me podía escapar sin ponerme algún adorno, lo hacía. Ese día no salía por mi voluntad de la sala o de donde me pillara, mientras había hombres en casa. Mi madre que conocía mi repugnancia, me reñía y me obligaba a ponerme algunas cosas que no eran malas, pero como a mí me tenía tan impregnada la Pasión de mi amado Esposo, el adorno de la cabeza me recordaba la corona de espinas, los anillos me recordaban las manos de mi Señor clavado en la cruz, y así todo lo demás. Esto algunas veces me hacía derramar lágrimas. Un día se enfadó mi madre porque decía: que si no estaba como las otras mocitas, la gente diría que no me las ponía por mi gusto, sino porque ella era mi madrasta. Mi padre que lo oyó salió en mi defensa y le dijo a mi madre: que por eso no me reprendiera, pues yo procuraba estar aseada; que por no querer ponerme lo superfluo no me dijera nada, y con esto me dejó mi madre.

[17] Molestaba.

El enemigo me empezó a dar guerra por medio de los vecinos que me levantaron un falso testimonio. Fueron a quejarse de mí a mi madre. Decían: que no los dejaba dormir, porque toda la noche se me iba hablando por la ventana; que pusiera remedio. Mi madre no lo creía, pero la pobre mujer como lo afirmaban tanto, ya dudaba si creerlo, a pesar de ver en mí cosas tan contrarias. Por no reñirme más, de noche me encerraba. Esto no me dio pena ninguna; me la dio, que al otro día, me quitó de ir a misa y a confesar. Me dijo: que no iría hasta que ella pudiera llevarme. Le causó mucha pena a mi corazón, pues veía que pasaría mucho tiempo antes de volver a ir, porque había en la casa muchos niños, y no se podían dejar solos. Antes, yo iba todos los días a misa con uno de mis hermanos, y cuando volvía iba mi madre.

El disgusto me duró poco, porque fuimos a confesar, y gracias a mi amado Esposo no tuve la pena de estar privada de la misa; lo demás lo llevaba con paciencia. El confesor le mandó a mi madre: que me dejara ir, aunque fuera sola, pues estaba la iglesia tan cerca de mi casa que desde una ventana me podía estar viendo; que lo hiciera así bajo su responsabilidad. Con esto quedé consolada.

A los pocos días, vino otra queja igual a la anterior, pero como mi madre me tenía encerrada, se lo dijo así, con lo que le pegó un *bigote*[18] a la pobre mujer, que no volvió más. Estas cosas las llevaba con tanta paciencia, porque mi Señor le daba tanta abundancia de dulzuras a mi alma que no podía hacer otra cosa; nada es por mi mérito, sino que todo me viene de mi amado a quien se debe gloria y alabanza. Amén.

Sigo escribiendo para gloria de Dios y de mi dulce Madre.

Seguí otro poco de tiempo con sosiego, solo pensando en agradar a mi Dios, al menos así me parecía, pues esos eran mis deseos.

Volví a tener otra carta de petición, pero como estaba enseñada de la otra vez, la deseché con prontitud, aunque no me dejaron de molestar con más peticiones.

Doy gracias a mi Dios que me dio constancia en mis propósitos.

"mi madre […] murió cuando yo ya tenía quince años"[19]

A poco de esto cayó mi madre en su última enfermedad, y cuando murió yo ya tenía quince años.

Seguido de esto, me dieron unas *tercianas*[20] que me duraron ocho meses.

Al mes de muerta mi madre, que en paz descanse, cayó mi padre con un *tabardillo*[21], y estuvo en peligro de muerte. Me hizo mi amado Esposo la gracia de darme mucha conformidad con su santísima voluntad, pues la muerte de mi padre era para mí muy dolorosa por lo mucho que lo he querido.

En este tiempo, tuve muchas cosas que ofrecer a mi Dios; una de ellas decirle a mi padre que estaba en peligro de muerte, pues el médico mandó que hiciera las

[18] Le hizo quedar en ridículo.

[19] Se refiere a la segunda esposa de su padre; su madre biológica murió cuando ella contaba tres años.

[20] Fiebres intermitentes que repiten cada tres días.

[21] Tifus.

diligencias de cristiano [22]. La que estaba asistiéndolo no quería decirle nada, y tuve que hacerlo yo. Lo hice, pero confieso que me costó mucho trabajo.

No fue lo menor que tuve que ofrecer a mi Dios, pues mientras asistía al testamento de mi padre, que casi no podía hablar, al mismo tiempo estaba oyendo que fuera de la sala estaban discutiendo, y decían: que si faltara mi padre, nadie me llevaría, porque no querían *bregar*[23] con esta tonta; a mis hermanos, sí los querían, pero a mí no. Esto estaba pasando, mientras yo estaba asistiendo al testamento de mi padre.

Yo todo se lo estaba ofreciendo al Señor de mano de quien lo recibía, y no me quejaba de las criaturas ni manifesté haberlo oído, hasta que me lo dijo muy apenada una tía mía, a la que respondí: que no se preocupara, que si Dios se llevaba a mi padre, mi padre Dios no me faltaría nunca. Con esto no perdía de vista el no desagradar a mi Dios en nada que yo conociera; cuanto pedía era según su santísima voluntad. Al fin, quiso mi Dios darle salud a mi padre, y yo empecé a aliviarme de mis tercianas.

En vez de ir adelante con la oración aflojé, entregándome a los cuidados de la casa, a las visitas que venían, a los niños, a bregar con las amas...

Empecé a distraerme y ya no me disgustaba tener algunos ratos de conversación inútil cuando no fuera mala, porque sobre esto me hizo mi Dios un beneficio: me comenzó el temor de ofenderlo y tenía muchos problemas, porque quería servir a Dios y no disgustar a las criaturas[24]. Si iba a la iglesia y me daban conversación, la seguía por no disgustar a la que me hablaba, aunque procuraba cortarla lo más pronto que podía diciendo que tenía cuidados en casa; pero el cuidado que tenía era los aldabonazos[25] que me daba mi conciencia, que no se le ocultaba la presencia de mi Dios Sacramentado. Me afligía por el desacato o irreverencia cometida y proponía enmendarme, pero cuando se ofrecía, otra vez sucedía lo mismo.

Bendito mi Dios que tanto me ha sufrido.

A todas estas cosas, si no eran culpas graves, les iba perdiendo el miedo y buscaba las modas, si no eran malas. En fin que llena de amor propio me empezaba a cuidar de la vanidad. Si la bondad de mi amado Esposo y Señor no me hubiera preservado, habría caído en muchas culpas, pero tenía un freno con las visitas que hacía a mi dulce Madre. Al momento de ponerme delante de su sagrada imagen, quedaba tan reprendida y humillada con el conocimiento de mis ingratitudes, y con un escrúpulo tan grande por los adornos que habían empezado a gustarme, que iba a confesar. El confesor me decía: que no era pecado, con lo que quedaba un poco más tranquila, aunque no del todo, porque mi Dios, que no me quería para el mundo, me visitaba con grandes auxilios, conociendo yo con claridad: que no sólo quería que huyera de lo malo, sino que me entregara por entero a su servicio.

Algunos días, procuraba acudir a la oración, pero no encontraba el consuelo de otras veces, sino al contrario muchas distracciones, y pronto la dejaba, aunque no

[22] Prepararse para recibir los últimos sacramentos.

[23] Tratar, luchar.

[24] Personas.

[25] Llamadas ruidosas con un llamador o aldaba.

sin temor, porque cuanto más ingrata era yo, más fuertes eran los auxilios, y esto me hacía vivir en un martirio.

Bendito mi Dios que con tanta misericordia ha mirado mi alma.

Le pido: que me perdone tantas ingratitudes como he tenido durante toda mi vida, y que me dé su gracia para no volver atrás, que lo temo mucho, pero confío en su misericordia y en la intercesión poderosísima de mi dulce Madre.

Con estas miserias estuve cerca de un año. En este tiempo, los pecados que yo conocí más claramente, fueron las impaciencias con algunas personas que hablaron mal de mi padre, lo que me causó mucho enfado. Si mi dulce Madre no me hubiera detenido, las habría agraviado de palabra, pero no lo hice, porque a la primera palabra que hablé enfadada, puse los ojos en la imagen de mi Madre Santísima, y en mi interior oí que me decía:

-Cuando injuriaban a mi Hijo Santísimo, no me irritaba contra los que lo hacían, sino que pedía por ellos.

Me quedé tan reprendida y enseñada, que empecé a pedir perdón lo mejor que pude.

¡Dios sea bendito!

No dije esto en su tiempo, y aunque no tiene cosa particular, lo digo ahora.

Ha sido una cruz para mi amor propio, cuando yo misma oí decir: que mis males eran fingidos por la alegría con que los llevaba, y que no se me conocían en nada. Empecé a dudar si sería así, en particular con las convulsiones que tuve a los dieciocho años; como me daban unas cosas tan raras, temía si lo haría yo, pero cuando estaba mejor, veía que no lo podía hacer. aunque quisiera, con lo que quedaba consolada.

Quisiera que me lo hubieran reconocido para que se reconociera mi mortificación interior. Ahora me alegro de que no se conocieran; no sé si haré lo mismo otro día.

¡Dios sea bendito!

“he tenido cruz, pero ha sido con paz”

Otra cosa que recuerdo es que la noche que me quedé ya sola sin mi madre, porque le habían dado sepultura, fui a recogerme a mi cuarto; lo que hice fue ponerme en oración para pedirle a mi dulce Madre: que quisiera recibirme por hija, y que en todo fuera mi madre y maestra; que me alcanzara de mi Dios luz para la crianza de mis hermanitos y gobierno de mi casa; que me concediera tener mucha paz, porque estaba temiendo que la mujer que mi padre iba a llevar a casa para mi custodia, y que yo no la conocía, no fuera de mi modo de pensar y pudiera ofender a Dios. Siempre he tenido mucha desazón por las ofensas a Dios. La mujer que vino a cuidarnos era virtuosa, pero al poco tiempo enfermó tanto que mi trabajo fue cuidarla.

Le pedía a mi Dios: que no quería estar sin cruz; que me la diera, y fuerzas para que no se hicieran ofensas a Dios. Así lo he experimentado; he tenido cruz, pero ha sido con paz.

Todos los años que estuve así, pasaba gran parte de la noche afligida viendo que tenía tantas cosas que atender, y que no me hallaba capaz de nada, pues como antes

no había tenido otro cuidado que obedecer, no entendía nada de cómo disponer la casa, y todo me parecía un monte. Solo me quedaba el consuelo de la protección de mi dulce Madre. Desde aquel día para todo iba a pedirle bendición, y que fuera conmigo como una madre. En fin para no ser cansada; me ayudaba en todas las cosas, y yo no he correspondido como debía.

Mi dulce Madre me ha favorecido en todo, en lo espiritual y en lo temporal, siempre la he encontrado propicia. ¡Bendita sea! y bendito Dios que nos dio tal madre.

A los pocos días de haber muerto mi madre, volvieron a pretenderme para que tomara el otro estado, haciéndome fuerza diciendo: que a la muerte de mi madre, me iba a quedar sola, pues mi padre no podía estar siempre en casa. Con estos buenos pretextos me molestaban bastante.

Acudí a mi padre y le dije mis deseos e intenciones; me respondió: que se alegraba mucho de que eligiera el estado de religiosa; que el otro era bueno, pero éste era mejor, y también me dijo otras muchas cosas que llenaron de alegría mi alma.

Cuando acabé de hablar con mi padre, me fui a pedirle con mucha fuerza a mi dulce Madre: que me librara de que volvieran a hablarme de matrimonio ni se acordara nadie de mí para esto en toda mi vida; que bien sabía ella lo que me afligía que me hablaran de eso.

Gracias a mi Dios y a mi dulce Madre, no me volvieron a molestar. A mí no me molestaba porque yo dudara lo que tenía que hacer, sino por la natural repugnancia que Dios me había dado de esto.

Me ha costado escribirlo, pues me parece que es ocioso. Ya en otro papel iba puesto lo que tenía de cosa particular, y como esto no tenía nada pensé dejarlo, pero empecé a escribirlo sin querer, y cuando acordé ya lo tenía empezado.

¡Dios sea bendito!

Padre mío, cuando escriba más de lo necesario, avíseme V.R. que parece que lo voy haciendo interminable.

"como religiosa en mi casa"

A los dieciséis años, tuve otras enfermedades: erisipela[26] y tabardillo, y las pasé con paciencia, ¡Gracias a Dios! Al levantarme de la enfermedad mi amado Esposo me tenía preparado el remedio a mis tibiezas. El primer día que salí a la calle fui lo primero a casa de mi tía, y me encontré con que había venido un religioso forastero que fue un santo para mí. Estuvo hablando de cosas de Dios, y yo sentí mucha gana de confesar con él, porque se acomodaban aquellas doctrinas que le oía, a lo que mi alma sentía. Con este motivo iba con más frecuencia a casa de mi tía, hasta que me decidí, y le dije el deseo que tenía. Quedamos en lo que iba a ser yo, y me quedé muy contenta, porque pensaba que así podría declarar con más facilidad lo que había en mi conciencia.

Tenía la habilidad, como le sucede a otras criaturas, de que aunque no se quieran decir las cosas, te las sacan. Hice confesión general, de mis deseos de ser religiosa,

[26] Enfermedad de la piel, con fiebre, contagiosa y muy dolorosa.

y de lo imposible que me parecía ponerlo en ejecución por haber muerto mi madre, haber quedado una casa llena de niños, y además de eso, mi padre estaba muy delicado con muchas enfermedades. Le propuse un arreglo para mi vida, de forma que estuviera como religiosa en mi casa hasta que Dios dispusiera otra cosa, si esa era su santísima voluntad. Con esta súplica, mi confesor me concedió la licencia para hacer el voto de castidad temporal, y me señaló el tiempo de oración: haría una hora por la mañana, y otra por la noche. Aunque sólo hice un voto, me hallaba obligada a obedecer a mi padre por el mandamiento de Dios, y así me hacía la idea de que tenía el voto de obediencia. El voto de pobreza procuraba guardarlo, portándome en todo como si lo tuviera hecho.

Antes de empezar las tareas y trabajos del día me levantaba temprano y hacía la oración; después disponía las cosas de mi casa y me iba a misa; cuando volvía hacía la lección espiritual, y procuraba estar en la presencia de Dios. Por la noche, después de rezar el Rosario y demás devociones con mi familia, leía otro poco, nos íbamos a dormir, y entonces hacía la otra hora de oración.

Todo esto lo aprobó mi confeso, pero me quitó los ayunos de todos los días, y solo me dejó dos por semana y tres los advientos, pues temía que perdiera la salud. Las demás mortificaciones exteriores debía hacerlas en los mismos días del ayuno. No quedó nada sin arreglar, porque a todo asintió sin despreciar ninguno de mis deseos.

Los días que comulgaba eran de consuelo y también de fatiga, porque mi amado Esposo y Señor tenía muchas palabras como de queja, por no haber hecho el voto de castidad para toda la vida, mientras que las mujeres del siglo[27] se entregaban para siempre a los hombres miserables.

Así oía la voz de mi amado:

-Yo el más poderoso, el más sabio, la misma bondad, que en todo me he dado a ti, y tú me pones límites para entregarte a mí.

Oía otras cosas semejantes que me encendían en amor y en vivos deseos de entregarme a mi Dios, pero me tenía atada el haberme mandado el confesor: que no hiciera este voto para toda la vida, hasta que nos viéramos cuando él volviera.

Esta obediencia fue dura, y lo que hacía era decirle a mi Señor y amado Esposo: que yo quería ser suya en alma y cuerpo; que no quería ni un instante de vida, que no fuera de mi amado; que Él sabía que era su ministro quien no quería, y todo lo que podía decirle encendida en amor, que no era poco, porque en estas ocasiones no se tiene cortedad con Dios.

Después que se lo expuse, estuve en esta disposición tres meses. A los tres meses me dio una enfermedad de dos meses de calentura, unida con un panadizo[28]en un dedo que los facultativos dijeron que era mortal. Padecí mucho, pero sería muy largo contarlo. Gracias a Dios, padecía con alegría por mi amado. El cirujano cansado de ver que no adelantaba nada, dijo que era menester cortarme la mano. Acudí a mi dulce Madre, y de repente se me puso el dedo bueno. Al otro día cuando la vio el cirujano dijo:

-Ayer era menester cortar la mano y hoy está buena.

[27] No consagradas a la vida religiosa.

[28] Infección grave de los dedos, que se propaga al hueso, articulaciones y vainas tendinosas.

Todos alabamos a Dios y a mi dulce Madre, pues les dije que era a quien me había encomendado.

Al principio de esta enfermedad vino mi padre confesor, y mi padre lo convidó para que viniera a parar a mi casa, pues eran muy amigos. Para mí fue de mucho gusto, porque estaba deseando que viniera para que me librara de tensiones, y me concediera hacer el voto de castidad para siempre. Le dije lo que me pasaba: que aunque no lo había hecho por obediencia, tenía la voluntad de hacerlo; que no me lo negara, porque Dios que me daba aquellos deseos tan vivos me daría su gracia para cumplirlos. Me lo concedió, gracias a Dios a quien sea dada honra y gloria.

Hasta aquí duran los dieciséis años.

Sigo a mayor gloria de Dios, honor de María Santísima y confusión mía.

En la enfermedad ya dicha ofrecí a mi dulce Madre no vestir cosa de seda ni gastar aderezo alguno, que aunque no lo hacía antes ya me iba metiendo en modas, y para asegurarme le hice esa promesa a mi Madre en reverencia de sus dolores. No me faltó qué ofrecerle, pues me mortificaron bastante, porque querían que estuviera como las otras mocitas. Mi mayor mortificación fue cuando me puse enferma; le echaban la culpa al padre confesor que me había metido escrúpulos; murmuraban y esto era para mí de mucha fatiga, de modo que si no hubiera tenido hecha la promesa a mi Madre, no hubiera tenido valor para resistir las voces del mundo.

Siempre que acudía a mi Madre, salía más fuerte en mis propósitos.

Las mortificaciones las hacía más moderadas como me mandó el padre. Al poco tiempo de haberse ido, empecé a hacer cositas procurando que no fueran las que me había quitado. Dormir en el suelo no lo hacía, pero metía en la cama algunas cosas como varas, y algunas veces ladrillos que era peor para el descanso que dormir en el suelo. Como tenía presente a mi amado Esposo en una cruz, me era dulce cualquier trabajo[29].

Iba haciendo más cosas guiándome más por mi fervor que por lo que me había ordenado mi confesor. En los ayunos empecé a pedirle licencia ya para un día, ya para otro, hasta que tuve todos los días, pero me duró poco, pues antes de cumplirse un año de nuevo enfermé como me había dicho el padre que me sucedería. Me quedé con muchos escrúpulos, porque luego no pude ayunar ni un solo día cuando me lo mandaba la iglesia; así pagué mi desobediencia y tuve muchas fatigas.

Espero que mi Dios me haya perdonado.

En la oración cuando iba a la iglesia se me olvidaba que debía volver. Tenía pocos cuidados[30], porque la mujer que estaba en casa no me dejaba hacer nada. Este tiempo duró cerca de un año.

Cuando estuve buena, pasé de las *gachas*[31] a los *coscurrones*[32], y así yo sin cuidados y Dios dándome consuelos, no me cansaba de hacer oración.

---

[29] Sufrimiento.

[30] Obligaciones.

[31] En esta frase: gachas.

[32] Trocitos de pan frito que acompañaban a las gachas.

Empecé a rezar el oficio de nuestra madre todos los días, y lo seguí haciendo hasta que vine aquí. El ejercicio de la madre antigua lo hacía dos veces en semana; éste también lo seguí, menos en la temporada que estuve en cama que esta vez fue poco tiempo; fue más largo cuando tuve el panadizo. Le pedí a mi dulce Madre que no me diera mi amado Esposo males de cama, porque se me pasaron cerca de dos meses sin comulgar, y tenía mucha pena. Hasta el presente me lo ha concedido mi Dios, pues he perdido de comulgar solo ocho días; todo lo he pasado de pie. ¡Gracias a Dios! Si es su voluntad que siga así, que no se haga mi voluntad sino la de Dios.

Las comuniones eran tres en semana y además los días de fiesta. El padre con quien hice la confesión general me mandó que comulgara todos los días, pero mi confesor no lo aprobó, y yo no me atrevía a hacerlo, no por escrúpulo, sino por temor a que se enterara.

Las visitas a casa de mis parientes las fui dejando; solo iba cuando estaban malos, y así tenía tiempo para todo, porque no lo perdía. El tiempo que me quedaba después de mis devociones lo empleaba en hacer labores de mano, procurando que no me faltara la presencia de Dios.

Así pasé el año diecisiete.

En el dieciocho aumentaron algunos trabajos, porque primero enfermó la mujer que estaba en casa y después la seguí yo. Sentía un fuerte dolor en el corazón y en el estómago, con unas convulsiones fortísimas que me duraron hasta más de los veintisiete años de edad. Me las quitó quien me las dio, pues ninguna medicina me hizo provecho.

El principio de esta enfermedad me acobardé un poco, porque me parecía que no podría hacer las cosas de casa, además de ver que la otra estaba peor. Deseaba ponerme buena para este fin, y como fui experimentando que me podía manejar, aunque con trabajo, ya no me daba cuidado estar mala. Además los grandes consuelos que mi amado Esposo daba a mi alma, hacían que cuanto más me apretaban las cosas, más alegre estaba padeciendo por mi Dios. Pero con esto mismo y con las consideraciones que hacía, me apretaron más las convulsiones y el dolor de corazón, o al menos a mí así me lo parecía. Aunque tenía consuelos, no era siempre. A veces venían sobre mí algunas *brascas*[33] trabajosas de pasar, ya por los escrúpulos acerca del mal, ya pareciéndome que era cosa del enemigo, ya pareciéndome que lo fingía, y en fin otras muchas cosas que el enemigo me proponía. A esto le seguía que el Señor y Esposo de mi alma también se retiraba, con lo que padecía mucho, en particular al principio. Como yo estaba acostumbrada a otra cosa, pasaba muchas fatigas.

"Mi consuelo en las aflicciones era la oración"

El consuelo que yo tenía en todas las aflicciones era la oración y no encontraba en ella consuelo, sino distracciones y sequedades. Me afligía mucho, y empezaba a retirarme, pensando que no era la oración para mí, y que al Señor le desagradaría más

[33] Borrascas.

si la hacía distraída, que si la dejaba. Si me retiraba, se aumentaban mis fatigas y los males se me hacían más penosos, hasta que el Dios de bondad infinita, viendo mi flaqueza, acudía con nuevos auxilios y me volvía a poner fuerte otro poco de tiempo. Duraba hasta que permitía su Majestad que se levantara otro viento por parte de las criaturas, que no dejaron de molestarme.

En mi casa no tenía contradicciones, porque solo pensaban en darme gusto, pero los de fuera, sí lo hacían. Un día fue una criatura a decirme: que yo pensaba agradar a Dios con aquellas *embusterías*[34] de estar tanto tiempo en la iglesia sin cuidar de mis obligaciones. Me dijo muchas más cosas, que me hubieran metido escrúpulo, si no hubiera estado mi conciencia segura de que no faltaba, pues atendía primero a la obligación y después a la devoción. Por la noche procuraba adelantar las haciendas[35] precisas, para que me quedara tiempo; todo lo hacía con licencia de mi padre, con lo que presto[36] deseché los escrúpulos que aquella criatura intentó meterme.

A los pocos días de esto, me armó el enemigo otra cosa, que si no me hubiera asistido mi Dios con grandes auxilios, por lo menos me habría enfadado, como me ha sucedido por cosas menores. Fue, que a una vecina se le perdió una gallina, pensó que estaba en mi casa, y que yo la ocultaba; se puso en el patio de su casa para que yo la oyera, y dijo cuanto el enemigo le propuso, siempre contra el modo de vida que yo tenía, llamándome hipócrita, embustera, y otras cosas, que apasionada, no sabía lo que decía. Lo que yo hacía en estas ocasiones era retirarme a la sala y clamar a mi dulce Madre. Tomaba un libro, y me quedaba serena, porque mi amado Esposo me preparaba para estas ocasiones.

¡Gracias a Dios!

Enero 20[37]. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Padre mío, doy principio a la explicación que V.R. me ha mandado, con la ayuda de mi Dios y la protección poderosa de mi señora y madre la Virgen María, a quien le pido, como la más obediente de todas las criaturas, que me alcance de mi Dios la luz para hacer todo lo que mi Dios quiera para su mayor gloria y honor de mi Señora a quien también pido la luz que necesito para saberme explicar, y su ayuda para hacerlo, pues conoce mi ignorancia.

Padre, en cuanto a las purificaciones de mi alma por medio de los trabajos[38] que he tenido, pienso que han sido para este fin, obra de la infinita bondad de mi Dios. Me parece que me las ha dado por medio de las enfermedades que empecé a padecer desde muy pequeña, pues apenas tendría cinco años, tuve una enfermedad de los ojos con ceguera y nubes en ambos ojos, que a fuerza de remedios se fueron gastando; fue rara, sin nombre y de mucho padecer. Me quedaron dolores de cabeza, que los llamaban jaquecas, y estaba tan delicada que con un instante que saliera al sol o pasara cualquier mal rato, me daban las jaquecas.

[34] Artificios para engañar.
[35] Trabajo de casa.
[36] Pronto.
[37] Primera vez que pone una fecha.
[38] Sufrimientos.

En los males conocidos que se manifiestan, tiene consuelo el amor propio, pero mis males casi siempre eran lo mismo: raros y sin nombre, por lo que me parece que han sido solo para hacerme padecer, y por este medio purificar mi alma.

Me dijo mi confesor en una ocasión, que le había dicho el médico: que no hallaba otra causa para mis males, sino que Dios quería que padeciera, y que este amorosísimo Dios me escogió, desde mis primeros años, y quiso preparar mi alma con sufrimientos. Por su infinita misericordia no eran grandes, sino arreglados a mis fuerzas. Me dio desde aquella corta edad, luces y auxilios abundantes para saber aprovecharme de ellos con paciencia y conformidad, acordándome siempre en todo mi padecer, de la Pasión de mi Señor. A no ser por la gracia particular de haberle dado mi Dios luz a mi alma a temprana edad, estos sufrimientos solo hubieran servido de cruz para mis padres.

Ésta no les faltó, pero habría sido mayor si yo no hubiera estado paciente y sufrida. Mi Dios hizo que así lo estuviera.

En este tiempo, hasta los diez u once años, estos fueron mis trabajos, aunque muy dulcificados, pues recibía mi alma muchoconsuelo padeciendo por mi Dios.

En cuanto a padecer por culpa de las criaturas, también tuve alguna cosa, porque mi Dios me quería humilde, y quiso que todos me tuvieran por tonta, menos mi Padre, como ya dije. Los demás me mortificaban y despreciaban como tonta, y como no lo era por la misericordia de Dios, sufría y andaba humillada.

Bendita sea la misericordia de mi Dios a la que agradezco mucho esta bondad tan grande que usó conmigo, librándome por estas cosas de muchos males espirituales, y disponiendo mi alma para bienes mayores.

En esta edad, no me acuerdo haber tenido tentaciones por parte del enemigo. Me llevó mi Dios en mis primeros años, como una madre que lleva en los brazos a su pequeño niño, y lo tapa para que nada le ofenda. Así me sucedió muchas veces, y conservó en mi alma buenas inclinaciones y buenos deseos. Cuando oía que estamos inclinados a lo malo, no podía yo comprender cómo era eso, pues yo solo quería lo bueno, gracias a mi Dios.

¡Bendito sea mi Dios!

Todas las criaturas lo alaben por mí, que no he sabido agradecer tan grandes beneficios como mi Dios me ha hecho, y no los he conocido hasta entrar en la religión.

Parece que mi Dios me ha dado luz y muchos beneficios particulares para que por este medio le sea fiel y agradecida.

¡Ay, cuánta es mi ingratitud!

¡Bendita vuestra misericordia!

¡Bendita vuestra bondad!

¡Bendito vuestro amor, Señor mío!

Señor mío ¿qué quieres sacar de mí, recordándome todo esto, sino que corresponda agradecida, amándote con toda mi alma, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas? Señor mío, yo quiero que ya que vos empezasteis la obra, la acabéis de perfeccionar y hagáis de mí y en mí, todo lo que queráis; que no permitáis, Dios mío, que mi maldad detenga vuestra bondad; obre en mí todo lo que queráis y más os agrade.

¡Bendito sea mi Dios!

¡Bendito sea!

“primeros trabajos espirituales”

Desde la edad dicha hasta los trece o catorce años, tuve poco que padecer por enfermedad, pero me vino otro trabajo más penoso que nació del temor tan grande que tuve a los pecados. Me parecía que hacía muchos pecados, porque no los conocía. Esto me traía sin sosiego, estaba acobardada, y en todo veía pecado. Clamaba a mi Dios que me diera luz para conocer lo que era pecado, y no hacerlo. Con mucha frecuencia acudía a mi Señora Madre, y cuando no encontraba aquel consuelo que yo había experimentado en otras ocasiones, era muy grande mi desconsuelo y me sentía perdida. El mayor desconsuelo era no saber qué había hecho de malo.

Estos fueron los primeros trabajos espirituales que experimenté.

Por parte de las criaturas, como ya dije, también tuve alguna cosa que sufrir, porque me levantaron cosas falsas y se las dijeron a mi madre como ciertas para que me castigara, pero solo me reprendió; como supe después, no lo creyó. En esta ocasión me concedió mi Dios la gracia de sufrirlo con paciencia y perdonar a la que me hacía agravio.

¡Gracias a mi Dios por todo!

Desde dicha edad, hasta los diecisiete años, tuve que padecer sequedades[39] y temores. Cada día aumentaban más mis deseos de agradar y de ser toda de mi Dios, por lo que estas sequedades eran más penosas; me parecía que eran por mi culpa, y porque mi Dios estaba enojado conmigo. Al mismo tiempo empecé a tener mayor conocimiento de Dios y mayor fervor en la oración, y así recobraba en unos días fuerzas para otra temporada de distracciones y sequedades. Me parecía que no agradaba a mi Dios en la oración, y que era mejor no hacerla; pero mi Dios acudía misericordioso a llevarme a Él y, aunque fuera por el interés del regalo, se iban acortando los temores y aumentaba el conocimiento de mi Dios.

“aumentó mi sufrimiento con las enfermedades”

Desde los diecisiete años, y hasta entrar en la religión, tuve más luz en el alma. Mi Dios me favorecía con grandes consuelos en todo lo que hacía, al mismo tiempo que aumentó mi sufrimiento con las enfermedades ya dichas: tercianas, erisipela y tabardillo. Todo lo pasé con paciencia. ¡Gracias a Dios!

Esta falta de salud la acompañaron otros sufrimientos: la falta de salud y enfermedad que fue causa de la muerte de mi madre; la enfermedad de mi padre, que estuvo desahuciado, y que nadie quería acogerme, como ya dije.

En silencio pasaba algunas amarguras, eran pocas, porque el amor que mi Dios me había dado a su santísima voluntad me lo endulzaba todo. Cuando me veía un poco afligida y reflexionaba que Dios así lo quería, al instante se quedaba mi alma tan pacífica, que no deseaba otra cosa, sino que se hiciera la voluntad de mi Dios.

En este año me purificó mi Dios con estos sufrimientos; lo digo, porque son los más abultados, pues hubo otras cosillas que no nombro.

[39] Falta de sentimiento.

A todas las criaturas, no siempre les vienen las cosas bien y a su gusto, y menos a las almas que Dios quiere despegadas de todo lo criado. Tengo experiencia de que no me ha dejado que le tenga apego a nada.

Estos sufrimientos fueron una preparación para conceder a mi alma la gracia de consagrarme toda a mi Dios, ilustrando mi alma con mucha luz, dándole fortaleza y ánimo valeroso para renunciar a todo lo que el mundo ofrece, y no temiéndole a nada que pudiera estorbar esta gracia. Conozco que me la dio Dios por mi espíritu de fervor, más que por la resolución que tomé de ofrecerme a mi Dios.

Con el voto de castidad desprecié todas las vanidades del mundo; aunque por ello yo fuera despreciada por las criaturas, a nada le temía, porque era toda de mi Dios.

Así estuve unos cuatro meses, sin tener que padecer nada que merezca contarse. Los consuelos que recibía en este tiempo eran tan grandes, que aunque hubiera tenido mucho que padecer, me hubiera parecido poco, pues mi alma estaba fervorosa a toda hora. Particularmente en los días de comunión me dejaba mi amado Esposo tan llena que no podía pensar en nada. Cuando lo recibía, unas veces mi Señor le manifestaba a mi alma el gran amor que le tenía y lo que había hecho por mí, y otras veces como quejándose de que yo hubiera hecho el voto de castidad, solo por un tiempo limitado. Se me encendía tanto el alma en amor, que no puedo explicarlo, y me quedaba para todo el día bien dispuesta[40], ofreciéndome en todo.

Como si mi Dios no lo supiera, le manifestaba mis deseos: que recibiera mi intención de hacer el voto perpetuo, si no le desagradaba, pero que Él sabía que la obediencia me tenía atada. De estas cosas tenía mis coloquios con mi Dios, siendo este tiempo de gozo, pues la oración siempre era fervorosa, y cada vez con más conocimiento de mi Dios.

Pasados estos meses me vino otra enfermedad que me hizo padecer mucho durante tres meses, causándome grandes dolores y poniéndome en peligro de muerte. Como yo deseaba morir para ir con mi Dios, la pasé con poco trabajo lo mismo que las demás enfermedades, porque el espíritu estaba fervoroso y el alma gozaba de gran paz.

¡Gracias a mi Dios!

“hice el voto perpetuo”

Durante esta enfermedad, hice el voto perpetuo. Ese día mi Dios llenó tanto mi alma de su amor, que casi estuve dos días como aletargada. Pensaron que estaba desvanecida, pero mi alma estaba bien despierta amando a mi Dios, sacando más conocimiento de su grandeza y más deseos de agradarle; toda estaba en mi Dios, y nada en el mundo. Estaban todos empeñados llamándome; yo oía la voz como de muy lejos, y apenas podía responder sin quedar otra vez sin sentidos, con lo que les di un buen susto, como luego me dijo mi padre confesor. Tenía una gran serenidad, pero como no lo sabían, pensaban que me iba a morir. Me curé, cuando mi Dios, por la intercesión de mi dulce Madre, me curó milagrosamente.

[40] Con ánimo.

Después de pasada esta enfermedad, ya no fueron tan continuos los fervores, y empecé a padecer en el alma algunos temores, sequedades, distracciones..., a unos tiempos de fervor le seguían otros de sufrimiento.

La salud poco me duró, pues a los pocos meses me dio alferecía[41], y continuos dolores de estómago y de corazón que me duraron hasta la edad de veinte años. Me hicieron padecer mucho en el cuerpo, pero no en el espíritu, pues en éste, solo me molestaba que mis enfermedades fueran impedimento para ayunar y guardar las vigilias y cuaresmas.

No me consentían las mortificaciones, por lo que algunos días estaba algo triste, porque me parecía que eran delicadezas mías, y que lo que padecía no era suficiente causa para dejar de hacerlas. Con esto sufría mi espíritu, y yo mortificaba a mi confesor. Puedo decir que la enfermedad ha sido el ejercicio que he tenido casi toda la vida. Las criaturas no me mortificaban casi nada comparadas con los regalos que mi Dios me daba.

Había otras cosillas que me hacían padecer, como ya dije, pues algunas parientas querían que me pusiera adornos; como mi Dios no quería que me los pusiera, al instante que me ponía alguna cosa era reprendida y enseñada por mi dulce Madre, aunque esto nadie lo sabía. Si mi madre me los ponía, me daba mucha fatiga y me entristecía, porque no podía vencerme para ponerme delante de la gente. El día de la Asunción de mi Señora y Madre lo pasé en una habitación leyendo mientras había gente en casa. Por la tarde, descansó mi espíritu cuando me llevaron a la iglesia. De este modo se me quitaron las fatigas que había tenido por la mañana, porque lo que más me había afligido había sido ver a mi madre desazonada; me parecía que yo había tenido la culpa, aunque no conocía haber desobedecido en nada, pues cuando me mandaba mi madre que me pusiera alguna cosa, lo hacía, pero me costaba trabajo. Como mi Dios hizo que mi alma conociera que lo amaba, se fueron los temores y quedé con mucha serenidad. Aunque todas las criaturas se opusieran, yo conocía las virtudes que agradaban a mi Dios.

"primera vez que quedé sin sentido en la oración"

Dios hizo a mi alma el beneficio de que lo conociera con más claridad. Me dio tanto recogimiento en la oración, que fue la primera vez que quedé sin sentido; yo no sabía dónde estaba ni oía ni veía más que a mi Dios, que comunicaba a mi alma mucha luz para conocerlo y amarlo, y me daba mucha fortaleza para querer servirlo. El conocimiento de mi Dios me hacía ver cuán justo era darle gusto, y así, cuando me llamaron para irnos a casa, parecía que me sacaban del cielo para ir a la tierra. Con una gran paz en mi alma hablaba y trataba con las criaturas, mientras mi alma no quería ni pensaba más que en su Dios y en querer hacer su voluntad.

Lo que ha hecho mi Dios, ha sido darme consuelo siempre; cuando he tenido que sufrir alguna cosa, después me ha consolado mucho; lo uno es preparación para lo otro.

¡Bendita sea su misericordia y bondad!

[41] Epilepsia.

El alma tuvo que padecer pues, aunque por su misericordia mi Dios me libró de tentaciones grandes, me hacían sufrir las distracciones por cosas insignificantes; no hallaba consuelo en la oración, me parecía que desagradaba a mi Dios con ella, que yo no era para el santo ejercicio de la oración, y algunas veces la dejaba. Esta sequedad frecuente en estos tiempos duraba pocos días, porque como mi Dios conocía mi flaqueza y murria[42] y sabía que no adelantaría nada, no me la dejaba mucho tiempo, y me volvía a conceder otra vez recogimiento en la oración.

Las distracciones, aunque no fueran malos los pensamientos, eran penosas para mi espíritu; me parecía que lo hacía porque quería o porque no ponía nada de mi parte para evitarlo; me llenaba de temores, y por esta causa quería dejar la oración. Me parecía que ofendía a Dios, y que mejor sería ocuparse en obras de caridad, que estar en oración sin devoción pensando en cosas ociosas. Cuando tomaba esta determinación, al instante acudía mi Dios a darme recogimiento en la oración, volvía a recibir luz, y hacía propósito de no dejarla. Las veces que la quería dejar, estaba mi alma padeciendo, pues una oculta inclinación a la oración me hacía querer hacerla, y por otra parte no quería, de modo que tenía un combate, y no tenía fuerzas para tenerlo.

Mi Dios que todo lo conoce con su altísima sabiduría me quiso preservar de los malos pensamientos. Solo recuerdo haber tenido malos pensamientos una vez que había faltado a la caridad con el próximo, y otra vez de vanidad. Fue tanto lo que me asusté que no puedo explicarlo; me dio angustia, porque en mi ignorancia creía que con tenerlos pecaba. Llena de aflicción le decía a mi Dios: que yo no quería aquellos pensamientos; que me los quitara; que no quería ofenderlo. Acudí al confesor y le dije lo que me pasaba: que no sabía si había pecado, y lo que había pedido a mi Dios. Me mandó no pedir que me los quitara, sino que me diera su gracia para no consentirlos. Pero era tanto el horror que tenía a los pecados y tan débil la confianza en mí, que no podía convencerme; solo quería no tenerlos, no fuera que ofendiera a mi Dios. Deseaba cualesquier trabajo o enfermedad, que no tuviera peligro de ofender a mi Dios. Durante todos estos años, si alguna rara vez me venía algún mal pensamiento, no lo consentía, y me parecía que mi Dios se compadecía de mí. Le clamaba tan de veras a mi dulce Madre, que quedaba libre al instante, y después recibía aún más consuelos en mi alma.

Bendito sea mi Dios que ha estado siempre empeñado en el cuidado de mi alma, aunque por mi genio y falta de explicación no tuviera ayuda particular de sus ministros.

Mi Dios todo lo disponía, acudiendo pronto para que no me perdiera, unas veces dando luz a mi alma para obrar lo mejor, y otras apartándola de lo malo.

En estos tiempos no conocía que eran favores particulares de mi Dios los que su bondad obraba conmigo, y por eso no sabía agradecerlos; ahora los conozco, y lo que siento es no ser agradecida con verdadero agradecimiento, y no estar atenta para cumplir la voluntad de mi Señor a quien tanto debo.

¡Oh Dios mío! qué mal correspondo a tus beneficios; vos queréis en recompensa todo mi amor, y os dais por pagado con tan poco. Perdonadme mi Dios, vos sabéis que lo siento, haz que yo te ame con todo mi corazón y con toda mi alma; que esté tan rendida a tu amor que no quede en mí nada que no esté rendido a ti ni

[42] Tristeza y melancolía.

mi entendimiento ni mi voluntad ni mi memoria, mi amado Señor. A la vista de lo mucho que os debo, perdóname, Señor mío, mi mucha desobediencia a tus divinas voces con las que de continuo me llamas, y que tantas veces quiero desentenderme de ellas por seguir mi voluntad, y salirme con la mía. Padre amoroso, sufrís con paciencia mi tibieza y pereza, volvéis a avisarme para que cumpla vuestra voluntad, inspirando a tu ministro para que me lo aclare y no tenga dudas, y a pesar de ello, me resisto ¿Dónde se encontrará mayor ingratitud? ¿Dónde se encontrará mayor deslealtad? Por tu amor, perdóname Señor, y dame las gracias que necesito para enmendarme, ser humilde, obediente y acertar a cumplir tu amabilísima, santísima, justísima voluntad en todo tiempo y hasta la eternidad. Dime, misericordiosísimo, riquísimo, poderosísimo, liberalísimo, dime, por tu bondad, todo lo que tenga que quitar que no os agrada para que en todo haga lo que más te agrade.

Y siguiendo digo: que en estos años puedo haber tenido algún yerro en las fechas de año o día, y también alguna equivocación en las cosas que he escrito, pero mi ánimo no es mentir, y como tengo alguna duda, quiero decirlo para no engañar a nadie con conocimiento de ello ni en lo poco ni en lo mucho.

Los dos años anteriores a mi toma de hábito, mi salud era buena, y me parece que fue milagrosamente para poder venir a la religión. En estos dos años padecí algunas tentaciones contra la castidad muy ligeras, y fueron solo dos o tres veces, gracias a que mi Dios me libró de ellas. Además tuve distracciones durante largas temporadas seguidas; la más larga me parece que sería de cinco o seis días; luego tenía dos o tres días con más recogimiento, y así poco a poco lo pasaba, y venía pronto el remedio a mis temores.

En cuanto a las criaturas, no tuve nada que padecer; solo que casi nadie aprobaba que dejara a mi padre, y esto me hizo perder el sosiego de mi espíritu algunos días.

“primer año de noviciado”

Del primer año de noviciado, no hallo nada que decir. En cuanto a las criaturas, solo querían buscar mi comodidad, y con esto me mortificaban.

Los malos pensamientos también me mortificaban, pero en mi interior sentía mucha paz, y estaba siempre fervorosa y bien dispuesta para todo lo que mi Dios quisiera hacer conmigo, de modo que me parecía el cielo. Me inquietaba y me llenaba de temor no padecer, porque no hay dos glorias juntas. Este temor se lo manifesté al padre Basilio que me dijo: que no tuviera cuidado; que ellos vendrían cuando menos lo pensara. Y me consolé.

No me veía en aquella vida sin tener nada que ofrecer a mi Dios. La salud era tan completa como si nunca hubiera padecido enfermedades, como me decía una sierva de Dios. En el alma sentía mucha paz, y solo deseaba que se cumpliera en mí la voluntad amabilísima de mi Dios. Perseveré todo el año, agradeciendo a mi Dios este beneficio de traerme a su santa casa; sabía que no era digna de esto, y estaba humillada con el conocimiento de mi nada, y agradecida a la bondad infinita de mi Dios, a quien continuamente pedía que se hiciera en todo su voluntad en mí y en todas las cosas.

Cumplido el año de novicia, no tenía aquellos cuidados[43] de otras veces, de si sería recibida o no. Esperaba lo que mi Dios dispusiera, con tanta serenidad, que me parece que según estaba mi espíritu, lo mismo hubiera recibido el ser desechada que admitida, por la indiferencia que tenía, pues solo quería atender a que se cumpliera la voluntad de mi Dios, y estas eran mis peticiones.

Fue mayor mi agradecimiento cuando fui recibida, conociendo ya claramente la voluntad de mi Dios que me había escogido por su misericordia. Los días anteriores a la víspera de la profesión, estuvo mi alma con mucho recogimiento dando gracias a mi Dios, y humillada en su presencia, porque conocía mis ingratitudes y la gran misericordia de mi Dios conmigo. Habiendo innumerables criaturas que han sido más fieles que yo, las ha dejado en el mundo, y a mí me había hecho el gran beneficio de traerme a la religión.

En los ofrecimientos a mi Dios, no había dificultad. ¡Ojalá se hubieran cumplido sin tantas faltas! Aquí era muy fácil agradar y corresponder a mi Dios. Deseaba ofrecerme en sacrificio con toda mi alma, con todas sus potencias y sentidos y con todo mi corazón, y le pedía con humildad que me recibiera.

La infinita sabiduría de mi Dios, que conoce mi flaqueza, dispuso que no tuviera batalla en mi noviciado para que no desmallara como soldado cobarde.

¡Bendita su misericordia y su amor!

Una vez que estaba asegurada, empecé a tener en el alma algo de sufrimiento. El día antes de la profesión me dio un dolor que me molestó; lo pude disimular, pero tuve temores de si cumpliría o si no cumpliría la obligación de caminar en la perfección. La confianza en mi Dios me animó, pues conociendo que mi Dios y mi dulce Madre y Señora me ofrecían su ayuda, el alma tomó ánimo.

El primer año de profesa no tuve tampoco mucho que padecer ni con las criaturas ni en mi interior. Las criaturas si me mortificaban, era por lo mucho que me querían. Parece que digo una cosa contradictoria, pero es la verdad. Yo pedí a mi Dios en una ocasión: que no me diera la cruz, porque las criaturas se desazonaban con mi sufrimiento, y yo sería la causa de que lo ofendieran. Me parece que me concedió mi Dios esta petición, pues la hice por haber visto a unas criaturas preocupadas por mí, y como yo era amante de la paz, me afligía mucho y me parecía que se podían cometer muchos pecados. Me lo concedió mi Dios, pero no me privó de que se mortificaran, por el demasiado cuidado que tenían conmigo.

Las alabanzas que me daban, de verdad que algunas veces mi prudencia las aborrecía mucho más que las palabras de enfado. No me agradaban, sino que me humillaban, porque conociendo yo mi poco sufrimiento y poca paciencia, le temía mucho a las alabanzas, pues al amor propio le gustan, y cae como si estuviera de acuerdo; por eso tenía temores y las aborrecía tanto que llegaba a tratar con sequedad a las que más se esmeraban.

¡Gracias a mi Dios por todo!

[43] Preocupaciones.

“temores de las grandes inspiraciones”

En cuanto al espíritu, este año lo tuve desasosegado; no con las cosas de la oración, sino que tenía temores de algunas cosas de las grandes inspiraciones que tenía para seguir la perfección. Para esto no encontraba ayuda, porque como me explico mal, no me entendían. Me decían: que siguiera el camino correcto de los mandamientos y me dejara de tonterías. Llena de confusión y de fatiga, no tenía valor para decir nada, y al mismo tiempo no dejaba de tener cosas que deseaba manifestar. Me daba bastante temor pensar si me perdería o si el enemigo me tenía engañada.

El día que venía mi confesor era día de sufrimiento; me quedaba desconsolada, y no tenía más desahogo que acudir a mi Señora y Madre, manifestándole mi aflicción; pero sacaba más aflicción, porque conocía que mi señora quería que fuera con otro confesor, y le diera cuenta de todo, y a mí me resultaba penoso dejar al confesor que me había confesado siempre. Aunque estas cosas parecen pequeñas,sufrí mucho; mi genio corto no me ayudaba. Sentía una gran tristeza que me hacía llorar, a pesar de que soy dura. Quería resistir a las inspiraciones de Dios, y Dios cada vez me las daba más fuertes.

Así pasé hasta cerca de cumplirse el año de novicia. Mi Señora y Madre me facilitó el poder hablar con mi confesor, el padre Basilio[44] para dejarlo, y descansé; pero mi salud que tan robusta la había tenido, quedó quebrantada.

También empecé a padecer con las criaturas; algunas cosas, aunque no eran importantes, a mi amor propio le eran amargas, pues me decían: que había engañado a las monjas ocultando la enfermedad, y que así que estuve admitida, lo habían descubierto; que había hecho el voto de vida cuaresmal a conciencia de que no podía cumplirlo, y otras cosillas que me hacían sufrir. Gracias a mi Dios lo llevé con paciencia, aunque no con gusto, pues si hubiera estado en mi mano quitarme la mortificación, me la habría quitado. Hacía actos de conformidad, pero me parece que eran con mucha imperfección, como acostumbro a hacer todas las cosas, y era mi Señor y Dios quien lo hacía todo.

“tres años de enfermera”

Pasado este año estuve tres años de enfermera. Puedo decir que fueron más de consuelos que de otra cosa, pues lo trabajos los llenaba mi Dios, dándome tantos consuelos que no sentía su peso. Tuve algunos sufrimientos interiores cortos, cuando pensaba si estaría engañada. Mientras más favores recibía, más temores tenía; lo peor era que cuando escribía a mi director, solo le decía mis faltas o cosas ligeras.

Algunas veces, escribía sobre las inspiraciones[45] y le escribía lo que veía, pero esta carta iba a la candela[46]; no la despachaba y escribía otra distinta, porque no

[44] Primera vez que da el nombre del confesor. Era rector de las Escuelas Pías, y le sucedió el P. Joaquín Tendero.

[45] Movimiento sobrenatural que Dios comunica.

[46] Fuego.

quería engañar a nadie. En el juicio que hago de lo que he experimentado, veo que no vienen unas cosas con otras, y que pueden ser engaños del enemigo que quiere que me pierda. Estos temores eran la causa de no querer manifestar lo que veía. Mi ánimo no quería hacer caso de nada, y así quedaba sosegada y libre de engaños.

Cuando esto no sucedía como yo imaginaba, eran mayores los temores, casi siempre durante el poco tiempo en que tenía alguna sequedad. Cuando estaba fervorosa no había temores, solo pensaba en agradar a mi Dios y trabajar mucho, de modo que mientras más enfermas había, más fervorosa estaba.

Tenía mucho trabajo, pero como el espíritu estaba fuerte, también lo estaba el cuerpo; no me molestaban las continuas velas; ocultaba cuanto podía el trabajo para que no me dieran alivio, y ni me acordaba de mi alimento mientras necesitara atención alguna enferma, aunque fuera cosa ligera. Todo esto nacía de lo mucho que recibía, por lo que puedo decir que no padecía casi nada.

No faltaron las ocasiones en que mi Dios permitía que me mortificaran, pero la mayoría no llegaron a mi interior, porque al instante acudía a mi Señor que me ponía a la vista de mi alma mis ingratitudes y los muchos beneficios que me daba; por eso no me podía quejar de nada, sino que era la ocasión de humillarme en la presencia de mi Dios.

Cuando me cargaban de trabajo y no lo llevaba como debía, lo sufría, con paciencia y en silencio. Una vez me quejé de los trabajos diciendo: que no los quería hacer, y fui reprendida por mi Señora y Madre interior y exteriormente, pues vi mudado el rostro de la imagen de los Dolores, por lo que quedé enseñada para no quejarme nunca más de ningún trabajo. Esto fue durante el primer año de religión, y me sirvió mucho para los que me quedaban, pues en todas la ocasiones lo tenía tan presente que todavía no se me ha olvidado.

¡Bendito sea mi Dios y mi Señora Madre que tanto miran por mi alma!

Si no hubiera sido por tantos cuidados como tenían conmigo ¿en cuántas caídas me habría visto? A pesar de esto, caí muchas veces, aunque no en tantas como si no hubiera tenido ayuda de mi Dios. En las ocasiones que falté, no dejé de ejercitar las virtudes; me parecía que todo lo perdía cuando sentía la inquietud de las pasiones; después he conocido que no era malo sentirlas, sino seguirlas.

“no salió el caldo tan blanco”

En una ocasión me sucedió que no salió el caldo tan blanco como otras veces, aunque tenía lo mismo; se lo di a una enferma y se enfadó conmigo. Los males suelen poner a las criaturas penosas y fáciles para dar entrada a la tentación. Hizo un juicio temerario, pensando que me aprovechaba del dinero para el gasto destinado a las enfermas, no les daba lo que tenía que darles, y me dijo: que no las estaba haciendo mejorar, porque los alimentos no estaban como debían. Y tomando la taza de caldo se fue a buscar a la prelada para que pusiera remedio, enseñándole la taza a las religiosas que encontraba por el camino. Fue un golpe fuerte para mi amor propio, y me dio mucha batalla, pues me venían al pensamiento tantas cosas que decirle, que tenía que hacerme violencia para llevarlo en silencio, no dar más disculpa ni decirle que el caldo tenía todo lo que estaba tasado; pero no hablé palabra.

El sufrimiento fue mayor, cuando quise sujetar a mis compañeras para que no hablaran una palabra en mi defensa. Una de ellas era María Teresa[47] que tiene el genio más pronto que yo, y sentía mucho cualquiera cosa que hablaran de mí. Tenía yo que hacerme más sufrida para que ella no sintiera desazón, y no hubiera más ofensa a Dios, de suerte que yo tenía en ésta como en las demás ocasiones, que estar aplacando a mis compañeras como si ellas fueran las ofendidas, y disculpando a las otras, que decían: que yo no entendía las cosas, que todo lo tenía por bueno, y que por eso hacían burla de mí. Este género de mortificaciones no me faltaron, pero desde que mi Señora y Madre me enseñó el valor de los trabajos, y lo que a mi Dios agradaban, se me quitó la delicadeza, y no recuerdo haberme impacientado por cosas que me tocaran a mí. De estas tuve muchas, y podía haber caído más de una vez, si mi Dios no me hubiera preservado con sus inspiraciones y grandes auxilios.

Una enferma se quejó de haberla dejado sola toda la noche estando muy mala; yo estaba cerca y la oí; impaciente respondí: que no era verdad; que cómo tenía valor para mentir y que la estuve acompañando toda la noche, dándole medicinas y alimento. Ella repetía que era verdad. Me impacienté mucho y para no decir palabras injuriosas me fui con prontitud al coro a buscar a mi Dios, como era la costumbre que he tenido siempre cuando tenía ocasión. Me ha sido muy provechoso, porque si había errado me humillaba, pedía perdón, salía distinta, y con más consuelo en mi alma, pues al instante mi Señor me manifestaba sus ejemplos de humildad. Esta vez, me hizo conocer mi miseria diciéndome*:*

-Yo justo y santo, fui tratado como ladrón, y no me quejé.

Me quedé reprendida y enseñada. Por esta causa, cuando tenía algunas ocasiones que me mortificaban, no me parecían nada, no tenía delicadezas ni me sentía herida, y siempre hallaba una salida para disculpar a las criaturas; por eso me decían que yo no entendía nada.

Por mi miseria, pero con la ayuda de mi Dios, todo fue una carga ligera, y poco tuve que sufrir. Ni siquiera merecen el nombre de trabajos, pues sin comparación, fueron mayores los consuelos.

“en todas las enfermas miraba a mi Señor”

En todas las enfermas miraba a mi Señor, que me hacía estar, poco menos que loca de amor; me encendía de tal modo, que muchas veces tenía que retirarme y meter las manos en agua, porque me abrasaban. Cuando hacía las camas no me cansaba aunque hiciera muchas, pues la fuerza que daba mi Señor a mi espíritu era tanta, que participaba el cuerpo de ella, y siempre estaba fuerte para trabajar.

Si yo enfermaba y había enfermas, algunas veces me sucedió, que estando en cama y sin fuerzas, si avisaban de la enfermería que traían a una enferma, al instante me levantaba, y cargaba con los colchones como si estuviera robusta. Iba tan contenta, como si fuera a por mi Señor, a quien tenía presente y por quien todo lo hacía, pues cuidaba mucho de mí mi Señora y Madre amabilísima.

[47] Sor Teresa de Jesús Santa María y Medina, profesó el día 24 de junio 1800.

Cuando me dieron este oficio, conociendo que por mí sola no podía cumplir con él, acudí a mi Señora y Madre. Como si ella no supiera lo que me habían dado ni que yo no era capaz de cumplir con esta obligación, le pedía, por sus dolores: que se dignara recibir el cuidado de este oficio; que yo como su esclava la serviría, y mi Señora como señora me mandaría desempeñarlo y me ayudaría. Puse las llaves en las manos de una imagen[48] de los Dolores, pidiendo lo dicho, y salí consolada, pues me parecía que admitía mi petición. La experiencia me hizo ver que fue verdad. Procuraba pedirle lo primero, que me ayudara y diera luz para hacerlo todo con acierto. Conocí que recibía su ayuda, porque sentía la continua presencia de mi Dios.

Reconozco que este beneficio lo recibí de manos de mi Madre Dulcísima, que me lo alcanzó de mi Dios para que pudiera obrar bien y con fines buenos, y confiaba en que aquellas consideraciones me servirían para el fin que necesitaba.

Si estaba sentada con una enferma, me parecía estar en el Calvario acompañando a mi Señor y a mi amada Madre, y muchas veces tan vivamente lo sentía, que me parecía que era verdad. Así me sucedía con todos los demás pasos de la Pasión conforme lo requería la ocasión.

Todo lo hacía con gusto, y tenía más gusto, cuanto más tenía que hacer; todo, con la protección de mi Señora. Si tenía mortificaciones por algunas cosillas, y me parecía que yo llevaba razón, como tenía tanta ayuda con auxilios y ejemplos, al instante, vivamente venían a mi alma, y muy pronto se acababa la mortificación. Lo que yo sentía era ser tan poco sufrida, habiendo sufrido mi Señor tanto por mí.

En el último año de enfermera, tuve mortificaciones casi continuas: me mandaron que me separara de una enferma que se puso hética[49] y tuve que sufrir continuos avisos y muchos escrúpulos indiscretos, que tenían hasta de mí, y que me mortificaban. Gracias a mi Dios lo llevaba con paciencia, que por pequeños que fueran, si mi alma no hubiera estado tan bien preparada, me hubieran sido más amargos y no los hubiera pasado en silencio. A esta enferma la cuidaba una seglar; yo no podía sufrir sus descuidos, pero no tenía licencia para entrar en el cuarto, lo que causaba muchas fatigas a mi conciencia. En algunas ocasiones que la mujer no estaba por haber ido a misa o a otra cosa precisa, si sentía a la enferma con fatigas[50] y no la ayudaba, se armaba en mi interior una batalla: la obediencia me prohibía entrar, y por la caridad no podía dejar de hacerlo, de modo que, algunas veces entré con algunos reparos, no por mí, sino por las demás enfermas que yo asistía para que no tuvieran este padecimiento, y por culpa de mi poco cuidado se les contagiara la enfermedad. Lo que hacía era entrar con poca ropa, y quitármela cuanto acababa de hacer lo que necesitaba la enferma. Si la mujer que la cuidaba no sabía hacer algunas cosas, las hacía yo con todo disimulo sin que nadie lo supiera, y a ella le encargaba silencio; pero como a Dios le es todo manifiesto, luego sentía fatigas por la falta de obediencia que había tenido.

[48] Se trata de la imagen de la Virgen de los Dolores, que antes estaba en la antigua enfermería del convento, y que hoy se encuentra en el coro bajo.

[49] Tísica, tuberculosa.

[50] Náuseas, ansias de vomitar.

Cuando confesaba, manifestaba la necesidad que había visto para hacerlo y el confesor no me lo prohibió; solo me advirtió que tomara precaución, como ya había hecho. De estas faltas de obediencia no he tenido mucho escrúpulo, porque si la prelada hubiera visto la necesidad, me hubiera dicho que la remediara, viendo que en mí no había repugnancia por el temor de contagiarme.

Pido a mi Dios perdón por todas las faltas conocidas y no conocidas, y le doy gracias por los innumerables beneficios que me concedió por su infinita misericordia.

Tener este oficio en la religión fue un gran beneficio, pues es donde las virtudes tienen mejor ejercicio, y con la ayuda de Dios se adelanta mucho en todas. Le he dado a mi Dios muchas veces las gracias, antes y después de ser enfermera.

¡Bendita su misericordia!

¡Bendito sea y alabado por todos los siglos de los siglos! Amén. Y también le doy gracias a mi Señora y Madre.

"Los tres años siguientes fui portera"

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Los tres años siguientes, fui portera. De éstos diré lo que recuerde con la ayuda de mi Dios y de mi Señora y Madre a quien le pido me asista, y me conceda el acordarme de las cosas que sean voluntad de mi Dios que escriba, pues lo quiero obedecer.

Confiada en mi Señora, empiezo.

Al principio de este primer año, mi principal mortificación fue mi falta de mortificación, pues no conocía el disgusto que había causado mi elección de enfermera en algunas personas. Me avergonzaba que me lo hubieran dado a mí, que era de las menores de edad y de hábito, habiendo otras mucho más antiguas que aguardaban. Apenas salí de la elección, no culpando a nadie, como que era pensamiento mío, me quejé a la madre y le dije: que diera el oficio a otras que podían hacerlo, y así se evitarían alguna desazones, como así fue, pero no admitió las escusas que yo daba, y me fui desconsolada. Apenas salí, empezaron las palabrillas picantes que me mortificaban; lo que hacía era huir y callar, pero no con aquella conformidad que debía, pues era un sufrimiento a más no poder, y no lo recibía bien.

Empecé con alguna sequedad en la oración, y cada vez tenía más disgusto en la obligación. Estuve disgustada más de seis meses sin conformarme como debía con la voluntad de Dios. Hacía muchos actos de conformidad, pero al instante que venía ocasión de sufrir, lo hacía como sin sufrimiento exterior, solo porque tenía que hacerlo, y no porque lo llevara con gusto. Muchas veces recibía del Señor grandes auxilios, y me enmendaba por algunos días. Así anduve, hasta que llegó el tiempo de ejercicios.

Mi Señor hizo por su misericordia, que conociera con claridad mi falta de mortificación, de humildad y de verdadera obediencia, y lo sentí mucho. Con la ayuda de mi Dios me enmendé. Le daba gracias, porque me había dado estas ocasiones de poder sufrir algo por su amor, y le pedía perdón con bastante dolor, por lo mal que lo había llevado hasta entonces. Después, aunque se me ofreció sufrir algunas cosillas que no dejaban de presentarse, las llevé bien.

Las madres mayores dijeron que había que quitar los santos de los nichos. Algunas, dijeron: que daban estos oficios a las aduladoras que andaban cerca, y otras cosas que el enemigo les sugería para inquietar a la prelada y fatigarme a mí que sentía lo mío y lo ajeno; sentía más lo que decían de la prelada, que de mí misma. Esta ha sido la causa, para que pidiera a la prelada que no me dieran oficios apetecibles, pues lo pagábamos ambas. Ahora solo quiero lo que Dios quiera, porque lo demás es buscarme a mí misma y huir de la mortificació En esta ocasión lo que más me mortificó fueron mis propias pasiones poco mortificadas.

"sentir la guerra mis propias pasiones"

En cuanto a lo demás, el enemigo me inquietó con el temor de aumentar mis faltas. Me parecía: que sentir la guerra de mis pasiones, no tan mortificada como debía, y callar sin ningún fin particular, era hipocresía; que era mayor pecado, pensar que era sufrida y no sufrir nada; que estaba engañando y que sufría solo exteriormente, y así no tenía ningún mérito. Me hubiera sido más penoso si no hubiera tenido a mi padre espiritual que con una palabra deshacía las tinieblas que el enemigo me ponía para fatigarme, pues no era poco lo que éste me armaba, y mucho más después de haber recibido algún favor de mi Dios.

La primera falta me daba mucha guerra, la agravaba más de lo que era, como me decía mi padre espiritual que quería que me acostumbrara a vivir con faltas, y me dio luces bastantes para que no diera oídos al enemigo; pero yo no tenía tanto conocimiento. Cuando sentía las pasiones, aunque con la ayuda de Dios no las siguiera, me parecía pecado, dando crédito al enemigo que se valía de estas ocasiones. No puedo negar que al principio no lo sufrí como debía; callaba y sufría, fuera lo que fuera por no ofender a Dios.

En los tiempos de sequedad temía perderme por estas causas, y los favores me parecían engaños. En esta época fueron más largos los tiempos de sequedad y mayores los favores de mi Dios y la luz que su Divinidad me daba. Cuando estaba más fervorosa, casi siempre entraba en contemplación sin que me estorbara nada, pero estas temporadas no eran largas.

El último año fue distinto. Desde la Pascua del Espíritu Santo que estuve muy fervorosa, estaba el alma tan embebida o absorta en la contemplación, que parecía que no estaba en este mundo. Así pasé el tiempo hasta la octava del Día del Señor. Pasada ésta, quedé en tan gran sequedad, que parecía que mi Dios se había ido de mí y me había dejado en tinieblas. Entonces los temores fueron muy grandes, pues me hallaba sin la presencia de mi Dios y sin los consuelos, que causa la gracia en las obras. Empecé a padecer mucho, cada vez más, porque el enemigo me daba más la guerra, y con la idea de que mi Señor amado se había retirado de mí, y me había dejado por mis muchos pecados. Al principio mi alma afligida buscaba a mi Dios, pidiéndole perdón confiada en su misericordia. Aunque no encontrara lo que quería, con todo, esperaba y pedía continuamente.

Al poco tiempo de esto empecé a tener tentaciones contra la castidad, y otras tentaciones del enemigo con pensamientos como: que todo lo había perdido; que

había vivido mal en la religión, porque no había vivido bien; que en el siglo podía haber tomado otro estado, y haber sido más útil, viviendo descansada y a gusto. Pero mi alma estaba firme y rechazaba todo sin querer más que a su Dios. Como sabe que le agrada tanto la castidad, renovaba el voto, hacía actos de conformidad en los trabajos, y el remate y principio de todas las cosas que hacía era pedir perdón a mi Dios, y que no permitiera que se perdiera un alma, que tanto le había costado. Otras veces, torciendo las intenciones, me venían pensamientos de falta de caridad, que también desechaba. No consentía estas cosas, porque conocía que no eran buenas, pero me quedaba fatigada, pues me parecía que sí había faltado, y el enemigo siempre atizaba para mi desconsuelo. A veces me tentaba con soberbia, poniéndome delante que no me hacían caso, y que no hacían conmigo lo que hacían con otras, porque al ser yo tonta, dejaba que me hicieran aquellas cosillas. Algunas veces mis hermanas sin malicia, decían o hacían cosas, quizá tentadas por el mismo enemigo para tener que ponerme delante, y hacerme fuerza y más fuerza, para que aumentara mi modo de ayudar a todas, y pensaba que ese era el pago que me daban. En estas tentaciones, aunque acudía a Dios, algunas veces caí, tomando algún resentimiento; me duraba poco, porque me llamaba más la atención lo principal. Me parecía que mi Dios estaba enojado conmigo y yo me decía: que aunque todas las criaturas me aborrecieran, yo solo quiero que mi Dios me perdone; que me dé luz para conocer en qué lo he ofendido, y que me enseñe. Así pasé este año con diversas tentaciones, aunque no tan malas ni tan molestas como otras que vinieron después.

Mi mayor fatiga era la ausencia de mi Dios, y eso que algunas veces, aunque pocas, mi amado Dios fortalecía mi alma, viniendo a mí con claridad. Me servía de gran consuelo, y tenía deseos de padecer aquello, y mucho más, siendo la voluntad de mi Dios. Con esta luz el alma conocía que estaba mi Dios conmigo, y era su voluntad que padeciera. Esta era la causa de mi mayor consuelo; recibía nuevas fuerzas y quedaba animosa, aunque pocas veces y durante corto tiempo. Luego volvía a padecer este género de tentaciones, unas veces unas, y otras veces otras. Gracias a Dios, el alma, aunque con sequedad, estaba fuerte, y acudía a Dios con prontitud, haciendo siempre los actos propios de las virtudes.

Con la comunión, tuve otras tentaciones contra la fe de este Sacramento, y entonces repetía los actos de fe. Otras veces me venían grandes temores de que estaba en pecado mortal, y me condenaría; esto me causaba bastante martirio para vencerme y comulgar. Si no hubiera sido por la obediencia a mi confesor, hubiera perdido muchas comuniones.

Por parte de las criaturas tuve algunas mortificaciones que no merecen nombrarse, pues si yo hubiera sido humilde, no me hubieran mortificado.

“segundo año”

Vamos al segundo año con la ayuda de mi Dios.

Necesito nueva gracia para poder obedecer y escribir.

Os pido Señor y Dios mío, por la intercesión poderosa de mi Señora y Madre la Virgen María y mi Madre Purísima, que me alcancéis luz para que obedeciendo, pueda hablar con claridad y con los términos más decentes que no ofendan. Ayudadme,

Madre mía, como me ayudasteis con vuestro amparo para vencer el gran temor que tengo. Bien sabéis, Madre mía, que solo la obediencia pudiera hacerme traer a la memoria estas cosas, y dar gracias a mi Dios de verme libre de ellas.

Dadme, Madre mía, vuestra bendición y alcánzame la de la Santísima Trinidad que haga todo lo que sé, para su mayor honor y gloria. Amén.

En ocasiones mi amado Esposo me preparaba y me daba unos auxilios tan grandes, que si se presentaba algún sufrimiento, al primer movimiento de impaciencia, venía tal luz a mi alma de la virtud contraria, que no podía dejar de seguir lo bueno y aborrecer lo malo. Sucedía, que con otras cosas ligeras, me impacientaba en el primer momento sin darme cuenta hasta que ya lo estaba; al instante pedía al Señor perdón con mucho dolor por mi falta. De estas he tenido algunas, las he sentido mucho, y he procurado prevenirme para no caer, y cuando conocía el peligro, acudía a Dios y a mi dulce Madre.

La misericordia de nuestro Dios es tan grande, que premia lo que da. Cuando he sufrido algo por su amor, al instante he recibido más, siendo así que yo no he hecho nada, porque todo lo ha hecho Dios. En estas ocasiones como en otras, recibía grandes consuelos y mucha luz en mi alma para poder obrar.

Padre mío: yo quisiera saberme explicar para hablar de estas cosas, que voy a empezar en el nombre de Dios.

Desde que hice la primera vez el voto, empezó mi amado Esposo a darme recogimiento en la oración; yo lo llamo así, porque no sé explicarme de otro modo. Al ponerme en oración, en cuanto empezaba a meditar en algún paso de la Pasión, me quedaba tan embebida en aquel misterio como si lo estuviera viviendo. Veía con los ojos del alma con toda claridad, las obras grandes del amor de mi amado Dios para con los hombres, y los ejemplos que nos ha dado. Esto me pasaba sin hacer nada el entendimiento, nada más que conociendo, y la voluntad amaba y quería hacer aquello que entendía, sin que me molestara distracción alguna. Me quedaba como si no tuviera sentido: ni oía ni veía ni entendía cosas exteriores, y algunas veces se me pasaban las horas sin darme cuenta, en particular los días de comunión.

Si pasaba algún sufrimiento por Dios, me sucedía lo mismo; parecía que mi amado Esposo me lo agradecía y me manifestaba lo que había sufrido por mí: su paciencia, su mansedumbre y en fin, todas las virtudes, en particular la que yo más necesitaba en aquella ocasión. Por esta causa, nunca he tenido enojo con nadie; aunque me hayan hecho algunos agravios, he tenido presente las doctrinas de mi amado.

Algunas veces que me he impacientado, tan pronto se me ha quitado el enfado, he procurado hacer cuanto bien he podido y mostrar tanto agrado, como si me hubieran hecho algún beneficio. En efecto, era yo quien recibía el beneficio, y no lo cambio por todo el mundo, porque si todas las criaturas gustaran cuán bueno, cuán dulce y amoroso es este Dios de amor, no habría quien lo ofendiera tanto.

Haz que te conozcan amado mío, haz que te conozcan y te amen todas las criaturas. ¡Ojalá que yo te hubiera amado toda mi vida y tuviera más vidas para amarte más con toda el alma!

“empecé a tener la oración con dos extremos”

Sigo a gloria de Dios y honor de mi dulce Madre.

El estado de oración lo he tenido desde la edad dicha hasta el presente. Con diferencia al pasado, la oración que tenía antes en mis primeros años, era meditando los pasos de la Pasión que había leído, y otras veces sin leer, solo con ponerme delante de alguna imagen del Señor o de Nuestra Madre, sentía un llamamiento interior que me hacía pararme a considerar aquellos misterios que representaban. Tenía la fe oscura, y el entendimiento se hallaba como en la oscuridad, sin poder caminar. Aunque la voluntad amaba aquel bien incomprensible, no pasaba de considerar el exterior de la humanidad los tormentos e injurias, que por nuestro amor había padecido quien era Dios. Me duraba la oración lo que duraba aquel fervor que había causado en mi alma la meditación; pero me quedaban los deseos de querer agradar y no ofender a aquel Señor de bondad infinita, que por mí tanto había padecido.

Esta es la oración primera que empecé a tener en el tiempo ya dicho; pero no siempre era de aquel modo, sino que en algunas temporadas más y en otras menos, desde entonces empecé a tener la oración con dos extremos: uno de mucho recogimiento y otro de muchas distracciones. Al principio eran menos las distracciones, y cuando llevaba algunos días teniéndolas dejaba la oración, porque pensaba que desagradaba más a Dios la oración con distracciones, que no hacerla. Mi amado Esposo y Señor hacía conmigo como se hace con los niños: si no quieren hacer las cosas, se les da un regalillo para que quieran hacerlas; igual lo hacía conmigo la misericordia infinita de mi amado Dios, como si me necesitara para algo.

¡Bendito sea eternamente!

Después de estar así algunos días, algunas veces de repente venía un movimiento interior a mi alma, causado solo con oír una palabra que hablara de Dios. Con aquel llamamiento interior me retiraba y me quedaba en recogimiento. Allí mi Dios daba a mi alma una luz muy clara, con la que conocía las grandes misericordias de mi Dios para conmigo, y mi grandísima ingratitud; luego quedaba humillada, enmendada y fervorosa para seguir la oración y todo lo bueno.

Así seguí haciendo oración algunos años; no me acuerdo si fueron dos o tres, y cuando tenía muchas distracciones, confesaba. Creía que estaba de mi parte poder desecharlas, pero todas las veces no era así. Pido perdón a mi Dios y Señor que ha tenido la paciencia de sufrirme en su presencia.

Cuando mi amado Esposo me veía afligida, al instante acudía, dándome recogimiento y aumentando el poder de oír las palabras de mi Amado en mi interior. Las tenía por tales, por los efectos que en mí causaban.

Unas veces oía que me decían:

-Mira lo que he hecho por ti, y tú ¿qué haces por mí?

Otras muchas oí palabras de doctrina, respondiendo a algunas faltas mías, con el ejemplo de sus virtudes. Otras, entendía que quien me hablaba era mi dulce Madre. Cuando acudía a pedirle luz para hacer las cosas que se me ocurrían, muchas veces oía lo que debía hacer para acertar, pues deseaba agradar a mi Dios.

Algunas veces me sucedía que le preguntaba al confesor: qué haría en aquello que se me había ocurrido, y me respondía lo mismo que yo había oído en mi interior.

Sigo, Dios me dé luz.

Estuve algunos años haciendo mi oración, como he dicho, hasta que el enemigo buscó otro medio para que la dejara. Me dijeron: que se había descubierto una beata embustera; que la habían llevado a la Inquisición, y algunas cosas más que me llenaron de gran aflicción, pensando que el enemigo me iba a ganar a mí también. El remedio que tomé fue dejar la oración. Lo único que hacía era clamar a mi Madre Santísima para que no permitiera que me sucediera eso a mí, y que me alcanzara todas las virtudes. Le tomé tanto miedo a la oración, que cuando sentía en el interior un poco de recogimiento, para desecharlo, me ponía a leer la vida de alguna santa, y cuando hablaba de la oración, volvía la hoja. Así estuve algún tiempo, pero no mucho, pues no se puede resistir a la voluntad de Dios, que quiso que volviera aquel padre, que ya he nombrado en otra parte, y me quitó los temores. Me obligó a que me enseñara a escribir; no lo pude conseguir, porque le temía mucho a escribir, y todavía no se me ha quitado esa maña[51], aunque la voy venciendo; gracias a Dios y a la obediencia que todo lo puede, seguía los consejos que me había dado el padre, pero con los temores que me han durado siempre.

Desde este tiempo, empecé a tener menos consuelos en la oración. Cuando tenía algún día de consuelo, que por lo regular no me faltaba en todas las festividades de mi amado Esposo y de mi dulce Madre, antes sufría muchos trabajos con las distracciones, y además mis males se agravaban, particularmente en los advientos y cuaresmas. En los días inmediatos a la Inmaculada Concepción de mi dulce Madre, empezaba a ponerme peor con los males que yo he padecido siempre, y que parecía se renovaban en este tiempo. Los días de la octava de mi dulce Madre venían acompañados de muchos consuelos. Yo los dedicaba a dar gracias a mi Dios por el privilegio que concedió a mi dulce Madre de haberla preservado del pecado original; le daba la enhorabuena a mi Señora y Madre, y le pedía: que por aquella dicha, me alcanzara la gracia de no manchar mi alma con el pecado.

Cada vez iba teniendo más luz sobre estos misterios y sobre la sabiduría infinita que los obraba, con lo que cobraba nuevas fuerzas para pasar los tiempos más trabajosos. Después de este tiempo de fervor, volvía la sequedad hasta la Nochebuena, que aunque estuviera muy mala, aquella noche tenía aliento para ir a los maitines. Mi Señor y amado Esposo ponía mi alma, que no lo puedo explicar. Al contemplar a un Dios tan inmenso, infinitamente poderoso, hecho niño y en un pesebre con tanta pobreza, se encendía mi alma en deseos de amar a un Dios tan misericordioso. Me quedaba toda la Pascua tan recogida interiormente, que si no hubiera tenido otros cuidados, me habría quedado siempre en oración, pues no me faltó la presencia de Dios, y le daba gracias por tan gran beneficio.

Las cuaresmas me sucedía lo mismo: muchos trabajos hasta que llegaba el Jueves Santo[52].

Algunas veces me decían:

-Este año, aunque quieras, no puedes ir a la iglesia el Jueves Santo por la noche.

Desde que murió mi madre, pasaba en la iglesia aquella noche. El primer año

[51] Manía, costumbre.

[52] Vuelve a contar recuerdos de su niñez.

de mis males, no quería mi confesor que fuera; yo le dije: que si estuviera mejor aquel día, si me daría licencia. Con esa condición me la dio hasta media noche, y estuve buena mientras estuve en la iglesia, pero cuando me vine a casa, me puse muriéndome, y así seguí hasta la Pascua.

Esto me sucedía todos los años; mi padre y mi confesor lo conocían y me dejaban que estuviera toda la noche. En la iglesia, estaba buena; solo una vez me dio la alferecía o mal de corazón. La primera vez que me dio, le pedí a mi dulce Madre: que no me diera aquel mal en la iglesia, no por padecerlo, sino para que no se perdiera la devoción de los que estaban allí, yo lo pasara sola, y que nadie viera mi padecer. Y no me volvió a dar más. Si pasaba fatigas las disimulaba, y estuvo bien, pues con eso no me quitaban de ir a la iglesia. Cuando mi padre me veía más echada a perder[53], me decía: que me fuera un poquito a mi casa, como él llamaba a la iglesia:

-Para que te mejores.

El Jueves Santo, llamaba la atención a mi familia la mejoría tan repentina que tenía.

¡Gracias a Dios por todo!

"a los veintisiete de edad, se me quitaron los males"

Así seguí haciéndolo todos los años hasta los veintisiete de edad que se me quitaron los males. Tenía más fuerzas en el espíritu, pero menos consuelos sensibles; cuando los tenía, dejaban en mi alma mucha fuerza y mucha luz para el ejercicio de las virtudes. Conocía lo bueno y lo mejor, y aquí ha estado una de mis muchísimas ingratitudes: me quería contentar solo con lo bueno, y me reservaba muchos puntillos de amor propio, a los que mi corazón se apegaba, y que mi amado Esposo no quería.

En estos días me veía como en un juicio; era dulce, porque mi Dios daba a mi alma una luz muy clara de lo que me había hecho, y de mis ingratitudes. A esto se añadían las palabras interiores que oía, que me pedía el corazón todo entero, diciéndome:

-Mira lo que he hecho por ti, y tú ¿qué haces por mí?[54]

Y otras cosas semejantes, que con la luz que las acompañaba para entenderlas, me humillaban mucho, me encendía en deseos de entregarme toda a Dios, y quitar de mí todas aquellas faltas que conocía. Me enmendaba por algunos días, pero volvía a atender al respeto humano y al qué dirán, y volvía a faltar a los propósitos que había hecho. Pero el Dios de infinita misericordia volvía a visitar mi alma con nuevos auxilios.

En todas las festividades de mi dulce Madre y en las de mi amado Esposo y Señor, recibía en la oración ¡cómo estaba en ella! estos favores o regalos de recogimiento como yo los llamo, y así he estado hasta la edad que fui a la religión.

A los veintisiete años empecé a recibir otros favores distintos a los primeros, que si hubieran caído en otras almas fieles y humildes, se habrían hecho santas.

[53] Estar medio enferma.

[54] Repite.

Bendito sea mi amabilísimo Dios que tanto me ha esperado, ha llamado y ha sufrido a este vil gusano de la tierra.

Gracias os doy amado Esposo mío, gracias os doy. Quisiera que todas las criaturas os las dieran por mí, y alabaran vuestras misericordias eternamente. Ya que parece que soy toda vuestra, no permitáis que me aparte de vos.

Las mortificaciones exteriores se acabaron en estos diez años desde los dieciocho hasta los veintisiete, porque todo me lo prohibió mi confesor, de suerte que ni un Viernes Santo me dejaba comer de vigilia ni ayunar, con lo que pasé muchas fatigas. Cuando tuve la edad a que obligan los mandamientos de la Santa Iglesia para ayunar, los días que me encontraba mejor, ayunaba, pues me parecía que podía hacerlo. Me daba mucha fatiga, porque temía que no fuera la enfermedad motivo suficiente para aquella dispensa. Con esto, ponía a prueba la paciencia del confesor, que me dijo muchas veces: que si faltaba a la obediencia, todos los cargos serían míos; que solo con la enfermedad ya tenía bastante que ofrecer a Dios.

"tuve que ir a los baños"

Era mucho peor lo que pasaba en mi interior con los escrúpulos; en particular cuando tuve que ir a los baños, fue de mucha mortificación para mí tener que salir fuera, donde había oído que había muchas cosas malas. Me afligía mucho el temor de que se ofendiera a Dios. Esto me hacía derramar muchas lágrimas, y apetecer más bien la muerte, que ponerme en peligro de ofender a Dios. Por eso me resistía tanto; pero el médico, mi padre y mi confesor me hacían cargo de conciencia si no iba. Me resistí algunos años, y al fin fui tres años seguidos. Le dije a mi confesor, que si no era pecado mortal dejar de ir, que no consentiría, pero me dijo que sí era, y consentí en ir ¡Gracias a Dios!

No conseguí la salud del cuerpo ni perdí mi alma, porque mi amado Esposo tenía mucho cuidado de mí, y también mi dulce Madre a quien clamaba de veras. En muchas cosas conocí su amable protección en cuanto se le pedía.

Estuve en aquella babilonia[55], como si estuviera en mi casa; tuve de todo lo espiritual, porque el primer año que fui me tenía mi Dios preparado un confesor, que me dio mucho consuelo. Le había pedido a mi dulce Madre: que encontrara yo un confesor que me entendiera.Temía que no me entendiera, porque siempre he sido corta para explicarme, y no estaba hecha a confesar con muchos. Quiso Dios que el primer día que estuve allí fuera a la iglesia y viera a un religioso descalzo, de Nuestra Señora del Carmen. Tuve una inclinación muy grande de confesar con aquel siervo de Dios, pues me causaba devoción mirarlo. Sin saber si era confesor, le dije: que si me quería oír en penitencia. Al instante me dijo que sí. Le conté que mis escrúpulos y temores eran por la resistencia que yo había tenido a la obediencia. El padre me consoló mucho, y me examinó del método de vida que tenía; me mandó que comulgara todos los días sin confesar mientras estuviera allí, y que si se me ofrecía algo, le avisara. Comulgué muchos días, pero perdí algunos para que la que

[55] Figurado y familiarmente: Babel, confusión.

iba conmigo no conociera que comulgaba todos los días. Con eso de ocultar, he perdido de hacer muchas cosas buenas.

Fui tres años, como he dicho. No me faltó para mi bien espiritual, en qué ejercitar las virtudes, en particular la caridad. El último año que fui, tuve algo más que padecer, pues en la casa en que estuve había otras personas, y hacían fiestas; se empeñaban, hasta los sacerdotes en que fuera, pero como mi Dios había puesto en mí tanto aborrecimiento a las diversiones del mundo, no consiguieron nada, y no me molestaron más. Este último año estuve tan mala, que pensaban que no volvería a mi casa. Un sacerdote, que fue a hacernos algunas visitas, me aconsejaba que no me curara ni guardara una dieta tan rigorosa. Sabía que durante estos diez años, solo comía pan y carne.

Las faltas de estos diez años han sido muchas impaciencias por mi genio pronto y poco mortificado. Es verdad que siempre las he sentido mucho, y me han costado muchas lágrimas, y clamar a mi dulce Madre. Me parece que no ponía de mi parte lo que debía, y cualquier cosilla que me pareciera que no era razón o que no la hacían bien, en un pronto me enfadaba. Unas veces lo manifestaba exteriormente, otras con palabras que no tenían sentido, otras diciendo: que no morirían cuando quisieran. Y me ponía a hacer aquello que no habían hecho por olvido natural, y que yo con mi soberbia, no sabía disimular. El enfado no me duraba nada, porque algunas veces, al tiempo de levantarme para ir a hacer lo que yo conocía que hacían mal, me mortificaba, y al instante me arrepentía; otras veces me callaba a la primera palabra. Siempre estaba haciendo propósitos, y siempre faltando. Si hablaban de algunas criaturas o de lo que hacían otras, si eran cosas penosas, me sucedía lo mismo; a la primera palabra conocía que hacía mal y me arrepentía, pero ya el pensamiento lo había tenido. Desde muchacha siempre tuve mucho cuidado de no hablar de nadie, pues una vez que le oí una palabra mala a una muchacha, y se lo dije a mi madre, me dijo: que aunque oyera o viera alguna cosa mala en alguna criatura, que no lo dijera, porque lo hacía sin saber que era malo, y yo hacía el pecado diciéndolo. Quiso Dios que esta doctrina de mi madre, me infundiera tan gran temor, que no podía sufrir que se hablara mal de nadie, aunque fuera una pequeña cosa. Esto fue causa de que haya tenido pocas amigas en el siglo[56]. Si iba a alguna visita y empezaban a murmurar de alguien, me levantaba, me iba y quedaba por mal educada.

¡Ojalá siempre lo hubiera pasado! No hubiera desagradado a quien tanto debo y merece ser amado, y siempre le he correspondido con ingratitudes a los grandes beneficios que he recibido de su infinita misericordia.

En este tiempo tuve una impaciencia más grave por una cosilla que hizo uno de mis hermanos que, como muchacho, no sabía lo que hacía; me entró mucha impaciencia y le pegué más de lo que debía. Les tenía que pegar, porque los estaba criando yo, pero no debí haberlo hecho con aquella impaciencia. Estos golpes me han dolido toda mi vida, no porque le hiciera daño, sino porque se los di más con la pasión, que por la justicia.También tuve muchas distracciones voluntarias; no eran pensamientos malos, sino de los cuidados de casa, que muchas veces se me venían durante la oración, y yo les daba tan buena acogida, que me pasaba parte de ella

[56] En el mundo.

acomodando cosas con el pensamiento, sin atender que estaba en la presencia de Dios.

Estas son las cosas que yo he conocido que no debía hacer en la presencia de Dios. No sé si habrá más; siempre he temido que mi amor propio me las ocultara, y me ha sucedido que muchas veces me entristecía, porque no las conocía, pensaba que las tenía, y no las podía confesar por no conocerlas. Le pedía a mi dulce Madre, con mucha frecuencia, que yo conociera mis pecados, pues si no los conocía, no me podía enmendar ni confesarlos, y yo no los quería tener. Le hablaba algunas veces al confesor, del temor que sentía, y cuando no tenía nada que confesar, pensaba si sería por no conocerlo. Estos temores me los quitaba el confesor, y me decía: que cuando hiciera el examen, si no conocía alguna cosa, que diera gracias a Dios y no me fatigara. Me quedaba por algún tiempo sosegada, hasta que me daba por pensar que los justos caen siete veces al día, y yo que soy tan mala... La petición para conocer mis pecados ha sido diaria, porque deseo conocerlos para enmendarme y sentir los que haya cometido.

El Dios de toda bondad y de infinita misericordia me los perdone todos, ocultos y manifiestos, por los infinitos merecimientos de mi Señor Jesucristo y de mi dulce Madre, pues siento en el alma, haber ofendido a un Dios tan bueno.

Fui obediente al médico que me aconsejó que comiera de todo con arreglo, y que no tomara ninguna medicina, que si no lo hacía así, presto perdería la vida. Así lo hice, y cuando fui a mi casa y me vieron tan mala, al instante llamaron al médico, que me mandó algunas medicinas, pero no me dio esperanzas de vida. No pudo volver, porque le dio una enfermedad de la que murió. Yo no quise que llamaran a otro; me fui aliviando sin médico ni medicinas. Después de esto, los males me duraron un año; no se me quitaron del todo, pero fueron a menos, hasta el Día del Señor que se me quitaron.

Toda la octava del Espíritu Santo la había pasado muy trabajosa, hasta el sábado, antes del domingo infraoctava del Corpus. Esa noche no puedo decir si me había levantado, pues acostumbraba a hacerlo; cuando despertaba, me hincaba de rodillas en la cama y alababa a mi Dios un rato, hasta que me daba sueño. No puedo decir si fue verdad o si lo pienso, por la postura que tenía cuando desperté, que estaba de rodillas y postrada sobre el rostro. Soñé que estaba viendo a mi dulce Madre con mi amado Esposo Niño en sus brazos, y que con un rostro muy severo me reprendía mis descuidos en rezar el oficio parvo[57]; lo rezaba todos los días, y algunos lo había dejado. Estas cosas me las reprendía mi Madre con mucha severidad. La oración la iba acortando, porque me había encariñado con un niño, sobrino mío, que tenía en casa, y perdía mucho tiempo sin necesidad. Reconocí en el mismo sueño, que aquello era verdad, y me afligí mucho, pues conocía mi ingratitud a los beneficios de Dios y de mi Madre. Con esta humillación tan grande que tenía, empecé a clamar a mi dulce Madre, pidiéndole perdón y proponiéndole propósito de enmienda. Le decía: que si me desamparaba ¿a quién acudiría? Me deshacía en lágrimas, hasta que mi dulce Madre le pidió a su amado Hijo que me perdonara. La respuesta fue venir el Niño a

[57] Oficio en honor de Ntra. Señora.

mis brazos, y abrazarme con mucho cariño. Yo no podía explicar mi agradecimiento, sino pidiéndole perdón, ofreciéndome de nuevo a ser fiel y a no poner mi corazón en otra cosa que en mi Dios. Así estuve un rato en dulces coloquios, en los que le prometía a mi Madre: no dejar de rezar el oficio parvo, y como madre le pedía su protección y amparo para que en todo agradara a mi amado Esposo; entonces solo era mi Amado.

Dios le dio un libro a mi dulce Madre y ella me lo dio a mí, y me dijo:

-Con éste rezarás toda tu vida.

Lo tomé, lo abrí, vi que estaba en latín, y dije:

-Madre mía, esto no lo entiendo.

"padre, ya llegó el momento de que le deje a usted por Dios"

Y diciendo esto desperté calada en lágrimas, pero tan buena y tan llena de gozo, que no lo puedo explicar. Al instante renové los propósitos que había hecho, y procuré enmendarme de todas las faltas que había conocido en el sueño. Salí de mi cuarto, y me sentí como si nunca hubiera estado mala.

Comprendí que aquel libro en latín era señal de que se iban a cumplir mis deseos de ser religiosa.

Con la alegría tan grande que tenía, le dije a mi padre:

-Padre, ya estoy buena, de repente me siento como si no hubiera estado nunca mala.

Yo tenía la costumbre, de decirle a mi padre:

-Mientras esté mala tiene usted hija, pero si me pongo buena se acabó, se queda sin mí.

Mi padre se reía. Se alegró mucho y dijo: que se hiciera la voluntad de Dios. Aquella mañana, con gran alegría, le dije:

-Ya llegó el momento de que yo le deje a usted por Dios.

Ciertamente, si tuve que hacer algún sacrificio de mi voluntad a Dios fue dejar a mi padre, porque lo he querido mucho, pues además de ser padre, siempre me ha ayudado en mi bien espiritual.

¡Gracias a Dios que me lo ha dado!

De este modo me puse buena sin tener novedad alguna en la salud, hasta que profesé, que empecé a padecer algunas cosillas, que ya las diré a su tiempo.

¡Dios sea bendito!

Sigo para gloria de Dios y honra de mi dulce Madre.

Después, el Señor y Esposo de mi alma, me dio la salud; no lo podían creer ni mi médico ni nadie, y el médico decía: que a no ser un milagro, no podía explicarse un alivio tan grande en tan pocos días.

Una noche que estaba asistiendo a una enferma, y mi confesor la estaba auxiliando, quiso Dios que éste conociera que estaba buena. Por la mañana me preguntó: que cómo estaba. Le dije: que él había presenciado la noche que habíamos pasado, y que me hallaba tan buena, como si nunca hubiera padecido. Me dijo que lo creía, y me dio licencia para guardar la vigilia de San Juan que era al otro día. Desde entonces

guardaba todas las vigilias. A los pocos meses alcancé licencia para ayunar dos días a la semana; seguí así sin aumentar más, hasta que vine a la religión. Me acobardo, y no he vuelto a salir de lo que me mandó, antes de estar con V.R.

En algún tiempo que lo diré en su lugar, las mortificaciones exteriores solo las hacía tres días seguidos; las disciplinas eran todos los días y en todo. Desde ese tiempo lo he hecho todo reglado por la obediencia; aunque yo haya deseado otra cosa, no me he determinado a hacerla. A mí me parece que no es necesaria tanta menudencia; si ésta es la voluntad de mi Dios, hágase.

Algo ha tenido que ver una enferma; parece, que mi amado Esposo no quiere que hable de esto, pero no se me va de la imaginación, y no puedo seguir con otra idea.

En este tiempo hacía pocas visitas; se me pasaron años sin ir a casa de mis parientes sanos, pero si estaban malos, mandaban a por mí. A todos los que murieron estando yo, los asistía cuando me lo permitían las ocupaciones de mi casa. No solo asistía a mis parientes, sino también a la vecindad, y en particular a los parientes políticos. Les hacía la caridad que podía, tanto en lo espiritual como en lo temporal, lo que mis fuerzas me permitían. Si sabía que tenían alguna enemistad, hacía que se reconciliaran. Aunque siempre he sido muy corta de genio, para estas cosas me hacía Dios larga, y no dejaba nada por hacer, si yo podía hacerlo. Cuando estaban para morir, los encomendaba a Dios, ofreciendo a mi amado Esposo todas las obras buenas que hubiera hecho, y que por su misericordia le hubieran sido agradables, para que las recibiera por aquella alma, y le pedía: que unidas a sus infinitos méritos, le concediera eficaces auxilios. Con estas cosas recibía mi alma mucho consuelo, porque parecía que a mi amado Esposo y a mi dulce Madre, le agradaban mis peticiones, y favorecían a aquella alma. Una noche entré a ver a una pobrecita. La que iba conmigo salió a llamar a una vecina que la asistía, y yo me quedé con la moribunda. La hallé agonizando y estaba sola. Cuando la vi, empecé a decirle lo que se acostumbra en estas ocasiones. No vivió, a mi parecer, más de una media hora, pero me hubiera alegrado que la hubieran visto algunas criaturas más que yo. Lo natural en este trance es desfigurarse, pero esta criatura se puso tan hermosa, con una alegría tan grande, y me causó tanto consuelo, que no lo puedo explicar. Me parecía que estaba allí mi dulce Madre y los santos ángeles conmigo, y tuve la certeza de la salvación de aquella alma.

En muchos días no se me quitó de la cabeza, no porque viera con mis ojos más de lo que he dicho que vi en su rostro, sino por lo que en mi interior sentí, pero lo tengo confuso para explicarlo.

¡Dios sea bendito!

Sigo en honor de mi dulce Madre.

En el primer año que tuve salud, no se hizo ninguna diligencia para que entrara a ser religiosa, porque lo impedían los temores de que volviera a estar enferma.

No siendo yo cobarde, a mi parecer, me iba acobardando, y empecé a temer que me volvieran las enfermedades, y no pudiera cumplir las obligaciones, siendo ya religiosa. Con este pensamiento empecé a aflojar en mis deseos, porque las tentaciones siempre me han venido con color de cosa buena, hasta que mi amado Dios y dulce

Madre han acudido misericordiosamente a aliviarme de ellas. Una de las tentaciones me la quitó mi dulce Madre. Estando un día en el colegio en oración, me quedé con el recogimiento, que ya he dicho otras veces, y me parecía que veía a mi amada Madre que me reprendía por todas las dificultades que se me ponían para entrar en religión, y mi tibieza en procurar hacer la voluntad de Dios. No puedo decir la humillación que esto le causó a mi alma que veía con una luz muy clara los beneficios que había recibido de Dios, y las ingratitudes con que yo correspondía; pedía perdón a mi amado Esposo y a mi dulce Madre, y también les pedía que movieran el corazón de mi confesor para que conociera la voluntad de Dios. Aunque éste creía que estaba buena, no quería que se tratara el asunto de ser monja, hasta que pasaran dos o tres años; primero por las tentaciones que yo tenía de no serlo, y segundo, porque yo estaba conforme en que pasara el tiempo que me habían dicho.De nuevo insistí, alegando que si pasaba más tiempo, no me querrían por vieja, pero no adelanté nada. Decían: que lo mismo de vieja sería dentro de un par de años, y que así me aseguraba más. Me desconsolé mucho; no podía decir lo que en mi interior pasaba, porque temía lo que siempre he temido: estar engañada y engañar; solo quería hacer lo que mi confesor dispusiera, y así me quedaría segura de que hacía la voluntad de Dios.

"te has puesto buena para ser religiosa"

Me quedé tranquila otros cuantos días, hasta que el Señor dispuso otra cosa. Se le ocurrió a mi hermana ir a Antequera, y se empeñó en que tenía que ir con ella; a pesar de conocer la repugnancia que yo tenía a salir, se valió de cuantos medios pudo y tuve que vencerme e ir. Después conocí, que era obra de Dios. El día que fuimos, lo primero que hice cuando llegamos fue pedir que me llevaran al convento de las Recoletas Agustinas, porque estaba allí una parienta con la que me había criado desde niña, y no nos habíamos vuelto a ver ni a escribir.

Cuando llegué al torno y le hablé dándoles las buenas tarde, la respuesta fue:

-María, ¡te has puesto buena para ser religiosa! pasa al locutorio y hablaremos.

Así lo hice algo sorprendida, pero lo que más me admiró fue cuando le pregunté: que cómo había sabido que estaba buena, y que era para ser religiosa. Me dijo: que habían estado hablando de mí. Comprendí que era cosa de revelación, porque me dijo: que le había pasado una cosa a una religiosa que era una santa. Tenía deseo de saber lo que le había pasado, pero nunca pude saberlo.

Al poco rato de estar en el locutorio, empezaron a venir religiosas, y se juntó la comunidad; todas decían que venían a ver a la "monja". La entrada de todas fue una dicha; todas querían que me quedara allí. La madre priora me dijo: que si me quería quedar, no necesitaba más informes, que los que tenía, para abrirme la puerta. Yo dije: que no lo haría nunca con tanta aceleración sin que mi padre lo supiera, no teniendo motivo para ello. Les di las gracias, y se fueron, menos una que se quedó a solas conmigo. Con algún pretexto llamaron a mis hermanos a otro locutorio y los entretuvieron el tiempo que estuvo aquella religiosa conmigo. Me dijo: los años que había estado mala; que ya estaba buena; que me había dado mi Esposo la salud para ser religiosa; que no lo dilatara, pues era la voluntad de Dios; que si no lo hacía, me volverían los males peores a los que había tenido, porque resistía a su voluntad.

Yo le dije, los temores que tenía de volver a tener las enfermedades antiguas, no poder cumplir con las obligaciones de religiosa, y que esto sería para mí de mucha fatiga. Me aseguró: que no tuviera miedo; que no me sucedería eso; que gozaría de una salud completa, durante el tiempo que durara la preparación de las cosas, hasta entrar en el convento y en el año de noviciado; pero que en profesando, que no me asustara, pues empezaría a padecer, aunque no me estorbaría para cumplir con las obligaciones, porque el Esposo me quería crucificada. Me dijo otras cosas, que todas se ha cumplido, como dijo aquella sierva de Dios.

Se lo conté a mi padre y a mi confesor, que estaban en casa cuando llegué, y les causó tanta impresión, que le dijo mi confesor a mi padre:

-Estamos viendo la voluntad de Dios; no conviene dilatarlo.

Al día siguiente, escribió mi confesor a las dichas monjas para saber la dote, y ver si mi padre me la podía dar. Lo mandaron a decir; y haciendo la gracia de rebajar algunas cosas pertenecientes a los gastos, quedaron en catorce mil reales. Como mi padre no podía dar tanto, empezaron a hacer diligencias, pidiendo algunas limosnas al señor obispo y al duque, pero nada se consiguió. Se avisó que no podía ir a aquel convento, por falta de dote.

Yo, con todo, estaba serena, esperando que si Dios lo quería, proporcionaría las cosas necesarias según su santísima voluntad, pues no quería otra cosa.

Todo lo dejaba en la mano de mi Dios, y de mi dulce Madre que por obligación le tocaba hacerlo como madre, y con esto me quedaba tan tranquila.

Ya excluida de aquel convento, empezó la duda de adónde sería la voluntad de Dios que fuera. Estas eran mis súplicas, porque deseaba acertar en todo.

"el escudo de Charitas en mi corazón"

Un día, estaba en el convento de la Victoria[58] y había manifiesto; no me acuerdo qué día era, pero fue por la novena de mi Santo Padre, y estaba pidiendo a mi Dios Sacramentado luz para conocer su santísima voluntad en la elección de religión. Me quedé con mucho recogimiento interior, y me pareció que salían unos rayos de luz de la Sagrada Hostia, se venían a mí, formando el escudo de Charitas, y se ponían en mi corazón, causándome tanto ardor que parecía que me quemaban sin fatiga, sino con mucho consuelo. Por esto, tuve algún conocimiento de que mi amado Esposo me quería en la religión Mínima, y que el escudo que traemos exterior, quería que lo tuviera en mi interior. Le empecé a pedir a mi Amado: que si era así como yo lo pensaba, que me diera lo que quisiera que yo tuviera; que lo amara con toda el alma y con todas mis cosas, y a mis prójimos, por su amor. Me pareció que todo me lo concedía mi amado Di No sé decir más. Estaba temiendo tener que decirlo, por no saber explicarme y haber pasado tanto tiempo. Lo que puedo decir es que pasé mucha vergüenza, porque me parece que perdí el sentido, y se me pasó la tarde allí, sin dar acuerdo[59] de mí, hasta que ya cerca de la noche, me llamó la que había ido conmigo, avisándome de que era tarde. Yo desperté del sueño, como quien está muy bebido,

[58] Covento de Mínimos de san Francisco de Paula.

[59] Estar inconsciente.

sin acertar a hablar y como si estuviera tonta. Lo que sentía era que no podía decir que estaba dormida, habiendo estado de rodillas, ni podía echarle la culpa al flato[60]. Quiso mi Dios que pasara este trabajo, pues cuantos iba encontrando en el camino, y cuando llegué a mi casa, me preguntaban: qué tenía que estaba tan encendida. Respondía: que tenía la cabeza caliente. Pero me mortificaba no haberme venido por donde no hubiera nadie y no me habrían visto. Con esto me quedé convencida de que era la voluntad de Dios que entrara en este convento.

Al otro día le dije a mi confesor: que si le parecía, que se hablara con este convento, y me dijo:

-Ya veremos, porque le temo a la vida cuaresmal.

Yo le respondí: que no le temiera; que se lo pidiera a Dios, y si era su voluntad, Dios me daría todo lo necesario para guardarla.

Estuve otros cuantos días, esperando la respuesta de mi confesor, y pidiéndole a mi amado Esposo que le manifestara su santísima voluntad, pues yo de mis conocimientos nunca me he fiado; solo me han servido de consuelo, cuando me han aprobado aquello que yo he tenido en mi interior sin manifestarlo, y entonces conocía que era la voluntad de Dios. Si no me lo aprobaban, me alegraba de no haber hecho caso. Rara vez me ha sucedido que las cosas que yo he conocido, ya por palabras interiores, ya porque lo haya conocido en la oración, no me las hayan aprobado. La petición que le hacía yo a mi dulce Madre era: que si aquello era cierto, se lo inspirara a mi confesor para que me lo ordenara. A mí me parecía que había sido Dios, porque estaba convencida de que cuando fuera la voluntad de Dios, daría luz a mi confesor para que me mandara o aprobara lo que le pedía.

Volviendo a lo que estaba diciendo sobre que me quedé esperando la última disposición de mi confesor.

Vino en aquellos días, el reverendo padre provincial, y esa tarde oí el coche que pasaba por la carretera. Yo estaba en la puerta del patio de casa con otras personas, y al oír el coche, interiormente oí que me decían: que pasaba el padre que me había de dar la licencia. En cuanto lo oí, se lo dije a las que estaban conmigo. Éstas me preguntaron: que quién me lo había dicho. Como no lo podía decir, dije:

-Ahora se me ha puesto esa tontería en la cabeza.

Y me decían: que qué tenía yo que ver con el provincial, pues habían conocido un cambio en mí, apenas se había oído el coche. Les respondí: que no tenía que ver nada; que era aprensión mía. Pero era verdad. Al poco rato, vino mi confesor y me dijo: que había venido el padre provincial; que le dijera si le hablaba para que me diera la licencia. Yo, con todo lo que tengo dicho, temía resolverlo por mí misma; tan poco satisfecha estaba de mí.

Viendo que no me determinaba, sino a lo que a él le pareciera, me dijo: que se quedaba la decisión para otro día, y que le pidiera a Dios en la comunión: que me diera luz, si era su voluntad. Me desconsolé, porque yo quería que me dijera lo que Dios le inspirara a él, pues como yo no tenía más inclinación que hacer la voluntad de mi Dios, la quería conocer por medio de su ministro, y éste me lo negaba. Acudí de nuevo a mi amada Madre, y aquella mañana a mi amado Esposo. En la comunión,

[60] Desvanecimiento.

tuve mucho consuelo y conocí lo mismo que sabía; todo era como repetir las cosas, y oí que me decían:

-No temas decir que sí.

Esto me aseguraba lo que tenía en mi interior, y me quedé sin temor alguno para decir, que quería venir a este convento. Le dije a mi padre: que hablara a la comunidad. Lo hizo con tanta eficacia, que aquella misma mañana fue y habló. Estuvieron tan rápidas, que al instante echaron los votos y me recibieron. Sin tardanza ninguna se habló al padre provincial, que también dio la licencia al instante. Dijo que quería vestirme el hábito antes de irse, de suerte que lo que había ido con tanta pausa se aligeró tanto, que si yo hubiera querido, en aquel día hubiera quedado todo terminado, pues al mediodía fue mi confesor con todas las diligencias hechas. Pero yo tenía algunos inconvenientes; se los dije a mi padre y convino en que se retrasara algunos días. Nunca pensamos que fueran tantos, pues fueron ocurriendo tantas detenciones que se pasaron dos meses sin efectuar la toma de hábito. Este día fue para mí de alguna mortificación, porque mi familia no sabía nada, solo mi padre lo sabía. Los demás lo sospechaban por las señales que habían visto, la mutación que yo había tenido en la venida del padre provincial, las frecuentes consultas que tenía con mi confesor..., pero el día que lo acabaron de conocer fue, porque me llevó la Regla. Yo le había dicho: que quería ver qué tenía que guardar. Me la dio en la sala sin que hubiera nadie, me la dejé en la mesa mientras salí a despedirlo, entró mi cuñada, vio la regla, y se lo dijo a los demás de la familia, de modo que todos lo supieron, en particular la enferma[61], que se puso como loca, y alborotó hasta a la vecindad.

Para mí esto fue trabajoso, pero como estaba hecha a desazones, lo llevé con paciencia, gracias a Dios. Cuando vino mi padre, me consoló mucho; me dijo: que no temiera, aunque todo el infierno se levantara contra mí. Con los consejos de mi padre tomé ánimo, pues estaba preocupada, temiendo las ofensas a Dios que se podían seguir, pero mi padre todo lo serenó. Por la tarde se acabó de dar a conocer mi pretensión, cuando el reverendo Padre Provincial y los padres de provincia fueron a verme. Con esto se hizo público, aunque yo no quería que se conociera hasta que llegara la hora.

Como he sido tan poco mortificada, quería huir de la mortificación, pero mi Dios quiso que no me faltara, porque nadie aprobaba mi vocación y todos me decían: que iba a hacer un disparate; que más agradaría a Dios con la vida que yo traía de reclusión y cuidando a mi padre; que lo iba a dejar perdido, y otras muchas cosas que serían largas de contar. Lo más sensible para mí fue que eran personas de autoridad, como los sacerdotes, que solían ir a casa. Este ejercicio de mortificación me duró hasta que entré en religión.

Lo hubiera dejado si mi Dios no me hubiera tenido tan preparada, porque las tentaciones eran finas, y no se conocían con facilidad ni tenía quién me ayudara, más que mi padre. Cuando veía que estaba triste, al instante, pensaba lo que era, y me animaba. Un día que lo había pasado mal, porque mi padre se había puesto malo, eran tantas las cosas que me dijeron: que le iba a costar a mi padre la vida la pesadumbre

[61] Era la viuda de un hermano de su padre, Antonio Astorga, que éste recogió en su casa hasta su muerte.

de que yo faltara de la casa, y que aunque lo disimulaba por darme gusto, el mal que tenía era ése. Estas cosas me causaban tristeza; mi padre lo conoció y me preguntó: qué tenía. Yo disimulé, pero él, como si lo hubiera estado oyendo, me dijo:

-Si dicen que estoy malo de pesadumbre, di que no es así, pues si estuviera agonizando y llegara la hora de que tomaras el hábito, me pondría bueno del gusto, porque te dejaba en la casa de Dios. Me dijo tantas cosas que quedé consolada.

Mi confesor, cuando le decía algunas cosillas, que por mi miseria no había llevado como debía, me solía decir:

-Todavía tiene remedio.

Lo que me desconsolaba más, pero todo lo hacían con buen fin.

Dios bendito. Amén.

"Víspera del día de tomar el hábito"

Sigo para gloria de Dios y de mi dulce Madre.

Llegó la víspera del día que había de tomar el hábito. Fue un día para mí de gran consuelo, porque mi amado Esposo preparó mi alma con nuevos auxilios, y unos deseos tan vivos de dejar todas las cosas por mi Dios, que si todo el mundo hubiera sido mío, me hubiera parecido poco para dejarlo por mi Amado. Tenía deseos de abrasar la pobreza, porque siendo mi Dios tan rico, se quiso hacer pobre desde el pesebre hasta la cruz, y tenía deseos de no tener más voluntad que la de mi Dios, en fin, de ser toda de mi Dios.

Ojalá que no hubiera sido tan ingrata y hubiera correspondido siempre a aquellos auxilios tan grandes, con que mi Amado, siempre me ha llamado.

Aquella noche era la víspera de San Agustín; el día de este santo, por la mañana tomé el santo hábito[62]. Esa noche estaba deseando verme libre de visitas, porque se me hacía tarde para acabar con todas las cosas del siglo. Cuando se fueron, le di a mi padre todo lo que tenía, sin reservarme nada: dinero, otras cosas de mi uso, el Santo Cristo que tenía al cuello, y un relicario de plata que lo tenía desde niña, lo cambié por uno de metal[63].Tan libre quería quedarme de las cosas de la tierra, que todo me estorbaba.

Pensaba hacer lo que hacen con un muerto, porque eso era lo que deseaba, y quería que todos entendieran lo mismo: que me había muerto, para que no se acordaran de mí. Le decía a todos los que me visitaron este día: que se hicieran a la idea de que me veían con la última enfermedad; que en entrando en el convento, me habían enterrado, y que me encomendaran a Dios. No quise despedirme de nadie para evitar la ocasión de que me correspondieran, ni quise que hubiera convite con el mismo fin, porque estaba resuelta a acabar con todo de una vez. Tenía el ánimo tan fuerte, que me parecía que no lo quebrantaría. En este tiempo aún no conocía bien mi miseria y flaqueza. Quiera Dios que ahora las conozca, pero temo que no sea así; el amor propio tapa mucho. Dios me libre de mí misma y me conceda una verdadera humildad.

[62] Actualmente, se celebra el 28 de agosto.

[63] Este relicario de metal se conserva en el Convento de las Monjas Mínimas de Archidona (Ver foto).

Padre mío, pídaselo usted a Dios, porque deseo tenerla; me parece que el motivo de faltar a los propósitos que hago de obedecer a V.R., darle cuenta de mi conciencia y faltar a todo, no sólo es falta de obediencia, sino también de humildad. Quiero enmendarme y ser dócil para hacer la voluntad de mi amado Esposo.

Le doy a usted las gracias por el celo que pone en el bien de mi alma, y le pido: que no me oculte nada; que si por mi miseria caigo, me podré levantar más pronto reconociendo mi nada.

Me he ido a otra cosa, parece que no he pensado lo que escribía.

¡Dios sea bendito!

Y volviendo, digo: que estas eran las resoluciones que traje a la religión, por la mucha luz que mi Dios me dio para que con el valor de las virtudes y el deseo de tenerlas, agrade a mi Dios.

La mañana de mi toma de hábito me levanté muy temprano, porque aquella noche no fue para dormir; la pasé preparándome para la comunión, y haciendo propósitos de lo que ya he dicho, y mi amado Esposo me correspondió con muchos consuelos. Cuando me levanté, le pedí a mi padre la bendición y me fui a la iglesia: confesé, comulgué y recibí un gran consuelo, pues me parecía que mi amado Esposo con mucho amor acariciaba mi alma, recibía con agrado todos aquellos deseos que tenía yo de agradarle, y me daba mucho ánimo para cosas fuertes.

Estando entretenida con mi Amado llegó mi confesor y me llamó para venir al convento. Me vine con tanto recogimiento interior, que me costaba trabajo estar normal y atender a cumplimientos, pues tenía que distraerme a la fuerza para que no lo conocieran.

En aquellos primeros días, fue lo mismo; no me dejaban tiempo más que para la oración de comunidad, todo el día con visitas, ya de las religiosas, ya de los parientes, que aunque estaban cortados[64] por lo que habían dicho, las religiosas les franquearon la entrada, y les decían: que era norma que vinieran a verme. Yo vi que aquello no era lo que había prometido a mi Dios. Le pedí a la prelada: que no consintiera que vinieran a verme; que no quería visitas; que aborrecía los locutorios, y que cuanto estuviera de su parte lo hiciera, negando la licencia. No me sirvió de nada; cada uno tiene su modo de pensar, y aunque el mío no se acomodaba, tenía que hacer lo que todas hacían. Si en esta ocasión hubiera tenido quien me ayudara, hubiera adelantado, porque tenía el espíritu fuerte, y no atendía a respetos humanos. Estas cosas las tomaba como obediencia y aunque me mortificaran, se las ofrecía a mi Dios.

Poco a poco iba dando disculpas para no encadenarme con más comunicaciones, que las que tenía en el siglo. Las pocas visitas que me fueron quedando me decían: que querían verme con frecuencia, aunque conocían que a mí no me gustaba. Yo no lo negaba, pero echaba la disculpa de que no tenía tiempo, y sentaba plaza de impolítica[65] y de otras cosas, pero yo no podía hacer otra cosa, porque mi amado Esposo no lo quería. Si he ido a la grada alguna vez con gusto, lo he pagado con la

[64] Turbados, sin palabras.

[65] Descortés, poco educada.

amargura interior que me ha quedado.

Bendita sea su misericordia, que tan liberal[66] ha sido conmigo, y que yo no he sabido corresponder, sino con ingratitudes.

Todas las criaturas lo alaben y le den gracias.

A gloria de Dios y honor de mi dulce Madre.

"primer año de noviciado"

Del primer año de noviciado, no recuerdo nada de particular.

La oración la seguí la mayor parte de las veces, con recogimiento y pocas con distracciones.

En ese tiempo, en la recreación de comunidad, se hacían unos coloquios de la infancia de Cristo, y tuve que aprender algunos papeles, y como he tenido tanto amor propio, quería llevarlo bien aprendido. Me distraía mucho en la oración, porque se me venía a la cabeza, no solo lo que yo tenía que decir, sino lo de las demás. Por mi mucha miseria e ingratitud para con mi Dios, algunas veces la mayor parte del tiempo, me entretenía en aquello, sin procurar desecharlo, aprovechando la ocasión para aprenderlo.

Así era como yo correspondía a mi amado Esposo. Esto es lo que puedo dar de mí.

¡Bendito sea mi Dios que tanto me sufre!

Estas diversiones duraron los tres primeros años que estuve aquí. Era costumbre hacerlas en la Pascua de Navidad y en los días de Carnaval. Los dos primeros años, lo hice, aunque con repugnancia por lo que me sucedía en la oración; pero como la prelada era la más empeñada en que lo hiciera, por más que me disculpara por mi falta de memoria y de gracia, nada me valía. Al tercer año me dirigí al Padre Basilio; me aconsejó: que no lo hiciera; que asistiera con la comunidad, pero sin representar. Con esto tuve bastante que ofrecerle a mi Dios, porque me mortificaban mucho, pensando que no lo quería hacer por escrúpulo, no por lo que yo decía; la disculpa que daba era tener la cabeza mala y como eso no podía ser, no me creían.

El primer año de novicia, tuve algunas amarguras interiores, porque conocía que mi amado Esposo no quería que lo hiciera, o al menos a mí me lo parecía por las sequedades que padecía.

En aquellos tiempos yo estaba acostumbrada a tener tantos consuelos, y hay tanta diferencia con la alegría que causa en el alma los consuelos de Dios, por chicos[67] que sean…, digo chicos por haber más y menos, no porque en sí sean chicos. Si estos me faltaban por mis distracciones culpables de no poner el cuidado que debía para desecharlas, estas diversiones para mí eran amargas, aunque al exterior estaba alegre por dar gusto a las criaturas.

El segundo año, me dio mi Dios más padecimientos, porque además de lo dicho, me puse mala con una infección en la boca. Me sacaron una muela la víspera del día

[66] Generoso.

[67] Pocos.

que teníamos que hacer los coloquios. Se desazonaron[68] tanto las religiosas, porque no se pudieran hacer, ya que mi el papel era de los más largos, y no había tiempo para darlo a otra. Cuando las vi desazonadas, dije: que no tuvieran cuidado que lo haría, aunque me costara trabajo. Así lo hice; pero era estar en un martirio, porque el dolor me apretaba tanto, que me descomponía el estómago y me hacía vomitar. Lo ocultaba cuanto podía por no dar disgusto, pues estaban tan empeñadas en aquellas diversiones, en particular las señoras mayores, que decían que les causaba mucha devoción. Los que son buenos, en todo encuentran el bien.

Gracias a mi Dios, que con su misericordia e infinita sabiduría ordena todas las cosas para nuestro bien.

Yo reconozco, que si mi amado Esposo no hubiera dado a mi alma estas amarguras que me hacían despertar para buscarlo más aprisa, quizá, con el genio que tengo que no quiero disgustar a nadie, me hubiera engreído o al menos hubiera perdido mucho tiempo. A la vez, mi Amado me ha dado tedio[69] a todas las cosas que no eran de su agrado; aunque fueran indiferentes, me daba luz para que conociera que quería llevarme por otro camino. Pero mi miseria quería hacer lo que hacían todas, y no ser singular. Esto me ha tenido detenida sin caminar como mi Dios quería, y esto ha sido lo que mi Amado me ha reprendido siempre, y mucho más, desde que entré en la religión. No se me pasaba ninguna cosa, de las que yo había tenido luz que mi Amado no quería, sin que en la oración llevara la reprensión. Y era con tanta claridad, que me quedaba humillada varios días.

El modo de explicar estas reprensiones en la oración, me parece que ya he dicho algo en otro momento; lo digo ahora, por si acaso no lo he hecho.

Cuando iba a la oración, de pronto me quedaba en el recogimiento interior a la vista de mi Dios. Mi alma conocía con una luz clara, la bondad de mi Amado, lo que hacía conmigo, lo que yo debía hacer, y lo que hacía.

Algunas veces, he pensado que se parece a la última cuenta que hemos de dar a la hora de la muerte. Se parece, por el conocimiento que el alma recibe allí de su ingratitud y de la grandeza de Dios, con quien el alma se ha portado así. Solo este conocimiento la pone en una disposición de vergüenza, que se metería en los centros de la tierra pura. Como al mismo tiempo conoce que aquellos avisos son por el amor que le tiene, se abraza en su amor, y siente un agradecimiento tan grande, que no sabe qué hacer por aquel Dios que tan liberal ha sido con ella; entonces, le pide perdón, le da gracias, lo alaba, queda animosa para obrar a su gusto, y al mismo tiempo, conociendo su flaqueza, teme no poder hacer nada por sí sola. Quien tantas veces ha merecido ser reprendida de este modo, cada vez tiene mayor conocimiento de su nada.

¿Qué será en el último día, si esta alma no corresponde mejor que hasta aquí? Así se dice, pero yo no tengo valor para decirlo. No permita mi Amado que le sea ingrata ni en lo más leve, sino que en todo le dé gusto y haga su santísima voluntad.

Las reprensiones han sido con más frecuencia desde que entré en la religión. Esto hace mayores mis ingratitudes, pues me parece que no puede haber en este mundo

[68] Disgustaron.

[69] Aborrecimiento.

criatura más ingrata que yo. Aunque los demás hayan cometido más pecados, si hubieran recibido lo que yo he recibido, no se hubieran portado tan mal como esta miserable criatura.

¿Qué has visto en mí, Amado mío, para que así lo hagas conmigo y lo niegues a otras almas, que te hubieran sido más fieles? Nada habéis visto, puesto que desde la eternidad conocías todas mis ingratitudes, y esto no ha detenido la finura de tu amor.

¡Oh inmenso amor!

¡Quién pudiera dar gritos, que se oyeran en todo el mundo para decir a todas las criaturas: que os amen, porque sois infinitamente bueno y digno de ser amado!

Me han faltado algunas cosas en lo que he escrito. Ahora que las recuerdo, aunque las tenga algo dudosas, las escribo por obediencia.

Siendo de unos seis a siete años, me dio mi madre una peinilla, que se llevaba en aquel tiempo. Me la puse y la tuve puesta hasta que estuve delante de la imagen de mi dulce Madre. Allí me dieron conocimiento de lo que había padecido mi Señor con la corona de espinas, y me parece que interiormente, mi amado Esposo decía:

-Mira el adorno que yo he tenido en mi cabeza por tu amor.

Al instante me la quité, se la di a mi madre, y no volví a ponerme adornos en la cabeza[70]. Si algún día festivo mi madre me los ponía, disimulaba mi repugnancia por no desazonar a mi madre. Algunas veces lloraba a solas, porque me acordaba de lo que he dicho. Después de muerta mi madre, me sucedió lo mismo con las hebillas de los zapatos: estaba un día poniéndoselas a los zapatos que me iba a poner, pensando en comprar otras más bonitas, y en mi interior, oí que me decía

-Mira el adorno de mis pies taladrados con clavos por tu amor.

Me causó tanta pena, que no volví a ponérmelas más en toda mi vida. Me quedé allí, meditando en aquellos dolores que había padecido mi amado Redentor, y dándole gracias por ello. Cuando acabé, salí de mi cuarto y le dije a mi Padre: que tomara las hebillas, y que me comprara unos botones, porque yo no las quería. Mi padre lo hizo así, sin decirme nada.

“cuando iban a morir algunos enfermos, lo conocía yo sin saber porqué”

Otra cosa que recuerdo: como mi Dios me había dado un deseo tan grande de ser religiosa, estaba triste porque no podía serlo. Ese día, había una profesión de una monja, y yo estaba pensando en el beneficio que mi Dios le hacía a aquella criatura, y que me lo negaba a mí por ser yo tan mala. En mi interior me dijeron: que lo sería cuando tuviera treinta años. Esto que digo, fue al principio de mis enfermedades, pero me quedó la confianza de poder ser religiosa. Cuando en casa se hablaba de cosas de monjas, yo decía muchas veces: que no perdía la esperanza de serlo, hasta que cumpliera treinta años. Por mala que estuviera, nunca perdí la esperanza que me dieron aquellas palabras.

[70] Hizo referencia a los adornos, por primera vez en la pág. 31.Vuelve a recordar su niñez.

Otra cosa que recuerdo[71]: un mes antes de que mi madre muriera, un día en la oración me dijeron que mi Madre moriría pronto. Como mi madre estaba buena, creí que era una tentación y procuraba desecharla, pero por más que hice, se me quedó tan presente que aunque estuviera haciendo cosas que me pudieran distraer, lo tenía presente, y le pedía a mi Dios que si aquello era verdad, le concediera una buena muerte. Tras seis o siete días de enfermedad, murió con una disposición que edificaba. Esa noche me dijeron que me acostara, pero como yo conocía la hora de su muerte, parecía que me avisaron de que ya iba a espirar.

Esto que digo, me ha sucedido con todos los enfermos con quienes he estado, aunque no haya estado presente en ese momento.

La primera vez que me sucedió fue con una enferma que ni siquiera la había visto, porque mientras mi madre vivió, no hacía nada sin que ella me lo mandara, y así cuando iba a alguna visita, no me movía del sitio sin su licencia. Hacía un rato que habíamos entrado en la casa, y no pasamos a ver a la enferma, porque hacía poco que había recibido a su Majestad en el viático. Toda la familia estaba descuidada, pues no manifestaba mayor peligro. Yo la había oído hablar como si estuviera buena, pero de pronto me vino el conocimiento de que iba a morir, y sin poderme sujetar dije a una hermana suya:

-Anica, tu hermana está acabando[72], vamos allá.

Ella me respondió andando hacia la sala de la enferma:

-No puede ser; ahora mismo estuve allí y no tenía novedad.

Entró y empezó a clamar que se había muerto. No era así, pero tardó pocos minutos en morir. Esto me ha sucedido con muchos enfermos, que el médico no conocía cuando iban a morir, y lo conocía yo sin saber porqué. Algunas veces he pensado, si le agradará a mi Dios. Procuro ayudar a los que están en peligro de muerte, aplicando por su alma cuanto puedo, unido a los méritos de mi Señor Jesucristo y de mi dulce Madre.

También me acuerdo de un sueño que tuve cuando era novicia. Me repugna contar sueños, pero como tiene algo de particular, me da fatiga no decirlo.

El día que me recibió la comunidad para mi profesión, me parece que fue ese día, aunque estoy dudosa, estaba la novicia que yo encontré cuando vine, sumamente afligida, al ver que se acercaba mi profesión, y ella que llevaba cerca de dos años no tenía esperanzas de profesar, pues la tenía detenida la falta de dote. Me compadecí mucho, y le pedí a mi amado Esposo y Señor que lo remediara. Aquella noche soñé que estaba en una iglesia grande y hermosa; vi a mi dulce Madre con mi amado Esposo en los brazos, y me lo dio con mucho amor, diciéndome, que tomara al Esposo de mi alma. Lo tomé con mucho encogimiento[73], porque aunque haya sido en sueños, siempre he conocido mi miseria. Mi amado Esposo me hacía muchos cariños, y estando en esto, vi muy lejos a la novicia afligida. Le pedí a mi amado Esposo por ella, pero me parecía que mi amado Esposo no quería hacerme caso; entonces, le pedí a mi dulce Madre que intercediera para que aquella alma lograra

[71] Vaticina la muerte de varias personas, así como la de su madre, en páginas anteriores.

[72] Agonizando.

[73] Poco ánimo, falta de confianza en sí misma.

la dicha de consagrarse a su servicio, haciendo su profesión antes que yo. Me lo concedió, y mi Madre me dijo que por la devoción que tenía de obsequiar a la Santísima Trinidad, ese día le darían la dote. No le conté el sueño a la novicia, pero le dije que se consolara; que quizá para el día de la Santísima Trinidad le darían la dote. Y aunque no tenía esperanzas, así sucedió.

A mayor gloria de Dios y de mi dulce Madre.

Padre mío, el año de noviciado fue año de descanso para mí, porque no tuve que padecer casi nada: la salud fue buena; las religiosas me querían; las cosas de la religión me acomodaban, de suerte que llegué a temer mucho, si acaso no me convenía ser religiosa, porque me hallaba sin cruz y no quería estar sin ella. Me parecía que estaba en la gloria, y dos glorias a la vez, no puede haber. Lo que hacía era pedirle a mi dulce Madre: que si no me convenía ser religiosa, que no me dieran el voto, aunque yo lo deseara tanto, pues solo quería cumplir la voluntad de mi Dios. Estaba tranquila, confiando en el amparo de mi dulce Madre, pero pensaba si agradaría a mi Amado en esta vida, que me parecía ociosa, por no tener ningún padecimiento, y no estar acostumbrada a ello, pues nunca me había faltado algún sufrimiento, aunque no fuera mucho. De estas dudas me sacó el padre Basilio, que había venido de Málaga y vino a hacer una visita a la madre correctora. Quiso verme porque me conocía de cuando yo le había consultado alguna cosa sobre mi vocación religiosa. Mi Dios quería que lo tomara por director desde hacía más de dos años, y yo conocía que era la voluntad de Dios.

La principal inquietud que yo tuve en este tiempo, fue el temor que sentía por no manifestar lo que en mi interior pasaba. Deseaba entregarme a la dirección de un ministro del Señor para que fuera mi maestro y guía en todas las cosas, y yo solo tuviera que obedecer. Estos deseos los tuve siempre, pero en el noviciado fueron más vivos. Mi dulce Madre, que siempre ha cuidado de mí, me proporcionó al confesor, aunque yo no lo aproveché en este tiempo. La madre correctora me dijo: que solo confesara con el padre, y que si tenía alguna fatiga, que se la consultara. Me alegré de que me dieran esta ocasión para tratar sobre el particular, y ver si era tentación el querer cambiar a otro, pudiendo seguir con mi confesor. En fin, con estos ánimos fui, pero no le dije lo que me preocupaba, porque temía que me dijera que lo dejara y fuera con otro. Me parecía que no lo iba a cumplir, y tendría más fatigas. Así que, solo dije los temores que tenía de verme sin cruz a lo que me respondió S.R. que no tuviera cuidado, y que estuviera preparada para cuando el Señor quisiera dármela; con esto me quedé consolada. Pero por lo otro, se aumentaron las fatigas, porque conocí que mi Dios me lo había proporcionado y yo lo había despreciado. Acudí a mi dulce Madre para que me quitara aquellas tentaciones, pues yo las tenía por tales.

Estas fueron las fatigas interiores que tuve en el noviciado.

Las que tuve exteriores no me fatigaron nada, pues comprendía los genios; una viejecita me decía cosas, como mortificación que se hubiera callado con otras. Lo que no podía remediar era que una religiosa, de las que no sabían leer, me tomara alguna manía y procurara mortificarme; esto es lo que manifestaba al exterior, aunque su intención fuera buena. Lo cierto es que esta religiosa le ha hecho en todo tiempo beneficio a mi alma, porque la ha librado de caer en la vanidad. A los cinco días de haber entrado en el noviciado, empecé a decir lecciones y versos, y

como ni la novicia, que ya llevaba once meses en la religión, ni esta religiosa que he dicho, las decían, se mortificaban. En particular la religiosa me decía cosas, que así lo manifestaban. Yo lo sentía, más por ella que por mí, porque a mí no me hacía impresión alguna; pero las otras religiosas lo sentían, porque me querían mucho, y a ella no la querían. Como me mortificaba públicamente, la madre maestra me quitó de hacer nada en el coro. La madre maestra si hubiera querido me habría humillado, porque me podía haber dicho: que no lo hiciera porque lo hacía mal, pero me dijo lo contrario, y la causa que tenía para mandármelo. Le agradecí que procurara quitar aquella mortificación a mi prójimo, y le pedí que no me diera nunca satisfacción de lo que dispusiera hacer de mí; que yo estaba pronta a obedecer sin pensar por qué me lo mandaban. No me hizo caso, pues siempre que se tenía que reprender a las otras novicias, la madre maestra me llamaba antes, y me decía lo que iba a decir, pero que no lo decía por mí, que supiera que estaba libre, y que no tomara desazón por nada de lo que dijera. Aunque al amor propio le sentaba bien, mi alma deseaba otra cosa, y quisiera que me reprendieran sin aquellos avisos, para tener algo que ofrecer a mi Dios. Yo quería padecer y mi amado Esposo, que veía mi flaqueza, no me lo concedía.

Hubo otras cosillas, pero mi amado Dios todo me lo endulzaba. Ha sido tanta su misericordia conmigo, que me daba amor a la Cruz, y a la vez hacía que no la tuviera, porque sabía que en dándomela un poquito mayor, ¡cuántas veces habría caído!

“mi profesión”

Llegó el día que echaron los votos para mi profesión. Yo la pedí, como era costumbre, con el deseo de que mi Dios diera luz a la comunidad. Me retiré al coro con mi amado Esposo y mi dulce Madre “sin más querer, sino querer”[74], que Dios hiciera lo que quisiera de mí. Tenía tanta paz interior, que si me hubieran dicho que no me habían admitido, me hubiera quedado serena y alegre, porque se cumpliera en mí la voluntad amabilísima de mi Dios. Cuando me recibieron, conocí que era su voluntad, y le di gracias a mi Dios y a mi dulcísima Madre a quien de nuevo encomendé el cuidado de mi alma.

Me preparó mi amado Esposo, para mi profesión. Con mucho recogimiento interior, mi alma oía las palabras de mi amado Esposo que me causaban muchos consuelos, y me abrasaban con su amor. Cuando llegó la hora de cantar la profesión, me parecía que tenía junto a mí a mi dulce Madre, y al poner las manos en las del sacerdote, me pareció que eran las de mi amado Esposo. Esto no era con los ojos del cuerpo, sino con los del alma, que era la que tenía vista aquel día. Estaba de tal manera, que si no me hubiera ayudado quien me tenía de aquella suerte, no hubiera podido cantar la profesión, porque los sentidos corporales estaban muy tontos, y yo ni atendía al libro ni a nada. Harto hacía mi alma con entender a mi amado Esposo, que lo veía presente, dándome la inteligencia de las palabras que iba diciendo. Vuelvo a repetir que no sé cómo las dije. Me dijeron: que las había cantado con

[74] Solo deseando.

mucho expediente[75]. Pensaban que según mi genio me iba a cortar. Nadie sabía que no estaba yo para pensar en las criaturas, sino como si estuviera a solas con mi Amado, mi dulce Madre y los santos Ángeles, que eran la compañía que tenía. Les pedía que dieran gracias y alabanzas a mi Dios, contemplando[76] el beneficio que mi amado me hacía sin merecerlo, solo por su infinita bondad.

Con este recogimiento estuve algo atontada tres o cuatro días, por más que yo procuraba disimular. Les parecía que me había arrepentido y me lo preguntaban. Les decía que no, que era por tantas cosillas como habían pasado en la comunidad la noche de mi profesión, y que era razón que yo las sintiera.

Era verdad, pero no era lo que me traía tan metida en mí. La visita de enhorabuena que me estaban haciendo, se volvió de pésame: a una enferma le dio un mal tan particular[77] que no lo habían visto nunca las monjas, ni se ha vuelto a ver después. Tuvo que venir el médico para ésta y para otras dos hermanas, que recibieron la noticia de la muerte de su madre, y le dieron unos desmayos muy malos. Fue noche de tribulación; a todas nos traía preocupadas las enfermedades que vinieron tan extravagantes, y era natural que me compadeciera de mis hermanas enfermas; con esto pude disimular mis cosas, y estar serena en medio de lo que estaba pasando.

Las cosas que he dicho que sentí el día de mi profesión, tenía deseo de decirlas desde hacía tiempo. Me causaba fatiga callarlas y repugnancia decirlas. Cuando vino mi confesor, no le dije ni una palabra de esto; le dije cuando me preguntó si estaba contenta: que estaba tonta por el gusto que tenía en mi interior. Esa fue la respuesta, y así se quedó, sin decir yo nada más ni el confesor preguntarme. Esto que tenía tan olvidado ha estado todo callado hasta ahora que ha llegado la hora, que no esperaba, de tener que decirlo.

Sea todo para gloria de mi Dios a quien pido: que dé luz a V.R. para conocer si estas cosas son verdad, porque temo que al explicarme, diga las cosas mal, de modo que parezcan otra cosa de lo que son. No digo esto por falta de satisfacción en la inteligencia de V.R., sino porque siempre he tenido estos temores. Conozco mi mucha miseria e ingratitud para con mi Dios, y veo que no correspondo a los favores que mi Amado hace a mi alma. Cuando recibo los favores, no tengo estos temores, pero después, cuanto mayor ha sido el favor, mayores son los temores y mayor la incredulidad que tengo de que estas cosas sean para mí, y no para otras almas más fieles a su Dios. Estos temores me los quita un poco la satisfacción que tiene mi alma en usted, y la confianza que tengo en que mi Dios y dulce Madre, han de darle luz para conocer lo que sea falso o verdadero. Le pido a mi Dios: que conozca usted, no sólo los beneficios que hace mi Dios a mi alma, sino también mis ingratitudes. Dios quiera que sea así, que conozca V. con toda claridad toda mi maldad para que aplique las medicinas necesarias, y alabe las misericordias de nuestro amabilísimo Dios conmigo.

Padre mío, perdóneme que sea cansada; que estas cosas se las he dicho, y he quedado convencida con sus respuestas, pero como algunas veces, me suelen venir

[75] Desembarazo, libre de todo estorbo.

[76] Poniendo la atención en alguna cosa material o espiritual, meditar.

[77] Especial, extraordinario.

estos pensamientos, me consuela decírselos a usted, a la vez que me da fatiga mortificarlo.

Mi amado Esposo y Señor le dé mucha paciencia para sufrir mis *penoserías*[78] y se lo premie todo.

Empecé con nuevos fervores mi vida. Las nuevas obligaciones que había contraído con mi Amado, el voto ofrecido y todo lo demás, deseaba cumplirlo con perfección. No me faltaban los grandes auxilios de mi Dios, que siempre estaba ayudándome para cumplir aquellos deseos que me daba, y por eso todas las cosas me resultaban dulces.

Deseaba que me mandaran para obedecer, aunque no me acomodara lo que me mandaran; deseaba que me hiciera algo falta para padecer alguna pobreza; si esto no lo experimentaba, lo sentía, porque la madre de la celda en que estoy, ha sido tan eficaz, que no daba lugar a que se cumplieran mis deseos. Algunas veces me quejaba a mi amado Esposo, y me oyó, porque se fueron mudando las cosas, de modo que al poco tiempo empecé a padecer algunas cosillas.

Sea bendito su Santo Nombre.

"primer año de profesa"

Sigo para gloria de Dios y honor de mi dulce Madre.

El primer año hasta que me eligieron para enfermera lo pasé como el año de novicia, acudiendo con gusto a todo lo que mandaban, en particular aliviando a las enfermas, que siempre me llamaban para que les ayudara. El tiempo que me sobraba de las cosas de comunidad, lo empleaba en la oración y haciendo labores de manos. Me ponía en la presencia de Dios, procurando tener mis coloquios con mi amado Esposo, y mi consuelo era estar sola. Antes de comenzar la labor, siempre hacía la lección espiritual; con eso tenía ocupada la imaginación para que no estuviera vagando. Algunas veces lograba estar trabajando y orando; digo algunas veces, porque como los tiempos no eran iguales, otras veces ni en la oración podía recogerme, porque empecé a tener algunas temporadas muy trabajosas de sequedades y distracciones. Si no hubiera tenido quien me ayudara, habría dejado la oración, pues me parecía que así sería mejor. Algunas veces no sé cómo subía la escalera del coro, de la repugnancia que me daba ir a la oración. Le pedía a mi director: que me permitiera, tener solo la oración de comunidad, pues para hacerla tan mal, más valía que fuera poca. No me lo permitía, pero sus consejos me animaban tanto, que volvía a caminar con gusto en la oración. Otras veces, en estos tiempos trabajosos, en mi flaqueza acudí a mi amado Esposo. Un día que estaba muy fatigada, pensaba mientras iba a la oración, que si el padre conociera cómo hago la oración, no me mandaría que la hiciera; un animal irracional estaría mejor que yo, en la presencia de Dios. Con este pensamiento entré en el coro, y apenas me había hincado de rodillas, se disiparon las tinieblas que oscurecían mi entendimiento, y me vino una luz tan clara con la presencia de mi amado Esposo, que parecía otra. Con amor me reprendía

[78] Simplezas, tonterías.

y me animaba; y yo hice el propósito, de no dejar la oración por ninguna causa. Estos propósitos los hacía con frecuencia, porque como he sido tan miserable, y lo soy, cuando pasaban algunos días, y volvían los trabajos de sequedades, volvía a querer dejarla con pretextos buenos. No la dejaba, pero me alegraba cuando me mandaban alguna cosa, en la hora de la oración.

¡Ésta ha sido la fidelidad que he tenido a mi Dios!

¡Que su misericordia me haya sufrido tanta ingratitud!...

Así seguí este tiempo en la oración: unas veces con muchos consuelos, y otras, que eran las más, con distracciones, repugnancias y no saber meditar en nada. Algunas veces tenía que tener el libro, y leer algún punto sin cesar, y con todo nada movía mi voluntad; al contrario, cuando mi Dios me la daba, nada me impedía estar recogida.

De este tiempo no recuerdo nada de particular, más que lo dicho arriba, pues de ese modo me sucedió muchas veces cuando menos lo pensaba.

Gracias sean dadas a mi Dios por todo, que si no me hubiera cuidado tanto ¿qué hubiera sido de mí?

Una de las veces que mi amado Esposo y Señor me hizo levantar de la tibieza en que estaba, fue una noche que se puso mala una religiosa en el dormitorio; estuve perezosa para levantarme a asistirla, esperando que otra lo hiciera, porque yo me sentía mal; en todos los tiempos de trabajos, siempre estaba mala, pero estando en este caso, de ver si otra hacía lo que mi Dios me pedía a mí, oí que me decían:

-Estoy enfermo y no quieres aliviarme.

Me levanté con bastante humillación interior, le hice a la enferma lo que necesitaba, y al instante se mejoró. Así quedé enseñada para cuidar de las necesidades de mi prójimo más que de las mías. Me fui al coro, donde estuve con mucho recogimiento, recibiendo mi alma del Esposo tantos consuelos, que enfervorizaban mi espíritu para todo lo que se presentara, durante otro poco de tiempo.

Empezaron a decir las monjas: que sería enfermera pronto, y que en la elección me iban a nombrar. Me causó mucha repugnancia, y conforme se iba acercando el día, ésta era mayor. Empecé a retirarme de asistir a las enfermas, cuando siempre había solicitado acudir a todas, en cuanto podía. Me excusaba cuando la enfermera me llamaba, y le decía: que no tenía licencia, pues para ir a la enfermería, la santa regla mandaba que no se fuera sin licencia de la prelada. Como no quería ir, echaba esta escusa, y me escapaba por ahí, pero algunas veces no me valía, pues la enfermera iba, y pedía la licencia. Antes de que yo tuviera esta repugnancia, la pedía yo. Como me causaba mucha fatiga, lo que hacía era hacer actos de conformidad con la voluntad de mi Dios.

Los tres últimos días, llegué a conocer que sería enfermera, como las monjas andaban diciendo. La causa de que le temiera tanto era que yo me sentía incapaz de cumplir con aquellas obligaciones. Le pedía a mi Dios y a mi dulce Madre: que si era su voluntad, que se hiciera, pero que bien sabían que yo por mí, nada podía. En esta oración recibía consuelo en mis fatigas, porque me parecía que mi amado Esposo y dulce Madre me decían: que no temiera; que estarían conmigo. Al mismo tiempo que tenía este consuelo, me trajo la imaginación todo lo que había de pasar, y en efecto, lo pasé, pues todo lo que sufrí en la enfermería, lo vi con mi imaginación, antes de que sucediera. A gloria de Dios y honor de mi dulce Madre.

Dije antes, que poco después de profesar, durante el primer año, padecí algunas cosillas. Me empezó a faltar la salud, pero lo podía disimular, porque no era cosa seria ni tuve que ver al médico; sólo tenía una mortificación acomodada[79], que no me impedía para hacer nada; solo me lo conocían las que andaban muy inmediatas a mí, y me mortificaban por querer cuidarme demasiado. Tenía falta de apetito en la comida, no me podía esforzar, y por mi bien, me echaban regañinas que mi poco sufrimiento en aquel pronto lo llevaba mal. Me metían en escrúpulos, diciéndome: que no debía guardar la vida cuaresmal; que era por mi culpa; que no sabía el voto que había hecho…De modo que, estas cosillas y otras parecidas me mortificaban, aunque reconociera que era por mi bien. Esto de la comida me duró, hasta que se lo dijeron al padre Basilio, que me mandó: que comiera lo suficiente para que nadie tuviera que tener cuidado de mí. Así lo hice, porque me lo mandaron, y aún comía más de lo que acostumbraba, porque siempre he sido de poco comer.

"el padre Basilio"[80]

Este primer año de profesa, no se me ofreció ninguna mortificación importante; todas fueron cosillas menudas, que me hacían humillarme mucho cuando conocía que me causaban mortificación. Me reprendía a mí misma, y conociendo mi nada me decía: ¿éste es el deseo que tenías de padecer, y te resientes ante cualquier friolera[81] que se ofrece? y le pedía perdón a mi Dios.

Estas mortificacioncillas eran interiores; al exterior lo disimulaba, porque me pasaban presto[82], cuando pensaba que mi Dios quería que aquello lo pasara con alegría, por su amor.

En cuanto al interior, lo peor era la fatiga que me causaba no encontrar en el confesor lo que mi alma quería. El día que venía, pasaba muchas más fatigas[83]: quería decir lo que me pasaba en la oración, por temor de que aquellas cosas fueran engaño del enemigo, pero solo podía decir alguna palabra, pues se desentendía o me respondía sin haberme entendido, y me quedaba desconsolada sin saber qué hacer. Se lo pedía a mi dulce Madre, y me parecía que me decía: que fuera con otro. Yo no lo quería hacer, porque pensaba que lo iba a sentir mi confesor. Las fatigas aumentaban cada vez más, hasta que un día se lo dije a otro confesor, y me dijo: que era una tentación; que la desechara. En lugar de quedar sosegada, quedé más inquieta; quería desecharlo, porque en mi interior conocía otra cosa y no podía; y como me resistía a la voluntad de Dios, sentía mucha amargura. Quiso Dios que una noche, al salir de la oración en la que yo había pedido a mi dulce Madre: que me diera luz; que como madre, me proporcionara los medios para hacer la voluntad de mi Dios; que si era su

[79] Ajustada, a la medida.

[80] Se refiere al Reverendo Padre Basilio de la Visitación, que a comienzos del siglo XIX era el rector del Colegio de las Escuelas Pías de Archidona. Este religioso fue su director y confesor, desde su tercer año en el convento.

[81] Cosa de poca importancia o de poca monta.

[82] Pronto.

[83] Molestia, sufrimiento.

voluntad que tuviera otro director, que lo conociera claro. Al salir me dijo la madre correctora: que conocía que tenía alguna fatiga; que si quería ir con el padre Basilio, que me daba licencia; que fuera a consultarle al otro día y que me lo proporcionaría. A la madre correctora le dije: que sí; que una vez que me hacía la caridad, que me lo proporcionara cuando le pareciera. Y así lo hizo.

Aquello no podía ser, sino inspiración de Dios. Le di gracias a mi Dios y a mi dulce Madre.

Fue tan eficaz, que al otro día procuró que su reverencia viniera a la grada, y le habló, empeñándose en que si yo quería que me dirigiera, su reverencia me admitiera. Yo no sabía nada de esto; después lo supe, y me certifiqué que aquella era la voluntad de Dios, pues yo no había manifestado nada a la prelada. Fui a hacer la consulta de lo que he dicho antes, y al instante su reverencia, al contrario de lo que el otro confesor me había dicho, me respondió: que buscara director sin atender a respetos humanos; y que lo cargaba a mi conciencia, si no lo hacía. Le supliqué: si quería hacerme la caridad de dirigirme, y se excusó, aconsejándome: que fuera con algún otro director. Le respondí: que no me inclinaba a eso. Entonces me dijo: que le pidiera a Dios, durante tres días, que me diera luz, si esa era su santísima voluntad. Así lo hice, y conocí en mi interior que lo era.

Cuando a los tres días, vino su reverencia, me recibió, y le di cuenta con brevedad, de aquello que me parecía lo más preciso de mi vida pasada. Sobre la oración, solo manifesté cómo la llevaba, que tenía fatigas, porque temía que los favores no vinieran de Dios. De las palabras interiores, me dijo su reverencia: que si eran cosas buenas, las hiciera; no porque las oía, sino porque las debía hacer, sin atender a otra cosa, y así estaría libre de engañarme. Con esto me quedé tan contenta, pues no me dijo: que se lo contara si acaso me sucedía otra vez. Me acomodaban los consejos que me había dado sobre las palabras interiores que oía. Así lo llevaba haciendo de esta manera, sin hacer caso de nada.

Si yo no hubiera sido tan aficionada a disimular la verdad, hubiera sabido que necesitaba un sí o un no, como Cristo nos enseña, y no hubiera estado como estaba, sino como estoy ahora. Yo misma me creía cuando decía: que no tenía otra cosa de particular que decir, porque me hacía mi juicio de que no quería engañar ni pensaba en tal cosa. Si alguna vez decía algo, era porque me daban escrúpulos en cuanto a los favores que recibía de Dios; en todo lo demás era clara, pues no me costaba trabajo. Con todo, Dios le dio al padre mucho conocimiento de mi interior, y me hizo mucho bien.

Dios se lo premie.

En este tiempo, empecé a padecer por culpa de la salud, y el médico me dijo: que no podía guardar la vida cuaresmal; que comiera de pascua. Hasta entonces, la había estado guardando, durante el año de novicia y el primer año de profesa. Lo digo, porque habiendo estado tan enferma, lo tenía por un beneficio, que me hacía mi Dios. Empezaron a pensar que había estado ocultando mis males, y que iban a tener una monja que no serviría para nada. Me lo dijeron a mí las mismas que así lo pensaban, y me mortificó mucho. Aunque yo tenía la conciencia tranquila, mi amor propio no dejaba de darme batería, y solo deseaba tener salud.

Tanto como temían que yo no guardara la vida cuaresmal, sin embargo, no la han guardado, durante el año de noviciado, ninguna de las que han entrado después que yo, estando más saludables, mientras que yo me pasé dos años guardándola.

Por una parte me daba escrúpulo; me parecía que dispensarme del voto de vida cuaresmal era por mi delicadeza, y porque era poco sufrida; y por otra parte, lo que me decían me mortificaba. Quiso mi Dios remediarlo. Le hablé al padre de estas fatigas y me consoló; me dijo: que para el día de nuestra Madre de Gracia, le pidiera bendición a la madre correctora para comer de pescado, y si me aliviaba, me daría licencia para seguir, y no volver a ver al médico.

Así lo hice, y mi dulce Madre me puso tan buena aquel día que conocieron que estaba mejor, me quedé libre de médico, y pude guardar el voto.

Sin que me lo vieran, la medicina de la Santísima Cruz, empezó a curarme desde entonces.

La falta de salud me siguió, pero nadie lo conocía, porque yo pasaba por buena, y lo único que tenía que hacer era unas sangrías, que solo me cambiaban de alimento, tres o cuatro días.

Unas cosas durmiendo y otras velando, no me dejaban de dar ocasión para tener que hacer muchos actos de conformidad.

"A mí es a quien vas a cuidar"

La víspera del día de la elección, me hallaba con la cobardía que he dicho; aquella siesta entré en la celda, me senté junto a la mesa donde tenía la imagen de mi Señor Crucificado, y ofrecía a mi amado Esposo, que hiciera de mí lo que quisiera, y que no atendiera a mi gran miseria. Apoyé la cabeza sobre la mesa y me quedé dormida. Me parecía que mi amado Esposo y Señor me decía:

-A mí es a quien vas a cuidar. Vas a pasar todos los trabajos por mí.

Y me parecía que mi amado Esposo, como si estuviera enfermo, se reclinaba en mi pecho. Recibía tanta dulzura en mi alma y tanto deseo de servir a mi Amado en sus criaturas, que se me quitó la cobardía que tenía. Este sueño me parece que no era natural, porque con estas fatigas que he dicho, estaba tan desvelada, que se me pasaban las noches sin dormir, y este sueño me vino de pronto cuando estaba haciendo mis peticiones a mi amado Esposo. Me parece que me duró poco, porque entró la Madre Trinidad y me despertó diciéndome:

-Socorro, ¿qué es esto? El Señor tiene la cabeza muy inclinada hacia abajo.

Lo que yo había estado pasando en mi interior, no fue con la imagen, sino con el mismo Señor que representaba la imagen. No puedo decir lo que una cosa y otra causaron en mi alma, pues veía que lo que decía la madre era verdad, aunque yo decía: que le parecería; que siempre había estado así. Pero aseguraba que no, y se lo decía a las que entraban en la celda que lo confirmaban, y ella les decía:

-Si lo hubieran visto ustedes; cuando entré en la celda, pensé que mi Socorro había volcado algo la cruz, pero cuando llegué al sitio, vi que estaba dormida, y que no llegaba hasta la cruz.

En efecto, la cruz se ha quedado con la cabeza muy baja y antes no estaba así[84]; puede ser natural que la madera se torciera o alguna otra cosa. Sea lo que fuere, lo digo por decir lo que recuerdo, y porque lo manda la obediencia.

Llegó el día del nombramiento. Con la preparación que ya tenía, estaba tan conforme en todo lo que mi Amado quisiera hacer de mí, que tan indiferente me sería que me dieran el oficio como quedarme sin nada. Por mi genio, he tenido siempre el deseo de que no me den ningún cargo, porque soy muy cobarde para cosas de responsabilidad, y no es por huir del trabajo, que a éste no le he temido nunca.

Cuando me nombraron me estremecí, y al decir *benedícite,* hincada de rodillas como se acostumbra al recibir la obediencia del prelado, sentí tan gran decaimiento de fuerzas, que me costó trabajo decirlo. La causa fue que me hallaba de repente tan recogida en el interior, con la presencia de mi amado Esposo, que estaba renovando lo que el día antes he dicho que me sucedió en aquel sueño. Me quedé tan tonta, que no podía temer nada y todo lo recibía, como que me lo daba mi amado Esposo.

Cuando salí de la junta de comida, antes de ir a tomar la obligación, fui al coro y le puse las llaves de la enfermería a la imagen de mi dulce Madre, y le dije:

-Madre mía, vos sois la enfermera y yo vuestra esclava; serviros de mí, enseñándome a hacer con perfección la voluntad de mi Señor y la vuestra, para que en todo os dé gusto como a mis Señores. Desde ahora os pido, mi dulce Madre, que cuidéis del bien espiritual de mis enfermas, y en lo temporal, alcanzadme luz para que yo cumpla con esta obligación.

Me parecía que mi dulce Madre oía esta oración con agrado, y me ofrecía su protección.

Fui a la enfermería, donde me recibieron las enfermas que estaban en cama, con mucho gusto. No me faltó quien me humillara desde el primer día, pero ese día y cinco o seis después, nada me causaba impresión, porque mis potencias y sentidos eran incapaces de sentir desprecios. Por mi parte nada decía, pues aunque quisieran las criaturas humillarme, me daba mi Amado tanto conocimiento de mi nada, que ojalá me durara siempre.

Apenas entré en la cocina de la enfermería, una de las enfermas convalecientes que estaba allí, se desconsoló, cuando vio que era yo la enfermera y empezó a lamentarse: que no le habían dado gusto; que quería una religiosa en forma para todo; que yo no era para aquel oficio, y que allí, se necesitaba una religiosa con disposición y talento. La estuve oyendo con mucha paz; no digo por esto, sino porque, aunque me hubieran echado a palos de la enfermería, lo hubiera llevado bien, según me había puesto mi amado Esposo el interior. Cuando acabó de hablar, le dije: que sentía darle aquel quebranto, pero que la obediencia me había puesto allí; que deseaba cumplir mi obligación y dar gusto a todas; que la falta de experiencia y de ciencia me harían falta en muchas cosas, y que le suplicaba, que con caridad me advirtiera de mis descuidos.

A esto le siguió otra cosa que fue para mí más sensible. Lo supieron otras religiosas que me querían mucho, y sintieron tanto que hubiera tenido aquel recibimiento, que empezaron a decir: que yo no era para aquel oficio; que me quitarían la vida con desazones, y otras cosas semejantes. En este primer día, unas por un estilo y otras

[84] Este crucifijo se conserva en el convento de las Monjas Mínimas de Archidona (Ver foto).

por otro, si no hubiera estado el Esposo de mi alma conmigo, en mi gran miseria hubiera caído en muchísimas faltas; pero yo estaba como insensible a las alabanzas y a los desprecios.

Nada fue mérito mío; todo fue de mi Dios y Señor, a quien sean dadas alabanzas, honor y gloria, por todos los siglos de los siglos, y a mi dulce Madre también, porque ha mirado con tanta misericordia a ésta, la más ingrata de todas las criaturas. Amen.

A gloria de Dios.

Lo que va escrito son cosas olvidadas.

Como fin de mis males, tuve un tumor en la boca; no sé su nombre, pero conocí que el médico se preocupó, y las medicinas que me aplicaban, no eran para cosa buena: *atríaca*[85] y otras veces, espíritu de Vitriolo[86], con lo que se me fue consumiendo, pero me quedé sin poder abrir la boca, y el día que fui a confesar iba con mucha pena, porque no podría comulgar. A mi señor san Juan Evangelista le pedí: que me alcanzara de Dios poder abrir la boca lo necesario para poder comulgar; le ofrecí rezarle un Padrenuestro y un Ave María todos los días que me acordara*;* mi intención era rezarlo todos los días, pero lo ofrecí así, por si se me olvidaba algún día, no tener escrúpulo. Al instante, pude abrir la boca para comulgar. A los pocos días se me volvió a inflamar y empezaron a ponerme al cuidado del médico. Dijeron: que era menester que el cirujano me sangrara. Era día diez y nueve, día dedicado a mi padre y señor san José, a quien me encomendé, y quedé enteramente sana. A este santo patriarca y padre mío, lo quiero mucho, porque es esposo de mi Madre Santísima. Esta devoción me sale del interior de las entrañas; oír el nombre de san José, me daba consuelo, junto con los de Jesús y María. Ha sido una devoción que mi Dios me ha dado, y no ha sido adquirida, pues la tenía antes de conocerla.

La semana de Pasión de la Cuaresma, antes de la elección de prelada, que es el día de la Ascensión, me dio una infección muy fuerte: se me hinchó mucho la cara y se me encajaron las quijadas[87] tanto que no podía moverlas, con fuertes dolores en todos los huesos de la cara; pero yo estaba alegre padeciendo por mi amado Esposo.

El Viernes de Dolores me entristecí, porque no podría comulgar. Me mandó su paternidad: que fuera y llegara al comulgatorio con mucha confianza, que mi dulce Madre no querría que perdiera la comunión aquel día. Así lo hice; puedo decir y es verdad, que yo no sentí que abría la boca, pero sí sé que comulgué. Luego me dijo el padre Vicario que la había abierto como siempre.

Cuando salí de misa, estaba lo mismo, sin tener una migaja[88] de movimiento para poder abrir siquiera una raja. Me duró con toda su fuerza hasta la Pascua de Resurrección, y a pesar de esto, no perdí ningún día la comunión. Desde entonces, a temporadas he padecido estos dolores en la cara. No me ha vuelto a dar desde que

[85] Triaca: Antiguo compuesto farmacéutico, cuyo principal ingrediente es el opio, usado para mordeduras de animales venenosos.

[86] Anticuado: sulfato amónico.

[87] Las mandíbulas.

[88] Chispa, nada.

usted me mandó escribir, que para esto ha servido de remedio, pues el primer papel lo escribí, con la cara hinchada.

Antes de la Pascua, no quise ver al médico. La prelada me preguntó: que por qué no lo veía. Le respondí: que esperaba mejorarme sin medicinas. Y no me instó para que lo viera. Procuraba disimular cuanto podía, pues el espíritu estaba fuerte y le daba fuerzas al cuerpo. Seguí haciendo quince días de ayuno: la Semana de Pasión y la Semana Santa, sin tomar otro alimento que dos onzas de chocolate bebido y una taza de caldo de potaje.Tomaba los alimentos que María Teresa tenía el cuidado de prepararme para que no tuviera que masticar, aunque no eran suficientes para estar tan fuerte como estaba. Desde la Pascua, tuve alivio en el dolor.

Me hicieron cuatro sangrías los días inmediatos a la Ascensión. Solo comí carne tres días, porque el médico lo mandó, pero la prelada no quería que hiciera la vigilia, fundándose en que había tomado muy poco alimento los dos últimos meses, me habían sacado mucha sangre, y no había tenido alivio. Quería llamar al médico, pues temía que no lo hubiéramos informado de lo que yo había padecido ni de cómo estaba. Yo me hallaba fuerte, y conocía que no necesitaba tomar más alimento, pues me mortificaba, y lo ofrecí a Dios. Quiso mi Dios darme gusto; vino el padre Basilio, y le contó la prelada lo que me pasaba, y le dijo: que me dejara.

El primer día que estuve en la enfermería, pude masticar algo, pero comí muy poco por la disposición que tenía de espíritu.

Uno de los días de las sangrías, vino el padre vicario a dar la Comunión a una enferma que llevaba algunos días en cama; yo tenía un deseo tan grande de comulgar, que se lo pedí al padre y me lo concedió, aunque era el primer día que estaba en la cama. En la comunión tuve muchos consuelos y el conocimiento de que mi amado Esposo quería que sirviera en la enfermería.

“mi sobrenombre de Socorro”

Mi sobrenombre de “Socorro,” me lo puso el reverendo Padre Provincial sin que nadie se lo dijera, cuando me dio la licencia para mi toma de hábito[89].Yo pensaba ponerme “de los Dolores,” y mi confesor quería lo mismo, pero aquí, las religiosas, y en particular la madre correctora, no quiso que me quitara el que me puso el padre, diciendo: que aquel era el que Dios quería que tuviera. Del nombre de Socorro, me dijo mi amado Esposo: que me acordara, que era para que tuviera presente socorrer a mis prójimos en sus necesidades. Desde ese día seguí con mucho recogimiento interior.

Una noche, como solía, fui a la celda a hacer el ejercicio de la madre antigua; hallé cerrada la puerta, porque mi María Teresa había cerrado por dentro, y yo no lo sabía; intenté abrirla y no pude; me iba, y cuando empecé a andar me dio otra vez deseo de volver a la puerta para ver si la podía abrir. Al llegar se abrió sola, lo que me causó impresión, y mucho más, cuando vi el susto que le había dado a María Teresa, que empezó a decirme:

-¿Cómo has abierto si tenía echada la aldaba?

[89] Recuerda cuando tomó los hábitos, y el nombre de Socorro.

“quiso asombrarme el enemigo”

Le conté lo dicho, y al otro día se lo dijo al padre Vicario, que era su director. Me llamó a mí para que se lo contara, y nos aconsejó: que nos avisáramos una a la otra cuando tuviéramos quehacer; que no nos estorbáramos, y que estuviéramos tan unidas, como si fuéramos una custodia de la otra. Así lo hemos hecho desde entonces. Esto fue al poco tiempo de yo haber venido a la religión. Dos de estas noches cuando iba a hacer el ejercicio que he dicho, que lo hacía miércoles y viernes, quiso asombrarme el enemigo, como a los muchachos, armando tan gran estrépito que parecía que se iba a hundir la celda. Al pronto me causó un poco de cuidado, pero al instante caí en que era un ardid del enemigo. Hice la señal de la santa cruz, invoqué los dulcísimos nombres de Jesús, María y José, y todo se sosegó.

Al otro día que me tocaba hacer el dicho ejercicio fue con más furia. Además de mucho ruido, oía yo que hablaban hombres que con pasos acelerados venían a dónde yo estaba, y se extendió una obscuridad en la celda, que me parecía haberme quedado a oscuras. Me asusté bastante, y acudí a mi dulce Madre, invocando los dulcísimos nombres de Jesús y María. Como me había asustado tanto, no podía hacer la señal de la Santa Cruz, pero así que clamé a mi dulce Madre, tomé tanto valor que no le temía a todo el infierno. Al empezar a hacer la señal de la Santa Cruz, todo aquello se desvaneció, y yo seguí haciendo mi ejercicio con más fe No me ha vuelto a suceder que el enemigo haya querido apartarme de la oración con cosa de asombro, pero sí lo ha hecho por otros medios, que no ha sido tan fácil conocer. Algunas veces me ha quitado el sosiego de la oración, fingiendo quejidos de enfermas, y causándome horror. Dejaba la oración para buscar el alivio de la enferma, que me parecía que se quejaba, y como no la encontraba, conocía que era cosa del enemigo. Pero no ha sacado nada, gracias a Dios, porque yo seguía la oración, confiada en mi amado Esposo y dulce Madre, y no le temía a nada.

Los ratos de recreación[90], que he tenido desde mis pocos años, han sido entretenerme en cuidar un huertecillo, donde cogía las flores para adornar la imagen de mi dulce Madre, pidiéndole a cambio, que me diera las virtudes. Más que cuidar aquello, porque me divertía, era porque le tenía algún apego. Mi amado Esposo no ha querido que le tenga apego a nada; así me lo hacía conocer en algunas cosas, y yo no las atendía, hasta que caí en una falta de caridad con mi prójimo. Entraron algunas criaturas, dos o tres noches, por las paredes del patio, se llevaron las flores, y la última noche lo dejaron destrozado. Cuando lo vi por la mañana, me disgusté bastante, se lo conté a mi madre, y le dije: que me hubiera alegrado de que quien había hecho eso, no se hubiera podido ir, lo hubiéramos visto, y por lo menos, se hubiera avergonzado de hacer el mal. Cuando dije esto, conocí mi yerro, me arrepentí, pedí perdón a mi Dios, y además, le pedí por aquella criatura. Así conocí el apego que le tenía a las flores, y quedé escarmentada.

Por entonces se acabó el tener huerto, porque mi madre no quiso que se volviera a poner. Después de muerta mi madre, cuando empezaron mis males, un día me

[90] Nuevos recuerdos de su niñez.

dijeron que sembrara algunas cosillas para que me sirviera de diversión. Todos pensaban curarme con diversiones, y el médico era el más empeñado en que procurara divertirme; pensaban que estaba triste, pero no lo estaba. Por darles gusto sembré algunas cosillas, pero ya con bastante cuidado de no tenerles apego. Que lo arrancaran o que lo pisaran, me era indiferente.

Desde este tiempo, en estos ratos, yo atendía al Creador más que a la criatura, de suerte que era más el entretenimiento para el alma, que para el cuerpo, porque en la hermosura de las flores miraba la sabiduría, el poder y la hermosura de las obras de mi Amado.

Puedo decir que muchas veces, he estado en oración muy recogida, contemplando las obras de mi Dios. Cuando arrancaba la hierba, le pedía a mi amado Esposo: que arrancara y quitara de mi corazón todo lo que le desagradara, y plantara todas las virtudes. Con estas cosas, mi amado Esposo daba a mi alma mucha dulzura.

Lo mismo me sucedía cuando me decían, que fuera a pasearme al campo. Siempre procuraba ir a los sitios que no hubiera nadie, y así me ocupaba en contemplar en él al Hacedor de todas las cosas; todas me lo ponían presente; el agua era una de las cosas que me daba más que meditar.

Éstas han sido mis diversiones en el siglo. En la religión, aunque pocas, también las he tenido, pero no han sido importantes.

En los tiempos que he tenido algunas fatigas, allí las desechaba, contemplando aquellas cosas que mi Dios había criado, y mi amado Esposo, en todas las cosas me iba buscando.

Bendita su misericordia eternamente.

Por lo mismo que fueron tantos los beneficios que recibí de mi amado Esposo, fueron mayores mis ingratitudes; si en otra criatura, que no hubiera tenido la luz que a mí me han dado, hubieran sido faltas grandes, en mí son gravísimas. Por la misericordia de mi Dios, no han sido graves.

"pecados que cometí en estos tres años"

Voy a declarar todos los pecados que cometí en estos tres años. Mi amado Esposo quiera que no se me olvide nada para que las criaturas alaben su misericordia, favoreciendo a una criatura tan ingrata.

¿Qué diré de los sentimientos de amor propio o de mi falta de humildad? Aunque no manifestara al exterior nada, mi Dios veía con qué sentimiento recibía las injurias que no eran verdad. No las recibía bien, y las agrandaba, procurando manifestarme sin culpa, en lo que estaba de mi parte, y para esto, ¡cuántas veces culpaba a mi prójimo, diciendo que era *desconta*[91], penosa, o cosas semejantes!

En esto he tenido tantas faltas, que solo sé decir que son muchas, no solo en este tiempo, sino en toda mi vida, pues toda la he pasado enmendándome y cayendo. Si mi amado Esposo no hubiera usado tanta misericordia conmigo, hubieran sido muchas más, ya que a fuerza de favores, siempre me ha estado deteniendo. Cuando recibía algún favor, me enmendaba un poco de tiempo, pero luego, en un día lo desquitaba

[91] Desconocemos el significado de esta palabra. Pudiera ser "descastada".

todo. Si no seguía, era porque mi amado volvía a llamarme con nuevos auxilios. Al mismo tiempo que estaba desagradándolo, me detenía para que no acabara de caer en impaciencias, que las tuve, pero no fueron tantas, porque me reprimía el genio cuanto podía, y las más eran ocultas. Me acuerdo de dos; una fue grande: una enferma le dio queja a la prelada de que se había estado muriendo aquella noche, y que yo no la había asistido, la había dejado sola, y otras cosas semejantes. Yo, que estaba cerca, lo oí, y al instante acudí a defenderme con bastante impaciencia; le dije: que ¿cómo decía aquellas mentiras, si en toda la noche, no me había retirado de ella, y le había estado haciendo todo lo que había necesitado?

La otra impaciencia que recuerdo, fue lo mismo: por oír cosas que no eran verdad. No supe aprovechar aquel tiempo tan precioso que se me venía a las manos, y lo que hacía era perderlo todo, y no hacer lo que debía. Queriendo demostrar a las demás que no era así, manifestaba más las faltas del prójimo, echándole la culpa, y diciendo: que tenía la cabeza mala, y no sabía lo que decía.

Esto es lo que recuerdo de las ocasiones que he dicho, que me impacienté mucho.

Estando con impaciencia, una vez oí la voz de mi amado Esposo que me reprendía con sus ejemplos; me desapareció al instante el enfado, y quedé tan trocada[92], que solo tenía el sentimiento de haber ofendido a un Dios tan bueno. Le pedí perdón de éstos, y de todos mis pecados.

De estas caídas quedaba escarmentada algún tiempo, porque vivía con más cuidado y temor de volver a caer; clamaba a mi amado Esposo y dulce Madre, y continuamente les pedía las virtudes de caridad, humildad y paciencia, que eran en las que más faltaba, porque eran en las que más ocasiones podía tener.

Hubo muchos días que ni siquiera podía ir a misa; otros días, tenía que hacer la oración de noche, de ordinario a las once o doce de la noche, pues era cuando tenía más tiempo desocupado. Hubiera dejado la oración con facilidad, pero como mi Dios conoce mi flaqueza, me daba tantos consuelos que no la dejaba por cansada o falta de sueño que estuviera. En alguna ocasión, faltó poco para que me amaneciera en la tribuna[93].

Pensando en los trabajos, tenía algunas distracciones, pero me duraban poco, porque mi amado Esposo me daba en la oración tanto recogimiento interior, que no me quedaba tiempo para pensar en nada de la tierra; solo podía atender a las doctrinas que allí recibía de mi dulce Madre y de mi amado Esposo y Señor, quienes con los ejemplos de sus vidas santísimas me enseñaban lo que debía hacer. Entre los sentimientos de no hacerlo como debía, y el deseo de hacerlo bien, se me pasaban las horas sin sentir, amando a un Dios que tanto me sufría, y que tan misericordioso y amoroso me enseñaba y buscaba a todas horas. Esto fortalecía mi flaqueza para vivir con el cuidado de no desagradarle, y cuando caía, me hacía tener más dolor, porque como recibía mucho, debía mucho y veía que no le correspondía.

¡Dios sea bendito!

Para gloria de Dios y honor de mi dulce Madre.

---

[92] Cambiada.

[93] Ventana con celosía (Ver foto).

Los favores que mi amado Esposo hizo a mi alma en este tiempo, fueron muchos. Ha sido tan grande su misericordia con esta ingrata criatura, que aún en los tiempos en que estaba correspondiéndole con más ingratitud, me buscaba con más amor.

¡Bendito sea eternamente!

“te entristeces con la cruz que te doy”

Me sucedió una noche, que por las muchas cosillas que había tenido de mortificación, estaba llena de amargura interiormente. Me retiré a la alcoba de una enferma que hacía pocos días la habían sacramentado, y que allí tenía el altar con la imagen de mi dulce Madre de los Dolores. Encima del altar habían puesto un libro de vidas de santos. Tomé el libro y dije a la enferma y a otra hermana suya que estaba allí:

-Voy a buscar un santo que haya ido a la Gloria sin trabajos, y me consolaré, porque yo no puedo más, que todo viene contra mí.

Apenas dije esto, cuando oí en mi interior que me decían:

-Mira mi vida y la de mi Madre, y mira cómo fui tratado por los hombres, siendo el más inocente, y buscando el bien de los mismos, me injuriaban.

Mientras yo atendía a esto que oía en mi interior, me dice la enferma muy alterada:

-Madre Socorro, mire usted a Nuestra Señora ¿por qué será que tiene el rostro sumamente afligido y mudado el color?

Alcé la vista, vi que era verdad, y me quedé en tal disposición, que no pude decir otras palabras que:

-Es por mis pecados.

No puedo explicar lo que causaron en mi interior estas palabras, pues al mismo tiempo que me reprendían, veía con mis ojos, la imagen de mi dulce Madre enojada y afligida. Entonces vino a mi alma una luz muy clara de los ejemplos de la vida y Pasión del Señor y de mi dulce Madre, de los muchos beneficios que habían hecho a mi alma, y de cómo respondía yo. Solo podía pedir perdón con mucha humillación, y pedirle a mi Madre que me lo alcanzara. Cuando empecé a pedir perdón a mi amado Esposo y dulce Madre, el rostro de la imagen se puso natural. Me fui al coro donde, me parece me quedé sin sentido y recibí nuevos auxilios. Quedé enseñada a amar los trabajos con los ejemplos que conocía de mi amado Esposo y Madre.

Aunque estaba humillada con el conocimiento de mi nada, me hallaba animosa para sufrir con alegría todo lo que se me ofreciera, y dar gracias a mi Dios que me hacía aquel beneficio de darme algunas cosas en qué imitarle.

Estuve algún tiempo ansiosa de que se me ofreciera algo que padecer, y no lo encontraba, porque lo que otras veces me mortificaba, lo recibía con tanto gusto que me servía de consuelo en lugar de mortificación. Pero por mi miseria y falta de humildad, volvía a hacer caso de cosillas, y echaba en olvido la doctrina de mi amado Esposo, aunque no del todo, porque cuando conocía que era amor propio, me humillaba en la presencia de mi Dios y le pedía perdón y gracia para vencerme por su amor.

Con estas palabras conocerá usted mi mucha miseria, después de haber recibido de mi Señor y amado Esposo tanta luz y tantos favores, como le hizo a mi alma, en los principios de mi entrada en aquella oficina.

Mi amado Esposo tenía tanto cuidado conmigo que siempre me estaba avisando con palabras interiores; unas veces animándome, otras reprendiéndome, aún en sueño. Una noche soñé que mi amado Esposo estaba en la enfermería; iba viendo a todas las enfermas, y les hacía muchos cariños[94]; cuando pasaba junto a mí, se pasaba de largo hasta que viendo yo que no me hacía caso le dije:

-Señor mío ¿por qué no me queréis?, yo os quiero y os amo.

A lo que me respondió:

- No me amas como yo quiero, pues te entristeces con la cruz que te doy.

Aquel día había estado triste, porque me esmeraba en hacer cuanto podía por cumplir con mi obligación; mientras más cuidado ponía, era peor, y el amor propio había hecho de las suyas; pero con estas palabras conocí lo que ya tenía conocido: que mi amado Esposo quería que lo llevara con alegría, como venido de su mano. Le pedí perdón, y como perdona con facilidad, al instante me perdonó, y me abrazaba con mucho amor. Yo le pedía tener acierto en todo, y me dijo: que no temiera; que estaba conmigo y también mi dulce Madre. Con esto me quedé consolada y animosa.

Desperté, con acostumbro de estos sueños, fervorosa y humillada. De estas cosas se valía mi amado Esposo en todas las ocasiones en que yo iba flaqueando; como era con frecuencia, estos consuelos me hacían algunas veces, estar fuera de mí, del fervor que ponía para hacer las cosas, porque las hacía pensando: que a quien servía en las enfermas, era a mi amado Esposo y a mi dulce Madre. Todo lo que podía hacer de rodillas sin ser notada, lo hacía, considerando a mi amado Esposo en su Pasión y a mi dulce Madre en sus dolores. Otras veces no era solo pensarlo, pues me parecía que estaba viendo a mi amado Esposo. Cuando estaba haciendo las camas de las enfermas, pensaba en los dolores que padecía mi Amado en la Cruz, y deseaba, si hubiera sido posible, que aquella cama que estaba haciendo, fuera para dar alivio a mi Esposo y Señor. Entonces, interiormente oía que mi Amado me decía: que lo recibía como si lo hiciera para su santísimo cuerpo, y que quería descansar en mi corazón. Lo que estas palabras causaban en mi alma no lo puedo explicar. Lo que hacía no sabía cómo lo que hacía, porque el que me entretenía acudía a remediar mis faltas, si no, hacía muchos disparates; con todo, algunos hacía, aunque no fueron muchos y en cosas ligeras.

Uno de los que recuerdo fue en una ocasión en que estaba medio sin sentido, y junté un poco de *salgatona*[95] con otra porción de mostaza; cuando fui a sacar unas de estas dos cosas, me hallé con que las había echado juntas en un mismo vaso. Lo natural era que estuvieran una debajo y otra encima, pero las encontré divididas, una cosa a un lado y otra a otro, de modo que las pude separar con facilidad. Las que lo vieron lo tuvieron por prodigio, porque ambas semillas eran muy menudas.

En otra ocasión que estaba lo mismo, porque esperaba a mi amado Esposo sacramentado que venía para una enferma, por devoción, no para viático.

En el tiempo que fui enfermera, entraba su Majestad con más frecuencia, de suerte, que tenía el consuelo de ver a mi amado Esposo, mi Dios y todas mis cosas,

---

[94] Caricias.

[95] Zaragatona: granos pequeños que cocidos dan una gelatina usada antiguamente en medicina, como fijador del cabello y apresto de telas.

en aquella habitación. Deseaba recibirlo en mi alma, y estando preparando las cosas exteriores del altar y todo lo necesario, estaba recibiendo a mi Dios espiritualmente, y atendía más al interior que al exterior. Este día que he dicho, fui a traer un poco de lumbre en un brasero; le habían quitado el braserillo de metal, y sin reparar, eché la lumbre en la copa de madera. Estuve sahumando[96] toda la enfermería sin saberlo. Cuando acabé, la puse en una alcoba, donde estuvo hasta que fue una de las otras enfermeras, la encontró, y fue riñéndome por mi descuido diciendo: que Dios había hecho un milagro, pues la candela estaba encendida y no se había quemado la copilla de madera.

En efecto, estaba como si no hubiera tenido fuego; si se hubiera quemado, habría hecho mucho daño en el sitio en que estaba, pero mi Dios remediaba mis tonterías. De esto me resultaba un amor muy grande a mi amado Esposo y a mi dulce Madre a quien atribuía las cosas que salían bien en la enfermería, y eso es lo que yo respondía cuando me decían:

-Ha sido un milagro que no haya ardido nada, porque usted no sé en qué piensa.

Yo me reía y decía: que como Nuestra Madre es la enfermera y sabe que no sirvo para nada, tiene el cuidado de que no sucedan los males, que por mi descuido sucederían.

Otra vez coloqué una caldera casi en el aire, sin meter el asa en el garabato de las llares[97]. Si el Señor y amado Esposo de mi alma no me hubiera favorecido evitando que se cayera, se hubiera salido, porque era grande, y habría quemado a todas las que estaban allí, en particular a la que atizaba la candela removiéndola, que notó que la caldera estaba casi en el aire. Empezó a llamarme y a todas las que estaban allí, para que vieran lo que había hecho.

Estas cosas no se me han olvidado nunca, porque las han conocido las que estaban conmigo; habré hecho otras sin conocerlas.

Siempre estaba clamando a mi dulce Madre: que me concediera la gracia de estar recogida con mi Dios en el interior, y que fuera hábil para todo lo de mi obligación. Me parece que no falté nunca a nada esencial en el cuidado de las enfermas, pues estaba bastante atenta a todo, y así me lo dicen las religiosas que todavía no saben cómo podía atender a tanto sin hacer faltas. Yo bien sabía que tenía algunas faltas, pero no eran voluntarias, porque en lo que podía, ponía cuanto estaba de mi parte sin atender nunca a mi comodidad. Aunque estuviera mala, lo disimulaba cuanto podía para que las enfermas no tuvieran reparo. Por lo que toca a poner de mi parte, no me ha quedado escrúpulo.

La misericordia de Dios me ayudaba con las enfermas inapetentes, cuando no querían decir lo que tomarían de alimento. Yo le pedía a mi dulce Madre que me diera a entender lo que les daría, y aquello que se me venía al pensamiento, por trabajoso que fuera, iba y lo hacía. Me decían cuando se lo llevaba:

-Esta comida es lo que me apetecía y no quería decirlo por no dar trabajo.

---

[96] Dar humo aromático como incienso.

[97] En el lar, en el hogar, cadena de hierro con ganchos, suspendida sobre la lumbre para colgar las calderas.

Quedaba yo agradecida a mi Madre Santísima, porque había acertado a remediar la necesidad de mis enfermas.

Estas cosas extraordinarias no las encargaba a nadie, no fuera que no las llevaran bien, lo llegaran a saber las enfermas y se mortificaran; por eso, todo lo hacía por mi mano, en todo procuraba el alivio, y evitaba en cuanto podía, el que hubiera motivo de desazones. De éstas no me veía libre, porque mi Dios así lo permitía para tenerme humillada; si lo llevaba con paciencia, tenía mérito, y si no lo llevaba tenía que humillarme.

¡Bendita la infinita misericordia de mi Dios!

"tres años de enfermera"

Sigo a Gloria de Dios y honor de mi dulce Madre.

Empecé mi nueva obligación con el deseo de acertar y hacer en todo la voluntad de mi amado Esposo. Mi principal cuidado era acudir a pedir las virtudes necesarias, por la intercesión de mi dulce Madre.

Estos tres años, fueron de muchos trabajos, que ni un solo día me faltaron. Cuando entré, había dos camas ocupadas, y el día siguiente tuve cinco, y así seguí siempre con enfermas, y enfermas que daban trabajo.

Referir los pormenores detallados de estos tres años sería muy largo; diré los que recuerde de más importancia.

En lo primero que tuve que vencerme fue con los males que decían que tenían algún contagio. Me hallé con dos enfermas, y con una más que cayó al día siguiente, junté tres. Había dicho el médico: que tuviera cuidado. A mí, que era bastante escrupulosa, este primer golpe me resultó muy trabajoso. No fue lo peor, pues me resultaron más difíciles las mortificaciones que siguieron, porque cada una tiene su modo de pensar; a unas les parecía que eran extremados los cuidados que ponía en la separación de las cosas, y a otras les parecían pocos, de modo que me *alabraban*[98] bien. En lo que toca a mi estómago, pasé un año de muchos trabajos.

Mi amado Esposo cargó la mano en darme cosas muy trabajosas de hacer, y todo lo hacía ayudada por la gracia de mi Amado, que aunque me daba trabajos, no me dejaba mucho tiempo sin consuelo, y así todo se me hacía fácil. Nunca quise que me aliviaran en las cosas que se ofrecían asquerosas; algunas religiosas me decían que les avisara para ayudarme, pero en esto, no admití alivio.

Al mes de estar en la enfermería, cayó enferma la madre que dije en otra ocasión, que no había llevado bien que yo fuera enfermera. Esta santa señora me dio mucho quehacer, porque hubo días que me llenó de vómito cara, manos y ropa; todo lo disimulaba, tanto con ésta como con todas, como si no me diera asco para que no se mortificaran, pero me daba mucho trabajo, por lo frecuente que era menester mudarla de ropa. No podía comer, y llegué a perder el estómago. Las otras me tenían lástima, y yo quizá hubiera dejado de hacer lo que hacía, si no hubiera sido porque me tomó un amor con tanto extremo, que no quería que nadie le hiciera nada, sino yo. Me llamaba "mi ángel" y esto le duró toda la vida. Su mucho amor me mortificaba,

[98] No sabemos el significado.

porque casi siempre estaba en la enfermería, y a menudo tenían que sacramentarla; unas veces convaleciente y otras enferma grave, estaba presenciando las cosillas que se me ofrecían de mortificación, y al instante salía en mi defensa, de modo que me desconsolaba, porque quería que a todas les pareciera bien mis cosas, y que me obedecieran como lo hacía ella. Esta santa señora, siendo de mucha edad, parecía una niña en su humildad y obediencia a todo cuanto le decí Digo esto, porque antes había dicho, que me había recibido mal. Dios lo permitió para mi bien, y ahora no quiero que quede con el agravio, si no manifiesto lo contrario. En paz descanse.

Como estos trabajos, pasé muchos en los tres años que estuve en la enfermería. A las que murieron las asistí hasta ponerlas en el coro para darles sepultura.

La primera vez, aunque no hice cama, me puse mala sin poder tomar alimento, por el trabajo que he tenido siempre con mi estómago. Me he vencido en todo lo que se ha presentado sin poderme excusar de nada, porque mi conciencia me reprendía solo con pensar en dejar que lo hiciera otra, que no le costara tanto como a mí. Me era más dulce hacerlo sin amargura interior, porque como conocía que aquélla era la voluntad de mi amado Esposo, no podía resistirme y no hacerla, y venciéndome tenía muchos consuelos, que me daba mi amado Esposo.

Poco a poco me he hecho dura, gracias a mi Dios que lo ha hecho todo y no ha querido dejar el premio para la otra vida, sino que en el mismo tiempo que por el amor de mi Dios he pensado vencerme y hacer alguna cosa que me ha repugnado, al instante ha dado a mi alma tan gran dulzura, que se acababa el trabajo, pues el trabajo del cuerpo no vale nada, cuando le sigue el consuelo en el alma.

En estos tres años tuve pocos trabajos interiores; sufrí muchas mortificaciones, pues se presentaban unas temporadas tan trabajosas, que a menudo por mi falta de humildad, caía en algunas impaciencias. Hubieran sido muchas más, si mi amado Esposo y mi dulce Madre no hubieran venido en mi ayuda.

Unas veces las enfermas se quejaban de falta de asistencia, otras de los alimentos, hasta sacaron un caldo y lo llevaron a la prelada, y otras cosas que el enemigo les proponía, como ya dije. Con esto y todo lo demás, se me ofreció mucho que ofrecer a mi amado Esposo.

Otras temporadas eran las alabanzas, pero como me tenían tan humillada, cuando venía el tiempo de paz, me preparaba para la batalla; conocía que el enemigo quería perderme, unas veces por darme mucho que sufrir, y otras por demasiadas alabanzas. De las humillaciones, aunque caía algunas veces por mi miseria, me levantaba, porque mi amado Esposo acudía al instante en mi ayuda. Le ofrecía todas las cosas dándole gracias, porque me había puesto donde podía padecer por su amor, y en reconocimiento, porque era un beneficio de su misericordia darme aquellas ocasiones de practicar las virtudes.

¡Gracias a Dios!

“tenía que huir”

Para gloria de Dios y honor de mi dulce Madre.

En este tiempo, tenía la oración casi siempre con re**c**ogimiento, en particular en la Pascua de Navidad, en la Semana Santa y en la Octava del Corpus.

No sé cómo podía alternar los cuidados que tenía, y estar más dispuesta para hablar con Dios que con las criaturas. Padecía algunos trabajos en el cuerpo por la violencia que tenía que hacerme para evitar estar pensando en mi amado Esposo. Cuando oía algunas palabras a las religiosas sobre los misterios de la Encarnación, el Nacimiento y la institución del Santísimo Sacramento, tenía que huir. Estas dos festividades en particular, me hacían ir muy deprisa a la contemplación de aquella bondad, de aquel amor infinito que le hizo quedarse con nosotros, que siendo impasible e inmortal, quiso unirse a la naturaleza humana para poder padecer y morir por unas criaturas, que sabía le iban a corresponder con ingratitudes y pecados, y no contento con esto, quiso quedarse sacramentado. Con estas consideraciones y otras muchas en sus atributos y perfecciones divinas, estaba mi alma encendida en el amor de mi Amado, de modo, que cualquiera cosa me encendía más, y me hacía recogerme tanto al interior, que era incapaz de atender a lo exterior; por eso tenía que huir de las conversaciones de Dios, porque no podía dejar de trabajar por Dios.

Muchas veces que no podía volver a la realidad, cuando me hacía mucha fuerza para distraerme de esos sentimientos, me sucedía que me daban convulsiones de nervios, y unos ahogos tan fuertes que me parecía que el corazón se quería salir de su sitio. Si no me hacía fuerza, me quedaba traspuesta[99].

La fortuna que tenía era que el flato pasaba, y nadie lo conocía; algunas veces, por aliviarme, me hacían padecer más, porque me daban algunas aguas cocidas con cosas cálidas, y como a la enfermedad que yo tenía, no le acomodaban, me hacían padecer más, hasta que se les ocurrió darme agua, y me hacían que metiera las manos en agua fría; con esto me aliviaba, y al instante me ponía a trabajar, aunque me costaba mucho esfuerzo.

Cuando me podía retirar, si tenía un rato de lugar, me iba a una tribuna, y con sosiego gozaba las dulzuras de mi amado Esposo; si no podía, buscaba las cosas que tenía que hacer para distraerme, pero me distraían poco.

La primera octava del Corpus que estuve en la enfermería, no dormí nada; aunque me acostaba, no podía dormir, pues me pasaba la noche en coloquios con mi amado Esposo. La obediencia me hacía apartarme lejos de la vista del Sagrario, donde se quedaba solo, y muchas veces oía que me decía mi Amado:

-Ya que me dejas solo, dame tu corazón que me acompañe, pues estoy aquí preso por tu amor.

Entonces, mi corazón se derretía en el amor de mi amado Esposo, y puedo decir que mi cuerpo se iba a la cama, pero mi corazón se quedaba donde tenía mi tesoro y todo mi bien. En la oración conocía muchas veces, las cosas y trabajos que me iban a venir por los consuelos que tenía antes; mi amado Esposo me preparaba con el amor a los trabajos, dándome a conocer lo que por mi amor había pasado.

[99] Inconsciente.

Las religiosas que murieron en este tiempo, desde el mismo día que cayeron enfermas, conocí que morirían de aquella enfermedad. Lo conocía en la oración, sin palabras, por una luz que me hacía entender aquello sin saber porqué. Al instante que lo conocía, me preparaba para recibir lo que se ofreciera, conformándome en todo con la voluntad de mi amado Esposo. A mi dulce Madre le empezaba a pedir que asistiera a la enferma, alcanzándole eficaces auxilios de gracia para que tuviera buena muerte, y yo como enfermera, no la desamparara en el peligro.

En aquel tiempo, murieron algunas de las religiosas que más cariño me habían manifestado; aunque quisiera pedir por su salud, porque las sentía, pues era natural que las sintiera, no podía pedirle a mi amado Esposo tanto bien, pues me parecía que lo hacía por la fuerza, y no de voluntad; sí pedía por su buena muerte, y me quedaba fervorosa.

Con la última enferma que murió que tuvo una enfermedad de cuatro meses, me sucedió lo mismo: sabía que se moriría, a pesar de que tuvo algún alivio y se levantó algunos días.

Me dio a mí un dolor, y me mandaron sangrar; entonces la misma enferma me decía: que no dilatara la sangría, pues no tenía que tener cuidado de ella, porque estaba muy aliviada. Esto era la víspera del día de comunión, y se le avisó al sangrador que viniera después. Cuando comulgué, oí que me decían:

-No te sangres, que hoy muere la madre Tomasa, que así se llamaba la enferma.

Me quedé confusa sin saber qué hacer. Por la certeza que me daban aquellas palabras, y por la repugnancia que he tenido siempre para creerlas, no quería dejar la sangría por no creerlas, y por otro lado, la certeza de que iba a morir la enferma, me detenía. Me hicieron la sangría, y a la hora, de repente empezó a agonizar, lo conocí desde la cama, y me levanté a avisar. Todo ese día la estuvieron auxiliando, y murió aquella noche.

¡Dios sea bendito!

Para gloria de Dios y honor de mi dulce Madre.

El último año de enfermera, tuve algo más de sufrimiento. Las enfermas me dieron mucho trabajo, en particular una que tenía una enfermedad que llaman ética[100]. Con esta enferma padecí mucho, no por la enferma, que le había dado Dios mucha paciencia para sufrir sus continuas enfermedades, sino por los escrúpulos de las demás. En particular el día que mandó el médico separarla, y que quien la asistiera, no asistiera a las otras enfermas, tuve mucho que ofrecer a mi Dios. Ese día, fue de aflicción para mí, pues por todas partes me daban: que si no había tenido cuidado en separar las cosas, antes que el médico lo dijera; que ya estaba perdido todo lo de la enfermería. En fin, sería muy largo referir las distintas cosas de mortificación para mí que mi amado Esposo permitió que ocurrieran, aunque por su misericordia, me tenía preparada para aquello. Para cualquier trabajo, como ya he dicho en otra parte, que se ofreciera mayor, me daba nuevos auxilios. Todo lo llevé con paciencia y conformidad, porque todo me lo daba quien lo puede todo.

Bendito sea quien tanto atiende a la miseria de las criaturas para ayudarlas en sus necesidades.

[100] Tuberculosis.

Ese día estaba afligida, pensando en el destrozo de cosas que habría en la enfermería, si moría de aquella enfermedad. Acudí a la oración, que es el asilo que yo he tenido en todas mis aflicciones, pidiéndole a mi amado Esposo remedio para aquella necesidad, y por la intercesión de mi dulce Madre, le pedí: que le quitara la calentura, y que si quería que muriera, podía cambiarle la enfermedad, porque temía que las desazones causaran algunas ofensas a Dios, pues como hay tan distintos modos de pensar, estos males siempre las traen. Lo pedía con insistencia, y mi amado Esposo me dio mucha confianza en que se le quitaría aquella calentura, y yo tenía confianza en mi interior de que así sería. Los médicos la desahuciaron, no aseguraban un instante su vida y la estuvieron auxiliando muchos días, pero decían: que ya estaban confirmados todos los males que trae esa calentura. Estas cosas no me daban esperanza, pero en mi interior, a pesar de todo, la tenía, y cada vez que acudía a la oración, se aumentaba. Hacía actos de conformidad queriendo solo la voluntad de mi amado Esposo. Al cabo de algunos meses se curó de aquella enfermedad y fue de mucha alegría para mí.

Estos últimos meses, desde enero hasta mayo, que era la elección, me llovían tribulaciones sin nombre, por ser cosas menudas, pero me mortificaban mucho los continuos malos ratos.

En todo el mes de enero y la mayor parte de febrero, no tuve más descanso que algunos ratos que me quedaba dormida en una silla. No dormir fue continuo en los tres años de enfermera, pero no me fue nunca trabajoso; yo no quería tener alivio, porque no conocía que dañara mi salud. Siempre andaba ocultando a la prelada las malas noches para que no dispusiera que fuera otra en mi lugar. Cuando no las podía ocultar por ser enfermas de cuidado, defendía que no se quedara otra; decía: que no enviara a nadie, que se pondrían malas, y se me aumentarían las enfermas. A las otras enfermeras les decía: que se fueran a acostar; que las llamaría cuando hubiera necesidad. Pero no las llamaba; me gustaba más estar sola con las enfermas, porque ellas lo pasaban con sosiego, y yo aprovechaba el tiempo con mi amado Esposo.

Me molestaba mi falta de humildad, y mi mucho amor propio no quería que se quejaran de nada y que reconocieran lo que hacía; por eso me mortificaba tanto. Si hubiera tenido la pureza de intención que debía tener, haciéndolo todo solo para gloria de Dios, no me hubiera molestado tanto que las criaturas no lo reconocieran.

Mi miseria ha sido que haya sentido que las criaturas no conocieran lo poco que yo he hecho, no por mí, sino porque me ayudaba mi Señor y Esposo de mi alma, siendo la más ingrata a los beneficios de mi amado Esposo, y mi Dios.

En este último año, empecé a padecer mucho con la salud; el médico dijo dos veces: que no podía seguir el oficio, pero ni se lo dije a la prelada ni hice diligencia alguna, pues confiaba en que mi dulce Madre me alcanzaría la salud. El médico me quería quitar del oficio, porque una enferma me había lastimado el pecho con un golpe que me dio, sin poderlo remediar, cuando le daban unos males, que más parecían del enemigo[101] que naturales. Varias veces me había destrozado, pero acudía a mi

[101] El demonio.

amada Madre y pronto me curaba el daño. En esta ocasión, estaban otras religiosas delante y se lo dijeron a la prelada, que me mandó ver al médico. Esta vez me duró más tiempo, y me vi imposibilitada para hacer nada. Acudí a mi refugio, mi dulce Madre, y se me quitó el dolor del pecho. Dos veces estuve padeciendo, durante algún tiempo por esta misma causa. Una de ellas me preocupé, porque el sitio del golpe se me hinchó y se me puso morado, con tanto dolor, que no podía estar acostada. Solo lo supo María Teresa, que dormía en la misma alcoba que yo, y como veía que no dormía, no paró hasta que se lo dije. Esto fue al principio; después, cuando lo tenía tan malo, pensaba que si lo decía, lo querrían ver o que lo viera el cirujano. Antes prefería morir; por eso estuve disimulando cuanto pude, con la ayuda que tenía de María Teresa, que como lo sabía, me quitaba lo más trabajoso. Pero me dio calentura y llamaron al médico, que no atinaba de dónde procedía aquella calentura. Tuve algunos escrúpulos, pues temía que no diera con la cura por no informarlo de la causa, y yo no la quería decir. Le pedí a mi dulce Madre: que le diera luz al médico para que acertara. Al día siguiente, me mandó cuatro sangrías, y se me quitó la calentura. La hinchazón también mejoró, aunque me duró más de un mes. Lo callaba para que no se mortificara la que me había golpeado.

El último año tuve más cosa que padecer de todos los estilos, y todo lo sufrí por mi amado Esposo.

Vino el Padre Basilio de rector, y me sirvió de consuelo, pues como buen cirineo, me ayudó a llevar la cruz. Gracias a mi Dios que así lo dispuso, a quien le pido que premie el trabajo que tuvo conmigo.

“ejercicios anuales”

Cuando llegó el tiempo de los ejercicios anuales, me mandó su reverencia: que los hiciera con retiro, como se deben hacer, y no era costumbre hacerlos, pues mientras se hacían, cada una seguía en su oficio, por lo que eran ejercicios de trabajo y no de retiro. El padre insistió mucho, pero yo que atendía más a mi amor propio, y no quería hacerme singular, me defendí. Sentía hacer los ejercicios con retiro, aunque lo deseaba mucho, para que no hablaran de su reverencia. Temía que volvieran a hablar, si empezaba a ser diferente conmigo, porque ya con motivo de no participar en los días de diversión, como ya dije, estaban hablando algunas cosas que yo oí y sentí mucho. El padre tuvo que condescender con mi flaqueza y cobardía, y dispuso las cosas para que siguiera con las ocupaciones que tenía.

La noche antes soñé, que veía a mi amado Esposo con la cruz a cuestas, y me reprendía porque yo no quería llevarla. Estaba muy serio, y me dio mucha pena ver a mi amado Esposo enfadado, porque yo no amara la cruz. Sabía que no hacer los ejercicios como me mandaban, era por huir de la mortificación. Le pedía perdón a mi amado Esposo y: que me diera la cruz que quisiera; que me enseñara el amor que debía tener a la mortificación de la que yo tanto la huía; que bien conocía mi miseria y que yo sola no podía nada. Con afectos tiernos de ver a mi Amado cargado con la cruz, le pedía que me la diera. Mi amado Esposo mudó en agrado la severidad que tenía, y me puso a mí la cruz. Cuando desperté, aunque yo quiera tener esto mío por desvarío de la cabeza, eran muy grandes los efectos que había causado en mi interior

de humillación, de amor a mi Dios, y a la cruz por su amor. Desperté con un dolor tan fuerte en hombro y espalda que me levanté con mucho trabajo, y no pude hacer nada, porque no podía enderezarme, como si llevara a cuestas mucho peso. Este dolor me duró los diez días, que tenía señalados para los ejercicios. Pasado este tiempo, quedé buena y enseñada para conocer la voluntad de Dios en lo que mandan sus ministros, aunque por mi miseria caigo muchas veces.

Desde esto se aumentaron los trabajos hasta que salí del oficio. Para despedida, me vino un dolor en la cara que a ratos me dejaba fuera de mí. Dos o tres días antes, me sacaron una muela, y me vino un flujo de sangre que no me la podían detener con nada, como ya dije en otra parte. Esta fue la despedida de este oficio y la preparación para entrar en otro.

Mi amado Esposo y Señor, por su infinita misericordia, me perdone todos los pecados, faltas e imperfecciones que en éste y en todos los demás trabajos he tenido, y que han sido muchas.

Todas estas cosas que he dicho, que había pasado en estos tres años, las vi en sueño en los primeros días de enfermera: las religiosas que murieron, la que estuvo separada y volvió a mi cuidado antes de sanar, y las mismas que yo vi morir en el sueño, y murieron. Este sueño se lo conté a una religiosa, riéndome de los disparates que había soñado, pero todo se cumplió igual que lo había visto. Nunca le he dado crédito ni pensaba decirlo. Me quedaba con fatiga si no lo decía, porque otras veces me ha venido a la memoria, y lo he desechado por no parecerme cosa interesante, pero al empezar a escribir, otra vez me ha venido, y lo he escrito. Sea lo que fuere, estoy escribiendo cosas menudas, y me parece que son más de las necesarias.

Dios sea bendito. Amén Jesús.

"Portera"

A gloria de Dios, honor de mi dulce Madre y confusión mía.

Acabé con el oficio de enfermera y me dieron el de portera; no lo recibí bien por dos causas: la primera por lo temerosa que soy para cualquier oficio que traiga responsabilidades consigo, y a éste le temía mucho. La segunda era nacida de mi amor propio; pensaba que sucedería lo que en efecto sucedió, que iba a ser causa de desazones, porque había otras más antiguas de profesión que yo, que estaban contando con este cargo.

Yo había procurado hacer actos de conformidad, por si acaso me daban algo, pero lo que deseaba era que no me dieran nada, y nunca había pensado en que me darían éste puesto. Cuando lo dijo el prelado, no sé cómo, me quedé llena de aflicción y sin poderme conformar de buena gana; pero no podía hacer otra cosa que aceptar. Me habían aconsejado: que nada apeteciera ni nada reusara; que confiara en que Dios que me lo daba, me daría lo necesario para cumplirlo. Por mi genio en no desear nada, estaba conforme en aceptarlo por obediencia. Aunque con repugnancia interior, al exterior no manifesté nada, pero me ha sido muy trabajoso recibirlo. Al salir de la elección empecé a oír las quejas y resentimientos que algunas sacaban, y me mortificaban bastante; sin responder nada a las palabrillas picantes que caían sobre mí, me fui al coro a quejarme con mi dulce Madre, y encomendarle el nuevo

oficio, pues tenía deseos de que me lo quitara y se lo dieran a otra. Cuando salí del coro y vi las malas caras que había, fui a la prelada que había entrado, la madre Trinidad, y le dije: que le diera aquel oficio a otra, y se quitarían desazones, y si no era así, que iba a haber muchas. Me respondió: que no podía ser; que tuviera paciencia y me conformara con la voluntad de Dios. Así lo hice, pero como no era verdadera conformidad, no me venían los auxilios de mi Dios tan eficaces como los que otras veces me había dado mi amado Esposo y Señor por su infinita misericordia, y en cambio yo, estaba correspondiendo con muchas ingratitudes a los auxilios recibidos.

Esta falta de verdadera conformidad con la obediencia, la tuve algunos meses, aunque no seguidos, porque mi amado Esposo y mi dulce Madre me avisaban con luz y doctrinas de su santísimas vidas. Me enmendaba por una temporada, pero cuando se presentaba alguna desazoncilla, al instante volvía a caer en mis miserias interiores; al exterior disimulaba, y esto me causaba bastantes fatigas. Me veía tan llena de amor propio y falta de humildad, que me parecía que los favores y luz que mi Dios me daba, no eran de mi Dios, sino falsos. Puesto que la enmienda me duraba poco, pensaba: que yo era una hipócrita, que aparentaba lo que no tenía. En este tiempo me daba tanta batería la imaginación, que no podía más; si oía una palabra del prójimo, mi yo caminaba mucho más. Padecía mucho, porque tenía que desechar los malos pensamientos, en particular los que tocaban a la caridad del prójimo, que eran los que más me molestaban.Yo no los quería tener, pero mi paciencia no ponía el cuidado necesario. Le pedía a mi amado Esposo que me los quitara, y siempre estaba haciendo el propósito de disculpar las acciones del prójimo. Pero mi entendimiento estaba oscuro, y no comprendía que la voluntad no lo seguía. Estaba siempre cargada de fatigas, y aunque mi director se cuidaba de quitármelas, me duraba poco y estaba deseando que pasaran quince días, que era cuando su reverencia iba al confesionario, pues no tenía otro consuelo.

El confesor que tenía entonces, todo lo que confesaba de las faltas que a mí me parecían pecados, me decía que no lo eran, y yo quería hacerle creer que sí lo eran. Ahora conozco que muchas cosas que entonces me parecían pecados, no lo eran.

Con esta lucha me quedaba fatigada, no porque yo culpara al padre, sino porque como no me sabía explicar, creía que no habría dicho las cosas como eran.

La fortuna que tuve en este tiempo fue la satisfacción que tenía mi alma con el director que me dejaba sosegada, con una palabra que me dijera. No me dejaba confesar de todo lo que yo quería, y en este tiempo me quedaba fatigada si no lo hacía. A mi parecer, hubiera confesado todos los días, pero se me pasaban quince, confesando solo con Dios. Al confesor nada le parecía pecado, y el director venía de quince en quince días, y algunas veces solían pasar más, por lo que padecí mucho. Interiormente no pasaba mucho tiempo sin que de mi amado Esposo me viniera una gran serenidad, con la luz que de pronto me venía que todo me lo quitaba, disipaba las tinieblas y algunos días, me dejaba con paz.

Con lo dicho, estuve alternando los tres primeros meses de portera. En el otro oficio, tuve más consuelos que padecimientos, y al contrario en el principio de éste, los consuelos estaban retirados, aunque no del todo.

“diez días de ejercicios”

A los seis meses, me dieron los diez días de ejercicios, donde mi amado Esposo le dio nueva luz a mi alma; digo nueva, porque aunque antes haya recibido los mismos favores y la misma doctrina, me parece a mí, que cada vez queda el alma más ilustrada y con el conocimiento más claro para conocer lo que recibe, y cómo debe corresponder. Cuando se ha recibido mucho, y no se ha correspondido como se debe, cada vez el alma conoce con más luz su ingratitud, y la infinita misericordia de Dios que la sufre, la espera y le da todavía más para que pueda corresponder de nuevo. Cuanto más recibes, más debes.

En estos diez días de retiro, mi amado Esposo llenó mi alma de estos conocimientos. Mis ingratitudes me humillaban hasta la nada que soy, pero confiando en la misericordia de mi Dios, tomaba aliento para hacer lo que conocía que quería de mí, mi amado Esposo y Señor. Hice los propósitos, de cómo tendría que practicar todas las virtudes, empezando desde los votos que hice a Dios, y del modo de guardarlos con más perfección, según la luz que había recibido, de escribirlo todo para que no se me olvidara, con ánimo de leerlo todas las noches, y ver en lo que había faltado, y de pedir perdón y gracia para enmendarme.

Estos escritos, como estaba el alma fervorosa, no los escribí como yo acostumbro, sino con la intensión de manifestárselos a mi padre espiritual. Cuando éste vino no estaba tan fervorosa, y tuve repugnancia de dárselos; le dije algunas cosas solo de palabra, y después, viendo que me quebrantaba mucho, quemé todos los papeles que tenía escritos, no fuera que los leyeran cuando muriera, y pensaran que los cumplía, no siendo así. No por eso dejaba de renovar los propósitos siempre que faltaba, y le pedía a mi Dios, gracia para cumplirlos. A mi dulce Madre, a quien como Madre le manifestaba mi mucha miseria, le decía el deseo que tenía de cumplir aquellos propósitos por agradar a mi amado Esposo y Señor. Hacía esto, porque mi voluntad estaba firme en querer cumplirlos, pero en el obrar, faltaba.

Volviendo a lo que estaba diciendo.

Por la misericordia de mi Dios, de los diez días de retiro salí fortalecida para ejercitarme en todas las virtudes, y sin temor a ningún trabajo, todo lo encontraba ligero para agradar a mi amado Esposo. Lo primero que hice fue tomar la llave que tenía de la puerta para seguir con la obediencia; fue con bastante diferencia, porque ahora me parecían dulces los trabajos, pues conocía que esa era la voluntad de mi Dios. Deseaba cumplirla, y al mismo tiempo sentía no haberla llevado con gusto. Quedé enseñada para otra vez, a no tomar las cosas que mandara la obediencia con tan poca conformidad. Si no lo hago así, mi ingratitud será mucho mayor, pues quien me enseña es el que quiso ser obediente hasta la muerte de cruz.

Mas, ¡ay! ¡Qué obediencia la mía tan llena de defectos y pecados! ¡Qué repetidas doctrinas tan mal atendidas y observadas!

Tened misericordia de mí, amado Esposo Señor y Dios mío, ya que por vuestra infinita misericordia dais luz a mi alma para que vea vuestros ejemplos, y me mandáis que los siga, dadme la gracia de obrar según vuestra santísima voluntad.

Padre mío, me he salido de lo que estaba hablando, porque mi alma está llena de pena, y de amor a un Dios tan mal correspondido por esta miserable y la más

ingrata de todas las criaturas. Ámele usted muchísimo, padre mío, porque es digno de ser amado, y hay pocos que lo hagan. Respecto a los que no lo aman, ¡Oh! ¡Quién pudiera hacer que todas las criaturas cumplieran con esta obligación para la que hemos sido criados!

Trabaje usted mucho para ganar almas que amen a este Dios, y no lo ofendan.

Dejo de escribir; no puedo seguir, sirvo para poco, y solo me acuerdo de mi Dios.

En estos tres años, tuve pocas distracciones en la oración; aunque el oficio de suyo es para distraerse, mi amado Esposo me hacía la gracia de estar recogida en su divina presencia y atender al mismo tiempo a mi obligación. Las más de las veces, al entrar al coro y empezar la oración, al instante llamaban a la puerta, y salía con gusto, dejando a Dios por Dios; pero no lo dejaba, mi Dios estaba conmigo. Con gran consuelo para mi alma, veía que mi amado Esposo me tenía tan atenta en su presencia, como si estuviera en el coro; reconociendo este beneficio, le daba gracias.

En tiempo de obras, que era con bastante frecuencia, solo iba al coro por la noche y por la mañana, antes de empezar las faenas del día. Por lo regular, de noche en la oración, me quedaba sin sentido; yo le llamaba sueño, y le decía a mi director: que me quedaba dormida; pero estaba como si estuviera en oración, y me despertaba con mucho fervor. Me dijo: que no tuviera preocupación por dormir en los brazos del Señor, pero que procurara acostarme a la hora que me tenía mandado, pues con este sueño no oía el reloj, y había cometido algunas faltas.

Desde entonces, cuando me sucedía esto, parecía que me despertaban en llegando la hora y me iba a acostar. Algunas veces estaba tan perdida, que solo podía echarme en la cama para seguir gozando de mi Dios con amorosos afectos, que nacían de la meditación y contemplación, y me dejaban, como anegada en aquel mar infinito de perfecciones y atributos de Dios. Esto, pocas veces me sucedía de día, por lo que daba gracias a mi amado Esposo. Si hubiera sido de día, no sé cómo lo habría podido ocultar. Aún de noche, algunas veces me lo conocían y me preguntaban; respondía: que era un poquillo de flato; que no tuvieran cuidado. Y me dejaban tranquila.

También tuve tiempo de sequedades. Me parecía que tenía a mi amado Esposo ofendido, que me había dejado, y me afligía no conocer otra causa que la de mis continuas ingratitudes. Con esto tenía bastante para temer que mi Dios se cansaba de sufrirme, y justamente me dejaba. Me pasaba pronto, porque mi Dios volvía a consolarme con su presencia, y quedaba consolada. Mi padre espiritual me aconsejaba: que no temiera.

A veces no podía ocultar las cosas. Un día, me sucedió que se enfadaron las religiosas, porque no iba a comulgar cuando me tocaba. Por compensar[102] a quien iba a recibir, me quedaba sin atender cuándo me tocaba, y tenían que avisarme. Se lo dije a mi director, porque yo no podía por mí misma enmendarme. Me mandó: que tenía que ir cuando me tocara, sin que tuvieran que avisarme; se lo pedí a mi amado Esposo, y me lo concedió; por recogida que estuviera, en llegando la hora, se me abrían los sentidos, y mi amado Esposo hizo que pudiera obedecer a su ministro.

Dios sea bendito. Amén.

[102] Dar algo a cambio de algún perjuicio causado.

“el sentimiento de amor propio”

Sigo para gloria de Dios y honor de mi dulce Madre.

Las faltas que cometí durante estos tres años fueron bastantes, pero las más graves fueron, en los seis o siete meses del principio, que me dejé llevar por el sentimiento de amor propio, y me lo causó no tomar la obediencia como debía ni tener una verdadera conformidad con la voluntad de mi Dios, como ya he dicho. Después, por la misericordia de mi Dios, fueron menos graves. Por mi falta de humildad no caí en más, porque mi amado Esposo estaba continuamente favoreciéndome y avisándome de mis descuidos. Una vez, fue cuando entró la Madre María de la Rosa. Aquel día, yo estaba sola de portera en otro sitio, y me dijeron que había entrado; no me importó, porque no me había tocado estar allí, y dije:

-Allá se las compongan.

Y me quedé tan tranquila; pero al poco rato, pasó por donde yo estaba, con algunas religiosas de las de pocos años, que la llevaban a otros sitios. No me pareció bien, pues no le habían avisado a la prelada de que las religiosas la estaban paseando por el convento. El escrúpulo que a mí me causaba callar no habiendo otra portera más que yo, me llevó a decirles:

-¿Ustedes no saben que esto es clausura?

Lo dije, más bien por las que iban con ella, que eran las que me causaron algún enfado, pues debían saber la norma. Así lo entendieron y lo llevaron a mal. Esto me hizo sufrir mucho. Las que siempre habían estado contra mí se disgustaron, y aprovechando la ocasión, le dijeron a las madres porteras mayores algunas cosas que yo había pensado, pero que no las había dicho. Las pobres madres, le habían dado crédito y se engañaron. Lo que hice fue callar a todo, porque conocí que el enemigo iba a buscar medios para hacer que cayera en impaciencias y faltas de caridad. Acudí como siempre a mi dulce Madre para que me ayudara a vencerlas. En todo aquel día, no faltaron palabras picantes que para mí fueron de bastante sufrimiento. Fui a dar satisfacción a mis madres porteras: de que no había dicho nada de lo que decían, y que se habían equivocado o engañado. Al instante lo creyeron y quedaron contentas. No lo hice en mi favor ni por aliviarme a mí, sino por quitar la mortificación que podía causarle a aquellas santas señoras que las hubieran informado mal; en todo lo demás, callé, por Dios.

Esta clase de mortificaciones no han faltado nunca, no solo a mí, sino también a otras, que ha sido lo que más he sentido. Decir algunas cosas con sencillez, tomarlas a mal, y que hubiera disgustos; pero lo que más he sentido es que la mayor parte de las veces ha sido por hacer un bien.

Gracias a Dios, que en todas ocasiones me ha proporcionado las cosas para el bien de mi alma. ¡Ojalá! no las hubiera desperdiciado tantas veces. Le pido perdón, por su infinita misericordia.

Como siempre no me faltaron mis habituales padecimientos, unas veces más, y otras menos. Sin tener que faltar a mis obligaciones, algunas cosas las hacía con mucho trabajo; en particular en las cuaresmas no podía tirar de ellas. Una cuaresma, me dio al parecer un catarro con tanta opresión en el pecho, que los médicos sin decirles yo nada, con oírme la voz cuando entraban para otras enfermas, me mandaron

mudar de alimento y que no ayunara; pero no hice nada de eso; ni siquiera tomé un jarabe. Al ver que mis compañeras se desazonaban porque no hacía nada, lo tomé y me puse mejor. Mi director me mandaba: que no me curara, y las monjas me decían: que era una temeraria y amiga de hacer mi propia voluntad.

Así fui pasando toda la cuaresma. El Domingo de Ramos, entró el médico y me dijo:

-Madre Socorro, usted está cargando su conciencia; mire usted que se le va a enredar una enfermedad muy grave; todavía tiene remedio, pero si la deja usted, no lo tendrá.

Todas se pusieron contra mí por mi bien, y hasta la prelada que antes no me había instado, aunque algo había insinuado, me mandó, que mudara de alimento. Ya no tenía escusa. Avisé a la enfermería de que al otro día iría, y aquí está la gracia: amanecí sin nada al exterior y la ronquera se me había quitado. Fui a la prelada, y le dije: que ya estaba buena de la ronquera. Como estaba a la vista, no tuvo dificultad para creerlo. Le pedí: que me diera dispensa para no ir a la enfermería, y como vio el alivio, me la dio.

Seguí cumpliendo mi cuaresma, pero padeciendo ocultamente muchos dolores; los podía disimular, porque así se lo pedía a mi amado Esposo.

Aquella mañana que amanecí mejor sin tomar nada, conocí que quería que padeciera sin alivio de medicinas.

Esto lo digo con duda, pero me parece que me dijo mi amado Esposo:

-Yo padecí por ti sin alivio.

Le pedí yo: que me quitara lo exterior para que yo lo pudiera hacer. Fue entonces cuando se me quitó lo que yo no podía ocultar. Seguí con mis dolores, pero solo los veía el que me los daba.

Estos males eran un gran consuelo para mi alma; padecía por mi amado Esposo, pero también la paga era grande. Me parecía que tenía a la vista de mi alma a mi amado Esposo resucitado, y mi alma sentía tan gran alegría que sólo la experiencia la puede conocer y entender; yo no lo sé explicar.

El Domingo de Resurrección, amanecí buena.

Gracias a este Dios tan bueno. Alabado sea. Amén.

“ejercicios”

Durante los diez días de ejercicios, acudía a la oración de noche y de día, a pedir luz para conocer mis pecados, confesarlos y enmendarme por su gracia. Llena de aflicción, no sé cómo me pude vencer y comulgar aquellos días con los grandes temores que tenía, pues si estaba en desgracia de Dios, le ofendería más comulgando.

Se lo decía al confesor, que me mandaba: que comulgara; que si tuviera culpa grave lo conocería, y que las tentaciones no eran pecado, no queriendo tenerlas. Cuando recibía a mi amado Esposo Jesús, estaba tan sereno o tan escondido que no lo encontraba. A esto, algunas veces le seguía venirme pensamientos de duda sobre la existencia del Santísimo Sacramento. Al instante hacía actos de fe llena de amargura, porque como tenía devoción sensible, me parecía que aquello no podía agradar a Dios, porque no lo hacía de corazón.

Con las demás tentaciones me sucedía lo mismo; conocía que no las quería tener, pero no hacía lo que debía para desecharlas, pues lo hacía con tanta tibieza, que así no podía salir de fatigas. Acabé mis ejercicios, pero me quedé con mis fatigas; lo que hacía era procurar en todo, hacer cuanto podía para que mi amado Esposo se desenojara, y clamaba a mi dulce Madre sin atender a que me costara trabajo.

No solo tuve que padecer interiormente, sino que también las criaturas me ejercitaron[103].

[104]A los pocos días de haber salido de los ejercicios, a una pobre enferma la tentó el enemigo para que hiciera mal juicio de mí. Pensaba que le estaba quitando el crédito, diciendo: que sus males eran fingidos, y que yo aconsejaba a las enfermeras para que la trataran mal. Me lo dijo un día con tanta impaciencia, que por más que quería darle una satisfacción, no la podía sosegar. Decía: que era una hipócrita; que estaba con un pie en el infierno, y que mientras yo estuviera en la enfermería, no habría caridad con las enfermas. Le dije: que cuidara de su alma y dejara de hacer malos juicios, pues todo aquello lo sacaba de su cabeza; que no le podía haber dicho ninguna religiosa, que yo había dicho eso, pues ni siquiera lo había pensado. Ella me aseguraba: que sí, que todo se lo había dicho una religiosa. Hasta aquí estuve con paciencia y sin alteración alguna. Se lo ofrecía a mi Dios y le pedía por aquella criatura, pero como siguieron sin parar las palabras injuriosas, con un movimiento de impaciencia le dije: que ya tomaría yo cuentas para que aquella criatura que le había dicho todas aquellas cosas, las dijera delante de mí. De la enfermería me fui al coro para que no me siguiera la impaciencia, y le pedía a mi amado Esposo Jesús su gracia para no ofenderle. Como no estaba libre de los sentimientos de amor propio, pensé decirle a la prelada: que me quitara de aquel oficio para conseguir que hubiera paz; pero deseché estos pensamientos, y lo dejé todo en las manos de Dios. Por mí no se sabría nada de lo sucedido. Me fui a la celda a esperar que aquella criatura se serenara, para evitar la ocasión de que se fatigara más, y yo la soportara peor.

Pensando que hacía falta en la enfermería, no podía sufrir, no estar allí. Fui y me encontré con la enferma sin habla. Entonces le estuve aplicando algunos remedios, haciendo todo lo que podía de rodillas, sin resentimiento por nada de lo que me había dicho, pues solo deseaba su bien, así espiritual como temporal.

No faltó quien diera cuenta a la prelada de lo que había pasado; me llamó para informarse, y le dije: que todo era verdad; que aquello pasaba porque yo no servía para aquel oficio; le suplicaba que me quitara de él, y pusiera a otras que estuvieran más a gusto con las enfermas.

Esto de pedir que me quitaran de enfermera, lo causaba el deseo de que hubiera paz, aunque me parece que más bien era nacido de mi falta de mortificación, y quería huir de la cruz para no sentir su peso. Pero el que la llevó por mi amor, no quiso que la soltara; me reprendió con misericordia, y le dio luz a mi alma para que conociera, cuánta era mi ingratitud a la vista de los muchísimos beneficios con que había preparado mi alma. Por esta causa, no caía en cosas graves y ejercitaba las virtudes,

[103] Enseñaron apretándome.

[104] Vuelve a hablar de los ejercicios y de la enfermería cuando ya está de portera.

aunque no como debía, según la luz que había recibido. Y mi amado esposo volvía a avisarme con nuevos auxilios.

Le dije al confesor: que había pretendido que me quitaran de la enfermería.

Me respondió: que con eso pretendía renunciar al Reino de los Cielos, pues éste sería de los que padecían persecución por la justicia, y yo no la quería padecer. Estas palabras fueron una saeta que me pasó al corazón, porque se juntaron con ellas, hablándole a mi memoria, todos los beneficios que mi amado Esposo Jesús había hecho a mi alma, dándole tanta luz para conocer el valor de los trabajos. Esto me humilló mucho; le pedí perdón a mi amado Esposo Jesús, y le prometí: no volver a pensar en querer dejar la cruz, aunque me costara la vida, que no valía nada.

He tenido muchas desazones en el tiempo que he sido enfermera, pero no me detengo en decirlas; eran porque yo quería cumplir con mi obligación, y las pobres enfermas fatigadas con su padecer, no lo llevaban a bien. También lo causaría mi poca prudencia para decir o hacer lo que debía. Unas veces lo llevaba con paciencia, y otras, aunque lo llevara con paciencia, no estaba libre del sentimiento de amor propio y falta de verdadera humildad; si la hubiese tenido, me habría alegrado de que se me ofrecieran tantas ocasiones propias para ejercitar las virtudes.

Mi amado Esposo Jesús, que me ha sufrido con tanta misericordia, sea bendito y alabado.

En este mismo ambiente, una religiosa calló mala y desde el primer día fue necesario hacérselo todo; estaba tan postrada que no se podía valer sola. Me costó mucho trabajo cuidarla, pues yo entonces no tenía los consuelos de otras veces. Era necesario tener buen estómago para asistirla, pero no dije ni dejé de hacer nada por trabajoso que fuera, hasta que fue a la sepultura en el mes de enero.

Quedé mal del estómago, pues acompañaban los trabajos exteriores, a los interiores, que son los que se pueden llamar grandes trabajos. Cuando hay consuelos, no merecen el nombre de trabajos, porque a lo amargo que traen en sí, excede con mucho cualquier consuelo que da Dios al alma. Ésta conoce que la está favoreciendo, y los trabajos se convierten en dulzura y alegría por tener algo que padecer por el amado. En este estado en que estaba, miraba justamente enojado a un Dios infinitamente bueno, de quien había recibido mucho, y a quien había correspondido tan mal. Y como mi alma conocía que si perdía a este Dios todo lo tenía perdido, procuraba hacer cuanto podía para que por su infinita misericordia me perdonara. Me consolaba tener que hacer cosas trabajosas; aunque no sabía que a mi amado Esposo le agradaran, lo esperaba de su misericordia infinita, fundada en la bondad de Dios que me daba la vida en esta ocasión.

Como iba diciendo de los trabajos exteriores.

Después de esta enferma, callo otra que también murió. Me dio menos días malos y peores noches que la anterior, pero como me quedé con la salud tan quebrantada, y ésta llevó los mismos pasos que la otra, se me acabó de perder el estómago y la cabeza. Todo me costaba mucho trabajo, aunque no lo manifestaba para que la enferma no se mortificara, pues no quería que nadie le hiciera lo más trabajoso, sino yo, para que pensara que no me costaba trabajo. Me querían ayudar, pero no podían, porque si de noche necesitaba algo, tenía que levantarme y hacérselo yo.

Con la primera enferma tuve treinta malas noches, y con esta, me perece que fueron veinte; solo descansé dos noches enteras, entre una y otra enferma. Perdí la salud, y fue preciso ver al médico que me dispensó los ayunos, y me mando comer carne. Lo obedecí pocos días, porque yo quería hacer mucha penitencia y me afligía no poder cumplir con lo que mandaba la Santa Iglesia. Seguí trabajando mala y muy fatigada.

Esto fue en la cuaresma de hace dos años[105].

"evangelio de la samaritana"

En lo espiritual, cada vez iban a más las tentaciones contra la castidad. Oía palabras que me decían: "que estaba perdida". Se afligían mucho mi corazón, y al instante hacía actos de esperanza, en la misericordia de mi amado Esposo Jesús.

La esperanza en mi Dios y en la intercesión de mi dulce Madre, siempre la tuve firme; cuando más apurada estaba, acudía y cobraba ánimo.

Algunas veces en las mayores fatigas, mi amado Esposo Jesús en un instante me las quitaba, como me sucedió en esta cuaresma. El día del evangelio de la samaritana, en la homilía de las lecciones de los maitines, repetían muchas veces que mi amado Esposo Jesús había llegado fatigado a aquel pozo. Las fatigas de mi Jesús por buscar almas, causaron tanto consuelo a mi alma que empecé a decirle a mi amado Esposo:

-Vos que os fatigasteis por buscar a los que no os buscaban, aquí me tenéis Amado mío; no me tenéis que buscar con fatiga, pues yo no busco otra cosa sino a vos, y sólo quiero ser vuestra. Dadme, Señor mío, vuestra gracia.

Se encendió en mi alma tanto amor a mi Amado, que no podía rezar los laudes; quedé tan recogida y con tanta dulzura y paz que derramaba lágrimas nacidas del consuelo que recibía mi alma; conocía que mi Dios estaba conmigo, porque me lo aseguraban las palabras que oía mi alma:

- Si busco a los que no me buscan, con los que me buscan estoy de asiento[106].

Estas palabras disiparon mis tinieblas con una clara luz, y conocí que mi amado Esposo no estaba enojado conmigo, como antes me parecía, sino regalando a mi alma amoroso y piadoso. Me parece que perdí los sentidos. Toda la tarde la pasé con mi Amado, y quedé tan fortalecida, que me ofrecía para los trabajos más duros. Si mi Amado quería que los padeciera, lo haría, aunque fuera hasta el día del juicio. Conociendo que mi Dios no estaba enojado, no le temía a nada y sólo quería que se cumpliera su santísima voluntad.

Este consuelo me duró tres días. Sintiendo la presencia de mi Amado, estaba fervorosa para ejercitar las virtudes libre de tentaciones, y toda la borrasca cesó a la vista de su Señor. Pasados estos tres días, se ocultó mi amado Esposo y quedé como antes.

Después, los trabajos fueron mayores, porque se hicieron más fuertes las tentaciones, con representaciones horrorosas, palabras malas, y lo peor es que de ordinario oía: que aunque hiciera lo que hiciera, estaba perdida. Las aflicciones que pasé en este tiempo, no son para contarlas.

---

[105] ¿1809?

[106] Me quedo para siempre.

Bendito sea mi Dios que por su misericordia me sacó libre, pues si no hubiera estado conmigo, no hubiera ganado la victoria ni en lo más mínimo.

Sea por siempre bendito.

Con la aflicción del espíritu, perdí la poca salud que me quedaba, que aunque quebrantada, me permitía cumplir con mis obligaciones, pero ya estaba en una disposición, que no podía hacer nada. Me puse en las manos del médico. Todo lo que hacía para aliviarme era perdido; padecía tan fuertes dolores de cabeza y de ojos que llegué a creer que me iba a quedar ciega.

Decían: que era una especie de dolor de clavo[107]. A esto lo acompañaban fuertes convulsiones y otras cosas; pero sobre todo el decaimiento que tenía de espíritu, que no le daba fuerzas al cuerpo para padecer; aunque quería hacer algo, no podía. Así estuve más de dos meses sin ningún alivio ni siquiera espiritual, porque hasta mi confesor se puso malo. Gracias a mi Dios, que así lo disponía para que acudiera a Él, que todo lo puede.

Tenía algunos días un alivio que me duraba poco, y otras temporadas de mucho sufrimiento, hasta que llegó V.R.

Gracias a Dios, por todos los beneficios que se ha dignado hacer a la más ingrata de todas las criaturas.

Las mortificaciones que hice en este tiempo, como no me las ordenaba nadie, fueron sin arreglo y sacadas de mi cabeza. No hacía cosas importantes por el temor que tenía de faltar a lo que me tenían mandado, y por no hallarme con fuerzas para nada.

Desde el día que me empezaron las tentaciones, me ponía cilicio continuamente; las disciplinas las hacía a cualquier hora, aunque acabara de comer; el sueño poco, porque cuando me molestaba alguna tentación, me iba al coro a pedirle misericordia, a mi amado Esposo y a mi dulce Madre. Cuando estuve peor de mis males, en las temporadas que tenía la cama en la enfermería, como podía estar sola en una alcoba, me acostaba en el suelo de noche y en las siestas, y poco me faltaba para tener siempre puesto el cilicio. Si aumentaban las tentaciones, yo aumentaba los cilicios. Éstas eran mayores, cuanto mayores eran los dolores que me impedían poder hacer otras cosas. No cesaba de noche ni de día de clamar a Dios, pero lo hacía con tan poco espíritu, que aumentaba mi aflicción. El decaimiento de espíritu, como yo lo llamo, más riguroso fue desde mayo a noviembre. Antes no lo había tenido tan grande ni lo he vuelto a tener.

En este tiempo, me dieron los ejercicios espirituales anuales. No podía menos que temerles, porque no se me habían olvidado los del año anterior; pero como la obediencia me lo mandaba, era preciso hacerlos, y me conformé con la amabilísima voluntad de mi Dios. Por otro lado, me alegraba tener aquellos días de retiro para llorar mis culpas que eran la causa por la que mi Dios me castigaba. Desde lo más oscuro de la noche en que estaba mi alma, empezó a amanecer la aurora de un buen día. Recobré fuerzas en mi espíritu, y un nuevo fervor para poder hacer actos de virtud, en particular de conformidad con la voluntad de mi Dios. Los

[107] Glaucoma: dolor intenso que produce visión borrosa, y puede llevar a la ceguera.

ejercicios, además de virtud, me dieron tanto amor que no cesaba de hacer actos de conformidad y de contrición. El conocimiento que me dio mi Dios de mi miseria y de mis ingratitudes era tan grande, que me humillaba hasta lo último de mi nada. Este conocimiento no me fatigaba, porque cada día cobraba más serenidad y confianza en la misericordia de mi Dios. Cuanto más conocía mi miseria, con más confianza pedía perdón. Recibía el trabajo de las tentaciones con espíritu de penitencia como justo castigo a lo mal que había correspondido a sus divinos auxilios. Penetrada mi alma de dolor, no podía menos que llorar, pero lágrimas de consuelo, porque lloraba por lo poco que había amado a un Dios infinitamente bueno y digno de ser amado. Miraba con dolor todas mis omisiones en su santo servicio y demás pecados cometidos, ya por tibieza, ya por respeto humano.

Con esta clara luz y el conocimiento de que mi Dios no iba a permitir que lo ofendiera, me llené de una confianza tan grande que me hacía amar los trabajos y que estos me parecieran dulces para poder satisfacer, en algo, a la Divina Justicia.

Pasé estos días, renovando los propósitos hechos en otras ocasiones, e hice uno nuevo: buscar a un ministro del Señor para darle cuenta de mi vida, arreglarla como me ordenara y romper con todas las dificultades que se presentaran para obedecer a mi Dios en su ministro. Como cuesta poco ofrecer, ofrecía hacer muchas cosas, pero la dificultad ha estado en cumplirlas.

Tengo que decirle que sin su experiencia y el cuidado que ha tenido conmigo, no estaría como estoy, sino como estaba. Dios se lo premie a usted.

Doy gracias a mi amado Esposo, como primera causa de todo, y a mi dulce Madre por cuya intercesión todo bien ha venido.

Con estos deseos, empecé a pedir con eficacia a mi amado Esposo, y dulce Madre, puesto que como madre le tocaba proporcionarme todos los medios para conseguir el bien espiritual que deseaba, le pedía perdón por no haberme aprovechado de los consejos que me habían dado hasta entonces, y le prometía enmendarme. Haciendo esta petición, me parecía que me decía mi dulce Madre: que fuera con V.R. Yo quería desentenderme; todos los días hacía la misma petición, y todos los días me decía lo mismo. Cuando me convencí de que aquella era la voluntad de Dios, resolví no dilatarlo más tiempo.

Cuando salí de los ejercicios, lo cumplí. Como en todas mis cosas, mientras dura el poquito de fervor las hago, y en pasando éste, todo son faltas ¡no puedo conmigo! Como estaba fervorosa, me parecía que podía hacerlo todo por mi amado Esposo.Tenía tantos deseos de amarlo, y de que todas las criaturas lo amaran y no lo ofendieran, que no solamente tenía dolor de mis pecados, sino también de los ajenos que ofendían a un Dios tan bueno.

El último día de los ejercicios, una criatura calló en algunas faltas, porque no podía entenderlas; fue tanto el dolor que me causó ver a mi Dios ofendido, que me dio un accidente: se me juntó la pena de ver a mi Dios ofendido, y a mi prójimo caído. Unidos estos dos amores, no sé explicar lo que causaron en mi alma. Alababa a mi Amado que tanto sufría, y pedía perdón por mi prójimo, disculpando su ignorancia. También pedí: que me librara a mí de caer. Este último día fue todo de amor. Mi alma tomó fortaleza, y salí distinta de cómo había entrado. No me libré de las tentaciones, pero conocía que estaba mi amado Esposo conmigo, y no

le temía ni a todo el infierno. Salí con ánimo para todo lo que mi Dios quisiera hacer de mí.

Después de que mi amado Esposo me diera la virtud de la conformidad, el trabajo de las tentaciones se me hacía dulce y lo llevaba con paz interior, pensando que era su voluntad amabilísima. De la contemplación de sus atributos, sacaba mi alma confianza en un Dios tan bueno y tan digno de ser amado y servido. Aunque no esperáramos beneficio alguno, habernos criado para amarle y servirle es una muestra de su infinita bondad, que quiere ser amado por criaturas tan miserables. Se encendió en mi alma el deseo de acertar en agradarle en todo sin consuelos, le pedía hacerlo con la perfección que quería de mí, y que hiciera de mí lo que quisiera que este sería mi mayor consuelo.

"quejas de […] las enfermas"

A los pocos días, y no sólo para mí, se levantó una borrasca. Habían llegado algunas quejas al reverendo padre provincial diciéndole que: no se asistía con caridad a las enfermas. Este asunto me hizo padecer por mi falta de humildad. Quiera Dios que no le haya ofendido, pues me decía el confesor que no era pecado.

Tuve mucho sufrimiento, porque me llamaron a la Junta de Comunidad para que, como celadora, dijera delante de todas cómo se asistía a las enfermas. Oyendo lo que decía la carta al padre provincial, yo veía que le habían dicho mentiras. Fue tanta la impaciencia que me dio, que me tenía que sujetar como un toro. Clamé a mi amado Esposo: que no me desamparara, y le prometí: no hablar más de lo necesario por la obediencia. Así lo hice; procuré decir la verdad, y me sujeté cuanto pude para no hablar nada ofensivo contra las criaturas que nos habían buscado aquel mal rato.

Salí de la junta de comunidad sin ningún escrúpulo, pero después, algunas palabras que le oí a una de las que habían sido causa de aquella desazón, me impacientaron tanto que me puse mala, aunque la impaciencia no la manifesté al exterior; con bastante trabajo callé a todo, pero cuando conocí que me ponía mala del enfado que tenía, y que éste nacía de mi falta de humildad, me entristecí mucho. Me acordaba de lo que pocos días antes había prometido a mi amado Esposo, y no lo estaba cumpliendo, pues no había soportado como debía, lo primero que se me había ofrecido.

Me dio mucha fatiga; me parecía que todo lo tenía perdido; que nunca me enmendaría; que cuando sentía las pasiones levantadas, no ponía atención ni trabajaba para vencerla. Creía que tenerla y sentirlas era pecado.

Ahora me parece que solo tuve culpa, cuando una religiosa le dijo a otra: que hicieran la caridad de hacerle una cosa que necesitaba, y yo respondí:

- Las enfermeras no tienen caridad.

Con esta palabra desahogué un poco la ira que me estaban dando mi amor propio y mi falta de humildad. Después de decirlas, me quedó la amargura del escrúpulo.

En esto falté; en lo demás, aunque faltara, trabajé mucho para no faltar. Mi amado Esposo me inspiraba con grandes auxilios que me favorecían para no caer en culpas graves.

Pido perdón a mi amado Esposo de todos los pecados que he cometido en su presencia, y le doy gracias por haberme librado de caer en más.

Seguí todo el mes de diciembre bien fastidiada con tentaciones y falta de salud. En la Pascua, tuve un poquito de alivio en todo, aunque me hacía sufrir la desconfianza que tenía de no corresponder a mi amado Esposo como debía. Viéndome cada día más obligada, pues como había correspondido con ingratitudes cada vez mayores, cuanto más recibía, más debía. Me parecía que por mi miseria siempre sería lo mismo, que no haría nada en el servicio de mi Dios, que me daba deseos de amarle, y como me parecía que no lo amaba, era la pena en mi alma tan aguda que no lo puedo explicar; solo sufrirla y procurar hacer su santísima voluntad en todo, me servía de consuelo.

Este género de sufrimientos, lo tuve hasta Pascua. La diversidad de cosas que pasaron en mi alma, no las sé explicar. Ahora creo que las causaba el amor de mi Amado; tenía deseos de amarlo, y no conocía otra cosa.

"salida del convento"

Dos o tres días antes de la salida del convento, me quedé con mucha oscuridad. El tiempo anterior había sido diferente; mi alma miraba a mi Dios, que como amoroso padre y esposo la regalaba, y solo le afligía no saber corresponderle. Ahora se volvió a esconder, y me parecía que cansado de sufrirme, me dejaba. A esto le siguió tener que salir del convento, que unido a como yo estaba, acabó por fatigarme más, pues lo veía como el castigo de mis infidelidades. Acudía a mi Dios y no encontraba consuelo; acudía a mi dulce Madre y me sucedía lo mismo; solo tenía el consuelo de llorar mis faltas, que eran la causa del castigo.

Al salir de la clausura, fue más grande la pena, por el temor que me vino, pensando, si mi Dios me apartaría de sí para siempre. Empecé a pedirle: que me castigara en este mundo, y que me perdonara. Al instante sentí consuelo en mi alma, y quedé en estos días, como he dicho que me sucedió en la Pascua. Se dulcificó mi pena y recibí este trabajo en penitencia de mis culpas.

Renové los propósitos que había hecho en los ejercicios de observar más mis reglas y constituciones, procurar hacer en todo lo mejor, guiarme por el consejo del ministro del Señor, y obedecerlo en todo lo que me mandara, como al mismo Señor que representaba.

Además, seguí haciendo las mismas peticiones a mi amado Esposo y dulce Madre: que me manifestaran lo que fuera su santísima voluntad, y siempre conocí lo mismo: que fuera con V.R. Como tardo en atender, porque temo engañarme, ponía el pensamiento en otros y no podía inclinarme por más que lo intentaba. Entonces ofrecí a mi Dios: que cuando volviera al convento, al instante lo pondría por obra y procuraría hablar con usted. Sabía que aquella era la voluntad de mi Dios. Yo sola no podría cumplir los deseos que tenía mi alma de mayor perfección, y malograría los grandes auxilios que mi Amado esposo me daba.

Deseaba que llegara la hora de venir a la clausura para acabar de morir a todas las cosas del mundo, y vivir solo para mi Dios.

Estas eran las resoluciones que traía hechas, pero como el perezoso que quiere, y no quiere trabajar, cuando sentía el peso de la mortificación, temía y me retrasaba

otro poquito. No decía que no lo haría, porque la conciencia pesaba sin cesar para que cumpliera lo que había prometido, pero el enemigo me ponía tantas dificultades, que aunque no tenían fundamento las atendía.

La primera vez que hice el propósito de hablar con usted fue, como ya he dicho, en el mes de noviembre; pensé cumplir el propósito de ir al otro día a pedir la licencia a mi prelada, pero no lo hice, porque me pareció que había de ser causa de desazones, y no dije nada.

Mi amado Esposo me recordaba lo que había prometido; no sé cómo podía resistirme, y quería arreglarlo diciendo:

-Mañana lo haré.

Luego me vino la tentación, de que no me iba a aprovechar; que tendría más cargo; que eso no era necesario para salvarse; que otras almas no lo tenían y eran virtuosas; que con el confesor tenía bastante…

Pasé este tiempo hasta la salida del convento, con diferentes tentaciones.

Mi amado Esposo me instaba con sus auxilios a que cumpliera su voluntad. Por eso, estando fuera hice el propósito de hablar con usted. La tardanza en cumplirlo fue, como dije, además de las tentaciones que me venían para que no lo hiciera, el temor a no saber explicarme. Temía decir una cosa, que fuera otra, y engañar al ministro del Señor. Esta fue la causa principal que me detuvo desde que vine hasta que fui a hablar con V.R[108]. A pesar de la batería interior que tenía, quería hacer lo que mi Dios me inspiraba, pero los temores me detenían.

Estando una noche tan fatigada con estas cosas, mi dulce Madre me reprendía por la resistencia que tenía para cumplir la voluntad de mi amado Esposo, y me hizo llorar la pena de ver mi ingratitud. Me vio mi prelada afligida y me preguntó: si tenía alguna fatiga. Le dije que sí; que quería ir con V.R. Entonces me dijo: que no había dificultad; que si usted quería, por lo que hacía a la religión, ahora ya no había problema.

Antes de salir del convento, le había dicho a la madre: que estaba inclinada a hablar con V.R., pero que temía lo que su merced[109] sabía que se originaría de tener directores fuera de la orden, y por eso no me determinaba. Su merced tenía los mismos temores y no me animó ni me dijo nada, pero esta vez, me dio ánimo. Como yo temía, y mi conciencia me punzaba sin cesar, determiné ir el primer día que usted viniera al confesionario. Antes de esto, vi que usted entraba en la grada, y me fui con ánimo de pedir licencia para hablarle; sentía una fuerza interior que no podía resistir sin hacerme mucha fuerza. Estuve esperando un rato, y me fui sin hacerlo. Al final, pudo más mi cobardía, y lo dejé para el confesionario.

Otro día que vino usted, estaba yo en el coro y oí decir: que estaba usted en el confesionario. Me estremecí del susto que me dio, porque ya no podía resistir más a la voz de Dios. Estaba mi amado Esposo, Jesús Sacramentado de manifiesto, y le pedí: que si era su voluntad, me quitara aquellos temores que tenía. Estando pidiendo esto, se levantó la madre correctora para ir con V.R. Me levanté como si me hubieran agarrado y me echaran fuerza, sin poder hacer otra cosa. Al salir del

[108] Se refiere al rector del colegio de los Escolapios, en 1808.

[109] Se trata de la prelada.

coro, le dije a la madre: que si podía ser, quería ir con usted aquella tarde. En efecto, subió su reverencia al coro, y me llamó. Entonces estuve bien segura de que esa era la voluntad de mi amado Esposo y mi dulce Madre. Tenía muchos temores nacidos de mi natural encogimiento, pero al oír las primeras palabras que V.R. me dijo, no sé qué ensanche vino a mi alma, como si una criatura estuviera muy oprimida por un gran peso, y se lo quitaran. Lo que me sucedió no fue por las palabras que me dijo, pues iguales a aquellas y otras muchas me las habían dicho otros confesores, y se quedaban en los oídos; pero éstas me entraron en el alma. Con eso acabé de asegurarme de la voluntad de mi Dios.

La alegría de mi alma salió el exterior. Me decían: que se me conocía que estaba alegre, no porque hubiera hecho ninguna exterioridad para manifestarlo, que yo sepa, pero las monjas lo conocieron, y no lo llevaron a bien, pues algunas parece que querían que manifestara mis sentimientos, según me explicaron.

Dios sea bendito, que da a sus criaturas diferentes modos de pensar para que unas con otras se ayuden para ganar la corona, aprovechando las ocasiones, y no perdiéndolas, como hago yo muchas veces.

Mi amado Esposo Jesús me perdone por su misericordia infinita, y me dé su gracia para aprovecharme de todo, según su santísima voluntad quiera que lo haga. Le doy gracias por todos los beneficios.

"Suplemento"

Suplemento de las cosas olvidadas en lo que va escrito, para gloria de Dios y confusión mía.

Al principio de la persecución de la Santa Iglesia, antes de que se despidiera Carlos IV de reinar, me sucedió, que siempre que iba a la oración, me llenaba de aflicción, porque encontraba a mi amado Esposo muy enojado, y quería castigar al mundo. Esto me causaba una gran aflicción, y empleaba todo el tiempo de la oración, pidiendo misericordia para todos los pecadores, pues sentía ver a mi Dios ofendido. Como esto lo hacía continuamente, me daba fatiga, y le dije al confesor lo que me pasaba: que parecía que veía a todo el mundo lleno de maldades, y que me daba tanta pena ver a mi Dios ofendido que solo podía pensar en pedir misericordia. Me dijo el confesor: que era bueno, pero que agradaría más a Dios rogándole por las ánimas del Purgatorio que estaban en gracia, y no se podían valer por sí mismas; que los pecadores podían esperar a los auxilios de Dios. Quería dejar de pensar tanto en lo dicho, pero no podía; me sucedía como cuando un padre está enojado con sus hijos, y uno de ellos por quien el padre manifiesta más amor, estuviera mirando que sus hermanos ofendían a su buen padre, y el padre estuviera amenazándolos, enojado para ver si se enmendaban. El hermano que miraba, sentía ver a su padre justamente enojado, y que sus hermanos, a quienes también amaba, iban a ser castigados. Esto le causaba mucha pena, pedía por ellos, y pensaba, cómo podría desenojar a su Padre. Pues igual me pasaba a mí.

Todo esto no lo veía con los ojos del cuerpo, pero lo veía con los del alma, y me causaba bastante impresión. Desde entonces he tenido mucho cuidado y pido a mi Dios y amado Esposo de mi alma por la conversión de los pecadores. Después

he conocido que le agradaba mucho a mi Dios que se lo pidiera. Si a un padre le agrada que pidan por su hijo, por malo que sea, porque lo ama como padre, cuánto más a este Dios que nos ama con un amor infinito hasta dar su vida por nosotros, y nos enseñó, pidiendo desde la cruz perdón para los mismos que lo crucificaban, y también en otras ocasiones, como V.R. sabe.

Pidamos mucho a nuestro buen Padre: que nos perdone y perdone a nuestros hermanos que no saben lo que hacen; que les conceda un rayo de su luz divina, con la cuál conozcan y atiendan sus divinos auxilios, y que todos, como buenos hijos obedezcamos su divina ley, y le amenos con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas.

Esto me pasó, antes de que empezaran a molestarme las tentaciones.

"los franceses"

El día tres de Julio, cuando dijeron que venían los franceses degollando, me dio mucho disgusto ver la aflicción que tenía el pueblo. Me fui al coro a pedir a mi amado Esposo Jesús por aquella necesidad: que me concediera su gracia para dar mi vida por su amor, aunque no mereciera esta gracia; que si por su misericordia me lo quería conceder, le daba las gracias, y me ofrecía gustosa a la muerte y a todos los martirios que quisiera, que por su amor padeciera, pero que no permitiera que nos castigaran con el castigo de quitar la fe a España, que era el castigo que más temía.

Enfervorizada me fui a la celda, a ver si podía ocultar la imagen de mi dulce Madre de los Dolores para que no la ofendieran los herejes.

Al coger a la Señora, oí que me decía:

-No temas, que no vienen.

Con esto se me quitó el temor. Le di gracias a mi Señor y dulce Madre, y ofrecí de nuevo mi vida, y muchas que tuviera por su amor si con eso lo desagraviaba de las ofensas que recibía por la negra ingratitud con que los mortales correspondemos al gran amor que Dios nos tiene.

Bendito sea eternamente.

Tuve la confianza de que los franceses no entrarían en Andalucía, hasta que se perdió Zaragoza; cuando aquel día se supo en casa, fue para mí muy amargo, porque tenía la confianza puesta en la intercesión poderosa de mi dulce Madre, y cuando vi que aquel pueblo que yo creía que estaba protegido por mi dulce Madre se había entregado, conocí que mi amado Esposo estaba muy enojado. Me fui al coro muy afligida a pedir misericordia a mi Dios.

En este tiempo yo temía estar en desgracia de Dios, y me afligía más, porque veía que no encontraba consuelo en la oración, y que mis pecados tenían a mi Dios muy enojado. Allí estuve hasta que salí convencida de que venían; me afligía tanto, que cuando se ofrecía hablar de esto, decía:

-No vienen.

Pero no lo decía más que de boca, porque las palabras de "no vienen" no me salía del interior. Como me causaba pena, porque deseaba lo contrario, quería desmentirme a mí misma, y esperaba que así fuera. Después de que vinieron, ha sido

tanta la confianza que tengo en que no permanecerán, que no puedo creer en otra cosa por malas noticias que hayan venido.

Esto le sucederá a casi todas las criaturas, no solo a mí, que esperando el remedio tengo mi confianza puesta en la infinita misericordia de Dios; y aunque he tenido algún… lo que usted sabe, creo que Dios no va a permitir que por mucho tiempo la Santa Iglesia esté abatida por el furor de sus enemigos.

Mi amado Esposo Jesús, por el amor que nos tiene que ha dado la vida por nosotros, se compadezca, nos perdone, y haga que sea la Santa Iglesia exaltada, y su santo nombre alabado por todo el mundo. Amén.

"mi padre […] quizás moriría"

Mi amado Esposo Jesús me presentó una ocasión para que pudiera ejercitar la virtud de la conformidad con las disposiciones divinas. Le dio a mi padre un accidente[110]. Ya hacía algún tiempo que estaba mal, y yo temía que me dijeran que estaba peor por la pena que me causaría. Algunas veces hacía actos de conformidad con la voluntad de Dios, pero como me costaban tanto, pensaba que no eran verdaderos y temía que desagradaran a mi amado Esposo. En esta ocasión no tuve ese temor, porque la conformidad que me dio mi Dios fue verdadera.

Me enteré al tercer día de haberle dado el accidente, pues las religiosas me lo habían ocultado; cuando me dijo una de las niñas que estaba muy malo, que quizá se moriría, lo oí con la mayor serenidad, y dije:

-Hágase la voluntad de mi Dios en todas las cosas.

Entré a la oración, que era lo que iba a tener entonces, pedí a mi amado Esposo Jesús y a mi dulce Madre la salud de mi padre, si mi petición estaba conforme con su santísima voluntad, y si no, que no me la concedieran. Con toda verdad, solo quería que se hiciera lo que mi Dios quisiera. Le decía a mi Dios, como si no estuviera viendo mi corazón, que si yo tuviera la vida de mi padre en mi mano y conociera que no era su santísima voluntad, no se la daría para darle gusto. Sentí tanto consuelo, que no lo puedo explicar; se encendió mi alma en el amor de mi amado Esposo, y oí que me decía: que le agradaba la conformidad que tenía, y que mi padre se pondría bueno al instante. Es tan generoso en dar, que premia lo mismo que da. Me dio conformidad y me la premió.

Me entró una confianza tan grande de que así sería, que me quedé descuidada y tranquila. No tenía intención de manifestar que lo sabía, pero la misma que me lo había dicho, me dijo: que este mismo día, le había dicho mi padre que sintió como si le hubieran aplicado una medicina que le iba curando todo el cuerpo. Que en ese momento entró el médico, y cuando mi padre oyó que estaba haciendo malos pronósticos, se reía, porque veía que se estaba poniendo bueno. En efecto, quedó sano, y ha seguido con mejor salud que antes. A la siguiente visita, el médico lo encontró bueno. Gracias a mi Dios y a mi dulce Madre, que tanto favorecen a esta miserable criatura.

¡Bendita sea por siempre su infinita misericordia! Amén.

[110] Enfermedad o incidente que viene inesperadamente.

“nueva entrada al convento”

Vamos con la nueva entrada, que fue donde lo dejé para seguir con lo que había pasado antes de ir con usted para mi dirección.

Quiera mi Dios, que sea para honra y gloria del mismo Señor, y que corresponda a los grandes beneficios que me ha hecho.

El que mucho recibe, mucho debe, y si en lugar de corresponder con agradecimiento y cuidado en su servicio, corresponde como lo hago yo con ingratitudes ¿qué hará esta alma que lo reconoce con toda claridad? Qué ha de hacer, sino alabar la infinita bondad y misericordia de este amabilísimo Dios y esposo de mi alma, que parece que se olvida de su soberanía y grandeza para atender y favorecer al más vil gusano de la tierra. Humillada en su presencia espero que me perdone y me dé más de lo que he recibido, puesto que es todopoderoso y liberal[111] con los que en Él confían. Sé que por mí misma no puedo pagar, pero este Dios poderoso, que tanto me da, es el mismo que me ha de dar para que pueda pagar, como espero y esperaré siempre.

Padre mío, mi amado Esposo ha querido que sea usted el testigo de lo mucho que he recibido y de lo mal que le he correspondido. Pídale usted a mi amado Esposo y dulce Madre: que yo corresponda a los auxilios de su divina gracia con fidelidad hasta la muerte, y a los acertados consejos y dirección de mis obras para que todas sirvan a mayor gloria de Dios, a quien pido me dé una perfecta obediencia para seguirlos con prontitud y sencillez, como lo tengo prometido, aunque mal cumplido. Vuelvo a prometerlo, mientras espero de mi Dios la gracia de enmendarme de las faltas que he tenido hasta aquí. Y a usted, padre mío: no disimule[112] nada, y perdóneme por lo que haya faltado. Pido a mi amado Esposo: que le dé el premio, por los muchos trabajos padecidos por el bien de mi alma y de todas las demás almas.

¡Dichosos trabajos, que todos son para gloria de Dios!

Con esto se acabará el paréntesis[113].

La entrada de nuevo a la clausura, fue de gran gozo para mi alma, pues venía a la casa de mi amado Esposo en la tierra, y no lo merezco. Con gran alegría y agradecimiento, alababa a mi Dios, y le pedía: perdón por lo mal que le había correspondido en los años que había estado en su santa casa; su gracia para servirlo con nuevo fervor, y que por su misericordia no me volviera a echar de su casa, pues quería servirlo en todo, apartada de todo lo del mundo. Por este favorcillo que me hacía, tenía que besar las paredes del convento. Cuando llegué al coro, se aumentaron mis deseos de permanecer en su santa casa, aumenté mis súplicas a mi Dios para que así fuera, y entonces oí que me decían:

-No temas, que no volverás a salir.

Sentí mucho consuelo y se lo agradecí mucho a mi Dios, pues aunque en las palabras me engañara, esperaba y espero de su infinita misericordia que así será. Lo siento en mi interior, por lo tanto, no puedo creer que sea de otra manera, y si lo

[111] Generoso.

[112] Disculpe.

[113] Se refiere a su segunda entrada al convento.

fuere, hágase en todo su voluntad. En esta ocasión y siempre, estaré conforme con todo lo que mi Dios quiera sin atender a mi comodidad, pues en todo deseo su mayor honor y gloria.

Si deseo permanecer en la religión, es por la mayor propensión[114], que hay en ella para servir a Dios, pues viviendo con el arreglo que se debe, es un cielo en este mundo, amarnos con verdadera caridad y ocuparnos en alabar al creador ahora, para después hacerlo por una eternidad.

Mi amado Esposo Jesús me conceda por su infinita misericordia, ver las religiones congregadas en perfecta observancia. Ya que por nuestros pecados he tenido que verlas en el estado en que están ahora[115].

¡Dios tenga misericordia de nosotros!

Tenía vivos deseos de empezar una nueva vida libre de respetos humanos, pero no acababa con ellos; el qué dirán, me ha hecho perder mucho, y todavía revive en mí.

Ojalá no reviviera, y estuviera tan muerta a todo que no pudiera atender más que a la voluntad amabilísima de mi Dios para cumplirla sin tardanza; pero caigo en muchas faltas, porque huyo de la mortificación. Le pido perdón a mi Dios.

Procuraba aprovechar las ocasiones de ejercitar todas las demás virtudes, no como debía, pues todas mis obras están llenas de defectos; la voluntad quiere hacerlas bien, pero las tentaciones me molestaban mucho, aunque no me acobardaban tanto como antes y tenía conformidad con la voluntad de mi Dios para padecerlas toda mi vida, con tal de no ofender a mi amado Esposo Jesús.

Cuando fui con usted, estaba fatigada, aunque no era mucho, porque tenía la luz más clara, y mi Dios acudía pronto con sus consuelos.

Sea por todo bendito y alabado eternamente. Amen.

"tiempo que estoy con V.R"

A gloria de Dios y honor de mi dulce Madre, voy a seguir hablando del tiempo que estoy con V.R. hasta cuando Dios quiera.[116]

Ya dije en otra parte, que me quedé muy consolada, después de haber hablado con usted, porque conocí que había encontrado lo que mi alma deseaba. Al salir del confesionario, fui a dar las gracias a mi amado Esposo y Madre dulcísima, y renové todos los propósitos ya dichos, con ánimo fervoroso.

A los tres días[117], el día de la Encarnación, no tengo que decir lo que pasó, pues no olvidará usted este día. Cuando recibí la noticia, hice un acto de conformidad con sentimiento y quejándome a mi Dios de que me hubiera durado tan poco el bien. Me respondieron:

[114] Disposición del ánimo.

[115] Se adelanta al Concilio Vaticano II.

[116] Habla a su director espiritual, P. Joaquín Tendero, rector del colegio de los escolapios desde 1808.

[117] El 25 de marzo de 1809, los franceses se llevaron preso al padre Tendero a Granada. Estuvieron a punto de fusilarlo, y tras un tiempo en el calabozo, fue liberado y enviado de nuevo a Archidona.

-No temas que volverá; que yo lo defiendo.

Me quedé tan consolada que no tuve recelo de que le sucediera ninguna cosa a la vida de V.R. Aquellos días, mis peticiones a mi amado Esposo eran: que le concediera todas las virtudes, y que aquella tribulación fuera para el mayor bien de su alma. A mi dulce Madre y Santo Ángel Custodio, les pedía: que le dieran consuelo a su alma. Por experiencia sé que los trabajos exteriores no son casi nada teniendo consuelos en el alma. Con mucha frecuencia, le decía a mi amado Esposo: que viera con la pronta voluntad con la que se había ofrecido usted a consolar mi alma por su amor.

Ya no digo más, que me estoy haciendo interminable y me parece que no va a querer V.R. tanta paja como en estos últimos papeles voy poniendo; si lo hago mal, me enmendaré y haré lo que mi Dios quiera.

Antes de que usted viniera, volvieron a apretarme mis males y tuve que sangrarme. Aquellos primeros días experimenté mucho alivio, y cuando vino V.R. se mejoraron más con las medicinas espirituales que usted me ordenaba. Así seguí hasta ahora, en cuanto a la salud del cuerpo; aunque este malecillo ha sido desobediente a estas medicinas, la fe no me ha faltado. Las tentaciones fueron menores desde entonces hasta el mes de septiembre que me quedé libre de ellas por la misericordia de mi amado Esposo. Pocas veces me fatigaban, a causa de la gran confianza que tenía en que mi Dios no iba a permitir que lo ofendiera si yo no quería, y como esta confianza me la aseguraba V.R. también vivía con paz interior y con el alma más fuerte cada día, gracias a Dios.

Aprovechando las ocasiones que se me ofrecían, deseaba hacerlo todo con perfección. Hacía lo que podía, aunque no como debía; quería agradar a mi Dios, a quien tanto debo, pero por mucho que hiciera para agradarle, no hacía nada, pues todo me viene de su mano, me quedo aún con más deuda y entonces tengo que pedirle a mi Señor: que me perdone, y que con su mismo caudal, pague mis deudas.

Todas las criaturas del cielo y de la tierra alaben la amabilísima bondad de mi Dios.

“las tentaciones”

En este tiempo, las tentaciones que he tenido han sido algunas que me parece que no se me van a quitar, pues a veces les doy crédito, aunque usted me haya dicho que no lo debo hacer.

La primera: es la repugnancia que tengo para decir los favores que mi amado Esposo ha hecho y hace a mi alma; no los puedo negar, pero a veces me parece que no lo son o que digo más de lo que son o que estos favores no son para mí, o que lo estoy engañando, y otras cosas de este estilo. Ésta no es la menor de las tentaciones, pues viéndome obligada por la obediencia que me ha puesto usted, de escribir todos los beneficios que mi amado Esposo Jesús ha hecho a mi alma, no puedo dejar de hacerlo sin hacer que mis ingratitudes sean mayores por faltar a la obediencia que me lo manda para honra y gloria de la misericordia infinita de mi amado Esposo.

Mi amado Esposo y dulce Madre me asistan con su gracia, y guíen mi pluma para que lo haga como debo, a gloria de mi Dios y honor de mi dulce Madre.

Desde el día 29 de Marzo, los favores que mi amado Esposo me ha hecho en la oración, eran más continuos; no sé explicarme ni me atrevo a poner nombre a las cosas que en mi alma han pasado en todo tiempo, pero conozco que cada vez han ido a más, que cada vez tenía más conocimiento de los divinos misterios, y que mi alma se unía más a mi Dios.

El día que he dicho, tuve un gran conocimiento de este misterio. Estos conocimientos encienden mucho el alma en el amor de este Dios tan grande. El entendimiento se para y no puede caminar, al ver que toma la naturaleza humana tan baja y la une a su divinidad, se queda como suspenso, en admiración, amando aquel sumo bien que el entendimiento no sabe comprender, y a la voluntad se le pasan las horas sin conocerlo. El entendimiento está tan ocupado que no puede discurrir; cuando intenta hacerlo, se halla tan anegado en aquel mar infinito de Dios, que la memoria no le sirve, porque lo que tiene presente, no la deja acordarse de otra cosa, y cuando se pone a hacer algo, es acordarse de los beneficios de este Dios, y de la mala correspondencia de las criaturas. Lo que digo no es como un recuerdo, sino que lo veo por el conocimiento que el alma recibe de su Dios.

Estas cosas me pasaban con mucha frecuencia: conocía que mi Dios hacía un gran favor a mi alma, pero no sabía explicarlo ni lo sé; sólo puedo decir que he tenido muchos de estos en diferentes días.

El Jueves Santo, tuve la luz de los misterios de aquella sagrada noche, aprendiendo de mi amado Esposo los ejemplos que nos enseñó, en particular de caridad y humildad. De los efectos que me causa, solo sé decir, que parece que se imprimen en el alma, y la enseñan a practicarlos, de suerte que no se olvidan tan pronto. El alma queda por algunos días encendida en el amor de Dios y del prójimo, y está ansiosa de tener la ocasión de ejercitar las virtudes que le han enseñado a practicar. Sabe amar a Dios y al prójimo; con facilidad halla disculpa para sus defectos, y al mismo tiempo le duele tanto ver a su Dios ofendido, como se alegra de saber que hay quien lo ame. A veces se pone fuera de sí, de pena o de alegría; ver a Dios ofendido le causa una gran pena, y ver que hay quien lo ame, le causa un gozo tan grande que parece que se deshace de alegría, viendo a su Dios amado. Esto me ha sucedido en todo tiempo, en particular después de haber recibido un favor grande; y como en el tiempo del que estoy hablando han sido más continuos los favores, así mismo, han sido más continuos estos efectos y afectos en los que el alma se deshace en amor.

No puedo ir diciéndolos en particular, porque me sucede como el que tiene mucho dinero que ha recibido sin saber cuánto, que solo puede decir que tiene mucho.

Con la ayuda del Señor diré lo que recuerde, y voy a empezar por lo primero que le dije a V.R. por una casualidad. Al parecer, si no hubiera faltado a aquel acto de comunidad, no se lo hubiera dicho, pues no pensaba en ello.

Estaban hablando delante de mí de algunas injurias que hacían los herejes al Santísimo Sacramento; apenas lo empecé a oír, me dio mucha pena ver a mi amado Esposo ofendido, pero aumentó mi pena oír que me decía:

-Mira lo que estoy sufriendo por quedarme en este sacramento para tu consuelo y remedio.

Al oír estas palabras, estaba empezando a comer y lo dejé; me fui al coro, y allí, recordando mis ingratitudes, se aumentaron más vivamente los afectos a un Dios tan

misericordioso. Mi amado Esposo me fue dando tanto conocimiento de aquel amor infinito que le hizo quedarse sacramentado, que me hizo perder el sentido. Cuando volví en mí, un poco encendida por aquel amor que mi alma conocía, aunque no como es, pues eso no se puede comprender, me deshacía en afectos de agradecimiento. Me hallaba tan falta de fuerzas que me fui a la cama. Era por la siesta, y allí me quedé otra vez sin sentido, gozando mi alma del amor de mi Amado todo el tiempo que quiso, hasta que me echaron de menos en el coro y salieron a buscarme. Ya habían rezado las vísperas y dije: que me había quedado dormida y no había oído tocar; iba tan atontada y tan sin fuerzas, que no sé cómo pude rezar; no se me quitaba la gana de seguir con aquel sueño, sino que se aumentaba con las divinas alabanzas.

No me acuerdo cuando fue, pero me parece que fue en la semana de Pascua de Resurrección o poco después.

Bendita la misericordia infinita de mi Dios que tanto ha favorecido a esta ingrata y miserable criatura.

"Veía mi alma a la Santísima Trinidad"[118]

El día antes de la víspera de la Pascua del Espíritu Santo, estando en la oración de comunidad, me quedé de pronto en recogimiento interior. Veía mi alma a la Santísima Trinidad tan inmediata, que parecía que estaba unida a mí, pero no lo estaba, y me concedieron mucha luz de este misterio incomprensible. El día siguiente, me hizo mi Dios el mismo favor; me parecía que mi amado Esposo Jesús ofrecía al eterno Padre todos sus santísimos méritos, y que el Espíritu Santo me ofrecía sus dones. Lo que en mi alma pasó, no tengo términos con que explicarlo. Cuando aquel día fui al confesionario con usted, todavía no podía hablar sin trabajo. Al mismo tiempo que me veía tan favorecida, me humillaba tanto ver lo que yo era, que me parecía que no podía haber otra criatura más miserable, lo que hacía mayor la misericordia y bondad de mi Amado para conmigo. Estos días hasta el día de la Santísima Trinidad fueron de gran recogimiento, y en la oración contemplaba los divinos atributos.

El día de la Santísima Trinidad, después de la comunión, teniendo a mi amado Esposo Jesús en mi alma, me parecía que se quejaba a mí, como hace un esposo con una esposa, de los beneficios que ha hecho a los hombres, de la mala correspondencia de éstos, y del execrable olvido de los beneficios que habían recibido, en particular el de la Redención. Me causó en el alma mucha pena y un gran deseo de agradecer estos beneficios por mí y por todas las criaturas. Como yo no podía dar las gracias como debía por mí sola, le pedía a mi amado Esposo Jesús y a mi dulce Madre que dieran las gracias por mí.

Pasé toda la mañana tan embebida que solo podía estar, invitando a todas las criaturas del cielo y de la tierra para que alabaran y dieran gracias a mi Dios y Señor, por todos los beneficios que me había hecho a mí y a todas las criaturas. Mi alma estaba fuerte, pero aquel día, el cuerpo estuvo tan malo que no podía hacer nada y tuve que acostarme. Me había costado mucho trabajo atender a las cosas precisas.

[118] Este tema lo repite a lo largo de los escritos, asegurando que entiende el misterio, y así lo explica.

Mi amado Esposo Jesús estaba tan presente a la vista de mi alma que unas veces me preguntaba: si quería ser toda suya, y otras, me decía:

-¿Me amas?, mira qué poco me amas.

Los efectos que causaban en mi alma estas palabras de mi amado Esposo, no lo puedo explicar; solo los que experimenten la bondad de este Dios de las misericordias, podrán conocer lo que causa en el alma. Me vi libre de tener que atender a nada, más que a mi Amado, y continué haciendo los mismos convites para alabarlo. Se deshacía mi alma en afectos de agradecimiento y de dolor, viendo ofendida tan gran majestad. Entre actos de amor y de dolor, pasaba el tiempo que estaba capaz, porque algunas veces solo podía gozar; parecía que mi Dios y Esposo de mi alma, por las palabras que me decía de cuando en cuando, no quería que se acabara aquello. Por la fuerza del amor, no sé cómo no me quedé acabada y sin vida; se la ofrecía sin parar; quería perderla por su amor o padecer las mayores penas que quisiera para que todas las almas lo amaran, y fuera conocido de toda, aunque fuera hasta el día del Juicio, y mi Amado recibía mi ofrecimiento con agrado. Le pedía que me dijera: en qué podía darle gusto y desagraviarlo de tantas ofensas como recibía, y me dijo mi amado Esposo:

-Ofrece todos los días a mi Padre, en veneración de los treinta y tres años que viví en este mundo, treinta y tres veces todos los merecimientos de mi Santísima vida en satisfacción de los pecados del mundo y en acción de gracias por todos los beneficios y todos los méritos de mi Madre. Quiero que te ocupes en este ejercicio, para gloria mía y bien de tus prójimos.

Esta fue mi ocupación el día de la Santísima Trinidad desde la comunión hasta el día siguiente de madrugada, cuando cesaron estos coloquios.

Me quedé tan sin fuerzas, que en dos o tres días no sé cómo hacía las cosas. El día primero que hubo comunión, quien me había quitado las fuerzas me las volvió a dar. Desde entonces, como sabe usted, el ofrecimiento de la sacratísima vida y Pasión de mi amado Esposo y dulce Madre lo sigo haciendo, y lo ofrezco para remedio de todas las necesidades espirituales y temporales a que estoy obligada.

Pasó este día y llegó el de la fiesta del Santísimo Sacramento. No fue menos, porque en este día además de la mucha luz que recibió mi alma de este misterio, y del exceso de amor de mi Dios para con los hombres, me mandó mi amado Esposo Jesús, que lo adorara y alabara por todas las criaturas; y como mi Dios da lo que manda, me dio muchos deseos de adorarlo en todos los sagrarios del mundo. Lo hacía con el espíritu, invitando a mi dulce Madre y santos Ángeles a que lo hicieran por mí y por todas las criaturas. Llegó la hora de la procesión en que sacan a mi amado esposo por las calles; empecé a temer si harían algún agravio a mi Amado por lo que empecé a pedirle eficaces auxilios y gracias para los pecadores; para los herejes que conocieran a mi Señor y lo adoraran en todos los Misterios de nuestra Santa Fe, y para los justos mucho amor para que lo amaran y acompañaran por las calles.

Yo deseaba acompañarlo con el espíritu, ya que no podía con el cuerpo.

Cuando llegó la hora de la procesión, me parecía que iba a los pies de la custodia, donde sin cesar adoraba a mi Dios por mí y por todas las criaturas. Lo alababa con

dulces afectos, porque era tanta la dulzura y suavidad con que mi Amado recreaba mi alma, que no lo puedo explicar. Así estuve no sé cuánto tiempo; sería más de media hora. Cuando se empezó a rezar el rosario de comunidad, no pude seguirlo por estar en lo que he dicho. Cuando se acabó de rezar, me salí del coro para ver si podía distraerme, y cumplir con la obediencia que manda no tener mucho tiempo seguido de oración pero en no queriendo Dios que mi alma se distraiga, aunque esté en el mayor bullicio, está sola con su Dios. Así pasé todo este día y toda la octava con gran recogimiento interior, y muchas veces ocupada en dulces coloquios con mi Señor Sacramentado. A veces me decía: que le diera mi corazón. Yo le pedía el suyo, y me parecía que me lo daba. Estos días, los favores unas veces eran de gozo en mi alma en contemplación y otras en dulces coloquios.

¡Bendito sea mi Amado, mi Dios!

El día del Sagrado Corazón de mi amado Esposo Jesús lo pasé lo mismo; tuve de particular que vinieron malas noticias, que fatigaron a las religiosas, pensando que pronto nos echarían fuera. Aunque yo tenía la satisfacción de lo que me había dicho mi amado Esposo el día que entramos al convento, acudí de nuevo a pedirle: que si era su santísima voluntad no saliéramos de su santa casa, y mi amado Esposo me dijo:

-No temas, que no saldrás.

En prenda de lo que me decía, me daba su corazón. Este favor me puso como fuera de mí, con una alegría tan grande que me duró todo el día siguiente. Haciendo las cosas me echaba a cantar algunos versos que se me venían, aludiendo a este favor. ¡Cómo era mi Jesús! A mí me había dado en prendas su corazón, y yo le suplicaba que recibiera el mío. Lo hacía con mucho cuidado para no decirlo delante de la gente, porque estaba que parecía tonta.

[119]Estos días, que he dicho, todos fueron de favores, unos mayores que otros.

El mes de Julio no me acuerdo de ninguna cosa de particular, aunque no puedo decir que no hubo nada; tuve algunas sequedades y tentaciones, pero lo más que me duraban era dos días seguidos, y después tenía otro y otros de consuelos. Lo llamo así, porque podía tener recogimiento en la oración, y hacer todas las cosas con fervor. En los días de sequedad lo hacía todo, pero con trabajo. Las tentaciones me afligían, aunque no como otras veces, pero cuando se me ausentaba mi amado Esposo, temía mucho que se hubiera ausentado por mis culpas, pues como soy tan miserable, siempre puedo temerlo con fundamento. Estos días, lo que hacía era pedir perdón de todos mis pecados, hacer actos de conformidad con la voluntad amabilísima de mi amado Esposo Jesús, y ofrecerme a padecer todo lo que quisiera y toda la vida, con tal de que yo no lo ofendiera.

El día de la Asunción de mi dulce Madre, en la oración de la mañana mi espíritu vivió en el cielo. Estaba viendo con los ojos del alma, que a mi amada Madre la coronaba la Santísima Trinidad, el Padre por hija, el Hijo por madre, y el Espíritu

[119] Desde el mes de julio, hasta el ocho de septiembre, cuando entra por segunda vez al convento.

Santo por esposa con tanta hermosura y gloria, que no sé decirlo; me parecía estar cerca de mi dulce Madre que me miraba con agrado y me ofrecía su amparo. Todo el día se me fue en este recogimiento; tenía que atender a otras cosas, pero el interior estaba recogido en continuas alabanzas a la Santísima Trinidad, agradeciéndole las gracias y privilegios que había concedido a mi dulce Madre. A ésta le daba muchas enhorabuenas. Me parecía que estaba al lado de mi amada madre, y esto causaba un gran consuelo a mi alma. Seguí, algunos días con este recogimiento, pues quedó en mi alma tan grabada la vista de la gloria, que me costaba trabajo no estar allí.

Acabé el mes con recogimiento en la oración y casi siempre de contemplación. No recuerdo ningún favor particular, aunque no era chico favor estar siempre recogida en la presencia de mi Dios.

Los primeros días del mes de Septiembre, tuve sequedades y tentaciones *molestosas*[120] que me fatigaron. El día ocho, día de la Natividad de mi dulce Madre, V.R. me había ordenado: que hiciera el voto de conformarme con la amabilísima voluntad de mi Dios en todas las cosas, fueran prósperas o adversas; de darle gracias por todo, y de no obligarme más que a culpa leve, si por mí misma faltaba. Me alegré tanto de poder hacer este voto, que estaba deseando que llegara la hora. He deseado toda mi vida tener esta virtud, pero por mi miseria he faltado a tenerla con la perfección que debía. Cuando oí que usted me mandaba que lo hiciera, se llenó mi espíritu de fervor y de consuelo. Lo hubiera hecho sin que me lo mandara, si no hubiera sido por no faltar a la obediencia. Desde la noche antes del día señalado, mi amado Esposo empezó a preparar mi alma, dándome mucho recogimiento interior, y el conocimiento de mi miseria e ingratitudes a los muchos beneficios que he recibido de su misericordia infinita. Este conocimiento me humilla mucho, pero mi amado Esposo siempre me lo ha dado antes de algún favor grande. El principio o preparación ya es un favor, porque el alma se humilla hasta la nada que es, y se enciende en el amor de un Dios de tanta bondad y misericordia para con sus criaturas.

Como no me venía el sueño, aquella noche la pasé alabando a mi amado Esposo. Por la mañana me preparé para comulgar como acostumbro, pidiéndole a mi dulce Madre: que me alcanzara adornar mi alma con todas las virtudes para recibir a mi amado Esposo Jesús Sacramentado. Después de comulgar hice el voto que he dicho, y se encendió mi alma con un amor a mi Dios muy grande. Al mismo tiempo que se quedaron suspendidas todas mis potencias y sentidos, vi a la Santísima Trinidad, en particular a la segunda persona unida a mi alma con tanta unión que parecía que no podría separarse jamás mi alma de mi Dios. Conocí que me concedían poder para obrar con sabiduría, y un amor que me unía aún más a mi Dios. Lo que esto causó en mi alma, no lo sé explicar. Aquel día se admirarían los ángeles viendo las misericordias de mi Dios con una criatura tan ingrata, y no se espantarían menos al ver que después de ser tan favorecida, siga siendo ingrata.

Bendito seáis Esposo mío amabilísimo que tantas misericordias habéis tenido conmigo.

Que todas las criaturas del cielo y de la tierra te alaben y te den gracias por mí.

[120] Molestas.

Quedé después de esto, incapaz de vivir entre criaturas ni podía atender a las cosas de la tierra; me costaban trabajo, porque mi Dios y Esposo de mi alma se había llevado toda la atención de mis potencias y sentidos. ¡Ojalá! se los llevara siempre como ese día, si así fuera la voluntad de mi amado Esposo Jesús, porque algunas veces se me va la imaginación, empieza a vaguear y se extravía con facilidad; pero con la gracia de mi Dios se sujeta y recoge otra vez.

Desde Septiembre hasta el día de hoy, llevo una temporada con la imaginación más inquieta; pocas veces he tenido la oración sin alguna distracción, pues me parece que he puesto de mi parte lo que he podido para evitarlo. Si ha sido por mi culpa, mi amado Esposo y Dios me perdone, me dé luz para conocerla y con su gracia me enmiende. Si es porque así lo quiere, yo lo recibo gustosa y le doy gracias por todo, pues todo mi consuelo es que se cumpla en mí su santísima voluntad.

Hasta la *domínica* tercera de Septiembre, seguí con gran recogimiento en todo, y algunas veces se encendía aún más en mi alma el amor de mi amado Esposo.

El domingo que se celebran los Dolores de mi dulce Madre, hice los otros dos votos: hacer lo mejor en todo, y obedecer a V.R. Por mi miseria, a los dos he faltado, y pido perdón a mi Dios y a V.R. como ministro del Señor.

Este último voto, tuve repugnancia en hacerlo; temía que iba a tener muchas dificultades para cumplirlo, pero el deseo que tenía de hacer en todo la voluntad de mi Dios, que la veía en la de V.R., me lo hizo fácil y se me quitaron bastantes de los temores que tenía desde el día que usted me lo mandó, hasta el día que lo hice.

Sea a gloria de mi Dios y honor de mi dulce Madre, a quien pido todos los días: que me alcance la gracia de cumplirlos con perfección. Por mí, nada puedo; todo me lo dan, y espero que me lo den por la poderosa intercesión de mi dulce Madre.

Antes de la comunión tenía el temor de faltar a ellos con facilidad, y me parecía que me decía mi dulce Madre:

-No temas, que yo como madre te ampararé.

Se me quitó el temor que tenía, y así lo he experimentado. Si algunas veces faltaba, al instante me ha avisado mi dulce Madre, he sentido mi falta, y he tenido cuidado de poner de mi parte para no volver a caer. Conozco que se lo debo a mi amada Madre, que me alcanza los auxilios que mi Dios me da. No me acuerdo si fue este día, el que vi a mi dulce Madre que sentada en un trono, tapaba con su manto el colegio[121] y este convento, y los defendía de los enemigos. Lo digo con duda, porque no recuerdo cuándo fue.

No me acuerdo de otra cosa; no es que no quiera decirla, sino que estoy confundida, y no puedo decir que he tenido algo, solo por parecerme que sí. Si después me acuerdo, diré lo que no haya dicho, que quizá no sea verdad, y por eso se me olvida. Dios quiera librarme de decir mentiras, me acuerde de todo para decirlo, y le dé luz a usted para conocer lo que no sea cosa de Dios, sino de mi fantasía, como me parece que serán algunas cosas.

[121] Colegio de los Padres Escolapios.

“me hiere el corazón como una saeta”

Desde el dicho día hasta el presente, me entra de pronto un amor tan grande a mi Dios que me enciende, me hiere el corazón como una saeta, y me causa dolor como si me clavaran alguna cosa con mucho ardor[122]. Más o menos, según la fuerza que trae, algunas veces parece que me hacen una herida, y luego otra, y otra, pero con tanta dulzura y consuelo en el alma, que solo esta experiencia lo puede explicar. Cuanto más fuerte vienen, más gozo le da al alma; su consuelo sería que acabara su vida antes que dejar de sentir aquello. El alma se deshace por su Amado, y como el Amado le dice: que es toda suya, más y más se abraza con estos coloquios, y todo su consuelo está en ser toda de su Amado. Cuando le dice el amado Esposo a esta alma:

-Mi voluntad es la tuya, ¿qué quieres que haga?

El alma le dice a su Amado:

-Tú sabes, bien mío, que solo tengo voluntad para desear que seáis amado por todas las criaturas, y que no seáis ofendido.

El Amado responde:

-Tu voluntad es la mía.

Es cierto, que en esta ocasión no tiene esta alma más voluntad que la de su amado Esposo, y por eso le dice: que la voluntad de esta alma es la suya. Otras veces, le pregunta el Esposo a esta alma, como si no lo supiera: si lo ama. Al alma le causa esta pregunta dos efectos: uno de humillación, porque ve cuán poco lo ha amado y lo limitado que es su amor, y al mismo tiempo que se humilla al alma, se enciende en deseos de amar más y más a su Amado, y le dice:

-Tú sabes, Amado mío, lo poco que te he amado, y lo que te deseo amar.

Otras veces, le pide un corazón para descansar en él, y se queja de las ofensas que recibe de los pecadores. El alma viendo a su amado Esposo ofendido, se llena de dolor, y quisiera padecer aunque fueran todos los tormentos del infierno si con esto pudiera conseguir que su Amado no fuera ofendido. Procura adorarlo, alabarlo y darle gracias para resarcirlo en algo, para darle gusto, y el Esposo lo recibe con agrado. Es tanta la bondad de este Señor, que nos busca para que le amemos como si necesitara nuestro amor para algo; parece que se hace el necesitado para enriquecer al que desea darle.

Bendito sea este Dios de infinito poder.

Estas cosas y otras semejantes le pasan a esta alma, aún en los tiempos de menos fervor sensible. Cuando menos lo piensa, en los tiempos de más recogimiento en que el alma se halla herida por su Amado, y las potencias como endiosadas, la unión es más íntima. Son tantas las diferentes cosas que experimenta el alma, que no sé explicar lo que le pasa. Si supiera explicarlas lo haría por cumplir con la obediencia, pero no me sé explicar. Si algún día, mi amado Esposo me diera luz para ello, lo haré. Hoy no puedo explicar ni las cosas que otros días me habían sido fáciles. Tengo el entendimiento oscuro, porque mi amado Esposo se ha ocultado, y la luz está algo más oscura, aunque no mucho. Si no fuera porque tengo mucha confianza en su misericordia, me asustaría más.

[122] Lo describe como la transverberación de santa Teresa.

Por un lado, temo que sean mis culpas la causa de haberse ocultado mi amado Esposo estos días, pero por otro lado, me consuela que mi voluntad esté pronta para arrancar o quitar de mí cualquier cosa que no sea de su agrado. Como estoy cierta de que mi Amado ve los deseos de mi corazón, me causa consuelo, procuro examinar mis obras, y pido a mi Dios perdón de mi miseria y de los defectos que conozco; de los que no conozco espero enmendarme por su gracia. Deseo darle a mi Dios gusto en todo, porque lo merece; aunque no me diera premio ni consuelo en esta vida, todo mi consuelo está en agradar, servir y amar a mi Dios por ser quien es.

Si yo pudiera haría que todas las criaturas lo amaran, mas vos sí podéis hacerlo, Señor mío, Esposo mío, y Dios mío. Vos mismo podéis encender en todas las criaturas el fuego de vuestro divino amor. ¡Ojalá que yo viera arder a todas las criaturas en este amor!

A gloria de Dios y de mi dulce Madre.

La vista y unión de la Santísima Trinidad en mi alma, la he tenido tres o cuatro veces, como la del día ocho de Setiembre. No me acuerdo en qué días ha sido; sí me parece que una fue el día de Todos los Santos, que en la comunión de ese día, me parece que vi a la Santísima Trinidad, como ya he dicho, y fue un día de gran consuelo para mi alma. En este día siempre he recibido algún favor particular, y este año recuerdo que todo el día se me pasó en contemplación de la Divinidad, como si estuviera en la gloria viendo a todos los santos, y me parecía que mi dulce Madre estaba inmediata a mí.

A partir de ese día, tuvimos comunión doce días seguidos: éste de Todos los Santos, el de los difuntos y después le siguieron los diez días de ejercicios o de retiros. En el primero el día de Todos los Santos, me parecía que veía a la Santísima Trinidad, como ya he dicho. El segundo día, tuve mucho consuelo, porque me parecía que mi amado Esposo estaba sentado en mi corazón como si éste fuera un trono, y me decía:

-Pídeme, que tu corazón es trono de mi misericordia.

Me dio gran confianza para pedir, y pedía por todo; en particular le ofrecí la comunión a las ánimas del purgatorio, y le pedí a mi amado Esposo: que las sacara de penas; que los méritos de su Sagrada Pasión los uniese a mis obras de aquel día, y sacara muchas almas para que fueran a alabarlo por una eternidad. Me pareció que veía salir muchas almas del purgatorio y subir al cielo. Quedé llena de gozo y con gran cuidado para hacer por este fin cuanto pudiera.

No le dije todo a V.R., porque me parecía que eran disparates de mi cabeza. Ahora pienso lo mismo, pero como tengo la intención de escribirlo todo, aunque sean tonterías, allá se las halla usted con ellas. Dios le dé luz para conocer lo que fuese verdad, y a mí gracia para ser dócil. Lo que recuerde ahora, que no he dicho del todo, lo diré, pues algunas cosas no las he terminado de decir por creerlas tonterías, como he dicho, y otras por olvido. Mi amado Esposo me perdone mis faltas. Ahora, he renovado el propósito de no dejar nada sin escribir por obediencia, aunque no tengo mucha confianza en cumplirlo, pues he hecho muchos propósitos, me he confesado, como usted sabe, sintiendo haber faltado a la voluntad de mi Dios, y con todo, he vuelto a caer. Esto es lo que yo soy.

Dios tenga misericordia de mí y me tenga de su mano para que no falte tanto a su santísima voluntad.

“las noches las pasaba en coloquios con mi amado Esposo”

Sigo con lo que iba diciendo.

En estos diez días, me concedió mi amado Esposo un amor lleno de dolor por mí y por todas las demás criaturas por haberlo ofendido, pero un dolor tan dulce y amoroso, que a todas horas me deshacía en afectos tiernos con mi Amado. Hasta el sueño se me quitó, porque las noches las pasaba en coloquios con mi amado Esposo. Cuando se iba bajando un poco la llama en el corazón, se presentaba mi Amado a la vista de mi alma en algún paso de la Pasión, ya con la cruz a cuestas, ya coronado de espinas o azotado. Unas veces se quejaba del olvido de las criaturas que había redimido con tantos trabajos; como si no lo hubiera hecho por ellas, no se acordaban, y le ofendía mucho la dureza de su corazón.

Mi alma correspondía con agradecimiento por lo que había hecho por mí y por todas las otras criaturas, y pedía perdón para todos por las muchas ofensas que le hacían. Aumentaba mi pena, cuando mi amado Esposo me decía: que además, le ofendía más que las culpas, que desentendieran los auxilios que les daba. Con más pena, yo le pedía: que les concediera más eficaces auxilios. En fin, esto era no acabar.

De este modo pasé los diez días.

En las comuniones espirituales, lo mismo; cuando le pedía perdón, veía que le agradaba y me parecía que se inclinaba a perdonar. Un día de estos, tenía deseos de decírselo como V.R. me manda, pero no lo hice, porque tenía el temor de que por mi falta de explicación, pudiera decir otra cosa distinta de lo que es, y engañarle a usted sin querer. Con estos pensamientos me fui al coro a rezar las horas, y después de la comunión, le pedía a mi dulce Esposo: que no permitiera que engañara a V.R. Entonces vi a mi amado Esposo que con una luz grande estaba alumbrando a V.R. que tenía mi alma en sus manos; al mismo tiempo, alzaban[123] en la misa, y me dijo mi amado Esposo:

-Mira la obediencia mía que a la voz de mis ministros, bajo del cielo a la tierra.

Por una parte quedé consolada, conociendo que no se engañaría usted, porque mi Dios le daba luz, y por otra parte, reprendida por mi falta de obediencia. Al otro día le dije todo lo que hace Dios por mí, y cuán poquito pongo yo de mi parte para agradar a mi Dios. Claro que mi Dios hace como quién es, y yo como quién soy. Nada bueno puede haber en mí, si no me lo da por su misericordia mi amado Esposo y Dios.

Salí de estos días con el espíritu fervoroso, y así seguí todo el Adviento, y con mucha frecuencia se inflamaba mi alma en el amor de mi amado Esposo.

El día de la Concepción de mi dulce Madre y durante toda la octava, repitió mi amado Esposo el mismo favor que el día ocho de Septiembre. Fueron unos días de recogimiento y de coloquios, ya con mi amado Esposo, ya con mi dulce Madre, y aún me parece que cada día iban aumentando más los golpes de amor que de pronto

[123] Momento de la elevación de la Sagrada Forma durante la misa.

me venían, conforme se iba acercando el misterio de amor del Nacimiento de mi amado Esposo Jesús.

"La Nochebuena"

La Nochebuena se aumentó tanto que no había rato libre. La contemplación de ver la grandeza de un Dios hecho Niño, no es para menos, y además durante la primera misa, estando yo ofreciendo a mi dulce Madre mi corazón para pesebre, y pidiéndole que lo purificara, me parecía que veía a mi Madre dulcísima con mi amado Esposo en sus brazos, lo ponía en mi corazón como si fuera el pesebre, y me decía: que agradeciera tan gran fianza[124] de amor.

Así estuve un gran rato gozando de las dulzuras de mi Dios-niño y de mi dulce Madre a quien pedía: que diera las gracias por mí y por todos los mortales por quienes había querido hacerse hombre para redimirnos. Este favor lo repitió mi amado Esposo todos los días de la Pascua. Cuando comulgaba, lo veía en mi corazón, niño hermosísimo, que regalaba mi alma con mucha dulzura.

El día de la Circuncisión, me parecía que se la hacían viéndola yo. Le pedía a mi amado Esposo: que me purificara con su preciosa sangre, y me parecía que al caer las gotas de sangre en mi alma, quedaba hermosa y blanca como la nieve. Después me daba mi dulce Madre a mi amado Esposo Jesús, que me decía:

-Mírame tan chiquito, herido y derramando la sangre por ti. Dame tu corazón donde descansar.

Estando en mi corazón, grabó su Dulcísimo Nombre en él, y me dijo:

-Ya este corazón no es tuyo, ya es todo mío, pues el nombre dice de quién es.

No puedo decir los afectos de mi alma para agradecer tan grandes finezas de amor a mi amado Esposo Jesús, y le pedía a mi dulce Madre, a los santos Ángeles, y a todos los Santos y Justos de la tierra: que alabaran a mi amado Esposo por mí, y le dieran las gracias.

No es para dicho el fuego de amor que encendieron estos favores en mi alma ni sé cómo pasé estos días. Si no pierdo el juicio ni hago muchos disparates, es un milagro, porque toda la atención se la lleva mi amado Esposo Jesús.

¡Bendita sea tan gran bondad!

¿Quién puede ser tan ingrata a tan grandes beneficios, sino yo? Creo que no puede haber otra criatura más miserable. Si el menor de los beneficios que me ha hecho a mí, se lo hubiera hecho a otra, hubiera sabido corresponder con gran cuidado. En mí se ve la misericordia de mi amabilísimo Dios y Esposo de mi alma, que sabiendo desde la eternidad todas mis ingratitudes y pecados con los que había de corresponder a sus beneficios, no ha detenido sus misericordias.

Alabado sea eternamente por todas las criaturas.

Otro día, me parece que fue en mayo, no me acuerdo cierto cuándo fue, pero lo que sí recuerdo es, que mi amado Esposo había grabado en mi corazón la cruz y los

[124] Obligación que se adquiere, como garantía.

clavos, y que vi con los ojos del alma a mi amado Esposo cómo estaba en la Pasión. Se afligió mi corazón al verlo tan dolorido, y me dijo:

-Mira, esposa mía, cómo estoy por tu amor.

Le daba gracias por tanto como había querido padecer por mi amor, y le pedía: que grabara en mí su santísima Pasión para que siempre la tuviera presente, y no pudiera olvidar tan gran beneficio para dedicarme a un continuo agradecimiento. Entonces me dijo: que como esposa, me daba su cruz y sus clavos y que en mi corazón los grababa. Al mismo tiempo, sentí un gran dolor en forma de cruz con dos puntas arriba y una abajo. Con toda claridad conocí cómo formaba la cruz, en los extremos los clavos, y encima la corona. Sentí unos dolores como de espinas, con tan gran ardor que se me abrazaba el corazón a la vez que sentía tan gran consuelo en mi alma, que no lo puedo explicar. Este favor de sentir un dolor que me recordara la Pasión de mi Amado, lo tengo con mucha frecuencia; a veces parece que voy a perder la vida, pero con tanto consuelo en mi alma que cuanto más aprieta, más consuelo tengo. Algunas veces siento como si me pincharan un poquito, luego otro poquito y otro, a la vez que noto ardor, pero se me pasa pronto. Cuando el dolor es más seguido me dura días enteros; al mismo tiempo, mi alma inflamada en el amor de mi amado Esposo Jesús, me hace alabarlo, darle gracias, y desear más y más padecer por su amor.

¡Bendito sea tan gran señor! Amén.

"vi a mi amado Esposo en forma de pastor"

Otro día vi a mi amado Esposo en forma de pastor y a mi dulce Madre como pastora. Tenían otras ovejas al cuidado de un pastor que atendía al Pastor Divino y dulce Pastora para darle gusto y hacer su voluntad; con todo, estas ayudas tenían poco que hacer. A una de estas ovejas le tenía tanto amor el Divino Pastor y la Divina Pastora que siempre la tenían cerca, y la cuidaban mucho. La Pastora la tomaba en sus brazos y la acariciaba con gran amor. A todo esto atendía el Pastor con cuidado. Cuando esta oveja desagradecida quería retirarse, su Buen Pastor la volvía a llevar, de modo que esta oveja no se retiraba nunca. Apenas iba a retirarse, le pedía la Pastora, que no se fuera, y el Pastor la sujetaba. Con los halagos que le hacían, se estaba quieta a los pies de la Pastora y al lado del Divino Pastor, por eso no tenía que hacer mucho el pastor a quien estaba encargado el cuidado de las ovejas.

El día 30 de diciembre[125], estaba un poco afligida por la repugnancia que tenía para darle cuenta de mi conciencia, y por otro lado, la fatiga que me causó que me dijera V.R.: que le estaba quitando a mi amado Esposo, el honor y gloria que le debía dar, no manifestándole a usted lo que me pasara. Estas dos cosas me traían preocupada. Me fui al coro, y le pedí a mi amado Esposo: que si era su santísima voluntad, que me ayudara a decir todas las cosas y que me quitara los temores tan grandes que tenía.

[125] 1810. Vuelve a una fecha anterior.

“un árbol infructífero”

Estando en esto, vi un jardín que en medio tenía un árbol infructífero. El dueño del jardín se tomó tan en serio su cuidado, que no cesaba de regarlo, cortarle ramas…, era tanto lo que se afanaba que parecía que le hacía falta para algo, pero no podía ser, pues tenía otros muchos y no lo necesitaba para nada. Además tenía un jardinero que cuidaba del jardín, no descuidaba nada, lo trabajaba bastante, y a pesar de eso, el dueño no dejaba de cuidar todo el jardín, en particular este árbol que he dicho. El árbol con tantos cuidados empezó a dar frutos que el dueño recogía con mucha alegría, se los daba al jardinero y le decía: que se los guardara para cuando quisiera enseñarlos a sus amigos, puesto que era el fruto de sus trabajos, ya que el árbol era infructífero y antes no podía darlos. Así lo hacía el jardinero; los tomaba y los guardaba. El dueño no guardaba ninguno para él; apenas estaban sazonados chicos y grandes, todos se los daba al jardinero. Parecía que el dueño se contentaba con que vieran lo mucho que le costaba hacer que este árbol diera fruto, y quería que lo vieran sus amigos para que alabaran su cuidado.

Lo que entendí, no es necesario explicarlo, porque V.R. lo entendió desde el principio e hizo que lo pusiera en práctica. Me sirvió para quitarme un poco la repugnancia que tenía por conocer más clara la voluntad de Dios.

Me parece que esta era la explicación que yo le di, pero se la diré por si me engaño: el árbol infructífero soy yo, incapaz de tener un pensamiento bueno; si mi Dios no me lo da, no puedo dar fruto bueno de mí, sino fruto malo; si he de dar alguno bueno, ha de ser a fuerza de los auxilios que Dios me da, ya por medio de sus inspiraciones, ya por la doctrina de sus ministros, ya por otros medios de su sabia providencia. La criatura no tiene nada bueno por naturaleza, si no lo recibe de su Dios. Lo que tiene bueno, como es del dueño que se lo ha dado y éste quiere que lo enseñe, no lo debe ocultar. El dueño se lo ha dado, porque ha querido y tiene gusto en que lo vean sus amigos.

Lo otro que entiendo sobre esto no lo quisiera decir, porque no acomoda[126], pero si lo que he entendido es verdadero, la idea no es mía, sino del que me la dio. Me veo obligada a decirla y lo haré, aunque me repugne bastante: el dueño del jardín es mi amado Esposo, el jardinero es V.R. a quien mi amado Esposo ha puesto para que cuide esta alma que mi amado Esposo ha cuidado con tanto trabajo, y que siendo tan seca y miserable, ha hecho que eche el fruto de las virtudes, a fuerza de innumerables favores y misericordias. Ha querido que sea usted el que guarde los frutos como testigo para manifestarlo, cuando sea la voluntad de este Dios, como obra de sus manos para que le den gloria y alabanza. Esto es abreviado lo que yo he entendido. Son tonterías de mi cabeza, pero como veo que tengo que manifestar lo que Dios hace en mi alma, temo que algún día se haga público a las criaturas que Dios quiera, y esto no dejo de sentirlo mucho.

Le pido a usted por amor de mi Dios, que si es su voluntad que mi vida se manifieste en algún momento, que no se ponga mi nombre.

Sigo a gloria de Dios y honor de mi dulce Madre.

---

[126] Ajusta, adapta, es oportuno.

En este mes de enero[127], quedó mi alma tan encendida por el favor que mi amado Esposo le hizo el primer día, que casi todos los días los pasaba con gran recogimiento interior. Cuando no tenía la presencia de Dios en cuanto Dios, la tenía de mi amado Esposo Jesús. Me pasaba con mucha frecuencia, que lo tenía presente a la vista de mi alma, en particular los días que estuve en cama. No veía nada, sino que algunas veces tenía el conocimiento cierto de que estaba allí, y sin hablar palabra causaba gran consuelo en el alma. Era como si estuviera ciega, y supiera que estaba junto a alguna persona que yo quisiera mucho; aunque no la viera ni la oyera, sabiendo que estaba con ella, estaba consolada. Así me sucedía muchas veces. Otras, hablaba mi amado Esposo a mi alma, recordándome lo que había padecido por mí, y yo me encendía en deseos de padecer por mi amado Esposo Jesús. En estos dulces coloquios, por mi parte, agradecida por sus beneficios, me ofrecía toda a mi Dios para que hiciera en mí su santísima voluntad. Eran muchos los afectos que en estas ocasiones me daba mi amado Esposo. Algunas veces temo que esto de parecerme que está junto a mí mi amado Esposo Jesús, lo cause mi imaginación; pero por los efectos que me causa veo que está, pues aquel recogimiento interior, y aquel amor que se enciende en el alma, no los puede causar solo el pensamiento ni se pueden causar solo con pensarlo.

Me sucede con mucha frecuencia, por lo regular siempre que tengo dolor de cabeza, que me parece que mi amado Esposo, unas veces está junto a mí coronado de espinas, que es lo más frecuente, y otras veces me parece que está a mi lado, viéndome padecer a mí. Yo no lo veo, solo mi alma conoce que está allí por los efectos que me causa. Otras veces, me parece que veo con los ojos del alma, que me pone su corona, y siento mucho dolor al mismo tiempo que un gran consuelo en mi alma, y otras veces lo veo en algunos pasos de su santísima Pasión.

En este mes, los días que perdía la comunión por no tener licencia del médico para levantarme, fueron de contemplación de la Divinidad, y de estar toda con Él.

En particular el día de san Julián, tenía gran deseo de comulgar y como no podía ir, hacía con frecuencia la comunión espiritual. A la hora de comulgar la comunidad, estaba tomando el alimento que me habían dado, y mientras, hacía actos de conformidad, viendo que se iban a comulgar y yo no podía ir. De pronto, se presentó a la vista de mi alma mi amado Esposo que me decía:

-Si tú no puedes ir a recibirme, yo estoy aquí para que me recibas. Dame tu corazón para que me sirva de trono.

En esto, me pareció que estaba mi amado Esposo Jesús sentado en mi corazón, y que me decía: que le pidiera como a Rey poderoso. Mi alma lo adoraba, y le pedía: lo primero perdón de mis pecados y de los pecados de todos; que fuera conocido y amado por todas las criaturas; que remediara todas las necesidades presentes, y por último, por todo lo que quisiera que le pidiera. Esta vista de mi amado Esposo Jesús en mi corazón me duró cerca de una hora y la pasé alabando, dando gracias y pidiendo a la infinita bondad y misericordia de mi amabilísimo Dios y Esposo de mi alma. Todo el día estuve encendida, porque paraban poco los coloquios de mi alma

[127] 1811.

con mi Amado, como si estuviera conmigo; todo el día lo pasé callada, la mayor parte del tiempo mirando hacia la pared, pues tenía quien ocupaba toda mi atención, y no la podía poner en las criaturas. Al verme así las que estaban más cerca, creían que estaba peor.

¡Dios sea bendito!

Todos estos días hasta la Purificación, tuve el favor de hacer las comuniones espirituales. Como si comulgara sacramentalmente, mi alma gozaba de mi amado Esposo Jesús como si lo viera en mi corazón, unas veces glorioso y otras doloroso. Estaba deseando que llegara el domingo o el día de mi dulce Madre, porque esperaba tener alivio para poder ir a comulgar. Tengo experiencia de que lo más que se me ha pasado sin comulgar, por mala que haya estado, han sido ocho días.

Durante una enfermedad que tuve a los diez y seis años de edad, que se me pasó más de un mes y un día en la cama, le pedí a mi amado Esposo Jesús y a mi dulce Madre que no me dieran males de guardar cama, porque perdía de ir a comulgar, como ya dije.

Esto fue poco después de haber hecho el voto de castidad. Tenía muchos deseos de comulgar y me quedé, según creo, dormida; entonces vi a mi amado Esposo Jesús que me daba la comunión, y sentí un gran consuelo. No sé el tiempo que me duró este sueño, pero desperté tan encendida en el amor de mi Dios, que el corazón me abrazaba con tanta alegría que me parecía que había sido verdad. Esto se quedó tan impreso en mi alma, que no se me olvida. Cuando desperté, estaba allí mi confesor y me dijo:

-Vaya, que buen sueño has echado.

Le respondí con toda sencillez y alegría:

-Como que he estado comulgando, y como me parece que es verdad, tengo una alegría que no puedo explicar, porque tengo a mi Dios en mi alma.

Entonces me dijo mi confesor:

-Pues pide a Dios: que si es su voluntad, te alivies para que puedas ir a comulgar.

Así lo hice; pedí: que si era su santísima voluntad, que no me dieran males de guardar cama, sino que pudiera pasarlos de pie, porque perdía de ir a comulgar. Desde entonces no he vuelto a estar en cama, por mala que haya estado, más que seis o siete días seguidos, por eso contaba con que iría a comulgar el día de mi Madre o el domingo.

Llevaba sin comulgar, lo dicho, porque había comulgado el día antes de san Julián. Cuando llegó el viernes, víspera de la Purificación[128], estaba peor. Vino el médico y dijo: que mi enfermedad iba en aumento. Me quedé convencida de que no podría ir a comulgar, pues no tenía licencia ni siquiera para ir a misa. Empecé a hacer actos de conformidad con la voluntad de mi Dios, y estando en esto, me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Comulgarás mañana.

Me pareció que sería una aprensión de mi deseo de comulgar, pero al poco rato vino un recado de la madre correctora, preguntándome: con quién quería confesar

[128] El 1 de febrero, viernes 1811.

para comulgar al día siguiente que era el día de la Purificación. No puedo explicar la alegría de mi alma, al ver la misericordia de mi Dios para conmigo.

Estuve toda la tarde de este día dándole gracias a mi amado Esposo Jesús y a mi dulce Madre, y pidiéndoles: que prepararan mi alma para recibir a mi Dios en el día que había querido ser redimido, el que venía a redimirnos, purificando a la más pura y más santa de todas las criaturas. Les pedía: que purificaran mi alma y me concedieran todas las virtudes, particularmente las dos que más resplandecieron en este día: la humildad y la obediencia.

En esto estuve ocupada todo el día y toda la noche, pues estaba mi espíritu tan fervoroso que no me daba sueño, esperando aquella visita de su Amado, estaba deseando que amaneciera este día. Pero aquella mañana mi Dios me preparó una humillación o conocimiento de mi nada. Por lo regular me sucede en todas las ocasiones en que mi amado Esposo quiere hacerme algún favor. Esta preparación es un favor muy grande, pues la humildad le da al alma un conocimiento de sí misma que le hace conocer y amar mucho más a Dios. Sabe que ni ella ni ninguna criatura puede hacerlo como merece, pero desea amarlo de veras y que todos lo amen. En esta disposición estuve hasta que llegó la hora de comulgar, y entonces mi Amado avivó mis ansias de recibirlo. Después que lo recibí, se renovó en mi alma el mismo favor que el día ocho de Setiembre: vino a mi alma la Santísima Trinidad, y lo mismo que ese día, estuve toda la mañana en contemplación de la Divinidad sin poder hacer nada más que gozar. Cuando el entendimiento iba a caminar, quedaba suspenso, y la voluntad aún más encendida. Este estado me duró casi toda la mañana, y cuando me pasó, me quedó la presencia de mi Dios tan viva y las potencias de mi alma tan en Dios, que pasé el resto del día en dulces coloquios con mi amado Esposo. Me parecía que estaba junto a mí y que algunas veces me decía: que atendiera a la obediencia y a la humildad que me habían enseñado con su ejemplo mi amado Esposo y mi dulce Madre a quienes debía imitar. Humillada al ver que me falta todo esto, pedía perdón, y para que me concediera estas dos virtudes, ponía por intercesora a mi dulce Madre y le pedía: que como Madre y maestra, me enseñara a practicarlas conforme a la voluntad de mi Dios.

No sé, padre mío, cómo no me avergüenzo mucho más, al ver lo que recibo y que correspondo con tantas ingratitudes, descuidos y miserias. Solo la paciencia y bondad de Dios podrá sufrirme y continuar dando a mi alma sus divinos auxilios con tanta abundancia. Cuando mi amado Esposo Jesús pone a la vista de mi alma los ejemplos de sus virtudes y me dice que lo imite, me entra una fuerza y una luz tan grandes, que solo mi miseria podría olvidarlas. Aunque no se me olvidan del todo, no soy cuidadosa y no dejo de tener muchos descuidos y faltas.

Que por su misericordia infinita me perdone.

Por la tarde de este día me puse tan aliviada que me parecía que estaba buena. Unas veces los favores de mi Dios y Esposo de mi alma me ponen mala, y otras veces, me ponen tan buena y tan fuerte que no parece que he estado mala, aunque aún lo esté. Pensé que al otro día podría ir a comulgar y a misa, como lo hubiera hecho si hubiera tenido licencia, pero solo me la dieron para la misa. Yo me hallaba bien para todo, les pareciera o no, pero lo confirmaron al ver que volví de misa con fuerzas. A mi parecer me dio fuerzas el rato tan bueno que había pasado. Estando

comulgando la comunidad, se avivaron en mi alma los deseos de comulgar, hice un acto de conformidad y deseé recibir a mi amado Esposo espiritualmente, ya que no podía ser de otra manera. En esto que oí que me decía mi amado Esposo Jesús:

-Aquí me tienes esposa mía, que si a ti te ha impedido la obediencia ir recibirme, mi poder todo lo puede.

Se encendió en mi alma tanto el amor a mi Dios que el corazón parecía que se me quemaba, y mi alma veía a mi Amado con mucho agrado en mi corazón. Unas veces, me decía: que si lo amaba, que mirara lo que a mí me había amado, y otras cosas semejantes. No sé cómo no perdí la vida. Aunque no había empeorado mi mal, todas me riñeron por haber ido a la misa.

"Mi amado Esposo estaba enojado"

Un día en la oración, me parecía que veía una iglesia grande, y que en lo más alto de ella estaba mi amado Esposo Jesús y mi dulce Madre. Mi amado Esposo estaba enojado, porque en esta iglesia había muchas personas de todas las clases, muy afligidas. Unos hombres furiosos, que estaban en la parte de fuera de la iglesia, parecía que iban a echar abajo la iglesia, la hacían estremecerse y la querían destruir, según los fuertes golpes que con toda su furia le daban. Los que estaban dentro clamaban a mi amado Esposo y dulce Madre, que se mantenían enojados, y no atendían a los que clamaban. Los que estaban fuera, cada vez daban los golpes más fuertes, y los que estaban dentro seguían clamando, y pidiendo a mi dulce Madre que se compadeciera de ellos y les alcanzara el perdón. La dulce Madre empezó a pedir por aquella iglesia, y entonces mi amado Esposo les concedió el perdón, y el enojo que manifestaba con los que estaban dentro de la iglesia, lo dirigió a los que estaban fuera dando golpes, y habían estado persiguiendo a la Iglesia. Cuando mi amado Esposo dio un golpe enojado, unos se tiraban por tierra, otros huían, y otros entraban en la iglesia, dándose golpes en el pecho y pidiendo misericordia. La iglesia quedó libre de todos los que la querían destruir. Los de dentro, con mucha alegría, alababan a mi amado Esposo y a mi dulce Madre, por quienes vino el bien de poder desenojar a mi amado Esposo. De este caso no recuerdo nada más.

"Pastor Divino"

Otro día, vi un campo, y en él muchos pastores y ovejas. Mi amado Esposo era el principal pastor, y tenía repartidas las ovejas a distintos pastores; unos tenían más y otros menos, pero todos procuraban dar gusto al Pastor Divino, que estaba muy complacido, viendo que sus ovejas estaban tan bien cuidadas. Había además una casa donde solo había pastores que cuidaban a los corderitos. A uno de sus pastores que cuidaba ovejas y que estaba más cerca del Pastor Divino, le dio el cuidado de aquella casa de pastores. Este pastor andaba muy apurado; no podía dejar a las ovejas y tenía que cuidar de la casa. El Divino Pastor estaba muy contento con este pastor, por el celo que tenía para cumplir con todo lo que le mandaba.

Esto lo digo por obedecer a V.R., que me manda que diga todo lo que me pase, pero me parece que el enemigo me pone estas cosas para distraerme de la oración.

Como lo pensaba así, le pedí a mi amado Esposo que me quitara aquel pensamiento si era cosa del enemigo, porque cualquiera de estas cosas que he dicho, me ha ocupado el tiempo de la oración.

En todo, sujeto mi juicio a lo que V.R. me diga por la luz que mi Dios le da. De corazón le pido: que no permita que le engañe en lo que llevo dicho de mi vida, diciendo lo que no es, por culpa de mi mala explicación o inteligencia. Por la misericordia de mi Dios estoy libre, y no he caído en esa miseria, pero no puedo dejar de temer, pues me parece que el ejercicio de las virtudes, no acompaña a los favores. No niego con esto que Dios sea misericordioso y pueda repartir sus misericordias a quien quiera, pero mis temores están, o en no decirlo como es.

No le fatigue a V.R. oír tanta repetición; aunque la fatiga se me quita un poco, con lo que usted me dice, no puedo desechar los temores. Si fuera posible que V.R. lo supiera sin decirlo yo, no tendría miedo. Al menos, con decirle que tengo temor, me consuelo. No encuentro en mí las virtudes que debía tener, según los favores que he recibido, de humildad, obediencia y todas las demás virtudes, que no digo por no dilatarme. Las deseo, pero el desearlas no es tenerlas, pues me parece que no pongo de mi parte lo que debo, y si lo hago, me parece que es con poco espíritu. Todo lo quiero hacer bien para dar gusto a mi amado Esposo.

No digo más por no cansar a V.R. que ya estará cansado de oírme. Quiero sujetar mi juicio a su dictamen, y no ser cansada.

No me detuve en explicar lo que yo entendía de las dos cosas que dije antes, porque me parecía que no era necesario; pero por si acaso usted lo quiere, diré algo, aunque lo que pueda decir está claro: lo primero es el estado en que está la santa Iglesia perseguida, y lo siguiente, que por la misericordia de Dios, seremos perdonados y restituidos a la paz y amistad de nuestro Dios. Los que ahora nos persiguen serán castigados, y algunos se convertirán. Lo segundo es que veía florecer la santa Iglesia, con abundancia de pastores y ovejas, que daban agrado al Pastor Divino.

Esta me parece que es la sustancia de lo que yo entiendo, no sé si me engañaré.

Después de este día, tres de Febrero, los favores no han faltado unos días más y otros menos, aunque no han sido tan continuos, y algunos días fueron de sequedad por no haber tenido el espíritu fervoroso. Es como el que tiene que hacer alguna cosa, y unas veces se la dan hecha, y otras la tiene que hacer solo, o con alivio de quien le ayude, pero no se la dan hecha. Así, como en el tiempo de los fervores te dan las cosas hechas, todo te parece poco, porque como no te cuesta trabajo, crees que no haces nada, y estás deseando hacer más. Otras veces, cuando el alma no está tan fervorosa, trabaja con gusto, porque conoce que lo debe hacer por un Dios que todo lo merece, y desea hacer mucho; pero como el alma no está tan fervorosa, le cuesta más o menos trabajo, según esté el espíritu.

En este tiempo no me han faltado consuelos, en particular los días de comunión, pues la unión con mi amado Esposo era más íntima. Los prontos de amor que me vienen, como he dicho otras veces, no me han faltado. Unos días más frecuentes y durante más tiempo, donde he tenido algunos coloquios, y otros días no han sido tantos, ni tan largos.

Antes del día de hoy que es dieciocho de marzo, en la comunión he tenido mucho consuelo por ser más íntima la unión con mi amado Esposo Jesús, que le hablaba a mi alma con palabras de mucha dulzura, manifestando lo mucho que me amaba, y lo mal que yo correspondía. Humillada, pedía perdón y gracia para enmendarme, pues por mí nada puedo, y he seguido todo el día recogida. En la oración de comunidad me parecía que estaba viendo a mi amado Esposo Jesús al lado derecho, un poco más abajo a mi dulce Madre, y al otro lado a mi padre señor san José. Les pedí: que me recibieran allí, a sus pies, y me pareció que lo hacían. Mi dulce Madre me decía: que tuviera por padre y amparo a su amado Esposo, pues mi amado Esposo Jesús lo había tenido en lugar de padre mientras vivió en este mundo, y le agradaba mucho que lo honraran. Me causó mucho consuelo verme protegida por Jesús, María y José, y les pedía: que me ampararan en todos los tiempos.

El día lo acabé con mi alma inflamada en el amor de mi amado Esposo, dulce Madre y su esposo mi señor san José, a cuyo honor ofrecí todo lo que hiciera en su día para gloria de mi Dios.

Al día siguiente, día de mi padre señor san José, me concedió mi Dios y Esposo de mi alma el conocimiento de mi nada, y de la grandeza de mi Dios. Todo el día estuve humillada amando la bondad de mi Dios, y laboriosa buscando en qué poder agradarle. Me parecía que estaba a los pies de María y José, no solo cuando estaba en el coro, sino por donde quiera que fuera, de suerte que no podía distraerme; me parecía que los veía, y me causaba mucho respeto la presencia de tan grandes señores.

Aquella tarde, le pedía a mi amado Esposo: que quería estar siempre a sus pies como otra Magdalena, para llorar mis pecados y los de todos los que lo ofendieran. Me parecía que mi amado Esposo me decía: que entrara en su corazón, y me pareció que mi alma entraba allí, de donde salió bien encendida, y también dolorida, porque no halló a muchos, que amen a este Dios de amor. Si quitaran todas las cosas que no son del gusto o agrado de este Señor, y las aborrecieran como si fueran estiércol, verían cuán suave es, porque todo es nada, y solo encontrar y hallar a Dios, es hallar el verdadero tesoro. Se halla con tanta facilidad, porque Él mismo sale al encuentro de quien lo busca; pero hay muy pocos que lo quieran buscar, y prefieren afanarse en buscar riquezas y honras, que no son nada.

-¡Ay amado Esposo mío! ¡Si pudiera hacer que todas las criaturas os amaran y conocieran! Vos sí lo podéis hacer, Amado mío, haced que os conozcan, haced que os amen con toda el alma, con todo el corazón y con todas sus fuerzas. Yo quisiera poder amaros por todos los que no lo hacen.

Padre mío, pídale V.R. mucho a mi amado Esposo que yo sea fiel, pues todo se vuelve en fervorcillos que poco valen. Espero de su misericordia que me conceda poder agradarlo todos los días de mi vida. Así lo espero por la intercesión poderosa de mi dulce Madre y mi protector mi señor san José.

Así sea para gloria de Dios.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

En los días que van desde el veinte hasta el veintinueve, solo me ocurrió que el veinte y el veintiuno, estuve con más recogimiento interior en la presencia de Dios.

El día que mi amado Esposo me hace este beneficio, estoy más dispuesta para la práctica de las virtudes, particularmente para la oración, en la contemplación de la Divinidad. Aunque la empiece mirando algún momento de la Pasión, parece que me llevan a la contemplación de la Divinidad sin poderme detener en lo que toca a la sacratísima humanidad; por consiguiente, en estos días que llamo de recogimiento, está el alma más inflamada en el amor de su amado Esposo y Dios.

Cuando diga que he estado con recogimiento, lo explico así, sin tener otra cosa de particular que decir. Ya lo sabe V.R. para no tener que volverlo a decir, y si no le parece bien, haré lo que me mande.

El día veintidós de marzo por la mañana, después de la comunión, había estado contemplando la Pasión; me parecía que veía a mi amado Esposo Jesús poniendo en mi cabeza una corona de espinas, que me causó un dolor de cabeza muy grande. Esto me ha sucedido muchas veces, y casi siempre procuro desentenderme, porque me parece que el dolor de cabeza es natural, causado por mis humores[129], pues lo he padecido toda la vida. Por la misericordia de mi Dios lo he llevado con paciencia, teniendo presente los dolores que mi amado Esposo Jesús sufrió por mí con la corona de espinas. Siempre los he ofrecido a la Divina Justicia, unidos a los de mi amado Esposo Jesús, en satisfacción de mis pecados y alivio de las ánimas del Purgatorio. Este dolor no lo consideré un favor particular como otras veces, aunque me aproveché de él para pensar en los dolores de mi amado Esposo. Lo padecía con alegría, porque lo padecía por mi Amado, y tenía algo que ofrecer a la Divina Justicia por mis pecados y los de todos.

Llegaba la hora del coro, deseaba ponerme bien para poder ir, pues como estaba me parecía imposible. Rezábamos de feria[130], y era necesario prestar gran atención y aplicación, pero el dolor de los ojos no me dejaba fijar la vista. Me puse una masilla de mostaza para que bajara el humor que yo pensaba me lo causaba, pero no adelanté nada, al contrario, empeoró más el dolor de cabeza. Con todo, fui al coro. Me costó mucho trabajo, pero lo pasé con la consideración de mi amado Esposo en la cruz, que me daba fortaleza para llevarlo con gusto. He seguido con este dolor nueve días, y además se me hicieron unas llagas que podían ser del remedio que me puse, cuando quise curarlo. Quien las veía me decía: que me iba a quedar buena de la cabeza. Les respondía la verdad: que antes la tenía peor, pues tenía los dolores continuamente, y desde que tenía el humor bajo, estaba mejor. Yo pensaba que no tenía que pedir que me curara, a quien me los daba, sino agradecérselo; lo más, que me los templara para poder cumplir con las alabanzas divinas, como V.R. me ha mandado que haga en estas ocasiones. En los demás días que he pasado así, lo he hecho.

“día de los Dolores de mi dulce Madre”

La principal falta, no la conocí hasta el jueves. Al preguntarme V.R. por las piernas, me vino al pensamiento lo que he dicho del remedio que me hice, y porqué

[129] Líquidos de un organismo vivo.

[130] Memoria vigilia etc. de un santo, cuando el rezo del día es de otro santo mayor.

lo deseché. Me vino la luz el día de los Dolores de mi dulce Madre. Este día en la siesta, tenía un dolor de cabeza muy fuerte; mi amado Esposo Jesús estaba junto a mí, y cuando me ponía la corona, empecé a hacer lo mismo, quería desentenderme, pero no podía; de pronto, me parecía que me hablaba mi dulce Madre y que me decía:

-¿Por qué no quieres atender al beneficio que te hace tu amado Esposo, de que participes de los dolores que por ti sufrió? No seas ingrata y agradece este beneficio.

Con esto conocí que no le agradaba mi resistencia; le di gracias a mi amado Esposo, y pedí a mi dulce Madre: que las diera por mí, pues conocía que no merecía estas misericordias de mi Dios.

Poco después, empecé a dudar otra vez, pensando que eran disparates de mi cabeza, y con esto me puse un poco tibia. En todos los otros días, había estado fervorosa a todas horas, unas veces más y otras menos, pero esta noche me quedé sin fervor para nada. Me puse a escribir, y no podía; todo lo tenía confuso y me parecía que todo era mentira, de modo que me hacía padecer bastante. Si decía que no tenía nada que decir, veía que era mentira, y decirlo me parecía también mentira. Con todo, me hice fuerza para escribir lo que le di a V.R. Sabía que no iba como debía, pues en la disposición que estaba, no podía más. De pronto, conocí que era un castigo, pedí perdón a mi amado Esposo y dulce Madre, y ofrecí enmendarme, y decir todas estas faltas a V.R. Ha sido también medicina para el cuerpo, pues el dolor de la cabeza se me ha quitado. Gracias a mi amado Esposo y dulce Madre, he podido escribir sin dificultad. Cuando me puse a hacerlo, me parecía que seguía con la misma oscuridad, pero acudí a mi dulce Madre y le dije: que yo quería obedecer, y que guiara mi pluma para escribir todo lo que fuera la voluntad de mi Dios. Empecé a escribir, y he seguido sin trabajo.

Dios sea bendito y alabado por todo, y me dé su gracia para ser obediente en su voluntad y juicio. Amén.

El día 23, estuve con menos recogimiento, y tuve yo que trabajar, porque no me lo daban hecho, aunque me ayudaban mucho. En estos días que estoy así, tengo más faltas; la imaginación se me va y no estoy tan pronta para aprovechar todas las ocasiones que se presentan. Cuando lo advierto, ya no tiene remedio, lo siento y pido perdón a mi amado Esposo por mi descuido. A pesar de que es tanta mi ingratitud y mis descuidos, la misericordia de mi Dios no deja de favorecerme.

Por la tarde de este día que voy diciendo, iba al coro algo distraída. Al entrar, me dio alguna pena verme tan miserable sin tener el pensamiento ocupado en mi Dios, como debía. Adorando a mi amado Esposo Sacramentado, al instante me quedé con gran recogimiento, y me parecía que mi amado Esposo me decía:

-Aquí me tienes para tu consuelo y para curar tus miserias.

Mi alma le correspondió con asimiento[131], le di gracias al mismo tiempo que le manifestaba mi miseria y flaqueza, como si no lo supiera. Esto me daba mucho consuelo, y me parecía que estaba mi amado Esposo muy amoroso, regalando[132] mi

[131] Apego, afecto, adhesión.

[132] Acariciando, dando muestras de afecto y benevolencia.

alma. Quedé recogida lo que quedaba del día, ocupada en alabar la infinita bondad de mi Dios que tanto favorece a una criatura tan ingrata como yo, que solo corresponde con continuas ingratitudes.

Alábenle por mí todas las criaturas.

El día 24, amanecí dándome cuenta de mi nada y de la grandeza de mi Dios. Me sentía humillada sin poder hacer otra cosa que estar con gran encogimiento, adorando, alabando su grandeza, infinito poder y majestad, con mucha vergüenza por el conocimiento de mí misma, aunque sin fatiga, y con mucho recogimiento de potencias. Este beneficio es el que más agradezco; le pido perdón a mi amado Esposo, por lo poco que me aprovecho de él.

"segunda persona de la Santísima Trinidad"

El día 25, amanecí con la misma disposición que el anterior, por lo que clamaba a mi dulce Madre, como acostumbro siempre: que me alcanzara el perdón de mis pecados y purificara mi alma para recibir a mi amado Esposo Jesús Sacramentado. Lo recibí con gran encogimiento. Contemplando la grandeza del Dios que recibía, le di las gracias, porque se había dignado venir a mi alma, y por el beneficio de la Encarnación. Después de la comunión, hice la contemplación de este misterio, y tuve una luz muy clara, como si viera a la segunda persona de la Santísima Trinidad tomar la naturaleza humana. A esta obra, concurría toda la Santísima Trinidad, pero solo la segunda persona se unió a la naturaleza humana y se hizo hombre para poder morir por el hombre. Aquí mi alma veía el amor tan grande de Dios para con nosotros.

Meditando en estas cosas pasé la mañana, unas veces alabando a mi amado y dándole gracias, y otras se quedaba el entendimiento como parado en admiración, sin que la voluntad pudiera hacer otra cosa que querer amar.

Por la tarde, volví a tener mucho encogimiento; temía que por mis ingratitudes mi dulce Madre no me quisiera por hija, porque no lo merecía, pues no me portaba como debía. Este pensamiento me afligía, y le pedía: que me perdonara; que conocía que no merecía ser hija de tal Madre por mis ingratitudes, pero que me recibiera por su esclava; que me castigara o hiciera de mí lo que quisiera, pero que no me desamparara. Entonces, me pareció que veía a mi dulce Madre que amorosa me decía: que era mi madre, y que con cuidado buscaba mi bien, pero que yo no correspondía a la enseñanza y doctrina que como madre y maestra me daba. De nuevo le pedí perdón y le ofrecí: vivir con más cuidado la práctica de las virtudes para poder imitar a mi amado Esposo y dulce Madre.

¡Ojalá fuera más cuidadosa! Me parece que soy cada día peor y más descuidada. No solo no busco las ocasiones de practicar las virtudes, sino que algunas veces las pierdo por falta de atención y cuidado.

El amado Esposo de mi alma y su dulce Madre favorecen mi alma con eficaces auxilios, le dan luz para que conozca los ejemplos que le han dado con su santísimas vidas, y con frecuencia se los ponen a la vista de su alma que conoce con mucha claridad los ejemplos que le mandan seguir. No los puede practicar con la misma perfección que los divinos maestros, pues eso no lo puede hacer ninguna criatura,

aunque sí podría, ayudada por la gracia, pero cuanta más recibe, más obligada está, y por consiguiente mayor es su ingratitud si no pone todo el cuidado necesario.

Padre mío, por eso digo: que me parece que soy cada día peor, porque no paro de recibir, y cuanto más recibo, más debo, y más culpables son mis descuidos.

Esto es lo que yo puedo sacar de mí, y no puedo más.

Mi amado Esposo Jesús me perdone, y me dé todo lo que quiera que tenga. Si me da mucho, que su honor y gloria me lo dé a mí y también a todas las criaturas.

El día 26, lo pasé recogida. Yendo al coro aquella tarde, estaban hablando de malas noticias sobre las cosas que estaban pasando. Yo en mi interior, dije: por más que digan, espero en ti Esposo mío y Dios mío que sois todopoderoso y un padre amoroso y compasivo para sus hijos. Me entré en el coro, donde oí con palabras la voz de mi amado que me decía: que le agradaba mi confianza. Se quejaba de la falta de confianza que tienen las criaturas, pues solo confían en sus fuerzas o en las de otras criaturas, sin poner su confianza en el que es todopoderoso; por eso se hacen indignos de que el que todo lo puede, acuda a remediar sus necesidades. Por la luz que mi amado Esposo me dio, conocí lo mucho que desagradaba a mi Dios esta culpa, pues parecía que ataba sus manos para no dispensar sus misericordias.

Padre mío, aconseje V.R. a todos: que pidan con mucha confianza en la bondad misericordia y poder, de este amabilísimo Dios y Esposo de mi alma, que quiere que lo hagamos así. Si la confianza de muchas almas fuera humilde y contrita para darle honor y gloria, ya estaría acabado el castigo. Así me pareció que lo entendía yo. Le pedí a mi amado Esposo: que nos diera a todos luz para conocerlo y conociéndolo, amarlo, porque amándolo confiaríamos en Él, y no lo ofenderíamos. Esto lo pedí para todas las criaturas por quien mi Amado ha derramado su preciosísima sangre hasta acabar su vida en una cruz. Yo quisiera que no se perdiera en ninguna alma, el fruto de tan copiosa Redención.

El día 27, estuve más distraída y caí en algunas faltas; una de ellas fue faltar al silencio, no por hablar alto, sino por haber hablado sin necesidad, después que se tocó a silencio. La otra falta de este día fue: hacer menos comuniones espirituales, pero al instante que lo conocí, le pedí perdón a mi amado Esposo.

El día 28, encendió mi amado Esposo su amor en mi alma varias veces al día, pero no me duraba mucho.

El día 29, desperté aquella mañana tan recogida y fervorosa que parecía que había estado en oración, y estaba bien dispuesta para ello. Lo primero que me vino a la memoria, aún sin acabar de despertar, fue la oración del Padrenuestro, pero apenas pasé de "Padrenuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre", me quedé en la contemplación de estas palabras, deseando que fuera conocido, alabado, reverenciado y temido.

Un rato después de esta oración, me parecía que mi amado Esposo Jesús estaba junto a mí, no porque lo viera, sino porque mi alma lo sabía, y sentía gran consuelo y al mismo tiempo, le causaba tanto respeto y amor, que me parece que si fuera

aprensión[133], no me podía causar los efectos que me causaba. Desde el principio del día hasta el final seguí con recogimiento.

El día 30, estaba distraída, y me costó algún trabajo sujetar la imaginación. Además fui miserable; caí en algunas faltas nacidas de mi amor propio y falta de humildad. Aunque se me presentaban con apariencia de bien, tenían escondido mucho amor propio.

Gracias a mi Dios que me dio luz para conocerlas, antes de que acabara de caer en ellas.

Dios sea bendito.

La Gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

El día 31, puse mucho cuidado en ejercitar las virtudes. Sin devoción sensible y humillada, veía mis ingratitudes y mis muchas miserias, y le pedía perdón a mi amado Esposo. Deseaba acertar en agradarlo, haciendo en todo su Santísima voluntad, pues este era el único consuelo que deseaba y que deseo. Algunas veces no me faltó la visita de mi Amado, encendiendo mi alma en su amor; me duraba poco, pero quedaba otra vez animosa, aunque con alguna sequedad.

La mañana del día primero de abril, la pasé lo mismo que el día anterior.

Por la tarde, sentía más fervoroso el espíritu, tenía más frecuentes las inflamaciones de amor y cualquier cosa movía mi espíritu para amar a mi Dios. La primera cosa que lo encendió fue ir al coro con un gran deseo de ser toda de mi Dios sin interés de ningún otro bien, más que ser solo de mi Dios, y con esto no temería cuantos trabajos, persecuciones, aflicciones, y miseria pudieran venirme. Me encendí tanto que no quería ni podía decir otra cosa que:

-No quiero otra cosa más que a vos, Dios mío, nada, nada más que a vos.

Si me acordaba de que podía tener demasiada pobreza, me llenaba de alegría, si tuviera que pasarla por mi Dios. Todo lo que miraba de bienes en el cielo o en la tierra, no lo quería, si con ello no iba a estar unida a mi Amado. No temía todos los males juntos, si no me apartaban de mi Dios. Seguí todo aquel día con estos pensamientos y afectos, y lo acabé recogida, como he dicho otras veces.

“viendo a mi Amado a los pies de Judas”

El día 2, amanecí recogida como lo había estado toda la noche. Los ratos de sueño que tuve eran cortos y despertaba como si hubiera estado en oración, alabando a la Santísima Trinidad en sus atributos y perfecciones divinas. La noche se me pasó entre sueño y oración, y amanecí tan encendida en el amor de mi Dios, que así pasé toda la mañana. En la comunión fue mayor el recogimiento de mis potencias y sentidos, y mayor la inflamación de amor, a causa de la unión más íntima con mi amado Esposo Jesús.

[133] Opinión infundada o extraña.

Por la tarde, tuve algunas distracciones, aunque podía recoger pronto la atención. Este día, las virtudes que más pedí a mi amado Esposo fueron la caridad y la humildad que son las virtudes que más luz me dan para su práctica, y a las que más he faltado y falto. Pedí perdón, y pedí gracia para practicarlas con la perfección que mi amado Esposo quiere y me enseña con sus ejemplos. También le pido las demás virtudes, y deseo tenerlas todas para agradarle.

Esa noche, ha sido una de las muchas que he recibido esta luz y doctrina de mi amado. Entrando en el refectorio para la colación[134], me vino al pensamiento la cena y el lavatorio. Se me representaba mi amado Esposo lavando los pies de sus discípulos, como si lo estuviera viendo; donde más me detenía era viendo a mi Amado a los pies de Judas. Veía aquella caridad tan grande, que sabiendo que era su enemigo le lavaba los pies con tanto amor y mansedumbre, solo deseando su bien. No puedo explicar la grandeza del amor que veía en el corazón de mi amado Esposo Jesús, que me decía:

-Aprende de mí, esposa mía, cómo te tienes que portar con tus prójimos, aunque sean tus mayores enemigos.

Me entró una clara luz de lo que yo era. Todo lo que hiciera para humillarme ante todas las criaturas, no sería nada, pues soy la menor de todas y la más ingrata de todas a mi Dios. En esta divina escuela me enseñaron a disculpar las faltas de mis prójimos, a compadecerme de ellos, a desear su remedio, y en fin, a amarlos más que a mí misma. Quiera mi amado Esposo que no olvide nunca tan santa doctrina, pero me temo que será para mayor cargo de mi conciencia, pues la he recibido muchas veces, y con todo, por mi ingratitud sigo faltando. Bendita sea eternamente la bondad de mi Dios que no solamente manda, sino que enseña con sus ejemplos, cómo se ha de hacer lo que manda, da la gracia para hacerlo, da los auxilios y lo da todo.

Bendito sea.

Alabado sea este Dios Esposo de mi alma, a quien esta miserable criatura tan mal ha correspondido toda su vida.

Amado mío, que no sea yo ingrata nunca más, sino fiel a vos, todos los días de mi vida. Amén.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Día 3. Pasé este día cuidando de aprovechar las ocasiones de ejercitar las virtudes, pues tenía el alma inflamada, y con deseo de hacer mucho. Si se hubiera presentado alguna cosa trabajosa, quizá la hubiera perdido, porque puedo decir que son mis propósitos y deseos poco eficaces. Fui a hacer una visita a mi dulce Madre, y le pedí: que me alcanzara luz para acertar y hacer en todo, la voluntad de mi Dios. Me parecía que me decía mi dulce Madre: que mi ocupación tenía que ser agradecer a mi amado Esposo Jesús el beneficio grande de la Redención que tan olvidado lo tenían algunas criaturas, que no hacían caso, y con sus culpas lo despreciaban, y otras que no se acordaban de dar las gracias como debían, y viven con indiferencia, como si no hubiera sido para ellas. Me manifestaba mi dulce Madre: que si estuviera en estado de sentir, le haría derramar lágrimas de sangre ver la ingratitud con que corresponden

[134] Comida o alimento ligero, que se toma especialmente en días de ayuno.

los mortales a un amor tan grande del mismo Dios, que quiso tomar la naturaleza humana y morir por todos; que no quiere que tú caigas en esta negra ingratitud, sino que continuamente te emplees en alabarlo y darle gracias a tu Esposo amabilísimo, como si a ti sola te tocara el agradecimiento, pues por ti sola lo hubiera padecido, si hubiera sido necesario. Así agradarás a tu Esposo Jesús y a mí, que te aviso como madre.

Estas palabras me causaron en el alma bastante impresión y grandes afectos de agradecimiento y dolor por no haber ocupado toda mi vida en agradecer y alabar a mi Dios como debía, por éste y por todos los beneficios que por su infinita misericordia, se ha dignado hacerme. Le pedí a mi dulce Madre: que diera las gracias por mí, y a los santos Ángeles y Santos, les pedía lo mismo: que alabaran y dieran gracias a mi amado Esposo y Dios por mí, por todas las criaturas y por todos los beneficios recibidos, en particular el de la Redención. Estos afectos me traían ocupada, y así acabé el día.

El día 4, amanecí penetrada de los mismos sentimientos y afectos; la devoción interior de este día, se aumentó a la hora de la comunión de las ejercitantes[135]. Me dio mi amado Esposo un deseo tan grande de recibirlo, que parecía que mi alma se iba al Sagrario a buscar a mi Amado, y le decía:

-Si yo pudiera, me iría con vos, Amado mío, pero yo no puedo, si vos no me lleváis o queréis venir a mí. Venid amado Esposo mío, y quitad todo lo que haya en mí que os desagrade. Estad conmigo siempre.

Le dije otras cosas semejantes que el amor me hacía decir, porque en estas ocasiones se quitan los temores y se habla con toda satisfacción, como puede hablar una esposa a un esposo que sabe que la ama, o un hijo a su buen padre que sabe lo mismo. Estando en esto, se presentó a la vista de mi alma mi amado Esposo Jesús, que me miraba con mucho agrado, y me decía:

-Aquí me tienes esposa mía; mira el amor que te tengo y lo que hago por ti. Y tú ¿qué haces por mí?

Me humilló mucho conocer mi nada, y al mismo tiempo me encendía el amor de este Dios de bondad infinita, con la más ingrata de todas las criaturas. Solo podía alabar su misericordia y darle gracias.

-Tú sabes Amado mío, que soy la misma miseria y flaqueza, pero Vos que sois poderoso, dadme lo que queréis que tenga y gracia para hacer lo que queréis que haga.

Pasé el tiempo de la misa y algo más, pensando: qué haría para agradar a mi Dios, si nada de lo que hacía me contentaba. Le ofrecía a mi Amado mis deseos de padecer lo que Él quisiera para darle, al menos esto. Me escuchó, y quiso que aquella tarde los dolores que padezco fueran más fuertes.

Sea por siempre bendita su infinita misericordia, que no la detiene mis continuas ingratitudes.

Todas las criaturas lo alaben.

[135] No sabemos el significado, puede referirse a las hermanas que estaban de ejercicios.

A gloria de Dios y honor de mi dulce Madre.

El día 5 amanecí recogida en la presencia de mi Dios, a quien ofrecí todas las obras del día como lo hago siempre, pero este día las ofrecí en honor de mi dulce Madre, en la celebración de sus dolores. Le pedí: que por su dolor me alcanzara el perdón de mis pecados, y que mi amado Esposo purificara mi alma para recibirle sacramentado. Estuve hasta la hora de la comunión ocupada en los actos de las virtudes, fe, esperanza y caridad, con una devoción muy tierna. Mientras el rezo de las horas, me salían lágrimas del consuelo que sentía, y tuve que hacer un esfuerzo para poder rezar, porque no podía más. Interiormente, ocupada en la meditación del Señor que iba a recibir, se me quedaron parados el entendimiento y la voluntad hasta después de comulgar. Entonces, unida mi alma a mi Dios, fue mayor la luz del entendimiento para conocer su voluntad, y mi alma se encendió más, en el amor de un Dios tan grande y tan poderoso, que es tanta la bondad y el amor que nos tiene, que no ha tenido horror de entrar en nuestros pechos.

El tiempo que no tenía el entendimiento parado, lo empleaba en alabar y dar gracias a mi amado Esposo, y convidar a mi dulce Madre, Ángeles y Santos para que lo hicieran por mí. En algún momento me parecía que mi amado Esposo estaba sentado en mi corazón, como si fuera un trono, y me preguntaba: si le amaba. Mi alma respondía:

-Tú sabes Amado mío, cuán poco te amo, y lo mucho que deseo amarte. Dadme, Esposo mío, mucho amor, aunque mucho puede ser nada, para lo que Vos merecéis y yo os debo.

Esta pregunta me la hace mi Amado con frecuencia, como si no lo supiera; al oírla, se me avivan los deseos de amarlo mucho y de que todos lo amen, y siento lo poco que lo he amado toda mi vida.

Así pasé la mañana, y además, me parecía que estaba junto a mí mi dulce Madre, que me aseguraba su protección, y yo recibía un gran consuelo. En la siesta se repitió lo de la corona de espinas, como he dicho otras veces. La tarde la pasé con un fuerte dolor de cabeza, y con sequedad en el alma. Hacía actos de conformidad, y lo llevé con paciencia por Dios y por los dolores de mi Madre, aunque me costaba mucho trabajo.

Gracias a Dios.

“aprende en mi corazón la humildad y la obediencia”

El Sábado día 6, empecé el día como acabé el otro, con sequedad y con la fatiga de que tenía que dar cuenta a V.R. de lo que había pasado en mi interior. Me parecía que iba a engañar a V.R. y por otro lado, el faltar a la obediencia y no decírselo, me causaba mucha más fatiga. Me puse a escribir con esta alternativa, pero no podía, y conocí que era castigo por oponer mi opinión a los consejos de V.R. Hice propósito de manifestarlo, porque era el remedio que tenía para que mi amado Esposo se desenojara.

Deseaba que llegara la tarde para hablar a V.R., porque esperaba que me sucediera, lo que me sucedió: que mi amado Esposo se desenojó y se renovó un nuevo fervor en mi espíritu. Sentía mis faltas, y hacía lo que podía; con todo, tenía frialdad hasta

que hablé a V.R. Después, la frialdad se mudó en fervor, el dolor de las faltas se volvió más vivo, y el deseo de enmendarme, también. El conocimiento de mis faltas, aunque me humillaba, me daba más aliento para confiar en la bondad infinita de mi Dios que tanto me sufre, y que me ha dado tantos medios para volver de mis desvaríos, y conocer sus misericordias. Volvió a encenderse en mi alma su divino amor, por eso le volví a decir a V.R.: que si me quería confesar. Ya me había dicho antes: que tomara agua bendita y lo había hecho, pero en el coro, mientras pedía perdón a mi amado Esposo Jesús, tenía tanto deseo de que fueran lavadas todas las manchas de mis culpas con la sangre preciosísima de mi Redentor, que me hizo ir a pedirle que me confesara. Llevaba el ánimo puesto en la voluntad de Dios, de forma que me sería indiferente y entendería lo que V.R. me mandara. Me quedé serena con haberle dicho mi voluntad, aunque no se cumpliera, y esto aumentó más, el fervor de mi alma.

Cuando fui al coro, dije a mi amado Esposo Jesús:

-Vos sabéis Dios mío, los deseos de mi corazón; el que tengo ahora es: que purifiquéis mi alma con vuestra sangre preciosísima; os lo pido por los dolores de mi dulcísima Madre para que con pureza de alma mañana os reciba sacramentado. En esto me parecía que me decía mi amado Esposo Jesús mostrándome con mucho agrado la llaga de su divino costado:

-Entra por esta puerta a mi corazón y quedarás purificada; y aprende en él la humildad y la obediencia que debes tener a imitación mía.

Me causó tan gran humillación ver mi grandísima miseria, y tan grande la misericordia de mi Dios, que me parecía que mi alma había entrado en aquella sagrada llaga, donde miraba de cerca las virtudes que mi amado Esposo había practicado en este mundo para enseñarme con ellas, y que yo no las aprovecho como debo. ¡Qué cargo le espera a quien tanto debe, y tan mal paga!

Mi amado Esposo Jesús, por los méritos de su santísima Pasión me perdone y me dé gracia para obrar conforme a la luz que recibo, que no la oscurezca con mis ingratitudes haciendo como si no la tuviera, pues según lo que me dan, me pedirán.

Otra más de mis ingratitudes es esta guerra de conformarme con hacer nada más que lo que hacen otras personas, y no querer hacer cosas mayores. Conociendo que recibo más, reconozco que no cumplo lo que otras llegan a cumplir.

Dios tenga misericordia de mí.

Si me durara el fervor que tengo cuando recibo alguno de estos favores, todo estaría bien, pero en cuanto pasan solo dos días, empiezo a tener temores y a ser miserable como si no los hubiera recibido. Esto es lo que yo puedo hacer, aún con tantos auxilios como recibo; si no los tuviera… ¿qué haría?

Bendita la misericordia de mi Dios que atiende a mi flaqueza, y me da la mano para que no caiga en cosas mayores.

De este día solo tengo lo dicho. Con este gran favor, quedé enfervorizada, humillada y con vivos deseos de ser humilde y obediente, por quien por mí, se hizo obediente a todas las virtudes hasta la muerte de cruz. Aunque confío en que la misericordia de mi Dios y Esposo de mi alma me ha de ayudar con su gracia, me temo mucho a mí.

Esto ya lo había dicho otras veces, pero lo vuelvo a decir.

Padre mío, no me oculte nada, porque puede ser que algunas cosas que yo no conozca, usted las puede conocer. Por chicas que sean, no me las pase sin reprender, pues si por mi miseria falto, quiero sentirlo y enmendarme, con la ayuda de Dios. Deseo obedecer sus buenos concejos y mandatos, aunque sean trabajosos, como son algunos, pero los quiero seguir, porque Dios quiere que así lo haga, y me lo dice por su boca. Cuando falto a cualquier cosa de las que me ordena, lo siento, porque falto a la voluntad de Dios.

El día 7, desde temprano, empecé a ejercitarme en los actos de las virtudes y a preparar mi alma para recibir a mi amado Esposo, Jesús Sacramentado. Estaba fervorosa, pero me afligía mucho pensar que, aunque con diferencia, había hecho muchas veces, como los judíos; en el día alegre había dicho, "bendito Dios", y ofrecido todas las cosas; y en el día de la tribulación, le ponía mala cara, y temía ver la cruz. Esta consideración no me acobardó, solo me sirvió para sentir mis infidelidades, y pedir gracia para corresponder mejor en adelante. Llegué a comulgar con el deseo de que este Supremo Rey de los Reyes, entrara triunfante en mi alma, y reinara en ella siempre, si fuera de su agrado, quitando de mí, todo lo que le desagradara. Después de recibí a mi Amado, mi alma lo veía con tanta hermosura, y tan unido a ella, que se quedaba atónita; me parecía que no me podría separar jamás, pues me decía mi amado Esposo: que estaría conmigo siempre.

Así sea.

El día 8, estuve recogida y fervorosa, unos ratos más que otros, pero siempre dispuesta para orar y practicar todas las virtudes, y cualquiera cosa me encendía en el amor de mi Dios. Oí que por la escasez que trae el tiempo, íbamos a pasar alguna pobreza. Pensé que mi alma tendría un consuelo muy grande si me viera pobre, por el que siendo tan rico y poderoso, se quiso hacer pobre; no pude pensar en otra cosa, en mucho rato. Si lo miraba en el pesebre o en la cruz, donde no tuvo ni siquiera agua con qué socorrer su sed, me daban grandes deseos de padecer pobreza. Si la experimentara, no sé si le pondría mala cara; en lo poco que se me ha ofrecido, me ha hecho mi amado Esposo la gracia de que haya sido para mi alma de mucho consuelo. Este día, todas las cosas avivaban en mi alma el amor a mi Dios y Esposo de mi alma, Jesús.

El día 9, empecé el día lo mismo, con mucho recogimiento para la oración. Mi alma estaba atenta a su Dios, mirando a mi amado Esposo en los pasos de su santísima Pasión. Como si lo tuviera presente, tenía a la vista lo que padecía, pero también miraba las virtudes que practicaba. Todas las cosas de esta mañana anduvieron bien, por la misericordia de mi Dios.

Por la tarde no estuve tan bien; como no me lo daban hecho como los otros días, al instante obró mi miseria, y caí en algunas faltas. Mi primera intención fue de caridad para hablar algunas palabras a mi prójimo, pero mi amor propio sacó su parte, y aunque me disculpé, la verdad, debía haber callado algunas cosas como se lo tengo ofrecido a mi Dios, y hubiera hecho lo que debía. Perdí el mérito que podía haber tenido sufriendo algo por quien por mi amor, siendo la misma inocencia, no

abrió su boca para manifestar su inocencia. Me lo pone mi amado Esposo a la vista de mi alma con tanta claridad, para que aprenda cómo debo hacer a su imitación. No puede haber criatura más miserable que yo, que queriendo hacerlo y teniéndolo presente, en un instante me descuido, y cuando acuerdo ya he perdido la ocasión. Cuando reconocí lo que había hecho, pedí perdón. Sabiendo que por mí sola no puedo, renové mi propósito de no disculparme por nada, a no ser que por ello se causara ofensa a Dios.

Pídale usted a Dios, padre mío: que me dé la gracia de no ser tan descuidada, pues apenas se oculta mi Dios un poquito, al instante empiezo a faltar a lo prometido.

Sea por siempre alabado.

La Gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

El día 10 tenía mi interior en buena disposición, pero se puso mejor, después de que se leyó la calenda[136], y se anunció la festividad de la institución del Santísimo Sacramento. La memoria de este exceso de amor encendió en mi alma una llama que la deshacía, viendo el amor de mi amado Esposo. Llena de agradecimiento le pedí: que me diera, siquiera un poquito de aquel amor para poder corresponder al beneficio que nos hacía, quedándose con nosotros sacramentado. Yo quisiera corresponder con el amor de los serafines, y si fuera posible, con el mismo amor con que se ama a sí mismo. Esto me fue dando, cada vez mayores deseos de amar a este Dios, que no se contentó con dar la vida por nosotros, sino que se quedó en este sacramento para sufrir tantas injurias como recibe. El alma estaba enternecida y su ternura se aumentó más con la presencia de mi Amado que me decía:

-Mira cómo corresponden los hombres a la fineza de mi amor; aún de las almas más favorecidas tengo que sufrir muchas veces la indiferencia con que reciben este sacramento de amor.

Padre mío, no puedo explicar los efectos de dolor y de amor que causaron en mi alma estas palabras; de dolor, porque miraba mis tibiezas e ingratitudes con las que había correspondido al infinito amor de mi Dios y Esposo de mi alma, y de amor para convidar a todas las criaturas a alabar a un Dios tan bueno.

Unas veces le decía:

-No sabían, bien mío, que ésta había de ser nuestra correspondencia a vuestros beneficios.

Y el alma respondía:

-Sí lo sabían, pero vuestro amor lo venció todo.

El alma le pedía perdón y le daba gracias y alabanzas por mí y por todas las criaturas. Me parecía que mi amado Esposo Jesús quería que lo hiciera así. Aunque no puedo darle gracias como se merece ni aún por el menor de los beneficios que ha hecho a mi alma, le pedía: que me diera mucho amor para corresponder amándole; que si no me lo daba, yo no tenía nada con que corresponder, pues sabía mi gran pobreza y miseria. Pasé la mañana de este día, unas veces tan penetrada del amor que mi alma había conocido con tanta viveza este día, que se quedaba sin poder hacer otra

[136] Lección del martirologio romano, con los nombres y hechos de los santos y la fiesta del día.

cosa más que amarlo. Yo no sé cómo fue, pero el alma se derretía y no hacía nada ni podía nada. Cuando pasaba esto, el dolor de mis pecados, por ser ofensas a mi Dios y Esposo de mi alma, era como cuando fui a confesar que me hizo no poder hablar todo lo que quería, porque cuando está el alma en esta disposición, no puede hablar. ¡Soy para tan poco! que aún en los afectos interiores de mi alma, solo puedo decir:

-Bendito seas eternamente Amado mío, Dios mío, Esposo mío.

Se me pasa un poco de tiempo, sin poder hablar con Dios, sino lo que he dicho. Me sucede como cuando dos personas se entienden con la vista sin palabras, así mi alma entiende, y sin palabras corresponde; a veces manifiesta sus afectos con palabras, pero no siempre, mientras mayor es el recogimiento menos habla. Este día lo pasé bien, aunque sin parar de hacer cosas, que me podían distraer. Tuve mucho que hacer, y no pude hacer la oración de la tarde ni la de la noche; solo hice la de comunidad; quiero decir que no tuve ningún rato reservado, pero en lo que cabe, estuve todo el día en la presencia de Dios, amándolo, alabándolo y pidiéndole que preparara mi alma el día de la institución del Santísimo Sacramento para recibirlo, en el día que se había entregado para padecer y morir por nuestro amor.

Pasé esta noche al cuidado de una enferma, hasta que fui a comulgar.

El día 11, no tuve tiempo para recogerme, pero mi Dios me concedió, que entre muchos, estuviera sola.

De madrugada, pasaron algunas cosillas que me distrajeron un rato; caí en la falta de no portarme con la humildad debida, tuve algún movimiento de impaciencia, pero por la misericordia de mi Dios, lo reprimí y acudí a mi Dios, pidiéndole perdón y gracia para no volver a caer, y volví a estar en recogimiento. Humillada y cuidadosa, aprovechaba todas las ocasiones que se ofrecieron, que no me faltaron, para ejercitar las virtudes de caridad, paciencia y humildad, gracias a mi amado Esposo que me asistió con su gracia, que si no, todo lo hubiera perdido.

Que mis culpas no den motivo para perderlo, pues me da una pena tan grande que no la puedo explicar, cuando pienso, si por mi miseria cayera en alguna falta que haga que pierda a mi amado Esposo. No lo permita mi Dios.

Mi amado Esposo me dijo: que cuando me venga este pensamiento, no le haga caso. No temo a todos los males del mundo juntos, y no quiero todos sus bienes, si por un momento le voy a causar disgusto a mi amado Esposo. No lo permita mi Dios. Por eso me entró un gran consuelo cuando me dijo: que estaría conmigo siempre. Y por eso le daba muchas gracias y alabanzas.

Todo este día, estuve con mucho recogimiento de potencias; inflamada mi voluntad, deseaba que todas las criaturas conocieran y amaran a mi amado Esposo y Dios, y le pedía con toda mi alma: que hiciera que todos lo conocieran para que lo amaran.

Me parece que nadie que conozca la bondad de este Dios de misericordia, aunque nadie lo puede conocer como es, pues solo Él se conoce a sí mismo, pero aunque sea en aquello que por su bondad se da a conocer a sus criaturas, con esto solo, basta para que lo amen y no lo ofendan. Repito muchas veces estas palabras:

- Daros a conocer, Amado mío, para que todas las criaturas te amen y no te ofendan.

En la fiesta del día de la entrada en Jerusalén, me acordaba de que lo recibieron con palma, y confesaban que era hijo de Dios, porque el mismo Señor abrió los ojos de sus almas para que lo conocieran. Yo pedía: que abriera los ojos de los pecadores para que se convirtieran a la verdadera penitencia, y que los infieles y herejes vinieran al gremio[137] de nuestra sagrada Religión. Acabé este día, ocupada en estas cosas y con mucho fervor.

La Gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Como ya he dicho, el día 11 se celebraban las infinitas misericordias, de mi amabilísimo Dios y Esposo de mi alma, conmigo y con todas las criaturas. Antes de que amaneciera, empecé a corresponder con mis acostumbradas ingratitudes, no llevando bien las ocasiones que mi amado Esposo Jesús permitió que se me ofrecieran. Debía haberme aprovechado y ejercitado las virtudes de humildad y paciencia, pero no lo hice como debía. Por su misericordia, no me dejó que acabara de caer, y al primer movimiento de impaciencia, acudió este Dios de bondad con sus auxilios, y me dio su gracia. Sentí mi falta, pedí perdón, y me concedió, que al poco rato se me ofreciera otra cosilla de mortificación; me humillaron, y lo llevé con alegría. Todo lo que se ofreció este día, me alegraba, por satisfacer en parte las faltas que había tenido, y además, por padecer e imitar en algo a mi amado Esposo Jesús, que tan grandes ejemplos me dio de todas las virtudes en este día. Se volvió a recoger mi espíritu que se había distraído un poco, y humillada con el conocimiento de mi nada, y confiada en la bondad de mi Dios, llegué a comulgar con fervor, y di las gracias a mi Dios.

No pude estar retirada de las criaturas, porque tenía que atender a enfermas, médico y confesor. Todo me traía muy ocupada, y sería bastante para haberme distraído, si mi amado Esposo no me hubiera puesto en disposición para que entre muchos, estuviera sola, porque mi amado Esposo se llevaba la atención de mi alma. Atendía a lo demás, como cuando se está en presencia de una persona de mucho respeto y llega otra a hablar, aunque se oiga, siempre se lleva la atención la persona de más respeto, y se atiende a darle gusto. Así me sucedía; estaba atendiendo a todo lo que se ofrecía, sin dejar de estar atenta a la presencia de mi amado Esposo Jesús. Lo miraba presente en el Cenáculo, y veía las virtudes que había practicado allí, de caridad y humildad, y el exceso de amor que nos tuvo para quedarse con nosotros Sacramentado. Me ocupaba en dar gracias y alabanzas a mi Amado por mí y por todas las criaturas a quienes hablaba algunas veces. Aunque nadie me podía oír les decía: que atendieran el amor de este Dios y no ofendieran a tan gran bondad; que todo lo que no fuera amar a este Dios y servirlo, era perdido; que todo lo que amaran fuera de Dios, era estiércol; que solo Dios es digno de ser amado; que es infinitamente bueno y misericordioso, poderoso, sabio y eterno; que es y será sin fin hermoso, liberal, inmenso…Por todos los atributos que se presentaban a la vista de mi alma, iba convidando a todas las criaturas para que amaran a mi Dios, y aborrecieran los bienes engañosos de este miserable mundo.

Esto me traía muy ocupada en mi interior; si hubiera sido posible, hubiera querido decirlo a todas las criaturas, aunque hubiera sido a gritos. Así pasé este día: Aunque

[137] Unión de los fieles con sus legítimos pastores, especialmente con el Pontífice romano.

gocé poco tiempo de estar en su presencia Sacramentado, en este poco tiempo se encendió más la llama de su amor en mi alma y cobró nuevas fuerzas. El tiempo de los oficios tenía proporción de haber estado en ellos, pero no pude, porque me vino un fuerte dolor de cabeza y de corazón, y me faltaban las fuerzas, de modo que estuve medio acostada, el tiempo que no tenía nada que hacer a la enferma. Quiso mi amado Esposo que en el tiempo que estuve peor, se aliviara la enferma, y se quedara dormida, de modo que solo notó que yo estaba mala, la religiosa que se había quedado para que yo fuera a los oficios, y le dije que no podía ir, porque me había puesto mala.

En este tiempo, que he dicho que estuve sola y la enferma descansando, me apretaron más los dolores; los llevé con alegría en mi alma, por tener presentes los muchos que sufrió mi amado Esposo por mí, y le daba gracias por ello, pues conocía que yo no merecía que mi amado Esposo me hiciera el beneficio de padecer por su amor. Cuando se acabaron los oficios y empezaron a acudir religiosas, me había aliviado algo, de modo que pude disimular y volver a cuidar de la enferma. Si el dolor no se me hubiera templado, me parece que era imposible que pudiera atender a nada.

Durante todo el día pude seguir atendiendo a lo necesario, aunque con trabajo, gracias a que mi Dios me lo hacía más ligero.

Algunas veces me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Mira lo que he padecido por ti. Como esposa, quiero que me imites.

Mi alma se ofrecía gustosa diciendo:

-Dame lo que quieras, Amado mío, que el padecer por ti es mi consuelo.

Y le daba las gracias por ello.

A las once y media de la noche me fui al coro, y me ocupaba en la contemplación de lo que mi Amado había padecido en esta noche. Como estaba cansada y con mucha incomodidad por los achaquillos que estaba padeciendo, me senté en un banquillo que había en el coro, y me pareció que me decía mi amado Esposo:

- Buscas descanso y lo tomas. Mira el que a mí me dieron en esta noche. Mírame sentado, con la corona de espinas y una caña en la mano, tratado como rey de burlas.

Fue como si lo viera. Me quedé tan avergonzada de mi delicadeza, que pedí perdón, y me estuve otro poco de tiempo de rodillas, adorando a mi Amado, por mi verdadero Dios y Rey de los Reyes, en desagravio de las injurias que había sufrido en este paso de su Santísima Pasión. No volví a buscar más acomodo; aunque estuve con mucho trabajo por los muchos dolores que tenía, lo que hacía era sentarme en el suelo.

A las cuatro me fui a acostar hasta las cinco, porque no podía más. Otra religiosa se había quedado acompañando a la enferma, y yo me acosté, pidiendo perdón por mis miserias y faltas, y la bendición a mi amado Esposo y dulce Madre.

"Viernes Santo"

El día 12, que era Viernes Santo, estuve empleada en la continua memoria de la Pasión de mi amado Esposo Jesús, pero con sequedad, pues no tenía los consuelos que había tenido el día anterior. No dejé nada por hacer, aunque me fue más trabajoso,

porque el trabajo iba acompañando a la sequedad del alma. Con el padecimiento del cuerpo, tenía más presente la tristeza y desamparo de mi Dios, hacía actos de conformidad, y me ofrecía a mi amado Esposo, deseando que hiciera en mí su santísima voluntad, y quitara de mí todo lo que le desagradara.

En la tarde y noche de este día, me ocupé más de la meditación de los Dolores de mi dulce Madre a quien pedía por sus dolores, el remedio de todas las necesidades de la Santa Iglesia, enriquecida[138] con los infinitos merecimientos de mi amado Redentor. Le pedía también por la conversión de todos los pecadores a la verdadera penitencia, y puesto que este día había recibido el título de Madre: que se compadeciera de sus miserables hijos y nos alcanzara eficaces auxilios de gracia para que no se perdiera el fruto de tan copiosa redención.

Esta tarde, parecía que no sabía hacer otra cosa más que pedir a mi dulce Madre por sus dolores. Como por la noche dormí poco, tuve tiempo para hacer lo mismo que había hecho en el día.

Dios sea bendito eternamente. Amén.

"Sábado Santo"

El día 13, Sábado Santo, estuve acompañando a mi dulce Madre en su soledad, y todo este día lo dediqué en su honor. La soledad de mi dulce Madre estaba siempre viva y presente, y tenía ocupadas las potencias de mi alma. Le daba gracias por lo que cooperó en nuestra redención, y por lo que ahora desde el cielo nos favorece con su poderosa protección. Este día, fue día de pedir mucho por la intercesión y méritos de mi dulce Madre, y tenía mucho consuelo mi alma al conocer que estaba protegida de tal madre.

¡Bendito mi amado Dios y Esposo de mi alma, que nos dio tal madre!

Oración, en estos días solo he tenido la de comunidad. Durante el resto del día, estando en la presencia de Dios, encaminaba todas mis obras a su mayor gloria y deseaba cumplir en todo su santísima voluntad, unas veces con más fervor, y otras con menos.

"una flecha que me hería"

El día 14, desde antes que amaneciera preparó mi amado Esposo mi alma con nuevo fervor para celebrar la fiesta de su Resurrección. Desperté como si hubiera estado en oración y con gran alegría en mi alma. Lo primero que hice fue darle las gracias por su sacratísima Pasión y gloriosa Resurrección, y pedirle: que así como había resucitado por la gloria de mi Padre, así resucitara mi alma a nueva vida de gracia, y preparara mi alma para recibirle sacramentado. A mi dulce Madre le pedí lo mismo, dándole la enhorabuena por el gozo que recibió, al ver glorioso a su Santísimo Hijo.

Encendida mi alma en el amor de mi amado Esposo, llegué a comulgar y me quedé con gran recogimiento de potencias y sentidos, porque mi alma muda, veía a

[138] Adornada, engrandecida.

mi amado Esposo con tanta hermosura que no se puede explicar. Me quedé como embobada sin poder hacer nada más que amar y gozar de mi Amado, y tan inhábil que me costó trabajo rezar los maitines que siguieron a la comunión, porque las divinas alabanzas aumentaban más el fuego que mi amado Esposo había encendido con su real presencia y admirable unión con mi alma, para que el gozo de este día fuera mayor.

Así pasé la mañana en continuas alabanzas a mi Dios. Me fue preciso atender a muchas cosas, pero nada me distraía; cualquiera palabra que oyera de Dios, parecía una flecha que me hería, porque este día, mi alma no perdía de vista a mi amado Esposo. Y me parecía que me decía:

-Aquí me tienes. Todo soy tuyo y tú toda mía.

Otras veces:

-Mira lo que te amo ¿me amas tú a mí?

Y mi alma decía:

-Tú sabes, Amado mío, cuán poco os he amado y el deseo que tengo de amaros. Dadme vuestro amor, quitad de mí todo lo que os desagrade y haced de mí lo que queráis.

Algunos ratos, así estábamos entretenidos.

Sería un descanso de mi alma que todas las criaturas conocieran, amaran y sirvieran a este Dios infinitamente bueno y digno de ser amado. Por todas daba gracias y alabanzas.

A media mañana había ido a hacer la visita del Santísimo Sacramento, y apenas entré, oí tocar a Dios[139]. Sabiendo que no había novedad en casa de mi padre, me vino al pensamiento que era para dar el viático a la cuñada de mi padre, y que iba a morir. Deseché este pensamiento, porque pensaba que era tentación del enemigo para distraerme, pues era una cosa que me podía hacer sufrir. Hice un acto de conformidad con la voluntad de mi Dios, y le pedí: que si era cierto, le concediera una buena muerte. Deseché el pensamiento y quedé serena, queriendo lo que mi amado Esposo quisiera. Al poco vino mi padre y me lo dijo, y entonces volví a hacer actos de conformidad, y seguí pidiendo por su buena muerte, porque si quería pedir salud, ya no podía, sino como a la fuerza. Esto me sucede algunas veces; me pongo a pedir alguna cosa, y no puedo hacerlo con fervor, sino con una tibieza que me causa fatiga, porque me lo han encargado, y yo quiero hacerlo bien. Otras veces, algunas cosas que he ido a pedir a mi amado Esposo con menos importancia, las he pedido con mucho fervor.

"Cuando pido a mi amado Esposo"

Para explicar mejor como yo lo entiendo. Cuando se va a pedir alguna cosa a alguna persona que sabes que tiene gusto en que se la pidas, sabes que te la va a dar, y por el contrario, cuando sabes que no te la va a dar la pides con cortedad. Esto lo entiendo yo así. Cuando pido a mi amado Esposo algunas cosas, experimento en

[139] Tocar la campanilla por la calle, acompañando al Santísimo, cuando le llevaban el viático a un enfermo.

mi alma al tiempo de pedirlas la confianza de conseguirlas; pero cuando pido con desaliento, por lo regular no alcanzo lo que pido. Al contrario, cuando siento un nuevo fervor para pedir, me queda la confianza de que me lo concederán, aunque parezca una cosa dificultosa.

En la tarde de este día, me vino de pronto un golpe de amor que me encendió y me inflamó el alma, que se deshacía en deseos de alabar la infinita bondad de mi Dios y Esposo de mi alma; no paraba de decir con gran deseo: que todas las criaturas lo amaran y alabaran. Empecé a convidar a los ángeles y arcángeles diciéndoles:

- Alabar a mi Amado, porque es bueno y porque es grande su misericordia.

Lo mismo les decía a todos los Santos, a todos los Justos y a todas las criaturas: que alabaran, engrandecieran, amaran, sirvieran y obedecieran a este Dios, porque es bueno y de infinita misericordia.

A los pecadores, les hablaba del perdón diciendo:

-Venid pecadores y alcanzaréis perdón, porque es grande su misericordia No ofendáis más a un Dios tan bueno.

De este modo iba diciendo muchas cosas, que ya no recuerdo bien para decirlas. En los intermedios me quedaba sin poder hacer nada más que amar a mi muy amado Esposo que estaba en mi alma.

Con esto, pasé cerca de dos horas; después me quedó el alma tan encendida que todo le hacía aumentar la llama. Permitió Dios que la enferma que estaba asistiendo tuviera el delirio de la calentura, y este día le dio por alabar a mi amado Esposo. Casi una hora o más, estuvo hablando sola de los beneficios que nos hacía y había hecho nuestro amado Redentor, de modo que yo que no necesitaba nada y estaba oyéndola, me perdía con mi Dios. Me llenaba de consuelo ver tan buen delirio, y me alegraría que le durara toda la vida, no siendo por enfermedad. Será que lo que hay en el corazón sale a la boca, y como estaba perturbada, no podía ocultarlo. Si lo oculta cuando está con sentido, es por su gran humildad. Gracias Dios que se la has dado.

Acabé este día haciendo lo que podía de lo que tengo ordenado, porque las circunstancias del tiempo, no me permitieron hacerlo todo.

El día 15, fue también de recogimiento y fervor en la presencia de mi Dios.

Me parecía que algunos ratos estaba junto a mí mi amado Esposo Jesús, no porque lo viera, sino porque mi alma, por los efectos que sentía de respeto, humildad y amor, recibía tanto consuelo que me hacía alabarle en mi interior sin cesar. Faltas, aunque tendré muchas por mi miseria, no las conozco para poder decírselas.

El Dios de infinita misericordia me perdone todas las faltas de mi vida, por su santísima Pasión, y méritos de mi dulce Madre.

A gloria de Dios y honor de mi dulce Madre. Amén.

“Emaús”

El día 16, no tenía tanto recogimiento interior, y tuve algunas distracciones que no me duraron mucho, porque pronto desechaba las cosillas que me venían a la imaginación, procurando sacar de ellas algo bueno, y haciendo actos de las virtudes conformes a lo que ocurría. Tuve que hacer actos particularmente de conformidad,

porque se me venían cosillas que me causaban alguna pena, como la de ver que a mi padre, ya de edad, le iba faltando toda comodidad. Yo pensaba: cuánto bien estaría sacando su merced[140] de esto, pues es muy bueno y lo lleva todo con mucha paciencia y conformidad, y esto me consolaba.

Y así seguí hasta aquella tarde, que mi amado Esposo quiso volver a enfervorizar mi alma, cuando estaba pensando, cómo se apareció mi amado Esposo a los discípulos que iban al Estilto de Emaús. A estos discípulos, que se iban sin certificarse[141] de la resurrección, se les manifestó sin buscarlo. A San Pedro, San Juan y la Magdalena, no se les había manifestado en el momento que lo buscaron, sino después de haberlo buscado una y otra vez, como le sucedió a Magdalena. Entretenida en esto, oí que me decía mi amado Esposo:

-Mira la infinita sabiduría con que mi misericordia atiende a las almas. A los que me buscan, me oculto para que me busquen más, acrecienten su mérito, y se hagan más dignos de mí para manifestarme a ellos más de lleno, y a los que no me buscan, salgo yo a su encuentro para que no se pierdan.

Estas palabras encendieron en mi alma un amor tan grande a este Dios de misericordia, y una confianza tan grande, que me hacía decir:

-¿Quién no se queda en estas manos, amado Esposo mío, que tanto cuidado tienen de estos gusanillos de la tierra?

Alabad criaturas todas, la sabiduría, la bondad y misericordia de nuestro Dios.

Seguí bastante tiempo alabando y dando gracias, más con afectos del corazón encendido, que con las palabras que pudiera decir, porque soy de pocas palabras. Cualquiera de estas palabras que he dicho, las repetí muchas veces con recogimiento y con el fervor que me duró todo el día, gracias a mi amado Esposo que tanto atiende a mi flaqueza, y no me deja que me retire de su presencia. Cuando me distraigo un poco, al instante oye mi alma la voz de mi Amado que me avisa de mi descuido.

El día 17 por la mañana estuve recogida, pero por la tarde estuve miserable. Si mi amado Esposo se oculta un poquito, y me quedo con alguna sequedad, empieza a obrar mi miseria con descuidos o hablando de cosas indiferentes, que bastan para distraerme.

"muerte de mi Anica"

El día 18, apenas amaneció, tuve la noticia de la muerte de mi Anica[142]; era natural que me causara algún sentimiento, pero estuve conforme con la amabilísima voluntad de mi Dios, y con frecuencia hacía actos de esta virtud. Era preciso que atendiera a los cumplimientos de las religiosas que me hacían el favor de acompañarme, pero me resultaba trabajoso y me causaba amargura tener que hablar. Acudió mi amado Esposo con más cuidado para que no me distrajera. Me pareció que estuvo junto a mí todo el día, y yo deseaba que llegara la noche para que me dejaran sola con mi

[140] Se refiere a su padre, es el equivalente a él o usted.

[141] Asegurar, dar por cierto.

[142] Ana Moyano era viuda de Antonio de Astorga, hermano del padre de sor Socorro.

Dios. Cuando me quedé sola, me fui al coro y allí me desahogaba con mi Amado diciéndole:

- Solo tú no cansas, Amado mío, pues mientras más te acercas a las almas, más te desean y más hambre tienen de ti.

El resto del día lo pasé con recogimiento.

El día 19, estando recogida en la oración de comunidad, me parecía que estaba mi amado Esposo Jesús junto a mí; me enseñaba sus sacratísimas llagas y me convidaba a entrar en la de su santísimo costado. Yo le pedía: que me dejara a sus pies para que en ellos llorara mis pecados, pues no merecía ni estar como la Magdalena. Estando humillada por el conocimiento de mi nada y de mis muchísimas ingratitudes, me pareció que mi amado Esposo Jesús metía mi alma en la llaga de su santísimo costado, donde recibía gran consuelo y dulzura, y que yo me quedaba encendida en el amor de mi Amado. Esto me causó nuevo recogimiento y más fervor.

Todo el día estuve fervorosa para hacer todas las cosas buenas que podía, para gloria de Dios y honor de mi dulce Madre, a quien está dedicado este día. Siempre en este día tengo consuelo, y reconozco la protección de mi dulce Madre.

El día 21[143] en la comunión, tuve muchos consuelos; con la unión más íntima con mi amado Esposo, mi alma se deshacía en su amor y deseaba que todas las criaturas lo amaran y sirvieran. En estas peticiones y deseos, le decía a mi amado Esposo: que hiciera que todas las criaturas lo conocieran, porque no es posible que conociéndolo no lo amaran, y amándolo, no lo ofenderían.

¡Ay Amado mío! cuán pocos os conocen, aun entre los mismos cristianos que os conocen con una fe muerta, y como si no os conocieran, no hacen actos de fe viva. Se llena mi corazón de amargura al conocer esto; no sé qué haría para que despertaran de ese letargo en que están tantas criaturas que les parece que no hay más Dios que sus intereses, gustos y comodidades. Que se ocupen de los intereses de este Dios, son muy poquitos, respecto de los muchísimos que viven tan olvidados, que no atienden a buscar la gloria de Dios, y solo se buscan a sí mismos para perderse eternamente. Si conocieran lo mucho que nos amas y lo mucho que has padecido por redimirnos no se portarían así. No te conocen, porque no quieren atender ni se paran a considerar quién es este Dios ni qué es lo que ha hecho por nosotros.

Amabilísimo y misericordiosísimo Dios y Esposo mío, abrid los ojos de sus almas para que os conozcan y amen.

Esposo mío, sois poderoso, y a vuestro poder nadie se puede resistir.

Seguí el día con recogimiento.Tuve ocasiones de poderme distraer con conversaciones indiferentes, pero me eran amargas, porque mi amado Esposo Jesús me asistía con su presencia, de modo que no podía distraerme. El rato que me quedaba sola, se enfervorizaba más mi espíritu y tenía a solas mis coloquios con mi Amado.

Haced la experiencia almas, hacer la experiencia, y experimentaréis no lo que os digo, sino muchísimo más.

[143] Abril, 1811.

“yo cuido de tu padre y hermanos”

Si todas las criaturas probaran cuán dulce y suave es este Dios, yo aseguro que aborrecerían todas las otras cosas. Las convido a que vengan a gustar las dulzuras de este amabilísimo Dios, y si quieren gustarlas, aborrézcanse a sí mismas y todo lo que a Dios desagrada, y entonces encontraran a este Dios que no aguardará a que lo busquen mucho, porque su misericordia les saldrá al encuentro. De este modo convido a las almas, aunque no me oigan, para que en estas ocasiones, mi espíritu se deshaga en ellas.

Al final del día me vino un pensamiento que me causó sentimiento; me parecía que iba a tener mi padre algunos disgustos. Al instante oí la voz de mi amado Esposo Jesús, que me decía:

-Cuida tú solo de mí, que yo cuido de tu padre y hermanos. Tú solo has de cuidar de buscar mi honor y gloria, como quien no tiene más voluntad que la mía.

Le di gracias a mi amado Esposo, me quedé consolada, y cada vez más fervorosa.

El día 22, no estuve tan recogida como el día anterior ni tampoco distraída; aunque no tenía tantos consuelos, me cuidaba de aprovechar las ocasiones que se ofrecieron para ejercitar las virtudes. Tendría muchas faltas, pero no tuve conocimiento de ellas, por la misericordia de mi amabilísimo Dios y Esposo de mi alma, que tanto cuida de esta miserable criatura, que nada puede sin su gracia.

Alabado sea eternamente por su infinita bondad. Amén.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

El día 23 tuve algunos ratos de recogimiento y fervor, pero duraban poco. Estuve más distraída, y la imaginación estaba inquieta; hacía lo que podía para recogerme, y procuré hacer todo lo que pude en todas las cosas, aunque fuera con trabajo, pero nunca es como cuando Dios me lo da.

La noche de este día no aproveché una ocasión que se me presentó, pues me mortificó una cosa, y me fatigué, no sólo por mí, sino por otra que estaba conmigo escribiendo. Una religiosa había ido donde estábamos, y pensando que había sido por curiosidad, le dije: que eso estaba muy mal. Ahora creo que lo haría por sencillez o por otro fin bueno.

Se me olvidan pronto las doctrinas que mi amado Esposo me da, de cómo debo portarme, y esto es lo que yo hago. Al instante le pedí perdón a mi amado Esposo por las ingratitudes con que correspondo a sus beneficios.

El día 24 de abril, por la mañana tuve sequedad en la oración, y humillada en la presencia de mi Dios. Conociendo que por mis ingratitudes no merecía otra cosa, le pedía perdón haciendo lo que podía, y así estuve toda la mañana.

Por la tarde ya estuve más fervorosa, aunque no con tanto recogimiento como otras veces que lo hacía con más gusto; con todo no estaba distraída, y acabé este día con más fervor que lo empecé y sin faltas conocidas, pues andaba con mucho cuidado, de no dar disgusto a mi amado Esposo.

El día 25 desperté recogida y fervorosa; como si hubiera estado en oración, estaba bien dispuesta, hice la oración de lo que mi Dios quiso, que fue del Misterio de la Encarnación, y pensé en aquel amor infinito que le hizo bajar del cielo y tomar carne humana al Todopoderoso, que no necesita de nadie. La contemplación de este misterio, la hice con la luz que me dio mi amado Esposo. Se encendió mi alma tanto en su amor que le duró para todo el día, unas veces más que otras, pero siempre bien dispuesta. Hacía las cosas ordinarias con agrado, y sentía mucho consuelo en mi alma, porque me parecía que estaba junto a mí mi muy amado Esposo Jesús.

La oración este día era de la Divinidad, y mi alma gozaba mucho de aquel infinito amor de mi Dios, conociendo su grandeza y demás perfecciones divinas. Salí fervorosa, alabándolo, dándole gracias y convidando a todas las criaturas a alabar a mi Amado, en todos sus atributos y perfecciones divinas.

Acabé este día como lo empecé; todo me lo dio mi amado Esposo sin que yo hiciera nada. Cuando llegó la hora me recogí a dormir, pero dormida estaba alabando a mi Amado.

A medianoche estaban las potencias tan inflamadas que solo podía estar contemplando el misterio de la Santísima Trinidad: un Dios y tres personas distintas, que ni es una antes que otra ni mayor ni menor, sino todas tres iguales, sin principio ni fin. Para entender este misterio, me dio mi amado Esposo mucha luz, pero yo no sé explicarlo.

Así pasé esta noche, y así llegué al día 26 fervorosa para recibir a mi amado Esposo Jesús sacramentado, haciendo antes todas las cosas con mucho fervor. Cuando recibí a mi amado Esposo Jesús, con la unión más estrecha, el alma se derretía en el amor de su Amado, y lo aumentaba cuando me decía:

-Aquí me tienes. Por tu amor me he quedado en este Sacramento, donde recibo tantos agravios de los herejes y de los malos cristianos.

Le causaba mucha pena a mi alma, ver este amor tan mal correspondido.

Durante toda la mañana hice cuantos actos de desagravio, de adoración y de alabanzas pude.

Por la tarde tuve menos fervor, pero los hice lo mismo, aprovechando cualquiera ocasión que se ofrecía.

"Ver yo qué quiere mi amado Esposo"

Día 27 de abril. Todo el día tuve recogimiento y mucho cuidado de no desperdiciar ni un instante de tiempo. Este día fue sábado, y todos los sábados desde que despierto, siento en mi alma la dulce protección de mi dulce Madre, que cuida de enmendar mis obras para gloria de Dios. Esto causa tanto consuelo en mi alma que no lo puedo explicar; me veo protegida por mi dulce Madre, y eso me da mucho valor, pues muchas veces me avisa con sus ejemplos de humildad, obediencia, caridad, pobreza y en fin, de todas las virtudes. Esta preparación me da sentimientos y afectos de amor, de humildad y de dolor de mis culpas. Hallándome con el alma inflamada en el amor de mi Dios, empiezo con alabanzas, y me mueve el deseo de que se me ofrezca hacer mucho, con sufrimientos o padecimientos, por el honor de mi amado Esposo.

Ver yo qué quiere mi amado Esposo, no es por palabras que oiga; muchas veces es por un conocimiento que recibe el alma, más claro que si lo oyera, y distingue cuándo es dado por la Madre, o cuándo es del Esposo; conoce el alma que el Esposo quiere que imite a su madre, y la madre quiere que la imite para dar gusto al hijo. Lo conozco con toda claridad, pero no sé explicarlo mejor.

Muchas veces me parece que estoy viendo cómo se portaba en el templo con las doncellas que estaban allí, teniéndose, la Señora del mundo, por la menor de todas. Sé, que mi amada Madre quiere que yo haga lo mismo con las criaturas: servirlas, respetarlas y amarlas, reconociendo que soy la menor de todas y la más miserable. En todas las demás virtudes que tenga que practicar, me favorece mi dulce Madre con estos conocimientos, y si tengo algún descuido, me avisa al instante para que me enmiende. Cuántas veces he oído que me decía:

- Yo no lo hacía así.

Al instante tenía luz mi alma para hacerlo como lo hacía mi dulce Madre. Con mucho fervor y agradecimiento, le pedía perdón y gracia para poder seguir haciendo lo mejor, sin dificultad.

Otras veces me dice:

-Atiende a lo mucho que recibes, pues estás más obligada a tu Esposo, y tu correspondencia no debe ser común ni te debes contentar con poco.

Entiendo que no me debo contentar con hacer solo aquello que me venga a las manos, sino adelantarme y procurar buscar las ocasiones de practicar las virtudes para gloria de mi Amado.

Mi dulce Madre siempre tiene mucho cuidado con esta ingrata hija, pero en este día de sábado, es más continua su amable protección.

¡Dichosa el alma que logra esta dicha de tener tal Madre y maestra! Y desdichada de mí, si no me aprovecho de tan gran beneficio, como me ha hecho mi amado Esposo y Dios amabilísimo, con haberme dado esta Madre desde el principio de mi vida.

Con toda verdad lo digo: he conocido su protección y amparo antes de tener uso de razón.

También confieso: que no lo he aprovechado como debía, por mi maldad, ingratitud y tibieza con las que he correspondido siempre a los grandes beneficios de mi Dios. Con dolor de mi corazón, le pido perdón, gracia eficaz, y la piadosa intercesión de mi dulce Madre para no volver a caer, ser fiel a mi Dios, y que me alcance que yo corresponda con celo a los grandes beneficios recibidos. Así lo espero de su infinita bondad si vos, Madre mía, lo pedís por mí. No me desamparéis al ver mi tibieza y flaqueza en el servicio de mi Dios, porque cuando hago algo, es por la fuerza de lo mucho que se me da, y no por lo que pongo de mi parte. El día que digo que es de recogimiento, ese día es cuando más hago, pero es en el que menos pongo de mi parte. Es lo mismo que el que tiene que andar muchas leguas, y lo cogen, y lo llevan sin costarle ningún trabajo, porque cuando acuerda se las han dado andada sin sentir. En los días que mi amado Esposo Jesús me deja andar sola, es cuando yo conozco mis pocas fuerzas. Estos días, se siente el cansancio, y se dan muchos tropezones, aunque no se caiga; por eso mi amado Esposo no me deja mucho sola, porque sabe mi flaqueza.

Bendita su misericordia y altísima sabiduría con que atiende a la miserables criaturas.

El día 28 por la mañana estuve también recogida y fervorosa, y más, con la unión más íntima con mi amado Esposo Jesús Sacramentado. Como pastor Divino apacentaba mi alma con su mismo cuerpo, y la acariciaba con dulzura, con lo que esta ovejilla, atraída por la bondad de su buen pastor, se derretía en su amor y lo alababa sin cesar.

Así pasé la mayor parte de la mañana, pero luego se ausentó mi buen pastor, y seguí con sequedad, padeciendo todas las cosillas, que este miserable cuerpo padece, con algo más de rigor. Las recibía con espíritu de penitencia, y me esforzaba en hacer cuanto podía, aunque hice menos cosas de las que acostumbro. Cuando se acabaron los actos de comunidad, a los que asistí con trabajo, lo llevé con alegría.

Día 29. Amanecí fervorosa; cuidaba de aprovechar todas las ocasiones que se me ofrecieran, porque sabía que tenía que asistir a unas haciendas[144] de comunidad, donde tenía que estar con muchas hermanas. Al instante que desperté, acudí a mi amado Esposo y dulce Madre pidiéndoles: que me asistieran para no distraerme y estar en su divina presencia como debía. Lo primero que hice fue tener la oración antes de ocuparme de otra cosa. Con fervor preparé con nuevos propósitos, las virtudes de humildad, paciencia y silencio para lo que se me pudiera ofrecer en el trato con mis prójimos, y pedí gracia para cumplirlos. Adelanté todas las cosas que pude adelantar, porque no podría hacer muchas este día. Llegó la hora de hacer lo que he dicho de comunidad, y me fui confiada en que me aliviaría, pues me hallaba malilla. No había querido decir nada, confiando en que me aliviaría mi amado Esposo, como le había pedido, si era su voluntad, y así me sucedió, pero me ayudaba más el fervor del espíritu que las fuerzas del cuerpo, porque no perdía de vista en mi alma a mi amado Esposo Jesús. Continuamente le daba gracias y alabanzas, y le decía muchas palabras amorosas que encendían mi alma:

- Amado mío, soy toda tuya.

Y mi Amado respondía:

- Y yo todo tuyo, pues me he dado todo a ti, y he derramado mi Sangre por ti.

El alma, agradecida, volvía a ofrecerse a su Amado diciendo: que no quería nada que no fuera por su amor; que quitara todo lo que hubiera mío en mí, y que no dejara nada más que lo que fuera suyo para que en todo le agradara.

Con estas cosas y otras semejantes pasé la mayor parte del día en dulces coloquios con mi Amado. En los intermedios, cuando había alguno, salía y me iba corriendo a visitarlo en el Santísimo Sacramento, y con una oración breve, pedía por todas las necesidades.

Acabé el día escribiendo.

Sea para gloria de mi amado Esposo, y que me perdone las faltas que esto tenga.

Sea por siempre bendito. Amén.

[144] Faenas, labores.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Día 30 de abril[145]. La mayor parte del día la pasé con sequedad, aunque no dejé de hacer nada de lo ordenado. Algunos ratos me venía de repente un poco de fervor, que fortalecía mi flaqueza y miseria, pues estuve a punto de caer, al menos una vez que yo sepa.

Tengo el amor propio muy tapado, y cuando llega la ocasión, conozco que no lo tengo tan mortificado como debía tenerlo. Por la misericordia de mi Dios lo puedo sujetar y no manifestarlo, pero de pronto me hace su batería[146] como me sucedió en esta ocasión que me dijeron unas cosillas, y al oírlas, iba a dar desahogo a mi poca humildad. La primera palabra la hablé, pero la misericordia de mi amado Esposo acudió al instante con sus auxilios, y no hablé más. Bastante hice con pedir perdón, conociendo mi poco sufrimiento. Mi amado Esposo no se disculpó en ninguno de los falsos testimonio que le levantaron, siendo la suma inocencia, y yo, llena de pecados, quiero disculparme al instante. Si no caí, fue por efecto de la bondad de mi amado Esposo. Al primer pronto perdí la ocasión que se me ofreció de humillarme, aunque lo enmendé al instante con la gracia de mi Dios. Me parece que yo deseo amar así a mi Dios, pero temo que no lo hago bien, pues hago poco por su amor.

Quien tanto debe y pierde las ocasiones de satisfacer con alguna cosa su deuda, podrá temer mucho que le quiten lo que le han dado, pues no sabe granjear[147] para en algo poder satisfacer a su Señor; y lo peor, desagradar a un Señor tan bueno y tan digno de ser amado, a quien se debe amar solo por quien es sin otro interés.

Se me olvidaba escribir que estaba con alguna sequedad, cuando me dijeron: que pidiera a Dios por un francés que estando en peligro de muerte, le había mandado el médico que confesara, y no quería. Al oír esto, me puse fervorosa y me fui al coro, a pedirle a mi amado Esposo la conversión de esta alma, y a mi dulce Madre la misma petición: que alcanzara eficaces auxilios a esta criatura para que se convirtiera, y no se perdiera en ella el fruto de la Redención. Le decía a mi amado Esposo: que lo convirtiera como a san Pablo, a san Agustín y a otros, pues nadie se podía resistir a sus eficaces auxilios.

-Esposo mío, -le decía- ¿para qué habéis querido que yo sepa esta necesidad que tiene esta alma? Si me decís que mi voluntad es la vuestra, pues ésta es la mía: que esta alma se convierta para que os ame y alabe eternamente, que esto es lo que quiero para todos.

Con el amor que en mi alma se encendió, le hacía instancia a mi amado Esposo, y me parecía que mi amado Esposo me oía con agrado. Como *libertora*[148], parecía que quería mandar, más que pedir. Siempre me sucede que si pido por la conversión de las almas, más parece que mando y no que pido, por el deseo tan grande que tengo de que mi amado Esposo sea amado y servido, y no sea ofendido.

---

[145] Continuará contando un hecho de esta fecha, entre el día uno y el día dos de mayo.

[146] Anticuado: combate, batalla.

[147] Conseguir, ganar voluntades.

[148] No sabemos el significado de esta palabra.

El día primero de mayo[149] estuve en la comunión con mucho fervor, porque mi alma miraba a mi amado Esposo en mi corazón, donde lo adoraba y le pedía perdón. Adoraba sus santísimas manos, y le pedía perdón por el dolor que le causaron los clavos de mis pecados de obra, y los de todo el mundo. Adoraba su sacrosanta cabeza coronada de espinas, y por ese dolor, le pedía perdón por mis faltas de pensamiento, y lo mismo por las de todos. Iba adorando todo su sacrosanto cuerpo, y por sus dolores, pedía el perdón de mis pecados y de los de todos.

En este tiempo de oración, me distrajo una cosa ligera. Cerca de donde estaba, oí que decían que no había comulgado María Teresa. Me llamó un poco la atención, y no sabía qué hacer, si debía ir a saber la causa para ver si podía remediarla, o… Estuve un poco entretenida con estos pensamientos, pero al fin los dejé, pedí por ella, y me volví a recoger, no tanto como había estado antes, pues era necesario que volviera a bajar Su Majestad.

Después la mañana no fue fervorosa; hice lo que pude para aprovechar todas las ocasiones que se me ofrecieron de ejercitar las virtudes.

Por la tarde, estuve otra vez fervorosa. Acabé el día, con el alma encendida; cualquiera cosa aumentaba más la llama; pasé un coro que no puedo explicar. No podía rezar por el recogimiento tan grande que tenía, pues mi alma veía a mi amado Esposo Jesús presente en mi corazón. Tenía que rezar alto, porque había pocas religiosas en el coro; quería distraerme un poco para poder rezar, y no podía, porque mi amado Esposo no dejaba de hablarme, y yo no podía desentenderme. La primera palabra que mi amado Esposo dijo a mi alma fue para preguntarme si lo amaba:

- Esposa mía, ¿me amas?

A esta palabra, con vergüenza, le dije:

- Tú sabes, Esposo y dueño mío, lo poco que te amo y lo mucho que deseo amarte. Dadme, Amado mío, el amor que queréis que os tenga, pues por mí sola no puedo nada.

Esta pregunta me humillaba y a la vez me encendía. Así estuvo mi amado Esposo conmigo todos los maitines[150] y laudes. La segunda palabra fue:

-Aquí me tienes para que me alabes. Yo recibo tus alabanzas y las uno con las mías.

Le daba las gracias y le pedía perdón por las distracciones y tibieza con que le había dado las debidas alabanzas a mi Amado.

Los efectos que esto causaba en mi alma, no los sé yo explicar, por el respeto que me causaba su presencia, pues mi alma lo veía sentado en mi corazón, como quien está muy tranquilo y con mucho gusto. Cuando se decía: *gloria patris et filio*… oía que decía mi amado Esposo:

- Hijo, que soy yo, y que estoy contigo.

Mi alma cada vez se encendía más, y no sé cómo podía alternar esto con rezar en voz alta.

Le pedía a mi amado Esposo: que me dejara rezar, pues se notaba si callaba; pude seguir, aunque con trabajo. Cuando se acabó el rezo, quedé rendida y sin poder hacer

[149] Todas las fechas de este mes de mayo, son del año 1811.

[150] Maitines: rezo de antes de amanecer, y laudes después de maitines.

otra cosa más que estar amando tan infinita bondad, que tanto favorece a esta ingrata criatura.

Pasé la tarde inflamada y dando alabanzas a mi amado Esposo.

Por la noche, después del refectorio fui a hacer una visita a mi amado Esposo, Jesús Sacramentado; al venirme, parecía que tiraban de mi corazón hacia el sagrario con mucha fuerza, y a pesar de todo, me iba a la celda; al salir, me dijo mi amado Esposo:

- Y que, ¿te vas y me dejas? mira que por estar contigo en este Sacramento, estoy sufriendo muchas injurias y desprecios.

Me volví a quedar quieta, dándole a mi amado Esposo las gracias de tan gran beneficio. Le decía a mi amado Esposo: puesto que era como la piedra imán para atraer, que hiciera lo mismo con todas las criaturas, y de esta forma no se podrían resistir a su poderosa fuerza. Estuve otro poco de tiempo en dulces coloquios con mi Amado, con la pena de verlo tan ofendido. Acabé este día: alabando su bondad y misericordia.

Día 2 de mayo. Estuve unos ratos más inflamada que otros, cumplí lo ordenado, y aprovechaba cualquier ocasión que se presentaba para ejercitar las virtudes.

El día 3 por la mañana fue de recogimiento, y de una unión más íntima con mi amado Esposo, sobre todo después de la comunión. Durante todo el día, llevé con paciencia y alegría los trabajillos de este día, pues padecí dolores en el corazón que a ratos eran tan fuerte, que me quitaba el aliento para todo, pero no deseaba alivio, porque quería poderlo disimular, y que no conocieran que estaba mala. Con este dolor del corazón no temo a la muerte, como ya he dicho otras veces, pues aunque me apriete mucho, me consuela. No me causaba fervor sensible, pero me alegraba tenerlo para padecer por mi amado Esposo. Parecía que quería que me acordara de que su cruz la tenía en mi corazón. El hallarme con alguna sequedad, me hacía pensar en las angustias y desamparo que padeció mi amado Esposo en la cruz en medio de sus dolores. Le daba gracias a mi Amado, porque por su misericordia, me daba algunas cosillas que padecer por su amor. Sin este recuerdo de lo que padeció mi amado Esposo, me hubiera sido penoso padecer. Además del dolor del corazón y de la cabeza, tenía todo lo demás que padezco. A pesar de la sequedad, como he dicho, todo se me hacía dulce, reconocía que no merecía, por mis ingratitudes, que mi amado Esposo me tratara como a sus amigos. Le daba las gracias, y pedía a mi dulce Madre que se las diera por mí.

El día 4 desde que desperté fervorosa y recogida, me preparé para la sagrada comunión con fervor, pidiendo a mi dulce Madre y a los santos Ángeles que me prepararan para recibir a mi amado Esposo Jesús Sacramentado. Después de recibirlo, me quedé con un gran recogimiento, porque vi mi alma unida a la Santísima Trinidad. Como he dicho en otras ocasiones, me quedé de modo que solo podía amar esta infinita bondad de mi Dios con sus criaturas y conmigo, que soy la más ingrata de todas, pues no correspondo como debo, a los grandes beneficios que de su infinita bondad recibo. Me humillaba y me encendía en su amor. Me quedé en

recogimiento interior, ocupada el alma en alabar a mi amado Esposo y desear que todas las criaturas lo amaran y sirvieran. Mis peticiones este día eran: que fuera mi amado Dios y Esposo de mi alma, conocido por todas las criaturas, porque si lo conocieran, tendrían por gran dicha emplear todas sus fuerzas y talentos, que del mismo Dios han recibido, en su santo servicio. Pero ¡ay, dolor! los mismos dones que han recibido, los emplean en ofender al que se los dio misericordiosamente.

¡Oh Amado mío! qué pocos son los que os conocen; sus obras desmienten la fe que profesan, incluso entre los mismos cristianos; no hay que ir a buscar a los gentiles que nunca lo han conocido.

¡Oh! qué dolor por las almas redimidas con la preciosísima sangre de mi amado Esposo Jesús.

Con estos sentimientos y peticiones estuve este día, en la presencia de mi amado Esposo, Jesús Sacramentado. Unas veces adorándolo, por todos los que no lo adoran conociéndolo; amándolo por los que no lo conocen y por los que no lo aman. Otras veces, pidiendo perdón por mis ingratitudes y pecados y por los de todos. Hacía, cuando podía, repetidos actos de las virtudes, porque algunas veces solo podía estar embebida en la grandeza y eternidad de este Dios poderoso, y justo, y santo, pues ya en unos atributos, ya en otros, me daba mi amado Dios y Esposo de mi alma luz para conocerlo en lo que cabe, pues solo Dios se conoce sí mismo. Con esto gozaba mi alma.

Acabé el día como lo empecé, sin perder tiempo y aprovechándolo todo, porque todo me lo daban.

Gracias a mi amado Esposo que tanto me favorece sin que detenga su bondad mi mala correspondencia.

Sea por siempre bendito. Amén.

El día 5 empecé lo mismo que el anterior. En la comunión me parecía que tenía el alma unida a la Santísima Trinidad, particularmente a la segunda persona, con una unión tan estrecha que me parecía que no podría separarme, gozando de un gran consuelo. Así estuve todo el tiempo de la misa. Desde la comunión, el alma se queda tan embebida que no puede hacer otra cosa más que gozar de aquel bien infinito. Después las potencias del alma, parece que despiertan y acaloradas por el fuego del amor, se emplean en alabar y dar gracias a su Amado.

¿Para qué voy a repetir lo dicho el día anterior?

Por la tarde estuve no sé cómo, y me puse tan inhábil, que aunque mi alma estaba amando a su Dios, el cuerpo le era gravoso, no me dejaba hacer lo que quería, y tuve que conformarme con la voluntad amabilísima de mi Dios. No podía estar todo el tiempo que quería en la presencia de mi amado Esposo, Jesús Sacramentado, porque el calor natural del tiempo, junto con el que yo tenía en mi interior, me causaban una cosa que parecía que me iba a dar un accidente malo, y tenía que salir a buscar algo de fresco, y a beber una poca de agua. Estas salidas las tenía que hacer a la fuerza, porque mi corazón tiraba de mi cuerpo hacia el sagrario. Me quejé a mi amado Esposo, y le dije:

-Parece, Amado mío, que no me quieres aquí, y si me quiero ir, no dejas que me vaya. Si me quieres aquí, aliviadme un poco, y si no, haced de mí lo que queráis. Vos sabéis mi flaqueza, y lo poco que puedo.

Estuve ya entro, ya salgo del coro, sin hacer nada de provecho, nada más que sufrir mi miseria con conformidad.

Sea todo para gloria de Dios. Amén.

Día 6. Amanecí con buena disposición para estar recogida, y en efecto, la primera oración de la mañana la hice con mucho recogimiento, contemplando la Divinidad. Estuve fervorosa hasta el final de la misa. Después tuve que hacer muchas cosas, y me distraían las mismas haciendas, pero en el momento que lo conocía, volvía a recogerme y a ejercitar mi alma en actos de virtudes, alabando a mi Dios y Esposo de mi Alma en medio del trabajo. Pasé este día alternando, unas veces fervorosa y otras distraída, que eran las menos, porque parecía que me avisaban de mi descuido, no con palabras, sino acordándome de mi Dios con tanta viveza, y de que debía amarle con toda el ama, con todo el corazón, y con todas mis fuerzas, que volvía a ofrecer aquel trabajo, deseando no tener ni una respiración que no fuera dirigida a mayor gloria de mi Dios. De nuevo me volvía a poner fervorosa, hasta que por mi miseria volvía a aflojar. En los ratos que podía escaparme, iba a visitar a mi amado Esposo Jesús Sacramentado, y cuando no podía ir, lo hacía desde el sitio en que estaba.

El día 7, tampoco estuve distraída. Cuando me visitaba mi amado Esposo, se encendía el corazón con algo más de fervor, pero duraba poco. Si venía la luz, tenía que pedir perdón, porque la imaginación estaba bastante inquieta, y me traía muchas cosas que me fatigaban. La principal, que mi espíritu no era verdadero, y que era ilusión todo lo que tenía. Si le daba alguna entrada a este pensamiento, me fatigaba, pero pronto venía la luz, y se desterraban las tinieblas con una gran confianza en la bondad de mi Dios, que no iba a permitir que mi alma se perdiera, mientras yo solo quisiera agradarle. Le pedía perdón por mi falta de confianza y por darle entrada a aquellos pensamientos, y me quedaba serena; pero luego, me volvía el pensamiento de que no eran favores para un alma tan descuidada como la mía que no era ni obediente ni mortificada, porque si podía excusarme de la mortificación, me excusaba. No lo hago con ese fin, que siempre es con un fin bueno, pero con todo, me parece que no pongo cuidado de mi parte para no evitar algunas mortificaciones, y solo aceptar las que me vienen sin poderlo remediar. Yo sufro poco, pero a otras criaturas se les ofrece mucho que sufrir, porque no tienen el cuidado que yo tengo, en entender y prevenir las cosas antes de que sucedan. Por otro lado, también veo que es debido a la luz que recibo de mi Dios, que hace que conozca lo que puede resultar de hacer esto o aquello, con lo que el prójimo pueda resultar dañado y se puede desazonar, según su genio o modo de pensar. Aunque yo quisiera sacar alguna cosa buena practicando alguna virtud, no lo hago. Esto es en cosas poco importantes, que en lo obligatorio no lo dejo de hacer, vengan la mortificación a quien venga.

Si no me he explicado bien, se lo diré a V.R. Esto lo digo, porque me viene muchas veces este pensamiento; aunque pronto pasa, me inquieta pensar que no hago las mortificaciones con ese fin, porque a lo que atiendo en mis obras es a agradar a mi Dios. Cuando me veo fatigada por cualquiera de estas cosas, atiendo al fin que he tenido y me quedo serena.

El día 8 tuve que llevar con paciencia el dolor de cabeza. Si me esforzaba en hacer todo lo preciso de comunidad, era con mucho trabajo, y tenía presente el dolor que mi amado Esposo padeció en su sacrosanta cabeza con la corona de espinas. Se lo ofrecía, pidiéndole: que por sus dolores y méritos santísimos, lo ofreciera a la Divina Justicia en satisfacción de mis pecados y los de todo el mundo, y en alivio de las almas del purgatorio. Este día no tenía los consuelos que otros días, pero mi alma estaba alegre, y deseaba padecer más, si era la voluntad de mi amado Esposo. Le decía: que me diera que padecer, todo lo que quisiera sin consuelo alguno, porque todo mi consuelo era hacer su santísima voluntad, y aunque estaba con sequedad, no sentía ninguna fatiga interior.

"me viene una luz al entendimiento"

El día 9 desde que me levanté estuve con recogimiento con intervalos, y un poco más fervorosa en la misa. La oración de la mañana fue de contemplación de la Divinidad, porque así me la dio mi amado Esposo. Esta contemplación no la puedo yo tener, sino cuando mi Dios me la da; digo que me la da, porque no es adquirida por consideraciones ni pongo nada de mi parte. Casi siempre, de repente me viene una luz al entendimiento que le da noticias de su Dios, y que lo deja parado en admiración e inflamada la voluntad. La memoria no le sirve, porque de nada se acuerda, nada más que de lo que conoce o está viendo el entendimiento y amando la voluntad. Quedé inflamada en el amor de mi Dios hasta después de la misa; digo que quedé más inflamada, pero no distraída, porque en el recogimiento, aunque era con sus intervalos, como he dicho, tenía presente a mi amado Esposo, a quien deseaba agradar. Seguí cuidadosa de hacer todo lo que conocía que pudiera agradarle.

La oración de la tarde fue lo mismo que la de la mañana; luego seguí otro poco de tiempo fervorosa, y después me quedé sin fervor sensible aunque sin fatiga, porque mi alma conocía que tenía a Dios, que estaba con su Dios y Esposo, y los fervores no le hacían falta para nada.

El día 10, en la comunión estuve recogida; después de comulgar me parecía que mi amado Esposo me iba manifestando sus santísimas llagas de pies y manos, y me decía:

-Mira lo que he padecido por ti.

Mi alma lo recibía con mucho consuelo, y llena de agradecimiento, alababa y daba gracias a mi amado Esposo Jesús. Así estuve un poco de tiempo después de la comunión, luego, todo el día lo pasé con sequedad, aunque no por eso, dejé de hacer continuas alabanzas a la misericordia infinita de nuestro amabilísimo Dios por el beneficio de nuestra Redención. Pasé el día dando gracias por mí y por todas las criaturas, y pidiendo: que no se malograra ninguna alma, si fuera posible. Sentía las muchas que no logran por su culpa, el beneficio de la Redención. Acabé este día, a ratos distraída, pero procurando recogerme en el momento que lo conocí.

“te lo manda por boca de su ministro”

El día 11, amanecí con recogimiento. Desde que desperté, parecía que había estado en oración fervorosa, y empecé a hacer todas las cosas con fervor. Después de la oración, me parecía que mi dulce Madre me reprendía por haber tenido algún descuido y haberme dejado llevar por las tentaciones que se me presentaron para estorbarme, no le diera cuentas a la conciencia de que había estado descuidada y no había aprovechado los ratos que hubiera podido, aunque con incomodidad, como hago cuando no estoy cuidadosa. Me serenaba la conciencia la falta de tiempo, y era verdad, pero no atendía a que otras veces que no estoy con la desgana, aprovecho aunque sea los minutos, como me sucede ahora que lo estoy haciendo sin poder, y en esta ocasión me he obligado a tomar la pluma. Si me hubieran dejado, hubiera escrito bastante, porque hasta la mano se aligeró.

En esta reprensión, me puso mi Dios presente el árbol, como dije en otra ocasión, con la luz que recibí de que por mí sola y sin ayuda no podía dar nada bueno. Lo que ocultaba no manifestando los beneficios de mi amado Esposo, se lo quitaba a la gloria, que de sus obras quería sacar.

Me parecía que me decía mi dulce Madre:

-Obedece y no seas más ingrata con tu desobediencia a los favores con que mi hijo y tu Esposo te favorece, y te lo manda por boca de su ministro, a quien debes obedecer.

Quedé humillada, y pedí perdón a mi amado Esposo y dulce Madre. También se lo pido a V.R. Lo que más siento, es que lo estoy escribiendo, y me parece que son cosas de mi cabeza, aunque entonces no me lo parecían, pero quiero obedecer. Si no fueran verdad, mi amado Esposo le dará a V.R. luz para ver lo que sea verdad.

Quedé humillada y fervorosa, y en este día, no tuvieron entrada los temores ni las dudas, porque todo él fue de recogimiento.

Algunos ratos me parecía que estaba mi dulce Madre junto a mí, me recordaba lo que debía a mi amado Esposo, y lo mal que le correspondía. Mi alma se llenaba de afectos y de agradecimiento a la bondad de mi Dios, de dolor por mis ingratitudes, y de deseos de enmendarme; para ello le pedía a mi dulce Madre su favor y amparo, y le daba las gracias por usar conmigo tanta misericordia.

El día 12, también estuve recogida y fervorosa con algunos ratos de distracción y sequedad, pero fueron pocos. Este día era la oración dada[151], y después se quedaron las potencias tan inflamadas, en la contemplación de mi Dios y Esposo de mi alma, que ésta se empleaba en continuas alabanzas, convidando a todas las criaturas a alabar a mi Dios, y si por mí fuera, lo amarían todas, como ya he dicho otras veces.

Escribo ligero porque tengo poco tiempo, y como otras cosas ya están dichas, me parece que no es menester más para hacer lo que me manda V.R.

[151] Texto de meditación que se daba a la comunidad.

El día 13, tuve alguna sequedad, pero con trabajo hice todo lo que pude; me molestaron las distracciones, la imaginación estuvo inquieta, y tuve que andar con cuidado, porque si no, presto se iba a lo que no le tocaba.

El día 14, estuve algunos ratos fervorosa, pero duraban poco.

El día 15, estuve más recogida, quiero decir, que la imaginación no me dio guerra, pero tuve sequedad la mayor parte del día, y de pronto, algunos ratos me ponía fervorosa, porque visitaba mi amado Esposo mi alma. En una de las veces que fui al coro, cuando entré se encendió mi alma, pues me decía mi amado Esposo:

-Mira los desprecios que yo sufrí por ti en este mundo. Atiende quién soy y quién eres tú.

Estas palabras que me decía, dieron a mi alma luz para el conocimiento de mi Dios y el conocimiento de mi nada. Como no hacía nada, no era digna de otra cosa más que de desprecio, aunque solo fuera por haber sido ingrata a mi Dios. Le tenía agradecimiento, y deseaba padecer por su amor. Me parece que mi amado Esposo lo hizo así, porque este día se me ofrecieron ocasiones que me humillaron, y las llevé bien por su amor. No hice nada de mérito, porque no me costó ningún trabajo, que en otras ocasiones sí me hubiera mortificado, pero como he dicho, no tuve nada que hacer; solo sentí la mortificación que se tomó la religiosa que lo hizo. Después me pidió perdón, y estaba muy mortificada por haberme mortificado. Le dije: que no tuviera cuidado, que no me había mortificado, porque yo sabía que estaba fatigada por otra cosa, y no había hecho caso. Con esto la religiosa se consoló, y yo me quedé alegre, porque no había dado causa para que se desazonara. A otra, le quise hacer un bien con buena intención, y no lo recibió bien, pero también me quedé serena, y di gracias a mi amado Esposo. Al poco rato de esto, fue cuando fui al coro, y me pasó lo que he dicho.

El día lo acabé fervorosa.

El día 16 tuve sequedad como el día anterior, pero estaba dispuesta a hacer mucho por mi Dios y Esposo de mi alma. Los días que tengo sequedad y no estoy distraída, estoy deseosa de hacer mucho, y vivo con mucho cuidado de no perder nada. Pero el día que estoy con la imaginación alborotada, tengo muchos descuidos y faltas, aunque involuntarios nacidos de mi miseria, que me hacen humillarme en la presencia de mi Dios.

Que sea para gloria de mi amado Esposo y Dios, y honor de mi dulce Madre. Amén.

Mayo 17. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos Amen.

Este día desde que me levanté, estuve con tanta sequedad de espíritu, acompañada de una cosa tan mala en la cabeza, que estaba como tonta, aunque me esforzaba en hacerlo todo. En la oración no hice nada de provecho, más que conformarme con la voluntad de mi amado Esposo al que esperaba recibir sacramentalmente. Le pedía: que perdonara mi alma; que la purificara, con su sangre preciosísima; que quitara de mi corazón todo lo que hubiera que no fuera de su agrado, y que

me diera luz para conocerlo, y poner de mi parte cuanto pudiera ayudada de su gracia. Estas peticiones las hacía con mucha sequedad, pero conforme, con que si la voluntad de mi amado Esposo Jesús es que yo esté así toda mi vida, no merezco otra cosa. Seguí pidiendo a mi dulce Madre: que preparara mi alma para llegar a recibir a su Santísimo Hijo; que yo quisiera tener la pureza de los Ángeles, y la que han tenido todas las alma que más le han agradado y que, si fuera posible, quisiera tener aquella disposición con la que llegaba mi dulce Madre a recibirle sacramentado.También, como hago todos los días de comunión, le pedía: que ofreciera sus santísimos méritos por mí.

El día que estoy fervorosa, se aumenta mucho más el fervor, y el día que estoy con sequedad, me consuelo con desear tener lo que he dicho, pedirlo a quien me lo puede dar, y darlo por recibido, solo con el deseo de tenerlo. El alma sabe que por sí, nada puede si no se lo dan, y cuando no le dan más que deseos, con aquello se contenta. Llegué a recibir a mi amado Esposo Jesús Sacramentado, pero seguí con la misma sequedad, y con ella hice lo mismo que siempre: convidar a los santos Ángeles y Santos para que alabaran y dieran gracias a mi Amado por mí, y a mi dulce Madre le pedía lo mismo: que lo adore, y alabe, y dé gracias por mí. Esto lo hago siempre al instante de comulgar cuando estoy como este día con sequedad, aunque estos días son pocos, y en comulgando se me quita la sequedad. Los días que estoy con mucho recogimiento, después de que mis potencias se despiertan, es cuando hago lo de convidar a todas las criaturas del cielo y de la tierra para que por mí adoren, alaben, y den gracias a mi Dios y Esposo de mi alma por mí, y yo lo hago por todas. Lo estuve haciendo como he dicho, pero empecé a temer si mi amado Esposo estaría enojado conmigo, como puedo temer por mis muchas ingratitudes. Este pensamiento no lo puedo pasar con indiferencia, pues pensar que mi alma pueda tener enojado a su Amado es una pena, que pasándola es como se conoce, y solo se la puede quitar el que se la causa. Penetrada por esta pena, aunque llena de confianza en la bondad de mi Dios, le decía: que si era culpa mía aquel retiro, que por su infinita misericordia me perdonara, y si era por ser así su santísima voluntad, yo la recibía, pues no lo amaba por los consuelos, sino porque merecía ser amado. No quería otro consuelo que hacer en todo su santísima voluntad, fuera padeciendo o gozando.

Repetidas veces le pedía perdón de mis pecados e ingratitudes con los que he correspondido a los muchos beneficios que ha hecho a mi alma. Esta pena que he dicho, mientras mayor era, más consuelo me daba. Parece una cosa contraria, decir: que mientras más aguda era la pena, mayor consuelo tenía, pero es así.

Pasé este día procurando en todo hacer lo mejor que conocía para agradar a mi amado Esposo, siempre con la confianza de que, aunque se había ocultado, no me había dejado, porque yo no conocía haber caído en culpa. Por eso le pedía: que me diera luz para conocer qué había hecho mal, y enmendarme con su gracia.

Por la noche, salí del refectorio, entré en la celda, y adoré en mi interior, a mi Dios, trino y uno. Como lo hago muchas veces en el día y en la noche, lo había hecho este día, pues no había dejado de hacer actos de las virtudes, como todos los días, o aún con más cuidado. Al hacer esta oración, de repente me parecía que estaba viendo en mi alma a la Santísima Trinidad. Sentí tan gran consuelo que no lo sé explicar, pues quedó mi alma como anegada de la infinita grandeza de Dios. Esta visión pasó

pronto, pero quedaron las potencias tan inflamadas, que en un buen rato, solo podía alabar continuamente al Dios eterno, y lo único que podía decir era:

-Alabado sea Dios, uno en la esencia y trino en las personas.

-Alabado y ensalzado sea eternamente.

-Dios inmortal, eterno, incomprensible; alabado sea.

-Dios infinitamente bueno, justo y Santo; alabado sea.

-Dios, Rey de Reyes, con infinito dominio; alabado sea.

-Señor de quien depende todo señorío; alabado sea.

-Dios incomprensible, inaccesible, incomparable; alabado seas.

De este modo seguía algunos ratos, con estas alabanzas y otras, como suspensa o en admiración; el cuerpo se quedó tan sin fuerza, y el corazón se encendió tanto, que me arreció el dolor que padezco, pero todo era dulce con el consuelo que mi alma sentía.

Estas alabanzas que he dicho y otras de este modo, no eran pensadas, sino que me eran dadas por el mismo Dios a quien alababa, y parecía que las decía sin saber cómo. Con esto acabé este día.

Sea todo para gloria de mi Dios y Esposo de mi alma, a quien deseo que todas las criaturas conozcan, amen y alaben eternamente. Amén.

Mayo 18. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día estuve recogida y fervorosa. No hice muchas cosas de las que tengo ordenadas, pero fue por estar ocupada. También falté a la lección espiritual, y a las visitas al Santísimo Sacramento. Desde donde estaba, cuando me acordaba y estaba atenta a la presencia de mi amado Dios y Esposo de mi alma, aprovechaba todo lo que podía. La oración que tuve fue la contemplación de la Divinidad. Fue sábado, y conociendo el don de la poderosa protección de mi dulce Madre, como ya he dicho otros sábados, conozco que tengo quien cuide de mí, y parece que me está avisando de lo que debo a mi amado Esposo, y cómo debo corresponderle. No lo conozco por palabras, sino por conocimiento muy vivo, sobre todo en este día, me parece que mi dulce Madre cuida de mí con más cuidado que en otros días.

Dé V.R. mis gracias a mi amado Esposo que me dio tal madre y maestra. La llamo así, porque ambos oficios los hace conmigo sin merecerlo, y porque no sé corresponder como debía.

Gracias a Dios.

El día 19 fue también de recogimiento y fervor, y con este me preparé para la Sagrada Comunión. Después de la comunión, se aumentó mucho más con la unión más estrecha de mi Dios en mi alma, que me encendía en el amor de mi Amado. Este fervor lo ejercité todo el día, en alabar, dar gracias, pedir perdón, y en todas las demás cosas, que me pasan los días que estoy así, y que ya me he ocupado en contarle en otros sitios. Son los mismos deseos y ansias de que mi Dios sea conocido, amado y servido por todas las criaturas, y a esto se dirigían mis peticiones y los deseos de mi alma. Los ratos que no tenía otra cosa precisa que hacer, los gastaba en hacer todo el bien que podía a mis hermanas enfermas, aliviándolas en cuanto al alivio corporal. En lo espiritual, pedía mucho a mi amado Esposo por todas, deseando para todas

lo que deseo para mí, que es solo acertar a agradarle, siendo toda de mi Dios. La oración fue lo mismo que todos los días de recogimiento, porque estos días, aunque empiece la oración en algún misterio de la humanidad de mi amado Esposo Jesús, parece que me sacan y me llevan a la contemplación de la Divinidad, sin poder hacer otra cosa.

Fuera de la oración me sucede lo mismo: la presencia de Dios es más de Dios solo, y todo me lleva más, al conocimiento de este Dios. Todo lo veo como obra de sus manos, y nada me distrae, porque todo me sirve para subir hasta el Creador. Esto es lo que me sucede todos los días de recogimiento, y me sucedió este día.

El día 20, lo pasé también de recogimiento; aunque ocupada en obras de manos, estaba el alma atenta a mi Dios, y en buena disposición para la contemplación. Si las cosas que estaba haciendo se llevaban algo mi atención, parecía que mi amado Esposo Jesús me avisaba de mi descuido, no con palabras, sino poniéndose presente a la vista de mi alma, y aumentando en ella la luz para conocer lo mucho que le debo. Le pedía perdón, y volvía a recogerme.

Pasé este día sin cosa particular; unos ratos estaba más fervorosa que otros, y todos los gastaba en alabar a quien me avisaba. Con nuevo agradecimiento y fervor, daba gracias a mi amado Esposo, mi Dios y todas las cosas.

El día 21, fue lo mismo que los anteriores; tuve la oración fervorosa y con grandes consuelos, porque parecía que estaba viviendo, con mi amado Esposo Jesús, los pasos de su Pasión santísima, y que le manifestaba a mi alma lo mucho que había padecido. Yo lo agradecía por mí y por todas las criaturas, le ofrecía mi corazón para descansar, y me parecía que lo recibía, se sentaba en él, y me decía lo que había hecho por mí. Me daba a conocer: que no solo era mi redentor, sino también era mi maestro; que con una gota de la sangre que derramó, era bastante para redimir mil mundos, y que había querido padecer tanto para enseñarme con ejemplos, la paciencia y las demás virtudes. Mi alma se encendía en su amor, y aprovechaba con alegría cualesquier ocasión que se ofrecía para padecer e imitar, en lo que pudiera, a mi amado Esposo Jesús.

Doy fin con alegría, para que sea para gloria de Dios, a quien pido perdón de mis faltas, que serán muchas por mi miseria, aunque no las conozca.

He dejado de decir algunas cosas, por estar con pensamientos de los que V.R. sabe que me molestan muchas veces, cuando me parece que muchos de los favores que recibo de la bondad de mi Dios, sin ningún mérito de mi parte no son de Dios, sino figuraciones de mi cabeza. La causa que más me hace dudar es ver que los méritos que hay en mí, son mis continuas ingratitudes. Esto hace que vea mayor la misericordia que tiene conmigo mi Dios y Esposo de mi alma. Cuando me vienen estos pensamientos, en vez de pensar en dar gloria a mi Dios diciéndolos, parece que se la quito, si me parece que no son verdaderos. La voluntad quiere obedecer y el entendimiento debe rendirse a la obediencia; y en efecto, se rinde, pero con tantos temores, que como encuentre alguna callejuela por donde salir que le dé alguna satisfacción a la conciencia de que no falta a la obediencia, se alegra, y solo obedece

cuando no tiene salidas. Éstas, cada día se van apurando[152] más, porque V.R. me las va quitando con mandatos, de suerte que no encuentro salida.

Gracias a Dios.

Estando en el oficio de maitines, parecía que estaba viendo a mi amado Esposo Jesús, y me parecía que estaba junto a mí, no porque lo viera con los ojos del cuerpo, sino que lo veía con los del alma y lo oía sin palabras. Me parecía que al presentarse mi amado Esposo a la vista de mi alma, yo lo entendía como si me dijera con palabras:

-Vengo a visitarte como visité a mis apóstoles, antes de mi partida para subir a mi Padre, cuando les prometí enviar al Espíritu Santo. Como fiel esposo, te prometo a ti que será renovada la promesa, si eres fiel y perseveras en imitarme.

Aunque no era con palabras, como he dicho, lo entendía como si me lo dijeran, y además parecía que estaba viendo con toda viveza el conocimiento de cómo tenía que practicar las virtudes, a imitación de mi amado Esposo Jesús y de mi dulce Madre, en sus ejemplos de humildad, caridad, paciencia, silencio y demás virtudes. Aunque temía no llegar a tanta perfección por mi miseria y flaqueza, le pedía a mi amado Esposo: que me diera su asistencia, y el amparo de mi dulce Madre. Con esto recibí mucho consuelo y fortaleza y me llené de fervor.

Mayo día 22. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Amanecí un poco distraída, y dando entrada a las tentaciones que he dicho, pero cuando estuve con V.R. se fueron, me dejaron y volví a tener recogimiento interior. Este día, sufrí con paciencia y conformidad los trabajos, pues me apretaron más las cosillas que padezco. Todo se lo ofrecía a mi amado Esposo, unido con sus méritos santísimos, en satisfacción de mis pecados y de todos los del mundo. Ejercitaba los actos de virtudes que podía, con la gracia de mi Dios, en cuya presencia estaba atenta para no perder ninguna ocasión que pudiera aprovechar.

Aunque mis deseos eran hacer mucho, hice poco.

"por el bien espiritual de esta Comunidad"

Día 23[153]. Amanecí con mucho recogimiento, y con fervor me preparé para recibir a mi amado Esposo Jesús Sacramentado. Después de comulgar, se aumentó más mi fervor y consuelo por la unión más íntima con mi Dios y Esposo de mi alma, y con la contemplación del amor tan grande que le hizo quedarse con nosotros en este sacramento de amor. La memoria de la festividad del día, me hacía tener más presente este amor y milagro de su omnipotencia que quiso quedarse y estar con nosotros como está en los cielos. Agradecía este beneficio y daba alabanzas a mi amado Esposo por él.

Seguí un poco de tiempo, dando gracias y alabanzas por mí y por todas las criaturas, y después, otra vez estuve recogida en la contemplación del misterio del día. Me parecía, que estaba viendo a mi amado Esposo Jesús sentado en su trono de

[152] Quedando menos, disminuyendo.

[153] El día veintitrés de mayo, de 1811, fue Fiesta de la Ascensión.

gloria, donde lo iban adorando todos los ángeles y santos, a quienes acompañaba yo haciendo lo mismo, y pidiendo a mi dulce Madre que diera gracias por mí.

Tuve mucho consuelo viendo al que es nuestro juez, nuestro medianero y el más interesado en nuestro verdadero bien. Estuve otro poco de tiempo alabando la infinita bondad de mi Dios, y dándole las gracias en nombre de todas las criaturas, por tantos y tan grandes beneficios. Estuve tan embebida en esto, que solo me acordaba de lo que tenía presente y a la vista de mi alma. Cuando se me pasó un poco, y las potencias del alma se despertaron para poder pensar en otras cosas, me parecía que estaba junto a mí, y tenía presentes a mi amado Esposo y dulce Madre. Empecé a pedirles por el bien espiritual de esta Comunidad, y que hubiera paz en la elección que se iba a hacer, para que mi Amado fuera servido en todo con agrado, y no fuera ofendido por unas criaturas tan favorecidas por su misericordia. Hice muchas peticiones por la prelada y por las súbditas, deseando para todas que tuvieran la mayor perfección de sus almas para gloria de mi Dios. Para mí no pedí nada, solo pensaba y deseaba ser toda de mi Amado Esposo. Quería darle gusto en todo, y me ofrecía y le pedía, no tener más voluntad que la de mi Dios. Todo mi consuelo sería acertar para cumplir su santísima voluntad, aunque fuera en las cosas más amargas, pues todo se me hacía dulce, sabiendo que era su santísima voluntad. Decía esto mientras estaba fervorosa, y ahora digo lo mismo, pero obras son amores y no buenas razones. Las obras no vienen con las palabras, como lo puede usted decir por experiencia, pues no venzo las repugnancias que tengo para cumplir como debo la voluntad de mi Dios, Señor y Esposo de mi alma solo por darle gusto, y busco excusas para no cumplir su voluntad santísima y justísima, porque me cuesta trabajo.

Quien tiene amor verdadero, no atiende a otra cosa más que a dar gusto a su amado, cueste lo que cueste. El amor vence los temores, y la confianza que tiene en su amado, no le permite tenerlos. No le importa su gusto o disgusto, sino el gusto de su amado, como hace el alma que ama a su Dios.

¿Podré yo decir, que lo amo como debo? No lo puedo decir por mi ruindad y miseria; sí diré que lo amo como un siervo interesado y flojo, que solo trabaja cuando su Señor lo está regalando o está presente; pero si se ausenta, se llena de pereza, y si no lo regala, está lleno de disgusto.

Éste es el amor que María del Socorro tiene a su Esposo y Dios, a quien debería amar con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas.

Éste es el amor con que corresponde a tantos beneficios como ha recibido de la poderosa y misericordiosísima bondad de su Dios, que por su misericordia se lo da a conocer para que se enmiende.

¡Oh bondad infinita de mi Dios! No os cansáis de sufrir a tan ingrata criatura, sino que cuando veis que se deja llevar de vuestra misericordia, acudís vos, mi amado Señor, y me hacéis conocer mi ingratitud. Pero Amado mío, haciéndome nuevos beneficios, quedo más obligada, y en vez de poder satisfacer mi deuda, quedo más deudora de este Dios, que por sí solo y solo por quién es, se debe amar con toda el alma sin interés alguno, pues por sí solo se lo merece. El alma que se halla tan obligada, ¿cuál será su ingratitud, si no corresponde como me sucede a mí?

Padre mío, pídale usted a mi amado Esposo: que perdone mi negra ingratitud, y me conceda un amor puro, constante y fuerte, que no se quede en palabras, sino que lo acrediten las obras.

Y volviendo a lo que estaba diciendo.

Estando ofreciéndome a mi Dios y Esposo de mi alma, me parecía que me decía:

-Es mi voluntad que vayas al torno; allí estaré contigo, si como fiel esposa procuras no apartarte un punto de mi presencia, encaminando todas tus obras y palabras, a mi mayor gloria. En el trato con tus prójimos, tus palabras serán pocas, y éstas solo atendiendo a mi mayor gloria y bien de tus hermanos, procurando buscar el mayor bien para sus almas, como lo hicimos mi madre y yo mientras vivimos en este mundo, y atiende a nuestras obras para imitarlas con fidelidad. Si así lo haces, no temas que en todo me agradarás.

Entonces empecé a decirle a mi amado Esposo:

-Vos sabéis mi flaqueza y miseria, Esposo mío, y que no puedo nada por mí sola, si vos no me asistís con vuestra gracia. Os la pido por los méritos de mi dulce Madre, a quien ruego que no me niegue su maternal protección.

Me parecía que mi dulce Madre me la ofrecía, haciendo conmigo oficio de madre y maestra. Estando en esto, llamaron para hacer la elección.

Fui con mucho recogimiento interior, y mi alma se ocupada de dar gracias a mi amado Esposo por estos beneficios. Con gran paz en mi alma, oí lo que ya sabía, y de nuevo me ofrecí a mi Amado en todo lo que quisiera de mí, aunque fuera lo más penoso o trabajoso, pues sólo quería darle gusto, haciendo su santísima y amabilísima voluntad, que era mi consuelo y mi alegría.

Acabado este acto de comunidad, me fui al coro donde estuve con mucho recogimiento contemplando el misterio del día, recé la hora nona[154] con gran consuelo en mi alma, que más le parecía que estaba en el Cielo que en la tierra.

Por la tarde, aunque la unión no era tan estrecha con mi amado Esposo, estaba recogida y fervorosa, y así no me distraía el gran concurso[155], que acudió al torno aquel día, porque las potencias de mi alma no admitían otro objeto que su Dios, a quien sea dada alabanza honor y gloria. Amén

Día 24, viernes. Este día también fue de recogimiento, aunque no tanto. Atendía a las obligaciones precisas sin distraerme de la presencia de mi Dios y Esposo de mi alma, procurando en lo que cabía, poner de mi parte para conservarla, hablando solo lo más preciso. Mi amado Esposo me concedía, que sin apartar mi alma de la vista de su amabilísima presencia, atendiera sin falta a mi obligación. Los pobres que con frecuencia llegaban, me llenaban de consuelo, dándoles la limosna, pues miraba en ellos a mi amado Esposo Jesús, y se aumentaba en mi alma el deseo de ser pobre por un Dios, que siendo tan rico, se quiso hacer pobre por nuestro amor.

Pasé la mañana, encontrando en todo, causa para amar más y más a mi Dios.

Por la tarde estuve menos fervorosa, pero aproveché todas las ocasiones que se ofrecieron de ejercitar las virtudes, deseando en todo agradar a mi Dios.

[154] Última de las horas menores anterior a las vísperas.

[155] Concurrencia de gente.

El día 25 amanecí tan fervorosa como si hubiera estado en oración toda la noche en la contemplación de Misterio de la Encarnación; esto era lo único que podía pensar, y esto era lo que me encendía en el amor de un Dios tan misericordioso que quiso tomar la naturaleza humana para poder padecer y morir para enseñarnos con su ejemplo y doctrina, a ganarnos el cielo.

Empecé el día dando gracias y alabanzas a mi amado Esposo Jesús, por este beneficio tan grande. En la oración primera tuve mucha luz en mi alma para el conocimiento de este misterio. Aunque pude estar poco tiempo en el coro, pasé toda la mañana con recogimiento, teniendo presente el amor de mi Dios en todo lo que hacía. Me ocupaba en dar gracias y alabanzas a mi amado Esposo Jesús, y la enhorabuena a mi dulce Madre, a quien pedía: que diera las gracias por mí y por todas las criaturas, y que nos alcanzara muchos auxilios de gracia para que no se perdiera el fruto de tan copiosa Redención.

Por la tarde estuve en el torno, y aunque hubo mucho que atender, estuve recogida; si algunos ratos me descuidaba algo, me acordaba de mi amada Madre y de lo mucho que debo a mi Dios, y volvía a recogerme y a dar gracias y alabanzas en mi interior. No me dejaba divertir[156] en las cosas de la tierra, más que con una atención sencilla y necesaria.

El domingo día 26, fue en su principio de recogimiento. Me preparé fervorosa para recibir a mi amado Esposo Jesús Sacramentado, lo recibí con gran consuelo de mi alma, y le di gracias y alabanzas, como he dicho otras veces. Me parecía que mi amado Esposo me decía:

- Toda eres mía, y yo todo tuyo.

Y yo repetía estas mismas palabras:

- Vos sois todo mío y yo toda vuestra. Haced de mí lo que queráis, como mi dueño y Señor

Así estuve en coloquios con mi amado Esposo, hasta después de media mañana, y estando en esto me llamaron. Seguí un poco de tiempo fervorosa y atenta a mi Dios, pero luego mi miseria obró, atendiendo demasiado a las criaturas y no dando tanto tiempo como debía a mi Dios.

Acabé la mañana con fatiga, pues cuando conocía que estaba distraída, no ponía mucho de mi parte, se iba aumentando la tibieza y la sequedad, y estaba cada vez más distraída. Recordaba las cosas que había oído, pero como no había atendido al Esposo de mi alma como debía, era justo que lo hiciera así; y yo, como conocía que la sequedad era el castigo a mis descuidos, le pedía perdón. Estando un poco afligida, porque conocía mis ingratitudes para con mi Dios y Esposo de mi alma, me parecía que me decía:

-Solo mi bondad sufrirá tu ingratitud. Yo me he dado todo a ti, y tú te olvidas de mí, estando obligada por tantos títulos[157]. Yo soy tu padre, tu hermano, tu esposo el más cuidadoso, tu Dios y tu Redentor.

[156] Desviar la atención, distraer.

[157] Donación, regalo.

Estas palabras no eran seguidas, sino dando tiempo para irlas pensando. Con la luz y emoción que en el alma me causaban, llena de dolor y amor pedía perdón por mis descuidos, y ofrecía de nuevo enmendarme con su gracia. Le daba gracias, porque atendía tanto a esta miserable criatura, como si la necesitara para algo.

Acabé el día, fervorosa, cuidadosa y humillada.

El día 27 por la mañana, fue de sequedad. El día que estoy así, me molestan más los pensamientos que acostumbran a venirme, dudando de los favores de Dios conmigo, como ya he dicho otras veces a V.R.

No pude escribir, porque además de tener la cabeza mala y sequedad de espíritu, no solo dejé de hacerlo por la repugnancia que tengo para escribir, sino porque temía no hacerlo como debía por no tener ayuda, y lo dejé para otra ocasión.

En la oración estuve lo mismo, sin hacer nada de provecho, conformándome con la voluntad de Dios, y así toda la mañana; algunas veces me venía algún fervor, pero pasaba pronto.

Por la tarde estuve más fervorosa y recogida. A ratos tenía algunos coloquios con mi amado Esposo Jesús, que con amor me manifestaba lo mucho que había padecido por mi amor. Mi alma correspondía agradecida, deseando amarle con toda el alma, con todo el corazón y con todas las fuerzas, y le pedía perdón por lo poco que lo he amado.

Con afectos y sentimientos acabé este día.

Día 28. Amanecí recogida. Mi amado Esposo me previno para el día que me esperaba, pues lo pasé todo en el torno, atendiendo a muchas cosas. Me hubiera sido imposible conservar el recogimiento interior con Dios, si este mismo Señor no lo hubiera hecho, pues cuando más ocasión de distracción había, tenía a mi amado Esposo más presente, y algunas veces me parecía que me decía:

- Aquí me tienes, no temas.

Con esto, se encendía en mi alma de nuevo su amor.

Estuve todo este día, unas veces alabando a mi amado Esposo, otras dándole gracias, otras pidiéndole perdón, otras adorándolo, unas veces en cuanto a Dios, trino y uno, y otras en cuanto a Dios y hombre. Lo adoraba sacramentado, en todos los sagrarios del mundo, pidiendo a mi dulce Madre y santos ángeles que lo hicieran por mí. Mi alma estaba ocupada en distintos actos de las virtudes, mientras el cuerpo cumplía con su obligación, pero todo lo hizo mi amado Esposo, y yo nada.

Alabado sea eternamente por todo.

El 29. Me fue más trabajoso atender a las obligaciones, por el dolor de cabeza que me da, que lo tuve casi todo el día, aunque lo pasé con alegría y conformidad. Acordándome de lo mucho que mi amado Esposo había padecido por mi amor, pasé el día recogida con mi Dios, unos ratos más fervorosa y otros menos, pero atenta a aprovechar las ocasiones que se ofrecían.

Gracias a Dios y alabado sea eternamente. Amén.

“me vino un fuerte golpe de amor”

Mayo 30. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Tuve algún recogimiento, aunque no tan grande como otros días, lo bastante para obrar con fervor y aprovecharme de las ocasiones que se ofrecieron. A mediodía, subí al coro a hacer una visita a mi amado Esposo Jesús Sacramentado. De pronto me vino un fuerte golpe de amor que parece que me hieren de repente, y es tan rápido que no da lugar para nada. Se manifiesta Dios, y el alma queda sorprendida y como anegada, al mismo tiempo que viene un fuego grande al corazón y un dolor como si lo hirieran, que dura poco. Ni sé su nombre ni lo sé explicar, y aunque pasa pronto, el alma queda encendida en el amor de su Dios, de modo que después de esto, vienen los coloquios amorosos con su amado Esposo. En esta ocasión que voy diciendo, pasé toda la siesta en coloquios con mi Amado que me decía:

- Esposa mía ¿me amas con todo tu corazón?

Derretida el alma con el amor de su Dios, se ofrecía de nuevo a amarlo con todo su corazón, y humillada le pedía perdón por su poco amor, pues conocía lo poco que lo amaba, y lo obligada que estaba a amarlo. Pasé la tarde con algunos intervalos que no me distraían del todo, solo que no estaba tan encendida el alma, aunque con cualquiera cosa pronto se volvía a encender.

El día 31 amanecí tan fervorosa y recogida como había anochecido, y así me preparé para la comunión. Cuando recibí a mi amado Esposo Jesús Sacramentado, me parecía que lo veía sentado en mi corazón; me iba manifestando todas sus llagas recibidas por mi amor, y yo iba adorándolas y dándole gracias por todo lo que quiso padecer. Mi alma estuvo un poco de tiempo ocupada en alabanza nacidas del agradecimiento a su infinita bondad. Estando en esto, me decía mi amado Esposo:

-Mira lo que he hecho por ti, y tú ¿qué haces por mí?

Oyendo estas palabras me veía tan pobre como quien nada tiene, se viste de prestado, y si el dueño se lo quita, se queda en suma miseria.

Humillada le decía:

-Nada he hecho por vos, Amado mío. Como señor poderoso, magnánimo y liberal me lo habéis dado todo; hasta a vos mismo os dais a mí, pero ¿cómo lo he hecho yo con vos amado Señor y Dios mío?: como un siervo perezoso, que no procura granjear[158] con el caudal de su Señor. Si algo hago, Esposo mío, es porque lo hacéis vos. Confieso mi nada que nada ha hecho por mi Dios, pues solo vos lo hacéis con la fuerza de vuestro amor, al que yo correspondo con ingratitudes, amado Esposo y Señor mío.

¡Oh paciencia de mi Dios que tanto sufre y espera!

¡Oh, qué grande es vuestro amor, que sufrís a un débil gusanillo que para nada os sirve, Señor!

Yo hago como quien soy, y vos sois mi Dios compasivo. Señor, con los pobres me dais limosnas sin mirar que no la merezco, y que solo me la dais por vuestro amor.

[158] Obtener ganancias.

¡Alabado eternamente sea tu divino amor! Por el mismo, te pido amado Esposo y Señor: que de limosna me des lo que quieres que yo tenga para agradarte, mi Dios.

Así pasé todo el día, unas veces en contemplación de la grandeza, bondad y misericordia de nuestro amabilísimo Dios, y otras en coloquios con mi Amado, nacidos de los efectos que causaron las palabras de mi amado Esposo, que levantaban en mi alma tantos afectos de amor y agradecimiento, y de humillación, viendo lo mal que le correspondo. Esta fue la ocupación de todo este día, sin que me apartara de ella ningún cuidado exterior, pues el interior tenía más fuerza por la presencia tan viva que tenía de mi amado Esposo Jesús a quien sea dada alabanza.

El sábado primero de Junio fue de recogimiento y humillación. Todo el día tenía tan presente los beneficios de mi Dios, que me traía avergonzada mi gran ingratitud, y en la presencia de mi Dios, le pedía perdón y le daba las gracias. Algunos ratos se encendía el corazón en el amor de mi amado Esposo, el alma se levantaba de aquella humillación tan grande, se ponía fervorosa, y con buenos ánimos para hacer cuanto pudiera, con la ayuda de la divina gracia. Me ofrecía a mi dulce Madre, y le pedía amparo y protección para acertar, procurar poner de mi parte, y hacer todo lo que conozco que puede agradar a mi amado Esposo Jesús.

Iban a sacramentar a una enferma. Me fui al coro a esperar la hora, y me vinieron al pensamiento los muchos días que yo no había logrado estar con sosiego hasta entonces. Me alegraba ver que solo tenía que asistir al acto de comunidad como las demás religiosas. Tan pronto como lo pensé, tan pronto tuve la respuesta de lo que debía hacer, pues me parecía que me decían:

-No se te ha dado el tiempo para que vivas ociosa, sí para que trabajes, cuando no sea en el bien corporal de tus prójimos, porque no sea necesario, debes procurar ocuparte de todo lo espiritual con oraciones, a fin de que tu amado Esposo sea amado y servido para su mayor gloria.

Con esto quedé enseñada por mi dulce Madre.

El día que mandaron confesar a la madre Serafines, tan pronto lo oí decir, me parecía que me decían con toda claridad:

-No se muere, es sólo para padecer. Lo que fuere, después se verá.

¡Dios sea bendito!

Sea por siempre bendito. Amén. Y mi Madre santísima, también.

Junio día 2[159]. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día fue de recogimiento. Después de comulgar me pareció que veía en mi alma a la Santísima Trinidad. Con el conocimiento distinguía a las tres personas en un solo Dios cuya inmensidad llena los cielos y la tierra, y como lo llena todo, no deja de estar en una parte para estar en otra. Cuando se manifiesta al alma que está en gracia, es como si descorrieran el velo que lo oculta, y así me parecía que había sido cómo había bajado el Espíritu Santo a los Apóstoles, manifestándose con señales visibles y llenándolos, más o menos, de su abundante gracia, según la disposición del alma que lo recibía. Me parecía que veía que sobre mi dulce Madre bajaba de lleno,

[159] Domingo de Pentecostés, 1811.

y las almas que estaban inmediatas a mi dulce Madre, recibían más abundancia de aquel fuego, que las que estaban más retiradas.

Para explicar cómo me parecía. Es como cuando un padre reparte entre todos sus hijos alguna cosa, y después la madre de su parte, regala a los que andan más cerca a su alrededor, y tocan a más parte.

Lo explico así, porque estoy tan tonta que no estoy para escribir; veo que no lo hago como debo, y que no puedo hacer otra cosa por la obscuridad que tengo ahora. Si es castigo de mi amado Esposo por mis ingratitudes como temo con razón, por haber querido hacer las cosas a mi gusto, y no según me las dictaban, les pido perdón a mi amado Esposo y dulce Madre.

A usted, padre mío, como a ministro del Señor, a quien estoy obligada a obedecer en su nombre, le pido a V.R.: que pida por mí para que me perdone y me conceda por su infinita misericordia, la gracia de poder obedecer. Lo dejo así para cuando pueda hacerlo, si por los méritos de mi dulce Madre me lo concede como espero.

En misa me parecía que venía el Espíritu Santo a muchas almas, con diferencia en unas más que en otras, causando distintos efectos: en unas parecía que sólo venía a consolarlas y de lleno estaba en ellas, y en otras duraba poco. A éstas le causaba buenos efectos, pero no era como a las primeras que quedaban enriquecidas de dones, y el fuego se conservaba en ellas. Estas cosas que me parecían así, pueden ser cosas y figuraciones de mi imaginación.

Terminé este día, con recogimiento en la presencia viva de mi Dios, aunque no tuve tantos consuelos sensibles como otras veces.

El día 3, no estuve recogida. La oración era de contemplación de los atributos y perfecciones de Dios, y con esta contemplación el alma recibía mucha luz, pero no lo sé explicar. Cada día me parece que sé explicarme menos; no me daría cuidado no saber hacerlo, si no tuviera que hacerlo por obediencia, aunque no sepa, pero si ésta es la voluntad de mi Dios, lo que a mí me falta de explicación, se lo dará a V.R. de inteligencia, para que yo no lo engañe con esta falta que siempre he tenido.

¡Dios sea bendito!

“estuve combatida por temores”

Junio, 4. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Desde que me levanté, estuve combatida por temores; como siempre, me parecía que muchas de las cosas de mi espíritu, eran ilusiones. Procuraba desechar los temores acordándome de que así me lo manda V.R. y me puse a escribir, pero no paraban de venirme pensamientos de que todo era mentira. Hacía la señal de la santa Cruz, como usted me tiene ordenado, pero me costaba mucho trabajo escribir, porque tenía una oscuridad en el entendimiento, que no me dejaba obedecer como quería la voluntad. Entonces lo dejé, deseando que viniera V.R. Viendo que hacía cuanto estaba de mi parte, y no adelantaba nada, temía dos cosas: una, que no fuera verdad lo que escribía, y otra, si sería un castigo por mi poca fidelidad en la obediencia y me castigaba misericordiosamente, no sintiendo alivio con lo que me ordenaba la obediencia. Lo que hice fue pedir perdón a mi amado Esposo y dulce Madre, por si

era por mi culpa como temía, y si era por no ser verdad, que le dieran luz a usted para conocerlo, pues yo no lo quería engañar.

Estaba algo afligida con todo esto, digo algo, porque aunque me molesta la diversidad de pensamientos, entre la confianza y los temores en alguna batería[160], siempre me queda la confianza en la bondad y misericordia de mi amado Esposo que me da aliento, y no me deja acabar de desconsolarme. Mientras alzaba[161] el papel, me avisaron que había venido V.R.; no lo esperaba hasta la tarde, y eso sin esperanza de ir, con lo que me alegré; viendo la bondad de mi Dios conmigo, le daba las gracias. Como usted sabe, estuvimos oyendo la misa. Hasta que salió, este tiempo lo gasté en pedir perdón por mis ingratitudes, dar gracias por los muchos beneficios que he recibido, y pedir a mi amado Esposo: que le diera luz a V.R. para que conociera con claridad, todas la cosas de mi espíritu, y no permitiera que yo lo engañara. Confiada ofrecía de nuevo, obedecer en todo lo que me mandara, como inspirado por mi Dios.

Estando en esto, me parecía que me decía mi amado Esposo:

-No temas; soy yo el que he puesto tu alma en sus manos, y soy el que lo alumbro, como ya te he manifestado en otras ocasiones.

Estas ocasiones se me presentaron con toda claridad. Me dio un gran consuelo, y daba muchas gracias, por este beneficio tan grande, que sin ningún mérito mío me ha concedido. Dejando a otras almas que sabrían aprovecharlo mejor, y serían más fieles y agradecidas que yo, ha querido hacer en mí ostentación de su gran misericordia.

¿Qué otra cosa, amado Esposo y dueño mío, os ha movido a mirar mi alma con tanta bondad, cuando en mí solo ha habido continuos desvíos e ingratitudes? Este es el caudal que yo he tenido en todos los tiempos y caminos que he andado: las ingratitudes, y los desafíos de querer seguir mi errada voluntad, y que Vos quisierais lo que yo.

¡Oh locura y desatino! que con tanta paciencia y con tanta misericordia me habéis sufrido, avisándome para que conozca vuestra amabilísima, justísima, santísima, y en todo, absoluta voluntad.

¡Bendito seas Amado mío, por tus grandes misericordias! Por ellas os pido: que me concedáis la gracia de ser toda de Vos. Yo no quiero tener más voluntad que la vuestra para daros gusto en todo; solo esto es lo que quiero; esto lo que deseo; y todo lo que hubiere en mí, que no sea según vuestra Santísima voluntad, quitarlo, bien mío, y me cueste lo que me cueste, a todo me rindo; a todo me ofrezco; que yo no sea ingrata nunca más.

Amado Esposo mío, perdonadme todo lo que hasta ahora he faltado a vuestra santísima voluntad.

¡Oh Dios infinitamente justo! Haz que te sirva con toda el alma y con todas las fuerzas.

¡Oh Dios Santo! Haz que te siga.

¡Oh Dios amabilísimo! Haz que te ame con toda el alma, con todo el corazón, y con todas las cosas.

¡Oh Dios poderosísimo! Haz con tu poder que yo sea toda tuya eternamente, y que no me separe de Vos.

---

[160] Batalla.

[161] Recogía, guardaba.

¡Oh imán de los corazones! Atraed este mío hacia Vos para que toda sea de Vos, dueño y Señor mío, sin atender a mí, sino solo a Vos, porque así lo merecéis.

De paréntesis ya basta, que se dice mucho, pero se cumple poco.

Volviendo a lo que estaba diciendo.

Cuando se acabó la misa estaba con intensión de decir a V.R. lo que me había pasado, pero lo dejé para escribirlo y decirlo con menos trabajo, pues acababa de pasar, y no me vencí por el amor de Dios. Si yo fuera como debía de ser, cumpliría la voluntad de mi amado Esposo, no atendería a repugnancias, y todas las vencería con prontitud para dar gusto a mi Amado.

V.R. tiene experiencia de lo poco que me venzo, y cuando lo hago, con muchas faltas. Este conocimiento que tengo hace mi ingratitud mayor, y declara más la falta de amor a mi Dios. Lo declaro así, con el deseo de enmendarme, y para confesar las misericordias de Dios.

Salí de hablar con usted sin temores, muy agradecida a mi Dios, y con ánimo de vencerme en todo lo que conociera que era la voluntad de mi Dios.

Me quedé todo el día con recogimiento.

"Mostrad que sois mi madre"

El día 5 empezó con alguna sequedad como ayer. Después de haber estado en el coro me puse a escribir, y me costaba casi tanto trabajo como ayer, por la oscuridad con la que ponía las cosas que tenía que escribir. Además, me daba quehacer el pensamiento, de si diría lo que no era. Lo desechaba y seguía lo mejor que podía, según la disposición que tenía.

Cuando acabé, me fui al torno, y allí empecé a decirle a mi dulce Madre: que tuviera misericordia de mí, y se compadeciera de mi miseria; que si era por mi culpa tener aquella sequedad y oscuridad que me impedía cumplir la obediencia, que me alcanzara el perdón, por su méritos santísimos; que no me negara la protección y amparo como madre piadosísima, y que me alcanzara perdón y gracia eficaz para en todo hacer la voluntad de mi amado Esposo, como esposa fiel; que me diera la voluntad y la gracia eficaz para hacerlo, pues por mí, no podía nada.

Volvía a instar a mi dulce Madre diciendo:

-Mostrad que sois mi madre, aunque no merezca ser vuestra hija, porque si mi amado Esposo Jesús desde la cruz me dice que sois mi madre, no desmerezca yo por mis ingratitudes, y no me queráis por hija. Que no sea así, Madre mía, pues tengo la dicha de que vos seáis mi madre.

Me parecía que me decía mi amada Madre:

-Por hija te he recibido, y como madre cuido de ti. Ahora, de nuevo ofrezco mis méritos por ti a mi hijo, tu Esposo y Señor, para que por ellos te perdone las faltas en que por tu miseria caes.

En esto, me parecía que estaba viendo a mi amado Esposo y dulce Madre, y que mi amado Esposo estaba como serio al principio, pero al ofrecer mi dulce Madre sus méritos, los recibía con agrado. Me parecía que mi amado Esposo me concedía el perdón de todas mis culpas, yo sentía mucho dolor por todas las de mi vida, y mi amado Esposo me decía:

-Mira lo que debes a mi Madre.

Y mi dulce Madre me decía:

-Agradece, hija mía, tan gran beneficio como de continuo recibes; no seas ingrata a tantas gracias como te ha concedido la misericordia de mi hijo.

Todo esto no lo veía con los ojos del cuerpo, solo me pareció que lo estaba viendo con los del alma.

Los efectos que esto causó en mí fueron de dolor por mis culpas, y de agradecimiento a la infinita bondad de mi Dios, y a mi dulce Madre a quien tanto debía, por su intercesión poderosa.

Humillada a la vista de mis ingratitudes, que las tenía bien presentes, me deshacía en afectos de amoroso agradecimiento. Sentía tan gran consuelo en mi alma que me hacía derramar lágrimas, dando las alabanzas que debo a mi amado Esposo y dulce Madre. Pero no lo puedo explicar.

Quiso mi amado Esposo que en todo este tiempo no viniera nadie al torno ni de dentro ni de fuera, como se lo había pedido a mi dulce Madre, y cuando vinieron**,** ya podía disimular. Estaba con mucho recogimiento, y así estuve todo el día, ocupada en cosas exteriores, y con el alma atenta a su Dios.

Por la noche, viendo la necesidad que tenía una pobre enferma a la cual el enemigo había alterado sus pasiones, no sabía lo que decía, y nos mortificaba a todas, pensando que todas la aborrecíamos, me vino al pensamiento que se fueran las que la asistían y quedarme yo sola con ella.Tenía el temor de que se levantaran también mis pasiones, y caer en alguna impaciencia, que era fácil que cayera, porque he tenido el genio fuerte, y si al exterior no he manifestado tantas impaciencias como he tenido, ha sido porque el temor de mi Dios me ha sujetado. Con este temor acudí a mi dulce Madre, pidiéndole: que si era para el bien de aquella alma, y gloria a mi amado Esposo hacer lo que pensaba, que me diera mi prelada licencia para quedarme. Dudaba que me la diera, porque me había dado un flato, y lo había sabido su reverencia. Pensaba que no me la daría, sabiendo que estaba mala, pero no fue así; al instante que pedí la licencia, me la dio hasta las doce. Así lo hice, y ese tiempo lo gasté en pedir a mi amado Esposo por esta criatura, y a mi dulce Madre: que mirara, con gran compasión la gran miseria que nos cerca, y que si Dios no nos asiste con abundante gracia, caeremos en muchas culpas.

Estas cosas me recordaban lo mucho que yo he recibido, y lo mal que he correspondido; por eso, nada me espantaba, y sí me compadecía. En fin, el Señor fue servido, y la enferma conoció lo ciega que había estado, se arrepintió, pidió perdón, y se quedó sosegada. Hizo todo lo que le dije, tanto de tomar alimento, como lo necesario para su alivio.

Me fui al coro, y recibí mucho consuelo en mi alma. Al instante que entré, parecía que mi corazón había sido herido con el amor de mi amado Esposo Jesús Sacramentado. Sentía una dulce fuerza que se lo llevaba hacia el sagrario, donde parecía que quería premiar el poco trabajo que había tenido. Todo lo que hice de bueno, era suyo. Este Señor premia las obras que se hacen como si no fueran suyas, y agradece lo que no tiene que agradecer, pues lo había hecho mi Dios, y no yo. Le debo a su misericordia que mis pasiones no se levanten tan pronto, y que a fuerza de

continuos avisos manifestándome con sus santísimos ejemplos, no una, sino muchas veces, que sepa disculpar las faltas de mis prójimos.

¡Bendita sea su infinita misericordia!

Estuve un poco de tiempo en la presencia de mi amado Esposo Jesús sacramentado, sin poder hacer otra cosa más que amar la gran bondad de mi Dios, que con tanto amor me miraba. Cuando dieron las doce tenía que irme, porque no tenía licencia para más; no podía separarme de mi amado Esposo, pues parecía que tiraba de mi corazón hacia el sagrario, y tuve que hacerme fuerza y decirle a mi amado Esposo: que se quedara con mi corazón, porque yo tenía que irme para cumplir con la obediencia, como sabía. Se fue el cuerpo pero se quedó el espíritu, y estuve toda la noche fervorosa, alabando a mi amado Esposo.

Dios sea bendito.

El jueves día 6, estuve recogida pero no muy fervorosa, solo conservándome en la presencia de Dios, y sufriendo los achaquillos que este día se estrecharon[162], en particular el dolor de cabeza, y una falta de fuerzas, que me costaba mucho trabajo cualquiera cosa que hacía. Me acordaba de que en mi amado Esposo Jesús para todo se encuentra consuelo. No me puedo quejar de padecer ninguna cosa sin avergonzarme, pues mi amado Esposo Jesús padeció muchísimo más sin culpa, solo para mi remedio. Por eso recibo los sufrimientos con espíritu de penitencia, pidiendo a mi amado Esposo Jesús: que se digne recibir estos pocos trabajos que padezco algunos días más que otros, y los una a sus infinitos méritos en satisfacción de todos mis pecados y los de todo el mundo, y le pido perdón para mí y para todos.

Así pasé este día aprovechando lo que podía, con la gracia de mi Dios, a quien sea dada alabanza por todos los siglos de los siglos. Y a mi dulce Madre también. Así sea.

Junio 7. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén Jesús.

Este día fue lo mismo que ayer; padecí malecillos en el cuerpo, pero el espíritu estuvo alegre y consolado. Aunque no estuviera fervorosa continuamente, sí lo estaba con mucha frecuencia, y me aprovechaba de las ocasiones que se me ofrecían de fervor, nacido de la presencia viva que el Señor hace al alma que trabaja, y todo le parece poco, aun cargada de dolores.

Sea Dios bendito.

El día 8, sábado, lo pasé con recogimiento, no tan grande como otros días; quiero decir, que no fue un recogimiento fervoroso como otros días, sino estar en la presencia de Dios sin distraerme en otras cosas, y sin consuelo sensible. El alma mira a su Dios presente, pero con seriedad, que le hace estar con el temor y el respeto de un hijo que si ve que su padre está serio, teme que esté enojado su buen padre. Aunque ignore la causa, le teme mucho, y no lo pierde de vista, deseando que se contente con alguna cosa y deje de estar serio. Esto hace que el alma esté recogida, sin que ninguna cosa le llame la atención, no está fervorosa, sino temerosa. De este modo estuve este día,

[162] Apretaron, empeoraron.

procurando hacer lo que podía para agradar en todo a mi amado Esposo Jesús, y al mismo tiempo, pidiéndole perdón, porque estando así, el alma tiene más presentes sus ingratitudes, y anda más solícita.

No me acuerdo de otra cosa particular de este día, porque pasando algunos días se me suele olvidar algo.

"misterio de la Trinidad"

Día 9[163].Todo este día fue de recogimiento, porque el misterio o festividad del día hacía que el alma estuviera absorta a toda hora en la contemplación de este altísimo misterio de la Trinidad: tres personas en un solo Dios, sin ser mayor una que otra, sino en todo iguales y sin principio. El Padre no procede de nadie, por ser primer principio; el Hijo es engendrado del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, sin ser antes el Padre que el Hijo ni el Espíritu Santo. Estas verdades de fe ocuparon mi alma este día. Estaba como en una admiración continua de lo que no podía comprender, y el alma se alegraba de que este Dios sea tan grande, que es incomprensible.

En los ratos en que las potencias del alma no estaban tan sorprendidas, me empleaba en alabar la infinita grandeza de mi Dios. Tenía grandes deseos de que fuera conocido, amado y servido por todas las criaturas, y éstas eran mis peticiones, mis ansias y mis deseos. Sentía en mi alma la desgracia de tantos que no lo conocen; habiendo sido redimidos con la sangre de este Dios hombre, sus almas están privadas de gozarlo eternamente. Las almas que no quieren conocerlo, y se hacen las sordas a sus divinos llamamientos, como es justo en todas sus obras, a todos da lo necesario. Estas almas no lo gozan, y a la vez privan a mi amado Dios y Esposo de mi alma, de la gloria accidental[164] que le resulta de la salvación de las almas, por la voluntad que tiene de que todas las almas se salven, aunque no necesite de ninguna, porque en sí mismo tiene toda la gloria. .

¡Oh ceguera de los mortales! Abrid vuestros oídos y atended a la voz de vuestro Creador. Mirad que es dulce la voz con que os llama, y si no queréis oírla, sabed que la oiréis terrible algún día, pues este Dios justo os llama, os espera y os convida con amor. Si no queréis atender a sus divinos llamamientos, obrará el poder de su justicia; y ¡qué terrible es!

¡Oh almas! ¿Tenéis valor para perder a Dios, por una eternidad?

¡Oh eternidad sin Dios, qué terrible eres!

Si te comprendieran las criaturas, ¿cómo sería posible, que se dejaran arrastrar de lo momentáneo y perecedero de esta vida?

Quisiera dar gritos que se oyeran en todo el mundo para decir a las almas: ¿qué es lo que buscan, si no buscan a Dios? ¿Qué tienen si no tienen a Dios? ¿Qué esperan si no esperan gozarlo?

Si buscaran y hallaran a este Dios, lo tendrían todo, y si lo pierden, aunque tengan todo el mundo por suyo, no tienen nada.

---

[163] Domingo de la Santísima Trinidad. 1811.

[164] Término tomista.

El que halla y tiene a este Dios poderoso, justo, santo, misericordioso, sabio, benigno, y en todo amable, todo lo ha encontrado, aunque sea el más miserable y pobre del mundo.

¡Oh amabilísimo Esposo de mi alma! Vos solo sois el que podéis dar esta luz a las almas para que os conozcan. Usad de vuestras misericordias, como la habéis usado con la que menos la merecía, pues no hay en mí mérito alguno, solo vuestra misericordia infinita, me da estos conocimientos.

Dadlos, Amado mío, a todas las criaturas para que os amen, os sirvan, os alaben eternamente, y no sean tan ingratas como yo he sido siempre, y dadme la gracia de que corresponda agradecida a vuestros beneficios. Amén.

Padre mío, sin poderlo remediar me voy alargando en lo que me parece que no era necesario escribir, porque no dejando de hacerlo al principio, como he hecho muchas veces antes de enredarme en estas cosas, me alargo más de lo necesario.

Así me parece a mí, pero me acuerdo de que me ha mandado V.R. que no deje de hacerlo, y por eso lo hago; si no es necesario tanto, avíseme usted, que el tiempo es poco, y mientras se dice eso, se puede decir otra cosa. Estos son fervores que luego se pasan y no los acompañan las obras, pues éstas son bien tibias apenas falta el fervor.

Este día del que estoy hablando, desde que recibí sacramentado a mi amado Esposo, lo veía unido a mi alma. Me parece que estuvo todo el día, manifestándome que estaba conmigo y que estaría por toda la eternidad. Me parece que entendí esto muchas veces. La primera, cuando acabé de comulgar, y después en otros ratos, mi amado Esposo manifestaba a mi alma la unión que tenía tan estrecha, y que toda la culpa sería mía, si me separaba de mi Dios. No permitáis, Amado mío, que tal desgracia me suceda. Vengan sobre mí todos los males del mundo y los del infierno, antes de que yo os dé causa para que os separéis de mí. Solo a vos amo y quiero amar.

Todo el día estuve gozando de mi Dios en este mundo, más que otra cosa. Algunos ratos me molestaba el cuerpo con algunos dolorcillos, pero era solo el cuerpo, porque el espíritu no padecía, más bien gozaba.

Acabó este día como empezó.

Gracias y alabanzas sean dadas a la infinita misericordia de mi amado Esposo Jesús, y a mi dulce Madre también. Amen.

Día 10, lunes. Tuve algunos ratos de estar fervorosa, y otros de no estarlo porque me distraía con las cosillas que tenía que atender, pero pronto volvía a recogerme.

El día 11, estaba el alma en un estado más ordinario, y menos fervoroso el espíritu, de modo que como en estos días no le dan las cosas hechas, aunque le ayudan, cae en más falta. La misericordia de mi Dios acude al instante para hacérmelo conocer y para que le pida perdón.Tuve algunas faltas en las comuniones espirituales, y las visitas a mi amado Esposo Jesús Sacramentado fueron menos que otros días, y ésta es una ingratitud muy grande. Me ha querido tener en su santa casa para que con frecuencia lo acompañe y visite, y soy tan descuidada, que se me olvida por

divertirme[165] en otros cuidados que no son tan importantes. Cuando estoy fervorosa, no me estorba tener que hacerlos, pero como este día no lo estaba, se me pasaban las cosas sin hacer. Cuando lo conocía, acudía a pedir perdón y a hacer cuanto podía, humillándome en la presencia de mi amado Esposo y Dios, conociendo mi gran miseria, y que nada puedo por mí sola.

Estas fueron las faltas que yo conocí. Las que no conozco de este día ni de otros muchos, que no serán pocas, de todas pido perdón a mi Dios.

Junio 12. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día amanecí con más recogimiento que ayer; aunque no tan fervorosa como otros días, tenía buena disposición, pero al anunciar la calenda la festividad del Día del Señor, se encendió mi espíritu en una disposición[166], que no sé cómo recé las horas[167], pues la memoria del amor de mi amado Esposo, Jesús Sacramentado, me hacía quedar en un recogimiento interior tan grande que no podía rezar sin hacer mucho esfuerzo. Mi amado Esposo me daba a conocer: el exceso de su amor, la grandísima ingratitud con que le correspondemos, y lo muchísimo que es ofendido en este sacramento de amor. Me parecía que esto me lo manifestaba, como cuando un amigo le manifiesta a otro lo que tiene o ha tenido que sentir.

Mi alma se llenaba de tanto dolor viendo a mi Dios ofendido, que me hacía derramar lágrimas. Por más que hacía por desechar este pensamiento para que no me lo conocieran, no adelantaba nada. Como el alma tenía presente a su Amado con estas quejas, no podía desatenderse de lo que con tanta fuerza sentía, y se deshacía en dulces y amorosos afectos de amor y dolor, hacía este Dios amante tan mal correspondido, y deseaba que fuera desagraviado, conocido, amado y servido por todas las criaturas. Ésta era la petición, que con todas mis veras[168] deseaba y deseo, por ser este Señor tan digno de ser amado, por ser quién es.

Así pasé un poco de tiempo. Como estaba fervorosa, quería quedarme en la presencia de mi amado Esposo, pero como era preciso que me fuera al torno, le pedía a mi Amado: que se quedara con mi corazón, y que no permitiera que ningún cuidado me apartara de estar en su presencia, aunque el cuerpo fuera a cumplir con su obligación. Estando en esto, me parecía que veía mi corazón como asido al de mi amado Esposo Jesús con una cadena de oro, de modo que estaba sujeto y no se podía apartar.

"lo he dicho con temores"

Me dio mucho consuelo, porque conocía que no me dejaría mi amado Esposo que pensara ni obrara ninguna cosa que no fuera conforme a su corazón. Me fui dando gracias a mi amado Esposo y Señor, con el alma inflamada en su amor. Aunque estaba atenta a lo que era mi obligación, conservaba mi recogimiento interior y nada

[165] Apartarme, desviarme.
[166] Actitud.
[167] Oficio Divino.
[168] Empeño, fuerza.

me distraía de la presencia de mi amado Esposo Jesús, a quien no dejaba de adorar, alabar y dar gracias.

Era imposible que pudiera estar tan recogida en mi interior, si no hubiera sido por un favor particular de mi Dios, porque hubo tanto número de cosas en esta mañana, que se necesitaba mucha atención. A todo estuve atenta sin perder la atención hacia mi Dios, como ya he dicho. Solo al final de la mañana se llevó mi amado Esposo mi atención. Al llamar a una religiosa, empecé a tocar la campanita, y sin saber lo que hacía, por llamar a una, llamé a dos o tres. Tuve una poquilla de mortificación, al ver que les había hecho bajar, y les dije: que perdonaran; que se me había armado una confusión en la cabeza, y que no sabía a quién llamaba. No recuerdo que me haya sucedido otra cosa así, porque mi amado Esposo cuida de todo.

La tarde no fue como la mañana.

Todo lo que he dicho, lo he dicho con temores, puesto que la obediencia me lo manda, que ésta lo *desamine*[169]. Me parece que ha sido como lo he escrito. No son favores para mí; eso lo conozco y lo confesaré siempre, porque mis obras no son para ello; otras almas que reciben éstos y otros favores, son unas almas fieles y celosas que trabajan sin intercesión, mortificadas, humildes, y en fin, que saben granjearse[170] los favores de su Dios; aunque por sí mismas no lo merezcan, lo granjean. Pero yo no hallo en mí ninguna de estas cosas, sí lo contrario, descuidos y faltas en todo. Si algo hago, es a fuerza de hacerlo todo el Dios de toda misericordia a quien sea dada alabanza y gloria. Amén.

Junio13[171]. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día, es del Señor como su nombre que hizo el mismo Señor que fuera suyo, y en este día como acostumbra, es mayor el gasto de sus grandes misericordias.

Desde que desperté hallé el alma fervorosa para celebrar el infinito y excesivo amor de un Dios poderoso, que ocultando su poder y grandeza, todo un Dios y hombre, se oculta bajo la especie del pan.

¡Oh milagro, que nos hace de su omnipotencia, y exceso de su infinito amor! Amado Esposo, Dios y Señor, ¿qué os mueve para hacer este favor tan incomprensible a vuestras criaturas y quedaros con nosotros hasta la consumación de los siglos, no solo para que os adoremos, sino también para recibiros como alimento? ¿No sabíais, Amado mío, los agravios que habíais de recibir en este Sacramento?

No puedo recordarlo sin que mi corazón se oprima con un gran dolor al veros despreciado y olvidado, aun de los más favorecidos. Con mi tibieza y distracciones en vuestra presencia ¡cuántas ingratitudes habéis sufrido! ¡cómo he correspondido yo a este amor…!Vos lo sabéis, amado Esposo mío, y os pido perdón, por el mismo amor que os hizo quedaros sacramentado.

Bendito seáis eternamente.

Este día, la preparación para la comunión fue fervorosa y dolorosa: fervorosa mirando al amor grande de mi Dios, y dolorosa por el dolor que causaba a mi alma

[169] Examine.

[170] Captar, atraer, conseguir, ganar voluntades.

[171] 13 de junio de 1811, jueves, fiesta del Corpus Cristi.

mis muchas ingratitudes. Con esta preparación y la que acostumbro, que ya he dicho en otras ocasiones, llegué a recibir a mi amado Esposo, Jesús sacramentado. Después de recibirlo, con la más íntima unión quedé más inflamada, de modo que solo podía amar a mi Dios.

Cuando pude, empecé a pedir por todo el pueblo cristiano, porque se me vino a la memoria cuando Ester[172] había pedido por su pueblo, y empecé a decir a mi amado Esposo Jesús:

-Vos me habéis escogido por esposa sin merecerlo, y habéis usado conmigo de esta gran misericordia. Os doy gracias, Amado mío, y quiero que os las den por mí, todas las criaturas del cielo y de la tierra. Confiada en esta misericordia, llego hoy que es vuestro día, a pediros, como Ester, el perdón para mi pueblo que está recibiendo el castigo de vuestra justicia. Ester mereció oír el perdón, y yo lo espero también.

Al decir esto, empecé a temer mi nada, y dije:

"Ester y el rey Asuero"

-¿Qué es lo que estoy diciendo Señor mío? cuánta diferencia hay de Ester y el rey Asuero, pues éste, aunque era un rey poderoso, era un hombre, pero Vos sois rey de reyes y señor de los señores. Vos, Dios infinitamente poderoso, justo y santo, y yo el más vil gusano de la tierra.

Se volvió a alentar mi confianza en la infinita misericordia de mi Dios, y volví con más fuerza a pedir lo mismo diciendo:

-¿Por qué temo yo pediros a Vos, Amado mío, si me amáis, no como Asuero a la reina Ester, sino con un amor infinito que os ha hecho dar la vida por mí, clavado en una cruz? y ¿qué puedo yo temer de un Rey tan amoroso y benigno, que no se desdeña de tomar a una vil esclava, por esposa? ¿qué no esperaré de un Dios tan rico, tan poderoso, tan inclinado a la misericordia y tan liberal para el que en Él confía?

Volví a hacer la misma petición:

- Esposo mío, mira al pueblo cristiano castigado y perseguido por sus enemigos, por su infidelidad a vos. Perdonadlo, amoroso Padre; si no conocen sus yerros, dadles Vos la luz, pues sois luz de quien procede toda luz; si no tienen dolor, dádselo Vos, pues todo bien viene de Vos; si no os lo piden, yo os lo pido en nombre de todos, yo os lo pido por los méritos de vuestra santísima vida, Pasión y muerte, y por los dolores de vuestra amantísima y purísima Madre. Esposo y dueño mío, concedernos a todos el perdón, y eficaces auxilios de gracia, para que de todos seáis amado, servido y adorado, y para que los que vivimos en la iglesia militante[173], estemos unidos a los que habitan en la triunfante[174] por la conformidad de espíritus.

Así sea Dios mío, así sea.

---

[172] Ester intercede ante su esposo el rey Asuero por el pueblo judío, a punto de ser exterminado por orden de Amán.

[173] Los que aún están vivos.

[174] Los que ya gozan de la vida eterna.

Me parecía que estas peticiones las oía con agrado mi amado Esposo, y también me parecía que me decía: que mi oración era oída, con lo que a mi alma se le aumentó el consuelo, pues me pareció que mi amado Esposo y Dios, repartía en este día muchas gracias, las cuales aumentaban en los justos que se perfeccionaban más, y los pecadores recibían muchos auxilios para que pudieran convertirse.

Esto encendía más en mi alma el deseo de la gloria de un Dios tan bueno y digno de ser amado.

Estas fueron las ocupaciones de este día, que parece que me dieron el oficio de pedir, pues no podía hacer otra cosa en los ratos que mi alma estaba para ello, porque algunas veces solo podía amar a mi Dios y Esposo de mi alma.

La hora de salir la procesión la gasté en pedirle: que me admitiera a los pies de la custodia para adorarlo, alabarlo, y darle gracias. Me parecía que iba haciendo, lo que he dicho, no solo por mí, sino por todos, y también le pedía a mi Amado: que impidiera que lo ofendieran. Con esto, el alma estaba con mucho recogimiento todo el día ocupada ya en uno, ya en otro, como candela que no le dejan de echar leña y siempre está ardiendo.

Gracias a mi amado Esposo que tanta misericordia tiene de mí y de todas las criaturas que ha redimido con su preciosísima sangre.

Bendito y alabado sea eternamente, por todos los siglos de los siglos. Amén

Día 14. Este día fue también fervoroso y de recogimiento, pero no tanto como ayer. Hacía cuanto podía. Aún molestada por malecillos del cuerpo, el alma no dejaba de ocuparse en alabar, adorar y dar gracias a Dios por sus grandes misericordias.

Dios sea bendito por todo. Amén.

“en el sagrario está Dios y Hombre”

Día 15. Tuve menos que padecer por mi Amado, porque no tuve tantos males en el cuerpo. El espíritu estaba recogido, unas veces estaba más fervorosa que otras, y en este día fueron con más frecuencia, los muchos golpes de amor que me venían al alma, como ya he dicho. Varias veces, se renovaba la memoria del amor de mi amado Esposo, Jesús Sacramentado, y hacía que el alma estuviera siempre encendida, mucho más, estando en la presencia de mi amado Esposo, Jesús Sacramentado.

En todas partes está Dios, pero en el sagrario está Dios y hombre como está en los cielos, de modo que estar en la presencia de mi amado Esposo, Jesús Sacramentado es estar en el cielo. Aunque aquí es por la fe como lo vemos, la aviva tanto este Dios misericordioso que hace al alma gozar de su presencia con toda claridad. El que lo experimente, que lo diga, porque a mí me parece muchas veces que estoy en la gloria, pues lo que amo, lo encuentro, en este sacramento de amor, en el Dios de toda bondad, que siendo inmenso se acomoda a enseñarse en sitios pequeños, y que siendo todopoderoso, parece que nada puede, porque oculta su poder y majestad.

¡Ay, Dios mío! ¿Cómo es posible que haya criaturas que no os amen viendo tanta bondad y misericordia? mas ¡Ay, Amado mío! cuando os miro ofendido y despreciado, ¿quién pudiera, Amado mío, desagraviaros, aunque fuera padeciendo todos los males que hay en el mundo o los tormentos del infierno? No perdiéndoos

a Vos, los sufriría, si con esto pudiera evitar vuestras ofensas, y conseguir que todas las criaturas os amaran y no os ofendieran.

¡Oh, almas todas! amad a este Dios, porque es bueno, porque es grande su misericordia, su bondad, y su amor, y solo por ser quien es.

Junio 16[175]. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día fue todo del Señor; el alma estuvo, todo el día, ocupada en continuos actos de virtudes, y las potencias inflamadas a todas las horas, recordando: que mi amado Esposo Jesús nos hizo el beneficio de haberse quedado con nosotros hasta el fin del mundo, y sufre tantos agravios…

Desde el principio del día hasta que se acabó, tuve ocupadas todas mis potencias y sentidos, alabando y dando gracias a mi Amado, porque quería desagraviarlo. Dirigía mis peticiones, alabanzas y adoraciones, por mí y por todas las criaturas, deseando con ansia que mi amado Dios fuera conocido de todos, de todos amado, de todos servido, y de nadie ofendido.

Estos deseos siempre los tiene mi alma con diferentes afectos, cuando mi Dios me los da, como este día y otros días, y parece que me sacan de tino por la fuerza del amor, causado por la presencia de mi amado Esposo. Me parece que está conmigo como un amigo con otro al que manifiesta los agravios o los servicios que le han hecho. El amigo que lo oye y entiende siente los agravios de su amigo, y se alegra de que lo sirvan y honren. Parece que de hecho, mi amado Esposo pone a la vista de mi alma las muchas ofensas que recibe, y los pocos que lo aman como deben. Con esto tiene el alma bastante para estar ocupada en afectos de dolor, viendo ofendido a este Dios tan grande, tan bueno y tan misericordioso, y siente vivos deseos de que sea amado y servido.

La ocupación de este día fue pedir esto mismo.

No me importa haberme ocupado y haber gastado en esto todos los días de mi vida. Es la ocupación que debían tener todas las almas, pues ésta sola es la que debíamos mirar como precisa, y ésta sola es la única necesaria: amar y servir a Dios y no ofenderlo, además de poner de nuestra parte cuanto sea posible, para evitar sus ofensas.

¡Dichosa el alma cuyo principal cuidado sea éste! Por mucho que haga, no hará más que lo que debe por un Dios que tanto se merece, y que es tan bueno y liberal para premiar con los dones que Él le ha dado al que lo sirve.

¡Bendito seáis mi Dios! Tan grande es tu bondad, que aunque solo sea algunos días, me dais luz para que conozca cómo debo yo emplearme en vuestro santo servicio, y sienta en mi alma lo mal que he correspondido hasta aquí. Perdonadme amado Esposo mío, y no permitas que gaste mal el tiempo que me quede de vida. Estoy obligada a daros las gracias por vuestros repetidos beneficios, pero si Vos mismo no me dais la gracia para corresponder agradecida, por mí nada puedo. Vos sabéis y conocéis cuánta es mi flaqueza y miseria, compadeceos de mí por vuestra gran misericordia, porque son muchas y muy grandes mis ingratitudes. De Vos, Señor y Esposo mío, espero la gracia para corresponder como esposa fiel a su amado Esposo.

[175] Domingo de la Octava del Corpus.

El día 17, fue al principio como el de ayer, pero durante el día estuve a ratos más distraída; no eran seguido, porque mi amado Esposo volvía a visitar mi alma con su presencia, y volvía a recogerme, pues el alma sentía o conocía con presencia sensible, que estaba su amado Esposo y Dios presente.

Ayer lo tuve todo el día como dije, pero hoy era a ratos; cuando se retiraba, quedaba con alguna sequedad, y me distraían las cosas que tenía que atender, lo que no me sucede cuando el Esposo está presente; entonces nada me distrae.

Este día tuve alguna cosilla que padecer, pues me estrecharon los dolores que padezco, de modo que no pude rezar el oficio divino, y tuve que irme a la cama hasta el otro día. Allí me ofrecía a padecer todo lo que mi Dios y Esposo quisiera, pidiéndole: que admitiera mis sufrimientos, unidos a los méritos de mi amado Jesús, en satisfacción de mis pecados y los de todo el mundo. Deseaba padecer mucho, si en ello había de ser mi Señor glorificado, y deseaba que me concediera la conversión de algunas almas, pues mi deseo era que todas se convirtieran para que todas amaran y sirvieran a mi Dios. Pasé este día sin otra cosa, aprovechando las ocasiones que se ofrecieron de ejercitar los actos de las virtudes.

Sea todo para gloria de mi Dios y Esposo. Amén.

Junio día 18. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día tuve sequedad; aunque no me faltaron algunos ratos de estar fervorosa, fueron pocos. Procuraba poner de mi parte para no distraerme mucho, pero me costaba más trabajo, y no podía estar muy recogida, porque estuve todo el día en el torno, y es un sitio poco apropiado para recogimiento si Dios no los da. Procuraba estar recogida guardando el silencio todo lo que podía, y procurando traer a la memoria, según las ocasiones lo pedían, consideraciones de la vida santísima de mi amado Esposo Jesús, y de mi dulce Madre. Aunque sin consuelo sensible, procuraba estar en la presencia de mi Dios, y cuando faltaba en algo, pedía perdón a mi amado Esposo y dulce Madre, y además les pedía su gracia para no faltar y hacer en todo su santísima voluntad. Es tan grande la misericordia de mi Dios, que cuando veía que me iba distrayendo y acudía a pedirle su favor, al instante sentía la presencia de mi Amado, el alma se ponía fervorosa, y empezaba a dar gracias llena de agradecimiento.

Otras veces parecía que mi dulce Madre me decía: cómo se había portado en el trato con las criaturas. De nuevo, quedaba enseñada de que tenía que portarme con humildad, caridad y paciencia.

“la madre que deja andar a un niño solo”

Cuando me veían en peligro de caer en algunas faltas, acudían haciendo como la madre que deja andar a un niño solo, y acude al instante que ve algún sitio peligroso, lo salva de él, y lo vuelve a dejar que ande solo. Así hacían mi amado Esposo y mi dulce Madre conmigo. Yo parecía como los niños cobardes que no se atreven a apartarse de sus madres, y si ven que se retira, no dejan de llamarla. Así hago yo. Como veo mi flaqueza, no dejo de clamar pidiendo: que no me desamparen pues cuando mi amado Esposo se esconde, me temo mucho a mí misma. Me parece que no clamo solo porque me falta el consuelo, pues le digo a mi amado Esposo: que si

es su voluntad que no tenga ninguno mientras viva en este mundo, que me conformo con su santísima voluntad, que es el mayor consuelo que puedo tener; que se cumpla en mí, su santísima voluntad, y que solo temo desagradarle.Tengo experiencia de que en los tiempos de alguna sequedad, caigo en más faltas; entonces hago, como he dicho que hacen los niños, que cuando se ven solos empiezan a llamar a sus padres, del mismo modo, yo clamo a mi amado Esposo diciendo:

- Esposo y Dueño mío, no merezco tu dulcísima presencia, que tanto consuela mi alma, pero lo que os pido Amado mío, es que no me desamparéis ni dejéis que sea vencida por mis enemigos, causando a Vos desagrado; no lo hagáis así, mi Señor; ayudadme en mi flaqueza para que en todo os agrade a Vos y a mis semejantes.

A mi dulce Madre le digo lo mismo: que si se cansaran, como las criaturas de este mundo, ya lo estarían de mí, porque parezco un pollo pión, pero no se cansan de oírme ni yo de pedir, pues recibo tanto gusto en pedir a un Dios todopoderoso y misericordioso, que no me puedo cansar. Cuanto más pido, más deseo tengo de pedir, y más confianza en el Señor a quien pido.

Bendita sea su bondad.

En este día tuve alguna falta de paciencia en una cosilla que se ofreció, y no la llevé con la paciencia que debía según lo que me dan; no fue grande, porque acudió mi amado Esposo, poniéndome a la vista de mi alma los ejemplos que me ha dado. Esto hizo que al primer movimiento me sujetara, que si no, hubiera sido peor.

Esto es lo que yo hago, y así es mi correspondencia a los beneficios de mi Dios. Si no fuera porque mi Dios lo hace todo, habría en mí una continua caída.

Bendita sea su misericordia que tanto me sufre.

Junio 19. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día, la mayor parte fue de recogimiento, algunos ratos no estaba tan fervorosa, pero andaba cuidadosa en tener al alma ocupada en actos de virtudes, aunque fuera con sequedad. Después me venía un fervor tan fuerte que se encendía el corazón, y los mismos actos se hacían con mucho consuelo.

Por la tarde estaba un poco humillada conociendo mis muchas ingratitudes. En la novena[176], cuando estaba mi amado Esposo Jesús Sacramentado de manifiesto, conociendo que no merecía estar en su presencia, le daba gracias a mi Dios por este beneficio, y le pedía perdón por lo mal que le he correspondido toda mi vida, y más ahora, que su misericordia había querido concederme estar en su santa casa, donde con frecuencia podía visitarlo y adorarlo en este Sacramento. Le pedía perdón por tantos descuidos como tenía, y que me admitiese a sus pies para llorar mis ingratitudes y pecados como había admitido a la Magdalena, pues era el mismo Señor misericordioso y bueno.

Estando en la presencia de mi Amado se encendía el alma con estos afectos amorosos y dolorosos, y me parecía que me decía mi amado Esposo, manifestándome la llaga del costado:

-Entra en mi corazón, y en este corazón aprenderás los ejemplos que te he dado en mi vida santísima.

[176] Se refiere a la octava del Corpus, que se estaba celebrando.

Oyendo esto, se presentaban a la vista de mi alma las virtudes que había practicado mi amado Esposo Jesús: caridad, humildad, obediencia, paciencia y mansedumbre. Me acordaba de tantas veces como mi amado Esposo me ha puesto a la vista sus virtudes para que las imite, y lo mal que he correspondido. Quedé bastante humillada, pero al mismo tiempo con mucho agradecimiento a la bondad de mi Dios que no atiende a mis ingratitudes ni deja de hacerme nuevos beneficios. Uno de los más grandes que me hace mi amado Dios y Esposo de mi alma, es el de manifestarme sus divinos ejemplos con tanta claridad como si los viera, y se me quedan tan grabados que solo mi ingratitud puede olvidarlos, pero como los tiene tan grabado en el alma, apenas va a faltar se acuerda y queda sujeta, arrepentida y humillada, al ver su gran misericordia. En esta ocasión, desde el mismo corazón de mi Amado, donde me parecía que estaba, miraba la caridad de este corazón divino que me enseñaba con la perfección que allí veía, cómo había de amar a mi Dios sobre todas las cosas y al prójimo por el mismo Dios, y en Dios. Al mismo tiempo recibía en el alma una fuerza, que aunque la humilla por haber faltado, no la acobarda, y sale con tantos ánimos para imitar aquellas virtudes, que todo le parece fácil, confiada en el mismo Señor que la enseña a practicarlas. Así estuve un buen rato con mi Señor; salí con el alma encendida en su amor y con los afectos que causa en el alma su presencia, de humillación, dolor de mis pecados, agradecimiento a sus beneficios, y ánimo fuerte para poner en práctica lo que había conocido que quería mi amado Esposo de mí.

Me quedé con mucho recogimiento sin perder el alma de vista a mi amado Esposo.

Llegó la hora, y vino V.R. al confesionario; tenía deseo de confesarme de todas las faltas que yo tenía bien presentes, aunque confesadas en otras ocasiones. No lo podía hacer, porque como tenía a mi Amado tan a la vista, y contemplaba su bondad ofendida por tan vil criatura como yo, los afectos de dolor y amor de mi alma, no me dejaban hablar como quería; el alma lo hacía todo, pero la lengua no podía hablar.

Me sucede muchas veces que en diciendo lo muy preciso, no puedo decir más. El dolor en mi alma por haber desagradado a un Dios, tan grande y digno de ser amado, se extiende a todas las faltas de la vida, que se me ponen presentes.

El día que el alma está con la presencia de su Amado, y ha recibido algún favor particular, me pasa mucho más, y los afectos son más vivos, porque está más fervorosa con el conocimiento más claro de la grandeza, bondad y misericordia de su Dios. Lo digo, porque no me acuerdo si lo he dicho en otras ocasiones.

Este día no se lo dije a V.R. cuando acabé de confesar, por la fatiga que me quedó de no haber podido seguir el acto de contrición. Me sucede con frecuencia, pero procuro hacerlo; aunque sea con trabajo, debía habérselo dicho, pues lo debo decir todo, pero no me acuerdo haberlo dicho, y por eso, lo hago ahora.

Todo sea para gloria de mi Dios. Amén.

Seguí todo lo que quedaba de día, con gran recogimiento.

Dios sea bendito.

Junio, 20[177]. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Durante este día, hice lo que V.R. me ordenó; parecía que no podía hacer otras cosas más que alabar, dar gracias, y adorar a mi amado Esposo Jesús Sacramentado, en desagravio de las ofensas que recibía en este sacramento, de las mismas criaturas por cuyo amor se había quedado, y de mí, la más ingrata de todas, que recibiendo tanto, no correspondo como debo. Sí, tengo y he tenido muchas omisiones, dejando de visitarlo, y ¡cuántas! en toda mi vida, de estar distraída y sin devoción como si no estuviera en la presencia de Dios.

-Tú sabes amado Señor mío, cuántas ingratitudes me has sufrido, y cuántas veces he ido a vuestra presencia solo por cumplir con la obediencia, pero estaba como si no tuviera fe en que estabais en este sacramento para remediar mis males, y deseaba huir de Vos, queriendo encontrar el consuelo en las criaturas, cuando solo en Vos se puede hallar. Estaba cometiendo un sinnúmero de ingratitudes, hasta que Vos mismo por vuestro divino amor, compadecido de mi miseria, me habéis visitado con nuevos auxilios y aclarado la fe, que tan obscura la tenía.

¿Qué hubiera sido de mí, Amado mío, si me hubieras dejado en estas ocasiones, en que yo me he portado tan mal con mis irreverencias y faltas de respeto? ¿Qué bondad ha sido ésta con esta vil criatura, que cuando merecía que la castigarais, acudíais misericordioso a favorecerla para que no acabara de desfallecer?

Bendita sea vuestra misericordia, mi amado Esposo Jesús, que tanto me has amado, que mis muchas ingratitudes no han podido entibiar tu amor.

Todas las criaturas te alaben por mí, y yo en nombre de todas te alabo y te doy gracias por este beneficio tan grande de haberos quedado sacramentado.

En desagravio de nuestras ingratitudes, os ofrezco todos los méritos de vuestro divino corazón, y el de vuestra santísima madre, Madre y Señora mía.

Sois digno de todo honor y gloria.

¡Ay! mi amado Esposo y Dios, que todas las criaturas te conozcan, te amen y alaben, por la eternidad.

Estos afectos y otros semejantes ocuparon mi corazón en este día, como me había mandado usted, que lo ocupara en desagraviar el corazón de mi amado Esposo Jesús en este sacramento. Parece que lo que usted me mandó para estos dos días, me lo concedió mi amado Esposo, pues aunque estuviera en el bullicio del torno o que estuviera en el coro, todo mi cuidado era éste. Mi alma estaba penetrada de dolor de mis pecados y los de todos, por ser ofensas a mi Dios, y al mismo tiempo, llena de agradecimiento por sus beneficios, se deshacía en dulces afectos de amor, en particular los ratos que iba al coro mucho más, porque la presencia de mi Señor y Dios sacramentado, aumentaba el fervor y hacía que los afectos fueran más encendidos. Todo era poco para lo que mi alma deseaba hacer por mi Amado.

Conociendo mi nada, ¿qué puede hacer una criatura miserable, por un Dios omnipotente, si este mismo Dios, además ostenta su misericordia, quiere admitir nuestros cortos servicios, y no solo admitirlos, sino darse por obligado, y quererlos como si tuviera necesidad de ellos?

[177] Jueves, octava del Corpus.

¡Oh infinita bondad de mi Dios! qué grande eres y qué poco conocida de los mortales. Haz que te conozcan, amado Esposo mío. Dios eterno, justo, santo y poderoso obrad con vuestro infinito poder y por vuestra misericordia, la conversión de tantas almas, que ciegas, sin conoceros, se precipitan hasta caer en los abismos de la eternidad de verdaderos males, y el peor, perderos a Vos para siempre.

¡Oh Dios justo! qué terribles y justos son tus castigos, aunque no son iguales a tu misericordia, pues sois más inclinado a perdonar que a castigar.

Perdón os pido para todos, Señor, Dios y Esposo mío.

Parece que por más que quiero llevar mi narración seguida, no puedo hacerlo, porque apenas empiezo, se renuevan los mismos afectos. No los quisiera seguir, pues tengo poco tiempo para escribir, pero si la obediencia lo manda, y Dios lo confirma, no me dejan que sea desobediente, como se inclina mi miseria.

Alabado sea Dios.

Junio 21[178]. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

El alma estuvo ocupada en los mismos afectos que el día de ayer. Me había preparado, como siempre acostumbro, para la comunión, deseando recibir a mi amado Esposo con mucha pureza y encendido amor, para de este modo, recompensar o desagraviar, en lo posible, a mi amado Dios y Esposo de mi alma. Después de la comunión, había encargado a mi dulce Madre: que por el corazón de su amado Hijo cuya fiesta se celebra en este día, ofreciera por mí a este divino corazón, sus méritos santísimos en desagravio de los ultrajes que sufre en este sacramento por nuestro amor; que a mí me alcanzara la gracia de que mi alma fuera purificada con su preciosísima sangre, y que quitara de mi corazón todo lo que no fuera de su agrado.

Estas peticiones fueron oídas por mi amada Madre, porque sentí en mi alma un nuevo fervor, con lo cual se encendieron más los afectos de mi alma y los deseos de desagraviar a mi amado Esposo, ya que no podía de otro modo, siquiera hacerlo con el deseo de saber, en qué podría agradarle, aunque estos deseos me costaran mucho trabajo.

Esto mismo no lo encuentro en las obras, pues cuando llega lo que me cuesta trabajo, ando buscando una excusa para no hacerlo, como V.R. sabe por experiencia. A lo que no cuesta trabajo, poco le tiene que agradecer. El alma que poco se vence, poco ama; qué importa que quiera y desee hacer mucho, si cuando llega la ocasión no lo hace, y si lo hace es a fuerza de *ginchonasos*[179], que la levanten una y otra vez, que es lo que me pasa a mí. ¿Qué satisfacción puedo yo tener en mis deseos y afectos cuando viene el fervor, si pasado éste, veo como no cumplo?

Padre mío, quiero que atienda usted mucho esto, porque le aseguro que es verdad, que yo lo conozco; no haga V.R. caso de fervores que tan poco duran, pues si los digo es por cumplir con la obediencia.

Íbamos a lo que sentí después de la comunión. Me quedé con mucho recogimiento en la más íntima unión con mi amado Esposo, inflamada el alma en su amor, y así estuve algún tiempo, contemplando aquella infinita bondad de mi Dios. Después,

[178] Viernes, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

[179] No hemos encontrado el significado de este término, lo más cercano, puede ser "pinchazos".

le pedía a mi amado Esposo Jesús: que tomara mi corazón, y quitara de él lo que le desagradara, y que me lo diera semejante al suyo, humilde, obediente, pacifico, paciente, y en fin, adornado de todas las virtudes. Como se iba aumentado el fervor, se aumentaba la satisfacción, y dije a mi amado Esposo: que me diera el suyo, y tomara el mío. Entonces me parecía que veía a mi amado Esposo Jesús con dos corazones en la mano, ambos con insignias de pasión, y me decía:

-Éste es el tuyo y este el mío; ambos son tuyos y míos, porque me has dado el tuyo, y yo me he dado todo a ti; por eso ambos tienen una misma marca o sello, porque son de un mismo dueño.

Con esto me dio tan gran dolor y ardor en el corazón, que parecía que se quemaba, y que mi alma, tan encendida en afectos de agradecimiento, se deshacía.

Así pasé la mañana. Estuve poco en el coro, pues estando en esto que acabo de decir, me llamaron. Salí con mucho recogimiento interior, ocupada mi alma en alabar y dar gracias a mi amado Esposo, por todos sus beneficios. Lo adoraba, por mí y por todas las criaturas. Hacía todo lo que hacía, deseando desagraviarlo de las muchas ofensas que recibe todos los días.

La mayor parte de la tarde seguí con esto, pero tuve un poco de tiempo algún trabajo, porque me dijeron una cosilla, y me humillaron; al decírmela no me hizo ninguna impresión, pero después de dos horas, empecé a tener algunos pensamientos de falta de humildad, pensando que no les daba motivo para ello. Apenas me vino este pensamiento, temí mucho que hubiera en mi alma vanidad y soberbia o *Hta*[180], y empecé a clamar a mi Dios pidiéndole: que permitiera que todas me humillaran y despreciaran. Le daba gracias, porque había permitido aquello para que conociera mi poca humildad.

Pasado esto, empecé a temer y recelar de los favores que recibo de mi Dios, teniéndolos por ilusión y tonterías de mi cabeza enferma. Me dejó mi amado Esposo que padeciera un poco, hasta que acudí al mismo Señor y dulce Madre, pidiéndoles: que no permitieran que yo les quitara su honor y gloria con engaños, pues saben la voluntad que me ha dado de ser toda suya. Con esto se desvaneció todo, y quedé otra vez recogida sin temores, y con más esperanza en mi Dios.

Que sea para gloria y honra de mi Dios. Amén.

"Volví a tener algunas tentaciones"

Sábado 22 de junio. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Volví a tener algunas tentaciones, pensando en no decirle a V.R. estas cosas, y no hacer caso de ellas para no ponerme en peligro de engañarle, sino practicando las virtudes, que en estas no podía haber engaño, por la gracia de Dios. Este pensamiento me venía con frecuencia, y otros diferentes hacían que me pareciera bueno no decirlo, pero al instante me venían otros en contra de éstos, porque si no los decía, faltaba a la obediencia.Tuve algunos ratos con serenidad, en los que unas veces lo dejaba en las manos de mi Dios y de mi dulce Madre, y hacía propósitos de obedecer y decirle

[180] No hemos sabido hacer la transcripción.

a usted todo cuanto me pasara, fuera lo que fuera. Pero como mis propósitos son tan poco eficaces, poco antes de que V.R. viniera al confesionario, volvía a pensar en no decirle lo que había tenido estos días, pues pensaba que aquellos favores no podían ser verdad. Estos favores eran bueno para otras almas que supieran ser agradecidas y correspondieran bien por su parte en todo, pero no para mí, tan ingrata y miserable. Pesando en esto, me parecía que me decían:

-Con quién ostentará su bondad y gran misericordia un gran señor, ¿con un pobre agradecido, que procura granjear la voluntad de este Señor o con uno ingrato y desagradecido?

Era como si me lo preguntaran, pero yo me quedé sin poder responder, porque como en el conocimiento quedaba la pregunta, no cabía respuesta, sino agradecimiento. Humillada pedía perdón por mi poca docilidad para seguir la obediencia a ciegas sin andar buscando o discurriendo, si es así o no es así. La pregunta, sin más palabras que las que he dicho, fue una gran reprensión que me ha dado mi amado Esposo. Con ella me ha dado el remedio para las demás veces que me han venido estos pensamientos, porque me acuerdo de la pregunta, y respondo dando gracias a la bondad y misericordia de mi Dios, que sin ningún mérito mío me quiere favorecer.

¡Bendita su misericordia y amor!

Cuando le pido gracia para corresponder a sus beneficios como quiere que corresponda, al instante se van los pensamientos de temor que me vienen.

Bendita la misericordia de mi Dios para con esta ingrata criatura, que todo lo recibe de gracia, y con ¡cuánta abundancia!

¡Bendito seáis Esposo y dueño mío!

¡Bendito seáis, por todas las criaturas!

Por toda la eternidad seáis amado de todas. Amén.

Después de esto que le dije a usted con pocas palabras, quedé con mucho recogimiento; seguí así el resto del día, empleándolo unas veces en la contemplación de la grandeza de mi Dios, y otras alabándolo, adorándolo y dándole gracias. Otras veces hacía lo mismo con mi dulce Madre, como a madre de mi Dios y madre también mía, por cuya intercesión vienen tantos bienes a mi alma.

Terminé el día con el alma llena de consuelos.

Dios sea bendito. Amén.

Día 23. En la comunión tuve más recogimiento y más encendida el alma, con la unión más íntima con mi amado Esposo; después, estuve con más sequedad, aunque no me faltaron mis ratos, en que mi amado Esposo de pronto visitaba mi alma, y la dejaba encendida en su amor; duraba poco tiempo, pero el alma tomaba mucha fuerza. Padecí durante todo el día un fuerte dolor de cabeza, corazón y estómago, que acompañados con poco fervor, se hacían más molestos. Gracias a mi Dios y Esposo de mi alma que con sus ejemplos me ha dejado tanto consuelo, pues estos ejemplos me animaban para padecer con conformidad, alegre y animosa. Aunque el cuerpo estuviera caído, el espíritu le hacía que se esforzara en hacer todo lo que pudiera, aún con trabajo, y cuando ponía la vista del alma en mi amado Esposo Jesús en la cruz, todo se hacía ligero y dulce.

¡Bendito sea eternamente!

No solo nos redimió, sino que también nos dejó el consuelo para todos nuestros males. Los pocos míos se los ofrecía como hago siempre, pidiéndole: que se dignara admitirlos y unirlos con sus infinitos méritos en satisfacción de mis pecados y de todos los del mundo. Le daba gracias, porque me ofrecía aquel poco sufrimiento para poder padecer por su amor.

Por todo sea Dios alabado por siempre. Amén.

Día 24, lunes[181]. Éste día fue de más recogimiento y fervor. Antes de la comunión tuve en la oración la manifestación del gran amor que tenía mi amado Esposo a los hombres, pues apenas había tomado carne humana y antes de nacer, ya buscaba las almas, como hizo con mi señor san Juan Bautista, yendo a su casa para santificarlo y llenar su casa de bienes del cielo. Se llenó de fervor mi alma, que esperaba pronto la dicha de recibirle sacramentado. Le pedía a mi dulce Madre: que alcanzara para mí la gracia de que mi amado Esposo perdonara y santificara mi alma, y la dejara en su divina gracia. Llegué a comulgar, y me parecía que veía en mi alma a la Santísima Trinidad. Me quedé con gran recogimiento, con el conocimiento de estos misterios de la unión de la naturaleza humana, con el Verbo eterno, y la distinción de personas, con la unidad de un solo Dios. En esta contemplación, se me pasó mucho tiempo, y salió el alma de ella tan encendida y anegada en este mar incomprensible de Dios, que fue bastante para poder estar en su contemplación todo el día; a esto ayudaba la presencia de mi amado Esposo, Jesús Sacramentado, que estaba de manifiesto.

Unos ratos los gastaba solo en la contemplación de la grandeza, poder y majestad de este Dios inmenso, y otros en alabarlo y adorarlo, como he dicho otras veces.

Pasé el día aprovechando las ocasiones de ejercitar las virtudes que se ofrecían.

¡Dios sea bendito!

Día 25. La mayor parte del día fue de sequedad por falta de consuelos sensible; con todo, mi espíritu se esforzaba para hacer lo que podía, aunque con trabajo, porque como soy tan miserable, si no me dan la cosa hecha, reconozco que no soy nadie. Siempre lo reconozco, pero en estas ocasiones me lo hace ver más claro la experiencia. La imaginación está más inquieta, los males me resultan más penosos, y el cuerpo está más sensible, lo que no sucede cuando el alma está fervorosa, que por mucho mal que sienta el cuerpo, le da tanto alivio el espíritu, que parece que no padece, y el alma está conforme y serena. Este día como no fue así, lo pasé con más trabajo.

Gracias por todo a mi amado Esposo, mi Dios y Señor, pues solo deseo, que en todo se cumpla en mí su santísima voluntad, y éste es el único consuelo que deseo; no quiero otros. Aunque supiera que toda la vida se me iba a pasar con mucha amargura, conociendo que aquello agradaba a mi amado Esposo y Señor, se me convertiría en dulzura. La parte inferior lo sentiría, pero el alma se alegraría como me está sucediendo algunas veces, cuando los trabajillos se ponen un poco más duros, y la parte inferior lo siente, en el interior, el alma se alegra y da gracias a su Dios, porque le da algunos trabajos, que no merece. Esta dicha de que me dé a beber alguna

[181] Natividad de S. Juan Bautista.

partecita de su amargo cáliz como a sus amigos, llena mi alma de un gran consuelo. Como mi amado Esposo conoce mi mucha flaqueza, no me da mucha cantidad, y acude presto con los consuelos; estos no son todo el día, pues tienen intervalos. Si estoy algunas veces sin espíritu para la oración, cuando menos lo pienso, mi amado Dios y Esposo de mi alma me levanta a la contemplación de la Divinidad, aunque sea en medio del convento o en un momento que no me halle dispuesta para meditar, porque esté distraída con las cosas que tengo que atender, este amorosísimo Dios no me deja que me aparte de su presencia, y si ve que me voy descuidando, acude.

Gracias a Dios.

¡Bendito sea eternamente!

Día 26. Fue casi como el de ayer; los consuelos venían de pronto con cualquier motivo, duraban más, el alma se enfervorizaba, y luego me volvía a quedar en sequedad. Estuve fervorosa para pedir el remedio de alguna necesidad que advertí, por eso este día tuve algunos consuelos más. Pedí a mi amado Esposo Jesús: que por sus méritos santísimos, remediara a un alma que el enemigo quería engañar. Lo sabía, porque se lo oí decir a la misma persona con otras expresiones. Había conocido que el enemigo la quería engañar, y se había dejado llevar de la tentación. Me causó alguna pena, pero lo desechaba, no fuera a engañarme y faltara a la caridad, haciendo un juicio de lo que podía no ser verdad, pero como también me lo dijo otra, me fue fácil creerlo. Me fui al coro, la encomendé a Dios, y le pedía a mi amado Esposo: que no permitiera que aquella oveja se la llevara el lobo; que como Pastor Divino la defendiera, y que le diera luz para que esta criatura conociera su daño. Lo que el enemigo le ponía lo tenía en sí misma, pero lo ponía en las demás, porque quería irse del convento. Estaba perdida, la perdición la tenía en sí misma, y se dejaba llevar por su falta de conformidad y su mucha delicadeza.

Padre mío, esto lo estoy diciendo con mucho temor de faltar a la caridad, manifestando estas faltas, pero es preciso que se lo diga a V.R., porque así lo pensaba, y no sé si estaré equivocada. Solo sé que me sirvió para tenerle compasión y desearle el bien verdadero que es conocer a Dios; así mismo, le pedía a mi Amado: luz para que conociera lo que pedía; para que conociera sus faltas, y se enmendara. Y con gran instancia, lo mismo le pedía a mi dulce Madre.

Aunque estuviera sin fervor como he dicho, me ponía fervorosa y derramaba lágrimas en la presencia de mi Dios, deseando que todas las almas lo amaran y le dieran alabanza, honor y gloria, por toda la eternidad. Como con la salvación de las almas se sigue gloria accidental a mi Amado, cuando conozco que alguna alma está en peligro de perderla, me da mucha pena, me consuelo pidiendo su remedio, y si puedo poner algo de mi parte, lo hago. En este día, pido perdón de las faltas que tuve, y doy gracias por los beneficios para que en todo sea glorificado su santo nombre.

“¡Oh! dichosa el alma que lo gusta”

Día 27. Amanecí con mucho recogimiento, porque desperté como si saliera de una oración fervorosa. Solo podía contemplar a este Dios poderoso, inmenso, sabio, justo, misericordioso, y en fin, un Dios que es todas las cosas, principio sin principio,

y fin sin fin. Solo con acordarse el alma de los atributos y perfecciones de este Dios, se queda como anegada en un mar de delicias.

¡Oh! dichosa el alma que lo gusta

Venid almas y gustar cuán bueno es este Dios. Venid y ver qué amoroso, qué dulce, qué suave, qué poderoso, y qué amable. Dichoso el que lo busque, más dichoso el que lo tenga, y mucho más dichoso el que no lo pueda ya perder. Dejad todas las cosas para buscar éste solo y verdadero bien. Huid de todo para no perderlo todo. Aborreceos a vosotros mismos para que améis eternamente a este Dios, que ésta es la verdadera alegría, y el verdadero descanso; gustarlo, y lo veréis.

¡Oh, Dios mío! ¿Quién pudiera hacer que te conocieran para que te amaran y sirvieran, con toda el alma, con todo el corazón y con todas las fuerzas? y ya que misericordioso, habéis querido que yo os conozca, aunque sin conoceros porque sois incomprensible, hacedme la gracia de que os ame con un amor perfecto que os agrade, y haz de mí lo que quieras. No quiero más voluntad que la de agradarte en todo, y que todos te amen. Esto es lo que quiero tener, y no ninguna otra cosa.

Con estos afectos y deseos desperté este día, aunque no pude ir al coro, porque estuve ocupada en el torno desde las cinco de la mañana. En toda la mañana, solo estuve en el coro en las horas y en la misa, pero para mí, todo era coro, porque en todas partes estaba Dios conmigo, llenando mi alma de consuelos. Durante la misa fue mucho más, porque se quedó mi alma en la contemplación del infinito amor de mi Dios y Esposo de mi alma, que me llenaba de gran consuelo. Este consuelo y recogimiento me duró toda la mañana.

Por la tarde no fue tanto, pero estaba el alma fuerte para pasar los trabajillos que se ofrecieron, pues desde el mediodía me había puesto tan echada a perder con muchos dolores, que no me dejaban enderezarme, y no podía andar, sino con mucho trabajo. A mi parecer, me dio calentura. Disimulando lo que pude, alterné con el laberinto que hubo en el torno.

Al final de la tarde me vio madre, y quería S.R. que viera al médico al instante, pero mientras bajó la otra compañera, ya se había ido el médico, sin que le pudiera hablar ni siquiera por el torno, porque estaba ocupado con el otro médico. Di gracias a mi Dios, pues sin faltar a la obediencia, me libré de verlo. Acabé este día con el ejercicio de la paciencia, aunque sin trabajo interior, porque todo me lo daban hecho.

Gracias a mi amado Esposo y Dios. Amén.

El día 28 fue más de recogimiento que de otra cosa; algunos ratos estuve distraída, y como el espíritu no estaba tan fervoroso, padecí algo más, y los malecillos se hacían más penosos.

Todas las cosas que ocurrieron este día en estos ratos de distracción, me parecieron más penosas, y procuraba hacer actos de conformidad y llevarlo con paciencia. Acudí a mi amado Esposo; teniendo presente lo que había padecido por mí, me llenaba de consuelo y deseaba padecer más. Pasé el día alternando unos ratos de padecer, y otros de gozar. Estando el Esposo presente, aunque se padezca en el cuerpo, no se siente, porque hay quien lleve la carga; pero en faltando la ayuda, se siente, y más los que son tan miserables como yo, que al instante siento mi flaqueza y miseria.

Gracias a mi amado Esposo y Señor a quien sirvo, que con su infinita sabiduría y misericordia acude a socorrerme, antes de que acabe de caer.

Dios sea bendito por todos los siglos de los siglos. Amén, y su Madre santísima también.

Junio 29[182]. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Después de la comunión, con la unión más íntima, fue mucho más el recogimiento de las potencias y sentidos que estaban como en admiración, contemplando en la Divinidad. El alma se encendió en el amor de su Amado, y se renovaban los afectos y los deseos de que fuera amado, honrado, temido y servido por todas las criaturas. En estas peticiones se deshacía el alma, deseando con ansia y pidiendo todo lo que me parecía que podía hacer para mayor gloria de mi Dios. Pedía: por la Santa Iglesia, por la conversión de los infieles y herejes al gremio de nuestra sagrada religión, y de los pecadores a una verdadera penitencia. Para esto último, pedía a mi amado Esposo: que encendiera en sus ministros el amor y santo celo de su honor y gloria para la salvación de las almas, y con sus ejemplos y doctrina convirtieran muchas almas. También pedía por todo lo demás que perteneciera a la reforma de las costumbres, y el remedio para que las sagradas religiones fueran congregadas en perfecta observancia. Ninguna de estas peticiones es nueva, es cotidiana, y la hago muchas veces al día, pero en este día, como era el día de mi señor san Pedro, lo tomé con más empeño. Lo digo, porque parece que me dieron el oficio de pedir, sin poder hacer otra cosa. En particular con mi dulce Madre, pedíamos las dos a mi amado Esposo por la Santa Iglesia. Algunas veces me parecía que veía a mi dulce Madre, que con gran instancia pedía por la Santa Iglesia, junto con mi señor san Pedro y demás apóstoles, y que mi amado Esposo los atendía con agrado. Mi alma recibía como una esperanza tan cierta del remedio de todo, que me hacía pedir con más confianza y hacer nuevas instancias para que fuera pronto, y no tardara en llegar el tiempo feliz en que reinara la luz, y se acabaran las tinieblas de los pecados, y la sequedad en que viven la mayor parte de los cristianos. No se puede mirar sin dolor tanta ignorancia en los hijos de la Santa Iglesia que viven con una fe tan oscura, aún aquellos que no la tienen muerta, y qué dolor ver que aún los que habían de resucitar a unos, y alumbrar a otros, también se dejan llevar por la cobardía, atendiendo más a los intereses humanos, que a los intereses de Dios.

¡Oh Dios mío, tan poco amado y tan poco conocido! Encended, Amado mío, en vuestro amor y santo celo a vuestros ministros, que son las columnas de fortaleza para la santa Iglesia, y las candelas encendidas que alumbran el mundo y lo encienden. Si estas columnas están débiles, si estas candelas están escondidas, ¿qué va a ser del mundo? Lo que estamos viendo y tocando con dolor de nuestras almas.

¡Oh amado Esposo mío! Encended en ellos este fuego, de modo que no puedan ocultarlo, y llénalos de fortaleza para que no puedan acobardarlos las tormentas de las tribulaciones. Todo lo podéis, amado Dios y Esposo mío.Vos que sois poderoso y el Rey de los corazones, reinad Señor, y no deis entrada a otra cosa más que a Vos mismo.

[182] Festividad de san Pedro y san Pablo.

Estos fueron los sentimientos de este día.

Deseaba hablar a los ministros de mi Señor, pero me acobarda la flaqueza de mi sexo y mi gran ruindad y miseria; por eso, lo que hacía era pedir a mi amado Esposo el remedio, y le decía: que para qué me daba aquellos conocimientos, si no podía remediar nada y solo podía sentirlo; que los diera a quien pudiera remediar las cosas; que nadie puede resistir a su infinito dominio, y que podía, si quería, mudar a todas las criaturas para que hicieran su santísima voluntad como Señor absoluto. En fin, que en su mano estaba todo, pues su poder era infinito.

Le decía esto con toda satisfacción, porque se me quita la cortedad con mi amado Esposo, y más en estos días que parece que se me queja de lo poco que atienden las almas en buscar su honor y gloria. Lo siento, pero me tomo la libertad de decirle que no sé hacer otra cosa.

Dios sea bendito por todo. Amen.

Junio 30. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día, aunque no con tanto recogimiento como ayer, con todo, no faltaron algunos ratos que gasté en lo mismo que ayer: pedir remedio para las necesidades de la Santa Iglesia, pero eran más continuas las peticiones, por la conversión de los pecadores, de los infieles y de los herejes. La Santa Iglesia celebra en este día la conmemoración de san Pablo. Recordando la gran misericordia que tuvo nuestro amabilísimo Dios y Esposo de mi alma, en la conversión de san Pablo, le daba gracias a mi amado Esposo, y le pedía: que hiciera ahora lo mismo con muchas almas convirtiéndolas para que fueran otros tantos vasos de elección en la Iglesia de Dios, columnas fuertes que la sostuvieran en su primitivo ser, y que de este modo, fuera mi amado Dios y Esposo de mi alma, amado, servido, y glorificado su santo nombre, que es lo que mi alma desea.

Por mi gran miseria, tampoco pongo mucho de mi parte. Parece que mis deseos no son verdaderos, por la tibieza de mis obras y mis muchos descuidos; pero a pesar de todo confesaré mi miseria y flaqueza, y alabaré la misericordia de mi Dios por concederme estos deseos, pues me parece que son verdaderos. Algunas veces son tan vivos, que no dejaría ninguna cosa por hacer, aunque fuera la más dificultosa y trabajosa para conseguirlos.

Las faltas que tengo me dan más pena, porque como sé los deseos que tengo de dar gusto a mi Dios, cuando conozco que he faltado, bien sea por descuido o por no vencerme en aquellas cosas que por vencerme pudieran aumentar su honra y gloria, lo siento mucho, y lo que más siento es las veces que falto a los propósitos que hago, tanta es mi miseria. Dios tenga misericordia de mí, y me conceda una eficaz gracia para cumplir con la voluntad de mi amado Esposo, no como lo he hecho hasta aquí, sino como lo quiere. Que no se quede en palabras, sino en obras, y que no ande buscando escusas para dejar de cumplir la voluntad de mi Dios. Conozco con claridad cuál es su santísima voluntad, no solo por la obediencia, que es lo seguro, sino también por la luz que me da mi amado Esposo para conocerla, por lo que es mayor mi ingratitud.

¡Cuánto me sufrís Esposo mío! Bendita vuestra infinita misericordia para esta criatura tan ingrata.

Todas las criaturas te alaben por mí, y te den gracia.Yo os las quisiera dar acompañadas de las obras que testifiquen que son verdaderas, pero por mí, nada puedo, y espero de Vos que sois todopoderoso y liberal para los que os piden. Os lo pido por tu[183] amoroso corazón y el de mi dulce Madre, y espero conseguir para gloria de tu nombre, que sea conocido, amado y reverenciado, por todos los siglos de los siglos.

Este día, aunque no fue del todo fervoroso, tampoco estuve descuidada, y aproveché las ocasiones, que se presentaban de ejercitar las virtudes, gracias a mi amado Esposo que todo lo hace, porque por mí, nada hago. El día que mi amado Esposo retira un poquito su poderosa mano, quedo tan descuidada y tibia en su servicio, que si no fuera porque acude pronto, no haría nada, pero me hace conocer mi nada, y luego me da la gracia para poder sentir mis descuidos y tibieza en su verdadero valor. Todo me lo da, el que es todo bondad y misericordia.

¡Bendito sea eternamente! Amén.

¡Ojalá supiera corresponder! pero es tanta mi miseria que, como he dicho muchas veces, si no acudiera este mismo Señor a remediarla continuamente, no habría en mí, más que culpas. Bendita su misericordia que tanto favorece a esta ingrata criatura.

Alabado sea por todos los siglos. Amén.

Julio, 1 de 1811. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día fue de poco fervor y tuve que padecer algo más que otros días, con conformidad con la voluntad amabilísima de mi amado Esposo, que algunas veces, de pronto consolaba mi alma, me renovaba el deseo de padecer por su amor, y con esto tomaba fuerzas para cuando me quedaba padeciendo en sequedad.

Gracias a mi Dios, lo aproveché lo mejor que pude con la ayuda de mi Dios y el amparo de mi dulce Madre.

Gracias y alabanzas le sean dadas eternamente. Amén.

“coloquios con mi dulce Madre”

Día 2[184]. Este día estuve más fervorosa. Ocupada hasta medianoche, no tuve tiempo de dormir mucho, pero en el rato que me acosté me desperté casi al instante, alabando a mi dulce Madre muy fervorosa. Conocí que era un beneficio de mi dulce Madre para empezar el día de la Visitación. Creció en mi alma el fervor y el deseo de servir y alabar a mi dulce Madre, y de que todas las criaturas conocieran cuánta dicha da tener su amabilísima protección. Si la conocieran, no perderían ningún tiempo para procurarse este bien. Es un dolor que sea de pocos conocido, y de mucho ignorado. Esta Madre de piedad desea la salvación de todos como la más interesada en la gloria de Dios, y en que no se pierda en las almas, el fruto de la Redención; por

[183] Unas veces le habla de vos y otras de tú, y así lo respetamos.

[184] Martes, julio 1811. Fiesta de la Visitación de Ntra. Sra. a su prima santa Isabel.

eso acude al que la busca, con tanta atención y cuidado, y procura que no le falten ningunos medios para su mayor felicidad.

¡Oh madre piadosísima! ¡Cuánto debo yo a vuestro cuidado y piadosa intercesión!

Bendita seáis Madre mía, que tan piadosa has sido conmigo. Aún cuando yo no sabía buscaros, Vos me buscabais a mí y me decíais que erais mi madre. Y ¡qué madre! Una madre que me enseña, una madre que me libra de los mayores peligros, una madre que me alcanza los mayores bienes, y una madre, en fin, de quien espero alcanzar la gracia de conseguir el bien eterno, por su admirable protección e intercesión poderosa, para alabar eternamente al Dios de las misericordias, que me la dio por madre. No permitáis, Madre mía, que sea más ingrata a tan grandes beneficios como recibo de mi amabilísimo Esposo y Dios. Por vuestra intercesión, alcanzadme gracia eficaz para corresponder como debo a mi Dios, y a Vos como a mi amorosa madre.

Estas mismas reflexiones y afectos ocupaban mi alma en esta noche que pasé en dulces coloquios con mi dulce Madre, y dándole las gracias a mi amado Esposo porque me la había dado por madre. Me parecía que mi amada Madre me aseguraba su amparo y protección, y cuando le daba las gracias por los beneficios que iba recordando que había recibido, me parecía que me decía mi dulce Madre:

-Son tantos y tan grades los beneficios que has recibido por mi intercesión, que no los conocerás hasta estar en la bienaventuranza. Corresponde agradecida imitando en cuanto sea posible mis virtudes.

Se me pusieron presentes las perfectísimas virtudes de mi amada Madre, de humildad, obediencia, paciencia, y en fin todas las virtudes, como a quien le ponen un dechado para que aprenda. Me parecía que estaba viendo esto, cuando oía estas palabras. Pasé todo este día alabando a mi dulce Madre. En cualquier parte que estuviera, me parecía que la tenía presente y con esto, la oración era más fervorosa y las obras indiferentes iban bien dirigidas en este día, porque tenía quien me lo hiciera todo para la mayor gloria de mi Dios y honor de mi dulce Madre.

El día 3, estuve distraída y descuidada, y por eso tuve muchas faltas en el cumplimiento de lo que V.R. me tiene ordenado. Fueron menos las comuniones espirituales y las visitas a mi amado Esposo Jesús sacramentado, tuve muchos descuidos, y tampoco fui a pedir la bendición, a mi amado Esposo y dulce Madre.

Esto fue lo que reconocí, lo que no conocí, sería mucho más. Cuando quería hacerme la gracia de que conociera mis faltas, me llenaba de dolor ver mi gran miseria y mi mala correspondencia, a los beneficios de mi amado Dios. Me humillaba conocer que por mí sola, no podía nada, y entonces le pedía perdón a mi amado Esposo. Pasé este día, ya enmendándome, ya cayendo en las mismas faltas.

Dios sea bendito.

Julio, 4 de 1811. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

La mayor parte del día, aunque no todo, fue de recogimiento. El alma estaba bien dispuesta para la contemplación de la Divinidad, y esto me hacía estar recogida en la presencia de mi Dios alabándolo en todos sus atributos. Me quería hacer presente,

unas veces su infinita misericordia, otras su justicia, otras su poder, y en fin unas veces esto, y otras veces lo otro, conforme quería mi amado Esposo y Dios, me daba conocimiento para que el alma conociera, conociendo amara, y del amor se empleara en alabar a su Dios, y deseara que fuera alabado y servido por todas las criaturas. Tuve algunos ratos menos fervorosa, aunque no distraída, procurando hacer todo lo que podía para gloria de mi Dios en el ejercicio de las virtudes que podía practicar. Ésta fue la ocupación del alma en este día.

Dios sea bendito. Amén.

Día 5.Por la mañana, estuve algo fervorosa, y procuré hacer los actos de las virtudes, y así practicándolas ejercitaba el alma, pues no tuve otra cosa mejor que ofrecer.

Por la tarde estuve distraída, descuidada y con la imaginación inquieta. Como el alma no estaba fervorosa, no procuraba poner de mi parte lo que debía. Ésta es la correspondencia que yo tengo a los beneficios de mi Dios. Al estar descuidada no me aprovechaba como debía de las ocasiones, y no dejaba de caer en faltas de silencio, gastando algunos ratos en conversaciones indiferentes, no acomodadas a lo que mi amado Esposo y mi dulce Madre quieren de mí, con tanta doctrina como me han dado, y yo no me he portado como corresponde a la luz y gracia que recibo. Esto sí que es ser verdaderamente ingrata a mi Dios y Esposo Jesús.

¡Oh Dios mío, que tanto me sufres! ten misericordia de mí y no os retiréis al ver tanta ingratitud en esta miserable criatura. Dadme la gracia de enmendarme y corresponder fiel y agradecida a Vos, pues si Vos no lo hacéis todo, por mí no puedo hacer nada. Espero poder hacerlo todo, ayudada de la gracia, por los méritos de vuestro divino corazón y el de vuestra dulcísima Madre, y amorosísima Madre mía.

Cuando conocía mis faltas, pedía perdón con tibieza hasta que ya de noche, antes de recogerme, sentí mayor el dolor de mis faltas. Me enternecí, y llena de este dolor, pedía a mi amado Esposo, que me perdonara, y fui a acostarme humillada por el conocimiento de mi gran ingratitud.

Sea la misericordia de mi Dios alabada eternamente. Sin necesidad de mí para nada, me sufre, me espera y me da tanto, como si me necesitara.

¡Oh Dios todopoderoso! que a nadie necesitas, pues nada puede existir sin ti. Mi alma te adora, te alaba y te da gracias, por tu infinita bondad.

Que todas las criaturas te alaben. Así sea.

Día 6. Amanecí en la presencia de Dio; con afectos de dolor y humillación por el conocimiento de mis ingratitudes, no hacía más que pedir perdón a mi amado Esposo, reconociendo que una esposa fiel que quiere dar gusto a su esposo, no se debe contentar con no ofenderlo, sino que debe procurar ver en qué podrá darle más gusto, y asimismo granjear con el caudal de su esposo para aumentar sus intereses. Me humillaba mucho ver mis descuidos y lo poco que hago, con las luces que mi amado Esposo ha dado a mi alma para conocerlo y conocer las virtudes, y la gracia que continuamente concede a mi alma para poder practicarlas con más perfección que otras, que no han recibido tanto, y cumplen con fidelidad. Como he dicho, esto me llenaba de dolor y me humillaba hasta lo profundo de mi nada; solo podía pedir

perdón a mi amado Esposo y dulce Madre, a quien pedía que me lo alcanzara con su poderosa intercesión.

Pasé todo el día procurando en cuanto podía ejercitar las virtudes y vivir cuidadosa en todo.

Por la noche, cuando fui a la última visita a mi amado Esposo Jesús Sacramentado, se renovó en mi alma el dolor por mis ingratitudes y pecados a la vista de los beneficios de mi Dios, en particular en este Sacramento. Llena de agradecimiento y dolor, le volvía de nuevo a pedir perdón a mi amado Esposo Jesús Sacramentado, y cada vez se encendía más mi alma en dolorosos afectos de amor. Estando en esto, me parecía que me decía mi amado esposo:

-Ya estás perdonada. Corresponde a mi amor.

Se aumentaron mucho más los afectos del alma, que se quedó como anegada en el amor de mi Amado. No podía hacer nada más que amar, y como tenía que irme a la celda, le pedí a mi amado Esposo: que me diera su santísima bendición, que no me dejara de su poderosa mano, y que no tuviera acción ni respiración que no fuera dirigida para su mayor honra y gloria.

Cuando me vine del coro, me parecía que tenía a mi amado Esposo en mi corazón, y que con mucha dulzura me preguntaba si lo amaba. Con esto se encendió tanto el alma, que me vino un dolor y un ardor tan fuerte en el corazón, que me parecía que iba a perder la vida, porque me quitó tanto las fuerzas, que no sé cómo llegué a la celda, y me pude acostar. Lo que más sentía era que no podía disimularlo, porque me costaba tanto trabajo hablar, que parecía que estaba muriéndome. Una religiosa de la celda, me preguntó: qué tenía, y le dije: que no tuviera cuidado; que era un flatillo; que se acostara descuidada. Entonces ella me dio agua, que es el remedio que me dan cuando digo que me ha dado algún flatillo. Me sentó bien, porque tenía tan reseca la boca y la garganta, y además de la falta de aliento me impedía hablar. Hice que se acostara, procurando disimular cuanto podía, y me quedé con sosiego con mi amado Esposo, a quien tenía presente, y no cesaba de alabar y dar gracias. Otras veces ni esto podía, solo estar contemplando su bondad y gran amor, y así pasé la noche.

Dios sea bendito. Amén.

Día 7. Seguí como anoche, con el alma inflamada en el amor de su Amado, y tan sin fuerzas en el cuerpo que me parecía imposible poder levantarme. Le pedí a mi amado Esposo: que me fortaleciera para ir a recibirle sacramentado. Me preparé como de costumbre, y pude ir a recibir a mi amado Esposo Jesús. Me sucedió lo mismo que otras veces he dicho, que tenía a la Santísima Trinidad unida a mi alma, la cual se quedó otra vez como absorta en la contemplación de la grandeza de un Dios que atiende con su bondad a favorecer a las almas. Estuve así un poco de tiempo, y después no hacía otra cosa más que alabar y dar gracias a mi amado Esposo, y pedir a todas las criaturas que lo hicieran por mí. A mi dulce Madre, a los santos ángeles, a los santos, y en fin a todas las criaturas, les pedía: que alabaran, adoraran, y dieran gracias a mi Dios por mí, por ser tan bueno, y tan grande su misericordia.

Este fue el ejercicio de toda la mañana, pues desde que comulgué, me puse tan buena que no volví a tener falta de fuerzas en todo el día.

Por la tarde, estando mi amado Esposo Jesús Sacramentado de manifiesto, me parecía que me decía:

-Pídeme lo que quieras, que tus peticiones las oiré con agrado.

Se me volvió a renovar en mi alma el amor a mi amado Esposo, y empecé a pedir por la exaltación y propagación de la Santa Iglesia para que fuera mi amado Dios conocido, amado, temido y adorado por todos. Fui pidiendo por todas las necesidades con tanta confianza, que parecía que mandaba más que pedía, porque sabía que pedía a quien todo lo puede, y que quería que se le pidiera. Cada vez tomaba mayor confianza al conocer que mi amado Esposo oía con amor mis peticiones, y mi alma tomaba con satisfacción saber que agradaba a mi Esposo Jesús.

Seguí así hasta después de ocultar, y me quedé con el mismo recogimiento que todo el día había tenido.

Sea Dios alabado por todos los siglos. Amén.

Julio 8. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día aunque no tanto como ayer, fue también fervoroso, y el alma estaba bien dispuesta para todo, tanto para la contemplación, como para ejercitar las virtudes que se ofrecieran. Pasé el día siempre en la presencia de mi Dios, y me llenaba mi alma de consuelo saber que me estaba viendo en todas partes.

¡Oh! y qué consuelo tan grande es saber que tienes a tu Dios presente, y que es tanta la bondad de este Dios, que no la detiene su grandeza para atender a estos gusanillos de la tierra.

¡Oh Dios infinitamente bueno! si a esto atendieran las criaturas, ¡cómo os temerían, amarían y no os ofenderían! El mundo tiene perdido esto, porque no piensa que estáis presente en todas partes, mirando nuestras obras para castigarlas o premiarlas, porque sois justísimo.

¡Bendito seáis Esposo, Dios y Señor mío!

¡Bendito seáis en todos vuestros atributos y altísimas perfecciones!

Que te alaben, te conozcan, y te sirvan todas tus las criaturas.

Lo dicho me hace estar en continuas alabanzas a mi Dios, y deseos de que hagan lo mismo todas las criaturas para que sea mi Dios glorificado. Así sea.

El día 9, fue como el de ayer; el alma estaba en la misma disposición fervorosa para todo, y así no se desperdicia nada, porque todo me lo dan hecho, gracias a la misericordia de mi Dios, que si no fuera así, nada haría.

Dios sea bendito.

El día 10, estuve desde que desperté fervorosa, pero se aumentó más el fervor a la hora de ir al torno. En las horas, y en misa, había estado recogida en la contemplación del amor infinito de nuestro amabilísimo Dios y Esposo de mi alma. Cuando se acabó la misa, le pedí a mi amado Esposo la bendición, y clamaba a mi dulce Madre, en particular pidiéndole: que no me desamparara, y que como madre, estuviera conmigo para defenderme, como maestra, me enseñara a hacer la voluntad de mi Dios en todo, y como mi reina, me protegiera. Estando haciendo estas peticiones, me parecía que me decía mi dulce Madre:

-Contigo estoy, y correspondo al amor que tiene tu alma.

Se llenó de gran consuelo mi alma, pues me pareció que mi amado Esposo y dulce Madre me habían dado la bendición, y con ella una confianza tan grande de que estaban conmigo, que aunque el alma no veía nada, llena de complacencia y confianza, sentía la presencia de su amado Esposo y dulce Madre. Era como si una persona ciega supiera que estando junto a su padre o madre, no le podía suceder nada malo; teniendo quien la defendiera, no le haría falta la vista. De este modo me sucedía y me sucede muchas veces. Aún en los días que he dicho, que no había pasado nada de particular, esto suplía esta falta. Los días que estoy en el torno, experimento todo este género de presencias que llenan toda mi atención sin faltar a la obligación, que es otro de los beneficios que recibo de mi Dios y Esposo de mi alma.

Bendita sea su infinita bondad y misericordia con esta ingrata criatura, que no ha sabido en toda su vida más que ser ingrata y perezosa para servirle.

Bendito sea su infinito amor.

Esta mañana como he dicho, la pasé entera en el ejercicio de las virtudes interiores, y ocupada en amar, alabar y dar gracias a mi amado Esposo y dulce Madre, a quien miraba presente. Unas veces le pedía perdón para mí, otras para todos, ya le daba gracias por mí, ya por todos. El alma estaba continuamente encendida y fervorosa, conociendo que mi amado Esposo recibía con agrado el ejercicio de mi alma que me había dado el mismo Señor que se complacía en él. Este conocimiento me hacía pedir a mi dulce Madre, ángeles, santos y justos de la tierra que dieran las gracias a mi Amado por mí.

Por la tarde no estuve tan fervorosa, porque no me lo daban hecho como por la mañana, pero me ayudaban tanto, que todo se hacía con poco trabajo. Al que es perezoso, si tiene que hacer algo, es menester que se lo den todo hecho.

Dios sea bendito por su infinita sabiduría con la cual dispone todas las cosas.

Gracias le sean dadas.

Julio 11. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

La mayor parte del día, estuve recogida en la presencia de mi Dios, y empleada en hacer actos de las virtudes, que ejercitaba si se ofrecía alguna ocasión. Conocí la asistencia de mi amado Esposo, que era quien todo lo hacía, y por eso no me acuerdo de haber caído en faltas conocidas; de las no conocidas habré tenido muchas. Pido a mi Dios, bendito sea eternamente, perdón y le doy gracias por haberme librado de caer en muchas más faltas si no hubiera estado ayudándome.También le doy gracias a su Madre Santísima, pues por su intercesión, viene a mi alma todo el bien. Espero y pido para todos la intercesión poderosa de esta Reina soberana. Así sea.

El día 12, fue como el de ayer, con la diferencia de que este día, después de comulgar, me parecía que mi amado Esposo Jesús me iba enseñando todas sus santísimas llagas, y me decía:

-Mira lo que he padecido por ti y por todos, y lo mal que corresponden a mi amor, pues muchos no se acuerdan de darme gracias por este beneficio de la Redención.

Me parecía que mi amado Esposo quería que le diera las gracias por mí y por todas las criaturas redimidas con su preciosa sangre. Lo hice con mucho fervor, que

me lo dieron, junto con el conocimiento para conocer la grandeza de este beneficio, y al mismo tiempo la ingratitud de las criaturas, en no corresponder agradecidas al Dios de las misericordias. Se llenaba mi alma de dolor, al ver a este Dios ofendido por unas criaturas a quienes ha hecho todo cuanto bien ha podido, que ha sido hasta darse a sí mismo**.**

¡Oh Amado mío! qué poco conocidos y agradecidos son tus beneficios, cuando por un vil interés se atan las criaturas unas con otras, de modo que no temen disgustaros y ofenderos a Vos, bondad infinita, por no desagradar a las miserables criaturas, que no pueden darles ni haberles dado nada más que unos falsos y perecederos beneficios. Solo teneros a Vos, serviros y agradaros es hallar el verdadero tesoro, la verdadera libertad, el verdadero gozo, descanso y paz.

¡Oh Ciencia! Eres tan poco conocida por los mortales que buscan en las tinieblas la luz, y en el estiércol el tesoro ¿Qué otra cosa son todos los bienes de la tierra? En el trabajo buscan el descanso, y no lo encuentran.Yo llamo trabajo a todo lo que no es buscar a Jesús con su cruz; encontrar descanso es hallar a Jesús; y gustar de los frutos de su cruz, es alegría del alma y descanso verdadero del corazón. Si pudieran gustar las dulzuras, alegría y consuelo, que causan en el alma lo frutos de la cruz, no huirían de ella, y despreciaran todas las cosas para hallar este verdadero tesoro que es Dios, suma de toda felicidad.

Amado Esposo y Dios mío amabilísimo, dad luz a todas las criaturas para que conozcan estas verdades y aborrezcan todas las demás cosas. Que solo os busquen, os amen, os sirvan y os den alabanza a Vos, por toda la eternidad.

Así sea, así sea.

Estos conocimientos me hacían unas veces, dar gracias, otras pedir perdón, y otras alabarle y convidar a todas las criaturas del cielo y de la tierra a hacerlo, pues todo lo había hecho por mí, y por todas las criaturas.

El alma, que estaba inflamada en el amor de su Dios y Esposo, se quedó todo el día bastante fervorosa, cuidadosa, y ocupada en el ejercicio de las virtudes, por eso no conocí haber caído en faltas, pues todo me lo daban hecho.Tenía tan viva la presencia de mi Dios, que a toda hora lo miraba presente, dando tan gran consuelo a mi alma, que no lo sé explicar. En el cuerpo padecí bastante, porque me apretaron más las cosillas que padezco.

Sea eternamente alabada la bondad y misericordia de mi Dios y Señor y amabilísimo Esposo de mi alma.

Sea de todos conocido, amado y servido, por los siglos de los siglos. Amén.

Y mi dulce Madre también.

Julio 13. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día fue todo de recogimiento, pues desperté del sueño de la noche como si hubiera estado en oración. Empecé con la contemplación de la Divinidad, alabando la grandeza, inmensidad y poder de este Dios que no ha tenido principio ni tendrá fin.

Este amabilísimo Dios tenía tan inflamada mi alma, y tan recogidos mis sentidos, que nada me distraía. Estaba en mi obligación del torno, pero no faltaba a lo que debía por otra gracia particular de mi amado Esposo, pues de no ser así, hubiera

tenido muchas faltas. Otros días que no tengo tanto recogimiento, se me olvidan algunas cosas, y el día que estoy más recogida, no se me olvida nada, porque mi amado Esposo y dulce Madre tienen el cuidado de que cumpla con mi obligación. Todo es suyo y nada mío.

Ocupada en adorar, alabar y dar gracias a mi Amado, mi alma conocía que este amabilísimo Dios la miraba con agrado. Otras veces, me parecía que estaba con mi dulce Madre que me decía:

-Atiende, hija mía, el amor tan grande con que te favorece el altísimo, escogiéndote entre muchas almas para tener en ti sus delicias. Para agradecer esta misericordia que ha usado contigo, tu correspondencia no debe ser común ni te has de contentar con poco, porque es mucho lo que recibes.

"no encuentro términos para explicarme"

Padre mío, no puedo explicar a V.R. lo que estas palabras causaban en mi corazón de amor a mi amado Dios, de agradecimiento y de humillación, al conocer lo mal que he correspondido toda mi vida a mi Dios. Lo que hacía era clamar a mi dulce Madre, pidiéndole que me ayudara a alabar y dar gracias a mi amado Esposo y amabilísimo Dios. Ocupé bastante tiempo en alabar a mi Dios y convidar también, a los santos ángeles. Me parecía que todos estaban presenten, pues mi alma estaba más en la gloria que en la tierra. Aunque no veía nada con los ojos del cuerpo, me parecía que con los del alma estaba viendo a mi amado Esposo y a mi dulce Madre, como si estuviera cercada de ángeles, que alababan conmigo a mi Amado repitiendo sin cesar: Santo, Santo, Santo, digno es de eterna alabanza, el que ha sido es y será. Y otras cosas que no recuerdo. Quedé tan encendida que no entraba ninguna otra cosa en las potencias de mi alma ni podía entibiar el fuego, que mi amado Esposo había encendido, porque como no dejaba de atizarlo, siempre ardía.

Padre mío, no sé si diré éstas cosas con ponderación[185], pero a mí me parece que no, porque por mucho que dijera, no podría explicar el estado en que está mi alma, y lo que goza y recibe, yo no lo sé explicar. Aunque algunas veces temo que escribo con ponderación, por otro lado conozco que no digo casi nada para lo que pasa en mi alma. En estas ocasiones no encuentro términos para explicarme, porque no acompaña la inteligencia a la explicación. Me consuela la confianza que tengo en que, aunque me explico mal, mi amado Esposo y dulce Madre le darán a V.R. luz clara para que entienda lo que es, y no lo pueda yo engañar, diciendo más que lo que sea. Mis muchas ingratitudes y mi pobreza de virtudes, me hacen temer muchas veces, como ya he dicho a V.R. en otras ocasiones, que estos favores no son para mí.

Alabada sea la infinita bondad de mi Dios que no atiende a mi mucha miseria para favorecer mi alma, y todo lo hace por su misericordia infinita.

Alábenle por mí todas las criaturas del cielo y de la tierra, y usted, padre mío, dele usted muchas gracias a mi amado Esposo por mí, pues ha querido que sea usted testigo de las grandes misericordias que ha usado con la más ingrata de todas las criaturas.

Dios sea bendito. Amén.

[185] Exageración.

Julio 14. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

La mañana fue de recogimiento. Me preparé fervorosa para recibir a mi amado Esposo Jesús Sacramentado haciendo lo que ya he dicho en otras partes. Con la unión más íntima, se ejercitaba el alma, alabando, dando gracias, adorando y pidiendo perdón por mí y por todas las criaturas.

Por la tarde no estuve tan recogida, y algunos ratos estaba distraída. Es tanta mi miseria que un poquito que se retire mi amado Esposo, al instante empiezo a faltar y a tener descuidos en la práctica de las virtudes. Mi amado Dios me deja conocer que no puedo nada por mí, si el mismo Señor no lo hace todo.

Sea por siempre alabada su infinita misericordia que sufre y espera a los miserables, y les da más auxilio para que lo busquen, y cuando lo buscan, les sale al encuentro.

Gracias le sean dadas por todo. Amén Jesús.

Día 15. La mañana la pasé un poco distraída, esto es, menos fervorosa. Con facilidad me distraía de la presencia de Dios, y se me iba la atención a los cuidados caseros. Me dura poco la distracción, porque pronto la conozco, y pido perdón a mi amado Esposo y dulce Madre. Pasé esta mañana cayendo en estos descuidos y levantándome de ellos con la ayuda de mi Dios que por su misericordia no permite que me aparte mucho rato de tener la atención principal en su presencia. Cuando falto, sabe avisarme y darme dolor.

Bendito sea eternamente por su infinita bondad.

Por la tarde, desde la siesta estuve más fervorosa, porque después de comer me fui un poco al coro. Estaba pidiéndole a mi amado Esposo perdón de las faltas de la mañana, y de pronto visitó mi alma con un conocimiento de su bondad infinita, que me encendió en tanto amor, que no lo puedo explicar. Estuve un rato suspensa[186] contemplando en mi Dios, y después se quedó el alma tan encendida que se deshacía en alabanzas y acción de gracias por la infinita bondad con que nos ama, que dio su vida por nosotros, tomando la naturaleza humana para poder padecer y morir, y no contento o satisfecho con esto su infinito amor se quiso quedar sacramentado, donde sufre tantos agravios e injurias de los mismos por quienes se ha quedado.

Estas eran las meditaciones que hacía mi alma en esta tarde. La mitad era cosa mía, aunque asistida por mi Amado, que estaba a la vista para que no cayera, y la otra mitad, la hacía mi Dios y Esposo de mi alma.

Bendito sea eternamente por todo, porque me da luz para conocer su gran misericordia, y al mismo tiempo, mi gravísima miseria y mi nada.

Por todo sea alabado su santo nombre. Amén.

Día 16. Algunos ratos estuve como la tarde de ayer, y la mayor parte del día, fue de poco fervor. También estuve padeciendo en el cuerpo, porque todas las cosillas que padezco estaban más vivas, pero las llevaba conforme con la voluntad amabilísima de mi Dios. Me ayudó la memoria de la festividad del día, pues rezábamos a la santa Cruz, lo que avivaba en mi memoria lo mucho que había padecido en ella mi amado Esposo Jesús, y se llenaba mi alma de alegría padeciendo por mi Amado.

[186] Maravillada, perpleja.

Durante este día, unas veces llenaba mi Dios mi alma de consuelos, y otras se ocultaba un poquito para dejar que sintiera el padecimiento, pero como sabe mi flaqueza, estos ratos eran pocos y siempre me daba conformidad.

Sea por siempre bendito, y también mi dulce Madre. Amén.

Julio 17. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

El día fue como el de ayer de alguna sequedad, aunque a ratos visitaba mi amado Esposo y Dios mi alma, llenándola de consuelos. Me llenaba de fervor, y de nuevo me ofrecía para padecer mucho más por su amor, si así lo quería. Esto pasaba pronto, y me quedaba otra vez con tan flaca ayuda, sintiendo el peso de los trabajos, pero con alegría en el alma por hacer algo por mi Dios. La parte inferior lo sentía, y algunas veces me distraía un poco, y caía en algunos descuidos, pero pronto acudía a remediar mi falta, pidiendo perdón a mi amado Esposo y dulce Madre, a quienes me quejaba de mi flaqueza, y como si no lo supieran, les decía: que miraran mi poca resistencia, y que se compadecieran de mí y no me desampararan, porque no podía nada por mí sola. Esto, a veces era causa de que se enfervorizara el alma otra vez, pues es grandísima la misericordia de mi Dios conmigo.

Sea bendito. Amén.

“viendo su santísima humanidad”

Día 18. Fue como el de ayer sin diferencia, y no tengo nada más que decir.

Día 19. Desde que desperté estuve fervorosa y con recogimiento, que después de recibir a mi amado Esposo Jesús Sacramentado se aumentó con la unión más íntima. Me parecía que estaba viendo su santísima humanidad llena de llagas que quería tomar descanso en mi corazón. Yo fervorosa se lo ofrecía, y le pedía, que así lo hiciera. Causaba en mi alma tan gran consuelo que no puedo explicarlo, porque me parecía que mi amado Esposo estaba como descansando con agrado, como una persona que está muy cansada, y en llegando a su casa se sienta, y toma descanso con gusto. Y me parecía que me decía mi amado Esposo con estas palabras:

-Quiero, esposa mía, descansar en tu corazón como en mi propia casa, pues toda eres mía, y yo todo tuyo.

Y yo le pedía a mi Amado: que por su amor, quitara lo que hubiera en mí, que no fuera suyo.

Pasé un poco de tiempo en coloquios con mi Amado, ya manifestándole mis miserias y pidiéndole perdón, ya manifestándole, como si no lo supiera, el deseo tan grande que tenía de agradarle, y de no tener ni una respiración que no le fuera agradable, pues toda mi gloria en esta vida era darle gusto, porque era mi Dios, mi Esposo, Padre y Señor, y en fin, todas las cosas.

En esto ocupé la mañana, con mi amado Esposo presente a la vista de mi alma, llenándola de tantos consuelos, que solo son para experimentarlos.

¡Ojalá que haya muchas almas que lo experimenten!

Convido a todas las almas,
con el profeta rey,
que prueben y verán
cuán suave es el Señor.
Si dejan la nada,
se encuentran el todo.
Si lo buscan, lo hallarán,
y perdiéndose a sí mismas,
lo encontrarán.
No os detengáis almas,
que os llama el Señor
y os espera con amor.

No os detenga cosa alguna,
que os espera con amor,
corred a buscar su voz,
que con ella nos convida,
y nos promete el perdón;
y nos concede su gracia,
que es prenda de más valor.
Todas las cosas creadas
son nada en su comparación.
No cerremos los oídos,
almas, a tan dulce voz,
con que nos llama y convida
nuestro amable Redentor.

Por la tarde, estando en la presencia de mi amado Esposo Jesús Sacramentado, que estaba de manifiesto, me parecía que mi amado Esposo me decía: que le pidiera todo lo que quisiera, que me oiría con agrado. Estas palabras me dieron tanta confianza para pedir con fervor, y encendieron mi alma más de lo que estuvo todo el día.

Empecé a pedir más como quien manda, que como quien pide, y le decía a mi amado Esposo: que como esposa me tocaba procurar sus intereses, y que le pedía fuera conocido y ensalzado su nombre por todo el mundo. Así le iba pidiendo por todas las cosas: por la Santa Iglesia; por la conversión de los pecadores y por todo, porque en estas ocasiones, nada se me olvida. Como he dicho en otras ocasiones, parece que me dan por oficio pedir, y todo lo necesario para ello.

Gracias a mi Dios por todos los beneficios que por su misericordia infinita me hace. Amén.

Julio 20. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Estuve fervorosa con la protección de mi dulce Madre, y como me parecía que la tenía presente, le pedía: que agradeciera por mí, porque a las madres les toca dar las gracias por el bien que hacen a sus hijos. Siempre que les hacen bien, es por respeto a sus padres, así que, todo lo que yo había recibido había sido por su intercesión

poderosa. Por todo le daba las gracias, y le pedía que las diera por mí, y me enseñara a ser agradecida y fiel a mi Dios y Esposo de mi alma.

Me parecía que me decía mi dulce Madre:

-No debes corresponder con un agradecimiento común y ordinario, pues tus beneficios no son comunes, y Dios ha mirado tu alma con particular amor.

Recordando los muchos beneficios que he recibido de mi amado Esposo y Dios, se encendía mi alma en amor y agradecimiento a este Dios tan bueno conmigo.

Estas cosas tenían mi alma en continuos actos de agradecimiento, alabanzas y amor a mi Dios y a mi dulce Madre, por cuya intercesión y amparo me venía tanto bien. En continuas alabanzas, procuraba hacer cuanto podía en el ejercicio de las virtudes, pues tenía buenos despertadores.

Todo sea para gloria de Dios y honor de mi dulce Madre. Amén.

Día 21. Este día por la mañana estaba el alma más fervorosa, esperando recibir a mi amado Esposo Jesús Sacramentado. Después de haberlo recibido se aumentó mucho más con la unión más íntima con su amado Esposo, que le decía a mi alma:

-Mira cuánto te he amado, y lo que hago por ti.

Esto daba a mi alma más conocimiento del infinito amor de mi amado Esposo para conmigo, y la encendía en vivos deseos de corresponderle, amándolo con todas mis fuerzas, ayudada por su gracia. Como conocía que yo nunca podría corresponder a tanto amor, deseaba siquiera hacer todo lo que pudiera ayudada por su gracia, y así se lo pedía con toda insistencia, pues sabía que por mí, nada podía, y si no me daba lo que quería que tuviera, no podría hacer nada. Me parecía que mi amado Esposo oía con agrado mis peticiones, y mi alma cobraba nueva confianza en la bondad de mi Dios.

Pasé la mañana, ya pidiendo, ya dando gracias y alabando a mi amado Esposo.

Siempre sea alabado y bendito por todas las criaturas.

Por la tarde, como es tanta mi miseria, algunos ratos estuve más distraída, poniendo más atención de la necesaria en algunas cosas, que aunque fuera obligatorio atenderlas, perdía la principal: la presencia de mi Dios que no me impide tener la necesaria atención en la demás cosas, por el contrario, me ayuda. Pero, mi amabilísimo Dios hizo otra misericordia conmigo, avisándome de mi descuido, diciéndole a mi alma:

-¿Por qué te olvidas de mi palabra?

Fue una flecha que hirió mi corazón, porque al mismo tiempo que me humillaba ver la gran bondad de mi Dios, me hacía conocer mi miseria. El inmenso amor con que miraba mi alma me encendía más y más, y me deshacía en deseos de agradar y amar con todas mis fuerzas, dar gracias a mi amado Esposo y pedirle su gracia para servirlo con fidelidad hasta la muerte. A mi dulce Madre, santos ángeles y a todos los santos, les pedía: que alabaran y dieran gracias por mí a mi amado Esposo y Dios.

Ahora pido lo mismo: que sea alabado por todos los siglos. Amén.

Julio 22. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Recuerdo que este día estaba con alguna sequedad, y me faltaba el fervor sensible que me ayuda para hacer las cosas, y aunque me costaban más trabajo, hice lo que

pude, porque no tengo quien me las haga, cuando me deja sola para que vea con claridad, que no puedo nada. No es igual que cuando estoy fervorosa que lo hago, porque me ayudan o me lo dan hecho. Por eso en todo tiempo, tengo que humillarme y alabar la bondad y misericordia de mi amabilísimo Dios, Señor y Esposo de mi alma.

Dios sea bendito. Amén.

Día 23. Lo mismo que ayer la mayor parte del día tuve sequedad algunos ratos; de repente se encendía el alma en el amor de su amado Esposo que se presentaba a la vista del alma, que sabía de cierto que estaba en ella, pero parecía que estaba escondido y no lo veía. Si el alma lo ve tiene más consuelo, hasta que se vuelve a esconder, y vuelve a sentir la carga de su miseria que no la siente cuando está presente el Esposo.

Sea alabado mi amabilísimo Dios por todas las sabias disposiciones de su infinita sabiduría.

Amado sea eternamente, por todas las criaturas. Amén.

Día 24. Fue casi lo mismo que ayer, con la diferencia de que fueron un poco más frecuentes los ratos que he dicho, y el alma siente más la unión con su amado Esposo, que se le da a conocer con afectos, queda encendida en el amor de su Dios, y fortalecida para que cuando se oculte, deje de sentir su ausencia. No faltaron en este día los ratos que acabo de decir, pero los pasé con la conformidad dada por el mismo Señor que quiere que padezca, a la vez que me hace dulce el padecer, y me da hambre de padecer más por quien tanto ha padecido por mí.

Gracias a mi amado Esposo y Dios por todo.

Día 25[187]. Fue un día de recogimiento y fervor desde que amaneció. Me preparé para comulgar y recibir, como he dicho otras veces, a mi amado Esposo Jesús Sacramentado. Después de la comunión, me parecía que estaba en mi alma la Santísima Trinidad o que mi alma estaba unida a la Santísima Trinidad. Durante un poco de tiempo estuve como gozando, y no me servían las potencias, pues todas estaban paradas, y ninguna podía ni tenía nada que hacer. Después de un rato, que no sé cuánto fue, cesó esta unión tan grande y las potencias entraron de nuevo: el entendimiento miraba la grandeza y bondad infinita de este Dios de misericordia; la voluntad se encendía más, amando a su Dios, y la memoria no dejaba de tener presentes sus innumerables beneficios. El alma encendida, se deshacía en deseos de que todas las criaturas lo conocieran, amaran y alabaran, y estas eran sus peticiones. Causaba en mi alma mucha pena saber que era ofendido este Señor y Dios todopoderoso.

Pasé el día llena de fervor, porque lo aumentó mi amado Esposo después de la comunión. Con más frecuencia de la que he dicho, el alma encendida en la contemplación de la Divinidad se deshacía en afectos de agradecimiento, no tenía otro trabajo que no fuera ejercitar todas las virtudes, y estaba muy cuidadosa, pidiendo continuamente que mi Amado fuera conocido, amado y servido.

Sea todo para su honor y gloria. Amén.

[187] 25 de Julio, festividad de Santiago, apóstol.

Julio 26. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día fue de recogimiento, aunque no tanto como ayer. El alma estaba preparada para la contemplación y ocupada en los actos de las virtudes interiores, ya adorando a mi Dios, ya alabándole y dándole gracias, ya pidiéndole perdón y sus divinos auxilios para mí y para todas las criaturas, pues deseaba lo mismo para mi prójimos que para mí, y lo principal era que sea conocido, amado y servido mi Dios y Señor, por mí y por todas las criaturas. Mi ocupación en este día fue hacer lo que podía o conocía que agradaba a mi amado Esposo.

Sea Dios por todo alabado y glorificado, por los siglos de los siglos. Amén.Y su Madre santísima.

“pobres que pedían limosna”

Día 27. Empecé el día con mucho fervor y recogimiento en la presencia de mi Dios, y así estuve el tiempo de las horas y durante la misa, con el alma ocupada en la contemplación de la grandeza, bondad, poder, y misericordia de nuestro Dios. Acabada la misa, como me tenía que ir al torno, pedí a mi amado Esposo y dulce Madre que me dieran su bendición; lo hago siempre, pero como estaba fervorosa, la pedía con todo fervor. A mi amado Esposo le pedía: que no permitiera que hablara ni pensara nada que no fuera para su mayor honor y gloria, pues no deseaba otra cosa, ni siquiera quería tener una respiración que no fuera dirigida a darle gusto. Después de estas peticiones a mi amado Esposo, acudí a mi dulce Madre, le volví a manifestar mi mucha flaqueza y miseria, y le repetía mis preces para que, como Madre piadosa me ayudara, se compadeciera de mí, y por último le pedí su bendición.

Y me parecía que me decía mi dulce Madre:

-No temas hija mía, que contigo estoy. Recibe la bendición que me pides.

Me parecía que me echaba tres bendiciones: una en el nombre del Padre, otra del Hijo y otra del Espíritu Santo. Recibí tan gran consuelo en mi alma, que no sé explicarlo.

Fui a cumplir con mi obligación sin poder pensar en otra cosa más que en mi Dios. Llena de agradecimiento, no cesaba de alabarlo y darle gracias, deseando se me ofreciera alguna cosa que hacer o sufrir por su amor. No se me presentó otra cosa más que pobres que pedían limosna, y recordé que mi amado Esposo Jesús dijo: que lo que se hacía por éstos, se hacía por mi Señor. Hice el propósito de que en todo el día, no diría a ningún pobre que perdonara, aunque me tuviera que quedar sin comer, y así poder hacer algo por mi amado Esposo. Estando con estos pensamientos, me parecía me decía mi amado Esposo:

-Aunque lo des todo, no haces nada, porque te lo he dado todo, y hasta me he dado a mí mismo, a ti.

Y mi alma respondía:

-Todo me lo habéis dado, Amado mío, y por eso os lo doy con asimiento de gracias. Porque me lo diste, es mío, y como mío os lo doy, y es vuestro. Recibe mi alma, que por tantos títulos es vuestra. Recibe también mi cuerpo, con todos sus sentidos. Me ofrezco toda a Vos en sacrificio, para que hagas de mí según tu agrado.

Si todas las cosas creadas fueran mías, todas os las daría. Pero me alegro, amado Esposo mío, porque todo es vuestro, y no tenéis necesidad de nada.

Estuve toda la mañana en coloquios con mi amado Esposo, y me parecía que lo tenía en mi corazón, mirando mi alma con mucho amor y agrado.

Padre mío, no sé cómo atendía a las cosas precisas; me hubiera sido imposible sin que el mismo Señor me ayudara.

Por la tarde no fue tanto el recogimiento, pero aprovechaba el tiempo ejercitando las virtudes.

Sea Dios bendito. Amén.

"el mundo no merecía sus misericordias"

Julio 28. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Como el día anterior, me preparé para la comunión con recogimiento y fervor, y me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Pídeme lo que quieras, que serán oídas tus peticiones.

Esto dio a mi corazón tan gran confianza para pedir a mi Dios, que lo hacía sin cesar, siempre buscando la mayor gloria de mi Dios. Primero pedí: que fuera conocido, amado y servido por todas las criaturas; por la exaltación de la Santa Iglesia; por la conversión de los pecadores, infieles y herejes al gremio de nuestra sagrada religión; por las necesidades de este reino, y en fin por todo lo que tengo obligación de pedir, y mi amado Esposo quiere que le pida.

Ofrecía a la Divina Justicia los infinitos méritos de mi amado Esposo Jesús, y los de mi dulce Madre a quien suplicaba que pidiera por nosotros pecadores, y como verdadera Ester, aplacara al divino Asuero. Pedía misericordia para todos con tanto fervor, que me hacía no pedir con encogimiento. Me parecía que mi amado Esposo me decía: que el mundo no merecía sus misericordias, porque se hacían los sordos a sus divinos auxilios. Y yo le decía a mi Señor:

-Nunca ha merecido el mundo vuestras misericordias, si vuestra bondad infinita no lo hiciera todo. A Vos mismo os hizo bajar del cielo y tomar carne humana para poder padecer y morir hasta dar la vida en una cruz. El mundo estaba en tinieblas y lleno de iniquidad, y ha sido vuestro amor, Señor y Esposo mío, quien hace que ahora tengamos vuestros méritos santísimos como nuestros, pues por nosotros padecisteis.

Me parecía que me decía mi amado Esposo:

- La mayor ingratitud de los hombres es que habiendo yo hecho todo eso por salvarlos, lo echen en tanto olvido como si no hubiera hecho nada.

Entonces decía yo a mi amado Esposo:

-Acordaos, amado Esposo mío, Jesús, que estando en la cruz dijiste a vuestro Eterno Padre:

-Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Pues esto mismo os digo yo ahora: que los perdonéis, porque no saben lo que hacen, y ciegos con sus pasiones no ven la luz. Vos que sois la luz de quien nace toda luz, alumbrad su ceguera, y como todopoderoso, ablandad su dureza.

Estuve en coloquios toda la mañana.

Por la tarde no estuve tan fervorosa, y con todo seguí haciendo las mismas peticiones, y sintiendo en mi alma que mi Dios fuera ofendido.

Sea alabado, ensalzado y glorificado el Dios de las misericordias y de infinita bondad.

Amado sea por todas las criaturas, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 29. Fue de alguna sequedad. En estos días de sequedad, no me faltan los descuidos y dejo pasar muchas ocasiones de ejercitar las virtudes; tanta es mi miseria y flaqueza, que si no lo hace todo mi amado Esposo y Señor, no hago nada de provecho, y siempre tengo que estar pidiendo perdón y confesando mi nada, en la presencia de mi Dios. Pero como es tanta su bondad, no me deja mucho tiempo que esté distraída, y amoroso me avisa haciendo que lo reconozca. Apenas lo conozco y pido perdón, vuelve a encender mi alma en su amor, y vuelvo a reparar las faltas que había cometido, haciendo los actos de las virtudes que puedo.

El Dios amabilísimo, Dios de infinita misericordia perdone todos mis pecados e ingratitudes, con los que tan mal correspondo a sus innumerables beneficios.

Todas las criaturas le den gracias, por mí.

Día 30. Como ayer, unos ratos con fervor y otros con sequedad. Cuando el Esposo estaba presente, todo estaba bien, y cuando se ocultaba costaba más trabajo lo que se hace o se padece, y es más duro, porque la parte inferior es más sensible a los trabajos. Lo llevé con conformidad, pues el alma quiere hacer mucho sin interés de consuelos, solo porque su Dios lo merece.

Dios sea bendito y alabado por todos los siglos de los siglos. Amén.

Y mi dulce Madre también.

Julio 31. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este fue un día de los que mi amado Esposo aviva en mi alma la fe de su divina presencia. Mi alma goza de un consuelo tan grande, sabiendo que está su Dios presente que la oye, que la ve, y que nada se le oculta a su Dios poderosísimo, a su Padre amabilísimo, a su Esposo amorosísimo, y en fin a un Dios que es todas las cosas. Además de darle al alma un consuelo grandísimo, la enciende tanto en su amor, que el alma no sabe qué hacer, y se deshace por amarlo más y más. Ya que no puede otra cosa, hace muchos actos de amor, se deshace en alabanzas, adora a su Dios con el interior de su alma y de su cuerpo, y cuando puede estar sola, convida a todas las criaturas del cielo y de la tierra para que alaben a su Dios, lo adoren y le den gracias. Adora a su Dios por los que no lo hacen, quiere conocerlo, y que sea conocido por los que voluntariamente ciegos, no quieren conocerlo, y lo ama por todos los que no lo aman. Al menos con los deseos, da algún desahogo a sus ansias el día que están tan vivas.

Solo experimentándolo se puede saber los efectos que causa el amor, porque no sé explicar lo que en mi alma pasa en estos días. Sé que Dios ha hecho y hace mucho en ella, pero no sé decirlo, y cuando me preguntan, me quedo sin saber qué decir.

Si ahora digo lo que puedo, es para no incurrir en faltas de desobediencia, y suplir, en parte lo que no había dicho a V.R. Lo que he tenido este día, me sucede

muchos días, cuando el alma está embebida en su Dios sin que entre en ella otra cosa, pero no sabe explicarlo. Esto no se lo he dicho antes; solo le decía que el alma estaba bien dispuesta para la práctica de las virtudes, y no le he dicho que ha habido muchos días como éste. Ahora digo lo que puedo, no digo mucho, pero digo algo más por no haberlo hecho antes, y así me quedaré sosegada, pues la conciencia me avisa cuando no pongo algo de mi parte.

Mi amado Esposo dará a V.R. la inteligencia que falta a mi explicación.

En estos días no caigo en faltas conocidas, porque el Esposo está presente, y lo hace todo bueno.

Por siempre sea alabada su infinita misericordia. Amén.

Agosto, día primero. Estuve unos ratos como ayer, y otros más distraída y menos fervorosa, y por eso tenía algunos descuidos. En la práctica de las virtudes interiores, perdí algunas ocasiones, y después de perdidas, no tuve más remedio que humillarme.

El que debe mucho, y no pone todo el cuidado posible para adquirir[188] y pagar, no hace lo que debe. Al contrario, el que debe mucho y aunque conoce que no puede pagar, si vive con gran cuidado de no perder ocasión de poder satisfacer la deuda, aunque sea en poca cosa, se conoce que quiere pagar. Yo no soy así; son más mis palabras que mis obras. No puedo dejar de temer que por mis muchas omisiones, cuando no tengo quien me esté ayudando, no hago nada de provecho, como he dicho otras veces. Pero también es razón decir, lo mal que pago para lo mucho que recibo.

Alabada sea la paciencia y bondad de mi Dios, a quien pido perdón y gracia para no ser sierva infiel y perezosa, sino sierva fiel y cuidadosa de su servicio.

Concededme, amado Esposo y Señor mío, por los méritos de vuestra santísima Madre: que en lo que me quede de vida, no tenga un minuto de tiempo vacío de virtudes, ejercitándolas todas, solo por agradaros a Vos, Dios mío, infinitamente bueno y digno de ser amado y servido; que éste sea todo mi cuidado; que ande todos los instantes de mi vida para agradar, servir y amar a mi Dios, con toda mi alma, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas, y que desee que sea amado por todas las criaturas, porque es bueno y porque es grande su misericordia. Lo que pido, espero conseguirlo, pues sois poderoso y es infinita vuestra misericordia. Que te alaben por ella, todas las gentes. Que te alaben Señor, todos los pueblos, y que todas las naciones, publiquen que solo Vos sois el santo, justo, poderoso, terrible e igualmente, bueno, misericordioso y benigno.

¡Oh, qué amable sois mi Dios!

Agosto, día 2. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

La mayor parte de este día fue de recogimiento, sintiendo en mi alma la poderosa protección de mi dulce Madre. La conozco, porque el alma tiene una luz para conocerla. Sin que nadie se lo diga la conoce, y los efectos se lo confirman. Desperté con unos fervorosos afectos a mi dulce Madre, recordando la indulgencia plenaria, que había alcanzado de su santísimo Hijo para san Francisco de Asís en su Iglesia de la Porciúncula. Esto me movió a desear que me alcanzara la gracia de que yo

[188] Lograr, conseguir.

ganara esta indulgencia, como si fuera a visitar esa santa iglesia. Me parecía que me decía mi dulce Madre: que la tenía concedida. Llena de fervor le daba las gracias, y le pedía: que como madre, dispusiera y preparara mi alma para recibir a mi amado Esposo Jesús sacramentado.

Llegué a recibir a mi Amado llena de fervor, y me parecía que mi amado Esposo purificaba mi alma con su preciosísima sangre, y se unía a ella estrechamente, causándole un gran consuelo. Le daba gracias sin cesar, y pedía a mi dulce Madre que las diera por mí. También le pedía: que las madres quedaran obligadas a agradecer los beneficios que hacen a sus hijos, y más, cuando sus hijos no los merecen y se los hacen por respeto a sus padres.

Con éstas y otras cosas que se me venían al pensamiento, pedía a mi dulce Madre: que diera las gracias por mí. Después de esto, me distraje con algunas cosillas que se ofrecieron, y caí en una falta de caridad con mi prójimo, no disculpando como debo sus faltas. Como tantas veces me ha enseñado mi amado Esposo, en esta ocasión también lo hizo. Supe que había faltado a la caridad, pues al mismo tiempo que yo estaba pensando, que aquella criatura hacía mal, me vino al pensamiento, como si me lo dijeran, pero sin palabra:

-Los que me crucificaron hicieron mal, y yo dije: Padre, perdónalos que no saben lo que hacen.

Me llenó de pena ver lo mal que cumplo la doctrina de mi Dios, y humillada me fui al coro a pedir perdón a mi amado Esposo y dulce Madre, a la que le pedía: que me alcanzara el perdón, y no me desamparara, a pesar de mi gran ingratitud; que no merecía ser hija de tal Madre; que me mirara como esclava suya y castigara mi descuidos, pero que no me desamparara, porque si con tantos avisos era tan miserable ¿qué sería si me faltara su especial protección?

Estuve algún tiempo manifestando a mi dulce Madre el deseo que tenía de agradar a mi amado Esposo e imitarla en todas las virtudes que me fuera posible. Estando en estas cosas, me parecía que me decía mi dulce Madre:

-Pronta estoy, hija mía, a favorecerte en todo, si tú me obedeces como hija, como a tu reina me honras, y como maestra imitas cómo viví en el templo, y en todos los demás tiempos de mi vida.

Mi alma miraba aquella humildad tan profunda que siendo la señora de cielo y tierra se tenía por la menor de todas las criaturas. Conocía yo mi falta de humildad, y le pedía a mi dulce Madre que me la alcanzara para conocer cómo debía humillarme hasta mi misma nada, y alegrarme cuando fuera despreciada. Pero ¡ay! padre mío ¡Cuánta ha sido mi soberbia! ¡Qué lejos ha estado de mí, la verdadera humildad! Qué poco ha habido en mí, de sentimientos en las cosas que tocaban a humillarme, hasta que el Dios de las misericordias daba una *aldabonada*[189] a mi corazón y me hacía conocer mi falta, haciéndome ver los desprecios que había sufrido.

¡Oh! Dios amantísimo de las almas, que tanto me buscas y me llamas para que siga tus pasos, y que yo tan ingratamente he correspondido.

Bendita vuestra infinita misericordia, que tanto me ha sufrido y me sufre.

También tuve conocimiento de la caridad que había tenido mi dulce Madre con

[189] Aldabonazo.

el prójimo. Me quedaba reprendida con el conocimiento de las muchísimas faltas de caridad que he tenido, y nuevamente enseñada de cómo debía portarme para imitar en lo posible a mi amado Esposo y dulce Madre. Tenía que pedir perdón, lo mismo por la falta de obediencia, como por todo, porque en todas las virtudes tenía muchas faltas.

Continuamente me humillaba, pedía perdón y gracia para ejercitar todas las virtudes, pues conocía que obedeciendo e imitando con perfección a mi amado Esposo y dulce Madre en las virtudes, y con la ayuda de la gracia, que a nadie niega el Señor si de veras se la pide, es el medio de dar honor y gloria a mi Dios y a mi dulce Madre.

Estos conocimientos me tuvieron este día humillada, pero al mismo tiempo consolada, por sentir en mi alma la poderosa protección de mi dulce Madre. Me parecía que estaba junto a mí, por eso no cesaban mis peticiones a esta piadosísima Madre, recordándome lo mucho que debía a mi Dios, no solo por los beneficios generales, sino por los particulares con que había enriquecido mi alma y la había mirado con particular amor, queriendo tener en ella sus delicias. Se aumentaba en mi alma el amor a mi amado Esposo con vergüenza, de ver mi mucha miseria.

Humillada, entre conocimientos y peticiones pasé el día, siempre en la presencia de mi Dios.

Por todo sea alabado eternamente, su Santo Nombre sea ensalzado, y le den por mí las gracias todas las criaturas del cielo y de la tierra. Y a mi dulce Madre también.

Día 3. No fue de tanto recogimiento, pero me duraba el estar humillada, pues tenía presente la enseñanza que había tenido el día antes. Aunque con alguna sequedad, vivía cuidadosa y procuraba aprovechar las ocasiones de practicar las virtudes. Todo sea para gloria de Dios y confusión mía.

Día 4. Estuve unos ratos más fervorosa que otros, pero en todo tiempo procuraba ejercitar las virtudes interiores, con la diferencia de que estando con alguna sequedad, le cuesta más trabajo a la parte inferior. Aunque el alma esté conforme y quiera hacer mucho, lo hace con más trabajo.

Dios sea bendito.

Día 5. Éste fue más fervoroso; el alma estuvo todo el día ocupada en las continuas alabanzas, adoraciones y peticiones por todas las cosas, que ya he dicho. Otras veces estaba el alma encendida en el amor de su amado Esposo, a quien miraba presente y deseaba amar más y más, y que todas las criaturas lo hicieran. Con estos deseos doy algún desahogo a mis ansias, pidiendo a mi dulce Madre y santos ángeles que lo hagan por mí y por todas las criaturas.

Pasé todo este día con mi Dios. Tengo por favor particular que me dé este fervor, y que me tenga recogida en su presencia; todo se lo debo a su bondad, y le doy las gracias.

Día 6. Día de recogimiento. El alma ocupada en la contemplación de la Divinidad, gozaba de una unión muy íntima con mi amado Esposo. Aunque el alma esté siempre

unida con su Dios, no lo conoce siempre. Cuando el Señor quiere que el alma lo conozca, aunque se lo negaran, no podría creer que no era así, porque el alma lo conoce con tanta certeza, que no puede negarlo. Si el alma está menos inflamada y obran las potencias, se vuelve a quedar como suspensa, y después con las potencias inflamadas, el alma se deshace en alabanzas a mi Dios por los conocimientos que el alma recibe de los atributos divinos y de todo lo que en días como éste, tengo dicho en otras partes.

Todo este día fue de este modo, unas veces más que otras, el alma no podía hacer otra cosa que amar. Yo no sé decir nada, pues lo que digo me parece que no son más que disparates, y me da mucho temor, aunque me lo quita algo saber que va a quién me puede desengañar, si estoy equivocada. Con esto, mi alma se queda algo más satisfecha, pero algunas veces no puedo dejar de temer, y ésta es una de ellas. Estoy escribiendo forzada por la obediencia, que ciertamente tiene una fuerza que cuesta trabajo resistir, y me hace decir lo que digo, aunque sea con gran repugnancia.

V.R. sabe que esto me sucede, y me tiene usted mandado que no haga caso de estos pensamiento que me vienen en contra; pero algunas veces vienen tan bien compuestos que les doy entrada, y si me valiera no volvería a tomar la pluma y quemaría todo lo escrito, porque me parece todo ilusión. Pero me sujeto en todo a la obediencia, y deseo que ésta sea cumplida con la perfección a la que estoy obligada.

Soy muy miserable. Le pido a usted, padre mío, que pida a mi amado Esposo y dulce Madre: que le den a V.R. mucha luz para que vea con claridad en mi espíritu si las cosas que me pasan son de Dios o no.

Padre mío, perdone que sea tan cansada, en lo que ya he dicho muchas veces. Quisiera ser dócil a sus palabras y no dar entrada a ningún pensamiento que me viniera en contra, pero esto lo hace mi miseria.

Dios me haga verdaderamente obediente para gloria suya. Amén.

Agosto 7. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día fue de alguna sequedad. En el torno me distraía con frecuencia, y se me olvidaban algunas cosas que me encargaban. Fue pesado el torno, porque mi amado Esposo y dulce Madre me dejaban que conociera, que sola no puedo nada para que acudiera con más cuidado a pedir su favor. Así lo hice, viendo que había faltado en algunas cosas por falta de memoria, no lo eché a causa natural de olvido, pues conocí que la causa era haber pedido a mi amado Esposo y dulce Madre la bendición, como una cosa de costumbre. Conocida esta falta, pedí al instante perdón y me humillé en la presencia de mi Dios, con el conocimiento de mi nada. Al momento se mudó todo, y me parecía que mi amado Esposo me decía:

-Yo estaba contigo, pero tú no querías atender a mi presencia.

Estas palabras encendieron en mi alma un amor y agradecimiento grandes, y dolor por mis ingratitudes.

El resto del día, se me pasó dando gracias a mi amado Esposo por el amor con que atendía mi alma, y pidiéndole perdón por lo mal que le correspondo, seguí fervorosa y cuidadosa. Mi amado Esposo estaba conmigo y yo atendía a su presencia, pidiéndole su licencia y bendición para todo, y no volví a tener faltas en mi obligación.

Todo sea para gloria de mi Dios y honor de mi dulce Madre.

“por todas ha muerto en una cruz”

Día 8. Como ayer, el alma estuvo atenta a la presencia de su Dios y Esposo, y cuidadosa para agradarle en todo.

Por la tarde, estando en el coro, y manifiesto mi Señor Sacramentado, me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Pídeme todo lo que quieras, que oiré con agrado tus peticiones.

Como para esto siempre estoy dispuesta aunque esté con sequedad, si se ofrece una ocasión de pedir alguna cosa que sea para gloria de mi Dios como es la conversión de un alma, al instante me pongo fervorosa. Cuando ya lo estoy, si me mandan que pida, lo hago con más fuerza, como si le dieran alas a mi confianza, y se encendiera más la caridad.

La esposa fiel que ama a su Esposo, lo único que desea es que sea amado por todas las criaturas, y que se aumenten sus intereses. Conocerá que se han aumentado, cuando todas las almas se salven, como es su voluntad, pues por todas ha muerto en una cruz. Un alma que conoce esto, no puede dejar de llenarse de amargura al ver que los intereses de su Esposo están desatendidos y su amor agraviado. Encendida en amor y dolor, viendo esta bondad despreciada, se deshace en deseos de ponerle remedio, y como le mandan pedir, se llena de gran consuelo y no puedo hacer otra cosa más que pedir, y pide como quien manda, por el deseo tan grande que tiene de dar gloria de su Dios. Por eso, le digo a mi Amado: que puesto que es todopoderoso, que haga lo que le pido; que si yo lo fuera, lo haría.

A lo que me parecía que me decía mi Señor:

-¿No ves que no me lo piden?

Yo respondía:

-Por todos lo pido; y si no os piden perdón, por todos lo pido yo, pues los méritos que tengo son los vuestros, y como si fueran míos os los ofrezco, mi Señor. Vos me los habéis dado y son míos y de Vos.

Mi amado Esposo me parece que me decía:

-No lo merecen por sus culpas y la falta de atención a mis divinos auxilios.

Yo respondí:

-¿Cuándo, amado Esposo mío y Dios mío, ha merecido este mundo que bajarais, Señor, a tomar la carne humana y morir por él? Dios mío, solo por tu bondad, misericordia y amor, lo hemos merecido. Amado Esposo mío, por tu amable corazón, no me niegues lo que te pido.

Esto lo hice en el tiempo que estuvo mi amado Esposo Jesús manifiesto, y salí tan encendida con estos mismos deseos, que durante todo el día, no hacía más que pedir a quien quiero, y todo lo puede.

¡Oh amor infinito de mi Dios, que no te contentas con lo que has hecho, sino que procuras, por muchos modos, la justificación de las almas!

¡Bendita sea vuestra misericordia!

¡Oh almas! no perdáis la ocasión; que nuestro Dios está llamando. No cerréis vuestros oídos. Si ahora nos llama, si ahora nos espera y convida con su misericordia, día llegará en que si no habéis querido atender a su misericordia, tendréis que sufrir

su justicia, porque es justo para premiar y para castigar. Aunque no hubiera infierno, solo con estar separados de Dios, es un castigo intolerable.

¡Oh amado Esposo y Señor mío! conozco que por mis pecados merezco ser castigada, pero Señor y Dios mío, castigadme cuanto queráis, pero no me apartéis de Vos, mi Dios y todas las cosas.

Que sea alabado por todos. Amén.

Agosto 9. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Amanecí como había anochecido, con el alma encendida del amor de mi Dios y del prójimo. Empecé el día pidiendo a mi Amado lo mismo que el día de ayer. Después de comulgar, me parecía que mi amado Esposo me decía:

-Mira, esposa mía, qué mal corresponden los hombres a la finura de mi amor de quedarme en este Sacramento.

Se llenó mi alma de dolor, viendo a mi Amado ofendido y despreciado, y lo que hacía era darle gracias por todas las criaturas, y hacer actos de amor, en desagravio de las ofensas que recibe en este Sacramento de amor. Pasé toda la mañana en estos ejercicios de adoración, asimiento de gracias, alabanzas y peticiones, pero con el alma tan inflamada, que estaba como embebida en aquello sin poder hacer nada más.

Por la tarde, aunque conservaba un gran recogimiento en la divina presencia, no estaba tan fervorosa. La salud me ayudaba poco para hacer lo que quería, porque me puse tan malilla de las cosas que padezco, que la pasé con mucho trabajo, asistiendo a mi obligación; pero el alma estaba consolada, padeciendo por su Dios.

Dios sea bendito, alabado y ensalzado por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 10. Fue también de recogimiento y de padecer. No pude asistir a mi obligación, y tuve que pasar la mayor parte del día en la cama con mucho dolor de cabeza y demás dolores que me apretaron. En la cama, tenía bien presente lo mucho que mi amado Esposo había padecido por mí, se alegraba mi alma de padecer por su amor y le daba gracias y alabanzas por esta misericordia que usaba conmigo.

Muchas veces me parecía que estaba junto a mí, y que me decía:

-Mira lo que he padecido por ti.

Con estas palabras se aumentaba el deseo de padecer más. Esto me pasó muchas veces, no una sola.

Sea Dios bendito por todo. Amén.

Día 11. En particular, después que comulgué fue la unión más íntima con mi amado Esposo, y por consiguiente, quedó el alma más encendida en el amor de su Dios, y más encendidos los deseos de agradarle. En todo el día hice lo que ya he dicho otras veces: peticiones y ejercicios de virtudes. También tuve padecimientos, pero con conformidad para todo lo que mi amado Esposo quiso, pues todo es nada, para lo que mi Amado padeció por mí.

Le doy gracias por darme, siquiera un poco que padecer por su amor.

Día 12. Este día fue de sequedad, y muchas veces estuve distraída, porque perdía la principal atención que era la presencia de mi Dios. La atención se me iba en un

instante a otras cosas que no son principales, por eso tuve este día muchas faltas de silencio y descuidos en todas las demás cosas ordenadas, como las comuniones espirituales y las visitas a mi amado Esposo Jesús Sacramentado. No podía ir a visitarlo, pero tampoco lo hice espiritualmente, como lo hago otras veces.

En los días que estoy fervorosa, no desperdicio el tiempo, pero este día lo perdí bastante. Dios tenga misericordia de mí. Algunos ratos me enmendaba, porque conocía que mi amado Esposo y dulce Madre me avisaban, dándome a conocer mi ingratitud, y al instante pedía perdón, y procuraba enmendarme, pero pronto volvía a caer en descuidos.

Padre mío, son muchas mis ingratitudes, pues quien más recibe, más debe, y yo que recibo mucho de la misericordia de mi amado Esposo y Dios, no procuro corresponder ¡Cuánta es mi ingratitud!

Dios tenga misericordia de mí.

Día 13. Igual que ayer, tuve distracciones hasta en la oración, y faltas en el ejercicio de las virtudes. Si me enmendaba, era a fuerza de avisos que me daban conocimiento de mi descuido y de lo mucho que debo a mi Dios. Conociendo mi miseria, me humillaba, pedía perdón, y algún rato estaba fervorosa.

Sea Dios bendito por la misericordia y bondad con que me sufre.

Agosto 14. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Algunos ratos estaba con más fervor, y otros, que eran los menos, con alguna sequedad. Cuando mi amado Esposo se manifestaba a mi alma, y conocía la unión más íntima, me duraba más tiempo el fervor, y el alma quedaba más cuidadosa; aunque tuviera algunos ratos de sequedad, no tenía tantas faltas, que yo conociera, y me ofrecía de nuevo a mi Amado, deseando que hiciera en mí su santísima voluntad. Deseaba agradarle y servirle en todo. Aunque no tuviera consuelos, quería al Dios de los consuelos, no por los consuelos, sino por ser quién es.

El alma estaba encendida en el amor de su amado Esposo, pero este amor no era sensible, pues era un amor oficioso, que deseaba hacer mucho, y ponía de mi parte lo que podía. No era siempre así, por lo regular tenía muchos descuidos y faltas, que es lo que yo puedo dar de mí; lo otro me lo dan, y para que conozca con claridad lo que soy, algunas veces me lo quitan. Bendita su infinita misericordia, que tan sabiamente ordena todas las cosas para bien de las almas.

Alábenle todas las gentes.

Alábenle todos los pueblos. Amén.

Día 15[190]. Fue todo de recogimiento, porque el misterio del día me ayudó a estar en continua contemplación. Desde que amaneció, me acordé de que era el día en que se celebraba la admirable Asunción de mi dulce Madre, con lo que mi alma se llenó de gozo, y empecé a darle la enhorabuena, y a alabar a la Santísima Trinidad por todas las gracias con las que la había enriquecido. Pedí a mi dulce Madre: que me alcanzara de la Santísima Trinidad, todas las virtudes y gracia que quería que

[190] 15 de agosto, solemnidad de Ntra. Sra. de Gracia. 1811.

tuviera para recibir a mi amado Esposo Jesús sacramentado, y allegar[191] para gloria de mi Dios y honor de la misma Señora. Después de recibir a mi amado Esposo con mucho fervor, me sucedió lo que otras veces: me pareció que veía en mi alma a toda la Santísima Trinidad, y que mi alma estaba muy unida a la segunda persona.

Me duró algún tiempo, no sé cuánto, en el que yo no hacía nada, pero pasado esto, el alma se quedaba con todas sus potencias inflamadas y se deshacía en el amor de su amado Esposo y Dios. En estas ocasiones lo que hago es alabar, dar gracias y pedir.

Después, a media mañana, me parecía que estaba viendo a la Santísima Trinidad que coronaba a mi dulce Madre como Reina de los ángeles y de los hombres, y que toda la corte celestial la adoraba como su Reina. Yo, con todos hacía lo mismo: adorar a mi dulce Madre como a la Madre de mi Dios y Reina de todos. Y me parecía que me decía mi dulce Madre:

-Porque fui la más humilde, soy exaltada sobre los coros de los ángeles.

No era con palabras, sino como si me lo dijeran por una inteligencia, y con esta misma luz, parecía que iba viendo todas las virtudes de mi dulce Madre que quería que imitara: su perfectísima obediencia, su ardentísima caridad, su paciencia y todas las demás virtudes. Sin palabras como he dicho, sino como quien tiene que hacer un bordado, y le ponen un dibujo delante para que lo haga como aquél, y solo le dijeran:

-Así queremos que lo hagas.

Pues así me sucedió a mí, me pareció que me decían:

-Imita mis virtudes por las cuales he sido exaltada a tanta gloria.

Al mismo tiempo que me daba el conocimiento de todas las virtudes, me quedé como al que le dieran ese dibujo, temiera no poderlo hacer por su gran primor, y empezara a poner dificultades.

Me parece que es así como lo puedo explicar, pues así me sucedió. Al conocer tanta perfección de virtudes, y mi flaqueza y miseria, empecé a temer y a decirle a mi dulce Madre:

-Yo quiero imitaros, Madre mía, pero veo que si Vos no me alcanzáis la gracia, no puedo nada; Vos sabéis mi mucha miseria.

Por un lado, deseaba hacer lo que me pedían, y por otro veía que no era capaz de hacerlo, si quien me lo mandaba no lo hacía ella todo por mí, enseñándome y dándome lo necesario. Me parecía que me decía mi dulce Madre:

-No temas, que yo te ayudaré.

Recibí mucho consuelo, y daba gracias a mi dulce Madre por este favor. Siempre temerosa de mí, ponía toda mi confianza en mi dulce Madre a quien miraba propicia para ayudarme, en todo. Sin esta ayuda no era posible que hiciera nada. La que es nada, incluso con estas ayudas, no hace nada con perfección, aunque desee hacerlo, y se vea obligada por ser la esposa del Esposo más poderoso, más sabio, más bueno, más justo y más santo, e hija de una Madre que toda es santidad. Mirando todas estas obligaciones, pedía luz para acertar a cumplirlas.

[191] Exponer méritos.

“los reyes […] daban indultos”

Durante todo este día, hacía esta súplica con mucha frecuencia.

Como me parecía que estaba acompañando a los ciudadanos del cielo que unían todas mis alabanzas a las suyas, pedía con más empeño por todas las demás necesidades sabidas. Le decía a mi amado Esposo: que los reyes en sus días, daban indultos, y puesto que era el día de la Reina más compasiva y misericordiosa, que repartiera a manos llenas sus abundantes misericordias a la Iglesia Santa y a su Vicario; que les dieras abundantes gracias y celo para su mayor honor y gloria a todos los ministros del altísimo; para los justos, aumento en las virtudes y la gracia final, y para los pecadores, eficaces auxilios de gracia para que se convirtieran. Tuve el interior todo el día bien ocupado, ya con unas cosas, ya con otra, gracias a mi Dios que todo lo hizo.

Alabada sea su misericordia y bondad por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi dulce Madre también.

Día 16. Aunque no tan fervorosa como ayer, estuve recogida en la presencia de mi Dios. Después de comulgar me parecía que lo tenía en mi corazón, y se quejaba de lo mucho que lo ofenden. Mi alma se afligió, y todo el día me duró la pena de ver a mi Amado ofendido. Hacía todas las cosas con el deseo de darle gusto y desagraviar en lo posible, a este buen Dios ofendido.

Sea amado y servido por todas las criaturas este Dios infinitamente bueno, al que pido: que no permita que lo desagrade, y que antes de que le haga la más leve ofensa, me quite la vida. Yo aborrezco todo lo que mi amado Dios y Esposo aborrece.

Las criaturas temen la enfermedad, temen el hambre y todas las calamidades, y no temen la causa de ellas que por lo regular, son castigos del pecado que es el verdadero mal, porque los otros males no pasan del cuerpo, pero el pecado aparta el alma de su Dios. No puede haber mayor mal.

¡Oh mal sobre todos los males! ¿Cómo pueden las almas, que están en pecado comer, dormir y divertirse, como si hubieran perdido a un Dios de palo?

¡Oh Dios altísimo! Qué ceguera tan terrible, perder a Dios por una eternidad, y estar insensibles. Es una cosa espantosa, pero se está viendo.

¿Quién es capaz de dar vista a estos ciegos, sino Vos que sois la luz verdadera de quien viene toda luz?

Esta es la luz que os pido a Vos, mi amado Esposo, para que alumbréis a todos los miserables pecadores que sumergidos en sus tinieblas, no ven la fealdad del pecado. Ablanda, Señor, su dureza, pues a tu poder nadie puede resistirse. Hacedlo, Dios mío, por el amor que os hizo bajar de los cielos a la tierra para poder padecer y morir, darnos mayor confianza en vuestra misericordia, y manifestar el deseo que tenéis de la salvación de todos. Este deseo os hizo decir: que no buscabais justos, sino pecadores, y que no nos acobardaran los pecados para dejar de pediros perdón.

Bendito sea tan gran amor y misericordia.

Almas, llegad
que os llama este Dios,
que os espera, no tardéis
que espera que arrepentidos
vengáis y pidáis perdón.
No os detengáis,
que espera el Señor;
Acudid contritos,
y hallaréis perdón.
Alabado sea por siempre mi Dios.
Conozcan las gentes a su Redentor.

Día 17. Este día fue de intenso recogimiento. Por la mañana, tenía tan presente a mi amado Dios, y estaba tan embebida que parecía que no tenía potencias ni sentidos nada más que para mi Amado. Sabiendo que todo lo que hacía lo estaba viendo mi Dios, me daba un diluvio de consuelos, que me hacía exclamar:

-¡Oh! Dios inmenso, que en todas partes estás y todo lo llenas.

¡Oh! qué gozo me da.

Y como Dios es tan grande y yo soy nada, me quedaba sin poder seguir mis afectos. Anegada en este mar, mi alma se unía con su Dios tan estrechamente como si cayera una gota de agua en el mar. Esto me pasó este día con frecuencia, y cuando no era la unión tan estrecha, estaban las potencias del alma tan inflamadas que no cesaban de atender a su Dios para alabarlo, darle gracias y amarlo más y más.

Algunos ratos estuve menos fervorosa, pero siempre recogida en la presencia de mi amado Esposo y Dios a quien sea dada gloria y alabanza, por los siglos de los siglos. Amén. Y a mi dulce Madre también.

Agosto 18. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Algunos ratos estuve más fervorosa, en particular después de la comunión, a causa de la unión más íntima con mi amado Esposo, seguí más dispuesta que de ordinario para la contemplación, como he dicho en otras ocasiones.

Dios sea bendito por todo. Amén.

Día 19. Fue un día con sequedad, aunque algunos ratos estuve fervorosa. Cuando mi amado Esposo quería derramar sobre mi alma la abundancia de sus misericordias manifestándome su mucho amor, el alma se encendía y se humillaba, porque al mismo tiempo que le dan a conocer el inmenso amor que su Dios le tiene, le dan también luz para que se conozca, conozca más la gran bondad de su Dios, y se le llena el alma de amor y de agradecimiento.

Alabado y glorificado sea Dios. Amén.

Día 20. Casi todo el día fue de sequedad; no estaba distraída, pues aunque no estaba fervorosa, el alma estaba atenta a la presencia de mi Dios, y deseaba agradarlo. Tenía más cosas que ofrecerle, porque me costaba mucho trabajo todo lo que hacía. El cuerpo si no tiene ayuda para los trabajos, es más sensible a padecer, pero el

alma está serena y padece con gusto con el deseo de que se cumpla la voluntad amabilísima de su amado Esposo, y no le importa padecer más y más, por quien tanto ha padecido por mí. Vivo consolada conociendo que mi alma está atenta a su Dios con deseos vivos de agradarle, y procurando hacerlo en todo lo que conozco. Esto me sirve de consuelo, como he dicho antes, pero el día que tengo distracciones, estoy fatigada y caigo en muchas faltas. Cuando lo conozco, lo siento mucho, porque no quiero desagradar a mi amado Esposo que tan digno es de que todas las criaturas lo amen con toda el alma, con el corazón y con todas sus fuerzas, mucho más, la que más obligada se halla, porque si es mucho mayor la obligación, es mayor la ingratitud, y el alma, humillada se llena de pena al ver su gran miseria.

Sea ensalzada la misericordia infinita de nuestro amabilísimo Dios.

Sea engrandecido su Santísimo Nombre, por todos los siglos. Amén.

"contemplación de la Divinidad"

Día 21. Fue como el de ayer. Dios sea bendito por todo. Amén.

Día 22[192]. Fue todo el día de recogimiento, ocupada en mi obligación que no me estorbaba para estar toda en mi Dios. Después de la comunión fue muy íntima la unión, y quedó el alma tan encendida en la contemplación de la Divinidad y el conocimiento que me daban de sus divinos atributos, que yo no sé explicar, y por eso no digo nada, pues el alma conoce tanta grandeza en su Dios que no es explicable, y menos aún por un entendimiento tan oscuro como el mío.

¿Qué podré yo decir de aquel inmenso amor con que nuestro amado Dios nos ama?

¿Qué de la bondad infinita con que nos sufre?

¿Qué de la infinita misericordia con que nos perdona?

¿Qué de su poder, sabiduría, omnipotencia, eternidad y en fin de todos los atributos y perfecciones de un Dios que solo se conoce a sí mismo y que nadie lo puede comprender?

Apenas manifiesta al alma un rasguito[193] muy pequeño de sí, queda anegada en entendimiento, en admiración y no puede seguir adelante.

Acabé el día tan fervorosa como lo empecé, ejercitando todas virtudes interiores de adoración, alabanzas, asimiento de gracias y pidiendo por todo lo que acostumbro, y ya he dicho muchas veces. Conocí durante todo el día, la poderosa protección de mi dulce Madre a quien tenía ofendida con todas las cosas de este día que era la octava de su gloriosa Asunción.

Bendito sea mi Dios y mi dulce Madre. Amén.

Agosto 23. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Después de comulgar, me sucedió lo mismo que otras veces: me parecía que mi amado Esposo estaba en mi corazón, donde con mucho amor, me iba manifestando sus sacratísimas llagas y me decía:

[192] Jueves, Octava de la Asunción de la Virgen.

[193] Diminutivo de rasgo, facción.

-Atiende lo mucho que he padecido por ti, y tú ¿qué has hecho por mí?

El alma, al mismo tiempo que conocía lo mucho que había hecho mi amado Dios por mí, veía que no había correspondido a su amor ni sufrido nada, que mereciera el nombre de sufrimiento, pues eran cosas tan ligeras que solo mi poco sufrimiento y mi mucho amor propio, le habían dado cuerpo para que parecieran algo, porque no hay en mí una verdadera humildad.

Este conocimiento me dio un gran deseo de padecer por mi amado Esposo, y me ofrecía a padecer todo lo que mi Dios quisiera, pues tendría por gran dicha que mi amado Esposo me concediera padecer algo por su amor, aunque fueran calumnias, desprecios, enfermedades y otra cualesquiera cosa que fuera de su agrado. Le decía esto a mi amado Esposo, y como estaba tan fervorosa, todo me parecía nada para padecer por mi Amado y desagraviarlo, en lo que fuera posible, de tantas injurias como recibe de las almas que ha redimido con su preciosísima sangre, y de mí, la más ingrata de todas las criaturas. Con estos deseos se encendía más el alma en el amor de su amado Esposo, y me parecía que me decía mi amado Esposo Jesús:

-Yo estuve cargado de dolores y quiero que tú los tengas para unirlos con los míos a favor de todas las almas, por quienes con tanto amor di la vida.

Entonces dije a mi amado Esposo:

-Aquí me tienes Esposo mío, haz de mí lo que quieras, como mi dueño y Señor, pues sabéis que no tengo más voluntad que la vuestra.

“el pecho se quemaba”

Era tan grande el ardor del corazón, que parecía que el pecho se quemaba, y tanto el consuelo del alma que no se puede explicar.

Esto fue el principio que tuvo el catarro o constipado que he tenido en estos días, porque al instante me llené de dolores, no solo de la cabeza y del corazón, sino generales, que en particular este día que fue viernes, fueron fortísimos. Me ayudaba a disimular alguna parte, aunque no del todo, que el espíritu estaba fervoroso, porque el alma estaba encendida en amor, y aumentaba mucho su consuelo padecer por su Dios. De esto me vino una ronquera a ratos, y en los ratos que me aumentaba el ardor, parecía que se cerraba el pecho; cuando aflojaba el ardor, se quitaba. Así estuve hasta que me sangraron, que se me quitó la ronquera, pero los dolores han ido en aumento desde este día. Por lo regular, el miércoles y el viernes, siempre he tenido más que padecer, pero ahora desde este día, son todos los días, y los miércoles, viernes y sábados, más.

Lo digo por cumplir con la obediencia, porque estos males pueden ser ocasionados por mis humores, y no por lo que he dicho, pero como noto cosas particulares, lo digo por no faltar, y sea lo fuere.

Día 24. Como ayer, en lo que hace al recogimiento, fervor y padecer. La diferencia fue que este día conocí más la protección de mi dulce Madre que llenaba mi alma de consuelo, como sucede a una hija que está al lado de su madre, ve que su madre está

atenta a su cuidado para librarla de los peligros y enseñarla en sus ignorancias, y así vive con gran consuelo.

Esto es lo que me sucedía, este día. Mi alma acudía sin cesar a pedir a esta Madre su favor para todo, le agradecía el cuidado que tenía de mi alma, y le pedía: que no me desamparara al ver mis ingratitudes, sino que me alcanzara eficaces auxilios de gracia para que en todo agradara a mi amado Esposo.

Acabé el día, pidiendo lo que acostumbro y tengo obligación. Pedía a mi dulce Madre por sus méritos: que pidiera por todos; que como Madre de misericordia, se compadeciera de nuestras necesidades, principalmente las espirituales, para que mi Dios sea amado y servido, que es mi deseo.

Así sea, por siglos eternos. Amén.

"En las más favorecidas es mayor la ingratitud"

Agosto 25. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

La mayor parte de este día fue de alguna sequedad; me costaba trabajo hacer las cosas, porque faltaba el fervor y la salud, y sin esto padecía algo más, aunque por la misericordia de mi Dios, con paciencia y conformidad con la voluntad amabilísima de mi Dios, a quien le daba las gracias por este beneficio de padecer algo por su amor. Durante la mayor parte del día no me acordé de que era día veinticinco, que lo tengo dedicado a dar gracias a mi Dios, en honor de mi dulce Madre, por el gran beneficio de la Encarnación; no había pensado en esto, y de pronto me vino un fuerte aviso de mi Amado, que me decía:

-Qué olvidada éstas del beneficio que hice a todo el género humano bajando del cielo a la tierra, y tomando carne humana para padecer y morir por todos. Por ti sola, también lo hubiera hecho.

Estas palabras me causaron unos efectos, que no sé explicar. Me dio mi amado Esposo un gran conocimiento de la grandeza de este beneficio del que solo se puede conocer algo, si este mismo Dios le da algún conocimiento al alma de quién es el Dios que quiso humillarse al tomar carne humana.

Como Dios es incomprensible, solo se pueden comprender la grandeza de estos misterios, cuando Dios da este conocimiento. El alma queda como sorprendida, y como el entendimiento no alcanza a comprender, se queda como admirado de lo que conoce, y no alcanza a conocer más. Con estas palabras dichas, me vino este conocimiento y al mismo tiempo el de la ingratitud tan grande que tienen las almas por no atender a estos beneficios. En las más favorecidas es mayor la ingratitud, porque aunque este beneficio es general para todas las almas, es más fea la ingratitud en las más favorecidas, por el mayor conocimiento que reciben de Él, están obligadas a ser más agradecidas y a no contentarse con dar gracias solo por ellas, sino también por todas las criaturas. En esta ingratitud estoy comprendida cuando me descuido en agradecer a mi amado Dios los beneficios que nos ha hecho, tanto generales como particulares, pues todos los debo agradecer como si por mí y para mí sola lo hubiera hecho. Estos conocimientos fueron los que avivaron estas palabras; digo que me avivaron, porque me los había dado muchas veces, pero como soy tan miserable, necesito que me estén continuamente enseñando lo que debo hacer, y con todo no dejo de faltar.

¡Oh misericordia amabilísima de mi amado Dios y Esposo de mi alma! Parece que tienes alguna necesidad de mí, según me buscas y procuras mi amor.

¡Alabada sea vuestra bondad!

Aquí me tienes, Amado mío, que si Vos me buscáis, yo quiero ser toda vuestra y no tener ni la más leve respiración que no sea para agradaros, serviros y amaros más y más. Nada puedo por mí, y todo lo espero de Vos, Amado mío.

Con estos conocimientos se juntaron los afectos del alma encendida en amor y humillada al mismo tiempo, y obraron los afectos que mi Amado vino buscando, pues llena mi alma de agradecimiento, se deshacía en alabanzas y acción de gracias por mí y por todas las criaturas. Le pedía a mi dulce Madre, a los santos ángeles y a todos los santos que las dieran por mí y por todos en mi nombre. Al mismo tiempo pedía perdón por la mala correspondencia que yo y todas las criaturas ingratas hemos tenido con este amabilísimo y amorosísimo Dios.

Ocupada mi alma en estos ejercicios, acabé el día pidiendo a mi dulce Madre: que se dignara, por el amor con que había amado, ama y amará a mi Dios eternamente, y que por este amor ama también a las almas, que me alcanzara perdón de todas mi ingratitudes, y que no permitiera que fuera ingrata nunca más, sino fiel en corresponder a mi Dios a quien sean dadas eternamente alabanzas, por los siglos de los siglos. Amén. Y a mi dulce Madre también.

Agosto 26. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Por la mañana, tuve algún recogimiento en la presencia de mi Dios, y ejercitaba las virtudes interiores y las obras cuando se ofrecía, pero por la tarde, estuve distraída hasta en la oración. Procuraba recogerme, me volvía a distraer, y así se me pasaba el tiempo de la oración, y lo mismo que en la oración, se puede conocer cómo estaba en todo. Cuando tenía que estar atendiendo a otras cosas caía en muchas faltas, porque no ejercitaba las virtudes como debía, y no estando el alma atenta a la presencia de su Dios. ¿Qué se puede esperar, sino estar, cuando no cayendo, tropezando? Si me daba cuenta pedía perdón, pero volvía a caer en los mismos descuidos, y volvía a hacer lo mismo.

Dios tenga misericordia de mí por su infinita misericordia.

“mi falta de humildad…”

Día 27. La mañana fue con alguna sequedad, aunque no estaba tan distraída como el día de ayer, pues procuraba aprovechar mejor las ocasiones que se ofrecían de ejercitar las virtudes.

Por la tarde, estuve más fervorosa y humillada en la presencia de mi Dios, porque me vino a la memoria, que hacía años, mi amado Esposo me había sacado del siglo y me había dado grandes auxilios para que viniera a servirle en la religión. Recordaba lo mal que yo me he portado, según la luz que concedió a mi alma, faltando a todos los propósitos y deseos de servirlo con perfección. Todo esto lo tenía tan claro, porque me lo dio mi amado Esposo. También se me pusieron bien claras mi falta de humildad, de paciencia y de caridad con mis prójimos a la que estoy obligada como discípula de Cristo. Llena de amor propio hijo de mi soberbia, mis faltas las quería

ocultar con el pretexto de que mis prójimos no tenían razón, y le echaba la culpa a sus faltas leves, y no a mi falta de caridad, pues he amado a mi Dios con tanta tibieza que he faltado a ella.

¡Oh Dios Santo! ¡Cuánto me habéis sufrido!

Bendita sea vuestra infinita misericordia.

Este conocimiento de mis ingratitudes y pecados, al mismo tiempo que me humillaba me encendía en el amor de un Dios tan bueno que como si yo hubiera sido fiel, me había favorecido con tantos beneficios. Con esto, el alma se llenó de un nuevo fervor, y con él, daba gracias y pedía perdón a mi amado Esposo, y a mi dulce Madre por cuya intercesión como madre, todos los bienes han venido a mi alma. Le daba gracias y le pedía: que las diera por mí a mi Dios, y lo mismo pedía a todos los santos.

Terminé lo que quedaba de día, ejercitando todas las virtudes que podía, y caminando en la presencia de mi Dios.

Sea para gloria de mi Dios. Amén.

Día 28. Empecé con lo que acabé ayer; dando gracias a mi amado Esposo y pidiéndole perdón, cuanto podía.

Fue el día que con más frecuencia se quedaba mi alma como anegada en aquel mar inmenso de la bondad de mi Dios, que no se desdeña de atender a un vil gusano de la tierra, y el alma se quedaba amando sin poder hacer otra cosa. Después, salía con tan vivos deseos de servir a este amabilísimo Dios, que no lo sé explicar. El alma se deshacía deseando saber en qué podría agradar más a mi Dios, y queriendo ofrecerme toda, se lo pedía a mi amado Esposo y a mi dulce Madre, no solo con palabras, pues deseaba que me enseñaran su santísima voluntad, y la gracia para cumplirla en todo.

Me parecía que mi amado Esposo me decía:

-La esposa debe asemejarse al esposo; atiende mis ejemplos y los de mi madre que esto es lo que quiero de ti: que nos imites.

Estas palabras dieron a mi alma nueva luz de la perfección de las virtudes que había practicado mi amado Esposo y dulce Madre, y viéndolas, mi alma temía no poder cumplir lo que le mandaban, conociendo mi gran miseria y flaqueza. Por eso le decía a mi amado Esposo:

-Vos sabéis, amado Esposo mío, que por mí nada puedo, pero deseo serviros como Vos queráis y haré lo que me mandáis, pues con Vos todo lo puedo[194].

Y me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Si tú correspondes a mi gracia, yo no te he de faltar.

Recibí mucho consuelo y ánimo, teniendo la seguridad de la asistencia de mi amado Esposo. Es cosa de fe que nuestro amabilísimo Dios no niega sus auxilios a ningún alma, y con más abundancia a las que fieles corresponden a sus divinos llamamientos o inspiraciones. Yo lo creo así, pero al oírlo del mismo Señor, al alma que estaba como caída a la vista de su flaqueza, sus palabras le daban tanta fuerza, que no temía a nada por dificultoso que fuera, pues veía que le ayudaba el que todo

[194] Frase de san Agustín.

lo puede. El alma ayudada por este Dios poderoso se hace poderosa, pues participa de su Dios, y cuando está más cobarde reconociendo su miseria, pone la vista en su Dios, y se llena de fortaleza y de gran confianza. Esto me sucedió este día, que tomé gran ánimo, y renové con gran fervor los votos y los propósitos de la mayor perfección.

Todos los propósitos están comprendidos en los siete votos que tengo hechos, y solo con hacerlos todos, lo mejor que pueda, está dicho todo. Vivo con este cuidado, y aunque caiga en muchas faltas, no son voluntarias, sino propias de mi flaqueza, pues mi voluntad no las quiere tener.

Sea por siempre su santo nombre bendito. Amén.

Día 29. El alma estuvo recogida en la presencia de su Dios todo el día, aunque la mayor parte de él estaba con sequedad, tenía buena disposición para obrar, pero no podía hacer mucho, porque la falta de salud, no me lo permitía.

Ejercitaba las virtudes interiores sin desperdiciar nada. Como una criatura que ha recibido un favor de otra, y por pobre que sea procura mostrar su agradecimiento en lo que puede, así mi alma estaba en este día llena de agradecimiento a la bondad de mi Dios que se había dignado tomar mi alma por esposa suya. El Señor más rico, a la más vil esclava. El Dios más poderoso, a la más pobre y miserable criatura. El Dios más liberal y amoroso, a la criatura más ingrata.

Estas cosas, las tenía presentes en este día, y tenía el alma tan llena de agradecimiento, que me causaba vivos deseos de agradar y servir con fidelidad a mi amado Esposo. Mis peticiones eran: que me concediera la gracia de agradarle en todo, y que lo amara con toda mi alma, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas. Esto era lo que deseaba para mí. Estos eran mis deseos y mis ansias, solo porque mi Dios lo merece. Aunque no me diera ningún premio, tendría por mi galardón y premio el agradar a mi Amado.

¡Oh! ¡Quién pudiera, amado Esposo mío, hacer que todas las criaturas te amaran con un amor desinteresado solo por Vos, porque sois bueno, y porque es grande vuestra misericordia mandándonos, Vos mismo, que os amemos!

Dios manda que lo amemos; amemos a Dios, almas todas, amemos a Dios, y si os sentís cobardes, amarlo siquiera por los premios que os ha de dar, ya que no sea porque es un Dios poderosísimo, infinitamente sabio, infinitamente bueno e infinitamente digno de ser amando.

No me acuerdo de haber cometido faltas, pero pido perdón a mi amado Esposo por todo lo que haya faltado a su santísima voluntad en éste y en todos los días de mi vida, y que me dé su santa gracia para que lo cumpla con perfección para gloria de mi Dios y honor de mi dulce Madre. Amén.

Día 30. Fue de recogimiento como ayer; el alma estaba a todas horas dispuesta para la contemplación, porque tenía una presencia muy viva de su Dios, y aunque este Señor suspenda alguna parte de los consuelo sensibles que me da, en otras ocasiones al alma no le hacen falta, porque se halla movida por su amor más íntimo, de modo que le da consuelo el no tener consuelo, y lo que desea es hacer mucho y padecer mucho por su Dios.

Este amor está en el interior del alma; al exterior parece que no se ama, porque como no trae tantos consuelos sensibles, parece que el Señor los suspende para que pueda padecer. De este modo estuve este día desde que comulgué, contemplando en la grandeza de mi amado Dios, y en lo mucho que se humilla en el Sacramento por el amor de los hombres, sufriendo tantas injurias. Le daba muchas gracias por tan gran bondad, y me daban muchos deseos de padecer, de que todas las criaturas me despreciaran, por si acaso lo sabría sufrir por la misericordia de mi Dios. Si no estuviera como entonces estaba, bien humillada por el conocimiento que tenía de mi nada, no lo sabría sufrir, pues tengo bastante experiencia de otras ocasiones que permitió mi Dios que me despreciaran, y al instante salió mi poca humildad y mi mucho amor propio. Temo que me suceda lo mismo por mi miseria. Con todo, digo que mi amado Esposo me daba deseos de imitarlo. Veía que nadie podía hacerme agravio, porque lo que en sí no es nada, nada lo puede agraviar, aunque se quiera, y si quiere levantarse y hacer agravio, se engaña a sí mismo.

Con estos pensamientos me parecía que si me despreciaran todas las criaturas, me alegraría con los desprecios, y no haría nada. Deseaba por el amor de mi Dios, que se me ofreciera ocasión de ser agraviada, despreciada o injuriada, pero todo eran deseos, porque como mi amado Esposo y Señor sabía mi flaqueza, y que no aprovecharía las ocasiones como debía, no me las daba. Lo que se me ofrece es cosa tan pequeña que no merece el nombre de injuria.

Estos fueron los deseos de este día, nacidos del conocimiento de mi nada, y de la grandeza de mi Dios.

Sea alabado, glorificado y ensalzado, por siempre, el Santo Nombre de Dios. Amén.

Día 31 de agosto, sábado. Lo pasé como el de ayer, con recogimiento en su presencia, conociendo su grandeza, y humillada por el conocimiento de mi nada. Tenía grandes deseos de agradar a mi Dios en todo, y vivía cuidadosa de aprovechar las ocasiones que se ofrecieran, y cuando ni siquiera se ofrecían, me contentaba con desearlas y ocupaba mi alma en hacer ratos de virtudes interiores.

Dios sea bendito y mi dulce Madre.

Septiembre, día primero. La mayor parte del día estuve distraída, porque tuve muchas tentaciones y dudas tocantes a mi espíritu. Me parecía que todo lo que me pasa es ilusión. Estaba lista para creerlo, y así tuvo el enemigo ocasión para traerme muchos pensamientos tocantes a esto, que no me dejaban de molestar, y me hacían perder el tiempo. Podía haberlo gastado en alabar a mi Dios por sus beneficios, y darle crédito al ministro de Dios, y no a mi propio juicio.

Digo que se me pasó la mayor parte del día así, pero no fue seguido, sino que venían en tropel cosas que me detenía un poco. Luego conocía que debía desechar aquellos pensamientos, porque así me lo mandaba la obediencia, los desechaba, pedía perdón, y ponía toda mi confianza en que mi Dios no habría de permitir que yo engañara a V.R. Para eso pedía: que le diera a usted luz para conocerlo todo, aunque yo no lo supiera explicar. Pero pasaba un poco de tiempo, y volvía a temer lo mismo.

Dios sea bendito.

Septiembre 2. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Estuve algunos ratos más fervorosa, porque mi amado Esposo me avisaba en mis descuidos; por estar con sequedad tuve algunos, me distraía, y mi amado Esposo me decía:

-¿Por qué te olvidas de mí?

Se me encendía el alma de dolor y agradecimiento; de dolor al ver mi miseria y mis muchos descuidos, y al mismo tiempo se llenaba mi alma de agradecimiento al ver la bondad de mi Dios, que no solo me sufre y espera, sino que también me llama y avisa en mis descuidos. Se inflamaba mi alma en el amor de mi Dios, y estos ratos de fervor los gastaba en alabar a mi Amado, y darle las gracias por todos sus beneficios.

Dios sea bendito.

Día 3. Este día fue como el de ayer, no me acuerdo de otra cosa más. Deseo acordarme para no tener que añadir suplemento, pero ahora no puedo, porque tengo el entendimiento y la memoria embotados.

Dios sea bendito. Amén.

Día 4. Unos ratos estuve distraída y otros recogida, pues es tanta mi miseria, que no lo puede ser más. Apenas apartaba el Señor un poquito la mano, al instante me distraía, y este día quería mi amado Esposo que conociera bien mi miseria, y que nada podía por mí.

Por la mañana, estuve fervorosa, y me ofrecía a mi Dios, deseando no tener ni un pensamiento ni una respiración que no fuera para su honor y gloria, le pedía: que se dignara unir todo lo que padeciera este día a los méritos de su santísima Pasión. Esto mismo lo hago todos los días, pero lo digo, porque unos días estoy más fervorosa que otros, y éste lo estaba, con vivos deseos de agradar a mi amado Esposo. Me duró poco el fervor, porque empecé a distraerme y a tener descuidos; apenas había empezado a distraerme, al instante, si me iba echando a perder un poco, recibía el aviso interior en mi alma y acudía a mi amado Esposo que se hacía presente, y parecía que estaba allí escondido. El alma, conociendo su nada, le pedía perdón, y se llenaba de amor. Al ver que su Dios y Esposo amabilísimo, no la dejaba, empezaba a darle muchas gracias por este beneficio, y convidaba a los santos ángeles a alabar a mi amado Dios. A mi dulce Madre le pedía: que no me desamparara, y que diera las gracias por mí a mi Dios.

Seguía otro poco de tiempo fervorosa y recogida en la presencia de mi Dios, hasta que mi Amado se volvía a ausentar. Entonces volvía a quedar con sequedad, y me distraían las cosas que tenía a mi cuidado. De este modo, todo el día estuve alternando, y viviendo humillada.

Alabado sea el Dios de sabiduría infinita que tan sabiamente gobierna las almas.

Por todos los siglos, sea alabado y glorificado su Santo Nombre. Amén.

“temores […] de que no es verdad lo que le digo a V.R.”

Día 5. Tenía sequedad, pero estaba recogida. El alma, atenta a la presencia de su Dios, estaba cuidadosa, y no desperdiciaba ninguna ocasión que conociera, que podía hacer algo del agrado de su Amado, aunque le costara trabajo, pues estaba fuerte y contenta con padecer. El cuerpo sentía más los trabajillos por la falta del fervor que en otras ocasiones tanto le ayudaba.Tuve algún descuido en desechar los pensamientos y temores que me vienen a menudo de que no es verdad lo que le digo a V.R. que pasa en mi alma. Algunas veces me cuesta tanto trabajo, que me hace no vencerme como debo para obedecerle ciegamente, porque me parece que todo lo que digo es ilusión, y que estoy engañando a V.R. Este día me sucedió, que salí del confesionario sin haberme vencido como debía. Eran muy grandes los temores que tenía, y no le di cuenta clara de mi conciencia. Al salir del coro bajo, parecía que me decía mi amado Esposo:

Poco ama el que no se vence,
y no es verdadero obediente,
el que no obedece ciegamente.

Con esta reprensión misericordiosa de mi amado Esposo, quedé todo el día humillada y recogida en su presencia, procurando hacer todo lo que podía. Me costó bastante trabajo, porque padecí mucho en el cuerpo, pero el alma estaba contenta de poder padecer por mi amado Esposo, y satisfacer en parte lo que debo a la Divina Justicia.

Le pedía: que se dignara unir mis padecimientos a sus méritos santísimos para que tuvieran valor.

Sea Dios bendito. Amén.

Septiembre 6. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Después de comulgar me sucedió lo mismo que otros muchos viernes, que como los tengo dedicados a la Pasión de mi amado Esposo Jesús, parece que por sí mismo quería hacérmela presente, y vi en mi corazón a mi Amado, que enseñándome las llagas me decía:

-Atiende a lo mucho que he padecido por ti.

Otras veces, se quejaba del olvido que tienen los hombres del beneficio de la Redención, y se mostraba afligido por tantos que no se aprovechan de la sangre que derramó por todos. Este día mi amado Esposo se quejaba de que muchos cristianos, ciegos en sus pasiones, no atienden a que el nombre de cristianos que tienen quiere decir discípulos de Cristo, no imitan en nada las virtudes de Cristo, y al despreciar sus ejemplos con sus obras, se hacen indignos del nombre de cristianos.

Los conocimientos que mi amado Esposo da a mi alma sobre esto, la llenan de pena y la abrasan en amor, porque al mismo tiempo conoce el inmenso amor de su Dios que volvería a padecer otra nueva Pasión, si fuera necesario.

Mi alma que conoce el deseo que su Dios tiene de la salvación de las almas, se deshace en estos mismos deseos, y quisiera poder hacer que todas las criaturas

correspondieran al amor que su Dios les tiene; pero como no puede nada por sí, clama al mismo Señor, como poderoso que es, para que alumbre la sequedad en que viven, unos en vicios, y otros en herejías, para que todos salgan de las tinieblas del pecado, y no se pierda el fruto de la Redención. Lo pido por aquellos mismos méritos que veo despreciados. Con dolor, mi alma se ofrece para padecer por el amor de su Dios, pidiéndole que se digne admitir y unir todo lo que yo padezca para satisfacer a la Divina Justicia, y agradecer este beneficio por sí y por todas las criaturas.

Éste fue mi ejercicio, como me sucede todos los días que mi amado Esposo da luz a mi alma, sobre lo que he dicho.

Llena de satisfacción, algunas veces digo a mi amado Esposo que me conceda lo que le pido, y si no, ¿para qué me da el conocimiento de ello? Yo no sé si en esto faltaré a la reverencia y humildad con que se debe pedir a tan gran Majestad, pero el amor me saca de tino, y el deseo de que todas las almas amen mucho a mi Dios, me hace decir a mi amado Esposo con mucha insistencia:

-Hacedlo, bien mío, que sois poderoso, que si yo lo fuera, ya lo hubiera hecho para que todas las criaturas os amaran y sirvieran.

Y digo otra cosa; cuando el alma ya no está tan fervorosa, teme haber faltado, pero por otro lado, conoce que el amor es lo que la saca de tino.

Dios sea bendito.

Día 7. Lo pasé recogida, pero con alguna sequedad. Como he dicho de otros días, el alma está atenta a su Dios y deseando agradarle en todo, aunque le cueste trabajo al cuerpo, como en efecto, le costó mucho más trabajo, porque tuvo que padecer muchas cosillas que se ofrecieron, y cuando el espíritu no está tan fervoroso, le cuesta más. Pero lo superior, el alma, estaba consolada por padecer por su Dios, y daba gracias por ello. Me ayuda mucho la consideración de lo mucho que había padecido mi amado Esposo, y mi dulce Madre parecía que me lo estaba recordando todo el día como si la estuviera viendo. No la veía, pero sentía su presencia, y la fuerza que daba a mi alma para padecer, me hacía desear los trabajos. Como un niño que estando junto a su madre no le teme a nada, así me sucedía a mí, que estaba sintiendo la protección de mi Madre amable que tanto me favorece sin ningún mérito mío.

Gracias a mi Dios, que me la dio por madre.

¡Bendita sea!

Alabado sea Dios por todo.

Día 8 de septiembre, Festividad de la Natalidad de la Santísima Virgen.

Por la mañana desperté fervorosa y recogida en la presencia de mi Dios, y me preparé para la sagrada comunión, pidiendo a mi dulce Madre que por sus méritos, me alcanzara todas las virtudes, y que mi amado Esposo purificara mi alma con su preciosísima sangre para que llegara a recibirle con mucha pureza. Este día de su dichosísimo nacimiento es de alegría universal para todas las almas, porque nacía la luz que nos guía a Dios, la intercesora para alcanzarnos el perdón, y nuestro total refugio en todas las necesidades.

Después de comulgar, quedé con un gran recogimiento, porque veía unida mi alma a la Santísima Trinidad. Se quedó mi alma absorta o embebida, sin que tuvieran

nada que hacer las potencias. La voluntad ama, y no sabe que lo hace, porque quedan como paradas las otras potencias.

No sé explicar cómo es esto, porque para explicar soy muy tonta, me pongo a decir muchos disparates, y por eso no me decido a decir más de lo que digo: que mi alma se hallaba unida a la Santísima Trinidad, que el Padre me comunicaba o daba poder para servirle, el Hijo sabiduría para acertar a hacerlo, y el Espíritu Santo amor.

Continué un poco de tiempo gozando de mi amado Esposo, y anegada en la inmensidad de su grandeza, y con esto me parecía que recibía mi alma un buen refuerzo para todo. Después quedaron las potencias tan inflamadas con el conocimiento de su Dios, que la memoria no se podía acordar de otra cosa, el entendimiento estaba atento con admiración a lo que no podía comprender, y la voluntad amando sin cesar, deseaba amar más y más, y ya que no podía más, deseaba hacerlo mucho más.

Estuve la mayor parte de la mañana haciendo cuantos actos de virtudes podía de fe, esperanza, caridad y religión. Adorando al Dios eterno, incomprensible, inmutable e imponderable ponía mis adoraciones y alabanzas con las de los espíritus celestiales y con las de mi dulce Madre.

En el ejercicio de este día hubo una diferencia; por la mañana estuvo mi alma anegada en dulzuras, y por la tarde, estuvo con sequedad; quiero decir, que no tuve tantos consuelos sensibles, pero como el alma estaba bien preparada, no le hacían falta y no dejaba de practicar las virtudes.

Como he dicho de ayer, estaba mi dulce Madre conmigo, y con frecuencia le pedía su bendición. Me parecía que me la daba, y cuando lo hacía recibía mucho consuelo, que aumentaba en mi corazón el ardor, estaba hecho una fragua, y con cualquier cosa se aumentaba el ardor.

Así estuve todo el día.

Sea alabado y engrandecido el santo nombre de Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y el de mi dulce Madre también.

Día 9. Solo recuerdo que estaba con alguna sequedad como la tarde de ayer. Con el alma atenta a su Dios deseando agradarle en todo, procuraba hacer cuanto podía para que no se desperdiciara ni una respiración que no fuera dirigida para su mayor honor y gloria, y todo lo ofrecía a mi Dios con este fin. Algunos ratos el alma se inflamaba más, cuando sentía una unión más íntima con su amado Esposo, pero los consuelos sensibles no duraban mucho, y quedaba en la misma disposición que antes.

Dios sea bendito. Amén.

Día 10. La mañana fue como ayer. Por la tarde estuve más distraída, y la pasé más penosa, porque se puso la imaginación tan inquieta, y hay tantas cosas donde entretenerse, que tuve algunos descuidos en el ejercicio de las virtudes por falta de atención a la presencia de mi Dios y Esposo de mi alma a quien pido perdón.

Por la noche, tuve la curiosidad de saber qué eran unos golpes que sonaban en la calle; me parecía que echaban una puerta abajo, pero cuando iba a levantarme, a ver lo que era, oí me decía mi amado Esposo:

- ¿Qué tienes tú que ver lo que pasa en el mundo? pídeme a mí el remedio de todo.

Me quedé reprendida y enseñada, di gracias a mi Dios y Esposo amabilísimo que tanto cuida de mí, y seguí pidiendo por las necesidades del pueblo.

Sea todo a gloria de Dios, a quien pido por su misericordia perdón de todas mis ingratitudes y pecados.

Septiembre 11. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Cuando me levanté, fui al coro como acostumbro si no me lo impide la obediencia. Hice intención de hacer la oración o meditación de los azotes que había sufrido mi amado Esposo asido a la columna, y éste era el pensamiento que llevaba, pero apenas entré en el coro, me pareció que estaba viendo a mi amado Esposo Jesús tan lleno de llagas y heridas, que lastimaba mucho mi corazón. Deseando aliviar a mi Señor, le decía a mi amado Esposo:

-¿Qué queréis que haga para agradeceros, mi Dios, el inmenso amor que os ha puesto ahí, mi Señor?

Y me parecía que me decía mi Señor: que llorara los pecados que desprecian su Pasión. Aumentó mucho más mi pena, ver ofendido mi Dios, y yo deseaba saber: qué quería mi Dios que hiciera para siquiera en parte, satisfacer su amor, y me ofrecía para que hiciera todo lo que quisiera de mí, como mi dueño y Señor. Quería padecer mucho por el amor de mi Dios, si esto fuera motivo de que pudiera conseguir que al menos un alma de las que se han de perder, no se perdiera, y no se malograra en ella el fruto de la Redención, y para todas, deseaba lo mismo. Estando con estos deseos, me parecía que me decía mi amado Esposo Jesús:

-Todo lo que padezcas unido a mis méritos, ofrécelo a este fin, que con esto me agradarás.

Comprendí que este día iba a padecer, pero me quedé consolada, y de nuevo me volví a ofrecer a mi amado Esposo, deseando que hiciera en mí su santísima voluntad.

Pasado esto, me quedé en sequedad. Me aumentaron tanto los dolores que solo porque quien los permitía o quería dármelos me daba fuerzas, lo podía pasar de pie, pues me costaba mucho trabajo estar atendiendo a mis obligaciones. Cuando más me apretaban, si alguna vez me iba agotando, me acordaba de lo mucho que había padecido mi amado Esposo por mí, y se me hacían tan ligeros que se aumentaba el deseo de padecer. Todo el día estuve igual, padeciendo, pero con el alma alegre.

Gracias a mi Dios por todos sus beneficios. Alabado sea eternamente por todas las criaturas. Amén.

"En el Cenáculo"

Día 12. Antes de empezar el día, no pude ni hacer una visita a mi amado Esposo Jesús Sacramentado, con el laberinto del oficio, me tuve que ir al instante a la obligación.

En la comunión espiritual le ofrecí a mi amado Esposo mi deseo de visitarlo en este sacramento de amor, y empecé a tener la meditación sobre la institución de este admirable sacramento. Me dio mi amado Esposo una visión tan viva, que me parecía que estaba en el cenáculo, viendo lo que pasó allí, el lavatorio y todo lo

demás. Me parecía que estaba junto a mi dulce Madre, y veía los ejemplos de caridad y humildad, que mi amado Esposo, me daba a mí y a todos. Aprendí cómo debía tratarme con todas las criaturas, aunque fueran las más miserables, pues siendo como soy la menor y más ingrata de todas, debo humillarme más que todas, reconociendo mis faltas y disculpando las ajenas, como me enseña mi amado Señor, amando a todos con igual caridad, sean amigos o enemigos, mirando que todos son hijos de Dios, y que por todos bajo del cielo a la tierra para padecer y morir. También aprendí la dulzura y benignidad con que los debo tratar, pues lo que hizo mi Señor con Judas nos da tantos ejemplos, que si yo aprovechara como debía la doctrina que en esta ocasión y en otras muchas me ha dado mi amado Esposo, no hubiera caído en tantas faltas y pecados como he caído. A pesar de la luz y enseñanza que me ha dado de estas virtudes, he faltado mucho, por lo que le pedía perdón y gracia para enmendarme en adelante.

En este día, como he dicho otras veces, en el Cenáculo veía comulgar a los apóstoles, y sus almas se ponían tan resplandecientes y hermosas que me causaba mucha alegría, pero la de Judas era tan negra y tan horrorosa, que me estremecí, y me llené de horror. Al ver la fealdad del pecado, pedía a mi amado Esposo: que no permitiera que mi alma se afeara con el pecado que tanto aborrece mi Dios, y que tan poco caso le hace el mundo.

¡Oh ceguera! Se lloran los males del cuerpo, las pérdidas temporales y no se llora el pecado que es el peor mal de todos los males, y la desgracia de todas las desgracias. Ésta es la que verdaderamente se puede llamar desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre, porque se pierde a Dios para siempre, y se ofende a una majestad infinitamente buena.

¡Oh Dios mío amabilísimo! da luz y aumenta la gracia a los que están ciegos por sus culpas para que conozcan su mal, y busquen su salud en Vos, médico divino. A los que Vos misericordiosamente habéis preservado, concédeles la gracia final, y el aumento de todas las virtudes para que eternamente os alaben por toda la eternidad.

Todos los días hago una meditación distinta: el lunes la oración del huerto; el martes la prisión y cómo fue llevado de uno a otro tribunal; el miércoles los azotes o la corona de espinas; el jueves, unos días la cruz a cuestas o el lavatorio o la institución del Santísimo Sacramento; el viernes, cómo fue crucificado; el sábado la soledad de mi dulce Madre, y el domingo la Resurrección o Ascensión, y la venida del Espíritu Santo.

Cuando me despierto por la mañana, voy tomando lo primero que recuerdo de todos estos misterios, y tengo para todo el día donde ir a tomar ejemplos y doctrina en las obras de mi Redentor, aunque sea en medio de las mayores ocupaciones. Así lo he hecho siempre, pero muchos días no me sirve, porque el día que me dan la oración de contemplación de la Divinidad, empiezo por esto y acabo de otro modo.

Digo esto, porque no me acuerdo si se lo he dicho a V.R. Este orden, lo he tenido siempre sin que nadie me lo haya aconsejado, sino que mi Dios me lo ha inspirado. Desde que tenía muy pocos años, en medio de mis haciendas[195], mi entendimiento estaba ocupado en estas meditaciones, que hacían mucho bien a mi alma.

Dios sea bendito por toda la eternidad. Amén.

[195] Trabajos caseros.

“sentir el peso de los trabajos”

Día 13. Tuve mucho que padecer, aunque con serenidad y conformidad en todo. Mi amado Esposo, a veces hace como que se retira y me deja, para que conozca que sola no puedo nada. Me hace sentir el peso de los trabajos, como una persona que retira un poco la mano de un peso que estaban sosteniendo entre dos, y cuando le falta esta mano, se abruma el que queda solo, porque tiene pocas fuerzas, pero si ve que se va rindiendo, pone aunque no sea más que un dedo, y al instante se aligera el que va cargado. A ratos lo deja solo con el peso para que conozca lo mucho que le ayuda, se lo pida y agradezca. Lo mismo hace mi amado Esposo conmigo. Me parece que está presente y no quiere quitarme la carga para que la sienta, pero cuando ve que la he sentido, acude para que no desmaye, y vuelve a poner su mano. Las comparaciones que pongo son tontas, pero así me parece que es.

Pasé este día con mis achaques más fuertes, el espíritu con sequedad y falta de fervor sensible, y al mismo tiempo con deseos de hacer mucho por mi Dios, pero sintiéndome falta de fuerzas como quien quisiera volar, y le tuvieran sujetas las alas; con poco que se las sujeten no puede volar, pero al instante que se las sueltan, vuela. Así me sucede algunos días; el alma quiere volar a su Dios, y se halla atada o como impedida, de modo que se deshace por llegar a su Dios, y no puede, porque está cargada con el peso de su cuerpo, que se hace más pesado cuando el espíritu no le ayuda, y cuando le ayuda, se hace ligero.

El Dios de las misericordias me conceda agradarle en todo, y de todas las maneras que quiera, pues mi deseo es darle gusto. Se lo pido por la intercesión de mi dulce Madre, y espero que me lo alcance para que en todas mis obras dé a mi Dios gloria, honor y alabanza eterna. Así sea.

“quitar las comuniones”

Día 14. Amanecí fervorosa y con mi entendimiento elevado al conocimiento de Dios trino y uno. Con este conocimiento, la voluntad estaba encendida en amor, y la memoria no tenía nada que hacer, porque su Dios estaba presente, y no tenía que acordarse de otra cosa, pues este Dios, como es tan grande todo lo llena.

Apenas desperté, parecía que mi alma la arrebataba mi Dios al cielo para manifestarle algunos rasgos de su Divinidad, que yo no lo sé explicar, y allí tenía el conocimiento muy claro, en lo que cabe, pues es incomprensible cómo algunas veces da a las almas estos conocimientos. Esta mañana, veía que aparecía en su gloria este adorable misterio de la Trinidad: el Padre no procede de nadie, por ser primer principio sin principio; el Hijo procede del Padre, y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo. Estos conocimientos, yo no los sé explicar, pero adoro su ser inmutable y eterno y su infinita sabiduría y omnipotencia.

Otras veces me daba conocimiento de la unión de la persona del Verbo con la naturaleza humana. Estas cosas tuvieron mi alma ocupada dos o tres horas. No sé cómo atendía a las cosas de la tierra, pero me hizo mi Dios el beneficio de que pudiera llevar uno y otras. Después que pasó esto, quedé recogida en la presencia de mi Dios, pero no tanto como antes. Las potencias no tan inflamadas, estaban como

con libertad para obrar por sí. En todo lo que hacía, procuraba la mayor gloria de mi Dios, pero se presentaron algunas cosillas que me parecía que no eran para gloria de mi Dios. Una de ellas me entristeció, porque me parecía que el enemigo de nuestras almas iba a lograr lo que quería. Abultando demasiado algunas faltas veniales de algunas de mis hermanas, dio lugar a que aconsejaran quitar las comuniones, bajo el pretexto de que no se hicieran mal por falta del recogimiento interior. Decían: que era un escándalo tantas confesiones y tan poca práctica de virtudes, y que sería mejor que hubiera pocas. Por una parte afligió mi corazón que fuera verdad que hubiera faltas, y por otra, ver que quisieran negar la medicina, porque si la tierra de nuestro corazón no deja de criar malas hierbas teniendo quien las arranque y cultive las buenas ¿qué sería si esto faltara, sino una breña[196] de malezas?

Estaba con estos sentimientos callada, cuando se presentó otra ocasión. Oí que la prelada pensaba quitar las comuniones y que solo las hubiera cada ocho días. Entonces caí en la falta de murmurar del modo de pensar de los prelados, y dije que no me acomodaba este modo de castigar a muchos, por no reprender a uno, fuera en secreto o en público, como la necesidad lo pidiera.

Apenas lo dije, vi que hacía mal en meterme en lo que no debía, pues solo me tocaba obedecer y acudir a Dios que todo lo sabe remediar, y lo puede todo. Pedí perdón a mi amado Esposo y Dios, y dirigí toda mi confianza a su misericordia, y a la intercesión de mi dulce Madre. Les pedía el remedio de todas las necesidades de esta casa, y que alcanzaran luz a la prelada para que en todo acertara a mandar lo que fuera para mayor gloria de mi Dios.

Volví a recoger las potencias de mi alma para que no se metieran en lo que no les tocaba, sino solo en atender a la voluntad de Dios, siendo obediente y humilde, que es lo que me toca, y lo demás encomendarlo a Dios.

Seguí el resto del día recogida y cuidadosa; temía caer en otras faltas, porque el día estaba un poco tormentoso, y algunos espíritus algo inquietos. Los miraba con compasión, y pedía a mi Dios que los remediara, porque las cosas en sí, no eran nada que inquietaran, pero eran suficientes para quitar a muchos el sosiego interior del alma.

Sea todo para gloria de Dios y honor de mi dulce Madre. Amén.

Septiembre 15, domingo.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Solo recuerdo de este día que tenía sequedad, y que vivía cuidadosa de aprovechar todas las ocasiones que se ofrecieran de ejercitar las virtudes, aunque sin fervor sensible, y me parecía que estaba conmigo mi dulce Madre y Señora que con su poderosa protección, me ayudaba mucho.

Por la tarde seguía lo mismo, y algo triste por algunas noticias de cosas que a mí me entristecen, porque de ellas resultan ofensas a mi Dios. Pedía mucho a mi dulce Madre y Señora el remedio de todo, y que sujetara al enemigo para que no pudiera derramar la cizaña que pretendía, sino que del daño que quería hacer, sacara su perdición.

[196] Lugar escarpado lleno de maleza.

Al poco rato de esto, supe el remedio a esta necesidad, y además que iba a haber comunión todos los días que estuviera aquí nuestra dulce Madre y Señora[197].

Se llenó mi alma de alegría, y empecé a alabar y dar gracias a mi Dios y a mi Señora y Madre. Sabía el bien tan grande que iba a recibir esta casa con la venida de su sagrada imagen, pues preparando las cosas para su venida, ya se manifestaban los buenos efectos que iba causando de paz y alegría.

Clamaba a mi dulce Madre y Señora, que derramara sobre esta casa la abundancia de sus gracias, haciendo que todas nos enmendáramos de nuestras faltas, y que nos alcanzara todas las virtudes para que todas agradáramos a nuestro amado Esposo, y viviéramos como esposas de tal Esposo.

Estaba llena de fervor cuando vino mi Señora Madre a esta casa, que se puede llamar dichosa por lo favorecida que está por esta gran Reina. Aumenté yo mis peticiones, pues me parecía que mi dulce Madre y Señora estaba como una criatura que está muy cargada de bienes, desea repartirlos y no necesita que se los pidan, solo basta con que le insinúen la necesidad, y al instante los da a manos llenas.

Tomé nueva confianza, y pedía por todo lo acostumbrado y por todo lo que mi Dios quisiera que yo pidiera. Por lo que más pedí fue por la Santa Iglesia. Me parecía que mi dulce Madre y Señora presentaba mis peticiones a su santísimo Hijo, y que Éste las recibía con agrado. Mi alma sentía mucho agradecimiento y amor, por la bondad infinita de mi Dios.

Acabé este día en continuas peticiones, acción de gracias y alabanzas a mi amado Esposo y dulce Madre.

Sea Dios alabado, amado y servido, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Y mi dulce Madre y Señora también.

Día 16. Por la mañana estuve fervorosa, y después de la comunión más; por la más íntima unión con mi amado Esposo Jesús, estaba atenta a la contemplación de aquel amor infinito que le hizo quedarse en este Sacramento. Con mi alma encendida en el amor de mi Dios, juntaba mis alabanzas con los ángeles, santos y justos de la tierra, para que fueran más agradables a mi Dios.

Así lo hago siempre, para dar las gracias a mi Dios o alabarlo o avivar los deseos de amarlo; por eso uno todo esto a las gracias, alabanzas y virtudes que practicó la humanidad santísima de mi Señor, de mi dulce Madre y Señora y de todos los santos. Procuro buscar el tesoro, y juntar con él el maravedí mío para ofrecerlo todo a mi Dios.

La mañana la pasé con el alma ocupada en este ejercicio de virtudes interiores, y algunas veces cuando hacía las peticiones por la Santa Iglesia, por el reino y demás cosas, me parecía que veía a mi dulce Madre y Señora, que ofrecía mis oraciones a mi amado Esposo Jesús, y le pedía por todas las necesidades. Me pareció dos o tres veces en este día, que fue así, y que mi amado Esposo concedía más auxilios a las almas, a unas para que se convirtieran, y a otras para que fueran mejores.

Por la tarde tuve algunos ratos de menos fervor, pero hacía lo que podía.

[197] Puede referirse, a que en estos días, está en el pueblo la Santísima Virgen de Gracia, y después de los cultos en la parroquia, pasaba unos días en el convento.

Bendita la misericordia de mi Dios, y alabada sea su bondad por habernos dado por nuestra abogada e intercesora a esta Madre de Misericordia, en quien encuentran todos, justos y pecadores consuelo, amparo y defensa.

Dios sea alabado y mi dulce Madre. Amén.

"tocar a misa"

Septiembre 17. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Fue un día de distracciones desde el principio. Quizás me castigaban mi amado Esposo y mi dulce Madre y Señora, porque la noche antes no vencí la poca gana que tenía de escribir, y me fui a acostar dando palabra a mi amado Esposo de levantarme temprano para hacerlo. Le pedí a mi Señora Madre piadosísima que me despertara a buena hora, y mi amada Señora cumplió como quien es, despertándome a las cuatro, pero el día antes me había levantado muy temprano y desperté con la cabeza tan cargada que no podía hacer nada. Para que no se pusiera peor, me volví a acostar, y con esto tenía disculpa mi tibieza e ingratitud. Tenía la intención de levantarme a las cuatro y media, pero no sucedió así, porque había faltado a los primeros avisos sin necesidad, nada más que por falta de mortificación.

Desperté a la hora del coro y con sequedad. Reconociendo mi falta, pedía a mi amado Esposo perdón, y me quedé desazonada al ver que había caído en muchas faltas, pues no había tenido oración ni otras muchas cosa que tenía que hacer antes de ir a las horas, y quedaron sin hacer, todo nacido del primer descuido. Me fui a las horas algo desabrida, y allí, a una religiosa le pareció que yo no había hecho una cosa que me tocaba, y se lo dijo a otra para que lo hiciera. Esto, no lo llevó bien mi poca humildad, pero ahogué el sentimiento que me causó y no di a entender nada. Al poco tiempo había que tocar a misa, no estaba allí la que debía hacerlo y fui yo. Al salir de tocar, llegó la misma religiosa y me preguntó: qué había sucedido con la campana, que no había tocado. Le dije que estaba sorda, pero no le gustó la respuesta, porque acaso conoció en mí alguna mala cara. Dándome cuenta de que la había mortificado, le respondí riendo:

-Si me dice que no he tocado y lo he hecho, tengo de decir que está sorda.

Ella se quedó satisfecha, y yo inquieta, porque el enemigo me traía pensamientos de algunas cosillas que me habían dado que sentir. Estaba inquieta, porque no quería tener esos pensamientos y no podía desecharlos, y me fatigaba, ver que tenía que recibir a mi amado Señor Sacramentado tan llena de miserias y sin preparación.

Quise confesarme, pero no había confesor, pues el padre capellán solo iba a darnos la comunión. Conocía, que por la misericordia de mi Dios no había caído en nada grave; lo más, que había sentido las pasiones, pero había hecho cuanto podía por no seguirlas. Con todo esto que me traía distraída, y la falta de preparación, pensé no comulgar. Me quedé en el coro alto con ese ánimo, pero lo mismo fue ver bajar a mi Señor, que parecía que me tiraba una fuerza superior tan grande que no pude resistirla. Acudí a mi dulce Madre y Señora, pidiéndole que me alcanzara el perdón de todas mis faltas, que ofreciera a su Santísimo Hijo todos sus méritos por mí, y que adornara mi alma con todas las virtudes, en particular la virtud de la humildad, y le

pedía perdón por las muchas faltas de esta virtud que he tenido toda mi vida. La falta de humildad ha sido por causa de sentimientos de mucho amor propio, y me parece que no voy a acabar con ellos nunca, tanto como lo deseo. Cuando me parece que se van perdiendo, sacan la cabeza y me dan un mal rato, pues no los quiero tener, y no me veo libre de ellos. Si no ofendieran a mi Dios me podría conformar, pero siempre caigo en faltas que no quiero, por no desagradar a mi amado Dios.

Con esta corta preparación llegué a comulgar con el dolor de mis faltas y llena de humillación. Después de recibir a mi Señor y Esposo de mi alma, me quedé con mucho sosiego. Le manifestaba todas mis miserias, y como si no lo supiera, le pedía: que quitara, cortara o quemara todo lo que hubiera en mí que no le agradara, costara lo que costara, y que me diera de limosna por sus méritos santísimos y los de mi dulce Madre y Señora, todo lo que quisiera que tuviera. Se encendió más el alma en el amor de mi Dios, porque me venían unos conocimientos de los ejemplos de mi Señor, que me encendían en deseos de imitarlo, y le pedía esta gracia con mucho fervor.

Pasé un poco de tiempo recogida y con mucha paz en mi alma, pero cuando me fui a cumplir con mi obligación, me vino otro tropel de pensamientos sobre que mi espíritu no era bueno, y que vivía engañada, pues en mí no había virtud alguna para que el Señor me hiciera los favores que me hace. Como estaban cerca las faltas de aquella mañana y las tenía presentes, le daba crédito a las tentaciones. Al mismo tiempo, como me acordaba de lo que V.R. me dice, me fatigaba, porque quería obedecer, y veía que no lo hacía como debía. Lo que hice fue hincarme de rodillas, adorar a mi Dios, pedirle perdón de mis culpas, y hacer un acto de conformidad con la voluntad de mi Dios. Si quería que padeciera esas tentaciones, no debía consentir en ellas, sino dar crédito en todo a lo que V.R, me dijera, que era lo único que debía creer, sabiendo que mi Dios no tenía las manos atadas para dispensar sus misericordias a los más miserables que esperan en su bondad, y que no va a permitir que engañe al ministro del Señor, no queriendo yo hacerlo. Así mismo, espero del mismo Señor que supla con su luz la falta de mi explicación.

Estaba en esto, cuando llamaron al torno; me levanté, y al despachar llegó V.R. Me sirvió de consuelo, porque pude manifestarle en breves palabras el estado en que estaba. Ahora lo hago más completo. Parece que me he olvidado de mi genio; puede ser porque mi amada Madre y Señora me haga esta gracia para que pueda obedecerle, pues quiero hacerlo para gloria de Dios. Después me quedé sosegada y ocupé el tiempo en dar gracias a mi Dios y alabar sus misericordias. Y como este Señor es tan liberal[198], durante un rato llenó mi alma de consuelos. Luego volví a quedar en sequedad, pero no me molestaba, pues aún sin tantos consuelos podía ejercitar las virtudes, aunque no como antes.

Por la tarde, antes de ir al confesionario, volví a sentir otra vez las tentaciones de la mañana, pero se fueron pronto, porque hice enseguida lo que V.R. me manda, y quedé todo el día libre, aunque con sequedad.

Sea Dios alabado por siempre. Amén.

[198] Generoso.

“Dios arrebataba mi alma”

Día 18. Amaneció mi alma recogida en la presencia de mi Dios, no tan fervorosa como otras veces, pero con buena disposición para todos los actos de las virtudes. Me preparé para la comunión, y después de comulgar me parecía que veía mi alma tan unida a su Dios, como si se echara una gota de agua en el mar. Me parecía que Dios arrebataba mi alma hacia sí mismo con una fuerza tan suave que quedaba el alma como embebida en Dios.

No sé si me explico, porque estas cosas no son para mí que soy tan tonta para explicarme y lo que digo, lo digo con miedo por ser cosas para las que no tengo palabras con qué explicarlas. Si no fuera porque deseo obedecer, aunque me cueste trabajo, no diría nada de estas cosas por el peligro de decir una cosa por otra.

No se fatigue usted, padre mío, pero tenía tantas cosas, que no es para menos.

Dios sea bendito por todo.

Como decía, así estuve un rato y después no quedé fervorosa como otras veces, sino como tonta, pues no podía hacer nada. No sé si era enfermedad natural o no, pero me vino el dolor de cabeza, no como otras veces, que me dejaba hacer actos de virtudes interiores cuando exteriormente no podía practicarlas, sino que este día me hallaba incapaz de todo. Deseaba hacer algunas cosas, y como no podía, hacía actos de conformidad con mucha paz interior. Otras veces pedía a mi dulce Madre y Señora y a los santos ángeles que adoraran y alabaran a mi Dios por mí, pero lo hacía con poco espíritu.

Adelanté el baño que debía darme por la tarde, y me lo di al mediodía para ver si me aliviaba y podía hacer algo. Al poco tiempo de estar en él, me pareció que me decían:

-Buscas el alivio para no padecer. Yo padecí sin alivio.

Después de oír mi alma estas palabras, sentí tan fuerte dolor en el corazón que parecía que me iba a quitar la vida y no me dejaba respirar. Me parecía que me habían clavado alguna cosa, y cuando respiraba se clavaba más, pero con tanto consuelo en mi alma y tan vivos deseos de padecer que me ofrecía a que fuera mi cuerpo hecho pedazos menudos[199], por el amor de mi Dios. El alma se llenó de fervor, y como el Esposo estaba presente a la vista del alma, no temía las heridas, sino que las deseaba y quería verse toda herida por su Amado. Estuve cerca de una hora llena de tanto fervor que se deshacía el alma en amor.

Después me quedé otra vez como estaba antes, y con más dolores. Me siguió el dolor de corazón, pero algo más templado, pues al principio no me dejaba, ni siquiera hablar. La cabeza lo mismo, no estaba para nada y así seguí toda la tarde con esta tontería.

Algunas veces me parecía que mi amado Esposo se había retirado y me había dejado en mi miseria. Esto me causaba unos deseos o ansia por mi Dios, que no sé explicar cómo era, pues parecía que no lo amaba por la torpeza que sentía en mis sentidos y potencias, y al mismo tiempo parecía que el alma desfallecía de amor. Si algunas veces pensaba que podía estar enojado conmigo, me daba una cosa que no sé

[199] Como la transverberación de santa Teresa.

explicar, porque era una pena tan honda que parecía que me quitaba la vida. Duraba poco, porque mi amado Esposo no quería que perdiera la vida, y manifestaba a mi alma que estaba en ella, dándole señales ciertas que el alma conocía con claridad. Aunque le dijeran otra cosa en contra, no podría creerla.

Así seguía otro rato, hasta que volvía mi Señor a correr la cortina y se quedaba el alma como he dicho antes, y así pasé todo el día y la noche.

Sea alabado, ensalzado y amado por todas las criaturas, mi amado Dios y Esposo de mi alma, y todas lo conozcan por su verdadero Dios, dignísimo de ser amado, porque es bueno y porque es grande su misericordia, alaben todos los pueblos su gran poder y omnipotencia, adórenlo como supremo Señor y Rey de los Reyes, publiquen su infinita sabiduría, poder supremo, infinita bondad, amor eterno y liberalidad. Todos confiesen que le deben los abundantes dones de su gracia para que sea eternamente alabado por todos los siglos de los siglos eternos. Amén.

A mi dulce Madre y Señora, también la alabe todo el mundo, porque es nuestra

Reina y Madre piadosa que nos defiende de los rigores del juez más justo, y es nuestro refugio, nuestra esperanza y nuestro consuelo.

Todos la alaben eternamente. Amén.

Día 19. Llegué a comulgar como había estado toda la mañana de ayer, que no sé cómo era, porque yo solo me acordaba de mi Dios con un adormecimiento de potencias y sentidos que no podía hacer nada. Cuando comulgué, me senté en un rincón del coro, y allí estaba como si estuviera dormida, pero no lo estaba que estaba toda en mi Dios. Este modo de estar, no lo sé explicar. Después seguí lo mismo. Me fui al torno, pero no por eso se avivaban mis sentidos, y tenía que decir que tenía mucho sueño, porque estaba atontada.

A media mañana me fui a la celda, y pedí a mi Madre y Señora que me ayudara para hacer lo que V.R. me había mandado, escribir, ofreciéndome por esclava de mi dulce Madre y Señora. Me puse a hacerlo con mucho trabajo, y acabando de escribir, despertaron un poco mis potencias, y se inflamaron de pronto. Yo me deshacía en alabanzas a mi Dios con gran agradecimiento por sus beneficios, pero pasado un rato quedé lo mismo, aunque este día despertaba con mucha más frecuencia, y las potencias se inflamaban y hacían lo que he dicho.

Así estuve la mayor parte del día, haciendo todo lo ordenado, las comuniones espirituales, las peticiones por todas las necesidades, adorar a mi Dios, darle gracias y en fin, todo lo que acostumbro, pero todo como si estuviera cargada de sueño. Le pedía a mi Señora y dulce Madre: que supliera mis faltas, no porque estuviera descuidada, que para eso no estaba dormida y tenía cuidado de hacer toda mi obligación, sino en el tiempo de la oración que no hacía nada, porque me quedaba inhábil para todo, y solo sabía que estaba en la presencia de Dios.

Ya cerca de la noche se despertaron las potencias y sentidos, y pude tener la oración fervorosa. El alma se encendió en el amor de su amado Esposo y hacía todas las cosas con fervor.

De nuevo me ofrecía a mi Señora y Madre, pidiéndole: que como mi señora, dispusiera de todas mis cosas, no como mías, sino como suyas. Me parecía que mi dulce Madre y Señora tenía mi alma en sus manos, y la ofrecía a su Santísimo

Hijo, pidiéndole la recibiera y perdonara como cosa suya. Mi amado Esposo la recibía con agrado, lo que causaba tan gran consuelo en mi alma que se deshacía en agradecimiento y amor hacia mi Señora y Madre, viendo lo mucho que le debo. Y a mi Dios le daba las gracias, porque me la había dado por madre.

Acabé el día ferverosa, empleando todas mis potencias y sentidos en el servicio de su Creador.

No me acuerdo de faltas conocidas; sin conocer tendré muchas por las que le pido perdón a mi amado Esposo y Señor y a mi Señora y Madre, y la gracia eficaz de no ofenderlo nunca ni en lo más leve, para que siempre cante sus alabanzas por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 20. No me levanté tan fervorosa como otros días, pero sí en buen estado para hacer mucho por mi Dios. Me fui al coro, hice la primera visita a mi Señor Sacramentado, y la comunión espiritual, pidiendo a mi amado Esposo que viniera espiritualmente a mi alma, y la dispusiera para recibirle sacramentalmente. Seguí, haciendo actos de fe, esperanza, caridad y de religión, y después tuve un rato corto de oración sobre la cruz y clavos de mi amado Esposo Jesús, y le pedía que me tuviera allí, al pie de su santísima Madre y mi Señora a quien pedía lo mismo para aprender en la cruz la doctrina que me enseñaba mi amado Señor. Me parecía que estaba junto a mi dulce Madre, oyendo las palabras de caridad con que mi amado Esposo me enseña desde su cruz. En esta ocasión, no salí de la primera palabra "Padre perdónalos que no saben lo que hacen". Con ésta sola tuve para aprender bastante, agradecer su infinita caridad, y humillarme hasta lo más profundo de mi nada al ver lo mal que yo he guardado estos ejemplos que me enseñó mi amado Señor**.**

Sí hice nuevos propósitos de enmendarme con la ayuda del Señor, y seguí las horas con recogimiento interior en la presencia de mi Dios. En la comunión me parecía que estaba viendo en mi corazón, renovados los conocimientos de sus heroicas virtudes de paciencia, humildad, mansedumbre y perfectísima caridad.

Estos conocimientos, era como he dicho otras veces, como quien tiene que hacer un bordado, le ponen el dibujo delante y le dicen: éste es el que has de imitar. Conocía que no podía imitar tanta perfección, pero me animaba que quien me lo mandaba, me ayudaría a hacerlo. Recobraba el ánimo y pedía a mi Señora madre y maestra que me ayudara, enseñara y reprendiera o castigara, si no hacía lo que debía, pero que no me quitara su poderosa protección.

Con estas cosas pasé un poco de tiempo. En la misa cantada estuve fervorosa, pidiendo remedio para la Santa Iglesia. Me parecía que mi amada Señora y Madre ofrecía mis oraciones a su santísimo Hijo, y que mi amado Esposo las recibía con agrado.

Seguí recogida, en la presencia de mi Dios, teniendo presente la Pasión de mi Redentor, y dándole gracias por tan gran beneficio, por mí y por todas las criaturas. Lo hago todos los días, pero en particular los viernes, los tengo dedicado, al agradecimiento del beneficio de la Redención, porque los viernes padezco más, y ofrezco todo lo que padezco para que mi Señor y Esposo se digne unirlos a sus méritos santísimos, en satisfacción de mis culpas y las de todos. Algunas veces en este día, me parecía que estaba viendo a mi Señor y Esposo lleno de llagas y dolores, y que me decía:

-Mira lo mucho que he padecido por ti.

Y el alma se encendía en el amor de su amabilísimo Dios.

En los ratos que tuve de oración, solo contemplaba a este Señor que por nosotros quiso morir. Viendo la grandeza de este Dios que no necesita de nadie y hace exceso de su infinito amor, el alma se queda que no puede seguir adelante. Los ratos que podía, me quedaba en la presencia de mi Señor Sacramentado, ocupada en lo que he dicho, conforme me lo iba dando mi Dios.

Acabé el día haciendo todo lo ordenado por V.R.

Dios sea alabado y ensalzado por siempre. Amén.

"un favor a un esclavo"

Día 21. Ofrecí a mi Dios todas las obras del día. Mientras oía una misa, estuve contemplando la Pasión de mi Señor y Esposo Jesús, y la ofrecí, pidiendo a mi Señor que me sirviera de preparación para la comunión. Después renové los votos, pidiendo gracia para guardarlos, como hago todos los días. No tuve oración, porque no tuve proporción[200]; en las horas estuve atenta a la presencia de mi Dios, y a no desperdiciar el tiempo; en la comunión espiritual, deseaba unir mis alabanzas a las de los santos ángeles, y principalmente pedía a mi amado Esposo que las uniera a las de mi Señora Madre, que le dio su humanidad santísima y divina. De la comunión no puedo decir nada, porque el alma se sentía unida con su Dios, y no hacía más que gozar o recibir un consuelo tan pacífico que estaba como parada, solo gozando de su amado Esposo.

Cuando las potencias estuvieron más libres, mi alma se ocupaba en alabar y dar gracias a mi Dios, convidando a todas las criaturas del cielo y de la tierra para que alabaran a mi Dios y agradecieran sus beneficios por mí; en particular a mi Señora y Madre amabilísima le hacía el encargo de agradecerlo por mí, pues le tocaba hacerlo, porque cuando hacen un favor a un esclavo, lo hacen por el respeto que le deben a sus señores, y éstos quedan obligados, por eso le decía a mi dulce Madre y Señora: que alabara la gran bondad de mi Dios, pues yo no he sabido corresponderle en toda mi vida, sino con ingratitudes y pecados.

Bendito sea tan gran amor y misericordia.

Después me fui al torno y hacía lo que podía, pidiendo a mi Señora su licencia y bendición. Cuando se me olvidaba, por lo mucho que tenía que atender, le pedía perdón, y le pedía de nuevo su bendición con el deseo de estar siempre atenta a no faltar a mi deber. Desde allí, visitaba a mi Señor Sacramentado y lo recibía espiritualmente.

"los gatos"

Pero es tan grande mi miseria, que al mediodía me enfadé un poco, porque los gatos me habían hecho unas malas trastadas, en lo que me iba a comer. Me enfadé y le dije a una religiosa: que le manifestaba demasiado cariño a los gatos, que un día le

[200] Oportunidad.

sucediera a ella lo que a mí, con el diantre[201] de los gatos. Pude haber mortificado a esa religiosa por las circunstancias que había para ello. Algunas veces me conformo con cualquier cosa que sucede para no mortificar a nadie, pero este día me enfadé. Fue decirlo, y al instante que vi mi falta de mortificación, sentí la reprensión que me hizo pedir perdón a las que estaban presentes, diciendo: que perdonaran el mal ejemplo que les daba. Como no tenía remedio lo debía llevar con paciencia y conformidad, y pedirle perdón a mi Dios a quien tanto debo y tan mal correspondo.

Por la tarde, hice poca oración, por estar ocupada, aunque estaba en la presencia de mi Dios, ejercitando las virtudes interiores, y las exteriores cuando se ofrecían.

Por la noche tuve un rato de oración, pedí perdón de las faltas del día, di gracias por los beneficios y pedí la bendición y licencia a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora para ir a escribir. Acabé el día, pidiendo de nuevo la bendición y dando alabanzas a mi Dios hasta que me quedé dormida.

Sea por siempre alabado y bendito el santo nombre de Dios. Amén.

"Despertador Eucarístico"

Septiembre 22, domingo. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Por la mañana tuve un rato de oración sobre el misterio de la Santísima Trinidad, que en este día estaba dedicado a este Dios uno y trino. Desde que desperté, lo primero que vino a mi pensamiento fue este misterio; al instante adoré a mi Dios con una oración que sé de memoria, desde que tenía pocos años, y está en el "Despertador Eucarístico". La digo todos los días cuando despierto con más o menos fervor conforme esté el alma, pero siempre me acompaña un buen deseo; lo que dice la boca lo digo de corazón. Con ella me ofrezco toda a mi Dios, mis obras, palabras, pensamientos, cuanto padeciere, trabajare o hiciere, todo lo ofrezco a mi Dios por medio de las piadosas manos de mi Señora y Madre la Virgen María, pidiéndole que libre mi alma de caer en pecado. En sustancia, este es el ofrecimiento que hago por la mañana a mi Dios, pero como este día estaba mi alma dispuesta para la contemplación, me fui al coro y me quedé atenta, porque algunas veces mi Dios da a mi alma una luz tan grande de su divinidad que no sé decir nada para poder explicar la grandeza de este misterio. Me parece que es como si descorrieran una cortina, y se manifestaran unas cosas tan grandes y admirables que el entendimiento se quedara atónito y admirado, y no puede comprender nada para poder explicar la grandeza que ha visto. Después de que esto pasa, quedan las potencias del alma tan inflamadas con lo que han conocido y visto, que el entendimiento no sabe discurrir, la memoria no puede acordarse de nada, y la voluntad solo puede estar amando aquel bien sumo y verdadero.

En esto estuve un poco de tiempo, y cuando estaban a mi parecer las potencias de mi alma más hábiles para otra cosa, salí del coro y me fui a escribir, pero no lo pude hacer, porque hallé que mis potencias no estaban más que para seguir la oración, y volví otra vez al coro.

[201] Hablando de una persona: muy inquieta y revoltosa.

Al poco rato empezaron las horas, y las hice con la misma disposición. En la comunión, con la unión más íntima con mi Amado, veía en mi alma a toda la Santísima Trinidad. Mi alma se quedó anegada en consuelos, y se deshacía en deseos de que este Dios fuera conocido, amado y servido, por todas las criaturas. Estuve otro poco de tiempo ocupada en las alabanzas a mi Amado, pidiendo por todas las necesidades, y para mí, la gracia de agradarle en todo cumpliendo su santísima voluntad.

En la misa cantada, me parecía que veía a mi amado Esposo que me decía: que atendiera a la paciencia que había tenido, sufriendo todas las cosas con mansedumbre inalterable, y que nos había amado a nosotros más que a sí mismo. Parecía que me decía mi amado Esposo:

-Asimílate a mí, y levántate sobre ti.

Entendí que en la caridad con mis prójimos tenía que imitar a mi amado Esposo con toda la perfección posible, no atendiendo a mi comodidad, sino sacrificando en su servicio todas las cosas, procurando su bien espiritual y temporal, y sufriendo sus flaquezas con paciencia y mansedumbre. Se lo ofrecí a mi Dios, y le pedí su gracia para cumplirlo.

"quejas nacidas del amor propio"

Después de salir del coro se me presentó la ocasión de ejercitar la paciencia, la humildad y todas las virtudes anejas a éstas. Aunque hable algunas cosas en honor de la verdad, como tenía presentes las doctrinas de mi Dios, callé lo que me había pasado. La causa principal fueron unas quejas nacidas del amor propio, que cuando esta criatura cae en estas faltas permite Dios que siempre sea conmigo. Cree que me quieren, que estoy en palmas, que todo está llano para mí, y que me conceden todos los privilegios. En cambio a ella siendo mayor, no le hacen caso, y tiene que valerse de seglares para algunas cosas. Me mortifica mucho, y siempre me ha mortificado, porque yo no lo veo así. Procuré en lo posible desengañarla, diciéndole: que era una tentación que le ponía el enemigo para que viviera descontenta; que la caridad quería que quitara de sí misma esa queja, de que hacían a otras lo que a ella no le hacían, pues la verdadera caridad se alegraba del bien del prójimo. Me despedí, ofreciéndole a mi Dios este trabajo. En esta ocasión, aunque estaba mortificada, me aprovechó que mi Dios me hubiera preparado.

Después supe que había ido a la madre correctora con estas cosas, y que ésta la había mortificado. Entonces me fatigué y dije: que todo lo que había pasado era porque aquella criatura la había tentado el enemigo.

Lo sentí mucho; aunque era verdad lo que dije, descubrí sus faltas, y las debía haber disimulado. Me dio un poco de inquietud, porque aunque lo que había dicho no eran faltas grandes, sí lo eran para lo que mi Dios quiere de mí. Conocí cuánta había sido mi miseria, no disculpando todos los defectos de mi prójimo. A pesar del beneficio que me había hecho mi amado Esposo, yo no correspondía a la gracia que me concedía. Pedí perdón y ofrecí la enmienda.

La tarde fue de algunas distracciones, porque se siguieron algunas desazoncillas[202] que procuré remediar para que no siguieran, y lo logré a Dios gracias.

Por la noche, volví a estar recogida y fervorosa, y me fui a dormir, después de pedir perdón a mi Dios y agradecerle todos los beneficios, y a mi Señora y Madre, lo mismo.

Sea Dios bendito, alabado y glorificado, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi dulce Madre y Señora, también.

Día 23. Me levanté más tarde, porque me había quedado dormida, y me distraía[203] mucho de las cosas. Si me levanto a las cuatro o cuatro y media, tengo tiempo para todo, pero este día me levanté a las cinco y media, y solo tuve tiempo de oír una misa que hubo a esa hora, en la que me preparé para la comunión, renové los votos, comulgué espiritualmente y seguí las horas y todo lo demás con recogimiento y fervor interior. En el sueño, el alma había estado alabando a su Dios, y desperté como si saliera de la oración, pidiendo a mi amado Esposo por todas las necesidades con tanta ansia de que todas las criaturas se convirtieran para que todas amaran a mi Dios, que no podía dejar de hacerlo. Después de la comunión, mucho más, porque se aumentó el amor que me hacía desear que mi Dios y Esposo de mi alma fuera conocido y amado por todas las criaturas. Y como se aumentó el amor, se aumentaron mis ansias por la gloria de mi Amado, que me hacían pedirlo con más fuerza. Me parecía que mi amada Señora y Madre ofrecía mis peticiones a su santísimo Hijo, y que mi Señor y Esposo las recibía con agrado y ofrecía a su Eterno Padre todos los méritos de su santísima vida para satisfacer a la Divina Justicia. Me causaba tanta alegría, que mi alma se deshacía en agradecimiento a la misericordia de mi Dios, y como veía que quería perdonarnos, aumentaba mis peticiones.

Esto me sucedió dos o tres veces en este día, cuando estaba pidiendo por la Santa Iglesia y por el Reino. Una de las veces, me parecía que mi amado Esposo le decía a mi dulce Madre y Señora:

-Hágase lo que pides.

Recibí una alegría y consuelo muy grades por la esperanza de que pronto llegaría el remedio para todo lo que tanto desea mi alma, y le daba gracias a mi Dios por lo que esperaba que hiciera su infinita misericordia.

Durante todo el día las ocupaciones de mi alma han sido un continuo pedir, esperar y agradecer, porque venía a mi imaginación todo lo que iba a suceder para gloria de mi Dios de conversiones, reforma de religiones, reforma de las costumbres, y predicaciones sin temores, sino llenas de celo de la gloria de Dios, y así todo sería remediado. Esto me hacía dar gracias, pues me parecía que lo veía todo hecho, como espero, por los merecimientos de mi amado Esposo Jesús, y poderosa intercesión de nuestra dulce Madre y Señora mía.

También hice todas las comuniones espirituales que pude, que fueron muchas, y algunas veces quiero tener cuenta de ellas y se me olvida. Si a V.R. le parece, señáleme el número, a ver si así tengo más cuidado.

[202] Diminutivo de desazones.

[203] Apartar la atención y cuidado.

De las visitas al Santísimo Sacramento ahora no hay que tener cuenta, porque todo el tiempo que tengo libre de otras obligaciones, lo gasto en el coro en la presencia de mi Señor Sacramentado. No tuve la lección espiritual por olvido; lo demás, todo lo hice.

Gracia y alabanzas a Dios por todos los beneficios y misericordias que hace con la más ingrata y miserable de todas las criatura.

Bendita sea tan gran misericordia y amor con que nos busca, nos llama, nos recibe y procura por todos los medios de su altísima sabiduría atraernos a sí, como si nos necesitara para algo.

Bendita tan gran bondad, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Septiembre 24. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentido. Amén.

El primer punto que V.R. me pone para la mañana es que en levantándome, vaya a hablar y oír algo, para no hacerlo después. Si me despierto a cualquier hora de la noche, tengo la costumbre de que al instante adoro y alabo a mi Dios con algunas jaculatorias, unas veces de dolor de mis culpas, y otras de amor a mi amado Esposo. Si estoy fervorosa, paso bastante tiempo alabando a mi Dios y a mi Señora Madre, y si no lo estoy, manifiesto a mi Dios mi miseria, pero siempre adoro a este Señor Dios, trino y uno, y a mi Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero que está en el cielo y en el Santísimo Sacramento. También hago otra adoración a mi Señor en todos los sagrarios del mundo donde está sacramentado.

La comunión espiritual la hago siempre que despierto, esté fervorosa o en sequedad, sin más diferencia de que cuando estoy más fervorosa, se inflama más el alma en el amor de su Dios. En el momento que despierto, me siento en la cama y hago lo dicho; de otro modo no me atrevo a hacerlo para que no lo noten, porque duermo en el dormitorio a la vista de muchas criaturas. Me vuelvo a acostar pensando en mi Dios, dándole gracias y alabanzas, hasta que me vuelvo a quedar dormida.

Cuando me levanto, mientras me visto, hago lo mismo, y en cuanto acabo de vestirme, me voy a la presencia de mi Dios Sacramentado, sin más detención que la de lavarme las manos, y muchos días ni eso hago, antes de haber hecho el ofrecimiento a mi Dios, porque el día que sé que no me puedo parar a tener la oración, voy con más prisa a hacer siquiera esto. Adoro a mi Dios, digo la oración que dije en el papel pasado, pues en ella están comprendidos los actos de fe, esperanza y caridad, adoración y ofrecimiento de todo, y pido a mi Señor su gracia para hacer todas las cosas según su santísima voluntad. Para su mayor gloria le pido a mi Señora y Madre amorosísima su gracia y protección para todo, y que como madre, esté conmigo cuidadosa para que no falte en lo más mínimo a mi Dios. Si tengo otra obligación, me voy a ella, y si no, me quedo y tengo al menos otra media hora de oración.

Este día hice lo primero, pero no tuve la oración por falta de tiempo, pues estaba ocupada, pero sí estuve todo el día en la presencia de mi Dios, y algunos ratos con una presencia de Dios tan viva que me hacía estar llena de encogimiento o vergüenza, como cuando un pobre está en la presencia de un señor poderoso, y el pobre que se halla lleno de andrajos conoce que ese señor lo está mirando, se llena de admiración al ver que este señor pone en él sus ojos, y lo mira con compasión. Se llena de agradecimiento al ver tan gran bondad, pero con todo este pobre está tan lleno de encogimiento en la

presencia de este señor que no acierta a hacer nada. Pensando que lo está viendo aquel señor, anda con respeto, esperando que lo remedie, confiado en la bondad de aquel señor que no se desdeña de mirarlo. Aunque se ve tan miserable, se decide y le pide una limosna. Pues este fue el modo de presencia de Dios que tuve este día. Otros días, no estuve tan recogida, aunque siempre en presencia de mi Dios, a quien dirigía todas mis obras y pedía su gracia para obrar, conforme a su santísima voluntad.

Éstos eran los cuidados que tenía en mis ocupaciones este día que tenía que estar en el torno. Cuando vengo del coro, donde antes de venirme he pedido la bendición a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora, lo primero que hago al instante de abrir la puerta del cuarto y quitar la cadena, es postrarme en el suelo, adorar a mi Dios, pedirle de nuevo su gracia y ofrecerle todo para mayor gloria de Dios. A mi dulce Madre y Señora, le vuelvo a pedir su bendición, que no me desampare, y que esté conmigo para que no me deslice en ninguna cosa, por mínima que sea, que pueda dar disgusto a mi Dios.

"jaculatorias a mi Dios"

Así lo hice como todos los jueves, y mis jaculatorias a mi Dios, fueron éstas:

"No permitas, mi Dios, que te desagrade".

"Quita de mí todo lo que no te agrade".

"Haz de mí, lo que quieras".

"Haz que te ame con toda mi alma, corazón y fuerzas".

"¿Cuándo te amaré, Esposo mío, sin intermisión?[204]"

"¿Cuándo llegará el día feliz que te vea para eternamente amarte? Amado mío, querido mío, Señor mío, Dios mío y todas las cosas".

Se le vienen estas y otras cosas, según esté el alma más o menos inflamada, y también, alabanza de mi dulce Madre.

Lo hice este día, aunque no tan fervorosa como otros, pero el deseo del alma siempre es el mismo: agradar a mi Señor y cumplir con perfección mi obligación para agradarlo.

En este día no tuve que hacer nada que me costara trabajo; aunque al cuerpo le viniera trabajoso, todo me venía bien, porque todo lo hacía con gusto. No tenía que vencerme, pues como deseaba hacerlo todo por mi Dios, todo me parecía poco. Hice muchas comuniones espirituales, pero no sé el número, sino que las hacía cada vez que me acordaba de mi amado Esposo, Jesús Sacramentado, y esto era con frecuencia. Algunas veces sentía en mi alma tan gran consuelo y dulzura, como si lo recibiera sacramentalmente, gracias a la misericordia y liberalidad de un Dios, que quiere que lo deseen para venir al instante sin hacerse rogar.

Cuando se acabó la misa, como hago todos los días renové los votos, pidiendo a mi Dios la gracia de cumplirlos con perfección, por la intercesión de mi Señora y Madre a cuyo honor los ofrezco.

La lección espiritual de la mañana y de la tarde la tuve corta; no la hice en el libro señalado, sino en lo primero acomodado a ella que se me puso por delante.

---

[204] Interrupción.

Por la mañana cumplí las devociones, aunque las visitas a mi Señor Sacramentado las hice desde donde estaba, pues no podía faltar de allí, pero con todo, hice lo que pude. Las más de las veces fueron breves, la antífona del Santísimo, la oración, adorar a mi Señor en el sagrario, y darle las gracias, unas veces por haberse querido quedar sacramentado, y otras por haberse dignado venir a mi alma.

Lo adoro cada vez de una forma; unas veces en honor de mi Señora y Madre, otras por medio de los santos ángeles, otras por los santos, otra en nombre de todos los justos de la tierra, pidiéndoles a todos que lo adoren y le den gracias por mí. Busco quien cumpla por mí, por el honor que procuro darles, dando yo poco y recibiendo mucho, pues deseo que todas las criaturas den mucho honor y alabanza a mi Dios.

No hice mortificaciones exteriores por no ser el día señalado para ello. De las interiores me parece que no se me ofreció nada que pudiera mortificarme, pues con algunas cosas que me pudieron mortificar, no experimenté mortificación.

Este día tuve la oración de comunidad, contemplando en los atributos de Dios y el excesivo amor que le hizo quedarse en el Santísimo Sacramento. Viendo el alma la grandeza de su Dios, y la nada de la criatura por quien lo hace, se enciende en amor y agradecimiento y desea con todas sus fuerzas corresponder al amor de su Dios. Solo pude hacer ésta oración, porque estuve ocupada. Me sucede muchas veces, pero mi amado Esposo suple la falta, dándome recogimiento en su presencia. Estos días suele ser mejor el recogimiento, porque es más continuo, como me sucedió este día, que el alma sentía no haber correspondido, y pedía perdón y gracia para hacerlo.

Los ratillos que iba a visitar a mi Dios, los empleaba en lo mismo con una gran paz.

Gracias a mi Dios, que me la dio.

Antes de acostarme hice el examen y no encontré faltas conocidas, pero pedí perdón por las muchas que habría tenido sin conocerlas, y di gracias a mi Dios por todos los beneficios generales o particulares con los que había favorecido mi alma. Pedí la bendición a mi amado Esposo, a mi dulce Madre su poderosa protección, y a los santos ángeles que me defiendan y asistan mientras descanso.

Septiembre 25. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme y dar principio al día, hice todo lo ordenado: actos de fe, esperanza y caridad, adoración, y ofrecimiento de todo. Pedí la bendición y gracia a mi amado Esposo y Señora para hacerlo todo conforme a su santísima voluntad.

Todo el día tuve la presencia de mi Dios, menos algún rato que me distraía un poco, pero procuraba recogerme. La presencia de mi Dios que tuve este día como otros muchos días, es dada de gracia, no adquirida con trabajo, porque es imposible que con el ejercicio que tuve atendiendo muchas cosas a un tiempo, no se distrajo el alma, sino que estuvo atenta a su Dios. Yo no lo podría hacer, si no me lo dieran de gracia por la infinita misericordia de mi Dios y la intercesión de mi dulce Madre y Señora por quien vienen tantos bienes a mi alma.

Bendito sea mi amado Dios y mi Señora.

En las ocupaciones exteriores conservaba la presencia de mi Dios, y muchas veces estaba el alma muy encendida por las continuas jaculatorias o porque hablaba con mi Dios, unas veces alabando su bondad, otras su infinita misericordia y otras

su poder. Todo eran afectos nacidos de tenerlo bien presente mi alma. Otras veces hablaba con mi Señora y Madre o con los santos ángeles. A mi Señora y Madre Purísima le daba la enhorabuena por el privilegio de haber sido exenta del pecado, porque es tanto el gusto que me da que mi dulce Madre y Señora fuera exenta de todo pecado, que se lo agradezco mucho a mi Dios y Esposo de mi alma. En algunas ocasiones le pido, por esta gracia que le fue concedida, que me alcance el perdón por lo mucho que lo he ofendido, y la gracia de no ofender más a mi Dios. Estoy algún tiempo en afectos con mi dulce Madre, alabándola con algunas palabras de la letanía u otras que se me vienen, y siempre pidiéndole que alabe y dé gracias por mí a mi Dios, y que me alcance todo lo que quiera que tenga, pues a las madres les toca remediar las necesidades de sus hijos.

Así tengo muchos ratos de conversación con mi dulce Madre y Señora. Otras veces, cuando estoy más fervorosa y llena de afectos a mi Amado, les digo a mis santos ángeles que me digan algo de mi Amado, pues tienen la dicha de verlo cara a cara, y me parece que me responden los santos ángeles hablándome de sus divinos atributos y perfecciones divinas. El alma se enciende tanto que se deshace por su amado Dios.

Por la mañana, mientras la misa cantada estuve de lo más fervorosa. No fui al coro, porque había asuntos de comunidad, y no se podía cerrar el torno. La mandadera tenía lástima de que no pudiera estar en el coro, y me dijo:

-Quisiera saber en qué consiste que los días que está usted en el torno hay más cosas, y no puede usted ir al coro. Pero yo estaba tan llena de consuelos y tan contenta como si estuviera en el coro.

Los días que hay jubileo se abre poco, si no hay cosas precisas; pero los días que me han tocado a mí, no he podido cerrar, y me he conformado con la voluntad de mi Dios, porque lo que quiero es hacer su voluntad santísima, sea en el coro o en medio del convento, pues en todas partes hallo a mi Dios.

Bendito tan gran Dios.

Hice todas las comuniones espirituales que pude, renové los votos, hice visitas al Santísimo Sacramento y a mi dulce Madre y Señora, y recé todas las demás devociones, pero tuve poco rato de asiento de la lección: solo una hora y media en tres veces, por no tener tiempo para más. Aproveché todas las ocasiones, aunque fueron pocas, practicando las virtudes con la ayuda de mi Dios, y estaba dispuesta para todo lo que se ofreciera para gloria de mi Dios. No tuve fatigas ni tentaciones, porque el alma estaba con paz, gracias a mi Dios.

Dos de las veces que hice la oración, fueron de contemplación de la Divinidad. En la primera, los conocimientos de mi Dios encendían el alma en actos de amor. La otra fue de la Pasión, pero no tuve tanto recogimiento; sí atendí a los ejemplos que me daba mi amado Esposo y le pedí gracia para imitarlos en cuanto pudiera.

Por la tarde en el oficio divino rezamos los Dolores de mi dulce Madre, y le pedía: que me recibiera al pie de la Cruz, pues allí me la habían dado por madre. Durante todo el oficio, me parecía que estaba con mi amada Madre y Señora al pie de la Cruz, que le ofrecía mi alma a su santísimo Hijo, y que mi amado Esposo recibía mi alma, la entraba en la sagrada llaga de su costado, y se la volvía a entregar a mi Señora y Madre amabilísima.

Estuve todo el oficio con mi alma llena de consuelos, aprendiendo obediencia, caridad, paciencia, y mansedumbre; todas estas virtudes las miraba mi alma, y deseaba imitarlas. Quedé llena de agradecimiento y amor a mi Dios, sintiendo mis muchas ingratitudes con las que he correspondido a tantos beneficios como mi Dios me ha hecho.

Alabado sea eternamente.

Hice el examen de conciencia, y no encontré faltas conocidas, por lo que di gracias a mi Dios, y le pedí perdón de las que no conocía.

Gracias y alabanzas sean dadas a mi Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y a mi dulce Madre y Señora también.

Día 26. Cumplí con todo. Durante casi toda la mañana, algunos ratos desde que comulgué, me sucedió que no sabía lo que hacía, porque las potencias y sentidos estaban tan adormecidos, y estaba tan tonta que no sabía hacer nada. ¡Estaba con Dios!

Como lo conté más largo el día pasado, lo digo para no repetirlo.

Tuve más ocasiones que ayer de hacer la oración, pero no hice nada, porque estaba como dormida, aunque conocía que tenía a mi Dios presente. Las dos medias horas que tuve de oración por la mañana, ambas fueron como una criatura que está cargada de sueño.

Por la tarde, tuve las potencias y sentidos más hábiles, y la presencia de Dios más viva, pero no pude hacer mucho, porque mi alma estaba ocupada en alabar con fervor a mi Dios y a mi Señora y Madre, convidando a todas las criaturas a que la hicieran por mí. Adoraba a mi Dios con el espíritu, y cuanto podía con el cuerpo, adoraba a mi Dios postrada en tierra, aunque fueron pocas veces por falta de soledad.

Por la noche, tuve la oración de contemplación del infinito amor de mi Dios. El alma se encendió en este amor, y quedaron las potencias inflamadas para seguir alabando a mi Dios con deseos muy vivos de que todas las criaturas lo amaran, alabaran y sirvieran. Con esta disposición pedía a mi Dios perdón de mis faltas, aunque por su misericordia no había caído en ninguna que yo conociera, pero le pedía perdón por las muchas, que por mi miseria habría caído sin conocerlas. Di gracias por los beneficios, y con la bendición de mi amado Esposo y Señora y Madre amabilísima me fui a recoger[205]. Si voy fervorosa, aunque me duerma, parece que no lo hago, porque el alma se queda tan despierta que no le estorba el sueño para estar amando.

Gracias a mi amado Dios y Esposo amabilísimo de mi alma.

Alabado y ensalzado sea por siempre. Amén.

"cuando un señor llama a algún pobre"

Septiembre 27. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice con fervor los actos de fe, esperanza caridad y el ofrecimiento, porque amanecí bien dispuesta para el recogimiento interior. Tuve la oración de la Pasión,

[205] A la celda.

sobre la crucifixión en la presencia de mi amado Jesús crucificado, y me parecía que lo estaba viendo. Después oí una misa, y estuve lo mismo; meditando en la Pasión de mi amado Esposo Jesús. La ofrecí a mi Dios por mano de mi Señora y Madre como preparación de la comunión, pidiéndole a mi dulce Madre: que me alcanzara todo lo que mi Dios quisiera que tuviera, y quitara de mí todo lo que le desagradara. Esta petición la hago con mucha frecuencia, nacida del deseo que tengo de agradar a mi Dios, y no desagradarle ni en lo más mínimo.

Seguí las horas con fervor, teniendo presente a mi amado Esposo Jesús padeciendo por mi amor, y le daba gracias por el beneficio de la Redención por mí y por todas las criaturas. Parece que le agrada a mi amado Esposo que tenga dedicado el viernes a este fin, y el mismo Señor hace que no deje de hacerlo, poniéndose a la vista del alma y llenándola de afectos, de compasión y amor hacia un Señor de tanta misericordia y bondad.

Deseaba con ansia recibir a aquel mismo Señor que quiso padecer y morir por mí. Quería darle descanso en mi corazón, y entonces mi alma veía a mi amado Esposo sentado en mi corazón, enseñándome sus sagradas llagas, y diciéndome:

-Mira lo que he padecido por ti y por todos, y que mal me lo han agradecido.

Mi alma se llenaba de dolor y le repetía muchas gracias por mí y por todas las criaturas. Luego me fui a hacer algunas cosas de haciendas, con el mismo recogimiento y presencia de mi amado Señor y Esposo amabilísimo de mi alma.

Pasaron algunas cosillas que me mortificaban, pero no me sirvieron de mortificación, porque estaba mi Señor y Esposo presente, y como lo veía tan ofendido y despreciado, en esta ocasión no podía sentir los desprecios sin ahogarme con ellos; aunque fueron muchos, para mí solo eran frioleras[206].

Me fui otra vez al coro, donde parecía que me esperaba mi Señor para llenar mi alma de consuelos, en unión íntima con mi amado Esposo. Fue tan grande el recogimiento interior, que no sé lo que me pasaba, pues toda mi alma se quedó como anegada en su Dios. Así estuve un rato; después me empleaba en alabanzas, actos de amor y agradecimiento, y en pedir por todas las necesidades que estoy obligada, con deseo de la mayor gloria de mi amado Señor y Dios amabilísimo.

Después salí a hacer otras cosas de casa. Tocaron al refectorio, fui, y allí estaba sintiendo una amorosa fuerza que me tiraba desde el coro, como si mi corazón estuviera atado y tiraran de él. Sin irme a comer me fui al coro, donde mi Dios me llamaba. Al entrar, dije a mi amado Esposo:

-Cuando un señor llama a algún pobre, es para darle alguna limosna. Aquí me tienes Señor mío, Vos sabéis mi pobreza y cuan llena estoy de los andrajos de mi miseria; vestidme Señor mío, con las vestiduras de vuestra gracia, y serviros de mí en lo que quisierais. Vos me llamáis, y no tengo méritos, pero tengo los vuestros y los de vuestra Madre que todos son míos.

Todo esto llenaba de tanta dulzura mi alma que no se puede explicar.

Volvió a presentarse otra vez a la vista de mi alma lleno de dolor, coronado de espinas, cansado y fatigado, diciéndome:

-¿Quieres que descanse en tu corazón?

[206] Asunto poco importante.

Se lo ofrecí al instante, y le decía:

-¿Qué puedo yo hacer Señor mío, para daros alivio?

Y me decía mi amado Esposo:

-Llora los pecados, que son los que me ponen como me ves.

Quien me mandaba llorar, me dio las lágrimas; lloraba porque era mi Dios ofendido, y deseaba con ansia que se convirtieran todas las criaturas para que no lo ofendieran más. Le pedía a mi amado Esposo: que me escondiera en las llagas de sus pies para que no lo ofendiera, y que me tuviera allí escondida y presa para no poder apartarme jamás. Diciendo esto, me enseñó mi amado Esposo la sagrada llaga de su costado, y me dijo:

-Ésta es tu casa o nido, donde quiero que estés siempre. Aquí tienes tu descanso.

Y me parecía que mi alma entraba en aquella morada de delicias. Así estuve un poco de tiempo, pero era preciso ir a comer; aunque no necesitaba entonces otra comida que la de estar con mi Dios, era preciso hacerlo por otras circunstancias, y lo hice con brevedad y con poca cantidad. Mientras comía, seguí considerando en la Pasión de mi Señor Dios. Tenía presente la hiel y vinagre que habían sido el regalo que los hombres dieron a mi amado Esposo Jesús, cuando estaba más debilitado y sin fuerzas, por estar desangrado y cansado con el peso de la cruz. Me hizo llorar mi delicadeza y falta de mortificación en la comida, pues aunque con disimulo soy delicada y no me venzo para comer muchas cosas de las que ponen en el refectorio; si no me gusta lo que me dan, me castigo en no comer otra cosa más que pan.

A fuerza de poner el pensamiento en mi Señor y Esposo, me he ido venciendo en muchas cosas que no podía pasar, pero con todo, en otras he tenido bastante falta de mortificación. Pedí perdón y procuré mortificarme en algo.

Volví otra vez al coro, pues deseaba estar en presencia de mi amado Esposo. Allí seguí una hora con mi amado Esposo que parecía que no quería que me fuera; estuve una hora, porque no me podía ir, pues como me parecía que mi amado Esposo me decía que no me fuera, no lo podía hacer.

Este tiempo, estuve al pie de la cruz de mi amado con mi Señora y Madre, contemplando quién era este Señor que había querido padecer por nosotros. Sentía los pecados, y pedía que no se perdiera el fruto de la Redención en tantas almas.

En la siesta, seguí el oficio divino con recogimiento. Después no estuve tan fervorosa como había estado hasta la media tarde, pero siempre en la presencia de mi Dios, y aprovechando todas las ocasiones que se ofrecieron de ejercitar las virtudes.

Las devociones las cumplí todas: las comuniones espirituales fueron con mucha frecuencia, las visitas al Santísimo fueron muchas, pues casi todo el día estuve acompañando a mi Señor y amado Esposo Sacramentado, adorándolo en este sagrario y en todos los del mundo. Convidaba a mi amada Señora y Madre, a los santos ángeles y a todos los santos, como he dicho otras veces, a que dieran gracias por este beneficio, por mí y por todas las criaturas. La lección la tuve una vez al día, y no desperdicié ninguna ocasión de ejercitar las virtudes.

Acabé el día como acostumbro, haciendo el examen de conciencia, y no encontré faltas conocidas; di gracias a mi Dios, pedí perdón de las que no conocía, y la bendición a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora.

Sea alabado, ensalzado y glorificado el Señor, Dios de infinita misericordia, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Ensalzado sea Dios.

Amado sea Dios.

Día 28. Al levantarme hice lo acostumbrado. No tuve oración, porque me había levantado a las cinco y tenía quehaceres. Solo hice la primera visita a mi Señor Sacramentado y Señora y Madre, haciendo el ofrecimiento de todo, pidiéndoles la bendición y licencia para todo, pero con alguna sequedad que me duró todo el día. Algunos ratos estaba fervorosa, pero duraban poco.

Me preparé para comulgar, pidiendo de limosna, como un pobre que no tiene vestidos decentes para ir a un convite, y los busca prestados. Yo no los pido prestados, sino que de limosna pido todo lo que mi amado quiere que tenga; se lo pedía por los merecimientos de mi amado Esposo Jesús, en quien confiaba.

En la comunión estuve fervorosa, pero no tanto como otros días. A poco de comulgar, tuve que irme a mi obligación que fue penosa, y así tuve motivo para ejercitar la paciencia y conformidad con la amabilísima voluntad de mi Dios, porque como no tenía tanta ayuda como otras veces, en algunos ratillos me resultaban un poco más duras todas las cosas. Cuando lo conocía, pedía perdón a mi amado Esposo y mi Señora y Madre, y que no me desampararan, pues como sabían, era mucha mi miseria. Seguí la mañana con el ejercicio de la paciencia que no faltó en que ejercitara.

La hora de oración de la tarde y de la noche la tuve con sequedad y con algunas distracciones que procuré desechar. Me recogía, y me volvía a distraer. Pedía perdón, por si aquellas distracciones eran por mi culpa, y si no lo eran, me conformaba con la voluntad de mi Dios. Procuré satisfacer en parte, los descuidos de la mañana, pero la lección espiritual de la tarde, tampoco la hice, por descuido.

Las comuniones espirituales fueron menos, y en las visitas al Santísimo Sacramento, también me descuidé por la mañana. Corporalmente, no podía ir a hacerlas, como otras veces las hago, desde donde estoy. La lección espiritual de la mañana no la tuve por falta de tiempo. En la tarde y la noche procuré satisfacer en parte, los descuidos.

Las demás devociones y mortificaciones las hice. En el examen de conciencia, no encontré otra cosa más que lo dicho. Son bastantes faltas para quien tanto debe.

Bendita sea la misericordia de mi amabilísimo Dios, que tanto sufre las ingratitudes de esta miserable.

Dios sea bendito.

Septiembre 30. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice lo que acostumbro al levantarme, ya sabe usted, con recogimiento interior.

Desde que me levanté tuve una presencia de mi Dios que me tenía recogida y humillada por la grandeza de la majestad y mi mucha pobreza.

Me alegro cuando me da mi Dios este género de presencia, porque me hace escrutar las virtudes con más cuidado, y la oración con más recogimiento. Estando

así, la oración es una contemplación sin buscar, porque a cada instante las potencias quedan paradas en la contemplación de la grandeza de su Dios, que es un mar infinito, y deja el alma anegada sin tiempo ni lugar, sino como quiere o cuando quiere. Por eso digo, que me alegro cuando me viene esta presencia de mi Dios, porque me la dan, y me lo dan todo hecho.

Bendita sea la infinita sabiduría que gobierna las almas y atiende a su flaqueza. Como un padre amoroso que cuida a sus hijos más endebles con más cuidado que a los robustos, así mi amado Esposo y Señor cuida tanto de no dejarme sola, y al mismo tiempo lo hacer todo, porque ve mi mucha flaqueza. Aunque esté presente, como no me lleve cogida, empiezo a tropezar, y como esta gran miseria la ve mi amado Dios y Esposo de mi alma, no me deja sola más que el tiempo preciso para que lo conozca. Cuando ve que lo he conocido, acude a cogerme otra vez, y a llevar la carga para que no me pese mucho.

Padre mío, con este conocimiento que me da mi Dios y Amado de mi alma, ¡ojalá! lo pudiera amar muchísimo y pudiera hacer que todas las criaturas lo amaran.

Acudo a usted, padre mío, pues a usted le da mucho más conocimiento de las grandezas de las obras de su misericordia y amor.

Estos conocimientos que me da mi Señor y Esposo de mi alma son la causa de que me alegre el día que desde que despierto encuentro que me dan de gracia la presencia de mi Dios, del modo que he dicho o de otro modo, porque como este Dios es tan poderoso, da muchas cosas distintas.

Sea como fuere, me alegro mucho, porque conozco que mi Amado me lleva asida y no dejará que me caiga. Vivo con este consuelo, no por no padecer, sino porque en estos días no conozco caer en faltas, porque mi Dios lo hace todo.

Por la tarde tuve más sequedad, y con más trabajos en el cuerpo por la falta de salud. Esta tarde me apretaron todas las cosillas que padezco, y además me tocó estar en el torno, que fue lo más penoso, porque hay mucho trabajo. Por la misericordia de mi Dios estuve serena en mi interior llevando con paciencia el trabajo, y haciendo actos de conformidad. Con mucha frecuencia estos actos eran lo único que hacía de virtud, pues me quedaba como sin aliento para poder hacer otros.

Por la tarde, en cuanto acabé mi ejercicio en el torno, me fui a tomar algún alimento, y a la cama. Pero me dio la conciencia el aviso de que no había ido a visitar a mi amado Esposo Jesús Sacramentado. No me había tomado ese poquito de trabajo para ir a visitar a mi Dios, a mi padre, a mi hermano y a un esposo amante que preso por mi amor, está aguardando que vayan a visitarlo. Me enternecí un poco, y pedí perdón a mi amado Esposo por mi poca fidelidad y amor, y desde la cama adoré a mi Señor e hice la comunión espiritual. Mi alma quedó encendida en amor a mi Dios, Señor y Esposo, y se deshacía en amor y agradecimiento, por este gran beneficio de haber querido quedarse sacramentado. Convidaba a todas las criaturas para que alabaran y dieran gracias por mí, y yo las daba a mi Dios en nombre de todas las criaturas.

Pasé la noche fervorosa, y aunque me quedaba dormida algunos ratos, el alma alababa a su Dios y despertaba más fervorosa, gracias a mi Dios. Es tan grande su misericordia que cuando me descuido, me avisa como si tuviera alguna necesidad de mí.

Bendito sea tan gran amor.

Las devociones no las cumplí todas. El oficio parvo, lo conmuta el *Magnificat* y las visitas al Santísimo fueron menos por mi ocupación y por lo que ya he dicho; las comuniones espirituales no fueron pocas; la lección, no tuve ninguna por falta de tiempo, y en el examen solo encontré las faltas dichas. Aunque me parecía que no era culpable, pedí perdón por si eran faltas de delicadeza.

Dios sea bendito. Amén.

1 de octubre de 1811. La gracia de Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos Amén.

Al levantarme, hice lo que acostumbro. La oración fue de la prisión de mi Señor y Esposo de mi alma. Muchas veces me sucede que al meditar cualquier paso de la Pasión de mi amado Esposo y Señor, me parece que lo estoy viendo. Se presenta a la vista de mi alma como estaba en aquella ocasión. Pero donde mi vista se para es en las virtudes que en estas ocasiones practicó de obediencia, caridad, humildad, paciencia, mansedumbre y demás. No me paro en los dolores, solo las virtudes me hacen parar, y en el conocimiento de quién me da aquellos ejemplos, y ha bajado del cielo a enseñarnos. Se enciende en mi alma el deseo de imitarlo, y el agradecimiento a tan divino maestro que quiso hacerlo a costa de tantos trabajos.

De esto saco los propósitos que hago, aunque después falte por mi miseria, al menos me hace desear tener las virtudes, y poner de mi parte lo que puedo, pidiéndoselo todo a mi Señor. De esta oración de la mañana me quedó la presencia de mi amado Esposo Jesús, viendo como obedecía a unas criaturas perversas por sus pecados, este Dios y Hombre se sujetó a ir donde lo querían llevar sin manifestar enojo, sino gran paciencia y humildad.

Algunos días, no todos, parece que lo estoy viendo con los ojos del alma, y como con esta presencia están presentes los ejemplos, ando recogida y cuidadosa para no desperdiciar nada. El ejercicio de las virtudes se hace sin trabajo, y no deja obrar a la miseria que queda como sujeta. Este beneficio me lo hizo mi Amado este día.

Tuve algunas distracciones, pero pronto se quitaban de en medio, porque mi Señor avivaba su presencia, y me avisaba de mi descuido. Yo le pedía perdón y volvía a caminar con fervor. Algunos ratos parecía que se ocultaba un poco, pero volvía pronto.

Las dos medias horas de oración que tuve en la mañana y la tarde, fueron de recogimiento y fervor. La oración de la noche no la hice con provecho, porque me vino una pesadez de sueño que no dejaba de molestarme, y me dejaba incapaz para todo. Este sueño no es como el que le he dicho a V.R. que he tenido en otras ocasiones que era un sueño natural, no común para mí que me lo ha dado Dios ligero, pero esta noche se hizo pesado, acompañado de un dolor de cabeza fuerte que si me hacía violencia para desecharlo, me descomponía el estómago. Estuve en el coro cerca de una hora, y lo único que hice fue padecer. Fui a acostarme, y toda la noche fue trabajosa. Lo ofrecí a mi Dios en satisfacción de mis pecados, pidiéndole que los uniera con sus méritos santísimos.

Las devociones las cumplí: las visitas, las comuniones espirituales, la lección, el examen de conciencia y todo lo ordenado lo hice, gracias a mi Dios y Señor a quien pido perdón por todas las faltas que en todo tendría.

Sea bendito. Amén.

“los Santos Ángeles”

Día 2. Hice lo acostumbrado con recogimiento interior, pero no seguí la oración, porque me fui; lo primero, un poco de tiempo a escribir, pues sabía que no podría hacerlo durante el día, y no lo había hecho anoche por haber estado mala, como he dicho. Después, tuve la lección espiritual. Apenas empezó la oración tuve que dejarla, porque llegó la hora del coro para las horas. Me quedé con mucho recogimiento interior, de modo que puedo decir que no la dejé, sino que añadí la vocal a la mental, y así seguí las horas y la misa con la presencia de la Divinidad de mi Dios muy viva. Acompañaba el ejercicio de las virtudes interiores, adorando a mi Dios, alabándolo y dándole gracias por todos, y en particular le daba este día gracias por el beneficio de habernos dado el santo ángel de la guarda. A éste agradecía el cuidado con que me asistía, y le pedía perdón por las muchas veces que no había atendido sus inspiraciones que me llevaban a buscar a mi Dios. Le pedí: que continuara conmigo con misericordia, guiándome, defendiéndome y asistiéndome en todo, para que hiciera la amabilísima voluntad de mi Dios. Después de misa, me fui a la obligación del torno, haciendo lo que acostumbro de pedir la bendición, adorar a mi Dios y Esposo de mi alma, pidiéndole de nuevo su gracia para acertar en todo, y que todas mis palabras, obras y pensamientos estuvieran dirigidos a su mayor honor y gloria y ésa misma petición se la hago a mi Señora y Madre.

Este día la Santa Iglesia hace conmemoración de la Festividad de los Santos Ángeles para recordarnos el beneficio que todos hemos recibido de la infinita bondad de nuestro Dios. Quiso que lo tuviera más presente que otros días para valerme de la protección de estos santos ángeles, y al mismo tiempo agradecer a mi Dios por mí y por todas las criaturas este beneficio. Les pedía a los Santos Ángeles que alcanzaran muchos auxilios de gracia para todas las almas.

Esto lo hago también otros días, cuando mi Dios quiere dejarle a mi alma sentir o conocer la presencia de los santos ángeles. Me hace mucho bien, porque me dan conocimientos de mi Amado, y mi alma se inflama mucho y pasa buenos ratos, porque son buenos amigos y llevan el alma a su Dios. Con mucho cuidado hacen las obras de Dios con perfección, y procuran que las hagan todas las almas. Cuando éstas se lo piden, andan muy atentos para que estas almas no pierdan nada en el adelanto de la perfección en que Dios las quiere.

De esto tengo experiencia. En algunas ocasiones me he visto cercada de dudas y temores sin tener a quién preguntar ¿cómo hacer lo mejor? Se lo pedía a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora, y mi alma conocía que me había venido la luz por medio de mis santos ángeles, que parecía que me decían:

-Ésta es la voluntad de mi Dios. Hazlo así.

A veces me pongo a escribir y no digo lo que pienso, pues digo alguna palabra precisa, y luego me voy alargando sin saber lo que digo.

Dios sea bendito.

Seguí con el ejercicio del día con espíritu humillado en la presencia de mi Dios, que me hacía andar con amor y respeto. Cuidaba de aprovechar las ocasiones que se ofrecieron, que fueron pocas, las más de ejercitar la paciencia, que no me costaba trabajo. Cuando el espíritu está humillado no alteran las cosas, si no son ofensas a

Dios. El alma se enoja contra la culpa, pero no con la criatura que la comete, sino que la ama más, porque siente su daño y le desea su bien, pidiéndoselo a su Dios. Por la tarde estuve más distraída; procuré recogerme para el oficio divino, pues recordaba, a los ángeles al principio de los maitines. Les pedí que me ayudaran en el oficio que iba a rezar, y me parecía que veía delante de mí a dos ángeles que adoraban a Dios con gran reverencia. Esto me recordó las muchas veces que lo he rezado con poco recogimiento, y como de costumbre. Tenía deseos de poder resarcir aquellas faltas, y le pedía a esos divinos espíritus que me ayudaran, y pidieran a mi Dios perdón para mí de todas las faltas de atención, respeto y devoción. Recé el oficio divino, teniendo la presencia de los ángeles. Después no seguí con tanto recogimiento, porque tuve que atender a muchas cosas, pero no me distraían de la presencia de Dios, atendiendo en medio de las conversaciones, a lo que me lleva todo el corazón, y las demás era como forzado.

Hice las visitas; aunque no tuve muchas ocasiones de ir al coro, las hice como acostumbro cuando no puedo ir. Las comuniones espirituales, la lección, y el examen, todo lo hice. Falté a una de las mortificaciones exteriores porque no me acordé.

Pedí a mi amado Esposo y Señor y a mi dulce Madre y Señora perdón de todos mis pecados, faltas e imperfecciones de toda mi vida, que son muchísimos, y le di gracias por los beneficios recibidos, generales y particulares, y su bendición para irme a descansar.

Dios sea alabado, ensalzado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amen. Y mi amada Señora y madre, también.

"preguntaba a mi alma: si lo amaba"

Octubre 3. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos y el fuego de su divino amor reine en mi alma. Amén.

Hice lo que acostumbro. La oración fue de los beneficios divinos, y yo llevaba pensado hacerla sobre un paso de la Pasión, pero no me sirvió, porque al entrar en el coro me pusieron presentes los grandes beneficios, tanto generales como particulares que nos hace este Dios de amor tan generoso para repartir a sus criaturas. Se encendió el alma en amor y agradecimiento a la gran bondad de mi Dios y Esposo de mi alma por el amor infinito con que nos ama. Mi amado Esposo quiso darme el conocimiento de tanta ingratitud con que correspondo yo y otras almas, y mi alma sentía afectos de agradecimiento, y de dolor por no haber correspondido a tanto amor. Daba gracias a mi Dios por mí y por todas las criaturas, y a todas les pedía que las dieran por mí.

Después seguí las horas y la misa con recogimiento, teniendo presente lo mismo, pues el alma estaba amando sin cesar. Me parece que fue al final de la misa, pero lo tengo dudoso, pensando en la poca ocasión que tenía para hacer mis ejercicios, que todo era a costa de trabajo, me distraje un poco, pero me avisó mi amado Esposo de un modo tan amoroso que no sé explicar, porque de pronto oí que preguntaba a mi alma si lo amaba, de este modo:

-Esposa mía ¿me amas?

El alma, con mucha prontitud, respondió:

-Tú sabes, bien mío, lo poco que te amo y lo mucho que deseo amarte.

Volví a oír:

-Si me amas, te basto yo.

Con estas palabras parecía que mi Amado había descorrido la cortina, y había manifestado a mi alma su gran inmensidad, que llenaba cielos y tierra, y anegaba mi alma en este mar infinito de su Divinidad. Me quedé sin poder hacer nada, solo amar, porque las potencias del alma quedaron paradas y mi alma se hallaba en medio de aquel fuego divino y ardía en él. Duró poco tiempo, pero quedó el alma inflamada, ocupada en agradecer, alabar y adorar a este Dios de infinita bondad, deseando que todos lo hicieran.

Con alguna frecuencia, mi Dios se manifiesta a mi alma tan de pronto y con tanto amor que el corazón se encendía; no duraba mucho tiempo, pero me hizo estar fervorosa, ejercitando las virtudes interiores, y todo lo que se ofreció exterior, aunque fue poco.

Las tres veces, la oración fue de los atributos divinos, y todo el día estuve bien preparada para esta contemplación.

Hice todo lo demás: la lección, las visitas al Santísimo Sacramento y a mi Señora y Madre, las comuniones espirituales, renovar los votos, examen de conciencia y pedir la bendición a mi amado Esposo y mi Señora y Madre.

Doy gracias a mi Dios por todo, pues me ayudó con su gracia, y le pido perdón por todas las faltas que haya tenido, por mi fragilidad y miseria; aunque no las conozca, a la vista clara de mi Dios, serán muchísimas.

Espero el perdón por su infinita misericordia.

Octubre, 4. Amanecí con mucha sequedad, y así y todo, hice lo acostumbrado sin fervor sensible, pero con cuidado para que no se me quedara nada sin hacer.

La oración fue con sequedad, y en ella pedía a mi amado Esposo y dulce Madre: que me prepararan para recibir la sagrada comunión, pues no tenía ningún fervor, aunque sí estaba atenta a poner de mi parte todo cuanto pudiera. Llegué a comulgar, y el alma se encendió un poco, pero no duró mucho ni tuve ninguna cosa particular. Hice lo que acostumbro para dar gracias, pidiendo a mi Señora y Madre, a los santos ángeles y a todos los santos, que las dieran por mí. Para hacer las peticiones, me puse fervorosa como me sucede muchas veces cuando estoy con sequedad, que para pedir por la conversión de los pecadores, y remedio de las necesidades de la Santa Iglesia y demás, al menos para esto, me da mi Dios fervor. Una vez acabado, volví a quedar en sequedad y miseria. También padecía en el cuerpo, y todo lo que hacía era con trabajo; solo me ayudaba la conformidad con la voluntad de mi Dios, que gracias a su misericordia le daba mucha serenidad a mi alma para que todo lo que padecía, lo ofreciera a mi amado Esposo. Le pedía que lo uniera con lo muchísimo que había padecido por mi amor. Y yo iba haciendo lo que podía, aunque fuera tan miserable.

En la siesta, el oficio divino y la oración de la tarde las hice algo más fervorosa, y no me costó trabajo lo que hacía, porque estaba acompañada con la presencia en mi alma de mi amado Esposo, y algunas veces la de mi Señora y Madre, que sin palabras, el alma lo conocía, tenía un gran consuelo, y se sentía inflamada en el amor de su amado Esposo.Ya no sentía el peso de los males del cuerpo, que por la mañana le habían sido tan pesados, y algunas veces, viéndose tan sin fuerzas para todo, decía:

-Dios mío, ¿cuándo me sacaréis de esta prisión donde está mi alma atada a este cuerpo tan miserable para que estando libre de él, te ame y alabe por una eternidad?

No lo decía por no padecer, sino que me parecía que no amaba a mi Dios, porque la carga de mis miserias me estorbaba, y por eso deseaba salir de ellas. Al instante hice actos de conformidad con la amabilísima voluntad de mi Dios, y gustosa me ofrecía a padecer todo lo que quisiera, pues solo deseo y quiero que se haga en mí su santísima voluntad.

Padre mío, cuando el alma se halla con deseos grandes de volar a su Dios, y permite este Señor que se halle como atada y con un peso que no puede hacer las cosas, sino con mucho trabajo por su Dios, vivir le sirve de martirio, y es preciso hacer actos de conformidad para poder llevar con gusto las miserias de esta vida.

Así pasé la tarde, y al principio de la noche, solo con mirar al cielo, por casualidad, me vinieron a la memoria las palabras del salmo 18: *coeli enarrant gloriam Dei*, que llenaron de mucho consuelo mi alma, y las repetía, pues me pareció el cielo más hermoso que otras noches, y me quedaba con esta consideración: "los cielos declaraban la gloria de Dios, y las obras de sus manos las anunciaba el firmamento". Esto me hacía alabar a mi Dios por las grandezas de sus obras, y al mismo tiempo me parecía que aquella hermosura, que yo esta noche notaba más que otras noches, manifestaba la misericordia de mi Dios para con nosotros, y que este amabilísimo Dios estaba deseando derramarlas a manos llenas.

Se encendía mi alma en deseos de que todas las almas, no pusieran estorbo para que su Dios amante derramara en ellas sus grandes misericordias. Estos pensamientos me hacían decir sin cesar: que con sus divinos auxilios preparara las almas para recibir la gracia que esperaban, por su infinita misericordia.

Ésta fue la ocupación de mi alma esta noche. Cuando el sueño no me vencía, velaba con su Dios, que nunca duerme para favorecer a las almas que eran fieles a este Dios, aunque la mía sea la más ingrata que todas.

Bendita su gran bondad que no atiende a mis ingratitudes para dejar de atender a mi alma con tanta misericordia.

Hice las visitas a mi Señor Sacramentado y Señora y Madre amabilísima, y las comuniones espirituales. En la lección no pude leer por un fuerte dolor de cabeza, y oí leer con intención de que supliera la falta de hacerlo yo. Renové los votos, hice el examen de conciencia, y no encontré faltas conocidas, por la misericordia de mi Dios, que me asistió con su gracia. Le di gracias, y le pedí perdón de las no conocidas.

Con frecuencia, pedía a mi amado Esposo y dulce Señora y Madre, la bendición y licencia para todo, pidiéndoles que me asistieran con su gracia y protección para hacerlo todo, según su santísima voluntad.

Sea dada gloria y alabanza a mi Dios, por todos los siglos. Amén. Y a mi dulce Madre y Señora, también.

Día 5. Al levantarme, hice lo acostumbrado: ofrecimiento, actos de fe, esperanza, caridad y adoración. Me levanté tarde, porque estaba mala, también le acompañó mi delicadeza, pues me parece que me dejo llevar más de lo necesario, y por eso solo tuve lugar de hacer la primera visita a mi Señor Sacramentado. Seguí las horas con

sequedad, aunque estaba con recogimiento interior, en la presencia de mi Dios. Lo mismo estuve en la misa, y después me fui a cumplir con mi obligación, donde seguí lo mismo, en la presencia de mi Amado, a quien continuamente alababa, adoraba y daba gracias, por sus beneficios. En fin, ejercitaba todas las virtudes interiores y exteriores que se ofrecían, con trabajo de la parte inferior, pero el alma estaba serena y deseosa de hacer mucho por su Amado. Así estuve media mañana; a la otra media se añadió que no podía hacer otra cosa más, que pedir a mi amado Esposo por la conversión de un pecador, que supe que habían cogido preso, y me dijeron: que pronto le quitarían la vida. Me fatigué, y empecé a pedir a mi amado Esposo, por la salvación de aquella alma.

Acordándome de que por ella había muerto y padecido mi Señor, le decía:

-Acordaos Amado mío, que bajasteis del cielo a la tierra para redimir esta alma, y por esto os pido su conversión.

A mi Señora, le pedía: que lo alcanzara de su Santísimo Hijo.

Estas peticiones las seguí todo el día, haciendo fuerza a mi amado Esposo, y con mucha confianza y satisfacción, le decía:

-Dadme el gusto, Señor mío, de que esta alma se convierta.

Seguí diciendo otras cosas que se me venían, y todo lo ofrecía a mi amada Señora a fin de procurar hacer cuanto pudiera. Tuve hora y media de oración por no tener lugar para más, con sequedad que es lo que tengo la mayoría de los días. Las visitas las hice a mi Señor Sacramentado y a mi Señora y Madre; las comuniones espirituales, también; renové los votos, tuve la lección, pedí con frecuencia la bendición a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora, hice el examen de conciencia, y no encontré faltas conocidas, di gracias y pedí perdón por todo lo que hubiera faltado sin conocerlo.

Dios sea bendito por todo. Amén.

Día 6. Al levantarme, hice lo acostumbrado. En la oración, no estuve fervorosa, pero sí recogida en la presencia de mi Dios, y lo mismo en las horas. En la comunión, el alma atenta a su Dios se empleaba en alabar sus infinitas misericordias y amor.

Seguí todo el día con la presencia de la Divinidad, dando gracias y pidiendo. Deseosa de agradar a mi Dios, procuraba hacer cuanto podía, conociendo la protección de mi dulce Madre y Señora.

Por la tarde, estuve más fervorosa y hacía las cosas con más fervor y menos trabajo. Las dos horas que tuve la oración fue con recogimiento, contemplando en los atributos divinos, y con la continua presencia de Dios, que era como estar en oración. Las comuniones espirituales y las visitas al Santísimo Sacramento y a mi Señora y Madre fueron con mucha frecuencia; renové los votos, y en fin hice todo lo ordenado. En el examen de conciencia no encontré faltas conocidas, pedí y pido perdón de las no conocidas, y di gracias por todos los beneficios. Pedía con frecuencia la bendición de mi amado Esposo y dulce Madre, y también ofrecía las aspiraciones[207] o jaculatorias con que andaba el alma ocupada en los ejercicios exteriores.

Dios sea bendito por todo. Amén.

[207] En mística: afecto encendido del alma hacia Dios.

Día7. Hice todo lo ordenado, con la diferencia de que estuve más distraída en la hora y media de oración. Procuraba recogerme, y en el discurso del día, hacía lo mismo para no perder por mucho tiempo la presencia de mi Dios. Algunas veces lo conocía pronto y ponía de mi parte el remedio, pero nunca es igual este género de presencia de Dios conseguida con trabajo, que la que Dios me da cuando quiere, pues a ésta no le estorba nada, porque lo hace todo Dios. La otra, por más cuidado que se tenga, se cae en muchos descuidos, y se obra con mucha flaqueza.

Tuve faltas en las comuniones espirituales, y cuando conocía la falta, pedía perdón y procuraba hacerlo con más frecuencia para en parte satisfacer la falta que había tenido. Con frecuencia me distraía y dejaba de hacer algunas cosas, pero también con frecuencia me enmendaba. Mi deseo era que fuera para siempre, pero era para poco tiempo, pues mi Dios quería o permitía que conociera mi nada y mucha miseria, y estuviera siempre humillada. Las visitas a mi Señor Sacramentado las hice las veces que pude. Llevé con paciencia alguna entrada de sentimientos de amor propio, y como no les di acogida, fueron de paso, gracias a mi Dios que quiso que lo conociera, y me ayudó con su gracia para no admitirlos en mi corazón.

Tuve la lección, renové los votos, pedí la bendición a mi dulce Madre y Señora y a mi amado Esposo en todas las cosas importantes, pero tuve algunos descuidos con más frecuencia en las cosas que hago todos los días. Hice el examen, y pedí perdón de lo dicho, y de lo no conocido.

Dios sea bendito. Amén.

Octubre 8. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos, y el fuego de su divino amor habite en mi alma.

Al levantarme hice todo lo acostumbrado. Con espíritu fervoroso y recogido estuve en la oración, las horas y la misa, y después de pedir la bendición, a mi amado Esposo y Señora y Madre, me fui a la grada, por conformarme[208] con todas, pero mi amado Esposo me concedió estar sola entre muchos, y no me estorbó nadie para estar atenta a su divina presencia, y ejercitar todos los actos de virtudes que podía sin perder tiempo. De cuando en cuando salía como si se me ofreciera algo, y me iba a visitar a mi amado Esposo Jesús Sacramentado. Volvía llena de consuelos y fervorosa para no desperdiciar nada en el servicio de mi Dios.

Seguí recogida la mañana y la tarde. Después del oficio divino, hubo manifiesto, y mi alma sentía mucho agradecimiento a mi Dios por este beneficio de haberse quedado en este Sacramento, y de haberme concedido la gracia de estar en su santa casa, donde con tanta frecuencia puedo estar en su presencia.

Llena de consuelo decía a mi amado Esposo:

-¿Qué haré, amado Esposo y Señor mío, para corresponder agradecida a tan gran beneficio?

Y me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Amor, con amor se paga.

Mi alma decía:

-Dadme, Amado mío, lo que pedís o enseñadme a practicarlo.

[208] Ser de la misma opinión que otros.

Y entendía:

-El que verdaderamente ama, no se mira a sí mismo, porque todo su cuidado lo tiene en su amado; no busca su honor, sino el de su amado; no siente sus ofensas, sino las de su amado, y procura la honra y el honor para su amado.

Esto es lo que me parecía que me decía mi amado Esposo, y como la inteligencia estaba tan clara, me encendí en vivos deseos de cumplir lo que oía, y olvidándome de mí, solo atendía a mi amado Esposo y Señor con más cuidado que hasta aquí. Tenía el alma encendida y cuidadosa de no desperdiciar ocasión en que pudiera dar gloria a su Dios.

Acabé de pasar el día con gran fervor en la presencia de mi Dios, y todo lo hice bien, porque me lo daban hecho. Las comuniones espirituales fueron muy frecuentes y con gran consuelo de mi alma. Renové los votos, tuve la lección espiritual y lo mismo las visitas a mi Señor Sacramentado. A mi dulce Madre y Señora le pedí la bendición para todo, y me aproveché de todas las ocasiones que se me ofrecieron. Hice el examen y no encontré faltas que conociera. Di gracias, y pedí perdón de todas las de mi vida.

A Dios sea dada gloria, honor y alabanza, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y a mi Señora y dulce Madre, también.

Día 9. Al levantarme hice lo acostumbrado. Aunque con sequedad, pero con recogimiento interior en la presencia de mi Dios, tuve la oración, las horas y la misa. Después de pedir la bendición de mi amado Esposo y Señora, me fui al torno a cumplir con la obligación, donde hice lo que acostumbro y he dicho otros días.

Me costaban trabajo las cosas que hacían ruido por el dolor de cabeza que tenía, y mi ejercicio de la mañana fue ejercitar las virtudes de paciencia y conformidad.

Por la tarde tuve algunos ratos distraída, aunque no muchos, porque al instante remediaba mi falta con la ayuda del Señor. Hice la oración, las visitas y las comuniones espirituales con recogimiento, renové los votos, y pedí la bendición a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora. No hice la lección por falta de tiempo, pues de noche, que puedo hacerla, no la hago por mi falta de vista.

Por la noche tuve algunas faltas: hablé algunas palabras ociosas en los ratos que estaba distraída, atendiendo a las conversaciones, pero no falté más, porque sentía un aviso interior y al instante ponía remedio y pedía perdón. Hice el examen, pedí perdón de todo, y di gracias a mi Dios, que tanto me sufre.

Sea para siempre alabado por su misericordia.

“un gran deseo de que mi Dios purificara mi alma”

Octubre 10. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice lo acostumbrado, al levantarme. En la oración estuve con recogimiento y saqué muchos propósitos de humildad, paciencia y mansedumbre, porque con los ejemplos de mi amado Esposo, se encendió mi alma en vivos deseos de imitarlo. Quedó el alma como fervorosa y deseosa de que se me ofreciera algo que sufrir por mi amado Esposo.

¡Pero qué grande es la miseria mía! ¡Qué poco duran estos deseos! En llegando la ejecución de la obra, no se hace como se ha deseado hacer. Estaba llena de vergüenza al ver que una hormiga de la tierra sienta cualquiera palabrilla que no le siente bien a su falta de humildad, habiendo querido un Dios Hombre sufrir tantos desprecios e injurias por nuestro amor. Con estas consideraciones pasé las horas y la misa.

Después bajé al torno, donde estuve con recogimiento hasta media mañana que fui ejercitándome en las virtudes interiores en la presencia de mi Dios.

Luego me fui a esperar para la confesión, haciendo lo que acostumbro: pedir a mi amado Esposo perdón de todos mis pecados, la gracia de enmendarme, y un verdadero dolor de todas mis culpas. Todo lo pido por los dolores de mi dulce Madre y Señora a quien rezo tres avemarías en reverencia de sus tres mayores dolores, para que me alcance verdadero dolor de todos mis pecados, y perdón y gracia eficaz para no volver a pecar.

Después, doy gracias a mi Dios por la institución de los santos sacramentos, donde nos dejó el infinito valor de sus méritos y sangre preciosísima. Les pido a mi dulce Madre y santos ángeles: que den las gracias por mí.

Tenía un gran deseo de que mi Dios purificara mi alma para que le fuera agradable. Me vino un conocimiento de la pureza de mi Dios que no quiere nada manchado, y con grandes afectos le pedía: que purificara mi alma para que nunca fuera separada de mi Dios. Me parecía que mi amado Esposo rociaba mi alma con su preciosísima sangre, y la unía a sí. Recibía tan gran consuelo, que no lo sé explicar. Estuve un rato, gozando de las dulzuras de mi amado Esposo, con tanto agradecimiento por su infinita misericordia e inmenso amor con una criatura tan miserable e ingrata, que se deshacía mi alma en amor. De nuevo pedí a mi Amada Señora y Madre y a los santos ángeles que dieran las gracias por mí. Me parecía que me decía mi dulce Madre: que fuera fiel a tanto amor; que debía mucho a mi Dios, pues hacía con mi alma tan grandes cosas, que no las conocería en esta vida, y que correspondiera a este amor con obras de amor Al conocimiento de mis muchas ingratitudes nacidas de mi poco amor, le acompañaba el dolor, que me hacía derramar lágrimas.

Estando en esto, salió la que estaba confesando que no se le ocultarían mis lágrimas. Entré, pero me costaba trabajo tener que desechar lo que interiormente ocupaba mi atención.

Es tanta mi miseria, que apenas me había acabado de pasar, ya temía y me repugnaba decirlo, por si eran aprensiones de mi imaginación. Como la conciencia me acusaba, dije algo, aunque no como lo he dicho ahora, no por no vencerme, sino porque de palabra no puedo decirlo como por escrito. Por eso lo dejé, para decirlo en otra ocasión, por si no fuera verdadero lo que digo. Aunque lo diga por escrito, no por eso le doy crédito hasta que V.R. lo apruebe, y con lo que no esté conforme, me avisa, y será su sepulcro la candela.

No temo escribirlo antes que V.R. lo sepa, pero sí temo que sea falta de mortificación, no poder decirlo de palabra. Si es así, dígamelo para que obedezca a V.R. aunque me cueste trabajo, que quien debe mucho, razón será que se esfuerce por agradar a su Señor, y ya que sea perezosa para hacerlo de grado, que lo haga a la fuerza. Lo que estoy diciendo, lo digo de voluntad, pero a la parte inferior no le acomoda, y se resiste. La luz interior del alma, como está agradecida a su Dios con

deseo de agradarle y de que se sirva de mí como sea su santísima voluntad, me hace decir esto, y lo digo muchas veces: que solo quiero que se cumpla en mí la voluntad de mi amabilísimo Dios sin poner yo impedimentos con mis ingratitudes.

Aunque sea yo tan miserable, los deseos que me da mi Dios son buenos, pero con todo, falto y no los cumplo muchas veces por mi fragilidad.

Doy a mi Dios las gracias, porque por su misericordia me ha dado uno de sus ministros, que haciendo sus veces en la tierra, me haga cumplir la amabilísima voluntad de mi Dios.

Aunque yo no quiera atender a los divinos auxilios, los veo claros cuando me manda cumplirlos, como me está sucediendo con la escritura que por más claro que haya conocido que es la voluntad de mi Dios, y a pesar de que me doy cuenta con claridad, algunas veces me resisto.

Estos días, ha sido una de ellas. Empecé despacio a fuerza de avisos interiores para que le diera cuentas, hasta de lo más mínimo. En presencia de mi amado Esposo y de mi dulce Madre y Señora ofrecí, como usted sabe, dar cuenta de todo antes de que usted me lo mandara. Luego empecé a pensar, que eran tonterías mías, y no quería ir tan despacio, aun cuando usted me lo mandó, dándome la lista de todo, y que interiormente había tenido luz de que era la voluntad de mi Dios. Lo peor fue que cuando pasaron unos días, me cansé, y decía: que no era necesaria tanta prolijidad; que en diciendo lo preciso, no era menester más, y me quedaba tan serena, pensando que no faltaba, porque decía todo lo preciso y tenía por ociosas las otras cosas que suelo decir. Empecé otra vez a aligerar un poco, sin dejar ninguna cosa esencial. Si se me venía explicar algunas cosas, decía alguna palabra y dejaba de decir las demás con el pretexto de falta de tiempo. Era incapaz de escribir, entre el dolor de cabeza, que me vino de repente, y el tintero y las plumas que se pusieron malas, y parecía que no querían escribir. Estas cosas no me despertaban para hacer lo que debía, sino que las aprovechaba para lo que yo quería, que era no hacerlo, y me decía:

-Dios no quiere que escriba, porque todo lo que escribo son mentiras, y por eso me ha puesto así, que hasta la tinta y la pluma lo manifiestan.

Anoche tuve distintos pensamientos, y dije:

-Mi padre me lo manda, y no atiende a lo que digo del mal de mi cabeza; pues voy a obedecer a Dios que me lo manda por medio de la obediencia.

Me puse a hacerlo, que parecía se me iba el juicio, pero a medida que lo estaba haciendo se fue aliviando la cabeza, y el dolor no me molestaba tanto. Esta medicina ha curado mi cabeza.

Después de confesar, me vino más luz para conocer todo lo que he dicho, porque oí las palabras de V.R. y como vienen de Dios que habla por su boca, hieren, abrasan y hacen despertar. Hice nuevos propósitos, y pedí perdón a mi Dios y a mi dulce Señora y Madre.

A V.R. le pido, por el amor de mi Dios, que pida por mí para que me dé su gracia para no ser tan miserable.

Me he puesto a escribir con ánimo de declararlo todo sin dejar ninguna palabra; Dios quiera que me vengan cuando esté escribiendo.

Dejo a su cuidado que me avise cuando hable más de lo necesario. Ahora que quiero, temo mucho no hacerlo bien, porque ofrezco mucho, pero cumplo poco.

Espero en Dios y en la poderosa intercesión de mi Señora y Madre piadosísima.

Vamos a seguir.

No puedo seguir sin hacer antes mi confesión, pues procuré ir para hacerla vocalmente, no hubo tiempo, y por eso no quería que se pasara el día sin hacer lo que estuviera de mi parte, para de algún modo dar satisfacción de mis faltas. Seguí con el mismo recogimiento interior, y con espíritu humillado y agradecido a mi Dios y Esposo de mi alma, a quien durante todo el día le pedía perdón, y le daba gracias por todo.

En la oración de la tarde estuve con mucho recogimiento, meditando en el infinito amor de nuestro Dios para con sus criaturas. Seguí con el alma inflamada con el amor de su amado Esposo presente, y algunas veces en el oficio divino me parecía que tenía a mi amado Esposo Jesús en mi corazón; me causaba gran consuelo, y mucho más, cuando decía a mi alma: que si lo amaba. Esto me hacía conocer mi poco amor, y me encendía en unos deseos tan vivos de amarlo, que se deshacía el alma, y el corazón parecía que se quemaba, causándome dolor; pero era dulce que no me hubiera importado morir de él.

Este día hice todo lo ordenado: visitas al Santísimo y a mi dulce Madre y Señora, comuniones espirituales con frecuencia; renové los votos; hice la lección espiritual; aproveché las ocasiones que se ofrecieron, y pedí la bendición y licencia a mi amado Esposo y Señora Madre.

Dios sea alabado y ensalzado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y a su Madre y mi Señora, también.

Octubre 11. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice lo acostumbrado al levantarme. Seguí la oración con recogimiento, pues desde que me levanté, estuve en la presencia de mi Dios que es lo que llena el alma del verdadero recogimiento de potencias y sentidos, si es la presencia de la Divinidad que me da mi Dios, y algunas veces me hace el favor de que sea con frecuencia. Me hace estar tan atenta llena de respeto y amor, como un padre que está a la vista de su hijo, y éste como está viendo a su amado padre está contento. Lleno de respeto y temor para no desagradar a su padre, vive con mucho cuidado, procurando darle gusto en todo y no haciendo nada que pueda disgustarlo. Así estuve este día, todo el tiempo en presencia de Dios, aunque no con mucho fervor sensible como otros días suelo tener.

La oración no fue la ordenada, pues pocos días la tengo por no tener tiempo y estar ocupada en cosas de mi obligación. Por descuido, no la dejo ningún día. Por lo regular solo puedo tener media hora por la mañana, y con la comunidad media hora por la tarde y otra media hora por la noche. Esto es casi todos los días, menos los de fiesta que tengo más de dos horas o quizá tres, porque como no me ocupa el torno, no falto del coro, nada más que para lo muy preciso, o para escribir, que entra dentro de lo preciso.

Este día, la oración fue de la Pasión. Yo estaba como si estuviera viendo a mi Señor, aprendiendo de sus admirables ejemplos y sacando los propósitos de imitarle en cuanto pudiera. Por mi miseria, tengo muchas faltas, pero mis deseos me parecen verdaderos, y saco de ellas afectos de agradecimiento y amor a un Dios tan misericordioso y amoroso con sus criaturas.

En la mortificación de mis sentidos, no hice tanto como podía haber hecho y hago otros días que vivo con más cuidado. En las demás cosas, hice todo lo ordenado: las visitas al Santísimo Sacramento y a mi Señora y Madre pidiéndoles la bendición y la licencia para todo, renové los votos, y he aprovechado las ocasiones de ejercitar las virtudes en las obras del día. Podía haber hecho más, pero se me han pasado algunas ocasiones, por inadvertencia, pues no las conocí hasta después.

Este día, no sé por qué, si sería por descuido, se me pasaban las cosas, pero a mí me parece que estaba con cuidado, y ciertamente, con deseo de que no se me pasara nada. Me humillaba cada vez que conocía que ahora podía haber hecho esto o aquello, y ya había pasado.

He cumplido las devociones, hice el examen de conciencia, pedí perdón a mi amado Esposo de todas mis faltas y le di gracias por los beneficios. El oficio parvo no he podido hacerlo, y he rezado la conmuta. Algunos días, no puedo hacer algunas horas, y éste ha sido uno de ellos que solo he rezado cuatro horas por breviario, y lo demás por Magnificat[209].

Lo digo con tanta menudencia, porque así lo tengo ordenado y si usted pensara que lo hago todo todos los días, declaro que es así. Me parece que si digo que está todo cumplido, digo la verdad, pero lo digo para quitarme de tener fatiga. Podía decirlo de palabra, pero se me olvida, y por eso lo hago por escrito.

Dios sea bendito.

"En Dios lo hallamos todo"

Octubre 12. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice lo acostumbrado. Desperté con mucho recogimiento y me levanté con fervor. Después del ofrecimiento, tuve la oración; fue del amor infinito con que nuestro amabilísimo Dios, con su infinita sabiduría, procura nuestro bien eterno, no dejando nada por hacer para atraernos y llevarnos como si tuviera necesidad de nosotros para algo. Siendo las criaturas más favorecidas de su Dios, somos las más ingratas, porque todas las criaturas irracionales hacen la voluntad de su creador, y las racionales, que tanto deben, no solo no hacen su voluntad, sino que lo ofenden tanto como si no fuera su Dios, su creador y absoluto Señor.

Estas consideraciones inflamaban mi alma de amor, viendo tan gran bondad, y de dolor, viendo lo mal que correspondo yo y otras criaturas.

Lo más importante era la luz que mi alma recibía del don infinito de nuestro Dios, que si su Pasión no fuera superabundante para redimir muchos mundos que hubiera, volvería a padecer por una sola alma, tanto es el amor de nuestro Dios. Conocía estas cosas como si me lo dijeran, aunque no era con palabras, y se encendía mi alma en vivos deseos de que todas las almas se salvaran y no se perdiera el fruto de tan copiosa Redención. Estas eran mis peticiones y los deseos de mi corazón para que mi Dios fuera glorificado.

[209] Utiliza la palabra latina del himno, pero la convierte en plural.

Salí de la oración con afectos de agradecimiento y amor hacia un Dios tan digno de ser amado y servido, y llena de dolor, viendo lo mal que se corresponde a este amor, me hacía decir:

-¡Oh amor! tan poco conocido y tan mal correspondido.

¡Oh! si pudiera yo hacer que todas las criaturas te amaran y sirvieran con toda su alma y con todo el corazón, porque sois nuestro creador, porque sois nuestro redentor, y porque Vos lo merecéis.

¡Oh Dios de infinita majestad y grandeza! que olvidando vuestra altísima majestad, atendéis a estas hormigas de la tierra, y éstas no os quieren atender a Vos.

¡Ay, Amado mío! no puedo sufrir la pena de veros ofendido y saber que yo he sido una de las criaturas más ingrata, pues no he sabido corresponder a vuestros beneficios, sino con pecados e ingratitudes.

Bendita vuestra infinita misericordia que tanto me ha sufrido a mí y a todos. Yo os doy gracias, amado Esposo y Señor mío, por mí y por todas las criaturas, y por todas y para todas os pido perdón. Dadlo, Señor mío, pues sois la luz verdadera de quien viene toda luz; dadle a todas las almas conocimiento de Vos; que sean atraídas a Vos por el conocimiento de vuestra bondad, de vuestra misericordia y de vuestro poder. ?

Almas, ¿Por qué buscáis fuera de Dios que es todas las cosas? En Dios lo hallamos todo, y fuera de Dios, no hay más que perdición.

Estas y otras cosas parecidas fueron los afectos de mi alma, en particular por la mañana.

Por la tarde, también estuvo el alma inflamada, aunque menos que por la mañana, pero teniendo siempre a mi amado Esposo a la vista de mi alma que estaba atenta para alabar, agradecer, pedir y esperar con confianza. Esto ocupaba el alma conociéndolo todo, aunque estuviera atenta a la labor.

En la oración, siempre estuvo el alma recogida en la contemplación de los divinos atributos.

Este día como acostumbro, la tuve cerca de dos horas. Las visitas a mi amado Esposo, Jesús Sacramentado y a mi Señora y Madre las hice con más frecuencia que otros días, y les pedí bendición y licencia. Renové los votos, tuve la lección, cumplí las devociones, aproveché las ocasiones que se me ofrecieron, tanto para las mortificaciones como para ejercitar cualquiera virtud.

Acabé el día, pidiendo perdón de las faltas no conocidas.

Dios sea bendito.

“un solo Dios en esencia y trino en las personas”

Octubre 13. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice lo acostumbrado al levantarme, pero no pude tener ni media hora de oración, porque me levanté tarde. Desperté a las cuatro, y no me levanté por delicadeza, pues me parece que la mañana que me levanto un poco más temprano, me siento con la cabeza peor, y por eso hice intención de no levantarme hasta las cinco, que es la hora de levantarme la mayor parte de los días, pero me quedé dormida hasta cerca de las seis, de modo que, todo el día he sentido la falta No dejo de temer, si esto será por demasiada delicadeza mía, pues pierdo el precioso tiempo de la mañana, que

es tan apropiado para orar. Apenas pude tener un cuarto de hora de oración, para prepararme para la comunión. Lo pedía todo de limosna, pues no hay en mí más que pobreza y miseria; si todo no me lo dan de limosna, no tengo mérito alguno que ofrecer.

Como tenía esa falta, se lo decía a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora. Como si no lo supieran, les ponía presente ésta y todas las demás faltas; pedía perdón, y la gracia, de que mi amado Esposo purificara mi alma, con su preciosísima sangre, y la adornara con todas las virtudes para llegar a recibirle. Ésta fue mi oración: pedir perdón, humillada en la divina presencia, confesando mi nada, y pidiendo gracia para enmendarme. Durante el tiempo de las horas estuve recogida, y como he dicho, humillada en la divina presencia. Llegué a comulgar, con los deseos que tengo siempre de llegar con la misma preparación que han llegado las almas que más agradan a Dios.

Después de comulgar, se encendió mi alma en el amor con la unión más íntima con mi amado Esposo y Dios. Gozaba el alma de mucho consuelo, viéndose unida a su Amado, y daba las gracias fervorosa, convidando como hago siempre, a mi Señora y Madre, a los santos ángeles, y a todos los santos para que alabaran y dieran gracias a mi Dios, de este beneficio tan grande.

Seguí así la mayor parte de la mañana; después tuve que tratar otras cosas, y aunque conservaba la presencia de Dios y en mi interior lo adoraba y decía algunas jaculatorias. Unas veces lo alababa, otras sentía las ofensas, otras pedía perdón, y así aprovechaba el tiempo, pero algunas veces, si la imaginación se iba, pronto volvía a recogerla para no pensar más que en mi Dios.

Todas las veces que tuve la oración fue con mucho recogimiento, y siempre de la Divinidad, pues aunque empezara por la humanidad, me llevaban a la divinidad; a la contemplación de un solo Dios en esencia y trino en las personas, de un Dios que no tiene principio ni fin, de un Dios que solo a sí mismo se conoce, y nadie puede comprender, a un Dios que apenas descubre a las almas un poquito de su grandeza, las deja anegadas sin poder comprender nada, y menos decirlo, pues no tienen términos con qué manifestar lo que conocen sin conocerlo.

¡Oh! grandeza de mi Dios incomprensible e inimitable, infinito en el poder, en la sabiduría, en misericordia y justicia, y en el amor y liberalidad.

¡Oh Dios mío! A ti, Señor, te ofendemos las miserables criaturas; a ti bondad infinita, a esta luz, le asombra el gesto de maldad que hace la criatura cuando peca. ¿Qué diré, amado Dios y Señor mío, cuando veo que no nos castigas, como merecemos, sino que nos buscas llamándonos y esperándonos?

¡Oh Dios mío! ¿Cómo no se deshacen todos los corazones de los hombres, al ver la bondad de este Dios?

¡Oh almas redimidas
con la sangre de mi Señor!
No estéis más ciegas;
mirad que os llama el Señor;
no os hagáis más sordas.

Acudamos todas al Señor,
que con mucho amor,
nos está ofreciendo
su gracia y perdón.

Por la noche tuve alguna distracción por atender a algunas conversaciones con más atención que de costumbre, pero pronto volvía a recogerme, porque lo conocí, y pedí perdón a mi amado Esposo y Señor de aquella distracción de palabras ociosas.

Padre mío, es tanta mi miseria que no puedo creer que haya otra criatura que me gane; aunque haya otras que han pecado más, pero no han recibido lo que yo. Ninguna que haya recibido lo que yo, habrá correspondido con las ingratitudes que yo.

Bendita la misericordia de mi Dios que tanto me sufre. No puedo dejar de alabar su infinita bondad, y humillarme hasta la nada.

Todas las demás cosas ordenadas las he hecho. La visita a mi amado Esposo Jesús Sacramentado y a mi Señora y Madre dulcísima. Para pedirles la bendición y licencia para todo, me salió mal en dos ocasiones que me descuidé, y fue cuando tuve esas faltas que he dicho.

La lección la tuve, los votos los renové, las devociones las cumplí, la mortificación interior, aunque tuve alguna, no la tuve como debía, y ya lo he dicho con las faltas. Las ocasiones de ejercitar las virtudes las aproveché, aunque fueron pocas para hacer algo por mi Dios. En el examen, solo encontré lo dicho; pedí perdón de las faltas y di gracias por los beneficios.

Gloria, honor y alabanza sea dada a mi Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y a mi dulce Señora y Madre, también.

Día 14. Al levantarme, hice lo acostumbrado con fervor, pues desperté fervorosa. Después del ofrecimiento, actos de fe, esperanza, caridad, y adoración, seguí la oración con recogimiento. Empecé por un paso de la Pasión, pero me dieron para contemplar la grandeza de nuestro Dios. Apenas comencé a pensar, y me llevaron al conocimiento de quién era el que quiso padecer, el alma se quedó anegada en esta inmensidad y grandeza de su Dios. De esta oración salió el alma inflamada en el amor de su Dios, con deseos de que todas las criaturas lo amaran y sirvieran, y con mucho agradecimiento a la bondad infinita de mi Dios que quiere ser servido y amado por nosotros. Para esto nos puso un precepto como si tuviera necesidad de nosotros para algo.

Bendita tan gran bondad, amor y misericordia.

Pasé la misa y las horas con estos afectos de amor, agradecimiento y alabanza a mi Amado. Después me fui al torno, haciendo lo que acostumbro antes de abrir: pedir la bendición y licencia a mi amado Esposo y Señora y Madre, y ofrecer todo lo que haga, hasta las respiraciones, para gloria de mi Dios y honor de mi Señora y Madre a quien pido que sea mi ayuda, me ampare, y no permita que en el trato con las criaturas, desagrade yo a mi Creador. Cumplía con mi obligación sin perder un instante la presencia de mi Dios, y ejercitando mi alma en los actos de las virtudes interiores y exteriores.

Todo lo que se ofrecía, lo iba llevando por igual, tanto lo que venía mal como lo contrario lo llevaba con alegría y conformidad, en todo atenta a mi Dios. Si se presentaba algo, aunque fuera pequeño, que pudiera hacer por su amor, alegrándome y dando gracias a mi amado Esposo lo hacía; pero era tan poco que ni el deseo se contentaba.

La oración como de costumbre, y siempre con recogimiento. Las visitas, las comuniones espirituales, la lección, renovar los votos, mortificaciones y pedir la bendición a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora, todo lo hice. Gracias a mi Dios, no encontré faltas conocidas en el examen. Dios sea bendito y alabado por todo. Amén.

"Hoy acudí a santa Teresa"

Octubre 15[210]. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme, hice todo lo ordenado, pero con sequedad. Tuve la oración, la misa y las horas, no distraída, pero sin fervor sensible. Hice todos los actos de virtudes que acostumbro, y caminaba en la presencia de mi Dios en todas las ocupaciones. Conociendo mi nada, y deseando agradarle en todo, lo adoraba interior y exteriormente, y cuando tenía ocasión lo adoraba postrada. Lo adoraba, unas veces en honor de mi Señora y Madre dulcísima, otras en honor de los santos ángeles y santos, como hago en las visitas de mi amado Esposo Jesús Sacramentado y de mi Señora y Madre, pues me valgo de hacerlo así, para que ellos suplan lo que a mí me falta, y sea más agradable a mi Dios el ejercicio de virtudes, que debo hacer, para corresponder en parte a mi creador, mi Señor y mi Dios.

Me llena de vergüenza decir que como esposa correspondo como la más vil de las esclavas, cuando ni siquiera merezco ser la esclava de sus fieles esposas. Conociendo esto, siempre acudo a aquellos medios donde me parece que puede ser admitida la pobreza de mis obras. Hoy acudí a santa Teresa, pidiéndole fuera mi protectora y abogada ante mi Dios y Esposo, y ante mi Señora.

¡Oh Madre! alcanzadme la gracia de imitarla con perfección en las virtudes. Por su infinita misericordia, mi Dios me había concedido algunos de los favores como los que había concedido a la santa.

Padre mío, todo este día y la tarde de ayer, he estado como avergonzada por lo que acabo de decir. No podía hacer otra cosa que humillarme y alabar la infinita misericordia de mi Dios para conmigo, pues concede más favores a quien no lo merece, y a mí me los concede, solo atendiendo a los infinitos méritos de mi Señor Jesucristo y los de mi dulce Madre y Señora que son lo único que tengo para ofrecer, y ofrezco en acción de gracias por los favores recibidos y por los que espero de su infinita bondad, por tiempo y eternidad.

Las comuniones espirituales fueron frecuentes, hice la renovación de los votos, la lección espiritual y las mortificaciones de los sentidos; podía haber hecho más, pero soy muy descuidada y dejo pasar muchas cosillas, que aunque son muy chicas, el que debe mucho si no aprovecha hasta los maravedís[211], no podrá juntar para dar a conocer que

[210] Festividad de Santa Teresa de Jesús.

[211] Moneda de poco valor.

pone de su parte algo para satisfacer lo mucho que debe. Siento estas faltas por descuido, aunque no sean graves y sean inadvertidas. Para otra vez, pondré más cuidado.

Las visitas al Santísimo Sacramento las hacía desde donde estaba, pues no pude ir mucho al coro por estar ocupada. En el examen, pedí perdón de todas mis faltas, di gracias a mi Dios por sus beneficios, y pedí la bendición a mi amado Esposo y dulce Madre.

Gloria sea dada a Dios por todos los siglos. Amén.

"me vino un toque de amor"

Día 16. Al levantarme, hice todo lo ordenado. Seguí la oración con recogimiento y fervorosa, con grandes deseos de agradar mucho a mi Amado, y no dejar de hacer ninguna cosa que pudiera agradarle por pequeña o trabajosa que fuera.

En todo lo demás que siguió, misa y horas, estuve con mucho recogimiento en la presencia de mi Dios. Después me fui al torno e hice lo que acostumbro y he dicho. Estaba cuidadosa de mi obligación para agradar y a mi Dios, a quien tenía presente, y se lo ofrecía todo, fuera trabajoso o no, porque solo atendía al juicio de mi Dios y nada al mío.

Hacia media mañana, me vino un toque de amor tan fuerte que no sé explicar ni sé su nombre. Digo esto, porque fue como si hubieran arrimado un fuego grande a un poco de estopa, y de pronto hubiera ardido toda. De este modo me parece que era lo que sucedió a mi alma: vino un fuego de amor que la abrasó toda, y además participó el cuerpo que parecía que me iba a quitar la vida; no sentía ninguna fatiga, sino un gran consuelo, pero tuve que dejar caer la cabeza en la pared, porque me quitó las fuerzas. Estuve un rato conociendo que mi alma estaba unida a su Amado. Como está un hierro en la fragua que parece fuego y no hierro, así estaba mi alma en aquella fragua del divino Amor. Así estuve un rato, y quiso mi amado Esposo que no hubiera nadie en el torno, pues fue el único rato tranquilo que he tenido en todo el día, que ha sido uno de los que ha habido más trabajo.

Este ratico[212], me puso incapaz de servir, aunque no del todo, pues apenas pasó lo fuerte de la unión, las potencias del alma inflamadas, se deshacían en alabanzas a su Amado, y en dulces coloquios, donde mi amado Esposo manifestaba a mi alma lo mucho que la ama, y mi alma, queriendo corresponder.

Mi Dios lo remedió, pues al mismo tiempo permitió que se ofrecieran mucha cosas juntas que había que atender, y era trabajoso, aunque todo lo atendía, gracias a quien me ayudaba, pues entre los afectos que sentía el alma, no podía parar de hablar de cosas precisas, por lo que tenía que hacerme fuerza, y una vez dije a mi amado Esposo y Señor:

-Amado mío, yo no puedo con tanto.

Tenía que atender a dos cosas de cuidado y no podía, porque me llevaba toda la atención mi Amado. A esto me respondió mi Señor:

-Estas fatigas que pasas por atender a la obligación, son un ramillete de flores, con que me recreas.

[212] Diminutivo de rato.

Pasé todo lo que quedaba de la mañana y parte de la siesta, en un continuo amor a mi Dios que manifestaba a mi alma, ya su hermosura, ya sus riquezas, y muchas de sus divinas perfecciones. Me pedía que lo amara por estas perfecciones y divinos atributos, diciendo a mi alma:

-Ámame, porque soy tan bueno, tan amoroso y tan hermoso…

En medio de estos coloquios, tenía que atender a los pobres; lo de menos era tener que atenderlos, sino que me causaba alguna aflicción no poderlos remediar, porque lo que dan de comunidad es poco, y los pobres son muchos.

Todos los días el pan que ahorro, lo guardo para el día que me toca estar en el torno. Como esta semana he tenido que estar todos los días, solo tenía ahorrado el pan del día, y lo partí con los pobres. Pero como no cesaban de llegar pobres, fui por el que había reservado para mí, y se lo di también. Me dijo mi amado Esposo:

-Tú me has dado los bienes que yo te he dado, y yo todo me doy a ti. Tú das la nada y recibes el todo que soy yo.

Padre mío, no puedo explicar los afectos y efectos que causaban en mi alma todas estas cosas, porque yo no estaba en mí, no por falta de los sentidos, sino que me tenía mi Dios tan asida a sí que no podía tener ni un pensamiento fuera de mi Dios.

Después de decirle a mi amado Esposo: que no podía con tanto ni podía atender todas las cosas, que me había quedado una flaqueza de fuerzas y que no podía hacer nada, me vinieron unas fuerzas extraordinarias; no parecía que tuviera cuerpo, pues iba tan ligera a todo lo que se ofrecía que no sabía si volaba o andaba, porque, como he dicho, no estaba en mí y lo hacía todo sin sentir.

Hasta las dos, puedo decir que más estuve gozando de mi Dios que en este mundo, porque el espíritu llevaba al cuerpo, y éste no sentía los trabajos.

Desde las dos, empecé a sentirlos y me volvió otra vez la falta de fuerzas, los dolorcillos de cabeza que padezco, aunque no de los fuertes, y en el corazón sentía tanto ardor que parecía que se estaba quemando, porque se había quedado hecho una fragua, y cualquier cosa hacía que ardiera más.

La tarde no ha sido como la mañana, pero quedó el alma tan bien dispuesta que no ha desperdiciado nada. Los ratos de oración con la comunidad y otra media hora por la noche, los tuve con recogimiento interior. Empezaba por la Pasión, y al instante me daban otra cosa, y seguía por donde me llevaban. Seguí, como todo el día, contemplando en los divinos atributos.

Las peticiones por la Santa Iglesia, por el Reino y demás necesidades fueron continuas. El gran deseo de la gloria de mi Dios, me hacía que pidiera con bastante insistencia, pues conozco el amor que Dios nos tiene, y que nos ha criado para la eterna felicidad, de gozarlo eternamente. Esta voluntad amabilísima de mi Dios, no se cumple en las almas que se pierden por su culpa, porque si estas almas acudieran arrepentidas de sus culpas a pedir perdón, serían al instante perdonadas por la infinita misericordia de nuestro Dios, pero si no lo hacen, serán justamente castigadas, por la Divina Justicia. Esta voluntad de mi Dios, me mueve a pedir tanto por la conversión de los pecadores, como eficaces auxilios y perdón para todos. Sé que en esto doy gusto a mi Dios, y por eso tomo más ánimo para pedir en nombre de todos y para todos.

“no para mí, que soy un jumento”

Padre mío, no sé si me explico, de modo que me pueda V.R. entender; por eso temo tanto, porque veo que soy muy tonta, y no sirvo para estas cosas, pero si ésta es la voluntad de mi Dios, hágase, y que me perdone lo mucho que me resisto.

Amado Dios y Señor mío, no atendáis a mi miseria para que os sirva en lo que queráis y como queráis, pues hasta los jumentos sirven en las casas de los señores.

Ahora me acuerdo de que en uno de estos días pasados, cuando me dejé llevar de la tentación de no querer escribir, porque una de las cosas que más temo es que por mi falta de explicación diga lo que no es, estaba pensando, que estas cosas son buenas para quien supiera explicarlas, y no para mí que soy un jumento. Mientras estaba pensando esto, parecía que en mi interior me decía mi amado Esposo:

-Yo escogí un jumento para entrar triunfante en Jerusalén, y que todos me aclamaran como el Mesías.

Entendí que no importaba que yo fuera como un jumento, si mi Dios quería manifestar en mí la grandeza de su misericordia.

Con este conocimiento me ofrecí de nuevo a mi Dios, deseando que se cumpliera en mí su santísima voluntad.

No le dije esto en la primera ocasión que tuve de hablar a V.R., porque estaba con la misma tentación, pues al poco tiempo de haberme pasado esto, me parecía que estas palabras eran figuraciones de mi imaginación, y que lo que hacía era decir lo que no era. Después me he acordado de esto muchas veces, pero no en las ocasiones que lo pudiera decir ni escribir. Ahora me vino tan a punto, que no lo podía dejar. Confieso mi falta por no decirlo, y pido perdón a mi Dios por mi falta de obediencia y de mortificación.

Voy a acabar. Este día lo hice todo: la lección la tuve dos veces, aunque poco rato; hice el examen, y las comuniones espirituales, con frecuencia como si recibiera a mi amado Esposo sacramentalmente. Las visitas al Santísimo, como no podía ir con frecuencia al coro, desde donde estaba las hacía de modo que he dicho. Las devociones las cumplí todas, y aproveché todas las ocasiones que se me ofrecieron. Con frecuencia, les pedía a mi amado Esposo y dulce Madre, la bendición. Todo lo hice con bastante fervor.

Dios sea bendito.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

“san Juan recostado sobre el pecho de mi Señor”

Día 17. Al levantarme hice lo ordenado. Después tuve una media hora corta de oración, porque me levanté más tarde. Cuando me levanto a la hora determinada por V.R., solo tengo media hora de oración, y aprovecho este tiempo que me queda en rezar el oficio parvo. Por la mañana rezo maitines, laudes y horas, y por la tarde, vísperas y completas, pero el día que me levanto más tarde, no puedo hacer más que la oración después del ofrecimiento, y este día me sucedió que la oración fue corta, aunque la hice recogida. Al final de ella hice las peticiones que acostumbro, y hoy en particular pedí por dos personas eclesiásticas que se ocupan en la dirección de las

almas, y me parecía que mi amado Esposo me manifestaba que les tuviera particular amor. Veía a una de estas personas como a san Juan recostado sobre el pecho de mi Señor, y el corazón divino de mi amado Esposo Jesús lo enriquecía de virtudes y sabiduría para llevar almas a Dios. Me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Lo lleno de dones para que los reparta, especialmente con mis esposas que no solo ha de guiarlas en su vida por el camino de perfección, sino también, porque después de su muerte, han de ayudar a muchas almas con sus escritos.

Llegó la hora de empezar las horas, salí de esto y me quedé agradeciendo a mi amado Esposo este beneficio que hacía a esta alma, y por su medio a otras muchas. Si esto no fueran tonterías de mi imaginación, pues de una cabeza padecida hay mucho que temer, si esto como he dicho, fuera verdadero, padre mío, alabemos la gran misericordia, de nuestro amabilísimo Dios para con sus criaturas, y téngase por dichoso el pastor a quien el padre de familia le encarga el cuidado de aquellas ovejas más queridas, que para ello este amoroso padre lo provee de tanta abundancia de sabiduría y ciencia divina, y de todo lo necesario para cuidar a estas ovejas con más cuidado y esmero, apartándolas de las yerbas nocivas de sus malas inclinaciones, y de su propia voluntad. Estos pastores son muy amados, y me parece que he conocido que mi amado Esposo ama con particular amor a todos los que se emplean y ejercitan en el bien de las almas, cumpliendo con perfección, cada cual según haya recibido. También pueden temer los que han recibido del Señor muchos dones y talentos, y los tienen guardados y escondidos, habiendo tan gran necesidad de obreros fieles en la viña del Señor, de obreros que atiendan a adelantar la hacienda de su señor.

Los que han sido llamados para llevar almas a Dios y enriquecidos de dones para ello, pueden temer que se enoje este amoroso padre de familias, y les quite lo que les ha dado, si no quieren trabajar con ello, pues es terrible el enojo de este Padre Dios.

En cambio, alégrense los que trabajen, porque su premio es muy grande, y den gracias a Dios, porque los ha escogido para que lo sirvan, en lo que más le agrada. Si no hubiera quien lo hiciera, el mismo Señor lo haría por el deseo que tiene del bien de las almas.

Bendito seáis Dios de infinita bondad, Dios de infinita misericordia, Dios de infinito amor.

Bendito seáis padre amabilísimo, hermano piadosísimo, esposo celosísimo.

Bendito seáis.Todas tus criaturas te alaben, te engrandezcan, te amen, te adoren y te sirvan.

¡Oh Amado mío! ¿Cuándo haré yo todo perfectamente para darte gusto?

Señor mío, Dios mío, Esposo mío, solo alegra mi alma que seáis mi Dios. Sois para mí, todas las cosas. Nada apetezco más que a ti; tú solo me bastas; tú eres mi vida, y sin ti muero.

Eres mi dueño, haz de mí lo que quieras.

Después de la oración que he dicho, seguí las horas y la misa con recogimiento interior en la presencia de mi Dios, y ejercitando mi alma en la práctica de las virtudes interiores y exteriores que se ofrecían, que fueron muy pocas; el resto de la mañana estuve con sequedad.

Por la tarde seguí con más sequedad.Todo me costaba trabajo, porque la imaginación estaba inquieta, y me molestó bastante, pues hasta en la oración tuve

distracciones, pero procuré desechar todos los pensamientos que me venían, y recogerme.

Por la noche estuve más recogida y fervorosa, porque de pronto, *me dio o rio*[213] mi amado Esposo mi corazón, y lo encendió con su amor. Aunque dure poco lo fuerte, deja el alma bien dispuesta y llena de un fervor que aprovecha para gloria de su Dios.

Hice las comuniones espirituales, renové los votos, tuve la lección espiritual, aproveché las ocasiones de mortificación, que fueron chicas, con paciencia y conformidad, mortificando mis sentidos, lo que podía. Solo con las cosas de mi imaginación desbordada tuve en qué mortificar las potencias, sujetando mi entendimiento para no dar crédito a las cosas que la imaginación me traía. Las visitas a mi amado Esposo Jesús sacramentado y mi Señora y Madre las hice, y les pedí la bendición para todo.

Dios sea bendito.

Octubre 18. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice lo que acostumbro al levantarme, pero con sequedad. Estuve en la oración sin distracciones, y en las horas lo mismo. Hice lo de todos los días para la preparación de la comunión, pero estaba un poco distraída, y llegué a comulgar humillada, reconocimiento mi miseria. Después de comulgar, le pedí a mi amado Esposo perdón de mis muchas faltas, y que purificara mi alma con su preciosísima sangre. Me parecía que mi amado Esposo lo hacía, quedando mi alma hermosa y unida a mi Señor y Esposo. Llena de gran consuelo y dulzura le decía: que me diera su corazón y tomara el mío que era tan miserable, y me diera el suyo que era humilde, obediente, paciente y bueno en todo. Me parecía que veía a mi amado Esposo, con ambos corazones en la mano, y me decía:

-Ambos son míos.

A lo que mi alma dijo:

-Vuestros son, Señor mío, pero quitar del que me habéis dado todo lo que en él hay que no es vuestro.Vos me lo habéis dado, y yo os lo vuelvo a ofrecer para que lo renovéis, y toda yo me ofrezco a Vos para que hagáis de mí vuestra santísima voluntad.

Me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Y yo soy todo tuyo, y me he dado todo a ti.

Con estas palabras estaba el alma encendida en el amor de su Dios, deseando saber en qué le podía agradar. Y me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Mira lo que he padecido por ti y por todos.

Me pareció que con esto me daba a entender, o así lo entendí yo, que quería que padeciera yo también, y que uniéndolo con lo que mi amado Esposo había padecido, lo ofreciera a la Divina Justicia en satisfacción de mis pecados y los de todos.

Yo lo entendí así, y de nuevo me ofrecí a mi amado Esposo para que hiciera de mí lo que fuera de su agrado, me diera todo lo que quisiera que padeciera, se dignara unirlo a sus méritos santísimos, y por su amorosísimo corazón lo ofreciera a la Divina Justicia para que fuéramos perdonados.

[213] No sabemos lo que quiere decir.

Salí del coro para irme a las otras cosillas de obligación, con el alma fervorosa, alabando y dando gracias a mi Dios por todo, y convidando a todas las criaturas del cielo y de la tierra a que alabaran a mi Amado, y en particular a mi Señora y Madre, diciéndole: que las madres y las señoras quedan obligadas a agradecer los beneficios que hacen a los hijos o a las esclavas.

“mi amado Esposo ponía en mi cabeza la corona de espinas”

Después de esto me quedé otra vez en sequedad, y me vino una indisposición de todo el cuerpo que me molestaba bastante, y lo peor de todo era la cabeza, porque el dolor era muy fuerte.

Estuve padeciendo toda la mañana con trabajo, incumpliendo con todo lo que tenía que hacer, pero con alegría interior por padecer por mi Amado.

Después del mediodía, estando con otras religiosas que me estaban hablando, me parecía que mi amado Esposo Jesús estaba junto a mí, y me decía:

-Mira el dolor que yo padecí en mi cabeza con la corona de espinas.

Mi alma correspondió con acción de gracias por estos dolores padecidos por nuestro amor, y de nuevo me ofrecí para todo lo que fuera de su agrado. A la vez estaba atendiendo a lo que me hablaban las religiosas, pero estaba el alma tan atenta a lo que pasaba en su interior que no dejaba de entender lo que le decía su Amado, y responder con prontitud a todo, ofreciéndome de nuevo para padecer.

Me parecía que mi amado Esposo ponía en mi cabeza la corona de espinas, y sentí un dolor tan fuerte que me descompuso el estómago, me causó vómitos, y tuve que meterme en la cama. Allí lo pasé con gran consuelo en mi alma que no perdía la presencia de su amado Esposo.

A la hora de las vísperas, se templó un poco, y conocí que podría estar en el oficio divino. Costándome trabajo fui, animada por la memoria de mi amado Esposo en la cruz sin tener ningún alivio, mis trabajos se me hacían nada. Al acabarse los maitines, me apretó más el dolor, volvió el estómago a fallar y no me dejó seguir rezando allí. Volví a la cama. Aproveché este tiempo en alabar a mi Dios, y pedir remedio para todas las necesidades, hasta cerca de la oración, que me alivié un poco y me levanté. Seguí en la presencia de mi Dios, pero se ofrecieron algunas cosillas que me hicieron distraerme.

Las visitas al Santísimo Sacramento y a mi dulce Madre y Señora las hice con más frecuencia por la mañana.

Por la tarde, aunque estaba atenta a mi Dios, no tuve tanto cuidado, pues con el dolor de cabeza, no estaba tan despierta, y no podía atender a todo, pero sí adoraba a mi Dios desde la cama.

Las comuniones espirituales las hice con frecuencia, y renové los votos; la lección espiritual fue un cumplimiento, pues solo leí cuatro o cinco reglones. Hice el examen de conciencia, pedí las bendiciones a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora, perdón de las faltas y di gracias por los beneficios.

Las demás cosas, van dichas en la explicación del día.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi dulce Madre y Señora, también.

Octubre 19. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice al levantarme la oración con recogimiento, aunque no fervorosa, porque estuve con sequedad, y así seguí en las horas y en la misa. Después me fui a cumplir con mi obligación en el torno, con todo lo que acostumbro y he dicho otras veces.

Seguí en la presencia de mi Dios con recogimiento, aprovechando las ocasiones de practicar las virtudes, en particular la caridad con mis prójimos, pues se me ofrecieron algunas ocasiones en que tuve que animar a unas, para que tuvieran paciencia y conformidad con la voluntad de nuestro amabilísimo Dios.

Esta mañana, todo eran ocasiones para practicar esta virtud, diciendo todo lo que mi Dios me daba para que lo dijera, pues no tengo preferencia con ninguna religiosa, sacando a las que estamos juntas en la celda y lo piden las circunstancias de atendernos unas a otras. Las demás religiosas si me buscan, me hallan; si están enfermas las visito, y a todas las trato con amor sin satisfacciones ni amistad particular, y cuando tienen alguna desazón o fatiga, acuden a contármela. Este día vinieron tres, y todas se fueron distintas de como vinieron, porque a todas las oigo con serenidad, y a ninguna le doy ni le quito la razón. Según lo que me dicen, les digo lo que están obligadas a hacer como religiosas, y las animo con los ejemplos de nuestro Señor y de nuestra Madre y Señora.

De estas ocasiones como pueda huir, huyo, porque no me acomoda saber cosas, pero cuando no puedo huir, hago lo dicho. Esto me hace no perder la presencia de mi Dios, y acudir más en mi interior a mi Dios y a mi Señora y Madre, pidiendo su ayuda y amparo para estar más atenta, pues temo desagradarles con algún pensamiento o palabra que falte a la caridad. Después me quedo más fervorosa, y si he conseguido el bien de mi prójimo, doy gracias a mi Dios, y si no, sigo pidiendo su remedio.

Pasé esta mañana como he dicho, y al mismo tiempo adorando a mi Dios, dándole gracias, pidiéndole perdón y alabándolo.

Por la tarde, no tuve ocasiones exteriores, pero seguí atenta a la presencia de mi Dios, ocupada en los mismos ejercicios interiores.

Hice la oración con recogimiento, las visitas, las comuniones espirituales, la lección y las mortificaciones. Pedí la bendición y licencia a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora, reconociendo el alma la poderosa protección de mi Señora y Madre.

En el examen, pedí perdón de las faltas, aunque no las conociera, pero a los ojos puros y claros de mi Dios, tendré muchas; pedí perdón de todas y de todas las de mi vida, y di gracias por los beneficios.

Dios sea bendito, alabado y glorificado. Amén.

Día 20. Hice lo ordenado al levantarme. En la oración, me preparé para la comunión, contemplando la grandeza del Señor que iba a recibir, y mi grandísima bajeza y miseria. Le pedía a mi Dios como acostumbro, y a mi Señora y Madre, que me prepararan, dándome todo lo que quieren que tenga, y quitando de mí todo lo que les desagrada.

Después de comulgar di gracias con fervor, y únicamente contemplaba la infinita bondad y amor que le hizo quedarse en este Santísimo Sacramento. Pasé la mañana con recogimiento en la presencia de mi Dios, sin fervor sensible y con sequedad.

Por la tarde estuve más fervorosa, y con el alma siempre dispuesta para la contemplación, pues siempre tenía presente la majestad infinita de un Dios poderoso, incomprensible y eterno. Esta presencia de mi Dios me humillaba y me encendía en el amor de su bondad, que atiende a las miserables criaturas.

Por la noche meditaba en lo mismo, reconociendo la gran ingratitud con que yo y otras criaturas correspondemos a esta bondad y misericordia de nuestro Dios. No deberíamos tener ni un pensamiento que no fuera dirigido a este Dios, que no se desdeña de atender a estas hormiguillas de la tierra.

Sentía en mi interior una reprensión que me humillaba mucho, porque conocía que por los beneficios generales hechos a todas las criaturas, todas estaban obligadas a este Dios, por sí mismo, pues es divino, digno de todo honor y alabanza, aunque no hubiera hecho por nosotros los beneficios que nos hace. Si todas las almas deben tener las potencias y sentidos atentos a este Dios para cumplir su santísima voluntad, ¿qué debería hacer el alma, que no solo ha recibido de este Dios de infinita bondad los beneficios generales de todas las almas, sino tantos particulares? Esto llenaba de agradecimiento mi alma, pero me humillaba hasta lo profundo de mi nada, viendo mi mala correspondencia y mi poco agradecimiento, pues no siempre estaba atenta para agradecer estos beneficios de mi Dios.

Estando en esto, me parecía que me decía mi amado Esposo y Señor de mi alma: que debía ser mi ocupación agradecer sus beneficios, pues todo lo hacía por su misericordia con todas las almas. Sentía las ofensas a mi Dios mías, y de todas las criaturas, y pedí perdón por todas y para todas.

Con este ejercicio acabé el día, y por la noche, cuando despertaba, que fueron muchas veces, lo tenía presente y seguía un rato el mismo ejercicio que he dicho.

Hice todo lo ordenado: visitas a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora, comuniones espirituales con frecuencia, cumplí la lección espiritual y las devociones, aproveché todas las ocasiones de ejercitar las virtudes, y pedí la bendición a mi amado Esposo y Señora. En el examen, conocí que había tenido algunas faltas por haber hablado palabras ociosas. Aun sabiendo que mi amado Esposo me llamaba a retirarme de las ocasiones de hablarlas, me detuvo el respeto humano, y que las criaturas no lo sintieran. Con ésta y otras ingratitudes, correspondo a mi Dios. Le pedí perdón, y le di las gracias.

Bendita sea tan gran bondad que tanto me sufre, y bendita sea su misericordia eternamente.

Día 21. Hice al levantarme todo lo ordenado. Seguí con recogimiento y fervor la oración sobre la Pasión, cuando mi amado Esposo fue preso. Saqué vivos deseos de ser humilde y obediente a todas las criaturas, por el amor de mi Dios, pero de poco sirven los deseos sin las obras, y de ésas hay pocas, y si las hay, están llenas de imperfecciones. Al menos los buenos propósitos sirven de algo, pues hacen que me humille al ver mi miseria de no cumplirlos. Saqué de la oración el propósito de hacer lo dicho, confesaba mi miseria en la presencia de mi Dios, y le pedía la gracia para cumplirlos, pues sin ésta, nada puedo.

Las horas y la misa las pasé con recogimiento, ocupada el alma en los actos de las virtudes interiores de adorarlo, darle gracias y alabarlo. No se me ofreció nada para

ejercitar las virtudes; aunque estaba dispuesta para todo y no desperdiciar nada, no encontré. Quizá mi amado Esposo no querría, porque no lo aprovecharía como debo, pues es lo que de ordinario sucede.

La oración de la tarde, la hice con mucho recogimiento; también fue de la Pasión, y me parecía que veía con los ojos de mi alma a mi amado Esposo que me decía:

-Mira lo que he padecido por todas las almas, y lo mucho que me ofenden.

Me afligí mucho, porque me vinieron en la memoria tantas culpas con que mi Dios es ofendido.Al mismo tiempo, me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Mira mi ley santa despreciada sin temor, por los que son dignos de castigo.

Aquí fue mayor mi pena, viendo a mi Dios tan ofendido, y empecé a pedir misericordia para todos, recordándole a mi Señor: lo mucho que le habían costado las almas; que lo ofreciera a la Divina Justicia, para que nos concediera el perdón; que mirara nuestra fragilidad y miseria, y que se compadeciera de nosotros, concediéndonos eficaces auxilios de gracia para enmendarnos. Así estuve pidiendo llena de dolor, al ver a mi Dios ofendido. Después de la oración, me quedé con una pena tan viva que me parecía que nada me la podría quitar, porque todo lo que me recordaba la bondad de mi Dios, su misericordia, su grandeza y majestad, aumentaba mi pena, viendo que era ofendido, y que yo también lo había ofendido.

Hice continuos actos de contrición, pidiendo para todos los pecadores el perdón por los méritos de nuestro Redentor, y por sus dolores a mi Señora y Madre de pecadores, le instaba para que interpusiera su poderosa protección.

Acabé este día con estos sentimientos y afectos, pues la oración de la noche apenas la empecé, al instante se renovaron los mismos sentimientos, y las mismas súplicas a mi Dios, pidiendo: que enviara ministros llenos de celo y amor, que convirtieran almas.

Os lo pido muy de veras, y lo deseo con ansia. Concededme, amado Dios y Señor mío, que yo vea convertidas a todas las criaturas para que sea glorificada tu gran e infinita misericordia, y tu santo nombre sea alabado por todo el mundo. Vos, Señor mío, dijiste que no querías la muerte del pecador, sino que se convirtiera y viviera. Señor mío, dadle eficaces auxilios para que salgan de sus pecados tantas almas que están sumergidas en las tinieblas del pecado y la muerte eterna de sus almas. Señor mío, alúmbralos para que conozcan su gran mal, pues no hay otro mayor.

Hice las cosas ordenadas. Como dije ayer, no he conocido faltas, pero pido perdón a mi Dios de todas las que he tenido en toda mi vida, conocidas o no conocidas, y le doy gracias por todos los beneficios que he recibido de su infinita bondad.

Sea alabado por siempre. Amén.

Octubre 22. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme, tuve la oración sobre la Pasión de mi Señor con recogimiento. Mi alma conservaba los afectos de dolor que había tenido el día anterior, viendo a tan gran Dios ofendido, y tan inmenso amor despreciado y no correspondido. Le daba gracias a mi Señor por sus beneficios, y le pedía perdón por mis ingratitudes y las de todas las criaturas.

Salí de la oración con vivos deseos de agradar a mi Dios en todo, y así estuve en las horas y en la misa, con la presencia de mi Dios muy viva. Pasado este tiempo

me quedé con sequedad, y la imaginación se puso tan inquieta que me mortificaba, pues aunque el alma estaba serena, quiero decir, que no le fatigaba mucho que el pensamiento pensara otras cosas ociosas, la voluntad no las quería, y no quería otro pensamiento más que en mi Dios. Este extravío de la imaginación me servía para ofrecer a mi Dios esta mortificación sin inquietud interior del alma, pues conocía que la distracción no era voluntaria.

Por la tarde estuve con más recogimiento, pero el cuerpo tan malo que no me dejaba hacer cosa de provecho; solo sufrir dolores por quien tantos sufrió por mí. Le daba gracias, porque me había dado que padecer, y lo pasaba con alegría.

El recogimiento que he dicho, era porque tenía la presencia de mi Dios muy viva, y estando así, el alma está recogida y con más afectos de amor y agradecimiento.

Hice todas las cosas ordenadas; las visitas a mi Señor sacramentado y Señora y Madre para pedirles la bendición, comuniones espirituales, lección, y aproveché las ocasiones de ejercitar cualquiera virtud. En el examen de conciencia, no encontré cosa conocida, pedí perdón de todos mis pecados, y di gracias a mi Dios por todos los beneficios, a quien sea dado honor y gloria por siempre. Amén.

Día 23. Hice lo acostumbrado: ofrecimiento, actos de fe, esperanza, caridad, y adoración. En la oración no estuve con recogimiento, quiero decir, que no estuve distraída, pero tampoco fervorosa, sino con alguna sequedad.

Pasé casi todo el día a ratos fervorosa y a ratos con sequedad, porque parecía que de pronto me herían el corazón, el alma se encendía, y conocía que estaba unida a su Amado. Sentía un fuego en el corazón, y al mismo tiempo un dolor, que parecía que me clavaban alguna cosa, pero sentía un gran consuelo. Pasaba pronto, y otra vez me quedaba con sequedad y con mucho recogimiento en la presencia de mi Dios, que aunque parecía que se ocultaba, el alma conocía los efectos de su presencia, porque le daba a conocer su nada, estaba humillada, y al mismo tiempo, conocía la grandeza, la bondad, y la misericordia, de su Dios. Este conocimiento le hacía amarlo, o al menos tener un gran deseo de amarlo, y de que todas las criaturas lo hicieran, y le decía a mi Amado:

-Señor mío, haz que todas las criaturas te conozcan, haz que todas las criaturas te amen. Ojalá, no hubiera tenido un instante de mi vida que no hubiera estado ocupada en vuestro amor.

Se llenaba mi alma de dolor por lo poco que lo he amado, y por lo mucho que lo había ofendido, y sentía todas las ofensas que le hacen todas las criaturas. Éste fue el ejercicio de este día. Oración tuve poca, solo una hora por estar ocupada. Las comuniones espirituales fueron frecuentes, y en fin en el día de ayer, todo lo hice, como he dicho.

“falta de conformidad”

Por la noche, tuve alguna falta de conformidad, no haciendo con gusto la voluntad amabilísima de mi Dios, como debe obedecer un buen hijo a su buen padre, sino haciéndola como un vil esclavo que no sirve a su señor por el amor que le tiene, sino por el temor al castigo. Como en dos días no había tenido tiempo para escribir ni

una letra, llegaron las diez de la noche, y entonces, cuando tuve tiempo y ocasión de hacerlo, sentía una desgana tan grande que me sentí desgraciada de pensar que tenía que hacerlo. Me puse a escribir sin hacer actos de conformidad como debía, sino diciendo: que esto no se podía aguantar, y que esto era bueno para otras y no para mí. Se lo decía a quien podía hacerle daño, por padecer los mismos trabajos que yo. Hice mal, pues estamos obligadas a hacer la voluntad de nuestro Dios, cueste lo que cueste sin atender a miserias y faltas, que como criaturas miserables, cometemos con mucha frecuencia.

Ésta es la falta que cometí, y según la luz que recibo, fue grande. Aunque solo tuviera la obediencia que debo a V.R., debería obedecer con gusto, pero además, tengo la luz que he recibido muchas veces para conocer, que es voluntad de Dios que lo haga; por eso es una gran ingratitud para con mi Dios, y señal de mi poco amor, hacerlo de mala gana.

Padre mío, las obras dicen las cosas; el que ama solo busca dar gusto a su amado, y no se mira a sí mismo, si le cuesta o no le cuesta, pues lo que quiere es darle gusto, y yo atendía más a mi incomodidad, que al gusto de mi Dios.

Lo he sentido después que he conocido mi falta, y con dolor he pedido perdón a mi Dios, haciendo propósito de enmendarme, y conformarme con todo lo que mi Dios quiera.

Esta noche, al acabar este día, cuando he venido a confesar mi falta de anoche, ha querido mi Dios que tenga que hacer muchos actos de conformidad, pues cuando iba a empezar, se me cayó el candil del velador, que estaba lleno de aceite, y me quedé a oscuras, encerrada y llena de muchas manchas. Gracias a mi Dios, no me fatigué nada, y sí ofrecí a mi Dios por la falta de anoche, este trabajo y todo lo que pueda seguir después, pues no sé si se quitarán las manchas de la celda. Al instante he procurado limpiar lo que he podido, y he perdido una hora, que la tenía destinado para escribir.

Por si acaso era cosa del enemigo lo de haberse caído el candil, mi alma lo ha arreglado. Acabé de hacerlo, y todo lo he tomado con mucha paz. Ya que el cuerpo y la celda se han manchado, al menos que en el alma no haya causado ningún daño, y puede ser que por la misericordia de mi Dios, haya adquirido algún mérito.

Bendita sea su infinita misericordia que tanto favorece a esta ingrata criatura.

Bendito sea eternamente y alabado por su misericordia y bondad. Amén.

Día 24. Al levantarme, me preparé para la comunión como acostumbro y he dicho en otras partes. En la oración, contemplando la grandeza del Señor que voy a recibir, su gran amor, y mi gran ingratitud y miseria, humillada, le pedía perdón, y que purificara mi alma con su preciosísima sangre, por los méritos de mi Señora y Madre piadosísima.

Después de la comunión, la íntima unión con mi amado Esposo me encendió más en el amor y dolor de mis ingratitudes, pues como mis faltas son tan continuas, no puedo dejar de llenarme de pena, al ver que mi amado Esposo no deja de hacer beneficios a mi alma, y yo no dejo de caer en mis miserias.

¡Oh misericordia infinita! No os acordáis de las ingratitudes de esta vil esclava para hacer con ella como con una hija querida. Que te alaben por mí todos los espíritus angélicos, y den gracias a tu inmenso amor.

Estos sentimientos y afectos de amor se encendieron en mi alma a la vista de su gran amor, porque conocía que estaba mi Dios unido a mi alma. Le daba gracias, y le pedía a todas las criaturas del cielo y de la tierra que las dieran por mí.

La ocupación de este día en particular, fue acudir al señor san Rafael Arcángel, cuya fiesta celebra hoy la Santa Iglesia. Procuraba hacer lo que podía en honor del santo arcángel, pidiéndole que me guiara en todas las cosas y que me alcanzara todas las virtudes para acertar a cumplir la voluntad de mi Dios. Éstas eran las peticiones para mí sin olvidar ninguna de las que estoy obligada.

Para pedir no soy perezosa, pero era menester que no lo fuera para obrar, y no tendría tantos descuidos.

Pasé todo el día con recogimiento interior, y humillada, como he dicho, por el conocimiento de mi miseria, que me hacía vivir cuidadosa y temerosa, en la presencia de mi Dios, aprovechando las ocasiones que se ofrecían de ejercitar las virtudes.

Solo tuve esta oración y la de comunidad que es cerca de la noche, la seguí con lo mismo que había estado todo el día, pues mi amado Esposo puso con tanta claridad lo beneficios que había hecho a mi alma y el conocimiento de la grandeza del amor de mi Dios para con sus criaturas, que mi alma se deshacía en amor y agradecimiento a la infinita bondad de mi Dios. En el oficio divino y demás cosas, tuve la presencia de Dios, lo mismo que había pasado el día.

Las visitas al Santísimo las hice, y a mi Señora y Madre le pedí la bendición para todo. Algunas veces se me olvidaba antes de empezar, y al instante me acordaba, y lo hacía. Las comuniones espirituales fueron con frecuencia. Renové los votos, pidiendo, por los dolores de mi Señora y Madre a cuyo honor los ofrezco, que por su mano los ofrezca a la Santísima Trinidad, me alcance eficaces auxilios, y la gracia de cumplirlos con perfección. No me acuerdo si he dicho que lo que hacía todos los días, ahora lo hago así.

Las devociones las cumplí; la lección la tuve, con las demás cosas que ya van dichas, en lo que va escrito del discurso del día. Hice el examen y no encontré faltas conocidas, por lo que di gracias a mi Dios, y pedí perdón de todos los pecados de mi vida.

Dios sea alabado y glorificado por siempre.

Por todas las criaturas sea conocido, amado y temido.

"La Redención"

Día 25. La oración, sobre el misterio de la Encarnación fue corta, y le di gracias a mi Dios por éste tan gran beneficio. Después, en la misa y las horas, tenía tan presente este amor infinito de mi Dios, que se me encendía el alma en amor, agradecimiento y deseos de agradar a aquel Dios liberalísimo y sumo bien, que se da a sí mismo para la redención del hombre. Todo el día estuvo el alma ocupada en estas consideraciones, dando gracias, adorando a este Dios interiormente con frecuencia, cuando no podía hacerlo postrada en tierra, y pidiéndole: que no se perdiera el fruto de la Redención.

Solo tuve dos horas de oración, porque no pude tener más, y fueron de contemplación de la Divinidad. Las potencias del alma no servían, porque quedaron suspensas con los grandes conocimientos que me daban de este misterio. No puedo

decir nada más de lo que he dicho otras veces del misterio de la Santísima Trinidad y de la Encarnación, porque en estos misterios no encuentro términos que puedan explicarlos, sino con lo que dice la doctrina cristiana, y por eso no digo nada, y lo que puedo decir, lo he dicho en otros momentos que he tenido estos mismos conocimientos. Después de esto, las potencias estaban más despiertas, y como quedaban más inflamadas se ocupaban con mayor fervor en lo dicho.

Pasé este día, siempre en la presencia de Dios. Fervorosa, ocupaba el tiempo en los actos de las virtudes, y algunas veces así como me manifestaba mi amado Esposo el mucho amor que nos tiene, así también daba luz a mi alma para conocer lo mal que agradecen las almas estos beneficios, portándose con tanta indiferencia como si no los hubieran recibido. Este conocimiento me causaba pena, viendo a algunas criaturas agradecidas a unos bienes aparentes y engañosos que reciben de otras criaturas miserables como ellas, y por agradar a estas criaturas, no temen desagradar a su creador de quien procede todo bien verdadero.

¡Oh ceguera! digna de llorarse con lágrimas de sangre, ver atendida y agradecida la nada y la miseria, y olvidado lo que es digno de agradecimiento, de alabanza y de un continuo amor, que es el Dios omnipotente, inmenso, sabio, dador y hacedor de grandes beneficios, poderoso, incomprensible, que de nadie necesita.

Este Dios amabilísimo, como si no tuviera completa su gloria sin nuestra felicidad, sabía que no podíamos gozar de su divina presencia, si no bajaba del cielo a redimirnos, porque la ofensa hecha a Dios, no pueden desagraviarla, sino los méritos del mismo Dios. Este Dios no atiende a su grandeza y majestad para humillarse y vestirse de nuestra humana naturaleza, y redimirnos y enseñarnos con su ejemplo y doctrina. Todos estos beneficios ¿es posible que estén tan olvidados y desprendidos, como si los hubiera hecho un Dios de palo?

¡Oh! ceguera y estulticia abominable.

¡Oh Dios mío! ¿Qué diré? ¿Se entibia la inmensidad de vuestro amor, al ver estas ingratitudes tan grandes? La experiencia me responde que no, que buscáis nuevos medios y nuevas invenciones para atraernos a Vos.

¡Oh Dios mío! y ¿qué amor es éste tan fuerte, que nada lo entibia?

¡Oh! miseria de las criaturas, que tampoco se rinden a este amoroso Dios, que nos llama, que nos busca por todos los medios, unas veces con amenazas, otras con promesas y de otros muchísimos modos que dispone con su infinita sabiduría, no dejando medio ni traza para atraernos a sí. Pero a todo nos hacemos los sordos para no oír sus divinas inspiraciones, y ciegos del entendimiento para no conocer estos grandes beneficios de su misericordia.

¡Oh Dios! luz de luz, alumbrad esta ceguera para que os conozcan; abrid sus oídos para que os oigan; encended, con ese fuego de vuestro divino amor, que no lo apagan las aguas amargas de nuestra ingratitud, encended, amado Esposo y Señor mío, todos los corazones de los hombres para que todos ardan en tu amor, y haced que conociendo nuestros pecados, los lloremos con un verdadero dolor y procuremos desagraviar a la Divina Justicia, que tan agraviada tenemos.

Y puesto que su misericordia nos convida y espera, no despreciemos este tiempo precioso que nos da, pues cuando acabe, no tendrá remedio en toda la eternidad. Ahora es el tiempo.

Almas todas, acudid ahora,
no os tardéis,
que os llama el Señor ahora,
y os convida a pedir perdón.
Acudamos todas,
que llama este Dios,
que a ninguno excluye.

Este día, viendo con dolor los conocimientos de los beneficios que mi amado Esposo y Señor había hecho a las almas, me hacía andar con estos afectos en medio de mis ocupaciones, porque tuve pocos ratos destinados para la oración por falta de tiempo, pero los ratos que tuve, me ilustraba mi Dios y Esposo de mi alma con mucha luz, para conocer su grandeza y majestad y nuestra gran miseria.

Por este primer beneficio de nuestra redención, reconocía cuán grande era la misericordia de mi Dios, y cuán excesivo su amor para con los hombres, queriendo tomar carne para poder padecer y morir. Estos conocimientos que da Dios al alma son tan claros, y se quedan con tanta viveza en el alma, que después que pasan, quedan unos afectos tan vivos que le traen ocupadas sus potencias, y le ocupan todas sus atenciones. Conociendo a Dios sin conocerlo, porque Él solo se conoce a sí mismo, el alma ilustrada con aquel rayito de luz, conoce mucho, y conoce que no conoce nada. El entendimiento no puede comprender lo que es incomprensible, queda anegado, y solo puede estar suspenso; y la voluntad se queda amando aquel infinito bien que conoce, y no comprende.

Padre mío, por eso digo con verdad, que no puedo explicar nada de lo que conozco[214]. Cuando me dan conocimiento de la Divinidad, solo puedo decir: que no creo por fe, que hay un Dios y tres personas distintas, indivisibles, iguales, y eternas; que lo creo, porque todo esto lo ve el alma[215].

Dios sea bendito por la gran misericordia que hace con esta miserable criatura.

Cumplí con todas las demás cosas ordenadas.

Las comuniones espirituales fueron con mucha frecuencia, y aunque las visitas no fueron muchas, adoraba a mi Dios frecuentemente, y no tuve faltas conocidas.

"Este recogimiento […] porque tengo la presencia de mi Dios más viva"

Octubre 26. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme hice con fervor el ofrecimiento, actos de fe, esperanza, caridad, y adoración, porque me había despertado con recogimiento. Este recogimiento ordinario, o de casi todos los días que digo que estoy con recogimiento interior, es porque tengo la presencia de mi Dios más viva, o mejor dicho, no adquirida por diligencia mía, sino dada misericordiosamente por mi Padre Dios[216], y solo por su

[214] Este no saber, ya se halla en la obra anónima de la mística inglesa del siglo XIV, llamada "La nube del no saber", y toma forma posteriormente en "La noche oscura del alma" de san Juan de la Cruz.
[215] Espiritualidad trinitaria.
[216] Espiritualidad teológica paterno-filial.

bondad, que es casi siempre. Son muy pocos los días que tengo que poner de mi parte para conservar mi alma con atención a la presencia de Dios, aunque en esto hay diferencia, porque los días que digo que estuve con recogimiento y con sequedad, es como cuando está un hijo delante de su padre, está atento a darle gusto, pero el padre está serio, y aunque no manifiesta estar enojado, el hijo está un poco temeroso, porque su padre no le habla y está como serio. Esto es lo que digo de los días que estoy recogida, pero con sequedad. No sé si me explico con decir esa sola palabra. Lo llamo recogimiento, porque el alma está atenta a su Dios, y cuidadosa en su servicio, pero no ve que su amado Dios le dé ningún consuelo sensible. Conoce que ha sido ingrata, y por esa causa es justo que no la traten con el cariño que son tratadas las almas fieles, en lo poco y en lo mucho. En estos días vive el alma humillada, y a la vez agradecida a la gran bondad de su Dios que la quiere tener en su presencia, no mereciendo por sus muchísimas ingratitudes ni siquiera que la tierra la recoja. Esto es lo que puedo explicar del estado del alma en estos días que llamo de recogimiento y sequedad. No sé si lo habré explicado bien, pero lo digo como me parece que es.

Los otros día que digo que los paso con recogimiento y fervor, el alma está en la presencia de su amado Padre, que olvidado de las ingratitudes de esta miserable hija, le manifiesta lo más fino de su amor, se empeña en que esta hija lo conozca, no cesa de ponerle presente lo mucho que ha hecho por ella, y esto llena al alma del mayor consuelo. Es igual que los padres cuando toman a sus hijos pequeñitos, los arriman a sí, y les hacen mil caricias, así este Padre amoroso toma el alma y la une a sí. El alma se derrite en el amor de su amado Padre, y lo sirve con tanto fervor en todo lo que hace que se llena de gran dulzura, sabiendo que lo hace por su amado Padre, que como le tiene tanto amor a esta hija, se ve como obligado con cualquiera cosa que hace, y le renueva su cariño y amorosos halagos, con tan grandes dulzuras del alma, que no se pueden explicar, y solo la experiencia lo sabe decir y entender, porque los consuelos del alma en estos días, solo tienen comparación con los consuelos y gozos de los bienaventurados.

Ya he dicho que en estos días el alma conoce con tanta certeza que su amado Dios la mira y manifiesta que la ama con tan excesivo amor, que no le queda la menor duda de ello, y cuando el alma lo conoce, le hace estar llena de gusto y consuelo.

También en estos días, le dan más conocimiento de la Divinidad, y de los principales misterios de la fe; por eso el alma anda tan embebida en esto, que nada de la tierra la puede divertir. Cuando no está en lo más alto de la contemplación de su Dios, se queda tan inflamada que no hace más que estar en una continua alabanza a su Dios. En todas las cosas encuentra las obras de sus manos, y goza de la presencia de la humanidad santísima.

Por lo regular, en estos día que llamo de fervor, mi amado Esposo me manifiesta que quiere que padezca, pero el padecer es gozar, porque mi alma ve junto a mí a mi amado Esposo, que viéndome padecer, muchas veces me consuela diciéndole a mi alma:

-Mira lo que he padecido por ti.

El alma está gozando de esta presencia que le causa tan gran consuelo, que desea padecer más. Otras veces, le manifiesta lo mucho que le ofenden sus criaturas, por quienes ha derramado toda su sangre.

Paso estos días, unas veces con los conocimientos de la Divinidad, otras con la sacratísima humanidad o presencia de Dios en cuanto Dios y hombre, y otras de mi Señora y Madre, de quien recibo muchas doctrinas.

En estos días, el alma, siempre inflamada en el amor de su buen Padre y Esposo, está como una candela que no cesa de despedir chispas encendidas de afectos amorosos a los que su amado Padre y Esposo corresponde con otras palabras o inteligencias, manifestándole lo mucho que la ama, y que tiene en ella sus delicias. Este fuego de amor en el alma sube de punto, y toda se deshace o aniquila en su Amado, pues le parece que está toda en su Amado, y su Amado todo en ella.

Padre mío, me parece que no es posible querer hacer otra comparación, pues no hay nada que se le pueda parecer.

Hay otros casos, pero son los menos, que también experimento en otros días en que mi amado Padre y Esposo, me deja conocer mi miseria. Lo sé por experiencia, porque me quita o no me da la presencia de su divinidad o humanidad, y para estar en la presencia de Dios, tengo que poner de mi parte. Como soy tan miserable, tengo muchas faltas y descuidos, porque la imaginación[217] está en estos días muy penosa, y me trae muchas cosas ociosas que me hacen vivir mortificada. El alma no desea tener ningún pensamiento fuera de su Dios, y ve que a fuerza de trabajo, tiene que estar desechando tonterías que no quiere que ocupen su entendimiento ni su memoria, y menos, su voluntad. Conoce que no debe tener otro objeto que amar, sino a su Dios; con todo, en estos días que son trabajosos, mi alma saca el conocimiento de su nada, sé que por sí sola nada puede, y que todo lo que hace de bueno es de Dios. Por eso vive temerosa de sí misma, y solo confía en su Dios. Conoce que si no fuera por su misericordia, solo haría pecados.

Estos son los conocimientos que profundizan en el alma, y duran, porque la experiencia me hace ver más a la claras tantas faltas en las que caigo en estos días, y aunque por la misericordia de mi Dios, no caigo en culpas grandes, me hace estar todo el día, haciendo buenos propósitos y quebrantándolos, porque en un instante doy entrada en mi interior a las tentaciones que V.R. sabe, pensando que son cosa de mi imaginación.

Estos días me veo tan miserable, que solo atiendo a lo que le digo, y todo lo demás queda con una oscuridad que me hace temer mucho, porque no me deja tener algunos ratos del recogimiento que expliqué en primer lugar. Entonces, procuro remediar las faltas, como si estando un padre a la vista de su hijo, por malo que éste sea, está con más cuidado de no ser malo, porque ve que lo está mirando su padre.

En general, ya tengo explicadas las tres diferencias que conozco del estado de mi alma en distintos días, pero en particular, hay diferencia entre unos y otros. En el segundo hay tanta diferencia de cosas, que yo no sé explicar, pero ayudada por el mismo Dios que me hace conocer las diferencias, diré o explicaré lo que pueda o quiera, pues solo soy un instrumento para mover la pluma, ayudada de la mano del mismo Señor, que quiere servirse de mi ignorancia para ensalzar más su Santo Nombre.

[217] Sta. Teresa de Jesús, con su particular gracejo, llama a la imaginación: "la loca de la casa".

Digo, que en los primeros días que he explicado de recogimiento con sequedad o sin fervor sensible, experimento muchas veces unos toques de amor tan fuerte, que parece que me van a quitar la vida.

Me voy a valer para explicarlo de la misma comparación del principio del padre y el hijo: cuando este hijo, como ya he dicho, está con todo cuidado sirviendo a su padre, y lo ve con seriedad, teme tenerlo disgustado, porque sabe que ha sido desobediente, y ha desperdiciado el caudal de su padre, y no sabe si su padre le habrá perdonado. Estando con estos cuidados, de repente, cuando menos lo pensaba, su padre lo toma, lo estrecha en sus brazos, le asegura el perdón, y lo trata con tanto cariño que el hijo se llena de gran consuelo, viéndose entre los brazos de su padre, y tratado con tanta ternura y amor[218].

Lo dicho me parece que tiene alguna semejanza con lo que sucede en estas ocasiones al alma, que de pronto se halla unida a su amado Esposo, con tanto amor, que la deja herida. Esto dura poco, y aunque por un rato el alma siga inflamada, después vuelve a quedarse en el mismo estado de antes. En estos días, el alma está más cuidadosa de ejercitarse en las virtudes.

Ya he dicho, que en estos días el alma conoce que su amado Dios la mira y le manifiesta que la ama con excesivo amor, y el alma lo conoce con tanta certeza que no le queda duda de ello, se llena de gusto y consuelo, y recibe más conocimientos de la Divinidad y de los principales misterios de la fe. Anda como embebida, y nada de la tierra puede distraerla de la contemplación de su Dios. Cuando está en lo más alto de esta contemplación, se queda tan inflamada que solo puede estar en una continua alabanza de su Dios, lo encuentra en todas las cosas como obra de sus manos, y otras veces, goza de su humanidad santísima. Por lo regular esto me pasa en los días que llamo de fervor.

Cuando mi amado Esposo me manifiesta que quiere que padezca, el padecer es gozar, porque mi alma ve a mi amado Esposo junto a mí, viéndome padecer, y muchas veces me consuela, diciendo a mi alma:

-Mira lo que he padecido por ti.

El alma está gozando de esta presencia que le causa gran consuelo y deseos de sufrir aún más. Otras veces le manifiesta lo mucho que lo ofenden sus criaturas, por quienes ha derramado toda su sangre.

Con todos estos conocimientos de la humanidad o presencia de Dios en cuanto Dios y hombre, y otras doctrinas que recibo de mi Señora y Madre, paso estos días.

Me parece que este suplemento podrá disimular las faltas, de cuando escribo deprisa**.**

“la obediencia, que hace escribir a las piedras”

Me parecía que no era capaz de acabar, de tal modo me he embebido. Es la obediencia, que hace escribir a las piedras, y lo harían, si Dios se lo mandara, no como yo que necesito continuos mandatos. Las criaturas irracionales obedecen con prontitud a la voz de su creador, pero las criaturas racionales, que tanto debemos a

[218] Lc 15. Parábola de hijo pródigo.

nuestro Dios, somos las más desobedientes, y yo más que todas. A cada instante quiero huir o hacerme sorda a la voz de mi Señor, unas veces de manera manifiesta, con la desobediencia a mis superiores, que están en su lugar, y otras con conocimientos claros, que de ello me dan, y esto es lo que de mí puedo decir.

Ahora vamos al día 26. Me había levantado con recogimiento y fervorosa, porque amanecí con la presencia de la Divinidad, que me hacía conocer la grandeza de mi Dios. Me encendía en su amor conocer que este Dios tan grande atendiera con tanto cuidado la pequeñez de esta criatura tan miserable. Con estas meditaciones empecé la oración, contemplando los atributos divinos.

Después me quedé con recogimiento, con el alma inflamada en el amor de su Dios, y así seguí en la misa y las horas.

Me fui al torno a cumplir con mi obligación, haciendo lo que acostumbro de pedir la bendición a mi amado Esposo y Señora y Madre para que estuvieran conmigo. En particular, a mi Señora le pedía que todas mis obras las enderezara a la mayor gloria de mi Dios, y que yo no tuviera ni una respiración que no se dirigiera a este fin.

El día que voy al torno, hago esto en el coro delante de la imagen de mi dulce Madre y Señora, y me ofrecieron mi amado Esposo y Señora que estarían conmigo, y que no me dejarían sola; por eso siempre voy a recordarles su promesa y a manifestarles mi flaqueza.

Después, en el mismo cuarto del torno, postrada en tierra, adoré a mi Dios, y renové las mismas peticiones y ofrecimientos. Lo hice con gran consuelo de mi alma, y me parecía que mi dulce Madre y Señora y mi amado Esposo me daban la bendición con mucho agrado, asegurándome su protección y amparo.

Durante toda la mañana lo experimenté, pues estuve atenta y fervorosa para no perder ninguna ocasión que conociera, de dar gusto a mi Dios a quien tenía presente, y con frecuencia adoraba, alababa, y daba gracias. Le pedía la exaltación de la santa fe católica, y su propagación y dilatación, por todos los reinos del mundo para que mi Dios fuera conocido, amado y servido. Al mismo tiempo alababa a mi dulce Madre con las palabras de alabanza de la letanía, y con otras que se me venían a la cabeza.

En la siesta todo se mudó; se retiró y ocultó mi amado Esposo, perdí aquella presencia tan viva que había tenido por la mañana, y quedé con sequedad, con la imaginación inquieta, y al mismo tiempo con el cuerpo malo.

La tarde fue trabajosa. Hice todo lo que pude en la práctica de las virtudes, llevando mis achaquillos con paciencia y conformidad con la amabilísima voluntad de mi Dios, pero como estaba con sequedad, me costaba trabajo.

Por la noche estuvo peor el cuerpo y mejor el espíritu, pues el alma volvió a tener la amable presencia de su Dios. Padecía el cuerpo, y el alma gozaba de consuelo padeciendo.

No sé qué fue lo que me dio, que me puse mala, y me tuve que acostar sin poder siquiera ir a visitar a mi Señor Sacramentado. Me apretaron todos los dolores que padezco, me daban muchas arcadas, y una indisposición tan grande que parecía que me iba a entrar una enfermedad grave. Le echaban la culpa al ayuno, pero no me parece que pudiera causar tanto daño. No lo sé, porque no vi al médico, y no tengo su licencia para el ayuno.

Pensaba preguntarle a V.R. qué haría: si preguntar al médico o hacer el ayuno, pues estaba mejor, y me parecía que podría hacerlo. Me olvidé de preguntárselo el jueves, y el sábado iba con el ánimo de decirle que lo había hecho. A mi parecer, estas cosas que me dan, no son por culpa del ayuno, pero me vinieron en este día para que éste lo pagara. Con todo, para la vigilia de Todos Santos, haré lo que V.R. me mande.

No tuve el tiempo determinado de oración; solo hice una hora, porque no tuve ocasión para más. Hice las visitas, y con frecuencia las comuniones espirituales, pedí la bendición, cumplí las devociones, y en el examen de conciencia, solo encontré no haber desechado con prontitud los pensamientos que me vinieron aquella tarde, en contra de lo que V.R. me manda. Me parecía que escribía las cosas con mucho aumento, y las que se me ponían en la imaginación, paliadas con cosas buenas. No quería dejar de escribir para no faltar a la obediencia, pero me hacía discurrir el pensamiento, si sería o no verdad, lo que me venía a la imaginación. Con esto, algunos ratos que estaba inquieta, acudí a mi amado Esposo y dulce Madre, pidiéndoles que no permitieran que me engañara ni engañara a V.R. diciendo lo que no era verdad.

Después de hacer lo que V.R. me tiene mandado, me quedé sosegada. Cuando conocí la presencia de mi amado Esposo, se fueron los nublados, se mudó todo, y todo se quedó sereno.

Ofrecí a mi Dios todos los trabajos con espíritu de penitencia, reconociendo que debo satisfacer a la Divina Justicia por mis muchas culpas, y agradecí a mi Dios que me diera padecimientos para que por su misericordia, los uniera a los méritos de su santísima vida, y así satisfacer a la Divina Justicia.

Dios sea bendito.

Octubre 27. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Fue poco el tiempo de la oración, pues me he levantado tarde, porque estaba mala. En la cama estaba con recogimiento en la presencia de mi Dios a quien adoraba, alababa y daba gracias, y lo mismo en las horas. El cuerpo estaba con trabajo, pero el alma estaba alegre, porque gozaba de su Dios.

Después de comulgar, fue mucho mayor el fervor del alma que se veía unida a su Dios, y gozaba de grandes consuelos con el conocimiento que recibía del infinito amor de su Dios y Esposo amabilísimo.

Pasé la mayor parte de la mañana con las potencias inflamadas en el amor de mi Amado, y no cesaba de alabarlo y darle gracias. Luego se templó aquel fervor, y quedé recogida, aunque no tan fervorosa, sintiendo más el padecimiento que tenía el cuerpo.

A pesar de tener la cabeza tan trabajosa, me puse a escribir con el deseo de obedecer y dar gusto a mi Dios a quien tanto debo. Empecé, como V.R. me manda, y no seguí con lo que tenía intención, sino con lo que me venía a la imaginación. Cuando tuve que dejarlo, me hallé con la cabeza buena y el cuerpo mejor y más fuerte, de suerte que escribir fue una medicina reconfortante, gracias a Dios.

Pasé la tarde con recogimiento. En la oración, siempre de contemplación de los divinos atributos, recibía en el alma mucha luz de la grandeza, poder y sabiduría de su Dios**.**

Cerca de noche, fue distinta la oración de la comunidad, pues antes de que tocaran, me habían venido algunos temores sobre lo que había escrito. Los deseché, pero entrando en el coro me aumentó el deseo de no desecharlos, pues me parecía que no era necesario, y que los escritos míos, no eran de utilidad para nada. Si mi Dios quisiera que V. no me lo mandara para darle cuenta de mi conciencia, lo podía hacer de palabra, y aunque lo hago muy mal, me podría esforzar. Estando con estos pensamientos, me parecía que veía con los ojos del alma a mi amado Esposo, que me decía:

-Los grandes señores suelen hacer unos vestidos bordados, donde manifiestan los títulos de su grandeza; y lo que yo quiero de ti es que con tus escritos bordes un vestido que manifieste al mundo mi gran misericordia y bondad.Yo todo te lo doy para que lo hagas, y lo hagas así. Todo lo que quites a este bordado, se lo quitas a la hermosura que yo quiero que tenga.

Entonces dije yo:

-Quiero, Señor mío, hacer todo lo que quieras, y que os sirváis de esta esclava, según tu santísima voluntad; pero Vos sabéis las muchas dificultades que tengo y los muchos temores que me cercan.

Me respondió mi amado Esposo:

-Estos son los esmaltes de piedras preciosas que más resaltan en este vestido, y los que más me agradan.

Entonces le dije, algo determinada:

-Cuánto caso hacéis, Dios mío, a estos borrones que hago por la obediencia. La mayor parte me parecen tonterías.

-Eso es lo que más me agrada; que pronta obedezcas negando tu voluntad y juicio, y siguiendo al que te lo manda en mi nombre, pues yo soy el que se lo inspiro para que te lo mande.

Conociendo lo mucho que he faltado a la pronta y sencilla obediencia, pedí perdón a mi amado Esposo, y como estaba fervorosa, renové los propósitos con actos de conformidad, porque me pareció que era verdaderamente la voz de mi Dios, aunque las comparaciones tan materiales eran creadas por su infinita sabiduría para acomodarse a mi oscuridad de entendimiento. Alabando su bondad, le daba muchas gracias por sus misericordias con esta ingrata criatura.

Todo el tiempo que le quedaba a la noche, el alma no tuvo otra ocupación que conocer a este Dios infinito, y amarlo sin poder hacer otras cosas.

Todo lo ordenado lo cumplí, y aproveché todas las cosas que se ofrecieron.

No me acuerdo de haber cometido otras faltas conocidas más que aquellos pensamientos que llevaba, cuando me pasó lo dicho. Si no hubiera acudido el Señor, puede que hubiera tenido algunas faltas más.

Dios sea bendito. Amén.

Octubre 28[219]. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme seguí la oración, preparándome con recogimiento para la comunión, con el conocimiento que me daba mi Dios de la grandeza de su amor,

[219] Solemnidad de san Simón y san Judas. Por eso comulgan a pesar de ser lunes.

que está manifestado con exceso en este admirable sacramento, donde ha querido estar hasta la consumación de los siglos, recibiendo agravios sin número. Sabía que tendría que sufrir tantos desprecios y ser tan ofendido, y no por eso quiso dejarnos solos en este valle de miserias.

¡Oh bondad infinita de mi Dios!

¡Oh amor inmenso, que tanto nos ama, y nos obliga a amarlo!

¿Qué corazón puede conocer este amor vuestro, y no se derrita y se deshaga amando a un Dios tan bueno y amante de las almas? Es menester ser de piedras o ser insensible para conocer el exceso de vuestro amor, y no corresponder siquiera con la cortedad del nuestro. Mas ¡ay, dolor! ni éste amor tan escaso os dan muchas criaturas. En lugar de daros todo su corazón, lo entregan a las cosas de la tierra, y no se acuerdan de Vos.

Bendito sea vuestro amor que tanto nos sufre.

Con encendidos afectos estuve hasta que llegué a recibirlo, y con la más íntima unión con mi amado Esposo y Señor crecieron más los encendidos afectos. El alma, agradecida a su Dios le daba las gracias por mí y por todas las criaturas.

Estuve media mañana con fervoroso recogimiento en la presencia de mi Señor Sacramentado que estaba manifiesto.

Después tuve algunos intervalos en otra disposición, porque empezó la imaginación a descomponerse y a traerme al pensamiento, que lo que yo había creído el día antes como cosa de Dios tocante al bordado que ya he dicho, solo eran disparates de mi cabeza, y que con aquello había estado perdiendo el tiempo de la oración. Estos pensamientos no duraron mucho, porque me fui al coro y renové mis propósitos de decir a V.R. todo lo que me pasara. Pedí a mi amado Esposo que me perdonara si aquello había sido distracción, y que no me permitiera estar distraída en su presencia. Lo mismo le pedí a mi Señora y Madre, y me quedé serena.

Tuve un rato de oración, con mucho recogimiento, contemplando en la infinita bondad de mi Dios, y saqué grandes deseos de agradarlo haciendo en todo su santísima voluntad, y que todas las criaturas la hicieran. Casi todo el día, seguí con recogimiento en la presencia de mi Dios.

Cerca de noche, volví a tener algunas distracciones, pero fueron ligeras, y pronto fueron despachadas.

"todas las había recibido yo"

Por la noche, estaba en la celda con otras religiosas leyendo la vida de una venerable, me parece que se llamaba Úrsula[220], pero no lo sé, porque lo llevó una de las religiosas que había allí.

Esta sierva de Dios había recibido mucho, y había sabido aprovecharse de todo, siendo fiel a su Dios en lo poco y en lo mucho. Las demás cosas que iba refiriendo que había recibido cuando tenía poca edad, todas las había recibido yo,

[220] Puede que se refiera al libro "Compendio de la vida de la Venerable Madre Úrsula Benincasa", virgen napolitana, fundadora de las Religiosas Teatinas de San Gaetano". Anónimo, Madrid, Imprenta Real, Año 1663. Religiosa venerable, con gran cantidad de experiencias místicas.

por la misericordia de mi Dios. Entonces las recibí sin conocer el don de Dios, pero después lo he conocido. ¡Ojalá! me hubiera servido para ser más fiel y agradecida. Esta lectura avivó en mi alma el agradecimiento a los beneficios que mi Dios había hecho a mi alma, y al mismo tiempo me llenaban de dolor mis muchas ingratitudes.

El alma se deshacía en estos afectos de amor y agradecimiento a la liberalidad y misericordia de mi Dios por todo, y de dolor por no haber correspondido como debía a estos afectos que tan vivamente tenían ocupada mi alma.

Junto a esto, me parecía que mi amado Esposo me decía: que estaba dispuesto o quería hacerme muchos más, si yo no lo impedía con mis ingratitudes. Con esto se encendió en mi alma tanto el amor de mi Dios y Esposo, que no pude resistir estar en compañía de otras, y me fui al coro, como el que sale rendido en una batalla, y se entrega al que lo ha vencido para que haga con él lo que quiera. Me fui al coro para entregarme al que por todas partes me busca para ganarme. Iba tan rendida, no por ningún cansancio, aunque el cuerpo no me servía para nada y no podía estar sin sostenerme en una pared, sino porque el alma anegada en un diluvio de consuelos, estaba unida a su Dios y Esposo amabilísimo, y solo podía amar.

Allí estuve cerca de una hora, conociendo aquel amor infinito con el que este amabilísimo Dios nos ama. Salí con las potencias tan inflamadas, que solo podía alabar a mi Dios. Aún en el tiempo del sueño despertaba tan encendida, como si hubiera estado en oración. Gracias a mi Dios por todo lo que hace conmigo, como quien es, y yo hago como quien soy; la misma miseria.

Las visitas fueron con mucha frecuencia, y las comuniones espirituales también. Como acostumbro todos los días, pedía la bendición a mi amado Esposo y Señora y Madre, hice la lección, renové los votos y aproveché todas las ocasiones que conocí ejercitando las virtudes. En el examen de conciencia no encontré falta conocida, y pedí perdón de todas las de mi vida, que son muchísimas, unas conocidas y otras no conocidas, y di gracias por los beneficios.

Por todo sea alabado, glorificado y amado mi Dios mi Señor y Esposo amabilísimo, en los cielos y en la tierra. Amén. Y mi amada Señora y Madre piadosísima, también.

Día 29. Hice al levantarme lo acostumbrado, pero todo con sequedad, pues este día empezó así, aunque la mayor parte del día estuve con recogimiento en la presencia de Dios.También algunos ratos cortos estuve distraída y con descuidos en pedir la bendición y licencia a mi amado Esposo y a mi Señora y Madre para las cosas que se ofrecieran. Estaba cuidadosa, pero es tanta mi miseria que en un instante falté. El tiempo que estuve con distracciones, procuraba poner de mi parte lo que podía para estar atenta a la presencia de mi Dios, pero adelantaba poco, porque con facilidad volvía a distraerme.

En la oración estuve recogida todas las veces, pues recuerdo haber tenido el alma atenta a los ejemplos de su Redentor que conocía con claridad, y deseaba imitar.

Hice las cosas ordenadas, pero me parece que muchas de ellas las hacía con tibieza. Por todo, pido perdón a mi Dios.

Sea siempre bendito. Amén.

Día 30[221]. Hice al levantarme la oración con recogimiento y mucho consuelo. Desde que desperté me hallé fervorosa, pues conocí que la unión con mi amado Esposo era más íntima, y estaban las potencias del alma inflamada con el amor de un Dios tan bueno. De la contemplación en la bondad de mi Dios, salí con gran agradecimiento de sus innumerables beneficios.

Mi trabajo este día fue dar gracias, porque hacía años que había nacido, porque me había criado pudiendo haberme dejado en la nada, porque me había dado un alma capaz de gozarle eternamente, por haberme criado en tierra de cristianos, por haberme dado padres buenos y temerosos de Dios, y en fin por todos los beneficios que he recibido de Dios.

Me sucedía, como si una persona que debiera a su señor una cantidad, no tuviera para pagarla, y cuando fuera a pedirle que esperara, le diera otra cantidad mayor. Le agradecería que le diera más, y no sabría qué hacer, viendo tanto como le daba ni sabría cómo manifestar su agradecimiento y amor a aquel señor que así lo favorecía sin mérito ninguno de su parte. De este modo me parece que me sucede a mí, por eso empecé el día dando gracias a mi Dios. Dándole gracias, me parecía que veía que mi amado Esposo derramaba sobre mi alma mayor abundancia de sus gracias. Recibí un consuelo tan grande, y se encendía tanto el alma en el amor de su Dios, que solo podía deshacerse toda por su Amado.

Estando el alma en esta disposición, me hizo falta una cosa que tenía una religiosa, y pensé pedírsela, pero determiné no hacerlo, y pasar sin esta cosa por mi Dios. Al poco tiempo, la misma religiosa a quien yo había pensado pedirle esa cosa, me lo dio sin saber que yo la necesitaba. El alma que ya estaba encendida, se encendió más, viendo que su Dios tenía cuidado de sus cosas, aún de las más mínimas. Le daba gracias y le decía a mi Amado:

-¿Por qué estáis tan atento, Señor mío, a esta miserable criatura?

Y me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Yo cuido de los que no tienen voluntad por habérmela dado a mí, y como no tienen más que la mía, cuido de cumplirles sus deseos cuando conviene. Con esto se aumentaba más el agradecimiento y amor a mi Dios. Rezando las horas, al empezar prima me parecía que estaba mi amado Esposo en mi corazón, y que me decía:

-Hoy quiero estar contigo.

Me parecía que lo veía sentado, como quien descansa en su casa, pero derramando tan grandes consuelos que no cabían en mi corazón, y me ponían poco menos que fuera de mí.

Con esta disposición, pasé las horas y la misa. Después me vine al torno, donde aumentaron cada vez más los consuelos, porque todo lo que hacía por su amor, le agradaba a mi amado Esposo, por chica que fuera la cosa.

Me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Tú me das eso, y yo me doy a ti. Todo soy tuyo.

Otras veces:

-Si me amas, yo te amo con un amor infinito.

[221] Cumpleaños de sor María del Socorro.

"flechas de amor"

De este modo iba pasando el día en medio de las ocupaciones exteriores. No es posible explicar lo que causaban a mi alma las palabras de mi amado Esposo, pues eran unas flechas de amor tan fuertes que herían[222] y encendían el alma, de un modo que no sé explicar, porque como he dicho, me parecía que algunas veces estaba fuera de mí. En esta disposición tener que atender a las criaturas, y a la vez poder disimular, era bastante trabajoso. Algunas veces quería desentenderme de que tenía a mi Amado en mi corazón, pero mientras yo más cuidado ponía, más me daba, de modo que era tan grande la violencia que tenía que hacerme, que le decía a mi amado Esposo: que no me diera tanto; que no podía más[223]. Este día no podía distraerme, por más que lo intentaba.

Algunas veces, en los ratos que me quedaba con algún sosiego de las cosas exteriores, descansaba, porque el alma se quedaba gozando de su Dios que la llenaba de mayor luz y de un mayor conocimiento de su Divinidad. Me quedaba anegada en aquel mar inmenso de bondad, no pudiendo hacer otra cosa que amar a aquel sumo bien, dignísimo de ser amado.

Éstos era los ratos que descansaba mi alma con mi Dios, pero para salir de esto y empezar otra vez el trato preciso con las criaturas, volvía la *briega*[224]*,* no porque me causara inquietud ni desabrimiento, sino porque el alma quería estar con su Dios, y tenía que atender a cosas muy contrarias. Las hacía con gusto, porque era la voluntad de mi Dios y quería hacerla en todo, y por eso no padecía con el trabajo, sino porque como el alma estaba tan llena, bosaba al exterior, que era lo que yo no quería, y pasaba trabajo por quererlo ocultar.

¡Oh qué Dios tan grande! Con una migajita, de su divina dulzura que dé a gustar a sus criaturas, las deja como embargadas[225].

¡Oh grandeza de mi Dios! Está tan ignorada en el mundo, porque las criaturas buscan las dulzuras en la hiel, y los consuelos en los más detestables desconsuelos que son los que da el mundo. Solo en ti, amado Esposo y Señor mío, solo en ti se halla el verdadero consuelo, la verdadera alegría, y la verdadera dulzura y suavidad. Dichoso el que solo te busque a ti, porque el que os busque, os encontrará, y Vos saldréis a encontrarlo en el camino. Yo en vuestro nombre convido a todos a buscaros, pues os encontrarán. Que vengan a gustar, cuán suave es este Dios. Venid, que si lo gustáis, aborreceréis todas las cosas de la tierra[226] para tener en vuestras almas al creador de todas ellas. Almas, no pongáis vuestro amor en las criaturas para olvidaros del Creador.

En estos afectos y otros semejantes, se ocupaba mi alma algunos ratos. Con los deseos encendidos que tenía de que todas las criaturas lo amaran, conocieran

[222] La transverberación de Santa Teresa.

[223] Venerable Úrsula Benincasa.

[224] Lucha.

[225] San Juan de la cruz, Cántico espiritual "En la interior bodega de mi amado bebí…".

[226] San Juan de la Cruz, Cántico Espiritual "mira que la dolencia de amor no se cura, sino con la presencia y la figura…".

y sirvieran a mi Dios, no cesaba de hacer peticiones con este fin, deseando en todo su mayor honor y gloria. Para que fueran oídas mis peticiones, siempre ponía por intercesora a mi Señora y Madre piadosísima.

El día estuvo bien ocupado, y la noche, lo mismo.

Cuando subí del torno, estaba empezada la oración de comunidad. Yo subía con algunos encargos, y las religiosas a quienes tenía que entregarlos, no tenían las celdas abiertas. Me vi precisada a quedarme fuera del coro, porque no podía entrar en el coro con ellos, ni los podía dejar solos, por causa de los gatos. Me quedé como he dicho, en la parte de afuera, pero al instante que empecé a hacer la oración allí, me parecía que oía a mi amado Esposo que me decía:

-Has robado mi corazón.

Al mismo tiempo, de nuevo hirió mi corazón con tan fuerte amor que no lo puedo explicar. Estas cosas me llenaban, y al mismo tiempo conocía la grandeza de los beneficios de mi Dios. Por su gran bondad, conocía mi nada y mis muchísimas ingratitudes que hacían resaltar más y más la infinita misericordia de mi Dios. Me humillaba y avergonzaba, al mismo tiempo que me encendía en su amor.

Cuando se acabó la oración, el alma estaba tan embebida o absorta en su Dios que tuve que distraerme a la fuerza para acabar con las cosas del día.

Haciéndome violencia estuve en el refectorio de donde salí con un dolor en el corazón que me cogía todo el pecho y la espalda. Tuve que irme a la cama, pero con una gran paz y alegría en mi alma, gozando de la presencia amorosa y dulce de mi amado Esposo.

Este día, hice todo lo ordenado. Lo que no podía hacer corporalmente, como eran las visitas a mi Señor Sacramentado, las hacía espiritualmente visitando y adorando a mi Dios Sacramentado en todos los lugares de la tierra donde está sacramentado. Las comuniones espirituales las hice con mucha frecuencia, y pedí la bendición a mi amado Esposo y Señor y a mi Madre.

En lo que va dicho, hablo de todo lo demás del día.

En el examen no encontré ninguna falta conocida, por la misericordia de mi Dios a quien di las gracias, y le pedí perdón de todos los pecados de mi vida.

Gloria le sea dada a Dios por todo. Amén

Acabaré, ya que poco a poco me hago demasiado larga, y tengo poco tiempo, pero no había dicho el conocimiento que tuve con las últimas palabras que mi amado Esposo dijo a mi alma, en la oración de comunidad:

-Las almas, que cuidadosas procuran buscar la gloria de su Dios sin otro interés que agradarle, y ponen de su parte para granjearse el amor infinito de su Dios, le roban el corazón a su Amado, porque su Amado se ha llevado ya toda la voluntad y afectos de estas almas, y se deja robar.

Yo no sé si me explico, porque estoy muy tonta y no estoy para escribir, pero por decir algo y no dejarlo pasar, porque la conciencia me acusará si no lo hago, por eso digo este poco, aunque reconozco que no está bien, porque soy muy miserable.

Sea Dios glorificado por usar su misericordia con esta vil esclava, tratándome como a sus más queridas esposas para ver si por este medio puede atraerme a sí, y no soy tan ingrata con Él.

Alabada sea su misericordia, alabada sea su bondad, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 31. Al levantarme, hice todo lo ordenado o mejor dicho, antes de levantarme, porque como estaba mala, no me levanté temprano, pero me senté en la cama, y desde allí lo hice todo. Tuve la oración con tanto recogimiento como si estuviera viendo a mi amado Esposo Jesús, padeciendo el tormento de los azotes, que fue sobre lo que tuve la meditación. Aprendí en ella la práctica de las virtudes de paciencia, humildad, mansedumbre y caridad de un Dios y hombre, y salí con deseos de imitarlo.

Tuve en todas las demás cosas la presencia de mi Dios, algunos ratos con sequedad, y con frecuencia, otros ratos fervorosos, porque sentía en mi alma la unión más íntima con mi Dios y Esposo, y por un rato quedaba inflamada y encendida en el amor de mi Dios. Llena de fervor, me ocupaba en alabarle, y darle gracias por mí y por todas las criaturas.

En los ratos que no estaba tan fervorosa hacía lo mismo, porque tenía viva la presencia de mi Dios, y estando mi Señor presente, todo anda bien. No perdía la ocasión, y deseaba tenerla para hacer alguna cosa en su santo servicio.

La oración, todas las veces la tuve con recogimiento. Las visitas fueron frecuentes y las hice espiritualmente, como tengo dicho en los días que no puedo ir a visitar a mi Señor porque el cuerpo no puede faltar de donde lo tiene la obediencia, y ahora está en este destierro. Aunque estoy con mi Dios, que está en todas partes, me falta el consuelo de poder estar en la presencia de mi Señor sacramentado, que es el consuelo de las almas, y donde yo voy a buscar mi consuelo en las aflicciones, y a pedir consejo en mis dudas. Cuando se me ofrece que tengo temor de alguna cosa, voy allí, y siempre salgo bien despachada. Ahora que no puedo ir, hago lo mismo, pues este amorosísimo Dios oye en todas partes.

Bendito sea su amor.

Las comuniones espirituales fueron frecuentes, y la bendición y licencia para todo también la pedí con frecuencia; renové los votos, tuve la lección espiritual, cumplí las devociones, aproveché las ocasiones que se ofrecieron de ejercitar las virtudes, aunque se ofrecieron pocas, y en el examen no encontré faltas conocidas, por la misericordia de mi Dios. Le di gracias, y pedí perdón de las faltas no conocidas y de los pecados e ingratitudes de toda mi vida.

Dios sea alabado y glorificado por todo. Amén.

"una fuente de agua"

Noviembre 1[227]. La gracia el Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme tuve la oración con recogimiento y con sequedad. Me preparé para comulgar, y le di gracias a mi Dios por todos los beneficios, en particular por haberme hecho cristiana. Agradecer este beneficio fue una de las principales ocupaciones de este día, junto con pedir perdón por no haber correspondido a él como debía. Pedí

[227] Festividad de Todos los Santos, y aniversario del bautismo de sor María del Socorro.

por la exaltación de mi Santa Madre Iglesia, y como hija de esta santa madre, sentía verla tan abatida y perseguida, aunque algunos ratos miraba la iglesia triunfante.

En la oración me iba de allí para allá, pues mi alma veía la gloria que gozaban todos los santos, y que todos estaban tan llenos de esa gloria que no podían desear más. Para explicarlo con una comparación material, diré algo, aunque no sea muy apropiado. Si en una fuente de agua copiosa tuviera muchos caños y hubiera muchas vasijas, unas chicas y otras grandes, si todas estuvieran llenas, todas tendrían lo que necesitaban, según el tamaño que tuvieran. De este modo me parecía que estaban las almas tan llenas de Dios que todas estaban igualmente llenas sin ningún vacío, cada cual según sus méritos, pero como estaban llenas, estaban igualmente gustosas, porque gozaban de lleno al Sumo Bien[228], que ya no perderán por toda la eternidad, y a quien amaran sin intermisión.

Padre mío ¿cuándo llegará este día dichoso para nosotros? Me da tanta gana de que llegue para ir por los méritos de mi Señor Jesucristo, a esta Santa Iglesia triunfante, donde todos están con suma paz y sin alteración, y donde se ama a Dios y se alaba eternamente.

¡Oh día feliz! donde no entra la oscuridad de la noche, porque lo alumbra siempre la caridad de Dios, Trino y Uno.

¡Oh día dichoso! cómo te deseo y cómo te tardas para llevarme a mi Amado sin peligro, sin perderlo, donde para siempre le ame y alabe. Y a vos, Señora y Madre dulcísima, como espero gozar de vuestra presencia, alcanzadme la gracia final por los méritos de vuestro hijo y mi Señor y los vuestros, de que acabando esta carrera de la vida, cuando mi Dios quiera, tenga la dicha de ver a mi Dios por toda la eternidad y a vos, Señora amabilísima y Madre piadosísima.

Aunque desee tanto que llegue este día, solo quiero cumplir la voluntad de mi amabilísimo Dios con perfección, que yo no lo ofenda y que se sirva de esta esclava, aunque sea en este destierro, todo el tiempo de su agrado.

En estas cosas pasaba el alma algunos ratos, después de haber estado contemplando en la inmensidad de su Dios, que todo lo llena de su infinita sabiduría, que todo lo ve y todo lo sabe; en su bondad infinita que tanto sufre y espera; en aquel amor inmenso que tanto nos ama, y en aquella misericordia que nos perdona, nos llama y nos convida con el perdón, porque quiere que gocemos de su gloria.

Bendito sea, bendito y alabado eternamente, por todas las criaturas.

¡Ojalá! pudiera yo tener tanto amor para emplearlo todo en amarte, Dios mío y Señor mío, como han tenido todas las criaturas que ha habido y habrá hasta el fin del mundo.

Padre mío, Esposo mío, Dios amabilísimo, santísimo, justísimo, hermosísimo, perfectísimo, que solo Él es, ha sido y será.

Digno sois de todo honor y gloria, por todos los siglos. Amén.

Todas las criaturas te amen y alaben por mí, y yo deseo amarte, alabarte y darte gracias por toda.

---

[228] Santa Teresa de Liseux, "Historia de un alma". Parecida comparación con un dedal y un vaso le explica sor Paulina, hermana de sangre y de religión a santaTeresita, varios años después que lo escribiera sor María del Socorro.

En este día, unos ratos estaba más fervorosa y otros con alguna sequedad. La oración siempre fue fervorosa. Las peticiones, ya las he dicho, fueron muy frecuentes. Con vivos deseos de que fueran destruidas todas las herejías, le instaba a mi amado Esposo, y le decía: que si yo fuera poderosa, lo haría para darle gloria, pero yo no lo soy, y os lo pido a Vos, Dios mío, que lo sois, y lo podéis todo sin que os cueste ningún trabajo. Señor mío, concedédmelo por vuestra misericordia.

Estas y otras cosas que se me venían le decía a mi amado Esposo en mis peticiones, nacidas del deseo de que todas las criaturas lo conozcan, amen y sirvan.

Hice las demás cosas ordenadas; renové los votos, comuniones espirituales, visitas a mi Señor sacramentado y dulce Madre y Señora a pedirles la bendición y licencia para todo. Cumplí las devociones y la lección espiritual, hice el examen, y no conocí faltas, di gracias a mi Dios, y le pedí perdón.

Sea alabado por siempre. Amén.

Noviembre 2[229]. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme tuve la oración y me preparé para la comunión con recogimiento, aunque no con muncho fervor sensible. Después de la comunión, sí lo tuve por la unión más íntima con mi amado Esposo. Aún en día de sequedad, en el tiempo de la comunión, siempre se enciende el alma y las potencias quedan inflamadas por algún tiempo, aunque después vuelva a quedarme con sequedad, reconociendo mi miseria.

Estaba el alma humillada en la presencia de mi Dios, como un pobre delante de un gran señor, que esperando que le remedie todas sus necesidades, pone toda su esperanza en este misericordioso Señor.

Este día, muchas veces me parecía que estaba en la presencia de mi Señora, en la misma disposición. Reconocía que no merecía que me mirara con misericordia por mis ingratitudes, pero con mucha confianza en la misericordia de mi Señor y mi Señora y Madre[230]. Como estaba el alma en la presencia de mi Dios, algunos ratos me daban la limosna de conocer que me amaban. Cuando mi alma lo conocía, de pronto se encendía en amor y agradecimiento.

Solo tuve una hora de oración con recogimiento, contemplando en la misericordia y amor infinito con el que nuestro amabilísimo Dios nos ama. Las comuniones espirituales las hice con frecuencia, las visitas y las devociones también las cumplí, la lección la tuve, las ocasiones que se ofrecieron las aproveché, renové los votos, hice las mortificaciones, en el examen no encontré faltas conocidas, y di gracias por las no conocidas.

Sea alabado mi Dios y Señor, por todos. Amén. Y mi dulce Madre y Señora, también.

Día 3. Hice al levantarme la oración y la preparación para la comunión con sequedad, hasta la comunión que estuve más fervorosa, aunque no tanto como otros

[229] Festividad de los Fieles Difuntos.

[230] Sentimiento de indignidad por sus pecados, pero unido fuertemente a la confianza en la misericordia divina.

días. El fervor me duró menos, y después quedé de nuevo con sequedad, aunque en la presencia de mi Dios. Me parecía que estaba enojado, y como justamente lo puede estar por mis ingratitudes, estaba temerosa, y no hacía más que pedir perdón. Pensar que mi Dios está ofendido, es para mí una pena muy aguda, y cuando estoy con este temor, aunque no conozca en el presente ninguna falta particular, me aflige solo pensar si habrá algo.

El día fue trabajoso, porque el alma estaba con estos temores y el cuerpo pasó también bastante, pues todo el día tuve el dolor de cabeza fuerte con una indisposición que me desazonaba el estómago y me hacía vomitar. De este modo estuve en el torno, y fue bastante trabajoso. Para el alma era un consuelo padecer y tener algo que ofrecer a mi Señor para unirlo a sus méritos santísimos, aunque fuera una cosa pequeña.

Con esta indisposición pasé el día, haciendo actos de conformidad, y llevándolo todo lo que se ofrecía con paciencia, y no me faltó en qué ejercitarla.

Después de cerrar el torno y hacer una visita a mi Señor Sacramentado, me fui a la cama, y allí le ofrecía a mi Dios los dolores que padecía. Ésta fue la oración de este día, porque teniendo presentes los dolores que mi amado Esposo Jesús padeció en su sacrosanta cabeza, se aligeraban los míos.

Hice todo lo ordenado, aunque con mucho trabajo.

Sea Dios bendito por todo.

Noviembre 4. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme hice la oración con recogimiento sobre el paso de la Pasión de la oración del huerto como si lo estuviera viendo[231]. Me quedé en la presencia de mi Señor, y en las horas y la misa, me parecía que lo tenía presente. Recordaba que un Dios poderoso, un Dios fuerte, quiso por amor llegar a términos de querer ser confortado por uno de sus criados.También tenía presente la perfectísima conformidad y obediencia de este Dios hombre con la Divinidad. De esto sacaba deseos de imitarlo, y renové los propósitos de hacerlo, ayudada de su divina gracia.

Fui a mi obligación con mi alma recogida en la presencia de mi Dios. A ratos me distraía con los muchos negocios que se ofrecían, pero era como cuando una persona tiene una cosa en la mano y está a gusto mirándola; si otra cosa le llama la atención, la mira solo un momento, porque el cuidado de lo que tiene en la mano le llama más la atención. De este modo me parece que me sucede a mí, pues mi amado Dios tira de mi corazón como el imán del acero, y aunque se pongan algunos estorbos para impedir su bulo[232], es con fuerza atraído.

Lo mismo digo de las distracciones de este día y de otros como éste, que me distraía con los mismos negocios, pero sentía una fuerza interior que me hacía volver la atención, y conocer que la principal atención la tenía en mi Amado.

Bendita sea su misericordia que tanto cuidado tiene de esta miserable criatura.

Lo mismo que el alma conocía este beneficio de su Dios; si se distraía, también conocía que de su parte no podía nada, y que aquello era solo por la bondad infinita de

[231] San Ignacio de Loyola, "Ejercicios espirituales". Normas para las meditaciones.

[232] No hemos encontrado el significado de esta palabra en este contexto.

su Dios. El alma se deshacía en amor y agradecimiento a tan gran bondad, y pasaba algunos ratos dando gracias y alabanzas con fervor, y al mismo tiempo, pidiendo perdón por mis descuidos.

Todas las cosas que se ofrecieron de sufrir, las llevé con paciencia y conformidad. En las demás virtudes aproveché las ocasiones que se ofrecieron. Gracias a mi Dios que me ayudó con su gracia, porque nada es mío y todo me lo dan de gracia[233].

¡Ojalá! que me aprovechara como debía de todo lo que mi Dios me da, y no fuera tan descuidada como soy. En esto resalta más la misericordia de mi Dios, pues la usa tan grande, con quien no la merece ni la ha merecido nunca por sus ingratitudes y pecados.

Bendito sea eternamente.

Hice todas las demás cosas: comuniones espirituales, lección, renovar los votos, y cumplir las devociones y las visitas, en el modo dicho. En el examen conocí que había faltado, pues no había pedido la bendición a mi amado Esposo y dulce Madre. Al instante de haber faltado, me di cuenta, les pedí perdón, y de nuevo se lo pido, y les doy gracias por los beneficios.

Dios sea alabado por todo. Amén.

Día 5. Cometí la falta de no levantarme a la hora acostumbrada, aunque había despertado a buena hora, pensé seguir acostada hasta que dieran las cinco, pero por descuido, me quedé dormida hasta las seis. Pedí perdón a mi Dios y a mi dulce Madre y Señora por mi tibieza, y esto me hizo empezar el día con más cuidado.

Tuve la oración, las horas y la misa con recogimiento, humillada en la presencia de mi Dios, al ver lo mal que correspondo a su amor. Mi Dios que tanto cuida de que yo adelante, y yo, tan descuidada y perezosa en su santo servicio.

¡Qué distinto mi comportamiento con mi Dios al de las almas fieles y cuidadosas de agradar a su Dios! Éstas estudiaban, buscando mortificaciones, y yo me contento con lo que viene, y ¡ojalá! no lo desperdiciara muchas veces. Éstas buscaban las humillaciones, y yo, si puedo, pongo de mi parte para no ser humillada, contentándome con lo que viene, sin que yo lo pueda remediar.

Padre mío, esta es la correspondencia que tengo yo a los beneficios de mi Dios; por eso temo que no haya en mí verdadera humildad ni amor a mi Dios, como debo. Pídale V. mucho a mi Dios que me dé estas y todas las cosas, porque en todas tengo muchas faltas, y temo que sean, porque no pongo el cuidado que debo, según puedo y según la gracia que recibo.

Padre mío, no puedo dejar de tener temores; no se fatigue, porque lo manifieste como falta de satisfacción por V.; aunque V.R. me diga que la tengo, y creo en sus palabras, algunas veces me parece que no digo mis faltas como son, y que aumento lo que digo de bueno. Me causa fatiga, si mi falta de humildad me hace ver lo bueno y me tapa lo malo; por eso me consuela manifestarle mis temores.

La tarde la pasé con más recogimiento que la mañana, porque el alma estaba más fervorosa, me ocupaba en los actos de las virtudes con más fervor, y tenía mucho

[233] George Bernanos, "Diario de un cura rural". Recuerda las últimas palabras del sacerdote: "Tout est grâce".

consuelo en mi alma. A cada paso parecía que mi amado Esposo procuraba encender mi alma en su divino amor. Una de las veces que tenía que andar más, me consolaba, porque desde la mañana, había pedido a mi amado Esposo que recibiera todos mi pasos, que yo los ofrecía a gloria suya, uniéndolos con los que había andado en este mundo por mi amor, en particular por los que anduvo cuando lo llevaban de tribunal en tribunal. Con esto, todo lo que se me ofrecía para andar, me servía de mucho consuelo. En esta tarde, derramaba mi amado Esposo tanto consuelo y dulzura, que se encendía el alma y se deshacía, dando gracias y alabanzas a su Dios, con las palabras que se me venían, nacidas de afectos de amor y agradecimiento. Unas de las veces, como he dicho, me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Hermosos son tus pasos a mis ojos.

El alma se encendió mucho más, y se deshacía en alabanzas a su Dios y Esposo, porque conoció la gran bondad de su Dios, y qué pronto está para premiar cualquiera cosa que se hace por su amor.

Esto fue lo que me tuvo más fervorosa esta tarde, y al final de ella mucho más. Deseaba poder hacer algo para agradarle, pero no se me ofrecía nada, pues nada me costaba trabajo; cuando el alma está deseosa de hacer algo por su Dios, parece que no se ofrecen cosas penosas. Siquiera con el deseo, se desahoga un poco el alma; viendo que reciben con tanto agrado aún las cosas más pequeñas, quisiera hacer mucho para dar gusto a su Señor.

Acabé como acostumbro, pidiendo a mi Dios perdón de todas las faltas que había tenido en las cosas del día, y de no haber correspondido como debía, según los beneficios que mi Dios había hecho a mi alma. Me parecía que mi amado Esposo me decía:

-Ya estás perdonada, porque miro los deseos que tienes de agradarme.

Me dio tanto consuelo, que no sabía cómo agradecer a mi Dios tantos beneficios, y me hacía derramar lágrimas que salían del mismo consuelo que me daba ver que este Dios poderosísimo quisiera atender tanto a este gusanillo de la tierra.

Pasé la noche dando gracias, alabando su gran bondad, y pidiéndole que no permitiera que lo desagradara. A mi Señora y Madre dulcísima le pedía lo mismo: que me asistiera con su poderosa protección para agradar en todo a mi amado Esposo, y le daba gracias por las que recibía, pues conocía que me venían por su piadosísima intercesión.

Acabé el día cumpliendo todo lo ordenado.

Las comuniones espirituales no fueron tantas como otros días, porque había tenido algunos descuidos.

Gracias a mi Dios por todo. Amén.

Noviembre 6. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice lo acostumbrado: ofrecimiento, actos de fe, esperanza y caridad, adoración y oración, con recogimiento, lo mismo que las horas y la misa.

Me fui a mi obligación, y seguí con la presencia de mi Dios, que no es adquirida, como he dicho otros días, sino dada de gracia por la misericordia de mi Dios e intercesión de mi dulce Madre.

En este día como en otros, he tenido algunas distracciones y he conocido más claramente la poderosa mano de mi Dios que me tenía asida a sí, como una madre a un niño pequeñito que siempre lo lleva de la mano para que no se caiga, y si se acerca a algún peligro, lo sujeta con más cuidado.

Padre mío, de este modo me parece que hace mi amabilísimo Dios y Esposo de mi alma conmigo; si ve que me voy yendo con la atención más de lo necesario a las cosas de la tierra, tira de mi corazón, de modo que lo conozco. Sin duda alguna veo que no quiere que aparte mi atención principal de su divina presencia.

Reconozco que es un favor, un favor grande de su misericordia infinita, y le doy gracias por él. Si haciendo esto conmigo mi amado Esposo soy tan miserable ¿qué sería si no lo hiciera?

Todas las criaturas alaben su gran misericordia por mí.

Este conocimiento me encendía el corazón; a cada instante que me iba distrayendo algo, conocía la bondad de mi Dios para hacerme volver a su presencia.

Los ratos de fervor eran, cuando veía mi alma más unida a mi amado Esposo, y por consiguiente, estaba más encendida en el amor a su Dios, y se ejercitaba en los actos de las virtudes con más fervor.

La oración la tuve con recogimiento; las comuniones espirituales en los ratos de fervor, eran más que en los que no estaba tan fervorosa; las visitas, lo mismo; renové los votos, tuve la lección, aproveché las ocasiones que se ofrecieron, de mortificación interior y exterior, aunque fueron pocas, hice el examen, pedí perdón de las faltas que no conocí, di gracias por los beneficios y acabé este día.

Sea Dios amado, servido y alabado por siempre. Amén. Y mi Señora también.

Día 7. No me acuerdo de que tuviera ninguna diferencia con el de ayer, solo en que tuve menos oración, por no tener ocasión para ello, pero la presencia de Dios la tuve lo mismo. Procuré aprovechar todas las ocasiones que se ofrecían de mortificación, aunque no fueron grandes. En lo demás, hice todo lo ordenado.

Día 8. Al levantarme tuve la oración con sequedad, aunque con recogimiento interior y lo mismo las horas. Me preparé para la comunión, pidiendo todo de limosna, como un pobre que va convidado a una función, pido de limosna a mi Señora y Madre, que me adorne con todas las virtudes. También a los santos ángeles y a todos los santos, pero todo lo hacía con poco fervor.

Después de la comunión estuve más fervorosa, con la más íntima unión con mi amado Esposo y Señor. Le daba gracias y alabanzas por este beneficio tan grande, y le pedía por todas las necesidades presentes, deseando que todas las criaturas conocieran a mi Dios y fuera amado, alabado y servido. Estos deseos de mi corazón de que todas las criaturas lo amen, si pudiera yo hacerlo, aunque fuera por los medios más dificultosos, lo haría. Me parecen verdaderos cuando los tengo, que es siempre, pero cuando caigo en algunas faltas, me parece que aquellos deseos no son verdaderos, me desconsuelo, y se aumenta más mi deseo.

Este día, me sucedía que tenía estos vivos deseos, y al mismo tiempo caía en algunas faltas no voluntarias, sino por falta de advertencia. Al instante que lo advertía, me daba pena, porque decía: que si estos deseos fueran verdaderos, no tendría estos

descuidos. Entonces se avivaban más los deseos, y procuraba resarcir aquella falta en cuanto podía, haciéndolo con más frecuencia, y al mismo tiempo con más fervor.

Las faltas que conocía tener eran en los actos de las virtudes interiores, por distraerme algunos ratos durante las cosas de obligación; esto duraba poco, porque al instante volvía a recogerme, como he dicho. Quería mi amado Esposo que conociera con más claridad, que el recogimiento que experimento en medio de tantas cosas como tengo que atender, no es por mi diligencia, sino por su bondad. Algunos ratos, aunque cortos, me dejaba sin aquella gracia particular y me hallaba sin ser nadie, porque toda la atención se la llevaban las cosas exteriores, y no trabajaba el interior.

Cuando el alma conserva la presencia de Dios viva, la atención principal es la de Dios, y después las demás cosas que se hacen por su amor, trabajando el alma en su interior sin cesar, con los actos de las virtudes, de adoración, acción de gracias y alabanza, ya pidiendo perdón para sí, ya para sus prójimos, en un continuo ejercicio. Pero faltándole al alma esta presencia de Dios, al instante empieza a faltar a estos actos.

"tengo olvidos"

Padre, reconozco que si mi Dios no hiciera conmigo tanta misericordia, de tenerme sujeta en su presencia, ¿qué sería de mí? Apenas me falta un poquito, al instante empiezo a caer en faltas, y más, con el genio que tengo. Aficionada a cumplir con mis obligaciones, no quisiera tener faltas, pues en esto he tenido siempre, mucho amor propio; aunque mi principal intensión es hacerlo, porque Dios me manda que ponga cuidado en lo que tengo a mi cargo. No he dejado de tener mucho de este amor propio, que en todo se mete, hasta en lo más santo. Quiere mi Señor y Esposo de mi alma, que ahora conozca lo que otras veces no conocía con tanta claridad, y permite que cuando estoy más fervorosa, y no pongo demasiado cuidado en las cosas, sino solo lo preciso, entonces no tengo tantas faltas o ningunas conocidas, porque sin pensar, todo me viene a la memoria a su tiempo. Pero el día que estoy como hoy, que a ratos me distraigo, en estos ratos, aunque ponga mucho cuidado en las cosas que me encargan, tengo olvidos. Me suele suceder que estas faltas recaen en lo genios más vivos, que sienten más, que no se tenga cuidado con sus encargos, y me lo recuerdan de una forma poco agradables al amor propio. Gracias a mi Dios, no me inquietan como me sucedía otras veces, que era muy sentida. Aunque lo disimulara, interiormente sentía las palabrillas picantes, y me hacían poner más cuidado en todo, para no recibirlas. Mi poquísima humildad, no sé si acaso tengo alguna, no quería la humillación, aunque quería ser humilde.

Ahora conozco que he adelantado algo, porque se han ofrecido algunas cosillas que me han humillado por causa de haber olvidado algo, y he recibido las palabras que me han dicho, sin ninguna alteración. Me alegraba que me humillaran, y daba gracias a mi Dios, que permitía que así sucediera. En otros tiempos, me hubieran mortificado mucho, porque creía que no tenía culpa, pues no había dejado de hacerlo queriendo, sino por olvido natural.

Ningún olvido de los que tuve, fue de cosas esenciales, sino de frioleras, pero a quien se los hice, como no se cumplía su voluntad, no le hacían gracia.

Este día tuve dos; con una de las que caí en falta, dijo: que se iba a estar allí, en el torno, hasta negociar sus cosas, porque si no, no las haría; que yo no iba a ser de provecho… y otras cosillas. Yo le dije que se fuera en hora buena, y me quedé serena; pero cuando vio que yo no hacía caso de nada de lo que me decía ni manifestaba sentimiento, conoció que me podía haber mortificado, y me dijo: que perdonara, que iba fatigada por otras cosillas, y lo había pagado yo, y me dejó sus encargos a mi cuidado. Le dije: que yo lo sentía, porque también había faltado a lo que me había encargado; que no había sido por no haber querido hacerlo, sino por falta de memoria.

De los dos encuentros que se ofrecieron este día, no solo no me mortifiqué, pues no hice nada malo de mi parte, sino que saqué el conocimiento, de que mi Dios permitía aquellos descuidos para que conociera que si cumplo bien, no es porque yo ponga mucho cuidado, sino porque mi Dios y Señor lo hace todo.

Bendita sea su bondad y su infinita misericordia.

Cumplí lo ordenado, aunque con las faltas que he dicho. Hice las comuniones espirituales; pedí la bendición, en el ejercicio de las virtudes interiores, al instante que conocía mi falta, lo sentía, pedía perdón, y cuando procuraba, en lo que podía, resarcir aquellas faltas, al instante conocía que me asistía mi amado Esposo con nueva gracia, que encendía mi corazón en amor y agradecimiento.

Bendita sea su bondad.

La lección la tuve, renové los votos, cumplí las devociones, hice las mortificaciones ordenadas, en el examen pedí perdón de todas mis faltas, y di gracias por los beneficios.

Durante todo el día estuve pidiendo con instancia, por todas las necesidades. Como si una criatura estuviera atada, y no pudiera hacer otra cosa más que clamar, así me parece que estaba yo, que solo podía pedir. Aunque el alma no movía su lengua para nada, se veía forzada a gritar el deseo que tenía, de que todas las criaturas amaran a su Dios. Lo decía sin voz, pues Dios no necesita de voces para oír, porque ve lo más secreto de nuestros corazones.

Noviembre 9. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Después de hacer lo acostumbrado al levantarme, tuve la oración menos rato que otros días, porque me levanté tarde. Por no cumplir lo que V.R. me tiene ordenado, me dejé llevar de la pereza, esperando acostada oír el reloj, pero me quedé dormida, de modo que me faltó tiempo para cumplir las demás cosas. ¡Éste es el cuidado que pongo en el servicio de mi Dios, a quien tanto debo! Sentí esta falta y pedí perdón a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora, a quien más en particular tenía dedicado este día, que era sábado. Conocí su eficaz protección, en la humillación que me causó mi falta, pero con mucha confianza en que por los méritos de mi Señora y Madre amabilísima, había de alcanzar nuevos auxilios para aprovechar el resto del día con celo y fervor. A mi Señora, a quien manifestaba todos mis descuidos, le pedía perdón, y que no me dejara de su maternal cuidado; que como Madre amorosa, me enseñara, y como maestra, y como señora, me castigara, si no atendía cuidadosa a cumplir su voluntad y la de mi Dios.

Tuve la oración con recogimiento, alabando la gran misericordia de nuestro amabilísimo Dios. Todo el día estuve como si tuviera a mi Señora y Madre presente,

y esto me hacía vivir con más cuidado, para agradar en todo a mi amado Esposo y Señora, a quienes alababa con algunas de las jaculatorias que ya he dicho. Todo lo hacía para gloria de mi Dios, y honor de mi Señora y Madre.

Pasé el día en la presencia de mi Dios. Aunque no de lo más fervorosa, procuraba aprovechar todas las ocasiones que se ofrecían de ejercitar las virtudes, teniendo presentes los ejemplos, que dieron en su vida mi amado Esposo y Señora.

Cumplí todas las cosas ordenadas. Algunos ratos estuve más fervorosa, porque mi amado Esposo y Señor derramaba un poco de su divino amor sobre mi alma, que se encendía, pero me duraba poco lo fuerte, o para decirlo mejor, la más íntima unión. En el tiempo que duraba, estaba el alma más fervorosa para el ejercicio de las virtudes; no las dejaba de hacer, cuando estaba menos fervorosa, con la diferencia, de que unas veces lo hacía como a quien se lo dan todo hecho, y otras, como a quien le ayudan.Como los señores estaban presentes, la esclava estaba más cuidadosa.

Sea Dios bendito por todo. Amén.

Día 10. Después de hacer todo lo ordenado, me preparé para la comunión con fervor, y así estuve en las horas. Con la unión más íntima con mi amado Esposo después de recibirlo, el fervor fue mucho más, se encendió el alma, y se inflamaron las potencias. Le daba gracias y alabanzas a mi Dios por este, y por todos los que he recibido siempre de mi amado Esposo y Dios. Tenía vivos deseos de amarlo mucho, y de que todas las criaturas lo amaran, conocieran y sirvieran.

En cuanto podía estar recogida en la presencia de mi Dios, hacía los actos de las virtudes interiores, ofreciendo a mi Dios todo para su mayor gloria.

Estuve fervorosa hasta media mañana, y luego me quedé con sequedad.

Pasé este día en un continuo ejercicio de la paciencia, que mi Dios me dio para el mucho trabajo de este día, y lo aproveché todo, gracias a mi Dios que me ayudó. Algunas veces, deseaba tener un poco de sosiego para poder, siquiera leer o rezar, pero no pude. La lección, no sé si llegó a cuatro renglones.

Todas las demás cosas ordenadas las hice.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Madre y Señora también.

Noviembre 11. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Después de despertar, hice lo ordenado, aunque cargada de sueño, que parece que ahora me viene por castigo.

Anoche me puse a escribir, y no sé los disparates que habré puesto. No lo he leído, como hago con todo lo que escribo, que nunca leo nada, vaya lo que vaya. Mientras lo estoy haciendo, quiero decir la verdad. Si lo leyera, me parecería lo que sin leerlo, me parece muchas veces: que escribo con ponderación. Esta es una de las tentaciones, que con frecuencia me molestan, y como este pensamiento que me viene algunas veces, me fatiga, por eso no quiero leer nada de lo que escribo.

Espero que mi amado Esposo y Señora y Madre amabilísima, no permitan que entienda usted otra cosa más, que lo que sea verdad, pues yo solo quiero escribir lo verdadero, y si alguna cosa pongo con ponderación, es porque no lo conozco.

Cuando lo estoy haciendo, me parece que es como lo digo, y que no pondero nada, pero luego vienen estos pensamientos que me hacen dudar, y por eso, ahora que me acordé, no he querido dejar de decirlo, para que no se me olvidara. Para las tentaciones es un remedio muy bueno el decirlo, porque al menos, algún tiempo se descansa de ellas.

Si V.R. notara que es verdad lo que escribo, avísemelo para que deseche la tentación, diciendo: que no dejaría que lo hiciera, quien tiene la obligación de advertírmelo, y con eso desecharía estos pensamientos.

Volviendo a mi sueño de anoche. Por más que hacía, no podía desecharlo; me hacía muchas cruces, pero nada me bastaba, y todo lo escribí dormida; y como conocía que no sabía lo que había dicho, me daba fatiga, quería leerlo, y no podía por falta de vista, pues de noche, no veo leer. Sí puedo escribir, porque Dios quiere, que aunque lo haga mal, lo pueda hacer. Escribí tres carillas, lo dejé, y fui a acostarme.

Hoy por la mañana, me levanté poco antes de las cinco, y me fui al coro. Me sucedió lo mismo. Mi alma conocía que estaba con mi Dios, pero no hacía nada, porque este sueño era entre medio dormida y despierta, de modo que conocía que estaba en la presencia de Dios, y que Él ocupaba toda el alma, pero con una cosa, que me tenía tan inhábil, que me parecía que no amaba a mi Dios, y que estaba con mucha tibieza. Así estuve una hora, sin hacer nada de provecho, que yo conociera.

Después, en las horas y en la misa, poco más o menos igual, aunque en ésta, estuve algo más despierta, y no tan atontada.

Seguí toda la mañana con esta tontería en la cabeza, pero no me impedía estar atenta para no desperdiciar ninguna ocasión, que no me faltaron bastantes, en qué ejercitar la paciencia, y hacer ratos de conformidad, con alegría del alma y con mucho trabajo del cuerpo. Éste estuvo penoso por todas las cosillas que padezco. Gracias a mi Señor, que me las ha dado sin merecerlo, pues me consolaba padecer por su amor.

Al mediodía, cuando acabé en el torno, al instante me fui a buscar a mi amado Esposo Jesús Sacramentado, a quien había adorado y recibido espiritualmente muchas veces, porque, como he dicho, mi tontería, no me estorbaba para eso ni para lo demás. Tampoco dejaba de atender a todo, solo que los cuidados exteriores me costaban mucho.

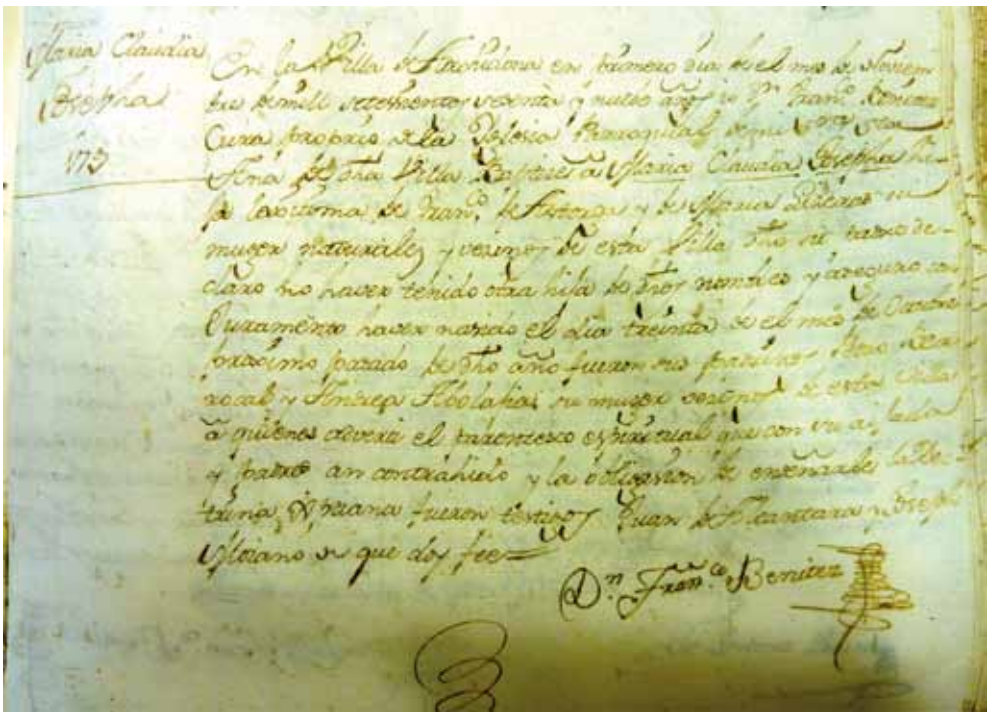
En cuanto acabé la tarea de la mañana, me fui volando a buscar a mi Amado. Iba con sosiego, pero al instante que entré en el coro, me encendió mi amado Esposo en su amor, y mi alma conoció que estaba unida a mi Dios.

Otra vez me quedé como dormida, pero no lo estaba, porque las potencias del alma se pusieron bien despiertas. Aunque los sentidos corporales estaban como dormidos para todo, el alma estaba entretenida en grandes conocimientos, y tenía una luz clara, del misterio de la Santísima Trinidad, que es un solo Dios y tres personas distintas, que son indivisibles que cada una es distinta, y que es un solo Dios.

Conocía mi alma, cómo fue unida la segunda persona que es el Hijo, a la humana naturaleza, y ésta a la divina, sin ser separada ésta segunda de las otras dos. Así ahora está en el Sacramento, este Dios que está en todas partes, y no deja de estar en una para estar en otra, porque todo lo llena.

¡Oh Dios grande y poderoso!

Bendito seáis mi Dios, alabado y conocido por todas las criaturas.

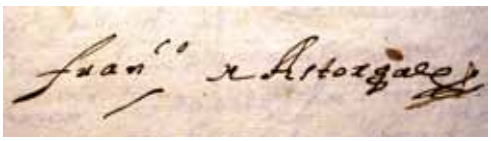


Partida bautismal de María Claudia Astorga Liceras (Sor María del Socorro). Archivo Histórico Diocesano de la Santa Iglesia Catedral de Málaga. Parroquia de Santa Ana de Archidona, libro de bautismos nº 40 (1765-1770), fol. 234.

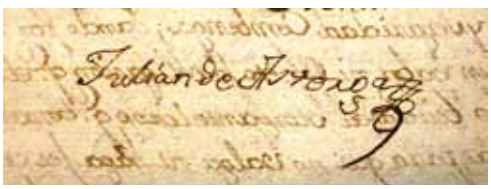
A la derecha de la imagen casas del alarife Francisco de Astorga Frías, su padre, donde vivió María Claudia, y desde donde veía la Parroquia de Santa Ana, situada a la izquierda de la imagen (véase pág. 22).

Vista parcial de la ciudad de Archidona.

a)

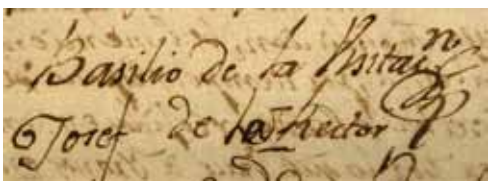


b)

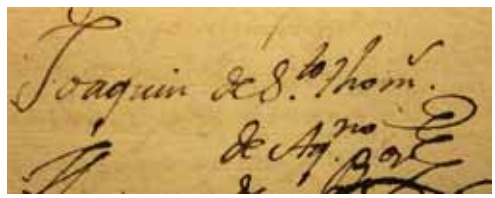


c)

d)



e)

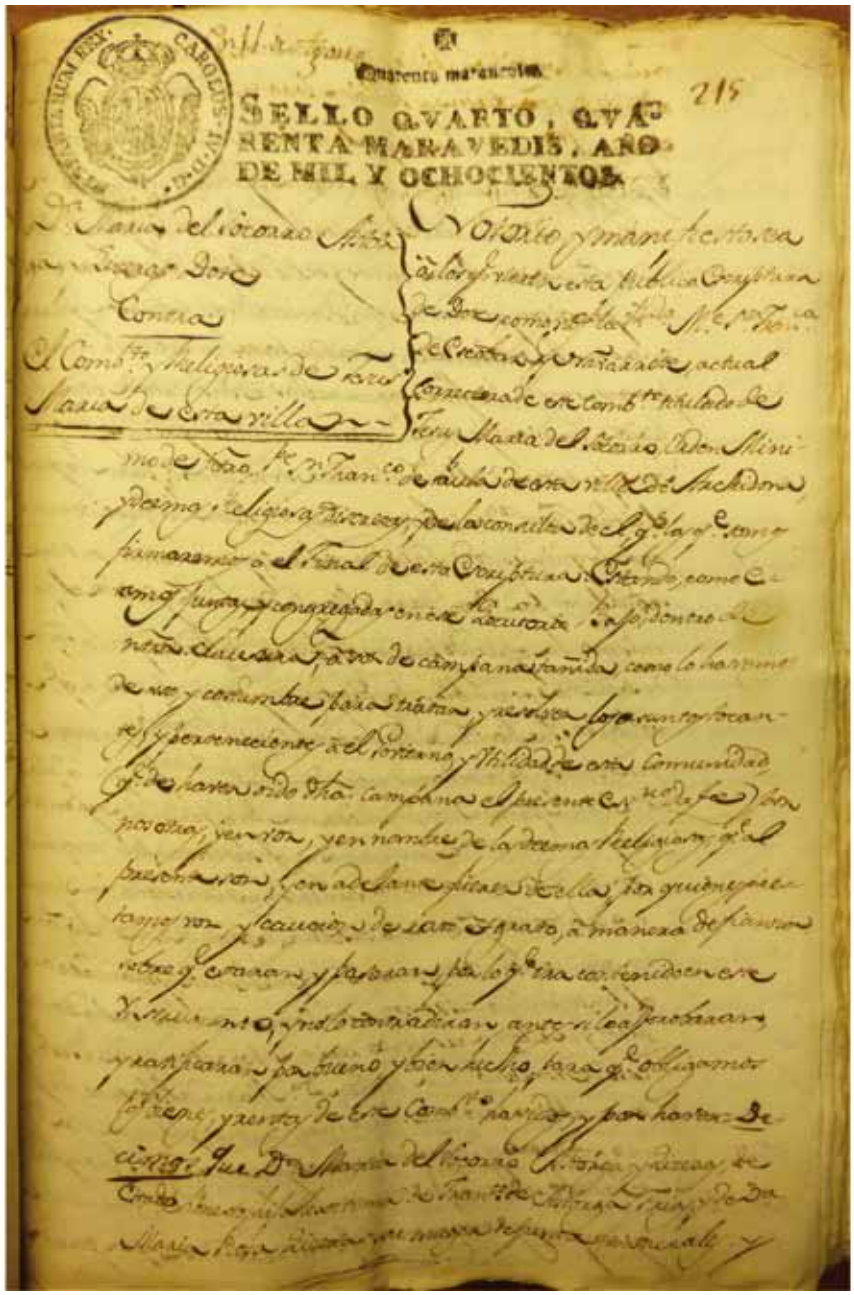


Firmas del padre y hermanos de Sor María del Socorro, y de sus directores espirituales, ambos rectores del Colegio de las Escuelas Pías de Archidona. a) Francisco de Astorga Frías (véase pág. 19). b) Julián de Astorga Cuberos. c) Juan de Astorga Cuberos. d) Rvdo. Padre Basilio de la Visitación (véase pág. 72). e) Rvdo. Padre Joaquín Tendero de Santo Tomás de Aquino (véase pág. 108).

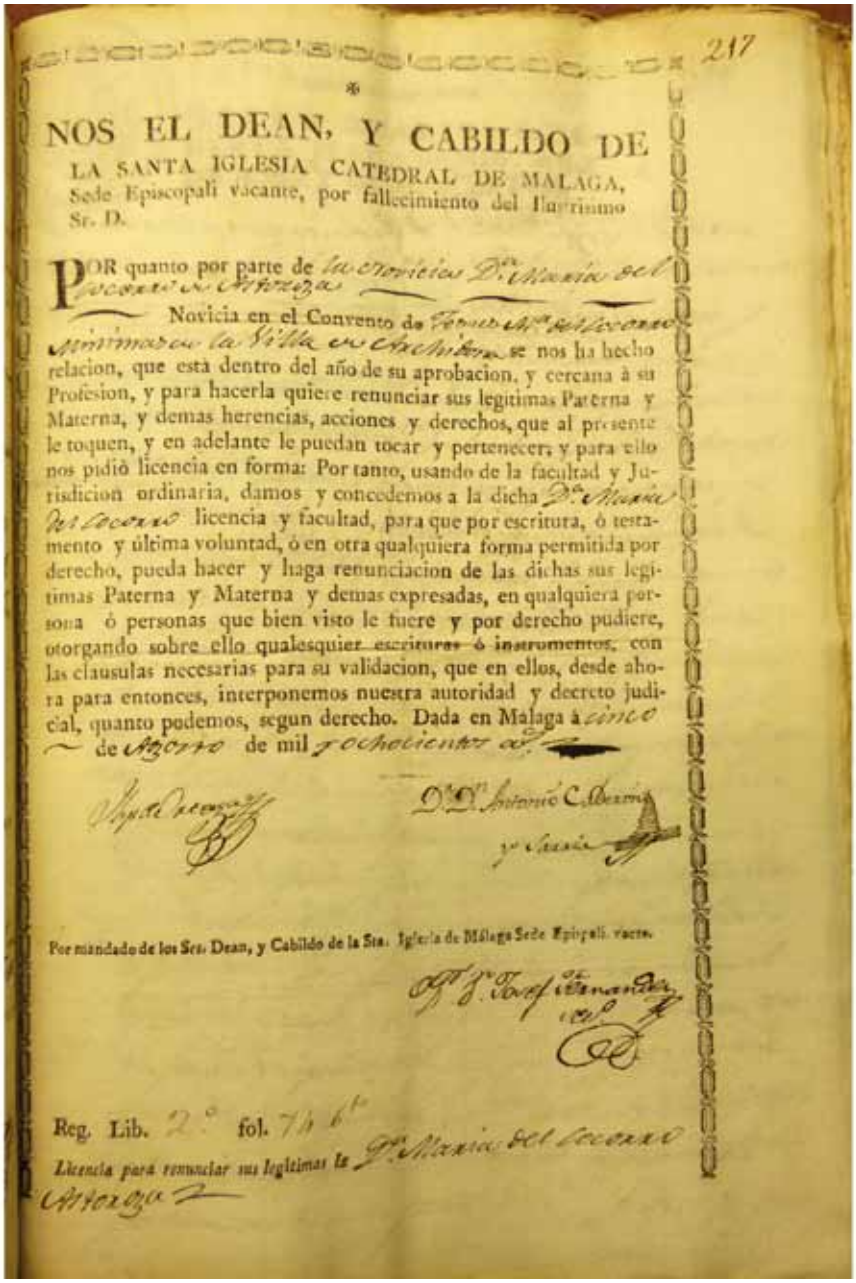
Visión parcial del Convento de Jesús María del Socorro de Archidona, de la fachada de su iglesia con la torre.

Interior de la iglesia del Convento de Jesús María del Socorro de Archidona.

Fotografía de principios del siglo XX, que muestra el interior de la iglesia del convento. Muy similar a como la debió conocer Sor María del Socorro Astorga.



Dote de Sor María del Socorro Astorga para ingresar al convento. Extraído del Archivo Histórico Municipal de Archidona, sección de Protocolos Notariales.



217

NOS EL DEAN, Y CABILDO DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MALAGA, Sede Episcopali vacante, por fallecimiento del Ilustrisimo Sr. D.

POR quanto por parte de la Novicia D.ª María del Socorro de Arteaga Novicia en el Convento de Terc.ª M.ª del Socorro Minimas de la Villa de Archidona se nos ha hecho relacion, que está dentro del año de su aprobacion, y cercana à su Profesion, y para hacerla quiere renunciar sus legitimas Paterna y Materna, y demas herencias, acciones y derechos, que al presente le toquen, y en adelante le puedan tocar y pertenecer; y para ello nos pidió licencia en forma: Por tanto, usando de la facultad y Jurisdicion ordinaria, damos y concedemos a la dicha D.ª María del Socorro licencia y facultad, para que por escritura, ó testamento y última voluntad, ó en otra qualquiera forma permitida por derecho, pueda hacer y haga renunciacion de las dichas sus legitimas Paterna y Materna y demas expresadas, en qualquiera persona ó personas que bien visto le fuere y por derecho pudiere, otorgando sobre ello qualesquier escrituras ó instrumentos, con las clausulas necesarias para su validacion, que en ellos, desde ahora para entonces, interponemos nuestra autoridad y decreto judicial, quanto podemos, segun derecho. Dada en Malaga à cinco de Agosto de mil setecientos ochenta y

D.D. Antonio Calderon y Cueva

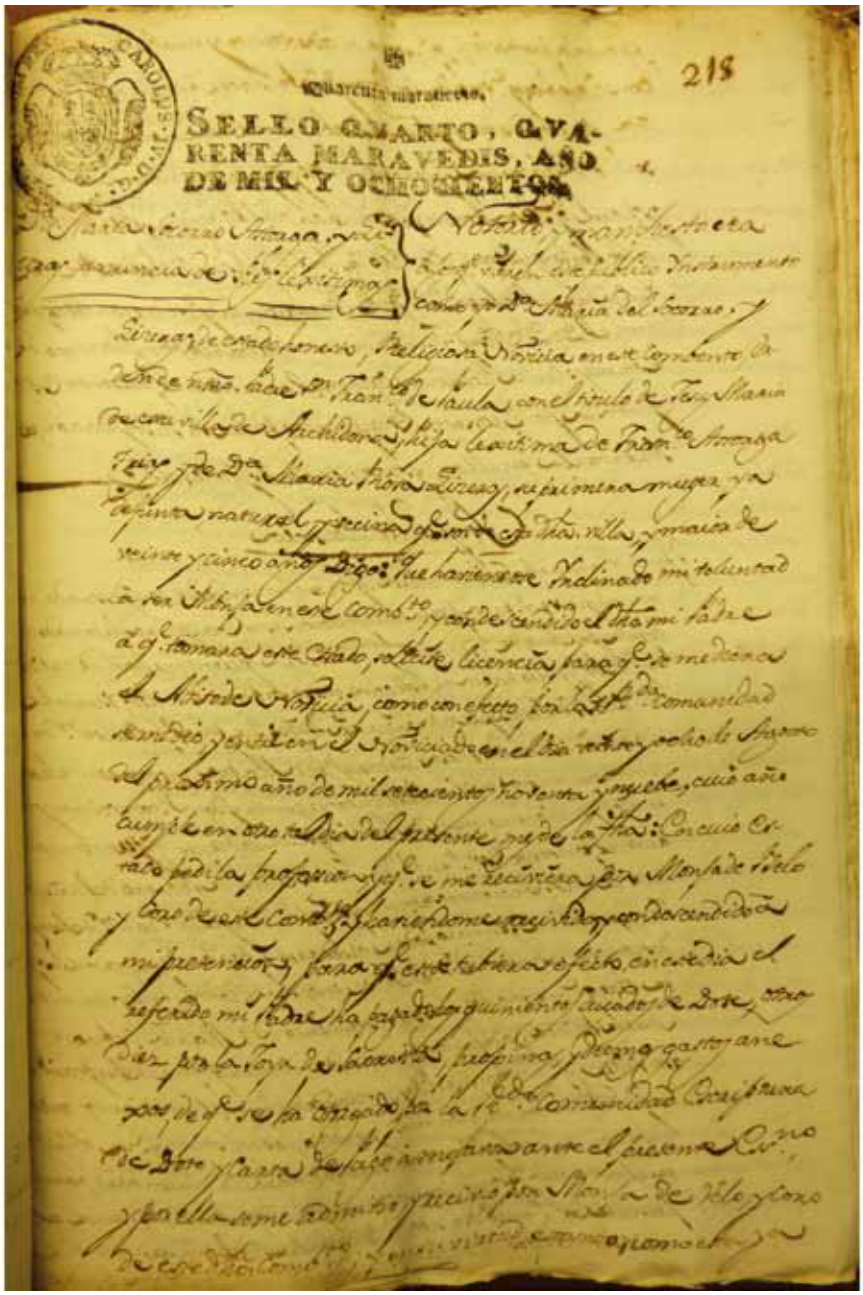
Por mandado de los Sres. Dean, y Cabildo de la Sta. Iglesia de Málaga Sede Episcopali vacte.

D. J. Josef Fernandez

Reg. Lib. 2.° fol. 71 b.

Licencia para renunciar sus legitimas la D.ª María del Socorro Arteaga

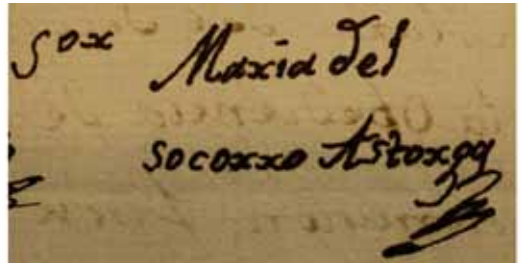
Permiso del Obispado de Málaga para que Sor María del Socorro pueda renunciar a sus bienes. Extraído del Archivo Histórico Municipal de Archidona, sección de Protocolos Notariales.



Renuncia de Sor María del Socorro Astorga a sus legítimas. Extraído del Archivo Histórico Municipal de Archidona, sección de Protocolos Notariales.

Relicario de Sor María del Socorro. Al entrar en el convento cambió el que tenía de plata, por este de metal, su tamaño es de 13x11 cm. (véase pág. 61).

Acta de profesión de Sor María del Socorro Astorga, conservada en el Convento de Jesús María del Socorro de Archidona.



Firma de Sor María del Socorro Astorga.

Claustro antiguo de la enfermería del convento, donde Sor María del Socorro ejerció su oficio de enfermera. Al fondo se puede apreciar el pequeño altar donde se encontraba “Mi Dulce Madre”.

Imagen actual del claustro que da paso a las celdas donde se encontraban las religiosas más enfermas.

Virgen de los Dolores ante la que oraba Sor María del Socorro y en la que puso las llaves de la enfermería. En los escritos aparece como “Mi Dulce Madre” (véase pág. 20).

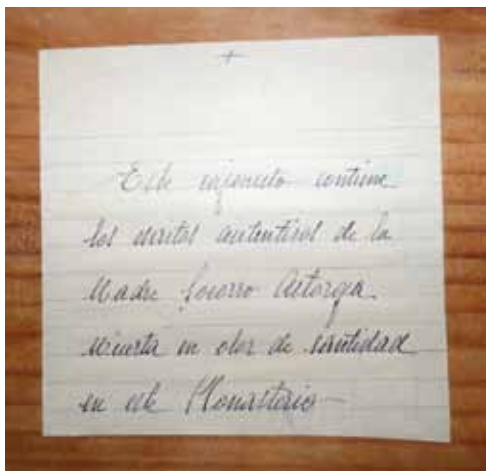
Tribuna desde la cual las enfermas seguían las celebraciones litúrgicas. Desde ella se ve el Sagrario y el manifestador, allí oraba Sor María del Socorro Astorga cuando era enfermera.

página para la foto de la
no celosía

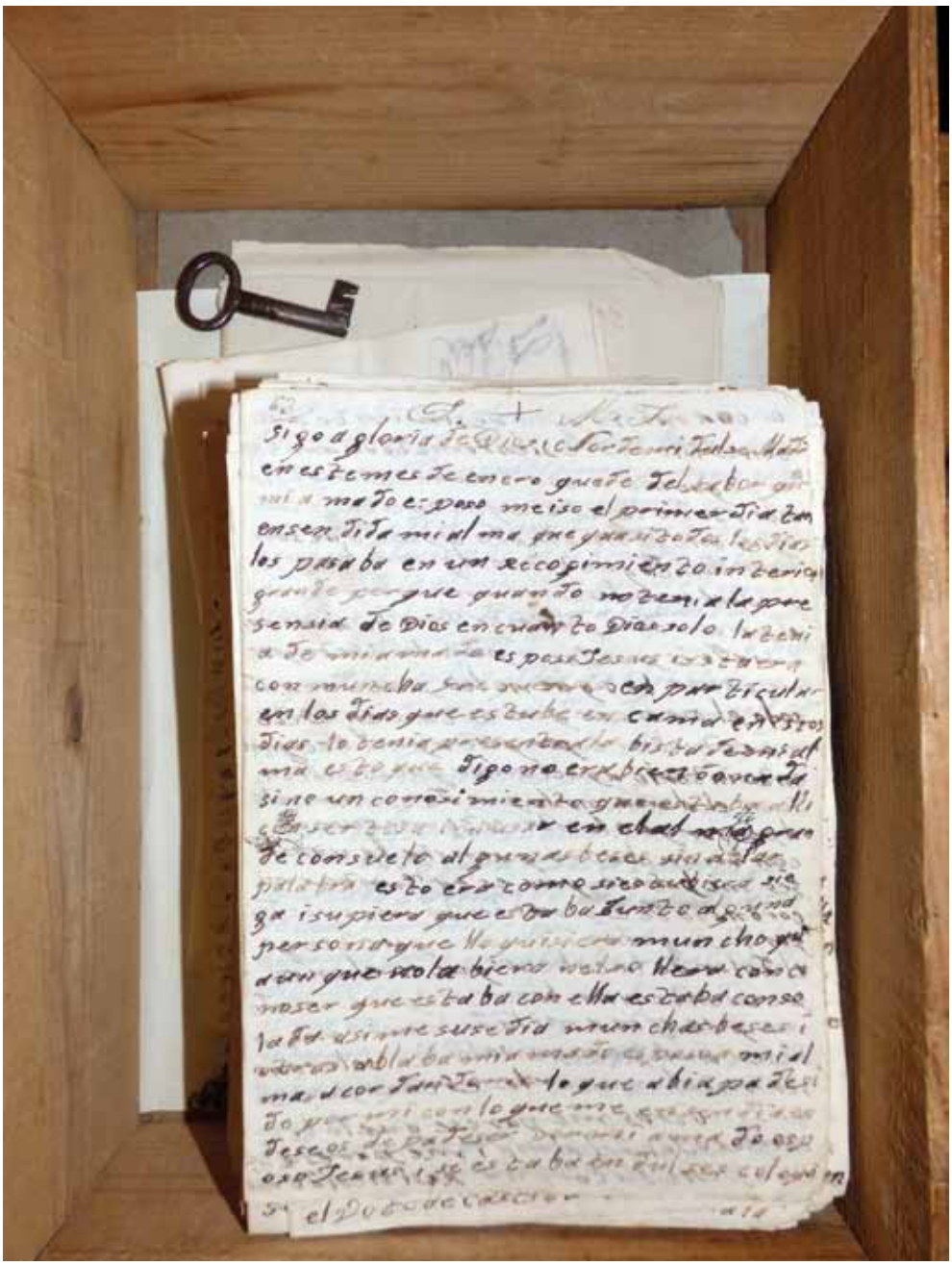
Fachada de la enfermería del convento, cuyas ventanas dan al patio.

Pila de agua, en la que Sor María del Socorro acudía a sumergir sus manos tras el intenso ardor que el amor de Dios le hacía experimentar (véase pág. 43).

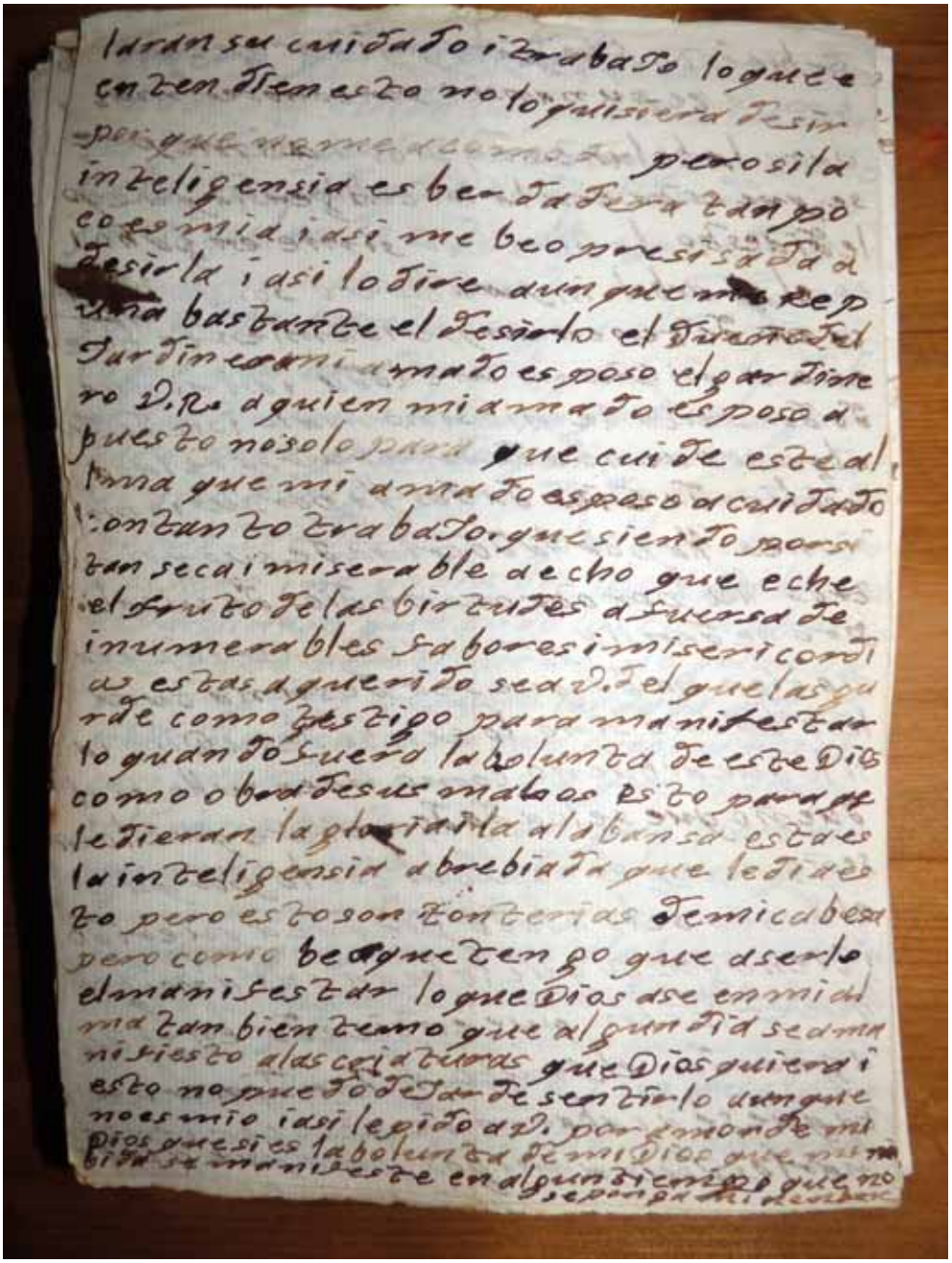
"Cajoncito" que contiene los escritos originales de Sor María del Socorro Astorga.



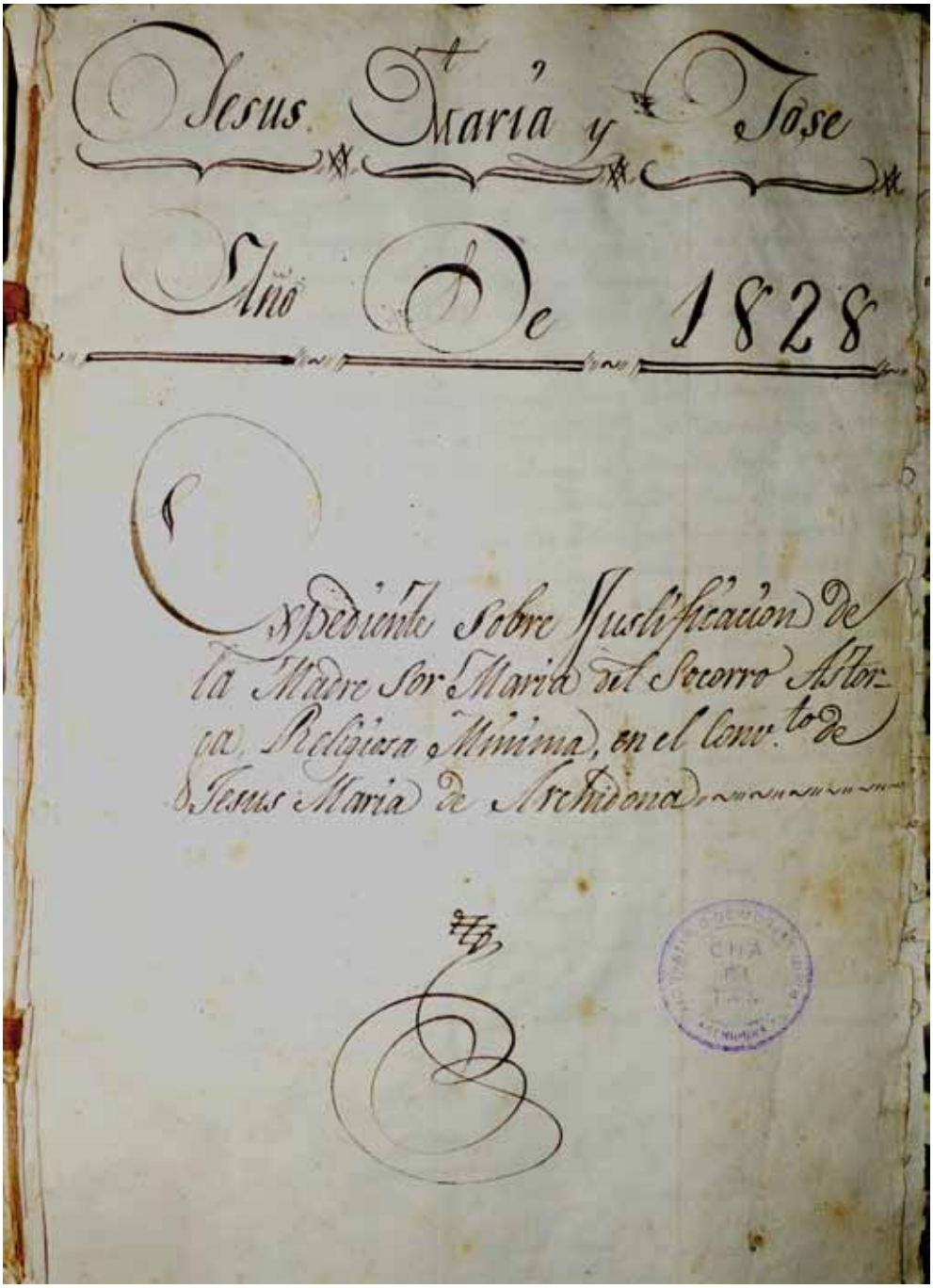
Detalle de la nota que atestigua el contenido del "cajoncito".



Interior del “cajoncito” con los escritos de Sor María del Socorro.



Hoja original de los escritos, con la letra de Sor María del Socorro Astorga.

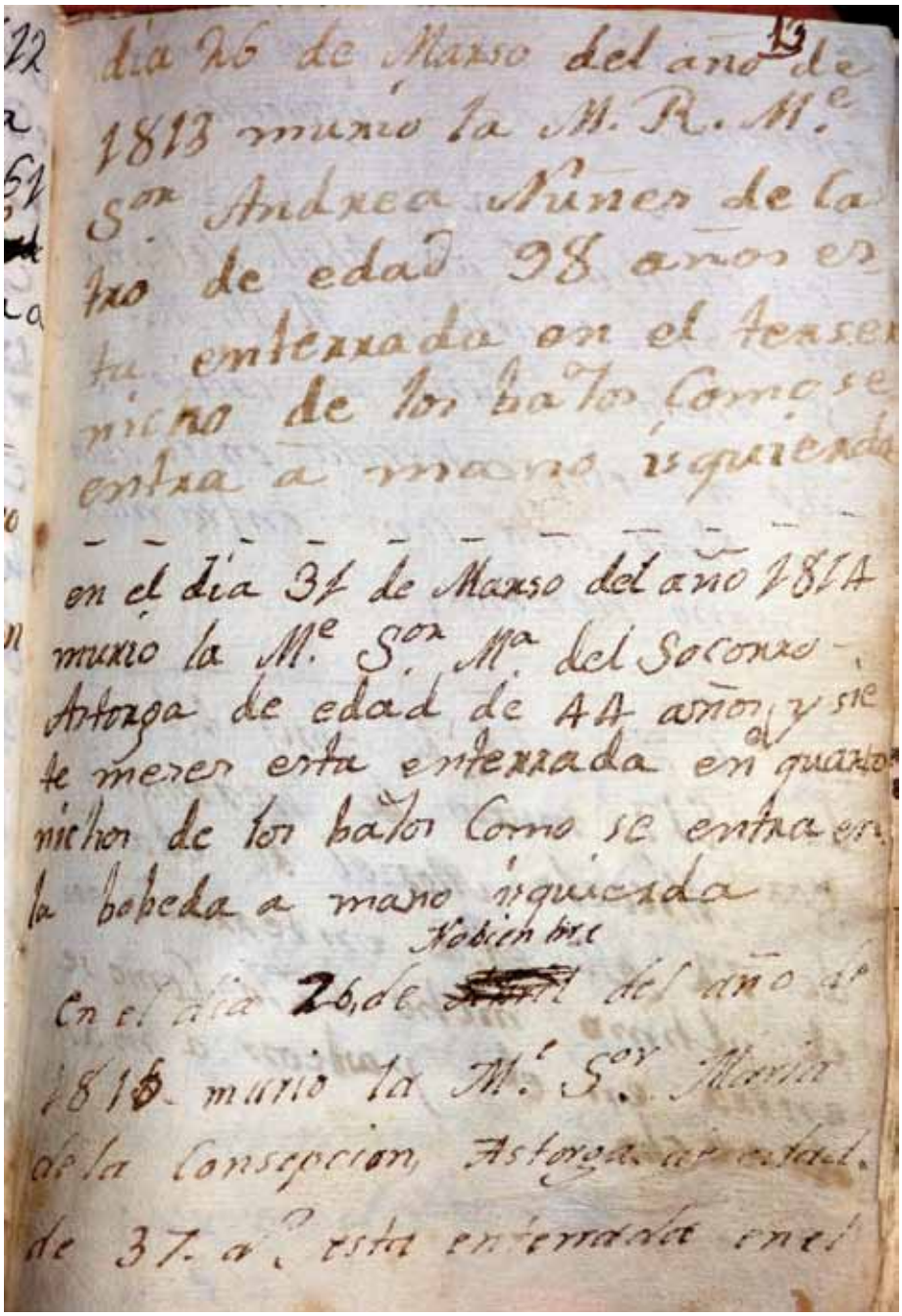

Jesus María y Jose

Año De 1828

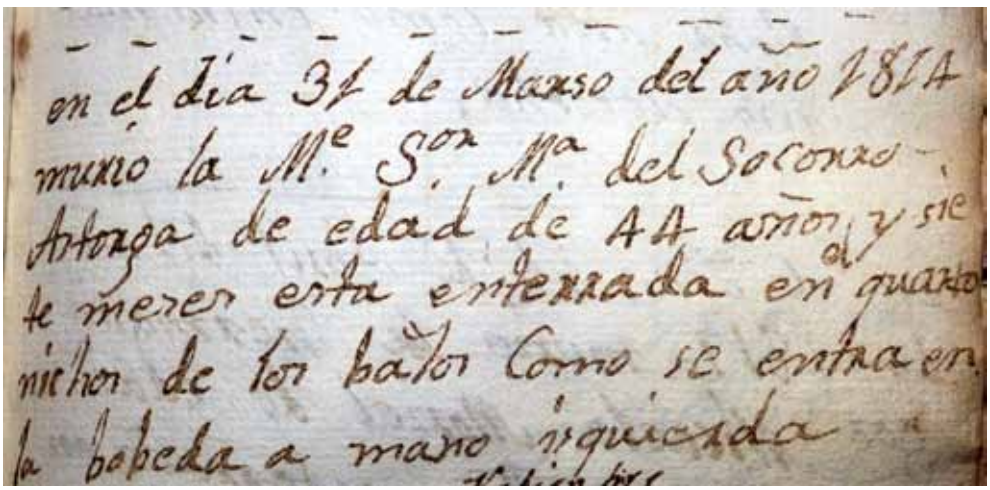
Expediente sobre Justificación de la Madre Sor María del Socorro Astorga, Religiosa Mínima, en el Conv.to de Jesus María de Archidona

Portada que contiene el expediente sobre la justificación para iniciar el proceso de beatificación de Sor María del Socorro Astorga, en 1828. Además contiene una copia literal de los escritos.

Crucificado, que según la tradición oral del convento, es el que en los escritos de Sor María del Socorro, inclinó la cabeza en una de sus experiencias místicas (véase pág. 75).


dia 26 de Marzo del año de
1813 murio la M. R. M.
Sor Andrea Nuñez de la
Fuente de edad 98 años es
ta enterrada en el tercer
nicho de los bajos como se
entra a mano izquierda
— — — — — — — —
en el dia 31 de Marzo del año 1814
murio la M. Sor Ma del Socorro
Astorga de edad de 44 años y se
alla meter esta enterrada en quarto
nichos de los bajos como se entra en
la bobeda a mano izquierda
Fabian bre
En el dia 26 de [illegible] del año de
1816 murio la M. Sor Maria
de la Consepcion Astorga de edad
de 37 a. esta enterrada en el

Hoja que contiene la partida de defunción de Sor María del Socorro, el día 31 de marzo de 1814. Conservada en el libro de defunciones del Convento de Jesús María del Socorro de Archidona.


en el dia 31 de Marzo del año 1814
murio la Mr. Sor. Ma. del Socorro
Arteaga de edad de 44 años y se
le mereser esta enterrada en quarto
nicho de los bajos como se entra en
la bobeda a mano izquierda

Detalle de la partida de defunción.

Fotografía del cementerio antiguo que poseía el monasterio, donde fueron traslados los restos mortales de Sor María del Socorro, tras sellarse la cripta del siglo XVIII.

Cementerio del actual del monasterio y ubicación de la sepultura de Sor María del Socorro Astorga.

Plancha original del grabado del siglo XIX, de J. de la Vega, que representa a Sor María del Socorro Astorga.

Grabado original del siglo XIX, que se conserva en el Convento de Jesús María del Socorro de Archidona.

Pintura al oleo, inspirada en el grabado, con la imagen de Sor María del Socorro. Fue realizado en 1916 por R. Palomo. Se conserva en el coro bajo del monasterio.

Lápida de la tumba de Sor María del Socorro Astorga. Tiene un error en la inscripción, pues no murió en mayo sino en marzo.

En estos conocimientos estuvo mi alma ocupada, pero no puedo explicar más, por mi incapacidad para explicarlo[234].

Se me pasó la siesta sin saber cómo. No tenía perdido el sentido, pero estaba tan adormecido, que ni oí el reloj ni supe por dónde se había ido el tiempo ni cuánto, pues me hallé que eran las dos, cuando esperaba la una.

De repente, parecía que habían echado la cortina para que no viera más, y me quedé como quien despierta pensando qué hora sería, y me hallé con el reloj. Con el alma inflamada, seguí el oficio con fervor y recogimiento, que a ratos, durante toda la tarde, aumentaba mi amado Esposo, preguntándome si lo amaba, lo que hacía que se derritiera el alma de amor, y respondiera:

-Tú sabes, mi Dios, que no te amo como debo, pero que deseo amarte, si fuera posible, como Vos os amáis a Vos mismo. Te pido, bien mío, que me des lo que me mandas, y hagas de mí lo que quieras[235], como mi Dueño y Señor.

Con estas cosas, que se renovaban con frecuencia, se encendía, cada vez más el deseo de amar mucho a mi Dios, y de que todas las criaturas lo amaran. Éstas eran mis peticiones y mis ansias, además de sentir que fuera ofendido.

Otros ratos, me daba mi amado Esposo luz para conocer que le agradaban las virtudes, en particular la obediencia. Mi alma conocía, que mi Señor quería que la tuviera con perfección. Con esta luz, también conocía mis muchas faltas en esta virtud. Pedía perdón de ellas, y la gracia de tener esa virtud, como mi Dios y Esposo quiere que la tenga.

Continuando con la petición:

-Dadme lo que mandas, y yo haré lo que quieres.

Me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Yo no ruego lo que mando, si esperan recibirlo para darme gusto, que me lo pidan.

Le pedía ésta y todas las virtudes, con gran confianza de que no me negaría nada, de lo que pidiera para gloria de mi Dios, porque su generosidad desea que le pidan para dar más, de lo que le piden[236].

Bendito sea su amor, su misericordia, su bondad, su liberalidad, su sabiduría y su poder.

Bendito sea este Dios tan piadoso y benigno.

Bendito sea, alabado sea y conocido, y tenido como un Dios justo, y santo, y terrible, incomprensible y eterno, que es justo para premiar, y justo para castigar.

Bendito sea por todas las criaturas. Todas lo alaben por mí, que yo quisiera hacerlo por todos los que no lo hacen.

Con estos actos de las virtudes de adoración, alabanza y acción de gracias, estuve ocupada muchos ratos, que mi amada Madre también conocía, y me asistía con su amparo. Muchas veces, me parecía que estaba conmigo, y le pedía: que diera a mi Dios gracias y alabanzas, y que amara a mi Dios por mí.

Mi alma tenía consuelo, acordándome de que todos los santos lo habían amado, y lo amarían eternamente, les daba la enhorabuena por su dicha, y les pedía que lo

---

[234] San Juan de la Cruz. "Poema compuesto después de un éxtasis de alta contemplación"

[235] San Agustín: "Señor, dame lo que mandas, y manda lo que quieras".

[236] San Pablo.

amaran por mí, y me alcanzaran la dicha de acompañarlos eternamente, imitándolos en esta vida.

Cumplí todo lo ordenado, y no encontré faltas conocidas, gracias a mi Dios.

Todo sea para gloria de mi Dios.

Se acabó el tiempo.

"vaya yo a aquella ciudad santa de la gloria"

Noviembre 12. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos.Amén.

La oración y horas las tuve en la presencia de mi Dios, sin fervor sensible, aunque no distraída. Si algunas veces me distraía con los muchos cuidados que tenía, con prontitud, volvía a recogerme.

Este día tuve que hacer bastantes actos de conformidad, porque me era penoso tener que atender tanto a las criaturas. Aunque con ello deseara agradar al Creador, mi alma tenía deseos de poder apartarse un poquito con su Dios a solas. Deseaba, si fuera la voluntad de mi Dios, que me hubieran dado los diez días de ejercicios, pues es una gloria en esta vida, cuando el alma solo tiene que atender a su Dios, pero no quiero que se haga mi voluntad, sino la de mi Dios y Esposo amabilísimo de mi alma ni quiero otro consuelo ni descanso en este mundo, más que agradarlo en todo.

Algunas veces, me vienen estos deseos, con una fuerza, que me quieren sacar de entre las criaturas y llevarme con mi Señor. Me da mi Dios estos deseos, cuando no tengo posibilidad de cumplirlos, pues estoy casi siempre acompañada, y muchas veces, en medio de muchos negocios.

Quiera mi señor y esposo de mi alma que lo agrade en todo, pues le debo a su misericordia que puedo estar sola con mi amado Esposo entre muchos, y esto mismo me hace desear la soledad y el retiro de las criaturas.

En muchas ocasiones, me cuesta mucho trabajo, porque mi corazón no puede desahogarse y está como oprimido, con el peso de estar siempre disimulando y tener que atender a escondidas a mi amado Esposo.

Padre mío, me dan ganas de que llegue el día, que por los infinitos méritos de mi Redentor Jesús, me vaya yo a aquella ciudad santa de la gloria, donde se ama sin tener que hacerse fuerza para disimular el amor.

Estas ansias me han acompañado este día, algunos ratos. Me era muy amarga esta vida, donde hay tantos peligros de ofender a mi Dios. Solo el consuelo de que mi Amado hiciera en mí su voluntad, templaba estas ansias de irme con mi Dios, por lo que hacía con frecuencia, como he dicho, actos de conformidad. Una de las veces que estaba con estos deseos, me parecía que oía a mi Amado que me decía:

-Quiero que todavía en este mundo, te temples[237] en amarme, alabarme y servirme, y que todas las alabanzas y adoraciones que me das como a Dios verdadero, desees dármelas por todas las criaturas, y así me servirás el tiempo que fuera mi voluntad, uniendo tus ejercicios de virtudes, con los de mis santos en el cielo.

Me quedé consolada, pues me parecía que agradaba a mi Dios en esta vida, uniendo todas mis alabanzas a las que le dan los bienaventurados en el cielo. Mis

[237] Contengas, moderes.

deseos de amarlo y de que todas las criaturas lo amen, me parecía que lo recibía mi amado Esposo con agrado, y a mí me llenaba de consuelo el alma.

Hice las comuniones espirituales con frecuencia, adoraba a mi amado Esposo Jesús Sacramentado, desde donde estaba, deseando visitarlo, renové los votos, pedí la bendición a mi amado Esposo y Señora y Madre para todo, cumplí las devociones y todas las cosas ordenadas, pedí perdón por las faltas, y di gracias por los beneficios.

Todo sea para honra y gloria de mi Dios, y honor de mi Señora y Madre dulcísima.

Sea alabado, glorificado, ensalzado y amado mi amabilísimo Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi dulce Madre y Señora, también.

Noviembre 13. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Tuve la oración, las horas y la misa con recogimiento en la presencia de mi Dios y Redentor, agradeciéndole los muchos beneficios de su infinita misericordia, de haber querido padecer tanto por nuestro amor, aún en el presente, lo que me causaba más fervor.

Estuve la mayor parte del día atontada, y no sé si habré hecho algo de provecho, además de hacer ratos de conformidad y paciencia para llevar la pesada carga de mi miserable cuerpo. Algunos días es una pesada carga, porque el alma quiere una cosa, y el cuerpo no la deja que haga lo que quiere. Esto es penoso y hay que hacer actos de conformidad.

Hice lo que pude con las virtudes, y estaba con deseos de hacer lo que pudiera, con la gracia de Dios, para ejercitarlas.

La oración este día, que no he tenido torno, ha sido lo mismo que otros días que he estado ocupada en él, porque todo el día se me ha ido en otras cosas precisas, y no he tenido más que la hora de comunidad. Si no me hubiera llamado la obediencia a otra cosa, hubiera tenido mucho tiempo. No sé por dónde se fue aquella media hora, que me parecía que estaba empezando, cuando se acabó. Estaba contemplando en la Pasión, sobre los azotes que padeció atado a la columna, y en la grandeza de este Dios que estaba padeciendo, con tanta paciencia, mansedumbre, humildad y obediencia, no usando de su poder, sino que, como si no lo tuviera, dejaba que le hicieran todo lo que aquellos infelices le hacían. Lo miraba como presente, y según con la viveza que el entendimiento lo miraba, se levantaba en mi alma una llama de amor y agradecimiento a mi amado Esposo y Señor, no solo por lo mucho que había querido padecer, sino también por el ejemplo de tan excelentes virtudes con que nos enseñó. Me parecía que estaba viendo aquella majestad, tan benigno y amable como si no estuviera padeciendo tanto.

Bendito tanto amor como nos tuvo, tiene, y tendrá.

En esto, me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Mira lo que he padecido por ti.

El alma se encendía más en amor y agradecimiento, y le decía a mi amado:

-¿Cómo corresponderé yo a tan grandes beneficios?

Y me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Con amor se corresponde a mi amor.

Cada vez se encendía mi alma en deseos de amarlo más, pero como conocía que no podía corresponder a un amor infinito, un amor tan imperfecto y escaso

como el mío, que a lo más que llega es a deseo, le pedía a mi amado Esposo: que me diera ese amor, y que purificara mi alma con su preciosísima sangre para que le fuera agradable; que recibiera aquel escaso amor, lo uniera a los méritos de los crueles azotes, que por mí con tanto amor había querido padecer, y los ofreciera a la Divina Justicia para que perdonara todos mis pecados, y los de todos los pecadores. Le pedía también por las almas del purgatorio para que fueran a alabarlo por una eternidad.

A la vez, le ofrecía mi corazón, donde podía descansar, como su dueño y señor.

Me pareció que mi amado Esposo había admitido mi ofrecimiento, y lo tenía en mi corazón.

Cuando terminó la oración en la que yo estaba tan recogidita, salí para la siguiente disciplina.

Algunos ratos del oficio divino estuve muy fervorosa.

Por la noche, quedé aún más fervorosa que lo había estado durante el día.

Hice todas las cosas ordenadas: visitas, comuniones espirituales, bendiciones, lección, devociones, mortificaciones, pedir perdón, y dar gracias, en fin, todo.

Sea alabado mi Dios por todo.

Noviembre 14. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

En la oración, en las horas y en la misa, estuve con recogimiento, aunque con sequedad; después no tuve tanto recogimiento, porque me distraje algunas veces, con algunas cosillas que se ofrecieron, en las que fue preciso que hablara. No me detengo a decirlas, porque se lo he dicho de palabra, pero fue la causa que me trajo inquieta por la tarde, y a no tener tanto recogimiento como había tenido por la mañana.

Estaba temerosa por si habría desagradado a mi amado Esposo, pues había hablado mucho, y en cosas que podían faltar a la caridad con facilidad. Este temor me había acompañado durante la misma conversación, por lo que atendía, cuanto me era posible, a encaminar mis palabras y pensamientos a buenos fines.

Después se aumentaron las fatigas que me traían tan inquieta, y no cesaba de pedir perdón a mi amado Esposo y dulce Madre, de las faltas que hubiera tenido, y que yo, con claridad, no conocí tener.

Cuando se lo dije a V.R., se me quitaron los temores, me quedé otra vez con serenidad y recogimiento, y así pasé la noche.

Todas las demás cosas ordenadas las hice: visitas a mi Señor Sacramentado y a mi dulce Madre, comuniones espirituales, lección, y en fin, todo. Pedí perdón a mi Señor y Esposo de mi alma, de todos mis pecados, y di gracias por todos los beneficios.

Alabado y glorificado sea por todo.

Día 15. Después en la oración, me preparé para la comunión, aunque no con mucho fervor sensible, pero sí con recogimiento interior. Contemplando la grandeza del Señor que iba a recibir, y mi nada y miseria, hacía lo que he dicho otras veces, acudir a mi Señora y Madre piadosísima para que preparara mi alma.

Después de haber recibido a mi amado Esposo Jesús, fue mayor el fervor por la unión más íntima. Di gracias con más fervor con la presencia de mi Señor y Esposo

amabilísimo, y me parecía que lo tenía en mi corazón, me manifestaba lo que había padecido por mi amor, y me preguntaba: si quería padecer.

Mi alma llena de consuelos, respondía ofreciéndose a padecer, pues le parecía que no podía tener mayor consuelo y alegría, que padecer por su Amado. Le decía a mi amado Esposo: que hiciera de mí lo que quisiera como mi Dueño y Señor, pues solo deseaba agradarle en todo, y del modo que quisiera.

Estuve hasta media mañana con mi alma llena de grandes consuelos, y aunque el cuerpo padeciera, no le era tan sensible.

Pasado este tiempo, quedé con sequedad, y los dolores que estaba padeciendo se avivaron tanto, que me dejaron incapaz de servir.

Pasé todo el día con mucho trabajo, pero el alma estaba alegre, porque padecía por su Dios.

Todo lo ordenado lo hice, aunque muchas cosas con trabajo. Pedí perdón de todas las faltas, y di gracias por los beneficios.

Día16. Hice lo ordenado al levantarme con recogimiento interior en la presencia de mi Dios, y conociendo en mi alma la protección de mi Señora y Madre piadosísima. La tenía presente, no porque la viera, sino como quien sabe que está su madre a su lado, y no la ve por estar ciego, pero lo conoce, sabe que está con él, y le sirve de gran consuelo. De igual modo mi alma sentía una particular devoción o afecto hacia mi dulce Madre, conociendo que por su amable protección y poderosa intercesión, venían a mi alma tanta gracia y misericordia como recibo de mi Dios. Esto me hacía que la amara mucho, y le diera a mi Dios muchas gracias, porque me había dado tal Madre.

Pasé la mañana con recogimiento, ocupada en alabar a mi Dios y dulce Madre, haciendo todos los demás actos de virtudes interiores, de adoración, actos de amor, de contrición, y dando gracias, en fin todo lo que hago, cuando todo me lo dan hecho.

Por la tarde, estuve con más sequedad. Me duraba el calor de la mañana, y aproveché lo que pude, para ofrecer a mi amado Esposo todo lo que padecía de trabajos por su amor, en satisfacción de mis pecados y los de todos.

Dios sea bendito, por todo alabado y glorificado. Amén. Y mi dulce Madre, también.

“quiere que me haga fuerte”

Noviembre 17. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme me preparé para la comunión con los actos de las virtudes, pidiendo a mi Señora y Madre que me preparara, como acostumbro.

Después de comulgar mi amado Esposo encendió tanto mi alma en su amor, que me parecía que veía mi alma unida a la Santísima Trinidad. Solo podía amar, con tan gran dulzura del alma, que parecía que estaba en la gloria. Así se me pasó el tiempo de la misa.

Después tuve que irme a la celda, porque llegó la hora de sangrarme. Sentía vivos deseos de que fuera esta sangre derramada por el amor de mi Dios, pero era para buscar alivio a mi padecer.

Estando con estos pensamientos, me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Yo la recibo, porque lo haces por obedecer, y con esto me haces un sacrificio que me agrada.

Se llenó mi alma de consuelo, y de nuevo ofrecí a mi Señor todo lo que padeciera o hiciera, deseando que todo fuera para mayor honor y gloria de mi Dios.

Pasé la mañana fervorosa, haciendo lo que podía, y lo mismo la tarde, aunque no tan fervorosa, pero recogida en la presencia de mi Dios.

La oración este día y todos los demás que estuve en la cama, con sequedad, pero sin distracciones la hice cuando podía. La lección espiritual no la he tenido en todos estos días que he estado peor. Las devociones no las he cumplido todas. En lugar del oficio parvo, rezaba la conmuta, y aún la estoy rezando, pero me está costando trabajo, ahora que no rezo el oficio en el coro.

A fuerza de reflexiones cristianas me estoy haciendo fuerte, ayudada de su gracia, recordando lo mucho que padeció mi amado Esposo por mí, lo mucho que se merece, y lo mucho que le debo.

Hoy ha sido uno de los día, en que mi Dios me ha dado a conocer, que quiere que me haga fuerte. Todo el día con el dolor de cabeza de los más fuertes, y hoy es ya el segundo día de haber ido al coro. Como me apretaba tanto, pensé no ir, pero al llegar la hora sentí algún alivio, y al instante me levanté y me fui al coro, pensando sentarme en el suelo, pues me sentía bastante débil, y me parecía que no podría estar de pie. Empecé el oficio de pie para experimentar si podía; viendo el trabajo que me costaba, iba a sentarme, y me pareció que mi amado Esposo me decía:

-Mira el descanso que yo tuve en esta hora[238] clavado en una cruz, y sin tener donde reclinar la cabeza.

Quedó reprendida mi delicadeza, y fortalecida mi alma con deseos de padecer, que se avivaron mucho más, con el rezo, que era de San Andrés. Este santo bendito, con su amor a la cruz nos hace que todos la amemos; al menos a mí, me hacía amarla de veras.

Se me aligeró tanto el dolor, y salí del coro tan aliviada, que he sido capaz de ponerme a escribir. No he podido hacerlo, desde el último papel que envié a V.R., y estaba deshecha, porque me iba atrasando mucho. Esto lo he dicho sin poderlo remediar, pues no corresponde aquí, pero ¡anda con Dios!, que si no lo digo se me olvidaría, como le sucederá a otras muchas cosas, que no digo por olvido, porque me sucede que si me atraso, luego no me acuerdo de todo.

En este día diecisiete, del que iba hablando, de todo lo ordenado solo me acuerdo de haber faltado a la lección.

Dios sea bendito. Amén.

Día 18. Sentada en la cama cuando me desperté, hice el ofrecimiento, los actos de fe, esperanza, caridad y adoración. Tuve la oración sobre la Pasión, con recogimiento, y durante en todo el día, conservé mi alma atenta a la presencia de mi Dios. Hice todo lo ordenado, ofrecía todos mis trabajos y ocupaba mi alma en los actos de las

[238] Se está refiriendo a la hora nona, que se reza alrededor de las tres de la tarde, hora en que se recuerda la muerte del Señor en la cruz.

virtudes interiores. Los ratos que podía quedarme sola, como he dicho, los gastaba en la oración. En el examen no conocí haber caído en faltas conocidas, pedí perdón por todas las de mi vida conocidas y no conocidas, y di gracias por todos los beneficios.

Dios sea bendito y alabado por todos. Amén.

Noviembre 19. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice la oración con sequedad, pasé algunos ratos de la mañana distraída y descuidada, y tuve algunas omisiones, dejando de hacer algunas de las cosas ordenadas, como las comuniones espirituales y las visitas a mi Señor Sacramentado.

Cuando no puedo ir al coro, tengo ofrecido como V. sabe, hacerlo desde la cama, si estoy mala, o desde donde estoy, si estoy ocupada. Así lo hago, si está mi Señor ayudándome, pero si me deja un poquito sola para ver cómo cumplo, o mejor dicho, para que yo vea lo que soy, al instante empiezo a faltar en mis propósitos, y a caer en faltas, no aprovechando el tiempo en los actos de las virtudes, como me sucedió este día.

Algunos ratos me humillaba, viendo mi gran miseria, y pedía perdón a mi amado Esposo y Señor y a mi Señora y Madre. Me enmendaba procurando resarcir aquellas faltas, pero volvía a caer otra vez.

Pasé la mayor parte del día, cayendo y levantándome, hasta la hora de la oración de comunidad, que me quedé sola con mi Dios. Deseaba acompañarlo, pues estaba manifiesto, pero me tuve que conformar con adorarlo desde la celda, pidiéndole perdón por mis muchas ingratitudes.

Este Dios de misericordia y bondad infinita, favoreció mi alma, como si hubiera sido una criatura fiel y cuidadosa de su servicio, llenándola de tan gran dulzura y consuelo, que no se puede explicar. Se encendió mi alma en su amor de tal modo, que no podía hacer otra cosa más que amarlo. El conocimiento de mis ingratitudes, aumentaba más el amor en mi alma que se deshacía, alabando a mi Amado y dándole gracias por tan gran bondad.

Otros ratos, suspensas las potencias en admiración, pasé lo que quedaba día, deseando que me dejaran sola para no tener que atender nada más que a mi Dios.

La noche fue trabajosa en lo que toca a los padecimientos del cuerpo, entre fatigas y dolores que ofrecía, unidos con los de mi Señor, para satisfacción de mis pecados y de todos. Lo sentía por ser ofensas a mi Dios, tan digno de ser amado y servido, pero el alma estaba gozando, en la presencia de su Amado.

Unos ratos, que estaba fervorosa, no cesaba de adorar, alabar y dar gracias a mi Dios, y otros ratos, contemplaba en sus divinos atributos.

Por todo, sea alabado y glorificado mi Dios y Señor, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi dulce Madre también.

Día 20. La noche había sido de vela, y el día amaneció temprano para mí. Seguí con los mismos actos de las virtudes, de adoración, de amor, de ofrecimiento y demás, en que había estado ocupada toda la noche, y pasé toda la mañana, con gran consuelo de mi alma.

Por la tarde, estuve con más sequedad, pero recogida en la presencia de mi Dios, aprovechaba todas las ocasiones para ejercitar las virtudes.

Hice lo ordenado: visitas, comuniones espirituales, devociones, mortificación, y en fin, todo menos la lección. En el examen, no encontré faltas conocidas, por lo que di gracias, y pedí perdón de las no conocidas, y de todos mis pecados. Dios sea bendito.

Noviembre 21. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día hice lo ordenado con poco fervor, porque desperté con sequedad, y así tuve la oración. Después en la misa estuve más fervorosa, porque mi amado Esposo avivó mi alma con la memoria del inmenso amor que nos tuvo, para hacer que se quedara con nosotros en el Santísimo Sacramento; este beneficio enciende mi alma en amor y agradecimiento. Algún tiempo estuve fervorosa, alabando y dando gracias a mi Dios, pero después volví a estar con sequedad, y pasé este día, unos ratos de un modo y otros de otro. En los ratos de sequedad, me ponía penosa, no podía hacer nada, sino a la fuerza, por mi mucha miseria y delicadeza, todos los achaquillos que padecía, parecía que se hacían grandes, y me impedían hacer nada; pero si mi Señor daba una mirada a mi alma, entonces todo lo podía, porque en un instante me ponía en la memoria algún misterio de la Santa Fe con tanta viveza, que se me encendía el alma apenas lo recordaba. De este modo pasé el día, haciéndolo todo en el tiempo que estaba fervorosa, y teniendo faltas y descuidos en el otro.

Toda la noche, estuve más fervorosa, porque supe que no podía ir a comulgar al día siguiente, por impedírmelo la medicina que tenía que tomar; lo sentía, y más, cuando pensaba que así lo permitía mi Dios en castigo por mis descuidos, que en estos días, y en éste día también, los había tenido en las comuniones espirituales.

Le pedía perdón y le decía a mi amado Esposo:

-Bien sabéis amado Dios y Señor mío, el deseo que tengo de recibiros, y que sufriría con gusto todos los dolores que quisieras que padeciera, por no perder recibiros y daros gusto; pero si ésta es vuestra voluntad, hágase como queréis, y perdonad, Señor mío, mis muchas ingratitudes, pues temo que sean la causa de verme privada de recibiros sacramentado.

Esto me trajo ocupada esta noche, con actos de amor y de contrición, y haciendo la comunión espiritual muchas veces.

Dios sea por todo bendito.

“la esposa ha de asemejarse al Esposo”

Día 22. Desde muy temprano seguí haciendo lo mismo que había hecho durante la noche, pues poco lo interrumpió el sueño. Pedí a mi dulce Madre: que me preparara para la comunión, pues ya que no podía ir a recibir a mi Señor, le pedía con frecuencia que me alcanzara la gracia de recibirle espiritualmente. Además de esto ocuparon mi alma los actos de las virtudes interiores, hasta la hora de la comunión de las religiosas; entonces, avivándose más mis deseos, se abrazaba mi alma en amor, y más cuando me parecía que veía la sagrada Hostia, como si me la fueran a dar. Se encendió mi corazón, como si hubiera recibido a mi amado Esposo sacramentalmente, y lo viera unido a mi alma.

Esto me sucedió más veces en este día, en el cual a toda hora estaba el alma encendida en estas ocasiones, pero mucho más al mediodía, que de pronto se encendió mi alma en el amor de mi Dios con tanta fuerza, que parecía que me habían herido el corazón con tan gran ardor que parecía que se quemaba, y el dolor, aunque lo tenía antes, me apretó más, de tal modo que no podía casi ni hablar, y como se me aflojaron los nervios y me había quedado tan sin fuerzas, tuve que decirle a la que estaba conmigo: que me había dado un flatillo, y quería dormir un poquito. Me cerraron la ventana y me dejaron sola, que era lo que yo quería.

Así estuve hasta cerca de las cuatro. Cuando entraban les parecía que estaba dormida, y me dejaban. En este tiempo estuve recogida con mi amado Esposo, que me parecía que lo tenía en mi corazón de asiento. Me manifestaba lo mucho que había padecido por mi amor, y se quejaba de la mucha ingratitud, con la que correspondían las criaturas al exceso de su amor. El alma se me llenaba de dolor y de agradecimiento, viendo tan mal correspondido a su Dios, y que yo era del número de los ingratos, habiendo recibido tanto.

Todo esto era motivo para encender más el alma en amorosos afectos, fueran de dolor o de agradecimiento, y todo eran flechas que me encendían. Si preguntaba a mi Amado: cómo correspondería yo a tan grandes beneficios, me respondía: que guardando fielmente las leyes de esposa.

El alma se quedaba muy humillada al mirar sus obligaciones. Me obligaba a la imitación de mi Esposo, puesto que la esposa ha de asemejarse al Esposo en cuanto le sea posible, no ha de tener más voluntad que la de su Esposo, no ha de procurar más gloria ni honor que los de su Esposo, y no ha de tener más sentimiento que ver a su Esposo ofendido, ni más alegría que verlo servido y amado.

El conocimiento de estas obligaciones me humillaba como he dicho, pues reconocía muchas faltas y defectos míos, y lo lejos que estaba de aquella perfección que me pedían. Humillada pedía perdón, y confiada esperaba la gracia de que mi Dios, por su bondad, no me negaría sus auxilios para cumplir lo que me mandaba. Le confesaba: que por mí sola no podría nada, ya que todo lo esperaba de mi Dios.

Después, aunque no tenía la presencia de mi Señor tan viva, sí tenía el alma encendida. Donde ha estado el fuego, siempre queda calor, y así se me quedó el alma bien caliente para todo el día. A cada instante se renovaba la memoria de lo dicho, y el alma se encendía, cada vez que se renovaba la memoria.

En este día hice cuanto pude, y como los días que todo me lo dan hecho no se pierde nada, por la misma causa, no conocí faltas.

Por todo sea Dios bendito. Amén.

Día 23. Me levanté con recogimiento interior, y así seguí toda la mañana. Tuve la oración de contemplación de los divinos atributos, y el alma ocupada en el ejercicio de las virtudes interiores, recibía mucho consuelo. El cuerpo no podía, pero como el alma estaba fervorosa no le impedía nada.

Por la tarde, no estuve tan fervorosa, pero hice todo lo ordenado: comuniones espirituales, visitas al Santísimo y a mi dulce Madre, renové los votos, cumplí las devociones, aproveché las ocasiones que se ofrecieron, no conocí faltas, pedí perdón por las que no conozco, y di gracias por todos los beneficios.

Sea alabado, glorificado y amado mi Dios por todas las criaturas. Amén.

“al Padre Rector, le había sucedido una desgracia”

Día 24. Al levantarme hice lo acostumbrado: ofrecimiento, actos de fe esperanza caridad, y adoración, después la oración, todo con recogimiento; con fervor me preparaba para la comunión, haciendo lo que he dicho otras veces. Después de la comunión, se aumentó más el fervor por la más íntima unión con mi amado Esposo y Dios amorosísimo. El alma recibía grandes consuelos, viendo la gran bondad y liberalidad de este Dios de amor, y cómo se comunica con las criaturas el Creador de las almas.

Después de la misa, me quedé con mucho recogimiento, alabando y dando gracias a mi Dios, y deseando que lo amaran todas las criaturas.

En esto estaba ocupada mi alma, cuando oí que en el convento hablaban, como de alguna desgracia que había sucedido. La atención se quería ir, pero hice lo que acostumbro en estas ocasiones, pedir por el remedio de todo, y no pararme a preguntar. Me fui a la celda, y cuando volví a salir, oí que nombraban a V.R. y conocí que le había sucedido a V. alguna cosa. Me paré un poco en la puerta de la celda, pasó una religiosa fatigada, y le pregunté: qué había sucedido. Andando como iba, me respondió, pero no lo entendí. Pensé mortificarme en no volver a preguntar, y me fui al coro, a pedir a mi Dios por lo que fuera, haciendo actos de conformidad. Unos pasos más adelante, me dijo una religiosa: que al Padre Rector, le había sucedido una desgracia. Le respondí:

-Qué se le va a hacer, paciencia.

No pregunté qué le había pasado, y aunque tenía bastante gana de saberlo, seguí caminando hacia mi Dios, que todo lo sabe, con mucha preocupación, porque ignoraba la causa, pero quiso Dios que antes de entrar en el coro, me dijera otra religiosa lo que era. Lo sentí, pero por la misericordia de mi Dios, no falté a la conformidad con la voluntad de mi Dios.

Al instante me vinieron los pensamientos que dije a V.R. en el papel que le envié. Estos pensamientos me quitaban el sentimiento, pues vi que mi Dios lo amaba mucho, y le daba a gustar de su cáliz para darle mayor gloria. Le daba a mi Dios gracias, y le pedía: que por su misericordia, le diera la salud para que la empleara V.R. en servir a nuestro Dios, y en procurar en todo, su mayor honor y gloria. Me quedé con la confianza de que aunque tendría que padecer, se pondría V.R. bueno, y no le iba a durar mucho, porque mi dulce Madre le daría la fuerza, más pronto que por causa natural. Pedí a mi dulce Madre, que le templara los dolores, y le alcanzara muchísimo amor de mi Dios, porque éste es un bálsamo que templa todos los males, y aprovecha mucho. También tengo como por cierto, que algunas veces mi amado Esposo y dulce Madre le habrán dulcificado los dolores, y le habrán dado consuelos mayores a su alma, pues así me ha parecido, cuando algunas veces he estado pidiendo a mi amado Esposo por V.R. Si no hubiera sido así, no haga V.R. caso de mis cosas, que bastante les temo, y si lo fuere, alabemos la gran misericordia de nuestro Dios.

Siguió el día con recogimiento y fervor, aunque no tanto como por la mañana, que con la presencia de mi Dios, tenía bien ocupadas las potencias; el entendimiento todo en Dios, y parece que las otras potencias estaban paradas, pues, aunque la voluntad ama, no es con amor sensible, como ya he dicho.

Este día hice todo lo ordenado, y no conocí faltas por la misericordia de mi Dios que me ayudó con su gracia.

Por todo sea bendito y alabado, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi dulce Madre también.

Día 25. Por la mañana tuve la oración con sequedad, aunque con recogimiento y aprovechando las ocasiones que se ofrecieron para ejercitar las virtudes.

Por la tarde me distraje algunos ratos, y caí en descuidos. Faltándome la presencia de Dios, al instante empiezo a tener descuidos en el ejercicio de las virtudes. Cuando lo conocía pedía perdón, y procuraba poner de mi parte para enmendarme y resarcir aquellas faltas en cuanto podía.

Pedí perdón por las faltas, que fueron algunos descuidos en los actos interiores de las virtudes que acostumbro tener cuando estoy recogida, porque entonces, siempre está el alma ocupada, ya dando gracias, ya con deseos y ansias de amarle, y de que todas las criaturas lo amen, ya alabándolo y adorándolo, ya pidiendo perdón de mis pecados, y los de todos, y sintiéndolo porque son ofensas a mi Dios. Estos ratos, está el alma siempre ocupada, pero en distrayéndome un poquito, al instante me descuido en estas cosa, y pierdo el tiempo. Mi Dios, por su misericordia, me hace la gracia de que dure poco, porque al instante, lo conozco y pido perdón. Muchas veces, me parece que me despierta para que conozca que estoy distraída, y me dice:

-¿No soy yo bastante para ocupar todo tu pensamiento?

El alma se halla tan absorta con el conocimiento de la grandeza de Dios, que se espanta de ser tan miserable, como para dejar que su pensamiento se vaya a otra cosa que no sea Dios, y entonces, se queda en contemplación.

No me acuerdo si esto me sucedió este día, pero sé que me ha pasado algunos días, y como no sé cuáles han sido, lo digo ahora, y sea cuando fuera. Lo cierto es que mi Dios y Esposo de mi alma, parece que no tiene otro cuidado, más que el de mi bien, y como éste depende de que sea toda suya, apenas me deja un poquito, al instante tiene que tomarme en sus brazos y tenerme sujeta para que no ande por caminos, que no son de su gusto.

Bendito sea, alabado sea, glorificado sea, amado sea por todas las criaturas, porque me favorece con tanta misericordia, y me llama, y no quiere que mi pensamiento se ocupe en otra cosa más que en pensar en su amor, en su misericordia y en su bondad. Me da estos deseos, y yo falto a ellos por mi flaqueza y miseria, y por eso acude tan pronto a favorecerme, haciendo que conozca mi nada, al mismo tiempo que me hace conocer más, su gran bondad, avisándome en mis descuidos.

Sea por siempre bendito. Amén.

“estar como una hija”

Día 26. Este día hice al levantarme lo ordenado con fervor, pues conocí, desde que desperté, la protección de mi dulce Madre que ponía a la vista de mi alma sus admirables ejemplos, y vi un dechado[239], donde debía mirar para imitarla en lo

[239] Modelo de virtudes y perfecciones.

posible, ayudada de la gracia, que no se me niega si yo fielmente correspondo a ella. Las virtudes que más vivamente se pusieron ante mi vista fueron: la humildad y la obediencia, pues mi dulce Madre y Señora quería que la imitara en la humildad, y por eso me daban luz para conocer, que la Señora de cielos y tierra se tenía por la menor de las criaturas. ¿Qué debe hacer, la que verdaderamente es la misma miseria, y la misma nada, que solo tiene ingratitudes y pecados? Con estos conocimientos, me humillaba delante de mi Dios, y le pedía que no me los quitara para que estuviera siempre en su divina presencia, conociéndome y conociéndolo.

También se me dio mucha luz con el ejemplo de la pronta obediencia de mi dulce Madre a Dios, en la persona de sus ministros, y en la de su esposo mi señor San José. Este conocimiento también me humillaba bastante, a la vista de mis desobediencias. Pedía perdón, y que por los méritos de obediencia de mi Señora y Madre, me concediera esta virtud.

El ejercicio de este día, fue estar como una hija que no ha sido como debe ser, y está delante de su madre, que le está mostrando sus faltas. Esta hija está avergonzada, pero al mismo tiempo consolada, porque ve que su Madre le advierte de las faltas con amor, desea que se enmiende, y está pronta para ayudarla. Me parecía que tenía a mi amada Madre y Señora haciendo conmigo oficios de piadosísima madre, que reprende y enseña, y al mismo tiempo, consuela.

¡Bendita sea tal madre!

Bendito Dios que la crió tan santa, tan pura, tan humilde y tan perfecta.

Bendita sea, por ser nuestro amparo, nuestro refugio, nuestro consuelo y nuestra esperanza, pues el Todopoderoso la ha hecho poderosa para alcanzarnos todo bien.

Sea por siempre bendita.

Le debo mucho a su misericordia, pues le he correspondido como una hija ingrata, y no por eso deja de ampararme. Os doy las gracias, Madre amabilísima, y os suplico por los dolores que padeciste al pie de la cruz, que no me desamparéis al ver mis continuas ingratitudes, sino que me alcancéis eficaces auxilios para que me aproveche e imite tus santísimos ejemplos. Como es la voluntad de mi Dios y la vuestra, enseñadme, guiadme y defendedme. De ti, Señora mía, lo espero todo, pues sois poderosa para alcanzarme de mi Dios todo lo que queráis que tenga.

Pasé este día como he dicho, humillada y recogida; como tenía quien me estuviera ayudando, vivía cuidadosa de no desperdiciar nada, y deseando tener ocasiones en que me humillaran las criaturas. Quiso mi Dios que no me faltara una ocasión, me alegré y la aproveché, gracias a mi Dios y a mi dulce Madre que lo hicieron todo.

“una religiosa dijera a otra una cosa”

Por la noche, se me ofreció otra cosa que me mortificó más. Permitió mi Dios que una religiosa dijera a otra una cosa, advirtiéndola para que tuviera un poco de precaución sobre algo, no porque fuera malo, sino porque le pareció conveniente que lo hiciera con precaución. Quiso Dios, para mortificación de unas y de otras, que se fatigara y le dijera a otra, que yo era del mismo modo de pensar; en sí lo era, aunque no de lo que el enemigo les puso. Le aclaré, a una de estas religiosas, la intención y buen fin de la otra, pero viendo que cada vez se ponía peor la cosa, y que estaba

tentada por el enemigo, me fatigué y le dije: que se hacía la tonta sin serlo, y que no quería gobernarse por la razón, sino por la pasión. Lo que más me fatigó fue que le dije: que se dejaba llevar mucho de su amor propio, y que por mi parte no la volvería a mortificar; que aunque viera que se iba a tirar por un despeñadero, callaría y no le diría nada.

Después de decirle estas cosas, quedé fatigada por si la había ofendido, aunque no se lo decía con ese fin, sino con el deseo de que se sosegara, y no le diera entrada al enemigo que le traía un ciento de disparates. Al instante pedí perdón a mi amado Esposo y dulce Madre, y les pedí: que aquella criatura conociera la tentación que el enemigo le había puesto para que perdiese su bien espiritual.

Hice todo lo ordenado, acabé el día, pidiendo perdón de estas faltas y dando gracias por los beneficios.

Dios sea bendito por todo. Amén.

"buscaría otro camino"

Día 27. Al levantarme, tuve la oración con sequedad. Seguí la mañana lo mismo, y con algunas distracciones; como no las quería tener, estaba mortificada con la inquietud que me traía la imaginación, y al mismo tiempo las tentaciones que acostumbra a traerme el enemigo, con unos pensamiento tan vivos, que era menester hacer fuerza para desecharlos. Me parecía, como ya he dicho muchas veces, que todo era mentira, y algunas veces me detuve en alguna cosa, pero cuando me acordaba de que V.R. no quería que me detuviera, pedía perdón a mi Dios y a mi dulce Madre y Señora, y procuraba desecharlo todo, dejándome en las manos de mi Dios, y confiando en su misericordia.

Se me juntaban los temores, pero solo consentí en un pensamiento, y fue que si V.R. faltara, porque nuestro Dios dispusiera de su vida antes que de la mía, aunque pienso que no será así, no volvería a manifestar a nadie las cosas, sino que haría todo lo posible para desecharlas no haciendo caso de nada, y buscaría otro camino que no tuviera tantos peligros como el que llevo. Es un disparate, pero así lo pensé, y este pensamiento me acomodó en aquel momento. Después no he pensado de ese modo, sino que me he arrepentido, porque conozco que es un pensamiento del enemigo, que desea mi perdición, pues no hay camino más seguro, que el que Dios da al alma, y en el que quiere que le sirva, sea el que sea. Este es el más peligroso, pero es el más seguro, porque el mismo Dios es quien lo guía, ayuda y defiende. En otro camino escogido por voluntad propia, al parecer llano, me perdería por ir contra la voluntad amabilísima de su Dios. A ésta falté cuando consentí en ese pensamiento, y lo siento en mi alma, pues solo debo tener la voluntad de mi amado Esposo, y yo no quiero hacerme dueña de lo que no es mío. Esto es lo que yo hago: faltar a mi Dios y Esposo amabilísimo que está empeñado en favorecerme, y yo empeñada en corresponderle con ingratitudes.

¿Qué más ingratitud pudiera hacer un hijo, muy amado de su buen padre, que le proporcionara un viaje con todas las comodidades posibles, que lo guiara, le ayudara y allanara los malos pasos, aunque de este viaje el padre no sacara ninguna utilidad, porque toda era para buscar su mayor felicidad de su hijo? Si este hijo, después de

lo dicho y mucho más que pudiera decir del amor de este padre para con este hijo, si este hijo le dijera a su padre: que no quería ir a ese viaje. Podríamos decir que era un ingrato y desobediente a su padre, y que merecía que su padre le quitara todo lo que le había dado, y lo echara de su presencia.

¡Ay padre amorosísimo y Dios de toda bondad! ¿Qué otra cosa hago yo, cada vez que me repugna y me descontenta seguir tu voluntad, por el camino que Vos mismo me habéis puesto por vuestra misericordia, sino ser la más ingrata y desobediente de todas las criaturas? Pero ¡Oh bondad infinita de mi Dios! Cuando yo miserablemente, estoy cayendo en estas miserias, Vos misericordiosamente, me alumbráis para que conozca mi yerro, me dais dolor para que lo sienta, y me convidáis a seguiros de nuevo sacrificando toda mi voluntad a la de mi Dios.

Quiero, deseo y pido con toda mi alma, no tener más voluntad que la de mi Dios, no quede en mí nada mío, sino que todo sea vuestro, y que se haga en mí la voluntad de mi Dios, porque es justa y santa. Dios mío solo quiero tu voluntad.

Esta falta de este día, fue cerca de la noche; al instante la conocí, porque este Dios de misericordia no quiso que me durara aquel pensamiento, y dio luz a mi alma para que conociera que iba errada. Esto fue motivo para que humillada, pidiera perdón, y se encendiera el alma en grandes afectos de amor y agradecimiento a la infinita bondad de mi Dios.

En las cosas ordenadas tuve algunas faltas, pues por descuido no pedí a mi dulce Madre y Señora y a mi amado Esposo la bendición para todo. Las demás cosas las hice con sequedad y miseria, pues me acompañaba la falta de salud, que en estos días fue muy molesta, aunque la llevaba con paciencia y conformidad.

Solo conocí las faltas dichas, que fueron bastantes, aunque hubieran sido muchas más, si mi Dios y Señor no hubiera acudido.

Bendita sea su misericordia.

Bendita sea su bondad.

Gloria le sea dada. Amén.

Día 28. Al levantarme tuve la oración con sequedad. Las demás veces que la tuve en el día, en todo tiempo estuve en la presencia de mi Dios, humillada, y reconociendo mi miseria. Hice todo lo ordenado, y no conocí faltas.

Dios sea bendito. Amén.

Día 29. Fue lo mismo que ayer, tuve sequedad, y padecí también en el cuerpo pues me estrecharon más las cosillas que padezco; gracias a mi Dios que me las da para que siquiera, haga algo en satisfacción de mis muchas culpas.

Acabé el día con alivio en los males del cuerpo, y más fervor de espíritu, porque me alivié durante el oficio divino, como dije que me pasó el día que empecé a escribir, y por eso no lo digo ahora.

Dios sea bendito.

Día 30. Tuve la oración con recogimiento y fervor, así me preparé para la comunión, y estuve en las horas, con la presencia amorosa de mi Dios a quien deseaba recibir. Después de haberlo recibido, fueron muchas más las dulzuras y los

consuelos, porque veía mi alma más unida a mi Dios, y el conocimiento de esta gran bondad, derretía mi alma en amor, reconociendo mi miseria.

¿A qué no atenderá este Dios bueno y liberal para con sus criaturas, por miserables que sean?

Estos conocimientos me tenían encendida en el amor de mi Dios y Esposo de mi alma, y deseaba amarle muchísimo y que todas las criaturas lo amaran. Con estos encendidos afectos pasé la misa, y después me fui a mi obligación en el torno, donde estuve ocupada en los actos de las virtudes interiores, con mucho recogimiento en la presencia de mi Dios. Las demás virtudes de paciencia y humildad, no me faltó en qué ejercitarlas, pero no lo hice, porque pasó una cosilla que no vino acomodada al gusto de una religiosa, y pensó que era yo quien quería que fuera así; se fatigó un poquillo, y me dijo algunas cosas, que en otra ocasión que yo no hubiera estado con recogimiento en la presencia de mi Dios, mi poca humildad no lo hubiera llevado bien.

Tengo bastante experiencia, y me parece que eso me ha hecho poner más cuidado. Mi falta de humildad no quería tener que sufrir, que me dijeran que no cumplía con mis obligaciones, y ésta ha sido mi miseria; no puedo dejar de decir que siempre me dio mi Dios deseos de cumplir para agradarle y servirle.

Bendita sea su misericordia, pero mi miseria y falta de humildad hacen que el amor propio saque su ración[240]. Pero este día, estaba yo tan embebida con mi Dios, que aunque me dijeron que no cumplía con mi obligación, me quedé tan serena como si no me hubieran dicho nada, pues solo atendía a mi amado Esposo, porque estaba segura de que no tenía culpa en aquello. Di satisfacción[241] con paz, serenidad y pocas palabras, y no me metí en más. No me costó trabajo ni mortificación, y lo hice así, porque mi Dios lo hizo todo; yo no tengo mérito alguno. La bondad infinita de mi Dios da premio, por lo que hace por sí mismo.

¡Bendito sea este amoroso Dios!

El resto de la mañana, lo pasé aprovechando con fervor, todas las ocasiones que se ofrecían.

Por la tarde no estuve tan fervorosa, pero con recogimiento, aprovechaba el tiempo todo lo que podía. En estos días de fervor me sucede que algunos ratos es mayor que otros, porque mi amado Esposo parece que me está atendiendo. Cuando va cayendo un poco el fervor, de repente lo vuelve a encender con algún conocimiento de sus divinos atributos o perfecciones divinas, y el alma se deshace por su Dios.

¡Bendito sea!

¡Alabado y amado sea por todas las criatura!

Por su gran bondad y misericordia todas las criaturas lo conozcan, amen y sirvan. Señor, Padre, Esposo y Dueño mío, ¡Ojalá que toda me deshiciera por este Dios tan digno de ser amado!

Amemos mucho a este Dios, porque lo merece. Amémosle con toda el alma, con todo el corazón y con todas nuestras fuerzas.

---

[240] Cómo va conociendo poco a poco sus pecados ocultos, y con qué serenidad los afronta: esto es la humildad.

[241] Manera de sosegar una queja o sentimiento.

Diciembre 1. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentido. Amén.

Al levantarme, tuve la oración contemplando en la bondad y amor del Señor que iba a recibir, y me preparé para la comunión como acostumbro y he dicho otras veces. Después de la comunión, estuve con recogimiento, gozando de mi Dios que con tanto amor estaba unido a mi alma, y durante un poco de tiempo no podía hacer otra cosa más que amar. Cuando las potencias estuvieran libres, me ocupaba en dar gracias, alabar a mi Dios, y pedir por todas las necesidades.

Pasé la mañana haciendo peticiones, y deseando que mi Dios fuera conocido, amado y servido. Con estos deseos tan vivos, le pedía a mi Dios: que como poderoso que era, hiciera que todas las criaturas lo amaran y sirvieran, y no lo ofendieran. A esto se juntaba el conocimiento de mi miseria; conocer que no amaba a mi Dios como debía, me llenaba de dolor amoroso, y al mismo tiempo se llenaba mi corazón de consuelo, pues si no tenía esa forma de amor, por lo menos lo deseaba, y lo deseaba de veras, pidiendo a mi Dios que puesto que me lo mandaba por su gran bondad, me lo concediera por su misericordia, pues sabía que por mí, nada podía. Esta fue mi ocupación en este día, unos ratos más que otros, pero siempre con las potencias inflamadas, aprovechaba el tiempo con el ejercicio de las virtudes.

Dios sea bendito.

Día 2. Al levantarme con recogimiento, no fervorosa, pero sin distracciones, hice lo acostumbrado: visitas al Santísimo y a mi dulce Madre, comuniones espirituales, renovar los votos, lección, la oración que solo tuve una porque no pude más, estar en la presencia de mi Dios, y aprovechar las ocasiones de ejercitar las virtudes, lo que podía.

Dios sea bendito.

Día 3. Hice lo acostumbrado, pero con distracciones. Este día no sé lo que me pasaba; tenía deseos de atender solamente a mi Dios, pero la imaginación estaba tan inquieta que me mortificaba. Yo procuraba poner de mi parte, pero poco adelantaba, pues hasta en la oración estaba distraída. Con esto, conocí el beneficio que mi amado Dios y Esposo de mi alma me hace cuando me concede que esté atenta a su presencia. No podré pensar nunca, que yo lo puedo alcanzar por mí misma. Le daba gracias por todo, y me conformaba con hacer su santísima voluntad, en este trabajo que tuve este día.

Las demás cosas ordenadas, las hice con faltas, no poniendo tanto cuidado como debía, y por eso dejé pasar algunas ocasiones en que podía haber adelantado.

Dios tenga misericordia de mí, me perdone por su infinita misericordia mis muchas ingratitudes, me dé su gracia para enmendarme, corresponder con fidelidad a sus grandes beneficios, y que yo le dé, en todas mis obras, honor y gloria por siempre. Así sea.

Día 4. Este día fue como el de ayer; tenía ratos de fervor, pero pasaban pronto. El conocimiento de mi miseria, la bondad de mi Dios en sufrir a una criatura tan miserable, y que pusiera en ella sus divinos ojos, me hacía encender mi corazón en su amor, pero pasaba pronto, y me quedaba tan miserable como antes. Hice lo ordenado, como ayer con faltas y descuidos. Pido perdón a mi Dios y Señor.

Sea por siempre bendito.

Diciembre 5. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme tuve la oración con recogimiento y fervor, y así estuve toda la mañana; mi amado Esposo y Dios amabilísimo me dio por su gran bondad, luz clara, por la cual conocí que miraba mi alma con mucho amor, siendo yo tan miserable e ingrata. El alma se encendió en el amor de este Dios de amor, al que no le estorbaba el conocimiento de su miseria, sino que le hacía conocer más la bondad infinita de su Dios. Solo deseaba amarlo más y más, y que todos lo conocieran para que lo amaran. Mi ocupación era alabarlo, darle gracias, adorarlo y pedirle con confianza, por las necesidades presentes. Este día, estaba cuidadosa para aprovecharlo todo.

La oración todas las veces fue de contemplación de sus divinos atributos. El resto del tiempo estuve un poco menos cuidadosa, sintiendo los consuelos que causan en el alma tener más conocimiento de Dios y de mi miseria.

En el cuerpo estuve trabajosa, porque el dolor del corazón, a ratos, no sé cómo lo disimulaba, y otros ratos me hizo quejarme, sin poderlo remediar, estando delante de otras criatura. Lo pagaba el flato, que es mi disculpa para todos los males, y con esto me hallo cómoda, porque no me hacen caso, y me va bien.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

Día 6. Seguí la oración con recogimiento, aunque no con fervor, me preparé para la comunión, y después estuve más fervorosa, pues me parecía que tenía a mi amado Esposo en mi corazón, manifestándome lo mucho que había padecido por mi amor. El alma agradecida le daba muchas gracias y alabanzas, y sentía no haber correspondido como debía a este amor.

Pasé el día con recogimiento, haciendo todo con mucho trabajo por falta de salud, pero alegre por padecer por mi Dios.

Hice todo lo ordenado: oración, presencia de Dios no adquirida por mi cuidado, sino dada por la misericordia de mi Dios, visitas al Santísimo y a mi dulce Madre y Señora, comuniones espirituales, renovar los votos, aprovechar las ocasiones de ejercitar las virtudes, tuve poca lección, en el examen no conocí faltas, pedí perdón de las no conocidas y por todos los pecados de mi vida, y di gracias por los beneficios.

Bendito sea Dios por todo. Amén.

Día 7. Hice la oración con recogimiento, y seguí todo el día, atenta a la presencia de mi Dios, que llenaba mi corazón de consuelo. Mi alma se derretía con el conocimiento de que su Dios siempre la estaba viendo y oyendo, donde quiera que estuviera. Se llenaba mi alma de una alegría tan grande, que no sé explicar, y decía:

-Bendito este Dios que está en todas partes, y que todo lo llena.

Y otras cosas semejantes, que se me venían, nacidas del gozo y admiración, al ver la bondad de este Dios, que siendo infinito en misericordias y de tan gran majestad, se digne atender a estos gusanillos de la tierra, y nos mande que le amemos.

Padre mío, estas cosas me hacían tener que andar de prisa para poder disimular, lo que en mi corazón tenía de alegría y consuelo, pero se mezclaban algunas veces con el dolor de haber ofendido a este amoroso y amabilísimo Dios. Este Dios es tan grande y tan liberal para dar, que en un mismo día da su amor a las almas, con tantas

diferencias de cosas, que yo, como soy tan tonta, no lo sé explicar[242]; solo conozco, según los conocimientos que me da, los distintos efectos tan prontos y eficaces que causan en mi alma. Estas dos cosas fueron las que tuve este día; unas veces parecía que llenaba mi amado Esposo mi alma de un amor con tantos consuelos, que parecía que quería enloquecer, y otras lo sujetaba, poniéndome a la vista su bondad ofendida, por tantas criaturas. Esto le hacía a mi alma pasar gran pena, pero el tener pena es lo que la consolaba, pues quisiera ser poderosa para evitar que su Dios fuera ofendido, y que fuera amado de todos. Ya que no puede otra cosa, al menos, me consuela sentir y desear.

Todo lo demás ordenado lo hice.

Dios sea bendito.

"día de nuestra Reina"

Diciembre 8. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme tuve la oración con recogimiento. Le daba a mi Dios las gracias por el privilegio tan grande que concedió a mi Señora y Madre, preservándola de la culpa original[243]. Le daba la enhorabuena a mi dulce Madre por su pureza, y le pedía que me alcanzara de mi Dios el perdón de mis pecados, y que mi amado Esposo purificara mi alma con su preciosísima sangre para llegar a recibirlo sacramentado.

Después de recibirlo, le hizo a mi alma el mismo favor que otros días que me parecía que estaba en mi alma toda la Santísima Trinidad, y mi alma unida a la segunda persona. Recibía mucho, y no sé explicarlo. No sé lo que pasaba, pero este día estuve tan tonta, que solo puedo decir que no tenía más pensamiento que mi Dios, a quien amaba. No sé cómo fue que algunos ratos, me ponía más experta, y alababa y daba gracias a mi Dios y a mi Señora y Madre, pero pronto me volvía a quedar lo mismo.

Pasé todo el día en el coro como una tonta, ni sé lo que hacía ni quise salir, sino a las cosas muy precisas, porque allí era donde estaba mejor, pues si salía del coro, me ponía mala e incapaz para todo, y por eso este día lo que hice fue estar con mi Dios Sacramentado, y ocuparme en pedir por todas las necesidades, todo lo que podía. Era día de gracias por ser día de nuestra Reina, y puesto que es poderosa, le pedía su intercesión para que en este día usara su misericordia hacia nosotros. Los reyes, siendo hombres miserables, daban indultos para los delincuentes en los días de las personas reales, por eso, le pedía: que igual nos los alcanzara del supremo Rey de los reyes, como verdadera Reina. Estas y otras cosas que se me venían le decía para hacer fuerza, pues todos mis deseos se dirigían a que mi Dios fuera conocido, amado y servido. Lo hacía en los ratos que estaba menos tonta, porque otros ratos estaba

[242] La experiencia de lo inefable se hace imposible de definir o explicar en categorías conceptuales y racionales. San Juan de la Cruz: "Por una extraña manera, mil vuelos pasé de un vuelo…".

[243] Aunque la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María: "que fue preservada del pecado original desde el primer instante de su concepción", no fue proclamada hasta 1854, el 8 de diciembre, por el papa Pío IX en la bula "Ineffabilis Deus", la creencia popular y la celebración de su fiesta se remonta en España varios siglos atrás.

como he dicho, que no podía hacer nada. Tenía los deseos de que mi Dios fuera amado y amarle yo, pero me parecía que no lo hacía.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi dulce Madre, también.

Día 9. La oración todas las veces que la tuve en este día fue con sequedad, aunque estaba recogida contemplando unas veces, en algún misterio de nuestra santa fe, y otras en algunos de los divinos atributos.

El resto del día lo tuve con el mismo recogimiento en la presencia de mi Dios y Esposo amabilísimo de mi alma.

Algunas veces, de pronto me encendía en su amor, y recibía en el alma una luz, con la que conocía algunas de sus divinas perfecciones; duraba poco, y quedaba como antes, aunque bien dispuesta para aprovechar todo el tiempo con los actos de las virtudes.

Todo lo ordenado lo hice: comuniones espirituales, visitas a mi amado Esposo sacramentado, y a mi dulce Madre y Señora, renovar los votos, cumplir las devociones, lección espiritual, y aprovechar las ocasiones que se ofrecieron.

Dios sea bendito.

Día 10. Hice lo acostumbrado al tiempo de levantarme. Para no repetir una misma cosa, diré que fue todo y en todo como ayer, sin diferencia que recuerde.

Dios sea bendito.

Día 11. Al levantarme, tuve con recogimiento la oración, las horas y la misa, pero después me distraía algunos ratos, pensando en las cosas que tenía que atender, que eran muchas, porque el torno estuvo penoso. Tuve algunos descuidos en el ejercicio de las virtudes interiores en los tiempos que estaba más ocupada, y en pedir la bendición a mi amado Esposo y dulce Madre, antes de empezar la tarea, como acostumbro. Cuando mi amado Esposo lo hace todo, estoy más atenta, pero este día tuve muchas faltas. Al instante que las conocía, me enmendaba otro rato, procuraba hacer lo que podía, y pedía perdón por mis descuidos.

Dios sea bendito.

"Ya no puedo más, Esposo mío"

Día 12. Hice la oración con recogimiento, aunque poco tiempo, porque de éste tengo poco para mí. Si mi Dios no me hiciera el beneficio de poder estar atenta en su presencia, recogida, y ocupada mi alma en los actos de las virtudes, aspiraciones o jaculatorias, tener un poco de sosiego para irme descuidada a tener la oración, poco hay de eso. Al menos, este día tuve una hora, porque el día que es de torno, no se puede más. Si tengo que escribir, no tengo más tiempo libre que por la noche, porque durante el día me traen de cabeza. Si mi amado Esposo no lo hiciera todo, pobre de mí, escaparía mal. Gracias a su misericordia, que no desampara a los que están puestos en peligros por la obediencia, si acuden a pedir su misericordia, este Señor está tan cuidadoso, que es su defensa y su guía y su luz, y todo lo hace.

Bendito sea por su gran bondad y liberalidad, hasta con las criaturas más ingratas como soy yo.

Este día como he dicho, no tuve mucha oración, pero estuve todo el día, con tanto recogimiento en la presencia de mi Dios, que algunos ratos encendía tanto mi alma en su amor, que yo no podía disimular, y me hacía no querer tener tanto amor sensible. Aunque causa tanta dulzura al alma, algunas veces no acomoda para estar tratando con todos, pues se ve una en unos aprietos… no quiero con esto desagradar a mi Dios, pues me da a gustar una *gotica*[244] de su dulzura sin merecerla.

Todas las criaturas lo alaben y den gracias por mí.

Como Dios es tan grande, y yo tan chica, cuando derrama sobre mi alma una gota de su dulzura y suavidad, me llena tanto, que parece que me saca de tino, y solo quiero estar alabando a este amoroso Dios, y convidar a todas las criaturas para que vengan a gustar cuán suave y dulce es este Dios. Con estos deseos, cada vez crece más en el alma el amor, de modo que se queda incapaz de poder atender a las cosas de la tierra, y como le es preciso hacerlo, tiene que hacerse violencia. Esto me hizo decir este día, y otros también lo he dicho:

-Ya no puedo más Esposo mío, dejadme que pueda atender a los cuidados que me habéis dado.

Quien quiere retirarse de una persona a la que ama mucho, y le cuesta trabajo dejar, pero la deja por hacer lo que le mandan, así quiero huir de aquella abundancia de consuelo para poder cumplir con la obediencia, aunque no la quiera dejar. Parece que a mi amado Esposo le gusta que ande de este modo, porque muchas veces, en los días que estoy más metida en el trato indispensable con las criaturas, es cuando más me da.

Por todos sea alabado.

Hice todo lo ordenado, y aproveché todas las ocasiones que se ofrecieron, porque estuvo mi Dios conmigo, y todo anduvo bien.

Sea dada la alabanza, el honor y la gloria a este Señor, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 13. Este día fue como el de ayer, de recogimiento y fervor. Me preparé para la comunión como acostumbro, y después de la comunión fue más íntima la unión, y tan grande la dulzura del alma, que me tuvo todo el día encendida. Cuando se iba apagando un poquito, me parecía que me decía mi amado Esposo: que si lo amaba, y cuánto me amaba Él a mí. Volvía a subir tanto la llama, que parecía que se me quemaba el corazón. No perdía nada de tiempo, porque siempre estaba ocupada en los actos de las virtudes, en alabar a mi Amado, en darle gracias, en adorarlo, y en pedirle.

Éste fue mi ejercicio interior, mientras estaba atendiendo al mismo tiempo muchas cosas de la obligación. Todo lo ordenado, lo hice.

Dios sea bendito por todo, y mi dulce Madre y Señora.

Conocía que estaba en su octava, porque el Señor usaba conmigo de más abundantes gracias, por la intercesión de mi Señora.

Bendita sea tal Madre. Amén.

[244] Gotita, gota pequeña.

Diciembre 14. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice lo ordenado; al levantarme tuve la oración recogida pero con sequedad; menos algunos ratos de fervor, la mayor parte del día fue de padecer, porque además del trabajo que me dio el torno, que estuvo penoso, la falta de salud no era lo menos, pues el dolor de cabeza y demás cosillas que padezco, junto a que no estaba fervorosa, me hacían padecer más.

Gracias a mi Dios y Esposo amabilísimo de mi alma, lo pasé con paciencia, y conformidad con la amabilísima voluntad de mi Dios, a quien tenía presente, y me ponía delante los santísimos ejemplos de paciencia, humildad y mansedumbre, de su santísima vida, y los de mi Señora y Madre piadosísima. Digo que gracias a esto, iba pasando los malos ratos sin poder hacer otra cosa más que alabar a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora, pues conocía el cuidado con el que me estaban ayudando continuamente; en particular en las ocasiones en que más tenía que ejercitar la paciencia, mi Señor y Dios amabilísimo me daba luz, con la que veía su paciencia y mansedumbre. En medio de las ocasiones más inquietas, no podía menos que exclamar:

¡Oh Dios Santo! ¡Qué grande es tu bondad! Las cosas que me podían servir de ocasiones de enfado, o al menos de distracciones, me servían para encender en mi alma, más amor a este Dios, tan cuidadoso de este vil gusano de la tierra. Como una cariñosa madre, toma a su pequeñuelo en sus brazos para librarlo de los peligros, así conocía mi alma que hacía mi amabilísimo Dios y Esposo de mi alma conmigo.

¡Ojalá! yo fuera agradecida a tanta misericordia como usa conmigo este Dios liberalísimo.

¡Bendito sea!

¡Bendito sea, por todas las criaturas del cielo y de la tierra! Todas lo alaben y le den gracias por mí.

Estos afectos de agradecimiento tenían penetrado mi corazón, con los conocimientos de la bondad infinita de mi Dios para conmigo, y hacían levantar mi corazón, que por mi miseria hubiera estado muy caído por las muchas cosillas que se presentaron juntas, además del padecimiento del cuerpo.

Acabé el día haciendo con recogimiento todo lo ordenado; comuniones espirituales, visitas como acostumbro cuando no puedo ir al coro, renové los votos, cumplí las devociones, aproveché las ocasiones que se ofrecieron, tuve la lección espiritual, y en fin todo salió bien, porque lo hizo mi Dios a quien sea dada alabanza, honor y gloria, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y a mi dulce Madre, también.

Día 15. Como ayer, me acuerdo que sentía con más frecuencia encenderse el alma con amor sensible y gran dulzura, nacidos de la presencia amorosa de mi Dios, de modo que la voluntad más que el entendimiento, apenas éste empieza a contemplar en la grandeza de su Dios, o en cualquiera de su atributos y perfecciones divinas, la voluntad, digo, no le daba tiempo para que caminara más, porque quedaba como anegada en aquel inmenso mar de mi Dios, y como tenía que estar tratando con las criaturas, no tenía otro desahogo más que las aspiraciones o jaculatorias con las que desahogaba mi corazón.

Hacía todos los actos de virtudes interiores que podía, pues no pude estar ni un poquito a solas con mi Dios. Parece que hace que cuando menos capaz y a propósito estoy para tratar con las criaturas, más se pone en medio de ellas. Me hace estar como desechando una cosa que no se quiere, y algunas veces tengo que andar con Dios como huyendo de lo que más amo; pero aunque quiera huir no puedo, porque el corazón tira más para amar.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

"he aborrecido el torno"

Diciembre 16. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Siempre hago lo que V.R. me tiene dicho, pero este día no lo hice, porque no desperté hasta la hora de levantarme. En todo el día no tuve más oración que la de comunidad, y otro ratillo por la noche con recogimiento en la presencia de mi Dios.

Algunos ratos no sé en qué pensaba de tantas cosas como ocurrían que parecía que se me iba la cabeza. Solo podía, en medio de aquel torbellino de cosas, levantar mi corazón a mi Dios, y pedirle su ayuda, pues no sabía a qué atender de tanto como había. Pasé este día sin tiempo para nada, más que para ofrecer a mi Dios el ejercicio de paciencia, que por su misericordia tenía. Mi Dios me la daba para que pudiera aprovechar las ocasiones que con frecuencia había.

Mi Dios y Esposo, algunos ratos llenaba mi alma de consuelos, aunque en otros padecía sin ellos.

Las visitas a mi amado Esposo, Jesús Sacramentado, y a mi dulce Madre fueron menos, y las comuniones espirituales también, por causa de tener mucho a qué atender. Cuando paraban un poco las cosas, como me hallaba tan deseosa de atender a mi Dios, lo hacía con mucha frecuencia, hasta que llegaba otro montón de cosas. Como he dicho, no sabía en qué pensaba, porque con mi cabeza endeble, daba gracias de poder atender a tanto, pues era menester tener cabezas de hierro, como decían las que no hacían más que entrar y salir.

Gracias a mi Dios, que sabe mortificar mi voluntad para que no quiera más que la suya amabilísima y santísima.

En todos los tiempos, he aborrecido el torno, y he procurado huir de él, pero en éste inmediato a la Pascua, mucho más, pues no parece torno de monjas, sino una plaza o mercado; como me veía precisada a asistir a él, le pedía a mi amado Esposo: que hiciera que mi compañera no me ocupara mucho en él, pero mi Dios no quiso oír mi petición para despacharla a mi gusto, sino al suyo. No solo he ido poco al torno, como yo quería, sino que estoy de asiento desde que empezaron las bullas de las cosas de Pascua. Quizás las pasaré todas en el torno, porque se ha puesto mala mi compañera, y he tenido que conformarme, y servir a mi Dios como Él quiere.

Bendito sea por todo.

Mi deseo es agradarlo en todo. Ésta es mi continua petición: deseo cumplir su santísima voluntad, sea la que sea, donde quiera que sea, y que no haga caso de los deseos de mi corazón, si no son conformes con su voluntad santísima.

En este día no tuve faltas con advertencia, que conociera, pedí y pido perdón de las no conocidas y de las de toda mi vida, y doy gracias por los beneficios.

Dios sea bendito. Amén.

Día 17. Este día fue como ayer, sin diferencia que yo recuerde.

Tuve poca oración pero recogida; como *me pillo a deseo*[245], pude estar un poquito con mi Dios a solas. La oración no solo fue con recogimiento, sino también fervorosa. Mi amado Esposo derrama abundantes dulzuras en mi alma, y apenas me quedo con algún sosiego, vuela mi entendimiento a contemplar en la grandeza de su Dios, la voluntad se emplea en amarlo, y la memoria no se quedaba en cuidados superfluos, sino que solo se recrea con su Dios.

Reconozco otro beneficio de mi Dios: estando todo el día la memoria tan ocupada con diversas cosas que eran necesarias, no me distraían, cuando se ponía presente.

Bendito sea mi Dios por todo.

Dios sea alabado. Amén.

Día 18[246]. Me desperté fervorosa, alabé a mi Dios y a mi Señora y Madre, conocí su amable protección y le pedí que preparara mi alma para celebrar la festividad próxima del nacimiento, que anunciaba la fiesta de la Expectación, que celebra la Santa Iglesia este día.

Con la oración sobre este misterio, se derretía mi alma con gran dulzura en el amor de este Dios-niño, de este Dios grande hecho párvulo. Para este Dios de infinito amor, ofrecía a mi Señora mi miserable corazón, y le pedía que lo purificara, y le alcanzara todas las virtudes para que adornado con ellas, sirviera de cuna a mi Amado. Haciendo estas peticiones me parecía que tenía en mi corazón a este Dios amoroso, unido a mi alma tan de asiento, como quien descansa en su propia casa. No puedo explicar el incendio de amor que sentía, y que me duró todo el día; algunos ratos era más templado y otros me deshacía en afectos de amor y agradecimiento, y al mismo tiempo con grandes deseos de que mi Dios fuera conocido, amado y servido. Querría poder hacer que todas las criaturas lo amaran. Nacidas de estos afectos eran todas mis peticiones, a mi Dios y Esposo amabilísimo, y a mi dulce Madre y Señora que todo el día me pareció que estuvo junto a mí.

Con estas cosas acabé el día.

Dios sea alabado y glorificado, por todos los siglos de los siglos. Amén, y mi Señora y Madre benignísima, también.

Día 19. Hice la oración con recogimiento, y estuve toda la mañana en la presencia de mi Dios, fervorosa y deseosa de hacer mucho por mi Dios. Cuando se ofrecía alguna cosa particular que hacer por mi Dios, era tanto el consuelo que me daba, que con mucho fervor alababa a mi Dios, porque me daba aquella ocasión de poder servirlo.

[245] Me salió a mi gusto.

[246] Festividad de la Expectación de la Virgen.

Lo aproveché todo, pero por la tarde, no aproveché tanto las ocasiones que se ofrecieron, porque estaba con sequedad, me pesaban las cosas, y vinieron las mortificaciones con alguna abundancia. Solo una vez manifesté mi poco sufrimiento, diciendo a dos criaturas que me habían mortificado lo que habían hecho. Podía haber callado y sufrido por Dios, y lo que hice, manifestando que lo sentía, fue mortificar a la pobre, que lo había hecho ignorante y sin malicia, al mismo tiempo que perdía parte del mérito que habría tenido, si me hubiera callado.

Así correspondo yo a los beneficios de mi Dios; apenas me deja un poquito sola con la carga, al instante empiezo a caer. Pero bendita sea su misericordia, que al instante me da la mano para que me levante, y pida perdón a mi Dios. Esta fue la causa para volver a estar fervorosa y más cuidadosa con todo.

Hice lo ordenado, menos la lección, porque no tuve tiempo. La falta que conocí fue la dicha, por la que pedí perdón y también por todas las no conocidas, y daba gracias por los beneficios.

Dios sea alabado y ensalzado por todos los siglos de los siglos. Amén, y mi Madre santísima también.

Diciembre 20. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme hice lo ordenado. No con mucho fervor, pero con recogimiento interior, me preparé para la comunión; después de la comunión estuve más fervorosa por la más íntima unión con mi amado Esposo, a quien di gracias por éste y por todos los beneficios que he recibido, y le pedí perdón por todos mis descuidos, que son muchos. Al mismo tiempo que estaba humillada, me encendía en amor y agradecimiento a este Dios de bondad que tiene misericordia con esta vil criatura que no sabe corresponderle, sino con ingratitudes. Con estos afectos de amor y agradecimiento, humillada en mi nada, daba gracias y alabanzas a mi Dios por todo.

Por la tarde estuve menos fervorosa, pero por su gracia, conservando la presencia de mi Dios. Como he dicho en otros momentos, algunos ratos no sé cómo estoy, por lo mucho que tengo que atender; solo haciéndolo mi Dios puede ser posible.

Aprovechaba el tiempo en todas las ocasiones que podía en el ejercicio de las virtudes interiores, y ofrecía todo a mi Dios, pues no me faltaron esta tarde algunas mortificaciones.

Dios sea bendito.

“ocasión muy buena para ganar méritos”

Día 21. Hice lo ordenado al levantarme, pero con sequedad; después de la comunión estuve más fervorosa, como he dicho del día de ayer. Después, aunque con la presencia de mi Dios viva, volví a quedar con sequedad y sin fervor sensible.

La mayor parte de la mañana estuve ejercitando mi alma en las virtudes; luego se presentó una ocasión muy buena para ganar méritos, y no la aproveché con la perfección que debía. Me mortifiqué mucho con una cosa que quise evitar, porque no era adecuada, y la criatura lo tomó tan a mal, que la pobre con palabras de desprecio, porque estaba apasionada, me dijo lo que no debía: que yo no tenía que ver en ello. Le respondí solo una palabra: que lo hacía, porque era mi obligación. Me sujeté,

y no le dije nada más, pero me quedé muy fatigada, porque sentí mi movimiento de impaciencia, y que me venían pensamientos de falta de caridad hacia aquella criatura, no la disculpaba como debía, sino que pensaba que lo hacía por su genio voluntarioso y nada mortificado. El mejor pensamiento que me vino fue: que era tonta, pues no conocía las cosas que eran de razón. Seguí sujeta hasta que se ofreció hablar con otra, y entonces la falta no fue como lo anterior, pues estos pensamientos que había procurado desechar, en esta ocasión los dije:

-Esa criatura es tonta, y no sabe distinguir para conocer lo que es malo, o quiere hacer bueno, lo que no lo es.

Lo más malo no estuvo en lo que hablé, sino que conocí, que estaba un poco enfadada, y como no me acordé de pedir a mi Dios su ayuda y bendición, hablaba con poco temor. El Dios de las misericordias acudió pronto, poniéndome a la vista mis muchas faltas, lo mucho que me tiene que sufrir, y lo que me ha sufrido. Quedé tan humillada que pasé el día pidiendo perdón a mi Dios, por mis muchos pecados, y dándole gracias por tanto como me sufre. A mi dulce Madre y Señora le pedía perdón, por mi descuido en no acudir pronto a acogerme bajo su amparo, y que no me desamparara, aunque era mucha mi miseria.

Todo el día estuve cuidadosa, y llevé bien todo lo que se presentó, que no faltaron motivos, pero me alegraba haber suplido en parte, las faltas que había tenido. Al instante de conocerlas, acudí a mi amado Esposo y Señora y Madre, y con su amparo y protección, que la experimentaba en que tenía presentes sus virtudes como si me las enseñaran, todo siguió bien, porque me lo dieron hecho. Gracias a la misericordia de mi Dios y de mi dulce Madre, que si no tuvieran tanta misericordia conmigo, ¿qué sería de mí? Si con tanto soy tan miserable ¿qué sería si no la tuviera?

Bendito sea, bendito sea y alabado, por todos los siglos de los siglos.

Todas las demás cosas ordenadas las hice. Aunque en el tiempo que estuve tan miserable, tuve muchos descuidos, después procuré hacer cuanto pude.

Gracias a Dios por todo, a quien pido que por su misericordia perdón de todos mis pecados, y lo mismo para todos.

Día 22. Hice lo ordenado al levantarme este día, y en el día 23, igual; poca oración con sequedad, y mucho laberinto de cosas. Me parece que no ejercité más virtud que la de la paciencia, que la necesité continuamente. Me la dio mi Dios, y por eso llevé todas las cosas bien. Procuraba en cuanto podía estar recogida en mi interior, y en continuas jaculatorias o aspiraciones de mi alma a mi Dios, a quien deseaba agradar. Algunos ratos me distraía, pero las distracciones no eran voluntarias, y cuando las conocía se levantaba el espíritu más fervoroso hacia mi Dios.

En estos dos días, las cosas ordenadas las hice con faltas; las visitas a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora; las comuniones espirituales lo mismo; la lección tampoco la tuve, porque no pude; la oración entre la mañana y la noche, solo tuve una hora, aunque con recogimiento; las devociones las cumplí, renové los votos, hice el examen, pedí perdón de las faltas y descuidos conocidos que había tenido, y de los no conocidos, y di gracias por los beneficios.

Dios sea bendito.

Día 24. Hice lo ordenado al levantarme, y tuve poca oración, pero con recogimiento y fervor, sobre el nacimiento de mi Dios hecho hombre. El alma quedó con recogimiento para todo el día, en la contemplación de este Dios inmenso hecho niño por el exceso de amor que mi amado Dios tiene a los hombres, y la ingratitud con que es correspondido. Esto me trajo todo el día tan ocupadas mis potencias, que no sé cómo podía alternar con tantas cosas distintas. El poder de nuestro amabilísimo Dios hace todo lo que quiere, y puede tener un alma en la contemplación, sin que falte a las ocupaciones exteriores de su obligación. Así lo experimenté este día y otros muchos que mi Dios ha querido concederme por su misericordia. Conozco que es gracia particular, no adquirida ni porque el alma ponga cuidado.

En estos días, me sucede que tengo que distraerme, para poder disimular la abundancia de afectos que hay en mi alma con la viva presencia y conocimientos claros de mi Dios, y de sus divinos atributos. Como este Dios es tan grande, y la criatura es tan pequeña, la llena tanto, que bosa, y tiene que andar viendo cómo puede retirarse de la fuente para que el agua no se derrame, adonde no conviene, aunque esto le cueste trabajo. Pero cuando tenía un ratico de estar a solas con mi Amado, entonces le daba suelta al amor, y me abrasaba.

Mi amado Esposo, unas veces me decía:

-Mira lo que te he amado. Mírame niño tan pobre, siendo poderoso y rico, por tu amor.

Otras veces preguntándome si lo amaba, y todo acompañado de la luz que venía al alma, y le causaba diferentes efectos, y encendidos afectos. La Nochebuena, tenía a mi Dios tan unido a mi alma que no podía ser más, pues me parecía que nada había en mí más que Dios, a quien amaba y deseaba que lo amaran todas las criaturas; por todas quería amarlo, si fuera posible, con el amor con que se ama a sí mismo; por todas lo adoraba, por todas le daba gracias, por todas le pedía perdón y sentía mis ofensas.

De estas cosas me ocupé todo el día y la noche, hasta después de los maitines que me acosté, pero como estaba el alma encendida, aunque dormía, velaba gracias a mi Dios que todo lo hizo.

Todo lo ordenado lo hice sin faltas conocidas, y di gracias a mi amado Esposo y dulce Madre y Señora que con tanta misericordia me favorecieron.

Sea alabado y eternamente ensalzado mi amado Esposo y Señor.

Sea glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén, y mi Señora y Madre, también.

“el fuego del amor de Dios en el alma”

Día 25. Al levantarme me preparé para la sagrada comunión con fervor, y con deseos vivos de recibir al Dios de inmensa majestad, que había querido ser niño pobre, tanto, que no tuvo otro lugar para nacer, sino un establo de bestias ni otra cama más que un pesebre. Hace enternecerse a las piedras, contemplar la grandeza de este amor de Dios para con los hombres. Llena de amor y agradecimiento a este Señor, me ofrecía toda a mi Amado, y le pedía a mi dulce Señora y Madre: que me alcanzara todas las virtudes para adornar mi alma, y que igual que había limpiado

aquel pobre portal para que en él naciera el mismo Señor que yo iba a recibir, que limpiara mi corazón de todas las cosas que hubiera en él, y que no fueran de su agrado, y lo mismo le pedía a mi padre el señor san José. Después de recibir a mi amado Esposo Jesús, mi Señor, me parecía que tenía mi alma unida a mi Dios, que toda yo estaba en mi Dios, y tenía tanto consuelo y dulzura el alma, que parecía que se deshacía en amor a su Dios.

Pasé la mayor parte de la mañana unas veces amando, y otras adorando a este Dios, como lo hicieron los pastores y los Reyes. Deseaba que fuera conocido por todas las criaturas para que todas lo adoraran, lo alabaran, lo amaran y sirvieran, y poder hacerlo yo por todas, y en nombre de todas, hacía todos los actos de las virtudes. Conocía que por mí sola, no podía hacer lo que debía; aunque mis deseos eran grandes, las obras eran chicas. Gracias a mi Dios que me los da, conociendo mi pequeñez y mi nada. Yo me conformo con tener los deseos grandes, ya que no puedo otra cosa. Como si fueran grandes las obras, las hacía en nombre de todas las criaturas, lo adoraba en nombre de todas, le daba gracias, y le quería amar por todas, lo quería conocer por todos los que ciegos, no lo conocen, pedía perdón para todos, y en fin éste era el ejercicio que el amor le hacía obrar a mi alma**.**

Por la tarde estuve de otro modo que no sé explicar, porque no sabía que amaba, y que mi Dios tenía ocupadas todas mis potencias y sentidos. Me parecía que no hacía nada, porque parecía que estaba tonta. Cuando me da esto, yo no sé explicar cómo estoy. Me parece que está el fuego del amor de Dios en el alma, como cuando se envuelve una poca de candela en ceniza, que a la vista no se ve, porque está el calor oculto, pero si se toca, y cae algo la ceniza, al instante da luz y calor. Aunque la comparación sea tan tonta, me ha venido; igual me sucede en estas ocasiones, que conozco que está en mi alma encendido el amor como una candela tapada, pero si la toca una sola palabra que hable de Dios, este toque descubre el fuego, y empieza a lucir.

Esta comparación se asemeja algo a lo que me pasa y no sé explicar; ya he dicho que no puedo pensar en otra cosa más que en mi Dios, no siento otra cosa más que sus ofensas, y no me alegra ninguna cosa que no sea para su honor y gloria. Estas cosas, cuando tocan el alma, le hacen conocer que está amando, porque si no, está como una tonta.

Así acabé este día.

“quiere la felicidad eterna de sus hijos”

Día 26. Lo pasé lo mismo que la tarde del día veinticinco. Me alteraba, porque mi voluntad estaba unida[247] a la de mi Dios, y como no quería otra cosa, en todo lo que se ofrecía estaba igual y con serenidad, aunque el espíritu tenía motivos para poder inquietarse, pues me tenía Dios puesta, en el sitio de las noticias y de continuas conversaciones funestas, pero yo de nada hacía caso, porque mi Dios era quien se llevaba toda mi atención. En mi Dios esperaba, y en fin no quería otra cosa más que su santísima voluntad, sabiendo que este Dios y Padre amoroso, solo quiere la felicidad

[247] Fase unitiva en la experiencia mística.

eterna de sus hijos, que cuando los castiga es con amor de padre para que se enmienden y no se pierdan, y que está pronto a admitirlos en su amistad y gracia, cuando acuden a su misericordia. A ésta acudía yo en este día, pidiendo perdón para todos.

¡Ojalá! que todas las criaturas conocieran el amor que nos tiene este Dios, aun cuando estemos experimentando el castigo, pues solo desea mi amado Dios, vernos arrepentidos, y que acudamos a su misericordia a pedir perdón, con una confianza grande en su poder infinito.

¡Qué poco conocido sois, mi amado Dios, y qué asidas están las almas a la tierra! Por eso no se levantan ni acuden a vos; quieren hallar, buscan un remedio en las criaturas, y viven llenas de amargura, porque ponen su confianza en una caña hueca.

Alumbrad, amado Esposo mío, alumbrad las tinieblas de estas almas; avivad su fe que tan oscura la tienen. No digo solo para los que la tienen oscura, sino también para muchos que la tienen muerta. Se aflige mi corazón de pensarlo. Dadles, Amado mío, una fe viva para que os conozcan, una esperanza firme para que en ti solo esperen, y una caridad encendida para que os amen. El que os conoce os ama, y el que os ama en Vos espera y en Vos tiene toda su esperanza, pues solo quiere hacer vuestra voluntad, solo quiere que sea vuestro santo nombre glorificado sea del modo que sea, porque solo atiende al gusto de su Dios.

Este día por la misericordia de mi Dios, mi alma estaba que solo movía mi voluntad, a lo que fuera la voluntad de mi Dios, conociendo, como he dicho, que si justamente nos castiga, es con el deseo de nuestra enmienda, y está pronto a perdonar. Como estaba tan tonta, me parecía que todo lo hacía sin fervor.

Gracias a mi Dios, y alabado sea eternamente.

Día 27. Solo tengo que decir lo dicho en el día de ayer. Hice todo lo ordenado.

Gracias a mi Dios y a mi dulce Madre por todo.

Día 28. Al levantarme tuve la oración con alguna sequedad; aunque tuve la presencia de mi Dios, me costó más trabajo el ejercicio de las virtudes, porque no me lo daban hecho; tampoco me dejaban sola, pues experimentaba que me ayudaban, pero quería mi Dios que conociera mi nada, y así acudiera a pedirle continuamente.

Hice todo lo ordenado.

Sea Dios bendito. Amén.

Diciembre 29. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Tuve la oración y todos los demás ejercicios de la mañana con sequedad, aunque no distraída; pero cuando empecé a tener ocasiones, algunos ratos me distraía, y como estaba el alma con sequedad, me costaban más trabajo todas las cosas.

Este día tuve bastantes ocasiones de ejercitar la paciencia, y hacer ratos de conformidad. Esta virtud es la que más ejercito ahora, cuando no en cosas grandes, en menuditas, y frecuentes. Gracias a que Dios me dio paciencia, todo lo llevé bien.

Todas las cosas ordenadas las hice: comuniones espirituales, visitas a mi Señor sacramentado, y a mi Señora, renovar los votos, estar en presencia de Dios y pedir la bendición.

Dios sea bendito.

Día 30. Tuve la oración con sequedad y recogimiento, aunque con temores, porque hace algunos días, que estoy con sequedad, no tengo espíritu ni siquiera para pedir, y lo hago con mucha tibieza.

Estuve todo el día un poco triste y humillada en la presencia de mi amado Padre, como un hijo que ve a su padre justamente enojado por sus desobediencias y travesuras. Éste hijo siente haber dado disgusto a su buen padre, y desea desenojarle, pero siente más ver que su amado padre está enojado porque le ha dado motivo para ello, que verse privado de sus amables caricias. Lo que me consolaba era poder sentir las ofensas de mi Dios, y continuamente le pedía perdón.

Aproveché las ocasiones de ejercitar las virtudes, hice todas las cosas ordenadas, como he dicho sin fervor sensible. No lo deseo si a mi Dios no le agrada que lo tenga, pues solo deseo agradarle en todo.

Sea en todo glorificado su santo nombre.

Este día hice lo ordenado al levantarme; con más fervor me preparé para la comunión, pidiendo a mi Señora y Madre lo que ya he dicho en otras partes.

Lo que he escrito de este día 31, lo llevo equivocado, porque no hubo comuniones. Cuando escribo atrasado y con mala cabeza, algunas veces confundo unas cosas con otras.

Tuve la presencia de Dios todo el día, y la oración fue poca, pero con recogimiento, contemplando en los divinos atributos. Saqué grandes deseos de hacer mucho por mi Dios, y pensé muchas veces en lo poco que he hecho, pues digo con verdad, que mirando todas las cosas de este año, no hallo nada que pueda decir:

-Esto he hecho.

Solo veo faltas, pues las pocas obras buenas, todas eran porque mi Dios lo hacía.

Empleé la mayor parte del día en estas consideraciones, en pedir perdón, en dar gracias, y en los demás actos de virtudes interiores que acostumbro.

Dios sea bendito.

Enero 1 del ochocientos doce[248]. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

La memoria del misterio del día, me encendía el alma en amor, viendo que a un Dios de inmensa majestad, el excesivo amor a los hombres le hacía venir a la tierra, sujetarse a la ley de los niños pecadores, y humillarse como si fuera un pecador, Él, que es la misma santidad. Lo obligó el encendido amor que nos tiene, que deseaba derramar su preciosísima sangre apenas nacer.

En este campo, el alma tenía mucho que coger de las consideraciones, y la hacían encenderse y derretirse en dulces afectos de amor y agradecimiento a este Dios de infinita bondad y misericordia.

El mismo Señor quiso por su bondad, que despertara con estos sentimientos, y que los tuviera todo el día; con ellos me preparé fervorosa para la comunión, pidiendo a mi Señora y Madre piadosísima: que me alcanzara el perdón de todos mis pecados, por aquella sangre que derramó mi Jesús en la circuncisión, y que por ella fuera perdonada y purificada mi alma.

[248] Festividad de la Circuncisión de Jesús.

Después de recibir a mi Señor, me parecía que lo veía en mi corazón, y mi alma recibía gran consuelo y confianza en el amor de mi Dios, que apenas nacido derramaba con tanto amor su sangre para redimirnos. Convidaba a todas las criaturas, a que vinieran a buscar a este Dios, que haciéndose niño ocultaba su grandeza para que no se acobardaran y llegaran con más satisfacción.

No sé decir ahora lo que entonces decía, porque entonces lo decía, con el encendido afecto que el mismo Señor había encendido en mi alma, y ahora que no lo tengo, solo digo: que durante el día, pedía por todos con la confianza puesta en la misericordia de mi Dios, le daba las gracias, y lo alababa por todo lo que hacía por mí, y por todas las criaturas. A mi Señora y Madre, a los santos Ángeles y a todos los santos, les pedía que lo hicieran por mí.

Tuve con mucho recogimiento, poca oración; no pude hacer más, pero todo el día estaba en oración en la presencia de mi Dios, del modo que he dicho, y aproveché las ocasiones que se ofrecieron de ejercitar las virtudes.

Hice todo lo ordenado: comuniones espirituales, visitas a mi Señor sacramentado y a mi Señora y Madre, renové los votos, tuve la lección espiritual y cumplí las devociones.

Todo sea para mayor honor y gloria de mi Dios, que todo lo hizo.

Alabado sea. Amén.

Día 2. Tuve poca oración, y con sequedad, y todo el día estuve humillada en la presencia de mi Dios, porque tenía presente mis ingratitudes, lo mucho que debo a mi Dios, y lo mal que le correspondo. Pedía perdón, pues me parecía que mi Señor y Dios amabilísimo estaba muy enojado, y me daba mucha pena que continuamente ofreciera su preciosísima sangre, vida y Pasión, en satisfacción de mis pecados, y de todos los del mundo.

Dios sea bendito.

Día 3. Hoy, lo mismo que ayer, con la diferencia de que padecí más, porque todos los malecillos que padezco se aumentaron, y como estaba en sitio que no tenía descanso, sino motivos para que se aumentaran, no dejaban de molestarme. Gracias a mi Dios los llevé con paciencia y conformidad, ocultando cuanto podía lo que padecía. Sabiendo que mi Dios todo lo ve, solo deseaba desenojarlo, pues la "enfermedad" que más me atormentaba es el temor de haberlo ofendido, y no lo podía saber, porque se había ocultado, dejándome en la oscuridad.

Hice lo ordenado.

Día 4. Fue en todo igual que ayer, aunque algunos ratos conocía que estaba mi Dios conmigo, porque las ansias de mi Dios, me hacían conocer que estaba conmigo, y esto me consolaba, pero no deseaba los consuelos, sino al Dios de toda consolación[249], de toda bondad y de todo el amor.

[249] Santa Teresa: "No busques las dulzuras de Dios, sino al Dios de las dulzuras".

A éste deseaba agradar;
a éste deseaba servir;
a éste deseaba amar.

Y me parecía que no lo amaba ni servía como debía, ni hacía nada ni lo había hecho nunca, y me parecía que era la causa de que se hubiera retirado de mí. Cuando el alma cobraba alguna satisfacción por tener a su Dios, ya no temía las sequedades, sino que quería padecer mucho, y servir a su Dios, porque lo merece. Me ofrecía a esto, y a todo lo que mi Dios quisiera que padeciera, para no perderlo o desagradarlo.

Hice lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

Día 5. La oración, como he dicho estos días, con sequedad, aunque no distraída, poniendo de mi parte para hacer todo lo que conocía, que podía agradar a mi Dios. Después de comulgar estuve más fervorosa, pero duró poco, y quedé como antes. Con más frecuencia, conocía mi alma que estaba unida a su Dios, aunque no con los consuelos y fervor que en otros tiempos, pues cuando tenía un poquillo, se pasaba pronto.

Dios sea bendito. Amén.

Día 6[250].Tuve la oración algo más fervorosa, y humillada, porque por mi mucha pobreza de virtudes, no encontraba ningún don que ofrecerle a mi Jesús. Estaba obligada a ser toda de mi Dios, por haberme ofrecido toda con los votos que tengo hechos, y no había cumplido como debía. Pedía perdón, y volvía a ofrecerme de nuevo para que, como cosa suya, quitara de mí todo lo que le desagradara, y me diera todo lo que quisiera que tuviera.

Comulgué con fervor, y tuve mucho consuelo en mi alma, conociendo que tenía en ella al mismo Señor que habían adorado los pastores y los reyes. Yo lo adoraba con toda mi alma como mi Dios, y le pedía a mi dulce Madre, y lo mismo a todos los ángeles, santos, y justos de la tierra, que lo adoraran, amaran y dieran gracias por mí.

Mi ejercicio de todo este día fue pedir de limosna para satisfacer en parte, lo mucho que debo. El que debe y no puede pagar por sí solo, al que se lo debe le da satisfacción que, al menos quiera hacerlo, y más, que se lo pida de limosna, pues solo él puede darle para pagar, pero quiere que se lo pidan, y él mismo mueve la voluntad para pedírselo.

¡Bendito sea!

Bendito sea el Dios de bondad y liberalidad infinita, que da para dar más, y mientras más da, más quiere dar, y solo quiere que el que recibe se lo pida para darle más.

Bendito seáis amado Dios y Señor mío, que no detiene vuestra liberalidad[251] la gran ingratitud mía, sino que misericordiosamente, me la dais a conocer para que conociéndola me llegue más a Vos, Amado mío, y así, al instante dais a mi alma lo que queréis que conozca, pues mi correspondencia es conocer mi nada y vuestra

[250] Fiesta de la Epifanía del Señor.

[251] Generosidad.

grandeza. Con esto encendéis mi alma que se deshace en agradecimiento amoroso, y no sabe qué hacer por su Dios y Esposo de su alma. El nombre de esposa no lo merezco, porque no cumplo con las leyes de esposa a que me veo obligada, pero por vuestra bondad, no temeré, pues mientras más grande es mi miseria, mayor es vuestra misericordia, mi Dios, que hacéis que resplandezca esta alma, que Vos mismo habéis escogido sin ningún mérito de su parte, solo por vuestra bondad.

Conozco que me estáis ayudando siempre, y que si os ocultáis es para hacer que os busque, y que por este cuidado os halle más amoroso y liberal, dando a mi alma, cada vez más conocimiento de Vos, y mayor confianza en vuestra bondad. Estos fueron los afectos que de los conocimientos de mi Dios, y de mí misma, saqué este día, y lo pasé fervorosa y humillada.

La oración fue más larga, porque salí de la obligación del torno, y me quedé libre para gastar todo el tiempo a solas con mi Dios, sin otros cuidados. Como mi amado Esposo estaba conmigo, todo lo aproveché, e hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

“como un hijo”

Día 7. Tuve la oración con sequedad, pero sin distraerme. La contemplación, no pude hacerla, porque el entendimiento estaba oscuro, y si la voluntad no estaba fervorosa, no puede hacer nada, hasta que de repente se la quieran dar. Me consuela, cuando conozco que no ama otra cosa más que a su Dios, aunque parezca que no lo ama, Trabaja para agradarle, y solo deseaba servirlo y amarlo, aunque yo no conociera que lo amaba.Tuve la oración ordenada, como he dicho, meditando en la Pasión de mi Señor y Esposo de mi alma; renové los votos, visité a mi Señor sacramentado y a mi Señora y Madre, hice las comuniones espirituales, cumplí las devociones y tuve la presencia de mi Dios, como tengo dicho en otra parte, como un hijo que ve que su amado padre está serio, por lo mal que este hijo cumple con sus obligaciones. Este hijo está arrepentido y avergonzado en la presencia de su buen padre, deseando que se desenoje, al mismo tiempo que, conociendo que no es digno de los cariños de su amado padre, se contenta con servirlo y agradarle, aunque su padre no le vuelva a hacer más cariños en su vida, pues reconoce que no los merece, por lo mal que ha correspondido. De este modo era la presencia de mi Dios y los afectos que mi alma sentía. El resultado era estar cuidadosa, y no desperdiciar nada que pudiera agradar a mi Dios.

Llegada la noche, no encontré ninguna falta, y le di gracias, porque me había ayudado con su gracia para no caer; pero con una pobreza en todas mis obras, que me parecía que no había hecho nada bueno. Humillada en la presencia de mi Dios, me confesaba inútil para todo.

Dios sea bendito y alabado.

Día 8. Lo mismo que el de ayer; tuve algunos descuidos en las comuniones espirituales, y en pedir la bendición a mi amado Esposo y Señor y Señora y Madre, siendo esto ocasión para humillarme más, y vivir con más cuidado. Las demás cosas ordenadas, las cumplí.

Dios sea bendito y alabado. Amén.

Día 9. En la oración estuve más distraída, y además, fue día de tentaciones y descuidos, pues a cada instante estaba faltando a las cosas ordenadas. Este día, fue uno de esos, que pensaba no volver a escribir, y hablar con V. para decirle: que todo lo que había dicho y escrito hasta aquí era mentira, pues así me parecía este día**.**

No sé cómo no quemé lo escrito. Fui cobarde, más que nada por el temor de que V.R. me hiciera volver a escribirlo. Me fundaba en que no vienen los favores con las obras, y que todo es ilusión, aunque V. me dice que son tentaciones. Además, se seguía que estaba bastante mala en el cuerpo, y que mi Dios me estaba dejando un poco sola en mi miseria, aunque no del todo, pues si me hubiera dejado del todo sola, ¡pobre de mí! Hacía mi Dios lo que hacen las madres con los niños que se están enseñando a andar: los sueltan, los están viendo dar tropezones, y los dejan hasta que advierten el peligro de algún mal paso; entonces le vuelven a dar la mano, y pasado éste, los vuelven a dejar. Del mismo modo, me sucedía que cuando parecía que me iba dejando vencer y desmayando un poco, conocía la mano de mi Dios misericordioso que me detenía, mudando mis pensamientos, y dándome una confianza tan grande en su misericordia y bondad, que me quedaba serena, y volvía a caminar, acordándome de las doctrinas dadas.

Durante algún tiempo estaba algo fervorosa, pero algunas veces volvían las mismas tentaciones; si las desechaba, quedaba libre de ellas, y quería ponerme a escribir para acabar de vencer la tentación, pero me hallaba con la cabeza incapaz de hacerlo, y lo dejé para cuando pudiera.

Dios tenga misericordia de mí, y sea alabado por la misericordia con que sufre mis muchas ingratitudes.

Día 10. Pasé muchos trabajos con mi salud; me hallaba incapaz de hacer nada, y al mismo tiempo con sequedad, pues ni después de comulgar estuve fervorosa. Me preparé como todos los días, pero sin fervor, porque éste no lo hay si no lo dan, aunque puse de mi parte lo que pude. No fue día de tentaciones como ayer, ni de estar distraída, pero sí de sentir mucha pena, pensando, si estaría mi Dios ofendido por mis muchas ingratitudes. No puedo yo explicar, cómo me había dejado esta pena; solo pasándola se puede conocer. Deseaba que todos cuantos males hubiera en el mundo, vinieran sobre mí, antes de que mi Dios me dejara por mis culpas.

Con mucho trabajo procuraba hacer cuanto podía, y hasta me puse a escribir, pero no pude seguir, por lo trabajosa que estaba. Hacía ratos de conformidad, y le pedía a mi Dios: que no me dejara, y que usara conmigo de sus misericordias, pues yo hacía como quien era, y mi Dios hacía también, como quien era, ostentando su poder, su bondad y su infinita misericordia, en quien menos la merecía.

Pasé este día toda embebida en mi Dios, cuando me parecía que estaba más retirada. No me hubiera dado tanta pena, si entonces hubiera conocido lo que conocí después, pues la causa de mi pena era, que me parecía que me había dejado mi Dios. Estar separada de Dios, y estar amando a Dios al mismo tiempo, no está conforme una cosa con la otra. Un alma que en nada piensa, que nada desea más que amarlo ni nada siente más que haberlo ofendido, que desfallece solo con la idea temerosa de desagradar a su Dios, es porque lo está amando. Conozco que eran los deseos de mi corazón, y por eso he dicho, que estaba toda en mi Dios, aunque entonces no lo

conociera; por eso, las ansias por mi Dios me quitaban la vida, pues entonces, me parecía que no lo amaba.

Estas cosas se las hace Dios a las almas, para hacer que amen más, sin que ellas lo conozcan, al menos así me parece por la experiencia y la luz que he recibido, aunque en el acto de estar pensándolo no lo conocí.

No temo engañarme ni sé si me engañaré, pero sé, que si acaso estuviere engañada, V. me desengañaría.

Hice todo lo ordenado con trabajo, por la poca salud que tenía.

Dios sea alabado. Amén.

Día 11. Desperté más fervorosa, y en la oración, daba gracias a mi Dios, porque visitaba mi alma, y hacía que conociera que estaba conmigo; daba gracias a mi amada Señora y Madre piadosísima, reconociendo que por su intercesión poderosa, gozaba mi alma con mayor abundancia de las misericordias de mi Dios. En las horas y en la misa seguí con recogimiento y fervor; después me fui al torno, y allí, en cuanto podía, me ejercitaba en la práctica de las virtudes interiores y exteriores, con recogimiento en la presencia de mi Dios.

Por la tarde, volví a quedar con sequedad, y en la misma disposición que el día de ayer. El alivio que había tenido aquella mañana lo perdí, y volví a ponerme incapaz. En el coro estuve sentada en el suelo con bastante trabajo en el cuerpo, y el espíritu, no sé cómo estaba. Me cercaban los mismos temores que ayer, y me parecía que mi Dios estaba enojado conmigo.

Pasé la tarde conforme con padecer, aunque fuera toda la vida. No me afligían los trabajos, sino pensar que mi amado Dios estuviera enojado; aunque no dejaba de clamar, no lo encontraba. Cuando estaba más caída, sentía en mi alma su presencia, y me daba un gran ánimo, pero volvía mi Amado a esconderse[252], y me quedaba lo mismo.

En la oración de la noche, me estrecharon tanto los deseos de mi Dios, que me hizo desfallecer, causándome un accidente. Puede ser que fuera natural, y no fuera por la causa que voy diciendo, sino que pudo ser de la destemplanza de mis humores, y así lo digo. Estando como he dicho, deseando amar mucho a mi Dios, y sintiendo haberle ofendido, me estrechó mucho el dolor del corazón, y me dio ahogo y temblor. Me quedé tan sin fuerzas, que tuvieron que ayudarme para ir a la cama, porque no podía ni siquiera aligerarme de ropa. Todos los nervios se aflojaron tanto, que no podía hacer nada por mí sola. Aunque me sentía mala, deseaba, quedarme sola; decía que estaba mejor, y con eso me dejaron, no teniendo más cuidado que el de mi Dios.

Después de quedar sola, fueron tantas las ansias del estómago, que me hacía estar casi de continuo dando arcadas, y el dolor de cabeza era fortísimo. Así pasé toda la noche. Cuanto más mala me sentía, más me ocupaba en alabar, pedir perdón y dar gracias.

Dios sea bendito, Amén.

[252] San Juan de la Cruz: "A dónde te escondiste Amado…".

Día 12. Amanecí, como había estado toda la noche. Quería levantarme y no podía. Me preparé para la comunión, haciendo las espirituales con más frecuencia, y le pedía a mi amado Esposo, si era su voluntad santísima, que me pusiera mejor para poder levantarme, y me lo concedió. Cuando tocaron el primero de misa, me alivié algo, de modo que pude levantarme, y fui a la comunión, haciendo todo lo acostumbrado, aunque con trabajo. Después de la comunión, no sé cómo estaba, porque me quedé tan tonta y tan mala como antes. Me parece que no oí la misa, aunque hice intención de oírla, pero yo no sé que atendiera a ella; sabía que estaba mi Dios en mi alma, y como podía, le daba gracias en mi interior. Después de la misa me fui a la cama, y estuve ejercitando los actos de las virtudes. Más tarde me levanté, pero estaba atontada, y al mismo tiempo sin fuerzas en el cuerpo para nada.

Pasé todo el día, sin hacer nada de provecho, con serenidad en mi alma, y alegría en los trabajos.

Por la noche me alivié algo de la cabeza, y me hallaba con buena disposición para escribir, pues mi Dios me dio para ello abundancia de luz. Como había estado tan mala, temía que me vieran las criaturas escribiendo; para decirlo bien dicho, por huir de la mortificación, que en esto como en otras muchas cosas, podrá V. conocer, cómo pongo de mi parte para excusarla.

Esta noche, no sé cómo podía resistir no ponerme a escribir, por la claridad con que todas las cosas se me venían, pero pudo más mi cobardía, y me contenté con ofrecer a mi Dios, que lo haría al día siguiente. Con esto me parecía que daba satisfacción a la inspiración tan fuerte que tenía para cumplir la obediencia, pues no podía desentenderme de ella sin escrúpulo.

Dios sea bendito y tenga misericordia de mí, pues solo esta misericordia infinita podra sufrir tanta ingratitud como la mía.

Bendita sea su bondad.

Bendito sea, por todos los siglos.

“sin cumplir el propósito de escribir”

Día 13. Al levantarme, tuve la primera oración de la mañana con recogimiento, y estuve un poco de tiempo, con la presencia de mi Dios viva, pero no con tantos consuelos como en otras ocasiones. Después, muchos ratos me distraía, y por descuido caía en faltas en las cosas ordenadas y ejercicio de las virtudes, perdiendo un tiempo precioso que mi Dios me daba para ocuparlo solo en amarlo y servirle, que fue el fin para el que me crió. Este conocimiento lo tenía este día como ahora, porque me hacía ver mi Señor, lo que le debía, y a lo que estaba obligada. Me despertaba, le pedía perdón, pasaba un poco de tiempo cuidadosa, y volvía a descuidarme.

Acabé el día, sin cumplir el propósito de escribir, que había hecho el día anterior, porque me dejé llevar del mismo temor, de que no me vieran escribir, porque estaba mala. Ya estaba mejor, pero hacía lo del perezoso que todo lo deja para mañana, y éste mañana, no sabe si se lo darán, pues por su pereza no merece esta gracia.

Acabé este día llena de miserias y faltas, y por ellas pedí perdón a mi Dios; se lo pido por su misericordia, pues no caí en muchas más cosas, que podía haber caído, pero falté a las frecuentes comuniones espirituales, a pedir a mi amado Esposo y

Señor su licencia, bendición y ayuda para todas las cosas, y a mi Señora y Madre lo mismo. Falté al continuo ejercicio de virtudes interiores, en que debía tener mi alma ocupada; no fue esta falta durante todo el día, pero sí bastantes ratos. Y la culpa mayor fue no atender como debo a las inspiraciones de mi amado Dios.

Éstas son grandes ingratitudes para quien tanto debe.

Dios tenga misericordia de mí, me perdone y me dé su gracia para enmendarme.

Día 14. Hice la oración con sequedad, y así seguí todo el día. Todo lo hacía con mucho trabajo, porque a la sequedad le seguía la falta de salud, que me hacía no estar para nada. Me esforzaba en hacer todo lo que podía, pero mi principal ejercicio era pedir perdón, y me conformaba con padecer, pues conocía que mis grandes ingratitudes eran la causa de hallarme con aquel trabajo.

Quería ponerme a escribir para, en parte, desagraviar a mi Dios por no haber cumplido como debía las inspiraciones que daba a mi alma para que lo hiciera, pero no lo podía hacer. Estuve toda una semana conociendo que era castigo por la resistencia que yo hacía para que mi Dios se sirviese de mí del modo que quisiera. Lo sentía bastante, pedía perdón de continuo, y acudía a mi Señora y Madre pidiéndole perdón, y que me lo alcanzara de mi Dios.

Dios sea bendito y tenga misericordia de mí. Amén.

Día 15 Este día, fue lo mismo que ayer. No me acuerdo de otra cosa.

Día 16. Fue con la misma sequedad que ayer, aunque recogida en la presencia de mi Dios. Lo veía justamente enojado por mis malas correspondencias, estaba humillada en su presencia, pero esperaba el perdón que pedía sin cesar, como de un Padre de misericordia, al mismo tiempo que hacía todo lo que podía, con mucho trabajo.

Dios sea bendito, alabado y glorificado, por todos los siglos de los siglos. Amén.

“¡Por fin lo pude hacer!”

Día 17. Al levantarme hice lo ordenado con recogimiento, humillada en la presencia de mi Dios, y me preparé para la comunión, haciendo lo acostumbrado. Después de la comunión se encendió mi alma en amor doloroso, viendo el amor tan grande de mi Dios para con sus criaturas, lo mal que éstas corresponden a este amor, y yo, peor que todas juntas, pues ninguna de las que hayan recibido tanto como yo, ha correspondido tan mal. Este conocimiento me hacía amar mucho a esta infinita bondad de mi Dios, y darle gracias, porque volvía a experimentar en mi alma la dulzura de su amor, conociendo que estaba en mi alma.

Pasé el día, con más recogimiento y consuelo, pues me parecía que me había perdonado mi amado Esposo. Renovaba los propósitos de enmendarme ayudada de su gracia, y me ofrecía a que hiciera de mí todo lo que quisiera. Empecé a hacer todas las cosas con más fervor, y me puse a escribir sin atender al dolor de cabeza que tenía tan vivo. ¡Por fin lo pude hacer! En todos estos días no había podido hacerlo, como he dicho. Escribiendo, se encendió más el corazón y la cabeza se alivió y, toda

fervorosa, alababa la bondad de mi Dios, dándole gracias y pidiendo mercedes para mí y para todos.

Dios sea bendito. Amén.

Día 18. Como ayer, hacía todas las cosas ayudada de mi Dios y de mi Señora y Madre piadosísima, conociendo mi alma su poderosa protección, la amaba mucho, y le pedía: que no me desamparara, pues veía mi mucha flaqueza y miseria. Y mi alma recobraba una esperanza muy grande, en su amable protección.

Hice todo lo ordenado, gracias a mi Dios que todo lo hizo.

Sea por siempre alabado, y glorificado, y amado. Amén.

Día 19. También fue de recogimiento. La oración este día, era de contemplación de la Divinidad.

Estuve todo el día en la presencia de mi Dios; contemplando su grandeza, su amor, su misericordia y su bondad, tuve ocupadas las potencias de mi alma, y lo alababa y daba gracias, lo adoraba y deseaba amarlo muchísimo, y que todas las criaturas lo amaran, sentía sus ofensas, y pedía que fuese conocido, de todas las criaturas para que todas lo amaran y sirvieran. Pasé el día ocupada en estas cosas, con gran consuelo de mi alma.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

Día 20. Hice lo ordenado al levantarme, no tan fervorosa como ayer, pero con recogimiento interior, tuve la oración y todas las demás cosas. Gracias a mi Dios.

Día 21. Tuve la oración con recogimiento, aunque menos fervorosa o con menos consuelos que otras veces.

Durante el día, procuraba hacer cuanto podía en el ejercicio de las virtudes, así interiores como exteriores, pero con todo, no me parece que hacía tanto como debía, pues otras criaturas que recibieran los beneficios de tan continuas inspiraciones, se sabrían aprovechar mucho mejor que yo, y no se contentarían con hacer tan poco como yo hago. Yo no tengo más que deseos, pero pocas obras que es lo que sirve. Gracias a mi Dios.

Día 22. Fue en todo como ayer, hice todo lo ordenado, y estuve con recogimiento en la presencia de mi Dios.

Dios sea alabado. Amén.

Día 23. Hice lo ordenado al levantarme con recogimiento y fervor, pues sentía en mi alma mucho consuelo. Tuve la oración sobre el inmenso amor de mi Dios, en la institución del Santísimo Sacramento, y el alma recibió mucha luz y gran dulzura, y así me quedé para todo el día, con mucho recogimiento. Ocupadas las potencias del alma en la contemplación de este Dios grande y poderoso, ejercitaba las virtudes interiores, de adoración, alabanzas, dar gracias, y pedir perdón, y todo lo demás: comuniones espirituales, visitas a mi Señor y Esposo sacramentado, y a mi Señora

y Madre. Para las visitas no podía ir con el cuerpo, por tenerme mi Dios en el torno, que parece que este invierno estoy desterrada en este sitio por naturaleza penoso, y más penoso este año de tantas necesidades, que no sé cómo lo paso. Algunas veces me fatigo mucho, por no poderlas remediar, y clamo a mi Dios de veras, para que las remedie como poderoso.

Renové los votos, tuve la lección espiritual, hice el examen, y no encontré faltas conocidas. Haga de mí mi Señor lo que quiera.

Dios sea bendito.

Enero 24. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme, con recogimiento y fervor me preparé para la comunión como acostumbro. Después de comulgar me parecía que tenía en mi corazón a mi amado Esposo Jesús, que manifestaba a mi alma lo mucho que había padecido por mi amor, y el amor tan grande que nos tiene. El alma se encendió con el amor de un Dios tan bueno, y se deshacía por su Dios, dándole gracias y alabanzas por su misericordia y bondad. Me ocupé la mayor parte del día en pedir misericordia para todos, y en los demás actos de las virtudes, y de adoración. Todo lo hacía mi Dios y Esposo, porque si no hubiera sido así, poco pudiera haber hecho por mi falta de salud, pues estuve bastante trabajosa, pero cuando está el alma fervorosa, no le pesa nada, sino que se alegra de padecer.

Hice todo lo ordenado: comuniones espirituales, visitas al Santísimo Sacramento, y a mi dulce Madre, pedir la bendición, renovar los votos, aprovechar las ocasiones que se ofrecieron de ejercitar las virtudes, aunque fueron pocas, y en fin todo, porque a toda hora el Esposo amado de mi alma estaba presente, y por eso no tuve faltas, que yo conociera.

Dios sea alabado por todo, y glorificado su santo nombre. Amén.

"que Dios está conmigo"

Día 25. Desperté con un recogimiento interior, como he dicho otras veces, que me hace conocer, que Dios está conmigo, porque mi alma conoce los efectos del amor. Una luz superior, me hace conocer la grandeza, bondad, misericordia y amor de mi Dios, y con dejos[253] de humildad, la nada de la criatura. El entendimiento se admira, viendo la grandeza de este Dios atender a la nada de estas miserables criaturas, y está como asombrado, pues no puede conocer la grandeza de este Dios. Cuando la conoce con la luz, que misericordiosamente se lo concede, se admira, y ve que no conoce nada. Cuanto más se fija en este corto conocimiento que le dan, mayor es el amor que en el alma se enciende, al verse favorecida por este Dios tan grande. Aquí, ve a este Dios, que se viste de la naturaleza humana para redimirnos, allí conoce lo mucho que se humilló, y que padeció, solo por amar a unos gusanillos de la tierra, que para nada los necesita, que solo el amor que nos tiene, le hizo hacer todo esto, y hasta quedarse sacramentado, en fin, el día que mi amado Esposo y Señor, me despierta a la luz del día, con la luz clara del alma para conocerlo en lo posible, pues solo el mismo Dios

[253] Dejos: acento, placer o disgusto.

se conoce a sí mismo, y nadie lo puede comprender o conocer, se llena el alma de consuelo. Como sé mi ingratitud, y conozco que éste es un favor de mi Dios del que no soy digna ni puedo merecer, muchas veces, cuando despierto, y me hallo en la disposición dicha, me pongo a pensar ¿quién será el santo que habrá pedido por mí, para que por su intercesión mi Dios me haya favorecido? Y encontrándolo, como me sucedió este día, que era sábado, día dedicado a mi dulce Madre digo:

-¿Quién había de ser, sino vos, Madre amabilísima? que haciendo los oficios de la más amorosa y dulce madre, hacéis que vengan sobre mi alma, las misericordias de mi Padre Dios. Encendida el alma en el amor de mi amado Dios, se enciende también en el amor de mi dulce Madre, por ser la causa con su intercesión, de que mi Dios me lo conceda. La alabo, le doy las gracias, y le pido que las dé también por mí, diciéndole a mi dulce Madre, que los favores que recibe una esclava, son por los respetos y atenciones de su señora, y la señora está obligada a corresponder. Con esto, y otras cosas que se me vienen, quiero que todo lo haga mi Señora y Madre amabilísima por mí, y me ofrezco muchas veces a su servicio, pidiéndole: que no me deje, y que si no cumplo como debo, me castigue para que conozca mis yerros, pero que no me desampare.

Pasé este día, unas veces ocupada en la contemplación, y otras conociendo la protección amorosa de mi Señora y Madre. El alma entendía sin palabras, como si se lo dijeran, cómo quería mi Señora que practicara las virtudes, imitando a mi amado Esposo y dulce Madre, y conocía que me ofrecían su ayuda para todo.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito, alabado y glorificado, por los siglos de los siglos. Amén. Y mi dulce Madre, también.

Día 26. Al levantarme estaba recogida, pero no tan fervorosa como ayer. Después de comulgar sí lo estuve; mi amado Esposo llenaba mi alma de consuelos, y yo daba gracias, y alababa a mi Dios, a quien tenía unido a mi alma.

Seguí fervorosa la mayor parte de la mañana, y no tanto el resto del día, aunque con recogimiento, y aprovechando el tiempo, lo que podía. Hice lo ordenado: comuniones espirituales, visitas al Santísimo Sacramento en la forma dicha otras veces, pedí la bendición a mi amado Esposo y dulce Madre, renové los votos, y en fin todo; no fue con la perfección que debía hacerlo, según la gracia que mi Dios me daba, y por eso le pedía perdón a mi Dios, y le daba gracias por los beneficios.

Sea por siempre alabado y ensalzado su Santísimo Nombre.

“voto de castidad perpetuo”

Día 27. Tuve la oración con recogimiento, y así todo el día unos ratos más que otros, porque estaba el alma atenta a su amabilísimo Dios, dándole gracias y alabanzas por todos los beneficios, que por su misericordia se había dignado hacerme.

Recordaba que en otra ocasión, me había hecho mi amado Esposo la gracia de que yo me consagrara toda a mi Amado, por el voto de castidad perpetuo. Había estado llamando a las puertas de mi corazón, desde que lo hice por tiempo limitado. Como yo sabía su voluntad, pues me la había dado, me daba fuertes golpes para que pusiera

de mi parte. Y este día fue, el que mi Dios quiso que me dieran la licencia para hacer lo que deseaba con ansia, porque la obediencia me tenía atada, sin poder hacer lo que mi Amado quería. Quiso mi amado Esposo renovar en ese día el conocimiento de estos beneficios, para que conociera que todo había sido obra de su mano poderosa, misericordiosa, benigna y liberal. Estos conocimientos encendieron mi alma en un amor de agradecimiento, que a ratos me hacía estar como fuera de mí, y como con este conocimiento se aumentaba el de mi mucha ingratitud, tomaba más vuelo el amor de agradecimiento, y el de contrición. Sentía mi alma su mala correspondencia, y amaba más a este Dios de toda bondad que tanto me sufre y me ha sufrido. Durante este día, si el amor se iba aflojando un poquito, mi amado Esposo volvía de nuevo a encender el alma con nueva ilustración de las cosas dichas, y el alma se ocupaba en continuos actos de virtudes.

Dios sea bendito.

Día 28. Me levanté con recogimiento, sin fervor, pero conservando la presencia de mi Dios. Algunos ratos me distraía un poco con las mismas cosas que tenía que atender, pero al instante volvía a recogerme, pidiendo su gracia a mi Dios para que las cosas de este mundo, no me quitaran la principal atención, pues yo toda la quería para mi amado Dios, que es quien la merece.

Hice las cosas ordenadas, aunque tuve algunos descuidos que cuando los conocía, procuraba pedir perdón y resarcir la falta o descuido, con mayor cuidado.

Dios sea bendito y tenga misericordia de mí, y de todas las criaturas.

Día 29. Al levantarme tuve poca oración; estos días, tengo poca, por falta de tiempo, pero me concedió mi Dios estar todo el día atenta a su Divina presencia. Me preparé para la comunión como acostumbro, y después de la comunión estuve más fervorosa; mi Señor y Esposo de mi alma, con la más íntima unión, llenó mi alma de consuelos, y la encendió en amor.

La mayor parte de la mañana le daba gracias y alabanzas, y después en el resto del día, tenía algunos ratos de fervor, pero no duraban mucho, y me quedaba otra vez en sequedad, costándome trabajo hacer las cosas. Las hacía humillada con el conocimiento de mi miseria y mi nada. Apenas parece que mi amado Dios me deja un poquito sin ayudarme, ya no soy nadie.

Bendita sea su misericordia que quiere que lo conozca, y que clame continuamente a mi amado Padre y Esposo, manifestándole mi flaqueza, para que no me desampare.

Hice lo ordenado.

Dios sea bendito y alabado por todo.

Día 30. Estuve todo el día como la tarde de ayer: unos ratos algo más fervorosa, y los más con sequedad, hice lo que podía, pero no me quedó la satisfacción de hacer lo que debía, porque tuve algunos descuidos, pues si algunos ratos me distraía, me descuidaba en pedir la bendición a mi dulce Madre y amado Esposo. Las comuniones espirituales no fueron tantas, como cuando estoy fervorosa; en todas las demás virtudes interiores como exteriores, en estos ratos, siempre tengo descuidos.

El Señor tenga misericordia de mí, y me perdone todas mis ingratitudes.

Sea por siempre alabada su misericordia, que tanto sufre a esta miserable criatura.
Alabado sea eternamente.

Día 31. Hice con recogimiento lo ordenado, y en la oración me preparé para la comunión como acostumbro; después de la comunión me parecía que estaba mi amado Esposo en mi corazón, dándome luz para conocer lo mucho que había padecido por mi amor. Le daba gracias, y estuve con gran consuelo en mi alma, reconociendo el gran amor de mi Dios para con sus criaturas. No solo daba gracias por mí, sino por todos, y por todos pedía a mi amado Esposo: que no se perdiera en las almas el fruto de tan copiosa Redención.

Me quedé toda la mañana con gran recogimiento. Me parecía que tenía a mi amado Esposo, unas veces coronado de espinas, otras con la cruz a cuestas, y otras crucificado, de modo que a toda hora me parecía que estaba viendo a mi amado Esposo, y tenía mi alma llena de afectos de amor y agradecimiento. Después de esto, me parecía que me decía mi Amado: que quería que padeciera por su amor. En efecto, padecí en este día mucho con la cabeza, como he dicho otras veces, como si mi amado Esposo me pusiera la corona de espinas. Podía ser aprensión, pero lo cierto es que me apretó tanto el dolor, que no sé cómo podía estar de pie, cumpliendo con mi obligación, y dando arcadas, de lo que me rebotaba el estómago la fuerza del dolor de cabeza.

Por la mañana podía hacer algunas cosas, y ejercitarme en actos de las virtudes, pero por la tarde, no podía hacer nada, solo estar llevándolo con paciencia, conformidad y alegría de mi alma, por padecer por mi Dios, a quien le daba gracias, porque me daba aquellos trabajillos, que aunque fueran tan cortos, al menos tenía el consuelo de padecer alguna cosa, por quien tanto había padecido por mí. A toda hora tenía presente a mi Amado, como he dicho muchas veces, diciéndole a mi alma:

-Mira lo que he hecho por ti, ¿qué haces tú por mí?

Me hallaba tan pobre, que no hallaba nada en mí; solo me hallaba rica, con sus méritos santísimos, y me encendía en deseos de hacer algo por mi Dios. Como deseaba hacer mucho, aunque hacía lo que podía, me parecía que no hacía nada, y en efecto, nada hago para lo que debo. Nunca podré pagarle, si mi amado Esposo no lo hace todo por mí, porque solo este Señor, da para que le paguen, y la paga son sus méritos santísimos, que eran los que yo ofrecía.

Hice todo lo ordenado, aunque con trabajo.

Dios sea bendito.

Febrero 1. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día al levantarme, hice lo ordenado con recogimiento, aunque no fervorosa. Pasé todo el día con la presencia de mi Dios, haciendo todo lo que podía con mucho trabajo, porque tenía un gran dolor de cabeza, y lo llevaba con paciencia, gracias a mi Dios que me lo daba.

Dios sea alabado y bendito. Amén.

“las potencias se quedaron en su Dios”

Día 2[254]. Me levanté con fervor, y me preparé para la comunión en la oración, contemplando el misterio del día. Miraba al Redentor, que quería ser redimido, y a la más pura de todas las criaturas, que venía a purificarse. Con estos ejemplos de humildad, obediencia y caridad, que fueron los que le hicieron a este Dios hacerse hombre, se encendió tanto mi corazón, que se deshacía en alabanza a tal Dios. Deseaba imitar a su Madre, y le pedía su ayuda y favor. Sentía las faltas que he tenido en la práctica de las virtudes dichas, y en todas las demás, le pedía perdón de ella, y que fuera purificada mi alma con la sangre de mi Señor.

Pasé todo el día con recogimiento y fervor, y después de la comunión, con la unión más íntima de mi alma con mi amado Esposo, todas las potencias se quedaron en su Dios tan recogidas, que el entendimiento no podía discurrir otra cosa más que en aquella bondad infinita de su Dios; la memoria no se acordaba más que de los muchos beneficios que había recibido de mi Dios, y de lo mal que le había correspondido, y de esto resultaba, que la voluntad amaba mucho, y deseaba amar mucho más. Me ocupaba en todos los actos de las virtudes que podía, porque estaba mi Amado presente, recordándome lo mucho que me amaba, y preguntando a mi alma si lo amaba. El alma se derretía, y eran tan grandes los consuelos que sentía, que no lo puedo explicar. Con afectos amorosos correspondía a mi Señor, humillada con el conocimiento de mi nada a la vista de la gran bondad de mi Dios, que se digna poner los ojos de su misericordia en una vil esclava. Le daba gracias, y pedía que se las dieran por mí, todas las criaturas del cielo y de la tierra.

Hice todo lo ordenado.

Sea a gloria y honra de Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y a mi dulce Madre, también.

Día 3. Al levantarme tuve la oración, y después en la comunión estuve fervorosa; pero desde media mañana me distraje un poco con algunas cosillas que se ofrecieron, y no pedí la bendición y licencia a mi Señor y Esposo ni a mi dulce Madre. También hablé más de lo necesario, y sin la perfecta caridad que mi Dios me manda. Eran cosas que me parece que me las hacía decir el deseo de la observancia de la regla, pero no procuré disculpar la intensión de las que a mí me parecía que habían faltado, y les decía: que no querían mortificarse, sino hacer su voluntad. Deseaba que no las dejaran salirse con la suya, para que hicieran lo mejor. No me parece que yo en esto tuviera más culpa, que la de no disculpar la intención. Quizá me fatigué más, por el amor que le tengo a esta criatura, y por esa causa sentía más que hiciera aquello, y deseaba que no se saliera con su gusto. Me quedé llena de fatigas, que me distraían bastante, aunque no cesaba de pedir perdón a mi Dios.

Pasé este día con sequedad, pues reconocía que era el castigo por no haber obrado con la caridad que mi Dios quiere y me ha enseñado, disculpando hasta a los que le crucificaron. Lo tenía tan presente, que no podía olvidarlo; le pedía perdón y

[254] Festividad de la Purificación de Ntra. Señora.

gracia para enmendarme, e imitar a mi Divino Maestro, que no solo no hablaba ni manifestaba a nadie la gravedad de la culpa de los que le crucificaban, sino que pedía perdón, diciendo que no sabían lo que hacían. Renové el propósito de hacer lo mismo en las ocasiones que se me ofrecieran.

En las cosas ordenadas tuve faltas en todo, porque me descuidaba y me distraía, de modo que a cada instante tenía ocasión de humillarme, y de pedir perdón a mi Dios. Ahora también le pido su misericordia y gracia para enmendarme, e imitar a mi Señor en cuanto pueda, ayudada por su gracia.

Sea alabado, bendito y glorificado su Santo Nombre. Amén. Y mi Madre santísima, también.

Febrero 4. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme, tuve poca la oración, y con sequedad. Este día me costaba más trabajo, ejercitar las virtudes, pero hacía lo que podía con muchas imperfecciones, como quien lleva una carga pesada, y tiene pocas fuerzas, y aunque esté a la vista quien puede ayudarle, lo deja, y solo le coge la mano, cuando ve que se va a caer. Me sucedía con frecuencia, que se presentaban algunas cosillas de mortificación, y no las recibía con gusto, pero al instante acudía mi Dios con eficaces auxilios, y me hacía levantar. Me acordaba de lo mucho que este Señor me está sufriendo, y en esta ocasión yo sufría, por no correspondía según tengo recibido. Empezaba mal, y acababa bien, pues no me dejaba mi Dios que manifestara mi disgusto. De pronto se me templaba tanto, porque no permitía que la pasión tomara vuelo, solo que la sintiera para que pidiera ayuda, y conociera mi nada.

Pasé este día, en ir con frecuencia a caer, y sostenerme mi Dios con su poderosa mano para que no cayera.

Bendita sea su infinita misericordia, que si este Dios de bondad no cuidara tanto de esta miserable, ¿qué sería de mí, si dándome tanto, soy tan ingrata?

Sea bendito y alabado eternamente, por todas las criaturas.

Y V. padre mío, alábelo V. y ámelo V. mucho por mí, y dele V. muchas gracias, por tanta misericordia como tiene con esta miserable criatura.

Bendito seáis Dios mío, Esposo amabilísimo de mi alma, que con tanta misericordia atendéis a la flaqueza de esta ingrata criatura. ¡Ojalá! que toda me deshiciera amando tan gran bondad, y que acabara mi vida con la fuerza del amor y agradecimiento a este Dios bueno, a este Dios de infinito amor y misericordia.

Si yo pudiera hacer que todas las criaturas conocieran, Señor mío, cuán bueno sois, y cuán digno de ser amado…

Que te alaben todas las criaturas, que te alaben, mi Dios, todos los pueblos, porque tú, mi Dios, solo eres santo, santo, santo y digno de todo honor y alabanza, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Hice todo lo ordenado, aunque como he dicho con miserias y faltas.

Gracias a mi Dios por todo.

Día 5. Este día fue como el de ayer, y las mismas faltas me despertaban para que amara a un Dios, que tanto me sufría. Algunas veces se me encendía el corazón, y al mismo tiempo que me humillaba mi mucha miseria, procuraba hacer cuanto

podía, para resarcir las faltas. Si Dios no me hubiera tenido de su mano, hubiera caído en algunas impaciencias, pero mi Dios no me dejaba, pues apenas sentía el primer movimiento de la pasión, al instante conocía la ayuda de mi Dios; entonces mi corazón se encendía en el amor de mi Dios, y procuraba poner de mi parte todo cuanto podía, para corresponder a la nueva gracia que recibía.

Sea mi Dios bendito. Amén.

Día 6. Al levantarme, tuve la oración con recogimiento, y estuve todo el día atenta a la presencia de mi Dios, ejercitándome en los actos de las virtudes, ayudada de las virtudes de mi Dios. Como lo tenía presente, conociendo que Él lo hacía todo, por eso todo lo hacía con fervor.

Hice lo ordenado: comuniones espirituales, con frecuencia, y llevé bien todo lo que se ofrecía, pues tenía el alma ocupada en actos de amor, alabanza, y asimiento, de gracias. Gracias a mi Dios.

Febrero 7. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme, tuve la oración con más recogimiento.

Pasé todo el día con la presencia de mi Dios viva; no estuve muy fervorosa, pero bien ocupadas las potencias del alma en su Dios, aproveché todo, e hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito, alabado y glorificado.

Día 8. Todo el día fue como el de ayer.

No me acuerdo de otras cosas, porque cuando me atraso en escribir lo diario, luego tengo fatiga, pues me parece que no digo la verdad. Escribiré las cosas que recuerde separadas, si no me acuerdo de qué día son.

Hice lo ordenado: de comuniones espirituales, visitas a mi Señor Sacramentado, y dulce Madre, pedir la bendición, y renovar los votos, en fin, todo.

Dios sea bendito.

Día 9. No tuve que levantarme para hacer los actos de las virtudes que hago por la mañana, porque, aunque con trabajo, las había hecho con sequedad durante la mayor parte de la noche, que había estado levantada, y me había estado preparando para la comunión. Quiso Dios que viniera una misa, y la oí antes de empezar la tarea del día. Del torno me fui a comulgar sin haber podido confesar, pues quería haberlo hecho, porque tenía una fatiga, que era la misma que no confesé ni me he vuelto a acordar, por más que he hecho. Estaba esperando para confesar, a que saliera la que estaba dentro, y en ese momento le dio un accidente a la Madre Marcelina[255], que en paz descanse. Llamaron al señor don Antonio María, y ni siquiera pudo acabar de confesar a la que estaba dentro. Yo me fui también al instante a la celda de la enferma, me pareció que no moriría todavía, y dije: que era mejor llamar al médico. Lo aprobaron, y me fui al torno a mandarle recado.

[255] Muy reverenda Madre sor Marcelina de Castro y Moyano, fallecida el 10 de febrero, de 1812, a los 61años. Había profesado el día 24, de noviembre de 1769. Había sido correctora.

En esto la enferma volvió a disponer que fueran a comulgar todas las que pudieran; lo mismo fue oírlo, que tomé agua bendita, porque me pareció que mi falta no me impedía comulgar, y fui sin más preparación que la que había tenido aquella noche. Al recibir a mi Dios, me puse más fervorosa.

No había pasado nada de tiempo, cuando vino el médico, y tuve que ir al torno, y del torno a la puerta por la falta de algunas de las porteras, que estaban en misa, con lo que tuve que distraerme, y no estaba con tanto recogimiento como otras veces.

Acabado esto, seguí todo el día en continua inquietud atendiendo a muchas cosas, de modo que yo no sé lo que hice este día, ni porqué me cogió una *contristasión*[256] que me molestaba bastante. Por una parte, me contristaba ver a la pobre enferma con los accidentes tan raros que le daban, y por otra los lamentos de los pobres.

Este día no recuerdo haber hecho otra cosa más, que estar en una continua petición por la enferma y por los pobres. Todas las oraciones que hacía eran con estos fines. No cesaba de acudir a la misericordia de mi Dios, pero con tanta sequedad, que me parecía que no hacía nada, pues se me fue todo el día yendo a ver a la enferma cuanto tenía ocasión.

Cuando llegó la noche, no podía verla, porque me angustiaba mucho; me quedé allí con ella, pero procuraba no mirarla. Estuve haciendo lo mismo que había hecho todo el día: encomendarla a Dios.

A medianoche, quiso mi Dios que se me sosegara aquella angustia que me había venido, y que para mí había sido mucha, pues no la había experimentado igual en otras ocasiones, que se me habían ofrecido como ésta. Quedé con consuelo interior, y aproveché lo que quedaba de noche para ocuparme en lo mismo que durante el día, pero con fervor y recogimiento. Con esta serenidad, hice examen de conciencia; no me acordaba de las faltas del día, ni tampoco de lo que aquella mañana iba a confesar, pero no me fatigué. Pedí perdón a mi Dios, y le decía: que me confesaría de todo lo olvidado, a la primera ocasión que hubiera. Me quedé serena, porque Dios sabía que lo haría cuando me acordara.

Febrero 10. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día seguí con recogimiento y con serenidad en la presencia de mi Dios, sin aquellas fatigas que había tenido el día anterior. No estaba de lo más fervorosa, pero sí bien preparada para aprovechar todo lo que se ofreciera, y andaba ocupada en los actos de las virtudes interiores y exteriores.

Cuando al mediodía, cerré el torno, me fui a la celda de la enferma, y allí me estuve hasta que murió sin fatiga ninguna, con una gran confianza en que se iba a la gloria. Esto me llenaba de tanto consuelo, que no me entristeció tanto la muerte, como le había temido el día de antes.

Acabé el día, con el mismo recogimiento, y haciendo todo lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

[256] Aflicción, tristeza.

Día 11. Hice lo ordenado por la mañana, con mucho trabajo, porque el dolor de cabeza era de los fuertes, me causaba vómitos, y no podía esforzarme para hacer casi nada, pero lo llevaba con paciencia y conformidad con la voluntad de mi Dios. Quiso este Señor, que a la hora de irme a la obligación, se me templara, y aunque con trabajo, pude seguir haciendo actos de conformidad y ejercitando la paciencia.

Hice todo lo que pude de comuniones espirituales, visitas a mi Señor Sacramentado desde donde estaba del modo acostumbrado, adorándolo en todos los sagrarios del mundo, y pidiendo con frecuencia, la bendición y licencia a mi amado Esposo y dulce Madre, renové los votos, tuve la lección, y en fin, con trabajo, hacía todo lo que podía.

Dios sea alabado y bendito por todos los siglos.

Día 12. Al levantarme, tuve con recogimiento la oración, las horas y la misa, pero después estuve con sequedad, y me costaba trabajo hacer los actos de las virtudes. Caía con frecuencia en faltas, y como no las quería, al instante que conocía que iba a caer en alguna, acudía a mi Dios, le pedía misericordia, y que no me desampara. Dos veces tuve movimiento de impaciencia, pero cuando lo conocí, sentí tenerlo y me sujeté pidiendo, como he dicho, perdón a mi Dios, y que me ayudara con su gracia. En las comuniones espirituales y visitas a mi Señor Sacramentado, también tuve descuidos, pero al momento que los conocía, hacía lo mismo. Se me pasó este día, cayendo y levantándome. Dios tenga misericordia de mí.

Día 13. Al levantarme, hice todo lo ordenado con recogimiento en la presencia de mi Dios, deseosa de agradarle, hacía lo que podía ayudada de su gracia.

Dios sea bendito y alabado por todo. Amén.

Día 14. Fue como ayer, sin más diferencia que haber tenido que padecer, porque todas las cosillas que padezco estuvieron peores; las llevé con paciencia, gracias a mi Dios, que no solo me dio paciencia, sino también consuelo por padecer por su amor.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

Día 15. Al levantarme tuve la oración con recogimiento, seguí durante el día en la presencia de mi Dios con sequedad, pero atenta a hacer todo lo que conocía que podía ser agradable a mi Dios, a quien acudía con aspiraciones[257] y ofreciendo todo lo que hacía para su mayor gloria y honor. También acudía a mi dulce Madre, pidiéndole su amparo como madre, y su doctrina y enseñanza como maestra, pues sabía que solo quería acertar en hacer la voluntad de mi Dios.

Pasé todo el día, ejercitando las virtudes así interiores como exteriores, y aprovechando las ocasiones que se ofrecieron.

Hice todas las cosas ordenadas: comuniones espirituales, visitas al Santísimo y a mi Señora y Madre, pedirles la bendición para todo, renovar los votos, lección espiritual, y en fin, todo.

[257] En mística: afecto encendido del alma hacia Dios.

Dios sea bendito, alabado y glorificado, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre también.

Febrero 16. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Con recogimiento me preparé para la comunión, y estuve muy fervorosa, porque mi amado Esposo con su presencia encendió mi alma en su amor y solo deseaba que todas las criaturas le amaran mucho.

Así estuve la mayor parte de la mañana; después no estuve tan fervorosa, pero sí con mucho recogimiento; teniendo muy presente a mi Dios, las potencias del alma estaban bien ocupadas, en particular el entendimiento estaba como embelesado, en el conocimiento de su Dios.

Hice todo lo ordenado.

Gracias a Dios por todo, pues todo lo recibo de su mano.

Día 17. Este día fue en todo como el de ayer. Lo ocupé bien, ejercitando las virtudes y haciendo todo lo ordenado.

Dios sea bendito y alabado por todo.

No me alargo estos días que no me acuerdo de nada de particular, porque no tengo tiempo, y es necesario salir de atrasos, antes de entrar en ejercicios. Si después me acordara de alguna cosa precisa, lo escribiré en un suplemento que quiero hacer, cuando acabe lo atrasado.

Día 18. Al levantarme tuve la oración con recogimiento, y la presencia de Dios, no adquirida por mi cuidado, sino dada, pues me parece que es así. El día que mi Señor no me hace este beneficio, aunque yo lo procure, solo tengo distracciones; por el contrario el día que digo que es dada, aunque esté en medio de los mayores estorbos para poder estar con recogimiento, lo estoy. No me niega mi Señor este conocimiento para que sea agradecida, y conozca que todo me viene de su mano misericordiosa. Los días que me hace mi Señor el beneficio de tenerme atenta a su divina presencia, siempre está el alma bien ocupada en los actos de las virtudes, como un criado muy perezoso, mientras que está el amo presente, y ayudándole, no tiene pereza ni nada le es pesado, así le sucede a mi alma en estos días, que son los más, porque como mi Señor conoce mi tibieza y pereza, se compadece de mi miseria. Casi todos los días hace lo mismo; por eso digo con tanta frecuencia, que he estado con recogimiento, solo con la diferencia de estar unos días fervorosa, que llamo a los que mi Dios derrama a manos llenas grandes consuelos y dulzuras en mi alma, y me hace andar medio fuera de mí, y otros días, cuando no es así, aunque tenga con gran recogimiento las potencias del alma, no siento aquella dulzura y suavidad al obrar. El obrar es más fino y desinteresado, porque obra solo por el conocimiento de que Dios se lo merece, y por mucho que haga, todo le parece poco por quien lo hace, y no espera premio ninguno, pues haría lo mismo, solo, porque Dios se lo merece. No digo nada más acerca de esto, porque en aquel suplemento que le di a V., dije las diferencias que conocía, de estos modos de presencia de Dios. Lo poco, que he dicho ahora es en parte, para dar alguna satisfacción a los días que van ligeros, pues la falta de tiempo no me permitía escribir más, y porque en todas las ocasiones no se está

para escribir, en particular en los tiempos en que el alma se deja llevar de la tentación, y le parece que todas las cosas que pasan en su alma son ilusión. En estos tiempos, no se puede escribir mucho, bastante hago con hacer algo por cumplir la obediencia; y le aseguro que en estas ocasiones es muy trabajoso cumplirla, y se necesita hacerse violencia. Confieso que me la he tenido que hacer grande, porque no he vencido mi entendimiento como debía, sino de mala gana o por la fuerza, y no daba lugar, a que los auxilios de mi Dios tuvieran la eficacia que habían de tener. Ponía de mi parte, me ponía a escribir, y como no lo hacía con la perfección que debía, no me venía la luz clara para hacerlo. Si algún día me ponía con mejor disposición, me venía, aunque no duraba mucho, porque flaqueaba la disposición y oscurecía el entendimiento.

Padre mío, aunque por mi miseria caigo en estas faltas, cuando viene un buen aire que destierra todos los nublados, se puede hacer, gracias a Dios.

Dios sea alabado y bendito. Amén.

Día 19[258]. Al levantarme, hice lo ordenado con recogimiento y fervor, poniéndome mi amado Esposo a la vista los muchos beneficios que me había hecho por su infinita misericordia, que me hizo estar todo el día llena de agradecimiento; no cesaba de dar gracias, con mucho consuelo en mi alma de tener un Dios tan bueno y liberal para con sus miserables criaturas. Andaba vigilante, procurando hacer cuanto podía para agradar a un Dios, al que tanto debía, y que por tantos títulos, debía amar y servir. Con estos deseos estaba esta tarde, cuando me vino al pensamiento, aquel plan de ejercicios que hice, deseando en todo, la mayor gloria de mi Dios.

Dios sea bendito. Amén

Día 20. Tuve la oración con recogimiento todas las veces, y seguí con la presencia de mi Dios todo el día. Me sucedió lo mismo que ayer, que mi memoria solo me traía lo mucho que debía a mi Dios, y me hacía andar con el mismo cuidado y agradecimiento, ejercitando las virtudes, ya interiores como exteriores, cuando se ofrecía ocasión.

Lo hice todo: comuniones espirituales, visitas al Santísimo Sacramento y a mi dulce Madre, pedir la bendición a mi amado Esposo y dulce Madre, renovar los votos, la lección espiritual, aspiraciones o jaculatorias con frecuencia, hacer examen, y pedir perdón de todas las faltas, aunque en este día no conocí ninguna.

Padre mío, para cumplir lo prometido de escribir todo lo de los días pasados, diré lo que recuerde para gloria de Dios, aunque de poco me acuerdo. Una de las cosas, sucedió en un día de tribulación, de los que Dios permite por sus altos fines. Fue una noticia falsa que daba por cierto, que había llegado la orden para echarnos del convento. Volví a entender que no era así, y que no nos echarían, pero en esta ocasión, estaba de parte de no atender a nada que pasara en mi interior, como hice con lo de la pierna de V. Con ese motivo, aunque no puedo negar que consolaba mi alma la esperanza que sentía en mi interior, con todo, no quería hacer mucho caso. Me ocupaba en hacer actos de conformidad, y estaba serena esperando lo que Dios quisiera.

[258] Miércoles, febrero de 1812.

Una noche, me dijo mi prelada: que estuviera prevenida para lo que Dios dispusiera.

Sin asustarme respondí:

-Estoy dispuesta para que mi Dios haga de mí lo que quiera; si quiere que lo sirva, aunque sea en medio de la calle, hágase su voluntad.

Me quedé conforme, pero sintiendo en mi alma que mis ingratitudes eran la causa del castigo. Pedía a mi Señor perdón con bastante dolor, convencida de que era cierto lo que decían. La prelada no me dijo más de lo dicho, pero por lo mismo daba a entender alguna cosa nueva. A la salida, a pesar de lo que en mi interior sentía, y no quería atender, sentí que con más fuerza me decían:

-¿No te he dicho que no sales? ¿No soy yo poderoso para todo?

El alma no pudo resistir más, y dije:

-Creo, Señor, que sois poderoso y lo podéis todo. Haz tu voluntad sin que nadie la pueda estorbar.

Y me parecía que volvían a decirme:

-Pues ¿por qué no crees en mis palabras?

Con esto quedé humillada, conociendo mi poca fe, pues aunque solo fuera porque estas palabras estarían confirmadas por V. como en otras ocasiones, les debía dar crédito, y haber tenido más confianza, pero, padre mío, no son mis temores sin fundamento, porque sobre su salud, han sido bastantes los engaños.

Hasta me pareció que me dijeron un día:

-Mañana dice misa.

V. que lo ha experimentado, ha visto que no ha sido cierto, por eso digo: que diré lo que me parece por obedecer, pero que de cuatro partes de las cosas que oigo, una no es verdadera, sino palabras compuestas de mi imaginación, o del enemigo. Esta es la causa por la que no había hecho caso de ellas ni las tenía tan frecuentes, y estaba contenta de buscar a mi Dios, solo por fe.

En todo este tiempo, desde que V. calla, hasta el día que me mandó que escribiera todo lo acaecido, no me acuerdo más que de lo dicho.

En algunos días que estaba más fervorosa, que han sido pocos, porque he tenido mucha tarea de pobres, una mañana me parecía que me decía mi amado Esposo:

-¿Qué haces dándome lo que te he dado, si yo me doy a mí mismo a ti? Aquí me tienes.

Me parecía que tenía a mi amado Esposo junto a mí, y sentía gran consuelo. Otras veces, también me manifestaba con dulzura que me amaba; en todas estas ocasiones, el alma correspondía agradecida y humillada, porque siempre le ponían delante su ingratitud y mala correspondencia.

De estas cosas no me han faltado, pero no me acuerdo para poderlas decir, porque mi amado Dios, cuando me iba cayendo un poco, al instante me levantaba, y con una palabra me hacía que caminara aprisa; si no lo hubiera hecho así, hubiera caído en muchas más faltas.

¡Bendita sea su misericordia!

“no volver a escribir”

Un día, tenía hecho el ánimo de no volver a escribir hasta que V. viniera, porque pensaba que era perder el tiempo en tonterías de mi cabeza. Al instante que tomé esta resolución, me parecía que me decían:

-Yo fui obediente hasta la muerte; imítame a mí.

Conociendo que era por lo que había pensado, me arrepentí de mi falta de obediencia, y me dio tanta gana de hacerlo, que al instante que tuve ocasión, lo hice. En todas las cosas, siempre he tenido “despertador”, pues lo he necesitado con frecuencia.

Otro día, que estaba fatigada por lo mucho que me pedían los pobres, dije:

-Ya no puedo más, que estoy tan cansada de oír decir madre, que me da fatiga.

Al instante me parecía que me decían:

-¿No estás siempre pidiéndome a mí, y no me canso?

Quedé enseñada para tener más paciencia, recordando, que yo sin merecerlo, estoy continuamente pidiendo a las puertas de la misericordia de mi Dios. Para no cansarme más, tenía esto presente todos los días.

Dios sea bendito, tenga misericordia de mí, y perdone todas mis desobediencias y faltas de humildad. Y a V.R. a quien debo obedecer como ministro del Señor, también le pido perdón, y que pida a Dios mucho por mí, que me dé gracia para enmendarme de todo.

“Primer día de ejercicios”

Febrero 21. Primer día de ejercicios, que sean para gloria de Dios, a quien pido llene mi alma de su divino Espíritu.

Me levanté a la hora señalada, y seguí haciendo todo lo ordenado en la distribución de la mañana, con el fin que me propuse en el plan para este día. Me concedió mi Dios tanta dulzura y consuelo en mi alma, que no lo puedo explicar; me hacía derramar muchas lágrimas nacidas de amor, agradecimiento y dolor por mis muchas ingratitudes y las de todas las criaturas, hacia este Dios de toda bondad. Para esto me ayudaba la lección de hoy, que fue de la gracia de la vocación, y me trajo a la memoria los muchísimos beneficios, que éste misericordiosísimo Dios me ha hecho, sin mérito alguno mío, solo por su infinita bondad. Con este recuerdo, se deshacía mi alma en el amor de mi Dios.

Tuve poca lección, pues se me pasó el tiempo. No hacía más que empezar, y al instante la dejaba, de modo que el tiempo de la lección, más bien se puede llamar de oración.

Así empecé y acabé la mañana. Desde que desperté, derramó mi amado Esposo, sobre mi alma y mi corazón, las dulzuras de su divino corazón. En la comunión fue la unión tan íntima, que acabó de encender mis potencias y sentidos, quedando de este modo para todos los demás ejercicios. Se renovaron grandes deseos de ser fiel a mi Dios, guardando los votos que le tengo hechos. Para ello, ayudada de la divina gracia, renové el propósito de vencer todos los estorbos que se presenten, ya de parte de mi miseria, ya de las criaturas o del enemigo, atendiendo solo al fin principal para el que mi Dios me ha creado, y me ha escogido, por efecto de su misericordia.

Bendito sea.

Alabado sea.

Glorificado sea.

Amado sea de todas las criaturas, y todas le den gracias por mí.

Perdonadme, amado Esposo y Dios mío, mi muchísima ingratitud, y dame tu gracia para enmendarme.

En la tarde, hice también lo ordenado, siguiendo con el espíritu fervoroso en la presencia de mi Dios. En la oración, me parecía que mi amado Esposo renovaba en mi corazón las insignias de su Pasión, y me las daba como arras. Aunque tanto he dudado de esto los días pasados, en éste me parecía que me las renovaba, causándome gran dolor en el corazón, y también gran amor, pues me parecía que iba a morir de amor.

¡Ojalá que así hubiera sido!

En la oración de la noche, mi amado Esposo daba luz a mi alma para que conociera, cómo había de imitarlo como esposa, procurando en esto su mayor honor y Gloria, cómo había de practicar las virtudes, de la caridad, la humildad, el silencio, y la abstracción de todas las criaturas, para atender solo al creador, a su imitación y la de mi Señora y Madre. Conocí las muchas faltas que había tenido en estas virtudes, pedí perdón, hice propósito de enmendarme, y para ello, pedí gracia, y di gracias de los beneficios que había recibido en este día.

También pedí perdón de las faltas que no conocía, porque no había tenido ninguna voluntaria, pues solo deseaba agradar a mi Dios en todo.

Bendita sea su misericordia y bondad, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Madre Santísima, también.

Día 22, sábado y segundo día de retiro. Hice lo acostumbrado al levantarme con recogimiento, aunque no tan fervorosa como el día de ayer, y con la salud, también más trabajosa, por lo que tuve motivo que ofrecer a mi Dios, en honor de mi dulce Madre al fin dicho, pidiéndole a mi dulce Madre, que lo ofreciera todo a su Santísimo Hijo, para que lo uniera con los méritos de su Pasión santísima. Me esforzaba en hacerlo todo, conociendo la ayuda de mi Dios y de mi Santísima Madre, y no dejé de hacer nada hasta la noche, que ya no pude esforzarme más, porque me parecía que tenía alguna calentura; eran tantos los dolores, que no me dejaban hacer nada, y tuve que irme a la cama, antes de tiempo. Como el alma estaba serena y alegre, deseaba que fueran mayores para tener algo que ofrecer a la Divina Justicia, en satisfacción de mis pecados, ya que no hago otras penitencias. Doy gracias a mi Dios, que me da estos trabajillos, con lo que siquiera, hago algo.

En este día, unos ratos estuve fervorosa, en otros menos fervorosa, pero siempre bien dispuesta, y con grandes deseos de amar a mi Dios, y de que todas las criaturas lo amaran.

La oración fue de la contemplación de los divinos atributos y perfecciones divinas, lo que aumentaba el deseo de amar a este Dios, y también me daba conocimiento de mi nada. De esto resultaba un mayor deseo, y como este deseo de amar es amando, y a quien el alma ama es tan digno de ser amado, y el amor de la criatura es nada, aunque ame, desea amar más y más. Estos deseos se encendían algunos ratos más que otros, cuando mi alma gozaba de más íntima unión.

Dios sea bendito, alabado por todos los siglos de los siglos. Amén.

“déjeme V. que haga penitencia”

Día 23. Este día no me levanté a la hora acostumbrada, porque la noche había sido trabajosa, aunque solo padeció el cuerpo, porque el alma estaba alegre. Atendiendo a la miseria de mi cuerpo, si me levantaba temprano, no me dejaba hacer después nada de provecho. Me senté en la cama, hice el ofrecimiento, y todos los demás actos de las virtudes, y tuve la oración, de contemplación de la Divinidad, con lo que el alma recibía más conocimiento de su Dios, y alababa su grandeza, su amor y su misericordia.Tuve alguna fatiga por mi mucha delicadeza, porque un alma fervorosa y agradecida a su Dios, no hubiera contemplado tanto, si tenía poca salud; los santos no lo hacían como yo. Por eso digo lo que le he dicho a V. muchas veces: que todo se queda en los deseos, pero las obras no se ven; poco amor hay, en quien tanto se mira para no padecer.

Padre mío, atienda V. más a esto, que a los deseos que digo que tengo, porque obras son amores…, y el que mucho ama, no es cobarde para servir al amado. Es menester que no me tenga V. compasión, porque esté mala, que quizá será más el aumento que yo les dé, por mi poca mortificación.

Por amor de Dios: déjeme V. que haga penitencia, que parece que quiero ir al cielo en coche. He ofendido mucho a mi Dios, y estoy obligada a hacer penitencia. Los santos no han tenido tantas culpas como yo, y han hecho penitencia, y muchos han estado enfermos.

Hoy no he dejado de pensar que, aunque V. me lo tiene ordenado que la haga sentada en la cama, será cuando tenga una enfermedad, no cuando sean frioleras como las que yo padezco, que si dieran en una criatura mortificada y amante de su Dios, no haría caso de ellas.

Después me volví a acostar, y no me levanté hasta las seis y media, de modo que no tuve más que media hora antes de las horas, y poco tiempo de hacer las cosas; no estaba muy contenta, pero procuré hacer lo que pude para la preparación de la comunión, renovando el ofrecimiento, y deseando la mayor gloria de mi Dios, según le tengo ya dicho a V. en la distribución de los días. Después que comulgué, fue muy íntima la unión de mi alma con su amado Esposo; se encendió en amor, y deseaba que todas las criaturas lo amaran y sirvieran, sintiendo lo poco que lo amaba yo, y las demás criaturas que aún no lo conocen. Pedía a mi Señor: que se diera a conocer, dando luz a todos para que le conocieran, y conociéndolo lo amaran[259] y sirvieran. Esta fue la petición del día, ejercitando los actos de las virtudes a este fin, unas veces más fervorosa, y otras menos, pero siempre ocupada.

En la oración de la tarde, pedí a mi amado Esposo, si era su voluntad, que me manifestara en qué podría agradarle, pues sabía que no quería otra cosa, más que acertar a hacer su voluntad. Me parecía que me respondía, y no con palabras: que cumpliera con perfección lo que le había prometido, y obedeciera a V.R. en todo lo que me ordenara, como dictado por Dios. A esto le siguió conocer las muchas faltas que he tenido por descuido, en los votos que tengo hechos para la mayor perfección. El de obediencia, tiene V. experiencia de que no lo he cumplido como

[259] San Anselmo, “dame la gracia señor, de buscarte para que buscándote te encuentre, encontrándote te conozca y conociéndote te ame con todo mi corazón”.

debo; el de conformidad, tampoco, porque, aunque digo que no quiero más que la voluntad de mi Dios, y es verdad que así lo deseo y pido a mi Dios que se haga en mí su amabilísima voluntad, en algunas cosas he faltado muchas veces, y me he conformado, como por fuera, más como un hijo que teme al castigo que puede darle su padre, y lo obedece, que como el que lo obedece, solo por darle gusto, aunque le cueste trabajo. Esto me sucede a mí, en la cosa de mi interior, que con frecuencia falto, no solo a la obediencia, sino también a la conformidad, y por consiguiente falto a ser mejor como he prometido a mi Dios. Lo que más siento, es que la enmienda dura poco, pues cuando alumbrada mi alma con la luz que su Dios le da, y ayudada de su gracia se arrepiente, pide perdón, y propone enmendarse, ¡qué poquito le dura!

El Señor Dios de infinita misericordia dé firmeza a los propósitos.

De nuevo, a los rayos de la divina luz, ha querido que conozca la gran ingratitud, con que correspondo a sus muchas misericordias. Le pido perdón, vuelvo a renovar los votos y propósitos que tengo hechos, pidiendo a mi amado Esposo y dulce Madre: que me ayuden a cumplirlos, conforme a su santísima voluntad, y que se compadezcan de mi mucha miseria, pues saben que por mí, no puedo nada.

Padre mío; al pensar en la grandísima ingratitud con que correspondo a mi Dios, me lleno de tanta confusión y vergüenza, que no lo puedo explicar. Ver la bondad de este Dios, que no solamente se ha dignado darme tantas ocasiones para que yo sea toda suya, con buenos ejemplos, con buenas instrucciones de sus ministros, que han sido tan abundantes para encaminarme a la perfección de la vida cristiana y religiosa, con la buena educación de mis padres, y con otros innumerables beneficios que mi Dios me he hecho, hubieran sido suficientes para haberme hecho santa, si hubiera sabido corresponder. Además de todo esto, se toma mi Dios amorosísimo el cuidado de mi alma tan en cuenta, como si yo le hiciera falta para algo. Este mismo Dios, que me enseña la práctica de las virtudes; este mismo Dios que me hace despertar en mis descuidos.

¡Ay Dios mío! ¿Cómo podré yo publicar a todo el mundo, la grandeza de vuestras misericordias con esta ingrata criatura?

No contento con ser mi Creador y mi Redentor, además os habéis querido tomar el cuidado de enseñarme, como un celoso maestro, que está atendiendo cómo se porta su discípulo para no dejarle pasar nada, porque quiere que salga bien enseñado.

¡Bendita tan gran misericordia!

¡Bendita tan gran bondad!

Este Dios misericordioso repitió, con nueva luz a mi alma, cómo quiere que me porte en el trato con las criaturas. En otras ocasiones también lo ha hecho, pero como es tan grande mi miseria y falto tantas veces, lo volvió a renovar en este día. En particular, la atracción que quiere que tenga en el preciso trato con las criatura, donde me ha puesto, amándolas a todas en el mismo Señor, sirviéndolas a todas por el mismo Dios, y despegada de todas para solo ser toda de mi Dios. Esta doctrina no puedo explicarla igual que la he comprendido, pues conozco que es cosa de mi Dios, por los efectos que causa en mi alma.

Le pido al mismo Señor, que por su misericordia me la da, que me conceda la gracia eficaz para cumplirla. Esto mismo pido a mi Señora y Madre: que me ayude a cumplirla para gloria de mi Dios.

Este día lo acabé con lo dicho: dando gracias y alabanzas a mi amado Esposo por todos sus beneficios, pidiendo perdón por todas mis ingratitudes, y con mi alma llena de amor, agradecimiento y contrición, que fueron los efectos que saqué de lo dicho.

Sea Dios bendito, alabado y glorificado. Amén.

Febrero 24. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme, hice lo ordenado con recogimiento y fervor, así fue la oración y tuve en ella mucho consuelo, pues me parecía que mi Señora y Madre y mi señor San José pedían por mí en este día, y me prometían su protección. Me causaba mucha alegría en mi alma, y mucha confianza para pedir por mí, y por todos, y así lo hice todo con fervor, por la mañana, después en los demás ejercicios del día.

Por la tarde, estuve con alguna sequedad, y también algunas veces tuve distracciones, pero las desechaba al instante que lo conocía.

Cuánta es mi miseria, que no debiendo tener otro deseo más que estar pensando en mi Dios, me voy a pensar en cosas que no son necesarias, porque ahora no tengo más obligación que estar con mi Dios para pedirle perdón, para darle gracias y pedirle mercedes, pues es poderoso, rico y liberal.

Ésta fue la ocupación del día, y ejercitar los actos de las virtudes.

Dios sea bendito.

Día 25. Desperté con recogimiento y fervor, teniendo a mi Dios, que amoroso me ponía presente el beneficio de la encarnación, que había sido la meditación que había leído antes de acostarme. Era día 25, que es uno de los días que yo doy gracias a mi Dios por este beneficio de su gran misericordia. Mi amado Esposo había preparado mi alma para que contemplara este misterio de amor, dándole mucha luz sobre este misterio, y yo sentía gran consuelo, viendo la inmensidad del amor de mi Dios. Todo me lo dio, y yo no tuve nada que hacer, solo recibir la luz de este misterio. El alma encendida en amor, lo alababa y daba gracias por mí, y por todas las criaturas.

Estuve toda la mañana con mucho recogimiento, unas veces contemplando, otras pidiendo por todas las cosas que debo pedir, a fin de que mi Dios sea glorificado y amado de todas las criaturas. Este día, parece que no podía hacer otra cosa más que pedir, porque era tan grande el deseo que tenía de que todas las criaturas amaran mucho a mi Dios, que ya que no podía hacer otra cosa, me contentaba con pedirlo a quien todo lo puede. Si yo fuera poderosa, haría que amaran todos a mi Dios, porque es bueno, y porque es grande su misericordia, y su amor a los hombres es infinito. Ya que no podemos corresponder con un amor igual, porque es imposible, al menos que lo amemos con toda nuestra alma, con todo el corazón y con todas nuestras fuerzas. Con todo, nada haremos para lo que se merece.

¡Ojalá! que yo lo hubiera hecho todos los instantes de mi vida, que tan tibia ha sido y es, para amar a mi Dios.

Concédeme, amado Dios y Esposo mío, que te ame como me mandas, pues lo deseo y lo espero. Dame lo que me mandas que tenga, pues sabes que no tengo nada, si no me lo das.

Pasé este día entre afectos hacia mi Dios, ya de dolor por mis ingratitudes, ya de encendidos deseos de amarle, al mismo tiempo que iba haciendo las cosas ordenadas.

La lección fue corta, porque los días se acortaron para mí, se me va el tiempo sin saber por dónde, y algunos días me faltaba tiempo, como ha sucedido en éste.

Esta tarde en la oración, tenía en mi alma tan viva la presencia de mi Señor, que me parecía que lo estaba viendo con los ojos del alma, y que me iba manifestando todas sus santísimas llagas para que las adorase, y le diera gracias por ellas; así lo hacía con gran consuelo de mi alma, pues me parecía que me decía mi Señor:

-Mira lo que he padecido por tu amor.

Llena de agradecimiento, le daba gracias, y también las daba por todas las criaturas. Me ofrecía de nuevo a mi Dios, deseando que no quedara en mí cosa que no fuera agradable a mi Señor, y acabé renovando los propósitos que tengo hechos a mi Dios, y tan mal guardados.

En la oración de comunidad, estaba pidiendo a mi amado Esposo y dulce Madre: que me ayudaran con su gracia para guardar lo prometido, en particular instaba más a mi dulce Madre, para que como maestra, me enseñara a cumplir la voluntad de mi Dios, guardando su santísima ley y mi santa regla. Estando en esto, me parecía que mi Señora y Madre me prometía ayudarme. Aún más lleno de fervor mi espíritu, le pedía que me alcanzara mucha gracia. Me parecía que mi Señora pedía a la Santísima Trinidad por mí, que le concedía a mi alma mayores gracias, y mi alma conocía que las recibía. Aunque no sé explicarlo, fue tan grande el consuelo de mi alma, que no perdí el sentido, pero poco me parece que me faltó, porque a mí me pareció, cuando se acabó la oración, que no había estado allí. Sí lo estaba, por el recogimiento tan grande que tenía, y toda llena de lágrimas, que no las había sentido.

Al empezar la corona, empecé a rezar, pero me sucedió lo mismo que al que está cargado de sueño, que se pone a rezar un Ave María y no la acaba, porque se queda dormido; así me sucedía a mí, me quedaba atenta a la voz de mi amada Madre que me decía: que fuera agradecida a tan grandes beneficios, y que los recibía, para que imitara a mi amado Esposo Jesús, que toda su vida santísima la había gastado en hacer el bien a todos. Quería que yo hiciera lo mismo con mis prójimos, ayudándoles, consolándolos y pidiendo el remedio de sus necesidades para la gloria de Dios, que era el fin que habían de llevar. Yo seguía pidiendo a mi amada Madre que me ayudara a hacerlo como mi Dios quería, y me parecía que mi amada Madre volvía a pedir a su santísimo Hijo por mí, y al mismo tiempo, me parecía que mi amado Esposo se venía a mi corazón, y me decía:

-Yo soy tu Dios y todas las cosas; si me amas yo te ayudaré.

Se encendió tanto el corazón, que ya lo estaba, pero mucho más. En este momento se acabó la corona, y tuve que bajar al refectorio. Tenía que echar la bendición, porque me tocaba esta semana, pero me había puesto tan ronca del ardor tan grande que me había dado en el pecho, que lo hice con trabajo. La causa seguía allí, pues mi Amado estaba hablando a mi alma, y el alma humillada y agradecida respondiendo. Mi amado Esposo decía a mi alma:

-Mira con cuánto amor te he mirado y me he dado todo a ti ¿qué haces tú por mí?

“son unas flechas encendidas”

Éstas palabras son unas flechas encendidas, que solo se conocen bien experimentándolas, porque el alma se derrite, al mismo tiempo que queda tan humillada en el conocimiento de su nada, que confiesa su nada, se ofrece llena de amor y de agradecimiento a este Dios de bondad, y dice lo que le hace decir el mismo Dios que la saca de tino, y la llena de satisfacción para todo.

Al alma parece que se le olvida que es su juez, y solo lo mira como a un padre, y esposo amoroso, al que quiere darle gusto, y le habla, y le pide sin temores ni piensa si será verdad o engaño, porque en este momento no hay entrada a nada de esto, pues no están las potencias del alma para tener esos cuidados.

Después es cuando le llegan, como ya me está sucediendo, que estoy escribiendo con temor. Ya está hecho, sea para gloria de mi Dios, a quien sea dada alabanza y gloria por todos los siglos de los siglos. Amén. Y a mi Madre santísima, también.

No me detengo en decir las cosas del ejercicio del día, porque en cumpliéndolo, me parece que no hay que decir que se hizo todo lo ordenado, y a los fines que tengo dichos. En lo que tendría que decir de haber faltado o tenido alguna cosa particular, en este día no me acuerdo más que de lo dicho.

Estoy mejor de salud; solo he tenido un día más trabajoso, pero los demás, aunque no han faltado cosillas, no me han estorbado para hacerlo todo, sin mayor trabajo.

Gracias a Dios por todo.

No sé cómo va V. a leer esto, porque la tinta es malísima, y la escribana también, que son dos males juntos. Dios quiera proporcionarme buenos avíos para que al menos, no sea todo malo, y le cueste a V. menos trabajo, que es lo que más siento. Puede ser que sea mejor que borre y lo empiece a hacer ella misma[260].

“mi Amado […] se había escondido”

Febrero 26. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día, que es el sexto de ejercicios, lo empecé con sequedad, y así tuve la oración y todo lo demás, aunque después de la comunión estuve más fervorosa, no fue como otros días.

A media mañana, estuve con recogimiento, pero después, a mediodía, tuve distracciones no voluntarias, pues no las quería tener. También vino el enemigo a traerme pensamientos de vanidad, pero no tuvo entrada, sino que me dio ocasión para humillarme más, pues tengo mucho porqué humillarme, y pedir perdón a mi Dios. Instó dos o tres veces con bastante capa[261], pero gracias a mi Dios, que no me dejó caer como he dicho, me hizo humillarme más, con el conocimiento de mis muchas ingratitudes y pecados, de los que pedí perdón y pido.

En la siesta, me vino contra la castidad otra tentación, que tampoco duró nada. Bendito sea mi amado Esposo Jesús, que al instante que me vino aquella imaginación, invoqué su Santísimo Nombre, pedí su ayuda, y al instante quedé libre; no me asusté

[260] Con mucho gracejo, perece que se refiere a la tinta.

[261] Firmeza, fuerza.

tanto como otras veces, y aunque le temo a mi mucha miseria, confío en mi Dios y Esposo amabilísimo, y en el amparo de mi dulce Madre. Esta confianza es la que me anima, aunque le temo mucho a mi flaqueza. Yo no quiero pecados, no digo solamente grandes; si fuera posible, fuera a costa de lo que fuera, no quisiera tener ni el más mínimo defecto, por no hacer nada que desagradara a mi Dios. Veo que esto no cabe en mi miseria, pues estos deseos me los ha dado siempre mi Dios, y a pesar de todo he pecado mucho.

Bendita su misericordia y bondad, que me ha sufrido tanto. Espero que me haya perdonado, y que me ha de perdonar, que sabe muy bien que lo siento, conoce los deseos de mi corazón, pues me los ha dado, y esta confianza me alienta para esperar su gracia, y no caer en las tentaciones que el enemigo me ponga. Por esta causa, aunque tema, no es tanto, porque tengo gran confianza en mi Dios.

Bendito sea por siempre**.**

Desde media tarde, estuve más fervorosa, conociendo que tenía en mi alma a mi Amado, que parecía que se había escondido para que lo llamara más aprisa, como si un niño si se esconde su madre, llora hasta que lo encuentra, y cuando su madre lo oye llorar, acude, y le hace más cariños, así me sucede a mí con mi Dios, que si se oculta un poquito, aunque el alma no llore al exterior, está llorando la ausencia. Temiendo que sea por su culpa, suspira por su Amado, le pide perdón, y lo llama sin cesar porque muere con su ausencia[262]. Si supiera que no era por su culpa, no lo sentiría, pero como no sabe si será o no será, y como tiene tanto de qué temer con sus muchísimas ingratitudes, siente una pena muy fina, que le entra muy dentro.

Este sentimiento, aunque tenga el alma humillada, le da consuelo, y no la inquieta, y así ha sido como mi Dios me ha tenido hoy. Permitió que me vinieran las tentaciones para que gritara sin voces, llamando a mi Señor más aprisa, con el temor de ofenderle, y cuando vino, ha llenado toda mi alma como dueño de ella.

No permita mi amabilísimo Dios que le dé motivo para que se aparte de mí ni un instante.

Le decía: que no temería los tormentos del infierno, si allí lo amara y estuviera unida a mi Dios.

Yo no sé, padre mío, si he dicho algunas locuras, porque cuando viene mi amado Esposo de repente, y me llena toda el alma, me pongo que parece que salgo de mí, con el consuelo que me da que no esté enojado, y más, cuando me dice lo que me dijo hoy:

-Contigo estoy, si tú no me dejas, yo no te dejaré.

No es para explicar el gozo del alma; aunque siempre le queda el temor de su miseria, el mismo amor de su Dios le da tanta confianza y fortaleza, que parece que no le teme a nada. Me daban unas ganas de irme con mi Dios, adonde no haya peligro de ofenderlo, adonde se le conoce con claridad, y dónde se ama sin intermisión, que tenía que hacer actos de conformidad con la voluntad amabilísima de mi Dios.

Padre mío, si mi Dios me da estos deseos, cuando llegue la hora de mi muerte, me servirá de alegría saber que voy a morir, porque en este estado, me parece que el amor a mi Dios me quitará todos los temores, porque el amor da confianza en el

[262] San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual.*

amado. Como un niño que fuera por un sitio muy peligroso, si va en los brazos de su madre, a quien ama, no le dará miedo, lo mismo me parece que me sucedería a mí; pero si por el contrario, la madre se esconde, le vendrán los temores.

Yo me conformo desde ahora, con la muerte que mi Dios quiera darme; le pido que la una con su santísima muerte, y que haga de mí en vida y en muerte, en tiempo y en eternidad, su santísima y amabilísima voluntad.

Acabé este día, hacienda todo lo ordenado, y no conocí faltas.

En el tiempo que estuve con más sequedad, me parecía que hacía las cosas con tibieza, no podía hacerlo de otro modo, pero me esforzaba en hacerlo todo, porque el alma quería hacerlo con fervor, aunque la parte inferior estaba con poca fuerza.

Gracias a Dios por todo. Amén.

Día 27. Hice los actos de fe, esperanza y caridad, y el ofrecimiento de todas las obras del día, dedicándolas al fin ya dicho, todo con recogimiento de las potencias de mi alma, en la presencia de mi Dios. En la oración, las potencias estaban empleadas en contemplar la grandeza del amor infinito de nuestro Dios en este sacramento, y sobre esto fue la oración.

Después de la comunión, el alma más encendida e ilustrada por el mismo Señor que había recibido, se ocupaba en lo mismo, alabando tan gran bondad y amor, y agradeciéndolo le daba gracias por mí, y por todas las criaturas, lo adoraba, y le pedía perdón por la mala correspondencia de nuestra parte, a este exceso de amor de nuestro Dios.

La ocupación de esta mañana, ya haya sido leyendo, ya en otro cualquier ejercicio que haya tenido, me parece que este amor de mi amado Esposo en este sacramento, ha sido lo que se ha llevado la atención de mi alma, y le causaba afectos de dolor, de amor, de agradecimiento, y en fin, con esto tuve bastante para estar ocupada. Como si un pobre que tuviera un gran señor en su casa, y se hallara sin nada, y viera que aquel señor, porque lo quería honrar, le daba todo lo necesario, sin tener de su parte mérito ninguno, sino motivos para que este señor lo castigara, así me sucedía, que el conocimiento de mi ingratitud, me hacía ser más agradecida a mi amado Esposo, y me daba mayores ansias de amarlo, y de que todas las criaturas lo amaran.

No va completo todo lo del día, pero me han dicho que hay ocasión de mandarlo ahora, y así va.

Tarde del día séptimo de retiro. Esta tarde no fue como la mañana, pues en ella y en la noche, me dejó mi amado Esposo con sequedad, y padeciendo algunas tentaciones. Como antes de ayer, me hacía clamar de continuo, a su misericordia y a mi Señora y Madre para que me ayudara, siempre con gran confianza en mi Dios, pero temiéndome mucho a mí, me hacía vivir humillada y temerosa, aunque confiada y valiente con la ayuda de mi Dios y de mi dulce Madre, en quien tengo mucha confianza de que no me ha de faltar, y más, cuando lo estoy experimentando.

Bendita sea su misericordia, pues apenas se presenta la tentación, acudo a mi Dios y a mi Señora y Madre, y al instante desaparece; me incomoda poco, porque no dura, y queda mi alma con un consuelo que me parece que es mucho mayor el que experimento después, que antes, porque crece en mi alma el amor a mi Dios, y la confianza en mi Dios y Esposo amabilísimo de mi alma, al mismo tiempo que

me hace estar más cuidadosa y más desconfiada de mí misma, por lo que ando con mayor cuidado.

Dios sea alabado y bendito.

"trajeron un libro"

Día octavo de ejercicios, viernes, 28 de febrero.

Tuve la oración con recogimiento, aunque con sequedad, y lo mismo en la comunión; después estuve más fervorosa haciendo todas las cosas. No conocí falta, solo que no sé si haría bien, en no hacer la lección espiritual del libro ordenado, porque me trajeron un libro, que creo es de V. que lo trajeron al convento cuando murió la madre Marcelina, y yo dije a la religiosa que lo tenía, que lo quería ver. Me lo trajo con prisa, porque tenía que devolverlo a quien se lo había dado, que parece que era el señor don Antonio María. Me puse a leer el apéndice, y además anduve salpicando en la explicación de la bula; me hallé con muchas cosas que me acomodaban mucho, y me alegré de que las preladas las leyeran. Con esto me engolosiné[263], de modo que se me pasó una hora leyendo.

Esta falta la he tenido esta mañana. Me parece que este libro no lo necesito, porque para súbdita, ha querido Dios que me hayan dado bastante luz, y con la ayuda de mi Dios, aunque haya tenido algunas faltas, me ha ayudado para que haya hecho de la necesidad virtud. Conozco lo que muy bien dice ese santo varón, que lo es, pues yo en lo poco que llevo de religión, con la luz que Dios ha querido darme para conocer muchas cosas, confirmo muchas de las que he leído esta mañana, y he deseado verdaderamente, que lo leyeran las preladas, y aún algunas súbditas, aunque no a todas le convendría, por otros inconvenientes que veo.

Vuelvo a decir, que he deseado leerlo, si a V. le parece, por si acaso en alguna ocasión puedo ayudar a mis hermanas, pues se me ha ofrecido más de una vez, desde que estoy en la religión, haber experimentado que algunas estaban tentadas de desesperación. En particular, Dios quiso darme a conocer a una religiosa, y yo no sé cómo fue, Dios quiso que le empezara a hablar, dándole algún consuelo, porque conocí que estaba fatigada. Dios misericordioso quiso descubrirme en la disposición que estaba, lo que llenó mi alma de pena, y de deseo del bien de aquella alma. Pedí a mi Dios luz para decirle a aquella criatura, lo que fuera para su mayor gloria y bien de aquella alma. Así lo hizo mi Dios; todo lo que le aconsejé lo tomó, y salió de aquel trabajo en que el enemigo la tenía bien presa. La animé para que pidiera confesor, como quería, y todo se remedió sin que nadie lo notara. Yo no lo he dicho hasta ahora, porque en aquel tiempo, tampoco tenía a quién decirlo, y ahora me ha venido sin saber cómo, pues lo tenía bien olvidado. La religiosa me decía llena de agradecimiento:

-Usted ha sido un ángel del Señor para mí.

Me daba muchas gracias, yo la exhortaba para que se las diera a Dios, que era quien todo lo había hecho para que su alma no se perdiera, y le decía otras cosas, que Dios me inspiraba que se la dijese.

[263] Aficionar, tomar gusto a algo.

Esto fue siendo enfermera, aunque no puedo decir el día ni el año, porque no me acuerdo, y ahora lo he dicho esto por casualidad.

Dios sea bendito. Amén.

Por la tarde, seguí haciendo todo lo ordenado con recogimiento.

“meditando en la Pasión”

Por la noche, en la oración, estaba con recogimiento meditando en la Pasión de mi Señor, que hoy ha sido de eso, siguiendo el orden que llevo, pues esto lo hago todos los viernes. He dado, continuamente, gracias a mi Dios por este beneficio, por mí y por todas las criaturas. Y estando, como si estuviera en el Calvario, viendo a mi Señor clavado en la cruz, llena mi alma de dolor, le decía a mi amado Esposo: que si quería mi corazón donde descansar su sacrosanta cabeza, que veía tan dolorida. Estando yo con estos afectos y otros que me inspiraba mi Dios, me parecía que me decía mi amado Esposo: que recibía el descanso que quería darle. Al mismo tiempo, me parecía que tenía a mi Señor que reclinaba la cabeza sobre mi corazón. Fue tan grande el consuelo que recibí, que no lo sé explicar. El alma se encendió tanto en el amor de mi Dios, que se deshacía dándole gracias y alabanzas por el amor tan grande que nos tiene. Quedé con gran recogimiento, pues me parecía que estaba viendo a mi Esposo Jesús tan dolorido y tan mal correspondido, y yo deseaba que no se malograse aquella preciosísima sangre, que con tanto amor derramaba por todos.

Ahora me acuerdo de otra cosa. Esta tarde, estando pidiendo la salud de V.R. que tanto deseo, me parece que no ha llegado la hora, de que se cumpla la voluntad de Dios. No es por falta de pedirlo, porque aunque mi Señor no quisiera oírme a mí, porque no, hay otras muchas almas que lo piden, y no quiere el Señor concedérselo; con todo, lo sigo pidiendo, estoy conforme con la voluntad de mi Dios, adoro sus justísimos juicios, porque ciertamente creo que será para sacar algún que otro bien de esto, aunque solo sea para estar purificándolo a V., que no es un bien chico. Como he dicho, estaba pidiendo, y me parecía que me decían:

-Ya está sano.

No me fié mucho, porque temo que como el enemigo es sabio y conoce la gana que tengo, quiere por este medio engañarme, para después darme guerra con que todo es lo mismo. Al pronto me quedé dudosa, si sería verdad o no, y lo que hice en las siguientes veces, fue hacer la misma petición, sin hacer caso de lo que había oído, porque en mi interior, no tenía yo ninguna certeza.

Confirmé lo mismo que había pensado: hacerme un lazo para no decir nada, y fatigarme como suelo; pero ahora no ha salido así, porque el propósito que hice fue de decirlo todo, y con eso se descubrirían más bien lo que eran engaños o lo que no lo eran, pero como mi obligación es darle cuenta, y no desanimarlo, con esto me he quedado serena.

No sé cómo está V, pero me parece que estará lo mismo, hasta que Dios se dé por contento, que será cuando menos se piense. No hay más que tener paciencia y pocas medicinas, no sea que acarreen más daño que provecho. Yo seguiré pidiendo a nuestro amabilísimo Dios por V.R. pues tengo obligación de hacerlo, y que Dios haga lo que convenga para gloria suya y bien de nuestras almas. No desearé saber

cuándo o cómo ha de ser para que el enemigo no sepa que deseo saberlo, con eso tenga una entrada para engañarme, y luego decirme que así es todo lo demás. Lo seguro es que pidamos a Dios V. y yo, pues tengo confianza en que a todos oye, aunque yo sea tan miserable. Si no lo ha hecho todavía será porque no convendrá.

Hice todo lo ordenado; aunque falté en la mañana, por lo que dejo dicho, después lo suplí.

Dios sea bendito y alabado por todo.

Día noveno de retiro, y 29 de febrero. Estuve en la oración con recogimiento, pero no con mucho fervor, hasta después de comulgar, que fue tan íntima la unión con mi Dios, que no sé explicarla; solo digo: que era como si hubieran echado al mar una gota de agua, que no se vería más que el agua del mar, así me parece que estaba yo en mi Dios. Quedé para toda la mañana tan encendida, que era incapaz de hacer nada más, que contemplar en la grandeza y amor de mi Dios. Luego tocó la lección del amor de Dios, pero no la podía seguir, porque me perdía; como el fuego estaba encendido, con poco aire se volaba.

Por la tarde, no lo estuve tanto, aunque con recogimiento seguir mis ejercicios, con deseos de agradar a mi Dios, ocupando el tiempo en ejercitar las virtudes, y pedir por todo.

Dios sea bendito. Amén.

Día primero de marzo, sábado, y ultimo de ejercicios. Amanecí con el espíritu muy recogido y bien dispuesto, pero el cuerpo no, por hallarme con pocas fuerzas, mucho dolor de cabeza, y una indisposición de estómago causada por el mismo dolor, y al parecer de la misma flaqueza, que me incomodaba bastante. No me levanté hasta las 6, y me fui al coro. Quiso Dios que viniera una misa antes de las horas, y la oí con bastante trabajo, porque eran tantas las ansias del estómago, que no podía con nada; lo que más sentía era que no podría comulgar, si me daban vómitos, pues tenía mucho amago[264]. Le pedía a mi Dios: que me dejara recibirle, que esas eran las ansias de mi corazón. A pesar de no tener alivio, confiada en mi Señor, comulgué. Después de comulgar, se aumentó mucho más mi mal, pero quiso mi amado Esposo que no tuviera vómitos, que era a lo que yo más le temía. Otros días, aunque estuviera endeble, me ponía fuerte después de la comunión, pero éste fue lo contrario: me puse en una disposición que no podía moverme, tanto, que no pude ir a la misa. Gracias a Dios que la había oído, que si no, hubiera tenido fatiga, aunque no estaba de mi mano[265].

Así pasé la mañana en lo que hace al cuerpo, que al alma nada de esto le estorbó para estar amando a su Dios.

¡Ojalá! le hubiera amado más. Aunque me hubiera muerto, no pensaba ni amaba otra cosa, sino que solo deseaba amar más y más[266] a aquel Dios de infinita bondad, que tan digno es de ser amado. Unas veces el alma no hacía otra cosa más que amar, y otras se empleaba en alabarlo y darle gracias.

---

[264] Aquí, síntomas.

[265] No era por mi culpa.

[266] Frase muy repetida de Santa Joaquina Vedruna

Ésta fue la ocupación de la mañana en cuanto al alma. De algunos ratos no puedo dar razón, porque no sé cómo estuve; sí sé que con mi Dios y amado Esposo de mi alma.

A mediodía, me alivié de pronto, sin más motivo que porque mi Dios quiso, me puse capaz para todo, aunque con algún trabajo, pero era el de ordinario, y no me estorba. Seguí con recogimiento en todo, dando a mi Dios las gracias por todos los beneficios que de su infinita misericordia he recibido, en particular por estos días que me ha concedido para que en ellos, conociendo mis faltas, las llore, y con su gracia me enmiende, y le sirva con más fidelidad que hasta aquí.

¡Ay miserable de mí, si así no lo hago!

Cada vez se van aumentado mucho más las obligaciones. Recibiendo mucho, no puedo pagar con poco; a favores singulares, correspondencia singular; a un amor infinito, un amor sobre todas las cosas.

Padre mío, me veo muy obligada a mi Dios, y conozco que no puedo corresponder como se merece, pero por lo menos quiero corresponder, y podré hacerlo, ayudada de su gracia.

Para acertar a hacer en todo su voluntad, he renovado el voto de obediencia a V.R, sujetando mi entendimiento, y mortificándolo para que obedezca ciegamente. En esto he tenido muchas faltas, pues ha estado la voluntad más pronta que el entendimiento, al que he dejado caminar, trayéndome cosas contrarias, de modo que la voluntad no lo ha hecho con la pureza que debía, atendiendo solo a Dios. Lo digo así, porque así lo he conocido. Quiero enmendarme, y de nuevo le pido a V.R. que no me disculpe nada, que yo examinaré con cuidado mi obediencia, y le daré cuenta de todo. Lo mismo haré con todas las demás virtudes, pues no he dejado de encontrar faltas, en particular en el silencio, que a pesar de tantas veces como he sido avisada por mi Dios y por V.R., he tenido faltas, que he sentido, y pedido perdón, prometiendo la enmienda.

“sin acudir”

No he tenido menos faltas en el cumplimiento de las inspiraciones de mi Dios, muchas veces por estar atendiendo a las criaturas. También he pedido perdón a mi Dios, ofreciéndole dejar todo para acudir a cumplir su santísima voluntad, y a no faltar a la obediencia. Estas faltas que digo, han sido muchas veces, porque tenía visita en la celda cuando mi Dios me llamaba al coro, y para que no dijeran, me he estado quieta sin acudir, aunque con amargura, como le pudiera suceder a un hijo que estuviera oyendo que su padre lo llamaba, y él estuviera hablando con otros; aunque no quisiera hacer caso, la voz de su padre lo estaba levantando. Así me ha sucedido algunas veces, que estando oyendo la voz de mi Dios, he sido tan ingrata y desobediente que no la he atendido hasta que he despachado con las criaturas. Ahora con la ayuda de mi Dios me enmendaré.

Si estas ocasiones no las puedo evitar, procuraré atender más a la voz de mi Dios, y aunque las criaturas me aborrezcan, nada me importará si logro agradar a mi Dios.

Esta tarde, todos los propósitos los he renovado, y he pedido a mi Dios perdón.

Ayer, lo sujeté[267] todo al santo sacramento de la penitencia, doliéndome de todo.

En este último día, por ser de despedida, he vuelto a hacer a mi Dios las mismas peticiones de todos los días, para seguir haciéndolas, como cumplimiento de lo que Dios me inspiró y V. aprobó.

Lo que V. me dijo de María Rosa, lo hice en el mismo día con particularidad, y aquella noche, que yo no la había visto, vino María Teresa a darme una vuelta, y me dijo sin saber ella nada:

-María está mudada.

Me alegró mucho que entrara en ejercicios, y espero que saque provecho, con lo que tuve motivo para alabar a mi Dios. Aquel día, no me acordé de decirle esto,

Bendito sea Dios que nos da tantas proporciones[268] en la religión.

Bendito, porque nos ha mirado con tanta misericordia.

Pídale V. a Dios, padre mí, que correspondamos a tanta gracia, siendo fieles a nuestro amado Esposo.

Señor y Dios mío, acabé los diez días que me habéis concedido por vuestra misericordia. Gracias os doy Señor, Dios y Esposo de mi alma. Gracias os doy, y os pido, por los méritos de mi Señora la Virgen María, mi piadosa Madre, me concedáis vuestra santísima gracia para volver a salir, y cumplir con las obligaciones, con un espíritu de obediencia, de humildad, y de caridad para hacerlo todo por vuestro amor, y para vuestro honor y Gloria.

Confirmad Señor, mis propósitos, y ayudadme a cumplirlos, pues sabéis mi flaqueza y mi nada.

Sea yo toda para vos, poderoso sois Señor mío, para hacer que haga lo que Tú quieras, apartándome de lo que no te agrade.

Hazlo Señor mío, pues con todas las fuerzas de mi alma deseo ser toda vuestra. Haz de mí, todo lo que quieras.

No mires, mi Dios, mis muchos pecados, sino tus grandes misericordias, y que sean alabadas por todos los siglos de los siglos. Amén.

Y vos, Señora y Madre mía, como madre, como señora y como maestra, compelerme[269] a cumplir en todo la voluntad amabilísima de mi Dios, y si no atiendo a vuestros avisos, castigadme con misericordia para que no sea castigada eternamente. Madre piadosísima, enséñame, guíame, ampárame, defiéndeme, ayúdame y llévame a Jesús, tu hijo, donde eternamente alabe a mi Dios, y a ti, señora mía, intercesora de toda mi felicidad, espero de tu misericordia, que todas las criaturas lo alaben. Amén.

Marzo 2. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Todo el día solo tuve la oración de comunidad; no oí ni la misa, porque estuve ocupada en otras cosas, pero en oración, pues me tuvo mi Dios con gran recogimiento y fervor, con lo que el día fue bien. Hice intención de oír todas las misas que se celebraran en el mundo, y unirme con todas las almas que las estuvieran oyendo con devoción, y con esto, ya que no podía oírla, se consolaba mi espíritu con desearlo.

---

[267] Sometí.

[268] Ocasiones, posibilidades.

[269] Obligar, impulsar.

Mi Dios y Esposo de mi alma me mantenía con recogimiento, y como el espíritu estaba fervoroso, se ocupaba en hacer actos de las virtudes, para lo que me ayudaba mucho tener muy vivos los ejemplos de mi amado Esposo. Cuando iba a hacerlos, me parecía que estaba viendo a mi Señor, unas veces ayudando a mi padre señor san José, y otras buscando a las almas para convertirlas y enseñarlas, según la ocasión. Era un dechado de lo que se debía hacer, con lo que trabajaba sin trabajo, pues además sentía tanto consuelo mi alma, que no lo sé explicar. Me parecía que me decía mi Señor:

-El amor me hizo hacer lo que hago.

Con esto se derretía el alma. Otras veces me decía:

-El amor me hizo hacer esto por ti. ¿Qué haces tú por mí?

Estas palabras le traían al alma una gran claridad para conocer quién era el Señor que las decía, y me quedaba en contemplación cuando me preguntaba. Aunque estuviera en medio del bullicio, nada me estorbaba, pero yo no lo puedo explicar. Al mismo tiempo que me humillaba conocer todas mis ingratitudes y tibiezas, y lo poco que lo he amado, me encendía el amor de aquella bondad, que tanto me había sufrido.

Pasé el día, unas veces alabando y dando gracias a su misericordia y bondad, otras pidiendo perdón, y ofreciéndome toda a mi Dios. Me parece que no tuve el día ocioso, hice todo con poco trabajo del cuerpo, pues si el espíritu no hubiera estado como estaba, le hubiera pesado más el trabajo por la debilidad que tenía; la sentía, pero no me molestaba, gracias a mi Dios que recibe lo que da.

Bendita su misericordia y amor, que tanto cuida de esta miserable criatura, acomodándose a su mucha flaqueza.

Bendito sea. Ya que no puedo darle gracias como se merece, al menos deseo corresponderle con agradecimiento, haciendo su voluntad santísima en todo; por eso le pido que me ayude, pues yo no puedo nada por mí.

Sea alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 3. Fue distinto al de ayer, pues fue todo de sequedad; aunque tuviera algún ratillo algo fervorosa, duraba poco. Sí estuve cuidadosa de aprovechar las ocasiones, pues como estaba poco fervorosa, tenía que trabajar más. La imaginación estaba tan inquieta, que me tenía desazonada y me distraía mucho. La voluntad no lo quería, y procuraba estar recogida en mi interior para que fuera solo la imaginación la que me daba trabajo. Me parece que el alma tendría su mérito, pues deseaba estar con recogimiento, no tener ningún pensamiento fuera de su Dios, y se veía obligada a tener que estar continuamente desechando los que no eran. A veces me quejaba a mi amado Esposo y le decía: que se compadeciera de mi mucha miseria, pues sabía que yo solo quería emplear todas mis potencias y sentidos en su santo servicio.

Tenía un sinnúmero de pensamientos ociosos e inútiles. Apenas los desechaba venían otros, y con este trabajo pasé este día.

Las demás cosas las hice, aunque pudiera haber hecho más, pero los días que estoy así, mi miseria no es capaz de hacer tanto; los que estoy fervorosa sí, porque entonces, me lo dan hecho, y en éstos, aunque me ayudan, me dejan conocer mi nada. Tengo la voluntad de hacer mucho, pero no puedo, porque tengo descuidos sin

darme cuenta. De todas las faltas y descuidos, pedí perdón a mi Dios.

Di gracias por los beneficios, pues tuve algunas ocasiones que podía haber faltado a la paciencia, y no falté ni tampoco a la caridad, porque puse la vista en mis muchas faltas, habiendo recibido tanto, y esto me hacía no atender a las de mi prójimo.

Gracias a mi Dios por todo, y alabado sea. Amén.

Día 4, miércoles. Fue poco diferente de ayer; solo que tuve algún temor de haber desagradado a mi amado Dios y Esposo de mi alma. Como no lo sabía, le pedía que me perdonara, y me diera luz para conocer lo que hubiera en mí que no le agradara para enmendarme ayudada de su gracia; y si era su santísima voluntad que tuviera aquel trabajo, lo recibía con gusto, pues no quería más consuelos, que agradarle en todo. Ninguna otra cosa me desconsolaba más, que darle disgustos.

Padre mío, la verdad es que no puedo dejar de temer cuando me pongo de este modo, como no sé la causa, porque mi Señor se retira, y tengo tanto que temer por mis ingratitudes, me parece que temo con razón. Dios es infinitamente misericordioso, pero también es igualmente justo, y mi alma conoce, y teme al mismo tiempo, pues se ve tan miserable, que solo desea agradarle, y nada siente más que ofender, a esta bondad infinita que conoce, y es tan digna de ser amada. Esta es la causa que me hace andar afligida por mi Dios, pues si supiera que no lo tenía ofendido, sino que esa era su voluntad, entonces no temería. Me consuela el buen deseo que tengo de quitar de mí todo lo que supiera que desagradaba a mi Dios, sea lo que sea.

Viví todo el día con cuidado, haciendo lo ordenado, y en la oración estuve con recogimiento.

Dios sea bendito. Amén.

“temo que lo escrito no sea así”

Día 5. Tuve la oración con recogimiento, y como ayer, con sequedad y sin devoción sensible. No la deseo, pues estando con recogimiento en la presencia de mi Dios, estoy gustosa, pero cuando estoy tan distraída como estos días, entonces es cuando me desconsuelo.

Este día fue más fácil estar en la oración, pues fue de contemplación de la Divinidad, y no pasé el día tan trabajoso con distracciones. Sin quererlas, también tuve algunas, como he dicho de los otros días, y entonces hacía actos de conformidad con la voluntad de mi Dios.

Bendito sea mi Dios, que quiere tener tanto cuidado con una criatura tan miserable y sin constancia, que cada día y a cada instante, está de un modo distinto.

En estos días no me han faltado temores: me parecía que lo que he escrito estos días, como estaba fervorosa, lo he escrito con ponderación, y que no habrá sido tanto como he dicho.

Padre mío, me cuesta trabajo cumplir lo prometido, pues temo que lo escrito no sea así. No se fíe V. de mis fervores, no sea que diga más de lo que es. No por eso, dejaré de cumplir, con la ayuda de mi Dios, lo que he prometido de obedecerle en todo, pero también hallo preciso decirle mis temores, que los tengo, aunque esté con ánimo para vencerlos.

Pídale V. a Dios mucho por mí, para que sea fiel a mi Dios en todo lo prometido. Dios sea bendito por todo. Amén.

Marzo 6, viernes. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento, no muy fervorosa, y así tuve la oración, aunque pasé todo el día con la presencia de mi Dios. Algunas veces, si conocía que lo tenía en mi alma me daba algún consuelo, pero no duraba mucho, porque otras veces se ocultaba. No sé cómo, pero en el interior del alma, se siente como una certeza de que está allí. Se oculta tanto algunas veces, que me hace temer, si se habrá ido, y esto es lo más sensible para el alma en algunos trabajos, pues quiere a su Dios, como he dicho de otros días, pero este día había pasado algunos ratos, que conocía el alma que estaba unida a su Dios.

Por la noche, este Dios grande y poderoso me dejó anegada en su misma divinidad. No sé decirle a V, padre mío, lo que hace mi Dios conmigo cuando viene a mi alma tan de lleno, porque, como he dicho otras veces, es como si un poco de agua la echaran en el mar. Así me parecía que estaba mi alma: embebida toda en aquella inmensidad de mi Dios. No puedo decir nada, porque no sé explicarme. Así estuve toda la oración de comunidad, quedando el alma tan encendida, que las potencias, solo podían estar en su Dios. Cuando estuvieron más hábiles para que la memoria se acordara de lo mucho que a su Dios debía, otro nuevo fuego encendía la voluntad para amar a aquel Dios, liberalísimo con una criatura tan ingrata, y así le decía a mi Amado*:*

-¿Qué haré, amado Esposo y Señor mío, para corresponder a un amor infinito, cuando no os amo ni siquiera lo que puedo, ayudada de vuestra gracia? Con esto sentía encenderse más y más mi alma, y conocía que mi Dios recibía el deseo.

Lo que quería de mí, era que lo amara con un amor puro y agradecido, pero yo quiero amarle solo por quien es, porque es digno de ser amado sin interés del premio, ni por temor de la justicia. Este amor, junto con el agradecimiento de los grandes beneficios que este Dios de bondad nos da, le hace darse por satisfecho de nuestro poco amor. Por mucho que lo ame la criatura, es poquísimo, comparado con el inmenso amor que Dios nos tiene, pero como conoce nuestra nada, se da por satisfecho con lo dicho. Con este conocimiento, se aumentaron en mi alma los deseos de amarle más, y me ofrecía a mi Dios de veras. Con deseos de agradarle, le daba gracias sin cesar, conociendo su gran bondad en querer ser amado por nosotros, como si le hiciera falta nuestro amor.

¡Bendito sea este Dios!

¡Bendito sea!

¡Alabado sea!

Conocido y amado sea de todas las criaturas mi amado Dios y Señor mío.

¿Es posible que pidiendo Vos que os amemos, no os amen las criaturas, y pongan su amor en lo creado y se lo quiten al creador?

¡Oh miseria de la naturaleza humana! ¿Qué ceguera tan grande es ésta?

Amemos a nuestro Dios, porque nos lo manda; amémosle, porque lo merece, porque es bueno, justo, santo, misericordioso y liberal para dar a todos, aunque no lo

merezcamos. Todo lo da de gracia, y solo pide que lo amemos con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón, y con todas nuestras fuerzas.

¡Ojalá que ame así a mi Dios hasta quedar toda aniquilada en mi mismo Dios!

Así acabé la noche. En todo el día hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Día 7, sábado. Cuando desperté, hice lo acostumbrado con mucho recogimiento y fervor, porque me duraba lo de anoche.

Empecé la oración como acostumbro siempre, cogiendo algún misterio de la Pasión o Encarnación, pero me llevaron de repente[270], y no me dieron tiempo para meditar en nada, porque me sucedió como anoche, que mi Dios me llevó a la contemplación de la Divinidad, donde no puedo decir más que lo que dije anoche: que el alma recibe mucho conocimiento de su Dios, pero no sabe decir nada de lo que comprende, porque aunque dijera algo, no es decir nada.

Durante la oración primera y las horas, me quedé con gran recogimiento. En la misa, volvió mi Señor a levantar mi alma otra vez a tan estrecha unión, que me sucedió lo mismo, y no sé por dónde se fue el tiempo de la misa; no estaba sin sentido, pero éste solo me servía para conocer.

Cuando se acabó la misa, tuve que irme a cumplir con mi obligación en el torno.

¡Bendito sea mi Dios que está en todas partes! ¡Qué trabajoso es tener que estar en medio de todas las criaturas, con quienes me es preciso tratar!

Conocí que era la hora cuando mi Dios me puso en otro estado. Entonces le pedí su licencia y bendición para ir a obedecerle, y a mi Señora y Madre le pedí: que viniera conmigo para que me guiara y encaminara todas mis obras, palabras y pensamientos, a la mayor gloria de mi Dios.

Como estaba mi Dios conmigo, todo lo aprovechaba, porque el alma, con gran fervor se ocupaba en los actos de las virtudes. Este Dios es tan misericordioso, que premia lo mismo que da, y parecía que hacía algo para que me dieran más. Mi alma no cesaba de recibir luz para obrar, y consuelos mayores con lo que obraba más, sin trabajo, porque todo lo hacía mi Dios y Esposo amabilísimo de mi alma.

Por la tarde no estuve tan fervorosa como por la mañana, pero también lo estaba, y pronta para todo, porque mi Dios me ayudaba. Lo tenía presente con bastante viveza, y no cesaba de alabarle y darle gracias por todo.

Hice lo acostumbrado y ordenado: comuniones espirituales, visitas al Santísimo Sacramento, pedir la bendición a mi Señor y Esposo, y a mi dulce Madre, cumplir las devociones, la lección espiritual, estar en la presencia de Dios, y el ejercicio de las demás virtudes, ya dicho. No encontré faltas conocidas en el examen, pedí perdón por las no conocidas, y di gracias por los beneficios.

Dios sea alabado por todo. Amén.

Dije en el día de antes de ayer, que me parecía que tenía temor, si escribiría con ponderación los beneficios que recibía de mi Dios, pero reconozco que hablaba un poco llevada de mis temores, porque es muy grande mi inconstancia, y apenas me falta aquella luz particular que mi Dios me da algunas veces, al instante empiezo a temer,

[270] San Juan de la Cruz, "Por una extraña manera, mil vuelos pasé de un vuelo…".

como me sucedía este día, y otros muchos. Luego que viene la luz, y se experimenta la grandeza del amor que da Dios a sus criaturas, se halla una sin tener palabras para decir lo que conoce y siente, y le parece que por mucho que diga, no dice nada.

¡Oh grandeza de Dios, incomprensible en todas sus obras! Y ¡qué ignorancia la de la criatura, si no la ilumina esta luz divina de Dios, que es la luz verdadera, que sabe desterrar las más densas tinieblas! Si ésta se retira, ¡qué oscura queda el alma! De esto tengo experiencia, pues por lo que escribo, puede V. conocer que unas veces dudo, de lo que otras veces digo sin ninguna duda. Sin querer ni una vez ni otra, decir lo que no es.

Dios sea bendito y alabado, porque es inmutable y perfectísimo.

Padre, esta cuenta de conciencia, si a V.R. no le acomoda que se la mande, y le parece que la tenga aquí, hasta que sea Dios servido de que V. pueda venir acá, la iré guardando, como tenía los días que pasaron desde que V. no ha venido hasta el día 20, pues desde ese día, me parece que la tiene V. allá. Lo que me alegraría sería quitarme este cuidado, porque no tengo otro, y si me viniera la muerte, no quisiera tener ningún papel en mi poder, por eso me alegro de que vayan allá. Como está V. malo, se cansará de leer tanto, pues me he hecho muy pesada para escribir. Me puede V.R. mandar a decir, cuando tenga V. ocasión, lo que le acomode, si dejarlos o enviarlos, pero no se moleste V. en escribir solo para eso.

Dios le conceda perfecta salud, como lo desea esta miserable criatura.

Dios sea bendito.

Marzo 8. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día, tuve la oración sobre la contemplación de la Divinidad con recogimiento; todas las veces fue lo mismo y me quedé con mucho recogimiento en la presencia de mi Dios para las demás cosas del día, ejercitando los actos de las virtudes, y con gran consuelo, y mucho más en la comunión, que con la más íntima unión, encendió mi amado Esposo tanto mi alma en su amor, que se deshacía. Quedé para todo el día con el alma muy fervorosa, aunque el cuerpo no le ayudaba, pues en particular la mañana, la pasé trabajosa.

Hice todo lo ordenado: comuniones espirituales, visitas al Santísimo Sacramento y a mi Señora y Madre, pedir la bendición, y renovar los votos. La lección espiritual no pude hacerla, porque tenía la cabeza mala. En lo demás, aspiraciones o jaculatorias, no hay nada que decir, pues en los días que estoy fervorosa, no es menester procurar tenerlas, pues sin pensar, siempre está el alma ocupada, unas veces en eso, y otras en contemplación.

No encontré faltas conocidas, pedí perdón por las no conocidas, y di gracias por los beneficios.

Dios sea bendito por todo. Amén.

Día 9. Antes de levantarme, tuve la oración de la Pasión de mi Señor con recogimiento, y saqué grandes deseos de imitarle en sus santísimas virtudes de humildad, paciencia y demás. Me levanté con buenos ánimos, para no perder ocasión en que se pudiera ejercitar estas virtudes, pero como mi Dios conoce mi nada y mi mucha miseria, no se me ofrecía nada de provecho, y solo tenía el deseo de tener

ocasión de sufrir algo por su amor. No tuve nada como he dicho, más que mis achaquillos, que eso no es nada. Parece que el día que estoy más prevenida, y con más deseos, es el que todo viene bien. Si supiera aprovechar bien las ocasiones, no estarían tan retiradas, pero como no las busco con celo, se me pasan sin tocarme ni al padecer ni al obrar.

No me acuerdo de haber hecho otra cosa más que recibir de mi Dios, misericordiosamente, muchos auxilios, con los que todo el día estuvo mi alma ocupada y pronta para el ejercicio de las virtudes interiores, en particular, en la oración de comunidad, con actos de amor, agradecimiento, contrición y peticiones por todas las necesidades.

Poco antes, en la celda, haciendo una poquilla de labor, con recogimiento en la presencia de mi Dios como había estado todo el día, me vino un impulso de ir al coro, que no me podía detener. Deseaba acabar lo que estaba haciendo, pero me tiraba una fuerza interior, y tuve que dejarlo todo, e irme al coro, donde mi amado Esposo me llamaba. Parece que era para que le pidiera, porque apenas entré, dio a mi alma gran luz de su poder, amor y misericordia. Parecía que conocía mi alma, que mi Dios quería que le pidiera. Al mismo tiempo que me daba conocimiento de mi nada, me aumentaba el conocimiento de su gran bondad, que quería oír las peticiones de esta miserable criatura, a quien manifestaba lo mucho que la amaba, pues había bajado del cielo para redimirla, y darle ejemplo. Humillada en su divina presencia, y encendida en amor y agradecimiento de tan gran bondad, empecé a pedirle a mi amado Esposo, con bastante empeño, por todas las necesidades. Me pareció que no quería mi amado Esposo despachar mis peticiones, pues no lo merecíamos por nuestras ingratitudes, con lo que me hacía clamar más fuerte a su misericordia, ofreciendo todos los méritos de mi Señor Jesucristo. Por ellos pedía el perdón para mí y para todos, daba gracias por mí y por todos, y sentía las ofensas hechas a mi Dios, por mí y por todos.

El tiempo de la oración estuve tan embebecida[271], que me parecía imposible, que se hubiera pasado aquel tiempo tan pronto, pues a mí me parecía que estaba empezando. Le siguió la corona, pero no podía seguirla, sino con trabajo, pues el alma quería estar en aquel recogimiento en que estaba. Rezando como estaba, me parecía que mi amado Esposo adornaba mi alma de nuevas gracias, y que mi amada Señora y Madre se ofrecía a ayudarme para obrar con las virtudes que mi Dios quería. Le daba gracias a mi Dios por el beneficio que hacía a mi alma, dándome a mi Señora y Madre por mi protectora y maestra, y cuyas virtudes entendía, que quería mi Dios que imitara, en particular la humildad y la caridad, y para eso, me daban bastante luz para conocerlas.

Salí con gran fervor y cuidado, y al instante se me ofreció una ocasión, aunque muy chica, de ejercitar la virtud de la humildad. Me dio tanto consuelo y alegría en mi alma, que hubiera querido que hubiera sido mayor, si así mi Dios lo hubiera querido.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito.

[271] Embelesada.

Día 10. Me levanté, no de lo más fervorosa, pero con recogimiento y el espíritu pronto para todo. La falta de salud, no me dejaba hacer nada que necesitara las fuerzas del cuerpo, pero el alma estaba ocupada en los actos de virtudes interiores, y pasé todo el día en la presencia de mi Dios.

La oración, unas veces de la Pasión de mi Señor, y otras veces, me la daban de contemplación de la Divinidad. De la una tenía grandes deseos de imitar a mi Señor, y de la otra, sacaba el alma bien encendida en el amor de este Dios, deseando agradarle en todo, por ser quien es, y porque todo se lo merece. Mi amado Esposo iba dándome la contemplación como quería, unas veces dejándome obrar al menos con los deseos, y otras, dándome a gozar, lo que no sé explicar, porque cuanto más se recibe, menos se puede explicar.

Hice todo lo ordenado.

Gracias a Dios por todo.

No conocí faltas en este día, pedí perdón por la que no conocí, y di gracias por todos los beneficios.

Día 11. Éste día fue en todo como el de ayer, sin otra cosa que me acuerde.

Dios sea bendito. Amén.

Día 12 Me levanté con recogimiento y fervor, y así tuve la oración todas las veces y todo el día, con la presencia de mi Dios muy viva. El alma estaba siempre bien ocupada con los actos de las virtudes de fe, esperanza, caridad y adoración. En lo exterior, también aprovechaba todas las ocasiones que se ofrecían, pero son tan pocas, que cuando llega la noche, no encuentro casi nada que haya hecho por mi Dios, que tanto hace por mí. Tengo que humillarme, porque cuando mi Dios no me lo da, es porque no me iba a aprovechar como debía, y solo me queda el deseo de hacer mucho por mi Dios.

Pasé este día, siempre cuidadosa para aprovechar lo que se ofreciera, pero si se presentaba algo, era tan poco, que no era nada, como he dicho. Todo lo ordenado lo hice.

Dios sea bendito.

Día 13. Desde que desperté, este día fue trabajoso, y todo lo hice con trabajo, pues por la mañana ni pude estar en la oración. Apenas entré en el coro, tuve que salir sin poder hacer nada, y me acosté. Lo que más sentí fue que era día de comunión, y no podía enderezar la cabeza del dolor que tenía, ni el estómago me lo permitía de lo alterado que estaba por el dolor de la cabeza. Hacía actos de conformidad, pero a la vez, le pedía a mi amado Esposo, que si era su Santísima voluntad, me aliviara algo para poder ir a comulgar.

Quiso mi Señor concedérmelo. Lo hice con trabajo, y al poco, volví a ponerme lo mismo que estaba antes, y tuve que volver a la cama, sin poder estar en la misa. Allí alababa a mi amado Esposo y le daba gracias, pues el alma estaba contenta de padecer algo por el amor de mi Señor. Tenía tan presente la Pasión, que me parecía que veía a mi Señor y Esposo de mi alma, ya coronado de espinas, ya azotado, con lo que todos mis dolores me parecían nada y, aunque en efecto, no son nada, le pedía

a mi amado Esposo que los uniera con los suyos, en satisfacción de mis pecados, y de todos los del mundo.

Por la tarde estuve mejor, y con trabajo pude ir al coro. El alma seguía con el mismo recogimiento que en la mañana, y en la presencia de mi Señor, como he dicho.

Mi ejercicio fue dar gracias por mí y por todas las criaturas, por el gran beneficio de la Redención, y pedir que no se perdiera en tantas almas este copioso beneficio.

Acabé el día haciendo todo lo ordenado, menos la lección. No conocí faltas particulares, di gracias a mi Dios, y pedí perdón.

Dios sea bendito.

Día 14, sábado. Amanecí con recogimiento, e hice todo lo acostumbrado al levantarme; la oración fue poca aunque fervorosa, y me sirvió para ayudarme a conformarme con la voluntad amabilísima de mi Dios, pues tuve que irme al torno, por haberse puesto mala mi compañera.

Madre me dijo: que si no me hallaba para ir, que no fuera, pero me parecía que era huir de padecer, y que una vez que así lo disponía mi Dios, esa era su voluntad santísima, y me daría alivio. Así fue, me alivié y estuve bien, porque tuve para ofrecer a mi Dios los malos ratos y aflicciones que tiene este oficio, y más en este tiempo que en otros. Hacía todo lo que podía por mis prójimos en lo espiritual o en lo temporal, y tenía a mi Dios presente, derramando continuamente en mi alma abundantes consuelos. Mi alma encendida en amor, daba gracias por todo, y se deshacía en deseos de agradar a su Dios, sin pensar en otra cosa más que en querer ser toda de mi Dios. Le pedía con mucha eficacia: que quitara de mí, todo lo que le desagradara, y me diera todo lo que quisiera que tuviera, pues hasta las respiraciones quería que fueran a mayor gloria de mi Amado. En esto pensaba, y estos eran mis deseos y peticiones.

De este modo pasé el día bien ocupada, haciendo como a quien se lo dan todo hecho, pues todo lo hacía mi amado Esposo y mi Dios, por la intercesión de mi Señora y Madre piadosísima, a quien de continuo clamaba para que me ayudara en todo, a fin de agradar a mi Dios.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

“me fatigué con los pobres […] no podía remediarlos”

Día 15. Aunque hice todo lo acostumbrado, fue con más sequedad. La oración la tuve con recogimiento, y lo mismo me preparé para la comunión; después de la comunión, estuve más fervorosa, por la más íntima unión con mi Dios, y así, aunque no tanto, seguí toda la mañana.

Al mediodía, me fatigué con los pobres, pues como no podía remediarlos, me afligía mucho, y me parece que no tuve verdadera conformidad, porque empecé a desear, que me quitaran del torno. Mi Dios cuida tanto de esta miserable criatura, que acude a darle la mano para que no caiga, y al instante me dio luz para que conociera su poder, y que si no remediaba las necesidades por ahora, sería porque así convendría a su santísima voluntad para sus altísimos fines. Conocí que debía conformarme, y

pasar el trabajo, de ver las necesidades, esperando que Dios las remediara cuando conviniera, para mayor gloria de Dios. Le pedía a mi Señor: que diera a todas las criaturas mucha paciencia y conformidad con su santa voluntad, y yo me quedé bien enseñada, para hacerlo cuando me viera afligida, ofreciendo a mi Dios mis deseos, y como a Señor poderoso y misericordioso, clamar para su remedio, conformándome en todo con su santísima voluntad, que en nada puede errar.

Me quedé con más recogimiento, pues mi Dios daba a mi alma más conocimiento de mi nada, y de la grandeza de mi Dios. Como las hormiguillas, que los hombres no hacen caso de ellas, yo veía que era menos que ellas en la presencia de mi Dios.

Ver a este Dios atender a esta nada, que es tan ingrata a este Dios, no puedo decirle a V. padre mío, lo que causaba de humillación en mi alma. Viendo tanta grandeza atendiendo a las obras de esta nada, estaba con tanta vergüenza, al ver mis ingratitudes, y el amor y misericordia con que me sufre este Dios, que no sé cómo explicarme.

Me alegraría no perder nunca de vista esto, pero nada basta a esta miserable criatura para dejar de ser ingrata.

¡Ay mi Dios! ¿Qué sería si no tuvierais tanto cuidado conmigo? Si con tantos auxilios y tantas inspiraciones soy tan mala y tan ingrata a mi Dios, a mi Creador, a mi Redentor, a Vos, Dios mío. Parece que no tenéis otro cuidado, que atender a mi alma para ayudarla, dándole todos los medios y remedios para que sea toda vuestra. Continuad con vuestras misericordias, mi Señor, pues Vos que conocéis mis muchísimos pecados e ingratitudes, también sabéis el dolor que tengo, y que deseo tener mucho más. Os lo pido por vuestra misericordia: haced de mí, Dios mío, todo lo que queráis, pero no os apartéis de mí, ayudadme, dándome la gracia eficaz con la que te sirva de veras.

Bendito sea mi Dios y de todas las criaturas. Todas le den gracias por mí.

Hice lo ordenado.

Gracias a mi Dios por todo.

“como una hormiguilla despreciable”

Día 16. Empecé el día como lo acabé, porque ayer me dejó mi Dios tan penetrada de aquella luz que misericordiosamente me dio, que no se me pasó pronto, pues estuve así todo el día de hoy. En todas partes estaba humillada; si estaba en el coro, me veía, como dije ayer, como una hormiguilla despreciable, y que este Dios atendía a mis obras, y se había dignado traerme a su santa casa para que hiciera el oficio de los santos ángeles. Llena de agradecimiento por este beneficio, miraba mi gran tibieza para hacerlo, y el poco agradecimiento con el que he correspondido toda mi vida. Entre afectos de dolor, de amor y de agradecimiento pasé el día, siempre en la presencia de mi Dios, y cuidadosa de hacer todas las cosas, como me sucede cuando el alma está atenta a la presencia de su Dios, y más, cuando es por una gracia particular que le hace al alma, la bondad infinita de nuestro amabilísimo Dios. Aunque todo buen pensamiento es de Dios, algunas veces este Señor da a manos tan llenas, que no puede el alma ignorar que es gracia particular. Esto causa en el alma

los efectos dichos, y le hace conocer: que debe a Dios mucho más, y la gravedad de sus ingratitudes.

Dios sea alabado por todo.

Día 17. Tuve la oración con recogimiento, y estuve todo el día en la presencia de mi Dios. El alma de ordinario debe estar atenta en todo a su Dios, deseando agradarle, y haciendo todo lo que pueda en la práctica de las virtudes.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito.

Día 18. Éste fue como el de ayer, aunque tuvo algunas diferencias en la oración, que fue de contemplación de la Divinidad. Ayer era otra, pero también la tuve la misma, porque cuando mi Dios me la quiere dar, aunque lleve otra preparada, me llevan a la que mi Dios quiere, unas veces más elevada que otras, pues unas veces sirven las potencias y otras no.

En la del día anterior servían, y las de este día las dejaba sin poder servir, pues mi Dios llenaba el alma tanto, que harto hacía con recibir el alma que conocía que estaba unida a su Dios. De esta oración sale el alma tan fervorosa y recogida, que se ejercita en las virtudes sin ningún trabajo, que era lo que me sucedía este día. No puedo decir nada más, porque soy muy tonta.

Hice todo lo ordenado.

Gracias a mi Dios por todo.

Sea amado y alabado por todas las criaturas. Amén.

Marzo 19[272]. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos.

Tuve la oración con recogimiento, todas las veces de este día. El resto del tiempo, estuve en la presencia de mi Dios, a quien amaba, alababa, daba gracias, y pedía perdón. En este ejercicio tenía el alma ocupada algunos ratos, con gran consuelo y fervor de espíritu, estaba cuidadosa para hacer todas las cosas ordenadas, y cuanto podía, ayudada de mi Dios y valiéndome de la ponderosa protección de mi Señora y Madre piadosísima, y de mi señor san José, por cuya intercesión pedía todas las cosas este día.

Dios sea bendito y alabado por todos. Amén.

Día 20. Fue en todo como ayer. Conocía la protección de mi Señora y Madre; la acompañaba en sus Dolores, que tenía muy presentes este día, y conocía también las virtudes de caridad paciencia y conformidad con que llevó estos Dolores. Tenía mucho que aprender, que agradecer y de que arrepentirme, pues queriendo ser hija de tal madre y discípula de tal maestra, no pongo de mi parte lo que debo para imitar, en lo que pueda, a mi Señora. También tenía bastantes motivos para dolerme, y humillarme, pedirle perdón y que me ayudara. Pasé el resto del día con mucho recogimiento; me ayudó que Dios quiso, cuando menos lo esperaba, que aquella mañana pudiera salir del torno y dejarme el día libre para que, desocupada de todas las cosas, me entregara solo al cuidado de lo necesario.

[272] Solemnidad de S. José.

Pero ¡Oh miseria, la mayor que puede haber! ¡Qué poco duran los buenos propósitos! Este día los renové todos, pero enseguida he faltado a ellos, portándome, como acostumbro, con ingratitud, y no poniendo el cuidado que debo para cumplirlos. Conociendo lo mucho que recibo de mi Dios, se puede hacer un juicio de la grandeza de mi ingratitud, y de la grandeza de la bondad de este Dios, que me sufre tantas veces.

Bendito sea este amoroso y misericordioso Dios.

Bendito sea por todas las criaturas.

Gracias a mi Dios.

Día 21.Tuve la oración de la mañana y todas las demás, con recogimiento; unas veces fue de contemplación de la Divinidad, y otras de la Pasión.

Desde este día, ofrecí a mi Dios todo lo que hiciera en la próxima semana, con gran deseo de hacerlo todo como más agradara a mi Dios, en asimiento[273] de gracias por el gran beneficio de nuestra Redención. Lo agradecí, no solo por mí, sino con el deseo de agradecerlo también, en nombre de todas las criaturas.

Dios sea bendito. Amén.

Día 22. Hice lo acostumbrado con fervor, y así me preparé para en la comunión recibir a aquel Señor, que quiso entrar triunfante en Jerusalén. Mi alma quería recibirlo para que triunfara en ella, como verdadero Rey y Señor, Esposo de mi alma, y todas las cosas. Le pedía que quitara de ella todo lo que no fuera suyo, y me diera lo que quisiera que tuviera. Con estos deseos, derramaba mi Dios tanta abundancia de dulzuras en mi alma, que no lo puedo explicar. Después de la comunión fue mucho más, por la unión más íntima con mi Señor y Esposo, a quien me parecía que veía en mi corazón tan a gusto, como el que está en su propia casa, dejando en el alma la seguridad de que le eran agradables mis deseos, y derramando sobre mi alma muchas gracias. Yo no lo sé explicar, pero conocía que recibía mucho, y muchos conocimientos de la Divinidad en la unidad de las tres personas. Quedé tan embebida en mi Dios con estos conocimientos, y sin poder explicar nada. Cuanto más se conoce, se conoce menos, y hay menos que decir, porque nada tiene comparación, pues como he dicho otras veces, el entendimiento se queda como anegado en esta inmensidad y grandeza de Dios. Todo el día no fue igual, pues unos ratos estaba más recogida que otros, y las potencias, no siempre estaban tan embebidas en Dios.

Hice lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén

Día 23. La oración de este día la tuve todas las veces con sequedad. Procuré hacer lo que podía, porque estuve penosa con mis achaquillos, que no dejaban de molestarme. Como el alma no estaba fervorosa, me costaba todo más trabajo, y le pedía al Señor que lo uniera a sus méritos santísimos. Tenía presente lo que prometí el sábado: ofrecerlo todo, llevar con paciencia todo lo que se ofreciera, tener conformidad con la voluntad de mi Dios, y darle gracias a mi Dios por el beneficio de la Redención.

[273] Adhesión, afecto…

Hice lo ordenado.
Dios sea bendito. Amén.

Día 24. Martes Santo. Este día fue en todo como el de ayer; hice todo lo ordenado: comuniones espirituales, visitas al Santísimo Sacramento y a mi Señora y Madre, pedirles la bendición para todo, renovar los votos, lección espiritual, aprovechar las ocasiones que se ofrecieron, y no encontrando faltas conocidas, gracias a mi Dios.

Día 25[274]. Desperté fervorosa, y así hice todo lo acostumbrado. La oración primera, como toda la del día, fue del misterio de la Encarnación. Mi alma recibía mucha luz de este misterio, dónde se ve tan clara la grandeza del amor de nuestro Dios para con sus criaturas. El alma se encendía en afectos de amor y agradecimiento, y mi continuo ejercicio en este día, y a toda hora, era agradecer a mi Dios por mí, y en nombre de todas las criaturas, el amor tan grande que nos tiene, que le hizo bajar del cielo, y tomar nuestra naturaleza humana para poder padecer y morir por nosotros, y darnos la vida eterna. También pedía a todas las criaturas del cielo y de la tierra: que alabaran y dieran gracias a mi Dios por mí.

Pasé este día, unas veces en contemplación, y otras en lo dicho, con el alma siempre bien ocupada. Hice lo ordenado, recibiendo en todo mucho consuelo por hacer algo por mi Dios, aunque fuera tan poco; y como mi deseo era hacer mucho, todo me parecía nada.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén.

“entrar en muchas almas”

Día 26. Hice lo acostumbrado al levantarme con recogimiento y fervor.

En el día de ayer, la Santa Iglesia nos puso a la vista de nuestras almas un misterio de tanto amor para que diéramos gracias; en el día de hoy, nos pone otro tan excesivo, que no puede ser más, pues si en la Encarnación tomó carne de las purísimas entrañas de una Virgen purísima, y estuvo a su cuidado el resto de su santísima vida, en este Sacramento dónde quiso quedarse hasta la consumación de los siglos, me parece que se excedió en su amor, pues sabía que tendría que entrar en muchas almas, que por el pecado eran abominables. También sabía la negra ingratitud con que habían de corresponderle las criaturas, los ultrajes y desprecios que tendría que sufrir, y que nada de esto entibiaría este ardentísimo amor.

Le pedía, con todas mis fuerzas a mi amado Esposo, que purificara mi alma con su preciosísima sangre y la adornara con todas las virtudes para llegar a recibirlo, y a mi dulce Madre le pedía, que me alcanzara, con su poderosa intercesión, todo lo necesario. Llegué a comulgar con mucho fervor, pero después de comulgar, no puedo decir lo que hice, pues en un rato no hice nada, porque mi alma quedó toda tan embebida en su Dios, que no puedo decir otra cosa. Las potencias no quedaron hábiles para nada, hasta que esto les pasó, y pude dar gracias a mi Dios. Me ocupé en esto todo este día, y en pedir por un alma en particular, por quien ofrecí todo lo que hice.

[274] Marzo de 1812, Miércoles Santo, y Solemnidad de la Encarnación.

Cuando salí del coro, supe la necesidad de esta criatura que estaba un poco venida[275] por una tentación; me afligí un poco, temiendo que se perdiera aquella alma, y ésta fue la causa que me hizo ofrecer a mi Dios todo lo que hiciera aquel día, si por su misericordia lo recibía con agrado, pues le costó a mi Dios tanto un alma, que me da mucha pena que se pierda. No sé si adelantaré algo, espero por la misericordia de Dios que sí, porque sentía mi alma grandes deseos de conseguirlo, y lo pedía con mucho fervor. Para estas cosas de procurar el bien de las almas, me ayuda mucho mi Dios, y conozco que quiere que se le pida. Al principio, cuando tenía intención de hacerlo para gloria de mi Dios, le pedía que lo recibiera a favor de aquella alma, y que le concediera eficaces auxilios de gracia.

Me ha quedado el consuelo, de que aunque a esta alma le faltó el habla, se la concedió el Señor para confesar, y luego no volvió a hablar más, pero no tengo mucha confianza en su buena muerte[276].

Este día lo pasé muy trabajoso con la salud, pero no dejé de hacer cuanto pude: ayuné el día de ayer, el de hoy, el viernes y el sábado con mucho trabajo, pues era tanta la flaqueza del estómago, el dolor de la cabeza y del corazón, que toda la semana la he pasado muy trabajosa, pero contenta por tener algo que ofrecer a mi Dios.

Sea bendito y alabado por todos los siglos.

Día 27[277]. No tuve que empezar ningún ejercicio, porque no había parado en toda la noche de ejercitar todos los actos de las virtudes, y no tuve más que seguir.

Este día, no estuve tan fervorosa, los dolores fueron mayores, y todo me costaba mucho trabajo. En el oficio, solo pude atender, sin poder mirar ni una letra, por el dolor tan fuerte en los ojos. Me acordaba de los de mi Señor y Esposo, y me llenaba de consuelo padecer. Todo lo ofrecía a mi Dios, pidiéndole lo uniera con su Pasión santísima en satisfacción de mis culpas y las de todo el mundo, y dando gracias por el beneficio de la Redención, como he dicho. Todo el día tuve la presencia de mi Dios muy viva.

Gracias a mi Dios por todo. Amén.

Día 28. Me levanté con sequedad, pero con recogimiento; estuve todo el día sin fervor, y algunos ratos, distraída. Caí en algunas faltas, no llevando con tanta paciencia como debía, algunas cosillas que se ofrecieron, aunque no falté mucho, porque mi Dios no me dejó. Bendita sea su misericordia, pues cuando se movió en mí alguna impaciencia, no pudo conmigo, pues me puso mi Dios a la vista su mucha paciencia y humildad, y me quedé tan humillada, que hizo que me levantara. Pasé este día cayendo y levantándome, porque si en un instante me distraía y faltaba al ejercicio de las virtudes, pronto lo conocía, pedía perdón, y me enmendaba.

Hice todo; en unos ratos hacía mucho, y en otros nada por mi mucha miseria.

Bendita sea la misericordia de mi Dios, que tanto me sufre. Amén.

---

[275] Excitada, tentada.

[276] Con bastante seguridad se trata de la hermana lega sor María Josefa Bueno y Castro, que fallece cinco días más tarde, el 31 de marzo de 1812, a los 46 años. Había profesado el 20 de mayo de 1783.

[277] Viernes Santo.

Día 29. Hice lo acostumbrado con recogimiento y fervor al levantarme, y me preparé para recibir en mi alma aquel Señor y Dios poderoso, que triunfando de la muerte, resucitó por su propia virtud. Le pedía que viniera a mi alma para que con su poder, la renovara en la nueva gracia, quitando de ella todo lo que no le agradara. Llegué a recibir a mi amado Esposo con gran consuelo de mi alma, y grandes conocimientos de su bondad y misericordia, y estuve todo el día con recogimiento alabando a mi Dios, a quien tenía presente, y dando la enhorabuena a mi dulce Madre.

Hice lo ordenado, aproveché todo lo que se ofreció para ejercitar las virtudes, y no conocí faltas.

Gracias a mi Dios por todo; y porque hizo todo lo bueno, sea alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi dulce Madre y Señora, también.

“me dejé llevar un poco”

Día 30. Tuve la oración con recogimiento, y así pasé la mayor parte de la mañana, pero después oí una conversación, que se repitió algunas veces durante el día, y que yo no puedo oírla sin que me cause inquietud y grandes temores, a los que le doy bastante vuelo. Parece que estas cosas las han tenido toda la vida para contarlas delante de mí, que no necesito oírlas para temerle mucho. Era de algunas que habían engañado a sus confesores, y a otros hombres grandes en sabiduría. Yo había estado desechando mis temores, muchas veces en estos días pasados, por obedecer, pero en este día, me dejé llevar un poco, y le pedía a mi Dios: que no me llevara por caminos de tantos peligros. Falté a la conformidad, pues solo debo querer lo que mi Dios quiera de mí, y yo algunas veces quiero resistirme. Cuando volvía en mí, hacía actos de conformidad, y pedía perdón de las faltas que conocía haber caído. Pasé este día cayendo y levantándome, haciendo propósitos y quebrantándolos, que es lo que puedo yo de mí.

Como he dicho muchas veces, tengo bastantes motivos para temer, pues como sé que no hay en mí verdadera humildad, es bastante para que yo tema ser engañada. Me da aliento el deseo que tengo de agradar a mi Dios en todo, y la confianza de que mi Dios no ha de permitir que mi alma se pierda ni que la engañe el enemigo. Paso estas ocasiones, entre unos pensamientos y otros, no cesaba de clamar a mi Dios y a mi dulce Madre, y al mismo tiempo, me cercan los temores de faltar a lo que V. me manda de que no admita estos pensamientos. Me sirve de freno, pero no los puedo dejarlos del todo.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea alabado por todo, y tenga misericordia de mí, perdonando mis muchos pecados, y dándome gracia para agradarle. Amén.

Día 31. Había estado toda la noche en pie, asistiendo a la madre correctora, que nos dio un susto. Estábamos en el coro con una hermana de cuerpo presente, cuando el médico nos metió un susto, diciéndonos el peligro que corría la prelada. Quiso mi Dios, que después de haber tenido todo el día de ayer trabajosa la salud del cuerpo, y también lo había estado en el espíritu, esta noche fue al contrario; me puso mi Dios fuerte, y aproveché la noche ejercitando las virtudes. Como me ayudaba mi Dios

para todo, no me costaba trabajo, y amanecí con buena disposición en mi alma para seguir el día bien ocupada, en la presencia de mi Dios. Ésta fue la única oración que tuve este día, pues no pude hacer ni la lección, porque no tuve tiempo, pero todo lo suplían los actos interiores de las virtudes.

Dios sea bendito. Amén.

Abril día primero. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día, tuve la oración con recogimiento, y después tuve algunos ratos de distracción, y por consiguiente, tuve descuidos en el ejercicio de las virtudes. Cuando me falta la atención a la presencia de Dios, al instante me falta aquel celoso cuidado de agradarle, y la nueva intensión que debo renovar al principio de todas las obras, se hace como por costumbre. Así me sucedió algunas veces, este día. Cuando lo conocía procuraba enmendarme, y renovaba mi intención de hacerlo todo para mayor gloria de mi Dios, aunque por mi miseria, lo hacía sin reflexión, porque no soy nada, si mi Dios no lo hace todo. No puede haber criatura más miserable que yo, pues la experiencia me hace ver que el día que mi Señor no lo hace todo, yo no hago nada más que caer, y tengo que estar siempre, pidiendo perdón, confesando delante de mi Dios mis muchas faltas, y pidiéndole que me ayude, porque nada puedo de mí.

Algunos ratos, estas mismas faltas me hacían amar mucho la bondad grande de mi Dios que tanto me sufre.

No tuve lección espiritual por falta de tiempo, y la oración fue menos por lo mismo, hice todo lo demás, porque aunque tenía los ratos que he dicho, los suplía después, haciendo cuanto podía.

Dios sea bendito, y alabada sea su infinita misericordia.

Día 2. Hice lo acostumbrado al levantarme con recogimiento, así tuve la oración todas las veces, y seguí con la presencia de mi Dios. Todo el día, estuve cuidadosa para aprovechar todas las ocasiones, ejercitando las virtudes, porque mi Dios me ayudaba.

Todo lo ordenado lo hice.

Gracias a mi Dios por todo. Amén.

Día 3. Este día, fue como el de ayer, sin más diferencia que estar más fervorosa, y que mi alma recibía grandes consuelos, cuando hacía por mi Dios alguna cosa. Mi Dios tiene que hacer conmigo, como los amos con los criados perezosos, que a fuerza de ayudarles y regalarles, hacen algo. Me da pena verme tan miserable, y quisiera hacer mucho por mi Dios, que todo se lo merece, aunque yo no experimentara ningún consuelo en nada. Si estoy fervorosa, lo deseo así, pero si esto falta, no hago nada de provecho.

Bendita la bondad infinita de mi Dios para con esta ingrata criatura.

Alabado sea eternamente por todas las criaturas en el cielo y en la tierra.

Día 4. Tuve la oración con recogimiento, y seguí con la presencia de mi Dios viva, a quien adoraba, alababa y daba gracias sin cesar.

Estuve toda la mañana humillada en la presencia de mi Dios, conociendo su grandeza, y mi nada.

Por la tarde, estuve con recogimiento, pero no podía hacer casi nada, porque me estrecharon todas las cosillas que padezco. No estaba, ni siquiera para rezar el oficio divino, aunque haciéndome fuerte, estuve en él sentada en el suelo, porque no podía estar de pie.

Acabé el día conforme y alegre, porque padecía por mi Dios, ayudándome mi Dios con la viva memoria de lo mucho que había padecido por amor, y por ello le daba gracias.

Hice todo lo ordenado.

Gracias a mi Dios por todo.

Día 5. Tuve la oración con recogimiento, contemplando en los atributos de este día, de los que no podía salir, pues mi Dios me daba grandes conocimientos del misterio de la Santísima Trinidad: un solo Dios y tres personas distintas, que no tiene principio ni fin ni es una mayor que otras. Estas cosas trajeron mi entendimiento todo el día bien ocupado, sin distraerme en otra cosa, ni mi voluntad amaba otra cosa más que a este Dios infinito en todos sus atributos y divinas perfecciones. Unos ratos, todas las potencias se quedaban incapaces para nada, y otros ratos, podía alabarle con vivos deseos de que todas las criaturas lo conocieran, amaran y sirvieran.

Hice todo lo ordenado, gracias a mi Dios.

“Agradece estos beneficios que mi amor te hace”

Día 6. Me levanté con recogimiento y fervor. La oración era de la Pasión, y me acordé cuando la iba a empezar, de las bofetadas que había recibido mi amado Esposo en su santísimo rostro. Al instante que esto me vino a la memoria, me parecía que estaba viendo a mi amado Esposo coronado de espinas, y su rostro acardenalado. Mi alma se enterneció mucho, y pedía a mi amado Señor: que recibiera mi corazón para descansar en él. Me parecía que lo admitía mi Señor, y me ofrecía: que estaría en él todo el día para que lo amara, y agradeciera tan gran finesa de amor, como había tenido conmigo, queriendo padecer tanto por mí. Estuve toda la oración con gran consuelo, y con mi alma encendida en afectos de amor y agradecimiento.

Después, todo el día tuve la presencia de mi amado Esposo tan viva, que a todas horas me parecía que lo estaba viendo en mi corazón, y recibía un gran consuelo, pues veía a mi Amado, como si con mucho amor estuviera recostado en mi corazón, mientras yo lo adoraba y le daba gracias.

Por la tarde, durante un ratillo, me faltó esta presencia viva, y empecé a dudar, si lo que había pasado esta mañana había sido verdad y era cosa de Dios, o no. Estando con este pensamiento, volvió a sucederme lo mismo; veía a mi amado Esposo como he dicho, y que le decía a mi alma:

-¿Hasta cuándo vas a ser incrédula a los favores que te hago solo por mi bondad, aunque no los mereces? Agradece estos beneficios que mi amor te hace.

Me quedé arrepentida, humillada, muy agradecida, y con el alma encendida en el amor de mi Señor y Esposo.

Con deseos de amarle más y más, y de que todas sus criaturas lo amaran y conocieran, acabé el día con gran fervor, sin perder su presencia, y deseando tener alguna ocasión en la que poder hacer algo por su amor. Me desconsolaba, ya que no hacía nada, al menos tener deseos, pues no se me ofrecía nada que me costara trabajo.

Todo lo ordenado lo hice.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 7. Al levantarme con recogimiento y fervor, me preparé para la comunión como acostumbro, y después de recibir a mi amado Esposo, se aumentó mucho más por la unión tan íntima.

No sé explicar cómo seguí todo este día, pues para mí fue estar todo él en un fuego que me abrasaba. Si en un gran fuego se echara una poca de estopa, al instante se abrasaría y quedaría consumida en aquellas llamas, así me parecía que mi alma se consumía en su Dios. Como soy tan tonta, yo no sé ni encuentro términos para explicarme ni tampoco puedo decir los consuelos que tenía mi alma viéndose toda en su Dios, porque solo experimentándolo se puede conocer algo de lo que es esto. Dios es grande en todas sus cosas.

El tiempo de la misa lo pasé toda en mi Dios, y aunque a ratos parecía que me iba saliendo un poco, volvía a cogerme aquella llama con más fuerza, dónde me quedaba otra vez, escondida y abrasada.

Padre mío, veo que no me explico bien, pero no puedo hacerlo de otro modo.

Mi amado Esposo dé a V. la inteligencia que falta a mi explicación para que alabe y glorifique V. la infinita bondad y liberalidad de Dios con esta ingrata criatura. No puedo decirle a V. la diferencia de cosas que en este día tuve; unas veces estaba en los brazos de mi amado Esposo como un niño que tiene su madre en brazos, haciéndole caricias[278], así me parecía que estaba yo, donde no hacía más que gozar tan grandes consuelos, que como he dicho, no son para compararlos con nada. Otras veces, me parecía que veía a mi Señora y Madre, y mi santo padre san Francisco de Paula que estaban pidiendo por mí. Se me pasó este día, como he dicho, sin saber cómo, porque lo pasé todo con mi Dios y Esposo. Sin poder decir lo que hacía conmigo, sé que recibía, y no sé decir cómo.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito por todo. Amén.

Día 8. Tuve la oración con recogimiento, aunque con sequedad y seguí el día humillada en la presencia de mi Dios.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito alabado y glorificado.

Día 9. Este día fue de sequedad, de distracciones, y de faltas, pues tuve bastantes descuidos en el ejercicio de las virtudes. No estando atenta a la presencia de Dios, se disipa el alma mucho en lo exterior.

[278] Is 49,15; Os 11,4.

Pasé este día, cayendo y levantándome.

Padre mío, no puedo dejar de temerle mucho a las cosas de mi espíritu; me veo tan miserable, que no se combinan unas cosas con otras de ningún modo.

Lo que yo conozco en mí, es falta de humildad, mucha delicadeza, y nada bueno, si Dios no lo hace todo. Para decirlo mejor: que no me ayudo o pongo de mi parte, lo que pudiera, según la gracia que recibo, y así, todo es una pura ingratitud.

Dios tenga misericordia de mí este día.

Como he dicho, tuve menos ejercicio de virtudes, y menos comuniones espirituales; las visitas, pedir la bendición a mi Señor y a mi amada Madre, sí las hice. Si no hubieran cuidado de mí, habrían sido más las faltas que hubiera tenido. Las demás cosas las hice, y pedí perdón a mi amado Esposo y Señor, y a mi dulce Madre.

Dios sea alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día[279], hice lo ordenado al levantarme con recogimiento en la presencia de mi Dios, y así pasé todo el día. La oración fue muy poca por falta de tiempo, y si mi Dios no me hubiera dado, que pudiera estar atenta a su divina presencia, no hubiera hecho nada, pero hacía que pudiera ejercitar las virtudes, y llevar con paciencia las cosillas que se fueron presentando, que aunque no eran grandes, algunas veces me hubieran hecho caer en faltas de paciencia por mi mucha miseria. Mi Dios lo hizo todo, y me parece que lo aproveché, haciendo lo ordenado, gracias a su infinita misericordia.

Alabado sea eternamente por todas las criaturas.

Día 11. Fue en todo como el de ayer; no me acuerdo de otra cosa.

“que entraran los franceses”

Día 12. Me preparé para la comunión como acostumbro y he dicho en otras partes, con recogimiento y fervor. Después de la comunión fue mayor, porque aquel Dios de amor y Pastor Divino apacentaba mi alma con grandes dulzuras; dándome a conocer el gran deseo de su amor, me hizo pasar todo el día, con gran dulzura y consuelo, como una ovejilla en brazos de su amoroso pastor, que la acariciaba y regalaba, aunque fuera tan ingrata a su voz. Todo esto lo tenía bien presente, estaba el alma humillada, y esto mismo le hacía conocer más la grandeza del amor de su Amado, que no lo detenía tan mala correspondencia. Pedía perdón, y le suplicaba: que me llevara atada, que no pudiera apartarme nunca de tan piadoso pastor, y que estuviera atenta a su voz para seguirla.

En este día, tuve algunos temores distintos a los que acostumbro: temía haber tenido alguna prevención, y ocultado los papeles, hasta que se los mandara a V. que era lo que me preocupaba. La fatiga que tenía, no era por haberlos ocultado ni habérselos dado a V., sino porque lo había hecho, sin querer atender a la gran

[279] Se refiere al viernes, 10 de abril, de 1812, pero olvida poner la fecha.

confianza que mi Dios me daba en mi interior, pero yo la desatendí, y quise obrar de manera natural.

El temor de ser engañada, me hacía ser ingrata a Dios, y obraba como quien está haciendo una cosa, que conoce que su padre no quiere que haga. El día que lo hice[280], buscaba razones, con las que procuraba aquietar la conciencia, y me decía: que aunque a mí me ha parecido que mi Dios no va a permitir que entren a registrar el convento, como yo he entendido, puede ser engaño, como lo han sido otras cosas, y por eso es mejor obrar de manera natural.

Aquel día pensaba: que esto no quita para que mi Dios obre misericordiosamente con todas, pero éste día, he conocido la reprensión en mi alma por no haberme dejado llevar de la confianza en el poder y sabiduría infinita de mi Dios, pues no hay nada que se pueda resistir a su poder ni nada oculto a su sabiduría, y nada puede suceder que no sea porque lo permita habiéndome dado luz, de que no lo permitiría, no solo en esta ocasión, sino también en otras.

En algunas ocasiones que han temido las demás religiosas que entraran los franceses, han procurado ocultar sus cosillas.Yo no lo he podido hacer, porque si me venía algún pensamiento de hacerlo, me parecía que era una ingratitud, no fiarme de mi Dios, que a mi parecer, me aseguraba que no entrarían. Pero en esta ocasión, aunque tenía la misma luz, no me quise fiar, como he dicho, porque he llegado a ponerme más incrédula que nunca, y no me fio de nada de lo que pase en mi interior.

Hoy me arrepentí, porque estuvo la luz más clara, como el día que mi Dios y Señor me lo dio a entender, que si no fue engaño, tampoco tuve duda.

No he dicho nada de esto el día que tocaba, porque no me acordé, pero no dejo de decirlo ahora para suplir la falta.

La causa de que me diera alguna fatiga, fue que dijeron: que iban a tomar declaración, para saber si había alguna plata escondida. Yo que le temía a esto, me fui al coro, y le dije a mi Señor:

-¡Señor mío y Dios mío! una esclava ingrata y desleal a su Señor, que su Señor se ve precisado a castigarla ¿a quién acudirá? No encuentro, Señor mío, otro asilo, más que arrojarme a los pies de mi Señor[281], y decirle: que he pecado, que justamente merezco el castigo, pero que de su bondad espero el perdón; que iba a su presencia a pedir perdón para mí y para todas mis hermanas que estaban afligidas, y que para ello ponía los méritos de mi Señora y Madre a nuestro favor, por los cuales esperaba que nos librara de aquella aflicción que se anunciaba.

El consuelo que recibió mi alma fue muy grande, pues me parecía que mi Dios había oído mi oración, y dejó en mi alma, la seguridad de que estaba concedida mi petición. Salí alegre y sin ningún temor, pero como soy tan mudable, cuando al otro día dijeron: que ciertamente venían a registrar el convento, me parecía que oía en mi interior:

-Nada pueden hacer, si yo no lo permito ¿qué más da que lo digan?

Entonces, hice cuanto estuvo de mi parte para no atender lo que oía en mi interior, e hice lo que ya dejo dicho, de esconder las cosas, aunque con algún remordimiento

[280] Vuelve al temor de que los franceses entren en el convento.

[281] Oración de la reina Ester. Est 14,1.3-5.12-14.

de conciencia. Luego, en el día de hoy, ha sido cuando he tenido reprensión, y he pedido perdón.

Mientras escribo esto estoy bastante temerosa de que estas cosas mías sean de Dios, pero teniendo el espíritu de Dios, no sé cómo puede ser que la criatura que lo tenga, sea tan mudable como soy yo.

Padre mío, estoy deseando que V. pueda venir para decirle muchas cosas, pues tengo poco tiempo para escribir y muchos temores, de modo que no sé cómo lo hago. El temor de no hacerlo como V. quiere, no es el menor temor que tengo, porque cada día se me va haciendo más dificultoso y penoso, pues me parece que estoy escribiendo una gran porción de mentiras figuradas en mi imaginación. Además, el día que tengo alguna ocasión de escribir, es el día que más trabajo me cuesta, por estar más fatigada con estos pensamientos. En los días que estoy fervorosa, no me cuesta trabajo, pero cuando estoy como ahora, tengo que vencerme bastante, pues en estos días, solo diría: que todo lo que he dicho en toda mi vida, solo era una ilusión, lo que no diría en los otros días que estoy fervorosa.

Padre mío, no sé cómo soy. Todo esto lo he dicho como me pasa, siento tener que decirlo muchas veces, por no enmendarme, y hacer lo que V. me tiene ordenado, pero cada día voy peor.

Pídale V. mucho a Dios por mí, porque estoy muy fatigada con tantas mudanzas como tengo. Me parece que si mi espíritu fuera bueno, no había de tener tantas mudanzas.

Dios sea bendito por todos los siglos. Amén.

"Deme V.R. licencia para no escribir más"

Padre mío, esto lo tenía escrito cuando entraron para registrar el convento. Ahí se lo mando a V.R. para que vea si mis temores son bien fundados, pues todo va conforme ha pasado, y su cumplimiento está a la vista. ¿Qué más quiere V. ver?

Ya no es la primera vez. Por Dios, bien puede V. quemar los papeles que tiene V. allá, y no cansarse en leerlos, porque todos serán como estos.

Deme V.R. licencia para no escribir más, que mis faltas son mucha, y no es engaño reconocerlo, pero le temo más a no conocer cómo son, porque las tape mi amor propio. Si yo tuviera voluntad, para nada tomaría la pluma, y diría mis pecados en la confesión. Me vienen fuertes pensamientos para dejar la dirección, y quedarme con una vida ordinaria, ya que en ella puedo agradar a Dios sin tantos peligros. Pero no sé cómo soy, pues lo interior de mi alma se resiste, y no quiere caminar, sino por donde la lleve Dios. Así, siempre me encuentro sin voluntad, como atada, y no puedo salir de donde estoy. Oigo que dan golpes, pero no puedo abrir, mientras la obediencia, que me tiene atada, no me desate. Solo puedo decir que me llaman, pero en una puerta, pueden llamar amigos o enemigos, y si no se conoce bien la voz, puede perderse todo. Por eso, como conozco que lo más seguro es la obediencia, me rindo a ella, y ofrezco hacer cuanto V.R. me mande, aunque me cueste el trabajo que me cueste.

Deseo que V.R. conozca todas estas cosas que me pasan, y pida a mi Dios mucho por mí para que yo no lo engañe con mis tonterías, que como he dicho muchas veces,

es el pensamiento que más guerra me da, como en este tiempo, me ha sucedido que me he engañado dos o tres veces, como V. sabe; cada día me voy poniendo más incrédula y más fatigada, y no adelanto nada.

Escribo ésta aunque con trabajo, porque sé que la medicina de mi enfermedad consiste en obedecer sencillamente y con prontitud a los remedios que para esto me ha dado, pero en la disposición que estoy ahora, no lo puedo hacer, porque por faltar pronto a la obediencia, la tentación ha tomado mucho vuelo. No es continuamente, pues algunos ratos y días, se aclara el entendimiento, y nunca me falta conocimiento para conocerlo mejor.

No sé qué decir ni sé que me pasa a mí, si esto es una cruz o es la falta de obediencia que he tenido en muchas ocasiones, no venciéndome para escribir y poder decir: "mi amado Esposo", como V.R. me tiene mandado. Solo lo digo, en los días que he estado algo fervorosa, y en los demás, muchas veces, lo he dejado de decir. Las veces que lo he dicho, ha sido haciéndome fuerza, porque me acuerdo que me ha mandado V. hacerlo, y no puedo resistir, pero como pueda dejarlo de decir, lo dejo, porque como no corresponde mi vida en nada a la obligación de esposa, me da vergüenza decirlo. Yo tendría que decirlo humillada y llena de vergüenza, pues no soy como debo ser, pero no puedo dejar de decirlo, porque me lo ha mandado V. y debo obedecer.

Pido perdón, porque éstas y otras faltas son la puerta que le da entrada al enemigo, y como me halla llena de defectos, tiene donde esconderse para dar guerra, y si ve que hay alguna ocasión, lo hace a cara descubierta.

Padre mío, conozco que estará V.R cansado de estas cosas mías, pues a ninguna de mis hermanas le sucederá esto, pero no lo puedo remediar; tengo que manifestar la enfermedad para que venga la medicina sea amarga o no, pues lo que quiero es sanar. Conozco la enfermedad y la medicina que necesito, pero por mí sola, no puedo. Ayudadme.

En castigo a mis ingratitudes, y a todo, pido a mi amado Esposo y Señor perdón, y a V.R. como a su ministro, a quien tengo obligación de obedecer, le pido que me ponga penitencia, con la que en parte, dé satisfacción a la Divina Justicia de las muchas faltas que he tenido.

Desde el día 13 hasta hoy, los he pasado todos llena de distracciones, con sequedad, y sin poner el cuidado que debía para cumplir con todo lo ordenado. Parecía que se me había olvidado tener la oración, porque desde luego, iba con el ánimo de no admitir ningún recogimiento extraordinario. Pasaba algunos trabajos, pero a pesar de todo esto, ha sido la misericordia de mi Dios y Esposo de mi alma tan grande, que en un instante, en estos mismos días, de repente me hacía entrar en el interior de mi alma, donde me hacía ver mi mucha ingratitud, y su infinita misericordia. Salía con nuevos propósitos, pero como soy tan mudable, pronto volvía a caer.

Así he pasado todos estos días, sin dejar de reconocer en todos ellos la gran bondad de mi Dios para conmigo, pues si no hubiera sido así, hubiera caído en muchas más faltas, pues me estaba deteniendo con fuertes auxilios, para que no cayera en más. Con la voluntad de querer agradarle en todas mis obras, que por su misericordia me ha dado, y no me ha faltado, los temores, más que por ninguna otra cosa, eran porque temía desagradarlo.

Las faltas han sido por descuido, y por no estar atenta a la presencia de mi Dios ni pronta para el ejercicio de las virtudes, y menos cuidadosa con las comuniones espirituales, y con pedir la bendición a mi amado Esposo y a mi Señora y Madre. En todo he experimentado faltas, aunque procuraba enmendarme con los avisos que tenía.

Gracias a Dios por todo, y bendita sea su infinita misericordia, que tanto me sufre.

El día 22. Visitó mi amado Esposo y Señor mi alma desde que desperté, y con recogimiento tuve la oración. Contemplando la grandeza y el amor de mi Dios, se encendió el alma en el amor de este Dios, y se llenó de dolor al ver lo mal que le correspondía.

Pasé la mañana muy cuidadosa de hacer cuanto podía, ejercitando las virtudes con mucho cuidado.

La tarde fue lo mismo y aún más, porque me ponía mi Dios y Esposo de mi alma tanto consuelo y conocimiento de su bondad y misericordia, que mientras más clara me ponía esta luz, tanto más se aumentaba el conocimiento de mi gran miseria, y tanto más deseaba amarlo y que todas las criaturas lo amaran.

Hice todo lo ordenado, y así seguí por la noche. Dormí poco, porque apenas me quedaba dormida, despertaba con los mismos afectos en mi alma que había tenido todo el día.

La mañana del día 23 ha sido muy trabajosa; me parece que mi Dios me había dejado, en castigo de mis pecados. Temía comulgar, pues me parecía que tenía ofendido a mi Dios, y que no le sería agradable mi comunión. No conocía más faltas que las dichas, pero para lo que he recibido, eran grandes, y de mucha ingratitud para con mi Dios.

Durante la siesta cerré el torno, me puse a escribir, y haciéndolo me alivié.

Gracias a Dios.

Abril 25. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Tuve la oración con sequedad, pero no distraída, sino como he dicho otras veces, que hasta un hijo en la presencia de su buen padre, a quien ha ofendido, viendo la bondad de su padre, y su mala correspondencia, le hace estar al mismo tiempo, avergonzado y agradecido de que lo sufra en su presencia, y no lo arroje de sí, como ha merecido por sus culpas.

Así pasé este día, haciendo lo que podía para dar gusto a mi amado Esposo, a quien de continuo le pedía perdón, y le confesaba mis muchas ingratitudes. También imploraba la intercesión de mi Señora y Madre, a la que miraba disgustada por mis muchas ingratitudes y descuidos, y le pedía perdón.

De este modo pasé el día 26, 27 y 28, sin otra cosa que recuerde. Con esta disposición, no caía en faltas conocidas, porque estaba con cuidado, y como estaba tan presente mi ingratitud y miseria, siempre estaba pidiendo ayuda a mi Dios. Algunos ratos le daba consuelo a mi alma, encendiéndola en su amor, aunque no duraban mucho.

Hice todo lo ordenado.

Alabado sea Dios por todo, en todos los siglos. Amén.

Día 29. Me levanté con recogimiento, y algo más fervorosa, pues conocía con más frecuencia que mi Dios y Esposo estaba en mi alma, y le daba a gustar las dulzuras de su amor, que la encendían de pronto. Unas de las veces que mi Dios encendió mi alma, fue al darle a un pobre un poco de pan que me iba a comer, porque era la hora de comer, y conforme se lo di, me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Tú me has dado la comida, y yo te doy mi corazón.

Se encendió mi alma en un amor tan grande, que empecé a dar gracias a mi Dios por haber tenido tan gran bondad, y haber recibido con tanto agrado una nada. Al mismo tiempo, me humillaba el pensamiento que me traía la memoria, los muchos beneficios que me hacía mi Dios, y mi poco agradecimiento, y el alma se quedaba entre afectos de amor, de agradecimiento y de humillación.

Lo que he dicho, se quedó tan fijo en mi alma, que su memoria la llenaba de dulzura. Quería yo desmentir aquellas palabras como acostumbro, y me decía: que yo las habría compuesto en mi imaginación. Pero no podía dejar de creer, que era favor de mi amado Esposo, por los efectos que causaba en mi alma, que esos no los podía yo tener, si mi Dios no me los daba. Me había sucedido cuando menos lo pensaba, y con las palabras vinieron los efectos y afectos que en mi alma conocí.

Este día, la oración fue menos que otros, porque estuve ocupada en cosas de la obediencia, pero tuve la presencia de Dios continuamente, menos algunos ratillos.

La noche lo pasé toda en el ejercicio de las virtudes interiores y exteriores; cuando me iba descuidando un poco, con las muchas cosillas que trae consigo la obligación que tengo, al instante era advertida con un nuevo favor de mi Dios, que me hacía atender a su presencia, y quedaba advertida. Es como si una persona fuera a atender una cosa que le llamara la atención, y una voz de imperio le estorbara, y se la arrebatara.

No sé si me explico, porque soy muy tonta para esto, pero aunque no lo sé explicar, conozco que me llama mi Dios de modo particular, y me da el conocimiento para que sienta en mi alma mayores deseos de amar a un Dios tan misericordioso y tan bueno, que tanto cuidado tiene de mí, porque con mi miseria, si no fuera tan grande la misericordia, bondad, y generosidad de mi Dios conmigo, ¿qué sería de mí? pues como soy tan tonta, soy muy descuidada.

Bendito sea eternamente. Que lo alaben por mí todas las criaturas del cielo y de la tierra.

Amado sea, alabado sea, glorificado sea por siempre. Amén.

"Hermano, […] no tengo nada que darle"

Día 30. Tuve la oración con recogimiento, y pasé todo el día igual que ayer; no me acuerdo de que tuviera diferencia. No tuve advertencias de faltas, hice todo lo ordenado, y aproveché las ocasiones que se ofrecieron de ejercitar las virtudes. Tengo muchas ocasiones de ejercitar las virtudes de paciencia y de conformidad,

aunque solo sea con los pobres, pues algunas veces me veo fatigada, porque son tantos los clamores, que me llenan de aflicción.

Uno de estos días, estuvo uno muy penoso, fatigado por su mucha necesidad. Yo llena de angustia, porque no tenía nada que poderle dar, y con la mucha fatiga que me causaba oírlo, le dije:

-Hermano, váyase que no adelanta nada más con fatigarme, pues no tengo nada que darle.

Se lo dije con voz de fatiga, no estaba enfadada, pues la fatiga nacía de no poderlo remediar, y costarme mucho trabajo decirle que perdonara. Pero de esto me resultó otra nueva fatiga, porque al instante, me acordé de lo mucho que mi Dios me está sufriendo cuando deseo que me oiga, y yo no puedo sufrir lo que me causa fatiga. Le pedí a mi Dios perdón de mi falta de mortificación, e hice actos de conformidad con la voluntad de mi Dios, que ha querido ponerme en este sitio, donde tengo mucho que ofrecerle en el tiempo presente. Reconozco que con esto me ha hecho mi Dios un gran beneficio, pues me pone en situación para ejercitar las virtudes. El único consuelo que tengo es dar la mayor parte del alimento que me dan para mi sustento, porque no tengo otra cosa.

Algunos días, si no me diera María Teresa algo de pan para comer, no comería, pues me veo precisada a darlo, cuando veo que llegan algunos desmayados. Ya me ha sucedido que han caído tres al suelo, que me parecía que se iban a morir, y me han hecho andar de prisa, buscando entre las religiosas algo para remediarlos.

Todo el día, me está sufriendo mi Dios, pues estoy diciéndole:

-¡Dios mío remédialos, Dios mío remédialos! que yo no puedo más.

Algunas veces, me parece que me da mi Dios a conocer, que de esto ha de resultar mayor gloria para mi Dios, y que su misericordia lo hace para que lo busquemos, y solo esperemos en su bondad, haciendo que despierten las almas del letargo, en que estaban sumergidas, y por temor al castigo, muchas almas se convertirán. Con esto me consuelo, viendo que es el medio para la salvación de muchas almas, que si se hubieran quedado en su letargo, se hubieran perdido.

Bendito sea Dios por todo, y tenga misericordia de mí y de todas las criaturas.

Alabado, conocido y amado sea de todos. Amén.

A pesar de estas reflexiones, algunos días estoy caída de espíritu, viendo las necesidades tan grandes, y con lo que me alimento es haciendo ratos de conformidad, reconociendo que Dios es poderoso para remediarlo todo, y que si no lo hace, es porque no conviene. La confianza de que quien nos castiga es porque nos ama, y puede hacer todo lo que quiera, me da aliento para amar y adorar la Divina Justicia que nos castiga con misericordia para no castigarnos eternamente.

Como he dicho, mi delicadeza y falta de sufrimiento hace que algunas veces, tenga algún sentimiento del tiempo que me ha tocado de torno que me hace padecer, pero conozco que debo dar muchas gracias a mi Dios, porque me ha puesto en ocasión de practicar las virtudes. Aunque quiera ser descuidada, me levanta la necesidad para no serlo.

Bendito sea mi amado Dios y Señor que tanto cuidado tiene de esta esclava perezosa, que siempre necesita que la estén levantando a la fuerza, y no me dejan de levantar para que no me descuide.

Sea por todo alabado y glorificado el Santo Nombre de Dios, a quien doy gracias por todo.

Padre mío; cuando recibí su carta, ya estaba en otra disposición; desde que le escribí, como tuve mudanza, acabé de hacerlo de otro modo que como lo empecé, y así he seguido; con todo, no me han faltado algunos temores, pero he procurado obedecer, haciendo lo que V.R. me tiene mandado, y los he desechado.

Le doy a V.R. las gracias por el trabajo que se tomó para explicarme lo de las locuciones[282]; me sirvió de mucho consuelo, y di a mi amado Esposo las gracias por todo, pues si no me hubiera dado un maestro y guía, que en estos pasos tan trabajosos me guiara y enseñara, me sería muy trabajoso este camino, y mis temores no me dejaría andar, pues estaría llena de sustos. Incluso teniendo quien me guíe, con mucha frecuencia, me parece que voy perdida. En todas las señales que V. me pone, no encuentro en ellas ningún engaño por lo que ha experimentado mi alma hasta aquí. Pero cuando Dios permite que se me oscurezca la luz del entendimiento, no veo nada claro, todo se pone oscuro, y no me queda otro árbitro que V.R. a quien decirle mis temores. Éste es el consuelo que tengo en estas ocasiones, porque con solo decirlo, acude mi Dios y Esposo a dar luz a mi alma para conocer y distinguir las cosas, como me ha sucedido en esta ocasión.

Por todo lo alaben todas las criaturas, y le den gracias. Amén.

Mayo 1. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Con recogimiento, tuve la oración de la mañana, y pasé todo el día en la presencia de mi Dios, haciendo todo lo que podía en el ejercicio de las virtudes, unos ratos fervorosa, y otros con alguna sequedad; pero como en todo tiempo tenía viva la presencia de mi Dios y Esposo amorosísimo, estaba cuidadosa, a pesar de que mi falta de salud, hacía que todo me costara trabajo.

Así pasé el día, y por la noche, no pude ni siquiera hacer una visita a mi amado Esposo Sacramentado, porque me apretaron tanto, todas las cosillas, que V. sabe que padezco, que tuve que irme a la cama. El alma estaba fervorosa alabando a mi Dios, al mismo tiempo que el cuerpo padecía.

Dios sea bendito.

Día 2. Éste lo pasé lo mismo que ayer; hice todo lo ordenado, y no me acuerdo de cosa particular.

Sea Dios bendito. Amén.

Día 3. Al levantarme, tuve la oración con recogimiento, y me preparé para la comunión con fervor, como tengo dicho otros días. Después de comulgar, llenó mi alma mi amado Esposo de gran consuelo, porque con la más íntima unión, se encendió el alma más en el amor de su Dios, que tan digno es de ser amado; al mismo tiempo, sentía lo poco que lo he amado, pues las obras lo dicen, y sentía mucho haber sido tan ingrata a mi Dios. Este amoroso Dios que es tan liberal conmigo, hacía que

[282] En mística, ilustraciones y noticias de cosas presentes o ausentes.

este conocimiento tan claro que me daba mi Dios, me encendiera más y más en su amor.

Pasé este día con fervor, alabado a mi amado Esposo y Señor, dándole gracias y pidiéndole perdón. Estos ejercicios de alabanzas, de acción de gracias y de petición de perdón, los hacía, como acostumbro, no solo por mí, sino por todas las criaturas. El gran deseo que ocupa mi alma en estas ocasiones y siempre, pero más en éstas, cuando mi amado Esposo me da a gustar la dulzura de su amor, el alma encendida y enamorada de tan gran bondad, desea con ansia: que todas las criaturas lo amen, lo alaben, lo sirvan, y no lo ofendan, y por este motivo, pide y desea lo mismo para sí que para todos, porque su principal mira la tiene en su Amado, y no desea más que su honor y gloria. En estos deseos se abrazaba mi alma este día, pues tenía tan presente en todo, el ejercicio de las virtudes, y mi Dios y Esposo estaba tan vivo, que mi alma no dejaba sin aprovechar nada de cuanto podía.

Sean alabados por todos los siglos, la bondad, el poder, la misericordia, la liberalidad, la sabiduría yel amor de este Dios. Amén.

Día 4. Hice lo acostumbrado con recogimiento y fervor, como el día de ayer, y lo mismo me sucedió en la comunión, donde unida mi alma con este Dios, luz de luz, mi Amado alumbraba mi alma para que lo conociera, pero no para que supiera explicar lo que conocía de la grandeza de sus divinos atributos, y altísimas y divinas perfecciones. El alma estaba como si no tuviera potencias, porque no le servían, y después que pasó esto tan grande, me quedé todo el día de ayer, encendida en el amor de mi Dios.

No tengo ocasión de escribir más; si Dios me la da más adelante o si tuviera alguna cosa nueva lo hare, pero lo dicho, lo tengo ya dicho otras veces.

Mayo 5. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Tuve la oración con recogimiento y con sequedad, pero no me distraía como otros días. Fue igual las demás veces que pude tenerla, que fueron pocas, pues no hubo tiempo para más. El día que Dios quiere que esté con recogimiento, aunque no tenga tiempo para la oración, la presencia de Dios y el continuo ejercicio de virtudes, me hace estar en oración todo el día.

Así pasé éste, aprovechando todo el tiempo lo mejor que podía, y haciendo todo lo ordenado.

Aunque he dicho que tuve sequedad, durante el día tenía algunos ratos en los que mi amado Esposo daba a mi alma mayores consuelos encendiéndola en amor sensible. A los flacos como yo, les da fuerzas, y algunas veces me daba mi Señor este consuelo de conocer que me amaba, lo que me hacía desear amarle mucho más, como siempre lo deseo.

Dios sea bendito, alabado y glorificado. Amén.

Día 6. El principio del día fue como ayer; luego estuve con sequedad y perseguida por las distracciones; no las quería, pero me molestaban en la oración, de suerte que no podía recogerme. No eran pensamientos malos, eran indiferentes, pero me hacían tener la oración solo con actos de paciencia, y de hacer ratos de conformidad, y gracias a Dios, este tiempo lo aprovechaba.

El resto del día perdí mucho tiempo, porque no estaba tan cuidadosa. Las mismas cosas que tenía que atender se llevaban mi atención, no aprovechaba tanto en el ejercicio de las virtudes, y tenía muchas faltas. Cuando las conocía, pedía perdón, y ponía de mi parte para enmendarme, pero me duraba poco, y tenía que estar siempre, pidiendo perdón, y confesando mi nada. Como he dicho otras veces, no haciéndolo todo mi Dios, no hago nada de provecho.

Así pasé todo el día, aunque por la misericordia de mi Dios, no conocí haber caído en faltas conocidas como he dicho, solo tuve algún descuido en el ejercicio de las virtudes interiores.

Dios sea alabado por su gran misericordia y bondad. Amén.

Día 7. En la oración, me preparé para la comunión con recogimiento y fervor; después de la comunión fue mayor, pues me parecía que tenía en mi corazón a mi amado Esposo que con mucho amor me daba la bendición, dándome a conocer el gran amor que nos tiene, que se había querido quedar en este sacramento para poder estar siempre con nosotros, que tan mal le pagamos. Se encendió el alma en el amor y agradecimiento por tan gran beneficio, al mismo tiempo que sentía mi mala correspondencia, y la de todas las criaturas. Como hay tantas que tienen olvidado este beneficio, deseaba, si fuera posible, poder amar a mi Dios por todas, y adorarlo, y agradecerle, y servirlo; y como no podía hacer más que desear, ofrecía a mi Dios estos deseos.

Pasé la mañana ocupada en estos actos de virtudes, siempre en la presencia de mi Dios, pero por la tarde, se retiró mi amado Esposo, quitándome todo consuelo, y me quedé de nuevo con sequedad. Al mismo tiempo, tuve muchas cosillas que me mortificaban. Los muchos pobres, y la falta de salud, me ayudaron, y todo hacía un cuerpo que me hizo caer en tristeza, y como podía poco, le decía a mi amado Esposo:

-Dios mío, yo no puedo más.

Me llegué a contristar con los pobres más que con otra cosa, porque no los podía remediar, y eran tan grandes los clamores, que como he dicho, me llené de aflicción, y ésta me fatigaba, pues me parecía falta de conformidad.

Pedía a mi Dios perdón por mi miseria, y hacía actos de conformidad. Pasé la tarde amargada con el dolor de cabeza fuerte, el del corazón, y el espíritu con sequedad me hacía conocer mi nada.

Por la noche ya estuve en otra disposición, porque mi Señor y Dios amorosísimo, viendo mi flaqueza y miseria, solo con su presencia, llenó mi alma de dulzura, y al mismo tiempo de humillación, al conocer lo mucho que me amaba, y la ingratitud con que yo le correspondo.

Hice todas las cosas ordenadas

Dios sea bandito, por todo, alabado y glorificado.

Este día empecé a cumplir lo que ofrecí a Dios el día tres; no dije nada de ello aquel día por olvido, ni en éste, pero ahora me acordé mientras estaba escribiendo, y no lo he puesto en papel aparte, para que vayan los días cabales. No pedirle a V. la licencia, ha sido por no haber tenido ocasión de escribir. Aunque he empezado a cumplirlo sin ella, ahora se la pido, y espero que no me la niegue V. Si no fuera

así, mi voluntad está pronta a seguir la obediencia. Aunque en algunas cosas tenga tantas faltas de voluntad, en ésta, como no le cuesta trabajo, no tiene en qué detenerse.

Voy a decir lo que me pasó el día tres. Me dijeron que un enfermo, para el que yo deseaba su salud, y se la pedía a Dios, estaba sin esperanza de quedar perfectamente bueno por lo natural. Lo sentí, porque me parecía muy útil la salud de esta persona para gloria de Dios, y empecé a pensar, qué haría yo que fuera agradable a mi Dios, y mereciera por su misericordia, alcanzar lo que deseaba, si convenía para gloria de mi Dios, y si no era su voluntad, yo me conformaría con la de mi Dios. En todo este tiempo que estoy pidiendo a mi Dios por esto, no había ofrecido hacer nada. Me había puesto a hacer algunos septenarios, a mi Señora y Madre de los Dolores, pero ninguno había acabado, porque nunca me ha sucedido lo que me sucedió en esta ocasión, que era olvidarme algunos días de hacerlo; lo volvía a empezar, y me volvía a suceder lo mismo. Lo más particular era que no se me olvidaba la necesidad ni dejaba de pedir en la oración. Viendo mi falta de memoria, no he querido volver a empezar ni novena ni ninguna otra cosa, y solo me contentaba con pedirlo a Dios y a mi dulce Madre. Pero este día, me vino el deseo de ofrecer a mi Dios alguna cosa, y no sabía qué hacer; le dije a María Teresa:

-Manda al señor san Joaquín y a la señora santa Ana para que alcancen el remedio de esto.

Me quedé pensando qué haría yo, y me vino al pensamiento un ejercicio muy ligero, pero me parece que por los efectos que causa en mi alma, es agradable a mi Dios. Ofrecí, si V. me daba la licencia, aunque sin obligarme si en ello faltara o fuera pecado, adorar a la Santísima Trinidad tres veces al día, señaladas a este fin, además de las que acostumbro hacer todos los días, y en ellas adorar a mi Dios por todas las criaturas que no lo hacen, y pedirle que les dé luz para que lo conozcan, y perdón para todas.

Esto es lo primero; lo segundo es adorar tres veces la santa Cruz, en honor de mi Señor Jesucristo, dándole gracias por mí y por todas las criaturas, por el gran beneficio de la Redención. Le pedía perdón por no aprovecharnos de ella como debemos, y gracia para corresponder agradecidos, y para que no se pierda el fruto de tan superabundante Redención.

Lo tercero: es alabar cinco veces los sagrados corazones de Jesús y de María, poniéndolos por intercesores para lo dicho. Esto ha sido lo que ofrecí, y empecé a cumplir.

El día de la Ascensión, me vino este pensamiento con tanta fuerza, que me hizo ponerlo por obra, siempre sujetando mi voluntad, a lo que V.R. dispusiera.

“Este día fue todo de recogimiento”

Mayo 8. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento interior en la presencia de mi Dios, y así me preparé para la comunión con la oración y ejercicios acostumbrados.

Como lo tengo dicho otros días, no me detengo en muchas cosas que no tienen nada de particular, y solo las apunto para que conozca V. lo que hago, y lo mismo

en el recogimiento, unas veces con sequedad, y otras con fervor. Como ya lo tengo explicado, me parece que cumpliré con lo dicho si no hay otra diferencia. Son muchas las diferencias que hay, unas son hijas de las otras, y V. las puede comprender con poco que le diga.

Por ahora no es menester escribir mucho, y cuando venga V. menos, porque hablar suplirá la falta. Temo que no sea pronto, pero con todo, Dios quiera que sea así, si es su santísima voluntad.

Este día fue todo de recogimiento, unos ratos con fervor y otros no.

Ya he dicho, que llamo "fervoroso", cuando está el alma tan encendida en el amor de su amado Esposo, que parece que se deshace en amor, y desea amarle más y más. Ya que no pueda hacerlo como se merece este Dios de amor, tengo el gran consuelo de poder, siquiera desearlo.

Otras veces, conoce el alma que tiene este mismo amor y deseos, pero no experimenta las dulzuras ni los consuelos, que no son para explicarlo, sino para experimentarlo. A esto lo llamo "estar con recogimiento, pero con sequedad". Estas dos cosas fueron alternando todo el día. Después de la comunión, fue lo primero que he dicho, que no sé cómo estuve, porque con el conocimiento de la más íntima unión con mi amado Esposo, derramó mi Dios en mi alma tan gran abundancia de consuelos, que no perdí los sentidos, pero tampoco estaba en mí. Así estuve la mayor parte de la mañana, y cuando después de la misa, tuve que irme a mi obligación, no sé cómo atendía a ella. Se puede decir, que quien me tenía de aquel modo, la cumplía por mí.

Después, ya en otra disposición, no me acordaba de nada de lo que había hecho. Había tomado los encargos, dados a sus dueños, y no me acordaba; pasé algunas vergüenzas, porque a una religiosa que me había hecho un encargo el día antes, la vi ir al torno, cuando ya estaba más cuerda, y le dije: que no había venido el encargo que me había hecho, a lo que me respondió: que si estaba tonta, pues se lo había dado en mano, que todo estaba bien, y hasta me dijo lo que le había dicho, pero aunque disimulé, yo no pude acordarme.

Esto mismo me sucedió con otras, pero ya tenía más cuidado. Todo me lo encontré bien hecho, los recados bien dados, sin saber que lo había hecho yo, pues de nada podía dar razón.No entiendo cómo es esto que me pasó este día, y me ha pasado otros que he salido mejor.

Algunos días ha permitido mi Dios que haya tenido algunas faltas, pero no en cosas esenciales, sino en frioleras, aunque por ello me haya resultado tener que padecer, y así he tenido algo que ofrecer a mi Dios.

Por todo sea alabado, pues en todo mi Dios busca mi alma con tanto cuidado, como si no tuviera otra cosa de más estima.

Bendito sea.

Padre mío, no sé cómo puedo acordarme de esto sin aniquilarme con el conocimiento de mi miseria e ingratitud. Este Dios amoroso está empeñado en buscarme por todos los medios con que su infinita sabiduría busca a las almas, y yo, parece que estoy empeñada en no corresponder como debo.

Bendito sea, que tanto me sufre y espera.

Alabada sea su gran bondad.

Hice todo lo ordenado.
Dios sea bendito. Amén.

Día 9. Hice lo acostumbrado al levantarme, con recogimiento, y así estuve media mañana; después, se ofreció una cosilla de mortificación, y aunque no dije más de lo preciso para dar satisfacción, tuve una falta de caridad; le dije a otra religiosa: que aquella criatura me había mortificado con sus tonterías. No era nada grave, pero lo debía haber disimulado, y no haber manifestado aquella falta de mal genio. Lo sentí bastante, y pedí perdón a mi Dios. Este es el modo con el que yo correspondo a mi Dios, y a las luces y doctrinas que da a mi alma en esta virtud, más que en otras. Esto es lo que puedo por mí sola.

Pasé lo que quedaba de día, humillada, pidiendo perdón, y con más cuidado de aprovechar lo que después se ofreció.

Hice todo lo ordenado, y no conocí otra falta, más que lo dicho.

Dios sea bendito y alabado. Amén.

Mayo 10. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Tuve la oración con recogimiento y fervor, y me preparé para la comunión como acostumbro. Después de la comunión fue mayor el fervor, porque mi amado Esposo encendió mi alma en su amor, y deseaba amarlo mucho, y agradarle, y que todas las criaturas lo amaran, y que no fuera ofendido. Éstas eran mis peticiones y deseos, y pasé casi todo el día pidiendo esto en su presencia que la tuve viva.

Hice todo lo ordenado, y no conocí faltas conocidas.

A Dios sean dadas gracias y alabanzas por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 11. Hice lo ordenado con recogimiento, aunque con sequedad; el resto del día estuve algunos ratos algo más fervorosa, y otros distraída; en estos, estoy más descuidada en el ejercicio de las virtudes, y siempre hay faltas; luego que las conocía, hacía lo que hago siempre: pedir perdón y procurar enmendarme.

Hice lo acostumbrado con algunas faltas como he dicho, de las que pedí perdón a mi Dios.

Sea alabado por su gran misericordia. Amén.

Día 12. Hice todo lo ordenado y fue en todo como ayer. No me acuerdo de otra cosa particular.

Dios sea bendito.

“la imaginación estaba tan inquieta…”

Día 13. Desde el principio, aunque no quería, estuve distraída; ni en la oración podía recogerme, porque la imaginación estaba tan inquieta que me mortificaba, pues mi alma quería otra cosa, y tenía que hacer actos de conformidad.

Así pasé todo el día; si me venía un poquito de fervor, se pasaba muy pronto, y quedaba con la misma sequedad.

En estos días, se presentan los temores, de que me parece que digo lo que no es. Ahora no les doy tanta entrada, y procuro desecharlos, no tan pronto como debía, y siempre me quedo poco satisfecha de mi explicación.

El día que tengo temores, por más que haga, siempre paso trabajos; conozco bien que si mi obediencia fuera como debía ser, no sufriría tanto. Quiero obedecer, y al mismo tiempo quiero dar crédito a mi juicio, lo que me hace pasar trabajos, que algunas veces no son chicos. Este día fue uno de los que todo lo que he dicho a V.R. de mi interior, me parecía mentira, y me venían unas razones tan acomodadas para creerlo así, que me tenía que hacer fuerza para hacer lo que V. me tiene ordenado. Una de las principales causas es que solo encuentro en mí miseria, tibieza y una virtud de deseos de boca, porque de obra, si Dios no lo hace todo, yo no hago nada.

No digo esto para que V. se canse en responderme, sino por darle cuenta de mi conciencia. En lo demás, tengo presente las doctrinas que V.R me ha dado, y acudo a ellas como puedo, aunque no como debo. Al menos éstas me sujetan bastante, que si no fuera por eso, no sé en qué pararía.

Hice todas las cosas ordenadas sin fervor, y costándome trabajo. Además de estar el alma padeciendo la sequedad, el cuerpo padecía también, pues me apretaron todas las cosillas que padezco, en particular el dolor de cabeza.

Dios sea bendito por todo, y porque me dio paciencia y conformidad con su santísima voluntad.

Mayo 14. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Tuve la oración con más recogimiento que ayer, pero el resto del día ya estaba de un modo, ya estaba de otro, unas veces con sequedad, otras fervorosa, aunque no distraída, porque no perdía la presencia de mi Dios, por eso no estaba todo tan malo, y aproveché todo lo que se ofreció.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

“me vino un dolor de cabeza tan grande…”

Día 15. Me levanté con recogimiento y fervor, y tuve la oración de contemplación en la grandeza de mi Dios, a quien iba a recibir. Me preparaba para la comunión como acostumbro, y después de comulgar, se aumentó más el fervor, pues me parecía que veía a mi amado Esposo tan dolorido, que me daba quejas de lo mucho que había padecido por nuestro amor, y lo mal que le correspondemos las criaturas. Se encendió más el alma en amor de aquella bondad infinita, y de dolor de verla ofendida, como ya he dicho en otras ocasiones.

Gasté todo el tiempo en dar gracias por mí y por todas las criaturas, y en pedir perdón por nuestras ingratitudes. Entendí que mi amado Esposo quería que padeciera en este día alguna cosa por su amor, hice un acto de conformidad, ofreciéndome para todo lo que quisiera hacer de mí, y dándole gracias por este favor que me hacía.

Estando en el torno, al instante me vino un dolor de cabeza tan grande, que no sé cómo pude resistirlo; parecía que me clavaban alguna cosa por la frente, y me salía

por los ojos, de modo que en todo el día no los podía abrir, más que una *miaja*[283] para poder ver por dónde andaba. No podía mirar a nadie, porque me dolía el corazón y la espalda; en fin, estaba toda hecha una miseria de dolores, que me apretaban más o menos, según la necesidad. Cuando se ofrecía alguna cosa de mayor atención o trabajo, se me templaban, y cuando esto faltaba se me estrechaba más. Conocí que era la voluntad de mi Dios, que no buscara alivio ni descanso, pues mi Dios y Esposo tenía el cuidado de dármelo cuando era necesario. Con esto se encendía el alma más en el amor y agradecimiento a mi Dios, y me daba una paz en el alma tan grande, que todo me era dulce. Cuando se estrechaban más los dolores, más serenidad y paz tenía en el alma, y yo continuamente alababa y daba gracias a mi Amado.

Pasé todo el día hasta la noche, aprovechándolo todo en el ejercicio de las virtudes, y haciendo todo lo ordenado menos la lección, porque no podía fijar la vista; no la necesitaba, porque tenía a la vista la lección viva de la vida y ejemplos de mi amado Esposo, dónde se aprenden todas las virtudes, y las enseña tan bien, que al que le ponen este libro por lección, no ignorara sus obligaciones.

Bendito sea tan buen maestro que no enseña solo con las palabras, sino también con los ejemplos.

¡Ojalá! me supiera aprovechar de tan buenos ejemplos, pero no me aprovecho como debo, por mi mucha miseria e ingratitud.

Alabada sea su misericordia que tanto me sufre.

Día 16. Al levantarme tuve la oración con fervor, y después seguí con la presencia de mi Dios, a quien con continuas jaculatorias alababa y daba gracias, y mi amado Esposo llenaba mi alma de grandes consuelos.

La noticia del alivio de V. me aumentó el fervor, y me hacía aumentar más las alabanzas a mi Amado. Tomé la pluma para escribirle, y tuve que rasgar el papel que escribí sin acabarlo, porque estaba algo loca cuando me puse a escribir.

Cuando se templó el fervor, tomé otro papel para poder escribir. Se lo mandé este mismo día.

Sea Dios bendito. Amén.

Mayo 17[284]. Amanecí con recogimiento y fervor, bien dispuesta para la contemplación, y como la festividad ayudaba tanto, fue todo el día igual.

Gracias a mi Dios que quiso que gozase de su presencia tan cerca, y que conociera que estaba mi alma unida a este Dios de amor con un conocimiento muy claro, que aunque me hubieran dicho otra cosa, no me parece que pudiera haberlo creído, pues mi alma estaba llena de mi Dios, y solo se encontraba en su Dios.

Padre mío, yo no sé cómo he de decir esto, pues estas cosas son para experimentarlas, y no para que las expliquen tontas como yo que no sé decir nada de lo que hace este Dios de amor con las almas, y aunque quiera poner alguna comparación, veo que no digo nada, porque es mucho lo que Dios hace, y nada lo que la criatura puede decir.

[283] Migaja: porción pequeña de algo.

[284] Domingo de Pentecostés.

¡Ojalá! que experimentaran todas las almas la gran bondad y misericordia de mi amado Dios, y no pusieran con sus culpas, impedimento a la comunicación de sus divinos dones. Este Dios tan grande y liberal, da tanto, que el que lo recibe no lo puede comprender; se ve como anegado en un mar inmenso, y si le sucede a una criatura llena de miseria, que lo único que ha hecho en toda su vida ha sido corresponder a la bondad de este Dios con ingratitudes ¿qué hará con las que le son fieles?

Siempre sea bendita la misericordia de mi Dios, que quiso en este día hacer con esta esclava ingrata, lo que podía haber hecho, con una esposa querida y fiel, pues ha derramado en mi alma, desde la comunión, la abundancia de su amor, y ha quedado mi alma tan encendida y unida por amor a su Dios, que parecía, como he dicho, que no se encontraba, porque dichosamente se había perdido en su Dios, dónde estaba como escondida, y gozaba, y no sé qué hacía, además de amar.

Esto, todo el día no fue igual, pues unos ratos más que otros, siempre estaba unida a su Dios, solo que unas veces quedaban las potencias con uso, y podían obrar, y otras no. Cuando podían obrar, como estaban inflamadas en el amor de su Amado, hacían obras de los actos de las virtudes, sin dejar un instante de vacío, y resultaba que volvían a quedar otra vez perdidas.

Padre mío, no sé si V.R. me entenderá, porque yo conozco bien que no me explico, pero gracias a mi Dios, que ya que no me ha dado saber explicarme, me ha dado quien me entienda; me parece a mí, que más me va a entender quien tenga experiencia, que solo ciencia.

No digo más de este día, porque no sé explicarlo; solo diré: que recibí mucho de mi Dios, sin merecerlo.

Bendita sea por siempre su infinita misericordia, bondad, amor y liberalidad con la que favorece a las almas.

Alabado sea eternamente. Amén.

Hice todo lo ordenado; de estos días no hay nada que decir, porque como todo me lo dan hecho sin trabajo, no queda nada por hacer, y todo parece poco.

Gracias a Dios por todo. Amén.

Día 18. Pasé el día casi como el de ayer, también con recogimiento, pero no tanto como ayer, que me perdía en mi Dios, y este día no fue con tanta frecuencia, aunque me ocupaba en continuas alabanzas y peticiones.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito.

Mayo 19. Pasé bien la mañana de este día con recogimiento, aunque no tan fervorosa como el otro día. Por la tarde, ya estuve más distraída, y daba lugar o entrada a temores y dudas, sobre lo que había experimentado en estos días. Procuraba desecharlos, y me dio motivo cuando vi el alivio, tan chico de V, y que no era su curación milagrosa como yo esperaba. A pesar de todo lo que me vino en contra, esperaba en la misericordia de mi Dios, pues estaba convencida, de que el alivio que V. experimentara sería milagroso, y cuando lo vi, me pareció que era natural. Esta fue la causa para desconfiar de todas mis cosas, y tuve alguna guerra, procurando

desechar, cuanto podía, estos pensamientos que con tanta facilidad vienen a mí, y en cualquier cosa tienen agarradero.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito.

Día 20. Este día tuve la presencia de Dios, y mi alma estaba recibiendo grandes consuelos, unas veces más que otras. El alma estaba un poco encendida, de modo que, con cualquier cosita se avivaba la llama, y se llenaba el alma de dulzura, alababa a mi Dios, aprovechaba las ocasiones que se ofrecían, y ejercitaba los actos de las virtudes interiores. Tengo poca oración, como ya he dicho en otras ocasiones, porque estoy sola en la obligación, como V. sabe, y no tengo tiempo; con todo, el día que estoy así, estoy bien, y no me hace falta el retiro, porque Dios lo hace todo, gracias a su misericordia.

Dios sea bendito. Amén.

Día 21. Éste fue como el de ayer. No me acuerdo de otra cosa.

Días 22 y 23. No me acuerdo de estos dos días más que de haber tenido algo más que padecer, con mis achaquillos, y haberme sido más penosas todas las cosas, porque el alma estaba con más sequedad. Cuando estoy así, como soy tan miserable, todo me cuesta trabajo, pero me parece que no desperdicié nada, pues tuve paciencia y conformidad en todo. Con deseo de agradar a mi Dios, le pedía que me ayudara para que en todo hiciera su santísima voluntad, humillándome en su divina presencia, reconociendo mi nada.

Hice todo lo ordenado como podía, aunque no como debía.

Dios sea bendito por todo. Amén.

“desdichado el árbol que da el fruto a palos”

Día 24. Este día amanecí con recogimiento, bien dispuesta para la contemplación. Todo él lo pasé, con gran claridad en el alma para conocer el misterio de la Santísima Trinidad, lo que me traía libre de poder ocupar las potencias de mi alma en otra cosa. Gracias a mi Dios, no tengo que decir nada nuevo, más que lo mismo que he dicho otras veces en estos días, que mi Dios me hace el beneficio de llenarme con mayores conocimientos de los misterios de nuestra santa fe, y el alma queda anegada en la grandeza de ellos. No sé decir nada, pues lo que pudiera decir, lo he dicho otras veces. Todo el día la unión fue íntima, mi alma recibía mucho, y correspondía cuanto podía, con lo mismo que recibía: amando, alabando, dando gracias y pidiendo todo para mí, y para todas las criaturas, porque como no deseaba otra cosa más que la mayor gloria de mi Dios[285], a este fin se encaminaban todas las cosas.

Dios sea bendito. Amén.

Temo que no le agrade a V.R. mi breve explicación, pero por ahora, no puede ser más larga; como ya tengo escrito de esto en otras ocasiones, me parece que podrá

[285] Frase de San Ignacio de Loyola.

pasar, pues no hay ninguna cosa nueva que decir. Solo insinuándolo no me parece que le quite a mi Dios el honor y gloria que debo darle, por la gran misericordia con que favorece a la más ingrata de todas las criaturas.

No quiero faltar a mi deber, pero como lo he escrito tan ligero, la conciencia teme que no pueda pasar. Hoy no estoy para escribir, y lo hago, gracias a la obediencia, que me obliga a hacer lo que no quiero ni puedo.

Dios tenga misericordia de mí, pues con razón puedo temer.

Desdichado el árbol que da el fruto a palos como dice un adagio; y eso es lo que me sucede a mí, que hago la voluntad de mi Dios a fuerza de avisos, y sin ellos, lo que me cuesta trabajo, lo ando retrasando todo lo que puedo.

Dios tenga misericordia de mí. Vuelvo a decirlo, porque esto es lo que tengo que decir a toda hora, pues es grandísima mi ingratitud.

Bendito Dios que tanto me sufre.

El día que mi amado Esposo me deja un poquito a solas, caigo en tantas ingratitudes, que toda la luz que he recibido para mi bien, la oscurece mi miseria, y vuelvo a faltar a los propósitos que hago en los días claros, y a caer en las faltas acostumbradas.

Estos días, me he dejado llevar un poco de mi repugnancia a escribir, por las causas que V. sabe, que yo temo hacerlo. Cuando me dejo llevar una vez, la repugnancia que yo le tengo por mis temores, que no se acaban nunca, toma más cuerpo. A esto se junta como disculpa verdadera, las pocas ocasiones que tengo para hacerlo. La conciencia no deja de avisarme de mi descuido, pues en los días que he podido, han sido en los que he estado con menos disposición de hacerlo, y a pesar de todo, he escrito lo que va, y lo he hecho después de las once de la noche, como esta noche, que me he puesto a acabarlo a esta hora, después de haber pasado el día con el dolor de cabeza y de ojos, de los fuertes. Todo el día ha sido muy trabajoso para el cuerpo, pero el alma ha estado favorecida por su Dios y Esposo amabilísimo, porque su bondad no atiende a mis ingratitudes para favorecerme.

Bendito sea eternamente.

Todas las criaturas le alaben por mí.

No digo nada de ahora, porque lo diré cuando dé cuenta de este día, si no se me olvida, y si me acordara de otra cosa, entonces lo diré, porque esta noche, no puedo detenerme a escribir más, por lo tarde que es, y por lo mala que he estado hoy; no me hubiera puesto a escribir, si no hubiera sido, porque María Teresa me dio el recado de V. para que escribiera, aunque estuviera mala. Esto me ha hecho hacer este poquillo para mandarle lo que tengo, pues gracias a Dios lo he hecho sin trabajo, y aun podría seguir, toda la noche.

Dios sea bendito.

Mayo 25. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento, y así tuve la oración, contemplando el inmenso amor de mi Dios para con sus criaturas, y la ingratitud con que le correspondemos. Me causaba en el alma afectos de amor, dolor y agradecimiento.

Ocupé todo el día en los actos de estas virtudes. Deseando amar mucho a mi Dios, y que todas las criaturas lo amaran, sentía haberlo ofendido, y que fuera ofendido por

las demás criaturas, y agradecía, por mí y por todas las criaturas, todos los beneficios que nos ha hecho su inmensa caridad.

Estas fueron las cosas que traían ocupada el alma en este día, en medio de mis ocupaciones, y era así, porque mi Dios estaba presente y me ayudaba, gracias a su misericordia, llenando mi alma de grandes consuelos, con su presencia viva.

Hice lo ordenado, porque en estando el Esposo del alma presente, por descuidada y perezosa que ésta sea, se hace cuidadosa.

No conocí faltas.

Bendito sea su amor, su bondad y misericordia por siempre. Amén.

"muchos pobres"

Día 26. Éste hice lo ordenado con sequedad; al principio sin distracciones, pero después con distracciones y miserias a montones, pues hasta el genio se me puso tan desabrido, que todo me fastidiaba.

Tuve bastante trabajo, porque tengo que bregar con muchos pobres, que parece que le mandaron este día, que me mortificaran, y como yo estaba poco sufrida, tenía que sujetarme mucho para no enfadarme; con todo, les respondía algunas veces fatigada, y esto me llenaba más de fatiga, y me daba pena de haberles hablado con alguna aspereza, y me fatigaba mucho más, porque me acordaba de que yo era una pobre inoportuna a las puertas de mi padre Dios, porque quiero que me oiga, y me sufre continuamente. Cuando me acordaba de que en los pobres había que mirar a mi Señor, con pena pedía perdón a mi amado Esposo y Señor.

Todo este día se me fue en caer y levantarme. Por su misericordia, mi Dios no me dejó caer en cosa grande, porque con sus divinas inspiraciones, estaba continuamente acudiendo, y cogiéndome con su mano poderosa para que no cayera, y además hacía que conociera mi nada.

Tuve descuidos en las cosas ordenadas, en las comuniones espirituales, y en pedir la bendición y licencia a mi amado Esposo y dulce Madre. Mi Dios me hacía conocer pronto, todos estos descuidos, pedía perdón, me enmendaba por otro poco de tiempo, pero volvía a caer en las mismas faltas.

Pasé el día con los temores que me venían de cuando en cuando, y les daba entrada, porque como me veía tan miserable, y veía con toda claridad que mis temores eran verdad, les daba entrada a lo de siempre. En medio de todo esto, acudía a mi Dios, a quien deseaba agradar y no ofender.

Este día, también tuve el pensamiento, que ya había tenido otros días, y lo había desechado, acerca del alivio de V.; yo lo tuve por milagroso, pero desde que lo vi, me ha dado guerra el pensamiento de que no lo era, aunque en mi interior, a mí me parecía que sí. Este día, como he dicho, creía que no había sido un milagro, y me dije: que las obras de Dios son perfectas, y si el alivio hubiera sido por un milagro, no sería tan imperfeto[286].

Estando con este pensamiento, sentí en mi interior como una reprensión por mi poca fe, y me parecía que me decía:

[286] El padre Tendero había quedado con cierta cojera.

-Mis obras no son imperfectas. Las dispongo con altísima sabiduría, al fin que más conviene para mi mayor gloria.

Conocí que no había llegado la hora de acabar de perfeccionarse su perfecta salud, pero que llegaría y que no tardaría.

A mí me ha parecido que la curación no será por medio de medicinas, sino cuando se cumpla el tiempo que mi Dios tiene dispuesto, y siempre por mano del Señor.

Sigo con mi ejercicio.

Al Señor le agrade mi deseo, que causa a mi alma los mismo afectos, que dije en otra, pues aunque sea en los días de sequedad, se enciende el alma en deseos, de que su Dios sea conocido, amado y servido en todo, y solo quiero que se haga la amabilísima voluntad de mi Dios, en la tierra como en el cielo. Por mi miseria, si alguna vez no lo he querido, en mi alma no encuentro otro querer, más que el de hacer la voluntad de mi Dios.

Dios sea bendito alabado y glorificado. Amén.

Día 27. Tuve la oración con recogimiento y fervor, pero después me quedé con alguna sequedad, aunque con recogimiento en la presencia de mi Dios, y así estuve la mayor parte del día. Algunos ratos, mi amado Esposo encendía mi alma en su amor, y me venía de repente el pensamiento, de que este amor le hizo quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento, lo que hacía que mi alma se deshiciera en afectos de agradecimiento amoroso, dándole gracias por mí, y por todas las criaturas.

Pasé el día unos ratos muy fervorosa, y otros menos, pero siempre en la presencia de mi amado Señor. Aproveché todas las ocasiones de ejercitar las virtudes, y ofrecía a mi amado Esposo todos los trabajillos que tuve, que no me faltaron, sobre todo por la falta de salud, pues este día estuve muy echada a perder, y como hago todo lo que es mi obligación, como si estuviera buena, en estos días, me cuesta más trabajo.

Doy gracias a mi Dios, que me da, por su misericordia, alguna cosa que padecer por su amor, y como mi Dios me ayuda a llevarlo, tengo poco que hacer.

Dios sea bendito y alabado. Amén.

Día 28[287]. Con recogimiento me preparé para la comunión, haciendo lo acostumbrado; después de la comunión fue mayor el recogimiento, porque me sucedió lo que otras veces, que me parecía que estaba mi alma tan unida a mi Dios, que no podría separarse nunca. En esta ocasión, no hacía nada más que recibir, pues mi Dios me llenaba de su amor con tanto consuelo, que no sé explicarlo. Me quedé para todo el día tan encendida, que todo lo hacía solo por amor.

Si yo hubiera podido hacer que todas las criaturas amaran a mi Dios, lo hubiera hecho, pero como no podía, por lo menos lo deseaba con ansia, y se lo pedía a mi Dios, que es poderoso, que lo hiciera; al mismo tiempo, sentía tanto que fuera ofendido, que no pensaba más, que en desear desagraviarlo en el modo que fuera posible. A este fin dirigía todas mis obras, y las ofrecía todas, en particular durante los días de la octava, con mi alma ocupada en los actos de las virtudes.

[287] En 1812, Solemnidad del Corpus Cristi.

Por la mañana, a la hora de la procesión, se avivaron más estos deseos. Deseaba adorar a mi Dios, que andaba en este Sacramento de amor, y me parecía que iba mi alma a los pies de la custodia donde adoraba a mi Dios, y lo alababa, y le pedía mercedes para todos.

En la oración de la tarde, me parecía que de nuevo, mi amado Esposo manifestaba a mi alma la grandeza de su amor, y la ingratitud con que correspondemos a este beneficio, con lo que se renovaron mis ansias y deseos. Me ofrecía a mi Dios, y me parecía que me encargaba, como a esposa, que celara su honor, dando este día a mi alma nueva gracia.

Dios sea bendito.

"si yo quería como Esposa, participar de sus dolores"

Mayo 29. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Tuve la oración con recogimiento, preparándome en ella para la comunión. Después de comulgar, me sucedió lo que me ha sucedido otros muchos viernes, que tenía a mi amado Esposo Jesús en mi corazón, que le manifestaba a mi alma lo mucho que había padecido por mi amor, y me parecía que me decía: que si yo quería como Esposa participar de sus dolores. Yo me ofrecí para que mi Amado hiciera de mí lo que quisiera, como dueño absoluto. Al instante, me vinieron tan grandes dolores, que no sé cómo pasé el día sin caer en cama, pues otros días que me ha sucedido esto, no he podido resistirlo de pie. Este día lo pude hacer, con gran trabajo, pues el dolor del corazón, y el de cabeza y ojos me apretaron tanto, que solo podía abrir los ojos un poco con mucho trabajo, y me lo conocía cualquiera que me mirara. Además con tanta falta de fuerzas y debilidad de estómago, me costaba mucho trabajo hablar, cosa que me era tan precisa en mi obligación para atender a muchas cosas, y hablar con muchas personas. Disimulaba lo que padecía, todo lo que podía, aunque no tanto como yo quisiera. Algunas se ofrecieron a quedarse en mi lugar para que me fuera a la cama, pero no lo admití, porque de aquel modo podía padecer más, pues conocía que era la voluntad de mi Dios que no dejara la obligación, cuando permitió, que la prelada no conociera cómo estaba, pues no me preguntó, si estaba mala o no.

El Dios de misericordia que me lo había dado, daba a mi alma tan grandes consuelos, que me era muy dulce padecer, al mismo tiempo, que me parecía que estaba siempre junto a mí. En lo más trabajoso, me acordaba de lo mucho que había padecido mi Señor, y me hacía la misma pregunta: que si quería padecer por su amor, que lo recibiera con agrado. A cada instante, se encendía más el alma en deseos de padecer, viendo que le gustaba a su Esposo, y se ofrecía para darle gusto, deseando que de ello resultara gloria a mi Amado.

Así pasé este día hasta cerca de la noche, que se mejoró la cabeza, en lo que cabía, aunque de las demás cosas quedé regular. Seguí haciendo todas lo que tenía que hacer, y a las once de la noche, me puse a escribir el último medio pliego que tenía empezado, y acabé como si nunca hubiera tenido mala la cabeza. Parece que es demasiada menudencia, pero como me parece que no podía ser por lo natural, no quiero dejar de decirlo para dar gloria a mi Dios, pues según tenía la cabeza,

me hallaba dispuesta para poder escribir, toda la noche. No lo hice, para que no se notara, que me acostaba muy tarde.

Dios sea bendito por todo.

Hoy me ha sucedido lo mismo: he tenido dolor de cabeza, no tan grande como el de ayer, me puse a escribir, y al primer medio papel, ya estaba la cabeza buena; he seguido hasta los tres, y la siento tan buena, que podía estar hasta la mañana. Lo hace Dios, porque quiere que sea obediente, y no me valgan disculpas cuando tengo repugnancias, pues poniendo de mi parte un poquito, Dios me ayuda un todo.

Alabada sea su misericordia.

Padre mío, como soy tan miserable y tan mudable, algún día sentiré no tener esta callejuela por donde salir, pero ahora que estoy libre de esta tentación que tanto me combate, lo digo para que no me perdone V. nada, sino que me haga caminar con fuerza, por el camino que mi Dios quiera que vaya. Dios le ha dado mucha fuerza a sus mandatos, y me levantan, con solo una palabra.

Dios sea bendito.

Mayo 30. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento, y seguí todo el día en la presencia de mi Dios. Aprovechaba todas las ocasiones que se ofrecían en que podía hacer algo por mi Dios, ayudada de mi dulce Madre, pues me parecía, como he dicho otras veces, que estaba junto a mí. Me acordaba de lo mucho que debo a mi Dios, y de la ingratitud con que le correspondo. Estos avisos causaban en mi alma los mismos afectos, pues me recordaban mi humillación y dolor por mis ingratitudes y pecados, y afectos de amor a mi Dios, y de agradecimiento, que tuvieron ocupada mi alma todo el día.

Hice todo lo ordenado, no conocí faltas, por lo dicho: porque tenía quien me diera las cosas hechas.

Sea dada a Dios gloria y alabanza por todos los siglos de los siglos. Amén. Y a mi Señora y Madre amabilísima, también.

Gracias a Dios.

Amado sea Dios.

Día 31. No tuve la oración, porque tuve ocupación desde el instante que me levanté, y no terminé hasta las horas, y lo sentí, por ser día de comunión. En medio de mis ocupaciones, pedía a mi Dios y a mi dulce Madre y Señora que me prepararan, como tengo por costumbre. No estaba fervorosa, pero sí recogida, y lo mismo estuve después de la comunión. Luego me estrecharon los achaquillos, y durante un rato, me hicieron no estar para nada, aunque siempre en la presencia de mi Dios, a quien amaba; parecía que no, porque no podía hacer nada por mi amado Esposo, pues estaba como un enfermo que no tiene habla, y aunque quiera manifestar alguna cosa, no puede, y solo puede comunicar por señas lo que quiere decir. Digo yo, que me parece que lo mismo le sucedía a mi alma, que no podía explicar ninguna cosa. Las señales que tenía eran de amor, y deseos de amar más y más, pero el cuerpo le servía de estorbo.

Me puse en disposición de tener que acostarme un rato, y en este rato fue más el deseo de amar, y de ser toda de mi Amado.

No sé cómo pasé el día, pues estaba más tonta que otra cosa; yo no me entendía ni pensaba en nada, durante el tiempo que estuve así, que fue la mayor parte del día.

Por la noche estuve más fervorosa, pero no me acuerdo de cosa particular, más que de lo dicho.

Dios sea bendito. Amén.

"como si se echara en el mar una poca de agua"

Día primero de junio. Tuve la oración con recogimiento y fervor, y así me preparé para la comunión; después de la comunión fue mucho más, porque quedó el alma como anegada en aquel mar inmenso de la Divinidad, y porque le fue dado un conocimiento más claro, del misterio de la Santísima Trinidad con lo que el alma, no sé cómo se perdió en aquel mar; como si se echara en el mar una poca de agua, todo se haría una misma cosa, aunque no lo fuera, pero la grandeza y muchedumbre[288] del mar, no dejaba que se distinguiera la poquedad del agua que entraba. Me parece que igual le sucede al alma en estas ocasiones, en las que se ve tan unida a su Dios.

Padre mío; no sé si con esto digo algo que pueda manifestar la gran misericordia de mi Dios, que hace estas cosas para ostentación de su infinita misericordia y liberalidad con las almas, y con la mía más, aunque sea tan ingrata.

Si no fuera porque por no decir estas cosas sería mayor mi ingratitud, no diría nada, pues no las sé explicar ni las puedo explicar; lo hago con tanto temor, que me quedan temores de no hacerlo como debe ser, y decir más de lo que es, dándoles otro sentido por explicarlo mal. El hacerlo por obedecer, suplirá las faltas que haya, y mi Dios le dará a V. la inteligencia, de lo que mi Dios verdaderamente, hace conmigo.

Me quedé tan inflamada en su amor después de la comunión, que me duró todo el día, con las potencias del alma ocupadas con su Dios, que derramaba en mi alma grandes consuelos, como un suave viento que hacía encender más en mi alma la llama de amor, y mientras ésta más subía, más deseaba amar a su Dios.

Así pasé todo el día. Algunas veces, me parecía que mi amado Esposo le decía a mi alma: que toda era suya, y mi Amado todo para mí. El alma se derretía, y repetía las mismas palabras, pues deseaba con ansia, ser toda de su Amado, que no hubiera ningún estorbo que lo estorbara, y le decía:

- Amado mío, quita de mí todo lo que no sea tuyo.

Le decía muchas cosas más, porque mi amado Esposo me sacaba de tino, y me traía medio loca.

Ahora, como no estoy en aquella disposición, no puedo escribirlo, pero ya con lo dicho, podrá V. conocer la gran bondad de mi Dios, con la más ingrata de todas las criaturas.

Bendito sea por siempre.

Decía este día: que yo no sé, cómo todas las almas no se abrasan en el amor de este Dios tan bueno. Tenía un deseo tan grande de que todas las criaturas lo conocieran, que algunas veces decía, como convidando a todos, que vinieran a gustar, y ¡oh! verían cuan suave, amoroso, rico y hermoso es este Dios. Tenía deseo de escribir una

[288] Abundancia de personas o cosas.

carta de convite para todos, y decirles: cuan digno de ser amado era mi amado Dios, y cuan aborrecible el pecado que nos aparta de este Dios; pero no tuve proporción de escribir aquel día, y ya no puedo hacer lo que aquel día hubiera hecho, porque al no estar tan fuera de mí, como estaba este día, no puedo decir nada; aunque los deseos de mi alma son los mismos, no siempre está el alma fervorosa para poder hablar sin miedo ni cortedad.

Hice lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

Día 2. Me levanté con alguna sequedad, pero con recogimiento. Durante todo el día, estuve, algunos ratos, algo distraída, aunque poco, porque pronto lo conocía, y procuraba enmendarme; ya estaba fervorosa, ya miserable, y el mayor tiempo con sequedad, pero cuidadosa de aprovechar todo lo que se ofrecía que pudiera agradar a mi Dios, que era lo que deseaba. Los ratos que me distraía algo, era cuando me iba a detener un poco en pensamientos inútiles, pero la mano de mi Dios, con nuevos auxilios me detenía para que no perdiera el tiempo. Mi alma conocía el beneficio de mi Dios, y ésta era la causa que levantaba mi corazón, que lleno de agradecimiento, deseaba corresponder, y sentir mi ingratitud.

Este día, tuve algunos descuidos en las cosas ordenadas, aunque cuando conocía haberlos tenido, ponía mayor cuidado, y pedía perdón.

Dios sea bendito. Amén.

Día 3. Fue como ayer, sin diferencia que recuerde.

Dios sea bendito. Amén.

“buscar mi morada en su Sagrado Corazón”

Día 4. Desperté con recogimiento y fervor. No tuve rato de oración por falta de tiempo, pero mi Dios me concedió tenerla en medio de los demás cuidados de mi obligación, y me puso tan presente el beneficio de la institución del Santísimo Sacramento, que parecía que estaba viendo a mi amado Esposo, lavar los pies de sus discípulos. Sacaba deseos de imitar a mi amado Esposo en su grandísima humildad e infinita caridad, porque mi Dios me daba mucha luz de estas dos virtudes. Deseaba que mi Dios purificara mi alma para llegar a recibirle en la comunión que esperaba, y así se lo pedía a mi Señora y Madre.

Con estas consideraciones y peticiones, estuve recogida hasta que comulgué. Llegué a comulgar, como si fuera una de aquellas almas que tuvieron la dicha de hallarse en la institución de este sacramento de amor. Llena de agradecimiento amoroso, y conocimiento de mi nada y miseria, estaba humillada, pero después de la comunión, no puedo explicar los consuelos que mi amado Esposo derramó en mi alma. Me parecía que lo tenía en mi corazón, y manifestaba a mi alma la grandeza de su amor para con las almas, lo mucho que había hecho por ellas, y en particular por la mía. Me daba claro conocimiento de los muchos beneficios particulares que me había hecho y, en esta ocasión, me convidaba a buscar mi morada en su Sagrado Corazón, mostrándome la llaga hermosísima de su costado, donde quería

que estuviera escondida. Así me parecía que me estaba pasando, y el alma estaba tan encendida en el amor de mi amado Esposo Jesús, que se deshacía.

De esta forma pasé el tiempo de la misa y otro poco más, pues tardé un poco en ir al torno, hasta que me di cuenta de que se había acabado la misa, y tenía que ir a la obligación. Al instante me fui tan recogida en la presencia de mi Dios, que estaba en medio de mis cuidados como si estuviera en la oración. Seguí así la mayor parte de la mañana hasta cerca del mediodía, que aunque no estaba distraída, no estaba tan fervorosa.

A mediodía, estaba acabando de despachar para cerrar, cuando llegó un pobre pidiendo limosna, por el Santísimo Sacramento. Solo con oír nombrar al Señor Sacramentado, mi corazón fue herido de amor, de modo que apenas pude despachar al pobre. Al instante que lo hice, cerré, y me di por rendida, pues me quedé sin fuerzas, y me parecía que moría por mi Amado. Cuanto más sin fuerzas me hallaba, más amor sentía mi alma, y más, cuando oí a mi Esposo amado:

-Hermosa eres para mí. En ti quiero tener mis delicias. Descansa en mí.

Y me pareció que descansaba en los brazos de mi Amado.

Explicar las dulzuras y consuelo de mi alma en esta ocasión, no es posible; solo experimentándolo se puede comprender, cómo me sucede a mí tan ingrata y miserable, y solo por la misericordia de mi Dios, aunque no lo sepa explicar. ¡Ojalá! haya muchas almas, que lo sepan por experiencia para gloria de mi Dios, y para que tantas almas no vivan engañadas en los miserables y aparentes gustos del mundo. No hay verdadero consuelo ni gozo ni gusto ni alegría, sino en Dios. Éste solo es el que llena el alma, y en este Dios está todo, pues es riquísimo y liberalísimo. Mi Dios es más hermoso que todas las hermosuras, es bueno, amoroso y santo, es todas las cosas por esencia.

Esposo mío ¿por qué no te buscan con ansia todas las criaturas, y buscan los charquillos cenagosos del mundo, con tanto afán, que no temen ofender tu bondad, por lograr estos aparentes gustos de la tierra? Yo lo conozco mi amado Señor: es porque cierran sus ojos para no verte, y sus oídos para no oírte; quieren oír al lobo que los devora, y no quieren oír el silbido de su buen pastor, que los llama a su rebaño para alimentarlos con el pan de su doctrina y ejemplos, y se van a buscar las yerbas dañosas, llenas de veneno.

¡Ay Amado mío! qué gran dolor, que a los que llamaste a tu rebaño y marcaste con las señales de tu Pasión, dejen al Creador por las criaturas, y al Señor por el esclavo, pues esto hacemos, cuando no seguimos la voz de nuestro Dios.

¿Qué ingratitud puede ser mayor?

¡Ay amado Dios y Esposo mío! yo soy una de estas criaturas ingratas, pues muchas veces, he cerrado mis oídos para no oír tu voz, porque quería seguir mi voluntad, mi amor propio, y los respetos humanos.

Bendita sea tu misericordia, que tanto me ha sufrido, y me ha hecho el beneficio de que lo reconozca.

Amado Señor y Dios mío amabilísimo, dame la gracia eficaz para enmendarme, y no apartarme jamás del cumplimiento de vuestra santísima voluntad.

Para todos pido: que conozcan sus yerros con verdadero dolor y gracia eficaz para enmendarse, y de este modo, seáis amado, alabado y servido por todas las criaturas.

Así sea.

“ha llamado a la puerta dos o tres veces”

Padre mío, yo me he ido metiendo en una ensaladilla, que ya no me acuerdo qué estaba diciendo de este día; iba a seguir para concluir, si me hubieran dejado. No sé quién ha llamado a la puerta dos o tres veces, pero no he encontrado a nadie. Me disponía a seguir, y me sucedía lo mismo, con lo que corté el hilo, y me fui a acostar, porque eran las doce de la noche, y temía que me echaran de menos en el dormitorio; si no, estaba dispuesta para seguir escribiendo. No sé si era el enemigo quién me inquietaba; si lo hubiera sabido me hubiera estado quieta, pero como no sabía si sería la prelada, temía que me viera estar escribiendo de noche, porque como llevo algunos días de estar tan quejumbrosa con la cabeza, no le haría mucha gracia, y para evitarlo, lo dejé.

Además de lo dicho, no me acuerdo de otra cosa en este día. Acabó como empezó: recibiendo mucho de mi Dios, y mi alma, en cuanto podía, correspondía agradecida a su amado Dios, procurando con todo cuidado, ejercitarse en los actos de las virtudes. Como mi Dios estaba conmigo, no había nada dificultoso, todo era fácil.

Hice todo lo ordenado, y no conocí faltas.

Por todo sea Dios glorificado, alabado y amado por todas las criaturas, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Día 5. Me levanté con recogimiento y fervor, y así seguí hasta después de la comunión. Me puse tan tonta, que no sé si hice algo de provecho, pues estaba como cargada de sueño, de modo que no estaba para nada, y pasé este día como una tonta. Yo sé que mi alma amaba a su Dios, pero no podía hacer nada por mi Dios.

Así pasé casi todo el día, hasta el fin de la tarde que me hablaron de algunas necesidades de mis prójimos, y esto hizo que despertaran las potencias de mi alma, que estaban adormecidas, y se avivaron para pedir a mi Dios por aquellas necesidades.

Hice lo ordenado, y acabé el día fervorosa.

Dios sea bendito.

Día 6. Tuve poca oración con recogimiento, y todo el día en la presencia de mi Dios, conociendo en mi alma la protección de mi Señora y Madre, como ya he dicho en otros sábados. Como tenía quien me ayudara y me avisara, tenía cuidado de aprovechar las ocasiones de ejercitar las virtudes.

Hice todo lo ordenado, y no conocí faltas, gracias a la infinita misericordia de mi Dios, que todo lo hizo. Alabada sea su bondad por todos los siglos de los siglos. Amén, y mi Señora y Madre santísima, también.

“una candela oculta”

Día 7. Con recogimiento y fervor, me preparé para la comunión como acostumbro; después de comulgar, fue mucho más el recogimiento por la unión más íntima.

Durante toda la mañana, quedaron las potencias del alma tan embebidas, que no podía el entendimiento pensar en otra cosa, más que en la grandeza de su Dios, ni la memoria podía acordarse de otra cosa, más que de su Dios, a quien tenía presente,

y la voluntad deseaba amar más y más, y que todos amaran a un Dios tan digno de ser amado.

Por la tarde, no fue tan grande el recogimiento, pero con todo, estaba atenta a la presencia de mi Dios, que algunos ratos, encendía mi corazón tan fuertemente, que me hacía desear amarle mucho, y ni siquiera esto me consolaba. Ya que no puedo amarlo como se merece, y como debo amarlo, me consuela, siquiera el desearlo con ansia. Mi Dios me da algunas veces estos deseos tan vivos, que quisiera que mi Dios se los diera a todas las criaturas, porque entonces, si no hay ninguna tan ingrata como yo, todas amarían mucho a mi Dios.

¡Ojalá! que todos lo amaran, y nadie lo ofendiera, porque es digno de ser amado y servido.

Padre mío, ámelo V. muchísimo, y alábelo V., porque se lo merece. Como Dios le ha dado el ministerio de poder llevar almas al verdadero conocimiento de Dios, y enseñarles el camino para que lo busquen, trabaje usted mucho para llevar muchas a mi Dios; que solo mi Dios sea amado por muchas almas, y que solo den entrada en sus corazones a su Dios, que es todas las cosas, pues solo Dios basta.

Padre, no haga V. caso de mí, que algunas veces me pone mi Dios en una disposición, que daría gritos para decir a todas las criaturas, que amaran a mi Dios; como no lo puedo hacer, me sucede como el que quiere tener una candela oculta, que si tocan un poquito por donde pueda salir la llama, sale sin poderse detener, y es menester huir, donde nadie la toque, porque si no, los abrasa a todos. Me veo tan miserable, porque mis obras no acompañan a mis deseos, y no quisiera ponerme a escribir cuando estoy así, pues aunque me sujete mucho, al fin digo algunas cosas que no quiero. Ésa es la causa por la que no quisiera escribir sintiéndome un poco fervorosa, como ya he dicho, porque digo: que haré, y luego no hago; que deseo, pero no los pongo por obra como debía.

¿Qué satisfacción puedo yo tener? El hijo que manifiesta que no quiere obedecer a su padre, pero después lo hace, es obediente; pero no lo es, el que dijo que lo haría, y no lo hizo. Es lo que me pasa a mí; estando a la vista de mi buen Padre Dios, digo que haré, porque estoy gozando de sus regalos, pero después, no cumplo lo que prometo.

Dios tenga misericordia de mí.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea alabado y bendito. Amén.

Junio 8. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento en la presencia de mi Dios, pero no tuve la oración, porque no me dieron tiempo. Ahora, algunos días, como no me levante antes de lo acostumbrado, no puedo tenerla, y solo puedo hacer una visita a mi Señor Sacramentado, porque muchos días, tengo que bajar al torno, a las cinco. Como me acuesto tarde, por la madrugada me suelo quedar dormida, y no tengo más oración que la de comunidad, y la de la noche. Ocupada en las obras exteriores, si me concede mi Dios la gracia de estar en su presencia como si estuviera en oración, paso todo el día ocupada en alabarlo, adorarlo, darle gracias y pedirle perdón, haciéndolo todo con el deseo de agradarlo.

Esto es lo ordinario de todos los días; algunos no es así, pero son pocos los que mi Señor y Esposo me deja sola, porque sabe mi flaqueza, y que nada puedo. Algunas veces, se oculta un poco para que me conozca a mí misma, y vea con claridad mi miseria. En estos días que digo de recogimiento, el poder estar bien ocupada en mi Dios, es un beneficio muy grande. Son los que suelo decir que los paso bien, porque los aprovecho, con la ayuda de mi Dios.

Éste no tuvo nada de particular, pero estaba mi alma bien ocupada a toda hora.

Bendita sea su misericordia.

Hice todo lo ordenado, y aproveché todas las ocasiones que se ofrecieron. La oración fue de contemplación, y recibió el alma mucho conocimiento de su Dios, que le hacía desear amarlo mucho, y que todas las criaturas lo amaran; también fue de mucho sentimiento por haberlo ofendido.

Dios sea alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén.

"me fatigaron algunas cosillas"

Día 9. Toda la mañana estuve, como he dicho del día de ayer.

Por la tarde, no estuve tan recogida en la presencia de mi Dios, pero con todo, no me distraía mucho. Aunque no aproveché las ocasiones, como debía, pues me fatigaron algunas cosillas de mis hermanas, nacidas de sus genios, que las pobres no tenían culpa, y yo, como soy tan poco sufrida, no lo llevaba con aquella verdadera caridad que sabe disculpar todas las cosas. Al exterior lo disimulaba y no lo manifestaba, pero estaba desazonada, y no procuraba hacer todo lo que debía para cumplir con la mortificación interior. Además de esto, vino la organista, y como se presentaron tan distintos pareceres sobre ella, yo también di el mío, a las que llegaron a preguntarme, qué se haría. Pero no lo di con la prudencia y caridad que debía, sino manifestando o recordándoles lo que ellas conocían de las genialidades[289] de la dicha organista.

Dije: que aunque estuviera enmendada, sería bueno que esperara en su casa con su madre, a que los tiempos fueran otros. Si perseveraba en sus buenos propósitos, se podría admitir, pero si no cambiaba, no me parecía buena para ser religiosa, pues bastante teníamos con las que había. Yo no lo decía, porque estas religiosas fueran malas, sino porque con sus ideas y talentos, les cuesta más trabajo ser buenas, y ejercitan[290] a las demás, que andan a su alrededor. Estaba disimulando, pero al instante conocí, que mis palabras llevaban mucha parte, nacida de mi falta de mortificación; tuve la ocasión, pero falté. Pedí a mi Dios perdón, y poder tener más cuidado en poner la vista en mi muchas faltas, pues las mías son mayores que las que hacen otras, por su sencillez o falta de instrucción. Pero yo ¿qué disculpa tengo? solo diré: que Dios tenga misericordia de mí, y me perdone mis muchos pecados e ingratitudes.

Acabé bien este día, porque quedé humillada con el conocimiento de mis faltas.

Dios sea bendito. Amén.

[289] Singularidad del carácter de una persona.

[290] Enseñar, hacer que otros aprendan.

“tal criatura estaba muy engañada”

Día 10. Me levanté con sequedad, y así pasé todo el día.

Durante la mañana, aproveché las ocasiones que se ofrecieron, y ponía de mi parte para que mi alma no apartara la vista de la presencia de mi Dios. Procuraba hacer todo lo ordenado, aunque con más trabajo, porque no veía tan claro como otros días, que me ayudara mi Dios. Me ayudaba mucho, pues de mí nada puedo; todo lo que hacía era porque mi Dios me ayudaba, pero parecía que ocultaba sus manos para que yo temiera, y se lo pidiera.

Por la tarde, permitió mi Dios que una criatura me dijera que yo había hecho unas cosillas, pero que no era verdad. A mi poca humildad no le sentaron bien, no lo llevé como debía, y perdí esta preciosa ocasión. Me dijeron que era *deshonrible*[291] no solo a mí, sino que también metían a otras que eran tan inocentes como yo. El amor propio tuvo con esto callejuela por donde salir, pues queriendo disculpar a las otras, lo hacía también por mí, y daba gusto a mi amor propio, que solo buscaba su defensa. No dije palabras que pudiera ofender a nadie, pero manifesté que tal criatura estaba muy engañada.

Si yo hubiera callado sufriéndolo por mi Dios con verdadera humildad, podía haber tenido mérito; pero lo perdí, aunque no todo, porque mi Dios no dejó de avisarme para que conociera pronto mi falta. Pedí perdón, reconociendo cuán miserable era, y renovando el propósito de no disculparme de nada que me levantaran, a no ser, que callando se siguiera ofensa a mi Dios. Lo he ofrecido a mi Dios muchas veces, pero son pocas las que lo he cumplido con perfección; menos las veces que mi Dios lo ha hecho todo, las demás, aunque no haya faltado, siempre he tenido imperfecciones. Así son todos mis propósitos.

Dios tenga misericordia de mí.

Esto me hizo estar por la tarde inquieta, y al instante, le di entrada a las tentaciones que acostumbro. Procuraba desecharlas, por temor a lo que me tiene mandado, cuando me acordaba de que V. no quiere que piense en eso.

A mí no me puede dar escrúpulo pensar, que todas las cosas que me pasan pueden ser ilusión, pues veo que no vienen de acuerdo unas cosas con otras; además conociendo con toda claridad, mis muchísimas faltas. Solo me detiene para desechar estos pensamientos y dudas, no faltar a la obediencia, que me manda humillarme, dar gracias por los beneficios, dejarme en las manos de mi Dios sin dar entrada a ningún pensamiento de estos y, cuanto me acuerdo, pedir perdón, y hacer actos de conformidad con la voluntad de mi Dios. Así lo hacía este día, y así estaba cayendo y levantándome a cada instante.

Bendito mi Dios, que misericordioso, me sufre en las caídas, y amoroso me da la mano para que me levante.

Bendito y alabado sea por siempre, por todas las criaturas.

Usted, padre mío, alábelo por mí, pues ha querido mi Señor que sea V. testigo de su infinita misericordia con mi alma, y de la muchísima ingratitud con que le correspondo.

---

[291] Quien hace acciones feas, y deshonrosas.

Bendita sea su gran bondad.
Bendito sea su amor.
Bendito sea mi Dios.
Bendito y alabado sea, y amado de todas las criaturas.

Día 11. Estuve con sequedad, como el día de ayer, pero cuidadosa, hacía cuanto podía, deseando agradar a mi Dios, y sufriendo con paciencia los trabajos de mi poca salud, y todo lo demás, que me ayudaba a padecer.

No conocí faltas, por la misericordia de Dios.

Bendito sea.

"haciéndome fuerte para disimular"

Junio 12. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme con recogimiento y fervor, me preparé para la comunión como acostumbro; después de comulgar, la unión fue muy íntima, y fueron muy grandes los consuelos que mi alma recibía de aquel Dios de amor liberalísimo para sus criaturas como nadie puede comprender.

Bendito sea este amabilísimo Dios, tan grande en todas sus obras, y tan grande en todos sus atributos y perfecciones divinas. ¿Cuándo llegará el día feliz que estemos donde lo amemos sin intermisión ni peligro de ofenderle?

¡Ojalá, que todas las criaturas lo amaran como los ángeles!

Yo no sé, padre mío, como estuve este día, porque quedé con la comunión tan encendida, que no sabía más que amar, y desear amar más y más, y ver a todas las criaturas arder en este fuego de amor para que así amaran a un Dios que lo merece. Le pedía a mi Amado, que lo hiciera con todos, como lo estaba haciendo conmigo, que no lo merecía.

Algunos ratos me sucedía que quedaba tan rendida, como el que está en una batalla, y se da por rendido, y dice:

-Aquí estoy, haced de mí lo que queráis, que ya no puedo más.

En este día, mi espíritu estaba peleando entre los afanes de mi obligación, y los grandes consuelos que mi amado Esposo daba a mi alma. Los dulces coloquios, como yo los llamaba, eran como estar en pelea; yo haciéndome fuerte para disimular o queriendo desentenderme, y mi Amado, seguía hasta rendirme, como me sucedió algunas veces, que rindiéndome las fuerzas del cuerpo, hasta no poder hacer nada, me daba por rendida, y le decía a mi Dios:

-Amado, ya no puedo más, yo muero por ti.

Descansaba mi alma en los brazos de su Amado, dándome a conocer la grandeza de su amor, y así me tenía algún rato, cuando permitía que estuviera sola; luego, templaba mi amado Esposo los grandes incendios, que no podía resistir, y podía disimular, aunque no del todo, y volvía al trabajo del trato con las criaturas; cuando me preguntaban, decía que tenía la cabeza caliente de tantas cosillas que se ofrecían. En otra ocasión, que no pude disimular la falta de fuerza, y me había echado un poco sobre una silla, entró una religiosa, y también me preguntó, qué tenía, y dije: que un poco de flato que me había aflojado los nervios, que no tuviera cuidado. Gracias a mi

Dios, como estoy gorda, y a menudo me quejo, ya están hechas, a que no son nada mis males, y no hacen caso, por lo que doy gracias a mi Dios.

Bendito sea por siempre.

Pasé todo el día, como nadando en el mar inmenso del amor de mi Dios, pues no tuve nada que hacer, porque todo lo hacía mi Dios, y por eso todo se hizo bien.

Bendito el que todo lo hizo, y me lo dio todo.
Bendito sea su infinito amor.
Todo el mundo ame a este Dios de amor.
Sirvamos todos a nuestro creador.
Alaben los pueblos a su gran Señor.

Día 13. Me levanté con la misma disposición que ayer. La noche no fue para dormir mucho, pues el esposo estuvo en vela, y la esposa, tan perezosa y descuidada, como la levantaba el esposo, no podía dormir. No tenía cuidado de no dormir, ni porque el sueño se fuera por esa causa, pues todos los días, le pido a mi Señor: que me conceda, que mientras duerma, mi alma vele, alabando a mi Dios. Por eso, la noche que el sueño se va, me alegro, porque se gasta la noche bien. Aunque no ponga de mi parte lo que puedo, mi amado Esposo hace lo que yo no puedo. Gracias a su bondad infinita, todo este día, fue de recogimiento en la presencia de mi Dios, aunque no fue tan fervoroso, pero siempre estaba dispuesta para la contemplación, y mi Dios ilustraba con mucha luz, mi entendimiento para conocerlo.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea alabado y bendito.

Junio 14. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Tuve la oración con recogimiento, y pasé todo este día, con la presencia de mi Dios tan viva, que no era como quien tiene una cosa a la vista, sino como quien la está poseyendo; no sé cómo explicarme, pero me parece que puedo decir: que conocía con toda claridad que tenía a mi Dios en mi alma, y que descansaba en mi Dios. Era tan grande la paz del alma, como quien tiene todo lo que puede desear, y no puede desear otra cosa, porque lo tiene todo. De este modo, fue la presencia de Dios que tuve este día.

Antes de la comunión, estuve con recogimiento, pero después que comulgué, quedó mi alma tan embebida, que parecía que se había quedado escondida en mi Dios, y no me hallaba en mi son[292], solo hallaba a mi Dios, en quien estaba y descansaba con una paz que no me la podía turbar nada, porque el conocimiento que tenía el alma de estar unida a su Dios, le hacía estar como descuidada de todo.

Hice todo lo acostumbrado. Como he dicho, en los días que estoy así, no me descuido en hacer lo que puedo, porque todo lo hace Dios, a quien sean dadas eternas alabanzas, y poco hay que agradecerme. No quiero decir, que haya poco que agradecer, porque ¿qué agradecimiento podrá tener mi Señor de un esclavo, que mientras su señor está ayudándole y regalándole trabaja, y cuando su Señor

[292] En mi ser.

se ausenta y lo deja que trabaje solo, se descuida y no trabaja con cuidado? solo se podrá decir que es un esclavo infiel, ingrato, y que no merece que su señor vuelva a poner los ojos en él. Si esto le sucede con frecuencia, cada día será mayor la ingratitud de este esclavo. Al pie de la letra, esto es lo que me pasa a mí, que cada día soy más ingrata a mi Dios.

Bendita sea su misericordia que tanto me sufre, y su gran liberalidad, que no repara en que no lo merezco, y acude a remediar mi pobreza y miseria.

Bendito y alabado sea eternamente. Amén.

Día 15. Me levanté con recogimiento interior en la presencia de mi Dios, y fue lo mismo en los tiempos de la oración, no como ayer.

Durante el día tenía algunos ratos así, y otros no tanto, pero sí en buena disposición del alma para aprovechar todas las ocasiones que se ofrecían para tener algo que ofrecer a mi Dios.

Por la noche estuve un poco distraída, y al instante empecé a temer las cosas de estos días; no me causaron mucha fatiga, pues todavía me duraba algo la paz interior que había tenido el día de ayer.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

Día 16. Tuve la oración con recogimiento y fervor, unos ratos han sido de mucho fervor, y otros de quedarme en sequedad, aunque no mucho, pero en todo el tiempo he tenido tan vivo el deseo de agradar a mi Dios, y de hacer en todo su santísima voluntad, que la petición ordinaria que hacía a mi amado Esposo era: que hiciera en mí lo que quisiera para que todo fuera a mayor honor y gloria suya. Le decía de todo corazón, que si fuera la voluntad de mi Dios que yo estuviera en el infierno, iría gustosa por darle gusto, si allí no dejara de amarlo y alabarlo.

A cada instante, me estaba ofreciendo a mi amado Esposo, deseando que todas las criaturas hicieran lo mismo, porque como lo que más deseo es que mi Dios sea alabado, se lo pido, ya que no puedo hacer otra cosa.

Como siempre, sigo haciendo las peticiones por todas las necesidades.

“aquella paz dulce”

Junio 17. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento en la presencia de mi Dios, no adquirida sino dada de gracia, y la tuve todo el día por su misericordia. Como este Dios es tan bueno, misericordioso, y liberalísimo para repartir sus dones aun con los hijos más ingratos, le concedió a mi alma un modo de presencia, no como quien ve una cosa o la tiene inmediata, sino como quien la tiene suya, y no la puede perder, y teniéndola, nada puede apetecer ni desear, porque todo está en lo que posee. Nada teme ni nada desea, y si algo le asusta, es cuando piensa: si por su causa, algún día perderá este sumo bien. El temor aumenta el amor de aquel sumo bien, y le hace tener la unión más íntima. Este día, lo hizo mi Dios así conmigo, dándome a conocer con claridad, que estaba en mi alma, de lo que resultaba que mi alma tuviera aquella paz dulce, que no

la puede comprender bien, sino quien la experimenta. No la alteran los trabajos ni los gozos, porque solo en su Dios descansa.

Este día tuve que padecer males de cuerpo, pero me eran dulces, pues en mi interior estaba como si no los padeciera. Ha sido el primer día que estuve peor de mis dolores y del corazón, aunque han seguido otros y seguirán más, pues me parece que mientras me dure el ardor tan continuo que me los causa, me aprietan más o menos, según mi amado Esposo me los da. Algunas veces parece que me quiere quitar la vida, y para esto, solo me basta que me venga el pensamiento de perder a mi Dios. Me levanta tantos afectos de amor que el alma queda como rendida en los brazos de su Amado.

"he experimentado mucho más"

Desde el día 17 hasta el 24, lo he tenido con frecuencia. Algunos días, he tenido algunos ratos de estar en mi miseria, porque mi amado Esposo me dejaba para que me conociera, y conociendo mi flaqueza, acudiera con más cuidado, y me acogiera a mi Dios.

Bendita sea su misericordia.

Bendito sea su amor.

Me parece que he metido mucho en un día, y como no me acuerdo de lo que en particular he tenido en cada uno, temo faltar a lo ordenado; con todo, seguiré poniendo aquí lo que recuerde en general, y si acaso no le parece a V. bien, le daré cuenta diaria. Algunas veces dudo, si lo que recuerdo es de aquél día o de otro, como me suele suceder cuando se me pasan algunos días sin escribir. Ahora seguiré con todo lo que me acuerde de estos días, aunque no pueda decir mucho, porque como es Dios tan grande en todas sus cosas, no puedo yo decir casi nada de las diferentes cosas que hace con las almas. He dicho algunas cosas, en lo que llevo escrito de estos días, pero veo que no cumplo con lo que he dicho, pues he experimentado mucho más, como ha sido estar algunos días, como si estuviera con los ángeles, convidándolos a alabar a mi Dios, y me parecía que me ayudaban, mientras yo estaba con una presencia de mi Dios muy viva, adorándolo y alabándolo en sus divinos atributos y perfecciones. Solo puedo decir, que me parece que estaba como si estuviera en la gloria. En los ratos de oración, me quedaba con tanto recogimiento, que parecía que no me quedaban potencias y sentidos, más que para lo dicho.

Me parece que esto fue el día dieciocho. No tuve faltas, porque Dios lo hizo todo. Dios sea bendito. Amén.

Parece que me voy acordando de los días, y podré seguir lo ordenado.

Día 19. No tuve la oración porque me levanté tarde. Había estado en la presencia de mi Dios, y había ofrecido mi deseo de poder estar en la oración, pero me conformaba con su santísima voluntad, con el padecer que me daba.

Al instante que fui al torno, lo primero que supe fue una cosa que desagradaba a mi Dios, y fue tanta la aflicción que me dio de que mi Dios fuera ofendido, que me quedó vivo este sentimiento para todo el día, aumentándose mucho más después de la comunión. Como mi Dios me hacía conocer más la inmensidad de su amor,

me hacía también conocer la ingratitud de sus criaturas, pagando con ofensas tan grandes beneficios. Mi alma deshecha en un doloroso amor, se deshacía en afectos hacia su Dios. Le manifestaba mi sentimiento de verlo ofendido por mí y las demás criaturas, y deseaba desagraviarlo, y que fuera amado y servido de todos.

Ésta fue la ocupación de mi alma en este día. Mi alma no miraba a mi amado Esposo Dios, como un esposo enojado que quiere castigar a su esposa por ingrata, como lo soy, ¡ojalá no lo fuera! sino como un esposo amante, que se consuela con manifestar a su esposa los agravios que ha recibido de aquellos que más ha favorecido. Esto se lo manifiesta al alma muy vivamente, y al mismo tiempo, le enseña, que lo que ha de hacer para desagraviarlo, no es tomar aborrecimiento a los que han ofendido a su Esposo, sino que, al mismo tiempo que la llena de dolor ver a su amado Esposo ofendido, se llene de compasión, por aquellas criaturas que han tenido la osadía de ofenderlo, conociendo que su Esposo las ama y las quiere para amigas. Aunque está tan ofendido, no quiere castigarlas eternamente, sino que se arrepientan y pidan perdón. El alma, con este conocimiento de la voluntad de su Esposo, convierte todos sus deseos en que se conviertan y vuelvan a la amistad de tan buen Dios. Ya que no puede hacer otra cosa, se contenta con pedirlo, desearlo y procurar desagraviar a este Señor, haciéndole presente la ignorancia de aquellos que lo han hecho, pidiéndole, que con repetidos auxilios, les envíe sus criados para que les avisen y adviertan de su mala correspondencia para con su Señor, al que tanto le deben.

El alma pasa el tiempo de este modo, mientras que su Dios y Esposo le pone estos conocimientos.

Padre mío, no sé cómo, pero también en estas peticiones, parece que su Esposo le dice: que no atienden a mis auxilios, y los desprecian. El alma lo ve con más dolor, pero no desconfía, porque conoce la bondad de su Dios, y le sirve para aumentar con más fuego sus peticiones.

Me parece que ya he dicho bastante para dar a conocer la gran bondad de mi Dios con esta miserable e ingrata criatura. Decir lo que se experimenta en el alma, solo la experiencia lo puede decir.

Bendito sea Dios.

Bendito sea Dios.

Todo lo que padecí este día lo recibí con asimiento[293] de gracias, pidiéndole a mi amado Esposo que lo recibiera y lo uniera a los méritos de su santísima Pasión, en desagravio de mis pecados y de todos los del mundo.

Mis méritos no son nada para aplacar la Divina Justicia, pero los de mi Señor son suficientes y superabundantes para satisfacer los de mil mundos.

Tenía por una gran misericordia de mi Dios, que me diera algo que pudiera ofrecer y juntar con aquel infinito tesoro.

Dios sea alabado, amado y ensalzado por todos los siglos. Amén.

Día 20. No me acuerdo de ninguna cosa particular, más que de seguir con recogimiento, y hacer cuanto podía por agradar a mi Dios.

[293] Afecto, adhesión.

Así estuve media mañana, pero el resto del día, no sé cómo lo pasé, porque me parece que lo único que hice fue llevar con paciencia los trabajos que me causaban mis dolores, junto con los del torno que eran bastante molestos. Algunas veces me quejaba, cuando me hablaban muchos a un mismo tiempo, y les decía: que me quitaban el juicio, pero si conocía que había hablado con algún desabrimiento, pedía perdón a mi Dios de mi falta de mortificación, y procuraba mostrar más agrado a mis hermanas, para no mortificarlas. Al mismo tiempo, daba gracias a mi Dios, porque me daba aquella ocasión en la que podía ejercitar las virtudes.

No hice todas las cosas ordenadas, y me parece que fue porque no pude, pero no sé si también habría mucha parte de delicadeza mía.

Dios sea bendito.

Día 21. Estuve todo el día como el día 17, recibiendo mi alma muchos consuelos de mi Dios.

Padre mío, me parecía que reinaba en mi alma como Señor absoluto, de donde resultaban todos los consuelos que experimentaba, junto con la paz interior que nada la perturbaba; de este modo no cuesta trabajo pasar males, y por eso los pasaba bien, porque Dios lo hacía todo. Si me dejaba un poquito, veía lo delicada y quejumbrosa que soy, aunque sea poco lo que tenga que sufrir.

Dios sea bendito. Amén.

Día 22. Como ayer, todo lo hizo mi amado Esposo, y yo no hice nada.

Bendita sea su misericordia. Amén.

Junio 23. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén. Este día hice lo acostumbrado al levantarme. Estuve todo el día con recogimiento en la presencia de Dios, y me parece que me aproveché de las ocasiones que se ofrecieron, y no conocí faltas conocidas.

Dios sea bendito. Amén.

Día 24. Me preparé para la comunión con recogimiento, como acostumbro, pidiéndole a mi dulce Madre y Señora que me alcanzara una gran pureza para recibir a mi amado Esposo, Jesús Sacramentado. Recordé los grandes beneficios con que mi Dios favoreció, en este día, la casa de Zacarías[294]. Lo alababa por todo, y le pedía que hiciera conmigo lo mismo, pues se dignaba venir a mi alma. Se llenó el alma de fervor, y después de la comunión, la unión fue más íntima, gozando mi alma de muchos consuelos.

Pasé todo el día ocupada en dar gracias y alabanzas, en todos los actos de las virtudes interiores. También conocí la amorosa protección de mi Señora y Madre, como he dicho otras veces, que me ayudaba y enseñaba, y yo lo aprovechaba todo, pues tenía quien me avisara.

Gracias a mi Dios por todo, y a mi Señora y Madre, gracias le sean dadas por siempre.

[294] Festividad de san Juan Bautista, hijo de Zacarías y de santa Isabel, prima de la Virgen.

Desde el día veinticuatro hasta el doce de julio no he podido escribir, porque he estado mala.

Bendito sea Dios.

"su Dios, a quien tenía presente"

Padre mío, me acuerdo de pocas cosas de los días que he dicho que no he podido escribir, pero con la ayuda de Dios, iré diciendo lo que pueda, desde el día 25 hasta el día 2 del corriente.

Solo puedo decir, que tuve como paradas las potencias de mi alma, porque la memoria de nada se acordaba, más que de su Dios, a quien tenía presente. El entendimiento estaba como parado sin discurrir nada, y la voluntad, también parecía que estaba como parada, pero sí amaba el padecer que tenía, por aquel Señor que miraba presente. Este modo de presencia, es el que llamo "dada de gracia" porque la tengo sin ningún trabajo, como una cosa que se tiene en la mano, que no cuesta ningún trabajo tomarla, porque te la han dado.

Reconozco que no me explico bien, pues soy muy tonta, y no sé explicarme, pero Dios querrá que V. me entienda.

Estaba de ordinario en esta disposición sin hacer nada, pero si oía una palabra de Dios, se despertaban las potencias, y se levantaba una llama tan viva de amor, que el alma se abrasaba y derretía; duraba poco, pero me dejaba encendida, con el mismo paramiento[295]. No solo se encendía esta llama que he dicho, cuando oía alguna cosa de mi Dios, sino también, cuando mi amado Esposo quería hacerlo, y lo hacía de un modo que no sé explicar, pues hería mi corazón, que parecía que me iba a quitar la vida, y moría por mi Amado.

No conocí más faltas, que faltar casi a todo lo ordenado, pero de estas faltas no tengo fatiga, porque no podía hacer otra cosa.

Dios sea bendito y alabado.

Desde el día 2, hasta el día 8, estuve en otra disposición; las potencias estaban libres, y aunque tenía presencia de Dios, si me descuidaba me distraía, y en estos días tuve algunas faltas.

En uno de estos días, me detuve a recordar a un hermano que tengo en Sevilla[296]; me daba alguna pena pensar, si estaría pasando muchos trabajos de los que ahora trae el tiempo. Entretenida en estos pensamientos, oí la voz de mi Amado, que blanda y amorosamente me reprendía, diciéndome:

-¿Por qué quieres tomarte el cuidado que es mío? Tú solo cuida de mí, deseando mi honor y gloria, y en los demás cuidados no te detengas, que yo los cuido.

Quedó mi alma reprendida enseñada, y llena de agradecimiento, pues conocí: que mi amado Esposo miraba, con particular cuidado, a mi padre y hermanos, y que también estaban bajo la protección de mi dulce Madre. Le di muchas gracias a mi Dios y Esposo amabilísimo, y quedé tan consolada, que no he vuelto a pensar más, si

[295] No existe esta palabra; puede referirse a que tiene paradas las potencias.

[296] Se refiere a su hermano, el escultor Juan de Astorga, afincado en Sevilla.

mi hermano pasa trabajos o no; sí pido todos los días, como tengo por costumbre, que mi Dios los haga santos. Para decirlo de una vez, todas mis peticiones van dirigidas a ese fin: que agraden a mi Dios, lo que también deseo para todas las criaturas.

Bendito sea Dios por todo.

De estos días, además de lo dicho, me acuerdo de otra falta: una criatura hizo un juicio errado, yo no lo llevé bien, y me mortificó. Me dijo algunas cosillas, que no recibí con la paciencia y humildad que debía, pero no me dejé llevar mucho, porque mi Dios no me dejaba.

Bendita sea su infinita misericordia. Amén.

Desde el día 8 hasta el día 13, que estoy escribiendo, he tenido unos días de mucho recogimiento, y otros que no ha sido tanto, pero en todos he cumplido lo ordenado.

"quizá el enemigo […] habría querido engañarme"

El día 8, lo pasé con menos recogimiento, por lo que tuve algunos descuidos, en pedir la bendición y licencia para toda la obra que hacía a mayor gloria de mi Dios. Por la tarde, mi Dios remedió esta falta, y misericordiosamente me la dio a conocer.

Fui a la oración, que en este día era en honor de mi Señora y Madre, y estaba mi Dios y mi Señor, Sacramentado. Pedí a mi amado Esposo: que se dignara manifestarme, en qué le serviría para que le fuera agradable, pues deseaba cumplir su santísima voluntad en todo, y me parecía que me decía mi amado Esposo*:*

-Me agradas, cuando no quieres otra cosa que no sea hacer mi voluntad, cuando procuras mi mayor honor y gloria encaminando todas las cosas a este fin, y procurando, en cuanto está de tu parte, evitar mis ofensas, con deseos y oraciones, ya que no puedes de otra manera.

Estas palabras me parecía que las oía mi alma, por lo que di a mi Señor las gracias, y le pedí perdón de las faltas que conocía haber tenido este día.

Seguí con vivos deseos, de que mi Dios fuera servido y amado por todas las criaturas, sentía mucho sus ofensas, y le pedía por la conversión de todos los pecadores. Después, vinieron a mi alma algunos de los temores acostumbrados, y empecé a dejarme llevar por ellos, no por la doctrina recibida, sino porque me parecía que quizá el enemigo, aunque en cosa buena, habría querido engañarme.

Hice propósito de cumplir lo que había oído, como cosa de obligación, y no por lo que había entendido que me decía, por eso no tenía el agradecimiento que debía tener. Su infinita bondad, no se contentaba con habérmelo enseñado por boca de los ministros, que ilustraron mi entendimiento con sus divinas inspiraciones, sino que quiso esta vez y otras muchas, hacer oficio de maestro, que enseña con ardiente caridad, y sufriendo con gran paciencia la rudeza de su discípula, me repite las lecciones empeñado en que salga bien enseñada en la escuela de la perfección.

A pesar de lo mal que le he correspondido, y mi mucha ingratitud y desagradecimiento, con todo, no se cansa, sino que su infinita bondad procura poner más remedios para que conozca lo mucho que hace por mí.

Después de los pensamientos de incredulidad que he dicho, me vi reprendida. A mí me parece que fue por mi dulce Madre, que no me dio el dulce nombre de hija, como misericordiosamente, en otras ocasiones me lo ha dado para consuelo de mi alma, y que nunca he merecido, pero que en esta ocasión, lo que oí fue:

-Alma, no seas ingrata a la voz de tu Esposo y Señor que te hace tan grandes beneficios por su inmensa bondad, sin mérito de tu parte, y solo por su misericordia. No puedes comprender, que solo quiere de ti un fiel agradecimiento, y no se lo das, por dejarte llevar de dudas y temores, sin atender a lo que te manda la obediencia.

Estas palabras, no puedo explicar lo que causaron en mi alma, pues iban acompañadas de luz para que el alma conociera la grandeza de los beneficios, y su mucha ingratitud. Se inundó mi alma en afectos de dolor y agradecimiento, y al mismo tiempo, se hallaba humillada en su nada.

Acudí de nuevo a mi Señora y Madre, obligándola con ruegos para que me alcanzara el perdón, y diera las gracias por mí. Le decía: que las señoras estaban obligadas a cumplir por las esclavas. También le pedía perdón a mi Señora y Madre piadosísima, que no me dejó sin consuelo, pues volví a oír su dulce voz que me decía:

-Hija mía, humíllate en la presencia de tu Dios; alábale por sus grandes misericordias, y sé obediente a su voz y a la de su ministro, que es la misma. Si tú correspondes, tienes segura mi ayuda y protección, y como Madre, siempre estaré contigo.

Padre mío, no puedo explicar cómo quedó mi alma; quisiera que me durara aquel estado, y saber agradecerlo, pero mi miseria y poca estabilidad me hacen temer mucho, pues dudo que haya criatura más mudable que yo, no en la voluntad, pues ésta me la ha dado mi Dios muy firme, y siempre desea una misma cosa que es agradar a su Dios, pero las obras lo desmienten, y lo siento. No será mucho, cuando no me enmiendo y animo a cumplirlo.

A la vista tuvo V. mi obediencia el día nueve; estando obligada a dar cuenta de mi conciencia, solo hice lo poco que no me forzaba, al fin no me vencí, y me quedé con remordimiento de conciencia, que me hizo volver aquella tarde.

Si este es el amor que tengo yo a mi Dios, poco amor es, el que no sabe vencerse por darle gusto al amado, y si hace algo, como una vil esclava, es a fuerza de temer al castigo.

Bendito Dios que tanto me sufre.

Bendita su misericordia.

Bendito su amor.

Alabado sea por todos los siglos de los siglos. Amén, y mi Señora y Madre, también.

“Trabaja por mi amor”

El día 10, me concedió mi amado Esposo un gran conocimiento de su infinita bondad y grandeza, y de mi nada. Mi amado Esposo hizo el favor a mi alma, que ya le dije a V. de paso, pero ahora lo diré por escrito.

Desde que desperté, me hizo estar con recogimiento, y me preparé para la comunión como acostumbro. Después de la comunión, fue muy íntima la unión con

mi amado Esposo, quedando mi alma encendida en amor. Después de terminar la misa, me quedé en el coro con mucho recogimiento, y me parecía que tenía a mi amado Esposo en el corazón, como si viniera a descansar en él de las fatigas de su Pasión. Me iba enseñando sus llagas para que me compadeciera de ellas, y sintiera la ingratitud con la que correspondían los pecadores, al inmenso amor por el que las había padecido. Se llenó mi alma de dolor, y daba a mi Señor gracias por mí y por todas las criaturas. Sentía mucho que este amor no fuera correspondido por todas las almas, ni aprovechada esta sangre preciosísima, y le pedía a mi amado Esposo: que les diera eficaces auxilios para que se convirtieran, y como quería que yo buscara en todo su mayor honor y gloria, esta vez la tendría perdonando al pecador. Si no lo pedían ellos, yo lo pedía por todos. De este modo, le decía a mi Señor muchas cosas, porque me dan mucha libertad estas peticiones, y me hacen tan determinada, que parece que me olvido de su grandeza, y solo atiendo a que no sea ofendido, y sea amado por todos.

Con estos afectos de amor y agradecimiento, me ofrecí a mi Señor y Esposo, deseando desagraviarlo, en cuanto me fuera posible, y me parecía que le agradaba a mi Señor, porque me decía:

-Esposa mía, me agradan tus deseos, y como a esposa te corono con corona de dolor para que, unidos tus dolores a los míos, me los ofrezcas todos a mí.

Conocí que quería mi amado Esposo que por su amor, padeciera por mis prójimos. Me ofrecí gustosa para dar gusto a mi Señor, aunque fuera durante toda mi vida. Solo hice una petición, si fuera de su agrado, y si no, que no me la concediera, pues quería hacer en todo su santísima voluntad. La petición fue poder trabajar en la comunidad, en lo que me mandaran, porque con ello, me parecía que tenía más que ofrecerle, y lo haría con más trabajo, que si estuviera buena. En esta petición no tuve conocimiento ninguno, porque al instante se me avivaron tanto los dolores, que quedé inhábil para todo, y estuve así hasta el fin de la tarde. Llegué a estar tan mala, que me parecía que era el final de mi vida, como he dicho de los primeros días del mal.

Estando en la mayor de mis fatigas y dolores, de pronto me parecía que veía a mi amado Esposo Jesús, que con amor me decía:

-Contigo he estado, viéndote padecer,

Y como enseñándome la llaga del costado me decía:

-Ven a descansar en mi corazón.

Llena de vergüenza, y de mucho encogimiento, le dije a mi Señor: que no merecía este favor quien era tan ingrata y miserable; que me tendría por dichosa si, por su misericordia, me recibía a sus pies como a Magdalena.

Pero mi amado Esposo, no me dejó que lo hiciera, sino que me puso presente, que lo que le agradaba era que hiciera su voluntad. Me parece que me sucedía como a san Pedro. Temí disgustar a mi Señor, pues me parecía que no le agradaban mis excusas, y le dije: que hiciera su santísima voluntad.

Me quedé rendida, y me parecía que estaba mi alma en el costado de mi amado Jesús, y allí recibía tan grandes consuelos, que no lo puedo explicar. Amorosamente me decía mi amado Esposo: que me amaba. Y mi alma le correspondía amando. Estando en esto, me dijo mi amado Esposo:

-Trabaja por mi amor.

Salí tan esforzada y curada del corazón de mi Jesús, que a la hora de tomar alimento, me senté en la cama, y me hallaba tan fuerte que dije que me iba a levantar, que ya estaba mejor.

Me trajeron un poco de caldo, y me hallé tan aliviada como si no hubiera estado tan mala, y dije:

-Estoy mejor, dejadme dormir un poco que tengo sueño.

Lo dije para que me dejaran sola, y así lo hicieron.

En el corto tiempo que estuve sola, daba gracias a mi Dios, pero no duró mucho la soledad, porque acudieron otras religiosas.

Como estaba acompañada, me levanté, y estuve levantada hasta la hora que se acostaron todas.

No salí de la celda para ir al coro, para que no dijeran que hacía locuras.

Después de esa noche, me devolvió mi amado Esposo las fuerzas precisas que no tenía.

Por la mañana, me levanté temprano, hice la cama y no me costó trabajo llevar el colchón al dormitorio, porque confirmaban mis fuerzas y alivio, la luz que había recibido para empezar a trabajar otra vez para gloria de Dios, pues ya parece que mi amado Esposo quiere que empiece a trabajar en la comunidad.

Me fui al coro, y cumplí con todo, como cuando estoy buena.

Gracias a Dios por todo.

Bendita sea su gran bondad y su infinita misericordia. Amén.

El sábado 11, le dije a V. algo de esto, pero no lo dije todo, por no haberme vencido como debía, pues me daba mucha vergüenza, y nacido de esto, se me olvidaron muchas cosas, como lo último que le he contado, cuando V. me preguntó: que cómo estaba, y le dije que mejor, pero no le dije por lo que era.

Pasé este día recogida, lo aproveché todo con fervor, procurando y deseando agradar a mi Dios.

Le dije a la madre correctora: que si le parecía que bajara al torno, porque me encontraba para ello. No me lo concedió, diciéndome: que me asegurara más, del alivio que había tenido.

Puede que así lo dispusiera mi Dios para darme algún tiempo y poder escribir, pues no siendo así, es dificultoso poder hacerlo estando todo el día ocupada y por la noche con tanto calor como hace. Gracias a esto he podido escribir largo.

El día 12 era domingo, aunque este día está dedicado a la Santísima Trinidad, lo dediqué en honor del corazón amabilísimo de mi Jesús, con ánimo de prepararme para ir al torno cuando me lo mandaran, pues tenía intención de decirle a mi prelada: que cuando le pareciera, ya estaba mejor y podía ir, como en efecto, hice por la tarde.

Ocupé el día en esto que he dicho: en la consideración de las virtudes de mi Señor, pues para todo me dejó ejemplo. Pedí perdón de mis faltas, y gracia para enmendarme en adelante, lo mejor que pueda, ayudada de la gracia de mi Dios, y con el amparo de mi Señora y Madre piadosísima, que me prometía ayudarme en todo para imitar las virtudes que me enseñaba, con bastante claridad. Pasé, casi todo este

día en el coro con recogimiento, ocupaba mi alma en todos los actos de las virtudes interiores de adoración .

Julio 13. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento; tuve la oración de contemplación en la bondad infinita de mi Dios, que no se puede contemplar sin que el alma se enamore de un Dios tan bueno.

Yo aseguro, que si todas las almas consideraran esta suma bondad, que tan manifiesta está en todas sus obras, lo amarían mucho, y no querrían ofenderle ni en lo más mínimo, por todo el oro del mundo. No puedo creer que ninguna criatura pueda hacer ningún pecado que ofenda a Dios, conociendo que lo es, y siendo Dios tan bueno. Por su bondad, se ha dignado darme este conocimiento desde mi niñez. Mi alma sentía un gusto tan grande, cuando oía sermones doctrinales que reprendían vicios, porque decía: con esto sabrán qué es pecado, y no lo harán. Si por su flaqueza cayeran, como me sucede a mí con sentimiento de mi alma, creo que los hacen pecados, es porque no saben que lo son.

¡Ay, amado Dios y Señor mío! Si después de haber recibido de Vos tanta luz, y tantos auxilios, os he ofendido tantas veces, ¿qué hubiera sido si no los hubiera recibido? Compadezco a los que no han tenido tanta luz, tantos auxilios, y tantas proporciones como yo, y os pido perdón para ellos y para mí, y la gracia de que continuéis vuestras misericordias conmigo; y con ellos, hacer lo que habéis hecho conmigo, que así ciertamente, os estarán más agradecidos y serán más fieles.

¡Oh Dios infinitamente bueno e infinitamente misericordioso! Usad misericordia con las almas que habéis creado.

Dios, luz verdadera, alumbrad las almas para que os conozcan.

Dios sabio, enseña a las almas a buscarte como a sumo bien.

Dios de la verdad, dadles a conocer la mentira para que la aborrezcan.

Dios mío, que sois todas las cosas, haz que todos te amemos.

Amemos a Dios; amemos a Dios, porque es bueno, y porque es grande su misericordia. Canten sus alabanzas todos los pueblos, y lo adore humillado todo el universo, como a Dios poderoso, justo y santo, a quien todos demos eterna alabanza, honor y gloria. Amén.

Padre mío, si no me sujeto para seguir la cuenta del día, acabaré sin empezarla, porque a cada paso, mi Dios me saca de tino con la misericordia y cuidado que tiene de esta ingrata criatura. Aún en las cosas más chicas, hace como una madre que tiene extremo[297] con su hijo, pone todo su cuidado en procurarle su bien, con tanto esmero, como si no tuviera otra cosa qué atender. Esto es lo que hace mi amado Dios conmigo.

Bendito sea.

Bendito sea tan gran amor.

Bendita sea tan gran bondad, con esta ingrata criatura. Todas las criaturas lo amen, alaben y den gracias por mí a mi Dios.

[297] Manifestación vehemente de afecto.

Y V. padre mío, ámelo V. muchísimo, dele V. muchas gracias por mí, y pídale V. a nuestro amabilísimo Dios, que no sea yo ingrata, nunca más.

Voy a ver si puedo seguir, pues si no temiera disgustar a mi Dios, por no obedecer lo que V. me manda, ya hubiera dejado la pluma, No me siento capaz para escribir; solo para decir: que amemos a Dios.

Quiero rendirme a este dulce amor, y como este amor es tan fuerte, me rinde a mí.

Acaba mi Amado; acaba de herirme, porque yo me muero por ti.

¡Oh muerte, cómo tardas! Amado mío, corta los lazos que me atan, y llévame a ti.

Mi Amado, que nuca me aparte de ti.

Ya no puedo seguir más, porque me llaman al coro. Vamos a alabar al Dios justo y santo, al Dios de bondad.

Padre mío, estaba mi alma ocupada en los conocimientos de esta bondad, cuando empezaron las horas. Mi corazón estaba lleno de consuelo, porque me había traído a este cielo de la religión, donde en un coro de vírgenes unidas a los coros angélicos alabamos a mi Dios. Se me encendió el alma, todavía más, en vivos deseos de que llegara el día en que yo le amara en su gloria, y le pedía a mi amado Esposo y Señor: que me concediera alabarlo eternamente en el cielo, con todos sus santos.

Estando en esto, me parecía que veía un coro de santas vírgenes, y un asiento vacío que entendí era para mí. Mi alma sintió mayor amor y agradecimiento, y así, con gran recogimiento me quedé toda la mañana, alabando, adorando y amando a mi Dios, y su gran misericordia.

Por la tarde, no estuve tan fervorosa, y la empleé en escribir, haciendo intervalos para atender a las demás cosas ordenadas. Dios sea alabado y bendito por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 14. Tuve la oración con recogimiento, y seguí con él todo el día. No estuve fervorosa, pero sí atenta a la presencia de mi Dios, y el alma ocupada en los actos de las virtudes.

Hice lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

Día 15. Fue como ayer. Dios sea bendito.

Día 16. Me levanté con recogimiento y fervor. Me preparé para la comunión, en la que fue mayor el fervor por la unión más íntima, y seguí toda la mañana con el alma encendida en amor a mi amado Esposo, deseando amarlo, y que lo amaran todas las criaturas. Como he dicho otras veces, pasé la mañana en una continua alabanza a mi Dios, a quien tenía presente, y me acordaba de sus muchos beneficios, asiéndome más recordándolos, lo que hacía que llena el alma de agradecimiento, se ocupara cuidadosa, en todos los actos de las virtudes que podía.

Por la tarde, no estuve tan fervorosa, pero seguí con recogimiento en la presencia de mi Dios, aprovechando todas las ocasiones que se ofrecieron.

Dios sea bendito.

Día 17. Me levanté con recogimiento, como el día de ayer por la mañana. No lo he explicado, porque no tengo tiempo, y ya en otros días lo he hecho, cuando he explicado los distintos modos de presencia de Dios que se me conceden, por la sola misericordia de mi amabilísimo Dios. Estos días que llamo de recogimiento y fervor, son aquellos en que mi Dios está presente, como un padre amoroso, que dulcemente acaricia a su hijo. De este modo, fue el día de ayer, y la mañana de hoy. Mi alma recibía muchos consuelos, al ver que mi amado Esposo me amaba y ponía presente en mi memoria los muchos beneficios que me había hecho y la voluntad que tenía de hacerme muchos más, si yo era fiel. Esta bondad de mi Dios para que el alma reciba este conocimiento, ha sido lo que he tenido, que es bastante, para andar bien encendida en su amor, y al mismo tiempo, bien ocupadas todas las potencias y sentidos.

Dios sea alabado por su infinita misericordia, y porque tanto me sufre, pues en este mismo día por la tarde, estuve tan miserable, que parecía que no había recibido tanto beneficio. Me distraía con las cosas que tenía a mi cuidado, y en este tiempo, aunque corto, porque mi Dios volvía a avisarme, descuidaba ir haciendo los actos de virtudes, y hacía lo que tengo por costumbre: faltar mucho a lo que mi Dios quiere de mí. Cuando lo conocía, pedía perdón, me enmendaba un poco de tiempo, y volvía a caer.

Éste es el modo de corresponder a los beneficios de mi Dios: con ingratitudes, descuidos y miserias.

Bendita sea su bondad y misericordia que tanto me sufre.

Por la mañana, hice todo lo ordenado, pero por la tarde, tuve faltas en todo: comunión espiritual, visitas a mi amado Esposo sacramentado, pedir la bendición… en todo tuve faltas.

Pedí perdón, y lo pido también ahora, de ésas y de todas las demás faltas, que son muchas.

Julio 18. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Estuve todo el día con sequedad, sin distracciones, pero humillada siempre en la presencia de mi Dios, con conocimiento de mis miserias e ingratitudes.

Las más frecuentes inspiraciones que me hacía mi Dios, eran de sentimiento por mis pecados, y porque había desagradado a un Dios tan bueno, tan justo y tan santo. Procuraba, en cuanto podía, desagraviarlo, pidiendo perdón, y dando gracias por lo mucho que me había sufrido toda mi vida.

Todo lo ordenado lo hice.

Dios sea alabado y bendito por todo. Amén.

Día 19. Al principio estuve como ayer, pero después de comulgar, me puse más fervorosa por la unión más íntima. Es natural que se sienta el fuego donde entra, aunque este fuego del amor de mi Dios se sabe ocultar, y no siente calor sensible el que lo tiene, pues el más encendido, le parece que esta helado. Su infinita sabiduría hace que unas veces el alma lo conozca y otras no, según conviene para el bien del alma. A mí, como soy endeble, pocas veces se me oculta, porque, ya he dicho, que soy como el siervo perezoso, que si su señor no está presente y regalándole, no hace

nada de provecho. Igual me sucede a mí, y conozco en esto la gran misericordia de mi amado Dios, que no necesitándome para nada, tiene tanto cuidado de ayudarme para que no desmaye, y pueda adelantar mucho.

Bendito sea su amor y altísima sabiduría.

Después de la comunión, estuve como quien está atada a su Dios, recibiendo más conocimientos de su gran bondad y misericordia.

Las potencias quedaron como endiosadas la mayor parte de la mañana, y pasé el día, unos ratos del modo dicho, y otros con menos fervor. Volviendo a lo mismo que he dicho antes, digo: que unos ratos me lo hacía mi Señor todo, otros me ayudaba, y así, nada me costaba trabajo.

Cumplí todo lo ordenado. Para más claridad, podía decir que en todo el día, aunque tuve poco tiempo destinado para la oración, todo él se me pasó en la contemplación de sus divinos atributos, unos ratos más que otros.

Por todo, sea mi amado Dios alabado.

Día 20. Por la mañana, este día fue como ayer de recogimiento; aunque no de fervor sensible, sí bastante para querer trabajar por mi amado Esposo, a quien tenía muy presente a toda hora. Me ayudaba para poder pasar los trabajos, que no fueron muy dulces, y si no hubiera sido por esto, no los hubiera podido pasar. Fue un día de mucho trabajo para cabezas endebles como la mía, que a ratos parecía que se me iba a perder el juicio, de lo mal que sentía la cabeza, pero tenía presente la de mi amado Esposo llena de dolores, heridas por las espinas, debilitada con la falta de la sangre, que no había tenido donde reclinarla para descansar, y atormentada por los gritos del tumulto del pueblo. Con esto, se me hacían tan dulces mis cortos trabajos, que no merecen el nombre de trabajos.

Bendita sea la misericordia de mi Dios.

En estos días, en particular el viernes y el sábado, este pensamiento me ha ayudado mucho, pues en los dos días, no me apretaron los dolores tanto como para hacerme caer. Por la noche, lo hicieron desde que subí del torno hasta que bajé al día siguiente, de modo que en el tiempo de descanso tuve más padecimientos. Durante el día, fui capaz de hacerlo todo, aunque con mayor trabajo que si estuviera buena.

Le doy las gracias a mi Dios por esto.

Por la tarde, al final de este día tan penoso, como he dicho, me hallaba tan rendida y con tan pocas fuerzas, que ya que podía poco, y se me ofreció tener que andar mucho, e ir a una misma cosa dos o tres veces. Hice un acto de conformidad, y dije:

-Hágase la voluntad de mi Dios.

Y a mi amado Esposo le dije:

-Recibe Esposo mío y mi Señor estos pasos que deseo que sean por tu amor, por cumplir la obediencia, por servir a mis prójimos y para tu mayor honor y gloria.

Acabado de decir esto y otras cosas, deseando que mis pasos, unidos a los que dio mi Señor en toda su santísima vida para el bien de las almas, los míos también fueran para este mismo fin. En mi interior oí la voz de mi Señora que me decía:

-Hermosos son tus pasos en mi presencia.

Padre mío, quedé como avergonzada de que una cosa tan corta, mi señor la recibiera con tanto agrado. Se encendió el alma más en el amor de la infinita bondad

de este Dios tan bueno, que se contenta con que le ofrezca lo mismo que me ha dado: la conformidad, la paciencia y la caridad que deseo tener con mis prójimos, para que sirviéndolos en lo temporal, con este trabajo pueda ganarlos, y aumenten en lo espiritual.

¿Quién me daba todos estos deseos, sino aquel Dios amante de las almas, que parece que para darnos sus bienes, solo necesita que queramos disponernos para recibirlos?

¡Oh Dios liberalísimo! tanto deseas comunicar tus dones, y que pocos se disponen para recibirlos. Señor mío, quita de mi alma todos los estorbos que impidan que se haga tu voluntad, y con tu poder haz que todas las almas se dispongan para recibir vuestras misericordias. Amén.

Día 21. Me levanté con recogimiento, pero con sequedad, y durante el día unos ratos estuve con recogimiento, esto es, atenta a la presencia de mi Dios, y otros, algo distraída. Me parece que la distracción era involuntaria, porque tenía que atender a muchas cosas, y a veces no sabía a qué atender.

En estos casos, no siendo los días que mi Dios lo hace todo, no puedo dejar de distraerme; pero cuando pasa un poco, vuelvo a conocer que mi alma atiende a su Dios, y que aún en los momentos que estoy más distraída, he obrado por Dios sin notarlo, llevando con paciencia lo que se ha ofrecido, y haciendo actos de conformidad. Lo hago como costumbre o porque el alma está habituada a hacerlo, como me sucedía este día; en los ratos que tenía recogimiento, que obraba el alma voluntariamente, se ofrecía a su Dios, le pedía perdón, lo adoraba, le daba gracias, y estaba ocupada, en lo que podía, en los actos de las virtudes.

Hice lo ordenado.

Dios sea alabado y bendito. Amén.

Día 22. No tuve la oración por falta de tiempo, pero procuré estar atenta a la presencia de mi Dios. Estaba con sequedad, y todo el día lo estuve, menos unos ratos cortos; el resto del día, además de estar con sequedad, me distraía con frecuencia, y era miserable. Tenía que trabajar a la fuerza, y tener mucho cuidado de estar siempre atenta para aprovechar el tiempo como debía, en los actos de las virtudes.

En estos días, por mucho que haga, siempre tengo muchas faltas en las cosas ordenadas. En los ratos que mi Señor visita mi alma, ésta quiere desquitar lo perdido, y entonces reconoce las faltas, y quiere satisfacer y desagraviar a su amado Esposo de los descuidos con los que ha correspondido a los muchos beneficios que ha recibido de su bondad. Humillada pide perdón, y empieza de nuevo a ejercitar las virtudes con nuevo fervor.

Qué miserable es la criatura, si no sigue la ayuda manifiesta de su Señor que siempre la está ayudando, aunque algunas veces se esconda, y parezca que se ha ido.

Pasé el día levantándome y cayendo. Por la misericordia de mi Dios, no tuve caídas con advertencia, sino descuidos sin ella, pues cuando las advertía en los ratos de fervor, como he dicho, hacía lo dicho.

Dios sea bendito y alabado. Amén.

Ese papel que va ahí, son unas coplas que me sacó María Teresa, uno de estos días pasados; estaba mala, ella estaba diciendo coplas, y le pedí, por chanza, que me compusiera una. Me fui de la celda, y cuando volví, me dio ese papel, y me dijo:

-Ahí tienes lo que me has pedido.

Verá V. por el registro, lo que salió, Gracias a Dios.

Padre mío, no puedo dejar de atender a esto, porque en la ocasión que me las dio, estaba llena de temores, como de costumbre, y como era cosa que ella no sabía, me hizo impresión encontrarme con lo que no esperaba; con todo, temí dárselas a V. porque no las necesita, pero veo que no hago bien, porque esto manifiesta la gran misericordia de mi Dios conmigo, y mi mucha ingratitud.

"coplas que me sacó María Teresa"

Tú me dices mi Socorro
que te diga una coplita,
yo te hablo como tonta
y como hermana y amiga.
Muchos temores que tiene
a la voz de tu Pastor,
y no sabes que lo dice
tu Esposo y tu amante Dios:
Que obedezcas prontamente
sin recelo y sin temor,
que yo tu Esposo te asisto
en toda tribulación.
¿Obedecí yo a mi Padre
en gustos ni en diversión?
¿No le obedecí gustoso
la muerte con mi Pasión?
¿Qué responderás de aquesto?
¿Qué respuesta darás a tu Dios
cuando vea claramente
que de todo soy el autor?
Dile esposa que obedezca
a su padre director,
que escriba cuanto le mande,
pues sabe le alumbro yo.

"para no dejar que se vaya a las cosas de la tierra"

Julio 23. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con sequedad, y así pasé la mayor parte del día; solo unos ratos, estuve con recogimiento del que yo llamo "dado por gracia", pues el resto del tiempo, tenía que poner yo de mi parte, y así salía ello, pues en un instante, me distraía, y tenía que trabajar con mi imaginación para que mis pensamientos no anduvieran divertido

fuera de su Dios, y a pesar de eso, faltaba. No necesito más jaculatoria que pedir perdón y ayuda a mi Dios, pues como a cada instante conozco la falta, a cada instante tengo que decir:

-Dios mío, mirad cuánta es mi miseria, tened misericordia de mí. Señor mío, mirad mi flaqueza, ayudadme, que no puedo yo de mí otra cosa.

Esposo mío, perdóname, y no permitas que te ofenda.

Decía otras cosas como estas, ocupada y humillada en la presencia de mi Dios. Aunque parezca que la pierdo, no la pierdo, porque en el mismo momento que me distraigo, lo conozco. Es porque mi Señor y amado Esposo está misericordiosamente mirando mi alma para no dejar que se vaya a las cosas de la tierra, y la tiene como atada, sin que lo sienta. Cuando va a andar fuera de la licencia que le da su Señor, conoce que no puede, y que la detienen, pero también conoce que ella se iría si no la detuvieran con tanta misericordia. En los días que este conocimiento está de este modo, algunos ratos, le hace encenderse en el amor de tan misericordioso Dios, y llena de agradecimiento y humillada al ver su nada, se deshace en deseos de ser fiel a un Señor tan bueno, y tan misericordioso; pero este sentimiento se acaba pronto, y el alma vuelve a quedar en sequedad.

Hice todo lo ordenado, aunque con faltas y descuidos. Dios tenga misericordia de mí. Amén.

Día 24. Me levanté con recogimiento, pero con sequedad. Después de comulgar estuve fervorosa, porque me parecía que toda estaba en mi Dios. Me parece que me sucedía, como cuando se echa en el mar una gota de agua, que desaparece de la vista. Padre, así me parece que me sucedía a mí: que estaba mi alma sumergida en aquel mar inmenso de la Divinidad. El alma que entra en él, no se encuentra a sí misma ni encuentra otra cosa que poder decir, más que Dios, Dios, Dios, a este Dios tan grande, que solo a sí mismo se puede conocer y amar perfectamente. De esto se goza mi alma, y desea, si fuera posible, amarlo como se ama a sí mismo este Dios de infinito amor.

Lo que más siento es lo poco que he amado a este Dios, y los muchos disgustos que le he dado, no siendo como quiere que sea.

Bendita su misericordia que tanto me sufre, y bendito su amor que tanto me ama.

Alabado sea eternamente por todas las criaturas del cielo y de la tierra. Amén.

Padre mío, seguí la mayor parte de la mañana con gran recogimiento, pero por la tarde, me dejó mi amado Esposo en mi miseria, como he dicho del día de ayer, y tuve faltas, no solo de distracción, sino también de hablar más de lo preciso o necesario. No falté mucho, por la misma causa que dije ayer, porque a las primeras palabras acude mi Dios, y con este conocimiento, al instante me enmiendo y pido perdón.

¡Oh qué amables son estas ataduras, con las que el alma se halla atada y sujeta a su Dios! ¡Qué agradecida, y qué fiel, debe ser un alma que debe tanto a su Dios!

Bendita sea tan gran bondad.

Esposo mío amabilísimo, atad a todas las almas con estas fuertes cadenas de amor y temor para que no puedan ofenderte.

Almas todas, pedid a mi Dios esta dicha: que os prenda con estas dulces y amorosas cadenas para que nunca podáis huir.

Esposo mío amabilísimo, si no te lo piden, yo te lo pido por todas y para todas, en particular por todas aquellas que tú has escogido, y ya las has puesto en el jardín de la Iglesia.

Señor mío, no permitas que éstas que tu misericordia escogió, quiebren estas cadenas. Señor mío, átalas con lazos más fuertes.

Señor mío haznos prisioneros de tu amor, como tú has querido serlo nuestro.

Bendito sea Dios.

Bendito sea Dios.

Día 25. Este día, por la mañana fue como ayer, pero en el resto del día, no estuve tan fervorosa, aunque sí recogida y humillada en la presencia de mi Dios, y con el conocimiento de mis muchísimas ingratitudes, le pedía perdón.

En algunas ocasiones al final de la tarde, tuve que no atender a respetos humanos. Para poder cumplir con la obediencia, le pedía a mi amado Esposo: que me ayudara con su gracia para que obrara con caridad y prudencia en todo, y para no ser causa de mortificación para mi prójimo.

Conocí que mi Dios me ayudaba, pues me fui a la oración con mi alma llena de fervor. Me parecía que oía a mi amado Esposo, que con dulces palabras me decía:

-¿Qué puedes tú padecer por mí, que no haya yo padecido o sufrido por ti? No temas, yo te ayudaré.

Estas palabras me dieron mayor conocimiento, de que con ellas reprendía mi amado Esposo mi cobardía, pues temía, por mi mucha miseria, no poder aprovechar las ocasiones que se me ofrecieran, y más bien fueran causa para ofensas a mi Dios. Las palabras"qué podía padecer yo, que mi Señor no hubiera padecido por mi amor, y por el bien de las almas" me dieron conocimiento de mi nada. No podía darme por ofendida por nada, sino recibir cualquier agravio como cosa que tenía bien merecida, por no ser la que debía ser para con mi Dios. Esto avivaba mi conocimiento de la grandeza de mi Dios, y lo mucho que había querido sufrir por mí, sin necesidad ninguna de mí, solo por el amor que me tenía. También conocí que estaba obligada a corresponder con fidelidad a mi amado Esposo, y en todo lo que estuviera de mi parte, procurar su mayor honor y gloria.

Procurando la mayor observancia de la obediencia, le daba gusto a mi Señor, aunque yo no lograra lo que deseaba. Mi Señor nos enseñó su doctrina y ejemplos a todos para gloria de su Padre, y no todos se aprovechan de ellos; por eso conocí que en la observación de la obediencia, quería mi amado Esposo que fuera muy cuidadosa, y me ofreció ayudarme. Con estas palabras, me parecía que veía a mi amado Esposo, que tenía mi alma en sus manos para que no pudiera caerse. Recibí tanto consuelo, que no lo puedo explicar, y me quedé encendida en el amor de este amabilísimo Dios, que tanto nos ama, que por todos los medios de su infinita sabiduría, procura nuestra perfección, y sabe preparar las almas para que no desperdicien los dones que les ha dado para que adelanten mucho.

Bendito este Dios liberalísimo, que mientras más da, busca medios de dar más y más, como si estuviera cargado con un gran peso, y anduviera buscando quién lo quiera descargar.

Bendito sea su amor, que es el peso que le hace buscar las almas, no porque las necesite, pues en sí mismo lo tiene todo, sino porque quiere enriquecerlas y hacerlas participantes de sí mismo.

¿Quién no sale al encuentro de este Dios?

Venid pobres y seréis ricos, no de bienes caducos y perecederos, sino de las verdaderas riquezas, pues tendréis al mismo Dios.

Venid todos, venid todos, salid al encuentro de este Dios que nos llama para enriquecernos, y por su misericordia, nos admite a todos.

Venid y buscarle.

Venid y pedirle.

"una fuente que tiene algún estorbo"

Julio 26. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me preparé para la comunión con recogimiento y fervor, pero tuve poco tiempo para estar en el coro, pues apenas pude hacer una visita a mi Señor Sacramentado, tuve que ir al torno, y del torno a comulgar. Como para mi Dios, no hay sitio en que no esté, y en cualquiera sitio sabe salir al encuentro del que lo busca, así lo hizo conmigo. Deseaba poder estar con algún sosiego para prepararme, pero como no era posible, me conformaba, y recibía el consuelo de conocer que estaba mi Señor, como de asiento, en mi alma, donde sin buscar otro sitio, podía hablarle con toda satisfacción, y lo hacía al mismo tiempo que estaba tratando con las criaturas. Mi alma sentía delicias[298] con su Amado, y se ocupaba ya en alabarlo, ya en adorarlo, darle gracias, y pedirle no solo para mí, sino para todos.

Este día, mi alma solo estaba para recibir, porque me daba mi Dios tanto, que no quedaba para nada, como me sucedió después de la comunión y durante la misa. Por cierto, padre, que se hace bien ligera en estas ocasiones.

Después me fui al torno, donde estuve con mucho recogimiento hasta la misa cantada, que también estuve en ella, y también me pareció muy corta. Parecía, como si una fuente que tiene algún estorbo para que el agua corra, y cuando de pronto la destapan, viene un gran golpe de agua. Esta comparación no es la más apropiada, pero me parece que se asemeja algo para poderme explicar, pues así me parecía que venía la fuerza del amor de mi Dios a mi alma, con tanta abundancia, que me dejaba anegada e incapaz para ninguna cosa más, que para amar. Lo mismo que cuando pasa lo que ha tenido detenida el agua, ésta vuelve a tener su corriente natural. Por seguir la misma comparación, el tiempo que estaba desocupada para asistir a su presencia y tener oración, me sucedía, o hacía mi Dios conmigo todo lo que he dicho, dándome consuelos en abundancia. Cuando tenía que hacer algo, me dejaba con pocos, pero no me los quitaba del todo, por lo que todo el día estuve fervorosa, y lo aproveché todo, porque todo lo hacía mi Dios.

Bendito sea y alabado. Amén.

[298] Placer muy intenso del ánimo.

Día 27. Por mi ocupación, no tuve oración ni oí misa, más que con el deseo. Como mi alma no había tenido este refuerzo para empezar mis trabajos, estaba con sequedad, de modo que pasé la mañana algo trabajosa. Me acompañaba un dolor de cabeza, con tanta delicadeza, que me estorbaba cualquier ruido, aunque fuera muy poco, y tuve que estar toda la mañana haciendo actos de conformidad en todo lo que se ofrecía. Si no hubiera sido porque tenía a mi Dios tan presente y le ofrecía todo lo que padecía, me hubiera enfadado muchas veces, pues me sentía movida a enfadarme, pero no me dejé llevar, sino que en estas ocasiones, procuraba hacer actos de las virtudes contrarias.

Por la misericordia de mi Dios, pasé el día sin faltas conocidas. Me duró hasta la siesta, que visité a mi Señor Sacramentado, y recibió mi alma mucho consuelo, pues conocía que estaba unida a su Dios. De aquel rato, salí con la cabeza buena para poder escribir, como lo hice.

Por la tarde, no estuve tan fervorosa, pero tampoco estaba con sequedad, y aproveché todas las ocasiones que podía, en lo que pudiera servir a mi amado Esposo y Señor, sin atender a otra cosa más que en darle gusto. Le pedía de veras: que deseaba darle gusto en todo, y que mi Señor hiciera que acertara en dárselo, pues sabía que yo no podía de mí nada.

Sea alabado por todos, por los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Julio 28. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento y fervor en la presencia de mi Dios; aunque con sequedad, tuve todo el día el alma bien dispuesta para aprovechar todas las ocasiones de ejercitar las virtudes. Ayudada de mi Dios, hice todo lo ordenado y no conocí faltas, aunque tendría muchas, di gracias y pedí perdón.

Dios sea alabado.

Día 29. Este día fue lo mismo que ayer, con sequedad, sin recogimiento, y con distracciones. Me dio quehacer la imaginación, pues ésta en no teniéndola sujeta la presencia de su Dios, es siempre muy trabajosa, y más, cuando se ve cargada de cosas precisas que le llaman la atención. Al alma que se ve precisada por su Dios a que le dé todo su corazón, toda su alma y todos sus pensamientos, le es muy amarga esta disipación de pensamientos en cosas inútiles, y afligida clama a su Dios. Confiesa su miseria, pues le resulta una carga muy pesada, una vida con tantos peligros de ofender a su Dios. Confiada en su misericordia, pide perdón, y se conforma con su santísima voluntad.

Entre los temores de ofender a su Dios, y confiada en su ayuda, pasa estos días con trabajo, porque la ausencia de su Amado le hace temer, que la ha dejado por sus muchas ingratitudes; pero por otra parte ve que no ama otra cosa más que a su Dios y que aborrece todo lo que conoce que no pueda darle gusto. Esto la consuela y, como he dicho, va pasando el tiempo entre consuelos, temores y esperanzas, pues aunque sea con mucho trabajo, procura buscar a su Dios en todas las cosas, y desea agradarle.

Padre mío, de este modo he pasado este día.

Se me presentaron algunas cosillas que sufrir, y por la misericordia de mi Dios las llevé con paciencia, pero en los ratos que estaba un poco más distraída, respondía a mis hermanas con la primera palabra algo desabrida. Me sujetaba al instante, conocía más mi nada, y pedía perdón a mi Dios, por no aprovechar todo lo que mi Señor, por su misericordia, permitía que me viniera de mortificación para que ejercitara las virtudes.

Dios sea bendito. Amén.

"¿Qué haré sin ti, Señor mío?"

Día 30. Este día fue como ayer casi en todo. Por la tarde, crecieron mucho en mi alma los temores, pues me parecía que la ausencia de mi Amado era por mis culpas. No conocía más faltas que las confesadas, pero me parecía que éstas serían más graves de lo que yo creía, o que tenía otras sin conocerlas, por lo que mi Señor se ocultaba a la vista de mi alma. Estaba como un niño, que está desatinado con su madre, y si ésta se esconde donde no la ve, llora y gime hasta que vuelve a su presencia

Padre mío, así puedo decir que me sucedía a mí. No lloraba con los ojos del cuerpo, pero el alma lloraba la ausencia de su Amado, y con gemidos decía:

-¿Qué haré sin ti, Señor mío? si me dejas ¿a dónde acudiré por remedio? ¿a quién llamaré para que me ayude? ¿en qué podré tener consuelo? ¡Ay Amado mío! conozco que por mis ingratitudes, justamente merezco que me dejéis, pero acordaos, Señor mío, de vuestras misericordias, y no desechéis a quién os pide perdón. Admitidme a vuestros pies como a otra Magdalena para que ahí llore mis pecados.

De este modo lo decía todo, con lo que mi sentimiento podía desahogarse un poco con su amado Dios, que parecía que se hacía el sordo a la voz de esta miserable esclava, hasta que con estas cosas, me apretó tan fuerte el dolor del corazón, que no podía rezar alto en el oficio divino. Salí tan trabajosa, que no pude ir a la novena, y como soy tan miserable, me rendí.

Padre mío, no sé si decir, que me rendí a la fuerza del amor que imaginaba perdido. Me deshacía por mi Amado, que no quiso hacerse más el dormido, y tuve el consuelo de oír a mi Amado:

-Contigo estoy esposa mía, no temas.

Mi alma halló a su Amado, y no lo perdió más en todo lo que quedaba de día.

El alma llena de agradecimiento, alababa a su Señor, y estaba atenta a su presencia.

Los temores ordinarios que habían estado un poco retirados, no se habían ido del todo. En estos días me habían molestado poco, pues no les había dado entrada, y hoy se la di, porque me parecía que todo era cosa de mi imaginación inquieta o traviesa, y que los fervores no eran verdaderos.

¿Qué importa que la boca hable y escriba un montón de locuras? Si las obras no vienen con las palabras, de poco sirven.

No digo más, para que no se desazone V. a la vista de mi terquedad de juicio, que no quisiera tener; pero, padre mío, déjeme V. que alguna vez le diga algo; me sirve de desahogo, pues diciendo esto, me parece que pongo de mi parte para no engañar a V.

R. con mis locuras. Me tiene mandado: que no tengo que hacer caso de las cosas que el enemigo me trae, en contra de lo que V. me dice. Procuro desecharlas, pero en este día, como he dicho, aunque me he detenido algo, ha sido muy poco, porque cuando me acordaba de lo que V. me tiene mandado, lo desechaba al instante, temiendo desagradar a mi Dios por faltar a la obediencia. Si no fuera por eso, me sería más creíble lo que me viene al pensamiento sobre mi maldad, pero ponía los ojos en la gran bondad de mi Dios y mi Señor, que acudía a ayudarme, manifestándome, que como dueño absoluto podía repartir sus dones a quien quisiera. Andaban a porfía los pensamientos, unos dándome a conocer que eran de mi Dios, y otros que no. Yo lo acababa todo, manifestando a mi amado Esposo: que solo quería agradarle y no ofenderle. Estos deseos, digo que son verdaderos, y como me parece que lo son, le digo a mi Amado:

-Vos, Señor mío, que me dais estos deseos, confirmarlos y ayudadme a obrar conforme a lo que Vos queréis.

Dios sea alabado eternamente.

Día 31. Me levanté con recogimiento. Mis achaques de cabeza me fueron bien molestos, desde el día de ayer hasta la tarde de este día que me he aliviado.

La mañana ha sido muy trabajosa para el cuerpo, pero el alma ha descansado, porque ha tenido a su Dios muy presente, y ha conocido que lo tenía en su alma muy de asiento, en particular desde la comunión, por lo que todos los trabajos le han sido dulces. Al mismo tiempo, ilustraba mi alma con los ejemplos de su sacratísima vida para que los aprendiera y siguiera.

Bendita sea su misericordia que tanto favorece a esta miserable.

Bendito tal padre, tal maestro y tan gran Señor. Lo que manda es como padre amoroso; lo que enseña, lo hace para que lo aprendan, y como Señor piadoso, dulcifica lo que es trabajoso a la naturaleza humana. Como he dicho, estaba mi amado Esposo, no solo ayudándome, sino como animándome para que trabajara en su servicio, y procurara su mayor honor y gloria con los ejemplos que me ponía a la vista de mi alma, con bastante viveza, y con esto, la tenía bien recogida.

Hice lo ordenado.

Padre mío, no sé si mi Dios me tiene preparados algunos trabajos mayores y me está preparando, o puede ser, que como mi Dios conoce mi mucha flaqueza, me estará ayudando para que me haga fuerte y se haga en mí su santísima voluntad. Si no fuera por eso, no los podría llevar como los llevo, aunque sean chicos.

Agosto 1. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice lo acostumbrado de ofrecimiento y demás actos. En la oración procuré estar en la presencia de mi Dios. Aunque no estaba muy distraída, no tenía el recogimiento que mi Dios me da algunos días, por lo que tenía que poner de mi parte. Todo el día estuvo ayudándome mi Dios, y por eso, hice todo lo que pude, aunque con más trabajo que cuando me lo dan todo hecho.

Hice todo lo ordenado y no conocí faltas, gracias a Dios.

Bendita sea su misericordia por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 2. Me levanté con recogimiento y fervor, y así me dispuse para la comunión; después, se aumentó más, porque la unión fue más íntima. Mi alma estaba conociendo que mi Señor me trataba como a su querida esposa, y deseaba que le pidiera todo lo que quisiera como a un Dios poderosísimo y liberalísimo. No solo lo conocí una sola vez, sino que me pareció oír varias veces que mi Esposo y Señor me decía:

-Pídeme, esposa mía.

Así lo hice con toda satisfacción; todas mis peticiones se dirigían a pedir la mayor gloria de mi Dios, y la salvación de las almas. Estos días que parece que me dan permiso para pedir, también me dan tan vivos deseos de que todas las almas se salven, y de que mi Dios sea conocido, amado y servido por de todas, que no puedo salir de este tema. También pido siempre por las necesidades temporales, si son para mayor gloria de mi Dios, y conformes a su santísima voluntad.

La ocupación de este día fue pedir y amar, adorar, alabar y dar gracias a mi amado Dios y Señor, que estaba como de asiento en mi alma, derramando, algunos ratos, tantas dulzuras y consuelos que no se pueden explicar; solo el que los guste podrá conocerlo bien.

Bendito sea este Dios.

Bendito sea su poder, su piedad y misericordia.

Bendito por ser quien es, justo, bueno y amoroso como no puede comprender ninguna criatura. Solo Él sabe quién es, y se conoce a sí mismo con su infinito saber.

Me llena de gozo, amado Esposo, me llena de gozo, mi amado bien, que tú solo conozcas perfectamente, quien eres. Mi Dios y Señor, alumbra todas las almas, para que te conozcan las criaturas todo lo que sea posible, para que conociéndote te amemos más y más, y te alabemos por una eternidad. Amén.

En la tarde de este día, leí los versitos de María Teresa, o por mejor decir, los consejos que me daba mi Dios por este medio. Conocí que eran de mi Dios, pues no contenta su infinita bondad con las muchísimas misericordias con que me sufre mis ingratitudes y desvíos, parece que estemos a porfía, mi Dios buscándome, y yo como huyendo, porque lo quiero servir, no como Él quiere, sino a mi gusto. Esta infinita bondad, disimulando mis ignorancias, busca todos los medios para que conozca que me ama, y desea tener sus delicias en mi alma, como me ha dicho muchas veces. Yo he procurado no dar entrada a esta dulce voz, pero aunque no se quiera oír, se entra hasta lo más íntimo del alma, y allí hace su operación. Pasando de ella, he querido desmentirlo, y decir: que no ha sido su voz. No he agradecido este favor como debo, no solo en esto que he dicho, sino en todo.

Cuando mi Dios me visita, su gran bondad, de continuo me reprende con amor; con estos avisos conozco que es mi Señor, me enmiendo por algún tiempo, pero me dura poco. Entonces, misericordiosamente me vuelve a avisar, cuando merecía ser castigada.

Mi amado Dios se porta conmigo como quien es, y yo con Él como quien soy.

Padre, ahora con esto ya ve V. como me ha avisado mi Dios. Mi corazón no puede por menos que llenarse de agradecimiento y amor; al ver tanta bondad, y tan gran misericordia, se aumentó más el amor hacia mi Dios, y seguí todo el día con mi alma ocupada en las mismas cosas que he dicho.

Sea por todo alabado mi Dios.

También conocí que mi amada Madre y Señora me ayudaba y avisaba, ofreciéndome su protección para que correspondiera a mi Dios, y le fuera fiel y agradecida.

Bendito sea mi Dios, y bendita sea mi amada Señora y Madre. Amén.

"darme el nombre de hija y esposa"

Día 3. Al levantarme, con recogimiento en la presencia de mi Dios, estaba mi alma como está un hijo a quien su amado padre le ha manifestado lo mucho que ha hecho por su amor, lo mucho que ha padecido y sufrido, y lo mal que este hijo ha correspondido. Cuando todo esto lo conoce este hijo, ve la bondad de su buen padre, y la muchísima ingratitud con que ha correspondido, no siendo obediente y agradecido como debía. Estos conocimientos le hacen estar humillado en la presencia de su amoroso padre, y siente haber sido tan ingrato. Ama aquella bondad, que tanto lo ha favorecido, aun sabiendo que iba a ser tan mal correspondido, y siente un honroso agradecimiento.

Padre mío, así estuve toda la mañana de este día. Para poder explicarme de modo que pueda V. entenderme, me valgo de estas comparaciones, que me parecen que son acomodadas[299] a lo que pasa en mi alma con mi amado Padre Dios.

Sea alabado por todas las criaturas. Amén.

En la tarde de este día, sigo con lo mismo que empecé; tomó este hijo más ánimo con la bondad de su buen padre, y tomó tan gran confianza, nacida del amor que su amado padre le tenía, que este hijo encendido en el amor de su padre, se arrojó a sus pies y le decía:

-Padre mío, aquí tenéis a este hijo ingrato y miserable. Conozco mi amado padre y señor, que te he desagradado muchísimas veces con mis desobediencias e infidelidades. Señor, aquí me tienes arrepentido y pesaroso, deseando enmendarme. Admíteme en tu corazón amoroso para que me sirva de refugio, y me libre de los enemigos que quieren perder mi alma con engaños.

Padre mío, ya quiero enmendarme, y quiero seguir tu voz. Señor, aquí me tienes, sírvete de mí a tu voluntad, y no atiendas a la mía si no es conforme a la tuya.

Padre y Señor mío, quiero y amo tu voluntad, y no otra cosa. Si por mi miseria y flaqueza me apartara de tu voluntad, no me dejes Señor mío, átame o castígame antes de que lo haga para que no lo pueda hacer ni me aparte jamás de lo que tú quieras, pues ésta es mi voluntad ahora, y deseo que sea para siempre.

Con esto, el padre que deseaba ver a su amado hijo enmendado, al instante lo abrazó con estrecho abrazo, le dice que está perdonado, le vuelve a manifestar lo mucho que ha hecho y hará por él si es obediente a la voz de su amor, siendo fiel y cumpliendo, aun las más leves insinuaciones de lo que en su nombre le manden; de este modo tendría segura su amistad, gozaría de las delicias de su corazón, y lo defendería de todos sus enemigos. Nadie podría vencerlo, porque sería su custodia, su guía y su camino, hasta que lo sentara a su mesa para que descansara y gozara de la vista de su padre, sin trabajo ni fatiga. Su buen padre

[299] Apropiadas, oportunas.

se daba por servido con lo poco que había hecho a fuerza del cuidado de tan buen padre, y además, le daba como ejemplo a su amada Madre para que la siguiera, imitándola en su humildad, obediencia, paciencia y demás virtudes. Le hacía que conociera estas virtudes para que pudiera imitarlas, asegurándose de que esta Señora cuidara de su bien en todo.

Padre mío, cómo puede V. pensar que quedaría, no este hijo como he dicho hasta aquí, sino esta hija tan miserable que no merece este nombre, y ni aun el de esclava. En cambio, este amoroso Señor no se desdeña en darme el nombre de hija y esposa para con estos títulos, obligarme más a cumplir con la obligación que tengo por ser mi Dios, mi Creador, mi Redentor, y no digo más, pues es todas las cosas.

Dios mío, no tengo nada que buscar ni nada que perder ni nada que desear más que a mi Dios. Si pierdo a mi Dios, aunque tuviera todo cuanto este Dios ha creado, no tendría nada si no tuviera al Creador.

Bendito y alabado sea. Amén.

Padre mío, no puedo explicar mejor lo que ha pasado en mi alma esta tarde, por los conocimientos que recibía, además de las palabras, y algo más.

Lo que he dicho en nombre de padre e hijo, verdaderamente, es una tontería andar con estos preámbulos, pero como soy poco amiga de trabajar, me parecía que lo haría con menos trabajo, si lo decía como si fuera otra persona.

No quiero dejar de declarar, aunque bien sé que no es necesario para que V. lo entienda, pues lo tiene bien entendido, pero quiero decir que: este Esposo amabilísimo es el que con tanta misericordia busca mi alma; este Dios Padre es el que me manda que lo obedezca; este amoroso Maestro es el que me enseña, y este amoroso Pastor es el que me defiende, y todo me lo da a conocer, en lo que he dicho: que me manda obedecer hasta una insinuación del que me mande en su nombre. Conocí que era V.R. y todos mis prelados. También me dio a conocer otra vez, como lo ha hecho en otras ocasiones, que alumbraba a V. para que me ordenara conforme a su santísima voluntad, y así la resistencia que hiciera a la obediencia, la hacía a mi Dios. Este conocimiento me llenaba de consuelo, y también me daba mucho temor conocer lo mucho que le desagrada a mi Dios, que no siga su voluntad. Si con tantos avisos no me enmendaba, sería dejada de mi Dios por mi ingratitud. Esto me hizo temer mucho, y viendo mi flaqueza, acudí a mi Dios a pedirle que me ayudara.

Mi Dios correspondió, pues me parecía que veía mi alma en las manos de mi Dios, o como asida para que no me pudiera caer, y también le ayudaba mi Señora y Madre. Quedé consolada, y con una valerosa y fundada confianza en mi Dios.

Acabé el día bien.

Hice todo lo ordenado, aprovechándome de todo.

Por todo sea mi Dios alabado y bendito por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

“me andaba una hormiguilla por la mano”

Día 4. Me levanté con recogimiento, pero no tan fervorosa como acabé el día de ayer. Después de la comunión, el alma se encendió mucho con la unión más íntima y recibía muchos consuelos, porque mi Dios la trataba con gran amor, y el alma

agradecida, deseaba corresponder, queriendo que todas las criaturas lo agradecieran a mi Dios por mí.

Pasé toda la mañana, aprovechando todas las ocasiones que se ofrecían, y procurando con cuidado, dar gusto a mi Dios.

En la siesta, cuando acabé mi tarea y me iba a descansar como hago todos los días, fui al coro a hacer una visita a mi amado Esposo, Jesús Sacramentado; estando allí, me andaba una hormiguilla por la mano, la quité y la tiré. Estas palabras parecen una friolera[300], pero son necesarias para explicar lo que mi Dios hizo apenas tiré la hormiga, pues me pareció que me decían:

-Menos que esta hormiga eres tú en la presencia de tu Dios, y no se desdeña de poner en ti sus ojos, buscándote con gran amor para hacerte beneficios.

Padre mío, éstas no fueron palabras, fueron saetas que hirieron mi corazón, y lo abrazaron, de modo que quedé, poco menos que sin sentido. Anegada mi alma en el conocimiento de la grandeza de su Dios, se perdió, y en sí se hizo nada. Mi alma alababa cuanto podía, a este Dios de bondad infinita, con deseos ardientes de amarle muchísimo más.

La tarde no fue tan fervorosa, pero con mucho recogimiento el alma estaba siempre dispuesta para la contemplación, pues en todo hallaba a su Dios grande, poderoso, sabio, justo y misericordioso.

Así acabé este día.

Hice todo lo ordenado, y no conocí faltas.

Por todo sea Dios alabado y ensalzado por todos los siglos de los siglos. Amén.

Agosto 5. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento en la presencia de mi Dios, como me sucede estos días de recogimiento, que siempre tengo a mi Dios presente, ayudándome para que lo aproveche todo, al mismo tiempo, me manifiesta que le agrada cualquier cosa de las que hago ayudada de su gracia, dándome más, como si yo hubiera hecho algo. Éste Dios es tan liberal, que se contenta con que el alma quiera servirlo de veras. Apenas el alma da el primer paso con este fin, encuentra que ya su Dios, aun[301] en esta vida, la está premiando, dándole mayores auxilios para que se aproveche de ellos, y así poder darle mayor premio.

Este amoroso Padre Dios, parece que pone todo su cuidado en enriquecernos.

Bendita sea tan gran misericordia.

Bendito sea su amor.

Que todas las criaturas te alaben, eterno Dios, porque Vos solo sois digno de toda alabanza, por ser verdadero Dios.

Gracias a Dios. Amén.

Padre mío, hoy día once, me pongo a escribir sin saber si podré hacerlo, pues desde el día cuatro o cinco, no he podido, y solo una vez tuve alguna desidia[302], como le dije a V.

El sábado, me puse a hacerlo por la siesta, con la cabeza mala, y no hice nada. No me molestaba tanto el dolor para no hacerlo, como las locuras que tenía en

[300] Tontería, cosas de poca importancia.

[301] Incluso.

[302] Indolencia, falta de cuidado o de interés.

la imaginación, que me quitaban el tiempo. Como no podía desecharlas, dejé de escribir, porque me parecía que aquello no tenía fundamento.

Tenía intención de decirle a V. algo cuando viniera, pero viendo que sigo fatal de la cabeza, y que no estoy para nada, se lo voy a decir antes de que llegue ese día, aunque sean tonterías o locuras.

El domingo y hoy, he tenido el dolor de cabeza que me deja incapaz hasta para rezar el oficio divino; con todo, temiendo que el enemigo me quiera engañar para que no obedezca, me he puesto a escribir, sin hacer caso de mi miserable cabeza.

Agosto 6. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día me levanté con recogimiento y fervor, pero no tuve ocasión para tener la oración, y ni siquiera la misa.

Por la misericordia de mi Dios, no me hizo falta el tiempo ni el sitio apropiado, porque me concedió mi amado Esposo poder estar en su presencia con mucho recogimiento; no tenía que buscarlo, porque lo tenía en mi alma como un Esposo amoroso, que la llenaba de consuelos y dulzuras. Estaba tan de asiento en ella llenándola toda, que a las potencias no les quedaba libertad nada más, que para amar a este Dios de amor.

Pasé este día en las cosas acostumbradas en estos días de recogimiento, como es amar, alabar, dar gracias, pedir perdón lo mismo para mí que para todos y para todas las almas.

Hice todo lo acostumbrado, pues tenía quien me lo hiciera. Estando mi Dios conmigo todo lo puedo, porque todo me lo hace.

A Dios sea dada alabanza, honor y gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 7. Me levanté con recogimiento, no tan fervorosa como ayer, pero lo bastante para aprovechar las ocasiones que se ofrecían, y tener el alma bien ocupada en los actos de las virtudes, sobre todo en la paciencia, que fue la virtud que quiso mi Dios que más ejercitara en este día, permitiendo que tuviera muchas ocasiones. Algunas veces daba yo la ocasión, porque se me olvidaban algunas cosas que me encargaban; me humillaba, recibía bien lo que me venía, y procuraba sacar provecho, ofreciéndolo todo a mi Dios. Le pedía: que recibiera aquel trabajo que padecía este día, cuando me humillaban y me mortificaban las criaturas, pero que no fuera con ofensa a mi Dios por parte de ellas.

Acabé este día lleno de amargura, pero tomada con dulzura, porque así lo permitía mi Dios.

Hice todo lo acostumbrado.

Dios sea bendito y alabado por todos los siglos de los siglos. Amén.

“no eran locuras de mi cabeza”

Día 8. Amanecí con sequedad, y pasé la mañana con algún trabajo, porque como me faltaba el fervor, fui más miserable. Mi Dios no dejaba de darme grandes auxilios, y para que no cayera en faltas conocidas, me daba a conocer mi miseria con las reflexiones que me hacía hacer, al mismo tiempo que conocía su ayuda, de modo que se me aligeraba enseguida todo lo que a mi miseria le iba pesando.

En la siesta, como he dicho antes, me fui a escribir con alguna desgana, porque tenía la cabeza algo mala, y además alguna desidia. Me ayudaba a vencerla, saber que hacía la voluntad de mi Dios, y con este pensamiento y otros que mi Dios me dio, me endulzó aquel trabajo. Pedí la bendición a mi Señor y Señora, y me puse a hacerlo. Me fue imposible, como he dicho, porque se me vinieron aquellas cosas a la imaginación, como si las estuviera viendo. Por más que me santiguaba e invocaba al Espíritu Santo, no podía traer otra cosa a la memoria. Pensé que aquellas cosas serían que por estar la cabeza caliente, me había traído estas cosas, lo mismo que podía haberme traído otras.

Serenaba mi conciencia, pensando que no podía escribir, que ya había cumplido con intentarlo, y lo dejé.

Me fui al coro, donde seguí con estas mismas cosas, y con inclinación a escribirlas, pero decía: yo no lo hago, que es perder el tiempo en tonterías.

Se me fueron muchos ratos de la tarde peleando con mi conciencia; unas veces me parecía que lo debía escribir, y otras que no, hasta que últimamente, para librarme de esta alternativa de pensamientos, resolví no escribirlo hasta que V. viniera y se lo dijera. Si me lo mandaba, entonces lo haría.

A esto tuve presto la respuesta; ésta me fue dada diciéndome: que V. no tenía que mandarme lo que estaba mandado, pues mandado tenía escribir, aunque lo que escribiera fueran tonterías, pues estaba obligada a cumplir lo mandado. Con esto quedé convencida de hacerlo.

No lo pude hacer en esta ocasión por falta de tiempo, y cuando llegó la hora de empezar a escribir como era mi obligación, con el verdadero pretexto de que estaba cansada y era tarde, decidí que lo haría otro día, porque yo no podía con tanto. Y no lo hice.

Estas cosas tendrían más disculpa, si mi Dios no me hubiera dado tanto conocimiento para saber, por los efectos que experimentaba y el conocimiento que me daban, que no eran locuras de mi cabeza. Yo, con verdad, decía que eran locuras, porque deseaba desentenderme, y quería que se fueran como cosa superflua; pero mi interior me daba a conocer otra cosa, porque no podía negar con nada que me propusiera, oscurecer lo que conocía.

Fui a la celda con intención de escribir, por obedecer, porque no tenía disposición para hacerlo.

"se me figuraba un monte"

Encontré en la celda a María Teresa, y no hice más que mirarla, y al instante me vinieron a la imaginación una carga de locuras. A pesar de estar con esta disposición, me puse a escribir.

No hice ni siquiera dos renglones en toda la siesta, porque en mi imaginación, se me figuraba un monte, y en lo alto estaba mi amado Esposo. Allí me hallaba yo, con peligro de caer, pero me tenía mi amado Esposo asida con dos cadenas para que no cayera. Una me parecía que era del amor a mi Amado, que me había llevado a aquel sitio, y la otra era de conformidad con la voluntad del Amado. Si ésta se quebraba, se quebraba también la otra, pues eran las cadenas que me tenían sujeta para que no

me cayera. Estas cadenas las tenía también mi Señora y Madre asidas, para cuando yo me descuidara, avisarme. V.R. lo estaba viendo, y estaba con mucho cuidado para advertirme de que no me descuidara. Algunas veces, aflojaba un poco, pero al instante me avisaba mi Señora a mí, y a V.R, de modo, que llena de temor, me estrechaban más las cadenas, y quedaba más segura.

También veía a María Teresa en el mismo monte y camino. Estaba más abajo, y tenía que pasar por peñascos y sitios algo oscuros que la acobardaban mucho, y yo que la estaba mirando, la animaba y le alargaba la mano para que no se detuviera. También acudía V.R. a ayudarla, y al instante andaba con tanto brío, que volaba hacia lo más alto del monte. Conocí que si no la detuviera aquella cobardía que le hacía detenerse, ya habría llegado, pues llevaba andado lo más penoso.

Me parecía que María Teresa estaba más inmediata a lo más alto del monte, porque aunque era cobarde y temía mucho, cuando le ayudaban manifestándole que era la voluntad de su Señor que subiera, se animaba, subía con valor, y su Señor le ayudaba; pero volvía a detenerse, y necesitaba que la estuvieran ayudando siempre. El mismo Señor, aun en medio de los malos pasos, la alumbraba para que no cayera. El Amado estaba a la vista, por lo que el amor la podía llevar de un vuelo, pues como es fuego, purifica y alumbra para no temer a las sombras, ya que éstas, a la luz de este fuego, desaparecen.

Además vi a otra[303] que caminaba deprisa, pero se cansaba y se sentaba algunos ratos, queriendo volver atrás, pues como conocía los malos pasos que tenía este camino no quería pasarlos. A V. le costaba más trabajo hacerla caminar; empezaba, andaba algún tiempo sin cobardía, pero lo atrasaba cuando se echaba a tierra, y pensaba en lo duro del camino. A ésta también la animaba yo.

Me parecía que su delicadeza la detenía, y le hacía echarse a tierra, con la cual, le parecía que era muy duro el camino, y que no era para ella. Con cualquier espina que se le clavara un poco, lo aumentaba hasta darse por rendida, se echaba a tierra, y no quería caminar. Si no hubiera sido por esto, habría caminado mucho más; a lo que no era nada, le daba mucha importancia, y quería que se compadecieran de ella y aprobaran que era mucho. Era suficiente para que no tuviera la perfecta conformidad que quería aquel Señor que la había puesto en aquel camino, que es para fuertes y que no sientan tanta lástima de sí mismos. Si hacen descansos para pensar en el trabajo, no adelantan. Me parecía que esto era lo que le sucedía; si se olvidara de sí misma, correría sin temor, y no le lastimarían las espinas, porque llevaría su vista puesta en aquel Señor que la llamaba a lo alto de aquel monte.

No tuve otro conocimiento de María Rosa, que yo recuerde.

La tercera que estaba más atrasada que ninguna, además de ser asustadiza, también era delicada, por lo que no adelantaba, aunque quisiera y tuviera voluntad de hacerlo, pues no se adaptaba a aquel trabajo, y era menester llevarla con paciencia, ayudarla y no estrecharla, porque se echaba a tierra, y no daba un paso.

Recuerdo, que en otra ocasión particular, me había dicho algunas cosas de Dios; no me acuerdo lo que era, pero al poco de entrar en el coro, se me empezaron a poner presentes unos versos, que no recuerdo bien, porque ha pasado mucho tiempo; sé que

[303] Puede ser María Rosa.

yo no quería hacerles caso, y por eso no se me han quedado impresos, aunque sí la sustancia de ellos. Era casi lo mismo que tengo dicho.

Me parece que me mandaba que le dijera: que no podía más, y que Dios la trataba con rigor.

A esto me parecía que me respondía mi Dios: que recordara los grandes y continuos beneficios que le había hecho; que no fuera ingrata; que fuera fiel a su Dios que le amaba, y había padecido tanto por ella; que ella se quejaba de lo poco, porque no atendía a lo mucho que con gusto, había hecho por ella, y que si trabajara por amor, le serían ligeros los trabajos.

Mire V. padre mío, venir estas imaginaciones, puede ser nacido de los errados juicios que hacemos las criaturas, y por eso he procurado siempre desechar estas cosas, pues si no lo hago así, tendré escrúpulo. Cuando conozco alguna faltilla clara, lo que hago es pedir a Dios por quien cae, y acordarme de las muchísimas mías. Me molestaba, pues temía que con estas cosas, el enemigo me metiera en lo que no me importa, pues solamente he de atender a mis obras, que todas son imperfectas, y tengo mucho de qué enmendarme.

En esta ocasión, como en otras, he procurado, cuanto he podido, desechar estos pensamientos. No sé, padre mío, por qué me vienen a mí estas cosas.

Le he dicho a mi amado Esposo: que si pueden servir para el bien de estas almas, que se lo manifieste a V.R. y no a mí, que solo deseo conocerme a mí misma para estar humillada en el conocimiento de mi nada y miseria; pero si así fuera su santísima voluntad, hágase como mi Dios quiera.

Dios sea bendito

El primer conocimiento que tuve, al verme en lo alto del monte, la morada donde estaba mi Señor sentado, fue que allí me había subido por su misericordia. Su infinito amor había hecho que subiera, llevándome de la mano, y tapando a mis ojos los mayores peligros para que no desmayara. En los que me había dejado ver, me había ayudado con tanto cuidado y esmero, que todo lo había hecho, de modo que me quedaba claro conocimiento, de que todo se lo debía a mi Señor. Este conocimiento, como era verdadero, hacía que no pudiera decir que eran locuras. Tenía que confesar que esto era verdad, porque al instante el alma se llenaba de agradecimiento, viendo el amor que su Dios le había tenido, sin que hubiera mérito alguno de su parte.

Alababa la gran misericordia de Dios, cuando conocí que a mi Señor le había agradado la conformidad que toda mi vida he deseado tener. Si por mi miseria he faltado, no ha sido por voluntad de faltar, pues siempre he tenido esta conformidad para hacer que se haga en mí la voluntad amabilísima de mi Dios, cueste lo que cueste.

Las faltas que en esto he tenido, solo han sido de flaqueza, y al instante que las conocía, lo sentía mucho y pedía perdón.

Este amoroso Dios había perdonado mi miseria, y solo atendía a la buena voluntad, que el mismo Señor me había dado, de modo que hizo unas cadenas de amor y conformidad, con las que me había llevado, y por eso digo que, todo es suyo.

Habiendo hecho mi Dios todo esto solo por su bondad, estaba más obligada a amarle con todas las fuerzas de mi alma, que otra criatura que no hubiera recibido tanto de su Dios, pues para esto había adornado mi alma con la hermosa joya de

la caridad que le daba su Esposo, y quería que la cuidara mucho para que no se manchara ni ajara.

También me quería muy cuidadosa en la obediencia, porque ¿qué mayor ingratitud puede cometer un esclavo que lleno de las riquezas de su señor, y sentado a la mesa como uno de sus más queridos hijos, si su señor le mandara alguna cosa, no quisiera hacerla, y si la hacía fuera de mala gana, con flojera y mal hecha? Lo que debía hacer era agradecer que su señor se quisiera servir de su nada, y hacerlo con prontitud y alegría para poder dar gusto a un señor, a quien tanto le debía, conociendo que ocuparlo en sus cosas, era un nuevo beneficio de este señor, que siendo tan poderoso y tan grande, se dignaba servirse de un vil esclavo.

Este conocimiento me los daban con bastante claridad, por lo que conocía mis grandes ingratitudes, y cómo debía humillarme en la presencia de mi Dios, y cómo debía portarme en adelante, ya que cada vez se aumentaban más los favores. Estos fueron los conocimientos principales que saqué, durante la oración de comunidad, y me parece que me declaraban lo que había visto en mi imaginación. No lo repito por haberlo ya dicho, y no me parece que sea necesario volver a decirlo.

En la demás cosas, pude conocer que siendo voluntad de mi Señor que aquellas almas subieran donde yo estaba, quería que las animara y las ayudara. Veía que yo ya lo hacía, dándoles o alargándoles la mano, esforzándolas a subir sin miedo, confiando en aquel Señor que las llama, que las ayuda y que las libra de todos los peligros.

Veía también, que esto que yo hacía le agradaba a mi Señor, y en premio me adornaba o añadía más esmaltes a la joya que me había puesto en el pecho.

Si acaso después me acuerdo de otra cosa, lo diré. Sí digo: que se me ha puesto la cabeza buena, después de haber escrito cerca de un pliego, gracias a mi Dios, y tan grande es su misericordia para con esta ingrata criatura.

Desde que hablé con V. esta mañana, me quedé mejor para conocer más clara la voluntad de mi Dios, pero me aflige el temor de volver a ser ingrata.

Padre, basta de monte que bastante he dicho, pues estas cosas me parece que son de tener la cabeza caliente.

Dios tenga misericordia de mí, y no permita que quiebre las cadenas y que caiga tan gran caída.

Se me ha aliviado el dolor de cabeza, aunque no del todo.

Dios tenga misericordia de mí.

Agosto 9. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento, pero con sequedad y falta de salud. El dolor de cabeza me apretó mucho, de modo que padecí el doble. Como tenía sequedad en el espíritu y dolores en el cuerpo, me eran muy penosos los trabajos. Me concedió mi Señor mucha paciencia y conformidad con su santísima voluntad, y estaba dispuesta a recibir todos aquellos trabajos, aunque fuera para toda mi vida. Solo temía que mi Señor estuviera disgustado conmigo, y lo temí más, después de la comunión, porque seguí casi con la misma sequedad, y se aumentaron más mis males. Ni siquiera pude estar por la tarde en el oficio divino, y no sé cómo resistí el torno, pues parecía que se me saltaban los ojos.

En este día, no hice nada más que ratos de conformidad, y llevarlo todo con paciencia.

Dios sea alabado y bendito. Amén.

Día 10. Éste fue como el día de ayer. Después de la comunión mi alma estuvo más fervorosa y dolorosa, pues mi amado Esposo renovaba en mi memoria la grandeza de sus misericordias, y la mala correspondencia mía. Se juntaron a un mismo tiempo afectos de amor, de agradecimiento, y de dolor. Todo me humillaba y me hacía conocer lo mucho que debía a mi Dios, y lo mucho que debía poner de mi parte para darle gusto. Daba vuelta a mi conciencia para encontrar lo que hubiera que pudiera disgustar a mi Dios, y solo conocía mi poca docilidad para obedecer con perfección, como mi Dios quiere. Hice propósito de enmendarme, pedí perdón, y me quedé con recogimiento, como el día de ayer.

En la siesta, me hallaba muy mala, pero por cumplir lo que había prometido a mi Dios, me puse a escribir, no con gusto como debía, sino como el hijo que obedece a su padre, movido por el temor, y no por el amor.

Después de empezar me alivié, como he dicho ya en otra parte. Es grande la bondad de mi Dios conmigo, pero a pesar de todo, estando escribiendo empecé a temer, y aligeré, pensando que si V.R. se contentaba, no tendría que hacer más, pues me repugnaba mucho escribir sobre aquello.

Me quedé otra vez con mi dolor de cabeza, y con tanta sequedad, que pasé la tarde muy amarga.

Por la noche estuve peor, de modo que me pareció que iba a caer con alguna nueva enfermedad.

Acabé este día haciendo lo que podía y con mucho trabajo. Me castiga como amoroso padre para que despierte, conozca mis yerros, y me enmiende.

Por todo sea mi Dios alabado.

Bendita su misericordia. Amén.

Día 11. Empecé el día con más fervor, porque conocí que los males que estaba pasando eran por lo ya dicho. Deseaba que V. viniera para saber si sería que la conciencia me punzaba por no haber escrito, y dio la casualidad de que V.R. vino y pude hablarle. No lo hice como debía, sino como un muchacho mal criado que te quema la sangre antes de hacer lo que le mandas, y al final lo hace mal. Con todo, se ensanchó el espíritu, que lo tenía un poco caído a la vista de mi miseria, pues me parecía que no me enmendaría nunca, ya que los propósitos no me servían de nada.

Como vi que no había podido vencerme mucho de palabra, esperaba poder hacerlo por escrito. No sé si irá a su gusto, pero creo que así me podré vencer algo más. De todos modos me cuesta mucho, y quedé en que sería mejor aprovechar lo que pudiera del día, en el ejercicio de las virtudes.

Dios sea bendito.

“me he quedado toda en mi Dios”

Agosto12. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento en la presencia de mi Dios.

No tuve oración, porque no me levanté hasta la hora precisa de bajar al torno, por el dolor tan fuerte de cabeza. No sé si también sería demasiada delicadeza por mi parte, pues me levanté a las cuatro, y al instante me volví a acostar hasta que me avisó la campanilla. Vi que tenía que irme al torno, sin siquiera haber hecho una visita a mi Señor Sacramentado, y tuve fatiga de no esforzarme en lo uno, como me esforzaba en lo otro, y como ya no tenía remedio, pedí perdón, y daba adoración a mi amado Dios y Señor, digno de que todas las criaturas lo adoren, lo amen y sirvan. Sentía lo poco que yo lo amaba, ya que correspondía con tanta tibieza a quien tanto le debía. Aumentó mi recogimiento en este día, deseosa de corresponder, cuanto mi flaqueza pudiera, ayudada de su gracia. Se la pedía a mi Dios sin cesar, manifestándole como si no lo supiera, el deseo que tenía de darle gusto, y para que no hubiera en mi alma nada que le desagradara, le decía: que cortara, arrancara y quemara todo lo que no le agradara, y me diera y conservara en mí, todo lo que quisiera.

Iba pasando la mañana, y yo tenía el corazón un poco encendido en el amor de mi Amado; de pronto, padre mío, dio mi amado Esposo tanto amor a mi alma, que la dejó anegada; me hallé tan unida a mi Dios, que no puedo explicarlo, porque solo sé hacerlo en los términos que lo he hecho otras veces, cuando he dicho: que me he quedado toda en mi Dios, y no me encuentro a mí. Como una gota de agua echada en el mar, no se distingue, un alma que su Dios la une a sí, queda como sumergida en aquel mar inmenso de sus divinas perfecciones. Entonces, puede conocer lo que nunca podrá comprender, y se queda… no sé cómo decirlo. Mejor es experimentarlo que explicarlo, y más, por quien no tiene explicación, como yo.

Después de pasar en mi alma lo más fuerte de la unión, se quedaron las potencias tan en su Dios, que no podían ocuparse de otra cosa, más que de su Dios, y les era amargo cualquier otro trato. Pero como era indispensable, me conformaba con la voluntad de mi Dios, que me quería con dos cuidados: uno, atender a la presencia de mi Dios, y dar oído a su palabra que hablaba en mi corazón, y otro, atender al mismo tiempo los negocios temporales que tenía a mi cargo, solo con el cuidado de agradarle, y por solo su amor.

Esto es lo que mi Amado quiere de mí, y esto es lo que me da. Aunque yo no lo aproveche como debo, le decía a mi Amado Esposo: que me asistiera con su gracia para que lo que conocía, no lo desperdiciara; que era tan miserable, que todo se me iba en caer en faltas; que no obraba como conocía que debía hacerlo, y que me perdonara por su misericordia. A esto, me parecía que me decía mi amado Señor:

-Por mi bondad estás perdonada. Ama mi bondad, ama, ama que con amor quiero ser correspondido.

Como este Señor lo que pide lo da, se me volvió a encender el alma, y deseaba tener lo que mi Dios me pedía. El alma amándolo, deseaba amarlo más y más, se deshacía por este Dios amoroso, y con todo el afecto que podía, lo alababa y le daba gracias.

De este modo pasé este día, unos ratos más fervorosa, y otros menos, pero a toda hora, el alma estaba recibiendo abundante gracia y consuelos.

Dios sea alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Día 13. De este día solo tengo que decir que fue todo como el de ayer, unos ratos de mucho fervor y otros de menos, pero en todos deseaba amar mucho a mi Dios y agradarle en todo. Todas mis obras iban dirigidas a este fin, mis deseos solo eran querer agradarle en todo, y no poner yo impedimento, con mis ingratitudes para que mi Dios hiciera en mí lo que fuera su voluntad.

Acabé este día haciendo todo lo que podía por este Dios que tanto me daba, y me ayudaba para que hiciera su voluntad.

Bendito sea y alabado de todas las criaturas eternamente. Amén.

Agosto 14. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento, y me preparé para la comunión como acostumbro. Después de la comunión fue más íntima la unión, por lo que fue mayor el fervor, que me duró casi todo el día, al menos casi toda la mañana. Fue como de costumbre en estos días de recogimiento, que el alma está, como he dicho otras veces, bien ocupada, nada le cuesta trabajo, porque se lo dan hecho, y mientras, no cesa de amar, alabar, y dar gracias. Nunca está ociosa, pues aunque parece que no hace nada, está amando. Pasé todo el día recibiendo en mi alma grandes consuelos de mi Dios, y trabajos en el cuerpo, que esta semana han sido abundantes; si no me han trepado para estar en cama, es porque me fortalece el mismo Señor que me los da, y además, me da paciencia para llevar un dolor tan continuado de cabeza, y con tantos trabajos de cabeza como yo tengo.

Hágase su santísima voluntad en todo.

Bendita sea su misericordia, que me da las ocasiones para que pueda ofrecerle algo. Le ofrezco lo mismo que me da, y por lo mismo, cuanto más me da, más le debo a su infinita bondad y liberalidad.

Por todo sea alabado y engrandecido su Santo Nombre.

Dios sea bendito y alabado por todos. Amén.

“Mi Señora y Madre es el depósito de todos los dones y gracias”

Día 15. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

En este día de la Asunción de mi dulce madre, me pongo a escribir lo que V.R me tiene mandado deseando que la que fue obediente con perfección toda su vida, me alcance de mi Dios esta virtud, y guíe mi pluma, pues sabe que la tomo por obedecer para mayor gloria de Dios. Así sea.

Se levantó mi espíritu con recogimiento y fervor desde el principio del día, para alabar a la Santísima Trinidad, que creó a mi Señora y Madre, la preservó de toda culpa, y en este día, la coronó por Reina de los cielos y de la tierra.

Con este misterio, parece que mi alma se había ido también allá, según lo embebida que estaba, dando la enhorabuena a mi Señora y Madre, y agradeciéndole, y alegrándome de todo lo que Dios había hecho para enriquecer a mi amada Madre, y que ésta recibía, para que por este conducto se repartieran todas las gracias a todas

las criaturas. Mi Señora y Madre es el depósito de todos los dones y gracias, que este Dios poderoso, sabio y amoroso, puede, sabe y quiere repartir. No quiero decir con esto, que su poder, su sabiduría y amor sean limitados, pues todo es infinito; quiero decir: que por su bondad, y voluntad santísima y justísima, quiso la Santísima Trinidad que todas las gracias vinieran a los hombres por este canal, en premio a lo mucho que le agradaron las obras de mi Señora y Madre, y su cooperación, en cuanto pudo, a la obra de la Redención.

No digo más, porque no lo sé explicar; lo que sí digo es: que acudamos a esta Madre y Reina que es poderosa, porque recibió su poder del que es infinitamente poderoso. Lleguemos a esta Señora que puede y quiere ayudarnos.

Yo lo hago en este día más que en otros, porque conozco que le gusta más a mi Dios que se le pida por medio de la que es su Hija, su Madre y su Esposa.

No podía hacer otra cosa más que dar gracias y alabar a mi amado Dios y dulce Madre. Teniendo presentes sus virtudes, deseaba imitarla para lo que le pedía su ayuda y amparo.

Algunos ratos los pasé sin hacer nada por mi parte, porque no podía hacer otra cosa más, que amar a mi Dios, que anegaba mi alma en su amor.

Este día tuve salud, e hice todo lo ordenado.

Sea alabado, ensalzado y amado por todas las criaturas mi Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Agosto 16. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice lo acostumbrado con recogimiento en la presencia de mi Dios, pero con sufrimiento corporal, pues amanecí trabajosa del dolor de cabeza que me duró todo el día. Tuve mucho que ofrecer a mi Dios, y lo único que podía hacer era, llevar aquellos trabajillos con paciencia; ésa me la dio mi Dios y lo que hacía, siempre que estaba con más trabajo, por lo mucho que me molestaba el ruido, además de las cosas que tenía que atender, era ofrecerlo a mi Dios, y hacer ratos de conformidad. En medio de estos trabajos, me consolaba mi amado Esposo, derramando en mi alma la dulzura de su amor, la fortalecía para padecer, y la ilustraba para conocer la bondad de su Dios, que la favorecía con aquellos sufrimientos para poder, en parte, satisfacer a la divina justicia por mis pecados, y por los de todo el mundo. Unidos estos cortos trabajos a los infinitos méritos de mi Señor Jesucristo, le pedía que, por su misericordia, los recibiera con este fin.

Día 17. Fue casi en todo como el día de ayer; la diferencia fue que con más frecuencia conocía que mi alma estaba unida a su Dios, por lo que estuvo más fervorosa, y el padecimiento no le era tan penoso. Mi alma se hallaba toda en su Dios, con tanta paz, que no se puede explicar lo que es esto, si no se experimenta. Cuando una criatura tiene una pesadumbre muy grande, se le olvidan las otras friolerillas que sentía antes; así el alma, cuando está llena de su Dios, aunque sienta en lo natural los males de cuerpo, tiene todas sus potencias y sentidos tan en su Dios, que no la dejan hacer caso de su mal. Solo piensa cómo agradar a su Dios, y desea amarlo más y más. Y aunque sea una locura diré: que el alma quiere consumirse y aniquilarse en esta llama, como decía este día, y mucho más, cuando le preguntaba, si lo amaba. Me

sucedió algunas veces, unas preguntando, y otras mandando, pero todas iban a un mismo fin. Me producían el efecto para el que las decían; lo uno me manifestaban la obligación que por todo, tengo de amar a mi Dios con todo mi corazón, con toda mi alma, y con todas mis fuerzas; sentía lo poco que lo he amado, y deseaba hacerlo con más ansia. Al mandármelo, me daban más aliento para pedir lo que me mandaban. Confesaba mi miseria, y pedía que me dieran lo que me mandaban, pues sabía que yo no podía nada por mí. Como conocía que me lo daban con abundancia, me sacaba tanto de tino el amor de mi Amado, que algunos ratos me costaba trabajo poder disimular. Yo estaba hablando con el Creador, y al mismo tiempo con las criaturas. No me estorbaba nada, pues no perdía ni una migaja de la atención interior a mi Dios, que me hablaba con amor. Unas veces me parecía que me decía:

-Amiga mía.

Otras:

-Esposa mía, ven descansa en mí.

Y otras cosas semejantes, con lo que el alma se derretía y decía unas cosas que no se pueden decir, sino estando en esas ocasiones que no tienes aprensión[304].

Para cumplir con lo ordenado, diré algo, el alma corresponde a su Amado diciéndole: que es su verdadero descanso, y no quiere otro, que es su consuelo y su alegría, y que es todo hermoso, todo amoroso.

Muchas veces le dice: que lo único que quiere es amarlo, se ofrece para que cumpla su santísima voluntad en ella, y solo apetece que su Amado sea para ella, y ella toda para su Amado. Estas palabras las frecuenta mucho, porque lo desea mucho: "mi Amado para mí, y yo toda para mi Amado". No desea nada más, porque con esto lo tiene todo. Bendito sea mi amado Dios. ¡Quién pudiera hacer que todas las criaturas lo amaran muchísimo! Por mucho que lo amaran, no sería nada para lo que se merece.

Bendito sea.

Alabado sea.

Glorificado sea. Amén.

"El verdadero agradecimiento está en las obras"

Agosto 18. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Padre, desde el dieciocho hasta el veintitrés, me parece que no podré decir nada de estos días propios, porque si pasa algún tiempo, se me olvida mucho, sobre todo lo particular, y solo podré decir que en general, fueron de recogimiento y fervor.

Hice todo lo ordenado, porque todo lo hace mi Señor en estos días, como tengo dicho en otras ocasiones.

Padecí mucho en el cuerpo, pero el alma estuvo llena de los consuelos de su Dios, y conocía que a toda hora estaba de asiento en ella. Las potencias estaban tan ocupadas con su Dios, que no daban lugar o entrada a otra cosa.

Muchos días de la octava de mi Señora y Madre, aunque padecía como he dicho, estaba tan embebida en mi Dios, que parecía que no era yo la que padecía. No podía

[304] Idea infundada o extraña.

pensar en otra cosa más que en la grandeza, poder, sabiduría, bondad, misericordia y amor de mi Dios. Estaba de continuo en contemplación, aún en los ratos de más quehacer, y de continuo recibía de mi Dios todo lo que hacía. No podía, ni puedo decir otra cosa, que confesar y decir que son grandes las misericordias de mi Dios, e infinita su liberalidad.

Este Dios es tan liberal, que no repara para dar, si lo merecen o no. Este Dios hace que las almas se lo pidan, dándoles deseos de agradarlo, y solo con estos deseos que Él mismo les ha dado, reparte con tanta abundancia que yo no lo sé decir. Los dones de Dios son tan grandes, que el mismo que los recibe no puede explicarlo. Igual me sucede a mí; conozco que recibo mucho, pero no hallo términos para explicarlo, dijera lo que dijera me parece que no diría nada.

Padre mío, solo querría saber agradecer todo a mi Dios, pero tampoco lo hago como debo. El verdadero agradecimiento está en las obras, y no en las palabras, porque el modo de que las palabras sean buenas, es que vayan acompañadas de las obras, procurando en todas ellas dar gusto a este Dios, y cumplir su santísima voluntad con gusto, sea en lo que sea, penoso o gustoso, no buscarse en nada a sí mismo, y busca agradar en todo a quien tanto debe.

Padre mío, ¿podré yo decir que soy agradecida a mi Dios, cuando me busco a mí, tantas veces?

En estos días que estoy hablando, me parece que tuve algo más de agradecimiento, porque como estaba mi Amado, como he dicho, de asiento en mi alma, y de continuo recibía conocimientos de los beneficios de mi Dios, hacía mi Señor, solo por su bondad, que mi alma fuera penetrada de amor y agradecimiento, y que solo deseara agradarle y darle gusto.

Padre, puedo decir que lo deseaba con ansia, pues desearlo siempre lo deseo, pero además de esto, tenía hambre, no solo de hacerlo yo, sino de que todas las criaturas lo hicieran. Le pedía a mi amado Dios: que con su poder infinito, hiciera que todas las criaturas le sirvieran y amaran. Si yo fuera poderosa, lo haría, pero como yo no puedo, se lo pedía a quien todo lo puede. Él podía convertir a todos los pecadores, y podía ilustrar a todas las almas que están sumergidas en las tinieblas de sus pecados, y están ciegos, por no tener clara la luz de la fe divina. Pedía muchas cosas en nombre de todas las criaturas, diciéndole a mi Señor: que si estas almas tuvieran conocimiento, lo pedirían, y que si no lo hacían, era por su ignorancia.

Entre peticiones, deseos de seguirlo y ansias de que mi Dios fuera amado y servido por mí, y por todas las criaturas, pasé estos días, recibiendo, como he dicho, grandes consuelos en mi alma, que no se pueden explicar.

Dios es grande en todas sus obras, es liberalísimo y es justísimo, y los deseos que por su misericordia me daba a mí, los recibía, y me los premiaba como si fueran míos.

Bendita sea su misericordia, su bondad, su amor.

Bendito sea.

Bendito sea.

¡Ojalá! supiera ser agradecida con verdadero agradecimiento, y lo amara con un amor verdadero.

Dámelo Dios mío.

Dámelo Señor.
Amado Esposo y Señor mío, perdona lo mal que te he amado.
Bendito sea mi Dios y Señor.
Alabado sea Dios.
Ensalzado sea Dios.

Agosto 24. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

En estos días, 24 y 25, solo me acuerdo de que unos ratos estaba fervorosa, y otros no; quiero decir, que unos ratos me lo hacía todo mi Dios, y otros, aunque me ayudaba, me dejaba sentir la carga, y en estos siempre soy más miserable.

No me acuerdo de faltas conocidas, pero en estas ocasiones, con todo, pierdo algunas cosas que pudiera aprovechar, como las aprovecho cuando mi Dios lo hace todo. Cuando las he dejado pasar, es cuando conozco que en aquello podía haber tenido alguna ganancia, y que no la he tenido por descuido. Con esta enseñanza me prevengo por si se ofrece otra ocasión.

El criado que quiere a su señor y es fiel, no desperdicia ni una blanca[305].

Conociendo yo como conozco mis descuidos, pido perdón a mi Señor, y le ofrezco ser más cuidadosa en adelante.

Dios sea bendito. Amén.

"como si hirieran de pronto a una criatura"

Día 27. Pasé este día con recogimiento y fervor, teniendo la presencia de mi Dios muy viva. Algunos ratos me parecía que tenía a mi amado Esposo en mi corazón, donde me regalaba como a esposa, y me decía que le pidiera. Yo sabía que era poderoso y liberal, con lo que tomaba vuelo para pedir, y mi ejercicio era pedir sin cesar por todas las necesidades de la Santa Iglesia y del reino. Para mí, solo pedía y deseaba ser toda de mi Dios, y que cumpliera en todo su santísima voluntad. Le decía a mi amado Esposo: que con su poder, hiciera que yo la cumpliera con perfección como mi Dios quería. Todo esto lo sentía con tanto incendio de amor en mi alma, que no tenía entrada otra cosa, pues mi Amado me tenía toda en sí, con mis potencias y sentidos. Con estas cosas pasé el día bien ocupada.

Por la noche, no lo estaba tanto, pero cuando me iba a acostar, mi Dios y Esposo hizo conmigo lo que acostumbra: de un pronto me enciende en su amor, y me deja el alma anegada como en un mar de consuelos y delicias, que yo no sé explicar. Solo puedo decir que me hallo toda en mi Dios, conociendo que es por su infinita bondad.

Al principio, en estas ocasiones me quedaba inhábil para hacer nada por mi parte; pasada aquella primera fuerza de amor, que es como si hirieran de pronto a una criatura, y ésta quedara tan sorprendida que ni siquiera pudiera quejarse, hasta que pasado un rato lo hacía, y buscaba a quién la había herido. No está bien explicado, pero lo hago así para tener alguna comparación que pueda aclarar algo lo que me pasa.

[305] Moneda de vellón antigua, que según los tiempos tuvo diferentes valores.

En estas ocasiones, me sucede que viene mi Amado, y me deja tan herida, que no puedo hacer nada, pues quedan las potencias como amortecidas[306] o inhábiles. Pasado aquel primer golpe de amor, despiertan las potencias tan encendidas en el amor de su Amado, que todas a porfía buscan al que las buscó. El entendimiento conoce la bondad infinita de aquel Dios que es tan liberal con esta alma; la memoria tiene presentes los muchos beneficios que ha recibido, y la muchísima ingratitud con que le ha correspondido, y la voluntad desea amar más y más. Sintiendo que este Dios no sea amado como se merece, le pide a su Dios: que haga lo que ella no puede hacer.

Pasaron las potencias esta noche, pidiendo la conversión de las almas para que hubiera muchas que amaran y sirvieran a mi Dios. Estando en estas peticiones, me parecía que mi Señor y Esposo me decía: que oía con agrado mi petición, que me concedía la conversión de muchas almas, que vería su enmienda en laxas costumbres, y cómo alababan las misericordias de Dios en todos los pueblos.

Esto causó una gran alegría en mi alma, que empezó de nuevo a alabar la gran bondad de mi Dios, pidiéndole a mi Señora y Madre y a los santos ángeles que lo hiciera por mí.

Dios sea alabado y bendito. Amén.

"cuando yo tenía unos cinco o seis años"

Agosto 28. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me preparé para la comunión con recogimiento, y se la ofrecí a mi Dios en asimiento de gracias por todos los beneficios que de su misericordia infinita he recibido, y en particular el de haberme querido traer a la religión. Parece que mi Dios, Señor y Esposo de mi alma quería que este día lo gastara en esto: en agradecer los beneficios, y para eso, mi amado Señor puso a la vista de mi alma, todo lo que su bondad me había hecho, cómo había estado siempre conmigo, guardándome, defendiéndome de todos los peligros, y concediendo a mi alma sus dones. Como yo no lo conocía, parece que mi Dios quiso que en este día se lo agradeciera con más fervor, pues me dio con claridad el conocimiento de mi nada, y cómo había visitado, desde mi niñez, mi alma inclinándola a todo lo bueno, haciendo que lo deseara y pidiera, aun sin yo saber lo que pedía.

Otra cosa que me hizo mi Dios fue, que cuando yo tenía unos cinco o seis años, lloraba por ser religiosa. No sabía lo que era ser religiosa, pero pensaba que no lo sería porque era mala, sin saber entonces lo que era malo. ¿Quién daba estos conocimientos a mi alma, que me humillaban y me hacían derramar lágrimas, al mismo tiempo que hacían reír a los que las oían? ¿Qué otra cosa era esto, sino la mano poderosa de mi Dios, que estaba conmigo obrando ocultamente?

Como ya he insinuado en otras ocasiones, así ha seguido mi amado Esposo conmigo, como una madre que lleva a un niño en sus brazos, y lo lleva tapado para que no se asuste. El niño anda todo lo que su madre anda, y va contento, pero si quiere dejar los brazos de su madre, ésta le hace ver los peligros, y el niño vuelve a

[306] Quedar como muerta.

asirse de los brazos de su madre, y vuelve a caminar sin trabajo por donde su madre lo lleva. Después que ya lo tiene en sitio más seguro, le hace conocer y le manifiesta: lo mucho que ha hecho por él, los peligros de que lo ha librado, y lo mucho que le ha regalado, todo para que conociendo lo mucho que debe a su buena madre, viva agradecido, le sea fiel y obediente, ya que no pueda otra cosa.

Padre mío, esto se asemeja algo a lo que me sucedía este día; parecía que estaba mirando todo lo que en mi vida ha hecho mi Dios por mí. Ya se lo he dicho otras veces, aunque no tan claro como mi Amado me lo hacía ver ayer para que se lo agradeciera, y me humillara a la vista de mi mala correspondencia.

Estuve todo el día bien recogida en mi interior, dando gracias, pidiendo perdón, y nueva gracia para corresponder mejor en lo que me quede de vida, para lo que pedía a mi amado Esposo, que me purificara con su preciosísima sangre. En una de estas ocasiones, me parecía que me decía mi amado Esposo: que me perdonaba. Me parecía que veía mi alma muy hermosa, y que mi amado Esposo Jesús la unía a sí, después de haberla rociado con la preciosísima sangre de la llaga de su costado, donde me parecía que estaba mi alma. Desde allí, me dio mi Dios más conocimiento de su divinidad, y de la unidad en la Trinidad, que no sé explicar, pero mi alma quedó, por mucho rato, como anegada en aquel inmenso mar, conociendo sin conocer, y aun de lo que conocía, no sé decir nada. Sí conocía que mi alma recibía mucho de su Dios, pues me parecía que estaba de asiento, por lo que recibía gran consuelo y una paz, que no la podía alterar nada.

Bendita sea su misericordia, que no se acuerda de mis muchas ingratitudes para dejar de favorecerme.

Aunque en este día me las hacía ver, no era para castigarme como yo merecía, sino para perdonarme. El alma se encendía en el amor de este amoroso y amabilísimo Dios, alababa su bondad, y sentía lo poco que lo he amado y lo mal que le he correspondido.

Acabé este día haciendo todo lo ordenado.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Día 29. Me levanté con alguna sequedad, y estaba con recogimiento, temerosa de haber faltado a la voluntad de mi Dios, que me inspiraba para que me pusiera a escribir, pero como tenía mucho calor, me dejé llevar de mi delicadeza, y no lo hice. Al instante me puse mala, y aunque quería hacerlo, no podía hacer nada; no pude ir al coro ni a la misa hasta el final. Así castiga mi Señor mis descuidos, y me hace conocerlos.

Por una parte, veía la misericordia de mi Dios, que no me dejaba pasar sin que conociera, que habiéndome hecho en este día grandes beneficios, había dejado pasar el día sin corresponderle. No había atendido a sus inspiraciones, porque me costaba un poco de trabajo, y lo había dejado para buscar mi comodidad.

¡Ay Dios mío! ¡Qué poco ama el alma que busca comodidad para cumplir lo que su Dios le manda! Es lo que yo hago, y lo que me hacía estar llena de pena, aun en los días que más he recibido de mi Dios. Esta pena se aumentó mucho, mientras confesaba, pues mi Dios le dio a mi alma conocimiento de mis ingratitudes, al

mismo tiempo que me hacía conocer su gran bondad, y cómo me avisaba para que me enmendara.

Me puse que casi no podía hablar, porque estaba tan llamada a mi interior, que me parecía que me hallaba en la presencia de mi Señor y Esposo, que me manifestaba lo que he dicho. Fue tanto el sentimiento que tenía de todas mis culpas, y se encendió tanto mi alma en el amor de este Dios amoroso y misericordioso, que no puedo explicar los afectos de amor y dolor que me causaban. Deseaba estar entregada a ellos, sin que tuviera que interrumpirlos por los demás cuidados, pero tuve que hacerlo, pues era indispensable, y lo admití gustosa, porque era la voluntad de mi Dios.

No puedo dejar de decir: que me tenía que hacer violencia para tratar con las criaturas, cuando solo deseaba tratar con el Creador, y gozar de su amable presencia, que amorosamente me regalaba, y a quien yo le contaba todas mis miserias para que, como poderoso, las remediara.

Pasé la mañana con recogimiento, ocupada en estas cosas, ya agradeciendo, ya pidiendo perdón, ya alabando y amando la infinita bondad de mi Dios.

Por la tarde, no estuve con tanto recogimiento, pero con todo estaba bien, no estaba distraída, y sí cuidadosa para aprovechar todo lo que se ofrecía.

Esa tarde tuve alguna fatiga por las confesiones, pues casi nunca me confieso como yo quiero. Quisiera decir las cosas bien dichas, y cuando empiezo la confesión, como me hallo cargada de miserias, quiero decirlas todas, pero solo logro decir lo que conozco de particular, que no haya confesado; lo demás, lo tengo presente para dolerme en general, pero no para poderlo decir.

Algunas veces me fatigo, no porque me parezca que haga mala confesión, pues conozco que no faltan las cosas necesarias para que sea buena, gracias a mi Dios que me las da, pero desearía manifestar todas mis ingratitudes, con tanta claridad como las conozco o me hace mi Dios conocerlas; pero a la hora de decirlas, parece que desaparecen, como me sucedió este día, que todo se quedaba en el interior, y no podía decirlo como yo quisiera.

Hágase la voluntad de mi Dios.

Me gustaría poder decirlo, siguiera por escrito, que me parece que éste es el asilo que Dios me ha dado para manifestar mi interior.

Le digo a V.R: que me veo muy pobre de virtudes, y no hay en mí amor verdadero como debía tener a mi Dios. Yo así lo reconozco, pues el que está obligado a pagar cien reales, si lleno de pereza no trabaja para ver si los puede ganar con deseo de satisfacer su deuda, no puede cumplir con pagar solo veinte o menos.

Padre mío, esto me sucede a mí, yo no hago nada por mi Dios, y si hago algo, es porque mi Dios lo hace todo. Soy un siervo perezoso que cuando siente el peso del trabajo se resiste, y procura dejar la carga.

Está tan claro, y V. conoce que es verdad, pues bien sabe V. las muchas faltas de obediencia que tengo en las cosas que me son penosas. No las tendría, si tuviera verdadero amor a mi Dios, pues haría con prontitud todo lo que conociera que era la voluntad de mi Dios, sin atender si me costaba trabajo o no, sino que solo atendería a darle gusto. Esto es lo que debería hacer, y no lo hago, y si lo hago es a fuerza de avisos. En todas las demás virtudes me hallo pobre, por eso solo puedo decir: que he sido y soy un siervo inútil y sin provecho en la casa de mi amado Padre y Señor.

Bendita sea su misericordia que con tanta paciencia me sufre, me ayuda, me espera, y me ama.

También en este día me dio a conocer, que le correspondería, pidiendo, amando y agradeciendo, pues parece que esto era lo que quería para darse por satisfecho. Yo le pedía a mi Señor, que me diera lo que quería que tuviera para hacer lo que me mandaba, pues sabía y conocía mi pobreza.

Este día no conocí faltas, pedí perdón, di gracias por todo a mi amado Esposo, mi Dios y mi Señor, a quien sean dadas eternas alabanzas por todos los siglos de los siglos. Amén. Y a mi Señora y dulce Madre, también.

Bendito sea Dios.

Alabado sea Dios.

Amado sea Dios por mí y por todas las criaturas. Amén.

Agosto 30. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento, pero con sequedad, aunque cuidadosa de aprovechar las ocasiones de ejercitar las virtudes. Algunos ratos, estaba más fervorosa, porque mi Dios se manifestaba a mi alma, como un padre amoroso que acaricia a su hijo, y luego se retira un poco. No me acuerdo de otra cosa.

Hice lo ordenado, y no conocí faltas.

Dios sea bendito por todo. Amén.

Día 31. Por culpa de la ocupación, no tuve oración ni oí misa, aunque lo deseaba, no estaba ni de lo más fervorosa ni tampoco con mucha sequedad. Deseaba agradar a mi Dios en todo, y procuraba hacer lo que podía, y algunas veces, mi amado Esposo visitaba mi alma, llenándola de grandes consuelos. Me sucede con frecuencia, que cuando me voy descuidando un poco, mi Señor me avisa, y me hiere con solo esta palabra:

-¿Me amas?

Y otras veces:

-¡Qué poco me amas! mira lo que te he amado yo.

Padre, este despertador es tan eficaz, y me causa unos afectos, que no se puede dudar de quién es su autor, pues me enciende el alma, al mismo tiempo que la humilla, y le hace conocer su ingratitud y su nada.

Este día, algunas veces tuve este despertador que me hacía vivir con cuidado. No hice algunas cosas por falta de ocasión, y las suplía con el deseo de hacerlas.

Dios sea bendito por todo. Amén.

Día primero de septiembre. Me levanté con recogimiento aunque no fervorosa. A esto le llamo yo, no estar tan llena el alma de consuelos. Estuve atenta a la presencia de mi Dios, deseando agradarle, y mi alma se ocupó este día de tener presente a mi Dios, desear agradarlo, y aprovechar las ocasiones que se ofrecían para ejercitar las virtudes.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

Días 2, 3 y 4. Estos tres días, no tuve cosa particular, porque fueron días de sequedad, y de padecer. Tuve que hacer un continuo ejercicio de paciencia, porque mi Dios me ofreció un dolor de cabeza fortísimo, con una delicadeza tan grande, que no podía sufrir el ruido, por poco que fuera.

Como en estos días hubo tanto ruido, continuamente tenía que estar haciendo actos de conformidad, y ofrecer a mi Dios aquel sufrimiento. No podía aplicarme en otra cosa, y no hice casi nada de lo ordenado, porque no podía atender, con la turbación que tenía en la cabeza. Ofrecía a mi amado Dios el deseo que tenía de hacer mucho, y ofrecía aquellos trabajillos que estaba pasando para unirlos a la Pasión santísima de mi Señor, en satisfacción de mis pecados, y de todos los del mundo.

Algunas veces me daba mi Señor mucho consuelo, en particular el día cuatro que tenía a mi amado Esposo Jesús tan presente, que padecía con gran consuelo. La diferencia que tuvo con los otros dos días anteriores fue, que los otros fueron de más sequedad, con solo algunos ratos de consuelo, cuando tenía muy presente la Pasión de mi Señor; pero en este día fue más continua y más viva su presencia.

Me parecía que veía a mi Señor coronado de espinas, abofeteado y muchas veces maltratado, y por eso me era de gran consuelo padecer, al mismo tiempo que mi alma amaba tan gran amor y misericordia, agradeciendo mucho a mi amado Dios, que hubiera querido padecer tanto por mí.

Sin tener ningún rato destinado para la oración, estaba todo el día en ella.

Gracias a mi Dios por todo.

Bendita su misericordia, su bondad y amor, pues me da lo que yo nunca he merecido, y solo por su infinita bondad, me da ocasiones en que yo pueda hacer algo por su amor.

Además, no solo tuve que ofrecer los males del cuerpo, sino también algunas cosas que hicieron las criaturas.

Dios sea bendito.

Septiembre 5. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos.

Me levanté con sequedad y algo distraída. La salud lo mismo que los días anteriores, pero fui más miserable. Me costaba trabajo todo, y tuve muchas faltas, perdiendo el mérito de las mortificaciones que Dios permitía, para que se las ofreciera. Por mi amor propio, y poca humildad, no supe ahogar los sentimientos, de algunas mortificaciones. Las había tenido otros días, y las había sufrido por Dios, pero lo perdí todo, manifestando que me habían mortificado, y además, declarando las faltas de mis prójimos.

Esta es la correspondencia que tengo a los beneficios de mi Dios, y a sus doctrinas y ejemplos, que tantas y repetidas veces, trató de ocultar y disculpar las faltas del prójimo. Solo me quedaba pedir a Dios que las remedie. Este Señor misericordioso, que es poderoso para remediarlo todo, perdone mis muchos pecados, y me dé su gracia para enmendarme como deseo. Pedí perdón a mi Dios por todo, y le di las gracias, porque, misericordiosamente, me había dado a conocer estas faltas, apenas había caído en ellas, y fue la causa de que no hubiera caído otras muchas veces, o en cosas mayores. Mi Dios me puso en la memoria, lo que tantas veces me ha enseñado, e hizo que me doliera de veras, y conociera más claramente, mis ingratitudes y

descuidos. Conocía que no eran culpas graves, por las circunstancias de que no eran cosas que en sí fueran graves, pero sí eran grandes para un alma, que está su Dios empeñado en favorecerla, enseñarla y guiarla para que lo imite, y en lo que pueda se asemeje a este Señor, que solo por su misericordia, se ha dignado escogerla por esposa. No puede dejar de disgustar mucho a este Señor tan mala correspondencia, y como no tenía mandato que me lo impidiera, y el padre capellán estaba solo, entré a reconciliarme con mi Dios en el santo sacramento de la penitencia para quedar lavada con la sangre de mi Señor.

Bendita sea su misericordia y bondad. Bendito sea su amor, por el cual, compadecido de nuestra flaqueza y miseria, instituyó los santos sacramentos.

Bendito sea y alabado por todos los siglos de los siglos. Gracias le sean dadas. Amén.

Día 6. Me levanté con recogimiento y con sequedad. Como quien sabe que ha disgustado a su amado Esposo, estaba con encogimiento y vergüenza, pidiéndole perdón, y en esto me ocupé hasta poco antes de la comunión, que fue cuando confesé, como ya he dicho. Después de ésta, siendo la unión más íntima, este Dios de toda bondad, como si yo hubiera sido una esposa fiel, me regalaba, y manifestaba lo mucho que me amaba. El alma se quedó para estar todo el día bien ocupada en amar, alabar y agradecer a su Dios estos beneficios. Todo lo aprovechaba, porque mi Dios estaba conmigo.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

“este Dios poderosísimo que atendía a estos gusanillos de la tierra”

Día 7. Pasé este día con recogimiento en la presencia de mi Dios, porque en él me dio mi Dios más conocimiento de su grandeza, de su misericordia y de su bondad. Estaba más humillada, pues conocía mi nada, y agradecía la bondad infinita de este Dios poderosísimo, que atendía a estos gusanillos de la tierra, y no solo los atendía, sino que había querido tomar carne humana para redimirnos, y se había quedado con nosotros en el Sacramento. Lo que más engrandece su misericordia es que habiéndonos hecho tantos beneficios, le seamos ingratos. Con todo, nos sufre, nos espera, nos convida, nos llama, y nos busca para hacernos mayores beneficios si lo queremos oír, y si arrepentidos le pedimos perdón. Esto es lo que este amorosísimo Dios quiere, y esto es lo que aguarda de todas sus criaturas.

Porque nos ama, no quiere ostentar su poder en la justicia, hasta que ya lo ha hecho con su misericordia, lo ha intentado por todos los medios, que ha querido su infinita sabiduría, entonces, el que no oye su voz, será castigado, el que no lo busque ni quiera responda a tan grandes llamamientos, será castigado.

Estos pensamientos me ocuparon todo el día, veía esta bondad tan pronta para premiar, y ésta justicia tan detenida para castigar, dando treguas y tiempo a estas miserables criaturas, para que conozcan sus yerros, y se enmienden.

Padre mío, esto me hacía amar mucho a mi Dios, y agradecerle todos los beneficios, que misericordiosamente, nos hace; esto me hacía repetir muchas veces, convidando a todas las criaturas a que alabaran a mi Dios:

-Alabemos a Dios, porque es bueno, y porque es grande su misericordia.

Alabad al Señor todos los pueblos.

Bendita sea la misericordia de mi Dios por siempre. Amén.

Día 8. Al levantarme con recogimiento, como yo no hacía nada, todo estuvo bien hecho este día. Me preparé para la comunión como acostumbro, y después de la comunión con la unión más íntima, todo me parece que fue como el día ocho de setiembre de hace, me parece que dos años, aunque estoy con duda si son tres, pues no me acuerdo del tiempo que hace que mi Dios me hizo ir con V.R. ¡Ojalá! hubiera sabido corresponder agradecida, aprovechándome de todo como debía. Debo mucho a mi Dios, y no pongo el cuidado que debo poner de mi parte para corresponder a los beneficios de mi Dios.

Cada día estoy más cargada. El mismo Dios de misericordia, que tan liberal ha querido ser conmigo, se dé por satisfecho con sus infinitos merecimientos, que es el único caudal que yo tengo, pues todo me lo ha dado, y ofrecido al Padre por mí. En medio de mi gran pobreza, y tan pobre en todas las virtudes, tengo el consuelo de que apenas me mira, me hallo riquísima con los tesoros de mi Señor.

Bendito sea mi Señor y Esposo que me da todo su caudal para que yo, pobrecilla miserable, pague y quede más obligada a corresponder agradecida. Este amorosísimo Dios se digne, por su misericordia, concederme la gracia de corresponderle, amándolo con toda mi alma, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas, ya que no puedo otra cosa. Hacedlo así Dios mío, Amado mío y Señor mío. Haz Señor que en todo te agrade. No permitas, Señor mío, que me aparte, ni un punto, de hacer en todo tu santísima y amabilísima voluntad, y usando Señor mío, de tu poder, haz que siempre sea yo toda tuya, y Vos Señor mío, todo para mí. Haz de mí lo que quieras, haz lo que quieras de mí.

Bendito seáis Señor y Esposo mío.

Bendito y alabado seas por tu gran misericordia, y por tu infinita bondad.

Señor, que te alaben por mí todas las criaturas en los cielos y en la tierra. Que todas te den gracias, porque has querido poner tus ojos benignos y amorosos en este gusano de la tierra, y diré más, en esta ingratísima criatura. No os habéis contentado con hacerme solo los beneficios generales que habéis hecho a todas las criaturas, sino que me habéis concedido otros particulares y excelentísimos, y por ellos estoy más obligada. Y pues todo ha sido efecto de vuestra infinita bondad, haced Señor y Dios mío, que yo corresponda como Vos queréis y os agrade más. No permitas que sea por más tiempo ingrata. Dios mío, ayudadme, de mí nada puedo, y tú lo sabes, mi Dios.

Padre mío, vamos, que tengo poco fundamento para escribir, y en un instante corto la hebra.

Decía: que había sido este día como el primero en que mi amado Dios quiso hacerme el gran beneficio de que mi alma conociera que estaba unida a la Santísima Trinidad, un Dios y tres personas distintas.

“Antes quisiera padecer mil muertes”

Aunque solo es un Dios, mi alma estaba unida a la segunda, que es el Hijo, que me daba mayor inteligencia de este misterio, pero me llenan de gracias todas las tres divinas personas. Mi alma quedó, como endiosada, todo el día. No sé explicar lo que conocí, solo digo que se quedó el alma como puede estar en el cielo, porque conoce a su Dios, ama a su Dios, y tiene a su Dios, no de paso, sino de asiento. Goza de una paz inalterable, porque no le queda nada que desear, ni que apetecer, tiene al que lo es todo, y lo goza como cosa suya, que nadie se la pueda quitar, si ella misma no lo aparta de sí, por el pecado.

A un alma que su Dios la une a sí, solo le quedan temores, aunque no en el mismo acto de la unión, que entonces no están las potencias para atraer temores, pero después sí los tiene. Verse en peligro de perder por su culpa a su Dios, le es muy amargo. Antes quisiera padecer mil muertes, y todos cuantos males puede haber en el mundo, que verse apartada de su Dios. La experiencia me lo dice, pues algunas veces que me vienen estos temores, como soy tan ingrata a mi Dios, y veo que si no fuera por su misericordia, justamente, me podía dejar, no sé cómo quedo con vida. Estos temores encienden una llama que consume hasta las entrañas, y traspasa todos los huesos.

Padre mío, no le parezca a V. ponderación, porque yo no puedo explicar lo que en mi alma ha pasado muchas veces, solo con que me haya venido un ligero pensamiento de que me puede dejar. Estos temores me vienen cuando el alma está, que le parece que no ama por estar en sequedad. Cuando está el Esposo presente, regalando a la esposa, entonces no teme nada. Si esto es con un alma que no sabe amar, con las que amen mucho, ¿qué será?

Un niño no llora por su madre cuando ésta lo tiene en sus brazos, sino cuando lo deja solo; entonces llora, la llama, y no descansa hasta que lo tiene otra vez entre sus brazos. Este sentimiento será más o menos grande, según ame más a su madre, porque si este niño todo el amor lo tiene en su madre, en nada hallará consuelo, y por lo mismo, su madre acudirá con más cuidado. Pero si tiene alguna cosa en qué divertir[307] su amor, la madre se descuidará más, cuando ve que no la busca, ni llora con tanta gana.

Dichosa el alma, que sin detenerse en nada de lo creado, busca a su Dios, y clama sin cesar; ésta, pronto lo encontrará. La que se detenga, y quiera tener consuelo con las criaturas, aunque lo busque, el Esposo se retrasará, y no vendrá tan corriendo, porque quiere que solo lo busque a Él, y que clame y corra hasta encontrarlo. Si lo hace así, saldrá al encuentro, enjugará sus lágrimas y le derramará las abundantes dulzuras de su corazón.

¡Ay padre! cómo me voy deteniendo sin tener tiempo para tanto. Le estaba temiendo a este día; uno sabe cómo empezar con él, pero es menester que me sujete un poco, porque si no, no lo acabo hoy. Estoy como cuando Marta le daba prisa a María, temerosa de ser reprendida por el Maestro.

Después de lo dicho arriba, quedé un poco de tiempo con gran recogimiento. Mi amado Esposo volvió a renovar otro nuevo beneficio, hablando a mi alma y me parecía que le decía:

[307] Desviar, apartar.

-Hoy, en honor de mi Madre, debes a su intercesión que renueve en tu alma, una estable y perpetua unión si correspondes fiel, guardando la obligación que me debes como a Esposo, yo, en arras, te he dado los clavos de mi Pasión, y ya como esposa, te obligo a buscar mi mayor honor. Esto lo harás, si procuras que no se pierda mi Pasión. Trabaja cuanto puedas, con ejemplo y oración, para que las almas no malogren mi Pasión. Hoy le concedo a tu alma mayor perfección de amor, y haré que se comunique a otras almas, si tú, con celo, procuras buscar mi mayor honor.

"mi Señor haría u obraría milagros"

Esto, me parecía que le decía a mi alma mi amado Esposo. Yo, humillada con el conocimiento de mi nada, le daba gracias, y me ofrecía para que mi amado Esposo se sirviera de mí, para todo lo que quisiera. Al mismo tiempo, conocí que mi Señor haría u obraría milagros, si yo cumplía con fidelidad las obligaciones que mi Señor me ponía. Parece que este amoroso Dios quiere valerse de mi nada para el bien de mis prójimos, y así como mi Señor, toda su santísima vida, se ocupó en hacernos beneficios, procurando nuestra salvación, así también quiere que, en lo que sea posible, lo imite en la oración, procurando y pidiendo por la salvación de todos, y en lo temporal, aliviándolos, cuanto sea posible, con el fin de que sirvan a mi Dios. Lo entendía así, y pedía a mi Dios, y a mi Señora y Madre su ayuda, por cuya intercesión conocí que a mi alma se le concedían muchas gracias. De nuevo me ofrecía como esclava para que se sirviese de mí en todo lo que quisiera, pidiéndole que en todo fuera mi maestra y guía, para acertar a hacer la voluntad de mi amado Esposo.

Acabé este día con gran recogimiento, alabando y dando gracias a mi Dios, y a mi dulce Madre, como también ahora lo hago, diciendo:

-sea alabado, bendito y glorificado mi Dios por todos los siglos de los siglos. Amén, y mi Señora y Madre también.

Septiembre 9. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día hice lo acostumbrado al levantarme, no me acuerdo de nada particular solo que estuve con recogimiento en la presencia de mi Dios, hice todo lo ordenado, aproveché las ocasiones que se ofrecieron, no me acuerdo de faltas conocidas, di gracias y pedí perdón por las no conocidas.

Por todo sea alabado mi Dios. Amén.

Día 10. Fue lo mismo que ayer, con la diferencia de que fueron más frecuentes las visitas, que mi Señor y Esposo me hizo, encendiendo mi alma en su amor, aunque estuviera descuidada. Me parece que me sucede, como cuando el sol se nubla un poco con una nubecilla, de pronto se pasa, y sale de nuevo, dando luz y calor. Así me sucede a mí: se queda mi alma con la luz un poco más oscura, como cuando se pone un nublado delante del sol, que no lo oscurece del todo, pero impide que lleguen los rayos con luz clara, y le templa el calor. Lo mismo hace el sol de justicia, mi amado Dios, con esta alma. No deja de tener nublados, que ponen estorbos a los rayos amorosos de su amor, pero como es poderoso, los vence, y queda reinando sin

estorbo, enciende con su calor e ilumina con su luz, como Señor y Rey supremo, hace lo que quiere.

Padre mío, puedo decir que desde el día 8 hasta el día 21, no me acuerdo que haya tenido nada particular; solo que mi alma conocía que su Dios ha estado de asiento en ella, y ha querido que lo conozca. El día que mi alma ha estado más cuidadosa, todo el día ha estado gozando de las delicias de Dios. Solo el que las gusta podrá saber lo que son.

¡Ojalá! que todas las almas estuvieran dispuestas, y no pusieran impedimentos voluntarios, que son los que estorban. Los que no son voluntarios, si el alma procura, en lo que puede, poner de su parte para quitarlos, sé que la bondad infinita de mi Dios los disimula, porque conoce nuestra flaqueza, y como es tanto el amor que nos tiene, con sus propios méritos suple nuestras faltas.

Bendita sea tan gran bondad.

Bendito sea tal amor.

Vuelvo a decir: que ¡ojalá! todas las criaturas gustaran y vieran cuán suave es este Dios, cuán liberal para los que le piden, qué piadoso, qué amoroso para recibir a los que lo buscan, y qué misericordioso para perdonar a lo que le piden perdón. Qué pena causa en mi alma saber que hay tantas almas que no conocen a este Dios. Como no lo conocen, no lo aman ni lo sirven.

¡Oh Dios poderosísimo! Solo tú, Señor, puedes dar alivio a mi pena, haciendo que todas las criaturas os conozcan, os amen y os sirvan. Bien sé Amado mío, que Vos no necesitáis de ninguna criatura. Vos tenéis en Vos mismo todas las cosas. Vos os conocéis perfectísimamente, os amáis y os contempláis, y en sí tenéis toda la perfección de vuestra gloria, pero también queréis que las almas, que Vos habéis creado, os la den, pues todas las almas que no os conocen, no os la dan. Señor mío, puesto que sois poderoso para darles la luz que destierre sus tinieblas, encendedlas todas en vuestro divino amor para que os amen, porque lo merecéis, y solo Vos sois digno de ser amado.

Volviendo a lo que iba diciendo.

Padre mío, de mí, le digo a usted, que solo mi Dios, que es tan liberal conmigo, por su misericordia, que este Señor, sabiduría infinita, es el que sabe lo que hace conmigo. Yo no sé explicar, porqué este Dios y Esposo de mi alma, me ha traído ocupada a toda hora en su presencia, donde me hace ver su grandeza, su bondad, su misericordia y su amor. Me tenía ocupada en la contemplación de sus atributos y perfecciones divinas, al mismo tiempo que, ayudada de este amoroso Dios, no dejaba el ejercicio de las virtudes. Algunas veces, por mi miseria, no lo hacía con la perfección que debía, según la luz que tengo recibida para la práctica de las virtudes, principalmente la caridad con el prójimo, que es donde mi amado Esposo quiere que sea muy cuidadosa, y para que siga imitándolo, me pone sus ejemplos, para que vaya sacando todo lo que vea allí. Me ha prometido ayudarme, cuando mis descuidos dejen los ojos de mi alma un poco dormidos, y no esté atenta para mirar aquel excelentísimo dechado[308] de paciencia, mansedumbre, humildad, y caridad.

[308] Ejemplo de perfecciones.

Entonces al instante que empiece a echar borrones, este piadosísimo Señor, parece que lo toma en su mano y dice:

-Mira lo que haces, y mira lo que hice yo.

Estas palabras me hacen que abra los ojos, pida perdón, y ponga de mi parte para enmendarme. Y como Dios es tan misericordioso, apenas ve que el alma siente su yerro, la consuela, y la trata como si hubiera sido cuidadosa.

Esto me sucedía en los días dichos. En algunos de ellos estuve algunos ratos distraída, aunque fueron pocos, que sirvieron para que mi amado Esposo ostentara, más y más, su infinita misericordia. Por mi falta de mortificación, había dejado de hablar con la humildad y mansedumbre que debo, y mi amado Esposo me avisó de mi falta, manifestando a mi alma cómo habían sido sus palabras. El alma quedaba reprendida, enseñada, y regalada, pues recibía nuevos beneficios, pues al mismo tiempo que mi Señor me avisaba, hería mi corazón con una flecha de amor, con la cual quedaba encendida en amor, en agradecimiento doloroso, y humillada en la presencia de mi Dios, por no haber sido fiel a los mandatos de mi Señor.

Esto me sucedió dos o tres veces; otras me distraía un poco, con los mismos negocios que, indispensablemente tenía que atender, pero al instante, mi amado Señor volvía a dar un golpe a mi corazón, y le hacía atender: que estaba en mi alma, y no quería que me descuidara en darle gracias, y alabanzas, y adoración. Me hacía ver, que de todos los demás cuidados, éste debía ser el principal.

Padre mío, ¿quién no sería santo con tantos auxilios, con tantos ejemplos, con tanta ayuda? Me parece que no puede haber en todo el mundo una criatura más ingrata que yo. Cualquier otra criatura sería humilde y obediente, amaría a su Dios de veras, con un amor constante en todo tiempo, y no buscaría su querer o no querer, sino solo el de su Dios, no como yo, que digo que quiero la voluntad de mi Dios, pero, cuántas dificultades pongo para cumplirla, si no es a mi gusto, cuántas faltas tengo, qué imperfectamente la cumplo, aun teniendo a este Señor que, muchas veces, me hace conocer por el castigo, mis faltas de conformidad en seguir el camino por donde quiere llevarme. Como un padre piadoso, me hace ver claramente su voluntad, haciendo que lo siga por donde quiere.

Bendita sea tan gran misericordia y bondad.

En estos días, hice todo lo ordenado, porque mi Dios lo hacía todo, y por eso no he conocido faltas.

No he escrito los días separados, porque solo recordaba las cosas, así, de montón.

Si no le acomoda a V.R, me enmendaré en otra ocasión, pues pasándose muchos días, se me olvidan muchas cosas. Voy a ver si me puedo ver libre de atrasos para seguirlo a diario.

Por todo sea Dios bendito, alabado y glorificado. Amén.

“me dejé llevar algo por la pereza”

El día 22. Estuve todo el día con sequedad, y al mismo tiempo con mucho padecimiento en el cuerpo, pues el dolor de la cabeza fue grande, y todas las cosas era muy penoso pasarla.

También padecí en el espíritu, pues no me han faltado hasta tentaciones contra la castidad, aunque de paso, porque mi Dios me ayuda a desecharlas con prontitud. Además, me dejé llevar algo por la pereza para escribir, pues en la siesta podía haber escrito, y no lo hice, me deje llevar de mi demasiada delicadeza, y me fui a cama. Lo que adelanté en el descanso que busqué, fue que me apretó más fuerte el dolor de la cabeza, que era por lo que no había querido escribir. Me estrechó tanto, que me dejó incapaz para todo, y así estuve toda la tarde y la noche. En los ratos de torno abierto, estaba con tanto trabajo, que tenía que pedir a mi Dios que me ayudara, ofreciéndome para padecer todo lo que mi Dios quisiera. Cuando estaba desocupada, me acostaba con disimulo, para que no conocieran que estaba mala. Mis males parecen embusteros, unas veces parece que tengo alguna gran enfermedad, y luego no es nada, y por eso disimulo cuanto puedo. Quien todo lo sabe es mi Señor, y con esto me contento.

Se me pasó este día, haciendo actos de paciencia en los trabajos, como he dicho, fue día de trabajos, porque mi amado Esposo, parece que se retiró para ver cómo lo hacía sola. No era para verlo mi amado Señor, sino para que yo viera lo que soy. Cuando mi amado Dios se retiraba un poquito, era toda una miseria, y nada podía por mí. Con este conocimiento, clamaba por su ayuda, y la de mi dulce Madre y Señora.

Dios sea bendito y alabado. Amén.

Día 23. También este día empecé con sequedad y con falta de salud, hasta que pasó la mañana. No me faltaba qué ofrecer a mi Dios, a quien no olvidaba para padecer todo cuanto quisiera por su amor. Sobre todo me era muy amargo no saber si aquella sequedad sería por tener a mi Señor disgustado, que era lo único que sentía, y estaba cuidadosa de hacer todo lo que podía, con el deseo de agradarle.

En la siesta, aunque estaba tan trabajosa de la cabeza, no me fui a buscar descanso, pues pensé que mi Señor y Esposo habría sentido mi desidia para escribir. Aunque había sido por no poderlo hacer con comodidad, sino con mucho trabajo, parece que mi amado Esposo, como no tuvo descanso ni en la siesta, que la pasó en la cruz ni en la noche, parece que no quiere que yo esté ociosa, y busque descanso cuando tenga que cumplir su santísima voluntad. Estaba peor que ayer, pero determiné experimentar si podría hacer, lo que por lo natural me parecía imposible. Empecé a escribir y se alivió la cabeza, y pude seguir hasta que tocaron al coro. No estaba buena, pero sí mucho mejor que ayer, pude seguir el oficio, y además, el espíritu se mejoró, se desterró la sequedad, y quedé fervorosa, con el conocimiento de tener a mi Dios en mi alma. Parecía que se había sanado la herida que su amor había hecho en mi corazón, desde el día ocho, y volvió a herir mi corazón, aunque en todo este tiempo, no se me había quitado el dolor y ardor del corazón, sino que a cada instante se renovaba. En estas veinticuatro horas, no lo había sentido, porque mi Amado se había escondido y no lo encontraba, pero vino mientras estaba escribiendo y me dejó herida de amor. Toda la tarde y la noche, seguí alabando, y dando gracias por su infinita misericordia.

Acabé el día bien, haciendo todo lo ordenado. Las faltas, en que por mi miseria hubiera caído, no caí, porque mi amado Esposo y dulce Madre y Señora no me dejaron, pues por la mañana, temiendo hacer algunas cosillas que me costaban

mucho trabajo, quise tener algún sentimiento nacido del amor propio, y al instante oí que me decían:

-No mereces ni ser esclava de las esposas del Señor. Como la menor de todas las criaturas has de servirlas a todas ellas.

Se me vinieron con tanta viveza los ejemplos de humildad de mi Señora y Madre, cuando estaba en el templo, que aquellos pensamientos que me vinieron, no tuvieron lugar para nada, y harto hicieron con huir. Mi alma quedó agradecida a la bondad de mi Dios, pues ya que soy tan descuidada en buscar las ocasiones, mi Dios me las da, y me enseña cómo debo portarme para ejercitar las virtudes a su imitación, y la de mi Señora y Madre.

Bendita sea su misericordia. Bendita sea su bondad.

Bendito sea su amor que con tanta piedad mira mi flaqueza, y apenas me voy arrimando al peligro, al instante pone su mano para que no caiga, me hace conocer mi miseria, y al mismo tiempo, me hace conocer la excelencia de la virtud, y lo que le agrada todo lo que se hace por su amor. Aunque sea muy poca cosa, este Señor se da por obligado por los cortos servicios hechos por su amor.

Bendito sea este Dios tan bueno.

Bendita mi amada Señora y Madre, que me alcanza tantas misericordias de mi Dios.

Bendito sea mi Dios y bendita sea mi amada Señora y Madre.

Quisiera ser agradecida, y siento no serlo como debo; por eso pido a todas las criaturas del cielo y de la tierra que den a mi Dios gracias y alabanzas por mí, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Dios sea bendito.

Día 24. Este día etuve con recogimiento, no demasiado fervorosa, pero lo suficiente para hacerlo todo sin trabajo. Cuando el alma conoce que su Dios está con ella ayudándola, toma tanto aliento, que todo le es suave, y cuida de hacer cuanto puede, pues también conoce la protección de mi dulce Madre. Algunos días me ha sucedido, ya poniéndome presente lo mucho que debo a mi Dios, ya enseñándome, como verdadera Madre, que debo corresponder a tanto amor con amor y agradecimiento humilde, conociendo mi nada. Con este conocimiento que me daban, pedí a mi Señora: que usara conmigo de misericordia, perdonando mis ingratitudes, y alcanzándome el perdón de mi amado Esposo, que como piadosa Madre, supliera mis faltas y me ayudara para que cumpliera la voluntad de mi Dios en todo, que como Maestra me enseñara, y como Señora castigara mis descuidos sin dejar que me apartara de la voluntad de mi Dios. La mayor parte de este día fue de ejercicio interior, pedía ya a mi amado Esposo, ya a mi Señora y Madre. Mi alma quedaba agradecida, y le parecía que sus peticiones eran oídas, pues todas se dirigían a desear la mayor gloria de mi Dios.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea alabado y bendito. Amén.

Día 25. Me levanté con tanto recogimiento, que no parecía que había estado durmiendo, sino orando. Apenas desperté, me hallé con el Misterio de la Encarnación

tan a lo vivo, que mi alma, mirando la grandeza del amor de su Dios, que no había desdeñado tomar nuestra naturaleza humana para poder padecer y redimirnos, se quedó absorta, como quien no puede entender una cosa, y queda parado. Así me parece que me sucedía a mí; mi alma miraba aquel exceso de amor con unas criaturas tan miserables, que lo único que hacía, llena el alma de agradecimiento, era alabar y amar a mi Dios, y sentir lo poco que lo había amado, puesto que no correspondía, en cuanto podía, para amar mucho a mi Dios. Ya que no podía hacer otra cosa, me consolaba con sentir lo poco que había hecho, y pedía y deseaba amarlo mucho, mucho. Estuve así, hasta la hora de la comunión, deseando que llegara para tener a mi Dios conmigo. Después de recibirlo, fue más íntima la unión y mayor el recogimiento.

Me parecía que veía a mi amado Esposo en mi corazón, como un niño muy chiquito, y que me decía:

-Mira lo que he hecho por ti. Mira mi grandeza, que son estrechos los cielos y la tierra para mí, y quise ser niño. Agradece este amor infinito que me hizo bajar del cielo a la tierra. Tu agradecimiento ha de ser como si hubiera venido por ti sola, pues si hubiera sido necesario, lo hubiera hecho. Dame las gracias por ti y por todas las criaturas.

Mi amado Esposo estuvo en mi corazón la mayor parte de la mañana, mientras yo, con gran recogimiento, alababa a mi Dios, dándole gracias y amándolo.

Por la tarde, no estuve con tanto recogimiento, pero estaba en la presencia de mi Dios, y hacía cuanto podía, deseando agradarle y corresponder, ya que no como merece, siquiera cuanto estuviera de mi parte.

Hice lo ordenado.

Por todo sea alabado y engrandecido.

Por todos sea amado por los siglos de los siglos. Amén. Y mi amada Señora y Madre, también.

Gracias sean dadas por todos a mi Dios, porque lo merece.

Bendito sea Dios.

Bendito sea mi Dios, y todas mis cosas.

“queriendo decir mucho, no digo nada”

Padre, esto que escribí anoche lo hice dormida. No acostumbro a leer los papeles por no perder tiempo, pero como lo había hecho dormida, lo leí, y he visto que iba ligerito, que parece que soy lo mismo dormida que despierta. Al final, repetía las palabras, y fue cuando lo dejé, y fui a acostarme. No podía desechar el sueño que me vino tan fuerte, que por más que hacía, no podía desecharlo. Si hubiera sabido que no iba a decir disparates, hubiera seguido, porque la mano no se dormía para hacerlo.

Bendito sea Dios.

Padre, yo no sé cómo me hallo ahora, quiero seguir escribiendo, y no puedo decir más que: Bendito sea Dios. Estoy medio tonta, y no sé decir nada de mi Dios; queriendo decir mucho, no digo nada. Tendré que dejarlo, y solo le diré a V. padre mío, que amemos a Dios mucho, mucho, que por mucho que sea, no es nada para lo que se merece.

Diga V. a todas las criaturas con las que hable: que amen a Dios, porque es bueno, y porque es grande su misericordia.

¡Oh! Dios mío, incomprensible, inmenso y poderoso.

¡Oh! Dios bendito, que no tienes fin ni tuviste principio.

¡Oh! Dios creador, que ostentas tu poder creando todas las cosas visibles e invisibles, las conservas todas, y sin ti nada existiría. Tú mandas, y a tu imperio nada puede resistirse.

Bendito tu poder, bendita tu sabiduría, y bendito tu amor.

¡Oh, Amado del alma! ¡Qué hermoso sois! Vos, tras de esa hermosura me lleváis, mi Dios. Mas ¿adónde voy, amado Señor, cuando tu pureza, Señor, no admite la menor manchita, ni Vos la queréis? Lávame mi Amado. Lavadme Señor. Purifica el alma, que es tuya Señor, y solo desea dar gusto a su Dios.

¡Ay! Amado mío, llevadme con Vos para que te ame sin fin. No temo vivir, mi Amado Señor, solo temo, Esposo y Señor, al peligro de ofenderte. No lo permitas Amado mío, no lo permitas mi Dios, quitadme mi Dios la vida antes de que yo te ofenda.

Haz de mí lo que quieras, Esposo mío y Señor mío. Tú, mi amado Esposo, puedes quitar lo que tú no quieres que haya en mi alma, y darme lo que quieras, como poderoso Dios.

Gracias a Dios por todo.

Hágase en todo su santísima voluntad. Amén.

Septiembre 26. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Padre, desde el día 26 hasta el 30, solo recuerdo que estaba con recogimiento y fervor en la presencia de mi Dios, ocupada mi alma en los actos de las virtudes. Con amor fervoroso, no desperdiciaba ninguna ocasión, si conocía que podía hacer algo por mi Dios, pues en estas ocasiones no me cuesta trabajo, como sucede siempre que mi Dios está conmigo ayudándome. Cualquiera lo haría mejor que yo, porque otra alma que fuera humilde y amara a su Dios de veras, con un amor verdadero, en estas ocasiones volaría a su Dios muy deprisa, y no como yo, que apenas me pasa el fervor, ya soy la más miserable.

Dios tenga misericordia de mí y me haga toda suya.

Faltas, no conocí en estos días por la misma causa.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

Si hubo alguna cosa particular, no me acuerdo, pero tengo un poco de desazón, porque me parece que tenía algo que decir, y no he podido acordarme. No será cosa importante, cuando mi Dios no quiere que me acuerde, pues se lo he pedido para obedecer.

Dios sea alabado por todo.

Padre, el día de hoy que es 30, sigo sin poder escribir. Empecé este escrito el mismo día 25 por la noche, y todos los días me he puesto a hacerlo, aunque haya sido poco rato, y no he podido seguir, sin saber en qué consiste. Pienso que puede ser que la voluntad de Dios no quiera que lo haga. Si a V. le parece otra cosa, pídale V. a Dios que pueda hacerlo. Yo pongo de mi parte para hacerlo, como hoy que estoy que no puedo abrir los ojos del dolor de cabeza.

“algunas faltas de mis prójimos”

Día primero de octubre. Desde este día hasta el día 6, no puedo explicar cómo estuve, porque estaba tan tonta, que no lo sé explicar. Las potencias del alma se habían dormido, el entendimiento lo tenía como parado, aunque no sé cómo era esto, porque gracias a Dios, tenía presente a mi Dios, y al mismo tiempo podía cumplir con la obligación, y pensar en todo lo que era preciso. Luego me quedaba sin pensar en nada. La voluntad amaba sin saberlo, pues me parece que estaba, como he dicho otras veces, como unas ascuas, que estuvieran envueltas en un poco de ceniza, que a la vista parece que no hay nada, pero si se toca, se descubre que están encendidas.

Padre, me sucedía, que parecía que mi amado Esposo y Señor había tapado en mi alma el amor, de modo que caldeaba su fuego el corazón, pero si lo tocaba cualquier palabra que fuera o conociera que era para gloria de su Dios, parecía que lo descubrían, y echaba llamas. Por los efectos, conocía que amaba, y me alegraba muchísimo de que mi Dios fuera amado, conocido y servido por todas las criaturas. Por el contrario, si conocía que le desagradaba y que era ofendido, se llenaba mi alma de pena, porque estaba ofendida su bondad. Estos distintos afectos me hacían salir de mí algunas veces, y manifestar a mi Amado los sentimientos de mi alma, como si no los supiera. Pasado esto que, como he dicho, me sacaba de tino, volvía a quedar como una tonta.

No puedo decir más que esto.

De faltas, me acuerdo de algunos pensamientos, o mejor dicho, conocimientos de algunas faltas de mis prójimos, que siempre causa en mi alma mucha fatiga, porque no quisiera conocerlas, pues me parece que yo juzgo mal a mis prójimos, y las faltas que yo advierto son nacidas de mi malicia, y por eso me fatigan mucho, y procuro huir. Pero este día, me parece que me descuidé, y me causaba más fatiga, no poderlo desechar, tan pronto. Sentía que aquella criatura tuviera aquellas faltas, porque conocía que el Señor la favorecía mucho. Sentía mucho deseo de decirle: que no fuera ingrata a su Dios que tanto había sufrido y padecido por ella, y al mismo tiempo, tenía gran cobardía para decirselo. Esto, me hacía estar inquieta este día, además de no poder desecharlo con prontitud, como hago en otras ocasiones. También es éste el motivo de que solo quiera conocer mis faltas, que bastantes son, y no conocer las ajenas, porque como sean en personas a las que puedo decirles algo para gloria de mi Dios, y no se lo diga, me sucede lo que este día, que me daba escrúpulo no hacerlo, y por otra parte, no me atrevía a hablarle, no sea que mi falta de prudencia fuera ocasión de más faltas. Me pareció que lo mejor era dejarlo, y pedir a Dios por ella, como lo hice.

Dios sea bendito. Amén.

Octubre 7. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Desde el día 7, hasta el 17, fueron unos días diferentes unos de otros, pero como no me acuerdo con certeza, de qué día ha sido lo uno o lo otro, los pongo todos juntos. Voy a empezar para gloria de mi Dios.

En estos días, estaba con recogimiento fervoroso, pero unos pocos, me parece que no más de dos, estaba con recogimiento en la presencia de Dios, pero sin fervor, y con

sequedad y humillación. Como tengo dicho otras veces, de un hijo, que debe mucho a su buen padre, y le ha sido desleal, aunque tenga a su buen padre presente, está como avergonzado de su mal proceder, pues ha visto la bondad de su buen padre. Lo ama mucho, por lo mucho que lo ha sufrido, le pide perdón, y desea desagraviarlo.

Así he pasado yo algunos días. Uno de ellos fue el día de santa Teresa, que me parece que mi santa me alcanzó de mi Dios que me conociera a mí misma, y que conociera la gran bondad y misericordia de mi Dios. Estuve todo el día avergonzada con el conocimiento de mis ingratitudes, pero al mismo tiempo, este conocimiento me daba grandes deseos de amar mucho a mi Dios, que es tan bueno, y un gran sentimiento de todas mis faltas. Aunque no sentí en la mayor parte del día dulzuras, ni fervor sensible, me hacía estar bien atenta a hacer cuanto podía, porque también los ejemplos de santa Teresa me daban ocasión de avergonzarme. Miraba su celo por la gloria de su amado Esposo en el ejercicio de las virtudes, y miraba mi tibieza, mis descuidos, y que habiendo recibido de mi Dios el beneficio de admitirme por esposa, correspondía como una esclava ingrata y miserable.

Por mis descuidos y pereza, no he procurado adelantar en el caudal de las virtudes para tener algo que ofrecer a mi Señor. Me hallaba con tanta pobreza, que me hacía humillarme, con deseo de hacer algo por mi Dios, siquiera para poder ofrecerle alguna cosa en agradecimiento a tantos beneficios, como ha hecho a mi alma, solo por su infinita bondad y misericordia. Lo deseaba de veras, y hacía algunas cosillas, pero todo me parecía nada para lo que yo debía.

Aquella noche, me pareció que podría ofrecer a mi Dios el trabajo de no acostarme temprano, que era lo que el miserable cuerpo quería. Estaba rendida, porque había tenido mucho trabajo, y mis achaquillos estaban penosos. Pedí permiso para quedarme acompañando a una enferma, pero solo me dejaron hasta las doce. No tuve que ofrecerle a mi Dios nada, pues fueron tantos los consuelos de mi alma, que no pude experimentar trabajo alguno, pues mi amado Esposo encendió mi alma con un amor fervoroso, y yo me deshacía en sus alabanzas.

Pasé la noche alabando su bondad, y deseando amarlo más y más.

Esta noche, no lo miraba como un padre que está serio por los descuidos y faltas de su hijo, sino como un padre amoroso, que lo acaricia y regala. El alma no atendía tanto a su miseria, sino a la bondad de su amoroso Esposo, Padre y Dios que, liberalísimo, la enriquecía con sus dones. No se detenía en lo que había sido, sino que quería ser la que su Dios quisiera que fuera. Con gran ánimo y confianza, en que su Dios lo haría todo, se ofrecía a su Dios para que se sirviese de ella en todo lo que quisiera.

Volviendo a la diferencia de estos días digo: que, aunque con algún rato de fervor, la mayor parte han sido de sequedad, y por esta causa he sido más miserable y menos cuidadosa en el ejercicio de las virtudes interiores, que ocupan el alma cuando está fervorosa. Lo que hacía, de cuando en cuando, era pedir misericordia, pues no dejaba de conocer su miseria.

El alma tiene que ser muy cuidadosa para no estar, a cada instante cayendo en faltas, en cuanto se descuida un poquito. Lo conoce, porque Dios me ha puesto en el ejercicio de estar siempre, ganando o perdiendo, porque el ejercicio de las virtudes está en proporción a lo que se ejercitan, particularmente la paciencia, que es tan

necesaria. En estos días tuve algunas faltas, aunque no fueron manifiestas, porque mi Dios no me deja, por su misericordia, que dé malos ejemplos, pero no tengo la paciencia como la debía tener en mi interior. Sufro pero no con gusto, sino por querer ser de otra manera, y me molesta mi miseria, porque conozco que no lo llevo como debo. Lo siento, pido perdón, y vuelvo a caer.

"sentir la carga, y no querer llevarla"

Estos días tengo muchas faltas, que no les sé dar nombre ni sé si lo explico como es. Es sentir la carga, y no querer llevarla; conozco que es la voluntad de mi Dios que la lleve, quiero llevarla con gusto, y no la llevo, y esto me hace tener que pedir continuamente, perdón. Conociendo lo mucho que debo a Dios, y lo mucho que me ha sufrido, quisiera llevarlo todo con alegría y gusto, como lo llevo en los días que mi Dios lo hace todo, pero no lo puedo hacer. Por más propósitos que haga, no me queda otro refugio que confesar mi flaqueza y miseria, pedir perdón, y clamar a mi Dios que no me deje, porque de mí nada puedo.

Éste es el ejercicio que tenía en estos dos días, y en los demás días que estoy de este modo. En la oración me hallo con tanta sequedad, que tampoco sé decirlo, y le digo:

-Dios mío, tened misericordia de mí, porque me persiguen las distracciones.

Estoy afligida, como he dicho, pues pienso, si habré desagradado a mi Dios, o si mi Dios se habrá cansado de sufrir tantas ingratitudes. Me apeno mucho, porque me encuentro muy pobre de virtudes, y muy llena de miserias.

En esta aflicción que me causa esto, mi amado Esposo me suele consolar, y visita mi alma con su amorosa presencia, como me sucedió en uno de estos dos días, que había tenido la oración con tanta sequedad, que me parecía que no sabía ya ni orar. Los ejercicios ordenados se me olvidaban, había tenido poco cuidado con las comuniones espirituales, con las visitas, la bendición, y todas las demás cosas, por lo que me hallaba al final de la tarde, llena de fatigas de verme tan miserable. En este mismo acto, caí en otra falta. Había tenido una religiosa, sin poderlo ella remediar, ocasión de mortificarme, y le dije: que era menester tener la paciencia de los santos para sufrir a algunas.

Al instante, me parecía que se me ponía presente lo mucho que mi Dios me sufría a mí, lo mucho que había padecido por mí, y al mismo tiempo, me parecía que me decían:

-Mira lo que he padecido y he sufrido por ti; y tú ¿qué haces por mí?

Estas palabras fueron como unas saetas que me penetraron toda el alma. Humillándome y encendiéndome en el amor de mi Dios, empecé con nuevo fervor a alabarlo, darle gracias y pedirle perdón.

¡Oh, bondad infinita de mi Dios! Me parecía que había venido a mi corazón, a manifestarme lo mucho que había padecido por mi amor, y que si fuera necesario, padecería mucho más. Me manifestaba, cómo quería que lo imitara sin quejarme de los trabajos, pues todo lo hacía mi Dios, y yo solo debía tener cuidado de agradarlo. Toda la luz que recibía, conocía que era de mi Dios, pues me encendía tanto en su amor, que me deshacía en deseos de amarlo, y agradecer su gran bondad, amor y misericordia.

Pedía a mi dulce Madre, y a los santos ángeles, que lo agradecieran por mí, y alabaran eternamente a mi Dios por su misericordia.

Acabó este día, en que había sido tan miserable, haciéndolo todo mi Dios.

Como tenía presente todo esto, no quise dejarlo en lo general, y por eso lo he explicado.

Bendito sea.

Alabado sea eternamente. Amén.

"Dios da a mi alma conocimiento de su grandeza"

La oración de todos estos días, ha sido, unos días de contemplación de la divinidad, con lo que el alma recibía muchos conocimientos de los atributos y perfecciones divinas, y otros días, conocía lo que mi Dios me daba por su misericordia, causando a mi alma distintos efectos y afectos. Cuando mi amado Dios da a mi alma conocimiento de su grandeza, poder y majestad, queda el alma tan embebida en aquellos conocimiento, que no puede comprender, y anda como absorta, sin poder hacer nada. El entendimiento quiere caminar, y se halla como en un mar donde no puede navegar. En estas ocasiones todo es admiración, pero estos conocimientos no le dan al alma tanto amor sensible, no sé por qué, pues el alma está amando y conociendo que no hay otra cosa digna de amor, más que este Dios.

Me parece que no sentir el amor sensible, es porque todas las potencias se quedan como paradas, al conocer lo que no pueden comprender. Esto no sé si será así.

Otras veces, este amoroso Dios le da al alma conocimiento de su presencia y esencia en todas partes. Esto le causa mucho amor a mi alma, porque el día que me da mi amado Dios esta oración, me da muchos consuelos. Me veo con mi Dios, que está de asiento en mi alma, con mi Dios que está presente en todas partes, con mi Dios que me ve, que me oye, que me mira.

¡Ay! padre mío, qué consuelo es éste tan grande para mí, y para todas las almas, conociendo también, que nuestro Padre es el más amoroso; un Dios, el más piadoso; un rey, el más poderoso. Para qué voy a decir nada más, sino que es todas las cosas, y que no es menester buscarlo, porque está con nosotros y dentro de nosotros.

Le digo a usted padre mío, que algunas veces salgo de tino, y no sé cómo puedo ocultar la alegría que esto le causa a mi alma. Lo alabo y le doy gracias, porque me ha criado, porque ha hecho que lo conozca y ame, y como mi amor es tan poco y tan imperfeto, me abraso en deseos de amarlo mucho más. Así se lo pido, y mientras más lo pido y deseo, más lo deseo, no solo para mí, sino para todas las criaturas, pues deseo que sea amado por todas.

Con estas cosas paso los días enteros, de esos que llamo de recogimiento. Otras veces, me pone mi Dios a la vista su pureza y hermosura, y entonces el alma quiere irse con su Dios, pero la detiene ver que no tiene la pureza para poder llegar, y como con ansia desea irse, pide y clama a su Amado que la purifique y hermosee para que no sea desechada. No rehúsa ningún trabajo para lograr esta dicha, porque está enamorada de su Amado, y no teme al fuego ni al cuchillo, para verse unida a su Amado.

Padre mío, yo no puedo explicar las cosas que pasan en mi alma en estos días; solo experimentándolas podrán las almas conocer la infinita liberalidad de este amoroso Dios, y cómo se comunica con las almas de distintos modos.

Bendito sea.

Bendito sea.

Ámele V. mucho, mucho, porque lo merece.

¡Ojalá! que yo lo amara, porque quiero amarlo, y que todas las criaturas lo amen, ya que no puedo otra cosa, quiero acabar mi vida con estos deseos, y quiero darla gustosa a los filos de esta espada.

¿Cuándo llegará, Amado mío, que libre de las ligaduras que me tienen atada, vaya a ti, mi Amado, para amarte de veras, donde no pueda ofenderte?

Esposo mío, haz de mí lo que quieras, pero concédeme que te ame, y que no te ofenda. Haz que en todo te agrade.

Bendito y alabado seáis Dios mío.

Dios eterno, incomprensible.

Dios de infinito poder.

Dios de inmensa majestad.

Otros días, no tengo tanto recogimiento, sino que unos ratos estoy de un modo, y otros de otro.

Hoy, he tenido la oración de un paso de la Pasión, donde mi Dios me da a conocer lo inmenso de su amor, pues siendo impasible inmortal, quiso tomar cuerpo pasible[309] y mortal para poder padecer y morir para redimirnos, y darnos el Reino de los Cielos que teníamos perdido. Me da a conocer mi Señor lo grande de su amor, y lo mucho que ha padecido. Algunas veces, pone tanta claridad, que parece que lo estoy viendo. En particular, muchos días de comunión, me ha parecido que me decía mi amado Esposo:

-Mira lo que he padecido por ti.

Y como si lo estuviera viendo lleno de llagas, me compadezco, y lo adoro, y le voy dando gracias por todo lo que padeció. De este modo está el alma en un ejercicio interior, alabando la bondad de mi Dios, y su gran misericordia y amor para con una criatura tan miserable e ingrata. Sacaba de esta oración grandes deseos de agradar a este Dios, y dolor por mis ingratitudes, y deseaba enmendarme, e imitar las virtudes que mi Señor me ha enseñado con su ejemplo y doctrina.

En la oración, unos días tengo más recogimiento que otros, porque algunos, después de la oración no me queda la presencia de mi Señor tan viva, y algunos ratos me suelo distraer. Con frecuencia me recuerda mi Señor la memoria de su Pasión, que tan necesaria es para poder vivir con menos faltas, porque estos ejemplos de mi Señor hacen que las almas se animen para el ejercicio de las virtudes, sin temor a nada del mundo.

Unas veces, me queda la presencia de mi Señor como si estuviera junto a mí; no lo veo, pero conozco que está, porque el alma siente su presencia. Estos días, puedo decir: que aunque no tenga ningún rato señalado de oración, lo tengo todo el día, pues estoy hablando con las criaturas como si no hablara, porque toda la atención se la lleva mi Señor.

[309] Pasible: que puede y es capaz de padecer.

En todo lo que tengo que hacer, parece que me está enseñando cómo lo tengo que hacer para imitarlo, y esto es de gran consuelo para mi alma. Le pido licencia, y bendición, y ayuda para todo, y se me concede. En estos días, me habla como Esposo, quejándose de lo mal que le corresponden las almas. El alma queda llena de dolor, viendo la bondad de este Señor ofendida, y el amor que nos tiene tan poco agradecido.

Otras veces, me pide el corazón para descansar en él; otras, viéndome yo tan obligada con tantos beneficios, le pregunto a mi amado Señor y Esposo: qué haré para agradecer tanto, siendo tanta mi pobreza. A lo que me responde mi Señor: que con amor y agradecimiento.

Otras veces, me anima para sufrir sin quejarme, diciéndome:

-Mira lo que padecí, y a nadie me quejé.

Esto me lo dice algunas veces, cuando me quejo de que son muchas las cosillas que me mortifican, aunque solo sea para mí, y con el pensamiento. No tendrían número las faltas en que caería yo todos los días, si no fuera por la misericordia que tiene mi Dios conmigo. En todas las cosas que puedo caer con mucha facilidad, me detiene, poniéndome presentes sus ejemplos, y los de su santísima Madre.

Otros días, pero son pocos, me deja un poquito para que conozca que sola no puedo nada. Estos días, caigo en muchas faltas, y aunque ponga cuidado, veo que puedo ser miserable. Como he dicho otras veces, no caigo más, porque mi Dios acude, y no me deja acabar de caer.

Bendita sea su misericordia.

Bendita sea su misericordia y bondad.

Me parece que tengo dicho, lo que todos estos días mi Dios ha hecho conmigo.

Bendita sea su misericordia, y me perdone mis faltas y descuidos en el cumplimiento de su santísima voluntad. Amén.

“aquel árbol”

Día 17, hasta el día 25. Casi todos estos días han sido de recogimiento, y ha habido poca diferencia con los pasados. No han sido ni de los que llamo más fervoroso, ni de los que suelo ser más miserable, porque no me ha faltado la presencia de mi Dios. Aunque solo algunos ratos han sido de consuelo o fervor sensible, con todo, he estado atenta a mi Dios, y deseosa de agradarle.

Mi alma estaba siempre bien dispuesta, y no me hacía mucha falta el fervor, porque el alma estaba fuerte. Gracias a mi Dios, he tenido menos faltas para cumplir lo ordenado; no me han faltado algunas, pues podía haber aprovechado más, pero han sido descuidos que no conocí hasta después. Tengo que pedir perdón, pues mi Dios lo permite para que conozca que no puedo dar ningún fruto de virtudes si el cuidado de mi Señor, no hace que los dé.

Me acuerdo mucho de aquel árbol, que se me presentó en mi imaginación en otra ocasión, que no daba ningún fruto, y si lo daba, era después de que aquel señor lo cuidara tanto, y no se lo confiara a nadie, y luego se gloriaba de aquellos frutos, que habían sido producidos a fuerza de su trabajo.

Ahora tengo esto más presente, porque estando una noche pensando, que si supiera que no desagradaba a mi Dios, no le daría a V. cuenta de lo que pasa en mi interior, yo no tendría tantas fatigas, y lo pasaría mejor. Claro que no rehusaría dar cuenta de todo lo que conociera que hacía de malo para enmendarme y ser curada y ayudada para caminar a la perfección.

Estando en esto pensamientos, se me representó vivamente en mi memoria todo lo que yo tengo dicho del árbol, cuando sucedió, y todo lo que entonces aprendí. Lo he recordado ahora por los mismos motivos. Entonces, también deseaba saber si a mi Dios le desagradaría que callara lo que muchas veces yo creo que es inútil decir. Ahora conozco que mi Señor quiere, que las criaturas conozcan que este árbol por sí mismo no daba frutos, y si los daba eran malos y dañinos. Este señor lo ha tomado por su cuenta, lo ha cuidado, ha puesto en él sus ojos, y quiere que se vean los frutos que ha producido a fuerza de su trabajo; por eso, cuando acababa de cogerlos, se los daba al jardinero para que los mostrara y alabaran su cuidado.

Con esto quedé bastante enseñada, pero no por eso dejo de temer, pues estas cosas, después que han pasado, me parece que son locuras de mi imaginación, y de mi padecida cabeza. Aunque no puedo negar, sino confesar a todo el mundo: que mi Dios ha usado conmigo de infinitas misericordias, cuidando de mí con singular cuidado.

Conozco con toda claridad que soy la criatura más miserable que ninguna otra, pues también me lo dice la experiencia todos los días. Todo esto es verdad, pues si mi Dios no lo hace todo, no hago nada, pero las cosas que pasan en mi alma, en particular las palabras de alabanza mía, cuando manifiesta mi amado Dios el gran amor que me tiene, aunque en ese tiempo no las temo, después me parece que son cosa de mi poca humildad, y que quizá, me las pondrá el enemigo para perderme, y para que me llene de soberbia y vanidad.

Por la misericordia de Dios, no me parece que esto me haya sucedido hasta el presente, más bien, me ha servido de humillación y de agradecimiento amoroso a la bondad de mi Dios, que quiere poner sus ojos en una criatura miserable, e ingrata.

“un francés quiso entrar en la clausura”

Estos días, mi Señor, muchas veces da luz a mi alma o me manifiesta que mis peticiones han sido concedidas, porque quiere darme gusto. Me sucedió el otro día, que estaba pensando, cuando un francés quiso entrar en la clausura, y mandó recado de la hora que iba a venir; le pedí yo a mi amado Esposo: que no lo permitiera, y me parecía que me había dicho mi Señor que no entrarían, porque se lo había pedido yo.

-No temas que no entrarán.

Y así sucedió en esa ocasión, pero como después, antes de que se fueran han entrado, ya no tenía esto por cierto, y empecé a dudar. Mi Señor me dio a conocer que le desagrada la desconfianza de las que solo atienden a las criaturas, y no se fían de su Dios ni se dejan en manos de este Dios, que todo lo puede, y que le desagrada más en sus esposas, que debían ser más confiadas, dejándose todas en las manos de tan fiel y amante Esposo todopoderoso.

En castigo de esta desconfianza, hacía que padecieran más, y no había sido mayor el castigo, porque su misericordia había atendido a las almas que confiaban en su bondad. Por eso, no les había permitido a los franceses que hicieran ningún daño. Es verdad, entraron como unos corderos, y solo anduvieron por donde los llevaron.

Estos días hemos estado, yo de dudas, y mi Señor aclarándomelas. De momento me quedo convencida, pero vuelvo atrás, porque, como ya he dicho muchas veces, me parece que yo, en mi cabeza, compongo las preguntas y las respuestas, como me sucede en los días que no estoy muy fervorosa. Los días que sí lo estoy, son días de regalo. El amor no da lugar a que dude, porque hace que tenga mucha satisfacción con el Amado, que crea en su bondad, liberalidad, y amor, y entonces el alma corresponde agradecida y confiada en su Amado.

Algunas veces, parece que se ponen a porfía, el alma manifestando que lo ama y desea amarlo más y más, y el amado Esposo manifestándole que la ama con un amor infinito, y la convida a amarlo diciéndole:

-Amada mía, querida mía, ¿me amas?, mira cuánto es mi amor para contigo.

Otras veces, le pide el corazón, y otras le dice:

-Pídeme, que quiero darte gusto, porque tú me lo quieres dar a mí.

Y cosas semejantes, que no podrá creer quien no conozca la bondad y amor que Dios nos tiene, y lo mucho que desea que se logre el fin para el que nos ha creado.

Bendita sea su misericordia.

Bendito sea.

Bendito sea.

No digo nada de la presencia de mi Dios de estos días, pues ha sido como en los días anteriores. La mayor parte de ellos, he tenido la presencia de mi Señor Jesucristo, que con sus ejemplos me ha estado enseñando y ayudando para que los imite, y procure siempre, su mayor honor y gloria.

Deseando la salvación de las almas, me ofrecía a mi Señor para padecer por su amor lo que quisiera, unido a su Pasión. Me parecía que con esto agradaba a mi Señor, quien algunas veces, pretendía o quería saber, como si no lo supiera, si quería padecer.

Gracia a Dios.

Bendito seas Dios amado.

Octubre 26. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos.

Amén.

No tuve la oración, solo la oración que la de comunidad, como me sucede otros muchos días, pero la suplía la presencia de Dios, y hoy la tuve, como me la da la mayor parte de los días. Sin que yo lo procure, me hallo recogida en su presencia, y siempre lo estoy alabando con continuas jaculatorias, dándole gracias y pidiéndole perdón.

Hice lo ordenado, y no conocí faltas.

Dios sea bendito. Amén.

Desde el día 27, hasta el 31. Todos fueron de recogimiento en la presencia de mi Dios, sin más diferencia que unos días fueron más fervorosos que otros.

El 27, fue como ayer.

El 28, fue más fervoroso, porque me dio mi Dios el amor más sensible, y junto con el gran conocimiento de los abundantes beneficios que me daba, aunque muchos no los conoceré hasta que esté en su presencia, me hacían deshacerme en amor y agradecimiento.

Este conocimiento es como si me pusieran un lienzo, y en él grabados todos los favores y beneficios que mi amado Dios ha hecho a mi alma, y me dijera:

-Mira ahí lo que he hecho por ti, y otras muchas cosas que no conocerás hasta que vengas a gozar de mi presencia.

No me lo decía con palabras que se puedan oír, sino como por una inteligencia que le dan al alma. A mí me parece que lo hace mi amado Dios para que el alma sea agradecida, y ya que de por sí no puede corresponder con el agradecimiento que tales beneficios se merecen, al menos que los agradezca. El alma, al verse tan favorecida de su Dios, se humilla, y desea corresponder, dándole gusto en todo, por ser su Dios tan bueno, tan amoroso y tan liberal.

Padre mío, no se puede decir lo que el alma conoce de su Dios, porque conoce mucho y no puede decir nada, y solo quiere amar y agradecer. Tiene presente su pobreza y, como un pobre mendigo, no cesa de pedir a todas las criaturas, que amen y agradezcan por ella. Este ejercicio la hace encenderse, cada vez más en el amor de su Dios. Con esto tiene bastante para pasar el día fervorosa, y sus potencias y sentidos, no pueden divertirse en otra cosa más, que en su Dios.

El día 29, aunque no todo el día seguido, también lo pasé fervorosa. Tuve algunos ratos de menos fervor, pero aprovechaba las ocasiones en que podía dar gusto a mi Dios, ofreciéndome continuamente para que hiciera cuanto quisiera de mí, como cosa suya.

El día 30, también fue como el de antes de ayer, con la diferencia de que tuve mucho más que padecer; si no hubiera sido porque mi Dios me fortalecía mucho con su amable presencia, y me llenaba el alma de alegría al conocer que mi Dios, que todo lo sabe, estaba conmigo, y yo con mi Dios, me hubiera sido todo más penoso, y más, conociendo que era su santísima voluntad que padeciera.

Según me parecía a mí, mi amado Esposo me había preguntado: si quería padecer a favor de algunas almas, uniendo lo que yo padeciera a su santísima Pasión. Yo me había ofrecido gustosa, y por eso, no me estorbaba estar cargada de dolores. Para buscar con diligencia, todo lo que me parecía que podía hacer para gloria de mi Dios, ocupaba mi alma en adorar, alabar, dar gracias y convidar a todas las criaturas del cielo y de la tierra, para que me ayudaran a hacerlo.

Gracias a mi Dios que todo lo hizo.

El día 31. No fue tan fervoroso, pero sí, también de recogimiento con la presencia viva de mi Dios, que como ya he dicho en otras partes, mi Dios es quien me da esta presencia, que no es adquirida ni la distrae nada. En ella vivo cuidadosa, como el hijo que siempre está con respeto en la presencia de su buen padre. Como lo está viendo, tiene cuidado de no disgustarlo, aunque su padre no le haga cariños, pero como es su padre, lo ama y teme disgustarlo.

Pasé este día haciéndolo todo mi Dios, por lo que en éste, y en los demás que llevo dichos, no conocí faltas.

Hice todo lo ordenado, menos la lección, que me impidió tenerla un fuerte dolor de cabeza.

Dios sea alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también. Amén.

Noviembre 1. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Con recogimiento y fervor, me preparé para la comunión como acostumbro, convidando a mi Señora y Madre para que con sus méritos, alcance de mi Dios que adorne mi alma con virtudes, la purifique y disponga.

Después de la comunión, fue mucho mayor el recogimiento por la íntima unión con mi amado Esposo, que me duró parte de la mañana; después me quedé con recogimiento, pero no fervorosa, y así seguí hasta la noche.

No podía hacer mucho, porque estaba mala, pero hacía lo que podía; ocupaba mi alma en mi interior, con los actos de las virtudes, daba gracias a mi Dios por todos los beneficios, alababa sin cesar a mi Dios en todos sus santos, y a éstos les pedía que lo hicieran por mí.

No conocí haber tenido faltas.

Por todo sea Dios alabado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

El día 2, fue lo mismo que ayer.

Dios sea bendito por todo.

Día 3. Aunque no del todo, algunos ratos estuve un poco más distraída. Fue un día de los que acostumbro a estar, a cada instante, cayendo y levantándome; si no caigo, es porque mi Dios me detiene, pero no aprovecho las ocasiones que se ofrecen como debo, porque me descuido, y hablo palabras ociosas, que aunque en sí no son malas, tendría más mérito callándolas, como me sucedió este día.

Si no pido su bendición a mi amado Esposo y dulce Madre, me descuido en el ejercicio de las virtudes, y cuando veo que estoy cayendo, me levanto, pues conozco mis descuidos; al instante lo siento, pido perdón, y me enmiendo. Me dura poco, porque mi Dios quiere que conozca que no puedo nada por mí. Estos días saco, con toda claridad, el conocimiento de mi miseria, y clamo a mi Dios y a mi Señora y Madre de veras: que no me desamparen.

Acabé este día como lo empecé.

Dios sea bendito.

El día 4, fue casi como el de ayer, pero con más ratos de fervor. Me daba mi Dios algunos excesos de amor, que me sacaban de tino, y me costaba trabajo disimularlos, pero se pasaban pronto.

No conocí faltas, porque estuve cuidadosa, y mi Dios me ayudaba con sus auxilios.

Bendita sea su misericordia. Amén.

“hablé algunas palabras”

Día 5. Al principio, estuve con recogimiento y fervor, pero duró poco; distraída con otras cosas, hablé algunas palabras sin pedir a mi Dios su licencia, y fueron más de las necesarias, nacidas de algún sentimiento de amor propio. Mi Dios quiere que guarde silencio, si mis palabras no van a ser para su mayor honor y gloria, que es lo que debo atender, según mi Dios quiere de mí, y así lo he conocido muchas veces. Cuando lo conocí, pedí perdón a mi Dios, y me quedé serena y cuidadosa.

Después, se me vinieron a la memoria mis muchos pecados e ingratitudes, y me afligía mucho ver, que no solo tengo muchas faltas mías, sino que también he sido causa de que otras almas hayan caído en faltas y defectos, por mis malos ejemplos de falta de humildad y paciencia. Con esta aflicción estuve casi toda la mañana.

Por la tarde, estuve con recogimiento. Seguía humillada, pero no estaba afligida, porque miraba la gran misericordia de mi Dios, que es ensalzada por perdonar, y yo alababa la gran paciencia con la que nos sufre.

Por la noche, mi Dios llenó mi alma de consuelos, de modo que estuve fervorosa. En estas noches, que por costumbre no descanso, la aproveché, cuanto pude, alabando y amando a mi Dios por su bondad, dándole gracias, y en lo exterior, haciendo toda la caridad que podía con mis prójimos.

Se ofrecieron algunas cosillas, y me alegré de que mi amado Dios hubiera querido dármelas para que tuviera algo que ofrecerle.

Gracias a Dios.

Noviembre. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Día 6, hasta el día 7. Estos dos días, estuve cuidadosa de hacer todo lo que podía, humillada en la presencia de mi Dios, y con el conocimiento de mi mala correspondencia a sus beneficios.

Entre el dolor y el agradecimiento, se levantaban o encendían en mi alma algunos incendios de amor, que algunas veces, me hacían derramar lágrimas, al ver la paciencia y bondad de mi Dios, tan liberal con sus misericordias, aun con esta criatura tan ingrata.

Bendita sea tan gran misericordia.

Bendita sea tan gran bondad.

Bendito sea su infinito amor con esta criatura tan mísera, pues parece que quiere ostentar su misericordia en mí. Por cuantos medios ve, me busca y me llama para que toda sea suya. Como conocía esto, me ofrecía para que hiciera de mí lo que quisiera, y le ponía presente mi mucha miseria, como si no lo supiera, para que se compadeciera de mí, y me ayudara para, de este modo, hacer cuanto quisiera. Si mi Dios lo hace, todo lo puedo, pero sin esto, no puedo nada.

Estuve estos dos días en la presencia de mi Dios.

Hice todo lo ordenado, y no conocí faltas.

Gracias a mi Dios por todo, a quien pido perdón de las faltas conocidas y no conocidas, que serán muchísimas, y temo que la causa de no conocerlas sea mis demasiados descuidos.

Mi amabilísimo Dios me conceda luz para que yo conozca todas mis faltas, y enmendarme con la ayuda de su gracia. Espero por la intercesión de mi Señora y Madre, si es voluntad de mi Dios, que no quisiera conocerlas al final de mi vida, sino cuando pueda enmendarme, y poder hacer ahora lo que entonces quisiera haber hecho, que es dar a mi Dios gusto en todo. Aunque por mí, no pueda, mi Dios lo puede hacer todo.

Bendito sea su poder.

Por todo sea alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén.

"verdadero Dios y verdadero Hombre"

Día 8. Con recogimiento, aunque no fervorosa, me preparé para la comunión, en la que tuve el fervor más sensible por la más íntima unión con mi amado Dios.

Estuve así hasta media mañana; después me quedé como antes de la comunión, hasta la tarde, que volvió mi Dios a darme un amor grande, con el conocimiento de la bondad y gran misericordia, de este amorosísimo Dios, que se quedó con nosotros en el Santísimo Sacramento.

Miraba la distinción de las personas en un solo Dios, verdadero Dios y verdadero Hombre. Veía en este sacramento, que la segunda persona era la que había tomado carne humana, y la que estaba en este Sacramento, siendo todo un Dios.

Estos conocimientos me traían otros, pues la grandeza de este Dios incomprensible, que solo se comprende a sí mismo por su infinita sabiduría, me hacía ver con más claridad lo infinito de su amor para con las criaturas, y esto encendió mi alma en el fuego de su divino amor. Este amor, no me parece que se pueda llamar comunicativo, porque mi Dios hace que el alma conozca este amor, y cuando lo conoce, se lo da o comunica, de modo que aunque fuera una piedra, si fuera capaz de amarlo, amaría aquella suma bondad, pues es imposible conocerla sin amarla. El alma siempre queda descontenta de lo poco que ama, pues ve que su amor no es nada para lo que merece este Dios, ser amado. Pasé lo que quedaba de día, con mi alma ocupada en alabar, dar gracias, adorar a mi Dios, y desear que todas las criaturas lo hicieran.

Cuando mi Dios está de asiento en mi alma, siempre me sucede, que como la llena toda, no queda lugar para que entre otra cosa, más que su Dios, no se acuerda de sí misma, y solo desea su honor y gloria.

Bendito sea este Dios todo poderoso.

Bendito sea su amor.

Bendita su misericordia y bendita su justicia.

Bendito en todos sus divinos atributos por todos los siglos. Amén.

Noviembre 9. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con sequedad, y así estuve en la oración. Toda la mañana tuve distracciones y algunas tentaciones de las que acostumbran a venirme; por la misericordia de mi Dios, pronto las desechaba, pero con todo, fue la mañana de muchos trabajos.

Por la misericordia de mi Dios que me ayudaba, no conocí faltas voluntarias.

Bendito sea.

La tarde, también empezó penosa, pues hasta tuve tentaciones contra la castidad, aunque muy de paso, gracias a mi Dios; con todo, no me dejaron de asustar.

A media tarde, desaparecieron todos aquellos nublados que se habían levantado durante el día. Parecía que mi Señor y amado Esposo se había escondido mucho, pero yo conocía que no se había ido, porque en el interior, el alma estaba serena y fuerte, y clamaba con gran confianza para que le ayudara, porque los temores eran mayores que otras veces. Estando humillada por estas cosas de verme tan miserable, de repente vino a mi alma un exceso de amor tan grande, que la reunió toda con mi Dios, quedando tan encendida que el corazón se abrasaba, y se deshacía en llamas de amor a su Dios.

Acabé este día, haciendo lo que acostumbro siempre que el alma está en esta disposición.

Gracias a mi Dios por todo.

Alabado sea por siempre.

El día 10, amanecí fervorosa y con recogimiento en la presencia de mi Dios, a quien encontraba en todas las cosas, y en mi alma muy de asiento, dándole a mi alma conocimiento de lo mucho que la ama, y de los muchos beneficios que le había concedido.

Este día, parece que se volvió todo él en un ejercicio de agradecimiento, pues no solo daba gracias por los beneficios generales y particulares que había hecho a mi alma, sino también de los corporales, pues todos me los iban poniendo a la vista. Daba gracias, y pedía perdón de todos, uno por uno, y del mal que había hecho, no aprovechándolos como debía.

Pasé este día llena de agradecimiento, y al mismo tiempo de amor, pues no puede haber verdadero agradecimiento sin amar al que hace al beneficio, y más, cuando no hay mérito alguno en el que lo recibe, pues solamente es por la bondad del que lo hace.

Este Señor liberalísimo quiso darme mayor conocimiento de esto, y también me dio tanto amor, que se deshacía mi corazón en amor a tan gran bondad y misericordia de mi Dios. Andaba todo el día como fuera de mí, o mejor dicho, tan dentro de mí, que no salía para nada; mis potencias y sentidos estaban atentos para conocer, agradecer, pedir perdón, y desear corresponder, en adelante, mejor que lo habían hecho hasta aquí.

Ayudada de la gracia de mi Dios, tenía una esperanza muy segura de que no me faltaría la misericordia de mi Dios, de quien todo bien espero, y la poderosa protección de mi dulce Madre, a quien se la pido continuamente.

Bendito sea mi Dios por todo. Amén.

Alabado sea.

Días 11, 12 y 13. Todo fueron casi lo mismo, con la diferencia de que no me vinieron tan continuados los golpes de amor que tenía ayer; me venían con mucha fuerza, pero no duraban tanto, aunque me quedaba con tanto recogimiento, y tan humillada en el conocimiento de mí nada, que me hacía amar mucho la bondad tan grande de mi Dios, que quiso poner los ojos de su misericordia, en una criatura tan

vil y baja. Al mismo tiempo me daba conocimiento: de que por esa misma causa era más glorificada su bondad y misericordia.

Pasé estos tres días aprovechando todo tiempo y ocasión, con un deseo muy vivo de agradar a mi Señor.

No conocí faltas en ninguno de estos días, pero siempre estoy temerosa, conociendo que el que debe mucho, no se puede contentar con poco, no digo para pagar, ni siquiera para mostrar agradecimiento de lo que recibe de limosna.

Padre, vuelvo a decirle: que tengo mucho temor, pues conozco que mi Dios quiere de mí mucha perfección en mis obras, y yo tengo muchos descuidos, por lo que le pido perdón y deseo enmendarme.

"la adornaba con un vestido muy blanco"

El día 14, pasé la mañana como los tres días anteriores, con recogimiento en la presencia de mi Dios; como ya he dicho otras veces, un hijo que conoce la gran bondad de su padre, y al mismo tiempo conoce lo mal que se ha portado, está avergonzado, deseoso de desagraviarlo, y agradecido de la mucha paciencia con que lo ha sufrido.

De este modo pasé la mañana, pero por la tarde, fue como si este amoroso padre viniera a buscar a este hijo, y no acordándose de sus ingratitudes, le echara los brazos, lo estrechara, le dijera que lo amaba mucho, y que quería adornarlo con vestidos ricos, tener su delicias con él, porque lo amaba con extremo. Puede pensar cómo quedaría este hijo, al ver tan gran bondad de su amado padre. Del mismo modo, mi amado Padre, Esposo y Señor, hizo con mi alma esta tarde.

A mí me parecía que mi amado Esposo y Dios, tenía mi alma en sus manos, la acariciaba y regalaba con mucho amor, la adornaba con un vestido muy blanco y hermoso, y le ponía una joya en el pecho guarnecida de muchas piedras preciosas. Me la ponía como si fuera mía, pero era para que yo hiciera otra como aquella para mi amado Esposo. El centro de esta joya era de caridad, y la guarnición de alrededor, que era de piedras preciosas, era de todas las virtudes que tenía que practicar, y el vestido blanco era la pureza de intensión que debía tener en todas mi obras. Mi Amado me pedía que le labrara una joya así. Estando en estas cosas, me parecía que mi amado Esposo me había unido a sí, tan íntimamente, que parecía que toda me había quedado escondida en mi Dios.

El oficio divino empezaba entonces, y estuve un rato, sin poder rezar, hasta que mi Señor permitió que pudiera hacerme gran violencia, y esforzarme para rezar más alto. Yo ya me la estaba haciendo desde que empezó el rezo, y tuve que seguir haciéndomela todo el tiempo que duró.

Algunos ratos, la tarde fue un martirio; tenía que estar tratando con las criaturas, y desechando el trato con el Creador, que apenas templaba algo los incendios de amor, me levantaba otro más fuerte. Cuando acabé con la obligación del trato con las criaturas, me fui volando a solas con mi Dios.

Al entrar en el coro, me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Ven esposa mía, querida mía, ven a descansar de los afanes del día.

Padre, me encendió tanto el amor de mi Dios, que no quedé para nada. Me sucedió, que me parecía que descansaba en los brazos de mi Amado, donde mi alma dulcemente se recreaba, como no se puede explicar, hasta que me fue forzoso volver a cumplir con la comunidad, con tanto recogimiento, como si no hubiera más que Dios y yo, pues ninguna cosa me distraía.

Gracias a mi Dios.

Alabado y glorificado sea en todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

El día 15, tuve menos recogimiento que ayer. En la comunión sí fue muy grande, pero después de media mañana fue menos, y tuvo mi pensamiento ocasión de acarrearme algunos temores para escribir.

Lo que he dicho de la joya, me parecía que podía ser, que se me hubiera metido en la imaginación, porque en el adviento, acostumbramos a hacer el hatillito[310] al Niño Jesús. Cada una hace una prenda, y a mí me había tocado la cédula de labrar la joyita para el niño. Como esto ha venido tan a punto, me parecía que sería cosa de mi mala cabeza, pero yo misma me respondía: que podría ser, pero no podía ser la causa de los efectos que me había causado, pues éstos, solo Dios los puede dar. Este poquillo de distracción, no me duró nada, y me quedé aprovechando el tiempo, agradeciendo, alabando, adorando y amando a mi Dios, que tanto merece ser amado.

Por la noche, tuve la oración sobre la Oración del Huerto, que fue lo que primero me vino a la memoria al ir a tenerla con la comunidad. Al instante, me dio mi Dios un recogimiento tan grande, que me parecía que estaba en el huerto junto a mi amado Esposo. Lo veía lleno de aflicción y sudando sangre, y le preguntaba:

-¿Quién os ha entristecido la alegría; por quién estais tan lleno de penas; qué es lo que os pone en tanta agonía?

Y mi Amado decía: que las muchas almas que se iban a perder, porque no querian aprovecharse de su Pasión.

Fue mucha la compasión que tuve de ver a un Dios-Hombre con tanta congoja y tristeza. No sabía qué hacer para que mi amado Esposo tuviera consuelo, y como su desconsuelo era por los muchos que se habían de perder, y no se iban a aprovechar de su preciosísima sangre, se aumentó en mi alma este deseo de salvación de todos. Ofrecía al Eterno Padre, aquellas penas y sangre preciosísima de mi amado Jesús, para que por estos méritos, concediera eficaces auxilios a las almas. A unas para que lo conocieran, y conociéndolo lo amaran, a otras para que se convirtieran, a otras para que se conservaran en la gracia y la aumentaran, a fin de que todas cumpliéramos la voluntad de mi Dios para el fin que nos ha criado que es: amarlo y servirlo.

Mi Señor me decía: que muchas almas no querían atender a sus inspiraciones.

Y yo le respondía: que mi Dios era poderoso para hacerlas atender.

Al mismo tiempo, estaba mi Dios dándome luz para conocer: que por parte de mi Dios, todo estaba hecho, que todo el daño está en que las almas no quieren atender a los divinos auxilios que mi Dios, por su misericordia, les está dando continuamente, y que no son agradecidos, porque ciegos por sus pasiones, no los conocen.

[310] Diminutivo de hatillo, aquí equivale a: canastilla de ropas y enseres de recién nacido.

Me causaba mucha pena ver que se perderían en tantas almas el fruto de la Redención, y esta pena que yo tenía, me parecía que le agradaba a mi Dios. Se aumentaba más el conocimiento del amor, de este Dios-Hombre para con las almas, y esto hacía que mi alma deseara, más y más, la salvación de las almas.

Si pudiera cooperar en algo, no temería padecer para llevar almas a mi Dios.

Aunque por mí, nada puedo, me consolaba pedírselo a mi Amado, que es poderoso en todo.

También me parecía que mi amado Esposo me preguntaba:

-¿Quieres padecer conmigo a beneficio de las almas?

Yo me ofrecí con mucho gusto pidiéndole: que me ayudara e hiciera de mí cuanto quisiera. Después de todo esto, me parecía que me decía mi amado Esposo: que le diera mi corazón para descansar. Y yo le decía:

- Amado mío, no me pidáis, lo que es vuestro; vuestra es mi alma, mi corazón y toda yo soy vuestra. Si en mí halláis alguna cosa que no sea vuestra, quitadla, y si está manchada, lavadla con vuestra sangre preciosísima.

Encendida mi alma en el amor de mi Señor, le decía muchas cosas, pues me parecía que lo tenía en mi corazón. No puedo explicar lo que estas cosas causaban en mi alma. Cuando me fue forzoso salir de la oración, no sé cómo iba, pues solo podía atender a mi Señor.

Así acabé este día, gracias a mi Dios.

Alabada sea su misericordia. Amén.

"mi Dios, que como un sol que despide muchos rayos"

En un día de éstos de mucho recogimiento que van escritos, estuve un rato en la oración de comunidad, y tuve un conocimiento, que no he dicho por olvido. Subía mi alma a mi Dios, que como un sol que despide muchos rayos, estos daban en las almas, con diferencia en unas que en otras. En aquellas que estaban limpias, y no tenían estorbo alguno, entraba este divino sol, y se quedaban tan hermosas que parecía que entraban todas en el mismo sol, y de lo mucho que recibían, despedían rayos de luz para las otras almas. Otras no recibían tan de lleno estos rayos, aunque las iluminaba. Otras estaban con tantos estorbos que les daba aquel sol, pero no quedaban iluminadas. Con esto entendía yo: que las primeras almas eran aquellas que están limpias de todo afecto terreno, y nuestro amabilísimo Dios está de lleno en ellas, y les hace participar tanto de sus dones, que se hacen semejantes a su Dios por participación. Las que no estaban tan limpias, las alumbraba esta luz, pero no la recibían tan de lleno por los estorbos que ponían; como en un vaso empañado, la luz que en él se meta, alumbra, pero no es tan hermosa como la que está en un vaso muy limpio. A las terceras que les llegaban los rayos y no las iluminaban, me parecía que eran las almas que tienen algún apego a las cosas de la tierra, y como tienen los vasos ocupados, aunque quieran meter otra cosa, no puede entrar, porque no cabe. Esto movió en mi alma un deseo tan grande, de que mi Dios quitara de mi alma cualquier impedimento que hubiera en ella para que no hubiera estorbo alguno, que me hacía pedirlo de veras, porque era mucha la diferencia que había entre lo que recibían unas y otras de la participación de su Dios.

No sé explicarlo. Por cumplir con mi obligación, de lo poco que he dicho, no he dicho nada, pues soy muy tonta para poder poner comparaciones que pudieran aclararlo más, pero hago lo que puedo.

Hágase la voluntad de mi Dios.

Le pido que me dé su gracia para aprovecharme de los conocimientos que por su misericordia, me da para que cada día viva con más cuidado, que para esto me los da.

Siempre he conocido que me ha querido desocupada de todo para que mi alma esté solo en mi Dios. Cada día me da más; cuanto más limpia y clara está una cosa, más se advierte cualquier poquito de polvo. Como Dios es tan puro, no quiere nada impuro, y tiene que estar continuamente purificando las almas, si ellas quieren dejarse purificar. Yo me ofrecía a mi Dios, y me ofrezco, para que me purifique, y haga de mí lo que quiera para ser admitida de lleno en la participación del mismo Dios.

Le digo a V. padre mío, que si las almas conocieran esto, no tendrían amor a nada, y desearían tener mucho más amor para emplearlo todo en su Dios. A buen seguro que no quedarían contentas, pues se hallarían tan cortas para lo que debían, y merece este creador amorosísimo y poderosísimo, que querrían andar repartiendo su amor en todo lo creado.

Dios ilumine todas las almas para que lo conozcan, pues conociéndolo lo amarían y amándolo lo servirían y alabarían. Como he dicho, es imposible conocerlo y no amarlo.

¡Oh Dios mío! tan poco conocido, y de tan pocos amado.

¡Oh Dios de amor! tan poco agradecido de parte de las criaturas, que has creado para que te amen.

¡Oh Dios mío! que en lugar de ser amado, eres ofendido.

Amado mío, quisiera llorar tus ofensas día y noche. Tú sabes, mi Dios, que lo siento.

¡Oh bondad ofendida!

¡Oh misericordia despreciada.

¡Oh amor infinito no agradecido.

¡Oh Dios mío! ¿Quién te hace sufrir tanto?

Oigo que me dices:

-El amor.

¡Oh almas! el Dios de amor nos está aguardando; nos está llamando; nos está convidando. Lleguemos, que su amor nos recibe; que su amor nos perdona.

Vamos, vamos que sale al encuentro a recibirnos, porque nos ama. Oigamos su voz que es más dulce que el panal.

¡Oh, Amado mío! ¡Quién pudiera hacer que todas las almas te buscaran y corrieran a la voz de vuestro amor que nos convida y llama!

Bendito sea vuestro amor.

Bendita vuestra misericordia.

Bendito vuestro poder.

Bendita vuestra justicia y bendito en todos vuestros atributos y perfecciones divinas.

Alabado seáis, mi Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 16. Estuve todo el día en recogimiento, cuidadosa en el ejercicio de las virtudes, y deseando agradar a mi Señor, a quien tenía presente.

La oración fue este día de la Pasión; la sentía con tanta viveza como si lo estuviera viendo. Sacaba de ella propósitos de humildad, caridad, paciencia, y deseos de cumplirlos, como Dios quiere que los cumpla, con la ayuda de mi Dios y de mi dulce Madre.

No conocí faltas, porque mi Dios lo hizo todo.

Por siempre le sea dada eterna alabanza, honor y gloria. Amén.

"pedir misericordia para todo, y no castigos"

Noviembre 17. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Estos días, 17 y 18, al levantarme, tuve la oración de la Pasión con mucho recogimiento. Parecía que estaba viendo lo que mi Señor estaba padeciendo por mi amor, y los ejemplos que me daba de humildad, caridad, mansedumbre y paciencia. De todo esto sacaba afectos de amor, agradecimiento, y propósitos de imitar a mi Señor en cuanto me fuera posible. Le pedía su gracia y ayuda, confesando mi miseria, y que por mí, no puedo nada, pero como todo lo puedo en mi Dios, seguí todo el día teniendo presente a mi Señor.

Procuraba cumplir los propósitos, y anduve cuidadosa; aunque no muy fervorosa, sí llena de pena de que mi Dios fuera ofendido, y de que tantas almas, no aprovecharan la Pasión de mi Señor. Hacía muchos actos de dolor de mis pecados y de todos los del mundo, pues me causaba mucha pena contemplar a un Dios tan bueno, ofendido por las mismas criaturas que había creado y redimido. Deseaba desagraviarlo, y para ello ofrecía la misma Pasión de mi Señor.

Bendito sea mi Dios.

En estos dos días, solo me acuerdo de haber tenido una falta: tuve el deseo de que impusieran penitencia a una criatura para ver si caía en su yerro, se enmendaba, y dejaba de dar motivo de inquietud a todas. Estos deseos nacían del deseo que tenía de que no hubiera ofensas a Dios, porque en estas ocasiones la caridad tiene muchos choques, y por lo regular, la que causa el escándalo, ciega por la pasión, no lo reconoce hasta que ya no tiene remedio. Me llenaba de compasión ver que no lo reconocía, y que por eso no se enmendaba. De esto nació mi deseo, pero pedir un castigo no era arreglado a la doctrina que tengo recibida de mi Señor, pues este Padre amoroso me enseña a pedir misericordia para todo, y no castigos. Había pedido misericordia, y lo seguí haciendo, con todo, tomé bastante fatiga, y me fui al coro con mi Dios, a pedirle perdón.

Me parecía que me decía mi amado Esposo: que no le había desagradado mi deseo, porque nacía de la caridad, y de la justicia. Me quedé consolada, pero con ánimo de manifestarlo en la confesión, sujetándolo al santo sacramento de la penitencia, que era lo seguro, y no me podía engañar.

Dios sea bendito.

Día 19 y 20. En éstos, hice lo acostumbrado al levantarme, aunque no con tanto recogimiento como otros días. Estuve cuidadosa, pero no como cuando me lo da mi

Dios todo hecho, por lo que tenía que hacer más que los otros días, pero me ayudaba mi Dios mucho, y por eso no caí en faltas. Algunos ratos, mi Señor me daba tan encendido el amor, que abarcaba toda el alma; no duraba mucho, pero quedaba el alma con recogimiento, aunque sin fervor sensible.

Gracias a mi Dios.

Día 21. Algunos ratos estuve algo más distraída que ayer; aunque fueron cortos, la imaginación me molestaba bastante. Yo quería tener mi pensamiento en mi Dios, y en un instante, me hallaba en otras cosas, de modo que, en mi interior estaba con recogimiento, pero la imaginación estaba inquieta, y yo tenía que sujetarla. Era como si una señora estuviera encerrada en una sala, y no dejaran de llamar en la puerta; aunque no hiciera caso, ni abriera la puerta lo estaba oyendo, y se contentaba con no turbarse ni inquietarse. En cambio, en los días que la señora entra en la sala y queda encerrada con todos sus criados, no tiene quien la moleste, pero no siempre le hacen esa gracia,

Dios sea bendito.

Noviembre 22. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

En la oración, que fue del beneficio tan grande de haberse quedado mi Dios en este Sacramento de amor, estuve con recogimiento, me preparé para la comunión, como acostumbro, y después, en mi alma se encendió mucho el amor de mi Dios por la unión más íntima, y los conocimientos que me daba de su infinito amor y liberalidad para con las criaturas. Me hacía tener unos afectos encendidos de agradecimiento y amor, y lo alababa, y le daba gracias, y lo adoraba.

Así pasé la mañana.

Por la tarde, no estuve tan fervorosa, pero con recogimiento en la presencia de mi Dios, y haciendo todo lo que podía, para darle gusto en todo.

Por la noche, la oración fue muy fervorosa, porque mi Señor dio a mi alma nueva luz para conocer lo mucho que me amaba, y lo mucho que me favorecía con su gracia. Me renovó las doctrinas que me tiene dadas de sus virtudes para que las imitara, en particular la caridad, humildad, obediencia y silencio, dándome a conocer cuántas faltas tenía en estas virtudes, y la obligación de corresponder con particular cuidado, y no con cuidado ordinario, contentándome con lo preciso. Saqué propósitos de enmendarme, y di gracias a mi Dios por su gran misericordia.

No tuve faltas conocidas, y pedí perdón de las no conocidas.

Dios sea bendito por todo. Amén.

Día 23. Todo el día tuve la presencia de mi Dios, que me hacía estar con mucho recogimiento. A ratos, me venían unos excesos de amor, que me sacaban de mí. Me deshacía por mi Dios, solo por el conocimiento que me daba de su bondad. Deseaba amarlo sin otro interés, más que porque lo merece. Hacía muchos actos de amor, y cada vez crecían más los deseos, y cada vez me veía más unida a mi Dios.

Acabé este día fervorosa.

No me acuerdo de faltas conocidas.

Dios sea bendito, alabado y glorificado. Amén.

“el alma está a la vista de su amado Padre”

Día 24. Fue como ayer; tuve algunos afanes[311], por lo que ni siquiera tuve la oración de comunidad, pero me concedió mi Señor su divina presencia, y el alma estuvo bien ocupada, aunque no fervorosa. Digo no fervorosa, porque llamo fervor a aquellos excesos de amor con que mi Dios, algunas veces me regala sin merecerlo. Son como cuando una madre toma a un niño chiquito en sus brazos, lo acaricia, lo regala, lo besa, lo deja caer en su pecho… las madres dicen a sus niños: que los quieren, que son hermosos y cosas semejantes; pues todo esto lo hace mi Amado conmigo.

El Dios de toda bondad, olvidado de su grandeza, hace con las almas lo mismo, y también lo hace con la mía, que aun siendo yo la más ingrata, me manifiesta más y más su gran bondad. A esto lo llamo fervor, porque hay amor sensible y regalado, y el alma se halla en los brazos de su Amado. Lo que yo llamo no fervorosa, es cuando el alma está a la vista de su amado Padre, y viendo que la está viendo, trabaja con gusto, porque está en la presencia de su Padre, y aunque no le haga ningún cariño, está contenta deseando que le mande mucho que hacer para darle gusto. Con eso queda contenta, conociendo la bondad de su padre y que todo lo merece.

Esto lo tengo ya dicho antes, pero como pasa tiempo, lo digo otra vez para ahorrar decirlo muchas veces, y así cumplir con menos palabras.

Dios sea bendito por todo. Amén.

Noviembre 25. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día veinticinco es el primero de los diez, que por la misericordia de Dios, me son concedidos para que solo trate con mi Dios, con mi Padre, Esposo y Señor.

Vengo con deseo de desagraviar a mi Dios, pidiéndole perdón de mis muchos pecados, gracia eficaz para no cometerlos en lo que me quede de vida, y para procurar en todas mis obras su mayor honor y gloria, en toda ella.

Como Padre piadoso, espero que me conceda lo que le pido para mí, y para mis prójimos y hermanos; como Esposo, que me perdone mis infidelidades, y me una a sí; como Señor absoluto, que haga de mí, todo lo que guste, pues con toda mi voluntad deseo servirlo del modo que quiera, con la ayuda de su gracia, la protección de mi amabilísima Madre y Señora, la Virgen María, la de mi padre señor san José, san Joaquín y señora santa Ana, los santos apóstoles, y mis santos ángeles, a todos ellos les pido su favor para que sean mis intercesores, y me alcancen de mi Dios la gracia que necesito para ocupar este tiempo, en lo que sea más del agrado de mi Dios, para su mayor honor y gloria.

Primer día: lo consagro a la Santísima Trinidad.

Me levanté a la hora señalada, hice el ofrecimiento y lo acostumbrado todos los días, tuve la oración con sequedad, pero con recogimiento y afectos de agradecimiento.

Empezando en el día veinticinco, tenía motivo para agradecer el beneficio de la Encarnación, más el beneficio de la vocación, que tocaba en la oración de hoy; estas

[311] Trabajo excesivo.

dos cosas me dieron bastante motivo para que mi alma no tuviera otra ocupación, sino alabar, dar gracias y pedir perdón por mi mala correspondencia.

Ocupada en esto pasé el día.

Por la noche, tuve la oración con fervor, porque la unión había sido muy estrecha, y mi Dios le dada grandes consuelos a mi alma. Me puse incapaz para hacer nada que no fuera amar.

Dios sea bendito, y me conceda su gracia para agradarle en todo, y no ser tan ingrata como he sido hasta aquí, que todo son deseos y propósitos, y pocas obras.

Mi Dios amorosísimo me perdone por su misericordia infinita. Amén.

Día 26. Tuve la oración con recogimiento, pero con sequedad, y lo mismo todas las de este día. Mi Señor me ayudaba, y a veces me dejaba que trabajara, y sintiera mi miseria.

Esta tarde, hasta he tenido algunas distracciones; como no las quería tener, tenía que hacer actos de conformidad, viéndome tan miserable. Ponía de mi parte cuanto podía para hacerlo todo bien, o así me lo parece, no sé si me engañaré.

Por la noche estuve con más recogimiento, pero no con fervor. No digo esto, porque tenga pena de no tener consuelos, solo quiero agradar a mi Dios, amarlo mucho, aunque yo no lo conozca, y hacer mucho por su amor, porque mi Dios es digno de ser amado y servido sin otro motivo que porque lo merece por su bondad.

Padre mío, quisiera acertar a darle gusto en todo, y amarlo con todas mis fuerzas, aunque no tuviera el premio que espero, pero si no lo esperara, igual tendría por gran dicha amarlo mucho.

Le digo a mi Dios estos días que estoy con sequedad: que me conceda que le agrade en todo, y más, que no me dé ningún consuelo, porque yo no lo merezco, y se lo dé a aquellas almas fieles y cuidadosas con su servicio, pues yo me contentaré con acertar a agradarle, y que me permita estar en su presencia, sintiendo no haberlo amado con todo mi corazón y con toda mi alma, y pidiéndole perdón por las muchas ingratitudes con que he correspondido a sus muchos beneficios.

Estos eran los pensamientos que me ocupaban este día. Renovaba mis propósitos, hechos tantas veces y quebrantados muchas, y le pedía perdón a mi Dios.

Por todo sea bendito.

Noviembre 27. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

No pude levantarme a la hora señalada, porque estaba mala. En la cama, hice el ofrecimiento y tuve la oración, después me levanté, tan incapaz para hacer nada, que por más que me quería esforzar, no podía, porque el dolor de la cabeza me destemplaba el estómago y me daban muchas arcadas. Medio acostada, oí la lección; cuando llegó la hora, me fui al coro a las horas, pero con la violencia que me hice, en prima, no pude seguir más, pues me vinieron los vómitos. Me causó alguna pena ver que no podía comulgar, pero me conformaba con la voluntad amabilísima de mi Dios.

Quiso mi amado Dios no darme ese desconsuelo, y un rato antes de la comunión, se me quedó el estómago con tanta serenidad, que no parecía que hubiera tenido

tal cosa. Confiando en mi Dios me levanté y me fui a comulgar. Me volvieron las fatigas del estómago, y me causaron un buen susto, aunque hizo el Señor, que no viniera el vómito. No me determiné a ir a misa, y me fui otra vez a la cama, donde pasé la mañana acostada sin poder levantarme. A pesar de todo esto, mi alma gozaba de mucha paz, pues estaba en la presencia de mi Dios, a quien le ofrecía aquellos dolores, pidiéndole se dignara unirlos con los suyos, en satisfacción de mis pecados y de todos los del mundo, pues tenía grandes deseos de poder desagraviar a mi Señor.

Le decía a mi Dios: que aunque yo no podía nada, porque mis méritos no tenían ningún valor, le ofrecía los de mi Señor Jesucristo, que eran míos, ya que todo lo había padecido por mi amor.

En estas cosas pasé la mañana; el mal no me estorbaba, o más bien, sentía mucha paz y sosiego en mi interior.

Por la tarde estuve mejor, y con menos recogimiento. A ratos, la imaginación se descomponía, y me venían pensamientos impertinentes, pero los desechaba con prontitud, gracias a mi Dios. Unas veces estuve con mucho recogimiento, y otras con distracciones, pero no conocí faltas.

Dios sea bendito. Amén.

Día 28. La mañana fue como la de ayer, también estuve incapaz de hacer nada, pues no me faltaron más que los vómitos. En el interior estaba bien, no con fervor sensible, pero con grandes deseos de agradar a mi Dios, con sentimiento de mis ingratitudes, y con deseos de enmendarme. Mi alma estaba ocupada en los actos de las virtudes interiores sin perder tiempo, y me sucedió lo mismo que ayer, que unos ratos estaba más fervorosa, y otros con distracciones, sin quererlas.

Padre, no puedo decir cómo estoy estos días, ni yo lo sé explicar. Algunas veces me parece que amo a Dios, y que me muero por mi Dios, y por otra parte, estoy tan tonta que no comprendo cómo es esto. Si me vienen temores, como me vienen, tengo una confianza tan grande en mi Dios y en su misericordia, que me hace desear amarlo más, pero al mismo tiempo, me hallo como sin fuerzas o sin aliento, y me parece que no lo amo mucho. Si me vienen tentaciones, como también me han venido, encuentro mi alma fuerte para resistirlas, llena de confianza en mi Dios, y me molestan poco, gracias a mi Dios que lo hace todo. Pero en la oración, no sé cómo estoy; me parece que estoy en una ociosidad[312], pues, como he dicho, me parece que deseando amar mucho, no amo ni hago las peticiones con fervor, sino como una criatura que está cargada de sueño, y hace las cosas con tibieza. Algunos ratos, si me viene un poco de más fervor, cuando conozco más claramente que tengo a mi Dios en mi alma, enseguida me pongo más inhábil o más tonta.

Por ahora, no puedo explicar lo que pasa en mi alma; si otro día me diera mi Señor luz para conocerlo, entonces se lo diré.

He cumplido lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

[312] Perder el tiempo, malgastarlo.

“me asía y sujetaba con dos manos a mi Dios”

Día 29. Este día ha sido lo mismo que he dicho más arriba, pero no sé explicar cómo he estado, porque no lo entiendo. He tenido unos grandes deseos de ser toda de mi Dios, y sin cesar me ofrecía y clamaba para que me quitara todo lo que hubiera en mí que no le agradara. Tenía dolor de mis pecados, y deseaba no desagradarlo ni en lo más mínimo, y más quisiera padecer cuantos males son imaginables, que desagradar a mi Dios en lo más mínimo, que yo conozca. Le pedía a mi Dios: que hiciera de mí todo lo que quisiera, pero que no permitiera que lo ofendiera. El alma siempre estaba ocupada pero, como he dicho del día de ayer, me parece que lo hago con tibieza.

Padre, como ya he dicho, al mismo tiempo, muero por mi Dios, porque yo lo quiero amar, y me consuela, morirme por este deseo; pero el miserable cuerpo, en particular en la oración, se pone que no puede servir para nada, por lo mala y sin fuerzas que me pongo. No me importaría que mi amado Dios me sacara de la miseria de este cuerpo donde estoy presa, y no puedo irme de una vez con mi Amado, a donde amarlo sin intermisión, y donde no haya temor de ofenderlo.

Lo que hoy, no ha sido lo que me ha causado menos temores, no porque haya tenido motivos para que aumenten más, sino por el conocimiento de mi miseria y flaqueza, y de la suma bondad de Dios, tan digno de ser amado y servido. Cada vez que me venía al pensamiento que podía ofender a mi Dios y perderlo, este pensamiento era una saeta[313] que hería mi corazón fuertemente.

Padre, me parece que como el que está en un alto, se afianza y se sujeta con ambas manos para no caer, así me parece que hacía yo: me asía y sujetaba con dos manos a mi Dios. Estas manos eran la una de conformidad, y la otra de amor, y con esto quedaba serena o segura de que no caería, porque estaba muy sujeta a mi Señor. No quería más que lo que mi Dios quisiera, ni amaba otra cosa más que a mi Dios, por mi Dios. Esto era lo que me parecía que me sanaba la herida que me causaba el temor de perderlo.

Hoy he estado con más recogimiento, como he dicho, unos ratos me parecía que tenía a la Santísima Trinidad en mi alma, y que yo estaba toda en mi Dios, y otros, se oscurecía, y entonces venían los temores.

Hice lo acostumbrado y ordenado, no conocí faltas, pedí perdón de las no conocidas, y renové los propósitos hechos.

¡Ojalá! que hubiera cumplido con fidelidad los que tengo hecho, y se encierren[314] todos los que puedo hacer. Le pido a mi Dios: que me ayude con su gracia para cumplirlos fielmente hasta la muerte. También se lo pido todos los días a mi dulce Madre, y de nuevo se lo pido ahora.

Pídalo V. también para que me lo concedan.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén.

[313] Transverberación. Santa Teresa de Jesús lo explica con detalle.

[314] Perseveren en un propósito.

“no pudo hacerse más el sordo a mis clamores”

Noviembre 30. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento, aunque no fervorosa. Tuve la oración y me preparé para comulgar como acostumbro, pidiéndole a mi Dios, a mi dulce Madre y a los santos ángeles y santos, que me alcancen de mi Dios, que purifique mi alma, y la adorne de virtudes.

Después de comulgar tuve algo más de recogimiento, pero duró tan poco, que al poco tiempo empecé a tener distintos pensamientos que, aunque buenos, no eran para estar con recogimiento interior. Hacía por desecharlos, y venían más; después ya tomó otro rumbo mi imaginación y me traía unos pensamientos de temores. Me parecía que no hacía buenas confesiones, y que mis culpas me parecían menores de lo que eran.

Le dije a usted el lunes: que me inclinaba a creer, que mi amor propio me hacía ver mis faltas más ligeras, de lo que eran. Dándole vuelta, no hallé otro modo más claro para manifestarlo que como lo hice. Conocía que lo sentía por ser ofensa a mi Dios, y que no quería desagradarlo en lo mucho, y ni siquiera en lo más chico. Cuando por mi fragilidad o descuido caía en algunas faltas, lo sentía, deseaba enmendarme y confesarme con toda claridad, pues no quería ocultar nada.

Me volví a mi Señor y le dije:

-Tú sabes, mi Dios, todos los deseos de mi corazón; nada se oculta a tu altísima sabiduría. Tú sabes Señor, el deseo que tengo de agradarte y no ofenderte en nada; si en algunas cosas te desagrado, y no lo conozco, dadme luz para conocerlo, y gracia para enmendarme, pues no quiero otra cosa más, que cumplir tu santísima voluntad. No estés enojado conmigo, Dios de bondad, y si me quieres con esta sequedad y temores que me cercan, será porque es vuestra voluntad, y yo gustosa la admito con tal de que no desagradaros.

Pasé toda la mañana fatigada, porque todos los favores me parecía que eran falsos. Tenía una alternativa, ya deteniéndome con los otros pensamientos dichos, ya clamando a mi Señor, pero en todo, con la confianza en que mi Dios no iba a permitir que yo le desagradara, pues todo mi deseo y cuidado era agradar a este Señor que sale al encuentro del pecador, y lo busca.

¿Cómo no iba a confiar yo que lo busco, que lo llamo, y que deseo amarlo con toda mi alma? Le decía todo lo que este amorosísimo Dios me inspiraba, hasta que no pudo hacerse más el sordo a mis clamores, y al instante sentí que estaba en mi alma. Digo que lo sentí, porque lo conocía, como si tuviera una cosa en la mano, que no se ve, pero se toca, se sabe que se tiene, porque la mano percibe su suavidad y calor, aunque no lo vea. Así me parece que me sucedió: conocí que tenía a mi Amado en mi alma, porque recibí un gran consuelo. Duró poco, y volví a quedar como estaba, sin conocer tan claro que estaba mi Señor conmigo. Quedé con sequedad y distraída, aunque no con tantos temores, pues cobró el alma nueva esperanza, y hacía repetidos actos de conformidad.

Por la tarde, en el oficio divino, de pronto volví a conocer la presencia de mi Dios. Se llenó mi alma de dulzura, y deseos de amarlo y corresponderle agradecida, y me parecía que me decía mi Amado Esposo:

-¿Por qué temes tanto, esposa mía?
Yo estoy contigo,
tu alma es mi mansión,
y en señal de que te amo,
te he dado mi corazón.

Se encendió mi alma tanto en el amor de mi Dios, y con tanto agradecimiento a su bondad, que no lo puedo explicar. Mi alma correspondía con mucho agradecimiento, dándole a mi amado Señor gracias y alabanza por tan gran bondad y misericordia, y me ofrecía para que hiciera de mí, lo que quisiera, pues el conocimiento de mi gran miseria y de la gran bondad de mi Dios, era capaz de hacer agradecida, aunque fuera a una piedra.

En las palabras de mi Dios, entendía: que estaba de asiento en mi alma, como en su propia casa, y a la vez conocía, que se había escondido, como suelen hacer los padres con sus niños, porque les gusta que los busquen. De este modo, conocía que había hecho mi Señor conmigo. Igual que a los niños les da gran alegría cuando encuentran a sus padres, y se les olvida el susto que han pasado, así mi alma se llenó de alegría, y también se le olvidaron los temores. Todo era serenidad, pues había encontrado lo que no encontraba, y pensaba que había perdido; encontrarlo y tenerlo, le daba confianza en que no lo volvería a dejar.

El alma se quedó como descansando en los brazos de su Amado, unos ratos con una unión más estrecha que otros, pero siempre conociendo que estaba en su alma su Dios, su Señor y su amado Esposo.

Bendito sea el amor infinito de mi Dios que se digna poner su amor en tan miserable e ingrata criatura.

Bendito sea por todas las criaturas.

Bendito sea por todos los siglos de los siglos. Amén.

Primero de diciembre. Tuve la oración con recogimiento, y en la comunión se aumentó con la unión más íntima que tuvo mi alma con mi amado Esposo, y que me dejó más encendida de amor.

Por la tarde no fue tanto, pero con todo, en la oración siempre estuve con recogimiento, porque mi Dios, como lo hace muchas veces, me da la oración con recogimiento, y sin poner yo nada de mi parte, de pronto, me levanta el entendimiento a la contemplación de sus divinos atributos y perfecciones.

Si yo tengo que empezar la oración, empiezo por algún paso de la vida, Pasión y muerte de mi Señor. Unas veces me quedo en esto, otras, me llevan a la contemplación de la Divinidad, donde mi alma recibe luz para conocer, con bastante claridad, los misterios que nos enseña nuestra santa fe.

No me he detenido en decir nada de la oración, porque todo lo tengo ya dicho, y no he tenido nada particular, más que los mismos conocimientos que otras veces, sobre el misterio de la Santísima Trinidad, Encarnación, Santísimo Sacramento, y otros, como el gran amor que Dios nos tiene, su misericordia, su inmensidad, y todos los demás conocimientos que mi Dios me da en la contemplación. Como me parece que los tengo dichos en otros días, solo digo: que ha sido de recogimiento.

Cuando la contemplación es de la Pasión, la veo con bastante viveza, como si me hallara presente; pero nunca paro yo en lo que mi Señor padeció, sino muy de paso; en lo que paro es: en quién era el que padecía, y cómo lo padecía, de donde saco grandes ejemplos que imitar. Si pienso en por quién lo padecía, y en el amor infinito de mi Dios, el conocimiento de mi ingratitud, aumenta más mi agradecimiento. El alma no puede dejar de sacar grandes afectos de amor, y de éstos nacen los propósitos de practicar las virtudes, que aprende en esta escuela, y siente no haberse aprovechado de ella en el pasado.

El provecho que se saca de la oración es que mientras más frecuente, más se aprende y más se pone por obra, porque se aumentan en el alma las fuerzas para resistir todo lo que es contrario a lo que su Dios le enseña en la oración.

Este es el modo de oración que he tenido estos días, y que acostumbro a tener casi siempre; lo he dicho con brevedad, porque hace tiempo que no se lo había dicho a V.R.; si solo le decía que estaba o recogida o distraída era, porque sé que V. sabía lo que acabo de decir.

No he conocido faltas.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y a mi señora y Madre, también.

Diciembre 2. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

La oración la tuve con recogimiento, y así seguí todo el día, unos ratos más que otros. En los ratos de oración, unos fueron de la Pasión, y otros de la bondad de mi Dios para con sus criaturas. En éstos, me dio mi Señor muchos consuelos, pues como mi Señor hoy me ha preguntado algunas veces: que si lo amo, esta pregunta no puede pasar, sin que el alma quede deshecha en amor, y al mismo tiempo, humillada viendo lo poco que ama a quien es tan digno de ser amado, lo que me hacía desearlo y pedirlo con mucha frecuencia.

Otras veces, me ha dado a entender lo ofendido que está con sus criaturas, por lo mal que corresponden al beneficio de la Redención. Yo le pedía a mi Señor perdón de mis pecados e ingratitudes, y me parecía que me decía mi amado Esposo:

-No me contento con eso, porque como esposa, no te debes contentar con llorar y sentir solamente tus ingratitudes, sino todas mis ofensas.

Mi alma se llenó de dolor viendo ofendido a mi Dios, y como deseaba desagraviarlo, sentía no tener más dolor, y se lo pedía a mi Dios.

En otro rato de oración, tuve conocimiento del gran milagro de su omnipotencia, y de su excesivo amor, quedándose con nosotros sacramentado. Este milagro lo repite muchas veces todos los días, convirtiendo el pan en su cuerpo, y el vino en su sangre, con las palabras de la consagración. Mi alma tuvo grandes consuelos contemplando este amor tan grande de mi Dios, y de ellos sacó grandes afectos de amor, y de agradecimiento, además del sentimiento de mi mala correspondencia a tantos beneficios, y de tan poco amor, a tanto amor.

Bendita sea tan gran misericordia, y tan gran bondad, y tan gran liberalidad.

Bendito sea su amor.

Bendito sea.

Este día, a toda hora estaba el alma recogida, porque de una vez para otra, no le daba lugar a que se entibiara el fuego, que mi Dios encendía en el alma.

Padre mío, me parece que me ha puesto mi amado Esposo, como una obligación precisa, pedir por los pecadores, y por su conversión, o así me parecía que me lo daba a entender mi Dios, pues me daba mayores, conocimientos para que pidiera por los que ciegos, con las tinieblas de sus pecados, no veían su peligro, y por eso no pedían su remedio.

Algunas veces, temo tanto que estas cosas no sean de mi Dios, no en sí, pues bien sé que son obras de caridad, y que debo hacerlas como cristiana, pero el temor que me da, de que estos conocimientos no sean de mi Dios, es porque me parece que siempre vienen con alguna cosa que yo temo mucho, como es que el enemigo me engañe, pues conoce que mi Señor me llenó de sus gracias, haciéndome su esposa para que mi oraciones movieran las misericordias de mi Dios.

Padre mío, esto me llena de confusión y temor, porque mi vida es muy ordinaria; en mí no hay más que pecados e ingratitudes, y siempre tengo que estar pidiendo perdón. Cuando recibo los favores, me parece que son de mi Dios, porque me hacen amarlo mucho, y si no es amarlo, es desear amarlo; por eso me parece que los hace mi Dios, pero después, no puedo remediar sentir temor. Lo escribo solo por la obediencia, pues me cuesta mucho.

Este día, en el oficio divino, no sé cómo pude rezar, porque tenía la presencia de mi Dios tan viva y amorosa, que no lo puedo explicar. Algunas veces, cuando me pedía mi corazón, recibía mi alma un incendio de amor que la levantaba, y yo le decía a mi Señor: que para qué me pedía lo que era suyo; que hiciera de mí lo que quisiera.

Bendito sea este Dios de bondad.

Bendito sea.

“a Dios no se le da honor, contando aprensiones”

Diciembre 3. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén

Tuve la oración con recogimiento, aunque con sequedad hasta después de la comunión, que empezaron los temores. Les di alguna acogida, porque me es más fácil creer que algunas cosas de las que me pasan, son disparates de mi cabeza, que consentir en que vienen de Dios. Ésta es una fatiga que me trae muchas, pues viene a mi memoria, que V.R. no quiere que me detenga en estos pensamientos. Empiezo a desecharlos, pero me dura poco, pues vuelvo a pensar, que a Dios no se le da honor, contando aprensiones. Cuando veo mi vida tibia y descuidada digo: que esto último es verdad, y me dejo llevar, otra vez de estos pensamientos, hasta que vuelvo a temer, vuelvo a desecharlos, y vuelve a venirme otra vez, el pensamiento de que el enemigo me quería engañar, haciéndome creer que oír que me hablaban, solo era una ilusión de mi imaginación. Entonces, lo que hacía era pedir a mi Dios: que si era así, lo conociera V.

Últimamente, en todo acudía a mi Dios, pidiéndole no desagradarle en nada; pero me venían otros pensamientos contrarios, que me hacían temer que desagradaba a mi Dios, porque no tenía una obediencia ciega ni hacía lo que me mandara V., fuera

lo que fuera. Con estos nuevos temores, desechaba los otros, pues unos y otros se basaban en lo mismo: en que no quiero obedecer. Aunque siempre me obligaba a hacerlo, el mal rato lo pasaba, porque el temor de ser ingrata a mi Dios, no dejaba de afligir mi corazón.

Si una criatura recibiera muchos beneficios de otra, que le tiene mucho amor, y ésta que los recibe pusiera todo su cuidado en desatenderlos no haciendo caso, ni le diera las gracias ni se lo quisiera decir a nadie para que las diera de su parte, ¿no se podría decir que era la criatura más desagradecida y más ingrata que podía haber? No solo no manifestaba su agradecimiento a quien tanto la favorecía, sin ni siquiera haber mirado ni atendido si los merecía, sino que queriendo arrojar de sí, hasta la memoria de estos favores, no quería decirlos para que otras criaturas alabaran la bondad de quien se los daba. Este pensamiento me humilló, y conocí que eso era lo que yo hacía.

Le pedí perdón a mi Dios, y esto me hizo estar otro poco de tiempo con recogimiento.

Tuve la oración de la Pasión de mi Señor, y saqué gran confianza en su bondad, a la vista de este beneficio, que es el mayor que Dios nos ha hecho, movido solo por su infinita misericordia, pues ninguna criatura tiene mérito para que el Señor le haga tan gran beneficio. Alabé por mí, y por todas las criaturas, la gran bondad de mi Dios, le pedí perdón por mi mala correspondencia a los beneficios de mi Dios, así generales como particulares, y a todas las criaturas les pedía: que dieran por mí las gracias a mi Dios.

Me quedé con algún recogimiento, no muy fervorosa, pero lo bastante para que el alma estuviera bien ocupada.

En este tiempo, dio mi Señor a mi alma como una certeza de su amor, que yo no la puedo explicar. Conocía que mi Señor estaba ayudándome, aunque algunas veces se sentaba, y no me ayudaba; entonces, yo me fatigaba, porque sola podía poco, y no me hallaba capaz para trabajar. Todo se me iba en buscar que me ayudara, y me parecía que mi Señor se estaba quieto mirándome, y como en mí seguía el deseo de que me ayudara, me parecía que me decía:

-Ya te he ayudado en todo lo más trabajoso, ahora es razón que tú trabajes sola por mí, y yo descanse. Si hubiere alguna cosa que tú no puedas hacer, yo te ayudaré, y la haré.

En estas cosas estuvo ocupada mi imaginación un rato; después seguí serena, y no volví a tener más pensamientos distraídos, sino al contrario.

Al poco de esto, fui a hablarle a V. con intensión de confesarme, pues ya me había preparado para ello como acostumbro, y ya he dicho otras veces.

Como V. sabe, no lo hice, porque no recordaba nada de particular, desde la última confesión. Los temores no los tenía yo, porque desagradaría a mi Dios con ellos, ni me dejaba llevar del todo de mi capricho. Mi voluntad quería lo mejor, y aunque mi entendimiento me traía bastantes discursos[315], mi voluntad siempre estaba fija en hacer lo mejor, pues deseaba agradar a mi Dios. Al oír que era malo perseverar en estas dudas, aun después de que V.R. me hubiera dicho: que no temiera, y yo

[315] Punto de vista, opiniones.

conociera que era así, me entró tan gran fatiga de no haberme confesado de esta falta, o al menos, haberle manifestado mi deseo de hacerlo, que allí mismo, me vinieron tantas reflexiones que me dejaron bastante humillada en mi interior, y pedía perdón a mi Dios. Pero cuando conocí: que podía haberle preguntado a V. si me confesaba de esta ingratitud y falta de obediencia, ya había V. salido y era tarde para eso.

Me fui al coro, y allí le dije a mi Dios todas mis faltas, le pedí perdón, y puse por intercesora a mi dulce Madre. Me parecía que veía a mi dulce Madre, que pedía perdón para mí, y que mi Señor me perdonaba y me echaba la bendición. Recibí un gran consuelo, y renové los propósitos muchas veces hechos, y muchas quebrantados, pidiendo a mi Señor y amada Señora: que me dieran gracia para guardar lo que había prometido, y me ayudaran, pues era mucha mi flaqueza y miseria. Me ofrecí a que hicieran en mí su santísima voluntad, pidiendo perdón por mis faltas de conformidad.

Algunas veces, cuando tengo esos temores, tengo que ir por este camino extraordinario por donde mi Dios me lleva, y no por el que yo quiero ir, que es un camino carretero, como dicen.

"que se sirva de mí"

He tenido faltas de conformidad; no han sido grandes, pues al instante que las conocía, me apartaba. Con el deseo de hacer la voluntad de mi Dios, pedía perdón, y repetía muchos actos de conformidad, pues acostumbro a hacerlos con mucha frecuencia, pidiéndole a mi Dios: que se sirva de mí, y cumpla en mí su santísima voluntad, como quiera y cuanto quiera. Esto es una cosa que continuamente estoy diciendo; lo digo de todo corazón, pues verdaderamente solo deseo que mi Dios haga en mí su santísima y amabilísima voluntad, y le pido: que no haga caso, cuando mi voluntad tenga otro deseo, pues no lo quiero tener. Por eso dije que no me parecía falta grave; pero cuando conocí que mi voluntad se inclinaba a otra cosa, acudí pronto a los dichos actos de conformidad.

En este tiempo de oración que tuve, le di repaso a todo: deseé enmendarme, le pedí perdón a mi Dios, a mi dulce Madre, y a V.R. a quien debo obedecer como ministro del Altísimo, pues me lo ha dado mi Dios para que haga en la tierra sus veces, y yo le obedezca como a mi Dios, que es lo que por su dignidad y ministerio representa.

Padre mío, vuelvo a temer lo poco que estos propósitos me durarán; me lo dice la experiencia, pues los propósitos que he hecho otras veces, no eran menos verdaderos ni yo tenía menos deseos de cumplirlos, y como los he quebrantado, temo ahora lo mismo. Si mi Señor no me ayuda, nada puedo, pues soy más miserable que todas las criaturas.

Confesaré a mi Dios mi flaqueza todos los días, y le pediré: que me ayude por los méritos de mi Señora y Madre, a quien pido: que no me desampare, y continúe sus misericordias conmigo, pues solo siendo así, espero cumplirlo todo. Lo deseo para gloria de mi Dios, a quien sea dada eterna alabanza por todos los siglos de los siglos. Amén. Y a mi dulce Madre y Señora también.

Bendito sea Dios en todos sus atributos y divinas perfecciones.

Bendito sea por todas las criaturas.

Sea amado, reverenciado, adorado, conocido y servido por todas las criaturas. Amén.

Diciembre 4. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día, cuatro y último de ejercicios, habrán sido días dichosos, si en ellos he acertado a agradar a mi Dios, desagraviándolo de mis muchas ingratitudes. Salgo fortalecida con la gracia de mi Dios, para caminar cumpliendo mis obligaciones con más celo, para buscar en todo la mayor gloria de mi Dios, una mayor mortificación de todas mi pasiones, y un mayor aumento de caridad para amar a mi Dios con toda mi alma, con todo mi corazón, con todas mis fuerzas, y a mis prójimos más que a mí misma.

Mi amado Esposo Jesús, mandándome que ame a mis prójimos, me pone de ejemplo cómo él nos ha amado. Es así, nos ha amado más que a sí mismo, pues no perdonó su vida para dárnosla a nosotros.

Señor, vos que me lo mandáis, dadme la gracia que necesito para cumplirlo. Vos sabéis cuánta es mi flaqueza y miseria, y cuánto he faltado y no he cumplido el precepto de amarlos como a mí misma. Tú lo sabes Señor mío, y yo siento en mi corazón no haberlo cumplido. Señor, recibid mi arrepentimiento, y perdonadme por vuestra misericordia. Y por aquel infinito amor que os hizo morir por mí en una cruz, dadme vuestra gracia para guardar este gran mandamiento de amor, como vos, Señor mío, queréis que lo guarde. Yo quiero y propongo poner, ayudada de vuestra gracia, todo lo que pueda de mi parte. Señor y Dios mío, confirma mis propósitos; solo vos sabéis mi flaqueza, tened misericordia de mí, y ayudadme, mi Dios, mi Padre, mi Esposo, mi Señor.

Si como vos mandáis que el que no ama a su prójimo, no os ama a vos perfectamente ¡qué poco os he amado yo, Señor mío, qué poco os he amado!

Mi Dios, yo quiero amaros con un verdadero amor. Que no haya en mí impedimento para que venga a mi alma vuestro amor.

Mi Dios, hazme sufrida, paciente, humilde y obediente. Ayudada de vuestra gracia, yo quiero cooperar a la gracia, que misericordiosamente me dais.

Yo quiero ser fiel y agradecida a todos los beneficios que tu bondad y liberalidad infinita me dispensa, sintiendo, Señor, mi grandísima ingratitud, por lo que te pido perdón, y te lo pediré toda la vida, alabando tu misericordia que tanto me ha sufrido.

Yo me humillaré en mi nada, conociendo que soy digna de desprecio, por ser la criatura más ingrata a su creador, y la más desagradecida.

Yo me avergonzaré, Esposo mío y Señor mío, de querer que las criaturas estén agradecidas a mi nada, habiendo yo sido la más desagradecida a los dones y gracias de mi Dios.

¿Me podré yo quejar de que tengo que sufrir sus faltas sin malicia, cuando vos no os cansáis de sufrirme a mí continuamente?

¡Ay! Padre, Señor y Dios mío, mi vida debe ser otra; vaya fuera de mí la delicadeza, la poca humildad, y la falta de mortificación.

Yo solo quiero que mi Señor me admita a sus pies como a otra Magdalena, para allí aprender a llorar mis pecados, y a amar a mi Dios, a mi Redentor, a mi amado Padre, a mi amado Maestro, que me enseña con sus propios ejemplos, y a mi querido

Esposo, aunque le haya sido tan infiel, no imitándolo o asemejándome a Él como me lo manda.

Bendito seáis mi amado Dios, que con tanta misericordia cuidáis de esta miserable criatura.

Mi Dios, vos sois el que ha dispuesto estos días de retiro para que estando con vos a solas, oiga vuestras voces que me llaman para alumbrar mis tinieblas, para manifestarme su amor y mi ingratitud, y en fin, para decirme: que quiere que sea toda suya.

¡Oh bondad!

¡Oh misericordia y amor!

¿Y todavía seré yo más ingrata?

¡Oh Dios mío! ¿Qué diré? No pagaré con el infierno, si no soy toda de quien con tanto cuidado me busca y me llama. No más ingratitudes, mi amado Dios.

Señor, átame con tu poder con unas cadenas de amor para que jamás pueda separarme de ti. No permitas, Señor mío, que me aparte de tu santísima justísima y amabilísima voluntad. Solo quiero mi voluntad para amaros y daros gusto en todo, cueste lo que cueste, obedeciendo a todas las criaturas por tu amor, y a todos mis superiores, porque vos me lo mandáis.

Perdonad, mi Señor, mis muchas desobediencias, y dadme, Señor mío, una obediencia ciega que no escudriñe[316] lo que me mandan, sino que negando a mi juicio toda libertad, obedezca, porque vos mandáis en la persona de vuestro ministro y demás prelados, que me manden.

¡Ay, Señor y Dios mío! Temo la inconstancia de mis propósitos, porque la experiencia me lo está diciendo, por eso dije al principio: si lograba salir enmendada, y digo ahora: si logro salir enmendada y persevero.

Vuelvo a decir: que temo mucho de mí, pues en los mismos ejercicios he sido ingrata, y he quebrantado lo ofrecido. ¿Qué puedo pensar de esto? Sin una gracia eficaz, si mi Dios no lo hace todo, los quebrantaré.

"que sea mi intercesora y abogada"

Desconfiada de mí, y confiada en vos, Dios mío, pido: que me ayudéis, y lo podré todo. Ayuda a mi flaqueza, Dios mío, te lo pido por los méritos de mi Señor Jesucristo, y por los dolores de su purísima Madre, a quien suplico: que sea mi intercesora y abogada; que haga los amorosos oficios de madre, de maestra y de señora, para que como madre me proteja y guarde de todos mis enemigos, como señora, me mande y compela[317] a obedecerla, y como maestra me enseñe a cumplir en todo, la voluntad de mi Dios para hacer todo lo bueno, y lo mejor, como he prometido a mi Dios, en honor de mi dulce Madre. No me neguéis, mi amada Señora y Madre, lo que os pido; compadeceos de mí, y perdonadme por no haber correspondido a vuestros beneficios, no portándome como debía ni obedeciendo a vuestras doctrinas y ejemplos, con lo que tantas veces me habéis avisado y enseñado. Perdonadme Madre mía, y acudid a

[316] Examinar, averiguar algo con cuidado.

[317] Obligar a alguien, con fuerza y autoridad, a que haga algo que no quiere hacer.

esta hija que os llama, a esta esclava que se acoge a vuestro poderoso amparo. En ti confío Madre mía, para que me alcances de mi Dios, todo lo que necesito.

Padre mío, no sé cómo me he ido enredando, de modo que tenía una intensión y he salido con otra, pues lo que pensaba hacer al final, lo he hecho al principio.

¡Anda con Dios! Ya está hecho; parece que mi corazón rebosaba, y no podía retener en sí, lo que Dios le daba.

Bendito sea.

"lo que sí me quitó, fue la fuerza para hablar"

Vamos por donde empecé a dar cuenta del día.

Tuve la oración con recogimiento, y en ella me dio mi Señor mucho dolor, de mis faltas, y un gran deseo de amarlo y servirlo agradecida y fielmente. Le pedí perdón y gracia eficaz, y también pedí a mi Señor, poniendo por intercesora a mi dulce Madre: que me concediera la indulgencia plenaria y remisión de todos mis pecados, que había concedido su vicario en la tierra a las almas que hacían estos diez días de ejercicios.

Estando en estas peticiones, me parecía que veía a mi amado Esposo, y a mi dulce Madre, que ofreciendo mi alma a mi Señor, le pedía que me purificara con su preciosísima sangre. Mi Señor derramó, un poco de la sangre de su santísimo costado sobre mi alma, uniéndola a sí, y quedó hermosísima.

Me quedé como cuando una madre toma un niño en sus brazos, lo estrecha fuertemente, lo besa y le hace cariños, pues esto me parece que es lo que más semejanza tiene a lo que me sucedía, ya que a la vez, mi alma recibía unos consuelos tan grandes, y una paz tan dulce, que con mi rudeza no puedo explicarlo, ni es explicable. Estuve un poco de tiempo, gozando de mi Dios, y quedó mi alma fervorosa, alabando la bondad de su Dios, y preparándose para recibirle sacramentado. Con la unión más íntima, de nuevo se encendió más fuerte la llama de su amor. Después que pasó otro poco de tiempo, quedé menos fervorosa, pero cuando llegó otra vez la oración, solo con la lección, mi Dios encendió tanto mi alma en su amor, que parecía que se quedaba deshecha en él, y me iba a quitar la vida. Lo que sí me quitó fue la fuerza para hablar, tanto, que tuvo María que acabar la lección, porque yo no podía. Le dije que me había dado un poquillo de flato, que éste lo paga todo, porque parece que me da mucho frío, y alguna convulsión, y me quedo tan sin fuerzas, que no puedo sostenerme, si no me arrimo, aunque sea a una pared.

Me sucedió: que tuve que estar todo el tiempo de la oración, medio acostada, aunque no sentía ningún mal. No hacía otra cosa que amar, solo tenía que atender a mi Dios, pues me parecía que estaba recostada en sus brazos. No tenía perdidos mis sentidos, pero no podían servir para nada, y así pasé el tiempo de la oración. Cuando me avisó María de que había terminado, estaba algo atontada, como quien despierta de un sueño, pero fui despertando poco a poco, y pude seguir los demás ejercicios que tocaba hacer, siempre con el alma ocupada en las alabanzas de mi Dios.

Por la tarde, no estuve tan fervorosa, pero con todo, no me faltó recogimiento en la oración, de la que saqué buenos ánimos para trabajar por mi Dios.

Como el soldado que desea ir a la guerra, yo no temía salir a buscar ocasiones para ofrecerle algo a mi Dios. No sentía que se acabara el encierro de los ejercicios, sino que tenía gana de salir a ejercitar la paciencia, la caridad, y todas las virtudes, confiada en que mi Dios no me iba a dejar, pues como me convidaba con sus auxilios, yo esperaba su ayuda.

Cuando me mandaron que entrara a los ejercicios, me alegré mucho por el beneficio que mi Dios me hacía, y acabé con tanto gusto como empecé; ahora, también me alegro de salir, porque sé que me esperan muchas cosas que sufrir, y voy a tener ocasión de poder ofrecerlas a mi Dios, padeciendo algo por su amor.

Todo esto, con la confianza en mi Dios y en mi dulce Madre, que si no fuera por eso, temería mucho.

Dios quiera que sea así, y que yo corresponda a mi Dios.

Pídaselo V. a mi Dios, padre mío, y que mi Dios bendiga todas mis obras para que en todo le sean agradables.

Todo sea para mayor gloria de mi Dios, como deseo, para que sea amado, servido, y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre también nos conceda su misericordia, como le he pedido, para que remedie las muchas necesidades de la Santa Iglesia, del reino, y todas las necesidades espirituales de todas las criaturas.

El Señor se digne oír mis súplicas, por sus santísimos méritos, pues sabe mi Señor que no me lleva más fin que el de su honor y gloria, y que todas las criaturas correspondamos al fin para el que Dios nos ha creado.

Dios sea bendito. Amén.

Diciembre 5 La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento interior. En la oración renové mis propósitos, confesando mi nada en la presencia de mi Dios, y pidiéndole que me ayudara. A mi Señora y Madre le pedí lo mismo, y sentía en mi alma mucho consuelo, con la confianza que me daba, pensar que mi Dios no me dejaría, porque no desprecia la oración humilde. Como me había concedido esta gracia, esperaba que también me concediera la otra, pues me sentía con una humillación tan grande conociendo mi nada, que nada esperaba de mí. Aumentaba tanto en mi alma la confianza en mi Dios, que mi alma se llenaba de fortaleza, y me hallaba con mucho ánimo para todo lo que se ofreciera que padecer y sufrir por mi Dios.

Seguí todo el día con la presencia de mi Dios, pero no tuve nada que poder ofrecerle; mi corazón está preparado para todo, pero solo tuve el ejercicio de las virtudes interiores, pues lo exterior era tan ligero, y lo llevaba con tanto gusto, que no tenía nada que ofrecerle a mi Dios.

Por la noche, cuando entré en la oración de comunidad, sentí que mi amado Dios y Esposo amabilísimo encendió mi alma en su amor, con una llama de amor tan grande, que no puedo explicarlo, y me parecía que me decía:

-Ven esposa mía, ven a descansar con tu Dios.

Mi amado Esposo hirió todo mi corazón, y mi alma alababa la gran bondad de mi Dios con tan grandes deseos de amarlo, que quisiera tener tanto amor como han tenido y tendrán por toda la eternidad, mi Señora y Madre, todos los santos,

y todos los serafines. Como todo me parecía poco últimamente, le decía a mi Dios:

-Amado Dios y Señor mío, quisiera tener, si fuera posible, un amor infinito para amaros.

A lo que me parecía que me decía mi Dios:

-Yo te he amado con amor infinito, ámame a mí con toda tu alma.

Con todo esto, no puedo explicar lo que sentía, pero me llamó la obligación y tuve que salir de la oración. Le pedí a mi Señor la bendición, y muy gustosa y obediente, me fui a donde la obediencia me llamaba, sin perder su divina presencia. Cuando volví, dije a mi Amado:

- Amado mío, aquí me tienes otra vez en tu presencia.

Y me parecía que me decía mi Señor y Esposo:

-Yo he estado contigo, y aquí me quedé para recibirte cuando vinieras.

Al mismo tiempo me dio tanto conocimiento de su inmensidad, que veía que estaba en todas partes, que todo lo llenaba, y le veía ocupar toda mi alma, de modo, que toda estaba tan unida en mi Dios, que me parecía que no podría separarse jamás.

Seguí la lección con el conocimiento que mi Dios me dio, pues éste no me parece que lo pueda tener quien no se lo dé mi Dios, como me lo da a mí, que no pongo nada de mi parte. Así, con claridad, conozco que todo lo hace mi Dios, y que el alma solo tiene que recibir lo que no puede explicar, como me sucede a mí.

Bendita sea su grandeza, su liberalidad, su misericordia, y su amor, que le hace comunicarse con sus criaturas.

Bendito sea eternamente.

Bendito sea por todas las criaturas que ha creado su infinito poder.

Bendito en todos sus divinos atributos y perfecciones, y amado, alabado, ensalzado y servido por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Diciembre 6. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Con recogimiento, pero con alguna sequedad, tuve la oración, y así seguí toda la mañana; a ratos tenía algunas distracciones, porque la imaginación está muy inquieta, y me acarrea pensamientos ociosos. Me parece que ponía de mi parte para desecharlos, pero no me dejaban de molestar.

Por la tarde, estuve con más recogimiento, con ratos de fervor, y con la presencia de mi Dios muy viva. Unas veces alababa a mi Dios, y otras a mi dulce Madre.

En la oración de la noche, se aumentó más el fervor con grandes deseos de agradar a mi Dios, y le pedía a mi dulce Madre: que me enseñara a hacer la voluntad de mi Dios, y que me ayudara. Me parecía que me animaba mi dulce Madre a la observancia de los votos hechos con perfección, y a la humildad, paciencia y demás virtudes. Estas doctrinas las he recibido otras veces, pero ésta, me daba más luz para la práctica.

Bendita la misericordia de mi Dios y de mi dulce Madre y Señora, a cuya intercesión tanto debo.

No me detengo a explicarlo, porque es lo mismo que le dije a V.R. el día cuatro.

Los propósitos que hice ese día, para renovar los votos, también fueron por una moción en mi alma, como si notara que me mandaban escribirlo para que los observara, dándome una inteligencia más clara de cómo tenía que obrar.

Gracias a mi Dios por su gran misericordia, y gracias a mi dulce Madre.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

"no pensé primero, lo que debía hablar"

Día 7. Me levanté con un poco de sequedad, y así estuve toda la mañana. No hacía tantos actos de las virtudes interiores, como otros días que estoy más fervorosa, pero si lo advertía, procuraba desquitarlo haciendo cuanto podía.

La falta que conocí fue la de no haber disimulado, cuál de las niñas había hecho una travesura, como muchacha que no sabía lo que hacía. Me había faltado una cosa de poca monta[318] de una religiosa, que la tenía que entregar a su dueño; como no la encontraba, dije: que quién lo había cogido, y me dijo una religiosa: que sabía quién era, pero que ya no tenía remedio para que volviera a mí. Entonces respondí: que ésas eran ignorancias de la edad, pues si supieran el daño que podían hacer, no lo harían. Luego, me fui a la celda, se lo dije a dos religiosas, y en esto estuvo mi falta, pues podía haber dicho: que ya apareció, sin nombrar quién era para que no perdiera, pues las religiosas no eran las que podían reprenderla para que se enmendara.

Esta falta fue, porque no pensé primero, lo que debía hablar; si yo hubiera tenido el cuidado de pedir a mi amado Esposo y dulce Madre su licencia y bendición para hablar, no hubiera hablado como lo hice. Digo esto, porque mi Dios me hubiera dado a conocer que agraviaba a mi prójimo, y no lo hubiera hecho. No debo manifestar faltas de nadie, por chicas que sean, si no es a quien las pueda remediar con el fin de remediarlas, pues ésta es la doctrina que mi amada Madre y amabilísimo Dios me tienen dada y enseñada con sus ejemplos. Lo sentí mucho. Cuando reflexioné lo que había dicho, al instante procuré disimular, diciendo: que quizá se habrían engañado, pero ya lo dicho podía haber sido causa de algún mal juicio.

Dios tenga misericordia de mí y me perdone, como se lo pedí, y se lo pido ahora, y no me desampare ni un instante, porque soy muy miserable.

Las demás obligaciones, las hice.

Dios sea bendito por todo y alabada sea su misericordia. Amén.

Diciembre 8. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento y fervor, y me preparé para la comunión como acostumbro. Después de la comunión, tuve mayor recogimiento; con la unión más íntima con mi amado Esposo, se encendió mucho el alma en el amor de un Dios tan bueno y digno de ser amado, y se aumentaron mis deseos de que fuera amado por todas las criaturas.

Durante toda la mañana, éstas eran mis peticiones, y dar las gracias, porque había preservado de la culpa original a mi dulce Madre. A mi Señora, le daba la enhorabuena, por esta felicidad, y le pedía: que nos alcanzara el perdón de nuestros pecados con su poderosa intercesión, y el remedio de las necesidades de la Santa Iglesia, de este reino, y en fin, de todo en general.

[318] Poco importante.

La tarde la pasé también con recogimiento, unos ratos más que otros, porque como fue día de estar mi Señor Sacramentado manifiesto, fue día de más oración, y ésta de contemplación del infinito amor de mi Dios, que se quedó con nosotros en este sacramento. Como el alma estaba llena de afectos de amor y agradecimiento, y como la fe se avivaba con la presencia de mi Dios, todo lo hacía con más reverencia.

Algunas veces, me parece que veo a los santos ángeles, con tanta humillación y reverencia, que me llena de un respeto reverencial hacia mi Dios, me humilla, y me hace sentir las muchas veces que he estado sin avivar la fe de tan gran Majestad. Le pido perdón, y me quedo con mucho agradecimiento de que mi Dios me conceda estar en su presencia.

Por la noche, también estuve con recogimiento, porque en todo el día no cesé de tener con frecuencia, unos ratos en que me venían unas olas de amor que me anegaban, y que venían del inmenso mar de amor de mi Dios. También mi alma conocía que era favorecida por la poderosa intercesión de mi dulce Madre.

Sin duda ninguna, este conocimiento se me daba sin palabras, y yo lo entendía mejor que si lo oyera.

En este día, cada vez que me ocupaba de agradecer a mi Dios que hubiera concedido a mi amada Madre el privilegio de preservarla de la culpa original, y le daba la enhorabuena, mi Dios llenaba mi alma de más amor, y de una gran confianza en la protección de mi Señora.

"La Santísima Trinidad llenaba mi alma"

La Santísima Trinidad llenaba mi alma de más gracias particulares, pues me parecía que el Padre eterno me concedía mucho poder para obrar lo bueno sin dificultad, el Hijo me concedía el saber obrar la voluntad de mi Dios, y el Espíritu Santo me concedía su amor para que todo lo obrara por amor.

Conocía, que todo esto me era concedido por intercesión de mi amada Madre que rogaba por mí.Viéndome yo tan pobre para agradecer tanto, pedía a mi Señora y Madre: que lo agradeciera por mí, pues yo con respeto[319] lo recibía.

Padre mío, igual que las señoras estaban obligadas a agradecer lo que hacían de beneficios a sus esclavas, yo conocía, que este día hizo mi Dios muchos beneficios a mi alma, pero no lo sé explicar.

Alabo la gran bondad de mi Dios, y deseo serle agradecida, no con palabras como acostumbro, sino con obras, y cumpliendo en todo su santísima voluntad, para lo que me ayudará mi dulce Madre, como se lo pido con todas mis veras[320], pues es grande mi deseo de agradar a mi Dios, y dar a mi Señora y Madre el honor que le debo dar. Por mí nada puedo, todo lo espero de mi Dios, y tengo por abogada a mi amada Madre.

Que todas las criaturas alaben y conozcan cuán poderoso es su valimiento y favor, ya que todo nos viene por esta Madre.

Bendita sea, que tanto cuidado tiene de estos miserables hijos de Eva.

[319] Consideración, miramiento.

[320] Fuerzas.

Todo lo bueno de este día se obraba, porque me ayudaba mi Dios y mi Madre santísima, y por eso no conocí faltas.

Por todo sea mi Dios alabado y glorificado en todos los siglos. Amén.

"quebranté el propósito de sufrir en silencio"

Diciembre 9. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Al levantarme, tuve con recogimiento y fervor, la oración, que fue de la Pasión de mi Señor. Los ejemplos de mi Señor me hicieron tener deseo de imitarlos en cuanto pudiera, en particular el sufrimiento con tanto silencio, sin ninguna queja ni alivio de nadie. Ofrecí a mi Señor sufrir en silencio, todo lo que se me ofreciera padecer por su amor, fuera por las criaturas, fuera por mis males, que éstos estaban penosillos.

Les di paso a todas las virtudes para que, ayudada de la gracia de mi Dios en todo, pudiera hacerlas lo mejor que pudiera. Para todo, pedía a mi dulce Madre que me ayudara, y al mismo tiempo deseaba hacer alguna cosa particular en honor de mi Señora y Madre para gloria de mi Dios.

Me parecía que me decía mi dulce Madre: que desde que tomó carne humana en sus virginales entrañas mi Dios y Señor, había ofrecido todo por nosotros para nuestro remedio; que quería que lo adorara, y le diera las gracias, empezando desde los nueve meses que había estado encerrado en su vientre. Esto lo entendí así, pero como no puedo dejar de pensar siempre, si será o no será cosa de Dios, me quedé pensando un poco, qué haría, si lo empezaba a hacer, o lo dejaba hasta pedirle a V.R licencia, pues me hallaba inclinada a cumplirlo al instante. Pero conociendo que no tenía orden ninguna que se opusiera a esto, y siendo cosa buena, lo hice, convencida en dejarlo, si V. no lo aprobaba. Como también tenía la certeza, de que V. me lo iba a aprobar, empecé con gran consuelo de mi alma, pues esto me avivaba más la presencia de mi Dios, y me traía más recogimiento.

Cuando tenía proporción, iba dando a mi amado Señor adoración interior y exterior, y le daba las gracias por todo lo que había hecho por nuestra redención, y por el amor con que lo había hecho. Se lo agradecía mucho, por mí y por todas las criaturas y, al mismo tiempo ofrecía a mi Dios, por su amor, todo lo que se iba presentando de mortificacioncillas.

Por la tarde, se ofrecieron algunas cosillas, y en una de ellas quebranté el propósito de sufrir en silencio, porque me quejé; lo reconocí, pedí perdón, y volví a renovar el propósito. La tarde fue toda tan completa de cosas que mortificaban mi delicadeza, que muchísimas veces iba a quejarme, porque tenía un gran dolor de cabeza. Algunas veces, con tantas cosas precisas que tenía que decir, entre el dolor de cabeza, y una impertinencia en mis humores[321], a mí misma me era trabajoso sufrirme. Gracias a mi Dios que, aunque me veía combatida y trabajada con mucha diversidad de cosillas, apenas me hallaba un poco más apurada, y casi en peligro de faltar al silencio, me acordaba de lo que mi Señor había sufrido por mí, y lo que yo había ofrecido a mi Dios. Al instante cobraba nueva fuerza, y no me afligía viéndome miserable, si no que daba gracias a mi Dios, que quería hacer en mi alma ostentación

[321] Susceptibilidad excesiva, que suelen tener los enfermos.

de su misericordia, y me hacía conocer mi miseria, y que solo su misericordia era la que me estaba sosteniendo para que a pesar de las borrascas que se levantaban, quedara serena.

Le sucedía a mi alma lo mismo que el que está encerrado en una sala con cristales, que aunque se levante una gran borrasca de aire, oye el ruido, pero no le ofende el aire. De este modo me parece que se retrae[322] lo que me sucedía este día.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

"Parece que estoy diciendo tonterías"

Día 10. Este día fue todo de padecimiento en el cuerpo, pues el espíritu estaba con paz, padeciendo por su Dios. Al sufrimiento del cuerpo nunca le he temido mucho, porque no tengo temor de que pueda haber ofensa a mi Dios, pero les temo a las desazoncillas, porque puede haber ofensa. En el padecimiento del cuerpo, no encuentro ese peligro ni lo he conocido todavía, porque amo mucho la paz, y por mis males no la pierdo, sino que me parece que me pongo más pacífica, padezco con gusto, y conozco que me hace mi Dios el beneficio de sufrir, en parte, por los muchos pecados que he de satisfacer, en esta vida o en la otra. Me hace mi Dios este beneficio, y espero que lo una con los méritos de su santísima Pasión, como se lo pido. Mis méritos por sí solos, no son nada, pero juntos con los de mi Señor, son mucho.

En este día, como en los demás que estoy tan trabajosa con la salud, lo que hago es ofrecerme para padecer todo lo que mi Dios quiera, hacer actos de conformidad, y pedirle me fortalezca para padecer. Siempre confieso mi nada, pues si mi Dios no me ayudara, no podría llevar la falta de salud, además de tanto trabajo como tengo en el oficio.

Ahora, en estos días, desde la víspera de mi Madre, cada día voy estando peor y no sé si caeré del todo.

Hágase la voluntad de mi Dios en mí.

Si me vieran escribiendo, con el día que he pasado, me dirían que estoy loca, pero gracias a Dios, lo estoy haciendo sin trabajo, porque ahora tengo bien la cabeza, y estoy aprovechando el tiempo que me han dejado sola.

Para no repetir las cosas; los tres días que van, entre el que voy diciendo, el once y el doce, han sido a cual peor, y ya me ha mandado la prelada: que mañana vea al médico. En todos he hecho lo que he podido, ejercitando mi alma en las virtudes, aunque no haya sido más que la paciencia, la he tenido, gracias a mi Dios que me la ha dado, y también la conformidad, porque mi Dios ha estado conmigo, ayudándome en todo, y llenando mi alma de consuelos.

En medio de mis trabajos, tenía la memoria de su Pasión, y el conocimiento de que mientras más purificada un alma, más se une a su Dios. Mientras está en esta vida, no le falta polvo donde empañarse, y necesita limpiarlo con frecuencia para estar en las manos de su Señor.

---

[322] Se refiere.

Parece que estoy diciendo tonterías, pero no lo son; aunque me explique mal, he conocido que todas las almas que están en gracia y Dios ama mucho, mientras más las ama, más las purifica con trabajos, y mientras más las purifica, más las une a sí. Aunque yo no puedo explicar cómo es esto, le pedía a mi Dios: que me purificara para que yo estuviera toda en mi Dios, y mientras decía esto, lo estaba.

Como Dios es tan grande en todo, y la criatura es tan pequeña, solo puede participar de aquel bien infinito, si por su misericordia le es concedido.

Como Dios es igualmente justo, da a cada uno conforme al alma que esté más preparada. La más pura o más dispuesta, recibe más. Aunque todas sean puras, unas recibían más que otras, y aunque unas estén más unidas a su Dios, las otras están más dichosas. El alma que se deja labrar y purificar por su Dios, recibe mucho.

Yo no puedo decir nada de cómo mi amado Dios me hace conocer estas cosas, porque soy muy tonta. Me contentaría con poder hacer que todas las criaturas lo amaran mucho, mucho, y se abandonaran en sus manos para que su Dios hiciera de ellas lo que quisiera, recibiendo de sus benditas manos todo con igualdad, como de un padre que nos ama.

Dichosas las almas que buscan a su Dios en todas las cosas, se olvidan de sí misma, y todo el cuidado lo ponen en buscar, en agradar y en servir a su Dios, sea en lo que fuere, o del modo que fuere.

Dichoso el que no tiene más voluntad que la de su Dios, porque éste reina.

Dichosa el alma que no ama otra cosa más que a su Dios, porque ésta lo ha hallado todo.

¿Quien no te ama, mi amado Dios? ¿Quien no te obedece, amable Señor?

¡Ay Amado mío! No puedo ver, mi Dios y Señor que seáis ofendido; me llena de pena y me aflige, mi Dios.

Mi Dios, yo te pido amor.

Mi Señor, que se encienda el mundo en el fuego de tu amor. Te pido, mi Dios, que todos te amen. Puesto que eres poderoso, haz, mi Dios, que todos te amen y alaben, porque solo tú lo mereces, Señor.

Criaturas todas, amad a mi Dios, amadle que es bueno, es hermoso, es rico, poderoso, sabio, justo, santo, liberal, piadoso. Gustadlo y veréis cuán suave es, cuán dulce es.

¡Ay, Dios mío! ¿Qué tinieblas tan oscuras han sido las que han cercado al mundo, que han quedado tan pocos que os conozcan?

Señor mío, disipad con los rayos de vuestro divino resplandor, las tinieblas en que están sentadas tantas almas. Alumbradlas, mi Dios, para que se levanten y os busquen a vos.

Bendito mi Dios.

Bendito mi Dios.

Si yo fuera poderosa, mi Señor,
haría que todos te amaran, mi Dios,
pero como no lo soy, te lo pido, Señor:
tú que puedes hacerlo todo,
haz que te amemos mucho, Esposo y Señor.

He tenido algunas faltas en lo ordenado, pero ha sido porque estos dos días no he podido ni siquiera estar en el oficio divino. No sé si habrá sido en parte, por delicadeza, pero mi deseo era hacerlo todo, y no tengo fatiga por no haberlo hecho, porque me parece que ponía de mi parte lo que podía.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre también, que tan misericordiosa es para con todas las criaturas, y tan liberal para favorecer a la más ingrata de todas sus esclavas, que soy yo.

Día 13. Con recogimiento me preparé para la comunión como acostumbro. Después de la comunión, ocupé el tiempo en dar gracias, alabar y adorar a mi amado Dios, que encendió mi alma en su amor, y así estuve un poco de tiempo.

Después de media mañana, aunque estaba con recogimiento, no estaba tan fervorosa; quiero decir: que no me daba mi Señor tantos consuelos o dulzura en los trabajillos que tenía, pues me dejaba sentir la carga de mi miseria, y con la falta de salud, todo es más penoso. Cuando el alma está llena de consuelos, poco siente los males, porque para todo se halla ligera, y así estuve llevando la carga, casi todo el día. Algunos ratos, me daba mi Dios un poco de más fervor, y de pronto, encendía su amor en mi alma y hasta el cuerpo tomaba más fortaleza.

Por la tarde, en la oración estuve más fervorosa, porque me parecía que mi dulce Madre tenía mi alma en sus manos, y la ofrecía a su santísimo Hijo. Mi Señor me concedía muchas gracias, y me parecía que yo quedaba encargada al cuidado de mi dulce Madre. Ésta me mandaba: que fuera muy agradecida a mi Dios que me amaba con tanto amor, que había puesto en mí sus divinos ojos, por su infinita bondad, no habiendo en mí mérito alguno.

Se me dio una luz clara de los muchos beneficios que mi Dios me ha hecho, entre ellos, no era el más chico, haberme concedido mi Dios la particular protección de mi dulce Madre para toda mi vida. Este es un beneficio de los grandes que mi Dios me ha hecho.

Bendita sea su misericordia, y bendita sea mi amada Madre, que aunque yo he sido tan ingrata, no por eso ha dejado de favorecerme tanto, alcanzándome de mi Dios el perdón, avisándome para que acierte en el servicio de mi Dios, y ayudándome, como Madre piadosa, como lo está haciendo en esta octava, donde estoy conociendo, con toda claridad, su particular protección.

Este día, ha hecho el oficio de madre, rogando por mí a mi amado Padre Dios; de maestra, enseñándome cómo debo corresponder, dándome a conocer la grandeza de sus beneficios, y al mismo tiempo, mi nada, poniéndome presente sus ejemplos para imitarlos, y ofreciéndole su ayuda para seguirlos a esta miserable criatura.

Padre, obedezca V. por mí, a mi amada Madre, y pídale V.: que no me desampare al ver mi poco aprovechamiento, y que me conceda su ayuda hasta el fin.

Bendita sea.

“Le voy a explicar algo”

Diciembre 14. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

No tuve rato de oración en todo el día, por falta de ocasión; solo tenía la presencia de mi Dios, y con faltas, porque me distraía. Algunos ratos, parecía que me avisaba de mi descuido, y yo me enmendaba.

También tuve algunos ratos de recogimiento fervoroso; en uno de ellos me dio mi Señor a conocer cómo se comunicaba con las almas por medio de mi Señora y Madre, pues quiere que pase todo por este conducto.

Lo voy a explicar algo, pero como soy tan tonta y no tengo términos ni palabras acomodadas para lo que entiendo, tengo que decir aquello que mi Dios quiere que me venga, y que me parezca que tenga alguna semejanza.

Me parecía que había como un nacimiento de agua, y de él sale toda el agua que se ha de repartir a todas las fuentes. Antes de repartirla, entra en un depósito, y de allí sale para repartir más o menos, según la disposición de los conductos o fuentes donde va a ir a parar. Si el conducto es ancho, entra más y si es angosto menos. Me parecía que mi Dios, que es el principio y origen de todos los bienes que comunica, quiere que las almas pasen por este depósito de los tesoros de Dios, y reciban más o menos, según su disposición. La que pone más de su parte para estar dispuesta, recibe más que la que es descuidada, y mientras más inmediata está a este depósito de gracias, sale más rica.

A mí, me dio mucho deseo de estar inmediata a mi Señora, para estar más inmediata a mi Dios, y poder recibir más de lleno su amor puro y constante. Este conocimiento me hacía alabar muchas veces a mi Dios y a mi Señora, pidiéndole continuamente: que no me desampare para que mi alma estuviera siempre dispuesta para todo lo que mi amado Esposo quisiera hacer de mí.

No conocí faltas, porque me tenía mi Dios sujeta, que si no, hubiera caído en muchas, pues conocí claramente, que si mi Dios no me hubiera ayudado con particular gracia, digo, que hubiera caído, pues me hallaba al canto[323], ya a algún movimiento de impaciencia, ya a quejarme de algunas penoserías de mis hermanas, pero al instante, me avisaba mi Dios, y me sujetaba.

Bendita sea su misericordia.

Bendito sea su amor.

Gracias y alabanzas le sean dadas por todos los siglos de los siglos. Amén. Y a mi Señora y Madre, también.

“mi Señor me la diera por madre en la cruz”

Día15. Al levantarme con recogimiento, conocí en mi alma la protección o amparo de mi Señora. Me recordaba lo mal que he correspondido a los beneficios de mi Dios, y la pureza que debe acompañar mis obras, viendo lo que mi Dios me ayuda con su gracia, por lo que en mí es más infidelidad cualquier descuido, pues debo servir a mi Señor con particular cuidado.

[323] Próximo, al filo.

Todo esto lo conocía mi alma con toda claridad, como si se lo fueran diciendo. Mi Dios quería que imitara a mi amada Señora y Madre, cuanto me fuera posible, atendiendo con cuidado a sus virtudes para imitarla, ya que esta misma Señora me ayudaba con su poderosa intercesión para alcanzar de mi Dios su gracia para obrar.

Estuve todo el día humillada en la presencia de mi Dios, como una hija a la que su madre le va manifestando con amor sus descuidos y flojedad, y le aconseja lo que debe hacer. Si lo hace así, la amará mucho y la ayudará, pero esta hija, que se halla avergonzada, al mismo tiempo queda agradecida al amor que su madre le tiene, pues la podría castigar con rigor, y no lo hace, y la advierte con misericordia para que se enmiende.

Todo el día, como he dicho, se me fue con recogimiento en la presencia de mi Dios, sin perder tiempo para hacer todo lo que podía para agradar a mi Dios, y en honor de mi Señora y Madre amabilísima, a quien suplicaba: que se dignara admitirme por esclava. Sabiendo que no lo merecía, confiada en su misericordia, se lo suplicaba, porque ya que no merecía ser hija, por mis muchas ingratitudes, me reconocía indigna de ser esclava de tal Señora. Como esto lo sentía muy de veras, empecé a decirle "Señora mía", siempre que la nombrara; si esto lo admitía mi Señora y Madre amabilísima, era una gran misericordia.

Padre mío, por la noche, ya no podía yo pasar más tiempo sin nombrarla muchas veces: "Madre mía", porque mi alma se llenaba de consuelo, de que mi Señor me la diera por madre en la cruz. Con esta satisfacción se llena mi alma de gozo, pues parece que mi amada Señora y Madre se ofrece a ser para mí madre, señora, maestra, y todos los títulos que quiera buscarle, todo lo será para mí, si yo con fidelidad procuro imitarla en el ejercicio de las virtudes, como deseo hacer, ayudada de mi Dios, y de la protección poderosa de mi Señora y Madre. Así se lo he ofrecido, pidiéndole: que como señora me mande y compela a cumplirlo; y que si me resistiera, me castigue, con el terrible castigo de abandonarme para seguir su voluntad, sino para que me enmiende con su ayuda, alcanzándome más aumento de gracia.

Padre, esta noche, ya no tenía tanto temor, pues como una hija que conoce que su madre la ama mucho está llena de satisfacción, así estaba yo, y le decía a mi amada Madre muchas cosas para mi amado Padre Dios.

No conocí faltas, porque como había estado cuidadosa, me ayudaba mi Dios mucho. Dios es muy generoso con las almas que ponen un poquito de su parte, les ayuda más, y mientras más corresponden a los auxilios, más y más les da este Dios de misericordia, que desea repartir sus dones con abundancia, y solo quiere la buena voluntad de que los deseemos, y que la criatura ponga de su parte para quitar los impedimentos que los detiene, como es la tibieza, y el poco aprecio que hace de ellos. Por la gracia de su Dios, con un poquito de celo, y con la pureza de intención de hacerlo todo solo para dar gusto a Dios en las cosas más menudas y de menos trabajo, derrama el Señor tantas gracias, que no son para explicarlas.

Dichosas las almas fieles.

Dichosas las que no tienen más interés que agradar a su Dios, porque lo merece, y en todo se abandonan a sus divinas disposiciones. Estas almas son muy ricas, pues participan con abundancia de los tesoros de su Dios, que son infinitos.

Bendito sea el Dios de toda bondad y misericordia.

Bendita su infinita liberalidad.

Bendito sea y alabado, glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Día16. Este día, tuve poco tiempo para la oración, pero la tuve todo el día, porque mi Dios me dio su divina presencia, y el alma, que estaba bien ocupada a toda hora, todas las cosas le hacían estar más asida a su Dios. Unas veces, la encendía en su amor, y la llenaba de grandes consuelos; otras, estaba menos fervorosa, pero tenía el entendimiento ocupado en el conocimiento de la grandeza de su amado Dios.

Algunas veces temía escudriñar, más de lo que era menester en los misterios, porque algunos ratos, se metía en querer saber quién era su Dios, y como es incomprensible, no alcanzaba a comprender, y además, lo que alcanzaba, no lo sabe explicar. Conocí, que lo que yo comprendía, era nada para lo que es, aunque el entendimiento tenía curiosidad en conocer la inmensidad de un Dios incompresible y eterno, que no ha tenido principio ni tiene fin.

Otros ratos, quedaba el alma como anegada en el mar inmenso, y no hacía más que amar.

Otros, alababa, daba gracias, y deseaba que fuera amado por todas las criaturas, y sentía que fuera ofendida su bondad.

Bendita sea la misericordia de mi Dios, que tan de lleno ocupaba mi alma.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Día 17. Este día fue como el de ayer, no tan fervorosa, pero de recogimiento en la presencia de mi Dios.Tuve algunos ratos con sequedad, y algo distraída, aunque era muy poco lo que estos duraban, porque mi Dios por su misericordia, no me dejaba. Cuando sentía mi flaqueza y miseria, me eran los trabajos más duros, pero esto era porque mi Dios quería que conociera mi nada, y que de mí nada haría, si mi Dios, con mayor y particular gracia, no me ayuda, pues apenas empezaba a flaquear, me lo hacía conocer, y acudía, con más ganas a mi Señor y mi Dios que me ayudaba sin tardanza.

Por todo sea mi Dios alabado y ensalzado, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

“lo que Dios […] quería que yo conociera”

Diciembre 18. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento y fervor. En el tiempo presente, la santa Iglesia nos pone presente y nos recuerda el misterio de la Encarnación y Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo para que demos gracias y alabemos su infinita misericordia. Todo el año lo tenemos presente, pero llegando este tiempo, no sé porqué, el alma se derrite en amor, viendo a un Dios-Niño, viendo al inmenso Niño, al impasible, pasible, al inmortal tomar carne mortal, al eterno…, en fin, más vale no seguir, que todos lo saben.

Solo diré lo preciso, que hay poco tiempo. Este misterio me trajo tan ocupadas mis potencias, que no sé cómo podía atender a otra cosa, y así pasé el día, unas veces contemplando, otras alabando, adorando, dando gracias y amando a este amabilísimo Dios.

No sé cómo, esta tarde en el oficio divino, si se me hubiera ofrecido salir, no hubiera sabido qué es lo que estaba rezando, como me ha sucedido en otras ocasiones, que he tenido que salir, porque me llamaban a otra obligación. Esta tarde, no sabía si estaba rezando prima, si tercia, aunque sabía que estaba rezando. El entendimiento estaba tan divertido en otra cosa, que no atendía a lo que hablaba, aunque lo decía con acierto.

Algunas veces, sobre todo si es en el oficio divino, me da fatiga por temor a no cumplir, pues no tengo la atención en lo que rezo.

Como he dicho, este día no tuve atención a lo que rezaba, porque estaba entretenido el entendimiento mirando y atendiendo a lo que nuestro amabilísimo Dios quería que yo conociera: cómo se asemeja la iglesia militante a la triunfante. Una por la fe, acompañada de las buenas obras, y otra, gozando ya de la vista clara de su Dios, y gozando de su Dios.

Me parecía que mi amado Dios creó los ángeles, desde luego, para tenerlos en su propia casa, y servirse de ellos según su voluntad. A los hombres los había separado en otra estancia o sitio, donde no lo pudieran ver, pero les hacía saber que los estaba viendo, y que, aunque invisible, estaba con ellos y les ordenaba a cada uno, que trabajaran según su voluntad, y que guardaran sus preceptos. Si lo hacían así, los llevaría, después de que cumplieran aquel plazo, a gozar de su presencia, de modo que en esta santa iglesia militante, pueden vivir las almas muy alegres, porque con una fe viva, están conociendo que están con su Dios, que están cumpliendo su voluntad, y sirviéndolo lo mismo que los ángeles en el cielo, pues este tiempo de la vida, lo tienen destinado para servir en la tierra, al mismo Dios que sirven los ángeles en el cielo.

Así como en el cielo hay distintas jerarquías, así en la tierra también las hay; unas almas están como más inmediatas a Dios, que otras. Las más superiores de la tierra, son las almas que están dedicadas a Dios, por su estado de sacerdocio o religión; a estas almas se les ha concedido ser ángeles, y han de vivir como ángeles, y todo su cuidado debe ser procurar la gloria de su Dios, alabarlo, amarlo, y servirlo en todo con pureza de intención. Este empleo no admite otro desahogo o cuidado terreno que no sea puramente para buscar la gloria de Dios, que para eso les ha dado mi Dios mayores auxilios, mayores conocimientos de su ser eterno e inmutable, y los ha traído al jardín de su Santa Iglesia.

Las almas fieles que gustosamente se consagraron y se ofrecieron a su Dios, son millares de veces dichosas, si saben corresponder a los altísimos fines de su infinita sabiduría. Cumpliendo fielmente el ministerio que a cada una ha encargado su Señor, éstas gozarán en la iglesia militante muchos rasgos de lo que han de gozar en la triunfante. Cuando ya se les acabe el tiempo que le han destinado para trabajar, irán a gozar eternamente de aquel Dios al que fielmente sirvieron.

Pero ¡ay dolor! qué pocos hay, respecto a los muchísimos que no se acuerdan del beneficio que les ha hecho su Dios, y quieren voluntariamente huir de estas obligaciones, con pretextos humanos.

¡Ay, Señor y Dios mío! ¿Cómo he de decir yo lo que me dais a conocer? Con cuanta pena de mi alma, veo, mi Dios, que os ofende mucho ver que unas almas, de las más privilegiadas, escogidas y ayudadas de vos, sean tan ingratas, y que atienden más a sus miserables intereses, que a vos, Dios de bondad; que se olvidan de su Padre de las misericordias; que ponen su amor en otra cosa, y que os lo quitan a vos, Dios de amor; que buscan más el cumplimiento de su voluntad, que la vuestra, que es justísima, santísima y amabilísima.

¡Oh almas, que estáis consagradas a Dios, únicamente para el ministerio de darle culto, honor y alabanza, con vuestras obras, palabras y pensamientos, y para dar ejemplo de todas las virtudes a las demás almas, mirad que se ofende más nuestro amantísimo Dios de nuestras ingratitudes, que de los pecados de las otras almas que no han sido tan favorecidas y escogidas.

¡Ay! qué perdido está el mundo. Qué poco caso se hace de los intereses de mi Dios. Veo a mi Dios muy ofendido, y a pocos que tratan de desagraviarlo.

¡Ojalá que yo pudiera
desagraviar a mi Dios,
injustamente ofendido!
Mas ¡Ay Amado Señor!
yo también he sido ingrata,
tú lo sabes mi Señor,
y también sabes lo siento
con todo mi corazón,
y te pido me perdones,
dueño de mi corazón.

Amado Dios y Señor, en desagravio de todos mis pecados, te ofrezco todas las riquezas que me ha dado vuestro Hijo y mi Señor; te ofrezco, pues son míos, todos sus méritos, ya que por mí nació, padeció y murió. En esto te ofrezco mi entera satisfacción, pues son méritos infinitos de un Dios-Hombre, que el amor le hizo descender al mundo para salvar al pecador. Si no lo agradecemos como debemos, yo os ofrezco, mi Dios, las gracias que mi Señor os dio mientras vivió en este mundo, y las que os dio mi Señora, mientras vivió en este mundo, que tanto os agradaron a vos.

Este es el caudal que os traigo,
¡Oh, Dios de misericordia!
para pediros perdón,
por todos los pecadores,
y para que los conviertas Señor,
que la Santa Iglesia triunfe
del enemigo traidor
que pretende destruirla.
No lo permitas, mi Dios.
Poderoso sois mi Amado,
nada se resiste a vos.

Mi Dios, sois poderoso para convertir a todos. Dadles, mi amado Dios, fuerzas para que destierren las tinieblas del pecado, pues están oscurecidos por ellas, y no os miran a vos.

Señor, abrid sus oídos
para que os oigan, mi Dios.
No permitas amado Dios
que se pierda en tantas almas
tan copiosa Redención.

¡Oh Madre del alma mía!
intercede con mi Dios por la Santa Iglesia.
Pido Madre de mi corazón:
ofrecer vuestros dolores
a tu Hijo y mi Señor,
los justos se multipliquen,
y crezcan mucho en amor
para que siempre estén ocupados
solo en amar a su Dios.
Sea mi Dios conocido, reverenciado y temido.
Alabado sea mi Dios. Amén.

Este día, por la mañana, me afligí tanto, que me hizo derramar lágrimas, porque me parecía que ofenderían a mi Dios esas órdenes de diversiones públicas que habían dado. He oído decir: que en ellas se ofende mucho a mi Dios. Siempre las he aborrecido, pero ahora, en este tiempo en que deberíamos tratar solo de enmendarnos, de agradar a mi Dios sus muchos beneficios, y la gran misericordia que ha usado con nosotros, avisándonos con castigos misericordiosos para que aprovechándonos de ellos, no experimentemos los eternos, me es más doloroso y ha herido mi corazón de pena.

Después del oficio divino, quiso mi Dios aumentar mi conocimiento de lo mucho que le ofendían toda clase de gentes. Se aumentó más mi pena, pero también mi confianza en la misericordia de mi Dios, y así con toda confianza pedía, pediré siempre, y esperaré confiada, en que por los méritos de la Pasión y muerte y dolores de mi Señora y Madre la Virgen María, he de ver la Iglesia de Dios exaltada, y abatido el orgullo de sus enemigos, que pretenden destruirla. Lo espero de vuestra bondad, mi Dios.

Dadme ese consuelo Dios mío, Amado mío, Señor mío, te pido por el corazón divino de mi Jesús: que seas reverenciado por todas las criaturas, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Diciembre 19. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento en la presencia de mi Dios. Después tuve unos ratos fervorosa, otros con sequedad, y otros que no sé si había en mí algo más que el deseo de poder atender las cosas que tenía que atender, pues eran más de las que

mi miserable cabeza podía. En estos ratos, bastante tenía con poder hacer actos de conformidad, y llevar con paciencia las cosillas que se presentaban más penosas; me parece que muchas veces ejercitaba las virtudes, más por la costumbre que tengo, que por la intención, pues solo pensaba en lo que tenía que hacer o decir. Mi Dios sabe que mi deseo es agradarlo y hacer su santísima voluntad en todo, y así, cuando me quedo con algún sosiego, renuevo esta intención, reconozco más mi miseria, y que no puedo nada sin que mi amado Dios me ayude con su particular gracia. Entonces, me acojo a su infinita misericordia, pido perdón de los descuidos conocidos, que este día han sido muchos, y esto mismo enciende mi corazón en el amor de mi Dios, me hace confiar más en su misericordia, y el espíritu se me pone fervoroso para todo el día.

También tuve muchos ratos fervorosos, conociendo que mi Dios estaba en mi alma y me ayudaba mucho.

Las faltas de algunos descuidos en las virtudes interiores, como he dicho, procuraba enmendarlas al instante que las conocía.

Dios sea bendito.

Día 20. Éste fue como el de ayer.

Día 21. Fue también casi lo mismo que ayer, aunque en la tarde estuve algo más distraída.

Dios sea bendito.

Día 22, 23 y 24. Éstos los empecé como acostumbro, haciendo el ofrecimiento de todo a mi Dios, deseando hacerlo todo para su mayor gloria.

El ofrecimiento general de estos días sirvió para todo, y yo no hice nada más que atender a lo mucho que tenía que atender. Me parece que si mi Dios no me hubiera ayudado, no hubiera podido atender a tanto sin caer en muchas faltas; no caí, porque mi Dios me ayudaba.

Dije: que si no me hubiera ayudado mi Dios, pero quiero decir con esto, que me había ayudado con particular gracia, pues la precisa nunca la niega. Conozco que fue más que ordinaria, pues en estos días, aunque tampoco estaba distraída, no estuve de lo más fervorosa, porque estaba más atenta a mi obligación. Pasando esta, volvía a estar recogida en la presencia de mi Dios, y muchos ratos, gozando de las delicias de su amor. No desperdiciaba un instante.

Cuando me quedaba en soledad, me daba mucho consuelo quedarme un poquito a solas para estar con mi Amado, y lo hallaba tan dispuesto, y tan amoroso… Algunas veces tenía que hacer actos de conformidad, porque en medio de las delicias de su amorosa presencia, me costaba algún trabajo tener que dejarlo para volver a tratar con las criaturas. En estos ratos, me acuerdo que tenía algunos coloquios con mi Señor, Niño y Dios eterno, poderoso, inmenso y sabio. Como no me detenía mucho en nada, no me acuerdo de casi nada, pues en estos días, todos estos fervores eran ligeritos, y solo me servían de alivio para que el alma estuviera pacífica, y no la alteraran las penoserías ni ninguna otra cosa.

Todo lo penoso y la falta de salud, lo llevaba con paciencia. Me parecía que nada hacía yo o ponía de mi parte, sino que aquello lo hacía como lo que se hace

por costumbre. Conozco y confieso: que era porque estaba mi Dios conmigo, pues siempre que estoy así, no me acuerdo de otra cosa.

Dios sea bendito, alabado y glorificado en todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Diciembre 25. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día veinticinco, lo empecé desde la medianoche; en la mayor parte de ella, solo pude hacer lo acostumbrado, pero desde las diez, ya me recogí a solas con mi Dios para darle gracias por tan grandes beneficios.

Tuve la oración sobre este misterio con recogimiento, y con el alma encendida en el amor de aquel amor que hizo bajar del cielo al Verbo Eterno, tomar carne humana, y hacerlo niño recostado en un pesebre. Esto no se puede contemplar sin que se derrita el alma, y más, cuando este Dios infinito da al alma unos rayos del conocimiento de su divinidad, entonces el alma se sube, se halla anegada en la infinita bondad de Dios, de este Dios-Hombre, y conoce cuánto se ha humillado su Dios, y cuán grande es este beneficio. Al instante, empieza a ver los ejemplos que nos venía a dar de caridad, de humildad, de pobreza, y en fin, de todo.

La mayor parte de la noche la pasé, en la consideración y contemplación de estas cosas, y agradecía, y alababa la Navidad, amando al Dios de toda bondad, con grandes consuelos en mi alma.

Muchas veces, cuando le pedía que viniera, me parecía que lo tenía en mi corazón, y pedía a mi Señora y Madre: que me lo purificara y adornara para que mi Señor se dignara estar en él de asiento, como Señor absoluto, donde, como he dicho, lo adoraba, le daba gracias, y pedía por mí, y por todas las criaturas.

Pasé todo este día con el alma encendida en fervoroso amor y recogimiento, en la presencia de mi Dios.

Dios sea bendito. Amén.

El día 26 y 27, fueron lo mismo que ayer.

Hice todo lo acostumbrado, gracias a mi Dios que lo hizo todo.

Alabada sea eternamente su misericordia. Amén.

“trabajar le sirve de consuelo”

El día 28, 29, 30 y 31. Aunque no fueron de tanto fervor, tampoco estuve distraída, y me concedió mi Dios estar en su presencia.

La diferencia que hay está, entre el que recibe las cosas hechas con mucho gusto, y solo tiene que gozarlas, y al que le ayudan, y al mismo tiempo, le dan tanta fuerza, que aunque le cueste muy poco trabajo hacer las cosas, aquel poco trabajo lo hace con gusto, y trabajar le sirve de consuelo. La diferencia que yo encuentro, es que en los primeros días, gocé de grades consuelos y dulzuras de amor, y en los segundos, el amor me hacía trabajar por el Amado, siguiendo sus ejemplos, sin que el alma experimentara tanta dulzura. Le era dulce trabajar y padecer por agradar a su amado Dios, sabiendo que lo merece, porque es bueno, porque es poderoso, sabio, justo, santo, liberalísimo y amorosísimo. Al mismo tiempo, el alma humillada y agradecida

a su Dios, que tanto la ama, conocía su nada, su miseria y su ingratitud, y estos conocimientos ponían al alma bien recogida y cuidadosa, y algunos ratos, fervorosa.

Llamo fervorosa, cuando mi Dios me enciende con un amor más sensible, procedente del conocimiento de la más íntima unión. Algunas veces, cuando mi alma estaba más humillada en el conocimiento de su nada, la levantaba su Dios tan de repente, y la encendía tanto en su amor, que no se puede explicar. Una de estas veces que estaba como avergonzada de verme tan miserable, teniendo presente que mi Dios me había escogido para esposa suya, y que no me asemejaba a mi Esposo, le pedía a mi Señor: que al menos, fuera esclava fiel, porque no merecía ser su esposa ni estar con sus verdaderas esposas.

Estando en esto, me parecía que mi amado Esposo y Dios le decía a mi alma:

-Cuanto menos lo mereces, mayor es la grandeza de mi amor y misericordia.

Se encendió en mi alma tan gran fuego de amor, que se deshacía, y al mismo tiempo, me hallaba tan unida a mi Dios, que estaba como escondida en la inmensidad de mi Dios.

Estas eran las cosas, que algunas veces, hacía mi Dios con mi alma, en estos días.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén.

Enero día primero de mil ochocientos trece.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento y fervor, porque el misterio del día encendía el alma en amor, aún a la criatura más tibia. Ver tanto amor de este Dios-Hombre, que apenas nace, quiere empezar a derramar su sangre por nuestro amor, y que está tan mal correspondido, ocupó todas las potencias de mi alma.

Le hicieron ver a mi alma: que aunque no amaba como debía y deseaba, al menos, la consolaba desear amar y agradecer, y pedir que todas las criaturas lo amaran y agradecieran este beneficio, no solo con las palabras, sino también con las obras.

Pasé el día, unos ratos en la contemplación más o menos fervorosa, a medida que mi amabilísimo Dios quería encender en mi alma aquel amor que me unía a mi Amado, y que algunas veces, me venía con tanta fuerza, que yo no sé decirlo.

Bendito su amor que no atiende a que no lo merezco, y solo atiende a su infinita bondad, siendo liberal con la más miserable e ingrata criatura.

Bendito sea eternamente.

Hice lo ordenado, porque mi Dios estaba conmigo.

Toda gloria y alabanza le sea dada por todos los siglos. Amén. Y a mi Señora y Madre, también.

Desde el día 2 hasta el día 5, fueron, con poca diferencia, lo mismo unos días que otros; ni estuve fervorosa ni distraída; estaba con recogimiento en la presencia de mi Dios, no experimentaba tantos consuelos como en los días de fervor, pero estaba cuidadosa, y podía ocuparme sin trabajo, en todo lo que me parecía que más agradaba a mi Dios.

Muchos ratos de estos días, también estaba fervorosa, por la unión más íntima con mi amado Esposo.

Las faltas por descuido eran más cortas, y no fueron voluntarias, pero pedí perdón, porque deseaba enmendarme; lo deseo así, pues el que mucho debe, no debe desperdiciar ni siquiera un maravedí para que conozcan que no puede pagar por su gran pobreza, pero tiene voluntad de hacerlo. El que es descuidado y perezoso, y no aprovecha ni un cuarto, ¿cómo va a manifestar que quiere poner de su parte para pagar, si en lugar de esforzarse a pagar, cada día es más descuidado, y deja perder las ocasiones que tiene, para en parte, satisfacer en algo la deuda?

Dios sea bendito, alabado y glorificado. Amén.

Día 6. Desde las vísperas, había estado con recogimiento y fervor. Me había ocupado de adorar a mi Dios-Niño en los brazos de su santísima Madre, y se me representaba con tanta viveza, que parecía que lo estaba viendo. Seguí este día con estas consideraciones, y contemplando el amor y bondad de este Dios.

Algunas veces, le pedía a mi amada Madre: que se dignara darme a su amado hijo para ponerlo en mi corazón como si fuera el pesebre, y me parecía que me lo concedía, con gran consuelo de mi alma que gozaba de una unión tan íntima, que no sé explicar.

Me pasó con frecuencia, que el alma se quedaba encendida en amor y humildad, en particular, en los ratos que estaba sola.

Padre, no sé cómo es esta humildad que tiene el alma en estas ocasiones; puedo decir con verdad, que está humilde, pero no es una humildad adquirida, sino dada. El alma conoce su nada, y sus ingratitudes, con un conocimiento superior.

De este conocimiento, saca más conocimiento de la bondad de su Dios, que hace que lo ame más, y le da más confianza. No se inquieta por las faltas, desea no tener ninguna para dar gusto a su Dios, y pide y desea hacer en todo la voluntad amabilísima de su amado Dios. Este deseo es tan verdadero, que ni por todo lo del mundo, haría la más mínima falta que conociera que no era del gusto de su Dios. Puedo decir, que en los días que estoy así, no tengo ninguna voluntad mía, pues no hay en mí, más que la de mi Dios. Lo que en otros días me es trabajoso, en estos, todo me es dulce, porque es voluntad de mi Dios.

Pasé este día, con esta disposición de mi alma, obrando con la misma pureza de intención en todo, y buscando agradar a mi Dios. Conocía que todo era don de Dios, por lo que le daba gracias y alabanzas, y también a mi Señora y Madre, que por su poderosa intercesión, me concedía mi Dios todos los beneficios, y yo conocía que no son comunes a todas las almas.

Quiere mi Dios que lo conozca, y lo debo confesar para que cuanto esté de mi parte, procure que lo hagan todas las criaturas. También conozco que mi obligación de correspondencia no tiene que ser común, pues Dios es justo, y conforme a lo que da, pide la recompensa de sus dones. Esto es verdad, y ya que yo soy tan miserable, que no puedo corresponder como debo y como corresponden otras almas, al menos, debo corresponder con más amor y humilde agradecimiento, procurando dar gusto a mi Dios en todo.

Como este día me dio mi Señor estos conocimientos muy claros, fue añadir beneficios sobre beneficios, por lo que quedaba más obligada.

Bendito sea Dios.

Pero ¡Ay Dios mío! ¡Cómo correspondo yo! no encuentro, Señor mío, más que faltas, descuidos, e ingratitudes en todas mis obras. Perdóname, Dios de misericordia y de toda bondad, pues no hay en mí, más que pobreza. Me da consuelo, que todo lo que hay en mí es todo vuestro, Dios riquísimo, liberalísimo y amorosísimo.

Bendito seas mi Señor.

Le da alegría a mi alma saber que todo me ha de venir de tu poderosa mano. Si debo servirte, tú me has de ayudar; si te voy a conocer, tú me has de alumbrar como lo haces; si te debo amar, vos me tenéis que dar el amor; y en fin, Amado mío, vos lo tenéis que hacer todo.

Bendito seáis mi Señor, pues si yo, miserable, que no tengo en mí nada bueno, soy toda tuya, tú Dios mío, Amado mío, querido mío, mi consuelo y mi descanso, haced, Dios mío, que yo no impida con mis ingratitudes, que vos obréis en mí conforme queréis, y que te sirva conforme a tu santísima voluntad. Mi Dios, puesto que sois poderoso, y el amor me hace obedeceros, haced, Señor, con vuestro poder, que os obedezca, que os ame, y que os sirva del modo que vos queráis, y no como yo quiera. No quiero, mi Dios, que haya en mí más voluntad que la vuestra. Vos lo sabéis, y si alguna guardo, es solo ésta: querer hacer tu voluntad, y amarte con toda mi alma, con todo mi corazón, con todas mis fuerzas, y que todas las criaturas te amen. Como ésta es la única voluntad que tengo, perfeccionarla, mi Dios, para que en todo sea conforme con la vuestra. En todo lo demás, haced, mi Dios, lo que queráis de mí, como dueño absoluto y poderoso.

Os pido perdón, mi Dios, por la Pasión e infinitos méritos de vuestro unigénito.

Mi Dios, lava todas mis culpas con tu sangre preciosísima para que pueda estar siempre unida a ti.

¡Oh Dios de toda pureza! Purifícame, llévame a ti, y no permitas que me separe de ti en todo tiempo y eternidad. Amén.

Dios sea bendito por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Los días 7 y 8, tuve algunos descuidos no voluntarios; fueron, que perdí algunas ocasiones, que podía no haber perdido teniendo un poquito de cuidado, y haber hecho lo mejor, no contentándome con no hacer lo malo.

En muchas cosas podría adelantar mucho si cuidara de acompañarlas, obrando las virtudes interiores con cuidado, que en esto es tan importante.

Algunos días tengo muchos descuidos, haciendo las cosas por costumbre. Cuando lo conozco, al instante, procuro estar más cuidadosa para no quitar el valor a las obras exteriores, por faltar el alma a las interiores. Le pedía perdón a mi Dios muchas veces por estas faltas, y procuraba enmendarme.

Me parece que estos descuidos no eran por distraerme en otras cosas de la tierra, sino porque algunos días estoy medio tonta, y no sé lo que hago. No pongo el pensamiento en nada, aunque me parece que suplirá estas faltas, la intención que tengo, desde la mañana, de hacerlo todo a mayor gloria de mi Dios, y durante el día si estoy descuidada, así se lo ofrezco; cuando lo conozco, le digo a mi Señor: que bien sabe mi deseo, y vuelvo a ofrecerlo de nuevo renovando mi intensión.

La oración, aunque poca, fue con recogimiento.
Dios sea alabado y bendito. Amén.

Día 9 hasta el 12. Estos días no tuvieron más diferencia, que en algunos tuve mayor recogimiento en la presencia de mi Dios, que en otros. Los digo juntos, porque no me acuerdo cuales fueron unos u otros. Sí me acuerdo de que en uno de estos tres días, me distraía con mis temores, y me venían muchos pensamientos que no desechaba con la prontitud que debía. Si no fuera porque tengo mandado desecharlos pronto, no los hubiera desechado, sino que les hubiera dado acogida, pues me pintaban con eficacia que todas las cosas que pasaban en mi interior eran aparentes; que no eran de mi Dios, y que se las decía a V. con ponderación, dándoles otro sentido, con mi mala explicación, lo que confirmaba mi vida tibia y descuida.

A este temor, se unían otras muchas cosas que no podía dejar de temer, pero en medio de estos pensamientos, dudas y temores, procuraba desecharlos de mí, y hacer actos de confianza y de obediencia en la voluntad de mi Dios, con el propósito de decirle a V. lo que me parecía que pasaba en mi interior, por obedecer a mi Dios, y así pasé este día ejercitando las virtudes por mis faltas.

En cuanto podía, me humillaba, pedía perdón, esperaba en mi Dios, y agradecía su misericordia conmigo.

Al parecer[324] de V. no perdí nada, porque siempre me rendía. Aunque mi entendimiento quisiera resistir, la voluntad quería obedecer y lo dejaba todo en las manos de su Dios.

Los otros días, estuve en la presencia de mi Dios, con gran paz en mi alma. El alma estaba cierta de que estaba en su Dios, y que su Dios estaba en ella, y estaba con tanto descuido de sí misma, que no se metía en más; todos sus cuidados eran agradar a su Dios y amarlo, porque lo merece.

Dios sea bendito. Amén.

"Como mi Dios me ama de verdad…"

Día 13. Pasé todo el día con recogimiento, aprovechando las ocasiones que se ofrecían, y ocupada mi alma en el ejercicio de las virtudes, con el mayor cuidado que podía.

Por la noche estaba con ánimo de escribir, pero cuando llegó la hora me dejé llevar de la pereza, y dije lo que dice el perezoso: lo dejaré para mañana, porque tengo mucho frío. Y fui a acostarme.

Pero mi Señor no me dejó sin darme conocimiento de mi delicadeza y falta de amor. Al que ama, nada le es penoso para dar gusto al amado, y en esto se conoce qué poco amor le tengo a mi Dios, si temo al trabajo y a la mortificación.

Como mi Dios me ama de verdad, y quiere que lo ame, por su misericordia no me deja sin que conozca lo poco que lo amo, pues quiere que lo ame con un amor fuerte, que no tema a los trabajos, sino que los abrace con alegría.

Me parecía que me decía mi amado Señor:

[324] Según su opinión

-Tú dejas la obediencia y temes al frío. Mírame en la cruz por obediencia, lleno de dolores y llagas, y sin ningún abrigo.

Esto no fue con palabras, pero era como si me lo dijera. Quedé humillada viendo que era tan delicada, lo poco que amaba a mi Dios, lo mucho que le debía, y lo mal que le correspondía.

A todo esto le acompañaba tanto conocimiento de la bondad y misericordia de mi Dios con esta ingrata criatura, que me hizo llorar de sentimiento por mis ingratitudes, y de agradecimiento a la gran misericordia que mi Dios tiene conmigo.

Pasé la mayor parte de la noche, pidiendo perdón, y dando gracias y alabanzas a mi Señor por la misericordia con que nos ama, nos busca, y nos llama.

Bendita sea su misericordia.

Bendito sea eternamente.

Ya, en otros días pasados, también había tenido frío por distintas cosas, pero como tengo tanta delicadeza de nervios, el frío me hace padecer más. Aunque yo no sienta mucho el frío, me dan unos temblores, y se me ponen los nervios tan tirantes, que me dan algún trabajo.

Uno de estos días que estaba trabajosa, procuré dos veces ir por candela para encender el picón, y siempre que iba, la habían sacado para otras. No decía nada, pero como aquel día estaba tan molesta, tuve la falta en mi interior de no llevar aquel trabajo como debía, sino que dando entrada a mi amor propio dije:

-Si estuvieran pasando lo que yo, bien que procurarían su comodidad.

No me dio mi Dios tiempo para dejarme llevar de mi miseria, porque al instante, me parecía que me decía mi Señor:

-Mira la comodidad que yo tuve en el portal, en la cruz, y en toda mi vida.

Quedé reprendida, y no necesité más la candela, ya que me era dulce toda incomodidad, y me avergonzaba de ser tan poco sufrida.

Algunos días después, no tuve candela hasta que las religiosas notaron que no la llevaba, y me la llevaron ellas. Pero yo no la apetecía, porque me era dulce pasar aquel pequeño trabajo.

Bendito sea mi Dios que tanto cuidado tiene de mí.

Bendita su misericordia.

Bendito su amor, que si mi Dios y Señor no lo hiciera así conmigo ¿dónde llegaría mi miseria? Dándome todo esto, me parece que es imposible que haya otra criatura más miserable e ingrata que yo.

Bendito sea el que tanto me sufre.

Padre mío, dele V. muchas gracias a mi Dios por mí, y pídale V. que continúe sus misericordias, pues si no lo hiciera así mi Señor, sería la más mala de todas las criaturas. Alabe a mi Dios, y dele gracias por mí.

Y mi amada Señora y Madre queda obligada por ser mi Señora, pues los beneficios que reciben los esclavos, son en atención a los méritos de sus señores, y los que reciben los hijos, en atención a sus padres. Por los dos títulos, de señora y madre estáis obligada, Madre amabilísima, a dar gracias por mí, supliendo vos, con vuestros méritos santísimos, mis pocos méritos. Hacedlo así, Señora mía, y alcanzadme gracia para corresponder agradecida.

Enero 14. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día, humillada con el conocimiento de mis ingratitudes, me hacía estar con mucho agradecimiento a la misericordia de mi Dios que tanto me sufría. Estuve dando gracias a mi Dios, y contemplando su gran bondad para con todas las criaturas, y así me quedé alabándolo con recogimiento en la presencia de mi Dios.

Después de haber estado ocupada en otras obligaciones, fui otra vez al coro, y de nuevo me sentí recogida. Digo esto, porque el recogimiento interior que Dios concede al alma en muchas ocasiones, no es por diligencia que haga el alma para ello, sino que sin poner nada de su parte, es como si sus potencias fueran todas llevadas al interior del alma, donde mora su Dios, no por la fuerza, sino con gran suavidad. Allí el alma siempre es alumbrada con nueva luz, le dan conocimientos de los divinos atributos y perfecciones de su Dios, y al mismo tiempo, de su nada. Le enseñan, cómo debe portarse con su Dios, conoce la voluntad de Dios, y en fin, le dan nueva gracia para cumplirla.

En este día y en este tiempo que tuve de recogimiento, me dio mi Dios más conocimiento de mis ingratitudes, y de las misericordias de mi Dios. Conocí lo que debía hacer, y no lo hacía por mi mucho descuido, en las mismas cosas que V.R. me tiene ordenadas, como las visitas al Santísimo Sacramento, pedir la bendición para todas las cosas que haga, y que no pido muchas veces, y otras cosas menudillas que pudiera haber aprovechado, unas veces callando, y otras hablando para gloria de mi Dios.

No es malo el haber callado o hablado, pero haciéndolo, pudiera ser que se adelantara alguna cosa para gloria de Dios. El alma que tiene celo, no desperdicia nada, y más, hallándose obligada por todos los títulos.

Estos conocimientos me humillaban bastante, le pedía perdón a mi Dios, e hice el propósito, si V. venía aquel día, de decirle lo que entendí. No fue por palabras que oyera, sino por una noticia que el alma recibía, en la que comprendí que se me avisaba para que me enmendara, y que V.R. rogaba a Dios por mí, con el deseo de que aprovechara, y fuera agradecida y fiel a mi amado Dios.

Tuve tan claro conocimiento de que pedía V. por mí, como si lo viera con mis ojos. Quedé con tanta certeza de su oración, que me sirvió para enmendarme. Gracias a Dios, y Dios le page a V.R. la caridad que tiene con mi alma, no solo porque con sus consejos procura que adelante, sino también, con su oraciones. Le pido que continúe con ellas, a fin de que yo sea fiel a mi Dios en todo, para que V.R. tenga mayor gloria accidental, por las almas, que adornadas de virtudes, llevará al Dios que se las ha entregado.

Bendito sea Dios.

Quedé convencida de que V. vendría aquella tarde, aunque no hiciera bueno[325], y que el Señor, por su misericordia me había dado aquel conocimiento para que me enmendara de mis descuidos.

Le di por esto gracias a mi Dios.

Al poco rato, llegaron con el papel que mandó V. a madre Rosario, diciéndole: que no venía. Como estaba convencida de que vendría, esto me hizo temer que todo

[325] Buen tiempo.

habría sido locuras de mi imaginación, y que así sería todo lo demás. Estando con estos pensamientos, no quise hacer más caso de ellos, y procuré desechar o echar en olvido todo, menos tener más cuidado para aprovechar las ocasiones, pues debía hacerlo porque lo tenía ordenado, y era justo hacerlo así.

Aquella siesta, cuando le escribí aquella esquelilla[326], sin pensarlo se me vino decírselo, porque tenía unos impulsos para escribir, pero tenía temor de que me vieran hacerlo, y esto me detenía. Pero como no podía soltar la pluma, por eso dije:

-Diré algo, ya que he tomado la pluma.

Dije lo que me vino de pronto, y por eso ahora he tenido que escribir más. Si esa es la voluntad de mi Dios, hágase.

Padre mío, no puedo dejar de temer cuando escribo estas cosas que puede haber mucho engaño. La obediencia tiene mucha fuerza, y aunque no soy obediente como debo, ella me hace hacer lo que no quiero hacer ni haría, si no temiera desagradar a mi Dios. El Señor me haga verdaderamente obediente, y perdone mis muchas faltas. Amén.

Terminé el día con más cuidado de aprovechar el tiempo, y con presencia de mi Dios.

Gracias a mi Dios, y alabado sea por todas las criaturas, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

"si habré abusado de los dones de Dios"

Enero 15 y 16. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Solo recuerdo de estos dos días haber aprovechado las ocasiones de agradar a mi Dios y haber tenido su presencia. Cumplí las cosa ordenadas y no tuve faltas, aunque tendría muchas, como todos los días, pero como no fueron con conocimiento, no puedo decir ninguna. Sí pido a mi Dios perdón, porque a los ojos de mi Dios, que es tan puro ¡cuántas manchas tendrá mi alma! por eso, con mucha frecuencia, le pido perdón, y que me purifique con su preciosísima sangre para que mi alma esté sin manchas en su presencia, y le sea agradable.

Aunque algunos días, no conozca yo faltas, porque mi Dios misericordiosamente me haya tenido con mucho recogimiento interior en su presencia, temo, porque es grande mi miseria, si habré abusado de los dones de Dios, no obrando con la pureza que debo. Aún en estos días, como conozco más a mi Dios, también conozco, cuánta es la perfección que quiere mi Dios en mis obras, y que para ello me ayuda con particulares auxilios.También conozco cuán miserable soy, y cuán pobre en todo, por eso me asombra que este Dios poderoso, justo y santo ponga los ojos en esta criatura tan miserable. Pero conozco que lo hace, y lo confieso, para gloria de su misericordia y de su bondad.

Bendita sea su misericordia.

Bendito sea su amor.

Bendito sea por todos los siglos de los siglos. Amén.

[326] Diminutivo de esquela.

Porque nos ama con amor infinito, bendito sea su amor.

No permitas mi amabilísimo Dios, que un amor tan corto y limitado como el mío, esté en otra cosa más que en ti. Yo quisiera poderte amar, si fuera posible, con un amor infinito, pero ya que esto no es posible, lo deseo en cuanto sea posible.

Dios mío, haced lo que vos queráis de mí, y lo mismo deseo para todas las criaturas. Vos sabéis cuánto siento que no seáis amado por todos, y que seáis ofendido. Señor mío, aumentad en mi alma este dolor, porque al menos, me consuela sentirlo, ya que no pueda evitarlo.

¡Oh Dios mío! tan poco conocido, y de tan pocos amado.

Dios mío amabilísimo, dulcísimo, suavísimo, pues sois poderoso para hacer que todas las almas te amen, hacedlo Señor, por tu misma bondad.

Señor, eres fuego, enciende las almas, haz que ardan en vuestro amor. Si el que te ama te conoce, haz que todos te conozcan.

Bendito seas Dios mío.

Adoro tus ocultos juicios, y deseo que en todo, se cumpla tu santísima, justísima y amabilísima voluntad en mí, y que todas las criaturas la cumplan en la tierra, como los ángeles en el cielo. De mí, haz como te agrade. Amén.

El día 17, me preparé para la comunión con recogimiento, y en ella mi Dios le dio mucho consuelo a mi alma, pues conocí que estaba unida a su Dios, que lo amaba, y que como Esposo amoroso la regalaba. Quedó el alma encendida en amor, y quedé con más recogimiento, ocupada en dar gracias, en alabar y adorar a mi Dios.

Pasé el día unos ratos más fervorosa que otros.

Por la noche había oración de comunidad, pero a mi alma le era más dulce la presencia de su Dios que ninguna otra cosa creada.

En el exterior, procuraba estar conforme con todas, pero en el interior, estaba atenta a mi Dios, procurando ocupar mi alma en los actos de las virtudes. Un poco de tiempo, estuve con mucho cuidado, pero quiso mi Dios quitármelo, y de pronto, se manifestó a mi alma, encendiéndola de nuevo en su amor y alumbrándola para que conociera la Trinidad de las personas divinas, en la unidad de un solo Dios, que llenaba los cielos y la tierra.

Me quedé como en un dulce sueño, y así estuve algunas horas. Me sucedía, como el que despierta, que sigue tan cargado de sueño, que se vuelve a dormir. Al instante que iba saliendo de aquella contemplación, donde estaba como anegada, la fuerza de sus aguas me volvían a anegar.

Cuando se acabó la diversión fui a acostarme, pero el alma esta noche veló en la contemplación del que nunca duerme ni dormirá, en la guarda de Israel.

Dios sea alabado, bendito y glorificado. Amén.

Enero 18. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día y el 19 y el 20, tuve de todo. Unos ratos descuidada y distraída, y otros fervorosa, porque en unos me dejaba mi Dios para que conociera mi nada, y en otros me llevaba de la mano, como padre amoroso que no quiere que su amado hijo caiga. Aún cuando me dejaba sola, no se apartaba, pues cuando veía que iba flaqueando, acudía al instante para que no me derribara el peso de mi miseria. Por esta causa mi

alma se llenaba de fervor, y conocía el amor de su Dios, que tan presto estaba para ayudarla, y tenía tanto cuidado de una criatura tan miserable. El alma se encendía en su amor, le pedía perdón de las faltas que había tenido, y le daba gracias por no haberla dejado caer en más y mayores faltas. Hubiera caído, si su amabilísimo Padre Dios no le hubiera dado la mano para que no cayera. Yo, en lo que podía, procuraba enmendarme, poniendo más cuidado en todo para ir supliendo las faltas que había tenido.

Dios sea bendito. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Día 21. No tuve oración como otros días, y aunque con sequedad, sí tuve la presencia de Dios. No estaba distraída, pero no podía hacer tanto como otros días, porque tenía la cabeza muy trabajosa. Desde la noche pasada estaba mala, porque me dio como un flatillo[327], que me dejó mala para todo el día.

A mí me parece que fue natural, por la mala disposición de mis humores. Quiso mi Dios que mi alma estuviera con tanta serenidad en la presencia de mi Dios, que no le estorbaba el mal del cuerpo para estar ocupada en conocer la grandeza de su Dios, su infinita misericordia para con las almas, y en particular con la mía.

Lo mal que yo había correspondido, me causaba pena y me aumentaba los deseos de amarlo y de corresponderle agradecida, con afectos de dolor, y de agradecimiento, y deseos de ser toda de mi Dios, para lo que le pedía: que me purificara con su preciosísima sangre.

El cuerpo padecía, pero el alma estaba con estos mismos deseos. No podía hacer lo que quería, porque el cuerpo no le ayudaba en sus deseos, pero ofrecía sus mismos deseos con actos de conformidad.

Dios sea bendito por todo. Amén.

Día 22. Éste fue aún más trabajoso en la salud del cuerpo. En particular por la mañana y la mitad de la tarde, estuve incapaz de hacer nada por el fuerte dolor de cabeza que me desazonaba el estómago hasta causarme vómitos. No podía andar, sino con grandes trabajos, y apenas entré al coro, tuve que salir al instante, e irme a la celda, donde pensaba que no podría ir a comulgar. Con todo, pedía a mi dulce Madre: poder recibir a mi Dios, si era su voluntad, y que me preparara, y me aliviara del vómito para poder hacerlo.

Me seguía la indisposición, pero cuando llegó la hora, sentí algún alivio, y aunque algo temerosa, venció más mi confianza, y el deseo que tenía de recibir a mi Señor. Después de recibirlo, fue muy grande el consuelo que recibió mi alma, pues como mi Señor me ponía presente lo mucho que había querido padecer por mi amor, le agradecía a mi Dios este beneficio, y le daba gracias, porque se dignaba que participara con mis males, en una partecilla tan limitada. Me servía de gran consuelo unir mis dolores a los de mi Señor.

No lo olvidé en todo el día, ofreciéndolo todo a mi Dios, no solo para satisfacción por mis pecados, sino también por todos los del mundo. Mis sufrimientos no son de ningún valor, pero unidos a los de mi Señor, como le pedía que hiciera, se hacían de mucho valor, y así quería que participaran todas las almas para gloria de mi Dios.

[327] Diminutivo de flato: ligero desvanecimiento.

Dios sea alabado, bendito y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Enero 23. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Estuve todo el día con recogimiento en la presencia de mi Dios.

Como ya tengo dicho otras veces, los días que el Señor me concede su presencia, aunque no esté fervorosa, estoy más cuidadosa en hacer cuanto puedo. Quiero decir: que mi Dios no da a mi alma tantos consuelos, pero sí el principal que yo deseo que es estar en su presencia.

En este tiempo, cuando el alma se distrae, no está atenta a que Dios está presente, aunque siempre lo está, pero cuando mi Dios le da al alma el don de su presencia, a la vez que atiende a muchas cosas, no pierde la principal, mira a su Dios, y todo lo demás no se lo puede quitar. Por eso deseo esto más que otra cosa, pues estando el alma en la presencia de su Dios, aunque no experimente dulzuras, está cuidadosa para dar gusto a su Dios, solo porque lo merece. Sin ningún otro interés, solo piensa en servirlo, y todo le parece poco, pues conoce la grandeza del Señor al que sirve.

En estos mismos días de recogimiento, he experimentado algunas distracciones, pero han sido como una cosa exterior; el alma ha estado atenta a su Dios, y me parece que solo la imaginación estaba inquieta, sin tener entrada al alma.

Me parece que puedo decir con verdad: que el alma estaba con recogimiento, en medio de diferentes pensamientos que llamaban a la puerta, pero como el Esposo tenía echada la llave, no puede abrir ninguno, y el alma está con toda serenidad con su Esposo y Señor, sin que nada la inquiete.

Mi Dios me hace este beneficio con mucha frecuencia.

Sea por siempre alabado.

Pocas veces me permite distracciones que me inquieten, o me hagan olvidarme de su presencia, pues al instante que las tengo, me avisa mi Dios, y se pasan.

Algunas veces, son ratos cortos, gracias a mi Dios que me hace conocerlas.

Cuando no me lo da, sola no puedo nada, y me hallo siempre necesitada de mi Dios.

Bendito sea eternamente. Amén.

Día 24. Me levanté con recogimiento, y con menos fervor que ayer.

Después de la comunión, que me preparé como he dicho otras veces, estuve más fervorosa por la unión más íntima con mi Dios. Pasé el día más fervorosa que ayer, porque mi Dios encendía en mi alma su amor con frecuencia, y le daba gran consuelo, pues conocía y sentía con claridad que estaba mi Dios de asiento en mi alma.

Conocer la bondad de Dios, que atendía a un vil gusanillo, me hacía amarlo más y agradecerle sus misericordias, no como se merece, pero me parece que cuanto podía, deseaba más de lo que podía. Siempre son más los deseos que las obras, al menos me consuelo con desear la gloria de mi Dios, aunque mis obras no puedan mucho.

Todo el día se me fue en desear y pedir: que mi Dios fuera conocido, amado y servido por todas las criaturas.

Dios sea bendito. Amén.

Día 25 éste y el 26. Hice lo ordenado.

Tuve presencia de Dios, y aproveché las ocasiones de ejercitar las virtudes, pues me ayudaba mi Dios, haciéndome que gozara los consuelos que causa su amorosa presencia, que todo lo hace dulce y ligero.

Muchas cosas me hubieran sido penosas por la falta de salud, que en estos días está más trabajosa. Los días que estoy peor en el cuerpo, me sucede que mi Dios todo me lo hace dulce y estoy mejor en el espíritu, gracias a mi Dios que tanto atiende a mi flaqueza, me anima con sus ejemplos, y me concede mayor conocimiento del valor de los trabajos, de modo que me hace desearlos, y darle gracias cuando experimento alguno.

Como Dios conoce mi flaqueza, me los da muy pequeños, me ayuda, y casi no me deja que los sienta; sabe que si sintiera mucho el peso, lo soltaría, porque soy muy miserable, y por eso, siempre me trata como a niño chiquito, que tiene que darle dulces para que no llore por cualquier cosilla.

Bendita sea su infinita sabiduría. Gracias a Dios, y sea bendito por todo.

"Me habéis escogido como una de vuestras esposas, a mí"

Enero 27. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día me levanté con recogimiento y fervor, porque quiso mi Dios traerme a la memoria, desde por la mañana, los muchos beneficios que por su misericordia me ha hecho, y que entonces eran desconocidos por mí. Siempre he conocido que eran beneficios de mi Dios, pero como no tenía conocimiento de los males que mi Dios me preservaba con ellos, no conocía el don particular que mi Dios me hacía, dándome tan eficaces auxilios, y llenando mi corazón de santos deseos de ser toda de mi Dios. A mí me parecía que lo mismo lo sucedía a todas las criaturas, y no lo sabía agradecer. ¡Ojalá que lo supiera agradecer!

Ahora, me ha dado mi Dios este conocimiento para que corresponda agradecida con las obras, no solo con palabras; pero ¡Ay, padre mío! qué mal correspondo. Dios tenga misericordia de mí, pues temo que mi correspondencia será con ingratitudes; siempre las he tenido, y ahora son peores.

Mi Dios ha querido concederme este conocimiento para que conozca lo mucho que ha hecho por mí, se lo agradezca, y corresponda con amor; verá que yo correspondo con un amor tibio, que no es constante, porque algunas veces se mira a sí, y no guarda todo este amor para su Amado.

¡Cuán poco te amo, Dios mío!

¡Qué poco te amo! solo tú lo sabes.

Ten misericordia de mí, y así como vos me habéis llamado, buscado y defendido de los enemigos, acabad, Señor mío, la obra de mi justificación. Haz que corresponda, Dios mío, haz que corresponda al fin para el que me habéis creado y redimido. Me habéis escogido como una de vuestras esposas, a mí, que por ser ingrata a mi Dios no merezco ni que la tierra me sufra, y con todo, vos, Amado mío, os habéis empeñado en favorecerme sin dejar ningún medio que no me hayáis concedido para este fin, y solo quieres que yo corresponda, siguiendo tu voluntad con amor y fidelidad.

Dios mío, benditos sean vuestra gran misericordia y amor.

Me parecía que me decía mi Señor: qué más podía hacer por mí.

Me puso tan presente todos los medios, de los que su infinita sabiduría se había valido para atraerme a sí y que no me apartara, que me humillaba mucho conocer tanto cuidado de mi Dios, y mi gran descuido.

Pasé todo este día en actos de amor; en actos de amor y de agradecimiento, y de dolor. Ofreciéndome de nuevo a mi Dios para que hiciera de mí, conforme a su santísima voluntad, le pedía: que me purificara con su preciosísima sangre de todas las manchas de mis pecados, y que quitara todo lo que en mí hubiera que no fuera de su agrado.

En particular aquella noche, que estaba con estas mismas peticiones, me parecía que mi Dios lo hacía, pues me parecía que mi Señor derramaba en mi alma una porción de sangre de su sacrosanto costado, con lo que quedaba hermosísima. Mi Señora y Madre, que pedía por mí, ofrecía mi alma a la Santísima Trinidad. Mi alma se encendía tanto en amor, que me parece, padre, que quedaba unida a mi Dios, y me atraía como la piedra imán al acero.

Así estuve la mayor parte de todo el día. Mi amado Dios y Señor había unido mi alma a sí, por amor. Lo más fuerte no duraba mucho, pues si hubiera durado, no hubiera podido atender a la obligación.

De esto saqué el conocimiento de lo que mi Dios quería que hiciera para corresponder como esposa. Quería de mí: humildad para que conociera mi nada, pues era la menor de todas las criaturas, y que lo imitara, teniendo una perfecta caridad con mis prójimos.

En fin, en todo quiere mi Dios que me asemeje e imite las obras de su humanidad santísima, que debo tener por dechado de mi vida, y también las de mi Señora y Madre, a quien de nuevo me ofrecí por su esclava, y le pedí: que se dignara ser mi maestra.

Al instante, me empezó a enseñar, manifestándome sus ejemplos, y comprometiéndose a ayudarme. Se lo agradecía a mi Señora, y le pedía: que no me dejara sin que, misericordiosa, se compadecía de mi flaqueza, y me ayudara para que en todo correspondiera fielmente a mi Dios.

Dios sea alabado eternamente. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Gracias a mi Dios.

Enero 28. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día empecé con algunas distracciones, y con esta miseria, de no estar tan atenta a la presencia de mi Dios.

Todo el día estuve unos ratos más recogida y otros distraída, porque como he dicho en otras ocasiones, si mi Dios no me da la gracia de su divina presencia, aunque yo trabaje, poco adelanto. Quiero decir: que si yo pusiera todo el cuidado que debo para poder agradar a mi Dios, me parece que yo tendría más mérito, pero como no tengo la satisfacción de que lo hago como debo, temo que no le agrade. Veo que en estos días, tengo muchos descuidos y faltas; hago las cosas con tan poco espíritu, y pongo tan poco cuidado en aprovechar todas las ocasiones en las que podía adelantar más, para corresponder con fidelidad a lo mucho que debo a mi Dios, que me causa temor.

Algunos ratos, tenía más recogimiento, porque conocía la presencia de mi Dios, y lo sentía en mi alma; pero pasaba pronto, y como he dicho, a cada instante tenía que pedir perdón.

Dios sea bendito por todo. Amén.

"mi Dios soplaba este fuego"

Día 29. Éste hice lo acostumbrado al levantarme. Me preparé para la comunión con recogimiento, que mi Dios aumentó más con la unión más íntima, manifestando a mi alma lo inmenso de su amor en su Pasión. Sentí muchos afectos de amor y de agradecimiento a aquella infinita caridad que Él tuvo con nosotros, y le daba gracias por mí, y por todas las criaturas, deseando que todas correspondieran agradecidas a este Dios de toda bondad.

El alma se quedó encendida en amor y agradecimiento todo el día, y más, cuando mi Dios soplaba este fuego; con cualquier palabra que oyera de mi Dios, se aumentaba y avivaba en el alma el amor, armado de una candela, que cuanto más la soplan y atizan, más hermosa está. Los soplos del fuego de amor son las palabras que se hablan de alabanza y honor de Dios, porque apenas llegan a los oídos del alma, que tiene el fuego encendido, hace que se levante la llama. Otras veces lo hace el mismo Señor, sin que oiga ninguna palabra, es una voz que no suena la que le hace arder, y a veces le concede al alma un conocimiento de sus divinas perfecciones, y la enamora de tal modo, que quisiera tener, si fuera posible, un amor infinito para amarlo. A este conocimiento le ayuda también con las palabras, cuando le dice al alma:

-Mira mi hermosura ¿por qué no me aman siendo tan hermoso?

Del mismo modo le manifiesta al alma su pureza, y la está convidando a amarlo. Las delicias que el alma recibe en los días que su Dios, por su bondad, se toma el cuidado de atraerla a sí por amor, nada la puede separar de este amor, y todas las criaturas le recuerdan más a su creador. Esto solo experimentándolo se puede comprender.

Padre mío, mi Dios por su bondad y misericordia, hizo que este día, unas veces me quedaba como anegada en el mar inmenso de su grandeza, y me alegraba de que así fuera, aunque no podía comprender quién es Dios, pues solo se comprende a sí mismo. Otras veces, adoraba su infinita sabiduría que en nada puede errar, lo alababa por todas sus divinas disposiciones, y deseaba y me ofrecía a cumplir su santísima voluntad.

Le pedía a mi Dios: que con su poder infinito, me hiciera cumplir su voluntad con la perfección que mi Dios quiere; y por su misericordia, no me dejara que hiciera la mía, si no era conforme a la de mi Dios. Lo deseaba y lo deseo de veras, pues me causa sentimiento tener esta inclinación, que algunas veces tengo, de servir a mi Dios según a mí me propone mi genio, y no quedarme contenta con que el Señor se sirva de mí como quiera, y sea como fuere, haga mi Dios en mí su voluntad, y que yo la cumpla, pues no debo tener otro deseo en el interior del alma.

Algunas cosas exteriores no las quiero, y me repugnan, pero algunas veces, en lo que toca a las cosas del interior, siento que se me levantan unos deseos de querer hacer mi voluntad. Si quiero servir a mi Dios con mucha perfección de las

virtudes, y no conocer faltas que fuera menester[328] manifestar, sería querer hurtar lo que yo, voluntariamente, he ofrecido a mi Dios como cosa suya que es mi voluntad. Conociendo que mi Dios me la ha dado para que se la ofrezca, se la he ofrecido toda mi vida con mucha frecuencia, y no deseo tener más voluntad que la de mi Dios. Pero como es tanta mi miseria, muchísimas veces mi voluntad se quiere levantar y huir de la de mi Dios, aunque por su misericordia no me deja hacerlo, sino que en lo más interior del alma, me hace desear estar atada a la voluntad de mi Dios, y renovar los actos de conformidad con todo fervor.

Estos movimientos que hace mi voluntad, algunas veces, me causan sentimiento, le pido perdón a mi Dios, y que no haga caso de estos deseos míos, si no son conformes con su voluntad.

Muchas veces durante el día, hice estas peticiones a mi Dios, y me concedió: que no hubiera en mí más voluntad que la de mi Dios en todo, en todo.

Hice lo ordenado, porque lo hizo mi Dios.

Sea alabado y bendito por todo. Amén.

"quiere usar de su misericordia, regalando mi alma"

Enero 30. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Pasé este día con recogimiento, pero con sequedad. Lo que es esto, lo tengo explicado en otras partes. Algunos ratos, aunque cortos, sentía que mi Dios me visitaba, inflamando mi alma en su amor, y después volvía a quedar con sequedad, aunque no era suficiente para impedir que aprovechara todas las ocasiones que tenía, porque tenía la presencia de mi Dios dada, que es lo que me sucede estos días, cuando el alma no recibe tanta dulzura, como recibe en los días de fervor.

Mi voluntad es que el alma esté siempre dispuesta para obrar con pureza por su Dios, porque se lo merece, pero cuando quiere usar de su misericordia, regalando mi alma con la dulzura y suavidad de su amor, se lo agradezco, y se lo agradeceré, y deseo agradecerlo más, que lo agradecería otra cualquier criatura, pues reconozco que es mayor la misericordia de mi Dios en mí, que soy tan ingrata, que en otra criatura. Me humillan mucho los favores de mi Dios, porque no encuentro en mí más que ingratitudes, lo que me hace alabar más las misericordias de mi Dios, que es la ocupación de mi alma.

En los días, que me concede mi Señor que esté recogida, por lo regular me da más conocimiento de mí misma, y al mismo tiempo, de sus grandes beneficios. Estos conocimientos me hacen estar más laboriosa para agradar a mi Dios, pues en los días de mucho fervor, recibo más que en éstos, y trabajo menos. Parece que un día estoy como criada sirviendo a mi Señor, y otro, estoy sentada a la mesa regalada por mi Señor.

Bendita sea su gran misericordia en todo, y por todo.

¡Ojalá! yo lo sirva con fidelidad en todos los modos que quiera.

Bendito sea por todas las criaturas este Dios de amor.

Bendito sea su amor. Amén.

[328] Fuera preciso.

Todas las criaturas alaben al Dios de amor.

Bendito sea su amor.

Bendita su bondad.

Bendita su misericordia, que le hace atender a estos gusanillos de la tierra, como son sus criaturas para su creador.

Bendito por todos los siglos, porque con tanta paciencia nos sufre y aguarda para perdonarnos, cuando arrepentidos le pedimos perdón.

Bendito seáis, Dios mío, por tanto como sufrís a esta miserable criatura.

Bendito sea mi amado Dios, a quien siento no haber amado con un verdadero amor, deseo amar con todas mis fuerzas, y siento que no sea amado por todas las criaturas, a las que les pido que os amen:

Amad criaturas a vuestro creador,
porque Él solo es digno de todo amor.
Amad al amor, amad al amor,
que es puro y hermoso, rico y liberal,
suave y amoroso, y a todos los llama
para enriquecerlos, por su gran bondad.
¿Qué es lo que os detiene para no llegar?
La tierra y el lodo os han de cautivar.
¡Oh gran dolor, que habéis de dejar
por la nada el todo!
¡Oh gran ceguera! ¡Oh mi Amado Dios!
por tu gran bondad, abridles los ojos del alma, Señor,
conozcan sus yerros y acudan a vos,
y vos perdonadlos, mi Amado Señor.

Dios sea bendito por todo alabado y glorificado.

Día 31. Después de la comunión, la unión más íntima hizo que la mañana fuera más fervorosa, y la tarde como ayer, unos ratos de sequedad, y otros recogida en la presencia de mi Dios.

Dios sea bendito. Amén.

"Como la piedra imán levanta el acero"

Día primero de febrero.

Amanecí este día con fervor y con el recogimiento que mi Dios hace de mi alma con su potencia, que me lleva y me tira con una fuerza superior, que me levanta para que contemple en su poder, en su sabiduría, en su misericordia y en su amor. Como la piedra imán levanta al acero hasta unirlo a sí, mi Dios, sin poner yo nada de mi parte, lo hacía este día como lo hace muchos días, por su misericordia. Toda la mañana estuve con mi Dios, de modo que si se iba aflojando un poco el amor, y las potencias empezaban a caminar en las cosas exteriores, de pronto venía una fuerza de amor, que al alma le hacía quedar anegada.

Me parece que no hice en toda la mañana, más que amar a un Dios que conocía que me amaba, porque me hacía que lo conociera, y que me decía: que me amaba. Yo también le decía: que lo amaba, pero con encogimiento, porque conocía lo poco que lo amo. Le manifestaba mi pobreza, y le pedía que me diera lo que me mandaba, y yo se lo daría.

Dándole las gracias, me ofrecía continuamente para que hiciera de mí lo que quisiera, como dueño y señor.

Todo esto causaba en mi alma tan grandes consuelos, que algunas veces se me salían las lágrimas, y debía tener mucho cuidado, pues tenía que tratar con las criaturas. Este Dios de infinita sabiduría disponía el espíritu conforme a las ocasiones, templando en unas, y estrechando en otras.

Por la tarde no fue tanto, pero sí de recogimiento, en particular en el tiempo que estuve en el oficio divino, que la memoria de los misterios que nos recordaba la santa Iglesia, en la festividad de la Presentación de mi amado Jesús-Niño en el templo, y la Purificación de la que fue antes del parto, en el parto y después del parto siempre virgen, me hizo hacer muchas consideraciones, y me dio muchos conocimientos de la excelencia de las virtudes que practicaron, para nuestro ejemplo, Jesús y María.

Era como si estuviera viendo a mi Señora y Madre con mi amado Señor y Dios-Niño en sus brazos; me parecía que me miraban con mucho agrado, me daban luz para que conociera lo que hacían, y aprendiera a ser humilde, y obediente. Al mismo tiempo conocía: cuán grande era la caridad del Verbo, que tantas riquezas nos quiso dejar con sus méritos y ejemplos. No cesaba en mi interior de adorarlo y darle gracias. Estando así, me llamaron para confesar, y me parece que mi Dios me dio buena disposición, pues tenía verdadero dolor de todos mis pecados.

Volví al coro con mucho recogimiento, y así acabé el día.

Bendita sea la misericordia de mi Dios.

Bendito sea su amor, y bendita sea mi dulcísima y amabilísima Señora y Madre, que con tanta misericordia ruega e intercede por esta esclava miserable e ingrata.

Bendita sea, y le suplico: que continúe sus misericordias conmigo, como mi Señora, como mi Madre, como mi Reina, y como mi Maestra. Hacedlo así, Madre mía, por el corazón amabilísimo de tu muy amado hijo Jesús, a quien sean dados todo honor y gloria por todos los siglos eternos. Amén.

"que a los pobres no los despachara sin limosna"

Día 2. Fue casi como ayer; algunos ratos, no estaba tan fervorosa, pero mi alma experimentaba las misericordias de mi Dios y la protección piadosa de mi dulce Madre, a quien pedía perdón por lo mal que correspondo a las doctrinas y ejemplos que con tanto cuidado me da, en particular, por la que me dio uno de los días pasados, después de las Pascuas, y no lo he dicho por olvido. Estaba pidiéndole, como acostumbro, que me diera luz para acertar a cumplir la voluntad de mi Dios y agradarle con todas mis obras interiores y exteriores, y me parecía que me decía mi dulce Madre: que conociera mi nada, y lo mucho que mi Dios me amaba; que fuera agradecida, y me reconociera como la menor de todas las criaturas; que a todas las tratara con amor, y en particular, que a los pobres no los despachara sin limosna,

y que cuando no pudiera darla para el cuerpo, la diera para el alma, pidiendo a mi amado Esposo el remedio para sus necesidades espirituales y temporales, conforme les conviniera para su salvación. También me parecía que me decía mi amada Madre: que no me habían dado este oficio para que estuviera ociosa, sino para que diera nuevos frutos de caridad, humildad y paciencia, y que si fielmente lo cumplía en todo, sería mi Dios propicio y mi Señora, mi Maestra y mi Madre, también.

En esto, como en todo, había conocido algunas faltas, por las que pedía perdón, y me confesaba a mi Dios, sacerdote eterno, para que me echara la absolución, y por los méritos de su Pasión, quedara mi alma purificada.

Me parece que mi Señora y Madre me alcanzó el perdón, pues me parecía que la veía pedir por mí a mi Señor, y que mi Señor y mi Madre y Señora me bendecían, con lo que quedó mi alma llena de consuelo.

Dios sea bendito. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Ahora, si puedo, me tomaré alguna tarea y escribiré, porque estoy bastante atrasada por falta de tiempo, de proporción, y algunas veces, de gana. El siervo perezoso, si no tiene que dar cuentas a su amo, se descuida.

Ahora tendré menos disculpa, pues hoy ya ha tomado mi compañera el cuidado del torno. No sé si le durará, porque todavía está muy achacosa.

Hágase la voluntad de mi Dios. Si me quiere allí, allí quiero estar, y quiero laborar al gusto de mi Señor.

Febrero 3. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

No tuve la oración, porque no me he levantado con hora; había dormido más de lo necesario, y no me desperté hasta la hora de ir al torno, de modo que ni siquiera hice una visita a mi Señor Sacramentado, siendo día de comunión.

El día que me sucede esto, no dejo de desazonarme conmigo, y al mismo tiempo estoy avergonzada de mi poco amor, pues esperando recibir a mi Dios, no estoy cuidadosa para ir a pedirle que me prepare con sus dones y gracias. Con más humillación, le pido perdón por todas mis faltas y pecados, en particular, de éste descuido, de esta delicadeza mía, y demasiado cuidado del cuerpo miserable, que es señal clara del poco amor que yo tengo, ya que no me desvelo por mi Amado y busco mi comodidad.

Dios tenga misericordia de mí, y me perdone tanta ingratitud a mi amado Esposo, que buscó padecer por mí, y yo busco mi descanso.

Bendito mi Dios que tanto me sufre.

Mi preparación para comulgar fue pedir perdón, humillarme en la presencia de mi Dios, manifestarle mi pobreza, y pedirle: que de limosna, adornara mi alma con todas las virtudes que quiere que yo tenga. También se lo pedía a mi Señora y Madre.

Llegué a comulgar con sequedad, y con el cuerpo malo. Después de la comunión, estuve más fervorosa, pero no tanto como otros días, y ocupé el tiempo en dar gracias y alabanzas a mi Dios por su gran misericordia y amor, que le hizo bajar del cielo a la tierra, y tomar carne para padecer y morir por nosotros, y no contento con esto, quiso quedarse en este Sacramento de amor, donde sufre tanto por sus criaturas.

Le daba gracias por todo, y seguí con recogimiento un poco de tiempo de la mañana.

Después, quedé con más sequedad. Parecía que mi Dios me había dejado para que conociera el peso de mi miseria. No me dejaba que cayera, sino que conociera, que si no me estuviera ayudando invisiblemente, hubiera caído en muchas faltas de paciencia, pues se me ofrecieron muchas cosillas penosas para mi poca paciencia, junto con el dolor de cabeza, y una delicadeza, que cualquier palabra parecía que me atormentaba.

Mi Dios permitía que cargara tantas cosas de una vez, pues algunas penoserías me hacían tener movimiento de impaciencia; pero mi Dios no me dejaba, sino que entonces, me avivaba mi Dios la memoria de lo mucho que me sufre a mí y a todas las criaturas. Quedaba con serenidad, volvía a confesarle a mi Dios mi mucha flaqueza, y a pedirle: que por su misericordia, me ayudara, pues por mí no podía nada.

"¡Ay qué torno! ¡Ay qué torno!"

Pasé este día, sintiendo más los trabajos, pero gracias a mi Dios, no me acuerdo de haber faltado, más que una vez que un poco fatigada, aunque no impaciente, dije con tono un poco fatigoso:

-¡Ay qué torno! ¡Ay qué torno! que es capaz de ejercitar la paciencia de un santo.

Al instante conocí mi falta, y pedí perdón a mi Dios de mi poco sufrimiento y mucha delicadeza.

Dios tenga misericordia de mí.

Por la noche, ya estuve mejor en todo. Me alivié en el espíritu, porque mi Dios me ayudó con amor sensible, y también me alivié en el cuerpo.

Dios sea bendito. Amén.

Día 4. Solo recuerdo que estuve con algún recogimiento para poder estar atenta, no tanto como otros días, pero en cuanto podía, aprovechaba el tiempo en el ejercicio de las virtudes tanto interiores, como exteriores. Hubiera podido hacer más, si fuera más celosa y tuviera más amor.

El amor es ingenioso, pero como es tan poco el mío para con mi Dios, no sabe ingeniarse para buscar ocasiones que ofrecer a su Dios, y se contenta solo con ofrecerle lo que no puedo desechar, como son cosas de mortificación, porque pongo más cuidado en poner los medios para que no me vengan, que en buscarlas.

Padre mío, esto sí es verdad, y por esto puede usted juzgar lo poco que amo a mi Dios. No haga V. caso de esos fervores que me vienen algunas veces, que como es hablar mucho y obrar poco, vale poco.

Dios tenga misericordia de mí, me perdone, me conceda su amor puro, constante y fuerte para amarlo con obras y con palabras.

La oración de este día fue de contemplación de la Divinidad, en la que el alma quedaba anegada, conociendo sin conocer, quién era su Dios, aunque nada sé explicar de lo que conocí.

Bendito sea Dios, porque a sí mismo se conoce, pues no puedo salir de otras co[329].

[329] No termina la frase, y falta el texto de los días 5 y 6 de febrero 1813.

Febrero 7. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día, hice lo acostumbrado al levantarme con recogimiento en la presencia de mi Dios, y me preparé para la comunión como acostumbro.

Después de la comunión estaba el alma más fervorosa, porque estaba más unida con su Dios a quien adoraba, daba gracias y alababa por su gran misericordia; toda la mañana, estuve aprovechando el tiempo en esto.

Por la tarde, unos ratos tuve más recogimiento que otros. Durante la hora del manifiesto del Señor, fue mayor el recogimiento, pues la presencia de mi Señor Sacramentado me avivo la fe, y me parecía que estaba en la gloria.

La fe me enseñaba, que estaba en la presencia del mismo Dios que adoran los ángeles y santos en la gloria. Estaba con gran recogimiento, adorando a mi Dios en cuanto Dios, y en cuanto hombre, adoraba al Verbo hecho hombre, y en él adoraba al Padre y al Espíritu Santo, que son personas distintas, pero tienen una misma esencia y naturaleza divina. Solo la segunda persona tomó carne humana, pero en cuanto Dios, mi alma miraba a toda la Santísima Trinidad, por ser indivisa en la esencia y naturaleza, aunque sean distintas las personas.

En el tiempo de la oración, el alma estuvo contemplando este misterio, y al mismo tiempo, gozando de gran dulzura, pues como he dicho, parecía que estaba en el cielo, y que unía mis alabanzas con las de los santos ángeles. Se quedó el alma con mucho recogimiento, dando gracias a mi Dios por el beneficio tan grande de haberse querido quedar con nosotros en este sacramento de amor.

Por la noche en otro rato de oración, me dio mi Señor a conocer lo que debía seguir, el que fuera a gozar de su gloria: tendría que seguir los pasos de su maestro y capitán Jesús, por el camino de la humildad, la obediencia, la paciencia, la caridad y demás virtudes que nuestro Redentor nos enseñó con sus ejemplos. Me parecía que seguían a mi amado Esposo muchos santos, y todos iban siguiendo a nuestro amabilísimo Jesús, con tanto cuidado, que no se separaban de los mismos pasos que andaba mi Señor. Mi Señora la Virgen María era la primera que seguía los pasos de mi Señor. Y yo era convidada por mi Señor para seguirlo, por los mismos pasos y los ejemplos de mi Señor.

En esto se me fue el tiempo de la oración, y saqué buen ánimo para atender a los ejemplos de mis señores, con grandes deseos de imitarlos, en cuanto me fuera posible, ayudada de su gracia, como les pedía.

Dios sea bendito.

“Deseé decirle algo”

Día 8. Estuve todo el día con recogimiento en la presencia de mi Dios, no de lo más fervorosa, pero bien para aprovechar todas las ocasiones, deseando agradar a mi Dios en todo.

Algunos ratos, también recibí de mi Dios muchos consuelos, porque conocía: que mi Dios estaba en mi alma como de asiento, y con esta presencia viva se alegraba mi alma con todo lo que hacía, pues lo veía mi Dios, porque lo hacía en su presencia. Lo alababa, y me gozaba en mi Dios, porque todo lo sabe, porque todo lo ve y nada se le oculta. En vez de darme temor, me daba, como he dicho, mucho consuelo.

Cuando tengo esta presencia de mi Dios tan viva, conozco pocas faltas, porque ando cuidadosa, y aunque conozca haberlas tenido, no por eso pierdo la serenidad que me causa esta presencia de mi Dios, sino que hago lo que hace un amigo con otro si se aman mucho, que si tiene algún descuido no culpable en su servicio, le dice: que no se ha dado cuenta, que perdone, pues no le ha hecho este obsequio por falta de cuidado. Conoce que su amigo lo ama, y sabe que él no rehusaría ningún trabajo para obsequiarlo; se queda satisfecho con esta satisfacción que le da, y no teme que se ofenda su amigo.

De este modo me sucede a mí; como sé que mi Dios conoce los deseos de mi corazón, cuando advierto algún descuido, me quedo serena, con decirle a mi Señor:

-Señor mío y Dios mío, yo pudiera haber hecho esto por vos, y no lo he hecho porque no lo he advertido. Perdonad, Señor mío, mi descuido.

Por la tarde, antes de ir a visitar al Santísimo, no sé si caería en falta, pero sería por llevar yo como fin la gloria de mi Dios, y el adelantamiento en la virtud de un alma. Pasó, que una criatura no asistía a los actos de comunidad, como yo deseaba y había notado unas cuantas veces, conociendo que no tenía ocupación particular para dejar de asistir. Como yo no tenía que dar cuenta de ello, lo desechaba de mí, pero este día me causaba alguna pena verla haciendo labor a la hora de la oración de comunidad, con mi Señor de manifiesto. Deseé decirle algo, pero no me atreví para que no se desazonara, si le decía lo que a mí no me tocaba; me pareció lo mejor, decírselo a mi amado Esposo, pues solo Él sabe todas las causas o fines de las criaturas. Si aquella criatura, por alguna tentación o tibieza causada por la miseria y flaqueza humana, no iba a adorarlo ni a darle la gracias por tan gran beneficio como era el haberse quedado sacramentado, le pedía a mi Señor: que usara de su misericordia, la encendiera en su amor, y que yo tuviera el consuelo de verla ir a adorarlo y alabarlo, pues sabe que yo deseo que todas las criaturas lo hagan, cuanto más sus esposas que tanto le debemos.

Al poco de haber hecho esta oración, vi entrar a la religiosa en el coro, y le di gracias a mi Dios.

Después, me empezó otra fatiga, pensé: que ponía mi atención en las acciones del prójimo, cuando a mí solo me tocaba atender a las mías. No quise dar entrada a esta fatiga, a la que solo me había llevado buscar la mayor gloria de mi Dios y el bien de aquella alma, como tengo dicho, y que lo único que había hecho había sido acudir a mi Dios que todo lo sabe. Y lo olvidé. Tanto lo olvidé, que no me acordé de decirlo, cuando confesé, por si en ello había alguna falta.

Dios sea bendito, alabado y glorificado. Amén.

Día 9. Me levanté con recogimiento en la presencia de mi Dios.

Después durante el día, estuve distraída aunque no me duraba mucho, y algunos ratos dejé perder algunas ocasiones, en las que podía haber adelantado; cuando lo conocía, pedía a mi Dios perdón por mi descuido, y ponía de mi parte para no volver a perderlas, porque, como he dicho otras veces, a los que mucho deben, si no se esfuerzan en pagar, aunque sea con un ochavo que puedan adquirir, no se van a creer que tienen deseo de corresponder, y por esto se compadezcan, le perdonen lo que no pueden pagar, y le vuelvan a dar más, porque ven que aunque no puede satisfacer la

deuda, se esfuerza para que conozca su Señor que están agradecidos, y que quisieran poder corresponder con servicios. Pero el que es perezoso como yo, no sabe hacer de lo poco, mucho.

Mi amabilísimo Dios me perdone mis muchos descuidos, y me conceda su gracia para que sepa aprovecharme de todo.

Dios sea bendito, alabado y glorificado en todos los siglos de los siglos.

"Temo haber caído en un exceso de celo"

Día 10. Al levantarme hice lo acostumbrado con trabajo en el cuerpo, pero con serenidad en el alma. Mi Dios me dio ésta gracia, y me concedió mi Señor paciencia y conformidad. Solo podía hacerlo a ratos, pues era tan fuerte el dolor de la cabeza, la indisposición del estómago, y todos los demás achaquillos, se pusieron muy penosos para padecer. La memoria de lo que mi Señor padeció por mí, me lo endulzaba, y aunque el alma en lo más exterior se hallaba como oprimida con el padecer del cuerpo, en lo más interior estaba gozosa y agradecida a su Dios, porque le daba algo que ofrecerle.

Seguí así hasta el final de la tarde que tuve algún alivio, y con este poco alivio, hice lo que pude en el ejercicio de las demás virtudes.

Temo haber caído en un exceso de celo indiscreto. Habían traído a casa un vestido de una criatura del siglo, lo estaban enseñando, y diciendo cómo se lo ponía, y me preguntaron: si lo quería ver. Pero con lo que yo había visto y oído, sin querer verlo, tenía bastante para estar enfadada con semejantes cosas, y respondí: que quemado era como lo quería ver, y seguí diciendo:

-Se acabó la vergüenza, y se perdió la honestidad; no puedo verlo, porque me irrito, y si le hablara a las que se ponen eso, le diría picardías.

Éste fue mi primer pronto, después, compadecida de su ignorancia, pedí a mi Dios: que les diera luz para que conocieran lo que era malo, y no lo hicieran, pues muchas lo harán sin reflexión, solo por seguir la moda.

También tuve algún temor, de haber faltado a la caridad en mis expresiones, no habiendo disculpado su ignorancia. Pero decir bueno a lo malo y celebrarlo, no permita mi Señor que lo pueda hacer nunca. Ya con esto tuve motivo para que mi alma deseara con ansia que mi Dios enviara o hiciera salir a predicar a unos ministros del Señor, llenos de celo de la gloria de su Dios, que sin temores predicaran la Ley Santa del Señor, y desterraran las tinieblas del pecado. Se lo pedía a mi Dios, y a todos los santos para que lo alcanzaran de mi Dios.

Acabé el día, deseando con ansia: que mi Dios fuera amado y servido por todas las criaturas.

Dios sea bendito. Amén.

"purificaciones"

Día 11. Pasé la mayor parte del día con recogimiento y fervor, unos ratos más fervorosa que otros, porque con frecuencia, sentía mi alma más unida a mi Dios, que es lo que yo llamo el tiempo más fervoroso, y el tiempo menos fervoroso, cuando era

menos íntima la unión. El alma siempre tenía una presencia viva; no una presencia como quien tiene una cosa presente, sino como quien la tiene en sí mismo, la ve sin dificultad y la siente. No tiene nada de adquirida, pues aunque el alma se disponga a ayudar con buenas obras, y procure tener la presencia de su Dios, ésta presencia, me parece que solo se alcanza, cuando la bondad de nuestro amabilísimo Dios la quiere dar a las almas, y se la concede después de purificadas. Cuando el alma está unida a su Dios, lo conoce el alma con tanta claridad, que aunque se lo negaran, no dejaría de creer que tenía a Dios en su alma de lleno, como de asiento, por lo que ya he dicho: porque el alma lo ve en sí misma, lo siente, y se siente más unida.

En esto hay diferencia, pues me parece que, lo hace la mayor o menor disposición del alma. Es un don gracioso de Dios, que como es justo, siempre reparte sus dones atendiendo, a lo que el alma ha cooperado más o menos con la gracia.

He dicho: que no concedía nuestro Dios esta gracia a las almas, sino después de purificadas. No hablo de las primeras purificaciones, que hace el Señor a las almas, antes de que lleguen a la unión, sino que son otras purificaciones, cada vez más finas, porque el alma, cada vez debe ser más pura; por lo mismo, el alma que ha recibido más, está más obligada a cooperar más con la gracia, pero como está en esta tierra mala, no deja de caerle algún polvo, que no admite la pureza del Dios que ha querido estar en ella como en su propia casa. La sacude, y limpia con algunos trabajos, aunque el principal es el del amor, que hace que el alma no conozca su presencia, pues este Dios hace lo que suelen hacer las madres con sus hijos pequeños: se ocultan en un cuarto para que las busquen, y aunque lloren los dejan, pues le gusta ver que la buscan, porque la aman. Luego, por la pena que les ha hecho pasar, los toman, los abrasan y los besan.

No sé explicarme de otro modo, pero me parece que así lo hace mi amabilísimo Dios con el alma; cuando la ve un poco empolvada, toma este medio de ocultarse, quitando al alma el conocimiento de verlo, aunque no de saber que está en el alma, como el niño que busca a su padre por los cuartos y habitaciones de la casa, porque sabe que no ha salido fuera. El alma clama, y busca a su Dios dentro de su alma, y allí quiere encontrarlo; sabe que no ha salido, porque no ha abierto la puerta para nadie. Entonces conoce que solo se ha escondido, porque le ha disgustado alguna cosa.

El alma empieza a temer que se vaya su amado; lo llama, lo llora, lo busca, y al mismo tiempo, como sabe que su amado huye de lo que no está muy puro, procura registrar todas sus cosas, para ver lo que encuentra en ellas que no sea agradable a su Amado, y quitarlo al instante.

De este modo, el alma queda purificada y hermosa a los ojos de su Amado, que le concede que lo vuelva a ver con toda claridad, y no solo verlo, sino también, le hace gozar de sus amorosos abrazos y ósculos de amor, con lo que la derrite en su amor.

Esto me lo hace decir, la experiencia y la luz que mi amado Esposo me ha dado diferentes veces. Soy tan miserable, que tiene que purificarme con mucha frecuencia, y se ha dignado concederme luz para que lo conozca, manifestando a mi alma su gran pureza, y la que quiere que tengan las almas. Por eso yo tenía tan gran deseo de que mi Dios me purificara más y más, y se lo pedía con gran instancia, pues con claridad conocía que mientras más pura estaba, la unión íntima con su Dios, sería mayor.

En esta ocasión, conocí que mi amado Dios purificaba con frecuencia a las mismas almas que estaban en su morada. Viéndome yo una de ellas, deseaba no quedarme unida a mi Dios poco, sino mucho. Me parece que me lo concedieron; purificando mi alma con la sangre preciosa de mi Señor, y por la intercesión de mi Señora la Virgen María, fue mi alma unida al Verbo, y así experimentó que en los días que mi Dios me concede, por su misericordia, más íntima la unión tengo antes al…[330]

Día 12. Me preparé para la comunión como acostumbro, y después fue más íntima la unión con mi Dios, a quien daba gracias por el beneficio de la Redención. Agradecía a mi Dios: que por su misericordia, se dignaba que lo recibiera, Dios y Hombre verdadero.

Pasé la mañana con recogimiento, en actos de agradecimiento, de alabanzas, adoración, y dolor de mis ingratitudes.

Por la tarde no fue tanto, pero con todo, tenía la presencia de mi Dios, y así pasé los trabajillos que hubo en el día.

Dios sea bendito. Amén.

Día 13. Pasé este día con recogimiento, con sequedad, y con trabajo por falta de salud; todo me era molesto, y no me hallaba tan fuerte como otros días. Pero con la paciencia y conformidad, que la misericordia de mi Dios me dio, ofrecía a mi Dios lo que pasaba.

Determiné pedir licencia para retirarme del torno, manifestando que no podía seguir por lo mala que me sentía, pero cuando lo iba a hacer, me alivie, y pensé: que no era la voluntad de mi Dios que me fuera, sino que padeciera y trabajara. Me conformé con su santísima voluntad, quedé convencida para no procurar el alivio para mí, hasta que mi Dios quisiera, y me lo mandara por boca de mi prelada o de V.R. y quedé libre de este cuidado.

Cuando es preciso que busque algún alivio, se me pone presente lo que tuvo mi Señor que sufrir, y me llena de vergüenza mi miseria, viendo lo poco que amo a mi Dios, que por amarme a mí, quiso padecer tanto.

Dios sea bendito. Amén.

Día 14. Fue como ayer, con recogimiento y sin fervor, hasta después de la comunión, que encendió mi alma en amor, y pasé un poco de tiempo, llena de consuelo con mi Dios en mi alma, y gozando de la dulzura de su amor, lo alababa, adoraba y daba gracias.

Después me quedé con sequedad, y padeciendo mi fuerte dolor de cabeza. Solo me consolaba tener presente la corona de espinas de mi Señor, ofrecerle estos dolores, y pedirle: que se dignara unirlos con los suyos a favor de todas las almas, pues para todas deseo lo mismo que para mí. Todo lo que hago, aunque es tan poco, lo hago en común; si doy gracias es por mí, y por todas las criaturas, si pido para mí, pido al instante por todas, porque todo lo que quiero es que mi Dios sea alabado y servido en todas las cosas. Deseo hacerlo yo, y deseo que todas las criaturas lo hagan. Si siento

[330] No termina la palabra, falta texto.

mis pecados, siento todos los pecados del mundo, y que mi Dios sea ofendido. Si pido perdón es para mí, y para todos.

Este día, no podía esforzarme como quisiera para hacer más actos de las virtudes, porque me hallaba como oprimida del dolor.

Por la tarde, estaba igual de molesta con la cabeza, y además con sequedad. Tenía que avisar para que alzaran el picaporte de la puerta de la iglesia, y cuando me lo dijeron, pensé encargarlo y no tomarme aquel trabajo. Pero al instante, fui interiormente reprendida de mi poco amor a aquel Señor que por sí, se quiso quedar en el sacramento. De paso, tuve una ocasión de poder ir a visitarlo; no quería dejar perder esta ocasión, pero tenía que hacer lo ordenado, por mi Dios. Me olvidé de que estaba mala, y parecía un águila, cuando iba a buscar quién lo iba a hacer. Le pedía perdón a mi Dios y le daba g[331].

Día 15. Con recogimiento en la presencia de mi Dios, aunque con sequedad, este día no tuve tanto ejercicio de virtudes interiores. El tiempo se me había pasado, porque tenía un mal de cabeza, que no me daba aliento ni para lo preciso; solo la paciencia y conformidad fueron los actos de virtud que ejercitaba. Algunos ratos mi Dios me hacía la gracia de visitar mi alma con su amor, y tomaba fuerzas para hacer algo más, y desear hacer mucho más.

Dios sea bendito. Amén.

Día 16. La mayor parte de este día, fue como ayer, aunque por la noche, la oración fue fervorosa.

Durante el día, había tenido alguna aflicción, pues me parecía que mi Dios estaba muy ofendido, desde hace unos cuantos días. Éstos eran los pensamientos que con frecuencia me venían, y estos pensamientos me afligen, y me hacen clamar a la misericordia de mi Dios, ofreciendo con frecuencia la Pasión y muerte, y todos los méritos de mi Señor Jesucristo por todos nuestros pecados.

Confiada en esto, pido con instancia por todos.

Estando mi corazón afligido por las ofensas que se hacen a mi Dios, me encontré a unas religiosas que hablaban alto, después de haber tocado silencio; me fatigué y las advertí, no con la humildad que debía, sino con acritud, por la falta de mortificación de este genio dominante que tengo. Podía haberlo hecho como lo hace la verdadera caridad, con humildad, conociendo que soy la menor de todas.

De las demás cosas ordenadas, hice todo lo que pude hacer; algunas no las hice, porque no pude. Dios perdone por su misericordia, mis ingratitudes y pecados, y tenga misericordia de todas las almas redimidas con la sangre de mi Señor, para que no se pierda el fruto de tan copiosa redención.

Bendita su misericordia, y bendito sea el amor que le hizo querer morir para redimirnos de la esclavitud del pecado.

Todas las criaturas alaben a mi Señor.

Démosle gracias a este Dios de amor. Amén.

[331] Falta texto, no termina la palabra.

Día 16[332]. Me levanté con recogimiento, con sequedad, y con la presencia de Dios, pero no con los consuelos y fervores de otros días, y así estuve todo el día.

Hice lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

“mi Dios hacía conocer al alma su más íntima unión”

Día 17 y 18.

No me acuerdo de que hubiera diferencia; ambos fueron de recogimiento, unos ratos de más fervor que otros, cuando mi Dios hacía conocer al alma su más íntima unión, la encendía en su amor, y hacía que se levantara la llama que la abrasaba toda.

Pasado esto, quedaba como las brasas, que después que ha pasado la llama, quedan encendidas, dan calor, y con poco aire se encienden más. El alma caldeada con la llama del amor, se ocupaba en amar, y desear amar más y más, y que todas las criaturas amaran a su Amado. Todos sus pensamientos se dirigían a este fin. Tenía sentimiento y admiración, al conocer lo poco que es amado un Dios tan bueno, y que tanto nos ama; al ver a un Dios tan grande y poderoso, empeñado en amar a unas criaturas tan miserables, que pone todo su empeño en amarnos, quiere que le amemos, y procura nuestro amor, por todos los medios, con infinita sabiduría.

Cuando el alma conoce todo esto, se enciende más y más, y se deshace en afectos de agradecimiento alabando a su Dios por el amor que les tiene. Por todas las criaturas por quienes su señor derramó su preciosísima sangre, pido: que no se malogre en tantas almas, y la ofrezco al Padre para que por ella perdone todos los pecados, y por los de todos. Para que todos amen a su Dios, convidaba a todas las criaturas a que corrieran a la fuente de la gracia, que siempre corre, para los que conoce que la buscan, y les quite el temor diciendo:

-Cuán bueno y amoroso es el Señor que nos llama. ¡Qué hermoso! ¡Qué rico!

¡Qué liberal! Tiene tanto deseo de dar, que no aguarda a que se lo pidan mucho, pues solo con desearlo, le mueve a dar, y apenas ve que dan un paso para buscarlo, sale al encuentro.

¡Oh Dios mío! ¡Qué duros de corazón! ¿Qué ceguera es ésta, Amado mío, para que no os busquen, no os amen, y se quieran estar quietos, sentados en las tinieblas?

¡Qué dolor e ingratitud! ¡Oh miseria! ¿Cómo pueden vivir las criaturas que no os aman? ¿Cómo pueden tener descanso sin ti, Dios mío, que sois el verdadero descanso, el verdadero consuelo y alegría? No sé, mi Dios, cómo viven. Mas, ¡Ay Dios mío! no sienten dolor, porque están muertos, y por eso no oyen tu voz, no miran tus obras, no sienten tus inspiraciones, y no gustan de tu dulzura y suavidad. No puede haber mayor infelicidad; esta desgracia es digna de llorarse con lágrimas de sangre.

Yo te suplico ¡Oh! Eterno Padre y Dios de las misericordias que por la acerbísima Pasión y muerte de tu unigénito, resucites a estas almas a la vida de la gracia, para que te alaben, te sirvan y te amen por toda la eternidad. Hazlo, Señor, por tu amable corazón.

[332] Repite esta fecha.

Día 19. Con recogimiento en la presencia de mi Dios, me preparé, como acostumbro para la comunión. El alma estaba fervorosa, contemplando el binmenso amor de su Dios que había tomado carne para poder padecer y morir y, no contento con todo esto, quiso quedarse sacramentado para darnos su cuerpo y su alma, y con toda su divinidad, se da a nosotros. Esto causaba en el alma grandes afectos de agradecimiento, de amor, y de dolor por mi ingratitud, y las demás criaturas, que no se entregan a este Dios, porque quieren servirlo a medias, y a su gusto, y hacen con su Señor lo contrario de lo que deben. Lo sentía en mi alma, y pedía perdón por mí, y por todas las criaturas.

Pasé la mayor parte de la mañana, ofreciéndome a mi Dios para que hiciera en mí su santísima voluntad. El resto del día lo aproveché, ejercitando el alma en actos de virtudes interiores, no tan fervorosa, pero siempre en la presencia de mi Dios.

Hice todo lo ordenado.

Dios sea bendito, alabado y glorificado. Amén.

Día 20. Fue como el de ayer, y no me acuerdo de nada especial, salvo que experimenté el conocimiento del mucho cuidado que tiene mi Dios de mi alma, por la luz que me concede su bondad en todo lo que se me ofrece. Me sucede lo mismo que a una hija que está al lado de su madre, que le enseña lo que debe hacer, y le dice:

-Mira como lo hago yo.

Así hacen mi Dios y mi Señora y Madre conmigo: me ponen sus ejemplos y me enseñan a seguirlos. Diciéndolo más claro: me mandan seguirlos, y el alma entiende con toda claridad, que mi Señor quiere que siga en todo sus ejemplos e imite como dechado a mi Señora y Madre. Para todo esto me ayuda con su gracia.

Pasé el día bien, gracias a mi Dios que lo hace.

Bendito sea Dios.

Día 21. Me levanté con recogimiento y fervor, pues en este día me concedió mi Dios mucho recogimiento antes de la comunión, y después, una unión tan íntima, que casi todo el día me parecía que estaba toda en mi Dios. El alma estaba encendida en amor; apenas esta llama iba bajando, al instante hacía mi Dios que volviera a encenderse con la contemplación de sus divinos atributos, dándome conocimientos de su grandeza, de su bondad, poder, sabiduría y amor.

Este día también lo pasé bien, porque mi Dios lo hizo todo.

Bendita su misericordia.

Dios sea bendito, alabado y glorificado. Amén.

Día 22. Me levanté con recogimiento, en la presencia de mi Dios, y con mucho consuelo. No puedo explicar lo que causaba en mi alma el conocimiento de que mi Dios me estaba mirando con amor. Si rezaba, me hallaba con la vista de mi Dios, que amoroso me miraba; si hacía otra cualquier cosa, lo mismo, y como el alma estaba tan fervorosa, deseaba mucho agradar a su Dios. Como lo veía tan amoroso, y tenía tanta confianza en que su Dios le ayudaría a hacer todo lo que quisiera, este día no me podían entrar los temores, porque el alma estaba con tanta satisfacción en la bondad de su Dios, y estaba tan descuidada, como puede estar un niño en los

brazos de su querida madre, y ésta lo está regalando y manifestándole su mucho amor.

Digo esto, porque no me sé explicar ni puedo poner ninguna comparación que, de algún modo, manifieste el consuelo que el alma recibe. Esta comparación no es nada, pues ¿qué cosa creada ni qué amor de criaturas puede asemejarse al creador ni qué amor a este amor?

¡Oh amor sin comparación! Si te probaran las criaturas, ¡cómo te buscarían, y aborrecerían todos los amores por tener éste que es puro, que es hermoso, suave y desinteresado.

Este Dios amoroso nos ama, porque nos quiere amar, pues para nada nos necesita, y solo desea enriquecernos, por su bondad.

Bendito sea.

Bendito sea.

Padre mío, yo no puedo explicar cómo está el alma en estos días que su Amado la regala con esta presencia amorosa. Las potencias están tan recogidas, que el entendimiento no quiere entender nada más que lo que no puede entender, y la memoria de nada se acuerda. Poder cumplir con la obligación, lo tengo por una cosa particular, concedida a la obediencia, para que conozcan todos, que la obligación dada por la obediencia, no impide la oración más recogida, pues a un mismo tiempo ora y obra las virtudes.

Éste es un nuevo favor, un nuevo júbilo que recibe el alma, pues el que ama, desea tener ocasión de servir al amado, y la ocasión la encuentra en cumplir con su obligación. Entonces, ¡qué dulces son los trabajos, y qué chicos parecen!

Amemos mucho a Dios porque lo merece, porque es bueno, y porque es grande su misericordia.

¡Ojalá, Dios mío, yo te amara! Siento en mi alma lo poco que te he amado, pero tú sabes, Dios mío, lo que deseo amarte, y que te amen todas las criaturas.

Señor, cumple mis deseos conforme a tu santísima voluntad. Amén.

Jesús todo para mí, y yo toda de mi Jesús.

Así sea, así sea por toda la eternidad.

Marzo día primero. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

En el fervor, todo fue como ayer; no fue tan íntima la unión, aunque algunos ratos sí lo era, y los afectos y deseos de mi alma eran los mismos. El alma obraba con más o menos fervor, unos ratos sola, pero ayudada, y otros se lo hacían todo. Sobre esto, me parece que no tengo que explicar nada, pues lo tengo hecho otras veces

No me acuerdo haber tenido faltas conocidas.

Dios sea bendito. Amén.

“Estos deseos míos son poco firmes”

Día 2. Por la mañana, fue como ayer, pero por la tarde, fue de sequedad, y algunos ratos, aunque cortos, estuve distraída. También tuve algunas ligeras tentaciones contra la castidad, pero quedé pronto libre, gracias a mi Dios que me libró por su misericordia, de que mi alma fuera manchada, y a mi dulce Madre y Señora, que me alcanzó gracia para resistirlas.

Bendito sea mi Dios.

¡Ojalá! mi alma esté hermosa y pura a los ojos purísimos y hermosísimos de mi Dios, pues su pureza no admite nada manchado, y ha de estar el alma muy purificada para unirla a sí, y hasta una motica[333] le estorba.

¡Cuánto tenéis que purificarme, Dios mío!

Señor, purifícame, lávame más y más con tu preciosísima sangre, pues nada puede ser puro, si vos no lo purificáis.

Y siguiendo el día.

Por la mañana, había tenido deseos de padecer por mi Dios a beneficio de las almas. Aunque fuera por una sola, daría por bien empleado padecer toda la vida, todo lo que mi Dios quisiera. Estos deseos míos son poco firmes; no puedo negar que de verdad lo deseo, pero si veo que vienen los trabajos, soy muy delicada y quebradiza. Los llevo conforme y paciente, si no me falta el que todo me lo hace, pero si me falta, me abruman como una carga muy pesada en hombros muy flacos, y me parece que no hago nada. Con toda verdad puedo decir: que soy siervo sin provecho, y si mi Señor no lo hace todo, por mí, nada hago. Me ofrezco toda a mi Señor para que haga de mí lo que quiera, porque a los grandes señores les sirve todo: lo flaco y lo fuerte, y su misericordia será más conocida, por la tolerancia y asistencia a los miserables como yo.

Esta tarde, como he dicho, al contrario de los días anteriores, con mis achaques y falta de salud, todo me era penoso y todo me estorbaba; hasta me era penosa a mí misma, y tenía que hacerme fuerza para sufrir las cosillas que se ofrecían, pues todas me parecía penoserías. Con todo, me parece que sufría con paciencia, y me humillaba, viendo lo que yo era. Por lo mismo, procuré servir más a mis prójimos, en cuanto podía, porque conocí que no quería sufrir nada.

En esto no tengo engaño, lo que sí temía era que los consuelos que me parecía que tenía, no lo fueran; tan poca virtud encontraba en mi alma.

Cuando me faltaba el fervor, me quedaba que parecía que todos los propósitos y todos los deseos, solo eran de boca.

Faltas, solo recuerdo que cuando me dijeron que no había comunión el miércoles por las diversiones, como estaba penosa, dije: que era mala la diversión que tanto bien nos quitaba. En esto hice mal, pues era una disposición de la prelada, y yo no debía hablar, solo me tocaba callar y obedecer.

En todo lo demás, vencí mis pasiones e hice lo contrario de lo que ellas querían. Aunque mi Dios se ocultaba, oculto me ayudaba. Cuando mi miseria más se fatigaba, al instante, con toda claridad, sentía la ayuda de mi Dios, y mi espíritu tomaba nueva fuerza.

---

[333] Diminutivo de mota.

En medio de todo esto, seguí con las mismas peticiones que en los días anteriores, solo que en éste, mi alma no sentía aquel consuelo sensible, que sentía en otros días, que parecía que el corazón se derretía con el fuego del amor, y en este día, parecía que no tenía amor, sino que lo hacía como una cosa que se hace solo de cumplimiento, y no con gusto. Me parecía que se hacía de cumplimiento, por la sequedad con que lo hacía. Yo todo lo quiero hacer con entera voluntad, y no de cumplimiento.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén.

"hay nubes claras y pequeñas en el cielo"

Marzo 3. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con sequedad, y la imaginación inquieta, me hacía trabajar, pues algunas cosas no las desechaba tan pronto como debía.

Si fuera verdaderamente obediente y humilde, sería dócil, y no atendería a mi propio juicio, que es el que algunas veces, quiero seguir. Como la voluntad no quiere admitirlo, arman guerra, y este día la tuve. Estaba conociendo mi miseria, no como cuando mi Dios misericordioso me da un conocimiento humilde, que me humilla y me ensalza al mismo tiempo; cuanto más me humilla, más me lleva a mi Dios el conocimiento de su infinita bondad y misericordia, y por consiguiente, se enciende el alma en su amor. Esta humillación, como he dicho en otras ocasiones, la quisiera tener siempre, porque no es de la criatura; es un don gracioso de Dios, y por eso se lo pido a mi Dios. No merezco nada, por mis continuas ingratitudes, pero confiada en su infinita bondad y liberalidad con las que desea comunicar sus dones a sus criaturas, le pido: que me conceda conocerlo y conocerme; conocerme para estar humillada en mi nada, y conocerlo para amarlo más y más.

Una de las jaculatorias que con frecuencia digo es ésta: "Conózcate a ti, Dios mío, y conózcame a mí".

Este conocimiento que pido, es porque este día estaba inquieta, no por mis faltas, pues no acababa de irse la luz del alma, sino que estaba, como he dicho otras veces, como cuando el sol se nubla, que da luz, pero es oscura, y no calienta su resplandor. El alma está tibia, porque el Sol divino le oculta sus rayos, y el entendimiento, algo oscurecido, empieza a discurrir sobre la causa. Se inquieta más o menos, según esté más o menos oscurecido; no estaba de lo más oscuro, pues le quedaba bastante luz para poder discernir. Con todo, me estorbaba bastante no poner de mi parte lo que debía, teniendo una obediencia ciega a la voz de mi Dios, significada en la de su ministro. Si tuviera una confianza firme, en que no puede ser engañado el que ciegamente confía en Dios, y se deja en las manos de la obediencia, ciertamente su Dios hará que acierte en todo, porque negó su voluntad y su entendimiento, y todo lo pone en la bendita obediencia, que a mi Dios tanto agrada.

Algunos días, estas faltas son la causa que más me hace padecer, aunque no temo lo que padezco si obro como debo y conforme a los conocimientos, que misericordiosamente, me da mi Dios.

¡Oh! misericordia de mi Dios, que tanto me sufre.

Bendita sea tu misericordia, tu bondad, tu liberalidad y tu amor con una criatura tan ingrata.

Me parece que en estos días, estoy como cuando hay nubes claras y pequeñas en el cielo, que ya sale el sol claro, ya se nubla, y parece que el aire las disipa o las junta. Me pierdo, cuando me detengo a pensar: si tendré engañado al padre. Las muchas faltas de mis obras, y otras cosas son las que confirman estos pensamientos. Entonces se juntan las nubes y quedo más oscura; pero los rayos del Sol divino hieren la nube, y el alma conoce, que aquellos pensamientos debe dejarlos, poner su confianza en su Dios, y dejarse en las divinas manos de aquel Dios que no puede ser engañado ni engañar. Entonces, desaparece la nube, el alma queda clara, vuelve en sí, y pide perdón.

Algunos días, me parece que esto es lo que pasa en mi alma, y este fue uno de ellos.

Gracias a mi Dios que no deja que acabe de perderme por mi ingratitud, sino que, como he dicho, hace que conozca lo que debo hacer, y me da dolor de mis faltas.

Bendita su misericordia.

Bendito su amor, que si todos los miembros de mi cuerpo fueran lenguas encendidas en el amor de mi Dios, no cesaría de alabarlo noche y día, y con esto no hacía nada, según lo que debo a mi Dios.

Bendito seáis Señor, Dios mío.

Bendito seáis, porque sufrís a esta miserable criatura, que tan ingrata es a vuestros beneficios, y tan incrédula a lo que vos mismo me hacéis conocer. Debiendo ser agradecida, no os doy la alabanza que debo.

Mi amado Dios, perdóname por los méritos de tu unigénito, y por la intercesión de mi Señora y Madre la Virgen María. Amén.

Dios sea alabado. Amén.

“experimentaron alivio”

Marzo 4. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento, con sequedad, y tan mala en el cuerpo como ayer; no podía hacer nada, sino con mucho trabajo. Me esforzaba, lo que podía en penitencia de mis pecados para que unidos a los méritos de mi Señor, a quien le pedía que los uniera misericordiosamente, los ofrecía, no solo por mis pecados, sino también por los de todos.

Faltas: que no he ayudado con cuidado a mis prójimos, pues no he pedido a mi Dios por una criatura que estaba fatigada, y yo, teniéndola por caprichosa, no hice lo que en otras ocasiones he hecho con ésta y con otras: pedir a Dios y a mi Señora y Madre por ellas, y experimentaron alivio. Particularmente, conozco que a ésta le ha servido cuando he pedido mucho por ella, si me parecía que el enemigo la tentaba. En una ocasión que estaba como rabiosa con un dolor que le da, le di a beber una poca de agua bendita, sin que lo supiera nadie, y al instante quedó sosegada. Ahora no procuré su alivio, por descuido. Cuando lo he conocido, lo he sentido, y más, acordándome de que mi Señor me manda acudir a las necesidades del prójimo, en cuanto pueda. Le pido perdón.

Dios sea bendito. Amén.

Día 5. Me levanté con alguna sequedad, pero con recogimiento y humillada en la presencia de mi Dios, del modo que expliqué el día tres.

Me preparé para la comunión, como acostumbro, y después de la comunión, se encendió el alma en el amor de su Dios, a la vista de sus grandes beneficios tanto generales como particulares, por los que daba gracias y alabanzas a mi Dios.

Este día, fue de menos trabajo; mi Dios amoroso me ayudaba, y no sentía la carga, porque me quitaban el peso. Podía trabajar animosa sin hacer caso del cuerpo, y aunque era mucho el dolor de cabeza, no temí ponerme a escribir para obedecer a mi Dios. Cuando empecé a hacerlo, al instante me alivié de la cabeza, pero después de acabar, quedé como estaba antes, y así he seguido. Me parece que es medicina mientras lo hago, por eso conozco que mi Dios quiere una cosa: que escriba, y otra: que padezca. Hágase su voluntad.

Hice lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

Día 6. Me levanté con recogimiento, no de lo más fervorosa, pero lo bastante para no sentir los trabajos y alegrarme con ellos.

Hice todo lo que pude en el ejercicio de las virtudes, conociendo la protección amorosa de mi dulce Madre y Señora. Me parecía que estaba presente, y me advertía para que no dejara de ejercitar las virtudes. Llena de agradecimiento la alababa, y le pedía: que por su misericordia, continuara, ayudándome, pues sabía mi flaqueza, y el deseo que tengo de agradar en todo a mi Dios.

Dios sea bendito y alabado. Amén.

"le pegó a una de las sirvientas"

Día 7. Estuve con recogimiento en la presencia de mi Dios, unos ratos fervorosa, y otros menos. Después de la comunión estuve más fervorosa, porque la unión fue más íntima.

La mayor parte de la mañana quedé recogida, pero no tan fervorosa; parece como una candela que tiene llama, y pasada la llama quedan encendidas las ascuas, y si se les echa alguna cosa, y se sopla, vuelve a arder. El alma después de la comunión, se encendió en el fuego del amor, y cuando pasó aquella primera llama, con cualquier otra consideración de las obras de mi Dios, se volvía a encender la llama.

Sí tuve fatiga, por si habría tenido alguna falta en una cosa que se presentó. Un padre de familias vino al compás[334] de la portería, y le pegó a una de las sirvientas de la casa, porque le había reñido o pegado algún golpe a su muchacho; se lo afeé mucho diciéndole:

-Esta es la crianza que dan los padres a sus hijos, y luego querrán que sean buenos.

Me fatigué, pues yo sabía que la pobre mujer había tenido bastante motivo para hacer lo que había hecho, y me edificó, porque la pobrecita obró como buena cristiana. Yo no lo llevé muy bien; me parece que fue más por mi sentimiento, de conocer las malas crianzas, pues ¿qué hará un niño, que ve que su padre sale en su

[334] Territorio alrededor de un templo o monasterio.

defensa cuando le riñen, y se pone a dar de palos a una pobre mujer? Tomará alas y será peor.

Mi amabilísimo Dios, por su misericordia, les dé a los padres su gracia y su luz para criar a sus hijos para Dios, y no para el enemigo.

Aunque afeé el hecho, lo disculpé y dije: que aquel hombre estaba sin juicio y que tenía alguna noticia de que en algún tiempo, se le iba la cabeza; así procuraba disculpar su yerro.

A la pobre mujer la animé, y le dije: que me había edificado la sapiencia que había tenido, que diera gracias a Dios que le había dado tan buena ocasión de merecer, y la consolé, lo que pude, de aquella vergüenza natural.

Dios nos remedie por su misericordia, y me perdone, si en lo que hablé tuve alguna falta, pues como me halle con alguna de éstas cosillas donde haya faltas al prójimo, siempre temo haber faltado, y más, cuando me fatigo, como me sucedió esta vez.

Los buenos ejemplos de la mujer hicieron que mi alma se encendiera en el amor de mi Dios.

¡Ay! ¡Cuántos humildes del mundo, con su paciencia, su humildad y pobreza, agradaran más a Dios, que los que tenemos tantos medios, y no los hemos aprovechado! ¿Qué diré yo de mí? ¿Qué paciencia la mía? ¿Qué humildad, cuando una palabra me ha alterado tantas veces?

¡Ay Dios mío! Tened misericordia de mí, que nada he hecho por vos; habiendo recibido tanto de vos, lo poco que he hecho ha sido, porque vos mismo lo habéis hecho. A vos sean dadas las gracias.

Yo os pido perdón por las muchas impaciencias que he tenido, dejando perder aquellas ocasiones, que permitías que granjeara y tuviera ganancia, y yo, siervo perezoso, no he querido granjear, y lo he dejado perder.

Señor mío, lo siento, pues no hice tu voluntad.

Perdóname, mi Señor.

Dios sea bendito. Amén.

"había puesto sus divinos ojos en mí"

Día 8. Con recogimiento, como si despertara de haber estado en oración, estaba mi alma fervorosa, con la presencia de mi Dios tan viva, que mirando su inmensidad, mi alma se hallaba anegada en aquella grandeza de su Dios. Otros ratos, como si el alma viera que su Dios ponía en ella sus ojos, se llenaba de un júbilo tan grande, viendo que la grandeza de Dios se dignaba atender, con tanto cuidado, a una criatura tan miserable, que llena de consuelo, daba gracias a su Dios.

A mí me parece que como no me sé explicar, tengo que decir disparates, pero si pienso que V.R. los enmendará, advirtiéndome en lo que yerre, por eso he dicho: que el alma conoce que su Dios la miraba. Me parece que esto se puede decir, pues todo lo ve, y todo lo tiene presente. Decir: que había puesto sus divinos ojos en mí, es una cosa como ociosa, pues es de fe, que Dios nos ve, y no se le oculta nada. Pero esta vista de la que hablo aquí, es particular, como si yo estuviera delante de otra criatura, y viera que me estaba mirando con agrado o sin él. El alma percibe un

cierto conocimiento de que su Dios la está mirando, cuando lo siente, y lo toca, y lo comprende con tanta certeza, como si tuviera en la mano alguna cosa que no la viera, pero el tacto le hacía creer que la tenía en la mano. Puedo decir que este día, mi alma veía y sentía a mi Dios, en el modo dicho. No sé si me engañaré, pero esto me hacía amarlo mucho, y desear amarlo mucho más.

Lo aproveché todo, porque mi Dios estaba conmigo, y todo lo hacía.

Bendita su misericordia.

Bendito su amor.

Sea por siempre alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 9. Estuve todo el día con recogimiento, unos ratos más que otros, pero siempre bien dispuesta para aprovechar las ocasiones que se ofrecieran, en que se ejercitaran las virtudes; se ofrecieron pocas, así que los deseos se quedaban vacíos y poco hice.

No conocí faltas, pedí perdón por las muchas que tendría sin conocerlas, y doy gracias por haberme librado de caer en muchas.

Hice todo lo ordenado.

Bendito sea mi Dios. Amén.

"oí que cada día iba más caída la religión"

Día 10. Con recogimiento en la presencia de mi Dios, hice la oración sobre la Pasión de mi Señor como si estuviera presente, sacando de ella afectos de agradecimiento y amor, dolor por mis ingratitudes y por todos los pecados, porque ofenden a mi Dios.

Este día, pedía mucho a mi Dios: que no se perdiera en tantas almas el fruto de tan copiosa redención. Me afligió alguna cosa que oí como que cada día iba más caída la religión. Con más confianza clamaba y esperaba en mi Dios, y mi oficio fue pedir a quien es poderoso, por eso pedía por mi Jesús, y le pedía a mi Jesús, y me parecía que me respondía: que nuestras ingratitudes, no merecían la misericordia. A este pensamiento respondía yo: que cuando vino al mundo mi Señor, tampoco lo merecía el mundo. Me volvía a venir otro pensamiento que me decía: que entonces era menor la ingratitud de las criaturas. A lo que yo respondía: que tampoco tenían los méritos infinitos que ofrecer, que ahora tenemos. Y así, cada vez tenía más confianza.

Dios sea bendito.

Marzo 11. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con poco recogimiento, porque la imaginación estaba inquieta; no era por cosas malas, pero no me dejaba con el recogimiento que yo quería. Con todo, procuraba tenerlo, poniendo de mi parte lo que podía.

Unos ratos estaba con recogimiento y fervor, y otros del modo dicho.

Dios sea bendito.

Día 12. Amanecí con el dolor de cabeza más fuerte, hice lo que pude, y con trabajo me esforcé para la comunión, en la que mi alma tomó más fuerza para padecer, con la más viva memoria de la Pasión de mi Señor. Le di gracias, y sentía que no lo aprovechasen todas las almas, por las que yo pedía. Ofrecía a mi Dios todo lo que yo

padecía, y lo que mi Dios quisiera que padeciera, y le pedía: que se dignara admitirlo y unirlo con los méritos de su Pasión.

Como he dicho, quedé fortalecida en el espíritu, pero aumentaron más mis dolores, y lo único que podía hacer era llevarlo todo con la paciencia, y con la conformidad que me daba mi Dios. Con mucha paz en mi alma, solo tenía un deseo: que hiciera mi Dios en mí lo que fuera de su agrado.

Dios sea bendito. Amén.

Día 13. Amanecí mejor, e hice todo lo acostumbrado con recogimiento fervoroso en la presencia de mi Dios, reconociendo su bondad y gran misericordia. Este reconocimiento derramaba en mi alma tan grandes consuelos, y grandes deseos de agradarlo en todo, que no sé explicar.

Con frecuencia, me ofrecía a mi Dios para que hiciera que yo le agradara y amara más y más, y esto mismo deseaba que lo hicieran todas las criaturas para que mi Dios fuera amado por todas, y no fuera ofendido.

Este fue el ejercicio de la mañana, con lo que el alma quedó fuerte.

Por la tarde, vinieron otra vez los dolores, aún más fuertes que el día de ayer, por lo que me era muy trabajoso y casi imposible, cumplir con la obligación. Me esforzaba cuanto podía. Con mucha paz en mi alma, me servía de consuelo padecer por mi Amado, en todo lo más trabajoso, y le daba gracias en mi interior.

Por la noche, conocí que no podía más, y me fui a la cama.

Hice un acto de conformidad, y ofrecí el deseo que tenía de asistir a una enferma, que al parecer, estaba para morir aquella noche.

Me pareció que me decían: que no moriría todavía, que cuando muriera, estaría yo buena, pero no se cumplió, y pensé que sería cosa de mi imaginación, deseosa de que así fuera.

Fui a acostarme, pidiendo licencia a mi amado Dios, y a mi dulce Madre, pero al ir a hacerlo, me sentí movida a visitar a la enferma, de modo que no pude resistirlo, y a pesar de que no podía hablar de la fuerza del dolor, fui a verla, y apenas me senté a la cabecera, al instante, quedé libre de dolor, y pude ejercitarme en actos de caridad interiores y exteriores, que dieron mucho consuelo a mi alma.

Así estuve hasta la una de la noche, que me volvió el dolor, y tuve que ir a acostarme. Gracias a mi Dios, que quiso darme gusto en que hiciera alguna caridad con mis prójimos enfermos. Me parece que esto agrada a mi Dios, tanto, que le parece tarde para dar el premio, y empieza a premiar al instante, dando más fuerzas para hacer más, y proporcionando tanta ayuda, que no se siente el peso.

De mí puedo decir: que no hago más que cooperar con los primeros deseos que mi Dios da a mi alma, pues es tanta la ayuda de la gracia, que no me deja sentir lo penoso de la obra, por el gran consuelo que siente mi alma.

Bendito sea este Dios de misericordia.

Bendito sea, y eternamente alabado y glorificado sea por todos los siglos de los siglos. Amén.

Marzo 14. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Estos tres días 14, 15, y 16 estuve oprimida por mi enfermedad, que no me dejaba hacer nada más, que los actos interiores de las virtudes. Aunque el cuerpo padecía, el alma estaba con paz y serenidad, de modo que no perdía la presencia de su Dios, a quien amaba, y no quería otra cosa, sino que se cumpliese su santísima voluntad.

No podía hacer nada de lo ordenado, pues parecía que estaba impedida para poder hacer otra cosa que no fuera atender a mi Dios, y amarlo, que esto sí podía.

Dios sea bendito. Amén.

Día 17, 18 y 19. Estos tres días, no tuve tan seguido el dolor, y a ratos me dejaba poder hacer los ofrecimientos a mi Dios de su Pasión santísima, los actos de fe, esperanza, caridad y religión, y continuos actos de amor, de dolor de mis pecados y los de todos, por ser ofensas de mi Dios.

En los ratos que estaba mejor, tenía mi alma ocupada, como he dicho de los otros días. No experimentaba muchos consuelos, como en otras ocasiones; con todo, no estaba con sequedad, y lo pasaba bien.

Dios sea bendito.

Desde el día 20 al 24, experimenté más sequedad, tuve más descuidos, no aprovechándome de los ratos mejores, como he hecho en los días que he estado más fervorosa. Como estaba con sequedad, tuvieron entrada los temores; no fue por mucho tiempo, pues manifestaba a mi Dios el deseo que tenía de agradarlo, hacía actos de conformidad, y quedaba sosegada.

Dios sea bendito.

Desde el día 25 hasta el 30. Si mi Dios no me lo recuerda, no puedo decir nada, porque todo se me ha olvidado. Le pido a mi Dios, por la intercesión de mi Señora y Madre: que me conceda poderlo escribir para gloria de mi Dios y honor de mi Señora la Virgen María, a quien pido su favor.

El día 25, fue de recogimiento en la presencia de mi Dios, reconociendo la grandeza del beneficio de la Encarnación, y uno de los días que he estado peor en el cuerpo, pero no me estorbó para estar en la contemplación de la grandeza de mi Dios, en el amor infinito que le hizo tomar carne humana para poder padecer y morir por los hombres, el conocimiento de lo que somos, y la ingratitud con que correspondemos todas las criaturas, y yo más que todas, fueron las consideraciones que trajeron ocupadas todas mis potencias, en este día, resultando afectos de dolor por el conocimiento de mis pecados e ingratitudes, de agradecimiento, reconociendo la gran misericordia de mi Dios, y de amor a tan gran bondad, que abrasaba mi alma.

Desde antes de que fuera de día, quiso mi amado Esposo y Señor que empezara, pues visitó mi alma con grandes auxilios, dándome unos grandes deseos de recibirlo. Hacía frecuentes comuniones espirituales, y sentí, cada vez más, la íntima unión, que dejaba el alma sin poder hacer nada más que amar y gozar de los consuelos amorosos de su Amado. Como he dicho otras veces, yo no puedo explicar qué son estos consuelos, pues solo el que los experimente, no deseará los de la tierra, pues no tienen comparación los unos con los otros.

Dichosa el alma que los gusta y se aprovecha de ellos, y por esta causa es más fiel a su Dios, más agradecida, más humilde y más fervorosa.

¡Ay, padre mío! ¡Cómo me temo a mí! Dando mi Dios tanto a mi alma, no soy la que debo ser; cada día debo más, son mayores mis ingratitudes, y no deja de afligirse mi corazón. Pero conociendo que yo hago como quién soy, y que mi Dios hace como quién es, le pido perdón, le doy gracias por su gran misericordia, y le ofrezco los infinitos merecimiento de mi Señor Jesucristo y los de mi Señora y Madre, a quien le pido: que dé las gracias por mí, y me ayude para que corresponda a mi Dios con la fidelidad que debo.

Alabada y bendita sea la misericordia de mi Dios por todos los siglos.

Y siguiendo con lo que iba diciendo. Algunas veces, me parecía que comulgaba sacramentalmente; me sucedió cuando comulgó la comunidad, y yo hice intención de oír misa, pues en estas ocasiones es más íntima la unión, y mayor el conocimiento de su amor, que amorosamente, me daba mi Dios. Le pedía lo que me mandaba: que correspondiera con todo mi amor, que aunque es tan corto, parece que lo que yo le ofrecía, lo dejaba satisfecho, pero se quejaba, de que había pocos que le amaran. Yo hacía actos de amor, y los ofrecía por todas las criaturas que no lo amaban.

Acabé este día bien ocupada, porque mi Dios lo hizo todo.

Bendito sea, y alabado y glorificado sea por todas las criaturas.

Los días siguientes, hasta el 30, fueron como éste de recogimiento y fervor, de modo que estuvo el alma ocupada, casi siempre, en los mismo ejercicios que he dicho, con la presencia de mi Señor tan viva, que algunas veces, me parecía que veía a mi Señor, que estaba conmigo, animándome para padecer, y manifestándome lo mucho que había padecido por mí, y otras veces, lo mucho que era ofendido. Se aumentaba el sentimiento en el alma, de ver a su Dios ofendido; deseaba desagraviarlo, y para eso ofrecía todos los méritos de su santísima vida, los de mi Señora y Madre, los de todos, además de lo poco que yo padecía, que para mi flaqueza, no era muy poco. Pero lo que yo ofrecía no era nada, si mi Señor no le daba valor; por eso le pedía: que se dignara recibirlo y unirlo con sus méritos santísimos, en desagravios de todos los pecados míos, y todos los del mundo.

Me ofrecía a padecer todo lo que mi Dios quisiera, si con ello lo agradaba, pues eran tantos los deseos que he tenido de que mi Dios sea amado por todas las criaturas, que me encendía cada vez más, porque tenía muy presente la bondad, la grandeza, y todos los atributos de mi Dios. Estos beneficios, aumentaba en mi alma el deseo de amarlo y de que lo amaran. Ya que no podía otra cosa, se lo pedía a mi Dios, y por la misma causa, sentía mucho sus ofensas.

Bendito sea mi Dios, que todo lo hizo, por su misericordia, su amor, y su bondad.

Sea bendito, alabado y glorificado por siempre. Amén.

Día 31. La mañana fue como los días dichos. De madrugada, hacía todas las cosas acostumbradas de ofrecimiento, actos de fe, esperanza y caridad. La oración, como estos días me la daba mi Dios, no tenía que hacer nada, pues cuando dormía, despertaba como de una oración fervorosa, y siempre estaba bien dispuesta. Hice la intensión de oír misa y comulgar espiritualmente pero por la tarde, vino la sequedad,

estuve más descuidada, y tuve faltas en todo. Aunque quisiera engañarme, no me puedo engañar; al instante que mi Dios no lo hace todo, empiezo a tropezar. Estuve distraída, y hablé más de lo necesario, y no con la caridad que debo, y que me enseña mi Dios. Me quedé con inquietud, y aunque pedí perdón, quedé inquieta hasta el otro día, porque al instante empiezan los temores, que me proponen, muchas veces, que todo es falso, y otras muchas cosas que ya he dicho. Aunque las deseche, siempre me inquietan.

Acabé el día con trabajo.

Dios sea bendito.

"uno de los doce lo había de vender"

Día primero de abril. Hice lo acostumbrado al levantarme con alguna sequedad, y no con la quietud de conciencia que acostumbro. Me venía la inquietud de las cosas que había hablado ayer, que era lo que le manifesté en la confesión, que había dicho de una religiosa. Unas veces me parecía cosa grave, y otras no, y el pensamiento estaba muy inquieto; acudía a mi Dios pidiéndole perdón, y tuve más luz para conocer que había faltado a la perfección que mi Dios me ha enseñado, pues no he de manifestar falta alguna de nadie, ni chica, ni grande. Otra vez quedó renovada de nuevo en mí la doctrina que me repite mi Señor, sin atender a mi mucha ingratitud.

Bendito sea su amor que con tanta misericordia me avisa, y pone a la vista de mi alma sus ejemplos y doctrina.

Bendito sea este amorosísimo Dios.

¿Qué sería de mí si mi Dios no tuviera tanto cuidado conmigo? Y aún siendo así, soy tan miserable, que caigo muchas veces. Me tiene tanto cuidado, que cuando mi miseria me hace caer, como en esta ocasión, en la que no siendo preguntada por la prelada, siendo tan poca la cosa, y que yo no podía remediarla, debía haber callado. Conocí mi yerro, y para conocerlo más, se me puso presente, cuando el Señor le dijo a los apóstoles: que uno de los doce lo había de vender. Todos pasaron pena, y no por eso manifestó al culpable. Este no fue el fin que yo había llevado para manifestar la falta.

Quedé enseñada para otra vez que se ofreciera, y arrepentida de ésta, serené mi espíritu, porque mi alma conocía la misericordia tan grande que tiene conmigo, y con todas las criaturas. Conozco que así lo hace mi Señor y Esposo amabilísimo, porque así lo experimento con toda claridad.

Bendito sea.

¡Cuánto os debo, Dios mío y Señor mío! ¡Cuán poco he sabido corresponder! Quisiera, Señor y Dios amabilísimo, tener el amor de todos los ángeles y serafines para saber agradecer tantos beneficios, y corresponder a tus misericordias.

Por mí te alaben todas las criaturas del cielo y de la tierra.

Os pido perdón, por lo poco que te he amado, y lo mal que he correspondido a tus beneficios.

Perdona, Señor mío, a este gusano de la tierra, por quien quisiste tomar carne para poder padecer y morir, y pues todo lo hiciste por mí, como mío os lo ofrezco

en asimiento de gracias por todo lo que he recibido, y espero recibir, de vuestra misericordia.

Por todas las criaturas os lo ofrezco, Señor mío, y os pido, mi amado Esposo y Señor, que uséis de vuestra misericordia. No permita Señor, que pierdan tantas almas, el fruto de la redención. Mirad Señor mío, lo afligido que tengo mi corazón, al ver: que el mundo regalado no se acuerda de vos, no hace caso de tus beneficios, y se van entregando muchas almas al enemigo, apartándose de la Santa Iglesia que vos plantasteis con tanto amor, y enriquecisteis con vuestros méritos y los de mi Señora y Madre.

"si vos pedís, alcanzaréis, y si rogáis, seréis oída"

¡Ay Señora mía! Compadeceos, Señora, de este reino de España, pues temo que en castigo de nuestras culpas, nos quite mi Señor la fe. No lo permitas Madre amabilísima. Acuérdate Madre mía, que vos la tomasteis bajo vuestro amparo y protección. Compadécete Madre mía, y ofrece a la divina justicia los infinitos méritos de la Pasión de vuestro amado hijo, y vuestros dolores.

Impetramos las misericordias de alcanzar auxilios eficaces para los pecadores, auxilios para todos los que engañados del enemigo, se han apartado del gremio de la Santa Iglesia, para que arrepentidos, se desaten las ligaduras con que el enemigo los tiene atados.

Alcanzar a los justos perseverancia, y que se multipliquen más y más, para que mi Dios sea amado, conocido, alabado, servido, y ensalzado su Santo Nombre.

Pedid, rogad, Señora mía, que si vos pedís, alcanzaréis, y si rogáis, seréis oída. Con esta confianza llego a vos, Madre amabilísima. Aunque sea la más miserable de todas las criaturas, conociendo el poder que el altísimo os ha comunicado, llego confiadamente, Madre mía, a pediros por todos los que son esclavos de sus pasiones y del enemigo de nuestras almas, no conocen su daño, y no acuden a buscar su remedio.

Alcánzales luz para que lo conozcan, ablandando la dureza de sus corazones, y les imprimas[335] la eficacia de los divinos auxilios, de modo que no puedan resistirse.

¡Ay Madre mía! no miréis mi miseria e ingratitud, que sabes que lo siento. Sí mirad, Señora mía, el deseo que tengo de la gloria de mi Dios, que aunque es glorificada en su justicia, también lo es en su misericordia.

Abril 2. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento y fervor. Ya sabe V.R. lo que quiero decir, pues lo tengo explicado, y no ha sido otra cosa, más que lo dicho.

El alma estuvo bien ocupada en el ejercicio de las virtudes, y el cuerpo estuvo bastante trabajoso, pero como el alma estaba encendida en amor a su Dios, no le estorbaba. No hay cosa que haga sentir menos los trabajos que el amor, conociendo que se da gusto al amado.

[335] Fijar en el ánimo algún afecto, idea o sentimiento.

En los demás días, hasta el día 9, seguí como este día, solo con la diferencia de que en éste, era más continua la unión íntima, y en los otros, no lo era tanto. Estaba con recogimiento, aprovechando las ocasiones, que se ofrecían, de ejercitar las virtudes, pero algunos ratos, que me dejaban trabajosa, con menos ayuda, sentía más la carga, pero no dejaba de hacer lo que podía.

No conocí faltas voluntarias ni conocidas, aunque tendría muchas sin conocerlas; con frecuencia, pido perdón a mi Dios, de todas las conocidas y no conocidas de toda mi vida.

No sé cómo me acuerdo de estas cosas, pues en estos días que he estado mala, tenía mucho que rezar, porque muchas veces la conmuta del oficio divino, me acuerdo que la empezaba, y no me acuerdo si la acababa.

Ahora, no me acuerdo de nada más que de lo dicho, si después me acordara, lo diré.

He puesto de mi parte para acordarme, y ahora recuerdo, que en uno de estos días, no sé en cuál, estuve todo él con mucho recogimiento en mi interior, aunque muy trabajosa en el cuerpo, pues no podía hablar, sino con mucho trabajo. Todo el día estuve como en un sueño o desvarío de cabeza, pero todo bueno, porque me parecía que estaba junto a mi Señor, que me animaba a padecer por su amor, y a favor de todas las almas, y me preguntaba: si yo quería, y yo me ofrecía con toda mi voluntad.

Otras veces, me parecía que lo tenía en mi corazón, como descansando, donde yo le decía algunas palabras de amor, y me ofrecía para que hiciese en mí su santísima voluntad. Otras, le manifestaba mi mucha miseria, como si mi amado Esposo y Señor no lo supiera.

"ocultar los frutos del árbol"

Pasé este día, con este modo de coloquios, pues mi Señor me correspondía cuando le manifestaba mis faltas y miserias, y me recordaba lo de aquel árbol silvestre, que por sí no daba fruto, y que solo con el cuidado y afán que se había tomado, con tanto empeño, el Señor, echó frutos. Toda la alabanza era para el que tanto había trabajado, y no para el árbol. Con esto, me daba a conocer, cuánto era el amor que me tenía, y qué obligada le estaba. Al mismo tiempo, me daba a conocer, que ocultar los frutos del árbol, era no querer dar gusto a quien lo había trabajado, pues este Señor, a medida que cogía los frutos, los entregaba al jardinero para que los guardara, hasta que se acabaran de coger. Se alegraba mucho de todos los frutos que cogía, y quería: que cuando se acabaran de coger, los vieran todos, y alabaran su trabajo.

Padre, no puedo seguir sin decir esto; se entiende con claridad lo que quiere decir, pues la inteligencia de lo dicho, no se me ha ocultado, y conozco que nada es mío, y todo es de mi Dios, y que si su santísima voluntad es que se manifiesten sus obras a las criaturas para que lo alaben, no hay más que decir. Pero que solo se diga: que alaben y den gracias al Dios, de las misericordias, y no el nombre de quien no lo merece, y es la más ingrata de sus criaturas.

Con esto, no me parece que quite la gloria del honor que quiere mi Señor, pero que quede sepultada en el olvido, la que no merece ni la tierra que pisa. Por eso, le

pido a V.R.: que a donde esté mi nombre, lo borre para que yo no sea conocida de las criaturas, y sea para mi Dios toda alabanza.

Alabado sea por todos los siglos de los siglos. Amén.

Con estas cosas, mi Señor me anima a manifestárselo todo a V. al mismo tiempo, que conocía, el dominio que daba a V.R. sobre mi alma, y la obligación que tengo de obedecerlo.

Quedé bien enseñada de todo. Si yo le proponía mis temores y dudas, me daba respuesta a todo, y la principal respuesta: que era su voluntad. Una de estas respuestas era ¿quién le quitaría a un alfarero que quisiera servir el más basto y menos primoroso de los vasos que hace?

Quedé satisfecha y agradecidada por todo, y le preguntaba a mi Señor: que cómo correspondería yo a tantos beneficios. La respuesta fue:

-Amando y haciendo mi voluntad.

Como he dicho, todas estas cosas me pasaron como en sueños, pero no estaba dormida, pues mi alma estaba encendida en amor a Dios.

Sea bendito, alabado y amado de todos. Amén. Hasta aquí el día 9 de abril.

"Por eso le grita o llora"

Abril 10. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén. Me levanté con sequedad y temores, pues desde anoche, me empezaron a molestar pensamientos de incredulidad, de que no fuera verdad lo que yo había dicho a V.R. de la corona de espinas, que habrían sido dolores naturales, y mi imaginación componía lo demás. Si había sido así, no hacía más que mentir, y esto me molestaba bastante. Con otro pensamiento lo desechaba: que escribía lo que me pasaba por obedecer, y que no lo decía con intensión de engañar a nadie. Me sosegué, y renové los propósitos de obedecer, y de hacer y decir todo lo que me mandaran.

Después me vinieron otros temores: me parecía que tenía a mi Dios muy enojado con mis muchas ingratitudes y pecados, y mi espíritu se afligió mucho, porque me parecía que era verdad. Solo pensarlo me causa mucha fatiga, pues no quiero desagradar a mi Dios en nada. Me parecía que era verdad, porque no sentía a mi Señor en mi alma, y pensaba, cuál sería la causa. Le pedía a mi Dios: que me perdonara, y me diera a conocer lo que le desagradaba para enmendarme.

Este día, no pensaba más que en esto, y puedo decir que estaba como un niño que pierde a su querida madre de vista, llora, porque piensa que no la va a volver a ver, y no se contenta con nada, hasta que vuelve a verla.

Padre, así me parece que le sucede al alma cuando pierde de vista a su Dios, que ni puede pensar en otra cosa ni otra cosa le llama la atención más que estar pensando, si lo volverá a ver o si lo tiene enojado. Por eso le grita o llora, y no puede descansar hasta encontrarlo, pues solo con el pensamiento de perderlo, se muere de pena, no deja de quejarse con amoroso dolor de su corazón, y de decir:

-¿Qué haré si tú me dejas, Dios mío amabilísimo? ¿Qué haré sin ti, Señor mío? ¿A quién me arrimaré, Esposo mío, si tú me dejas justamente y te retiras de mí, Señor mío, por ser yo tan ingrata? Apiádate de mí, Señor, perdóname y no te apartes de mí, porque yo muero por ti. Concédeme, Señor mío, que conozca lo que te desagrada

para enmendarme, Señor quita de mí, todo lo que te desagrada, y haz de mí lo que quieras. Señor no siento perder los consuelos de sentir en mí tu gracia, lo que sí siento, mi amado Dios y Señor mío, es perderos a vos, que sois todo mi consuelo, toda mi alegría y bienaventuranza. Si vos estáis conmigo, no temo padecer sin consuelos; lo que temo, Señor mío, es que enojado con mis pecados me dejéis.

Este día, se ocupaba mi alma en estas cosas y otras semejantes, y me hacía estar tan desolada, que fui a preguntar a V. si le parecía que habría desagradado a mi Dios con alguna cosa que no conocía, además de lo que yo siempre conozco, pues de lo conocido sabía que me había confesado con verdadero dolor.

Mi alma recibió consuelo cuando V. me dijo: que no. Pero con todo seguí con la sequedad todo el día.

Hice lo que pude de lo ordenado, pues en estos días, he perdido y estoy dejando de hacer muchas cosas de las devociones, unas porque no puedo, y otras porque se me olvidan.

El Señor tenga misericordia de mí, me perdone mi demasiada delicadeza y descuido en su santo servicio, y me dé su gracia para servirle con fortaleza y fidelidad en lo poco y en lo mucho, como espero de su bondad.

Sea alabado, engrandecido y amado por todos los siglos de los siglos. Amén.

Dios sea bendito y alabado. Amén.

Día 11. Amanecí con recogimiento en la presencia de mi Dios, y así hice todo lo acostumbrado. Me preparé para la comunión, ofreciéndome rendida a la voluntad de mi Dios, y pidiéndole: que quitara de mí todo lo que no le agradara, con el deseo de darle el honor y gloria que le debo como a mi Dios. Le pedía: que no permitiera que hiciera, como hicieron los judíos, que en este día lo obsequiaron, y al poco lo aborrecieron. No permita mi Señor que haga tal cosa.

Después de comulgar con la unión más íntima se acabaron del todo los temores, pues tenía la certeza de que mi amabilísimo Dios estaba en mi alma, y la encendía en amor y agradecimiento. Así pasé el día llena el alma de gran consuelo, y el cuerpo con mucho padecimiento. Oí la misa con bastante trabajo, y al instante me tuve que ir a la cama, de lo riguroso que era el dolor de la cabeza y del corazón.

Pensé, si mi Dios me habría dado estos dolores tan fuertes, por mi incredulidad del día anterior, cuando pensaba que eran naturales, y no por otra causa particular.

Pedí perdón y le di gracias a mi Señor por la misericordia que había tenido conmigo, dándome a gustar una corta parte de lo mucho que sufrió por mi amor.

Seguí recogida todo el el día, dando gracias a mi Dios, alabando su bondad y contemplando sus divinos atributos. El alma cada vez se encendía más en el amor de este Dios tan digno de ser amado, deseando con ansia que lo amaran todas las criaturas, y sintiendo sus ofensas.

Dios sea bendito alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Abril 12. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Hice lo acostumbrado, y me preparé para la comunión; después fue la unión más íntima con mi Dios que se dignaba que lo recibiera, Dios y Hombre verdadero.

Pasé la mañana con recogimiento, en actos de agradecimiento, de alabanza, de adoración y de dolor de mis ingratitudes.

Por la tarde no fue tanto el fervor, pero tenía la presencia de mi Dios, con lo que pasé bien los trabajillos que hubo.

Dios sea bendito. Amén.

En los días 12, 13 y 14, estuve con recogimiento en la presencia de mi Dios, contemplando en el gran beneficio de la Redención, y haciendo continuos actos de agradecimiento por mí, y por todas las criaturas. Sentía que se perdiera, en tantas almas, el fruto de la Redención, y pedía de continuo por la conversión de todas las almas. Me dolían las ofensas a mi Dios, y muchas veces me ayudaban las quejas de mi Señor, por el poco caso que le hacían, aún las mismas almas cristianas, que han recibido la luz de la fe en su santísima Pasión. Le pedía más por estas almas, y daba gracias a mi Dios por ellas, deseando desagraviarlo del mejor modo posible.

Estas fueron todas mis ocupaciones estos días, y además ofrecerle a mi Señor todo lo que padecía por estos fines, unidos con los méritos de su santísima vida, Pasión y muerte.

El último día, me dio mi Señor el deseo de poder asistir a los oficios de Semana Santa, y le pedía a mi Señor: que si era de su agrado, me aliviara de lo que me impedía poder asistir al coro con todas, aunque padeciera antes o después; pero a poco de esta petición me estrecharon todas las cosillas, de modo que me pareció que era imposible poder estar fuera de la cama.

Hice un acto de conformidad, y me quedé contenta con lo que mi Dios quisiera.

Cerca de la hora de tinieblas[336], me sentí tan aliviada, que me fui a una tribuna a experimentar si podía sufrir el ruido del coro, y vi que no solo eso, sino también ir leyendo, cosa que aquella mañana, no podía poner la vista en nada. Se me quedó mi cabeza, como si no hubiera padecido tanto, y después, no tuve particular novedad. Le di gracias a mi Dios, pues conocí que me había concedido lo que había pedido: que unida con mis hermanas lo alabara y le agradeciera tan grandes beneficios.

Dios sea bendito por todo.

Día 15. Desperté con recogimiento y fervor, hice lo acostumbrado y me preparé para la comunión.

Este día, nos recuerda la Santa Iglesia la institución de este Santísimo Sacramento; el alma se derrite a la vista del fuego de este amor, y no sé qué decir, padre, porque no sé cómo estuve este día a la vista del divino e infinito amor, de haberse quedado mi Señor y Dios en el sacramento. Tanto en el coro, como fuera del coro, no podía ni tenía entrada en mis potencias otra cosa; solo podía alabarlo y darle gracias por mí y por todas las criaturas, sentir sus ofensas, pedirle perdón, desear y pedir: que todos correspondiéramos al amor de este Señor. Otros ratos no hacía nada, porque este amor de mi Dios me dejaba sin poder hacer nada más que amar.

[336] En esa época, los tres días del Oficio de Tinieblas comenzaban el Miércoles Santo por la tarde. Posteriormente la liturgia los puso el Jueves, Viernes y Sábado Santos.

Esto es lo que mi Dios hizo conmigo este día, pues quiso que hasta la salud estuviera más fuerte que otros días, para que no tuviera impedimento y pudiera estar en el coro.

El alimento cuaresmal, que se me había negado, me mandó la madre correctora, que fuera a comer aquel día con todas de los alimentos más acomodados que hubiera. Me quedé más libre de pensar en nada de esto, y conociendo que mi Dios cuidaba de mí, todo eran motivos para avivar más en mi alma el amor y agradecimiento a mi Dios.

Por la tarde, estuve rezando con todas el oficio, como si nunca hubiera estado mala, pues solo tenía el dolor del corazón, y éste no me impedía nada.

Estaba pensando quedarme por la noche, como he dicho, pues habiendo asistido al coro todo el día desde las cuatro y media, y a todos los ejercicios de devoción y de obligación, si no había sentido novedad, es que estaba buena.

No temía quedarme en el cielo de la tierra, porque estando con nuestro amabilísimo Dios sacramentado por la fe, ya estamos gozando de la bienaventuranza.

Muchas veces, me parece a mí, que mi Dios misericordioso aviva la fe en mi alma. Aunque Dios está en todas partes, su humanidad santísima ésta en el cielo y en este sacramento, por lo que estando con mi Señor Sacramentado, ya estamos gozando toda la principal delicia del cielo el alma se olvida de todas las cosas terrenas, y goza de gran consuelo, por eso digo: que es el cielo en la tierra.

Como he dicho, estaba pensando en no irme, pero a las diez, me vio la madre correctora, y me mandó que me fuera al instante a la cama. Así lo hice, y no tuve bastante tiempo para meditar en la Pasión de mi Señor, ofrecerle aquellos trabajillos, darle gracias, y pedirle: que no se perdiera en mi alma, ni en ninguna, si era posible, el fruto de la Redención.

Así acabé este día y empecé el otro.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Madre y Señora también.

Bendito sea Dios.

Bendito sea Dios.

Abril 16 y 17. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Solo recuerdo de estos dos días, que estaba recogida en la presencia de mi Dios, cuidadosa de aprovechar las ocasiones de ejercitar las virtudes. Meditaba en su santísima Pasión, y en los dolores y soledad de mi Señora y Madre, con afectos de agradecimiento, de dolor y de amor a este Dios de las misericordias, y de toda bondad.

Dios sea bendito. Amén.

“parecía que me iba a volver loca”

Día 18. Me levanté bien temprano, eran las cuatro, pero no fue por estar mala. Algunas veces, mi Dios me da un género de fervor que sana el cuerpo y le da fuerzas, como en este día por la mañana. Me preparé para recibir a mi Señor, y después de comulgar, fue muy íntima la unión, con lo que quedé de forma que solo podía amar.

Unas veces recibía mi alma tanta dulzura y consuelo, que parecía que se derretía; otras veces, le daba gracias por su Pasión, muerte y Resurrección, y me parecía que lo tenía, como de asiento en mi corazón, donde me daba a conocer, lo que había hecho para merecernos la gloria, y los ejemplos que nos había dejado para que siguiéramos sus pasos para ir a ella.

El alma, con afectos de agradecimiento, le daba más gracias, y se encendía más en amor.

Pero por la tarde, no sé cómo estuve; me dieron unos ardores tan fuertes, que me parecía que me iba a volver loca. Mi pensamiento estaba en Dios, como parado, sin poder hacer nada; no sé si sería mi delicadeza, en no esforzarme. Me iba por los patios, no iba al coro ni podía estar con nadie, pues ninguna conversación me agradaba. La que me agradaba era la de mi Dios, y ésta tenía que dejarla, porque me encendía mucho y me ponía peor. Yo no sé qué era esto.

Dios sea bendito. Amén.

Día 19. Éste fue como el de ayer.

El día 20 por la mañana, fue lo mismo que los anteriores.

Por la tarde, ya no estaba como en los dos días dichos, pues podía usar de mis potencias, que parecía que habían estado como sin libertad para nada, y ahora ya podía pensar en otras cosas.

Dios sea bendito. Amén.

Días 21 y 22. Estos dos días, también fueron iguales: unos ratos estaba muy fervorosa, porque de pronto encendía mi Dios mi alma en su amor, y otros no era tanto; aunque quedaba con recogimiento y cuidadosa, y procuraba no olvidarme de todos los ejercicios de las virtudes, interiores y exteriores.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos. Amén.

Día 23. Me levanté con trabajo, para no perder la comunión; después, aunque me costaba bastante, me quedé levantada para que no conocieran que estaba peor, porque tenía que ir al torno, al día siguiente, y no quería quedarme sin ir, como acostumbro, a pasar toda la semana en el torno, y tenía confianza en que al día siguiente, estaría aliviada. Esto me hizo pasar más trabajos, pues violentando la naturaleza me pongo peor, y no podía hacer casi nada en los actos de las virtudes, más que con paciencia, y recogimiento en la presencia de Dios, conformarme con su voluntad.

Pero esta tarde, no tuve perfecta conformidad, al saber que me prohibían ir al torno. No tenía conformidad, porque no aceptaba que Dios lo permitía así, sino porque creía que lo habían dispuesto las criaturas. Después lo sentí, pedí perdón a mi Dios, y le di gracias, porque me había dado ocasión de mortificarme con aquellas cosillas que habían resultado de todo esto, y porque las sufría, y estaba mortificada.

Dios bendito.

“le agrada más, la pronta voluntad de obedecer”

Abril 24. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis sentidos y potencias. Amén.

Este día, al levantarme no hice lo acostumbrado. Estaba algo inquieta, porque no podía cumplir con mi obligación por causa de mi mal. Aunque en todo me conformaba con la voluntad de mi Dios, tenía alguna desazoncilla, pues la imaginación no dejaba de traerme pensamientos importunos, nacidos del amor propio que siempre ha sacado tanta parte en todas mis obras.

Entonces no lo conocía, pero después sí lo he conocido con sentimiento, pues veo que algunas veces se levanta, porque no hay en mí verdadera humildad y conformidad perfecta con la voluntad amabilísima de mi Dios. Si fuera así, no sentiría tanto las faltas, que no está en mis manos remediar, porque no las conozco. Si estuviera serena, vería que el mismo que me manda trabajar, me manda descansar, no me causaría fatiga ni lo uno ni lo otro, y le daría gracias a mi Dios. Pero algunas veces se levantan deseos contrarios que me dan alguna guerra. Gracias a mi Dios que me ayuda para que la voluntad esté firme y no quiera otras cosas más que las que mi Dios quiere.

Los días que se levantan estos deseos, como me ha sucedido en éste, le pido a mi Dios: que no atienda a los deseos de mi corazón, si no son conformes con su santísima voluntad, pues sabe que solo quiero lo que quiera, y que haga en mí, y de mí, todo lo que sea de su agrado.

Estuve todo el día haciendo continuos actos de conformidad con todos los pensamiento que me venían, pero me fatigaba, porque me parecía, lo que he dicho, que no había en mí aquella conformidad que debía tener, pues deseaba cosas contrarias a lo que Dios disponía, y mis deseos, aunque apaciguando el amor propio, huían de la mortificación, no llevando la pureza de intención que debía, sino buscándome a mí, en muchas cosas.

Cuando lo conocía, con más cuidado hacía los actos de conformidad, y pedía perdón de las muchas faltas que he tenido en toda mi vida. Porque no examinaba el fin al que me dirigía, no tenía un conocimiento claro de lo que hacía, y por eso, no conocía que no iba puramente buscando la gloria de Dios. Pensar en esto, era como una costumbre, pero no lo examinaba, y por esta causa he tenido muchas faltas.

Dios tenga misericordia de mí, y perdone tantas faltas y descuidos en su servicio.

Bendita sea su misericordia que me da luz para conocerlo y sentirlo, y gracia para enmendarme. Así lo pido y deseo cumplirlo con la ayuda de su gracia, que espero conseguir por los infinitos merecimientos de mi Señor Jesucristo, y la poderosa intercesión de mi Señora y Madre María Santísima.

La lección no la hago ningún día, por temor a ponerme peor, pues algunas veces he tomado algún libro, y no me he encontrado con disposición para leer. Por hacer algo, desde que estoy mejor, y en parte obedecer, podía haber leído aunque hubiera sido cuatro renglones, y hubiera adelantado, dando a mi Dios gusto, pues le agrada más la pronta voluntad de obedecer, que la grandeza de la obra.

En este día que lo estoy escribiendo, lo he conocido y lo he cumplido.

Bendito sea mi Dios, y bendita sea mi amabilísima Señora y Madre, que con tanta misericordia me avisa de mis faltas para que me enmiende.

Bendito sea mi Dios.

Bendita su bondad.

¡Ojalá! supiera corresponder a tan gran misericordia y a tanto amor, con la más ingrata de todas las criaturas.

Bendito sea este Dios tan amante de las almas, que con tanto cuidado las busca, aun cuando están descuidadas.

Bendito sea.

Padre, no se espante V. aunque he sido tan ingrata y desagradecida a mi Dios, no pueden ni las más duras piedras dejar de deshacerse, cuando este Dios las toca con su gracia y su poder. Cuando le hace conocer a esta alma el mucho amor con que la busca, también le hace conoce los peligros para que no caiga, la llama si se descuida, y como el más amoroso padre, parece que no tiene más cuidado que buscarla para tenerla siempre a su lado.

A este Señor, no lo detiene la gran ingratitud de esta miserable criatura, y así se lo da a conocer.

Padre mío, no me parece que se pueda resistir, pues si pudiera daría gritos para manifestar la misericordia de mi Dios, y para que lo alabaran y dieran gracias por mí. Me parece que ni siquiera con repetir muchas veces: bendito sea mi Dios, se desahoga un poco lo que siento en mi interior.

Además de convidar a todas las criaturas para que alaben y den gracias a mi Dios y mi Señor, usted, padre mío, alabe muchísimo a mi Señor, dé V.R. gracias por mi, y pídale V.: que no permita que sea ingrata a tantas misericordias como hace conmigo, y que sea fiel amante, sirviéndolo, alabándolo, y cumpliendo en todo su santísima voluntad. Así sea, así sea.

Bendito sea Dios.

Abril 25. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día, hice lo acostumbrado al levantarme con recogimiento en la presencia de mi Dios, unos ratos fervorosa y otros no tanto, siempre estuve con recogimiento, cuidadosa de aprovechar el tiempo.

Por lo que he dicho, que unos ratos estaba fervorosa y otros menos, ya sabe V. R. lo que es: que unas veces recibe el alma más amor, y hace todas las cosas con mucho amor sensible, como una hija que su amorosa madre le está regalando con amorosos halagos, que son lo de menos, pues lo importante es conocer que la quiere. Aunque no le haga tantos halagos, está el alma en la presencia de su Dios con gusto, unas veces recibiendo más, y otras deseando manifestar su agradecimiento.

No conocí faltas voluntarias o conocidas, gracias a mi Dios.

Bendita su misericordia. Amén.

Día 26. Éste fue como el de ayer o aún más fervoroso, pues los continuos ratos en que mi amado Dios tocaba mi alma encendida en amor, eran más, y como Dios es tan grande y yo tan nada, me ponía como fuera de mí, y solo podía amar.

Conocía lo corto que era mi amor, y al menos me desahogaba con desear tenerlo, y eran tantos los deseos de que no hubiera en mí más voluntad que la de mi Dios, que con ansia le pedía a mi Dios: que quitara de mí toda voluntad propia, y solo hubiera

en mí, su santísima, amabilísima y justísima voluntad, que solo me reservaba la de ser toda de mi Dios, y desear que fuera conocido, amado y servido.

Con todas estas cosas, estaba fuera de mí, porque sentía mi alma tan unida a su Dios, como si fuertemente la tuviera abrazada. Las delicias que gozaba mi alma, no las puedo explicar, pues no tienen comparación con nada.

Bendito sea este Dios de amor.

Bendito sea por todas las criaturas.

Día 27. Estuve todo el día con recogimiento, aunque no fervorosa, pero pasaba con paciencia los trabajos del día, y se los ofrecía a mi Dios y Señor, teniendo presente su santísima Pasión, con lo que el alma se consolaba y animaba.

Dios sea bendito y alabado por todo. Amén.

Día 28. Me levanté con sequedad, y tuve todo el día muchos descuidos en el cumplimiento de las cosas ordenadas, le dí libertad a la imaginación, y no acudí a pedir la bendición y la licencia a mi Señor y a mi Señora y Madre. Como estaba distraída, hablaba más de lo necesario; aunque la conversación no fuera mala, no estaba atenta a mi Dios como otras veces, y sin aquel cuidado, no obraba el alma las virtudes interiores como cuando estoy atenta a mi Dios. Con frecuencia, lo conocía, pedía perdón, me enmendaba, pero volvía a caer en descuidos y faltas.

Cuando llegó la noche, me vi llena de pobreza, sin haber adelantado nada. Pedí perdón a mi Dios con dolor, y puse todo lo que pude de mi parte para resarcir las faltas del día.

Bendito sea Dios que tanto nos sufre.

Dios tenga misericordia de mí.

Días 29 y 30. Estos dos días estuve más recogida, y humillada con la presencia de mi Dios; conociendo su bondad y mi mala correspondencia, le pedía perdón, y con frecuencia lo alababa; porque me había sufrido con tanta misericordia, estuve más atenta para aprovechar todas las ocasiones.

No conocí faltas. El último día, tuve muy trabajosa la salud, y con todo, estuve atenta a mi Dios para todo.

Bendito sea por siempre.

Dios sea por siempre alabado.

"No consiste en lo mucho ni en lo grande"

Mayo 1. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento, aunque no fervorosa, en la presencia de mi Dios. Aprovechaba las ocasiones, como tengo dicho otras veces, como el hijo que se halla en la presencia de su padre, no ha cumplido como debe y arrepentido y humillado desea desagraviarlo; con frecuencia le pide perdón, y espera tener ocasión de hacerle algún servicio.

Pasé este día, haciendo lo que podía, con sequedad, aun en la comunión.

Saqué conocimiento de mis faltas, y como las veía con claridad, me humillaba y pedía perdón, procurando enmendarme, pues todo eran descuidos.

No consiste en lo mucho ni en lo grande, sino en el celo y cuidado en hacer las cosas por Dios. Si hay descuido, se deja que se pierdan muchas cosas, que aunque parece que no tienen nombre, agradan a mi Dios, viendo que el alma pone cuidado en agradarlo y da muestras de amarlo en lo que puede.

La que no tiene cuidado de aprovechar hasta la más mínima ocasión en el servicio de su Dios, es perezosa, y no corresponde a lo que debe. Como si un pobre que debiera una cantidad grande, no quisiera pagarla hasta que pudiera pagarlo todo, siendo esto muy difícil, se podría decir: que no tiene mucho deseo de pagar. Si al contrario se ve que este tal pobre procura agenciar, aunque fuera un ochavo, y dando gracias por lo que le quedaba, se lo diera al señor, al que tanto le debía, se puede decir: que éste tiene gana de pagar, y el señor a quien le debe, le agradará aquel cuidado, de modo que encima de lo que le debe, le ofrecerá más, si lo necesitara, viendo su celo y fidelidad para pagar, y que si no lo hace, es por su mucha pobreza.

Padre, de este modo me parece que fueron los conocimientos que yo he tenido, tocantes a este tiempo de enfermedad, donde algunos días he tenido muchos descuidos, en las cosas ordenadas por V.R. con el pretexto de no poder hacerlas. Ahora conozco, que tampoco he puesto de mi parte lo que debía, según esta luz. En este día, y con estos conocimientos, estuve cuidadosa y humillada en la presencia de un Dios, a quien tanto debo, y tan mal correspondo, y que solo hago algo, a fuerza de muchos avisos.

Le pido perdón, y bendita sea la misericordia infinita de mi Dios.

Bendito sea.

Bendito sea por todas las criaturas.

Todas lo alaben, y le den gracias por mí, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 2. Éste fue casi como el anterior; aunque la salud estaba muy penosa, no se me olvidaba lo del día de ayer. Mis dolores me hicieron estar, casi todo el día, en la cama, pero estaba cuidadosa para no dejar los actos de las virtudes interiores de fe, esperanza, caridad y religión, adorando, con mucha frecuencia, a mi Dios y ofreciéndome para que hiciera de mí su santísima voluntad.

Se aumentaban en mi alma, cada vez más, unos deseos tan vivos de hacer la voluntad de mi Dios, que con un deseo grande, le pedía a mi Dios: que me diera ese consuelo, que no hubiera en mí más voluntad que la suya ni más cuidado que el de agradarlo y cumplir su voluntad, solo por darle gusto.

Así de bien pasé todo el día en el espíritu, y padeciendo con el cuerpo.

Por todo, sea mi Dios alabado, y glorificado, y amado por todas las criaturas. Amén.

Día 3. Este día, en todo fue como el de ayer, aunque los consuelos fueron mayores, porque el amor más sensible conoce que es tan nada para lo que Dios se merece, que desea amarlo con ansia. Lo pide, lo desea, y esto le causa al alma consuelo.

En esta ocasión, está el alma tan libre de apetecer nada de lo creado, que nada tiene entrada, más que solo su Dios. A éste solo quiere amar, a éste solo quiere

agradar, solo de éste es su pensamiento, y esto le levanta una llama que la abrasa, y en ella quisiera consumirse dulcemente.

Padre, me parece que estaba mi alma muy unida a mi Dios por amor y conformidad, pues no tuve en este día más voluntad que la de mi Dios, y a éste solo atendía.

Dios sea bendito, alabado, glorificado, ensalzado, servido, amado, y reverenciado por todos los siglos de los siglos. Amén.

Mayo 4. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día me levanté con recogimiento y fervor, y así me preparé para la comunión, como acostumbro. Después de la comunión fue más el fervor por la unión más íntima. El alma se encendió más en el amor de la suma e infinita bondad de este amorosísimo y amabilísimo Dios de infinita majestad, se quedaba como absorta, y deseaba amar más y más.

Toda la mañana estuve fervorosa y cuidadosa de aprovechar las ocasiones, que se ofrecían, de poder hacer algo por mi Dios, y por mis prójimos para agradar a mi Dios.

Por la tarde, estuve menos fervorosa, pero hice lo ordenado.

Dios sea bendito.

“eran tan grandes los incendios de amor…”

Día 5. Me levanté con recogimiento y fervor. No puedo explicar cómo estuve este día, sino con lo que ya tengo dicho de otros, pues estaba mi alma como un niño en los brazos de su amorosa madre, que por el gran amor que le tiene, lo abraza, lo arrima a su pecho, y lo besa y acaricia con gran amor.

Padre, así me parece que sentía mi alma, que mi amabilísimo Dios hacía conmigo este día; eran tan grandes los incendios de amor, que con mucha frecuencia se levantaban, que parecía que me iban a quitar la vida, me sacaban de tino, y tenía que ocultarlos. Se me estrechó el dolor del corazón, de modo que, me hizo quejarme recio, sin poderlo remediar, pues parecía que me lo pasaban con alguna cosa encendida[337], y todo el pecho parecía que reventaba. No podía hacer nada, pero el alma estaba tan contenta, que no podía serlo más, pues estaba toda en su Dios.

Por la tarde, aunque recogida, no estuve tan fervorosa.

Hice lo acostumbrado.

Dios sea bendito y alabado. Amén.

Día 6. Me levanté con recogimiento, fervorosa y cuidadosa de aprovechar las ocasiones de agradar a mi Dios. La oración no fue de tanto recogimiento como otros días, aunque lo procuré.

Hice lo ordenado, y no conocí faltas.

Dios sea bendito. Amén.

[337] Transverberación como santa Teresa.

“no es triste ni amarga”

Día 7. Me levanté con recogimiento y humillación, por el conocimiento de mi nada, que quiso mi Dios concederme. Es uno de los mayores beneficios que me concede mi Señor, pues me hace ser humilde sin dificultad. No puede ser otra cosa, conociéndome a mí, y conociendo a mi Dios. ¡Ojalá! este conocimiento no se oscureciera, porque es tan útil, que me hace amar mucho a Dios, y conocer más su bondad y misericordia, llena el alma de una gran esperanza. Esta humillación del alma, no es triste ni amarga, sino confiada y amorosa, porque desconfiando el alma de sí misma, pone toda su confianza en este Dios de bondad, que la conoce, y quiere ayudarla. Esto la llena de gran consuelo, le da gran ánimo para atender solo a su Dios, que le ocupa todas sus potencias, que no la deja atender más que a lo que su Dios ha hecho por esta alma, quién es este Dios, quién es ella, y cómo ha correspondido; y para que se conozca, le dá una clara luz.

Padre, esto es lo que mi amantísimo Señor y Dios amabilísimo concedió a mi alma en este día.

En particular, después de la comunión, fueron mayores estos conocimientos, como un padre amoroso, que con amorosas palabras, manifiesta a su querido hijo sus descuidos y desatenciones; para que se enmiende, y no dé lugar a que lo tenga que castigar, le manifiesta el amor que le tiene, y si es fiel en cumplir su voluntad, lo tendrá siempre propicio.

Todo esto, es lo que en este día no lo tuve por palabras, sí por conocimiento. Particularizando; estas cosas me iba llevando de vuelta a la enseñanza, de los ejemplos de mi Señor y Esposo y de mi Señora y Madre, a quien debía imitar en todas las virtudes, para lo cual me ayudaban. Mi alma quedó consolada y llena de agradecimiento, a la vista de tan gran misericordia, y con este agradecimiento, daba gracias, sentía mis faltas y pedía perdón. Animosa, deseaba ser toda de mi Dios, y pedía de veras: no ser tan ingrata.

Bendito, alabado, reverenciado, amado y conocido sea por todas las criaturas, el Dios de inmensa majestad y poder, Dios de infinito dominio y sabiduría, incomprensible, en todas sus obras justo, recto en su juicio, todo amable, amoroso, benigno, suave, amoroso y liberal.

Bendito sea. Amén.

“haber sido la causa de que una criatura se mortificara”

Mayo 8. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis sentidos y potencias. Amén.

Me levanté con recogimiento, como ayer. Conociendo mi miseria, deseosa de corresponder a mi Dios en todo lo que pudiera. Ayudada de su gracia, hacía mi Dios que conociera lo que podía hacer yo sola por mí, y cada vez que iba a faltar en aquellas cosas que deseaba hacer mejor, apenas empezaba a hacer lo contrario de lo que deseaba hacer por mi Dios, al instante me avisaba misericordioso, y no me dejaba que faltara. Esto, renovaba en mi alma el conocimiento de mi nada, y de su gran bondad, me hacía amar o desear amar más a mi Dios, y agradecerle tantos beneficios.

Parece que se toma con empeño el cuidado de mi alma, admite mis primeros deseos, y no atiende a la miseria de la frágil naturaleza.

Bendito sea este Dios tan bueno y tan digno de ser amado.

¡Ojalá! que yo le amara de veras, con un amor verdadero y constante, y no con el amor tibio, como lo dicen claramente mis muchos descuidos. A mi Dios le digo: que misericordiosamente, me dé lo que manda[338], pues no puedo tenerlo por mí, y que me lo dé, pues yo lo deseo, y lo pido.

La mayor parte de la tarde, estuve lo mismo, pero algunos ratos, estaba algo distraída, porque la imaginación estuvo más inquieta; aunque yo no quería, me molestaba.

Tengo algún temor, de haber sido la causa de que una criatura se mortificara. Me parece que lo que le dije no era causa para eso, pues lo dije con buenos modos, y en forma de satisfacción. Fue que no había hecho una cosa, que había tenido proporción, y muy alterada me dijo la causa. Yo le dije: que no hacía bien, dejándose llevar de la pasión, y no buscando la virtud. Con paz, le dije unas pocas palabras, aludiendo a las respuestas, que me parecía que no debía callar, pues en mi corazón sentía que la tal criatura le daba mucho aumento a unas nadas. Una de las cosas que le dije fue: que no tenía que sufrir por la importancia que su imaginación le daba a las cosas; que estaba viendo que no tenía que hacer caso y hacer cada una lo que debe; que la cosa no era para que se pusiera tan fatigada, pues si fueran cosas grandes, ¿qué haría?

Esta última palabra que le dije, todo con tiento, y solo con el fin, de que, si ahora no le sirviera por estar mal dispuesta, le serviría después, pudo haberle sido más sensible. No sé si erraría en esto; yo no he tenido fatiga, pero según las circunstancias de lo que era o no era importante que le hiciera, no pensaba que podía haber sido ocasión de desazón. Si tuve culpa en ello, ya he pedido a mi Dios perdón y lo pido por esta criatura, que me parece que la combate mucho el enemigo. Dios la asista para que no se pierda, sino que venza al enemigo, y a sí misma.

Dios sea bendito, y tenga misericordia de mí, y de todas las criaturas. Amén.

Día 9. Me levanté con recogimiento y fervor, y después de la comunión fue más, por la unión más íntima. El alma, con el conocimiento mayor de la grandeza y majestad de este Dios, se encendió más en el deseo de amarlo, solo porque lo merece.

Así estuve toda la mañana, aprovechando todas las ocasiones en que podía hacer algo con mi Dios.

Por la tarde, no estuve tan fervorosa, pero sí con presencia de mi Dios, haciendo lo que podía.

Dios sea bendito. Amén.

Día 10. Pasé la mañana, con recogimiento en la presencia de mi Dios, pero con sequedad; después, algo distraída en las cosas que hacía, falté a los actos de las virtudes interiores.

Por la tarde, estuve unos ratos distraída y otros con mucho recogimiento. La distracción no era por falta de cuidado, pues el alma no daba entrada ni quería dar

[338] San Agustín.

oídos a la imaginación, que estaba inquieta y sin cesar de dar golpes, y no hacía más que molestar en la puerta, pero no entraba dentro.

En el oficio divino, estaba con tanto recogimiento, que apenas podía rezar, porque me parecía que tenía en mi alma a toda la Santísima Trinidad. Con más conocimiento de este misterio, se quedó el alma tan encendida en amor, que tenía que hacerme fuerza para rezar.

Dios sea bendito y alabado por los siglos de los siglos. Amén.

Mayo 11. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento en la presencia de mi Dios, y estuve todo el día con alguna sequedad, unos ratos más fervorosa, porque en los de más fervor, sentía o conocía la presencia de mi Dios, que encendía en mi alma su amor, y el alma obraba todas las cosas con más fervor, como si no sintiera la carga. En los otros ratos de menos fervor, obraba sintiendo la carga, porque la falta de salud, cuando no está el alma tan fervorosa, me incomodaba más, pero hacía lo que podía, aunque fuera con trabajo.

No he conocido faltas, y pido perdón a mi Dios por las no conocidas.

Por todo sea bendito. Amén.

Día 12. Este día hice lo acostumbrado al levantarme. Estuve por la mañana con recogimiento, no fervorosa, pero aprovechando las ocasiones y ejercitando las virtudes interiores.

Por la tarde, muchos ratos estuve distraída y no estuve cuidadosa ni atenta a la práctica de las virtudes interiores.

Estas son las faltas que conocí este día.

Dios tenga misericordia de mí, y sea alabado por siempre por todas las criaturas. Amén.

Día 13. Hice lo acostumbrado al levantarme con recogimiento, pero no fervorosa, y la oración la tuve con sequedad.

Me parece que en todo hice lo que pude, aunque no sé si como debo.

Dios sea bendito. Amén.

Día 14. Hice lo mismo que ayer, me preparé para la comunión, como acostumbro, y después de la comunión, estuve con más recogimiento, aunque no tanto como otros días.

En la mañana, seguí ejercitando las virtudes interiores, y exteriores. La oración fue fervorosa de la Pasión de mi Señor, y mis propósitos eran: imitarlo, cuanto pudiera, ayudada de su gracia. El alma quedó llena de afectos de amor, de agradecimiento, y dolor por mi mala correspondencia.

Por la tarde, no estuve en la oración como por la mañana, pues tuve más sequedad, y algunas distracciones involuntarias.

Hice lo acostumbrado, y no conocí faltas, pues en las distracciones ponía de mi parte para desecharlas, y estar con recogimiento.

Dios sea bendito.

“es una luz que mi Dios da al alma”

Día 15, hasta el 20. Me parece que hice todo lo que pude, pero no tanto como quisiera, por mi falta de salud. Lo hacía todo sin fervor extraordinario; como quien lo hace por obligación o lo debe hacer de justicia, no repara en el trabajo que le cuesta, pero sí en el deseo de cumplir. Aunque no tenía consuelos, estaba cuidadosa en hacer cuanto podía por mi Dios que tanto merece ser amado y servido.

Mi continuo pensamiento era sobre la bondad y grandeza de mi Dios, de lo que me resultaba un gran deseo de amarlo y servirlo, aunque por ello no tuviera ni esperara premio alguno; esto me hacía obrar más cuidadosa, pero con trabajo.

En estos días, no me faltaron algunos consuelos; fueron menos que otras veces, pero con la unión más íntima, el alma se encendía en amor.

Uno de estos días, en la oración, tuve una reprensión por conocimiento, que es una luz que mi Dios da al alma, le hace conocer lo que quiere de ella, y que no ha cumplido como debe. El alma queda con gran humillación; conociendo su ingratitud y la infinita bondad de Dios que la sufre y tolera, siente mucho sus faltas y llena de humilde agradecimiento, pide perdón llena de doloroso amor.

En esta ocasión, tenía a la vista mis muchas omisiones, durante este tiempo que estuve separada de las inquietudes del oficio. Debía haber estado más atenta para practicar las virtudes interiores, y he tenido muchos descuidos, la mayor parte cuando estaba mejor, porque me distraía con las criaturas. Quedé advertida de mi ingratitud para que me enmendara, con el repetido co…[339].

Mayo 27. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis sentidos y potencias. Amén.

Me levanté con recogimiento y fervor, considerando el misterio del día, la Ascensión del Señor. Le daba a mi Señor las gracias, por el beneficio de la Redención, pues habiéndonos ganado el cielo, nos abrió las puertas para que le gozáramos eternamente.

Alabada sea su gran misericordia y bondad.

En la comunión, fue más íntima la unión, y el alma, más encendida en amor, deseaba: que no se perdiera en ninguna alma el fruto de la Redención. Conociendo las muchas que pierden, por su culpa, tan gran bien como les ha ganado su Redentor, y viendo los pecadillo de estas almas, se afligía mi corazón. Conocía la dicha de los que se aprovechan y buscan de veras a su Señor, en aquellas palabras y oración que hizo mi Señor, pidiendo por estas almas, y no por el mundo ni por los amadores del mundo, que ciegos, corren tras la vanidad y mentira, y no quieren vivir bajo la bandera de la Santa Cruz. Por estos no oro, porque no lo quieren conocer ni seguir.

¡Oh qué dolor!

¡Oh almas! ¿Qué os ha hecho este Dios para que no lo queráis seguir? ¿Qué más podía haber hecho que lo que ha hecho? Solo su infinita sabiduría podía haber inventado mayores excesos de amor. Solo su bondad, su liberalidad y sabiduría infinita, podían haber hecho esto con nosotros, a fin de ganarnos para que le gozáramos, solo por buscar nuestro bien sin necesitarnos para nada.

[339] Falta texto.

¡Que todo esto sea despreciado, y no amen a un Dios que tanto nos ama!

De estas consideraciones, sacaba tanto deseo de amar a mi Dios, y de que todas las criaturas lo amaran, que era una de mis peticiones más continuas. Al mismo tiempo le pedía a mi Señor: que ofreciera a su Eterno Padre todos sus méritos, y por ellos concediera eficaces auxilios de gracia a todos los pecadores y la gracia final a todos los justos, y que los multiplicara para que hubiera muchas almas que lo amaran y sirvieran.

Con estos y otros deseos y peticiones semejantes, pasaba entretenida hasta la hora de nona, que me dio mi Dios mayor recogimiento.

Contemplaba en este misterio con tanta viveza, que me parecía que me hallaba presente en la subida de mi Dios-Hombre a los cielos, y al lado de mi Señora y amabilísima Madre, a quien pedía: que me alcanzara de su santísimo hijo, el perdón de mis ingratitudes, y me diera su bendición. Esperaba humillada, con el conocimiento de mi miseria, y me parecía que mi Señora lo pedía, y que mi Señor me echaba su bendición, causándome tan gran consuelo, que no lo sé explicar. Al mismo tiempo, me parecía que mi dulce Madre me decía:

-Agradece, hija mía, tan grandes beneficios; atiende a la infinita bondad con que tu Dios ha puesto en ti sus divinos ojos, y no le seas ingrata, pues entre millares te ha escogido, sin mérito alguno de tu parte, y ¿cuál ha sido tu correspondencia?

A esto le siguió una renovación de la luz para conocer más, lo mucho que debo a mi Dios.

No puedo explicar los efectos que causó en mi alma de amor, agradecimiento y humillación. Volví a acudir a mi amada Madre, suplicándole: que diera por mí las gracias a mi Dios, y que misericordiosa, me ayudara como madre, me enseñara como maestra, y me mandara como señora, pues quería ser toda de mi Dios, y deseaba agradarlo en todo, y cumplir su santísima voluntad. Manifestándole mis miserias, le pedía: que me alcanzara que viniera a mi alma el Divino Espíritu, la purificara, y la adornara con sus divinos dones para que lo agradara en todo.

Me parecía que me lo concedería, si yo correspondía fiel.

Abstraída de todas las cosas, solo atendía a buscar la mayor gloria de mi Dios, y para esto, el alma recibía la inteligencia de cómo había de practicar las virtudes, y cómo tenía que vivir para mi Dios; y esta gra…[340].

Día 28. Seguí con recogimiento y con sequedad, pero con el alma cuidadosa, y bien dispuesta para hacer todo lo que fuera del agrado de su Dios.

Hice lo ordenado.

Dios sea bendito.

Día 29. Me levanté con recogimiento, y desde el principio de la mañana, conocí la protección amorosa de mi Señora Madre, como he dicho en otros días de sábado. No la veía, pero me parecía que la tenía junto a mí, ayudándome con particular cuidado, no con palabras, sino, como he dicho otros días, por un conocimiento sacado del dechado de virtudes que se me ponía a la vista, con los ejemplos de mi Señor, en toda

[340] Falta texto.

su santísima vida, y los de mi Señora. Me hacían conocer con claridad, y me animaban a la imitación, con la memoria de lo mucho que he recibido y la obligación precisa de corresponder con perfección, siguiendo estos ejemplos. Todo esto lo entendía el alma, y también, conociendo su flaqueza, temía no poder corresponder como conocía que debía y estaba obligada. Por eso, acudía a mi querida Madre, manifestándole mis deseos y mi mucha flaqueza, y me parecía que me decía mi dulce Madre: que no temiera, porque si era fiel en hacer de mi parte lo que pudiera, sería mayor la gracia que recibiría del divino Espíritu, que renovaría sus divinos dones en mi alma, y todo lo harían fácil. Me prometía su amorosa protección, y que me amaba como amorosa Madre.

Tomé ánimo, y deseaba hacer todo con la perfección que conocía que quería mi Dios. Pero ¡Qué grande es mi miseria! ¡Cuántas faltas he tenido! Me parece que solo encuentro firme el deseo. Pero este mismo deseo no cumplido me causa temor, por si desagrado a mi Dios. Conozco que las faltas no son voluntarias, sino una advertencia, pero cuando doy un paso en mi conciencia, me hallo siempre con faltas en cosas que pudiera haber hecho y no he hecho por mi descuido, y por no estar tan vigilante como debo en el cumplimiento de las inspiraciones del Señor.

Siempre tengo que pedir perdón a mi Dios, a no ser que sea, en los días que todo lo hace mi Dios, como fue éste, que estaba como cuando una hija está delante de su madre, y ésta le va diciendo todo lo que debe hacer; así, no cabe descuido ni olvido ni temores, nada tiene entrada. Además me avisa de mis descuidos, y disimula mis ingratitudes. Aunque deprisa, la adoré, le di gracias, y quedé fervorosa, todo lo que quedaba del día.

Bendita sea mi amabilísima Madre y Señora, que tanto favorece mi alma, y bendito mi Dios, que me la ha dado por madre.

No me desamparéis, Señora y Madre mía, al verme tan miserable; que esto mismo sea motivo de vuestra compasión para esta alma, creada por Dios, y redimida con la sangre de vuestro unigénito para que lo ame y lo sirva, y que fue escogida por su bondad, para ser una de sus esposas.

Me avergüenzo, Madre mía, de mi mala correspondencia. Solo espero de vos, Madre mía, que me ayudéis y amparéis con vuestra protección, y me enseñéis a ser fiel a mi Dios, y agradecida a sus beneficios.

Agradecedlos por mí, y alabad a mi Dios.

Bendito sea Dios.

Bendito sea Dios.

Dios sea bendito y alabado. Amén.

Mayo 30. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén. Este día y el 31, solo puedo decir que fueron de recogimiento, y que estuve fervorosa, algunos ratos que hacía mi Dios que se encendiera el alma en amor; los demás ratos estaba con presencia de Dios, a quien deseaba agradar en todo.

No conocí faltas voluntarias, e hice lo ordenado.

Dios sea bendito.

Desde el día primero de Junio, hasta el día 5, fueron como los dos anteriores, con recogimiento, y a ratos de fervor, como he dicho, pero en este tiempo, el alma

cuidadosa de aprovecharse de las ocasiones, deseaba cumplir en todo su santísima voluntad, lo que causaba en mi alma una gran paz.

Como deseaba que en todo se cumpliera la voluntad de Dios, viniera la cosa como viniera, saber que Dios lo quería o que Dios lo permitía, daba consuelo a mi alma, aunque fueran trabajosas las cosillas que se ofrecían. Esta virtud de la conformidad, me parece que era la que más reinaba en mi alma, causándole mucha paz, y parecía que nada sentía ni deseaba ninguna otra cosa. Con todo, estaba pacífica, pues no tenía más deseo, que hacer la voluntad amabilísima y justísima de mi Dios. Los males del cuerpo, que esta semana estuvieron más trabajosos, los llevaba con serenidad y gusto en mi alma, dando gracias a mi Dios, y ofreciéndome a padecer todo lo que mi Dios quisiera para darle gusto.

Hice lo ordenado.

Dios sea bendito por todo. Amén

Día 6. Me levanté con recogimiento y fervor, contemplando la gran bondad de Dios para con nosotros, dándonos a su unigénito para que nos redimiera, y ganara la gloria que teníamos perdida, librándonos de la esclavitud del pecado, y para obligarnos más, nos enseñó con sus ejemplos y doctrina.

Sabiendo este Dios nuestra mala correspondencia, con todo, nos hace otro nuevo favor: nos dio al divino Espíritu para que nos llenara de fortaleza, y para desterrar las tinieblas, nos llenó de la clara luz de la fe, y nos hizo suave el camino de la cruz, que debemos seguir, hasta llegar a la patria.

Estas consideraciones causaban en mi alma muchos afectos de agradecimiento y amor, y grandes deseos de que este Divino Espíritu viniera a todas las almas; a la de los justos, para hacerlos más justos, y a las de los pecadores, con eficaces auxilios para que se convirtieran todas.

En este día, esta era mi continua petición. Solo deseaba que mi Dios fuera amado por todas las almas, y que agradecidas a este Dios de bondad, todas le sirviéramos y amáramos, porque lo merece, porque nos lo manda, nos fuerza a ello sin necesitar nuestro amor, solo para hacernos felices, y que gocemos de su eternidad y grandeza infinita.

Se afligía mi corazón al ver las muchas almas que, despreciando estos beneficios de su misericordia, se iban a quedar sumergidas en las tinieblas del pecado.

Padre, ésta fue la ocupación de mi alma. Conocía que tenía a mi Dios unido a mi alma, que le daba todos los afectos de amor, y a ratos eran muy grandes.

Como he dicho, recibir luz para conocer lo que Dios hace y ha hecho con las criaturas, lo pronto que está para remediarnos, si acudimos arrepentidos a su misericordia, y cómo he correspondido yo, son bastantes motivos para que se derrita el alma en amor, pues si solo por quién es, debe ser amado, ¿por cuántos otros motivos le debemos amar?

¡Ay Señor, Dios mío! ¡Qué pocos son lo que de veras te aman! ¡Cuán poco te he amado yo, Señor mío! Pero recibe, Dios mío, mis deseos, pues tú sabes que deseo amarte con todas las fuerzas de mi alma; que siento lo poco que te amo; y que quisiera, Dios mío, ser poderosa para hacer que todas las criaturas te amaran.

Yo deseo amarte por todas, con el amor de los más abrasados serafines, y si fuera posible, con el amor con que vos os amáis a vos mismo.

Bendito sea Dios, bendito sea.

Junio 7. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Desde este día 7 hasta el 12, no me acuerdo de cosa particular, ni de diferencia de unos días a otros, y si la hubo, no me acuerdo. Sí me acuerdo de que hice lo acostumbrado con recogimiento en la presencia de mi Dios, aunque no con tanto fervor como ayer. Tuve algunos ratos de fervor, pero lo mayor parte del tiempo, estaba con sequedad, o mejor dicho, no tenía el alma tantos consuelos, pero estaba a gusto, pues conocía la presencia de mi Dios.

Me parece que era, como cuando un padre le manda a un hijo trabajar, lo está mirando, y el hijo ve que su padre lo mira, pero que no le hace ningún cariño, aunque tenga el rostro afable. El hijo no lo echa de menos, porque se contenta, solo con que su padre esté contento, y le agrade lo que hace.

De ese modo me parece que estuve estos días. Mi amado Padre, mi Dios y mi Señor me daba trabajo, con la falta de salud, que estaba trabajosa, junto con las obligaciones, que aunque me costaba, me daba consuelo saber que mi amado Padre, Esposo y Señor me lo estaba dando, yo solo deseaba que le agradara mi trabajo. Si me diera muchos más, los recibiría de buena gana, por darle gusto. Me ofrecía gustosa para que hiciera de mí, todo lo que fuera de su agrado, y el alma estaba siempre serena, aprovechando las ocasiones que se ofrecían.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 13. Hoy celebraba la Santa Iglesia la Festividad de la Santísima Trinidad. Con recogimiento y fervor estuvo el alma ocupada en la contemplación de este misterio, recibiendo más luz para conocer lo que no se puede comprender. Yo no puedo explicar de este misterio, más que lo que nos enseña la doctrina cristiana. Como he dicho otras veces: es un solo Dios, y tres personas distintas. Un Dios sin principio ni fin. En las tres personas no hay desigualdad ni es una antes que otra, y todas tres son iguales en todo. El alma recibía esta luz, pero no sé explicarlo, y solo puedo decir: que estuve como anegada en este mar inmenso de mi Dios, infinitamente sabio y poderoso, que solo se puede comprender a sí mismo.

Bendita su infinita grandeza, y benditos todos sus divinos atributos y perfecciones divinas.

En este día me ocupaba en adorarlo, y bendecirlo, darle gracias y pedirle perdón.

Dios sea bendito y alabado por todas las criaturas, por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Día 14. Estuve todo el día, con recogimiento en la presencia de mi Dios, haciendo todo lo que podía con trabajo por la falta de salud, pero con paciencia y conformidad con la voluntad de mi Dios, deseando darle gusto.

La noche la pasé lo mismo, pues fue una de las muchas que paso sin descanso y padeciendo, y me parece que me apretó el mal más que otras. También mi Dios aumentó la paciencia en mi alma con tanta paz, y con el gusto interior, de que mi

Dios hiciera en mí su santísima voluntad, que no tenía otro deseo. Me ejercitaba en alabar a mi Dios, y en darle gracias, ofreciéndome. Así, el alma estaba ocupada, mientras el cuerpo padecía.

Cerca del día, como el cuerpo estaba tan rendido, me pareció que no podría levantarme a cumplir con la obligación, y haciendo un acto de conformidad le pedía a mi Dios, si era de su agrado: que me diera algún alivio para poder levantarme a cumplir con la obligación, y si no era su voluntad, no lo quería. Al poco rato, me pareció que decían:

-Piensa en mi corazón,
y la llaga de mi costado
ha de ser tu habitación.

El alma se puso más fervorosa con la memoria de la caridad de aquel Divino Corazón, y de todas las virtudes que por nuestro amor practicó para enseñarnos.

Dándole gracias y alabanzas, me quedé dormida un rato.

Desperté aliviada y fervorosa con mucho consuelo en mi alma.

Así seguí el día 15, **c**on la viva memoria de los ejemplos de mi Señor, deseaba imitarlo en las virtudes, y andaba cuidadosa, para poder imitar, en algo, a mi Señor y Esposo.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos de los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

Día 16. Me levanté con recogimiento en la presencia de mi Dios.

Hice lo ordenado.

Dios sea…[341].

“una pequeña candela”

Día17. Me levanté con recogimiento y fervor, con la memoria del inmenso amor de nuestro Dios en la institución de este admirable sacramento, que es un campo dilatadísimo, donde conocer la bondad, la misericordia, la liberalidad infinita con que se nos ha dado a sí mismo, y la paciencia con que sufre nuestras ingratitudes.

Con el entendimiento ocupado en estos conocimientos, la voluntad no tenía otra ocupación que amar ni otro sentimiento más, que lo poco que amaba a quien tanto debía, y deseaba con ansia poder corresponder con algo, y como por sí sola nada podía, pedía de veras la gracia de poder y saber corresponder agradecida a un Dios tan liberal, que se ha dado a sí mismo, a mí.

Ofreciéndome a este amorosísimo Esposo de mi alma, le decía, le digo y le diré siempre: que se digne recibirme; que toda, sin reservarme nada, quiero ser suya y que quite todo lo que haya en mí, que le desagrade para que haga en mí, y de

[341] Pensamos que terminaría como otras veces: “Dios sea Bendito”. No falta texto, porque continúa después con el día siguiente.

mí, su santísima voluntad. Deseaba agradarlo aun en la más mínima respiración, y quisiera estar encendida en un abrasado amor para poder, en parte, satisfacer amor con amor.

Con esto, aunque poco, le digo a V. mi padre, los sentimientos y deseos que ocupaban este día mi corazón. Me los daba el Dios de bondad que está siempre dispuesto con misericordia, a dar y atender mis deseos. Los aumentaba de tal modo, que me parece que no quedaban en deseos, pues sus efectos obraban en mi alma, como una pequeña candela que si se arroja a una hoguera grande, ya no se ve su pequeñez, porque se unió a la grande. Así, este amoroso Señor hacía que suplieran mi pequeñez los deseos que tenía de satisfacer en parte, amor con amor. Mi Dios, con su amor satisfacía su amor, y Él mismo, a quien tanto debo, pagaba por mí, quedando yo, aun más deudora, de ser toda de mi Dios.

Espero que me reciba, pues de todo corazón, he prometido y prometo, no admitir otro cuidado que el de agradarlo, y cumplir su santísima voluntad en todo. Aunque soy tan miserable, espero de su bondad que me ayude. Ya que ha empezado la obra, que la acabe, y espero, por los merecimientos de su divino corazón y el de mi señora y Madre que no me desamparen.

Y así obligada y deseosa de obsequiar a estos sagrados corazones en estos días de novena, me vino el deseo de saber qué debía hacer. Como no podía preguntar a V.R. acudí a mi Señora y Madre para que me inspirara, qué haría en estos días para agradar y obsequiar el corazón de mi Jesús. Me parecía que me respondían: que imitando sus virtudes.

Me quedé dudosa, pues deseaba hacer un ejercicio diario, y al instante, me vino al pensamiento la distribución, como ya iré diciendo en sus respectivos días. Pedí poder hacer lo que ya había hecho y seguía haciendo, porque mi Dios lo hacía, y era: amarle y corresponder agradecida a su amor con amor puro.

Bendito sea Dios.

Bendito sea de todas las criaturas. Amén.

“llegada la hora, no fueron así”

Junio 18. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día, segundo de la novena del Corazón de mi Jesús, le correspondió la virtud de la humildad, puesta como dechado, desde que empezó este día.

Esta virtud la practicó mi Señor toda su santísima vida. Descubrí la mucha falta de esta virtud en mí, pedí perdón e hice propósito de enmendarme. Teniendo siempre presente mi nada, vivía humillada con este conocimiento, y deseaba ser despreciada por todas las criaturas.

Estos deseos me parecían verdaderos, pero llegada la hora, no fueron así; es verdad que sí reflexioné. Pasó que una criatura había puesto una cosa en un sitio que estaba mal, y la prelada, pensando que yo lo había hecho, me llamó para que viera el daño que había causado. Yo en lugar de aprovechar esta ocasión callando, respondí con prontitud: que no lo había hecho yo. Al instante conocí que no había sabido aprovecharme de la ocasión, y pedí perdón a mi Dios por mi descuido.

Procuraba estar todo el día, con más cuidado, pero como mi Dios conoce mi miseria, aunque le había pedido que las criaturas me humillaran sin que tuvieran culpa; pero con solo algunas palabras, que no me hicieron nada, no lo cumplí.

Me parece que con esto conocí más, que por mí, no puedo nada.

Dios sea bendito.

Día 19. Me levanté con disposición para ejercitar la caridad con el prójimo, que era lo que tocaba este día tercero de la novena. Teniendo presente lo mucho que mi Señor ha hecho por nosotros para enseñarnos, deseaba tener ocasiones en qué poder hacer bien a mis prójimos. Lo que hacía me parecía nada, porque era lo mismo que acostumbraba a hacer todos los días, pues siempre estoy con el cuidado de hacer lo que puedo, pero yo quería alguna cosa particular que me costara algún trabajo. No se presentó nada, y solo hice con más frecuencia, pedir por el remedio de las necesidades espirituales y temporales.

Me quedé con sentimiento, y me parecía que mi Señor no me había dado lo que yo deseaba, porque como no aprovechaba lo que por su misericordia me daba, tendría tener mayores cargos. Me humillaba en la presencia de mi Dios, y pedía a mi Señora y Madre: que me ayudara para que, si mi Dios me lo concedía, hiciera alguna cosa por su amor y no la malograra con mi miseria. Estando en esto, me parecía que me decía mi dulce Madre:

-No te desconsueles hija mía, que tus deseos son recibidos, como si lo hubieras hecho, y tus peticiones oídas.

Quedé consolada, y seguí con mis peticiones, deseando la salvación de todas las almas y ofreciendo por todas, la Pasión y muerte de mi Señor.

Acabé este día, estando siempre en la presencia de mi Dios.

Hice todo lo ordenado, y no conocí faltas.

Dios sea alabado, ensalzado, glorificado, amado y servido por todas las criaturas, por todos los siglos. Amén.

"Estas mortificaciones caseras"

Día 20, y cuarto de la novena. En éste cabe la virtud de la paciencia, virtud, que con tantos ejemplos me ha enseñado mi Señor y amado Esposo de mi alma. Teniéndola presente, desde el principio de este día deseaba con más viveza, tener ocasiones en qué ejercitarla, pues esta virtud se ofrece todos los días a cada instante, a quien tiene que tratar con muchos y con distintos modos de pensar.

Tuve cuidado de aprovechar, con la ayuda de mi Dios, todo lo que se ofrecía de menudencias. Estas mortificaciones caseras, que no tienen nombre, son como unas leznillas[342] que no dejan de punzar, y en este día se me presentó una cosilla que me dio motivo para ejercitar más esta virtud. Me dieron un recado para una persona seglar que tenía un pique o sentimiento con otra; hizo el juicio de que yo era cómplice, por lo que no recibí buena repuesta, y pasó a más que pensamiento, pues

[342] Diminutivo de leznas.

lo manifestó a otras personas, que lo desaprisionaron[343]. En todo estuve serena, sin tener ningún sentimiento por la persona que tenía la culpa de todo. La encomendé a Dios, y de este modo, no perdí nada en este día.

En todo lo demás, hice lo ordenado.

Dios sea bendito. Amén.

Junio 21. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Este día, quinto de la novena del Sagrado Corazón de mi Jesús, correspondía a la mortificación de mis potencias y sentidos. Desde que me levanté, me preparaba con cuidado para la mortificación, y fue más un examen que otra cosa, pues descubría las faltas de otros días, por lo que con mucha frecuencia, tenía que pedir perdón de la libertad que se tomaban mis sentidos, pues en algunas ocasiones, no he estado tan cuidadosa como debía.

Humillada, pedía perdón por mí, ofreciendo a mi Dios todos los méritos de su santísima vida.

Casi todo el día, mi ejercicio cotidiano fue querer, en todo cuanto pudiera, imitar a mi amado Esposo y Señor y a mi Señora y Madre dulcísima.

No dejé de tener en qué mortificarme, aunque no en cosas grandes ni muy trabajosas, porque el alma estaba bien dispuesta, pero no hubiera aprovechado tanto las ocasiones, si con la ayuda de Dios, no hubiera tenido tanto cuidado.

Este día fue de sequedad y mala salud, y como éstas no me fueron trabajosas, conocí que tenía la ayuda y protección de mi Señora y Madre, viendo el cuidado que ponía en todo, como si me estuviera recordando lo que tenía que hacer.

Gracias a mi Dios y a mi dulce Madre, que si no tuvieran tanto cuidado de mí, nada haría, y a pesar de todo esto, soy tan miserable.

Bendito sea Dios que tanto nos favorece, y sufre tanta ingratitud mía.

Benditos su misericordia y su amor. Amén.

Día 22, y sexto día de la novena del Sagrado Corazón de mi amado Jesús.

Al levantarme ofrecí a mi Señor ejercitar la virtud que correspondía, que era la obediencia a mis superiores y prelados, y también a toda otra criatura por el amor del que por mí obedeció, no solo a su Eterno Padre, sino también a los hombres más perversos. Esta obediencia me hizo que con dolor, sintiera mis faltas de obediencia, e hiciera el propósito de enmendarme y renovar este voto, todas las veces que pudiera.

Pasé este día, unas veces dando gracias a mi Señor por lo mucho que me ha sufrido, y otras pidiendo perdón, y gracia eficaz para que con fidelidad corresponda a los divinos auxilios, que con tanta liberalidad se me han concedido, particularmente en estos días.

Me parece que el Señor quiere renovar en mi alma las virtudes para que me enmiende, dándome a conocer su valor, para que aprecie mis muchas faltas en ellas, poniendo más cuidado en su práctica, con el solo deseo de agradar a mi Dios, que así lo quiere.

[343] Quitar la prisión, liberar, publicar.

Estos días, vivo con más cuidado de aprovechar las ocasiones de ejercitar las virtudes, en particular la virtud propuesta en cada día, como ejercicio. Hice todo lo que podía, obedeciendo a todas, sin atenderme a mí en nada.

Dios sea bendito.

Día 23, séptimo de la novena. Me levanté con recogimiento. A este día correspondía la virtud de la fe. Mi Señor me ayudó, dándome claridad para conocer los misterios de la santa fe.

Mi ejercicio en este día, fue hacer actos de esta virtud, y al mismo tiempo el de religión, dando a mi Dios adoración y alabanza, pues deseaba darle honor, alabanza y gloria en todo.

Estuve con mucho recogimiento, y como la fe estaba viva, también lo estaba la presencia de mi Dios.

El alma gozaba de gran consuelo, porque conocía que lo tenía en su alma, donde lo adoraba, le pedía, y lo amaba. Se lo daban todo, y de su parte, no hacía más que desear amarle, que le amaran todas las criaturas, y que le conocieran y sirvieran. Quisiera ser poderosa para poder hacer que todas las criaturas amaran a su Dios, y no lo ofendieran.

Dios sea bendito. Amén.

Junio 24. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Me levanté con recogimiento. Este día tocaba la caridad. Mi Dios me prepara, todos los días para lo que quiere que haga, pues mi Señor quiere que con agradecido amor corresponda en algo a tan grandes beneficios, en particular al de quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento.

Este día, mi ejercicio me fue como dado y no buscado por mí, pues me dieron las disposiciones en el alma para el conocimiento de la grandeza de Dios, de la bondad de Dios para con sus criaturas, de su infinita liberalidad dándose a sí mismo, y de la nada de la criatura. Con estos conocimientos, mi Señor ilustró mi alma e inflamó la voluntad en su amor. Ya que no puedo amarlo como se merece, al menos, lo deseaba de veras, y el alma estaba encendida en amorosos afectos de agradecimiento, por mí y por todas las criaturas, y con el deseo de que todas lo amaran y sirvieran. Esto deseaba con ansia, esto pedía, y por esto clamaba todo el día.

Dios sea bendito, alabado y glorificado por todos los siglos. Amén. Y mi Señora y Madre, también.

“tanta luz como recibo”

Día 25, y último de la novena del Sagrado Corazón de mi Jesús.

También me levanté con recogimiento y humildad, y a la vista de los grandes beneficios de mi Dios, se llenó mi alma de una firme esperanza en la infinita misericordia de mi Dios. En el amorosísimo corazón de mi amado Jesús, encontraba tesoros infinitos de merecimientos, y con ellos, me hallaba rica para poder satisfacer a la Divina Justicia y apelar con más confianza a la Divina misericordia.

Este día el ejercicio fue de la esperanza. Mi esperanza en la misericordia de mi Dios, me dio tanto aliento para pedirlo todo por los méritos del Sagrado Corazón de mi Jesús, que pedía perdón para mí y para todas las almas. Me parecía que no tenía que hacer otra cosa, nada más que pedir.

Así empecé el día y así lo acabé, siempre en la presencia de mi Dios, y deseando su amor y gloria, a cuyo fin se dirigían todas mis peticiones. Todo el día estuvo el alma fervorosa, y sintiendo mucho consuelo de amor.

Dios sea por todo bendito y alabado, porque con gran misericordia me busca y enseña los medios para agradarle, y me ayuda y anima con sus ejemplos.

Pero ¡ay padre mío! yo no correspondo como debo, a tanta luz como recibo. Estos días como llevo dicho, me ha concedido mi Señor mucha luz para perfeccionarme en las virtudes, pero me parece que no adelanto, según lo que recibo, pues no soy tan cuidadosa como corresponde a quien mucho debe, y no tiene ni siquiera para pagar.

Sería necesario que me mostrara agradecida y servicial, en todo lo que pudiera, aunque fuera en cosas muy pequeñas, para en esto manifestar mi agradecimiento y deseo de corresponder. Me parece que este celo no lo tengo tan vivo como lo debía de tener; no puedo negar que muchas veces, lo tengo cuando, graciosamente, me lo dan, pero entonces, quedo más empeñada, pues mientras más recibo, más debo.

Padre, solo puedo confesar mi nada y pedir al que me da: que me dé con qué satisfacer mi deuda.

Junio 26. La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Desde este día hasta el 30, estuve al levantarme con recogimiento, y todo el día más cuidadosa, porque estaba el alma fervorosa, aunque no totalmente, pues en los días que estoy fervorosa, también tengo muchos ratos que lo estoy menos. Cuando una candela se va apagando, y si hace algún aire se vuelve a encender, así parece que hace Dios con el alma; apenas se va aflojando un poco el fuego del amor, mi Dios da un soplo, y de nuevo me hace conocer su bondad, su grandeza, su eternidad u otra cualquier cosa, y se vuelve a encender la llama.

El 29, fue más fervoroso, porque la unión era más íntima, y más continuos los actos de todas las virtudes, pues Dios lo hacía todo.

Bendita sea su bondad.

Dios sea bendito. Amén.

Día primero y segundo de julio. Estos dos días fueron, como los que acabo de decir, aunque el segundo fue más fervoroso, y conocí en él la protección de mi dulce Madre y Señora, como he dicho otros días.

En esto de la protección de mi dulce Madre, recordará V.R., que esta protección particular, aunque no la veo, es como si la tuviera a mi lado, y me estuviera avisando de lo que he de hacer, ya recordándome lo mucho que debo a mi Dios, ya lo mal que he correspondido, de modo que con la luz que recibo, me hace estar bien ocupada y cuidadosa. El alma tiene por cierto, que es un favor grande de mi Señora y Madre, a quien también correspondo agradecida y humillada, en lo que puedo.

Bendito sea mi Dios, que me ha dado tal madre, y bendita sea por todas las criaturas, mi Señora y Madre. Amén.

Desde el día tercero hasta el día 8, no me acuerdo de cosa particular, sino de estar como acostumbro de ordinario, ni en sequedad ni fervorosa ni descuidada, pero haciéndolo todo con más trabajo, que cuando estoy fervorosa, porque entonces, es como si me lo hicieran todo, y en estos días, no conocía esta particular ayuda. Parecía que me dejaban sola, pero no era así, pues no me faltaron los ratos de fervor, por la unión más íntima, aunque fueron más cortos.

No me acuerdo de faltas conocidas, pido a mi Dios perdón de las muchas que tendría sin conocerlas, y doy gracias a su misericordia que me sostuvo para no caer en más.

Bendito sea y alabado por todos los siglos de los siglos. Amén.

Día 9. Por la mañana no fue todo fervor, pero después de la comunión, fue tan íntima la unión, que en toda la mañana no estaba en mí, pues toda estaba en mi Dios, y no podía pensar en otra cosa ni tratar de otra cosa, sino a fuerza de trabajo. Como tenía que tratar de las cosas temporales por obligación, me concedía mi Señor, que nada se llevara mi atención, sino solo mi Dios, a quien amaba y quisiera amar, si fuera posible, con un amor infinito, y que lo amaran todas las criaturas. Estos eran mis deseos y afectos, y además quería que mi Dios hiciera en mí su santísima voluntad para darle gusto en todo.

Toda la mañana estaba en mi Dios, y si digo que toda, me parece que no pondero.

Por la tarde, no fue tanto el recogimiento, aunque lo tuve, pero no derramaba mi Dios tan a manos llenas las dulzuras que me anegaban, y muchas veces rebosaban, porque no le cabían al alma.

Dios sea bendito.

Sigue el suplemento[344].

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Padre mío, con mucho temor he tomado la pluma; con tanto temor, que solo la obediencia me podrá hacer escribir lo que no sé explicar. Solo confío en mi Dios, y en la intercesión de mi dulce Madre para que me alcance la gracia y luz necesaria, y poder hacerlo a gloria de mi Dios y honor de mi dulce Madre, pues de mí no puedo nada.

Dios permitió que lo ofreciera, sin poderlo remediar y sin saber lo que decía, y ahora me veo precisada por la obediencia, a su desempeño.

Aunque soy esposa ingrata, con todo, de la misericordia de mi amado Esposo y dulce Madre espero esta gracia, pues tengo por míos los méritos de mi Señora y Madre amabilísima, y por ellos espero alcanzarla.

[344] Lo dice sor María del Socorro.

“Dios aclara este velo a las almas”

Dije: que había muchas diferencias en los días de recogimiento y fervor, porque unos días estaba el alma como divinizada o unida a aquel ser inimitable de su Dios, y le parecía que ya en este mundo gozaba de la vista de Dios, que ya gozan los bienaventurados. La diferencia está, en que aquellos lo ven y gozan sin ningún velo, sino realmente como es, y las almas que en esta vida gozan por algún tiempo de este modo de presencia, es por la fe.

En algunas ocasiones mi Dios aclara este velo a las almas, y parece que no sirve la fe, porque ésta sirve para creer lo que no se ve, y el alma conoce a su Dios por una luz clara que recibe el alma, y le parece que está viendo a su Dios, y conociendo, en lo que cabe, sus divinas perfecciones y atributos. No es como quien lo cree porque se lo dicen, sino como quien lo ve, y por eso digo: que parece que estas almas gozan de Dios, del mismo modo que los bienaventurados.

En esto conozco dos diferencias: la una es que en este tiempo que el alma esta codivinizada o toda en Dios, unas veces goza de una abundancia de dulzuras y consuelos divinos, y está como fuera de sí, porque Dios la llena tanto de su amor, que no puede ser más.

Otras veces no es así. El alma está toda en Dios, como he dicho, pero no tiene este amor sensible; sí sabe, y conoce que está en Dios, y parece que el alma pierde las potencias y sentidos. Ama mucho, pero no lo conoce, porque este amor la tiene sin sentido para conocer que está amando, y solo despiertan las potencias, cuando teme que su Amado esté ofendido. Entonces conoce que ama, porque parece que desfallece de dolor, si ofendiera a su Dios.

Sin estos recuerdos, el alma parece que está dormida para todas las cosas, menos para desear que su Dios sea amado y no ofendido.

Esto lo he experimentado de este modo que he dicho, algunos días.

V.R. lo entenderá, aunque no esté bien explicado. Yo conozco las diferencias, pero como no las sé explicar, digo lo que me parece, con temor a errar. Me quita este temor, que lo digo a quien me va a enseñar a advertir mis yerros.

Otras veces, el alma ni está de un modo ni de otro de lo que llevo dicho, pero con esa presencia dicha, parece que lo que más le sirve es el entendimiento, que conoce mucho de la esencia de Dios. El alma no está fervorosa ni en sequedad; anda como embebida en aquello que tiene presente el entendimiento, y cuando éste, algunas veces quiere caminar más en estos conocimientos de la esencia de Dios, como es incomprensible, se vuelve a quedar, conociendo sólo que no conoce nada ni puede comprender más, que lo que, misericordiosamente, este Dios grande quiera manifestar al alma de este modo de presencia.

Me parece que es el entendimiento la potencia que más hace, pues la voluntad está amando, aunque no con amor sensible, y la memoria, en estas ocasiones está parada.

Este modo de presencia de Dios, también lo tengo algunos días.

De todo esto que voy diciendo, unas veces me pasan unas cosas, y otras veces otras. No sé si lo explico de modo que se pueda entender. Decirlo con sus propios nombres, no lo puedo hacer, porque no los sé, y por eso le temo tanto.

Ahora no me acuerdo de otra diferencia. En el otro papel, me parece que puse las que recordaba. Si estando con algo más de sosiego me acordara de alguna experiencia que haya conocido, y no se la hubiera dicho, se la escribiré, si V.R. así lo dispone. El día que prometí hacerlo, me parece que conocí muchas, y que no las he dicho todas, pues es menester que venga la luz, como vino aquel día, y que yo no la desprecie, como también hice aquel día, cuando me vino el pensamiento en contra. Entonces lo admití, y después, aunque he querido hacerlo por obedecer a V.R., no he tenido la luz de aquel día ni tampoco la he merecido, porque mi obediencia no ha sido como debía ser, sino con su poquita de repugnancia. Algunas veces la he vencido, he tomado el papel, lo he vuelto a soltar, y no he vencido mi repugnancia como debía, confiando en que mi Dios y Esposo de mi alma podía desempeñarme[345], dándome la luz que yo no tengo para cumplir con la obediencia.

Soy tan ingrata a mi Dios…

En todo sea alabada su misericordia, que tanto me sufre, y alabado su santo nombre. Amén.

Padre mío, aunque digo todo esto, no piense V.R. que estoy inquieta. Algunos ratos me distraen estos pensamientos que he dicho, y más de lo que he dicho; con todo, cuando más se estrechan, se levanta en mi corazón una confianza tan grande en la misericordia de mi Dios, que disipa las tinieblas que se quieren levantar. Con esta confianza acudo a mi Señor, le pido perdón, y que quite de mí todo lo que le desagrada, pues sabe muy bien, que solo deseo agradarle. Por esta causa, quisiera no darle entrada a estos temores que me cercan algunas veces, y dejarme en todo, en las manos de mi Dios, que ha puesto mi alma en las manos de uno de sus ministros, que está atento para llevar mi alma por el camino que este Dios quiere que vaya.

Este conocimiento no me falta, pero con todo, no me puedo ver libre de estos temores, que parece que son mi cruz, y puede que sean culpa mía, por mi poca humildad.

En fin, sea lo que fuere, de todo lo que con esto y con todo desagrade a mi Dios, le pido perdón y su gracia y ayuda para enmendarme.

“frecuentes visiones imaginarias”

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Sigo con la ayuda de mi Dios, declarando lo que en este tiempo padecí.

Habiendo manifestado lo que he padecido por parte del Señor, con la ausencia o retiro que experimentó mi alma en estos tres años, y también por las criaturas, ahora sigo la guerra que hizo el enemigo a mi alma.

Ya dije cómo empezó en este primer año, pero llegando al segundo, fue más su guerra, con sus gestiones tan indignas que no se pueden escribir.

Vos Dios mío, ayudadme con vuestra gracia, pues la obediencia me manda hacerlo.

Y vos, Madre de la pureza, estad conmigo y sed mi ayuda.

[345] Sacar a alguien airoso del empeño.

En este tiempo, como he dicho, fui atormentada con frecuentes visiones imaginarias que me ponía el enemigo, en forma o apariencia de hombres y mujeres desnudos, que me servían de un grandísimo martirio; no era esto solo, pues a esto se añadían las palabras y obras, que abrasándose me decían, incitándome a cosas muy malas.

Otras veces, con furia, hacían demostración de arrojarse sobre mí, aunque no lo hicieron, y otras, unos monstruos horribilísimos, parecía que me querían despedazar.

La mayor batalla de tentaciones empezó, desde que le dije en el otro papel, que había caído en cama. Al mismo tiempo que por las criaturas, me vino padecimiento por el enemigo, ya sin máscara, pues se la quitó, para dar la guerra a campo descubierto.

Padre mío, no puedo yo explicar lo que en este tiempo padecí en el alma y en el cuerpo; los dolores del cuerpo eran fortísimos, y solo me eran amargos, porque me tenían impedida para todo. No podía levantar la cabeza, sino a fuerza de mucho trabajo y sin aliento para clamar a Dios. Aunque no hacía otra cosa, me parecía que no hacía nada, porque mi espíritu estaba como muerto.

Pero cuando más aflicción tenía, que no sé cómo no perdí la vida, era cuando en estas visiones dichas, sentía los estímulos de la carne, y me parecía que quería, lo que verdaderamente aborrecía. Me ponía algunos cilicios y, cuando estaba sola, me echaba de la cama, sin poder.

Respecto a los dolores que tenía, no eran nada, pues en estos momentos, los de mayor trabajo eran estas tentaciones. Las tuve con esta fuerza más de un año, y cuando caí en cama, fueron las más fuertes, y con mucha más frecuencia.

En pie aguantaba cuanto podía y trabajaba sin poder, pues las sangrías eran tan frecuentes, tres o cuatro todos los meses, que me tenían con una gran debilidad, y me hacían estar algunos días en cama para más padecer. Estando en la cama, no tenía el refugio que me consolaba con un consuelo sensible, pues de éste no lo había para mí en estos tiempos, sino por otro género de consuelo oculto, que la fe causaba en mi alma.

"salía de una gran borrasca"

Padecer y llorar en la presencia de mi Señor Sacramentado, cuando me permitía estar en su presencia, era alivio a mis trabajos de noche o de día. La mayor parte de las noches que me podía levantar, apenas me acostaba, me iba a buscar este refugio, y al menos, como he dicho, me consolaba padecer y llorar buscando a quien me parecía que había perdido, y que justamente me castigaba.

No sentía mi padecer, sino tenerlo ofendido, pero hasta este consuelo se me negaba, y parecía que muchas veces, era arrojada del coro, pues apenas entraba, venían a mí los dolores de ojos y de toda la cabeza con tanta fuerza, que me tenía que ir a la cama, a padecer mucho más, pues apenas salía de una gran borrasca, muchas veces venía otra del género que he dicho. Cuando salía de una, oía que me maldecían, y me amenazaban, y volvían con más furia, siendo en estas ocasiones, cuando sentía en mí mayores estímulos de la carne.

Padre, me parece que ya habré dicho bastante para cumplir lo mandado. En algo más de un año, no recuerdo haber tenido un día libre del todo. En otro tiempo, tuve algunas temporadas más cortas, que eran nada.

Los días más festivos de mi Señor y Señora y Madre eran los peores y los de mayor aflicción, porque estaba acostumbrada a otra cosa, y así como en estos días recibía de mi Dios tantos consuelos, así ahora, eran los más secos, los más oscuros, de mayores tentaciones, y por lo regular, los que pasaba en la cama con más tentaciones.

Muchas veces, una de las cosas que me fatigaba mucho, era oír en medio de lo más fuerte de las tentaciones:

-Ya has pecado.

Aunque mi conciencia me aseguraba que no era así, me afligía mucho, y acudía al confesor que me aseguraba lo contrario, después de examinar mi proceder. Pero quedaba siempre con la fatiga, pensando si no habría sido como yo decía. Solo podía afirmar que no lo quería, pero me servía de gran martirio verme cercada de cosas tan malas, pues siempre me quedaba un temor que atormentaba mi espíritu, ya que mi deseo era no ofender a mi Dios ni en la cosa más mínima.

Me parece que solo las almas que experimenten estas cosas son las que, verdaderamente, pueden comprender lo que padece el alma; tampoco podrá consolarlas, verdaderamente nadie, si no las consuela quien las aflige, que es quien solo las puede aliviar en tan grandes trabajos, como lo hizo conmigo en algunas ocasiones.

"algunas palabras de los salmos"

Cuando parecía que desfallecía mi espíritu, acudía a remediarme como el padre más amoroso. Por lo regular, lo hacía donde más me hacían padecer, que era en el oficio divino, que temblaba ante las tentaciones, y padecía mucha aflicción, como he dicho. Durante éste me fortalecía. Cuando era de su agrado, que no eran muchas veces, dándome con algunas palabras de los salmos o del Evangelio inteligencia, que me avivaba la fe, me fortalecía la esperanza, y encendía más la caridad; entonces, tomaba fortaleza, y le decía a mi Dios*:*

-Si esto que estoy pasando no te ofende, y te agrada a ti, Señor, Dios mío, hágase en mí, tu santísima voluntad. Aunque estuviera así hasta el día del juicio, no temeré, pues solo deseo daros gusto.

Con esto, algunos días, aunque fueran pocos, mi Señor y Dios amabilísimo me daba consuelo. El mayor de éstos fue un viernes de cuaresma, que se leía el Evangelio de la Samaritana. La palabra que decía: que el Señor llegó cansado o fatigado a buscar esta alma, no puedo decir lo que causó a la mía, que lo buscaba y no lo encontraba[346]. Este día, había sido muy trabajoso, pero alentado del amor que le había hecho ir a buscar a aquella alma, pidiéndole agua para darle a ella la de la gracia, me hizo exclamar con todas mis veras, y decirle a mi Señor, muchas cosas.

Unas veces le decía:

-Si buscáis Señor, pecadores, aquí me tenéis, que salgo a vuestro encuentro, os busco y no os hallo ¿Dónde estáis Señor?

[346] Esta idea la recoge la Secuencia de difuntos en uno de sus versos, apelando a la misericordia divina: "Quaerens me sedistis lassus" (Tú que te sentaste cansado de buscarme).

Le decía muchas cosas con amorosas quejas, siempre humillada y con mi corazón para desfallecer, con un amor que no conocía. Mi gran desconsuelo y la mayor de mis penas era: que me parecía que no amaba a mi Dios.

De repente fui consolada, cuando oí la voz de mi Amado que me decía:

-Contigo estoy, querida mía, no temas.

Esto convirtió toda la borrasca en gran serenidad, quedé toda anegada en consuelos, se fueron las tinieblas, vino la luz y se quedó el alma tranquila conociendo: que estaba con mi Dios, que me daba a conocer que era su voluntad que padeciera aquellas cosas, y que estaba ayudándome. Con esta luz que el alma recibió, tomé gran fortaleza para conformarse con la voluntad amabilísima de su Dios.

Deseaba que mi amantísimo Dios hiciera de mí lo que quisiera, y me ofrecía gustosa de veras a sufrir, solo por darle gustos, aunque fuera mucho más que hasta el día del juicio, si ésta fuera la voluntad de mi Dios y no le desagradaba.

Estos deseos de hacer la voluntad de mi Dios, le daban tanta fortaleza al alma, que no temía a todo el infierno, porque la gran confianza en la ayuda de mi Dios, me quitaba los temores, y solo atendía a que se cumpliera en mí, su santísima voluntad.

Así quedé este día, pero pasado éste, volvieron con mayor fuerza los temores, las tinieblas, y las tentaciones dichas, y con otra más, pues me parecía que lo pasado era engaño, que en una criatura tan mala como me creía, no podía ser verdad, y que era para perderme más aprisa. El alma padecía mucho, pero siempre que llegaba a un apuro, al menos mi Dios me daba una poquita de luz, volvía a tomar fuerza, y hacía los actos de conformidad y de esperanza, para poder caminar en esta noche oscura y de tantos peligros.

"empezó a clarear la aurora"

Seguí así, hasta el mes de noviembre de este año, que cuando me ha mandado la obediencia entrar en ejercicios[347], fui aliviada en mis trabajos.

No dejé de padecer, pero con diferencia, porque empezó a clarear la aurora, y a disiparse las tinieblas. En el alma se avivó el conocimiento de Dios con más claridad, de modo que solo podía pensar en la grandeza de Dios, en la bondad de Dios, en su misericordia, y en su amor.

Esto me causaba que el alma se encendiera en afectos de amor, y en grandes deseos de amarlo, de agradarlo en todo, y de hacer la voluntad de un Dios tan bueno y digno de ser amado.

En estos días de ejercicios, empezó un nuevo padecer, que me daba bastante martirio: me parecía que no lo amaba ni servía.

Todo empezó, aunque ya lo había tenido antes, porque mi Dios aumentó en mi alma el conocimiento de su grandeza y bondad. Conforme mi Dios aumentaba esta luz o conocimiento, aumentaban los deseos de amarlo y de servirlo con toda la perfección que pudiera, y todas las peticiones en estos días se dirigían a este fin: en

[347] Habla de los ejercicios de 1809, 1810 y 1812.

pedir perdón y gracia para cumplir en todo la voluntad de mi Dios. No le temía a los trabajos, solo temía desagradar a mi Dios.

Conocí que esta era una causa de perfección, pero empecé a temer conociendo quién soy, y de nuevo comencé a clamar a mi Señora: que me ayudara, y que atendiera mi flaqueza. En esto entendí: que si ponía de mi parte, sería ayudada y renovada con mayor gracia del Espíritu Santo. Y como mi Señora me prometía su protección, quedé animosa.

Pero ¡Ay Señor mío y Dios mío! ¿Qué es lo que yo he hecho? ¿Cómo he correspondido?

Señor, tú sabes cuántas faltas he tenido, y que no he muerto del todo a mí misma.

Señor, tú me quieres muerta a todo para que viva solo en ti y por ti.

Señor mío, perdóname lo poco que pongo de mi parte, y por vuestra misericordia, usad de vuestro poder con esta miserable criatura para cortar todo lo que no es de vuestro agrado.

Señor, obrad como dueño absoluto para que se acaben en mí los respetos humanos que me impiden, muchas veces, hacer lo más perfecto.

Haz que acabe de quitar la vida a mi amor propio.

Ayúdame Señor, que sin vuestra particular asistencia, por mí sola nada puedo. Vos lo veis, Dios mío.

Bendito sea Dios que en este día ve que mi alma está cuidadosa y fuerte.

También participó el cuerpo, pues los males estuvieron suspensos, y esto me ayudaba a obrar con menos trabajo de lo acostumbrado otras veces.

Dios sea alabado y bendito. Amén.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

En este año[348], me dieron el oficio de celadora de la enfermería, con el encargo de suplir las faltas de la enfermera, si se ponía mala. Tuve que llevar, casi de continuo, la carga por la falta de salud de la enfermera; yo no la tenía tampoco buena, pero como he estado siempre gruesa, no me han tenido por enferma, y gracias a Dios, que me ha ayudado, he podido trabajar como la más robusta.

De estos años, quedé muy quebrantada, y me cuesta cada día más el trabajo, pero así lo quiere Dios. Cuando me quieren dar descanso, Dios quiere que no lo tenga, pues enferma la compañera, enferma y se muere, como ha sucedido ahora.

Hágase la voluntad de mi Dios.

Este día, tuve ya mi principio de mortificación, por los disgustos de los oficios.

Antes de que saliéramos del sitio de la elección, a la religiosa que se oponía a que me dieran el oficio, la oí decir disgustada: que no habían encontrado otra de más mérito a quien dar el oficio que deja la madre correctora. Con esto empezó mi mortificación. Por mi mucho amor propio y falta de humildad, me propuse no portarme como la menor de las enfermeras, echando mano de todo para no verme obligada a decir nada, sino a suplir las faltas por mí misma.

[348] Repite hechos que contó en su momento.

Esto lo confirmó el Señor, poniendo enferma a la enfermera, como he dicho, de modo que siempre estuve cargada con el mayor número de noches y demás trabajos. La inclinación que Dios me ha dado para el alivio de las enfermas, me lo dulcificaba.

Tuve más mortificaciones en este tiempo, porque el espíritu estaba con sequedad, y no sentía tan sensible la ayuda de la gracia, como en otro tiempo. Me eran más trabajosas las impertinencias de las criaturas, aunque por la misericordia de Dios, no las llevaba mal.

Para mi mortificación, todo me parecía que lo hacía mal, y que en nada agradaba a mi Dios. Como no llevaba otro fin en nada más que en agradarlo, sufría y trabajaba sin admitir ningún alivio, hasta que la salud se me quebrantaba en disposición de caer en cama.

Me parecía que todo lo hacía forzada, que no lo hacía con gusto, y que era desagradable a Dios; no había en mi espíritu más consuelos que desear querer hacer mucho por mi Dios.

En aquel tiempo, cuando había muchas enfermas estaba algo más consolada, pero pasando esto, volvía a quedarme con la misma tontería de que no había agradado a Dios ni había ejercitado las virtudes, y que todo lo hacía por costumbre y sin espíritu. A esto, ayudaban las criaturas, con los disgustos de algunas que lo pasaban mal por mi causa, haciendo el juicio de que estarían mejor cuidadas, si yo no anduviera por la enfermería.

"una enferma llevada de la tentación"

Un día, una enferma llevada de la tentación del enemigo, y ciega por la pasión, me dijo expresiones injuriosas, y entre ellas: que tenía un pie en el infierno, que hacía los oficios del diablo, que sabía que lo que hacía era quitar el crédito a las enfermas y aconsejar que le dieran mal trato, y que si la prelada no disponía quitarme de estar en la enfermería, no sería una enfermería, sino un infierno.

Me sorprendí, pues mi proceder era muy distinto. Quise sosegarla y disuadirla sin impaciencia, pero se puso aún más furiosa diciendo: que era una hipócrita, que aquella mañana, una persona le había dicho todo lo que yo decía contra ella, y que era mucha verdad. Entonces, con movimiento de impaciencia, aunque sujetándome cuanto podía, le dije: que había que llamar a la tal criatura para que delante de mí dijera todas las maldades que yo estaba haciendo, y que por cierto, me compadecía, de ver que era el diablo el que había venido a hablarle para que hiciera tan malos juicios.

A esto me dijo: que me quitara de su presencia.

Me retiré, pero no estaba llena de impaciencia contra tal criatura, sino de pena, viendo que yo era la causa de su perdición. Pensé ir a buscar a la prelada para decirle: que me quitara de la enfermería y pusiera a otra que estuviera más a gusto, para que no hubiera ofensa a Dios.

No hice esta pretensión ni llena de quejas ni de enfado, pues fue tanta la aflicción de mi alma, más que por lo que se declaraba contra mí, porque me parecía que yo tenía a mi Dios desagradado y ofendido. Eran tantos y tan diversos los pensamientos, que me parecía que era verdad lo que me había dicho la enferma, aunque no por los pecados que decía, y que yo no conocía.

Por lo pronto, no fui a buscar a la prelada, sino que me fui a buscar a mi Dios, y a pedirle: que me perdonara, pues me parecía que aquellas desazones, que con frecuencia se me ofrecían, eran todas por mis pecados. La pena que causaba en mi alma, no me daba lugar para tener sentimientos de amor propio ni para sentir las ofensas del prójimo, sino solo las ofensas que yo hacía a mi Dios.

Allí estuve llorando delante de mi Dios, sin venir ningún consuelo ni luz; sólo me hallé compelida[349] a volver a la enfermería, lo que hice sin poderme resistir.

Me la hallé sin enfermeras, y la enferma dicha, traspuesta con un accidente. Al instante le empecé a aplicar los remedios que me parecían mejores, con tanta compasión y amor como siempre. Como estaba sola, todo lo que podía lo hacía de rodillas y pedía con instancia a mi dulce Madre: que la aliviara en el alma y en el cuerpo, y le quitara aquella tentación que tenía conmigo, pues temía, que si volvía en sí, se volviera a fatigar. Procuré tratarla con el mayor cariño que podía. Quiso Dios que volviera más serena.

Yo perseveraba con el ánimo de pedir mi retiro de la enfermería para evitar estas ocasiones de desazones, pues había dos o tres disgustadas o tentadas del enemigo contra mí, y si ponían otra en mi lugar, se quitaría todo esto.

Se lo propuse a la prelada, y no me dio más respuesta que decirme:

-Vamos, que está ahí el padre vicario, y veremos lo que dice.

Apenas le dijo la madre: que yo quería renunciar al oficio, la respuesta fue:

-La madre Socorro pretende renunciar a ser discípula de Cristo, se quiere negar a seguir sus pisadas por las tribulaciones, desprecios, y demás, pues que también renuncie al Reino de los Cielos.

No puedo explicar lo que causaron en mi alma estas palabras, pues deseaba con ansia los trabajos, pero como lo que yo temía principalmente, eran las ofensas a Dios que por mi causa me parecía que se hacían, el padre me quitó la fatiga y volví esforzada a seguir mi carrera.

"volvió el enemigo a armar otra"

Al poco tiempo volvió el enemigo a armar otra. Hizo que las disgustadas escribieron al padre provincial diciendo: que no se les daba lo necesario en la enfermería.

El prelado pidió un informe de toda la comunidad, y llamada a capítulo, fui examinada de todo. En presencia de todas se me leyó la carta de las quejas a las que debía responder.

Ésta fue una de las tribulaciones más grandes que el Señor me ofreció. Las pasiones se levantaban, y el temor de Dios las sujetaba, pero era con una batalla que le hacía mucha fuerza a la naturaleza.

Venció la gracia, y después de que hablé lo que me fue forzoso, hice propósito de no volver a hablar más de aquella cosa, sino hacerles cuanto bien pudiera a tales criaturas.

En esta ocasión, toda la comunidad se fatigó contra estas criaturas, y todas iban con conversaciones que me fatigaban mucho, porque daban tormento a mis pasiones, y yo no quería.

[349] Obligada con fuerza y autoridad.

Algunas veces, me sucedía que temblaba, porque me estaba sujetando para no hablar. Cuando le estaba haciendo las cosas a una de estas criaturas, me traía el enemigo tanto que decir y tantos resentimientos, que para ahogarlos y no darles salida, me quebrantaba la salud.

Sentía que esto me parecía pecado, que no había en mí más que hipocresía, y que aparentaba sufrimiento, y no lo tenía. Experimentaba tan gran guerra en mí, que aumentaba mis penas interiores, que acudía a Dios, y no lo encontraba. La luz era tan oscura que apenas tenía una poquita para conservar una débil esperanza para acudir a Dios, lo que hacía con frecuencia, aunque sin consuelo alguno, lo que acabó de quebrantarme la salud, en disposición de caer en cama.

Con las criaturas, tuve muchas mortificaciones, pero éstas fueron las mayores, pues las demás no tienen nombre por ser cosillas menudas, que aunque no dejaban de mortificarme. Me parece que más me mortificaba mi falta de mortificación, y por ella caí en muchas faltas, quejándome muchas veces, de mis prójimos y de sus genialidades, y no ocultando sus faltas como debía. Me quejaba, cuando debía quejarme de mí misma, de mi falta de caridad, de mi poca mortificación, y falta de humildad, que eran las causas por las que tanto me mortificaba, y no las muchas causas que me daban mis hermanas.

De nuevo pido a mi Dios perdón de todos mis pecados.

Lavadlos Señor, con vuestra preciosísima sangre.

Perdóname, Dios mío, con tu ardentísima caridad, mis muchísimas faltas, y ofrecedla, Señor mío, a vuestro Eterno Padre por mí. Señor ofrece por mí, tu paciencia, por mi impaciencia, tu humildad, por mi soberbia, y así, Señor mío, todas vuestras virtudes en desagravio de todos mis pecados.

Concédeme, Señor, todas las virtudes y gracia eficaz para obrar con ellas con la perfección que vos queréis para de este modo cumplir vuestra santísima voluntad en todo. Hacedlo así mi Señor, por vuestro amorosísimo corazón y el de vuestra santísima Madre y mi Señora, a quien pido que sea mi intercesora.

Alcánzame Madre mía, que en todo agrade yo a mi Señor; que quite mi Dios de mí todo lo que no sea de su agrado, por pequeña que sea la cosa.

Nada quiero en mí que no dé gusto a mi Dios, porque este Dios es tan puro que quiero estar pura para agradarlo, y por mí sola, no lo puedo ser.

Purifícame más y más, Dios mío, y cueste lo que cueste, para todo me dejo en tus manos. Hazlo como te agrade.

Bendita tu misericordia, Dios inmenso, que te dignas atender, con tanto cuidado y esmero a esta criatura, hechura vuestra y de vuestra mano.

No me permitas Señor, que sea ingrata por más tiempo. Perdóname, mi amabilísimo Dios.

Por todas las criaturas seas alabado y bendito.

CARTAS AL PADRE JOAQUÍN TENDERO[350].

†

Jesús, María y José.

Archidona y Mayo 30 de 1810. Viva Jesús.

Mi estimado padre en el Señor. La gracia del Espíritu Santo habite en nuestras almas, y a mí me dé luz para saber explicar las cosas como son, para gloria de Dios y confusión mía.

Padre mío:

Me parece que le he dicho a V.R.: que la oración la he tenido siempre; que yo elijo el punto que me parece, por los misterios de la vida y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, porque sus divinos ejemplos me sirven de escudo para cuanto se me ofrece, pues parece que los tengo grabados en mi corazón, desde mis pocos años, y me han hecho ejercitar las virtudes. Por mi miseria, tengo muchísimas imperfecciones, y en este tesoro, hallo todo lo que necesito para ejercitarme en las virtudes de obediencia, pobreza, humildad, caridad, paciencia, conformidad y demás virtudes que el Señor, por su infinita misericordia, pone a la vista de mi alma en la oración, y después me sirven de modelo para las obras del día, en particular para la caridad con el prójimo. Es donde yo más le he faltado al Señor, por mi mucha ingratitud, y es donde el Señor más luz me ha dado para que lo imite; no me deja pasar ninguna cosa sin ser reprendida con los ejemplos del Señor. Se me representan tan vivamente, que siempre me parece que no hago nada, porque aunque haga algo, no es como el Señor me pide. Yo conozco que el Señor quiere que haga las cosas solo por su amor, sin mirar a otra segunda causa, y que olvidándome de mí, solo atienda a las obras del Señor, y de mi dulcísima Madre. Lo he conocido en los favores que mi amorosísimo y benignísimo Dios ha hecho a mi alma. Por mis ingratitudes, merecía que me hubiera abandonado y dejado en miserias; mas no lo hace así, pues de mis faltas, muchísimas veces, toma ocasión para hacerme nuevos beneficios.

Una noche, me sucedió que se puso una religiosa mala en el dormitorio a media noche; yo desperté, pero teniendo más compasión de mí, que también estaba mala, me estaba quieta, esperando que otra se levantara.

Al poco tiempo oí que me decían:

-Estoy enfermo y no quieres aliviarme; me debes mucho, y no quieres darme nada.

Esto causó en mí gran confusión y vergüenza, pues por una parte, se me representaban los innumerables beneficios que el Señor hacía a mi alma, y por otra, la horrible ingratitud con que yo correspondía a tantos beneficios. Con esta humillación, pedía perdón y misericordia. En esta disposición, estuve haciéndole algunas

[350] Las escribió sor María del Socorro a su director espiritual, cuando por diversas causas éste estaba ausente de Archidona.

cosas a la enferma, que se alivió, y me pude ir al coro, donde quedé con recogimiento interior, porque se representaba en mi alma: que mi Señor, amorosamente, me perdonaba, y recibía aquellas buenas obras, que yo estaba viendo tan llenas de defectos, y las unía con sus méritos santísimos. Mi alma recibía un consuelo tan grande, que no lo puedo explicar, con una luz, que me enseñaba cómo había de portarme en adelante, no haciendo las cosas mirando a las criaturas, sino al Creador, solo por su honra y gloria. Unidos con su méritos santísimos, mi alma, agradecida a tan grandes beneficios, le ofrecía al Señor en asimiento de gracias, sus infinitos méritos y los de mi dulcísima Madre, a quien pedía que fuera mi maestra, y me ofrecía a cumplir todo lo que había entendido, con el favor del Señor.

En esto pasé lo que quedaba de noche, ya dando gracias, ya pidiendo, y otras veces, solo amando a un Dios tan digno de ser amado.

¡Ojalá! que todas las criaturas lo conozcan, lo alaben, y den honor y gloria. Amén. Y a mí me perdone y me dé su gracia para enmendarme y no ser más ingrata.

Después de estos beneficios, quedé por algunos días tan fervorosa, que todo me parece poco. Pero después ¡cuántas son mis miserias y mis delicadezas, nacidas del amor propio, y mi tibieza y repugnancias para hacer aquello que he conocido que es la voluntad de Dios! Si no fuera porque el Señor parece que está conmigo, haciendo como una madre con un niño que empieza a andar, que lo está mirando, y si ve que se va a caer, alarga la mano y lo agarra, y no deja que caiga al suelo, y el niño conoce que se iba a caer, si no lo hubiera cogido su madre.

Esto es lo mismo que me está sucediendo siempre: salen mis pasiones, y empiezo a tropezar, pero la amabilísima mano de mi Dios me detiene con tan fuertes auxilios, que me hace volver a levantarme con nuevo fervor, y nuevos propósitos. Solo la paciencia de mi Dios, puede sufrir una inconstancia tan grande como la mía.

Bendito sea eternamente.

Muchas veces, le he dicho a V.R. la palabra "reprendida", porque así me sucede desde hace algunos años. Otras veces, para ejercitar cualquier virtud, siempre se me ponían presentes las virtudes de mi Señor, y de mi dulcísima Madre, que movía mi voluntad para amarlas, y desear imitarlas, en cuanto yo pudiera. Esto me hacía huir de todas las ocasiones que yo temiera que pudiera haber pecado. Desde hace algunos años, como ya he dicho, me parece que es como a quien le ponen a la vista sus precisas obligaciones, y siempre ve que no las ha cumplido, porque le piden más cada día, y como para ello le dan más, cada vez se ve más obligado. Así me ha estado sucediendo a mí; el Señor me está obligando con fuertes auxilios, a que le entregue mi corazón desnudo de todo lo terreno, sin atender más que a Dios. Yo lo estaba resistiendo, atada al qué dirán, sin determinarme a romper con los respetos humanos, menos en aquellas cosas que conocía que no eran buenas. No me enmendaba, y cada día, más cobarde para emprender una vida, no tan común, estaba, como quien pelea: Dios dándome, y yo resistiendo. Cuando le correspondía al Señor dar, me doblaba los auxilios con palabras interiores, que me animaban. Mas ¡ay ingratitud la mía! apenas se presentaba alguna cosa particular, lo primero que se me ocurría era no ser particular. Muchas veces, perdía, la oración y otras muchas cosas buenas, que podía haber hecho, y me contentaba con lo poco, para no descontentar a las criaturas. Bendito Dios que

me ha sufrido tanto, y no ha querido que me pierda, y como si yo fuera fiel, añade beneficios a los beneficios.

En lo diez días de ejercicios del adviento, fue tanta la luz que el Señor dio a mi alma, que me resolví a buscar un director, que como padre y maestro me enseñara, y guiara en el camino del Señor.

Con estos pensamientos salí de los ejercicios, pidiéndole al Señor, luz.

Sólo se me presentaba en la imaginación V.R., lo que me daba un consuelo en mi interior, pues me parecía que ya había encontrado lo que mi alma deseaba.

Una tarde, fui a la celda de la madre correctora para pedirle su bendición y licencia, y la hallé fatigada por algunas cosillas que habían pasado sobre los directores de fuera de la orden. Me marché sin decir nada, procurando desechar aquello, como si fuera un mal pensamiento. Así seguí cuatro meses; el Señor instando, y yo poniendo dificultades, hasta el mismo día que hablé a V.R. Aquel día, fue tan fuerte la fuerza con que me parecía que el Señor me lo mandaba, que me hizo levantarme y salir fuera del coro, como desatentada, para decirle a madre: que quería hablar a V.R. Volví al coro, todavía dudando en lo que Dios hubiera querido que debía hacer, si estar como estaba o que madre se lo hubiera dicho a V.R.

Esto, aunque ya parece ocioso, se lo digo a V.R. para que conozca mi falta de fidelidad para corresponder a las inspiraciones de Dios; con cualquier poquilla dificultad, me temo mucho, aunque me halle con el espíritu pronto y preparado para todo lo que Dios quiera de mí. Por eso quiero que V.R. lo sepa, y tenga mucho cuidado conmigo, por el amor de Dios.

El Señor dé a V.R. paciencia para sufrir mi pesadez y rudeza, y lo colme de su amor, como se lo desea la ingrata criatura que su mano besa.

Sor María del Socorro

†

Jesús, María y José.

Noviembre 20 de 1811[351].

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos amén.

Mi estimado y venerable padre en el Señor, a quien alabo por sus altísimas disposiciones e incomprensibles juicios, con lo que nos proporciona mayores gracias y más abundante gloria:

Ahora veo lo que mi Señor ha hecho con V. R. Cuando estaba dando pasos a gloria del mismo Señor, no deseando otra cosa que el mayor honor y gloria de

[351] El padre Tendero en una caída accidental se había fracturado una pierna. Viendo que no mejoraba, sus superiores lo mandaron a su pueblo natal, Valverdejo (Cuenca). Poco tiempo después, volvió otra vez a Archidona, donde moriría el 29 de marzo, de 1818, cuatro años más tarde que sor Socorro.

este Dios amante de las almas, le fueron agradables estos pasos y quiso premiarlos con aumento de padecer para que fuera mayor la corona que le tiene prevenida, y todavía quiere mi Señor que se le añadan muchos más esmaltes a esta corona.

Gracias sean dadas a su infinita bondad y misericordia, porque hace con V. R. como con sus más amados siervos. Estos conocimientos hacen que no sienta tanto sus trabajos en esta ocasión, porque conozco ha sido ésta la voluntad de nuestro amabilísimo Dios. Por mi parte, me conformo en todo con su santísima, amabilísima y justísima voluntad. Sin faltar a lo dicho, deseo y pido su salud, y que sea pronto, pues el médico y cirujano divino no necesita para curar más tiempo que el que quiere, y no tiene que hacer más que decir: hágase, y todo estará hecho.

Yo, con esta confianza pido, poniendo por intercesora a mi amada Señora y Madre, de cuyo corazón misericordioso espero alcanzar que quede V. R. sano perfectamente y que no se tarde.

Muchos miembros puedan servir a nuestro Dios; aunque con ellos enfermos lo podemos servir, deseo que sus ministros estén sanos para que trabajen mucho por Dios.

Yo sigo en la salud con trabajos unos días más y otros menos.

No he escrito hasta ahora, y aún lo hago con trabajo, porque la cabeza no quiere. Échele V.R. la bendición para que empiece a cumplir su obligación, pues como han pasado tantos días sin hacerlo, está algo relajada, aunque la conciencia no deja de avisarme y traerme a la memoria, que debo obedecer. Empezaré mañana, porque hoy, con esto que escribo, no puedo más.

En lo que hace al alma, sigo bien, pero casi todos los días con sequedad. Gracias a la misericordia infinita de mi amado Padre Dios, aunque soy tan miserable, me quiere tener en su presencia recogida y, alguna que otra vez, no me niega las caricias, que nunca he podido merecer, y a pesar de todo, me las da por gracia; por todo le doy las gracias, y quiero corresponder, pero por mi mucha miseria no lo hago como debo.

Padre mío, Pídale V. mucho a nuestro Dios y a mi dulce Señora y Madre: que me concedan la gracia eficaz para que en todo corresponda fielmente, a lo mucho que debo a mi Dios.

Reciba V.R. expresiones[352] *de María Teresa, que le desea a V. salud, y me dice: que pronto se pondrá V.R. bueno, porque tiene buenos médicos, Jesús y María, y que de éstos espera su rápida sanidad. Ella sigue bien, gracias a Dios, y ambas nos ofrecemos a que V.R. nos mande, en lo que podamos servirle de algún alivio en lo temporal, y lo haremos con mucho gusto. Puede V. pedir lo que desee con satisfacción. El encomendar a V.R. a Dios, no tiene que decirlo, porque lo hacemos como obligación.*

No puedo más. Todo lo que me sea preciso decir a V.R. en el tiempo que el Señor disponga que no le pueda hablar, lo haré de este modo, y mi padre le llevará y traerá la respuesta, si la hubiera, porque no me gusta, andar con mandaderos. Esto que le escribo, no irá hasta que mi padre venga, que no sé cuándo será. No pude encargárselo cuando vino al torno el domingo, porque estaba demasiado

[352] Recuerdos.

acompañada, y no me acomodaba decir las cosas con sigilo[353]*. Pienso decirle: que venga con más frecuencia, por si se me ofrece algo, si a V. le parece bien, y si no, mande a quien desea obedecer en todo. La más ingrata a su Dios de todas las criaturas.*

María.

†

Jesús, María y José.

Diciembre 7 de 1811.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Mi amado padre en el señor:

Me alegraré de que esté V.R. aliviado, y si es voluntad de nuestro amabilísimo Dios, se acabe de perfeccionar su total sanidad, pues la deseo para gloria de Dios. Yo sigo como siempre, unos días mejor, y otros peor, pero en todo conforme con la voluntad de mi Dios, y le doy gracias por todo, pues todo es para mi bien.

Ésta la escribo, por si acaso V.R. quiere saber cómo ando. En su ausencia me parece que no me he salido de lo acostumbrado, y mi alma está serena, a Dios gracias, aunque no me han faltado días de estar miserable, con ello mi Dios ha querido que conozca mi miseria, y que yo sola, nada puedo. En particular dos días, me molestaron las distracciones, porque la imaginación estaba como una veleta. Esto no me fatigaba mucho, porque yo no lo quería y hacía de mi parte lo que podía para recogerme; me parece que solo saqué el daño de haber faltado algo a las cosas ordenadas: comuniones espirituales, pedir la bendición a mi amado Esposo y Señor y a mi dulce Madre y Señora, y no estar tan cuidadosa en el ejercicio de las virtudes. No son pocas faltas para quien tanto debe, pero esto es lo que soy, y lo que de mí puedo. Este conocimiento lo saqué para humillarme en la presencia de mi Dios, confesando mi flaqueza. Después, mi alma se encendió en el amor de un Dios misericordioso y bueno, que atiende a tan miserable criatura. En estas faltas que he caído algunos días, al instante de conocerlas, he pedido perdón a mi Dios. En todo lo demás ordenado, he procurado hacer de mi parte, lo que he podido. Las tentaciones, que suelen venir con frecuencia, no me han faltado, ni los temores de que son disparates de la imaginación, y el pensamiento de que es mentira todo lo que me pasa, son fáciles de creer. Algunas veces, he faltado a la obediencia, deteniéndome en este pensamiento; cuando me acordaba de que V.R. no quiere que les dé oídos, lo desechaba, pero no me han dejado de molestar. Me ayudó a esto,

[353] Silencio cauteloso, en voz baja.

oír leer en el refectorio, la vida de nuestro hermano el beato Nicolás[354]*, que fue muy favorecido por Dios. Oía los favores que recibió, veía también sus virtudes, y venían unas cosas con otras; pero como a mí no me vienen, temía el doble, y aumentaba el pensamiento de que lo mío era ilusión. No crecía más este temor, porque como he dicho, me acordaba de que V. no quiere, que lo piense, y temía desagradar a mi Dios con mis temores. No se fatigue V., padre mío, con esta terquedad de mis temores, porque no dependen de falta de satisfacción en sus palabras, sino por mi falta de docilidad y obediencia. Pienso que será, porque cuando V. me dice que no tema, y que no haga caso de las cosas que sobre esto me traiga el enemigo, me quedo serena, y me parece que no voy a hacer caso de nada; pero pronto vuelvo a caer, y le digo a V. con verdad: que cuando empiezo a tener estos temores, me sirve de consuelo el deseo de podérselo decir al instante, y me parece que con eso no lo engañaré. Si desagrado a mi Dios en esto, pídale V.R. a mi amado Esposo, que me dé su gracia para desecharlos con prontitud, pues yo no quiero desagradarle. Estas faltas no las he confesado ni tengo intención de confesarlas si V.R. no dispone otra cosa, porque no sé cómo decirlo, para que quede bien dicho, sin manifestar lo que es. Como no me impide para la comunión, tomo agua bendita*[355] *y pido perdón a mi amado Esposo y Dios, con dolor y propósito de enmendarme. Lo hago, en el instante que conozco, que he faltado en algunas de las cosas ordenadas, y pongo de mi parte, cuanto puedo. Siempre que confieso, se extiende mi dolor a todo, hasta a las más leves imperfecciones, pues deseo agradar a mi Dios, porque lo merece, y siento en mi alma todo lo que pueda disgustarle.*

Todos los días de confesión de comunidad, he confesado, aunque los más, no he tenido cosa particular, que yo conociera, pero me he preparado para recibir la gracia del santo sacramento, poniendo alguna culpa de la vida pasada, que bastantes tengo de qué dolerme, pues en toda hay una continua ingratitud. Dios tenga misericordia de mí.

El tiempo que va, desde que V.R. no viene, los demás favores que he tenido han sido las mismas cosas, que ya he dicho otras veces y no las digo ahora. Cuando V. esté para ello, las verá.

Tengo algo escrito, pero estoy atrasada, como V. me dejó, por mi falta de salud. Ya estoy aliviada, pero las ocupaciones, la falta de proporción y algunas veces, un poco de pereza, como no había padre a quien dárselo, lo dejaba para otro día, y al otro día, hubiera o no hubiera ocasión, se aumenta el atraso, se olvidan las cosas, se teme escribirlas, y tienen que ir más ligeras de lo que V. quiere, aunque para mí,

[354] Se refiere al beato Nicolás Saggio de Longobardi, religioso mínimo lego (1619-1709), nacido en Lombardía y muerto en Roma. Fue beatificado el 17 de septiembre de 1786 por papa Pío VI, y canonizado el día 23 de noviembre de 2014 por el papa Francisco I. En el retablo de la iglesia del convento de Mínimas de Archidona, hay una imagen de este santo.

[355] Según el catecismo de la época, el pecado venial se quitaba, entre otras cosas, con agua bendita. El Concilio de Trento afirma que no es obligatoria la confesión sacramental del pecado venial, aunque la recomienda. Tengamos en cuenta hasta qué punto llega su delicadeza de conciencia, que siendo tentaciones, y rechazándolas al momento, llega a considerarlas como faltas al inmenso amor que su *amado Esposo* le manifiesta.

van pesadas. Cuando quite el atraso, lo haré mejor. Hasta ahora, me he valido de la licencia que me dio V, otra vez que estuve atrasada, para hacerlo más ligero. No podía tomar la licencia, y la he tenido presunta; yo no sé si me valdrá, pues temo que no sea admitida. Le pido a V. que me la dé, porque ya está hecho. En el tiempo que queda, que son sólo ocho días, lo haré mejor. Si no hubiera aligerado alguna cosa, estaría más completo; lo más preciso lo he escrito, aunque todo es preciso, porque V. lo manda, por eso pido la licencia, y si no me la da, tendré paciencia, que demasiada tiene V.R. conmigo. Dios se lo premiará todo, y yo se lo agradezco. Aunque no me perdone ninguna cosa, en que yo busque mi propia voluntad, conozco que sólo me conviene tener la de mi Dios. Pero mi miseria quiere algunas veces, tomar lo que ya no es suyo, porque se la ha dado a su amado Esposo. Ahora mismo, acabo de pretender hacer mi voluntad, y al instante, digo que yo no quiero hacer más que la de Dios; aconsejada por la boca de V.R., sabiendo lo que quiere, lo haré.

Bendito sea mi Dios, padre mío, que está siempre atento a esta miserable criatura para no dejarla caer mucho; en todo me está sucediendo lo que ahora, que apenas pienso hacer alguna cosa, que no es conforme a lo que tengo ordenado por V., al instante, tengo luz de mi Dios, y quedo reprendida y enseñada, aunque es tanta mi miseria, que vuelvo a caer, pero al menos, me arrepiento y pido perdón.

Un día de estos, que estaba un poco descuidada, pensando en lo que he dicho, que me parece que las palabras interiores de mi amado Esposo, las componía yo con mi imaginación, al instante fui reprendida con tanta viveza, que no me quedó duda, de que eran palabras de mi Dios, por los efectos que me causaron.

Lo que le voy a decir, se experimentará, pero lo digo ahora, antes de que se cumpla para que si no es, lo tenga V. presente para las demás cosas. Yo había entendido que pronto iba V. a sanar de la pierna; pero me vinieron otros pensamientos contrarios, y no hacía caso de lo primero, pues me parecía que me decía mi amado Esposo:

-¿No soy yo poderoso para sanarla al instante? ¿Por qué dudas de que sanará antes del tiempo natural de la causa? Sanará antes del tiempo natural, pero ahora quiero que padezca por mi amor.

Quedé advertida de lo que estaba pensando sin darme cuenta, y de nuevo oí lo mismo que había entendido, desde el primer día.

No quiero cansarlo más, que para un enfermo me he alargado demasiado, no he dicho casi nada, y muchas palabras las podía haber ahorrado. Puede V. entretenerse en leerlo, poco a poco, sin que le haga daño.

Estos días, María Teresa ha estado trabajosa con sus males; le he instado para que escribiera, siquiera una esquela, y no ha querido; dice: que hasta que V. venga, no lo hace, porque no se le ocurre nada. Esto lo dice siempre, cuando tiene más necesidad; no sé si por fin lo hará. Me dice que la encomiende V.R. a Dios, y lo mismo pido para mí, aunque estoy convencida de que lo estará V. haciendo, como yo lo hago por V. con frecuencia, pues le deseo todo bien.

†

Enero 6 de 1812.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Mi estimado y venerado padre en el Señor:

Me alegraré de que siga aumentando el alivio[356]*, hasta que acabe de sanar perfectamente para gloria de Dios.*

Recibí su muy apreciable carta, que en parte, daba satisfacción, a mis dudas y fatigas, aunque no del todo, porque no estoy muerta, como V. me preguntaba en la carta de María Teresa, ¡Ojalá! que así fuera: que hubiera muerto, a todas mis pasiones, y enterrada en el costado amoroso de mi amado Jesús, pero no es así; mi juicio está bastante vivo, no para, y no se sujeta a la obediencia ciega y sin escudriñar, como debe; no cree lo que se le dice, aunque sean verdades, y como no deja de conocer otras muchas cosas, no se vence si no a fuerza de desecharlas como cosa prohibida, aunque se queda con su pocito de reserva. Cree que Dios todo lo puede, y si es su voluntad, puede revelarle a las almas que quiera, sus secretos, aunque éstas no sean las más perfectas. Como es rico y misericordioso, da todo lo que quiere al pobre que menos lo merezca, usando de su gran liberalidad; así lo creo yo, sin la menor duda.

Alabo su infinita misericordia, y su infinita sabiduría en la distribución de sus dones, pero mis dudas no están, en que no pueda ser que mi Dios lo haga conmigo, sino en que sean cosas de mi mala cabeza o imaginación traviesa, y yo las tenga por cosas de Dios. Por esta causa, me queda un poquito de reserva, y no acabo de vencer lo que me dice el entendimiento, pues siempre hay nuevos pensamientos en contra. Me parece imposible, poder quedar libre de estos pensamientos, aunque por obedecer, pongo de mi parte para desecharlos. Si no tuviera este freno, no me fatigaría, pues a veces, me parece que todos los favores no son verdad, que todo es ilusión, y más, cuando lo que entiendo lo puedo experimentar o conocer, y no sale como lo he entendido. Como yo no sé si Dios lo hace con ésta u otra circunstancia, y yo no veo más que lo que está claro, y solo puedo quedar satisfecha de lo que claramente veo.

No quería escribir, porque no quiero ser pesada, pero en esto, aunque lo corte bastante, no puedo dejar de manifestar, por encima, lo que pasa en mi interior, porque deseo obedecer.

Siento molestar a V. con tanta repetición, pero me parece que no puedo remediarlo. Si a mi Dios le desagrada, que me lo quite, que yo no quiero ni el más mínimo pensamiento que no le agrade.

En las demás cosas, sigo como siempre, los días que estoy fervorosa, no me entran dudas, porque las pasiones están muertas, y solo vivo en mi Dios. En otros días que estoy con sequedad, sí aparecen las dudas, aunque no las quiera. Unos días tengo la presencia viva del Esposo, y en otros, parece que se esconde detrás de

[356] Vuelve a aparecer la lesión del P. Joaquín Tendero, y se aprecia que el escolapio le ha mandado una carta desde donde se encontraba.

una cortina, donde el alma sabe que está, pero parece que está dormido, y mientras, salen las pasiones a dar un poco de guerra. Pero como está el Esposo presente, no deja que armen mucho ruido, pues al instante que oye alguno, deja el sueño, las sujeta y no deja que inquieten la habitación donde mora, y así se van pasando, gracias a mi Dios, que no atiende a mis ingratitudes, sino a su misericordia.

Sigo cumpliendo todo lo ordenado con cuidado, aunque no dejo de tener descuidos y faltas de qué arrepentirme y pedir perdón.

Ahora, si puedo, me tomaré el escribir como tarea, porque estoy bastante atrasada por falta de ocasión, de tiempo y, algunas veces, de gana El siervo perezoso, si no tiene que dar cuenta a su amo, se descuida. Ahora tendré menos disculpa, pues hoy, mi compañera ha tomado el cuidado del torno; no sé si durará, porque todavía está muy achacosa. Hágase la voluntad de mi Dios; si me quiere allí, allí quiero estar, y me quiero dejar labrar al gusto de mi Señor.

Mande V.R. a la más ingrata a su Dios.

†

Enero, 18 de 1812. Viva Jesús.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Mi amado padre en el Señor:

No pensaba escribir hasta que V.R. viniera por aquí, lo digo, para poder mandarlo al instante, pues escribo a diario. Estoy atrasada por mi poca salud, y poca proporción para hacerlo, pero tengo escritos algunos pliegos, que van ligeros, y están guardados para cuando V. esté bueno, y entonces se enderezará todo lo que esté ladeado. Tengo gana de hacerlo, desde que recibí la apreciable carta de V., en la que me mandaba: que escribiera todo lo que había rasgado; esto no lo puedo hacer, porque se me ha olvidado. El asunto de lo que yo rasgué era: que pensé escribir a V.R. las Pascuas, y lo que se me vino a la cabeza, fue mirando a este Dios-Niño que convidaba a los pastores. De aquí tomé la idea principal para convidar a los pastores, que son los sacerdotes, a que vinieran a aprender de este divino Pastor, el cuidado que debían tener con sus ovejas.

No pude seguir, y cuando tuve ocasión de hacerlo, lo miré mejor, y conocí que aquello que yo iba poniendo, lo saben muy bien los pastores, y no era necesario que yo dijera lo que, de ningún modo me corresponde. Será mejor que aprenda a ser oveja humilde y obediente, que todavía, al cabo de tantos años, no lo he aprendido. No he tenido escrúpulo de haber faltado a la obediencia quemando lo escrito, porque no era nada que tuviera ordenado escribir, no sea que se lo dijera a V. y no lo dejara pasar, como el que se pone a hacer alguna labor por su gusto, no le sale bien y la deshace. A mí se me pasó decirle: que lo había rasgado, no porque podía haber temido al trabajo de volver escribirlo, que no es lo que temo, sino que no lo he podido hacer, porque como he dicho, todo se me ha olvidado. En todo este tiempo, he tenido el entendimiento poco claro, y no he estado para escribir, además

de la falta de salud, que esta semana pasada, la cabeza y el estómago han estado a cual peor, y ni siquiera he podido ir al coro. Pensaba: como el padre no viene, voy dejando las cositas de escribir para mañana, y mañana para otro día. Unas veces, con más motivo que otras, pues no necesito muchos, y con esto, mi delicadeza y falta de mortificación han encontrado una gran tapadera.

Lo que pasa es: que si tomo la pluma, es para decir todas las cosas, y ahora me ha llegado una de las cosas que V. sabe, que me ha hecho no escribir, algunos días. Para escribir mentiras, mejor es no hacerlo, y a mí me parece que aunque no todo, la mayor parte, lo son. Esto me quita la gana de escribir tan bien quitada, que si lo he hecho, ha sido puramente por obedecer, y no desagradar a mi Dios, aunque deseo: que todos los papeles que V. tiene míos, los queme como cosas mentirosas, de una cabeza lastimada. Las mentiras no son voluntarias, sino que me las pone la imaginación como verdaderas. Lo serán o no, pero si siempre pensara como ahora, me parece que me sería mejor, no hacer caso de nada, y solo atender a ejercitar las virtudes y llorar mis muchos pecados.

†

Jesús, María y José.

Febrero 10 de 1812.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Padre mío:

He pensado en estos diez días, dedicar todo lo que haga en la forma que voy a decirle, si a V.R. le parece bien.

El primer día, que es viernes, lo dedicaré al corazón de Jesús, pidiéndole que sea el puerto de refugio para mi alma en estos diez días, y en todos los de mi vida. Le ofreceré por las piadosas manos de mi Señora y Madre todo lo que en este día hiciere, en desagravio de las muchísimas ingratitudes con que le he correspondido yo, y todas las demás criaturas, que han sido ingratas al inmenso amor con que nos ama, y en asimiento de gracias por este amor tan grande. ¡Bendito sea su amor!

El segundo día, lo dedicaré en honor de mi Señora y Madre: ofreceré todo lo que haga a honor de esta Señora, en asimiento de gracias por lo mucho que debo a su poderosa intercesión, pidiendo la continúe y sea mi protectora, en este día y en todos los de mi vida, en particular en estos días de ejercicios para que saque de ellos el aprovechamiento que mi Dios quiere; desearé para mis prójimos, lo mismo que para mí; le pediré y ofreceré todo lo que haga en este día por todas las religiosas que, como Reina de las Vírgenes, a todas las proteja, ayude, y alcance para todas eficaces auxilios de gracia, para que desprecien todas las cosas de la tierra, y solo piensen y trabajen por agradar e imitar a su amado Esposo, digno de ser amado y servido con todas nuestras fuerzas; esto mismo pediré por todas las alma justas para que perseveren y aumenten sus virtudes para gloria de mi Dios y honor de esta Señora.

El día tercero, lo dedicaré a la Santísima Trinidad, ofreciendo todo lo que en este día haga, unido con los méritos del corazón amabilísimo de mi Jesús y de mi Señora y Madre, y en desagravio de las ofensas que se hacen en el mundo, contra este Dios poderoso Trino y Uno. Procuraré hacer muchos actos de fe, de esperanza, caridad y religión para resarcir en parte, las faltas que yo he tenido, y las de todas las criaturas. Mi petición será:

-Sea mi Dios conocido, amado y servido por todos; que este Dios poderoso obre con su poder infinito esta obra de su misericordia, convirtiendo a todos los pecadores, infieles y herejes para que así sea amado de todos, pues nos ha amado a todos con un amor infinito, desde toda la eternidad, y por todos tomó carne, se hizo hombre, y derramó toda su sangre preciosísima.

¡Bendito sea tan gran amor!

Día cuatro, éste lo dedicaré en honor de mi padre señor San José, haciendo todo en honor de este santo, a quien entregó el Padre Eterno el cuidado de su Unigénito para que lo defendiera de la tiranía de Herodes, y de todas las demás cosas tocantes a su persona humana. La petición a cuyo fin ofreceré lo que haga, será por la exaltación de la Santa Iglesia, cuya cabeza es Cristo, y en la tierra el Papa. Pediré a mi santo padre San José, que me alcance de mi Dios, con su poderosa intercesión, el remedio de las necesidades de la Santa Iglesia, y que lo haga por medio del Sumo Pontífice como interesado en la mayor gloria de Dios. Así sea.

Día cinco. Éste lo dedicaré en honor de mi señor San Joaquín y mi señora Santa Ana, ofreciendo todo lo del día, en honor los padres más dichosos. La petición que haré este día por su intercesión será: que alcancen eficaces auxilios de gracia, para todos los padres y madres de familia para que críen a sus hijos en el santo temor de Dios, y que por este medio, sean reformadas las costumbres para gloria de mi Dios.

Día seis. Lo dedicaré en honor de mi amado protector señor San Juan Evangelista, de mi señor San Pedro y San Pablo, pues los dos últimos, me tocaron de protectores en este año, en las cédulas que se echan de comunidad. Por eso, quiero darles lo que pueda, en honor de estos santos apóstoles, pidiendo alcancen de mi Dios, la perfección de todos los sacerdotes para que hagan como las antorchas, y resplandecientes alumbren el mundo con sus doctrinas y ejemplos, que para eso les ha dado mi Dios la dignidad que les ha dado, aunque es poco conocida en este tiempo de tinieblas. Quiera mi Dios, como luz verdadera, alumbrar a todos para que se vea la luz, y se destierren las tinieblas. Lo deseo de todo corazón. Así sea.

Día siete. Lo dedicaré en honor de mi Santo Padre San Francisco de Paula, ofreciendo en su honor todo lo que haga, pidiendo por la reforma de mi amada religión, y por todas las religiones para que se vuelvan a establecer en perfecta observancia. Así sea para gloria de Dios.

Día ocho. Dedicado a mi amado Esposo Jesús para que todo lo que haga en este día, sea en asimiento de gracias por su santísima Pasión, por mí y por todas las criaturas, pidiéndole que no se pierda el fruto de tan copiosa Redención. Así sea.

Día nueve. Éste lo dedicaré también, a mi dulce Madre, ofreciendo todo lo que haga En honor de esta Señora, pidiéndole, que alcance para V.R. todas las virtudes en grado perfecto, y el remedio de todas las necesidades espirituales y temporales

que tenga, y las de su comunidad. También pediré por las necesidades de mi padre y hermanos, aunque todos los días pido, éste será señalado para esto, porque como Dios no se cansa de que le pidan, me da mucho consuelo pedir a un Dios tan liberal y misericordioso, que todo lo puede, por ser todopoderoso.

Sea por siempre alabada tan gran bondad, que no se desdeña de oír las peticiones de estos gusanillos de la tierra.

Bendito sea, alabado y glorificado sea, en todos los siglos de los siglos. Amén.

Día diez. También lo dedicaré para dar gracias a la Santísima Trinidad, por todos los beneficios que se ha dignado hacerme toda mi vida, generales y particulares; pedir perdón de mi mala correspondencia; pedir gracia para no volver a caer en mis ingratitudes, y para poner por obra el cumplimiento de sus divinas inspiraciones; renovar todos los propósitos que tengo hechos o haga en los dichos días, pidiendo que me ayuden a cumplirlos, pues sabe mi Dios mi flaqueza, y que de mí, nada puedo. Lo pediré todo por los méritos de mi Señor Jesucristo, y mi Señora y Madre, a quien pediré, que me alcance perdón de las faltas que en estos días haya tenido.

Concluidos los ejercicios, daré a V.R. cuenta de todo para que me ordene lo que conozca ser la voluntad de mi Dios, y yo obedeceré para gloria de mi Dios.

Gracias a mi Dios por todo.

El pensamiento de todo lo que he escrito para hacer esta distribución, me vino esta tarde, en el coro, al pensar que si V. viniera, le preguntaría o pediría, que me dijera: a quién dedicaría estos días, de modo, que todos tuvieran su protector para que me ayudara a hacerlos, según la voluntad amabilísima de mi Dios. Tan pronto como lo pensé, me vino todo lo que he escrito, y al instante hice ánimo de escribirlo para cumplirlo, si a V. le parecía bien, con su licencia y bendición.

Mis santos ángeles custodios, no los he puesto aquí, pero entran en el último día, pues les pido: que alaben a la Santísima Trinidad, y la adoren por mí.

Sea Dios bendito por todo.

No puedo más; han dado las doce de la noche, y el día ha sido muy trabajoso en la salud; aunque ahora estoy mejor, pues tengo la cabeza mucho más fresca que cuando me puse a escribir. Estoy molestando a María Teresa, que hoy está en cama, aunque esta noche está mejor, no le diré nada.

Gracias a Dios.

†

Febrero 12 de 1812.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Mi amado padre en el Señor:

V.R. estará temiendo, que mi tardanza en escribir sea, porque yo no pongo de mi parte para hacerlo, pero la causa ha sido que no he podido por las muchas ocupaciones, que ha habido estos días. Ni siquiera tenía la noche para hacerlo ni lo que me quedaba libre de las ocupaciones de la obediencia, porque en los ratos

libres, era necesario atender otras cosas de caridad con el prójimo, y por eso, en estos días he tenido poca oración.

Siento no haber podido estar con la Madre Marcelina algunos ratos, pues la veía como una visita de médico. El día que estuve más rato, ya no estaba para conocerme, y lo sentí, porque conocía que se alegraba de que fuera a verla; hasta esto, que era un consuelo tan corto, le faltó. Dios se lo quitó todo, para dárselo todo. Creo, que por la misericordia de Dios, según su buena vida, y buena disposición para la muerte, lo estará gozando. Yo sabía que moriría, pero ocho días antes, me parecía que su enfermedad, no era para morir. Este día, tres del corriente, cuando a mediodía subí del torno, fui a verla antes de ir a la celda, y me vino el pensamiento de que moriría. Le estuve hablando un poco, y quedé consolada, viendo la buena disposición que tenía, y lo conforme que estaba, lo mismo para morir, que para vivir, no queriendo otra cosa más que la voluntad de Dios. Gracias a Dios que la quiso sacar del destierro para llevarla a la patria, donde lo alabará por toda una eternidad.

Lo que voy a decir, puede ser nacido de la misma aprensión que yo llevaba, del buen juicio que tenía hecho de su buena muerte. Digo, que aquel día, en el coro, me sucedió que después de haber tenido el pensamiento de que moría, me parecía que veía a mi dulce Madre, que estaba junto a la enferma, como si fuera a tomar aquel alma, y a mi amado Esposo Jesús, algo más retirado, y en sitio más alto, con las manos abiertas en ademán de recibir aquella alma, como quien está mirando una cosa y está esperando que se la den. Yo no lo veía con los ojos del cuerpo, sino que me parece que era una cosa, que me traía la imaginación; aunque no quería darle crédito me quedé convencida de que moriría de esta enfermedad, y esa fue la causa, de que se lo dijera a V. en la otra que le mandé. No le dije nada de esto, pero se lo digo ahora para empezar a obedecer, lo que V. me manda: "que sea lo que fuere, y lo que quisiera que fuera, debo acordarme de todo, y escribirlo". Ahora no me acuerdo de nada más; cuando me vaya acordando, en los respectivos días, se lo iré escribiendo.

En lo tocante a la pierna de V.R., no he conocido nada. He pedido a mi Dios por su salud, pero lo que V. me manda, que le ponga a mi amado Esposo presente, lo hago por obediencia, pues si no, no me atrevería a pedir una cosa, que yo tanto temo. Estos conocimientos sobre cosas futuras, no los quiero por lo mucho que le temo a los engaños. Lo he pedido por las circunstancias dichas, y lo hago por obedecer, como si mi amado Dios no supiera nada. Con todo, he conocido más: me parece que no ha llegado todavía la hora, que su altísima sabiduría tiene destinada para esta obra de misericordia con V., y con nosotras.

Desde la Pascua, muchas veces, me había venido al pensamiento la Santa Cruz, y en particular el mismo día que recibí la carta de V. Cuando la leí, y vi lo que me decía V. que le habían dicho: que no siendo por un milagro, no quedaría V.R. del todo bueno, tomé ánimo para mandársela, pues me parecía que quizá, sería el medio y remedio, que mi Señor quería tomar. Se la envíe para que V. se la aplicara, como una de las más eficaces medicinas, y no usara de ninguna otra, para que el mismo Señor, que nos redimió en la cruz, sea el que hoy lo sane en virtud, de la Santa Cruz, y por la intercesión poderosa de nuestra amada Madre, que tantos dolores padeció al pie de la cruz.

Sea alabado y glorificado el nombre del Señor. No puedo decir más de esto, porque esto es solamente, lo que he conocido, o Dios me ha inspirado en estos días. He sabido que no ha tenido V. alivio; con todo, lo estoy esperando por la misericordia de Dios, méritos de mi Señora y Madre, y honor de la Santa Cruz. Pídaselo V. a Dios, que yo también lo hago, aunque sea andado por el convento.

Parece que esta semana pasada, se ha acabado la oración para mí; lo único que he hecho ha sido procurar la presencia de mi Dios. El día que mi Dios no me la ha dado toda de suyo, sin tener yo que poner de mi parte, andamos a la "troquilla"[357]*, pues cuando me la da, tengo que andar distrayéndome para que me deje atender a todo, y cuando no me la da, la busco y la deseo, porque no quiero que mis pensamientos se aparten de mi Dios ni las potencias de mi alma tengan otra cosa en qué ocuparse, más que solo en su Dios.*

Sigo lo mismo que le dije en la otra: cayendo en faltas y miserias unos días sí, y otros no, porque mi Dios me tiene asida con su mano poderosa para que no caiga.

Sea por todo bendito.

La salud sigue trabajosa como siempre, y sin poder alcanzar del médico, licencia para comer de cuaresma. Parece que este voto se ha acabado para mí, o que me da vergüenza renovarlo todos los días; no es así, pues la voluntad de cumplirlo la tengo, aunque lo haga con tanta imperfección en esto, como en todo, y en el ayuno lo mismo, no me da licencia ni siquiera para un día. Si V. quisiera que guardara, al menos, un día de ayuno y vigilia, y que éste fuera el viernes, aunque lo pasara mal, no sería por esa causa, pues sin ella, también lo paso, si a V. le parece bien, y si no, me conformaré con la voluntad de mi Dios, que si Dios quisiera que me aliviara algo, volvería a pedirle al médico, a ver si me da libertad para ello. Si no, no tengo que verlo, pues me dijo, uno de los días que lo vi por estar bastante mala, que no tenía más remedio que tomar buenos alimentos y cuidarme bien, pues las medicinas me alteraban más. Después he pasado muchos días malísimos, pero no lo he visto hasta ayer, para preguntarle lo dicho, pero no adelanté nada. Yo lo que temo, es si será por demasiada delicadeza; quizás muchas de las que están cumpliendo sus votos, estén más enfermas que yo.

En las demás mortificaciones, sigo lo ordenado.

En cuanto a ejercicios, no se dice nada; yo pienso estar callada, si vivo hasta la mitad de la cuaresma, para ver si mi compañera se alivia, y puede bajar al torno; pero si no se alivia, también los pido, aunque tengan que poner a otra, si a V. le parece bien, y si no, ofreceré a mi Dios el deseo que tengo de estar unos días, a sola con mi Dios, sin tener otra cosa que atender. Que en todo se cumpla la amabilísima voluntad de mi Dios, pues no quiero otra cosa.

Basta de escribir, que me voy haciendo larga, y hay mucha paja y poco grano. Dios quiera que otra vez, pueda hacerlo mejor.

Dios sea bendito.

[357] Puede entenderse, pero no hemos encontrado el significado.

†

Abril 23 de 1812.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Mi amado y venerado padre en el Señor:

Me alegraré de que le siga el alivio; yo sigo sin novedad particular, unos días mejor y otros peor, aunque gracias a Dios, con el consuelo de que puedo cumplir con mis obligaciones.

Desde el Viernes de Dolores, he seguido en el refectorio comiendo pescado, porque veo que he estado lo mismo que cuando comía carne. Hoy he tenido alguna novedad distinta, y ha sido, que de repente se me ha puesto una opresión en el pecho, y se me ha ido la voz; mañana estará mejor. Mis males son tan embusteros como todas mis cosas. Fui al oficio divino sin ronquera, y en un instante se me fue la voz, y me quedé más a propósito para la oración mental, que para la vocal.

Dios sea bendito.

Padre mío, desde que le mandé a V. los papeles, alegrándome de no tener ocasión de hacerlo, no he estado para escribir. Además de tener mucha repugnancia, con la ayuda de Dios hubiera vencido el escrúpulo que me hubiera causado no hacerlo, pero unos días por el dolor de cabeza y de ojos, y otros por otras causas, que me han ido pasando, me han ayudado para quitarme la fatiga, y no tener que vencerme para hablar con la claridad que voy hablando. No puedo negar que he tenido mis buenos remordimientos de conciencia, pues conocía que no ponía de mi parte lo que debía para cumplir la voluntad de mi Dios, pues en cambio, otras veces, con las mismas causas, me he esforzado más; pero ahora, me he dejado llevar de mis temores, y como me era muy trabajoso hacerlo, no lo he hecho.

Esta noche, me ha sido preciso escribir, porque veo que tiene María Teresa bastante necesidad de que V. le escriba. Yo hace algunos días que la estoy viendo muy tentada, y la he ido dejando, aunque le he instado para que le escriba a V. Pero esta noche, dice disparates: que no lo hace ni quiere confesar ni quiere ningún director; en fin, está de lo más trabajoso. Todo esto, me ha hecho vencerme y pedirle a V. que le escriba, diciéndole lo que Dios le dicte. No he tenido corazón para verla padecer más, pues el enemigo la tienta para que huya de la medicina; por eso, acudo yo a buscarla por ella para que no pierda tiempo con los disparates que le pone el enemigo. Si mi Dios quiere quitarle este padecer, lo hará, pero muchas veces, el Señor deja en manos de sus ministros el alivio de las almas para sus altísimos fines, y no lo hace por sí mismo. No tengo cuidado, si fuese necesario, que le diga V. que lo ha sabido por mí, pues le he dicho, que le iba a decir a V. lo perversa que estaba para que le riñera; pero no era con ese fin, sino para que se aliviara, y no perdiera el tiempo por falta de ayuda, para llevar la carga de los trabajos que Dios le ofrece.

Bendito sea este Dios de bondad, que tan bien labradas quiere las almas. Dichosa la que se deje labrar por las manos de este artífice soberano.

No puedo más, que son las diez, y me ha mandado madre que me acueste temprano, porque estoy malilla; estos malecillos que salen a la cara, aunque sean chicos, son estorbos.

Gracias a Dios por todo.
Pídale V.R. a Dios mucho por mí. Dios sea bendito.

†

Jesús María y José.

Mayo 16 de 1812.

La gracia del Espíritu Santo ilustre mis potencias y sentidos. Amén.

Mi estimado y venerado padre en el Señor, a quien sea dada eterna alabanza por su infinito poder, sabiduría, liberalidad, bondad, misericordia y amor.

Padre mío:

No he podido dejar de manifestar a V. la alegría de mi corazón al saber la noticia de su alivio, y además, me ha servido de gran consuelo, cuando he sabido, que mañana piensa V. decir la primera misa, pues en el ofrecimiento que hice a mi Dios en honor de los sagrados corazones de Jesús y de María, lo hice con la condición de que había de decir misa V.R. el día de Pascua del Espíritu Santo; si así se verificaba, estaré más obligada a ser agradecida a mi Dios. Aunque su salud no sea por mi petición, me parece que lo que ofrecí fue inspirado por Dios, como le dije cuando le pedí licencia para cumplirlo.

Este ejercicio no lo he podido olvidar, por los efectos que me causaba, como me sucedió el día de la Ascensión. Estoy obligada a cumplir lo ofrecido, bajo la condición de que si V. no lo aprobaba, lo dejaría; pero como su cumplimiento enciende mi alma en el amor de mi Dios, es la causa de que diga: que me parece que fue inspiración de Dios y de mi Señora y Madre, a quien le pedí, que me inspirase alguna cosa que fuera agradable a mi Dios, aunque fuera muy trabajosa. Entendí que sería ésta, y arreglada a mi flaqueza, pues no es nada trabajosa, y solo con la ayuda de mi Dios, lo cumpliré durante el año que ofrecí, o durante toda la vida, si acaso mi Dios me deja más, en este destierro. Este ejercicio lo pienso hacer, como lo empecé, a beneficio de V., no solo por la salud de su cuerpo, que deseo que todos sus miembros se ocupen en servir y buscar la mayor gloria de mi Dios, sino la principal, que es la de su alma, pues no me contento con menos, de que sea V. santo, y a esto se dirigen mis peticiones. Aunque pido por todo lo demás, lo principal es lo espiritual, y me conformo con la voluntad amabilísima de mi Dios.

Padre mío, el otro día, por lo claro que estaba, no dije que era por V., porque me dio cortedad; pero hoy, no tengo vergüenza ni temo a nadie; me he puesto a escribir en público, en el torno, sin temor de nadie, y si tuviera tiempo, hoy no tengo miedo ni temores, porque la festividad del día de mañana, ya ha empezado a conocerla mi alma.

Deseo que ame V. mucho a mi Dios, ya que yo no lo amo como debo, y que pida V. a mi amado Esposo: que me conceda su amor; que no sea como hasta aquí, sino que su divino Espíritu renueve mi alma, y la encienda toda su amor constante y verdadero.

La madre Rosario me ha dicho, que diga a V.R.: que si puede ser que venga V. el lunes a decir la misa acá, que lo haga V. si puede, porque tiene hecha una promesa de que diga V. una misa aquí, y que se alegrará de que sea pronto. Hablaremos a V. en la sacristía, si no puede V. ir a la grada, que sería lo mejor, pues en el coro bajo, y en la primera visita, no creo que haya tiempo para hablar de conciencia. Dios nos dé el gusto de que podamos hablarle, sea donde fuere.

Dios sea en todo alabado. Amén.

Ahí le mando a V. los días 8 y 9, que es lo que tengo escrito, porque no he tenido proporción de hacer más, unas veces por mi cabeza, y otras por no hacerlo como lo estoy haciendo ahora, que me ven todas las que entran y salen en este sitio, que es visitado por todas; si mi Dios me ha puesto en él, para que ejercite las virtudes, tengo un buen campo donde escoger.

¡Ojalá! que todo lo aproveche.

El día de ayer fue grande, porque además de lo que este sitio me trae, me ofreció mi Dios tan fuerte dolor de cabeza y de ojos, desde que comulgué hasta las seis de la tarde, que no sé cómo lo pude pasar de pie. El que me lo dio, me estuvo ayudando, y por eso lo pude hacer, pues llenaba mi alma de consuelos, y aunque con los ojos del cuerpo no podía mirar a nadie por la fuerza del dolor, que solo podía abrirlos un poquito para poder andar, conocía que quería mi Dios que lo pasara de pie, y cumpliendo mi obligación, porque me estrechaba o aflojaba conforme las cosas se presentaban, pero en todo tiempo, los ojos de mi alma estaban bien claros en la presencia de mi Dios.

Bendito sea.

Padre mío[358]*:*

Aunque digo todo esto, no piense V.R. que estoy inquieta; algunos ratos me distraen estos pensamiento que he dicho y más de lo que he dicho, con todo, cuando más se estrechan, se levanta en mi corazón una confianza tan grande en la misericordia de mi Dios, que disipa las tinieblas que se quieren levantar. Con esta confianza acudo a mi Señor, le pido perdón, y que quite de mí todo lo que le desagrada, pues sabe muy bien, que solo deseo agradarle. Por esta causa, quisiera no darle entrada a estos temores que me cercan algunas veces, y dejarme en todo, en las manos de mi Dios, que ha puesto mi alma en las manos de uno de sus ministros, que está atento para llevar mi alma por el camino que este Dios quiere que vaya.

Este conocimiento no me falta, pero con todo, no me puedo ver libre de estos temores, que parece que son mi cruz, y puede ser que sean culpa mía, por mi poca humildad.

En fin, sea lo que fuere, de todo lo que en esto y en todo, desagrade a mi Dios, le pido perdón, y su gracia y ayuda para enmendarme.

[358] Posible carta al P. Tendero. No tiene fecha ni principio ni despedida, pero por las alusiones que hace podíamos pensar que la escribió después del día 6 de enero de 1812 y antes del 18 de enero de 1812.

Desde el día seis que escribí la otra que envié a usted, he seguido, la mayor parte del tiempo, en la misma disposición que dije en la otra: con sequedad, pero atenta a servir a mi Dios, en cuanto puedo, humillada en su presencia con el conocimiento de mi nada, pero con gran confianza en su bondad, no me faltan algunos ratos de consuelo. No son como otras veces, pero deseo agradar a mi Dios, y amarlo con toda mi alma, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas y, aunque yo no lo conozca, quiero que así sea. En estando V. capaz de poder leer y andar, le enviaré lo que tengo escrito, pues estoy deseando de salir de ello.

Ayer, hace ocho días, me dio un flatillo malo, y me parecía que iba a morir de veras. Me ha dejado en una disposición, que en toda esta semana no he tenido aliento ni para hablar, hasta que con algunas cosillas de medicina, ha recobrado el estómago alguna fuerza. En medio de mi decaimiento, aquella noche, me acordaba de los papeles que tenía en el arca, y deseaba que no lo supiera nadie.

María Teresa, como suele, está que no quiere nada. V. sabe cómo se pone, y me dijo: que no fuera a decirle a V. nada, porque no iba a hacer nada de lo que le dijeran; como yo conozco: que el remedio para las tentaciones es decirlas al director, aunque me dijo que no dijera nada, lo hago para que, al menos, si no puede V. otra cosa, la encomiende a Dios, y lo mismo a mí, que yo lo hago como es mi obligación.

Si pudiera escribir lo que V. me dice… pero lo haré por obedecer, aunque sean tonterías. Estoy temerosa de que las sequedades que he tenido todo este tiempo, hayan sido, quizá, a causa de la resistencia para escribir algunas cosas; lo que me sucede luego, es que cuando las desecho, aunque quiera no lo puedo hacer, como me ha sucedido hasta aquí. Quiera Dios que ya me ponga en otra disposición, pues desde que me puse a escribir…

Este libro de terminó de imprimir el día 1 de noviembre de 2015,
festividad de Todos los Santos y conmemoración del
246 aniversario del bautismo de la Sierva de Dios
Sor María del Socorro Astorga Liceras.